
3 1761 05264163 6

EL DIABLO MUNDO

fo Catálogo pintin 6.

BIBLIOTECA ILUSTRADA DE GASPAR Y ROIG.

EL DIABLO MUNDO.

POEMA

DE DON JOSÉ DE ESPRONCEDA.

DEDICOLE A SU AMIGO

DON ANTONIO ROS DE OLANO.



MADRID.
IMPRENTA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES,
calle del Príncipe, núm. 4.
1852.

PROLOGO.

La humanidad entra en los períodos de su existencia por iguales trámites que el hombre en los de la vida: infancia, virilidad y madurez; admiracion y contento en la primera edad, entusiasmo y fuerza á la segunda, reflexion y exámen en la tercera; y en tanto el poeta es en el órden moral el jefe de la humanidad de su tiempo y de aquellas generaciones que vendrán, hasta donde el dedo de la Providencia trace un círculo sobre el campo de la duda, y allí ya para el poeta y sus coetáneos se levanta un muro de ignorancia, que es la frontera del saber posible, y donde una inteligencia nueva se prepara á empezar con nuevas gentes y con un nuevo poeta que, semejante al focus de la lente, en sí reuna todos los rayos luminosos que partan de la circunferencia.

La sociedad naciente cantó sin duda los fenómenos de la naturaleza; cantó la luz; cantó las sombras, el amor instintivo, la amistad sencilla, las flores, los torrentes y las aves.

De esta poesía oral que, obrada la época de transision debió perderse naturalmente, nos quedan los libros de la Biblia llenos de sencilla sublimidad; y luego despues una civilizacion mas adelantada formuló la Egloga, el Idilio y el Himno, que no son en nuestro sentir otra cosa que reminiscencias cultivadas de aquella poesía patriarcal y campestre natural á los primeros tiempos.

Tras el período inocente pastoril, entró el mundo en la edad heróica; y Homero, trocando el caramillo por la trompa, se anunció cantando los dioses, las pasiones, el valor, las venganzas y la guerra.

La poesía *épica* quedó escrita; el pensamiento de aquellas generaciones formulado; Homero pasó á la posteridad junto con sus obras; el genio de Smirna fue inmediatamente admirado como un semi-Dios, y su libro cual un espejo mágico donde vieron reflejarse lo pasado, lo que no exitia, con todas sus faces y colores.

Homero es la pirámide que arranca de los tiempos heróicos, monumento eminentísimo, desde cuya cumbre se domina toda la Grecia de Ulises, y en su centro se guardan los nombres de los héroes todos, todas las hazañas, todo el saber, las creencias, los vicios y virtudes en conjunto de una época grande.

El síntoma de desvirtuacion se apoderó de la sociedad aquella, y la Grecia conquistadora fue sojuzgada á su vez.

La civilizacion, la creencia, el entusiasmo y la fuerza pasaron á Italia; pero la era romana fue ya heterogénea hasta cierto punto, y de transicion hácia el Cristianismo.

Quiso Virgilio ponerse al frente de su época; pero no consiguió ciertamente mas que colocarse á espaldas de Homero.

Roma, en primer lugar, sabia mas que Virgilio, y la *Eneida*, hecha esclava voluntariamente de la *Odisea*, se afana en su seguimiento, sin advertirse el poeta de que canta un nuevo pueblo, una filosofía distinta, y de que el genio, en su independencia prescribe una regla donde quiera que estampa la huella.

Es la *Eneida*, sin embargo, un poema, artisticamente hablando, mas meditado, un libro mas correcto; y aunque siempre sobre la pauta del poeta griego, es el amor de Dido mas espiritual, un sentimiento mil veces mas justo y elevado que el amor que Homero pinta, resultado de una época mas adelantada en cultura.

Radió por fin el Cristianismo revolucionando la sociedad, y de aquella lucha de ideas confusas que se controvertian entre la neblina de la ignorancia, de aquella fe ardiente y de aquel desarrollo del alma debia resultar una época aparte de los siglos anteriores, y fue la *edad media* del mundo.

Un poeta espiritualista podia ser solo la espresion fiel y el producto de una nueva era, y esta brotó á Dante con todo el saber de su tiempo, arrollando mil preocupaciones, solo con el presentimiento de su génio, que dentro del corazon lo empujaba por la estraña senda que siguió, contraviniendo la voluntad de los sabios y los nobles, y á los sabios de su tiempo, dando norma á un nuevo lenguaje, fórmula al sentimiento y elevacion é impulso de progreso á las ideas.

Dante es, pues, la pirámide de la edad media, y su *Divina Comedia* es un faro que domina resplandeciendo sobre las tinieblas de una época nueva, para mas allá disiparlas... Así Homero y Dante, el uno á igual altura en frente al otro, se divisan como dos *términos*, entre el vacío de los siglos que los separan.

Inmediato á Dante produjo la Inglaterra á Shakespeare; pero este autor, por la naturaleza de su talento, encerró sus obras en las estrechas dimensiones del teatro; y aunque todas ellas reunidas forman un tratado del mundo, se ve cómo el poeta tuvo que reposarse á semejanza de quien camina jornada por jornada, por no poder acaso cruzar de un solo vuelo por encima del campo dondo la humanidad se revuelve mal contenta.

Shakspeare, sin embargo, con mas genio que saber, con mayor presentimiento que cálculo, adelantó la forma del poema dramático, que se habia atrevido Dante á indicar solo muy ligeramente: Shakespeare presintió sin duda que el drama, sin las cortapisas de las bambalinas y de los bastidores, llegaria á producir el poema dramático, que la mayor ilustracion y la filosofía aceptarian como la fórmula mas adelantada en los siglos venideros.

Así es que Goëthe ha cultivado este género despues en el *Fausto*, y Byron lo impulsó á la perfeccion en el *Manfredo*.

El poema mas aventajado de este siglo que ofrecernos pueden entre su repertorio literario los franceses, es sin alguna duda el *Genio del Cristianismo;* y nosotros se lo concedemos, á la par que les negamos tenga aquel mérito tan en alto grado como ellos pretenden. El *Genio del Cristianismo* está escrito con mas poesía teológica que sentimiento poético, y por eso no convence siempre que el autor conspira á convencer. La obra de Mr. Chateaubriand no está madurada en el corazon, sino en el invernáculo del entendimiento; es un libro escrito *ad hoc*, pero no inspirado, dictado sí por la conveniencia y ayudado por la erudicion y por el cálculo... Creemos no obstante que, si bien no es un poema como los que hemos indicado de pasada, es por lo menos el mejor arte poético que se ha escrito jamás. Mr. Chateaubriand nos ha demostrado que la teología lleva infinitas ventajas á la mitología para tratar la poesía. Hay además bellezas de primer órden que imitar, esplicadas con la práctica de ellas mismas en la obra del profundo literato francés, y nos condolemos de haber traslucido en ella una cosa que no será, pero que nos induce á creer que allí se ve al cristiano de oficio y al escritor de profesion.

La sociedad se encuentra ya en su edad de madurez; nuestra época es la de *reflexion y exámen;* como las de Homero y Dante fuéronlo de *entusiasmo y fuerza:* pero *que el corazon manda el mundo*, es una máxima irrefutable; con él han dominado los héroes, y con él los filósofos ardientes que lograron imprimir su sello en la humanidad, propagaron sus respectivas doctrinas.

La cabeza por sí sola, por mas fuerza lógica que encierre, no dará mas que la disertacion escolástica, y sus productos carecerán de los divinos vuelos de

entusiasmo, que tras de sí arrastra y conduce hasta la verdad que preconiza.

El corazon impresionable unido al vigor intectual, la union de sentimientos é ideas elevadas, la meditacion y la inspiracion juntas con la mágia de estilo y cierta revelacion que recorre lo pasado, que desvela en el porvenir y que sondea lo presente; ingenio fértil que agrupa los contrastes, que crea la accion y la desenlaza, concluido el objeto que se propone; en una palabra, la concepcion y el desempeño de un plan tan grande é ilustrado que abarque nuestra sociedad entera, son cualidades imprescindibles para el poeta que pretenda elevarse sobre tantos millones de hombres como el mundo moderno encierra.

El jóven don José de Espronceda se levanta con la osadía del genio, para escalar á donde un dia se ha atrevido á mirar de hito en hito sin confundirse.

Aspira nuestro poeta á compendiar la humanidad en un libro, y lo primero que al empezarlo ha hecho ha sido romper todos los preceptos establecidos, escepto el de la unidad lógica.

En el prólogo del *Diablo Mundo* se ven recorridos todos los tonos de la poesía, los del sentimiento y los de la metrificacion con un desempeño que asombra, y desde luego se anuncia un pensamiento colosal en medio de una tempestad de dudas que el señor Espronceda, con la magia que posee, amontona sobre el lector, con objeto tal vez de disiparlas mas adelante.

El poeta se coloca tambien en mitad de esa atmósfera de dudas; pero cuando él levanta la cabeza para mirarlas y suelta la voz para analizarlas, medidas tendrá de antemano sus gigantescas fuerzas.

Empieza el poeta suponiendo que, enajenado en la meditacion, durante las horas silenciosas de la noche, siente un rumor estraño, el cual llama á sus sentidos y los despierta. Aquel rumor informe, aquella música augusta, aquel estrépito solemne son todas las pasiones del mundo; son todos los intereses encontrados de la vida, las afecciones, los ódios, el amor, la gloria, la riqueza, los vicios y las virtudes; son el quejido en fin del universo entero que llega en revuelto torbellino á la par con la inspiracion, y esta despliega ante la fantasía mil mónstruos alegóricos trazados con inimitable facilidad y pasmosa valentía.

Las visiones pasan, el ruido va gradualmente perdiéndose en lontananza, hasta que cesa donde acaba la introduccion del Poema.

El primer canto es la esposicion del gran drama que se propone desenvolver el señor Espronceda.

Un hombre agobiado por la edad, amargado por la dolorosa é inútil esperiencia, cierra desesperado un libro en que leia, y convencido tristemente de la esterilidad de la ciencia, se queda dormido.

Entonces se le presenta la muerte, y le entona un himno que convida á la paz del sepulcro. Con placer siente el anciano aterirse sus entumecidos miembros; y gozándose está en la enervacion de su espíritu, cuando la inmortalidad súbito se ostenta ante sus ojos, canta otro himno, en oposicion al de la muerte; y así como la primera se le brindó, ella tambien se ofrece al moribundo.

La eleccion es inmediata; el hombre opta por la inmortalidad, y rejuvenece. El cántico de esta deidad no se encamina á inmortalizar el espíritu; es la inmortalidad de la materia lo que ella da, y lo que el hombre recibe.

La imágen de la muerte tiene la novedad que presta este filósofo á cuanto sale de su pluma: está vestida de melancólica belleza; es dulce y apacible, es la muerte que se hace desear cuando, exentos ya de preocupaciones, sentimos el corazon cansado y el alma descontenta.

La inmortalidad, como hemos dicho, se alza luego y se adelanta sobre el horizonte pálido de la muerte, para borrarlo con su magnificencia deslumbradora.

Imposible se hace que acerquemos siquiera nuestras palabras al lujo de pensamiento, de espresion y de saber que desplega Espronceda en esta descripcion sublime, la mas afortunada acaso de cuantas se han visto hasta hoy en lengua castellana.

La variedad de tonos que á su arbitrio emplea el poeta, tonos ya humildes, ya elevados, áridos ó festivos; placenteros, sombríos, desesperados é inocentes, son como la faz del mundo, sobre la cual está condenado á discurrir su héroe. Esa *sinuosidad del Diablo Mundo* es la superficie de la tierra: aquí un valle, mas adelante un monte, flores y espinas, aridez y verdura, chozas y palacios, pozas inmundas, arroyos serenos y rios despeñados.

Espronceda, en la poesía, con tal superioridad maneja el habla castellana, que ha revolucionado la versificacion. Antes la *armonía imitativa* estaba reducida á asimilar en uno ó dos versos el galopar monótono de un caballo de guerra por ejemplo, y hoy nuestro aventajado poeta espresa con los tonos en todo un poema, no solo lo que sus palabras retratan, sino hasta la fisonomía moral que caracteriza las imágenes, las situaciones y los objetos de que se ocupa... Esta es la *armonía del sentimiento*, llevada á la perfeccion por el sentimiento íntimo y delicado del que escribe.

Como por el rugido se conoce al leon, como por el plañido se infiere del que padece cuál será el grado de su dolor, así por las entonaciones de que se vale Espronceda en el *Diablo Mundo* inferimos las palabras y los conceptos que de estas van á resultar.

Grande, dilatado, inmenso es el campo poético que el poeta ha desplegado á su frente, para trazar carrera al héroe del Poema en cuestion.

Repetimos que en nuestro juicio es el plan mayor que hasta hoy se ha concebido para un Poema. Su héroe ha rejuvenecido ya con el *doctor Fausto*, pero su mocedad no es el préstamo de un tiempo mezquino por la hipoteca y la enajenacion del alma: el protagonista del *Diablo Mundo*, sin nombre hasta ahora, ha aceptado la juventud y la inmortalidad sin condiciones.

En el drama de Goëthe, *Fausto* no es mas que un mancebo á medias, porque su corazon es siempre el del doctor, y esto le hace no participar nunca de los placeres en sazon, antes por lo contrario están siempre emponzoñados por el juicio.

Acaso fue este el pensamiento de Goëthe, y nosotros nos guardaremos de tildarlo; porque esa continuada carcoma de *Fausto* es una sublimidad del talento que lo creó.

Mas si Espronceda se propone enseñarnos el mundo físico y moral, para probarnos que la inmortalidad de la materia es el hastío y la condenacion sobre la tierra, juzgamos que su héroe, al retroceder en la carrera de la vida, debe hacerlo por completo, volviéndole la virginidad al alma, la inesperiencia al juicio, y dándole unas sensaciones no gastadas.

La esperiencia, la moralidad y el saber deben pertenecer al poeta, que no es personaje de accion en el drama, sino el disertador y el genio que penetra en las entrañas de su obra.

Con fundada esperanza nos lisonjeamos de que el Poema de el *Diablo Mundo* despertará en la Europa civilizada un respetuoso recuerdo de la patria de Cervantes.

Si el jóven autor, con cuya leal amistad nos honramos, no decae en ese maravilloso vuelo que ha sabido dar á los dos primeros cantos de el *Diablo Mundo*, viva penetrado de que si lo presente pertenece á los grandes poetas que murieron, el porvenir será para él.

La posteridad solamente hace pública justicia al talento que no domina por las armas.



EL DIABLO MUNDO.

POEMA

DE D. JOSÉ DE ESPRONCEDA.

CORO DE DEMONIOS.

Voguemos, voguemos.
La barca empujad,
Que rompa las nubes,
Que rompa las nieblas,
Los aires, las llamas,
Las densas tinieblas,
Las olas del mar.

Voguemos, crucemos
Del mundo el confin;
Que hoy su triste cárcel quiebran
Libres los diablos en fin,
Y con música y estruendo
Los condenados celebran,
Juntos cantando y bebiendo,
Un diabólico festin.

EL POETA.

Qué rumor
Lejos suena,
Que el silencio
En la serena
Negra noche interrumpió?

Es del caballo la veloz carrera,
Tendido en el escape volador,
O el áspero rugir de hambrienta fiera,
O el silbido tal vez del Aquilon?

O el eco ronco de lejano trueno
Que en las hondas cavernas retumbó,
O el mar que amaga con su hinchado seno,
Nuevo Luzbel, al trono de su Dios?

Densa niebla
Cubre el cielo,
Y de espíritus
Se puebla
Vagarosos,
Que aquí el viento
Y allí cruzan
Vaporosos
Y sin cuento.

Y aquí tornan,
Y allí giran,
Ya se juntan,
Se retiran,
Ya se ocultan,
Ya aparecen,
Vagan, vuelan,
Pasan, huyen,
Vuelven, crecen,
Disminuyen,
Se evaporan,
Se coloran,
Y entre sombras
Y reflejos,
Cerca y lejos
Ya se pierden;
Ya me evitan
Con temor;
Ya se agitan
Con furor,

En aérea danza fantástica
A mi alrededor.

Vago enjambre de vanos fantasmas,
De formas diversas, de vario color,
En cabras y sierpes montados y en cuervos,
Y en palos de escobas, con sordo rumor:

Baladros, lanzan y ahullidos,
Silbos, relinchos, chirridos,
Y en desacordado estrépito
El fantástico escuadron
Mueve horrenda algaravía,
Con espantosa armonía
Y horrísona confusion.

Del toro ardiente al mugido
Responde en ronco graznar
La malhadada corneja,
Y al agorero cantar
De alguna hechicera vieja;
El gato bufa y mahulla,
El lobo erizado ahulla,
Ladra furioso el mastin:
Y ruidos, voces y acentos
Mil se mezclan y confunden.
Y pavor y miedo infunden,
Los bramidos de los vientos,
Que al mundo amagan su fin
En guerra los elementos.

Relámpago rápido
Del cielo las bóvedas
Con luz rasga cárdena,
Y encima descúbrese
Ginete fantástico,
Quizá el genio indómito
De la tempestad.

De cien truenos juntos retumba el fragor
En bosques, montañas, cavernas, torrentes:
Quizá son del miedo los genios potentes
Que el cántico entonan de espanto y terror.

Lanzando bramidos hórridos,
Y tronchando añosos árboles,
Irrisistible su ímpetu,
Teñida en colores lívidos,
Gigante forma flamígera
Cabalga en el huracan.
Quizá el genio de la guerra,
Cuya frente tornasola
Con roja vaga aureola
El relámpago fugaz.

Aquí retiembla la tierra,
Allí rebrama la mar,
Altísima catarata
Zumba y despéñase allá:

Allí torrentes de lava
Lanza mugiente volcan;
Aquí temerosa tromba
Se agita en la tempestad,

Y agua, fuego, peñas, árboles
Avida sorbe al pasar;
Allí colgada la luna,
Con torva cárdena faz,

Triste, fatídica, inmóvil,
En la inmensa oscuridad,
Mas entristece que alumbra,
Cual lámpara sepulcral.

Allí bramidos de guerra
Se escuchan, y el golpear
Del acero, y de las trompas
El estrépito marcial:

Aquí relinchar caballos
Y estruendo de pelear,
Allí retumban cañones,
Lamentos suenan allá,

Y alaridos, voces, ayes
Y súplicas y llorar;
Aquí desgarradas músicas,
Y cantares acullá.

Ruido de gentes que danzan
Con bullicioso compás;
Acá risas y murmullos,
Riñas y gritos allá.

Allí el estruendo se escucha
De amotinada ciudad,
Carcajadas, órgias, brindis,
Y maldecir y jurar.

Aquí el susurro entre flores
Del cefirillo galan;
Alli el eco interrumpido.
De algun suspiro fugaz.

Ora un beso, una palabra,
De alguna trova final;
Todo en confusa discordia
Se oye á un tiempo resonar.

Breve compendio del mundo,
La tartárea bacanal,
Y trastornan y confunden
Tanto estrépito á la par:

Y aturden, turban, marean
Tanta vision, tanto afan.

UN CORO.

Allá va la nave:
Quién sabe dó va?
Ay! triste el que fia
Del viento y la mar!

UNA VOZ.

Qué importa? el destino.
Su rumbo marcó.
Quién nunca sus leyes
Mudar alcanzó?
Allá va la nave;
Vogad sin temor,
Ya el aura la arrulle,
Ya silbe aquilon.

SEGUNDO CORO.

Venid, levantemos
Segunda Babel,
El velo arranquemos
Que esconde al saber.

UNA VOZ.

Verdad, te buscamos:
Osamos subir
Al último cielo

Volando tras tí,
Con noble avaricia
Y en ánsia sin fin
De ver cuanto ha sido
Y está por venir.

TERCER CORO.

Mentira, tú eres
Luciente cristal,
Color de oro y nácar
Que encanta el mirar.

UNA VOZ.

Feliz á quien meces,
Mentira, en tus sueños;
Tú sola halagüeños
Placeres nos das.
Ay! nunca busquemos
La triste verdad!
La mas escondida
Tal vez, qué traerá?
Traerá un desengaño!
Con él un pesar!

VARIAS VOCES.

PRIMERA VOZ.

Yo combato por la gloria,
Su corona es de laurel;
Cántame versos, poeta,
Póstrate, mundo, á mis pies.

SEGUNDA VOZ.

Yo levantaré un palacio
Que oro y perlas ornarán;
Príncipes serán mis siervos,
El pueblo, Dios me creará.

TERCERA VOZ.

Venid, hermosas, á mí,
Dadme deleite y amor,
Voluptuosa pereza,
Besos de dulce sabor;
Y entre perfumes y aromas,
Bullentes vinos, y al son
Del arpa, blanda me arrulle
Y armoniosa vuestra voz.

CUARTA VOZ.

Venid, empujadme,
La cima toqué;
Subidme, que luego
La mano os daré.

QUINTA VOZ.

Ay! yo caí de la elevada cumbre
En honda sima que á mis pies se abrió:
Grande es mi pena, larga mi agonía...!
Una mano! ayudadme! compasion!

SESTA VOZ.

Errante y amarrado á mi destino
Vago solo y en densa oscuridad.
Siempre viajando estoy, y mi camino
Ni descanso ni término tendrá!

SETIMA VOZ.

Sin pena vivamos
En calma feliz;
Gozar es mi estrella
Cantar y reir.

OCTAVA VOZ.

Quién calmará mi dolor?
Quién enjugará mi llanto?
No habrá alivio á mi quebranto?
Nadie escucha mi clamor?

EL POETA.

Dónde estoy? Tal vez bajé
A la mansion del espanto;
Tal vez yo mismo creé
Tanta vision, sueño tanto,
Que donde estoy ya no se.

Hórrida turba, quizá
Que en tormenta y confusion
A anunciar al mundo va
Su ruina y desolacion,
Mensajeros de Jehová:

Quiénes sois, genios sombríos
Que junto á mí os agolpais?
Sois vanos delirios mios,
O sois verdad? Qué buscais?
Qué quereis? Adónde vais?

Mas de la célica cumbre
Llameante catarata
En ondas de viva lumbre
Súbito miro saltar.
Y ola tras ola de fuego
Vuela en el aire y se alcanza
Con estruendo y furor ciego,
Como despeñado mar.

Y al hondo abismo en seguida
Se precipita y se pierde
La catarata encendida
Que en arco rápido cae.
Océano inmenso volcado
Rojos los aires incendia,
En tumbos arrebatado
Récia tormenta lo trae.

Y en medio negra figura
Levantada en pie se mece,
De colosal estatura
Y de impotente ademan.
Sierpes son su cabellera
Que sobre su frente silban;
Su boca espantosa y fiera
Como el cráter de un volcan.

De duendes y trasgos
Muchedumbre vana
Se agita y se afana
En pos su señor.
Y allí entre las llamas
Resbalan, se lanzan,
Y juegan y danzan
Saltando en redor.

Bullicioso séquito
Que vienen y van,
Visiones fosfóricas,
Ilusion quizá.

Trémulas imágenes
Sin marcada faz,
Su voz sordo estrépito
Que se oye sonar,
Cual zumbido unísono
De mosca tenaz.

Allí entre las llamas
Hirviendo en monton,
No cesa su ronco
Monótono son,
Murmurando á un tiempo mismo
Todos juntos y á una voz,
Y apareciéndose súbito
Ora fuego, ora vapor.

Tendió una mano el infernal gigante
Y la turba calló; y oyóse solo
En silencio el estrépito atronante
Del flamígero mar; luego un acento
Claro, distinto, rápido y sonoro
Por la vaga region cruzó del viento
Con rara melancólica armonia,
Que brotaba dó quiera,
Y un eco en derredor lo repetia.

Voz admirable, y vaga, y misteriosa,
Viene de allá del alto firmamento,
Crece bajo la tierra temblorosa,
Vaga en las alas del callado viento.
Voz de amargo placer, voz dolorosa,



Incomprensible mágico portento;
Voz que recuerda el alma conmovida
El bien pasado y la ilusion perdida.

«Ay!» esclamó, con lamentable queja;
Y en torno resonó triste gemido,
Como el recuerdo que en el alma deja
La voz de la mujer que hemos querido.
«Ay! cuán terrible condicion me aqueja
Para llorar y maldecir nacido,
Víctima yo de mi fatal deseo,
Que cumplirse jamás mis ánsias veo!»

«Quién es Dios? Dónde está? Sobre la cumbre
De eterna luz que altísima se ostenta,
Tal vez en trono de celeste lumbre
Su incomprensible magestad se asienta:
De mundos mil la inmensa pesadumbre
Con su mano tal vez rige y sustenta,
Sempiterno, infinito, omnipotente,
Invisible do quier, do quier presente.»

«Y allá en la gran Jerusalén divina
Tal vez escucha en holocausto santo
Del querub que á sus pies la frente inclina,

Voces que exhalan armonioso canto.
La máquina sonora y cristalina
Del mundo rueda en derredor en tanto,
Y entre aromas, y gloria, y resplandores,
Recibe humilde adoracion y amores.»

«*Santo*, *Santo*, los ángeles le cantan,
Hosanna, *Hosanna* en las alturas suena,
Rayos de luz perfilan y abrillantan
Nube de incienso y trasparencia llena;
Y en ella con murmullo se levantan,
Paz demandando á la mansion serena,
Las preces de los hombres en su duelo,
Y paz les vuelve y bendicion el cielo.»

«Es Dios tal vez el Dios de la venganza
Y hierve el rayo en su irritada mano,
Y la angustia, el dolor, la muerte lanza
Al inocente que le implora en vano?
Es Dios el Dios que arranca la esperanza
Frívolo, injusto y sin piedad tirano,
Del corazon del hombre, y le encadena,
Y á eterna muerte al pecador condena?»

«Embebido en su inmenso poderío,
Es Dios el Dios que goza en su hermosura,
Que arrojó el universo en el vacío,
Leyes le dió y abandonó su hechura?
Fue vanidad del hombre y desvarío
Soñarse imágen de su imágen pura?
Es Dios el Dios que en su eternal sosiego
Ni vió su llanto ni escuchó su ruego?»

«Tal vez secreto espíritu del mundo,
El Universo anima y alimenta,
Y derramado su hálito fecundo
Alborota la mar y el cielo argenta,
Y á cuanto el orbe en su ámbito profundo
Tímido esconde ó vanidoso ostenta,
Presta con su virtud desconocida
Alma, razon, entendimiento y vida?»

«Y es Dios tal vez la inteligencia osada
Del hombre, siempre en ánsias insaciable,
Siempre volando y siempre aprisionada
De vil materia en cárcel deleznable?
A esclavitud eterna condenada,
A fiera lucha, á guerra interminable,
Tal vez estás, divinidad sublime,
Que otra divinidad de inercia oprime?»

«Y es en su vida el Universo entero
Ilimitado campo de pelea;
Cada elemento un triste prisionero
Que su cadena quebrantar desea:
Y ardes en todo, espíritu altanero,
Lumbre matriz, devoradora tea,
Como el que oculto, misterioso aliento
Mueve la mar con loco movimiento?»

«Cuándo tu guerra término tendrá,
Y romperás tu lóbrega prision?
Su faz el universo cambiará?
Creará otros seres de inmortal blason,
O la muerte silencio te impondrá?
Volarás fugitivo á otra region;
O disipando la materia impura
El mundo inundarás de tu hermosura?»

«Quién sabe? acaso yo soy
El espíritu del hombre
Cuando remonta su vuelo
A un mundo que desconoce;
Cuando osa apartar los rayos
Que á Dios misterioso esconden,
Y analizarle atrevido
Frente á frente se propone.
Y entre tanto que impasibles
Giran cien mundos y soles
Bajo la ley que gobierna
Sus movimientos acordes,
Traspasa su estrecho límite
La imaginacion del hombre,
Ginete sobre las alas
De mi espíritu veloces,
Y otra vez va á mover guerra,
A alzar rebeldes pendones,
Y hasta el orígen creador
Causa por causa recorre;
Y otra vez se hunde conmigo
En los abismos, en donde
En tiniebla y lobreguez
Maldice á su Dios entonces.
Ay! su corazon se seca,
Y huyen de él sus ilusiones;
Delirio son engañoso
Sus placeres, sus amores,
Es su ciencia vanidad,
Y mentira son sus goces;
Solo es verdad su impotencia,
Su amargura y sus dolores!»

«Tú me engendraste, mortal,
Y hasta me diste un nombre;
Pusiste en mí tus tormentos,
En mi alma tus rencores,
En mi mente tu ansiedad,
En mi pecho tus furores,
En mi lábio tus blasfemias,
E impotentes maldiciones;
Me erigiste en tu verdugo,
Me tributaste temores,
Y entre Dios y yo partiste
El imperio de los orbes.
Y yo soy parte de tí,
Soy ese espíritu insomne
Que te escita y se levanta
De su nada á otras regiones,
Con pensamientos de ángel;
Con mezquindades de hombre.»

«Tú te agitas como el mar
Que alza sus olas enormes,
Humanidad, en oleadas
Por quebrantar tus prisiones.
Y en vano será que empujes,
Que ondas con ondas agolpes,
Y de tu cárcel la linde
Con vehemente furia azotes?
Será en vano que tu mente
A otras esferas remontes,
Sin que los negros arcanos
De vida y de muerte ahondes?
Viajas tal vez hácia atrás?
Adelante tal vez corres?
Quizá una ley te subyuga?
Quizá vas sin saber dónde?
Las creencias que abandonas,
Los templos, las religiones
Que pasaron, y que luego
Por mentira reconoces,
Son quizá menos mentira
Que las que ahora te forjes?
No serán tal vez verdades
Los que tú juzgas errores?»

«Mas tú, como yo, impulsada
Por una mano de bronce,
Allá vas, y en vano, en vano
Descanso pides á voces;

Los siglos se precipitan,
Se hunden cien generaciones,
Piérdense imperios y pueblos,
Y el olvido los esconde;
Y tú allá vas, allá vas
Abandonada y sin norte,
Despeñada y de tropel
Y en aparente desórden;
Y ora inundas la llanura,
Allanas luego los montes,
No hay hondo abismo ni cielo
Que á descubrir no te arrojes!!!
Pobre, ciega, loca, errante,
Aquí sagaz, allí torpe,
Tú misma para tí misma
Toda arcano y confusiones.

Y ya por senda trazada
Viajes sometida y dócil,
Y sigas crédula en paz
Las huellas de tus mayores;
Ya nuevas galas te vistas
Y de las antiguas mofes,
Y rebelde de tus hierros
Muerdas ya los eslabones,
Yo siempre marcho contigo;
Y ese gusano que roe
Tu corazon, esa sombra
Que anubla tus ilusiones,
Soy yo, el lucero caido,
El ángel de los dolores,
El rey del mal, y mi infierno
Es el corazon del hombre.
Feliz mientras la esperanza
Ay! tus delirios adorne!
Infeliz cuando tu mente
Los recuerdos emponzoñen,
Y á la mar sin rumbo fijo
Desesperado te arrojes!
Ni un astro te alumbrará,
Será en vano que á Dios nombres,
Ora le reces sin fé,
Ora su enojo provoques.
Solo el huracan y el trueno
Responderán á tus voces,
Sin hallar puerto ni playa
Por mas que anhelante vogues.
Y al fin la materia muere;
Pero el espíritu, ¿á dónde
Volará? ¿Quién sabe? ¡Acaso
Jamás sus cadenas rompe!!!»

Dijo, y la ignea luminosa frente
Dejó caer desesperado y triste,
Y corrió de sus ojos larga fuente
De emponzoñadas lágrimas: profundo
Silencio en torno dominó un momento:
Luego en aéreo modulado acento
Cien coros resonaron,
Y allá en el aire en confusion cantaron.

PRIMER CORO.

Génios, venid, venid
Vuestro mal con el hombre á repartir.

SEGUNDO CORO.

Ya la esperanza á los hombres
Para siempre abandonó;
Los recuerdos son tan solo
Pasto de su corazon.

TERCER CORO.

Nosotros, génios del alma,
Aunque en nosotros no crée,
Somos su Dios, condenado
Nuestro influjo á obedecer.

PRIMER CORO.

Génios, venid, venid
Vuestro mal con el hombre á repartir.

UNA VOZ.

Yo turbaré sus amores
Disiparé su ilusion,
Atizaré sus rencores,
Y haré eternos sus dolores,
Mal llagado el corazon.

SEGUNDA VOZ.

Yo confundiré á sus ojos
La mentira y la verdad,
Y la ciencia y los sucesos
Su mente confundirán.

TERCERA VOZ.

Marchitaré la hermosura,
Rugaré la juventud;
El alma que nació pura
Renegará la virtud,
Maldecirá de su hechura.

CUARTA VOZ.

Yo haré dudar del cariño
Que muestra al tímido niño
El corazon maternal;
Y haré vislumbre al través
Del amor el interes
Como su vil manantial.

QUINTA VOZ.

Una barra de oro
Su Dios será,
La avaricia del hombre
La adorará:
Viles pasiones
Gobernarán tan solo
Sus corazones.

Génios, venid, venid
Nuestro mal con el hombre á repartir.

SESTA VOZ.

Mi lanza impávida
Derribará
Ese Dios mísero
De vil metal.

Sobre sus aras
Me asentaré,
Y esclavo al hombre
Dominaré.

Génios, venid, venid
Y esos esclavos á mi carro uncid.

SÉTIMA VOZ.

Yo romperé las cadenas,
Daré paz y libertad,
Y abriré un nuevo sendero
A la errante humanidad.

CORO.

Quién sabe! Quién sabe!
Quizás sueños son,
Mentidos delirios,
Dorada ilusion.

Genios, venid, venid
Nuestro mal con el hombre á repartir.

Como nubes que en negra tormenta
Precipita violento huracan,
Y en confuso monton apiñadas,
De tropel y siguiéndose van.

Y visiones y horrendas fantasmas,
Mónstruos raros de forma sin fin,
Y palacios, ciudades y templos,
Nuestros ojos figuran allí;

Y entre masas espesas de polvo
Desparece la tierra tal vez,
Cual gigante cadáver que cubre
Vil mortaja de lienzo soez;

Como zumba sonante á lo lejos
El doliente rujido del mar,
Cuando rompe en las rocas sus olas
Fatigadas de tanto luchar;

Y la brisa en la noche serena
En sus ráfagas trae la cancion,
Que al compás de los remos entona
Mar adentro quizá un pescador.

Así, en turbio veloz remolino
El diabólico ejército huyó;
Vagarosas pasaron sus sombras,
Y el crujir de sus alas sonó.

Y el yermo fantástico espacio
Largo tiempo se oyó su cantar.
Y á lo lejos el flébil quejido
Poco á poco armonioso espirar.

Embargada y absorta la mente,
En incierto delirio quedó,
Y abrumada sentí que mi frente
Un torrente de lava quemó.

Y en mi loca falaz fantasía
Sus clamores y cántico oí,
Y el tumulto y su inquieta porfía
Encerrado en mí mismo sentí.

Así al son agudo de bélica trompa,
Y al compás del golpe que marca el tambor,
Brioso en alarde y magnífica pompa,
En órden desfila guerrero escuadron.

Y espadas, fusiles, caballos, cañones
Pasan, y los ojos en confuso ven
Brillar aún las armas, ondear los pendones,
Fantásticas plumas del viento al vaiven.

Relumbrar corazas, y el polvo y la gente,
Y se oye á lo lejos un vago rumor,
Y queda en su encanto suspensa la mente,
Y oir y ver piensa despues que pasó.

Mas ya del primer albor
La luz pura tiñe el cielo,
Y al naciente resplandor
Naturaleza su velo
Pinta con vario color.

Y se esparce por el mundo
Un armonioso contento,
Un confuso movimiento,
Que en pensamiento profundo
Suspende el entendimiento.

Es verdad lo que ver creo?
Fué un sueño lo que ví
En mi loco devaneo?
Fué verdad lo que fingí?
Es mentira lo que veo?

CANTO PRIMERO.

Sobre una mesa de pintado pino
Melancólica luz lanza un quinqué,
Y un cuarto ni lujoso ni mezquino
A su reflejo pálido se vé:
Suenan las doce en el reló vecino
Y el libro cierra que anhelante lee
Un hombre ya caduco, y cuenta atento
Del cansado reloj el golpe lento.

Carga despues sobre la diestra mano
La ya rugosa y abrumada frente,
Y un pensamiento fúnebre, tirano,
Fija y domina, al parecer, su mente:
Borrarlo intenta en su ansiedad en vano;
Vuelve á leer, y en tanto que obediente
Se somete su vista á su porfía,
Lánzase á otra region su fantasía.

«Todo es mentira y vanidad, locura!»
Con sonrisa sarcástica esclamó.
Y en la silla tomando otra postura,
De golpe el libro y con desden cerró:
Lóbrega tempestad su frente oscura
En remolinos densos anubló,
Y los áridos ojos quemó luego
Una sangrienta lágrima de fuego.

«Ay! para siempre, dijo, la ufanía
Pasó ya de la hermosa juventud,
La música del alma y melodía,
Los sueños de entusiasmo y de virtud!....»
Pasaron ay! las horas de alegría,
Y abre su seno hambriento el ataud.
Y único porvenir, sola esperanza,
La muerte á pasos de gigante avanza.»

«Qué es el hombre? Un misterio. Qué es la vida?
Un misterio tambien!.... Corren los años
Su rápida carrera, y escondida
La vejez llega envuelta en sus engaños:
Vano es llorar la juventud perdida,
Vano buscar remedio á nuestros daños;
Un sueño es lo presente de un momento,
Muerte es el porvenir, lo que fue, un cuento...»

«Los siglos á los siglos se atropellan,
Los hombres á los hombres se suceden,
En la vejez sus cálculos se estrellan,
Su pompa y glorias á la muerte ceden:
La luz que sus espíritus destellan
Muere en la niebla que vencer no pueden,
Y es la historia del hombre y su locura
Una estrecha y hedionda sepultura!»



«Oh! si el hombre tal vez lograr pudiera
Ser para siempre jóven é inmortal,
Y de la vida el sol le sonriera
Eterno de la vida el manantial!
Oh! cómo entonces venturoso fuera;
Roto un cristal alzarse otro cristal
De ilusiones sin fin, contemplaría
Claro y eterno sol de un bello dia!....»

«Nécio, dirán, tu espiritu altanero
Dónde te arrastra, que insensato quiere
En un mundo infeliz, perecedero,
Vivir eterno mientras todo muere?
Qué hay inmortal, ni aun firme y duradero?
Qué hay que la edad con su rigor no altere?
No ves que todo es humo, y polvo, y viento?
Loco es tu afan, inútil tu lamento!....

Todos mas de una vez hemos pensado
Como el honrado viejo en este punto;
Y mucho nuestros frailes han hablado,
Y Séneca y Platon sobre el asunto:
Yo, por no ser prolijo ni cansado,
(Que ya impaciente á mi lector barrunto)
Diré que al cabo, de pensar rendido,
Tendióse el viejo y se quedó dormido.

Tal vez será debilidad humana
Irse á dormir á lo mejor del cuento,
Y cortado dejar para mañana
El hilo que anudaba el pensamiento:
Dicen que el sueño del olvido mana
Blando licor que calma el sentimiento;
Mas ay! que á veces fijo en una idea,
Bárbaro en nuestro llanto se recrea!

Quedóse en su profundo sueño, y luego
Una vision...—Vision!... Frunciendo el lábio,
Oigo que clama, de despecho ciego,
Un crítico feroz:—Perdona, oh sábio,!
Sabio sublime, espérate, te ruego,
Y yo te juro por mi honor, oh Fábio...!
Si no es Fabio tu nombre, en este instante
A dártelo me obliga el consonante;

Juro que escribo para darte gusto
A tí solo, y al mundo entero enojo,
Un libro en que á Aristóteles me ajusto,
Como se ajusta la pupila al ojo:
Mis reflexiones sobre el hombre justo
Que sirve á su razon, nunca á su antojo,
Publicaré despues, para que el mundo
Mejor se vuelva, oh crítico profundo!

Que yo bien sé que el mundo no adelanta
Un paso mas en su inmortal carrera,
Cuando algun escritor, como yo, canta
Lo primero que salta en su mollera;
Pero no es eso lo que mas me espanta,
Ni lo que acaso espantará á cualquiera:
Terco escribo en mi loco desvarío
Sin ton ni son, y para gusto mio.

La zozobra del alma enamorada,
La dulce vaguedad del sentimiento,
La esperanza de nubes rodeada,
De la memoria el dolorido acento,
Los sueños de la mente arrebatada,
La fábrica del muudo y su portento,
Sin regla ni compás canta mi lira:
Solo mi ardiente corazon me inspira!

Y á la estraña vision volviendo ahora
Que al triste viejo apareció en su sueño,
(Que algunas veces cuando el alma llora
La muerte en consolarnos pone empeño,
Y bienes y delirios atesora
Que hacen mas duro, al despertar, el ceño
De la suerte fatal, que en esta vida
Nos persigue con alma empedernida.)

Es fama que soñó... y hé aquí una prueba
De que nunca el espíritu reposa,
Y esto otra vez á digresar me lleva
De la historia del viejo milagrosa;
Y á nadie asombre que á afirmar me atreva
Que siendo al alma la materia odiosa,
Aquí para vivir en santa calma,
O sobra la materia, ó sobra el alma.

Quiere aquella el descanso, y en el lodo
Nos hunde perezosa y encenaga;
Esta presume adivinarlo todo,
Y en la region del infinito vaga:
Flojo, torpe, á traspies, como un beodo
Que con sueños su mente el vino estraga,
La materia al espíritu obedece,
Hasta que yerta al fin cede y fallece.

Llaman pensar así, filosofía,
Y al que piensa, filósofo; y ya siento
Haberme dedicado á la poesía
Con tan raro y profundo entendimiento.
Yo con erudicion, cuánto sabria...!
Mas vuelta á la vision y vuelta al cuento,
Aunque ahora que un sastre es *esprit-fort*,
No hay ya vision que nos inspire horror.

Mas me valiera el campo lisonjero
Correr de la política, y revista
Pasar con tanto sábio y financiero,
Bibliógrafo, letrado y alquimista,
Diplomático, filósofo, guerrero,
Orador, erudito y periodista
Que honra el siglo: esplendidos varones,
Dicha no, pero honor de las naciones!

Y mucho mas sin duda me valiera,
Que no andar por el mundo componiendo,
De niño, haber seguido una carrera
De mas provecho y de menor estruendo;
Que si no sábio, periodista fuera,
Que es punto menos; mas, dolor tremendo!
Mis estudios dejé á los quince años,
Y me entregué del mundo á los engaños!

Oh padres! Oh tutóres! Oh maestros,
Los que educais la juventud sencilla!
Sigan senda mejor los hijos vuestros
Donde la antorcha de las ciencias brilla!
Tenderos ricos, abogados diestros,
Del foro y de la bolsa maravilla
Pueden ser, y si no, sean diputados
Graves, sérios, rabiosos, moderados.

Y si llega á ministro el tierno infante,
Llanto de gozo, oh padres! derramad,
Al contemplarle demandar triunfante
A las Córtes un bill de indemnidad.—
Perdon, lector, mi pensamiento errante
Flota en medio á la turbia tempestad
De locas reprensibles digresiones.—
Siempre juguete fuí de mis pasiones!!!

Por la inerte materia vaga incierta
El alma en nuestra fábrica escondida;
A otra vida durmiendo nos despierta,
Vida inmortal, á un punto reducida.
De la esperanza la sabrosa puerta
El espíritu abre, y la perdida
Memoria renovando, allí en un punto
Cuanto fué, es y será, presenta junto.

Será que el alma su inmortal esencia
Entre sueños revela, y desatada
Del tiempo y la medida su existencia,
La eternidad formula á la espantada
Mente oscura del hombre? Oh ciencia! Oh ciencia,
Tan grave, tan profunda y estirada!
Vergüenza tén y permanece muda:
Puedes tú acaso resolver mi duda?

Duerme entre tanto el venerable anciano,
Mientras que yo discurro sin provecho:
Figuras mil en su delirio insano
Fingiendo en torno á su encantado lecho.
El sueño su invisible y grave mano
Posando silencioso sobre el pecho,
Formas de luz y de color sombrío
Arroja al huracan del desvarío.

Y como el polvo en nubes que levanta
En remolinos rápidos el viento,
Formas sin forma, en confusion que espanta,
Alza el sueño en su vértigo violento:
Del vano reino el límite quebranta,
Vago escuadron de limites sin cuento,
Y otros mundos al viejo aparecian,
Y esto los ojos de su mente vian.

En lóbrego abismo que sombras eternas
Envuelven en densa tiniebla y horror,
Do reina un silencio que nunca se altera,
Y ahuyenta el olvido del mundo el rumor,

Con lástima y pena, mirando al anciano,

Vaporosa sombra de un lejano bien,
De vagos contornos confusa figura,
Cual bello cadáver, se alzó una mujer:

Y oyóse en seguida lánguida armonía,
Música suave, y luego una voz
Cantó, que el oido no la percibia,
Sino que tan solo la oyó el corazon.

Débil mortal, no te asuste
Mi oscuridad ni mi nombre;
En mi seno encuentra el hombre
Un término á su pesar.
Yo compasiva le ofrezco
Lejos del mundo un asilo,
Donde á mi sombra tranquilo
Para siempre duerma en paz.

Isla yo soy de reposo
En medio el mar de la vida,
Y el marinero allí olvida
La tormenta que pasó:
Allí convidan al sueño
Aguas puras sin murmullo
Allí se duerme al arrullo;
De una brisa sin rumor.

Soy melancólico sauce
Que su ramaje doliente
Inclina sobre la frente
Que arrugara el padecer;
Y aduerme al hombre, y sus sienes
Con fresco jugo rocia,
Mientras el ala sombria
Bate el olvido sobre él.

Soy la virgen misteriosa
De los últimos amores,
Y ofrezco un lecho de flores
Sin espinas ni color;
Y amante doy mi cariño
Sin vanidad ni falsía;
No doy placer ni alegría,
Mas es eterno mi amor.

En mí la ciencia enmudece,
En mí concluye la duda.
Y árida, clara, desnuda
Enseño yo la verdad;
Y de la vida y la muerte
Al sábio muestro el arcano,
Cuando al fin abre mi mano
La puerta á la eternidad.

Ven, y tu ardiente cabeza
Entre mis manos reposa;
Tu sueño, madre amorosa,
Eterno regalaré:
Ven, y yace para siempre
En blanda cama mullida,
Donde el silencio convida
Al reposo y al no ser.

Deja que inquieten al hombre,
Que loco al mundo se lanza,
Mentiras de la esperanza,
Recuerdos del bien que huyó:
Mentira son sus amores,
Mentira son sus victorias,
Y son mentira sus glorias,
Y mentira su ilusion.

Cierre mi mano piadosa
Tus ojos al blando sueño,
Y empape suave beleño
Tus lágrimas de dolor:
Yo calmaré tu quebranto
Y tus dolientes gemidos,
Apagando los latidos
De tu herido corazon.

Vísteis la luna reflejar serena
Entre las aguas de la mar sombría,
Cuando se calma nuestra amarga pena,
Y siente el corazon melancolía?

Y el mar que allá á lo lejos se dilata,
Imágen de la oscura eternidad,
Y el horizonte azul bañado en plata,
Rico dosel que desvanece el mar?

Y del aura sutil que se desliza
Por las aguas, oísteis el murmullo,
Cuando las olas argentadas riza
Con blanda queja y con doliente arrullo?

Y sentísteis tal vez un tierno encanto,
Una voz que regala el corazon,
Dulce, inefable y misterioso canto
De vago afan é incomprensible amor?

Blanda así la quimérica armonía
Sonó del melancólico cantar;
Vibraciones del alma y melodía
De un corazon que fatigó el pesar.

Y la amorosa y pálida figura
Los amarillos brazos estendió,
Y sus lángidos ojos de dulzura
Al triste viejo con piedad volvió.

Ojos sin luz que su mirada hiela,
Intima, intensa el corazon domina,
En densas sombras los sentidos vela,
En mudo pasmo la razon fascina.

Coagularse su sangre el viejo siente
Poco á poco en sus venas con sabroso
Desmayo, y que se trueca su impaciente
Afan en un letargo vaporoso:

Entorpece sus miembros y embriaga
Su mente aquella mágica figura,
La breve luz de su existencia apaga
Con su mirada de fatal ternura:

Sus lábios besa con mortal anhelo
Cariñosa la pálida vision,
Y á las entrañas se desprende el hielo
De sus áridos lábios sin color.

Sus ojos fijos en los muertos ojos
Desvanecidos de mirar sentía;
Los rayos de su luz yertos despojos
Que la mirada mágica absorvia.

Por su cuerpo un deleite serpeaba,
Sus nervios suavemente entumeciendo,
Y el espíritu dentro resbalaba,
Grato sopor y languidez sintiendo.

Ya su delgada, amarillenta mano,
Sobre su pecho á reposarla estiende,
Y exánime, mirándola el anciano,
Yerto é inmóvil su destino atiende.

Así al viajero fatigado, cuando
El sueño los sentidos entorpece,
Las fuerzas poco á poco van faltando
Y el cuerpo perezoso desfallece;

Y perdido en el áspera montaña,
Sobre la nieve desplomado cae,
Su juicio se devana y enmaraña,
Gratas visiones su desmayo trae;

Y lenta y muellemente adormecida,
La máquina mortal, lánguidamente
Bostezar torpe la ondulante vida
Entre los brazos de la muerte siente.

Será que consumida por los años
Sienta placer la vida fatigada,
En dejar de este mundo los engaños,
El término al tocar de su jornada?

La travazon de la materia inerte
Desatada, disuelto el cuerpo espira,
Y el espíritu, cerca ya la muerte,
Por la perdida libertad suspira?

Rendido en tanto el moribundo anciano,
Con deleite la eterna paz espera;
Su mano estrecha la aterida mano
Que marca el fin de su vital carrera:

Cuando á otra parte con estruendo el suelo
Crugir y el muro de su estancia siente,
Y ven sus ojos un inmenso cielo
Desarrollarse en luz de oro cadente.

Rico manto de lumbre y pedrería,
Tachonado de soles á millares,
Olas de aljofarada argentería
Meciendo el aire en esparcidos mares.

Y un sol con otro sol que se eslabona
En torno á una deidad orlan su frente,
Y los rayos de luz de su corona
En un velo la envuelven trasparente.

Magestuosa, diáfana y radiante
Su hermosura en su lumbre se confunde,
Agitada columna coruscante,
Júbilo y vida por do quier difunde.

Eterno amor, inmarcesibles glorias,
Armas, coronas de oro y de laurel,
Triunfos, placeres, esplendor, victorias,
Ilusiones, riquezas y poder:

Eterna vida, eterno movimiento,
Los sueños de la dulce poesía,
El sonoro y quimérico concento
De la rica y estasiada fantasía:

El eco blando del primer suspiro,
La dulce queja del primer amor,
La primera esperanza y el respiro,
Que pura exhala la aromosa flor:

La faz hermosa de la noche en calma
Y el son del melancólico laud,
Los devaneos plácidos del alma,
El sosiego y la paz de la virtud:

La santa dicha del hogar paterno,
Del amigo la plática sabrosa,
El blando sueño en el regazo tierno
De la feliz, enamorada esposa:

El puro beso del alegre niño
Que en torno de sus padres jugetea,
Prenda de amor, emblema del cariño
En que el alma gozosa se recrea:

La fe, la religion, bálsamo suave
Que vierte en el espíritu consuelo,
Y de las ciencias el estudio grave
Que alza la mente á la region del cielo:

La máquina del mundo y su hermosura
Que arrobado el espíritu contempla:
La augusta soledad que la amargura
Tal vez del alma combatida templa:

De la pasion el goce turbulento,
Siguiendo atropellado á la esperanza:
Ligero tamo que arrebata el viento
Y despeñado á su ilusion se lanza:

El aplauso del mundo y la tormenta,
Y el afan y el horrísono vaiven,
El noble orgullo y la ambicion sangrienta,
De nombre avara y de esplendente prez:

Del tronante cañon el estampido,
El lujo y el furor de la batalla:
Del corazon el bélico latido,
Que hace que hierva la abrasante malla:

El oro que famélico codicia
El hombre, y en montones lo atesora;
Alimento infernal de la avaricia,
Que hambre mas siente cuanto mas devora:

La crápula, el escámdalo y mareo
De en vicios rica, estrepitosa orgía,
El pudor resistiéndose al deseo,
Y mezclándose el vino en la porfía:

La alegre danza en movimiento blando
Que orna voluptuosa liviandad;
Al goce, al apetito convidando
Con sus mórbidas formas la beldad:

Cuanto fingió é imaginó la mente,
Cuanto del hombre la ilusion alcanza,
Cuanto creara la ansiedad demente,
Cuanto acaricia en sueños la esperanza;

La radiante vision maravillosa
Brinda con mano pródiga en monton,
Y en óptica ilusoria y prodigiosa
Pasar el viejo ante sus ojos vió.

Y entre aplausos, y músicas, y estruendo,
Y de ella en pos la humanidad entera,
Y en torno de ella armónica volviendo
En giro eterno la argentada esfera:

Suenan voces y cánticos sonoros
Que el aire en ecos derramando hienden,
Y ángeles mil en matizados coros
El aire rasgan y en fulgor lo encienden.

Y una voz como ráfaga de viento,
Palpitando de vida y de armonía
Sobre el vario magnífico concento,
Así cantando resonar se oia.

Salve, llama creadora del mundo,
Lengua ardiente de eterno saber,

Puro gérmen, principio fecundo
Que encadenas la muerte á tus piés.

Tú la inerte materia espoleas,
Tú la ordenas juntarse y vivir,
Tú su lodo modelas, y creas
Miles séres de formas sin fin.

Desbarata tus obras en vano
Vencedora la muerte tal vez;
De sus restos levanta tu mano
Nuevas obras triunfante otra vez.

Tú la hoguera del sol alimentas,
Tú revistes los cielos de azul,
Tú la luna en las sombras argentas,
Tú coronas la aurora de luz.

Gratos ecos al bosque sombrio,
Verde pompa á los árboles das,
Melancólica música al rio,
Ronco grito á las olas del mar

Tú el aroma en las flores exhalas,
En los valles suspiras de amor,



Tú murmuras del aura en las alas,
En el Bóreas retumba tu voz.

Tú derramas el oro en la tierra
En arroyos de hirviente metal,
Tú abrillantas la perla que encierra
En su abismo profundo la mar.

Tú las cárdenas nubes estiendes,
Negro manto que agita Aquilon;
Con tu aliento los aires enciendes,
Tus rugidos infunden pavor.

Tú eres pura simiente de vida,
Manantial sempiterno del bien;
Luz del mismo Hacedor desprendida,
Juventud y hermosura es tu sér.

Tú eres fuerza secreta que el mundo
En sus ejes impulsa á rodar,
Sentimiento armonioso y profundo
De los orbes que anima tu faz.

De tus obras los siglos que vuelan
Incansables artífices son,
Del espíritu ardiente cincelan
Y embellecen la estrecha prisión.

Tú en violento, veloz torbellino
Los empujas enérgica, y van;
Y adelante en tu raudo camino
A otros siglos ordenas llegar.

Y otros siglos ansiosos se lanzan,
Desparecen y llegan sin fin,

Y en su eterno trabajo se alcanzan,
Y se arrancan sin tregua el buril.

Y afanosos sus fuerzas emplean
En tu inmenso taller sin cesar,
Y en la tosca materia golpean,
Y redobla el trabajo su afan.

De la vida en el hondo Oceano
Flota el hombre en perpétuo vaiven,
Y derrama abundante su mano
La creadora semilla en su ser.

Hombre débil, levanta la frente,
Pón tu lábio en su eterno raudal;
Tú serás como el sol en Oriente,
Tú serás como el mundo, inmortal.

Calló la voz, y el armonioso coro
Y el estruendo y la música siguió,
Y repitiendo el cántico sonoro
Turbas inmensas pasan en monton.

Sus alas lanzan luminosa estela,
Como la nave en la serena mar,
Y entre su viva luz la luz riela
Mas pura de la imágen inmortal.

Cruzando va cual fulgurante tromba,
Su cortejo magnífico en redor,
Y el viento rompe cual lanzada bomba,
Sobre otros soles desprendido sol.

Atónito la faz alza el anciano,
Como el que vuelve en sí en el ataud,
Con ánsia, angustia y con delirio insano
Aire buscando y anhelando luz.

Que en el regazo del no ser dormido,
El alto estruendo en su estupor sintió,
El intrépido canto hirio su oido,
Y súbito sus nervios sacudió.

Y el yerto brazo de la sombra fria
Que vierte al corazon hielo mortal,
Aparta con su afan en su agonía,
Volar ansiando á la gentil deidad.

Y entrambos brazos con anhelo tiende,
Atento el canto animador escucha,
De la vision de muerte se desprende,
Y por moverse y levantarse lucha.

Los ojos abre al resplandor inciertos,
La luz buscando que su luz escita,
Sienten grato calor sus miembros muertos,
Con nuevo ardor su corazon palpita.

La sangre hierve en las hinchadas venas,
Siente volver los juveniles brios,
Y ahuyentan de su frente albas serenas
Los pensamientos de la edad sombríos.

Y desprendidas ráfagas de lumbre
Su cuerpo bañan y su sien circundan;
Torrentes mil de la argentada cumbre
Vertiendo vida, en su esplendor le inundan.

Y bajando la diosa encantadora,
Mecida en olas de encendido viento,
En torno de él la tropa voladora
Esparce juventud y movimiento.

Y su rostro se pinta de hermosura,
Viste su corazon la fortaleza,
Brilla en su frente juvenil tersura,
Negros rizos coronan su cabeza.

El alma en su mirar se trasparenta,
Mirar sereno, vívido y ardiente,
Y su robusta máquina alimenta
La eterna llama que en el pecho siente.

Contra su seno la deidad le abraza,
Y en su vuelo le envuelve y le ilumina,
Y á su ruina y su destino enlaza
El destino del mundo y su ruina

Tú los siglos hollarás
(Sonó la voz de la altura,)
Pasar los hombres verás,
Del mundo la edad futura
Como el mundo correrás.

El sol que hoy nace en Oriente
Y que ilumina tu frente,
Pasarán edades cien,
Y cual hoy, resplandeciente,
La iluminará tambien.

El crudo invierno, sombrío,
Del pintado abril las flores,
Las galas del bosque umbrío,
Los rigorosos calores
De los meses del estío.

Pasarán, y contarás
Hora á hora y mes á mes,
Y un año y otro verás,
Y un siglo y otro despues,
Sin que se acabe jamás.

Y eternamente vogando
Y navegando contino,
Sin hallar descanso, andando
Irás siempre, caminando,
Sin acabar tu camino.

Y los siglos girarán
En perpétuo movimiento,
Las naciones morirán,
Y se escuchará tu acento
En los siglos que vendrán.

Pero si acaso algun dia
Lloras tal vez tu horfandad,
Y al cielo clamas piedad,
Y en lastimosa agonía
Maldices tu eternidad,

Acuérdate que tú fuiste
El que fijó tu destino;
Que ser inmortal pediste,
Y arrojarte al torbellino
De las edades quisiste.

Y que el mundo te dará
Cuanto el mundo en si contiene:
Que tuyo el mundo será,
Y ya para tí previene
Cuanto ha tenido y tendrá.

En tanto el luciente coro
Repitió luego el cantar,
Y remontándose al cielo
La luz plegándose va

Entre nubes de oro y nacar
Que esconden á la deidad,
Y las voces en los aires
Perdidas se escuchan ya

Allá en lejana armonía
Como un eco resonar:

«Y que el mundo te dará
Cuanto el mundo en sí contiene;
Que tuyo el mundo será,
Y ya para ti previene
Cuanto ha tenido y tendrá.»

Dicha es soñar cuando despierto sueña
El corazon del hombre su esperanza,
Su mente alhaga la ilusion risueña.
Y el bien presente al venidero alcanza:
Y tras la aérea y luminosa enseña
Del entusiasmo, el ánimo se lanza
Bajo un cielo de luz y de colores,
Campos pintado de fragantes flores.

Dicha es soñar, porque la vida es sueño,
Lo que fingió tal vez la fantasía,
Cuando embriagada en lánguido beleño
A las regiones del placer nos guia:
Dicha es soñar, y el riguroso ceño
No ver jamás de la verdad impía:
Dicha es soñar, y en el mundano ruido
Vivir soñando y existir dormido.

Y un sueño á la verdad pasa la vida,
Sueño al principo de dorada lumbre,
Senda de flores mil, fácil subida
Que á un monte lleva de lozana cumbre:
Despues vereda áspera y torcida,
Monte de insuperable pesadumbre,
Donde cansada de una en otra breña,
Llora la vida y lo pasado sueña.

Sueños son los deleites, los amores,
La juventud, la gloria y la hermosura;
Sueños las dichas son, sueños las flores,
La esperanza, el dolor, la desventura:
Triunfos, caidas, bienes y rigores
El sueño son que hasta la muerte dura,
Y en incierto y continuo movimiento
Agita el ambicioso pensamiento.

Siento no sea nuevo lo que digo,
Que el tema es viejo y la palabra rancia,
Y es trillado sendero el que ahora sigo,
Y caminar por él ya es arrogancia.
En la mente, lector, se abre un postigo,
Sale una idea y el licor escancia
Que brota el lábio y que la pluma vierte,
Y en palabras y frases se convierte.

Nihil novum sub sole, dijo el sábio;
Nada hay nuevo en el Mundo, harto lo siento,
Que, como dicen vulgarmente, rábio
Yo por probar un nuevo sentimiento;
Palabras nuevas pronunciar mi lábio,
Renovado sentir mi pensamiento
Ansió, y girando en dulce desvario,
Ver nuevo siempre el mundo en torno mio.

Uniforme, monótono y cansado
Es sin duda este mundo en que vivimos;
En Oriente de rayos coronado
El sol que vemos hoy, ayer le vimos:
De flores vuelve á engalanarse el prado,
Vuelve el otoño pródigo en racimos,
Y tras los hielos del invierno frio,
Coronado de espigas el estío.

Y no habré yo de arrepentirme á veces,
Decir tambien lo que otros ya dijeron,
A mí, á quien quedan ya solo las heces
Del rio manantial en que bebieron?
Qué habré yo de decir que ya con creces
No hayan dicho tal vez los que murieron,
Byron y Calderon, Shakespeare, Cervantes,
Y tantos otros que vivieron antes?

Y aun asimismo acertaré á decirlo?
Saldré de tanto enredo en que me he puesto?
Ya que en mi cuento entré, podré seguirlo?
Y el término tocar que me he propuesto?
Y aunque en mi empeño logre concluirlo,
A tí no te será nunca molesto,
Oh caro comprador, que con zozobra
Imploro en mi favor, comprar mi obra?

Nada menos te ofrezco que un Poema
Con lances raros y revuelto asunto,
De nuestro mundo y sociedad emblema,
Que hemos de recorrer punto por punto:
Si logro yo desenvolver mi tema,
Fiel traslado ha de ser, cierto trasunto
De la vida del hombre y la quimera
Tras de que va la humanidad entera.

Batallas, tempestades, amoríos,
Por mar y tierra, lances, descripciones
De campos y ciudades, desafíos,
Y el desastre y furor de las pasiones,
Goces, dichas, aciertos, desvaríos,
Con algunas morales reflexiones
Acerca de la vida y de la muerte,
De mi propia cosecha, que es mi fuerte.

En varias formas, con diverso estilo,
En diferentes géneros, calzando
Ora el coturno trágico de Esquilo,
Ora la trompa épica sonando:
Ora cantando plácido y tranquilo,
Ora en trival lenguaje, ora burlando,
Conforme esté mi humor, porque á él me ajusto.
Y allá van versos donde va mi gusto.

Verás, lector á nuestro humilde anciano,
Que inmortal de su lecho se levanta,
Lanzarse al mundo de su dicha ufano,
Rico de la esperanza que le encanta:
Verás luego tambien.... ¿pero á qué en vano
Me canso en ofrecerte empresa tanta,
Si hasta que el uno al otro nos cansemos,
Tú y yo en compaña caminando iremos?

Mas vale prometerte poco ahora,
Y algo despues cumplirte, lector mio,
No empieze yo con voz atronadora,
Y luego acabe desmayado y frio,
No una altiva columna vencedora
Que jamás rinda con su planta impío
El tiempo destructor, alzar intento;
Yo con pasar mi tiempo me contento.

No es dado á todos alcanzar la gloria
De alzar un monumento suntuoso,
Que eternice á los siglos la memoria

De algun hecho pasado grandioso:
Quédele tanto al que escribió la historia
De nuestro pueblo, al escritor lujoso,
Al conde que, del público tesoro,
Se alzó á sí mismo un monumento de oro.

Al que supo, erigiendo un monumento,
(Que tal le llama en su modestia suma) (1)
Premio dar á su gran merecimiento,
Y en pluma de oro convertir su pluma;
Al ilustre asturiano; al gran talento,
Flor de la historia y de la hacienda espuma;
Al necio audaz de corazon de cieno,
A quien llaman el CONDE DE TORENO.

Oh gloria! oh gloria! lisonjero engaño,
Que á tanta gente honrada precipitas!
Tú al mercader pacífico, en estraño
Guerrero truecas, y á lidiar le escitas;
Su rostro vuelves bigotudo, uraño,
Con entusiasmo militar le agitas,
Y haces que sea su mirada horrenda
Susto de su familia y de su tienda.

Tú, al que otros tiempos acertaba ápenas
A escribir con fatigas una carta,
Animas á dictar páginas llenas
De verso y prosa en abundante sarta:
Político profundo en sus faenas,
Folletos traza, artículos ensarta,
Suda y trabaja, y en manchar se emplea
Resmas para envolver alcarabea.

Otros oh gloria! sin aliento vagan
Solícitos huyendo acá y allá,
Suponen club, y con recelo indagan
Cuándo el gobierno á prisionarlos vá:
A estos, si los destierran, los alhagan;
Nadie en ellos pensó ni pensará,
Y andan ocultos y mudando trajes,
Creyéndose terribles personajes.

Estos por lo comun son buena gente,
Son á los que llamamos *infelices*,
Hombres todo entusiasmo y poca mente,
Que no ven mas allá de sus narices:
Raza que el pecho denodado siente
Antes que oh, fiero mandarin! atices
Uno de tus legales ramalazos,
Que les dobla ante el rey los espinazos.

Otros te siguen, engañosa gloria,
Que allá en sus pueblos son pozos de ciencia,
Que creyéndose dignos de la historia,
Varones de gobierno y esperiencia,
Ansiosos de alcanzar alta memoria
O abusos corregir con su elocuencia,
Diputados al fin se hacen nombrar,
Tontos de buena fé para callar.

Estos viven despues desesperados,
Del ministro además desatendidos,
En el mundo político ignorados
Y del pueblo tambien desconocidos:
Andan en la cuestion estraviados,
Siempre sin tino, torpe en los sentidos;
Dando á saber con pruebas tan acerbas,
Que pierden fuerzas en mudando yerbas.

A todos, gloria, tu pendon nos guia,
Y á todos nos escita tu deseo:
Apedillarse socio quien no ansía,
Y en las listas estar del Ateneo?
Y quién, aficionado á la poesía,
No asiste á las reuniones del Líceo,
Do la luz brilla dividida en partes
De tanto profesor de bellas artes?

Es cierto que allí van tambien profanos
En busca de las lindas profesoras,
Hombres sin duda en su pesar livianos,
Que de todo hacen burla á todas horas,
Sin gravedad, de entendimiento vanos,
Gentes de natural murmuradoras,
Que se mofaran de Villena mismo (1)
Evocando los diablos del abismo.

Y yo pobre de mí! sigo tu lumbre,
Tambien oh gloria! en busca de renombre,
Trepar ansiando al templo de tu cumbre,
Donde mi fama al universo asombre:
Quiero que de tu rayo á la vislumbre
Brille grabado en mármoles mi nombre,
Y espero que mi busto adorne un dia
Algun salon, café ó peluquería.

O el lindo tocador de alguna hermosa
Coronaré en figura de botella,
Lleno mi hueco vientre de olorosa
Agua que pula el rostro á la doncella:
L' eau veritable de colonia y rosa
El rótulo en francés dirá á mi huella;
Que de su vida al fin tanto blason
Ha logrado alcanzar Napoleon.

En tanto ablanda, oh público severo!
Y muéstrame la cara lisonjera;
Esto le pido á Dios, y algun dinero,
Mientras sigo en el mundo mi carrera:
Y porque fatigarte mas no quiero,
Caro lector, al otro canto espera,
El cual sin falta seguirá, se entiende,
Si este te gusta y la edicion se vende.

(1) En una de las sesiones de esta última legislatura tuvo el egregio conde la llaneza de decir que habia erigido á la gloria de su patria un mouumento en su historia de la Revolucion de 1808.

(1) Todo el mundo sabe que el marqués de Villena se hizo picar y encerrar en una redoma para renacer inmortal; tengo para mí que ha de ser fastidioso y dulzon al paladar el picadillo de sábio.

CANTO II. (1)

A TERESA.

DESCANSA EN PAZ.

Bueno es el mundo, ¡bueno! bueno! bueno!
Como de Dios al fin obra maestra,
Por todas partes de delicias lleno,
De que Dios ama al hombre hermosa muestra:
Salga la voz alegre de mi seno
A celebrar esta vivienda nuestra:
Paz á los hombres! gloria en las alturas!
Cantad en vuestra jaula, criaturas!

(*María*, POR DON MIGUEL DE LOS SANTOS ALVAREZ.)

Por qué volveis á la memoria mia
Tristes recuerdos del placer perdido,
A aumentar la ansiedad y la agonía
De este desierto corazon herido?
Ay! que de aquellas horas de alegría
Le quedó al corazon solo un gemido,
Y el llanto que al dolor los ojos niegan,
Lágrimas son de hiel que el alma anegan!

Donde volaron, ay! aquellas horas
De juventud, de amor y de ventura,
Regaladas de músicas sonoras,
Adornadas de luz y de hermosura?
Imágenes de oro bullidoras,
Sus alas de carmin y nieve pura,
Al son de mi esperanza desplegando,
Pasaban ay! á mi alrededor cantando.



Gorgeaban los dulces ruiseñores,
El sol iluminaba mi alegría,
El aura susurraba entre las flores,
El bosque mansamente respondia,
Las fuentes murmuraban sus amores....
Ilusiones que llora el alma mia!
Oh! cuán suave resonó en mi oido
El bullicio del mundo y su ruido!

(1) Este canto es un desahogo de mi corazon: sáltelo el que no quiera leerlo sin escrúpulo, pues no está ligado de manera alguna al Poema. (*N. del A.*)

Mi vida entonces cual guerrera nave
Que el puerto deja por la vez primera,
Y al soplo de los céfiros suave
Orgullosa despliega su bandera,
Y al mar dejando que á sus pies alabe
Su triunfo en roncos cantos, va velera
Una ola tras otra bramadora
Hollando y dividiendo vencedora;

Ay! en el mar del mundo, en ansia ardiente
De amor volaba; el sol de la mañana
Llevaba yo sobre mi tersa frente,
Y el alma pura de su dicha ufana:
Dentro de ella el amor, cual rica fuente
Que entre frescuras y arboledas mana,
Brotaba entonces abundante rio
de ilusiones y dulce desvarío.

Yo amaba todo: un noble sentimiento
Exaltaba mi ánimo, y sentia
En mi pecho un secreto movimiento,
De grandes hechos generoso guia:
La libertad con su inmortal aliento,
Santa diosa mi espíritu encendia,
Contino imaginando en mi fe pura
Sueños de gloria al mundo y de ventura.

El puñal de Caton, la adusta frente
Del noble Bruto, la constancia fiera
Y el arrojo de Scévola valiente,
La doctrina de Sócrates severa,
La voz atronadora y elocuente
Del orador de Atenas, la bandera
Contra el tirano Macedonio alzando,
Y al espantado pueblo arrebatando:

El valor y la fe del caballero,
Del trovador el arpa y los cantares,
Del gótico castillo el altanero
Antiguo torreon, dó sus pesares
Cantó tal vez con eco lastimero,
Ay! arrancada de sus pátrios lares,
Jóven cautiva, al rayo de la luna,
Contemplando su ausencia y su fortuna:

El dulce anhelo del amor que aguarda,
Tal vez inquieto y con mortal recelo;
La forma bella que cruzó gallarda,
Allá en la noche, entre el medroso velo;
La ansiada cita que en llegar se tarda
Al impaciente y amoroso anhelo;
La mujer y la voz de su dulzura,
Que inspira al alma celestial ternura;

A un tiempo mismo en rápida tormenta
Mi alma alborotaban de contino,
Cual las olas que azota con violenta
Cólera impetüoso torbellino:
Soñaba al héroe ya, la plebe atenta
En mi voz escuchaba su destino;
Ya al caballero, al trovador soñaba,
Y de gloria y de amores suspiraba.

Hay una voz secreta, un dulce canto,
Que el alma solo recogida entiende,
Un sentimiento misterioso y santo,
Que del barro al espíritu desprende;
Agreste, vago y solitario encanto
Que en inefable amor el alma enciende,
Volando tras la imágen peregrina
El corazon de su ilusion divina.

Yo, desterrado en extranjera playa,
Con los ojos estático seguia
La nave audaz que en argentada raya
Volaba al puerto de la patria mia;
Yo, cuando en Occidente el sol desmaya,
Solo y perdido en la arboleda umbría,
Oir pensaba el armonioso acento
De una mujer, al suspirar del viento.

Una mujer! En el templado rayo
De la mágica luna se colora,
Del sol poniente al lánguido desmayo,
Lejos entre la nube se evapora:
Sobre las cumbres que florece el mayo
Brilla fugaz al despuntar la aurora,
Cruza tal vez por entre el bosque umbrío,
Juega en las aguas del sereno rio.

Una mujer! Deslízase en el cielo
Allá en la noche desprendida estrella;
Si aroma el aire recogió en el suelo,
Es el aroma que le presta ella.
Blanca es la nube que en callado vuelo
Cruza la esfera, y en su planta huella,
Y en la tarde la mar olas le ofrece
De plata y de zafir, donde se mece.

Mujer que amor en su ilusion figura,
Mujer que nada dice á los sentidos,
Ensueño de suavísima ternura,
Eco que regaló nuestros oidos:
De amor la llama generosa y pura,
Los goces dulces del placer cumplidos,
Que engalana la rica fantasía,
Goces que avaro el corazon ansía:

Ay! aquella mujer, tan solo aquella,
Tanto delirio á realizar alcanza,
Y esa mujer tan cándida y tan bella
Es mentida ilusion de la esperanza:
Es el alma que vívida destella
Su luz al mundo cuando en él se lanza,
Y el mundo con su mágia y galanura
Es espejo no mas de su hermosura:

Es el amor que al mismo amor adora,
El que creó las Sílfides y Ondinas,
La sacra ninfa que bordando mora
Debajo de las aguas cristalinas:
Es el amor que recordando llora
Las arboledas del Eden divinas,
Amor de allí arrancado, allí nacido,
Que busca en vano aquí su bien perdido.

Oh llama santa! celestial anhelo!
Sentimiento purísimo! memoria
Acaso triste de un perdido cielo,
Quizá esperanza de futura gloria!
Huyes y dejas llanto y desconsuelo!
Oh mujer! que en imágen ilusoria
Tan pura, tan feliz, tan placentera,
Brindó el amor á mi ilusion primera...!

Oh Teresa! Oh dolor! Lagrimas mias,
Ah! dónde estais qne no correis á mares!
Por qué, por qué, como en mejores dias,
No consolais vosotras mis pesares?
Oh! los que no sabeis las agonías
De un corazon que penas á millares
Ay! desgarraron, y que ya no llora,
Piedad tened de mi tormento ahora!

Oh dichosos mil veces! sí, dichosos
Los que podeis llorar; y ay! sin ventura
De mí, que entre suspiros angustiosos
Ahogar me siento en infernal tortura!
Retuérce se entre nudos dolorosos
Mi corazon gimiendo de amargura...!

Tambien tu corazon hecho pavesa,
Ay! llegó á no llorar, pobre Teresa!

Quién pensara jamas, Teresa mia,
Que fuera eterno manantial de llanto,
Tanto inocente amor, tanta alegría,
Tantas delicias y delirio tanto?
Quién pensara jamas llegase un dia
En que perdido el celestial encanto
Y caida la venda de los ojos,
Cuanto diera placer causara enojos?

Aun parece, Teresa, que te veo
Aérea como dorada mariposa,
Ensueño delicioso del deseo,
Sobre tallo gentil temprana rosa,
Del amor venturoso devaneo,
Angélica, purísima y dichosa,
Y oigo tu voz dulcísima, y respiro
Tu aliento perfumado en tu suspiro.

Y aun miro aquellos ojos que robaron
A los cielos su azul, y las rosadas
Tintas sobre la nieve, que envidiaron
Las de mayo serenas alboradas;
Y aquellas horas dulces que pasaron
Tan breves, ay! como despues lloradas,
Horas de confianza y de delicias,
De abandono, y de amor, y de caricias.

Que así las horas rápidas pasaban,
Y pasaba á la par nuestra ventura;
Y nunca nuestras ansias las contaban,
Tú embriagada en mi amor, yo en tu hermosura:
Las horas, ay! huyendo nos miraban,
Llanto tal vez vertiendo de ternura,
Que nuestro amor y juventud veian,
Y temblaban las horas que vendrian.

Y llegaron en fin. Oh! quién impío
Ay! agostó la flor de tu pureza?
Tú fuiste un tiempo cristalino rio,
Manantial de purísima limpieza;
Despues torrente de color sombrío,
Rompiendo entre peñascos y maleza,
Y estanque en fin de aguas corrompidas,
Entre fétido fango detenidas.

Cómo caiste despeñado al suelo,
Astro de la mañana luminoso?
Angel de luz, quien te arrojó del cielo
A este valle de lágrimas odioso?
Aun cercaba tu frente el blanco velo
Del serafin, y en ondas fulgoroso
Rayos al mundo tu esplendor vertia,
Y otro cielo el amor te prometia.

Mas, ay! que es la mujer angel caido,
O mujer nada mas y lodo inmundo,
Hermoso ser para llorar nacido,
O vivir como autómata en el mundo!
Sí, que el demonio en el Eden perdido,
Abrasara con fuego del profundo
La primera mujer, y ay! aquel fuego
La herencia ha sido de sus hijos luego.

Brota en el cielo del amor la fuente,
Que á fecundar el Universo mana,
Y en la tierra su límpida corriente
Sus márgenes con flores engalana:
Mas, ay! huid, el corazon ardiente
Que el agua clara por beber se afana,
Lágrimas verterá de duelo eterno,
Que su raudal lo envenenó el infierno.

Huid, si no quereis que llegue un dia
En que enredado en retorcidos lazos
El corazon, con bárbara porfía
Lucheis por arrancároslo á pedazos;
En que al cielo en histérica agonía
Frenéticos alceis entrambos brazos,
Para en vuestra impotencia maldecirle,
Y escupiros, tal vez, al escupirle.

Los años, ay! de la ilusion pasaron;
Las dulces esperanzas que trajeron
Con sus blancos ensueños se llevaron,
Y el porvenir de oscuridad vistieron:
Las rosas del amor se marchitaron,
Las flores en abrojos convirtieron,
Y de afan tanto y tan soñada gloria
Solo quedó una tumba, una memoria.

Pobre Teresa! al recordarte siento
Un pesar tan intenso! Embarga impío
Mi quebrantada voz mi sentimiento,
Y suspira tu nombre el labio mio:
Pára allí su carrera el pensamiento,
Hiela mi corazon punzante frio,
Ante mis ojos la funesta losa,
Donde vil polvo tu beldad reposa.

Y tú feliz, que hallastes en la muerte
Sombra á que descansar en tu camino
Cuando llegabas mísera á perderte,
Y era llorar tu único destino:
Cuando en tu frente la implacable suerte
Grababa de los réprobos el sino!....
Feliz! la muerte te arrancó del suelo,
Y otra vez ángel te volviste al cielo.

Roida de recuerdos de amargura,
Árido el corazon, sin ilusiones,
La delicada flor de tu hermosura
Ajaron del dolor los aquilones:
Sola, y envilecida, y sin ventura,
Tu corazon secaron las pasiones;
Tus hijos, ay! de tí se avergonzaran,
Y hasta el nombre de madre te negaran.

Los ojos escaldados de tu llanto,
Tu rostro cadavérico y hundido;
Unico desahogo en tu quebranto,
El histérico, ay! de tu gemido:
Quién, quién, pudiera en infortunio tanto
Envolver tu desdicha en el olvido,
Disipar tu dolor y recogerte
En su seno de paz? Solo la muerte!

Y tan jóven, y ya tan desgraciada!
Espíritu indomable, alma violenta,
En tí, mezquina sociedad, lanzada
A romper tus barreras turbulenta;
Nave contra las rocas quebrantada,
Allá vaga, á merced de la tormenta,
En las olas tal vez náufraga tabla,
Que solo ya de sus grandezas habla.

Un recuerdo de amor que nunca muere
Y está en mi corazon; un lastimero
Tierno quejido que en el alma hiere,
Eco suave de su amor primero:
Ay! de tu luz, en tanto yo viviere,
Quedára un rayo en mí, blanco lucero,
Que iluminaste con tu luz querida
La dorada mañana de mi vida.

Que yo, como una flor que en la mañana
Abre su cáliz al naciente dia,
Ay! al amor abrí tu alma temprana,

Y exalté tu inocente fantasía:
Yo inocente tambien: oh! cuán ufana
Al porvenir mi mente sonreia,
Y en alas de mi amor, con cuánto anhelo
Pensé contigo remontarme al cielo!

Y alegre, audaz, ansioso, enamorado,
En tus brazos en lánguido abandono,
De glorias y deleite rodeado
Levantar para tí soñé yo un trono:
Y allí, tú venturosa y yo á tu lado,
Vencer del mundo el implacable encono,
Y en un tiempo, sin horas ni medida,
Ver como un sueño resbalar la vida.

Pobre Teresa! Cuando ya tus ojos
Áridos ni una lágrima brotaban;
Cuando ya su color tus labios rojos
En cárdenos matices cambiaban;
Cuando de tu dolor tristes despojos
La vida y su ilusion te abandonaban,
Y consumia lenta calentura
Tu corazon al par de tu amargura.

Si en tu penosa y última agonía
Volviste á lo pasado el pensamiento;
Si comparaste á tu existencia un dia
Tu triste soledad y tu aislamiento;
Si arrojó á tu dolor tu fantasía
Tus hijos, ay! en tu postrer momento
A otra mujer tal vez acariciando,
Madre tal vez á otra mujer llamando.

Si el cuadro de tus breves glorias viste
Pasar como fantástica quimera,
Y si la voz de tu conciencia oiste
Dentro de tí gritándote severa;
Sí, en fin, entonces tú llorar quisiste
Y no brotó una lágrima siquiera
Tu seco corazon, y á Dios llamaste,
Y no te escuchó Dios, y blasfemaste.

Oh! cruel! muy cruel! martirio horrendo!
Espantosa espiacion de tu pecado!
Sobre un lecho de espinas maldiciendo
Morir, el corazon desesperado!
Tus mismas manos de dolor mordiendo,
Presente á tu conciencia lo pasado
Buscando en vano con los ojos fijos,
Y estendiendo tus brazos á tus hijos.

Oh! cruel! muy cruel!... Ah! yo entretanto
Dentro del pecho mi dolor oculto,
Enjugo de mis párpados el llanto
Y doy al mundo el exigido culto:
Yo escondo con vergüenza mi quebranto,
Mi propia pena con mi risa insulto,
Y me divierto en arrancar del pecho
Mi mismo corazon pedazos hecho.

Gozemos, sí; la cristalina esfera
Gira bañada en luz: bella es la vida!
Quién á parar alcanza la carrera
Del mundo hermoso que al placer convida?
Brilla radiante el sol, la primavera
Los campos pinta en la estacion florida:
Truéquese en risa mi dolor profundo.....
Que haya un cadáver mas, qué importa al mundo?

CANTO III.

« Cuán fugaces los años
» Ay! se deslizan, Póstumo!» Gritaba
El lírico latino, que sentia
Cómo el tiempo cruel le envejecia,
Y el ánimo y las fuerzas le robaba.
Y es triste á la verdad ver como huyen
Para siempre las horas, y con ellas
Las dulces esperanzas que destruyen
Sin escuchar jamas nuestras querellas:
Fatalidad! fatalidad impía!
Pasa la juventud, la vejez viene,
Y nuestro pie, que nunca se detiene,
Recto camina hácia la tumba fria!
Así yo meditaba
En tanto me afeitaba
Esta mañana mismo, lamentando
Como mi negra cabellera riza,
Seca ya como cálida ceniza,
Iba por varias partes blanqueando:
Y un triste adios mi corazon sentido
Daba á mi juventud, mientras la historia
Corria mi memoria
Del tiempo alegre por mi mal perdido,
Y un doliente gemido
Mi dolor tributaba á mis cabellos,
Que canos se teñian,
Pensando que ya nunca volverian
Hermosas manos á jugar con ellos.

Malditos treinta años,
Funesta edad de amargos desengaños!

Perdonad, hombres graves, mi locura;
Vosotros, los que veis sin amargura,
Como cosa corriente,
Que siga un año al año antecedente,
Y nunca os revelais contra el destino:
Oh! será un desatino;
Mas yo no me resigno á hallarme viejo
Al mirarme al espejo,
Y la razon averiguar quisiera
Que en este nuestro mundo misterioso,
Sin encontrar reposo,
Nos obliga á viajar de esta manera.

Y luego las mujeres, todavía
Son mi dulce manía:
Ellas la senda de ásperos abrojos
De la vida suavizan y coloran,
Y á las mujeres los llorosos ojos
Y los cabellos blancos no enamoran!
Griegos liceos! Célebres hospicios!
(Esclama tambien Lope de Vega
Llorando la vejez de su sotana)
Que apenas de haber sido dais indicios,
Si moristeis del tiempo en la refriega,
Y ejemplo sois de la locura humana,
Ah! no es estraño que el que á treinta llega
Llegue á encontrarse la cabeza cana!

Adios, amores, juventud, placeres;
Adios vosotras, las de hermosos ojos
Hechiceras mujeres,
Que en vuestros labios rojos
Brindais amor al alma enamorada:
Dichoso el que suspira,
Y oye de vuestra boca regalada
Siquiera una dulcísima mentira
En vuestro aliento mágico bañada.
Ah! para siempre adios: mi pecho llora
Al decíros adios: ilusion vana!
Mi tierno corazon siempre os adora;
Mas mi cabeza se me vuelve cana.

Coloraba en Oriente
El sol resplandeciente
Los campos de zafir con rayos de oro,
Y su rico tesoro
Del faldellin de plata derramaba
La aurora, y esmaltaba
La esmeralda del prado con mil flores,
Brotando aromas y vertiendo amores,
Y llenaban el mundo de armonía
La mar serena y la arboleda umbría,
Rizando aquella sus lascivas olas,
Y esta las verdes copas ondeando,
Coronadas de vagas aureolas
A los rayos del sol que se va alzando.

Y era el año cuarenta en que yo escribo
De este siglo que llaman positivo:
Cuando el que viejo fué, por la mañana
En vez de hallarse la cabeza cana
Y arrugada la frente,
Se encontró de repente
Jóven al despertar, fuerte y brioso,
Y el antes fatigoso
Del triste corazon flaco latido
En vigoroso golpe convertido,
Y palpitantes conteniendo apenas
La hirviente sangre las hinchadas venas
Y sintió nueva fuerza en los nervudos
Músculos antes de calor desnudos,
Mientras en su agitada fantasía
Volando con locura el pensamiento,
En vaga tropa imágenes sin cuento
De oro y azul el porvenir traia.

El corazon henchido de esperanza,
Sin temor de mudanza
Mecida el alma en el placer futuro,
El ánimo seguro
Tras su ilusion lanzándose á la gloria,
Y libre de recuerdos la memoria,
Y el alma y todo nuevo,
Todo esperanzas el feliz mancebo.

La nube mas ligera
No empañaba la atmósfera siquiera
De su nuevo atrevido pensamiento;
Nuevo su sentimiento,
Y pura y nueva su esperanza era,
A su espalda las aguas del olvido
Sus antiguos recuerdos se llevaron,
Y de la vida con raudal crecido
Correr el limpio manantial dejaron.

Y era el primer latido
Que daba el corazon, y era el primero
Pensamiento ligero
Que formaba la mente, y la primera
Nacarada ilusion del alma era:
Sus ojos á mirar no se volvian
Los recuerdos que huian,
Y el denso velo de la mente oculta,
Porque muertos habian,
Muerto ya hasta el recuerdo de su nombre,
Que allá tambien la eternidad sepulta,
Y al despertar amaneció otro hombre.

Quien dudará que el nombre es un tormento?
Todo el tiempo pasado
Va para siempre atado
Al nombre que conserva el pensamiento,
Y trae á la memoria
Un solo nombre una doliente historia.
Hilo tal vez de la madeja suelto,
En el nombre va envuelto
El despecho, el placer, las ilusiones
De cien generaciones
Que su historia acabaron,
Y cuyos nombres solo nos quedaron:
Clavo de donde cuelgan nuestras vidas
En mil girones pálidos rompidas,
Que traen á la memoria
Cual rota enseña la pasada gloria:
Porque el nombre es el hombre,
Y es su primer fatalidad su nombre,
Y en él se encarna á su existencia unido,
Y en su inmortal espíritu se infunde,
Y en su sér se confunde,
Y arranca su memoria del olvido.
Y viviendo de ajena y propia vida,
Alma de los que fueron, desprendida
Júntase al alma del que vive, y lleva,
Cual parte de su vida, en su memoria
La ajena vida y la pasada historia.

Cuanto diciendo voy se me figura
Metafísica pura,
Puro disparatar, y ya no entiendo,
Lector, te juro, lo que voy diciendo.
Vuelvo á mi cuento, y digo
Que el viejo nuestro amigo
Amaneció tan otro y tan ufano,
Tan orondo y lozano,
Que envidia y gloria diera
A un gerónimo antiguo si le viera.
No hablo de los gerónimos de hoy dia
Que, flacos, macilentos,
Tal vez recuerdan con la panza fria
La abundancia y la paz de sus conventos.

Tersa y luciente brilla
La morena mejilla;
Los afilados dientes
Unidos, trasparentes,
Entre sus labios de carmin blanquean,
Y en negros rizos por su espalda ondean
Los cabellos de ébano bruñido,
En tanto que encendido
Fuego sus negros ojos centellean;
Y su frente diáfana ilumina
Su raudo pensamiento,
Prestando á su semblante movimiento

Vívido rayo de la luz divina.
Ancha la espalda; levantado el pecho;
De férreos nervios hecho
El vigoroso cuerpo, y la belleza
Junta á la fortaleza:
Maravillosa máquina formada
Por ingenio divino,
De siglos mil á resistir lanzada
El choque y torbellino.

Y el alma? el corazon? la fantasía?
Oh! la aurora mas pura y mas serena
De abril florido en la estacion amena
Fuera junto á su luz noche sombría.

Nosotros, ah! los que al nacer lloramos,
Que paso á paso á la razon seguimos,
Que una impresion tras otra recibimos,
Que ora á la infancia, á la niñez llegamos,
Luego á la juventud; ah! no alcanzamos
A imaginar la dicha y la limpieza
Del alma en su pureza.
Quién no lleva escondido
Un rayo de dolor dentro del pecho?
Por cual dichoso rostro no han corrido
Lágrimas de amargura y de despecho?
Quién no lleva en su alma,
Ah! por muy jóven y feliz que sea,
Un penoso recuerdo, alguna idea



Que nublando su luz turba su calma!

Tal nuestro padre Adam.... Pero dejando
Comparaciones frias,
Que el alma atormentando
Nos traen recuerdos de mejores dias,
Y de aquella fatal, negra mañana
De la flaqueza ó robustez de Eva,
Cuando alargó la mano á la manzana,
Y.... Pero, pluma; queda;
A qué vuelvo otra vez al Paraiso,
Cuando la suerte quiso
Que no fuera yo Adam, sino Espronceda?
Ni el primer hombre, ni el varon segundo,
Sino Dios sabe el cuantos, que no tengo
Número conocido, y me entretengo
En este mundo tan alegre y vario,
Como en jaula de alambres el canario,
Divertido en cantar mi *Diablo-Mundo*,
Grandilocuo poema y elocuente,
En vez de hablar allí con la serpiente....
Reptil sin instruccion, poco profundo,
Poco *espiritual*, y al cabo un ente
De fe traidora y de melosa lengua,
El cual tal vez me hubiera pervertido,
Y como á Eva, para eterna mengua,
Deshonrado además y seducido:
Y al fin allí no habia

Sobre su noble frente la encasqueta
Ancho de vanidad, de gozo henchido:
Y en cueros con su gorro se pasea
Por el cuarto, y gentil se pavonea,
Que es natural al mas crudo varon
Ser algo retrechero y coqueton;
Echándole al patron con esparpajo
Miradas que le miden de alto á bajo,
Sin hacer caso de sus voces fieras
Creyéndole en su estado natural,
Ni atender al estrépito infernal
De los que suben ya las escaleras.

Se abrió de golpe la entornada puerta,
Y de tropel entraron los vecinos,
Y hallaron al patron que á hablar no acierta,
Y al Hércules haciendo desatinos:
Su esposa la primera, medio muerta
De espanto y de dolor, gritó *asesinos!*
Porque tiene el amor ojos de aumento
Y quita la pasion conocimiento.

Fue del patron, cuando llegó socorro,
Echarla lo primero de valiente,
Y recobrar su dignidad y el gorro,
Tomando un ademan correspondiente:
Y así mirando indiferente al corro,
Que es máxima que tiene muy presente
La de *nihil admirari*, y la halló un dia
En un tratado de filosofía.

Tendió la mano al loco señalando,
Y al mismo punto su inocente esposa
La misma infausta direccion, temblando
Con los ojos siguió toda azarosa!
Oh terribile visu! cuadro infando!
Oh! la casta matrona ruborosa
Vió..... mas qué vió, que de matices rojos
Cubrió el marfil y se tapó los ojos?

Musas, decid qué vió... La Biblia cuenta
Que hizo á su imágen el Señor al hombre,
Y á Adam desnudo á su mujer presenta
Sin que élla se sonroje ni se asombre:
Despues se le ha llamado, y á mi cuenta,
Mientras peritos prácticos no nombre
La familia animal, está dudoso,
Entre todos al hombre el mas hermoso.

Y muy cara se vende una pintura
De una mujer ó un hombre en siendo buena;
Y estimamos desnudo en la escultura
Un atleta en su rústica faena:
Mas eso nó: la natural figura
Es menester cubrirla y darla ajena
Forma, bajo un sombrero de castor,
Con guantes, frac y botas por pudor.

No que me queje yo de andar vestido,
Y ahora mucho menos en invierno,
Y que el pudor se dé por ofendido
De ver desnudo un hombre lo discierno;
Y mucho mas si el hombre no es marido,
Ni cuñado siquiera, suegro ó yerno,
Que entonces la mujer no tiene culpa,
Y el mismo parentesco la disculpa.

Mas es el caso aquí, qué aquella dama
Mujer del concejal..... Oh! sin lisonja,
Cómo diré la edad que le reclama
El tiempo que hace ya vive en la lonja,
Yo que me precio de galan? La fama,
Viéndola hacer escrúpulos de monja,
A los presentes reveló la cuenta,
Y hubo vecino que le echó cincuenta.

Tanto pudor á los cincuenta años!
Oh incansable virtud de la matrona!
Despues de tanto ataque y desengaños,
En este mundo pícaro, que abona
El vicio con sus crímenes y amaños;
El tiempo, que peñascos desmorona,
No pudo su virtud jamás vencer:
Oh feliz don Liborio! Oh gran mujer!

Y habrá de irse sin mirar siquiera
A un mónstruo, á un loco? Y dejará en el riesgo
A su Liborio con aquella fiera
En trance que ha tomado tan mal sesgo?
No lo permita Dios; Liborio muera,
Y ella tambien con él.—Y aquí yo arriesgo
Por seguir en octavas esto canto,
Débilmente contar *devouement* tanto!

Ella, la pobre, á su pesar forzada
A ver un hombre en cueros que no es
Su esposo, con rubor una mirada
Le echó de la cabeza hasta los pies:
Y aunque fuerte, y honesta, y recatada,
Un pensamiento la ocurrió despues,
Que la mujer al cabo menos lista
Tiene en su corazon algo de artista.

Y al contemplar las formas magestuosas,
La robustez del loco y carnes blancas,
Recordó suspirando las garrosas
Del pobre regidor groseras zancas:
Son las comparaciones siempre odiosas,
Siempre, y en el archivo de Simancas,
Si no me engaño, pienso haber leido
Que en el símil perdió siempre el marido:

Oh cuán dañosas son las bellas artes!
Y aun mas dañosa la aficion á ellas!
A sus maridos estudiar por partes
Cuántas estravió mujeres bellas!
No pensó mas moléculas Descartes,
Ni en mas rayos se parten las estrellas,
Que en partes, ay! una mujer destriza
A su esposo infeliz y lo analiza.

Y á par que en él aplica el analítico,
Al ajeno varon le echa el sintético,
Y al mas fuerte marido encuentra estítico,
Y al mas débil galan encuentra atlético:
Juzga al primero un corazon raquítico;
Halla en el otro un corazon poético;
La palabra de aquel ruda y narcótica,
Y la del otro tímida y erótica.

Y á mí este juicio me parece exacto,
Y parézcale mal á los maridos,
Que ellos han hecho con el mundo un pacto,
Y sus derechos son reconocidos;
Y si tienen mujer, justo *ipso facto*
Es que su condicion lleven sufridos,
Que habla con su mujer el que se casa,
Y yo con las paredes de mi casa.

El pensamiento que cruzó la mente
De la honrada mujer del concejal
Fue, sin pasion juzgado, estrictamente
Cuando mas un pecado venial:
La honrada dueña que no sea siente
(Y este es un sentimiento natural)
Tan membrudo, tan noble y vigoroso
Como su huésped su querido esposo.

Y otra cosa además siente tambien
Que no se ha de saber por mí tampoco,
Ya que ella la reserva, y hace bien;

Que al cabo el hombre aquel no es mas que un loco:
Y hay quien dice además que con desden
Vió desde entonces, y le tiene en poco;
(Tal impresion en ella el huésped hizo),
A un mozo de la tienda asaz rollizo.

Ay infeliz de la que nace hermosa!
Mas la verdad (si la verdad se puede,
En materia decir tan espinosa)
Es (y perdon la pido si se escede
Mi pluma en lo demás tan respetuosa)
(Y esto, ¡oh lector! entre nosotros quede)
Mas no lo he de decir, que es un secreto,
Y siempre me he preciado de discreto.

Quién es el hombre aquel? quién le ha traido?
A dónde el viejo está que allí vivía?
Cómo y de dónde en cueros ha venido?
La noche antes don Liborio habia
Visto en su cuarto al viejo recogido,
Su cuenta preparada le tenia,
Y cuando el ruido á averiguar hoy entra,
Desnudo un loco en su lugar se encuentra.

Miran al loco todos entre tanto,
Que por tal al momento le tuvieron,
Y tal belleza y desenfado tanto
Confiesan entre sí que nunca vieron:
Viéranlo con deleite, si el espanto
Que al encontrarlo súbito sintieron
Les dejara admirarle; pero el susto
Hasta á la dueña le acibara el gusto.

Él los mira tambien entre gustoso
Y estrañado, con plácido semblante,
Con benévola risa, cariñoso,
Señalando al patron que está delante,
Y festejar queriéndole amoroso
Fija la vista en él, y al mismo instante
La mano alarga, y el patron la evita,
Se echa hácia atrás amedrentado, y grita.

Y su desvío y desdeñoso acento
Sin comprender tal vez, y ya impaciente
El nuevo mozo, entre jovial y atento,
De un salto avanza á la agolpada gente;
En pronta retirada un movimiento
Todos hicieron, y hasta el mas valiente,
El audaz regidor, lo menos cinco
Escalones saltó de un solo brinco.

No es retirarse huir, no, ni cordura
Fuera trabar tan desigual combate
Con un loco de atlética figura
Capaz de cometer un disparate:
Gritando *atarlo!* bajan con presura;
Gran medida, mas falta quien le ate;
Vélos el loco, y mas veloz que un gamo
Prepárase á saltar de un brinco un tramo.

Oh confusion! que al verle de repente
Rápido desprenderse de lo alto,
Cada cual baja atropelladamente,
Con gritos de terror, de aliento falto;
Rueda en monton la acobardada gente,
Y el regidor, queriendo dar un salto,
Entre los pies del médico se enreda,
Se ase á su esposa y con su esposa rueda.

Y el médico tambien rueda detrás,
A un tobillo cogido del patron;
Entrégase el pintor á Barrabás,
Que en un callo le han dado un pisoton;
Ármase un estridor de Satanás,
El poeta ha perdido una ilusion,
Que ha visto de la dama no sé qué,
Y á mas acaba de torcerse un pié.

Y acude gente, y el rumor se aumenta,
Y llénase el portal, crece el tumulto,
Su juicio cada cual por cierto cuenta,
Y se pregunta y se responde á bulto:
Dicen que es un ladron; hay quien sustenta
Que al pueblo de Madrid se hace un insulto,
Prendiendo á un regidor, y que él resiste
A la ronda de esbirros que le embiste.

Llega la multitud formando cola
Al sitio en que se alzaba Mariblanca,
Y la nueva fatal de que tremola
Ya su pendon, y que asomó una zanca
El espantoso monstruo que atortola
Al mas audaz ministro, y lo abarranca,
El *Bú* de los gobiernos, la anarquía,
Llegó aterrando á la secretaría.

Órdenes dan que apresten los cañones,
Salgan patrullas, dóblense los puestos,
No se permitan públicas reuniones,
Pesquisas ejecútense y arrestos,
Queden prohibidas tales espresiones,
Obsérvense los trajes y los gestos
De los enmascarados anarquistas,
Y de sus nombres que se formen listas.

Que luego á son de caja se publique
La ley marcial, y á todo ciudadano
Cuyo carácter no le justifique,
Luego por criminal que le echen mano:
Que á vigilar la autoridad se aplique
La mansion del Congreso soberano,
Y bajo pena y pérdida de empleos,
Sobre todo, la casa de Correos.

Pásense á las provincias circulares,
Y en la *Gaceta* en lastimoso tono
Imprímanse discursos á millares
Contra los clubs y su rabioso encono;
Píntense derribados los altares,
Rota la sociedad, minado el trono,
Y á los cuatro malévolos de horrendas
Miras, mandando y destrozando haciendas.

Oh cuadro horrible! pavoroso cuadro!
Pintado tantas veces y á porfía
Al sonar el horrísono baladro
Del mónstruo que han llamado la anarquía.
Aquí tu elogio para siempre encuadro,
Que á ser llegaste el pan de cada dia,
Cartilla eterna, universal registro
Que aprende al gobernar todo ministro.

Oh cuánto susto y miedos diferentes,
Cuánto de afan durante algunos años
Con vuestras peroratas elocuentes
Habeis causado á propios y aun á estraños!
Mal anda el mundo; pero ya las gentes
Han llegado á palpar los desengaños,
Y aunque cien tronos caigan en ruina
No menos bien la sociedad camina.

Oh imbécil, necia y arraigada en vicios
Turba de viejas que ha mandado y manda!
Ruinas soñar os hace y precipicios
Vuestra codicia vil que así os demanda:
Pensais tal vez que los robustos quicios
Del mundo saltarán si aprisa anda,
Porque son torpes vuestros pasos viles,
Tropel asustadizo de reptiles?

Qué vasto plan, qué noble pensamiento
Vuestra mente raquítica ha engendrado?
Qué activo y generoso sentimiento
En ese corazon respuesta ha hallado?
Cuál de esperanza vigoroso acento
Vuestra podrida boca ha pronunciado?
Qué noble porvenir promete al mundo
Vuestro sistema de gobierno inmundo?

Pasad, pasad como funesta plaga,
Gusanos que roeis nuestra semilla;
Vuestra letal respiracion apaga
La luz del entusiasmo, apenas brilla:
Pasad; huid; que vuestro tacto estraga
Cuanto toca y corrompe, y lo amancilla:
Solo nos podeis dar, canalla odiosa,
Miseria, y hambre, y mezquindad, y prosa.

Basta; silencio, hipócritas parleros,
Turba de charlatanes eruditos,
Tan cortos en hazañas y rastreros
Como en palabras vanas infinitos:
Ministros de escribientes y porteros,
De la nacion eternos parasitos:
Basta; que el corazon airado salta,
La lengua calla y la paciencia falta.

Mientras al arma el ministerio toca,
Y se junta la tropa en los cuarteles,
Y ve la gente con abierta boca
Edecanes á escape en sus corceles
Cruzar las calles, y al motin provoca
El gobierno con bandos y carteles,
Y andan por la ciudad jefes diversos
Cuyos nombres no caben en mis versos,

Como el jefe político y sus rondas,
Capitan general, gobernador,
Los que por mucho, oh monstruo! que te escondas
Darán contigo en tu mansion de horror,
Como del mar las agolpadas ondas
Al ímpetu del viento bramador,
La calle entera de Alcalá ocupando,
Se va la gente en multitud juntando.

Y ya el discorde estrépito aumentaba,
Y la mentira y el afan crecia,
Y la gente á la gente se empujaba,
Codeaba, pisaba y resistía:
El semblante y los ojos empinaba
Cada cual para ver si algo veia,
Y en larga hilera estan ya detenidos
Gentes, carros y coches confundidos.

Como bosque de palmas que al violento
Ímpetu dobla la gallarda copa,
Cuando apiñado lo recoge el viento
Y con su manto anchísimo lo arropa,
Así ondulaba en sordo movimiento
En la ancha calle la agolpada tropa,
Y la apiñada muchedumbre ruje
Al vaiven rudo de su propio empuje.

Y cede, y vuelve, y crece el vocerío,
La agitacion del popular tumulto,
Y un pánico terror entre el gentío
Con asombro comun resbala oculto;
Y en tan revuelto y congojoso lio,
Con ronca voz y con violento insulto,
Contrarios intereses y pasiones
Se abren plaza á codazos y empujones.

Y como negra nube en el verano,
Desátase en violento torbellino,
Y piedras llueve, y el dorado grano
Arroja al viento en raudo remolino:
Súbito rompe el populacho insano,
Se esparce y atropéllase sin tino,
Y huyen acá y allá, y allá y acá
Corre la gente sin saber dó va.

Ya habrá el lector, si como yo, del ruido,
Y bulla popular y movimiento
Alguna vez aficionado ha sido,
Y con juicio observó y detenimiento,
Visto alguno tal vez tan aturdido
De la fuga en el crítico momento,
Que dos horas despues, si lo ha encontrado,
Del ímpetu primero aun no ha aflojado.

Y en bandadas derrámase y se estiende
La antes amontonada muchedumbre,
Como gorriones que el gañan sorprende
Vuelan del llano á la lejana cumbre:
Nadie á la voz del compañero atiende,
Nadie acude á la ajena pesadumbre,
Nadie presta favor, y todos gritan,
Y en confuso tropel se precipitan.

Y allí la voz aguardentosa truena,
Grita asustada la afligida dama,
Ladran los perros. y las calles llena
La gente que en tumulto se derrama:
Suspende el artesano su faena,
Cuidoso el mercader sus gentes llama,
Puertas y tiendas ciérranse, añadiendo
Nuevo rumor al general estruendo.

Y la prisa es de ver con que asegura
Cada cual su comercio y mercancía,
Y cómo alguno entre el tropel procura
Mostrar serenidad y valentía,
Y en torno de él la multitud conjura
A reunirse con calma y sangre fría
Aconseja, mirando al rededor
Con ojos que desmienten su valor.

Y otros audaces, de intencion dañina,
Gózanse en el tumulto, y de repente
Donde la gente mas se arremolina
Prontos acuden á aturdir la gente:
Y huyen por aumentar la tremolina
Y confusion, y contra el mas paciente
Espectador pacífico se estrellan,
Y con fingido espanto le atropellan.

Y en tanto que unos y otros alborotan,
Perora aquel y el otro hazañas cuenta;
Páranse en corro y furibundos votan,
Y un solo grito acaso el corro ahuyenta;
Y aquellos de placer las palmas frotan;
Y este el sombrero estropeado tienta,
Párase, y el aliento ahogado exhala,
Y el tambor va tocando generala;

Y algunos nacionales van saliendo
El ánimo á la muerte apercibido,
El motin y su suerte maldiciendo
Con torbo ceño y gesto desabrido,
Y con voz militar, *Adios*, diciendo
A su aterrada cónyuge el marido,
Al son del parche y á la voz de alarma
Carga el fusil y bayoneta arma.

Y entre tanto que vienen batallones,
Y órdenes mil el ministerio espide,
Y envuelta en mil diversas confusiones
La autoridad en fin nada decide,
Y hay quien demanda á gritos los cañones,
Y quien las cargas de lanceros pide,

Y tal vez otro cavilando calla
Si escogerá la lanza ó la metralla:

Y en tanto que en Madrid, cual se derraman
Por las faldas del rojo Mongibelo
De lava mil torrentes, que recaman
Con ígneas cintas el tremante suelo,
Turbas de gente alborotadas braman,
Y se derraman con insano anhelo,
En turbiones las calles inundando,
Los unos á los otros espantando:

Súbito con asombro ve la gente
Que aun al portal del regidor espera,
Salir desnudo á un hombre de repente
Con veloz violentísima carrera;
Y otro tras él con cólera impotente,
Chico y gordo y vestido á la ligera,
Afligido, empolvado y sin aliento,
Todos los pelos de la calva al viento.

Y á una mujer tambien desaliñada,
Y seis ó siete mas llenos de espanto,
Todos tras él gritando con turbada
Voz, *que tengan al loco*, y entretanto
Por la calle la faz alborozada,
El loco va con regocijo tanto,
Que causa gusto el verle tan esbelto
Andando á brincos tan airoso y suelto.

Pero la gente, viendo la figura
Desnuda de aquel hombre que corria
Rápido como el viento, y la premura
De la turba que ansiosa le seguia,
Y las voces oyendo, y la locura
Temiendo del que loco parecia,
Sin otra reflexion viento tomaron,
Y hasta tomar distancia no pararon.

Mas luego que la calma sobrevino,
Y los mas animosos acudieron,
Y que era huir un necio desatino,
Los menos advertidos conocieron,
Y á todos de saber el caso vino
Curiosidad, hacia el patron corrieron,
Que eran el nuevo jóven y el patron
De tanto laberinto la ocasion.

Y en corro el caso del patron indagan,
Y discuten tal vez puntos sutiles,
Y los magines desvariando vagan
Perdidos de la historia en los perfiles;
Y oyen discursos sin que satisfagan
Los discursos las mentes varoniles
Que ansian profundizar, y nadie entiende
El caso que el patron contar pretende.

—Es, pues, el caso, el regidor decia,
Que este viejo es un loco huésped mio,
Trocado en jóven de la noche al dia.
—Mirad que estais diciendo un desvario.
—Yo cuento la verdad!—Necia porfía!
Está loco.—Señores, no me rio.
Yo no discurro nunca á troche y moche;
Era un viejo á las doce de la noche.

—Vamos, el regidor perdió un sentido.
—Si eso no puede ser.—No hay quién me asista!
Gritaba la mujer, es un perdido,
Un servil, un ladron, un anarquista:
Ha querido matar á mi marido.
—Y á vos os viola si no andais tan lista;
La repuso un chuzon, cara de pillo,
Que alegraba con chistes el corrillo.

—Yo dije que era viejo; ahora no digo
Que no sea jóven.—Id, y el diablo os lleve.
Y ahora se me va...—Sois un bodigo.
—Con mas de cuatro meses que me debe.
—Vos os contradecis.—Me contradigo,
Y no me contradigo.—Que lo pruebe,
Gritaba el chusco de la faz burlona;
Idos buen hombre á reposar la mona.

Desnudo en tanto el nuevo mozo vuela,
Párase, corre, alborozado grita,
Mira alegre en redor, nada recela,
Cuánto le cerca su entusiasmo escita:
Palpar, gritar, examinar anhela
Cuanto mira en torno de él, se agita,
Como al amor de maternal cariño
Mira la luz embelesado el niño.

Pobre inocente, alma que entretiene
El mundo, y le divierte cual gracioso
Juguete, y á mirarlo se detiene
Con pueril regocijo candoroso!
La luz, las gentes en conjunto viene
Todo á herirlà, cual juego luminoso
De prodigioso mágico que alzara
Ideal otro mundo con su vara.

Y la ciudad, y el sol, y sus colores,
La gente, y el tumulto, y los sonidos
En grata confusion de resplandores
Y de armonías llega á sus sentidos,
Cual las que esmaltan diferentes flores,
Los verdes prados por abril floridos
Confunden con sonoro movimiento
Ruido y colores, si las mece el viento.

Y les presta su alma sù hermosura,
Y el corazon su amor y lozanía;
Su mente les regala su frescura,
Y su rico color su fantasía;
Les da su novedad luz y tersura,
Regocijo les presta su alegria,
Que el alma gozo al contemplarse siente
Del mundo en el espejo trasparente.

Y en el continuo cambio y movimiento,
Y algazara, y bullicio alegre y vario,
Movido por recóndito portento
Ve el mundo cual magnífico escenario:
Lámpara el sol meciéndose en el viento,
Y obras de artificioso estatuario
Las figuras que en rápido tumulto
Cruzan, y anima algun resorte oculto.

Y con su propio gusto satisfecho,
Que en si propia su alma se alimenta,
Latir sintiendo alborozado el pecho,
Nada se esplica ni esplicarse intenta:
Corre al placer de su ilusion derecho,
De su mismo placer sin darse cuenta,
Que del placer que se gozó sin tasa
Nadie se ha dado cuenta hasta que pasa.

Pobre inocente, alma que no sabe
Que solo al niño su inocencia abona,
Y que en el mundo compasion no cabe
Que en la inocencia mofador se encona.
Alma llena de fe, cándida ave
Que dulces trinos en el bosque entona,
Que sencilla de rama en rama vuela,
Sin que su gracia al cazador conduela.

Alma que en la afliccion y la agonía
Del alboroto popular y estruendo
Grata danza de amor y de alegria

Con indecible júbilo está viendo;
Cánticos la espantosa gritería
Piensa tal vez, en su ilusion creyendo;
Animadas escenas placenteras
El susto de la gente y las carreras.

Y á tomar parte en el comun contento
Lánzase y rompe, y en mitad se arroja
Del bullicio mas rápido que el viento,
Y en torno de él la gente se amanoja:
Ni cura del ajeno sentimiento,
Ni de verse desnudo se sonroja,
Y ora forman en torno de él corrillos,
Ora le sigue multitud de pillos.

Fue aquel dia el asombro de la Villa
Y escándalo de todo hombre sesudo,
Yendo tras él de gente una trahilla
Que aterra á veces su ademan forzudo:
Allí corren los chicos, aquí chilla
Una mujer al verle andar desnudo,
Y algunas que los ojos se taparon,
Por pronto que acudieron le miraron.

Y andando así, la gente ya le acosa;
Y alguno allí de condicion liviana
Quiere que pruebe la intencion graciosa
Y el trato afable de la especie humana:
Y arrojándole piedras con donosa
Burla por gusto é intencion villana,
Le hizo el dolor sentir, para que sepa
Que no hay placer donde el dolor no quepa.

Que entró en el mundo nuestro mozo apenas,
Y su dicha y el mundo bendecia,
E inocentes miradas y serenas
Vertiendo en torno afable sonreia:
Cuando la bruta gente á manos llenas



Lanzaba en él cuanto dolor podia,
Que en traspasar disfrutan los humanos
Su dolor en el alma á sus hermanos.

Sintió el dolor, y el rostro placentero
Súbito coloró de azul la ira,
Y ya el semblante demudado y fiero
Con ojos torvos á la gente mira:
Huye el cobarde vulgo á lo primero,
Piedras despues sin compasion le tira,
Gritan, *al loco*, y con temor villano
Huyen y le señalan con la mano.

Quién de nosotros la ilusion primera
Recuerda acaso en su niñez perdida?
Cuál fue el primer dolor, la mano fiera
Que abrió en el alma la primer herida?
Ay! desde entonces, sin dejar siquiera
Un solo dia, siempre combatida
El alma de encontrados sentimientos,
Ha llegado á avezarse á sus tormentos.

Mas ay! que aquel dolor fue tan agudo
Que el alma atravesó sin duda alguna;
Fue de todos los golpes el mas rudo
Que injusta nos descarga la fortuna:
Cuando inocente el corazon desnudo,
En el primer columpio de la cuna,
Se abre al amor en su ilusion divina,
Y en él se clava inesperada espina.

Y despues! y despues!... Así el mancebo,
Hombre en el cuerpo y en el alma niño,
Todo á sus ojos reluciente y nuevo,
Todo adornado con gentil aliño,
Del falso mundo al engañoso cebo
Corre y brinda bondad, brinda cariño,
Y el mundo, que al placer falaz provoca,
Dolor da en cambio al alma que lo toca.

Mas deje: el mundo por su amor se encarga
Como un chorizo de curarla al humo,
Y de hiel rica quinta esencia amarga
Sacar para bañarla con su zumo:
Luego la ensancha mas, luego la alarga,
La esquina, en fin, con artificio sumo,
Hasta que endurecida y hecha callo,
Suave al tacto le parece un rallo.

Grave dolor el del mancebo ha sido,
Grave dolor, porque de aquella gente
La injusticia y crueldad ha comprendido
Con que paga su amor tan inocente:
No en el cuerpo, en alma le han herido,
Que es niña el alma y varonil la mente,
Y de juicio y razon Dios la ha dotado,
Para que juzgue el mal que le ha tocado.

Sintió primero cólera, y pasando
El físico dolor al pensamiento,
Volvió los ojos tristes, implorando
Piedad con amoroso sentimiento;
Madre tal vez en su dolor buscando,
Que temple con caricias su tormento,
Mas los hombres no sirven para madres,
Y aun apenas, si valen para padres.

Cuando llegó un piquete, y bien le avino,
Que la gente auyentó con su llegada,
Y el mozo, agradecido á su destino,
Miraba con placer la gente armada:
Pregúntanle despues de donde vino,
Cómo va en cueros, donde es su morada,
Y él, que no sabe hablar, nada responde,
Los mira, y sigue sin saber á donde.

Y á donde va? A la cárcel prisionero,
Que anda desnudo y es ya delincuente;
El entre tanto observa placentero
Los colores que viste aquella gente;
Y de una bayoneta lo primero,
Al mirarla tan tersa y reluciente,
Tocó la punta en su delirio insano,
Y en su inocente afan se hirió la mano.

Y este fué entonces el dolor segundo;
Y dejaremos ya de llevar cuenta,
Que para algo Dios nos echa al mundo,
Y la letra con sangre entra y se asienta:
Y así la razon gana, así el profundo
Juicio con la esperiencia se alimenta;
Y porque aprenda, el mundo así recibe
Al que no sabe como en él se vive.



CANTO IV.

Rizados copos de nevada espuma
Forma el arroyo que jugando salta;
Ricos paises de vistosa pluma
En campos de aire el pajarillo esmalta;
Álzase lejos nebulosa bruma,
De sombras rica, si de luces falta,
Y el verde prado y el lejano monte
Muro y término son del horizonte.

Allá en la enhiesta vaporosa cumbre
Su manto en Oriente el alba tiende,
Y blanca, y pura, y regalada lumbre
De su frente de nácares desprende:
Cándida Silfa á su fugaz vislumbre
El aire en torno sonrosado enciende,
Y en su frente la ondina voluptuosa
Se mece al son del agua armoniosa.

Y tras la densa y fúnebre cortina
Del hondo mar sobre la rubia espalda,
Ráfagas dando de su luz divina,
Mécese el sol en lechos de esmeralda:
La niebla á trozos quiebra, y la ilumina
Del terso azul por la tendida falda,
Y de naranja, y oro, y fuego pinta
Sobre plata y zafir mágica cinta.

Y en monte, y valle, y en la selva amena,
Y en la de flores mil fértil llanura,
Y en el seno del agua que serena
Se desliza entre franjas de verdura,
El ruido alegre y bullicioso suena
De seres mil que cantan su ventura,
Prestando su algazara y movimiento
Voz á las flores y palabra al viento.

Las rosas sobre el tallo se levantan
Coronadas de gotas de rocío,
Las avecillas revolando cantan
Al blando son del murmurar del rio;
Chispas de luz los aires abrillantan
Salpicando de oro el bosque umbrío,
Y si el áura á la flor murmura amores,
La flor le brinda aromas y colores.

Y resonando..... et cétera: que creo
Basta para contar que ha amanecido,
Y tanta frase inútil y rodeo,
A mi corto entender, no es mas que ruido:
Pero tambien á mí me entra deseo
De echarla de poeta, y el oido,
Palabra tras palabra colocada,
Con versos regalar sin decir nada.

Quiero decir, lector, que amanecia;
Y ni el prado ni el bosque vienen bien,
Que este segundo Adam no verá el dia
Nacer en los pensiles del Eden;
Si no en la cárcel lóbrega y sombría,
Que su pecado cometió tambien
Viniendo al mundo por estraño hechizo,
Y es justo que tal pague quien tal hizo.

Corrió entre tanto por Madrid la fama
De aquella aparicion del hombre nuevo,
De cómo viejo se acostó en su cama,
Y al despertar se levantó mancebo.
Nueva de que era causa se derrama
Del gran tumulto que contado llevo,
Cuando atento el patron, subiendo al ruido,
Halló en otro á su huésped convertido.

Hay en el mundo gentes para todo;
Muchos que ni aun se ocupan de sí mismos;
Otros, que las desgracias de un rey godo
Leen en la historia, y sufren parasismos:
Quién, por saber la cosa y de qué modo
Pasó, y contarla luego, á los abismos
Es capaz de bajar; quién, nunca sabe
Sino es de aquello en que interes le cabe.

Quién, por saber lo que á ninguno importa,
Anda desempolvando manuscritos,
Para luego dejar la gente absorta
Con citas y con textos eruditos:
Otro almacena provision no corta
De hechos recientes, cuentos infinitos,
Y mentiras apaña, y cuanto pasa
Se entretiene en contar de casa en casa.

Este raro suceso que yo cuento
Aquí en la capital ha sucedido;
Y es tanta la jarana y movimiento
En que su vecindario anda metido,
Que muchos no tendrán conocimiento
De un caso no hace mucho acontecido;
Y á otros tal vez tan verdadera historia
Se habrá borrado ya de la memoria.

Mas yo, como escritor muy concienzudo,
Incapaz de forjar una mentira,
Confesaré al lector que mucho dudo
De la verdad del caso que le admira:
Contaré el cuento con mi estilo rudo
Al bronco son de mi cansada lira,
Y el hecho á otros afirmar les dejo
De haberse el mozo convertido en viejo.

Como me lo contaron te lo cuento;
Y yo de la verdad solo respondo,
De que el mozo salvaje del portento
Anda alegre por ahí mondo y lirondo!
Raro misterio que en conciencia siento
No poder descifrar por mas que ahondo;
Mas qué mucho, si necio me confundo
Sin saber para qué yo vine al mundo?

Que no es menor misterio este incesante
Flujo y reflujo de hombres, que aparecen
Con su cuerpo y su espíritu flotante,
Que se animan y nacen, hablan, crecen,
Se agitan con anhelo delirante,
Para siempre despues desaparecen,
Ignorando de donde procedieron,
Y á donde luego para siempre fueron.

Baste saber que nuestro héroe existe,
Sin entrarse á indagar arcano tanto,
Que tiene para estar alegre ó triste
Risa en los labios y en sus ojos llanto:
Que come, bebe, duerme, calza y viste,
Ya mas civil en este cuarto canto,
Y que Adam en la cárcel le pusieron,
Cuando desnudo como Adam le vieron.

Baste saber que el *Diario*, en su importante
Seccion que casos de la córte cuenta,
En estilo variado y y elegante
Que el interés del sucedido aumenta
Refiere este suceso interesante
Al número dos mil seiscientos treinta,
Y cómo sigue causa, el parte dado,
No me acuerdo que juez de qué juzgado.

Y todos los de todos los colores
Periódicos, amable cofradía,
Que se apellidan, ya conservadores,
Ya progresistas, y que en lucha impía,
Cebo de los políticos rencores,
Mondan y pulen la cuestion del dia,
De ilustracion vertiendo ricas fuentes
En caudales fructíferos torrentes.

Ahondando la cuestion de estrago tanto,
Buscando el móvil de motin tan fiero,
Hallaron unos y otros con espanto
Que era un pagado y vil aventurero,
No disfrazado bajo el noble manto
De la santa virtud, sino altanero,

Agente digno de la trama impía,
Saliendo en carnes á la luz del dia.

Y acusó cada cual á su contrario
De haber pagado y encerrado al loco,
Y del absurdo cuento estrafalario
Que honra por cierto su invencion muy poco:
Cuál al Gobierno acusa atrabiliario,
Cuál supone en los clubs que se halla el foco,
Sin que ninguno ser quiera en su ira
Autor de tan *ridícula mentira.*

Y con lógica sana y juicio recto
Probaron, como cuatro y tres son siete,
Que no cabe en el mas rudo intelecto
Que se convierta un viejo en mozalvete:
Y alguno á los milagros poco afecto,
Con odio á todo clerical bonete,
Probó que nada, en un sabio discurso,
Basta del mundo á trastornar el curso.

Y yo quedé de entonces convencido
Casi de que era mentiroso el cuento,
Aunque siempre mis dudas he tenido,
Que es muy dado á dudar mi entendimiento:
Y cuanto llevo hasta ahora referido
Ni lo afirmo, oh lector! ni lo desmiento,
Que por mi honor te juro no quisiera
Que nadie mentiroso me creyera.

Y casi casi arrepentido estoy
De haber tomado tan dudoso asunto,
Y de á pública luz sacarlo hoy,
Que la incredulidad llega á tal punto:
Mas ya adelante con mi cuento voy
Al son de mi enredado contrapunto,
Que es mi historia tan cierta y verdadera
Como lo fue jamás otra cualquiera.

Es el caso que Adam, preso y desnudo,
Hace ya un año que en la córte vive,
Dó con áspero trato y ceño rudo
Áspera y ruda educacion recibe:
Es cada cual allí doctor sesudo
Que practicando de su ciencia vive,
Tomos que enseñan mas filosofía
Que cien años de estudio en solo un dia.

Sociedad de filósofos aquella,
Andar allí desnudo á nadie espanta,
Antes pondrán mas bien pleito y querella
Al que lleve chaqueta, capa ó manta;
Y así á nadie estrañó cuando su estrella
Trajo allí al jóven que mi lira canta;
Y un año desde entonces ha corrido;
Y el mancebo se está como ha venido.

En cuanto á traje y nada mas, se entiende,
Que la sana razon su juicio aploma,
Sus sentidos aviva y los enciende,
Y su rústico ardor desbrava y doma.
La gracia y ademan del jaque aprende,
Las mas punzantes voces del idioma,
Y á sufrir, y á callar, y á caso hecho,
Guardarse la intencion dentro del pecho.

Y como el juicio su talento rija,
Comprende de derechos y deberes
El intrincado código que fija
Los goces de aquel mundo y padeceres:
Y el noble ardor que el corazon le aguija
En ansia de dominio y de placeres,
Y su hercúlea simpática figura
Del ajeno respeto le asegura.

Ni chiste ni pillada se le escapa,
Ni gracia alguna sin respuesta queda,
Ni las cartas mejor ninguno tapa
Cuando entre amigos el cané se enreda:
Revuelta al brazo con desden la capa,
Con él, navaja en mano, no hay quien pueda,
Que en la cárcel ahora ya no hay pillo
Que maneje mejor que él un cuchillo.

Ni lo hay mas suelto y ágil, ni quien sea
Mas diestro á la pelota y á la barra,
Ni mas vivo y sereno en la pelea,
Ni de apostura tal ni tan bizarra;
Y á tanto va su gracia, que puntea
De modo que hace hablar una guitarra,
Y para acompañar se pinta solo
Su acento varonil cantando un polo.

Y áspero á par que jugueton y atento,
Sin que de su derecho un punto ceda,
Hombre de pelo en pecho y mucho aliento,
Con los *ternes y jaques* entra en rueda;
Y creciendo en arrojo y valimiento,
En juez se erije y los insultos veda
Del fuerte al débil, y animoso arguye,
Y á su modo justicia distribuye.

Tal vez habrá quien diga escrupuloso
Que es poco tiempo para tanto un año,
Y poco fuera, cierto, si dichoso
Vivido hubiera en lisonjero engaño;
Mas allí, donde el látigo furioso
La suerte vibra con semblante uraño,
Donde ninguno de ninguno cuida,
Pronto se aprende á conocer la vida.

Allí, dó hierve en ciego remolino
La sociedad, ni títulos ni honores
Son del respeto formulado sino,
Ni sirven al que entra sus mayores;
Tienen todos que abrirse su camino,
Breve mundo de mas grandes dolores,
Dó lucha el triste en su afligido centro
Contra la sociedad de fuera y dentro.

Siempre en eterna tempestad, impura
Mar donde el mundo su sobrante arroja,
Lucha náufrago el hombre á la ventura,
Sin puerto amigo que en su mal le acoja;
Pechos que endureció la desventura,
Y que el castigo de piedad despoja,
Cada cual de su propio pesar lleno,
Nadie se duele del dolor ajeno.

Y en qué parte del mundo, entre qué gente
No alcanza estimacion, manda y domina
Un jóven de alma enérgica y valiente,
Clara razon y fuerza diamantina?
Apura el jarro del licor hirviente
Cuando el mas esforzado desatina,
Y trastornado y balbuciente bebe,
Y aun él cien jarros á apurar se atreve.

Y es su malicia la malicia aquella
Viva y gentil del despejado niño;
Luz y candor su corazon destella
En medio de su alegre desaliño;
Su noble frente y su figura bella,
Su audacia inspira al corazon cariño,
Que aquella fiera gente, en su rudeza,
Admiran el valor y la grandeza.

Y aunque es su lengua rústica y profana,
Y su ademan de jaque y pendenciero;
Pura se guarda aun su alma temprana

Como la luz del matinal lucero;
Bate gentil, cual mariposa ufana,
El corazon sus alas placentero,
Que abrillantan aun los polvos de oro,
De inocencia y virtud breve tesoro.

Ni leyes sabe, ni conoce el mundo;
Solo á su instinto generoso atiende,
Y un abismo de crímenes inmundo
Cruza, y el crímen por virtud aprende:
Y aquel pecho, que es noble sin segundo,
Y que el valor y el entusiasmo enciende,
Aplica al crímen la virtud que alienta,
Y puro es si criminal se ostenta.

Como niño que cándido se esfuerza,
Y hacerse el hombre en su candor presume,
Y la echa de ánimo y de fuerza;
Miente blasfemias; fuma aunque no fume;
No hay nadie sobre él que imperio ejerza,
Y habla de mozas; tal, grato perfume
Vertiendo en torno de inocencia pura,
Al mas bandido remedar procura.

Y como en mente y en valor les gana,
Y aventaja en nobleza y bizarría,
Tanto les vence cuanto mas se afana
En mostrarles mayor su gallardia;
Y aquellas almas viejas su alma ufana
Con noble anhelo superar ansía,
Sin cuidarse en los lances que le empeñan
De si es vicio ó virtud lo que le enseñan.

Y por amor á adornos y colores,
Y entender que lo exige su decoro,
Bordado un marsellés con mil primores
Cuelga de su hombro izquierdo con desdoro:
Charro un pañuelo de estampadas flores
Ciñe á su cuello una sortija de oro;
Calzon corto, la faja á la cintura,
Botin abierto y gran botonadura.

Que aprendiendo á jugar ganó dinero,
Y allí á la reja la Salada viene,
Moza que vive de su propio fuero,
Y en cuidar á los presos se entretiene:
El parecer, tal vez, la *hizo salero*;
Y ella, que es libre y que á ninguno tiene
Cuenta que dar, dineros y comida
Le trae, de amores por su Adam perdida.

Y ya le ha aconsejado en su provecho
La pobre moza de su amor prendada;
Que aunque de rumbo, y garbo, y franco pecho,
Y en su modo y palabras desgarrada,
Y aunque le mira en cueros, que es bien hecho,
Con dulce encanto y alma enamorada
Le aconsejó vestirse por decencia,
Y él se dejó vestir sin resistencia.

Vagando va confuso el pensamiento
En torno á la mujer del mozo ardiente,
Sin poderse esplicar el sentimiento
Que por sus nervios esparcido siente;
Mas su vista le da dulce contento,
Respira en ella un delicioso ambiente,
Que mágico embelesa sus sentidos
Tras la ilusion de su placer perdidos.

Y su voz, aunque áspera, que suena
Grata á su oido, el corazon le adula;
Y de ansiedad confusa su alma llena,
Ni su ilusion ni su placer formula:
Lejano son de amante centinela
Que entre la brisa perfumada ondula,
Al aire de su dulce devaneo
Perdido vaga su genial deseo.

Y cuando ella con amor le mira,
En la ansiedad vehemente que le aqueja,
Y en el ardor violento que le inspira,
Quiere romper la maldecida reja:
Y la sacude con violenta ira,
Porque acercarse á ella no le deja;
Trémulo de furor sus miembros laten,
Y sus artérias dolorosas baten.

Látigo, y grillos, y penoso encierro,
Pronta á saltar sobre él la muchedumbre,
Tratado allí como indomable perro,
Le impusieron forzada mansedumbre:
Cual vigoroso potro tasca el hierro,
Bota y arranca de las piedras lumbre,
El mozo así, sujeto á su despecho,
Siente un dolor que le desgarra el pecho.

Fiero leon que á la leona siente
En la cercana jaula de amor llena,
Que con lascivo amor ruje demente,
De cólera erizando la melena,
Y la garra clavando en la inclemente
Reja, en torno los ámbitos atruena,
Y el duro hierro sacudido cruje
De tanto esfuerzo á tan tremendo empuje.

Que al placer le convida su hermosura,
Mas á sus ojos mágica, que el cielo
Con su sereno azul bañado en pura
Luz que colora el trasparente velo:
Placer que inspira al corazon bravura,
Fuerza á sus nervios y valiente anhelo,
Su máquina impulsada y sacudida
Al ignorado goce á que convida.

Que los ardientes ojos de la bella,
Y el que mayo pintó de rosa y nieve
Semblante alegre que salud destella,
Redondas formas y cintura leve,
Y gallardo ademan, ligera huella,
Pie recogido en el zapato breve,
Y blanca media que al tobillo pinta
De negro á trechos la revuelta cinta;

Y el hueco traje que flotante vaga
En rica de lujuria y vaporosa
Atmósfera de amor, que el alma halaga,
Y escita los sentidos codiciosa,
Y que enseñar al movimiento amaga
Cuanto finje tal vez la mente ansiosa,
Que allá penetra en la belleza interna
Tras la pulida descubierta pierna:

Sácanle al rostro en torbellinos rojos
El fuego del volcan que el pecho asila,
Lanzando llamas sus avaros ojos,
Encendida la lúbrica pupila:
Mísero del que entonces sus enojos
Ay! provocara! la ira que destila
Su impotencia en su alma, rebosando,
Sobre él cayera su dolor vengando!

Visteis al toro que celoso brama,
La cola ondeando sacudida al viento,
Que el polvo en torno levantando inflama,
Envuelto en nube de vahoso aliento,
Y ora á su amada palpitante llama
Ora busca en su cólera violento,
Con erizado cerro y frente torva,
Quien el deseo de su amor estorba?

Asi el mancebo en derredor revuelve
La vista en ansia de feroz pelea;
De nuevo á sacudir la reja vuelve,
Que trémula á su empuje titubea;
Calmarse, en fin, á su pesar resuelve,
Siente que en vano lucha y forcejea,
Y ella le habla, y él triste la mira,
Y sin saber qué responder, suspira.

Que él no sabe con ella hablar de amores,
Sino sentir en su locura ciego;
Suspiros son la voz de sus dolores,
Y son sus ansias en sus ojos fuego:
Ella entre tanto calma sus furores,
Que él siempre cede á su amoroso ruego,
Y en sus salvajes ojos se desliza
Dulce rayo de amor que los suaviza.

Porque es á un tiempo la manola airosa,
Gachona y blanda como altiva y fiera,
Y sabe con su Adam ser amorosa,
Y esquiva con los otros y altanera:
Paloma fiel, cordera cariñosa,
Aunque de rompe y rasga, y de quimera,
Y mal hablada, y de apostura maja,
Y que lleva en la liga la navaja.

Y está de su pasion tan satisfecha,
Tan ancha está de su gallardo amante,
Que hasta la tierra le parece estrecha,
Y no hay dicha á su dicha semejante:
Cuando á la espalda la mantilla echa
Y las calles se lleva por delante,
Pensando en el gachon que su alma adora,
En su propia hermosura se enamora.

Corazon toda ella, y alma, y vida,
Y gracia, y juventud, desprecio siente
Hácia la sociedad, libre y erguida,
Hollándola con planta independiente.
Dejando á su pasion franca salida,
Un *pues mejor* rasgado é insolente,
Con cara osada por respuesta arroja,
Si alguno, reprendiéndola, la enoja.

Pobre mujer, para sufrir criada,
Vil la marcó la sociedad impía,
Viviendo en medio de ella condenada
A perpetua batalla y rebeldía;
Hija del crímen, sola, abandonada
A su propia esperiencia y su energía,
Sin mas lazo en el mundo ni consejo
Que un padre preso, criminal y viejo.

Era el tio Lucas, padre de la bella,
Hombre de áspero trato y de torcida
Condicion dura y de perversa estrella,
Sin cesar por su boca maldecida;
Pocas palabras, de indolente huella,
Mal encarado y de intencion dormida,
Chico, y ancho de espaldas, y cargado,
Largo de brazos y pati-estevado.

De chata y abultada catadura,
De entrecana y revuelta espesa ceja,
Ojos saltones y mirada dura,
Blanca patilla á trechos y bermeja,
La frente estrecha y de color oscura,
Rojo el pelo como áspera guedeja,
Inaccesible al peine, aborrascado,
En vedijas la cubre enmarañado.

No hay cárcel ni presidio en las Españas
Que no conserve de él alta memoria;
Ciudad que no atestigüe de sus mañas,
Ni camino sin muestras de su gloria:
Y consignada está de sus hazañas,
En procesos sin fin su ínclita historia,
Aunque oscura y truncada, que á la pluma
Fió muy poco su modestia suma.

Lleva á rastra los pies andando, y mueve
Pesada y vacilante la cabeza,
Su pensamiento é intencion aleve
Mostrando en su abandono y su pereza:
Mosquito insigne, por azumbres bebe
Sin vacilar un punto su firmeza;
Siempre fumando, el labio ya tostado
Con el tabaco negro y requemado.

Raya en sesenta años, y cincuenta
Hace ya que empezó sus correrías;
Quienes fueron sus padres no se cuenta,
Ni dónde ha visto sus primeros dias:
Siempre sagaz, diversa historia inventa
De sus viajes, familia y fechorías,
Cambia su nombre y patria, dando largas
Así á las horas de su vida amargas.

Este honrado varon, cuando desnudo
Adam entró en la cárcel, y la gente
Le examinaba con anhelo rudo,
Esplicó el caso con sesuda mente:
No habeis, les dijo, visto nunca un mudo?
Qué diablos os *chungais* de un inocente?
Y apartó á todos, con afecto raro
Dando á su mudo proteccion y amparo.

Y como luego el inocente diera
Pruebas de su vigor y valentía,
Y abriera á uno en desigual quimera
Contra las piedras la cabeza un dia,
Tanto amor le cogió, que la severa
Faz desplegando, que jamás reia,
Hablaba siempre de él guiñando el ojo
Con cierta sonrisita de reojo.

«El chaval!— el chaval!» decia entre sí,
«Meterle mano, que mejor gazapo
»No ha regalado el Lívano al Buchí (1);
»Vamos con él á quién es el mas guapo:»
Y cuando vió que el mozo hecho un zahorí
Camina viento en popa á todo trapo,
Y aprende, á hablar, y en ardimiento crece,
Y hacerse un hombre de provecho ofrece;

Fundó esperanzas el astuto viejo,
Y comenzó á formarle á su manera;
Y le oye el jóven con sagaz despejo
Y con mas atencion que conviniera:
A él y á nadie mas pide consejo,
Sometida al talento su alma fiera,
Que en las cosas del mundo el viejo es ducho,
Y el candoroso Adam le tiene en mucho.

Su observacion profunda y su esperiencia
Ha reducido á máximas la vida;
Es cada frase suya una sentencia,
Cada palabra una ilusion perdida:
Torpe y lento en hablar, vierte su ciencia
En truncados periodos sin medida;
Mas en su gesto su intencion marcada
Que en el valor de la palabra hablada.

Como entreabierta garra alza la mano;
Siempre de quite al frente el movimiento,
Y habla gruñendo como perro alano
Con ojos de través y sordo acento:

(1) *El escribano al verdugo* en la jerga de la cárcel.

Sobre la frente el pelo roji-cano,
La barba sobre el pecho, al mozo atento,
Que su doctrina codicioso espera,
Una noche le habló de esta manera.

Hijo mio, pocos años
Me quedan ya que matar,
Porque á mí me han de acabar
La *viuda* (1) ó mis desengaños.

A tí mañana; á mí hoy:
Yo soy punta y tu eres mango;
Este mundo es un fandango;
Tu vienes y yo me voy.

Mira; de nadie te fies;
Hijo Adam, vive en acecho;
Lo que guardes en tu pecho
Ni aun á tí mismo confíes.

La gente... no hay un amigo:
Al que cae, la caridad...
De una mala voluntad
Tienes un falso testigo.

Si mojas (2) á alguno, cuida
De endiñarle al corazon...
No se olvida una intencion
Y un beneficio se olvida.

Eres mozo; al mundo sales;
De los montes se hacen llanos:
Buena suerte y muchas manos,
Y callar y vengan males.

A malos trances mas brios:
Como la mar es en suma
El mundo; pero en su espuma
Se sustentan los navíos.

Las mujeres... la mejor
Es una *lumia* (3); en el suelo,
El diablo no tiene anzuelo
Mas seguro ni peor.

Ellas te chupan el jugo,
Y te espantan los parnés (4);
Cuando carne comer crées,
Estás comiendo besugo.

El hombre aquí ha de enredar
Sin que le enrede el enredo;
Tu no te chupes el dedo,
Que no hay que pestañear.

Mala siembra, mala siega:
Nada me va, nada sé,
Quien mas mira menos ve,
Y di la verdad, Juan Niega.

Esto es negro para tí;
Pero ya lo entenderás,
Y acaso te acordarás,
Cuando lo entiendas, de mí.

Poco en verdad el candoroso mozo
De tan profundas máximas comprende,
Con tal misterio y maleante embozo
Hablándole de un modo que no entiende:
Y al través de su rústico rebozo

(1) *Viuda*, la horca.
(2) Mojar, dar de puñaladas.
(3) Lumia. Mujer de mala vida, ramera.
(4) El dinero.

Si el sentido tal vez sagaz trasciende
De alguna frase, en su confuso empeño,
Cuanto adivina le parece un sueño.

Un mundo que una luz pura ilumina,
Que viste y cubre un tan hermoso cielo,
Mansion habrá de ser donde camina
El hombre siempre con mortal recelo?
Y será la mujer, creacion divina,
Vida del alma y generoso anhelo,
Brillante de placer y de hermosura,
Enemiga tambien, tambien impura?...

Será del hombre el hombre el enemigo,
Y en medio de los hombres solitario,
El su sola esperanza y solo amigo,
Verá en su hermano su mayor contrario?
Grillos, cadenas, hambre y desabrigo
Siempre serán el lúgubre sudario
Que vista, al entregarle á su abandono,
El hombre al hombre en su implacable encono?

Será tal vez que en bandos dividida,
Luche furiosa en obstinada guerra
La raza de los hombres fratricida
Alterando el reposo de la tierra?
Qué brazo audaz que justo se apellida
Contra su voluntad allí le encierra?
Quién llama criminal á aquella gente
A quien oye decir que es inocente?

Y él, que recuerda como un sueño apenas
De su vida el primer dulce momento,
Por qué á vivir en ásperas cadenas
Vino, y cruel con bárbaro tormento
El hombre de dolor las manos llenas
En su inocencia lo arrojó violento,
Castigando con grillos y prisiones
El natural vigor de sus pasiones?

Estas y otras reflexiones rudas
Hierven en su ofuscada fantasía,
Como aparece entre las sombras mudas
Incierto rayo de la luz del dia:
Turbio su juicio, amontonando dudas,
Sin fórmula vagando en la sombría
Nube de que su mente está cubierta,
Ni acierta á hablar, ni á preguntar acierta.

Tosió entre tanto su mentor, que arranca
Del pulmon á pedazos su catarro,
Y remoja la voz, que se le atranca,
Sorbiéndose de vino medio jarro:
De un negro torcidon como una tranca
Pica, lia y enciende su cigarro,
Chupa y empuja con la uña el fuego,
Y en su discurso así prosiguió luego:

Tu que has hecho? no has salido
Chibato (5), del cascaron:
Sin razon ó con razon
A la sombra te han traido.

Es sino de criaturas:
No te gruñirá el barí (6);
A mí me tienen aquí
Un chota (7) y mis desventuras.

Se berreó (8) el maldecido,
Y dos señores muy llanos

(5) Jóven, nuevo.
(6) Juez. *No te gruñirá el barí*, el juez poco te ha de hacer.
(7) Delator.
(8) Hablar mas de lo que conviene.

Vinieron con cuatro alanos
A sorprenderme en mi nido.

Yo, como soy muy cortés,
Escusé su compañía,
Hasta que ví no podia
Ni por manos ni por pies.

No se llevaron mal chasco
Seis pobretes..... la del humo.....
Que por ahí andan presumo;
Yo aquí á la sombra me rasco.

Por ellos me dí á partido;
Dando largas ello irá;
Que no los traigan acá,
Y nada se habrá perdido.

Tú, pobrecillo, reserva
Lo que ahora vas á saber;
Que en el mundo hay que aprender
A sentir crecer la yerba.

El que lo gana lo jama (1);
A buscársela, hijo mio,
A hacer tu mismo tu avío,
Que el que no llora no mama.

Y tú, para ti has de hacer:
Yo te pondré en buen camino;
Hijo, si tienes buen sino,
Pan te queda que roer.

Los seis pobretes..... mas plata
Valen que ha dado el Perú:



Son muy gentes: verás tú
Seis meloncitos de cata.

Muy hombres, muy campechanos,
No porque yo los alabe;
Pero es cosa que se sabe,
Como las suyas no hay manos.

Saladilla te dirá
Lo que has de hacer: malos mengues (2)

Te lleven á ti y sus dengues,
Que tan derretida está.

Los seis pobretes reciben
Tambien de este pobre viejo
De cuando en cuando un consejo,
Y, Adam, como pueden viven.

Yo bien te quisiera dar
Rentas y capellanía;
Pero el que no tiene usía
Se lo tiene que ganar.

(1) Comer.
(2) Diablos.

El refran dice, hijo Adam,
Que Dios es omnipotente
Y el dinero es su teniente,
Y que sin el din no hay dan.

Con que salud, y andar vivo,
Que por tu bien tengo empeño,
Y adios, que ya viene el sueño;
Cada mochuelo á su olivo.

Quedóse Adam, mientras espera el dia,
Rumiando las palabras del bandido;
Pasar el mundo en confusion veia
Con loca fiebre y delirante ruido:
Luego en grata embriaguez su fantasía,
Embargándole el sueño su sentido,
La imágen en vision encantadora
Le trajo amor de la mujer que adora.

Grata vision, que venturosa calma
Su loco enajenado pensamiento,
Que trae regalo y esperanza al alma,
Ignorado deleite y sentimiento.
En mitad del desierto umbrosa palma
Que templa su calor calenturiento,
Y á cuyo pie el viajero se reposa
En paz de amor y languidez sabrosa.

Vision en cuyos brazos descansando
Su oscura cárcel y ansiedad olvida,
En jardines de rosas respirando
El encantado aroma de la vida:
El alma allí con movimiento blando
En el columpio mágico mecida
De su propia ilusion, cuenta un tesoro
De esperanzas sin fin, de ensueños de oro.

Alma jóven y pura, que suspende
En la region del aire un devaneo,
Y que en su propia luz la luz enciende,
Y da forma y vision á su deseo:
La atmósfera tal vez ruda le ofende
Del ignorado mundo y su mareo;
Mas si siente sus puntas dolorida,
Su propia juventud cura su herida.

Que hay en el alma, cuando nueva agita
Sus áureas alas, una fuente pura,
Que alegre riega la ilusion marchita
Y renueva su fuerza y su hermosura:
Bebiendo de ella el corazon palpita,
Hasta que al fin secándose la apura,
Y en vez de la ilusion se alza la pena
Que el manantial purísimo envenena.

Así en su propia alma su consuelo
Halla el mancebo, y de la pura fuente
Con las aguas de vida su desvelo
Templa, y el sueño perezoso siente:
Y luego, en alas de su propio anhelo,
De la amada mujer cruza en su mente
La blanca imágen, que por mas delicia
Amorosa le besa y le acaricia.

Brilló entre tanto, si decirse puede
Que brilla en una cárcel nunca el dia,
Donde á su luz la sombra nunca cede
Ni un rayo el sol al corazon envia:
Donde la tregua que al dolor concede
Un breve sueño con crueldad impía
Rompe la aurora, y vuelve á su faena
El cautivo amarrado á su cadena.

Donde las horas hilan su tejido
Sin enredar tal vez una esperanza,
Y el tiempo al parecer pasa dormido
Sin señales de alivio ni mudanza:
Donde tal vez el término cumplido
Que la ilusion del desdichado alcanza,
Es en su ruda, inexorable suerte,
En un suplicio una penosa muerte.

Donde..... pero tambien el hombre olvida
Allí su pena en su locura insana;
Rie y canta, y devánase su vida
Que entre el ayer se enreda y el mañana:
La llaga del dolor adormecida
Templa un olvido, una esperanza vana,
Que es el presente lago alborotado,
Dó el porvenir se enturbia y lo pasado.

La causa en tanto en un rincon dormia,
Sin cuidarse de Adam el escribano,
Y un año largo de prision corria,
Y nadie de él se acuerda: y un verano
Y otro pasara, y ciento, y pasaria
Un siglo entero, y mil, y todo en vano;
Situacion en las cárceles no estraña,
Gracias al modo de enjuiciar de España.

Cuando la hermosa que al mancebo adora
Quién sabe como, acaso malamente,
Logró de la pereza vencedora
Del juez que diese á Adam por inocente:
Vista la causa en fin, llegó la hora
De darle libertad, y delincuente
No pudiéndole hallar, le sentenciaron
Las costas á pagar que otros causaron.

Las costas, pues, con otras vagatelas
Pagó de sus ahorros la Salada;
Cálzase el escribano las espuelas,
La causa aviva, y la dejó *zanjada*:
Oh! cuánto, amor, el corazon desvelas
De una hermosa mujer enamorada!
Cómo voló á la cárcel aquel dia
Rebosando la nueva en su alegria!

Párase ante la cárcel; precipita
Acá y allá agitada sus paseos;
Frenético su espíritu se agita;
Sueña su alma amantes devaneos;
Un siglo en su ansiedad loca, infinita,
Cuentan cada minuto sus deseos,
Allí esperando á que el Escriba venga
Y oir gritar «Adam con lo que tenga.» (1)

Llegó por fin el anhelado instante;
Corrió á la reja la feliz manola;
Toda turbada látele el semblante,
Que amor con mil colores arrebola;
Y trémula la mano, y anhelante
Con un ansia no mas y una idea sola,
Entre la verja entrándola la agita,
Y con el gesto y con la voz le grita.

Y como tigre que acechando hambriento
Tal vez descubre presa en la llanura,
Y en arco el cuerpo arrójase violento,
Salta, y entre sus garras la asegura;
No con ansia menor al dulce acento
Que entrando hasta en sus tuétanos murmura,
El mozo corre á donde ve su bella
Que al través de la reja se atropella.

Oh del primer amor dulces escenas
Que presencia risueño un escribano!

(1) Grito con que en la cárcel llaman al preso que ponen en libertad; el mismo grito sirve para llamarlo y ponerlo en capilla.

Palomas inocentes de amor llenas
Que se huelgan delante del milano!
Romped, en fin, romped esas cadenas
Con que el destino os separó tirano,
Y otras os teja de aromosas flores
El buen Dios protector de los amores.

Abrazó Adam al redomado viejo,
Honrado padre de su amada prenda,
El cual, frunciendo el rígido entrecejo,
Le apartó donde nadie los entienda;
Y á solas repitiéndole el consejo
De la noche anterior, le recomienda
Prudencia y tino y ánimo en la vida,
Y le abraza otra vez por despedida.

Cuánto júbilo al alma y alborozo,
Cuánto loco placer, cuánta alegría,
Sintió alterado el indomable mozo
Libre al mirarse y á la luz del dia!
Las arterias palpítanle de gozo,
Baña la luz su audaz fisonomía,
Y de contento el corazon deshecho
Suena á sus golpes conmovido el pecho.

Y ella veloz con su ademan de maja,
Su planta firme y su gentil soltura,
La calle al lado de su amante baja
Llamando la atencion su donosura;
Y ambos en medio á la comun baraja
De gentes que atraviesan con presura,
Y que á su garbo y gentileza atienden,
Ojos á un tiempo y corazon suspenden.

Y él al mirarse al lado de su bella,
Y al tocarla tal vez su tacto es fuego;
Fuego que lanza vívida centella
Que el alma y corazon penetra luego;
Páranle á un tiempo su ignorancia, y ella
Que contiene su ardor con blando ruego,
Y acaso su ardimiento tambien doma
Cuando recuerda la pasada broma.

Que ha comprendido Adam que aquella gente
Que él con recelo y cuidadoso mira,
Es acaso la misma que inclemente
Piedras y lodo al inocente tira:
Y cual furioso loco va impaciente
Junto al loquero que temor le inspira,
Asi la rienda puesta á sus arrojos,
Gira enredor sus recelosos ojos.

Un pobre cuarto bajo en una casa
Pobre, la moza en Avapies habita,
De baja planta y de fachada escasa,
Limpia por dentro y de esmerada cuita:
La llave con incierta mano pasa,
Y el mancebo feliz se precipita
Tras ella en la mansion, que amor ahora
Con tintas mil de su ilusion colora.

Tintas que bañan en su lumbre pura
La pobre estancia con celeste encanto,
Vertiendo en torno aromas de dulzura
Que amor derrama de su aéreo manto:
Morada acaso triste, acaso impura,
Mas de la dicha ahora templo santo,
Convertido en Eden de ricas flores
Al soplo germinal de los amores.

Que solo allí con la mujer que adora,
Cuya hermosura la mansion encanta,
Bastan apenas al mancebo ahora
Los ojos á admirar belleza tanta:
Y el fuego que frenético atesora
El corazon y su vigor levanta,
Y su inquietud redobla, fulminante
En ráfagas de luz brota al semblante.

Y entre sus manos trémulas su mano,
Sus labios devorándose encendidos,
Al rudo impulso y al furor tirano
De sus tirantes nervios sacudidos,
El, ignorante en su delirio insano,
Respondiendo latidos á latidos,
Al corazon la aprieta, el juicio pierde,
La besa hambriento y con placer la muerde.

Y una nube quimérica ya vela
Sus sentidos, y vaga y vaporosa,
Placer, deleites y delirios zela,
Y confunde su dicha vagarosa,
Y la hermosura disipada vuela
De la mujer que espárcese amorosa,
Y donde quiera él gusta, toca y mira
Dicha, hermosura é ilusion respira.

Aire que con riquísimos olores
Baña su negra cabellera riza,
Luz vagarosa y blanda que de amores
En los húmedos ojos se desliza;
Voluptuosa niebla de colores
Que un deliquio dulcísimo matiza,
Los cerca en derredor, embebecidos
En su lánguida mágia los sentidos.

Amor encuentra en su sabrosa boca,
Y en sus ojos de amor, amor respira;
Afan de amores en su frente loca
Latir contempla si á su hermosa mira;
Furor ardiente que al amor provoca
El en su aliento abrasador aspira,
Y ella á su furia y su pasion demente
Doblar su amor al estrecharle siente.

Y amor en voluptad se desvanece,
Y va á perderse en el remoto cielo,
Que hasta allí disipándose parece
Que elevan sus espíritus su vuelo;
Y el aura del deleite que las mece
Y confunde sus almas en un velo,
Cubriéndolas de gloria y de ventura,
Allá las alza en sueños de dulzura.

Sueños que en torno en formas nacaradas
Vagos acá y allá revolotean,
Y en las venas latiendo arrebatadas
Entre la sangre trémulos serpean;
En los rígidos nervios desplegadas
Sus alas placidísimas ondean,
Sobre la frente bulle su armonía
Y ofuscan con su luz la fantasía.

Genios de amor, deidades de hermosura,
Don de la juventud, nuevas creaciones,
Que en el primer placer el alma pura
Llueve desde su cielo de ilusiones;
Inmenso amor, riquísima ventura
Que ignoran los mortales corazones
Que el varonil vigor aun no han sentido
Y está el candor de su niñez perdido.

Oh! á su inocencia, á su infantil pureza
La fuerza juvenil junta el mancebo,
Nueva á sus ojos es tanta belleza,
Nuevas sus ansias y su goce nuevo;
Antes que la ilusion en su cabeza
Seque el deseo con picante cebo,
Dicha, ilusion, amores y delicias
Se atropellan en él con sus caricias.

Y allí en tropel, cual vierte su rocío
En las mañanas del abril la aurora
Sobre las verdes ramas del sombrío
Y en las pintadas flores que enamora,
Al alma y cuerpo con amante brío
La turba de placeres voladora,
Que en torno en algazara se levantan,
En círculos de júbilo la encantan.

Olas que van y vienen en su mente
Son sus alborotados pensamientos,
Confusos todos en tumulto ardiente
Brotando el corazon sus sentimientos;
Y al armonioso estrépito latente
Absortos los sentidos, los violentos
Impulsos del amor muestran pasmados
En éstasis de gozo arrebatados.

Oh! cómo vibra y en acorde canto
El alma de ella al alma de su amante!
Oh! cómo tanto amor, delirio tanto
Se retrata en su célico semblante!
Oh! cuál le presta su ignorado encanto
Su espíritu á su espíritu flotante,
Como el arco del músico se agita
Cuando violenta inspiracion le excita!

Que, como cuando arrebatado azota
Al muelle mar el huracan violento,
Las apiñadas olas que alborota
A merced van del combatido viento,
Asi en la llama eléctrica que brota
El alma en cada nuevo sentimiento,
Envuelta el alma ajena y sacudida
Vaga á merced de la pasion perdida.

Y ahora que así las almas considero
Prestándose placer, gloria y ternura,
Pararme un punto y lastimarme quiero
De mi propio disgusto y desventura;
Que ya gastado de mi ardor primero
El tesoro riquísimo se apura,
Y en mi amargo dolor continuo lloro
Perdido malamente aquel tesoro.

Aunque por otra parte me consuela
No tener ya que ir como iba un dia
A escape con el alma y dando espuela
Al alma que en mi curso antecogía;
Ni soñada esperanza me desvela,
Ni doy crédito ya á mi fantasía,
Y si de amor no late el pecho mio
Tambien en cambio á mi placer me hastío.

Oh! bendita mil veces la esperiencia,
Y benditos tambien los desengaños;
Piérdese en ilusion, gánase en ciencia;
Gastas la juventud, maduras años.
Tanta profundidad, tanta sentencia,
Tantos remedios contra tantos daños,
A qué los debes, mundo, en tanta copia
Sino á la edad y á la esperiencia propia?

Y habrá tal vez alguno que sostenga
Que no vale la ciencia para nada?
Y habrá menguado que á probar nos venga
Que está la dicha en la ilusion cifrada?
Pues hay cosa que mas nos entretenga
Que medir de los astros la jornada,
Y saber que la luna es cuerpo oscuro,
Y aire ese cielo al parecer tan puro?

Viva la ciencia, viva; y si en el mundo
Perdiste ya del alma la energía,
Y en ella guardas con dolor profundo
Algun recuerdo de un dichoso dia,
Con viva aplicacion, meditabundo
Engólfate en los libros á porfía,
Que aunque ellos nunca calmarán tu pena
Al menos te dirán qué es luna llena.

Y entre tanto vosotros, los que ahora
Pinté embriagados de placer y amores,
Gozad en tanto vuestras almas dora
La primera ilusion con sus colores:
Gozad, que os brinda la primera aurora
Con el jardin de sus primeras flores;
Coged de amor las rosas y azucenas
De granos de oro y de perfumes llenas.

Y sed vosotros isla de verdura
Donde repose yo cansado y yerto,
Del sol que ennegreció mi frente pura,
Y del árido viento del desierto:
Idea de suavísima dulzura
Vosotros sed dó el pensamiento incierto
Fije su vuelo, y vuestro aroma blando
Venga á mi corazon su afan templando.

CANTO V.

INTERIOR DE UNA TABERNA EN EL AVAPIES.

En un rincon, junto á una mesa, Adam con la Salada; ella contemplándole con recelosa curiosidad, él distraido: grupo de majos á un lado, grupos de manolos y manolas que danzan. Un hombre con traje mitad seglar, mitad eclesiástico, flaco, ruin de estatura, chato, lampiño, pellejo arrugado, pelo pobre rojizo, chisgarabís repugnante, toca la guitarra. Su edad cuarenta años (1).

UN MANOLO.

Buen ánimo, padre cura,
Vamos, otra seguidilla.

PRIMERA MANOLA.

Qué seria está Saladilla!

SEGUNDA MANOLA.

Chica, por poco se apura.

PRIMERA MANOLA. (*Al Cura*).

Diga Vd., cara de fuelle,
No canta Vd?

EL CURA.

(*Con ademan salado que le sienta muy mal*).
¡Salerosa!

(1) Si modelo y dechado de todas las virtudes son el mayor número de nuestros sacerdotes, en todos tiempos, y especialmente en los malaventurados que corren, ha habido y se encuentran algunos miserables, hez y escoria de tan respetable clase. El lector se acordará tambien, como nosotros, de haber hallado en su vida alguno que haciendo gala de su desvergüenza, se parecia quiza al mezquino ente que aqui tratamos de describir.

PRIMERA MANOLA.

Viva la gracia!

SEGUNDA MANOLA.

Mohosa:
Mala mano te desuelle.

EL CURA. (*Apurando el vaso*).

Sangre de Cristo! Al avío!

SEGUNDA MANOLA.

Vamos pues, toque usté aprisa:

EL CURA.

Consumé: siga la misa,
Y ayúdamela, hijo mio.

(*A un mozalvete que alternará con él cantando*). (*Mientras rasga la guitarra, desaparece la fisonomía del cura escuerzo entre millares de innobles gestos*).

(*Canta*). No hay religion mas santa
Que la de Cristo,
Que señala á los moros
Como enemigos.
Guerra á los cueros,
Porque matando moros
Se gana el cielo. (*Danzan*).

SALADA.

Estás triste, dueño mio?
No respondes?

ADAM. (*Distraido*).

No sé; siento
Una ansiedad, un tormento...

SALADA.

Me matas con tu desvío:
Mira, Adam, me miro en tí
Como en Dios: qué mal te oprime?
Por Dios, Adam, por Dios dime
Que tambien me amas así.

ADAM. (*Con frialdad*).

Sí, te amo.

SALADA. (*Con ternura*).

No es verdad?
Yo con locura: suspiras?
No respondes? no me miras?

(*Adam recorre con los dedos la mesa, y los ojos bajos profundamente pensativo; ella con zozobra le mira fijamente y los ojos húmedos de lágrimas. Sigue la danza*).

PRIMERA MANOLA. (*Con desgarro*).

Jalea de Navidad!
Quién me la compra?

SEGUNDA MANOLA.

(*Señalando á Adam y á la Salada*).

Qué par!
La romántica! ya llora:
Traigan agua á la señora
Porque se va á desmayar.

EL CURA. (*Canta*).

La mujer y las flores
Son parecidas;
Mucha gala á los ojos
Y al tacto espinas:
Y yo, que tengo
El corazon herido,
Nunca escarmiento.

(*Corro de guapos*). PRIMER GUAPO.

Con que es aquel?
(*Señalando á Adam con el gesto*).

SEGUNDO GUAPO.

Aquel es.

TERCER GUAPO.

Un trago, que pase el miedo.

SEGUNDO GUAPO.

Señor Matorrales, quedo,
Que es muy hombre.

TERCER GUAPO.

Por los piés?

SEGUNDO GUAPO.

Y por las manos.

PRIMER GUAPO.

Amigo,
Dice el refran que su silla
Pierde el que se va á Sevilla.

SEGUNDO GUAPO.

Y es natural.

TERCER GUAPO.

Pues yo digo
Que la cortaré la cara. (*Manolos bailando*).

PRIMER MANOLO.

Coja usté tierra, salero.

SEGUNDA MANOLA.

Estoy por decir no quiero.

EL CURA. (*Mirando de reojo á los majos*).

Buena danza se prepara.
(*Canta*). Tienes una boquirris
Tan chiquitirris,
Yo me la comeriba
Con tomatirris.

EL CHICO. (*Canta*).

Y en tus ojillos,
Ay! se me baila el alma
Que me derrito.

PRIMER GUAPO.

No te ha conocido?

TERCER GUAPO.

No:
Está ella muy distraida.

SEGUNDO GUAPO.

Quien bien quiso tarde olvida.

TERCER GUAPO.

Pues ella pronto olvidó.

TABERNERO.

Una azumbre se me debe.

TERCER GUAPO.

Eche Vd. otra, que quiero
Que el mozo aquel tan salero
Y aquella niña lo pruebe.

ADAM. (*A la Salada*).

Me ahogo! siento un deseo
Salada, no sé de qué:
Un afan...

SALADA.

Yo si lo sé;
No me quieres: bien lo veo.

ADAM.

Vistes aquel pez dorado
Que en tu casa, en un fanal,
Breve lago de cristal,
Da vueltas aprisionado,
Y en la ventana al sol mira
Tejiendo en torno colores,
Y en las macetas las flores
Donde la brisa suspira;
Y ya escucha su rumor
Que le encanta, y le suspende

Ya la llama que se enciendo,
Ya la beldad de la flor;
Y en su cárcel cristalina
Nada con mas ligereza
Por gozar de la belleza
Que los ojos le fascina?
Pues así yo, dueño mio,
La tierra, la luz, el cielo,
Disfrutar con loco anhelo,
Y sin saber cómo, ansío.

SALADA.

Mira, si tú, vida mia,
Me amaras como yo á ti,
Todo eso hallaras en mí
Y tu ansiedad calmaria.
Yo, que tu amor solo anhelo,
Para templar mis enojos
Busco mi luz en tus ojos,
Hallo en tu frente mi cielo:
Y estando á tu lado, Adam,
Ni ese sol ni el cielo veo:
Que eres todo mi deseo
Y eres tú todo mi afan.
Decir ternuras ignoro,
Ruda y salvaje nací,
No sé qué pasa por mí,
Ni tampoco por qué lloro.
Fuego en mi amargo dolor,
Fuego de Dios en mi estrella,
Que no me formó mas bella
Para aumentarte tu amor.
Mal haya, mal haya amen
Cuando te vi; y quién te viera
Que al mirarte no aprendiera
Al momento á querer bien?

ADAM.

Ves tú cuando tornasola
Los cielos la luz del dia,
Y huye la noche sombría,
Y en tintas mil arrebola
La aurora el blanco celajo,
Y cantan á la alborada
Las aves en la enramada,
Luciendo el vario plumaje?
Mas placer, mas luz, mas vida,
Mas amor vierte á torrentes
Ese estrépito de gentes
Que en multitud confundida
Ayer vi cuando á tu lado,
Con tanto afan, tanto gozo,
Tanta gala y alborozo,
Bajaban tantos al Prado.
Adornos tan relucientes,
Ricos trajes y colores,
Coches, caballos, primores,
Y gustos tan diferentes;
Y el lujo y la gentileza
De aquellos tan altaneros
Que llamas tú caballeros
Y damas de la nobleza;
Cómo pueden no admirar
Al que siquiera los mire?
Quién habrá que no suspire
Por su grandeza igualar?

SALADA.

Quién mejor que tú entre ellos?
Por el mejor de mas brio,
No trocara yo, Adam mio,
Un rizo de tus cabellos.

ADAM.

Ó estoy loco, vive Dios,
Ó no me entiendes, Salada.

TERCER GUAPO.

(*Se acerca al primero con el jarro de vino*).
Vé y dales la cambiada,
Y brinda tú por los dos.
(*Quedan en observacion en el rincon opuesto los dos guapos*).

PRIMER GUAPO. (*A Adam y á Salada*).

Dios bendiga lo que cria
Bueno, y lo estoy yo mirando.

LA SALADA. (*Con desgarro*).

Vaya un don necio.

PRIMER GUAPO.

Estimando,
Mi alma, mas cortesía.
Mocito, un sorbo siquiera. (*A Adam*).
(*Adam sin mirarle continúa distraido*).

SIGUE EL PRIMER GUAPO.

Y Vd., niña?

SALADA.

Me hace mal
La espuma.

PRIMER GUAPO. (*Acercándose al oido de ella*).
Viva la sal;
Está el gachó de quimera?

SALADA.

Sabe Vd. los mandamientos?
Pues el quinto no moler.

PRIMER GUAPO.

Se me olvidan sin querer
A veces.

GUAPO TERCERO.

(*Al segundo en acecho desde el rincon opuesto*).
Bebo los vientos
De pura cólera.

SEGUNDO GUAPO.

El majo
De monos sin duda está.

PRIMERA MANOLA. (*Corro de baile*).

Un soponcio, que me dá!

PRIMER MANOLO.

Viva ese desparpajo!

EL CURA. (*Canta*).

Nunca mató á los hombres
La pena negra.
Desventuras y males
Y penas vengan:
Ay! las mujeres
A los hombres mejores
Les dan la muerte!

PRIMER GUAPO.

Mocito, Vd. ha perdido (*A Adam*).
El habla?

SALADA.

Vaya un moscon.

ADAM.

No gasto conversacion.

PRIMER GUAPO.

Se da Vd. por ofendido?
Pues lo siento.

ADAM. (*Con calma*).

Se acabó.

SALADA.

Lo quiere Vd. claro?

PRIMER GUAPO.

Sí.

SALADA.

Que está Vd. demás aquí.

PRIMER GUAPO.

(*Se rasca con sorna y meneos truanescos*).

No entiendo indirectas yo.

TERCER GUAPO. (*Al segundo*).

El demonio me retienta,
Compañero. (*Continúan en acecho*).

SEGUNDO GUAPO.

Crie Vd. pecho.

PRIMER GUAPO.

Tengo una sangre!

SEGUNDO GUAPO.

El despecho.

PRIMER GUAPO.

Y la indina que lo aumenta.

(*Corro de baile*).

PRIMERA MANOLA.

Pae cura, usté se enronquece.

SEGUNDA MANOLA.

Hija, dale un caramelo.

EL CURA.

De verte á tí me amartelo,
Pichona.



SEGUNDA MANOLA.

Me lo parece.

EL CURA. (*Canta*).

Arrecógete y brinca,
Meneate y salta,
Porque tanto meneo
Me lleva el alma.

EL CHICO. (*Canta*).

Jesus qué liga!
Y es lo bueno que nunca
Miente la pinta.

SALADA.

Con que nó?

PRIMER GUAPO.

Pues por supuesto.

(*Adam se levanta y lo coge con fuerza del brazo*).

ADAM.

Buen amigo, basta ya.

(*Le separa sujetándole sin trabajo y vuelve á sentarse*).

PRIMER GUAPO. (*Echa mano á la navaja*).

Un demonio bastará,
Que el brazo me ha descompuesto.

TERCER GUAPO.

(*Al segundo, echándose ya en medio*).

Compañero, me perdí.

SEGUNDO GUAPO. (*Siguiéndole*).

Ya se armó.

TERCER GUAPO.

(*Desembozándose y presentándose á la Salada*).

Mala carcoma,
Dí, me conoces? pues toma.

(*Le tira una navajada á la cara que no le dá*).

SALADA.

Esas se dan siempre así.

(*Le entra el cuchillo junto al corazon*).

TERCER GUAPO.

La uncion! favor! me han herido!

TABERNERO.

En mi casa!

EL CURA.

Las lió.

(*Tira la guitarra y sale á escape*).

(*Huyen todos precipitadamente; coge á Adam la Salada del brazo, y salen juntos por la puerta de la trastienda*).

ADAM.

Qué has hecho tú?

SALADA.

Qué sé yo?
Corre pronto.

TABERNERO.

Me han perdido.

(*Gente, justicia que acude, etc*).

FIN DEL CUADRO.

Tú el espíritu, amor, tú eres la vida
De la mujer que en tu ilusion se ceba,
Y halla en tí solo su ansiedad cumplida
La que tu dardo penetrante prueba:
El viento en remolinos sacudida
Acá y allá inconstante el alma lleva
Del hombre, y pasajero devaneo
Eres no mas de su primer deseo.

Inmenso mar que brinda al navegante
Con mansas olas y sereno viento,
Y una playa riquísima y distante
Que ilumina á su gusto el pensamiento.
Y una luz que se pierde rutilante,
Y brilla con inquieto movimiento,
Glorias, tesoros, la esperanza ofrece
A su ambicion que su delirio acrece.

Cuánto en la juventud la vida es bella!
Con músicas regala nuestro oido,
Los ojos guia reluciente estrella,
Brinda la flor aromas al sentido:
Lánzase el hombre con ardor tras ella,
Como al dejar el águila su nido
Buscando al sol, y con seguro vuelo
Volando á hallarle en el remoto cielo.

Quién parará su rápida carrera?
Quien pondrá coto á su afanar ardiente?
Corre campo á buscar, como la fiera
Que se lanza en el circo de repente;
Arrebata tal vez en su primera
Locura al que se opuso indiferente;
Lo abandona despues: Ay! desdichada
La mujer que se oponga á su pasada!

Flor que arrebata de su tallo el viento,
La roba enamorado y se la lleva,
Bésala y acaríciala violento
Con nuevo ardor y con locura nueva:
Bebe su aroma de su olor sediento,
Y las hojas la arranca; en ella ceba
Su amoroso furor, y al fin la arroja
Cuando marchita y sin olor le enoja.

Y sigue, y allá vá, y allá se lanza,
Y allá acomete, la region buscando,
Que la imaginacion apena alcanza
A pintarse, su vuelo remontando:
Y él allá vá, y ardiente se abalanza,
Cayendo, y despeñado, y tropezando,
A merced de su propia fantasía,
Tras la engañosa estrella que le guia.

CUADRO II.

ESCENA PRIMERA.

HABITACION DE LA SALADA,

ADAM Y LA SALADA.

SALADA. (*Acariciándole*).
Gachon mio, dí, no das
Un beso á tu pobre amante?

ADAM.

Por qué has herido á aquel hombre?

SALADA.

Por qué? porque yo á mi padre
Le he oido decir, que aquel gana
El pleito que pega antes.

ADAM.

No sé por qué no me gusta
Ver esas manos con sangre:
Son tan lindas! llevar flores
Mejor que un puñal les cae.

ADAM.

Bien puede ser; y si quieres,
Tan solo por agradarte,
Nunca cogeré un cuchillo,
Y aun dejaré que me maten.

(*Con gachonería*).

ADAM.

Que hermosa es! (*La da un beso*).

(*La Salada juega con sus rizos*).

SALADA.

Cómo en ondas
Los negros rizos le caen!
Quisiera tener millones
De almas para adorarte,
Y en cada cabello tuyo
Enredar una. No sabes
Cómo te amo, Adam mio,
Y en esos ojos que arden,
Quisiera ser mariposa
Para en su luz abrasarme.
Echate, Adam, en mi falda:
Así, estás bien? cuál te late
El corazon! no es verdad
Que es solo mio? Ah! dáme
Otro beso; mas qué tienes?
No me escuchas?

ADAM. (*Entre sí*).

Por qué nacen
Pobres como yo los unos,
Y nacen los otros grandes?

SALADA.

Qué murmuras?

ADAM.

Tú que has visto
Esos ricos tan galanes,
Que en poderosos caballos
Con jaeces tan brillantes
Galopan, ó reclinados
En magníficos carruajes
Parecen que se desdeñan
En su soberbia insultante
De mirar á los que cruzan
A pié, como yo, las calles;
Tú, en fin, que el mundo, aunque en vano,
Quisiste ayer esplicarme,
Mundo que en mil confusiones
Mas me enreda á cada instante,
Dime, esas damas tan bellas
Con esos garbos y trajes,
Viven así? dime, hablan
Como nosotros? qué hacen?

SALADA. (*Con gesto desabrido*).

Dueño mio, somos hijas
Toditas de un mismo padre,
Y la mejor es tan buena
Como yo, y gracias!

ADAM.

Me hablaste
De eso de un padre comun
Tambien ayer.

SALADA.

Son de carne
Y hueso como tú y yo:

ADAM.

Es inútil que me canse:
Ni yo te acierto á entender,
Ni tú aciertas á esplicarte.
Pero dime, cuáles son
Sus diversiones, sus bailes,
Su vida, sus alegrías,
Sus casas? Cómo se hace
Para juntarse con ellos,
Con ellos vivir, hablarles,
Y en lujo, poder y galas,
A su grandeza igualarse?

SALADA.

Te acuerdas, Adam, del pez
Dorado, que entre cristales
Jira admirando del Sol
Los rayos en que se parte,
Y oyendo el rumor del aura
Entre las flores suave,
Embebecido en su música
Ansia quebrantar su cárcel,
Por gozar de la armonia
De luces, flores y aire?
Pues pobre pez, si cumpliera
Su voluntad, que al hallarse
En otro ajeno elemento
Del elemento en que nace,
Céfiros, luces y flores
Le dieran muerte al instante.
Sueños son esos, Adam,
Los que tu mente distraen.
Aire que anhelas coger,
Porque los sueños son aire:
Entre esas gentes altivas,
Quien mas de nosotros vale
No alcanza sino desprecios
En premio de su donaire:
Nuestros enemigos son,
Y el modo de ser iguales,
Es en la misma moneda
En que nos pagan pagarles.
Y piensa... pero no quiero
Pensar en ello, ni caben
Pensamientos de otro amor
En tu corazon de ángel;
Pero... Si acaso esas damas...
(*Con ira celosa*).
Las de las blondas y encajes...
Tal vez... Si tú en tu delirio
De mí olvidado... No sabes,
Adam, de lo que es capaz
Una mujer por vengarse;
Pero no, no: no es verdad:
Tu amor es mio: Adam, dame
Mil besos, uno tan solo
Que mis inquietudes calme.

ADAM.

Puede ser: pero por qué
Riquezas que son palpables,
Galas que miran mis ojos,
No han de estár nunca á mi alcance?
Tanta ansiedad me fatiga,
Mil pensamientos combaten
Dentro de mí, pasan, huyen...
Un beso, mi bien.
(*Le besa la Salada con amor*).
Regale
Tu boca mi corazon:
Y entre tus brazos descanse
De tanto afan. (*Se duerme*).

(*La Salada le contempla dormido con ternura intima, y le hace aire con un abanico, mientras le guarda el sueño. Besa de cuando en cuando la frente hermosa y serena de Adam, y le separa los rizos que el aire suele traer á vagar sobre ella*).

SALADA.

Se ha dormido.
Qué hermoso es! Qué suaves
Sobre sus cerrados ojos
Las negras pestañas caen!
Cómo respira! No hay flores
Que tan rico olor exhalen
Como para mí su boca:
Cómo en su frente se esparce
Tanta belleza reunida
A tan varonil y grave
Magestad! Qué diferente
De los otros hombres! Nadie
Más feliz que yo!... Amor mio!
Ah! Déjame que te ame
Toda mi vida, y me muera,
Mi bien, así contemplándote!
Pero por qué esta zozobra
Con que el corazon me late?
Por qué de súbito siento
Ira y locura, y matarle
A veces cuando le miro,
Quisiera, y luego matarme
A mí tambien! Porque sea
Mio solo? Quién robarme
Mi dicha y su amor intenta?
Él es mio, no ama á nadie
Ni puede amar sino á mí:
A mí sola, á mí; y quién sabe
Si siempre así me amará?
Oh! el corazon se me parte
De solo dudarlo! Entonces...

Triste la que me arrebate
Su corazon! Oh! morir
Solo me queda en tal trance!
Matarle y morir, y luego
Idolatrar su cadaver!
Y qué mujer de mis brazos
Será capaz de robarte,
Adam mio? (*Con ternura*).
Como suda!

(*Le enjuga la frente con un pañuelo blanco*).

Oh! sean mis manos cárcel
De ese corazon que es mio;
Que no me lo robe nadie.

(*Le pone ambas manos sobre el pecho, como para aprisionarle el corazon*).

Oh! deshojad sobre su frente flores
Del noble mozo en su primer mañana;
Guardad su sueño, amores;
Mimad conmigo su beldad temprana!
Dejadme en mi alegría
Cuidar yo sola de la flor que es mia.

ADAM. (*Despierta*).

Qué calor! dónde estoy?

SALADA.

Aquí, bien mio.
No me ves? á mi lado.



ADAM.

Oh! si, soñaba;
Pero un sueño tan dulce, un desvarío
Tan alegre, que el alma me robaba.

SALADA.

No hay sueño alguno por feliz que sea
Que yo no cambie por mirar tus ojos,
Y tu el sueño al dejar que te recrea,
Viéndome al despertar sientes enojos.
(*Reconviniéndole dulcemente*).

ADAM.

Era un sueño..... Sabrás, hermosa mia,
Que era una tarde en el florido abril,
Cuando viste del campo la alegría,
Hojas al bosque, flores al jardin:

Vagaba solo yo por la ribera
Del Manzanares: lo que fué de tí
No sé, Salada mia, ni siquiera
Cómo yo solo me encontraba allí.

Cuando de pronto á la azulada cumbre
De un monte lejos me sentí volar,
Y un hilo suelto al aire en viva lumbre
Vi ante mis ojos fúlgido ondear:

Yo, asido al hilo, trepo á la montaña.
Oh! cuánto entonces á mis plantas vi!
Cuántos acentos y algazara estraña,
Alzarse alegre de repente oi!

Haciendo generosa gentileza
Cien caballeros rápidos pasar
Ágiles ví, domando la fiereza
De sus caballos que al galope van.

Y entre la luz de remolinos de oro
Que deslumbran los ojos como el sol,
Mujeres, de beldad rico tesoro,
Brindando glorias y vertiendo amor:

Y danzas, juegos, y algazara y vida,
Magnífico tropel y movimiento,
Riqueza abandonada y esparcida
Cuanta puede crear el pensamiento.

Y yo tambien con ellos me juntaba,
Y con oro y con trajes de colores
Ya cual aquella gente me adornaba,
Y era tambien señor entre señores.

Y tambien mis caballos á mi brio.....

SALADA.

Y ni un recuerdo para mí entretanto!
Ni un recuerdo guardabas, Adam mio,
A esta pobre mujer que te ama tanto!

ADAM.

Y en un caballo con la crin tendida,
La cola suelta vagarosa al viento,
Y la abierta nariz de fuego henchida,
En alas iba yo de mi contento.

Y zanjas, montes, valles y espesuras;
Y ramblas, y torrentes traspasaba,
Y otros montes despues, y otras llanuras,
Y nunca fin á mi carrera hallaba.

Y siguiendo á mi loca fantasía,
Ginete alborozado en mi bridon,
Latiendo de entusiasmo y de alegria
Mi anhelo redoblaba su furor:

Mi frente sudorosa palpitando
Azotaba mi rostro el huracan;
Mis ojos fuego en su inquietud lanzando,
Campo adelante devorando van:

Oh! que placer! En medio al torbellino,
Oir el trueno rebramar y el viento,
Siguiendo en polvoroso remolino
El ímpetu veloz del pensamiento:

Y en incesante vértigo y locura,
Desvanecida en confusion la mente,
Cuanto el deseo y la ilusion figura
Arrojarse á alcanzarlo de repente!

Oh! yo entendia voces y cantares,
Y ví mujeres ante mi volar,
Y atrás quedaban gentes á millares,
Y encontraba otras gentes mas allá.

Oh! si me amas, si tu amor es cierto,
Llévame al punto donde yo soñé:
Un caballo! un caballo! campo abierto!
Y déjame frenético correr.

Viento que en torno de mi frente brame,
Rayos que sienta sobre mí tronar,
Triunfos y glorias y riquezas dame
Que derramen mis manos sin cesar.

SALADA.

Oh! Adam! Adam! Tu corazon no es mio!
Oh! Tu ambicioso corazon delira;
Ay! que me lo robó tu desvarío,
Y por solo mi amor ya no suspira!

Pobre mujer, que puedo yo ofrecerte,
Ni qué te puedo en mi desdicha dar?
Ten compasion de mí; dame la muerte:
Oh! no me dejes sin tu amor llorar.

Ah! dime, dónde, dónde yo podria
Hallar esas venturas para ti?
Dónde? mas, ah! que la desdicha mia
En mi impotencia me arrojó á morir!

Jamás, jamás, Adam, nunca hasta ahora
Mi bajeza en el mundo he conocido;
Mi corazon, que desgarrado llora,
Tan amargo dolor nunca ha sentido!

Oh! qué me da mi condicion villana?
Despreciable mujer, juguete vil,
Arrojada en el mundo una mañana
Cuando la luz entre miserias ví!

Cuando entre bosques que el viajante ignora
Mi madre moribunda me parió,
Nacida al mundo en maldecida hora,
Fruto podrido, hija de un ladron!

Sabes, Adam, lo que le guarda el mundo
A la que nace como yo naci?
En una cárcel un rincon inmundo,
Y un hospital quizá donde morir:

Una belleza, infame mercancía,
Que una pobre mujer por oro trueca,
Y gozando en su propia villanía
Un corazon que el infortunio seca.

Y en pecado y vergüenza concebida,
Y en la frente el escándalo, marchar
A abrirse campo en su azarosa vida
Con lucha eterna é incesante afan.

Miserable de mí! yo habia vivido
Contenta con mi orgullo en mi bajeza!
Tú no lo sabes; pero tu has herido
Un alma, en fin, que á comprenderse empieza:

Tu, Adam mio, sin querer has hecho
Pedazos mi amargado corazon,
Perdida ya la que guardó mi pecho
Ilusion dulce de un dichoso amor.

Oh! ven acá, te estreche en mis brazos;
Déjame en mi dolor llorar así:
Fueran, Adam, eternos estos lazos,
Y yo llorara en mi afliccion feliz!

Déjame que te bese con locura,
Déjame que te apriete al corazon!
No sé que voz secreta en mi amargura,
Adam, me dice, que á perderte voy.

Perderte! y para siempre! y yo, que nada
Quiero ya, sino á tí, voy á perderte?
Dejame asi morir, asi abrazada,
Muriendo yo bendeciré mi muerte!

Mira, Adam mio, alma de mi vida,

Yo no soy mas que una infeliz mujer,
Pobre en el mundo, una mujer perdida,
Con solo desventuras que ofrecer.

No tengo nada; pero te amo tanto!
Tengo un tesoro para tí de amor!
Oh! no me dejes, muévate mi llanto,
Muévate mi afligido corazon.

Oh! no me dejes! y pues ansias oro
Y dichas que no alcanzo á darte yo,
El mundo te prodigue su tesoro,
Y yo, tu esclava, te daré mi amor.

Yo sufriré en silencio tus desvíos,
Yo, tu criada, partiré tu pan,
Y una mirada de esos ojos mios
Hará mi dicha, premiará mi afan.

Ah! no me dejes nunca!

ADAM.

Yo dejarte?
Y para qué, y por qué? Tú, mi querida!
Ni cómo, aunque quisiera abandonarte,
Juntos tú y yo lanzados en la vida?

Tu desdicha en tus quejas adivino:
Y habrá de ser eterno tu dolor?
Qué poderosa mano á ese destino
Para siempre, Salada, te amarró!

Oh! en esas tierras donde yo soñaba,
Allí, dó todo es glorias y placer,
Allí, dó nunca de gozar se acaba,
Ven, mi Salada, ven y te amaré.

Un caballo, un camino, y á ese cielo
Yo escalaré; yo siento dentro en mí
Fuerza bastante en mi ambicioso anhelo
Para cambiar, quién sabe! el porvenir.

SALADA.

(*Dejándose arrebatar del entusiasmo de Adam*).

Juntos! juntos los dos! Oh! sí, marchemos,
Rompamos del destino las cadenas;
El mundo no es Madrid; juntos volemos
A otras gentes hallar y otras escenas.

Qué, á donde quiera llevaré en mi frente
Grabado el sello de vergüenza? No:
Que en otras tierras y entre nueva gente
Ennoblecida brillaré en tu amor.

Huyamos, sí, de la laguna impura
Donde entre cieno sin tu amor viví;
Huyamos á esas tierras de ventura
Que á entrambos nos ofrece el porvenir.

Gracias! gracias! amor, bendito seas,
Que mi bajeza me revelas tú;
Huyamos luego, Adam, donde deseas,
A otro país que alumbrará otra luz!

ESCENA SEGUNDA.

Dichos y el CURA.

(Poco despues hasta seis hombres de malas cataduras y modales rústicos).

EL CURA, (*Frotándose las manos*).

Albricias! No hemos salido
De mala! Por la tetilla
Derecha le entró, y si acierta
A entrarle mas una línea,
Pax Cristi.

ADAM. (*Aparte á la Salada*).

No se por qué
Me irrita solo la vista
De ese sapo.

SALADA.

Adam, huyamos:
Y yo contenta vivia! (*Aparte*).

EL CURA. (*Con tono truhanesco*).

Vive Dios, señor Adam,
Que tiene usted una niña
Que da la vida á un cristiano,
Lo mismo que se la quita:
Tan buena para un barrido
Como un fregado: que vivan
Esos ojuelos que matan.
Princesa, y esas manitas!

ADAM. (*Con impaciencia*).

Ea! basta, qué quereis?

EL CURA.

Si incomoda mi visita,
Me iré: mas ya me hago cargo,
La gente se divertia
Como Dios manda: solitos.
El demonio me maldiga!
Mas siento yo interrumpir.....
Pero..... vamos..... yo creia.....
Que para todo habia tiempo....
Luego, como corre prisa
Nuestro negocio, y los otros
Van á acudir á la cita.....
Y segun me han dicho, Vd.
Es tambien de la partida.....
Yo, por eso..... La señora,
Que me conoce hace dias,
Sabe muy bien que no soy
Yo mosca nunca; en mi vida
La he estorbado para nada.....
Cada cual allá se avía,
Y á vivir. Qué, no es verdad,
Señora Salada?

SALADA. (*Aparte*).

Grima
Me dá de oirle.

EL CURA.

Lo otro
No es cosa que á Vd. le aflija:
El ya habrá muerto á estas horas,
Y la señora justicia,
Como no sabe quien fué
Quien le apagó, ni en su vida
Sabrá tampoco á quien tiene
Que acudir, queda *per istam*:
Aquí no hay nada que hacer
Sino apandarse unos dias,
Y aguardar, que Dios mejore
Sus horas. Tiberio viva,
Y el pan á dos cuartos, prenda!

(*Acercándose al oido con instancia y picardigüela*).

Vamos, una preguntilla:
Qué le ha dado usté al mocito
Que está que parece quina?

SALADA. (*Con desabrimiento*).

Oiga Vd. padre curiana.

A un ladito, que me tizna.
(Entran los seis).

PRIMERO.

La paz de Dios, caballeros.
(Van entrando: unos se sientan, otros se quedan de pié, algunos sacan tabaco).

EL CURA.

Ya está la gente reunida.
(Dá un silvido, y se asoma á una reja, adonde acude un chico con quien habla).
Pupas, ya sabes la seña,
Corre á tu puesto y avisa

SEGUNDO.

Con que es la cosa esta noche?

TERCERO.

(Al primero señalando á Adam).
Es este el mocito, Chispas,
Que recomendó su padre?

PRIMERO.

Pues; el mesmo.

CUARTO.

A Saladilla
El diablo le ha vuelto el juicio.

TERCERO.

Padre cura, qué noticias
Tiene?

EL CURA.

Muchas y muy buenas.

PRIMERO.

Pues desembuche.

QUINTO. *(Señalando á Adam).*

La pinta
Es de un elefante en leche.
Mocito, hay ánimo?

ADAM.

Y diga,



Para qué me ha de faltar?

SESTO.

Como es la primer cabrita
Que desuella.....

ADAN.

La primera
Vez que he pensado en mí vida,
Pensé alcanzar con la mano
Donde alcanzaba la vista.

PRIMERO.

Bien dicho.
(El padre Cura entretanto ha estado hablando á los otros).

CUARTO.

Y en eso está?

EL CURA.

Luego que quedó Chiripas
En abrir por la cochera
Y darnos entrada arriba,
Dije para mi capote:
Recemos la letanía,
Y entonemos un *Te Deum*,
Porque la ocasion la pintan
Calva; y para sosegar
Mi conciencia, dije á un quidam
Que en la taberna de enfrente
Estaba, que hiciese esquina
Sin quitar ojo á la casa,
Y pagara por Chiripas
Cuanto bebiese, que yo
Esta noche volvería
Con mi guitarra y mi acólito
A echar cuatro seguidillas
Y alegrar el barrio.

TERCERO.

Y oiga;
Entra en el ajo Chiripas?

EL CURA.

Él, como es natural,
No quiero que nunca digan
Que fué capaz de vender
Ni hacer una alevosia
A la que le dá su pan;

Eso no, bueno es Chiripas....
No digo yo á su ama, á nadie
Hará una mala partida.

PRIMERO.

Y hace bien.

EL CURA.

Pero es distinto
Que en estando ya dormida
La gente, que entreis vosotros
Y le ateis, y luego os sirva,
Llevándoos, sin hacer ruido
Ni ver á nadie, á la misma
Alcoba donde su ama,
Que no espera la visita,
Dormirá: y asi ha quedado
En que la cosa se haria,
Para no tener que ver
Despues él con la justicia,
Cumplir como buen criado
Y hombre de bien. Yo en la esquina
Mientras, haré la desecha,
Y allí con mi guitarrilla,
(*Hace gestos de jaleador*).
Y cuatro coplas, y alza
Qne te se vé hasta la liga,
Y toma y vuelve por otra,
Tendré la gente reunida
De la calle: por si acaso
Cacarea la gallina
Que no se oiga, y que en paz
Vosotros hagais la limpia.

TERCERO.

Y habrá fango?

EL CURA.

Hasta los codos:
Es la condesa de Alcira
Viuda con muchos millones,
Y alhajas, y piedras finas,
Y mas condados, y rentas,
Y tierras que el mapa pinta,

PRIMERO.

Moneda acuñada, padre,
Y deje de baratijas.

SEGUNDO, (*refregándose las manos*).

Y es buena moza?

TERCERO.

Me gusta
La pregunta! Que sea rica
Y haya donde entrar la mano,
Y mas que tenga comida
La cara de lamparones.

ADAM. (*Con interés*).

Y es de esas damas que habitan
Palacios?

CURA.

Uno tan grande,
Que en entrando no se atina
A salir: pero no hay miedo,
Que para eso está Chiripas,
El lacayo incorruptible
Y fiel, que hallara salida
Al laberinto de Creta.

(*Se vá haciendo de noche. La Salada entra con un belon encendido*).

ADAM.

Tendrá coches?

EL CURA.

Y berlinas,
Y cabriolés, y oro y plata
Mas que producen las Indias

PRIMERO.

El chibato! De oirlo solo
Los ojos se le encandilan.

LA SALADA. (*Aparte*).
(*Con los ojos llenos de lágrimas*).

Pobre de mí!

PRIMERO.

Chica, lloras?

SEGUNDO.

Por qué llora Vd., mi vida?

ADAM. (*Sin reparar en ella*).

Vamos pronto, vean mis ojos
Cuanto vió la fantasía;
Toquen mis manos en fin
Los sueños de mi codicia.

TERCERO.

Buen pollo; que á este le pongan
Donde haya.

PRIMERO.

Bien se esplica.

SEGUNDO. (*A la Salada*).

Pero por qué llora Vd?

PRIMERO.

Cosas de mujeres.

QUINTO.

Niña,
Le duele á Vd. algo.

LA SALADA.

El alma
Y el corazon; Adam, mira,
(*Se adelanta con energía á Adam*).
Ves estas lágrimas? Son
Las primeras que en mi vida
Me ha hecho derramar un hombre;
No hagas tu que mi desdicha
Se trueque en rabia, y se cambie,
Adam, mi ternura en ira:
No quiero, no, tú no irás,
Porque yo no quiero.

EL CURA.

Chispas!
Que mala yerba ha pisado
La mocita!

SALADA.

Tu imaginas
Que esa mujer es hermosa:
Pensabas que yo querria,
Que lo imagino tambien,
Dejarte ir? Ah! tu olvidas
Que yo te amo, y te finjes
Ilusiones y alegrías
En otra parte, sin mí,
Con otra mujer? La hija
Del ladron cambiar presumes
Con desprecio por la altiva
Condesa, por la señora
Que arrastra coche? Deliras.
Sí, tu te has dicho á ti mismo:
Es una mujer perdida;
La que ha nacido en el fango
Que llore en el fango y viva:
Tú has olvidado mi amor,
Mi delirio, mis caricias...
Ingrato! que sin tu amor,
(*Con ternura y saltándosele las lágrimas*).
Sin tí detesto la vida:
Que no tengo mas que á ti,

Que te amo: Oh! de rodillas
Yo te lo ruego, Adam mio;
No vayas; te lo suplica
Tu pobre Salada, no...
Perdona, Adam, alma mia,
No vayas, no; el corazon
Me dá que alguna desdicha
Nos va á suceder... No vayas.
No harás lo que yo te pida?

ADAM.

No ir? Salada, no ir yo
Cuando fortuna me brinda,
Y en realidades mis sueños,
En verdad mi fantasia
Trueca? Quién? Yo, yo no ir?
Yo no ir?... Tú desvarías.

PRIMERO.

Pero ven acá; tu quieres
Que tu galan sea un gallina?

SALADA.

Tú á qué has de ir? Si supieras,
Adam mio, cuán indigna
Hazaña van á emprender
Estos hombres! Ah! tú huirias
De ellos. Tu corazon
Noble, dí, no te avisa
De la bajeza del hecho?

EL CURA.

Vaya una rara salida!
El demonio predicándonos
Un sermon de moralista.

ADAM.

Mira, Salada, no sé
Si la accion que se medita
Es buena ó mala, ni entiendo
Que es mal ni bien todavía,
Y allá voy: cualquiera sea
El hecho, dicha ó desdicha
Nos traiga, yo he de seguir
La inspiracion que me anima:
Acaso he nacido yo
Para vivir en contínua
Agitacion? No podré
Seguir á mi fantasía
Jamás? No, Salada, no:
Glorias y triunfos me pinta
Mi deseo: la fortuna
A mi anhelo campo brinda
Donde cumplirlo: yo quiero
Ver, palpar cuanto imagina
Mi mente; de una ojeada
Ver todo el mundo que gira
A mi alredor: allí luego
Tú vendrás, donde yo elija
Un sitio para los dos.
Oh! si me amaras, tú misma
Me llevarias. — Y quién
Habrá jamás que me impida
Volar donde yo desée?
Fuera injusto! y romperian
Mis manos, sí, las cadenas
Que aprisionaran mis iras.

PRIMERO.

Bien dicho.

LA SALADA. (*Con mimo*).

Dime, Adam mio,
Me amas? Por qué te irritas?
Oh! no te enojes conmigo:
Dame un beso, una caricia:
Ya que te empeñas en ir.....
Otro beso: no podrias
Ir otra vez, dueño mio?
Dejarlo para otro dia?
Las horas se me hacen siglos
Sin tí, todo me fastidia:
Yo, que pensaba esta noche
Pasarla en tu compañía
Tan feliz, y acariciarte
Tanto! no hay mayor desdicha,
Tú ya lo sabes, Adam,
Que una esperanza fallida.
Si te vas, qué haré? Llorar.
Otro beso: no hay delicia,
Igual: los dos aquí solos,
Entre amores y caricias
Corriendo las horas: yo,
Te contaré mis fatigas,
Mi amor cuando estabas preso;
A tí no te cansa oirlas!
No es verdad, mi bien? Ah! dame
Otro beso.....

ADAM. (*Conmovido*).

Vida mia!
No llores, no, yo te amo.....
Yo haré lo que tú me pidas.

TERCERO.

Eso es, ya está hecho un mandria.

SEGUNDO.

Y lo que sabe la indina!....

EL CURA.

Señores, aquí se quede
El que quiera, que maldita
La falta que nadie hace.
Nuestra condesa de Alcira
(*Con intencion á Adam*).
Nos aguarda con sus coches,
Su palacio y joyerías:
Nosotros vamos allá,
Con que, amigo, hasta la vista.
(*Dándole á Adam en el hombro.*)

SALADA.

Maldita sea tu lengua
Que me arrebata mi dicha!

ADAN.

Oh! es verdad! y yo olvidaba.....

SALADA. (*Arrojándose en sus brazos*).

Adam mio!

ADAM. (*Con aspereza*).

Mujer, quita.

(*Se arranca de ella: la Salada cae desplomada de dolor en una silla. Salen los bandidos, y Adam el primero*).

FIN DEL CUADRO.

CANTO VI.

Era noche de danza y de verbena,
Cuando alegra las calle el gentío,
Y en grupos mil estrepitosos suena
Música alegre y sordo vocerío.

Sonó pausada en el reloj la una;
La paz reinaba en el sereno azul;
Bañaba en tanto la dormida luna
Las altas casas con su blanca luz.

Y en un palacio, alcázar opulento
De soberbia fachada, en un balcon
Penetraba su rayo macilento
Entreabierto el cristal por el calor.

Lámparas de oro, espejos venecianos,
Áureos sofás de blanco terciopelo,
Sillas de nácar y marfil indianos,
Los pabellones del color del cielo.

Caprichos raros de la industria humana,
Relieves y elegantes colgaduras,
Jarrones de alabastro y porcelana,
Magníficas estátuas y pinturas,

Ornan confusas la soberbia estancia
Que allá se pierde en mágica crujía,
Salones tras salones, y á distancia
Se abre de mármol ancha gradería.

Y allá á un jardin, mansion encantadora,
De las fadas conduce, y mil olores
Esparce en los salones voladora
La brisa que los roba de las flores.

Quién la deidad, el ídolo dichoso
De aquel templo magnífico será?
Templo soberbio, alcázar grandioso
Que con oro amasó la vanidad!

Bella como la luz de la serena
Tarde que á la ilusion de amor convida,
El alma acaso de amarguras llena,
Hermosa en el verano de la vida,

Una mujer dormida sobre un lecho
Riquísimo allí está, los brazos fuera,
Palpítale desnudo el blanco pecho,
Vaga suelta su negra cabellera;

La almohada á un lado, la cabeza hermosa
En un escorzo lánguido caida,
Turbios ensueños á su frente ansiosa
Vuelan tal vez desde su alma herida.

Una velada lámpara destella
Su tibia luz en rayos adormidos,
En desórden brillando en torno de ella
Mil lujosos adornos esparcidos.

Aquí un vestido de francesa blonda,
La piocha allí de espléndidos brillantes,
La diadema de piedras de Golconda,
Sobre el sofá los aromados guantes:

De flores ya marchita la guirlanda,
Allí sortijas de oro y pedrería,
Arrojada en la alfombra rica banda
Bordada de vistosa argentería...

Bandas, sortijas, trajes, guantes, flores,
No os quejeis sí os arroja con desden:
El placer, la esperanza y los amores
Ella arrojó del corazon tambien!

Ay! que los años de la edad primera
Pasaron luego y la ilusion voló,
Y al partirse dejó la primavera
Al sol de julio que agostó la flor.

Y al alma solo le quedó un deseo,
Y un sueño le quedó á su fantasía,
Loco afan y engañoso devaneo
Que en vano en este mundo hallar porfía:

Y el corazon que palpitaba ufano
Henchido de esperanza y de ventura,
Donde placer halló, lo busca en vano,
Perdida para siempre su frescura:

Y en vano en lechos de plumon mullidos
En rica estancia de dorado techo
Se reclinan sus miembros adormidos
Mientras despierto le palpita el pecho:

Y en él inquieto el corazon se agita,
Y un tropel de deseos y memorias
Su mente á trastornar se precipita
Volando ansioso tras mentidas glorias:

Y en vano busca con avaro empeño
Paz para el corazon en sus rigores;
Sus ojos cerrará píadoso el sueño;
Pero no el corazon á sus dolores.

Despierta, cuenta con mortal hastío
Las horas en su espléndida mansion,
Lánzase al mundo y con afan sombrío
Huye otra vez de su enojoso ardor:

Todo le cansa, en su delirio inventa
Cuanto el capricho forja á su placer;
Y ya cumplido, su fastidio aumenta
Y arroja hoy lo que anhelaba ayer.

Oh! que no hay artífice en el mundo
Que sepa fabricar un corazon,
Ni sabio hay ni químico profundo
Que encuentre medicina á su dolor!

Los trajes, bandas y aromosas flores,
Aquellos oros por allí esparcidos,
Extranjeros riquísimos primores
A que eligiese á su placer traidos,

Viólos apenas y arrojólos luego
Acá y allá lanzados con desden;
Que hasta su alma y el sentido ciego
Todo le cansa cuanto en torno vé:

Y duerme ahora, y su entre abierta boca
Donde entre rosas se entrevé el marfil,
Respira del afan que la sofoca
Fuego que el corazon lanza al latir:

Sus labios mueve, y en su hermosa frente
Rasgos inquietos cruzánse en monton;
Cual detrás de la nube trasparente
Sus rayos lanza moribundo el sol;

Y acaso entre una lánguida sonrisa
Resbalar una lágrima se vé,
Cual suele al movimiento de la brisa
Diáfana gota por la flor correr.

Por qué esa angustia y respirar violento?
Por qué soñando con dolor suspira?
Tan hermosa y con tanto sentimiento!
Ay! Por qué al corazon lástima inspira?

Un hombre en tanto de feroz semblante,
De repugnante y rústico ademan,
Y en la diestra un puñal, con vigilante
Faz cuidadosa y temeroso andar,

Súbito entró en la estancia, y silencioso
A la dormida dama se acercó,
Contemplóla un momento receloso,
Y por sus pasos á salir volvió.

«Duerme como un liron,» — dijo en voz baja
A otros que afuera y en aguardo estan,
Y añadió, mientras cierra su navaja: —
«Manos, pues, á la obra y despachar.»



Y con destreza y silencioso tino
Abren y descerrajan á porfía.
Alegre el corazon del buen destino
Que sus intentos favorece y guia:

Y aquí amontonan, y acullá recogen,
Rompen allí y arrojan con desden,
Y aquí los unos con cuidado escogen,
Despedazan los otros cuanto ven;

Y con ansia brutal oro buscando
Con insaciables ojos la codicia,
Riquezas y tesoros anhelando,
Riquezas y tesoros desperdicia.

Estremécese el alma al menor ruido
De temeroso sobresalto llena;
Páranse un punto, aplican el oido,
Y vuelven otra vez á su faena.

Y en medio á su azaroso y mudo empeño
Rompe el silencio súbito rumor,
Y vuelven todos con airado ceño
Los ojos con afan donde sonó;

Y lleno de infantil sandia alegria
Miran á Adam que escucha embelesado
La estrepitosa súbita armonía
Que oculta en un reloj de pronto ha hallado.

De gozo el alma y de esperanzas llena
Y ávido de sorpresa el corazon,
Indiferente actor de aquella escena
Registra todo con pueril candor:

Y aquí contempla y palpa los colores
De rico pabellon de oro bordado;
Allí admira los nítidos primores
Del limpio nácar y el marfil labrado:

Mas allá en la pared le maravilla
Aparecida mágica figura,
En cuyos ojos animados brilla
Cándida luz de celestial dulzura:

Formas aéreas que copió en el cielo
La mente de Murillo y Rafael,
Vírgen divina, celestial consuelo
Que trasladó á la tierra su pincel.

Y un caballero vió que le miraba,
Que vivo allí lo trasladó Vandik,
Que altivo y con desden le contemplaba,
De noble aspecto y ademan gentil,

Y el tierno amor que el rostro de hermosura
De la Vírgen purísima le inspira,
Trocó luego en orgullo la bravura
Del caballero aquel que adusto mira.

Intrépidos en él clavó sus ojos
Brillantes de belleza y juventud,
Y provocar queriendo sus enojos
Llegóse á él y le acercó la luz.

Tocóle en fin, é imaginóse luego
Que sombra nada mas la imágen era;
Y al irse despechado y con despego
Lanzó al retrato una mirada fiera.

Y volviendo la espalda vió arrogante
Un mancebo galan que hacia él venia,
De negros ojos y gentil semblante
Que al suyo reparó se parecia;

Y sonrióse, y vió con gusto estraño
Su figura airosísima allí dentro,
Que tan terso cristal de aquel tamaño
Nunca hasta entonces la copió en su centro.

Y alegre el corazon miróse al punto
De sí agradado, y reparó en su traje,
Y volviendo al retrato cejijunto
Luego lo comparó con su ropaje;

Y aparecióle que mejor cayera
Aquel vestido en él que el que tenia,
Y mejor que su daga considera
Aquella larga espada que ceñia.

Y una ninfa despues blanca y desnuda
Al aire vé que suelta se desprende,
Gentil guirnalda que su salto ayuda
En sus manos purísimas suspende:

Suavísima figura y hechicera
En escogido mármol de Carrara,
Que al aire desprendida va ligera,
El juicio pasma y los sentidos para.

Todo lo mira Adam, todo lo toca,
Todo lo corre con prolijo afan,
Y allá en los sueños de su mente loca
Ser gran señor imaginando está:

Y carrozas, y triunfos, y contentos,
Raudos caballos de indomables brios,
Y raros y magníficos portentos
Brindan á su ansiedad sus desvaríos.

Y esto deja entre tanto, aquello toma,
Destapa un pomo de dorada china,
Viértese encima su fragante aroma,
Allá á otro objeto su atencion inclina;

Toca y enciende un rico pebetero,
Báñase en ámbar súbito la estancia;
Y en un sillon sentándose frontero
Gózase en su dulcísima fragancia.

Mas allá relumbrante joyería
Sobre una mesa derramada está,
Y se prende una flor de pedrería;
Luego al espejo á contemplarse va:

Niño inocente que encantado vaga
En medio al crímen que acompaña ciego,
Que cuanto en torno vé todo le halaga
Y á todo codicioso acude luego:

Que de la cárcel á los dulces lazos
Pasó encantado en su primer amor,
Y la bella Salada entre sus brazos
Enamorada de él le aprisionó:

Que luego el mundo apareció á sus ojos
Adornado de gala y de alegría,
Y su vista creó nuevos antojos,
Nuevos ensueños que gozar ansía:

Y libre allí cual caprichoso niño,
Que alegre corre y libre se figura,
Si burló acaso el maternal cariño
Y por campo y ciudad va á la ventura;

Así la dulce libertad sentida
Adam huyó de su infeliz manola;
Y allí en su gozo embebecido olvida
La que le llora enamorada y sola:

Y así mirando y revolviendo todo,
Párase ante un magnífico reló,
Y de gozarlo imaginando modo
Toca, y la oculta música sonó.

Al impensado estrépito los ojos
Volvieron todos, y mirando á Adam
Saltaron á sus rostros los enojos,
Y aun alguno echó mano á su puñal:

—«Clávale ahí: maldita sea la hora
Que ese menguado con nosotros vino.»—
—«Por poco, señor Curro, se acalora»—
Repuso Adam mirando al asesino.

Y con sereno rostro y con desdeño
Señalando al puñal se sonrió,
Dobló el bandido á su sonrisa el ceño
Y colérico á herirle se arrojó.

Trabárase la lid, si un alarido,
Un agudo chillido penetrante,
Parando el movimiento al forajido.

—«Alto, dijo, volviéndose, hablar quedo,
Voy á tapar la boca á esa mujer:
Nadie se mueva, no hay que tener miedo,
Hacer el hato vivo y recoger.»

Favor, favor! con afanoso acento
Una mujer en su desórden bella,
Súbito en el salon falta de aliento
Y que en sus propios pasos se atropella,

Preséntase, y mirando á los bandidos,
Siente la voz helársele, y suspira,
Y piedad implorando entre gemidos
Los bellos ojos temerosos gira.

Ojos que vierten lágrimas y velan
Su clara luz realzando su ternura,
Mientras suspiros en sus labios vuelan
Con fatiga que aumenta su hermosura;

Y mientras caen los agitados rizos
Que la sofocan á su ansiosa faz,
Aumenta en su congoja sus hechizos
La blanca mano que á apartarlos va.

Y su voz, que se ahoga entre suspiros
Simpática enternece el corazon,
Ecos suaves, regalados tiros
Que al corazon de Adam lanza el amor:

Sintió piedad mirándola afligida,
Que era su hermoso rostro como el cielo,
Cuando si llueve en la estacion florida
Colora el sol el trasparente velo.

Qué ciegos ojos la beldad no encanta?
Qué duro corazon no vuelven blando
Los ojos lastimeros que levanta
Al cielo la mujer que está llorando?

Los ladrones allí y en torno de ella,
Los estúpidos rostros agitados,
Y ella postrada y en estremo bella
Los ojos y los brazos levantados,

—«Silencio, juro á Dios!—Con mano ruda
Dijo asiéndola un brazo el capataz:
Atale ese pañuelo, atrás lo anuda,
Y que hable para sí si quiere hablar.»

Díjole á otro, que á la dama hermosa
Un pañuelo doblando se acercó,
Mientras el capataz con su callosa
Mano la boca á la infeliz tapó.

Miraba Adam, miraba á la hermosura
De la gentil y dolorida dama:
Miraba luego á la cuadrilla impura
Que su belleza con su aliento infama.

Y cuando al bruto bandolero mira
Poner su mano rústica en su boca,
Arrebatado en generosa ira
Que á fiera lid su corazon provoca,

Tira de su cuchillo y se adelanta
Saltando en medio al círculo, y cogió
Del cuello al capataz con fuerza tanta
Que en el suelo de espaldas le arrojó:

Y en la diestra el puñal, la izquierda tiende
Describiendo una línea circular,
Y la turba, que al verle se sorprende,
Dos ó tres pasos échase hacia atrás.

Oh! ¡Cuán hermoso en su gallardo empeño
Palpitante la faz, vivos los ojos,
Vuelve el bizarro mozo, y cuál su ceño
Añade gentileza á á sus enojos!

Aquellos rizos que en sus hombros flotan
Tirada atrás la juvenil cabeza,
Las venas que en su frente se alborotan,
Su ademan de bravura y ligereza,

Y aquella dama que postrada llora,
Yerta á sus pies y la razon perdida,
Y que azorada y temerosa ahora
Yace temblando á su rodilla asida;

Y en torno de él las levantadas diestras
De sus contrarios del cuchillo armadas,
Con ademanes y feroces muestras
Su muerte á un tiempo amenazando airadas:

En medio aquel desórden y el despojo,
Cuán grande en ardimiento y gallardía
Muestran al mozo que en su noble arrojo
Un genio fabuloso parecia!

Alzase en tanto la navaja en mano,
Los labios comprimidos de la ira,
Como pisada víbora el villano
Que cayó al suelo y que rencor respira;

Y él y los otros al mancebo saltan,
Salta el mancebo que los ve llegar,
Y antes que á él lleguen los que así le asaltan,
Logra la espalda en la pared guardar.

Quieto allí contra el ángulo resiste
Ojo avizor el ímpetu primero,
Y á veces salta y en la turba embiste
Con presto brinco y con puñal certero.

Y en silencio que solo algun rugido
Sordo rompe ó mascada maldicion,
Sigue la lucha, y al mancebo ardido
La vil canalla acosa en derredor.

Como trahilla de feroces perros
Sobre el cerdoso javalí, que espera
Con diente avaro y encrespados cerros
Se arrojan á cebar su saña fiera;

Y aquí y allá con ávida porfía
Le acosan, y el colérico animal
En cada horrible dentella envia
La muerte al enemigo mas audaz.

Así, pero no así, sino mas fieros,
Con mayor furia y sin igual rencor,
Acometen á Adam los bandoleros;
Crece la lucha y crece su furor;

Y cual ligero corzo que parece,
Saltando zanjas, que en el aire va,
Salta si un golpe á su intencion se ofrece,
Y vuelve á la pared cuanto lo da:

Y entre ellos luchando, en medio de ellos
Revuélvese y barájase y desliza
Su cuerpo, y fatigados los resuellos
Pueden apenas sostener la liza,

Y aquí derriba al uno, al otro hiere,
Y como *terne* diestro se repara,
Y á todos á uso de la cárcel quiere
Marcarles las heridas en la cara;

Y unos turbados de manejo tanto,
Y otro caidos de vencida van,
Cuando los gritos á aumentar su espanto
Llegan de gentes que se acercan ya:

La justicia, dijeron: y el violento
Choque suspenden, corren al balcon,
Y Adam corre tambien, y huye al momento
Que la palabra de *justicia* oyó.

Fatal palabra! La primera ha sido
Que oyó en su vida pronunciar tal vez;
Hospedado en la cárcel la ha aprendido,
Y ni en sus sueños la olvidó despues.

Oyó justicia y olvidó á la hermosa
Dama que generoso defendió;
Riquezas, lujo, estancia suntuosa.
Y allá á la calle del balcon saltó.

Y sin pensar, sin calcular la altura

Unos tras otros á la calle van:
Ninguno allí del compañero cura,
Sálvase como puede cada cual;

Pero hubo alguno que en tamaño aprieto,
Mas práctico y sereno, haciendo un lio
De cuanto recoger pudo en secreto,
Sin curar las palabras tuyo y mio,

Saltó á la calle con sagaz donaire
Apretada su prenda al corazon:
Y desprendido se soltaba al aire
Cuando la gente en el salon entró.

Cuenta la historia que el audaz mancebo,
Como en Madrid tan nuevo,
Corrió dos ó tres calles sin destino,
Y huyendo acá y allá y á la ventura,
Solo se halló, y en una calle oscura
Al saltar del balcon perdido el tino.
Y luego se asegura,
Y mira alrededor si alguien le sigue,
Y tranquilo prosigue,
Mas sin saber á donde su camino,
Iba despacio andando.

Súbito hirió su oido
La bulla y bailoteo
De una cercana casa, y al ruido
Dirigió nuestro héroe su paseo.
Rumor de gente y música se oia
Y voces en confusa algaravía,
Y al estrépito alegre se juntaba
Choque gentil de vasos y botellas,
Y al son de la guitarra acompañaba
Alguno que cantaba,
Y con lascivos movimientos ellas.

Dió la vuelta á la esquina,
Y en la casa del baile y la jarana
Vió con sorpresa que á calmar no atina
De par en par abierta una ventana,
Y en una estancia solitaria y triste,
Entre dos hachas de amarilla cera,
Un fúnebre ataud, y en él tendida
Una jóven sin vida,
Que aun en la muerte interesante era,
Sobre su rostro del dolor la huella
Honda grabado habia
Doliente el alma al arrancarse de ella
En su congoja y última agonía.
Y allí cual rosa que pisó el villano,
Y de barro manchó su planta impura,
Marcada está la mano
Que la robó su aroma y su frescura.

Una mujer la vela,
Vieja la pobre, y llora dolorida
Junto el cadáver, y volverle anhela
Con besos á la vida:
Y ora llorando olvida
Hasta el estruendo y fiesta bulliciosa,
La lúgubre paz viene,
Y en darla dulces nombres cariñosa,
Y en besar á la muerte se entretiene.
Y á veces abren súbito la puerta
Que adentro lleva á donde suena danza,
Y sin respeto y de tropel se lanza
Un escuadron de mozos, que á la muerta
Con impureza toca contemplando
Búrlanse de la vieja, profanando,
Con torpes agudezas la sombría
Mísera imágen de la muerte fria.

Y ella es de ver, la vieja codiciosa
En medio de su amarga
Y sincera afliccion, cuál la rugosa
Mano al dinero alarga,
Y á los mozos impíos
Les llama entre sollozos *hijos mios*,
Y de llorar ya rojos
Enjuga en tanto sus hinchados ojos.
Y entre suspiros mil echa su cuenta,
Y luego se lamenta
De nuevo, y á su mísero quebranto
Volviendo la infeliz, vuelve á su llanto.

Y en tanto alegre suena
En la cercana sala el vocerío,
La danza, el canto y bacanal faena,
Regocijo, guitarra y desvarío.
Miraba Adam escena tan estraña
Con piadoso interés desde la reja,
Y á la cuitada vieja,
Que en agradar sus huéspedes se amaña,
Á par que en llanto de amargura baña
El cadáver aquel, que parecia
Que con toda su alma lo queria.
Y el baile y la alegría
De la cercana estancia le admiraba,
Y el bullicioso y placentero ruido
Que confuso llegaba
Á mezclarse á deshora á su gemido,

Y de saber y averiguar curioso
El caso doloroso
Que unos celebran tanto,
Y aquella mujer llora
Con tan amargo llanto,
Llamó luego á la puerta, y desfadada
Una moza le abrió toda escotada,
El traje descompuesto,
Con desgarrado modo y deshonesto.

Y entró en un cuarto donde vió á una mesa
Entre la niebla espesa
De humo de cigarros medio envueltos,
Seis hombres asentados
Con otras tantas mozas acoplados
En liviana postura,
Que beben y alborotan á porfía;
Y aquel el vaso apura,
Y el otro canta, y en inmunda orgía,
Con loco desatino
Al aire arrojan vasos y botellas,
Ellos gritando y en desórden ellas,
Y con semblantes que acalora el vino.
Y aquel perdido el tino
Tiéndese allí en el suelo;
Y este bailando con la moza á vuelo
A las vueltas que traen
Tropezando en su cuerpo de repente,
Ella y él juntamente
Sobre él riendo á carcajadas caen.
Bebe tranquilo aquel; disputan otros;
Brincan aquellos como ardientes potros
Que roto el freno por los campos botan,
Y mientras todos juntos alborotan,
Alguno con el juicio ya perdido
Murmura en un rincon medio dormido.

Solícita una moza al forastero
Llegóse, y preguntóle qué queria,
Llamándole buen mozo lo primero,
—«Quisiera yo, alma mia,
Adam le respondió, si se me deja,
Ver á esa pobre vieja
Que está en ese aposento
Velando á la difunta.»—Ay, es su hija!
A las seis se murió: buen sentimiento
Nos ha dado la pobre: era una rosa:
Todas nosotras la queríamos tanto!

Dios la tenga consigo: tan hermosa,
Y ahora muerta! Vea Vd., Pobre Lucía!
Razon tiene en llorar doña María.
Entre Vd. por aquí.—Y abrió una puerta,
Y hallóse Adam con la afligida madre,
Y el cadáver miró, y á hablar no acierta.

Reina siempre enredor del cuerpo muerto
Una tan honda soledad y olvido,
Tan inmensa horfandad, allí tendido
Desamparado ya del trato humano,
Sin voluntad, sin voz, sin movimiento,
Que en vano el pensamiento
Presume ahondar tan misterioso arcano,
Y recogido su ambicioso giro
Pliégase al corazon que ahoga un suspiro.

Miraba Adam, miraba los despojos
De aquella un tiempo que animó la vida,
Sobre el cadáver los inmobles ojos,
Y el alma con angustia y dolorida:
Y turbia y embebida
La mente, contemplándola allí atento,
Embargó sus sentidos
Un mudo inesplicable sentimiento
En el vacío del no ser perdidos.

Y olvidó donde estaba,
Parado y aturdido el pensamiento,
Y miraba y callaba
Sin hacer ademan ni movimiento,
Mas que de cuando en cuando suspiraba.

Rompió el silencio la angustiada vieja
Con lastimada voz, y entre quebrantos
Que encuentra eco á su doliente queja
Y halla un consuelo entre pesares tantos,
Viendo al mancebo aquel desconocido
Lloroso como ella y dolorido,

—«Véala Vd., señor, cuando cumplía
Apenas quince años!... Hija mia!»
—«Buena mujer, repuso con ternura
Volviendo Adam en sí de su letargo,
Cómo en tanta tristura,
En tanto duelo y sentimiento amargo,
Permitís ese estrépito á deshora,
Y danza y bulla tanta,
Mientras dolor tan íntimo quebranta
Vuestro llagado corazon que llora?

—Ay, respondió la vieja desolada,
Vivo de eso, señor; no tienen nada
Que hacer esos señores
Conmigo y mis dolores!
Vivan ellos allá con sus placères,
Y mientras besan el ardiente seno
De esas locas mujeres,
Yo, con el corazon de angustias lleno,
Beso aquí solitaria en mi agonía
La boca de mi hija muda y fria.
Hija mia, hija mia!
Ah! para el mundo demasiado buena!
Dios te llevó consigo:
Mas es dura mi pena,
Y cruel, aunque justo, mi castigo.

Dijo: y rompió con tan amargo llanto,
Que la voz le robó su sentimiento,
Y en su mortal quebranto,
Convertido en sollozo su lamento,
El llanto que hilo á hilo le caia
Por sus mejillas pálidas corria.

—«Yo, buena madre, ignoro,
Nuevo en el mundo aun, lo que es la muerte,
Adam le respondió; pero quién pudo
Arrebatar ·añudo
La que fué vuestro encanto, de esa suerte?
Será imposible ya darla la vida?
La antorcha ahora encendida,
Si la apaga mi soplo de repente,
Juntando la otra luz, resplandeciente
Torna al punto á alumbrar: y aquella llama
Que en la existencia de esa niña ardia
No hay otra luz que renovarla pueda?
Acaso inmóvil para siempre y fria
Con el aliento de la muerte queda?
Vos sois pobre tal vez... Ah! Con dinero
Quizá se compre; débil y afligida,
Los muchos años vuestro ardor primero
Gastaron, y el elixir de la vida
Se halla lejos de aquí... Decidme dónde;
Decidme dó se esconde,
Y yo allá volaré; sí, yo un tesoro
Robaré al mundo y compraré la vida,
Y la apagada luz, luego encendida
Vereis brillar, y enjugaré ese lloro,
Volviendo al mundo la que os fue querida.
Dónde, decidme, encontraré yo fuego
Que haga á esos ojos recobrar su ardor,
Dónde las aguas cuyo fértil riego
Levante fresca la marchita flor?

Dijo así Adam con entusiasmo tanto,
Con tan profunda fé, con tanto celo,
Que la vieja, á pesar de su quebranto,
Alzó á él los ojos con curioso anhelo.

—«Pobre mozo! delira!
Si comprar esa vida se pudiera,
Esta vieja infeliz que yerta miras,
Por un hora siquiera,
Por un solo momento
De ver abrir los ojos celestiales,
Y otra vez escuchar el dulce acento
De la hija querida de su alma,
Qué puedes figurarte que no haria?
Qué crímen, qué castigo
Por recobrarla yo no arrostraria,
Y otra vez verla palpitar conmigo?
Sabes tú que una hija es un pedazo
De las entrañas mismas de su madre?
Por un beso no mas, por un abrazo,
Y morirme despues, el mundo entero
Pidiendo una limosna correria,
Y con los piés desnudos y mi llanto
Piedras enterneciera en mi quebranto,
Y al mundo mi dolor lastimaria.
Oh! que del alma mia
Pobre Lucía, te arrancó la muerte,
Y el corazon contigo de mi pecho
Arrancó de esa suerte,
A tantos males y aflicciones hecho!
Hora fatal, maldita
Por siempre la hora aquella
Que el hombre aquel te contempló tan bella!!!
El Señor me la dió y él me la quita!
Cómo ha de ser!!!—Y el corazon partido,
Secos los ojos exhaló un gemido.

En remolinos mil su pensamiento
Vagando Adam por su cabeza siente,
Que no acierta á esplicarse el sentimiento
Que á par que el corazon turba su mente.
—El Señor me la dió y él me la quita!
Repite luego en su delirio insano,
Y penetrar tan insondable arcano
Su mente embarga y su ansiedad irrita.

El Dios, ese que habita
Omnipotente en la region del cielo,
Quién es, que inunda á veces de alegría,
Y otras veces cruel con mano impía
Llena de angustia y de dolor el suelo?
Nombrar le oye dó quiera,

Y á todas horas el mortal le invoca,
Ora con ruego ó queja lastimera,
Ora tambien con maldiciente boca.

Tal devanaba Adam su pensamiento
Que en vano ansioso comprender desea,
Y en medio al rudo afan que le marea,
Los hombros encogió: dudas sin cuento
De su ignorancia y su candor nacidas,
No del alma lloradas y sentidas,
Sueños de su confuso entendimiento,
Su mente asaltan, y por vez primera
Adam súbito siente,
Volar queriendo, sin saber adonde,
Del corazon ardiente
La perpetua ansiedad que en él se esconde.

—Cómo en vuestro dolor, dijo inocente
Madre infeliz, la cana cabellera
Tendida al aire, y los quemados ojos
Con muestra lastimera
Y bañados de lágrimas, de hinojos
No os postrais ante Dios? Ah! si él os viera,
Desdichada, á sus pies, cual yo á los mios,
Y los ojos de lágrimas dos rios,
Y ese del corazon hondo lamento
De amarga y melancólica querella
Oyera, y el profundo sentimiento
Que en esa seca faz marcó su huella
Y en vuestro corazon fijó su asiento,
Contemplara cual yo: por qué á la rosa
Que súbito secó ráfaga impura
No renovara su color hermosa,
Y volviera su aroma y su frescura?
Desdichada mujer, oh! Ven conmigo;
Juntos lloremos á sus pies tus penas;
El nos dará su bondadoso abrigo;
A la fuente volemos
Eterno manantial de eterna vida,
Y la rica simiente allí escondida
Juntos recogeremos.
Seca, buena mujer, tu inútil llanto,
Vuélvate la esperanza tu energía,
Y el cuadro de tu mísero quebranto,
Soledad y agonía
Muestra á ese Dios, y con humilde ruego
Que no será, confia,
Sordo á tus quejas, ni á tu llanto ciego.

La vieja en tanto levantó los ojos
Al techo, y murmuró luego entre dientes,
Quizá sordas palabras maldicientes,
O quizá una oracion, que el mas sufrido
Suele echar en olvido
A veces la paciencia, y darse al diablo,
Y usar por desahogo
Refunfuñando como perro dogo
De algun blasfemador rudo vocablo;
Mas todo se compone
Con un Dios me perdone,
Que así mil veces yo salí del paso,
Si falto de paciencia juré acaso:
Y cierto, vive Dios, si no jurara
Que el diablo me llevara,
Que cuando ahoga el pecho un sentimiento
Y el ánimo se achica, porque crezca,
Y el corazon se ensanche y se engrandezca
No hay suspiro mejor que un juramento,
Y aun es mejor remedio
Para librar el tedio,
Mezclarlo con humildes oraciones,
Como al son blando de acordada lira
La voz de melancólicas canciones
Confundida suspira;
Y así tambien se dobla la esperanza,
Que á donde falta Dios el diablo alcanza;
Yo á cada cual en su costumbre dejo,
Que á nadie doy consejo;
Y así como el placer y la tristeza
Mezclados vagan por el ancho mundo,
Y en su cauce profundo
A un tiempo arrastran flores y maleza,
Así suelen tambien mezclarse á veces
Maldiciones y preces,
Y yo tan solo lo que observo cuento,
Y á fé no es culpa mia
Que la gente sea impía
Y mezcle á una oracion un juramento.
Testigo aquella vieja
De la antigua conseja
Que á San Miguel dos velas le ponia,
Y dos al diablo que á sus pies estaba,
Por si el uno fallaba,
Que remediase el otro sú agonía.

Mas juro, vive Dios, que estoy cansado
Ya de seguir á un pensamiento atado,
Y referir mi historia de seguida,
Sin darme á mis queridas digresiones,
Y sabias reflexiones
Verter de cuando en cuando; y estoy harto
De tanta gravedad, lisura y tino
Con que mi historia ensarto.
Oh, como cansa el órden! No hay locura
Igual á la del lógico severo:
Y aquí renegar quiero
De la literatura,
Y de aquellos que buscan proporciones
En la humana figura,
Y miden á compas sus perfecciones.

La música no oís y la armonía
Del mundo, donde el apacible ruido
Del viento entre los árboles y flores
Se oye la voz del agua y melodía,
Y del grillo y las ranas el chirrido,
Y al dulce ruiseñor cantando amores
Y las de mil colores
Nubes blancas y azules y de oro,
Que el cielo á trechos pintan:
La blanca luna, el estrellado coro
No veis, y negras sombras á lo lejos
Y entre luz y tinieblas confundidos
El horizonte terminar perdidos
Negros velos y espléndidos reflejos?
Y la noche y la aurora...
Pues entonces... Mas basta, que yo ahora
Del rezo ó juramento
Que allá entre dientes pronunció la vieja
Así como el que deja
Senda escabrosa que acabó su aliento,
Al llegar á este punto me prevalgo
Y de este canto y de su historia salgo.

FIN.

BIBLIOTECA ILUSTRADA DE GASPAR Y ROIG.

EL BERNARDO.

POEMA HEROICO

DEL

DOCTOR D. BERNARDO DE BALBUENA.



MADRID.
IMPRENTA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES,
calle del Príncipe núm. 4.

1852.

NOTICIAS DEL AUTOR.

El doctor don Bernardo de Balbuena nació en la villa de Valdepeñas, provincia de la Mancha, año de 1568, de Gregorio de Villanueva y Luisa de Balbuena, hijosdalgo en aquel pueblo. Se ignora donde empezó su carrera escolástica, y quienes fueron sus primeros maestros; pero se sabe que era todavía muy jóven cuando pasó á Nueva-España, y que acabó y perfeccionó sus estudios siendo individuo de uno de los colegios de Méjico. Allí se hizo distinguir muy pronto por su aplicacion y su saber, y por el talento que tenia para la poesía, llevándose ordinariamente los premios en las justas poéticas, que se celebraban con frecuencia. Por los años de 1608 vino á España, se graduó de doctor de teologia en Sigüenza, y obtuvo la abadía mayor de la iglesia de Jamaica, de donde fue promovido á la silla episcopal de Puerto-Rico en 1620. En esta isla falleció siete años despues, á los cincuenta y nueve de su edad, y sus huesos fueron sepultados en la capilla de San Bernardo, que él habia fundado en la catedral.

Las obras que de él se conocen, son las siguientes: 1.ª La *Grandeza Mejicana*, publicada en Méjico año de 1609, y se reduce á una descripcion en tercetos del poder, poblacion, riqueza, é industria de aquella capital. 2.ª *El Siglo de Oro*, novela pastoral en prosa y verso, donde insertó doce églogas imitando á Teócrito, Virgilio y Sanázaro, muy estimadas de los inteligentes; impresa en Madrid en 1608. *El Bernardo*, ó sea la victoria de Roncesvalles, poema heróico en veinte y cuatro libros, dado á luz en Madrid en 1624. Otras obras compuso segun parece, entre ellas *La Cristiada*, *La alteza de Laura*, un *Arte nuevo de Poesía* y una *Cosmografía universal*, que no se han impreso, y acaso se perdieron cuando los holandeses invadieron á Puerto-Rico, y robaron la librería de Balbuena. A esta circunstancia alude Lope de Vega en aquellos versos del *Laurel de Apolo*.

Tenias tú el cayado
De Puerto-Rico, cuando el fiero Enrique,
Holandés rebelado,
Robó tu librería,
Pero tu ingenio no, que no podia.

Estas son las noticias que escasamente han podido rastrearse de este poeta, consultando el archivo de la iglesia parroquial de Valdepeñas, la historia de Puerto-Rico, la biblioteca de don Nicolás Antonio, y tal cual especie que él apunta en su *Grandeza Mejicana*. Sus obras, siguiendo el mismo destino que las memorias de su vida, iban ya á perecer por la escasez de los ejemplares á que estaban reducidas. En tales circunstancias el editor ha creido hacer un servicio importante á nuestras letras reimprimiendo el poema, que es la principal produccion de Balbuena, y merece un lugar tan distinguido entre los apreciadores de las musas españolas. El desaliño repugnante de la edicion antigua sólo es comparable con el abandono inconcebible que se tuvo en su correccion. Balbuena á la sazon se hallaba en América, y los que se encargaron de publicar su obra en España correspondieron muy mal á su confianza. Además de las erratas groseras, fáciles de advertirse por cualquiera lector menos instruido, son innumerables las que destruyen el sentido hasta el punto de hacerle inintelegible, ó que vician torpemente la medida y cadencia de los versos. Nada se ha omitido en la edicion presente para corregir en lo posible estos lugares; y los que quieran cotejar algunas de sus páginas con otras de la primera, se convencerán al instante de la enorme diferencia que hay entre las dos, y del cuidado que el editor ha puesto, para que el *Bernardo* se vea impreso al fin de una manera correspondiente á su mérito, y digna del público, á cuya utilidad se dedica.

AL EXCELENTISIMO SEÑOR

D. FRANCISCO FERNANDEZ DE CASTRO,

CONDE DE LEMOS Y ANDRADE, MARQUÉS DE SARRIA, DUQUE DE TAURISANO ETC.

Este poema heróico del famoso *Bernardo del Carpio*, en que se describe la esclarecida descendencia de la excelentísima casa de Castro, ha mas de catorce años que se le dedicó su autor en esa córte al gran Mecenas de todas las buenas letras y habilidades de España, el excelentísimo don Pedro Fernandez de Castro, que está en el cielo, hermano de V. E.; y despues que la suya, con la agradable benignidad de su nobilísima condicion, no se desdeñó de honrar la obra pasando los ojos por ella, debajo de la aprobacion de su clarísimo ingenio se ganó privilegio para imprimirla, lo cual hasta ahora no se ha hecho, por las dificultades con que de ordinario caminan las cosas que van sobre diligencia de cuidados ajenos. Ahora su autor, que puede decir que ha salido de nuevo al mundo de las soledades de Jamaica, donde este tiempo estuvo como encantado, por refrescar el gusto en la memoria de haber hecho este pequeño servicio, á quien se debian los mayores de la tierra, la ha mandado poner en la estampa. Suplica á V. E., como á dignísimo sucesor, no solo de la nobilísima casa y estado, sino de las demás heróicas y soberanas virtudes, entendimiento, magnanimidad y gentileza de ánimo de su tan querido hermano, la favorezca con admitirla por suya, y dar licencia que ella y su autor gocen, debajo de la proteccion y amparo de un tan gran príncipe, la honra y acrecentamientos que desean, cuya excelentísima persona guarde nuestro Señor muy felices años etc.

El Doctor Don Bernardo de Balbuena.

PRÓLOGO.

Aunque sacar ahora á luz este libro, en alguna manera desdice de lo que en rigor toca á mi oficio y dignidad, y á la profesion de púlpito y estudios de teología, porque el tiempo, dueño de las acciones humanas, de tal manera altera y muda las cosas, que lo mismo que en uno era gala y bizarria, en otro suele heredar diferentes nombres; con todo eso, lo que en una ocasion fue virtud reconocerlo por tal, en otra no puede ser vicio: y así este poema, demás de haber sido los primeros trabajos de mi juventud, fábrica y compostura del calor y brio de aquella edad, que tiene por gala semejantes acometimientos y partos de imaginacion, todo él es sugeto heróico y grave, lleno de honestidad, modestia y pureza de lenguaje, y cual de necesidad se requeria para celebrar el real orígen y descendencia de la excelentísima casa de Castro, una de las mas calificadas de Europa.

Y aunque para el vulgo y generalidad del pueblo, que por la mayor parte lee estos libros, sin mas advertencia que á sola la armonía de los consonantes, ó al superficial deleite de la fábula, no habia que hacer este discurso, ni menos para los doctos, que versados en letras humanas, saben de todo fundamento lo que yo aquí puedo repetir; todavía quise servirles el plato con salsa, á los unos, que procuren seguir los preceptos de su arte, y á los otros, que si quisieren salir de su ordinario paso, y entrar al fondo de las cosas, hallen senda y camino por donde. Y así digo, que deseando yo en los principios de mis estudios, y por alivio de ellos, poner en ejecucion y práctica las reglas de humanidad, que en la poética y retórica nos acababan de leer (clase por donde todos en la niñez pasamos), y celebrar en un poema heróico las grandezas y antigüedades de mi patria en el sugeto de alguno de sus famosos héroes, cuyas admirables hazañas, asombrando con magestad el mundo, tambien con la de su fama pregonan el descuido de su nacion; me puse á buscar un asunto, que levantando con su espíritu el mio en la grandeza de sus partes, se llegase tanto á la perfeccion del arte, que siguiendo yo el que de esta facultad Aristóteles nos dejó en sus obras, esta mia saliese, sino con toda perfeccion, con los menos descuidos posibles.

Este fue el fundamento de acometer en aquella primera edad, con los brios de la juventud, y la leche de la retórica, á escribir este libro, que pudiera haber salido á dar cuenta de sí muchos años há, pues de diez que se le concedieron de privilegio, son ya pasados mas de los seis, y poco menos de veinte que se acabó, aunque no de perfeccionar, que esto es inacabable. Al fin sale ahora por gusto y consejo de personas que le tienen bueno, y le saben dar mejor en casos de mayor importancia, persuadido, que no por haber trocado el tiempo el estadó y profesion de las cosas, era justo se perdiesen aquellos primeros trabajos que para algo podrian ser buenos, supuesto que el dejarlos perder y olvidar para siempre, no era de provecho para nada, con que me convino ajustar á su voluntad la mia, y dar por la misma regla cuenta de las que fuí siguiendo en el discurso de esta obra.

Y sea la primera, que por cuanto las fábulas que se fundan en alguna breve historia, dice el Filósofo, que son las de mayor artificio y lustre, y las que de la centella de la verdad dan el rayo del deleite vestido de mas verisimilitud y hermosura, trabajé en hallar una, que sirviendo de fundamento á mi poema, en sí misma fuese breve, admirable, y de varon famoso, y tan llena de rastros de grandeza en la memoria de los hombres, que desde luego el tratar de ella la hiciese agradable y deleitosa.

Tal me pareció la de nuestro famoso español Bernardo del Carpio, breve en su discurso, como lo son casi todas las historias de aquel tiempo; admirable por la pomposa fama con que siempre sus hechos se han celebrado de memoria en memoria hasta la nuestra; de príncipe heróico, desdendiente de la real sangre de los godos, y por el consiguiente de la mayor nobleza de la tierra.

Y porque la accion en estas obras ha de ser una, y esa de la persona principal (que llaman épica) la mas famosa, escogí la mas célebre victoria de Roncesvalles, donde con la gente española el rey don Alonso el Casto su tio, por cuyo general iba, destruyó la potencia de Carlo Magno, que venia á dar sobre Asturias, venciendo por su persona y las de sus españoles, los tan celebrados paladines de Francia, y dando de su mano, con el último de sus golpes, muerte á Roldan, el principal de todos, en que se remata la accion y el libro, porque siendo aquella muerte la del hombre mas famoso que por aquellos siglos habia, pasar adelante en sus victorias, fuera descrecer en la grandeza y magestad de ellas.

Algunos del número primero, á quien en estos discursos respondo, me habrán ya en diversas ocasiones hecho cargo, que esta victoria de Roncesvalles, y muerte de los doce Pares, en ella se tiene comunmente por incierta y fabulosa, segun la apurada diligencia de los mas graves historiadores de España, que con ser en favor suyo, hay pocos que la admitan por verdadera; con que parece, que desde luego entra esta mi obra manca, pues toda su máquina se funda sobre cimiento dudoso, y aun por ventura de todo punto falso: pues los encantamentos de Orlando, las bravezas de Reinaldos, las traiciones de Galalon, las mágicas figuras y cercos de Malgesí, y las demás caballerías de los doce Pares, con su tan celebrado cronista y arzobispo Turpin, mas tienen de fabuloso que verdadero, no solo en las historias graves, mas aun en el juicio y estimacion de un moderado discurso.

Digo pues á toda esta objecion, que lo que yo aquí escribo es un poema heróico, el cual, segun doctrina de Aristóteles, ha de ser imitacion de accion humana en alguna persona grave, donde en la palabra *imitacion* se escluye la historia verdadera, que no es sugeto de poesía, que ha de ser toda pura imitacion, y parto feliz de la imaginativa. Donde de paso se verá cuan inadvertidamente hablan los que la principal calidad de sus obras en verso! hallan que es el no haberse desviado un punto de a verdad: como quiera que cuanto mas de esta tuvieren, tanto ellos tendrán menos de poetas, pues dice el mismo Filósofo, que si la historia de Heródoto se hiciese en verso, no por eso seria poesía, ni dejaria de ser historia como antes, que es la razon porque tampoco Lucano es contado entre los poetas, con haber escrito en verso. Porque la poesía ha de ser imitacion de verdad, pero no la misma verdad, escribiendo las cosas, no como sucedieron, que esa ya no seria imitacion, sino como pudieran suceder, dándoles toda la perfeccion que puede alcanzar la imaginacion del que las finge, que es lo que hace unos poetas mejores que otros; y así para mi obra no hace al caso que las tradiciones que en ella sigo sean ciertas ó fabulosas, que cuanto menos tuvieren de historia, y mas de invencion verisimil, tanto mas se habrá llegado á la perfeccion que le deseo.

La accion y fundamento del poema es este: el artificio de su ampliacion, es imitando las personas mas graves de la Iliada de Homero, porque la del rey Casto es la de Agamenon; la de Bernardo, la de Achiles, al cual la diosa Tetis dió á criar al centauro Chiron, como la hada Alcina dió á Bernardo al sabio Orontes; Ferraguto es Ayax Telamón; Galalon Ulises; Morgante Diomedes; Roldan Hector; y así de los demás.

Y porque á la magestad heróica, conforme á nuestra religion, hacen falta para lo verisimil las deidades y semideos, con que los antiguos hacian tan admirables y pomposos sus poemas; el Boyardo, y los que le han seguido, inventaron en su lugar las Hadas y encantamentos de los magos, que siendo potestades superiores, sirven de levantar la fábula, y hacerla en el deleite y alegoría mas vistosa y admirable. Yo en esto seguí lo que hallé inventado, por tratar de las mismas hazañas, y de los mismos héroes, que la comun tradicion nos da muertos á manos de nuestro Bernardo, y de sus españoles; y así este poema se puede llamar el cumplimiento, la última línea, y la clave, que de lleno en lleno cierra el artificio y máquina de sus fábulas, y aquellos portentos y asombros, que de los príncipes de aquel siglo con tanta admiracion ha celebrado lo mejor de Italia y Francia.

En la narracion de la fábula, de tal manera proseguí su discurso, que sin comenzarla por el principio, quedase en el fin patente y descubierta en todas sus partes: porque así como el mundo consta de dos géneros de cosas, unas naturales, y otras artificiales, así tambien hay dos modos de contar y hacer relacion de esas mismas cosas, uno natural, que es el histórico, y otro artificial, que es el poético: y así como seria defecto en el discurso natural, no comenzar las cosas con claridad desde sus principios, siguiéndolas ordenadamente hasta los fines, así lo seria en el artificial contarlas sin artificio, y como las cuenta el historiador; y así conviene, que la narracion poética no comience del principio de la accion que ha de seguir, sino del medio, para que así al contarla toda, se comience, se prosiga, y acabe artificiosamente, y traya con eso en su discurso aquel deleite quo el artificio con su novedad, y la novedad con su admiracion suelen causar, tanto mayor, cuanto mas ingenioso es, y mas sutiles y menos violentas invenciones descubre.

Sirve tambien este modo de contar las cosas con artificio, de engañar disimuladamente el receloso gusto del lector, que siempre con la prolijidad se cansa: el cual, comenzando su lectura por el medio de la fábula, caminando tras los deseos de saber su principio, al encontrarlo, se halla tan cerca del fin, que no le es molesto acabar lo que resta; y esta es la razon porque mi poema no se comenzó, como dice Horacio, por los huevos de Leda, esto es, del conocimiento de Bernardo, ni de su educacion y crianza, sino de los alborotos de la guerra de Francia, que ya le hallaron criado, y hecho hombre valeroso en el mundo, sin dejar por eso de contar su nacimiento y orígen, sus hazañas y descendencia, y cuanto de él, y de sus sucesores han escrito los historiadores mas graves de nuestra nacion hasta ochocientos años despues de su muerte, con lo mas florido de las antigüedades y nobleza de España, descripciones de lugares, montes, rios y fuentes, castillos y palacios suntuosos, con una casi universal geografía del mundo sembrada artificiosamente por él, y las costumbres mas notables de sus naciones, y aquellas que por haber dejado vistoso rastro de sí en las memorias de las gentes mas dignas juzgué de ser celebradas.

Y no solo este artificio se guardó en lo principal de la accion; mas aun en sus episodios, ó digresiones no hay fábula, que antes de mostrar su fin, no ponga

al lector en las manos los principios de otra, de no menor deleite y gusto, dejando siempre la primera en el mayor riesgo, y en lo mas apretado del nudo, y donde el deseo queda mas violentado, y el deleite mas empeñado en lo porvenir: artificio á mi parecer poderoso á llevar entretenido hasta el fin con el natural apetito de saber al gusto mas tibio y helado que en él entrare.

Para todo lo cual, y para mejor tejer las narraciones de un poema tan largo, sin cansar demasiado con ellas, procuré que la persona del autor hablase en él lo menos que fuese posible, con que tambien se pudo añadir á la fábula mas deleite: siéndole por esta via permitido el estenderse á cosas mas admirables, sin perder la verisimilitud; porque si la persona del poeta contara los monstruos de Creta, ó el orígen de la ciudad de Granada, careciera lo uno y lo otro de aparencia de verdad: mas referidos estos casos por tercera persona, queda con todo lo admirable, y el autor no fuera de lo verisimil. Porque sino lo es, que Gravinia se convirtiese en árbol, y Estordian en gusano de seda, eslo, y muy posible, que aquellos cuentos por entonces anduviesen en las bocas de los hombres de aquel mundo, y los unos los contasen á los otros debajo de aquella misma opinion que los oian: que si de la imitacion poética, la porcion mayor de su fin es el deleite, en ningun modo le podrá dañar el enriquecerla de ese tesoro por todos los caminos posibles.

Mas porque este con perfeccion no se consigue menos que moviendo las pasiones del ánimo, y estas con ninguna cosa se mueven tanto, como con la compasion y el miedo en los sucesos ajenos, que mientras mas lastimosos y tristes, mas poderosos son á mover los presentes; hice lo posible porque este poema en sus partes, y en su todo, fuese una apurada tragedia, y que así lo principal de su deleite le naciese de la compasion de tantas muertes lastimosas, sucesos trágicos, destrozos de gentes, truecos de reinos, y caidas de príncipes, como por él van sembrados, con que no solo se deleita el gusto, se mueve el ánimo, y sus pasiones; mas aun con su encubierta moralidad y alegoría le deja instruido en las virtudes y saboreado en ellas, dibujándole entre el deleite de la fábula, y sus colores retóricos, en la persona de Bernardo, que es la épica, un príncipe soberano, invencible, generoso, lleno de heróicas virtudes, de magnanimidad y fortaleza; en la del casto Alfonso, un rey prudente y católico; en la de Carlo Magno, un victorioso y potente monarca mal aconsejado: la atrevida libertad de un lisonjero en Galalon; un mancebo disoluto y libre en Ferraguto; un prolijo hablador en Galirtos; en Angélica una distraida cortesana, á quien ya el tiempo va marchitando los claveles de su rostro, y las flores de su juventud; en Garilo un astuto ladron; y en Arleta una sagaz ramera, y una hechicera supersticiosa: la gran fuerza del favor en la fuente de la hada Iberia; en el desgraciado Arnaldo, los embelecos y fábulas de un alquimista; la disoluta vida de un tirano en Bramante, y las desatinadas blasfemias de un soberbio en las de su hermano Morgante; y en lo principal de la accion, lo poco que hay que fiar en favores de fortuna y prosperidades de tiempo.

Mas porque tocar la moralidad, fuera dilatar demasiado este discurso, remito al lector que la quisiere al fin de cada libro, y de aquí al principio del primero, por donde desde luego entre haciendo anatomía, sino de la apurada observacion del arte, á lo menos de un cuidadoso é infatigable deseo de acertar con la vena del deleite, para dar con ella en la del su gusto.

Y porque el ser los versos de muchas dicciones y sinalefas, los hace llenos y sonoros, y el tener pocas, flojos y humildes, y dos asonantes juntos disminuyen la suavidad de las cadencias, y los consonantes en verbales humillan mucho el estilo, y le descaecen, se ha huido todo lo posible de estas dos cosas, procurando llenar los versos de manera, que en cinco mil octavas que tiene este poema, que son cuarenta mil versos, no se hallará uno que sea de solas tres dicciones, sino que el menos lleno tiene cuatro, y de ahí para arriba, de ocho y de nueve, de catorce y quince sílabas, y algunos de catorce dicciones, y diez y ocho sílabas, como el último de la octava primera de la página 97 del tomo II, que dice:

Que es bien, que es mal, que es fin, que es vida y muerte.



EL BERNARDO.

POEMA HEROICO

DEL

DOCTOR D. BERNARDO DE BALBUENA.

LIBRO PRIMERO.

ARGUMENTO. Describe este primer libro los estados de España y Francia, los alborotos de la guerra, el gran viaje de la Hada Alcina á los palacios de Morgana, la prision del conde de Saldaña, y de don Teudonio, el cual da cuenta al conde de su linaje, y antigua privanza con el rey Casto, y como el tirano Manuces se apoderó del reino de Leon, y por negociacion suya el emperador Carlo Magno envió con don Gayferos un gran socorro de gente, que Rodamonte desbarató en el camino, con la muerte de Rosia y su amante, y la hermosa arquitectura de los palacios de Morgana.

Cuéntame, ó Musa, tú, el varon que pudo
A la enemiga Francia echar por tierra,
Cuando de Roncesvalles el desnudo
Cerro gimió al gran peso de la guerra:
¡Tanto en Alcina hizo un dolor mudo!
¡Tanto el celoso ardor que su alma encierra!
¡Tanto la envidia obró, tanto la saña
De defender su invicta tierra España!
Allí donde de un grave desafío,
El trágico suceso lastimoso,
A los piés de un Leonés, el cuerpo frio
Del francés arrojó, mas orgulloso:
Tú de esta fuente caudaloso rio,
De su real sucesion fruto precioso,
Por quien la fama ya promete á Castro
Láminas de oro y bultos de alabastro:
Mientras que de Austria el sucesor divino,
Por honra á su diadema soberana,
A su diestra el asiento mas vecino,
Cual mereces en dártele se ufana;
Y el nuevo mundo de gozarte indigno
En voz te adora y en librea humana,
Y tu sangre heredada de mil reyes,
Honor le envia, y moderadas leyes;
Muestra aquí tu valor, que si allanares
Del Parnaso á mi voz las agrias cuestas,
Las alas que en mis hombros levantares,
Te dejaré en tu heróico templo puestas:
Estense Apolo y Baco en sus altares,
Este dando furor, y aquel respuestas,
Que tú que en magestad al mundo sobras,
Con tus grandezas honrarás mis obras.
Donde en el mar cantábrico se acaba
La rica Europa, y en su golfo helado,
Las fértiles arenas ciñe y lava
Al inculto español nunca domado;
Un pequeño rincon solo quedaba,
Que al bárbaro furor habia sobrado,
Y en él el casto Alfonso recogido,
De estrecho y breve término ceñido.
Aquí se conservaba antiguamente,
Como en el duro pedernal guardada,
La santa luz de una centella ardiente,
Jamás del infernal yelo apagada:
Aquella ilustre y belicosa gente
De la fortuna hija regalada,
Corona universal, cetro fecundo,
De honor á España, y de gobierno al mundo.
Y bien que entonces del furor de Marte
Viese arruinado su florido asiento,
Y del moriseo bárbaro estandarte,
De sombras lleno y de pavor el viento;
El que mas tuvo en sus despojos parte,
Menos seguro vió su vencimiento,
Que no trueca su tierra á gente estraña,
Menos que á sangre la invencible España.

No se vió en Colcos nunca vellocino
Bañando el aire con vislumbres de oro
Entre mas enemigos, cuando vino
La flor de Grecia á entrar en su tesoro;
Ni las manzanas del metal mas fino,
Que Atlante cria y beneficia el moro,
De mas Hércules fueron asaltadas,
Ni con mas sed ni mas calor buscadas,
Que el agradable reino y fértil tierra,
Que el Bétis riega, fue de gente estraña;
Que es hambre de oro la sangrienta guerra,
Hija cruel de la ambicion y saña:
Y los tesoros que en su seno encierra
Siempre inquietaron á la rica España,
Desangrando sus venas por mil modos,
Griegos, romanos, árabes y godos.
A todos dió la bárbara codicia
De sus metales loco atrevimiento
De violar con hidrópica avaricia
Los sacros bosques de su alegre asiento;
Hasta que al fin de Arabia la malicia,
Con soberbia crueldad, y horrible intento,
Mas de sangre sedienta, que de imperio,
Volvió el suyo en estrecho cautiverio.
Y aunque desde aquel dia lastimoso,
Que sobre el desgraciado Guadalete,
Cayendo el nombre ilustre y cetro honroso,
Donde en el mar de Cadiz se entremete,
De azares hizo el hado su reposo,
Y que de su grandeza se interprete,
El agorero rio, en quien hundido
Su invencible valor quedó en olvido;
La paz y magestad que antes gozaba
Vuelta guerra y comun desasosiego,
Cuanto en sus anchos términos sonaba
Era de un feroz Marte el voraz fuego:
La altiva frente desdeñosa y brava,
De ardiente rabia llena y furor ciego.
Viendo sembrado en su español distrito
Del mauro pueblo el número infinito.
Y bien que á un triste asalto y ronco estruendo
Vió siempre su primer sosiego asido,
Despues que entre peñascos revolviendo
Sobre el honor y crédito perdido;
Salió del cuello altivo sacudiendo
El yugo infame á que le habia rendido,
Sin gozar tiempo, término ni tierra,
De asaltos libre, y de ambicion de guerra.
Mas en la que al presente está alterada
A toda antigua competencia escede,
Sin que desde la cumbre mas nevada
Del Alpe helado al firme Atlante quede
Pueblo, gente, ó nacion tan olvidada,
Que en ella con su riesgo no se enrede,
Que este fue el ademan en que fortuna
Quiso de mil tragedias hacer una.
Ni cuando sobre aquella cueva altiva,
Alcazar real de la perdida España,
Del valiente Alcaman la furia esquiva
Cubrió de gente y tiendas la campaña;
Y á no le reservar persona viva,
Espigada de lanzas la montaña,
Un nuevo rey acometió escondido,
Que con mil hombres le dejó vencido.
Ni cuando á sus magnánimas conquistas
El Católico Alfonso abrió la mano,
Y con mas lanzas que Trinacria aristas
Pasó á Galicia ejército asturiano;
Y en varios lances, y en copiosas listas,
Gran número añadió al pueblo cristiano
De victoriosos triunfos, cuya gloria
Eterna da á los siglos su memoria.
Ni otro alboroto, brega, ni ruido,
De los que en aquel tiempo peligroso
El grave reino vieron consumido,
De asaltos lleno, y falto de reposo;
Ni con mayor estruendo y alarido
Sonó el arnés de Marte belicoso,
Que hoy sobre la cerviz y altiva frente
De la francesa y española gente.
¿Las causas de tan nuevas disensiones
Qué furia las sacó sobre la tierra?
¿Cuál dios de tan valientes escuadrones
La ira trazó de esta enconada guerra?
¿Nacieron de odio antiguo sus pasiones?
¿O del furor que la ambicion encierra?
¿O las cosas violentas cuesta arriba
Su misma pesadumbre las derriba?
¿Por dónde abriré senda á los portentos
Que estos siglos sembraron por el mundo?
¿En cuáles casos, sobre cuáles cuentos
Mi esteril verso volveré fecundo?
¿De esta antigua preñez de pensamientos,
Cual el primero haré, cuál el segundo?
¿Qué brazo, qué valor, qué brio, qué saña,
El discurso guiará desta hazaña?
Por los campos sepulcros olvidados
Se han visto temerosamente abiertos,
Y los enjutos cuerpos descarnados,
De triste amarillez salir cubiertos:
Los ojos sin mover embelesados,
La voz sin fuerza, los cabellos yertos,
Pregonando desdichas no pensadas,
Con los vivos trocaron sus moradas.
El mar sus peces espantó bramando,
Y la tierra tembló de su bramido,
A quien mil monstruos fueron afeando
De vista y talle nunca conocido:
Donde tal madre se asombró mirando
El hijo que ella misma habia parido,
Y muchos sin nacer, en no aprendidas
Palabras, dieron voces escondidas.
Y donde el nuevo horror en sangre fria
Los alientos volvia mas briosos,
Donde con mas violencia prometia
Tristes tragedias á los lastimosos;
Era sobre los ánimos que via
De lo mejor del orbe victoriosos,
Que siempre los favores de fortuna
Crecen para menguar como la luna.
Reinaba en las regiones de Occidente
Carlo Magno, un gran príncipe famoso,
Príncipe á quien las águilas de Oriente
Su estandarte volvieron mas pomposo:
Obedecido de invencible gente,
Y sobre mil ciudades poderoso,
A cuyo nombre ilustre y lirios de oro
Reverenció el cristiano, y tembló el moro.
Los altos muros de trofeos cargados,
(Fama á sus victoriosos escuadrones)
Los altares y templos coronados
De conquistadas armas y pendones;
Despojos de enemigos destrozados
De indómitas y bárbaras naciones,
Que las mas peregrinas y extranjeras
Llenas vieron de espanto sus banderas.
¿Quién á los altibajos de la vida
Punto dará, y compás tan acertado,
Que cortando del tiempo á su medida
El círculo feliz saque cuadrado?
Ninguno hasta el fin de la partida
Se sueñe á sus contentos ajustado,
Que en suerte humana todo es movimiento,
Ni mal que dure, ni placer de asiento.
Triunfante el victorioso Carlo Mano
Con los favores de la instable rueda,
Persuadido vivia, que en su mano
El punto estaba de tenerla queda:
Frágiles trazas del juicio humano,
Que quien mas fia en él, sin él se queda,

Que cierto es en la noche mas serena
El descrecer la luna en siendo llena.
Despues de haber el mundo amenazado
La fama con la voz de sus victorias,
Despues de dar su nombre celebrado
Con letras de oro escrito en mil memorias,
Despues de haberle á su sabor colmado
Fortuna el vano plato de sus glorias,
Y que cebado en ellas su contento
Menos temia del contrario viento.
Para reseña y fin de sus mudanzas,
Y freno de ambiciosos corazones
En su fama y pomposas esperanzas,
Hoy la flaqueza muestra de sus dones;
Y pues á las mas firmes confianzas
Las desvanecen flacas ocasiones,
Del bien ó el mal, que el tiempo nos envia,
Será el juez mas cierto el postrer dia.
Tenian sus belicosos paladines
Lleno el mundo y la fama de proezas,
Que en lisonjera lengua á varios fines
Nuevas ensanchas daba á sus grandezas:
Sonando en lo mejor de sus clarines
De Orlando las victorias y bravezas,
Los muertos reyes, los gigantes fieros
De su invencible brazo prisioneros.
Del bravo Almonte y nuevo rey troyano,
Y el altivo Agricon la sangre ardiente,
Que halló su espada, y derramó su mano
Sobre las yerbas, aun se está caliente;
Y de Cimosco el instrumento vano,
Ya sin rayos ni luz resplandeciente,
Por orla al vencimiento, y triste caso,
Del soberbio Agramante, y rey Gradaso.
Mas como no hay valor siendo estremado
Sin carcoma de pechos envidiosos,
El mundo deste antiguo error llevado
Lleno estaba de quejas y quejosos:
De tan largas venturas enfadado,
Que no hay sin agraviados victoriosos,
Ni hombre tan ajustado, y tan querido,
Que de alguno no sea aborrecido.
Las hadas que á las cosas variables
De nuestro inferior mundo dan gobierno,
Y en cavernas y grutas espantables,
Vecinas viven del silencio eterno;
Y del antojo humano los mudables
Gustos al suyo revalidan tierno,
Y en sus vácios asientos desiguales,
Los bienes acrecientan y los males.
Estas de los franceses paladines
En general estaban agraviadas,
Destruidos sus palacios y jardines,
Y su halago y caricias despreciadas:
Alcina sus tritones y delfines,
Focas, ballena, y redes delicadas,
Desechas ya, y en libertad Rugero
Del torpe lazo en que se vió primero.
Despreciada Morgana y su riqueza,
Febosilla su fama destruida,
Falerina su astucia y sutileza,
Olofana sus gulas y comida;
Filteorana su amor y su belleza,
Y la soberbia máquina caida
De Limaturia, Bruna y Aquilina,
Y el juvenil ardor de Dragontina.
Ninguna en el fatal colegio habia
Sin queja de francés, ninguna al cielo
Sin lágrimas miró desde aquel dia
Que la furia de Francia pisó el suelo:
Sino fue Logistilla, que seguia
De esta parcialidad el mejor celo,
Y sobre todas la afeitada Alcina
Es la que á su venganza mas se inclina.
Está en un lago oscuro de horror lleno,
Su jardin y su casa destruida,
Consumiéndose estaba en el veneno
De la afrentosa injuria recibida:
Bien que su fértil isla y bosque ameno
Cobrar pudieran la beldad perdida,
Y ella su alcázar con mayor tesoro
De cristal reformar, y lazos de oro.
Mas ardiendo en deseos de venganza
A solo este deleito y gusto aspira,
Que es mujer agraviada con mudanza,
Metida en un celoso infierno de ira:
Conoce que le ofende la tardanza,
Y que si la ocasion se le retira,
Su agravio pasará, que el tiempo leve
Las penas traga, y los agravios bebe.
Y como con la cólera quemada
Se alumbra y sutiliza el pensamiento,
De uno en otro discurso dió la Hada
En la traza mejor para su intento:
De aquella rica y peligrosa espada
Que Falerina obró en su encantamento,
En conjunciones de menguante luna,
Y temples de mudanzas de fortuna,
Se acuerda, y revolviendo sobre el caso
Los libros de su ciencia peregrina,
Sin dejar del Oriente al turbio ocaso
Planeta, signo, aspecto, y luz divina,
Que no consulte, siga, y mida el paso,
Llegó á saber que el hado determina,
Adquiera aquella espada vigor nuevo
En la templada sangre de un mancebo.
Faltóle un punto cuando fue forjada
En las observaciones de su estrella,
Y esta falta con sangre reparada,
Sus vivos filos volverán sin mella:
Invencible, y su artífice vengada
La dejará, y á Alcina sin querella,
Si la bañare en una oculta guerra
La mas heróica sangre de la tierra.
De un mago aspecto el abreviado punto
Á decirle llegó que el mar Tirreno
Ya sobre sus cristales tiene junto
Á un galeon de amor y de armas lleno
Un jóven español, que puesto á punto
Se via entrar por su entoldado seno,
Á que la autoridad de un rey severo,
Blason y armas le dé de caballero.
Es de suyo el contento bullicioso,
Y Alcina que le ha puesto en la venganza,
Al orgullo de su ánimo brioso,
Cada hora le es un siglo de tardanza:
Una carroza de cristal lustroso,
Que una piedra preciosa á otra se alcanza,
De oro las ruedas, de marfil los tiros,
Los clavos de diamantes y zafiros;
Para ir á los jardines de Morgana
Hace aprestar, y en forma contrahecha
De varia plumería y pompa ufana,
Al yugo dos soberbios grifos echa:
Que en invencible vuelo por la vana
Region del aire, una alba hermosa hecha
La llevan, y ella derramando amores,
Llueven hechos aljofar por las flores.
En silla de oro, y rica pedrería,
En el triunfante carro recostada,
Con mayor luz que la que saca el dia
La mañana de mayo mas pintada;
De perlas, de rubis, y argentería
Por el cabello vuela una lazada,
Que haciendo el rostro un sol, sirve de llama,
Que en bellos arreboles se derrama.
De blanca tela de oro con plumajes,
De diamantes y aljófares menudos
Vestida, y por las puntas y follajes
Erres de perlas y cuajados nudos:

Entre doradas nubes y celajes,
Volando pasa por los aires mudos
Al lago blanco que Morgana habita,
Entre el frio Geta, y el helado Escita.
Tomó la Hada toda esta belleza
Del primer arrebol de la mañana,
Que del mago pincel la sutileza
Lo sano enferma, y lo doliente sana;
Lo feo agracia, al muerto da viveza,
La encogida vejez vuelve lozana,
Y al fin hacen y fingen sus unturas
Alegres teces, nuevas hermosuras.
Hoy la suya amasó de un rojo cielo
El vengativo gusto de la Hada,
Y á la enemiga Francia torció el vuelo,
Por ver cual nuevo ardor la da ocupada:
Miró, y gozando triunfos sin recelo,
La vió de pompa y fiestas coronada,
Tan llena de victorias, que en su adorno
Un despojado mundo goza en torno.
Si bien de la jornada y pretensiones
En que Saturno agüera su caida,
Nuevo rumor halló, y alteraciones,
En armas toda, y en furor metida;
Contrapuestos sus llenos escuadrones
Á una tasada gente, así rendida
Al violento rigor del duro hado,
Que apenas tierra en que morir le ha dado.
Contempla la soberbia y aparato
Del belicoso ejército, y las fiestas
Que á vueltas de la guerra y su rebato
En públicos carteles vuelan puestas;
Y en esto divertida un breve rato
Pasa el Reno sus aguas y florestas,
Y Holanda un tiempo dura é inclemente
Mira ya de agradable y culta gente.
Deja el fuerte Calés á la siniestra,
Y los peñascos Anglicos nevados,
La Chersoneso Címbrica á la diestra,
Con el mar que le escarva los costados;
Y Zelandia amenísima le muestra
En los golfos de Esquenia sus pescados,
Donde volando el carro cristalino,
Á la Noruega tuerce su camino.
En el Gótico mar mira al Oriente
De Colmar los alcázares famosos,
Ahora patria, y otro tiempo fuente,
Y origen de los godos belicosos;
Y siguiendo la costa del Poniente,
De la Suecia goza los preciosos
Metales, que revientan por los riscos,
Y las fieras que amparan sus lentiscos.
Pasa á Fimarquia, y sobre el cristalino
Y endurecido mar que la costea,
Conoce en el peñasco subentino
El peligroso golfo que la ondea;
Y dando á las espaldas el contino
Fuego, que en la encubierta Tileumea
Á las alturas de Biarma sube,
Y allí se baja de su hueca nube.
Estampa de las ruedas las molduras
En la vega de Elsingue placentera,
Gozando de las nuevas hermosuras
Que en sus flores sembró la primavera;
Y por entre arboledas y frescuras
Del lago blanco llega á la ribera,
En cuyas playas el mayor espacio
Ocupa de Morgana el gran palacio.
Fueron en este lago antiguamente
De Galatea los baños celebrados,
De cuyo pecho y cuerpo transparente
La tibia leche y el cristal mezclados
Le dan nombre y color, y la corriente
De Varciga á la mar nuevos pescados,
Que de sus revoltosos y anchos senos
Por secretos caminos le hace menos.
Humillando jazmines y azucenas,
Rosas y lirios, que el placer retoza,
De blanco aljofar, y de olores llenas
Las ruedas van de la imperial carroza;
Y la playa, el cristal, y ondas serenas,
La Hada mira, y con la vista goza
De un florido tapiz, y alfombra rica,
De cuanto abril y mayo multiplica.
Del inmortal laurel en la guirnalda
Que en torno ciñe el lago, considera
Bruñida plata, y cercos de esmeralda,
Que un resplandor en otro reverbera;
Y en las floridas rosas de su falda
De pedreria una estrellada esfera,
De no menor beldad que la que en vuelo
Trastorna por sus bóvedas el cielo.
Dentro del fértil lago, hácia la parte
Que le apunta la luz de la mañana,
Ó por natural curso, ó fuerza de arte,
Está una fresca isleta y tierra llana;
De cien torres ceñido un baluarte,
Donde resurte vuelto espuma cana
El cristal tierno, que en hermosos lejos
Sirve á sus playas y árboles de espejos.
Aquí sobre cimientos de alabastro,
Y mármoles preciosos, se levanta
Hecha de un cerco en conjuncion de un astro
De un real palacio la soberbia planta;
Sin que de cimbrias ni canteras rastro
Quedase al mundo de grandeza tanta,
Que Morgana lo hizo en sola un hora,
Al romper blando de la tierna aurora.
En doce altivas torres dividido,
Donde el diestro primor de un nuevo Apeles
Mil lazos relevó de oro bruñido
Al vuelo de sus altos chapiteles;
El jaspeado muro compartido
En dorados balcones y rejeles,
Y el claro ventanaje en mil maneras
De alegre luz, y claras vidrieras.
Las altísimas bóvedas cargadas
Del peso real de un bárbaro tesoro,
De bruñido alabastro las portadas,
Los firmes quicios de metal sonoro;
Sobre que se revuelven ajustadas
Las puertas de marfil, y clavos de oro,
Que es esta Hada la que al mundo vano
Las riquezas reparte de su mano.
Crece un fresco jardin sobre la playa,
A sus resacas y frescor dispuesto,
Del quebrado cristal florida raya,
Y del deleite humano alegre puesto;
Donde Pomona de su verde saya
El regalo mayor dejó traspuesto,
Sembrando por sus yerbas y sus flores
La humana industria todos sus primores.
De un lustroso cristal muro almenado
La corva playa ciñe del Poniente,
De dorados balcones rodeado,
Al precioso jardin pomposa frente:
Donde del rico mayo el matizado
Artificio, en la cerca transparente
De rayos de oro forma, y de vislumbres
Hermosos visos, y encendidas lumbres.
Que al jugar por los árboles el viento,
Y el sol dorar sus hojas de esmeralda,
Del claro golfo en el mudable asiento,
Del real jardin la altísima guirnalda;
Á la vista hace del que mira atento,
De verde, azul, de rosicler, y gualda,
Bellos reflejos, claros resplandores,
De un mezclado color de mil colores.
Tal de vidrio sutil hinchadas pomas,
Del claro alinde por el terso poro,

Alegres fingen de lustrosas gomas
Jardines de esmeralda, y bosques de oro;
Y en bellos tumbos de preñadas lomas,
La matizada cera abre tesoro
A unos alegres visos, que en reflejos
La vista engañan con fingidos lejos.
Y así la Hada por la selva amena,
Mientras volando pasa su carroza,
De aljofar y oro la campaña llena,
Sus flores mira, y sus olores goza:
Ve el palacio, el jardin, y la serena
Playa, donde el verano se remoza,
Que en aquel punto al despuntar el dia
Luces sembraba, y rosas producia.
Ya de las torres un clarin bastardo
La salva hacia á la amorosa Alcina,
Que en vista alegre y ánimo gallardo
Doblando iba la playa cristalina:
Cuando en hábito humilde, y paso tardo,
Entre dos mirtos, y una parda encina,
Un bulto vió... mas yo que un mundo entero
Confuso miro, y darlo en órden quiero;
La pluma vuelvo á la intrincada masa
De historias, que en aliento y son divino,
Como de un nuevo abril flores sin tasa
Por este asunto brotan peregrino:
Despues diré de la encantada casa,
La traza, el modo, y fin deste camino,
Que de la historia aquí la grave suma,
Tras su vuelo arrebata el de mi pluma.
Y el triste y ronco son de las cadenas
De un conde por envidia aprisionado,
Aunque al rey sordas, porque son ajenas,
Ya mi música y voz han destemplado:
Y sus canas de honor y llanto llenas
Piden que deje el cuento comenzado
Por ver de sus delitos el proceso,
Que es obra santa consolar un preso.
Tuvo el rey Casto una gallarda hermana,
Y hubo en Saldaña un conde valeroso,
Ella Venus en gala cortesana,
Y él en braveza un Marte belicoso:
Y ambos de la nobleza castellana
La fuente del caudal mas abundoso,
En quien mostraron su poder á una
Los tiempos, el amor, y la fortuna.
El tiempo les dió en gracia y gentileza
Colmada á sus deseos la medida,
Y del pródigo amor la ancha largueza
Todo el vivo placer con que convida:
Solo de la fortuna la tibieza
Su gloria dejó en llanto convertida
Con que sus gustos vueltos en dolores
Tuvieron mas de amargo que de amores.
Duró el tiempo feliz de los amantes
Lo que el sagaz recato en su cuidado,
Que en el amor los gustos importantes
Son hurtos de contento reservado:
Al fin con ocasiones semejantes
Del cielo llegó el tiempo señalado,
Que á Bernardo con próspero ascendiente
La vida habia de dar, y luz presente.
Y luego que en los signos mas dichosos
Que en sus esferas vió el cielo sereno,
Y á gozar de los siglos venturosos
Salió encogido del materno seno,
Incitado de pechos envidiosos
El rey, quitando á la templanza el freno,
De su hermana, y el conde de Saldaña,
A pesar se vengó de toda España.
Y en justa pena al descortés delito
De haberse tras su antojo desposado,
Y en la ciega pasion del apetito
Su real palacio y opinion manchado,
Con dura ley y riguroso edito
Ocultó el niño, el conde aprisionado,
A su hermana hizo monja, con que pudo
Torcer del firme matrimonio el nudo.
Sobre tres quintos lustros daba el cuarto
De su curso infeliz la mayor parte,
Que de gustos ayuno, y penas harto,
La honra y la fama de Saldaña y Marte:
En el mas solo y encubierto cuarto,
En que un torreado alcázar se reparte,
Vivia en su cadena y prision fuerte,
Si es la vida en prision vida y no muerte.
Guardaba el mundo tan oculto al conde,
Que ya los vivos le tenian por muerto,
Y si está preso, nadie sabe donde,
Que el rey por mas seguro lo ha encubierto;
Y siempre á un desdichado corresponde
Olvido general, favor incierto,
Que la fortuna al trastornar su esfera,
Ninguna gloria antigua deja entera.
De un ofendido rey el rigor grave
Ponerle pudo en cárcel tan estrecha,
Que ni del dia ni la noche sabe,
Ni cual favor le daña, ó le aprovecha:
Del trato mas hidalgo y mas suave
Con mas recelo vive y mas sospecha,
Que es grave riesgo, y de áspero castigo
Un ofendido rey por enemigo.
Así en larga cadena aherrojado,
El preso conde sin vivir vivia,
Cuando un hombre de nuevo aprisionado
Su tristeza aumentó, y su compañia:
De aspecto afable, rostro autorizado,
De discrecion un centro y cortesia,
Que son las partes que con fiesta doble
El lustre muestran de la sangre noble.
Ceñido en torno de un doblado muro
En la Mota de Luna un cuarto habia,
Que un ciego caracol por mas seguro
A sus lóbregos senos descendia:
Secreta estancia, calabozo obscuro,
Donde jamás llegó la luz del dia,
Y tal que al delincuente mas amigo
De cárcel le servia, y de castigo.
A esta bajó Teudonio por mas fuerte,
Que así el honrado preso se llamaba,
Y al afligido conde allí la muerte
Por sobrarle la vida le faltaba:
Llegó el huesped, y tuvo á feliz suerte,
Aunque en la ciega sepultura entraba,
Ver otro muerto allí, que todavia
Consuela en la afliccion la compañia.
Diéronse en cortés trueco afablemente
El pésame, y la bien venida á una,
Doliéndose cada uno del presente
Daño que al otro ha hecho la fortuna:
El conde, como aquel que ha estado ausente
Del cielo, el claro sol, y errante luna,
Tantos años cerrado en el profundo,
Podíase ya contar por de otro mundo.
Y deseando saber qué nuevo estado
Las cosas alcanzaban de la tierra,
Quién gobernaba el reino, á cuál cuidado
La dulce paz está, y á cuál la guerra;
Dejando su valor disimulado,
Que quien luego lo dice todo yerra,
Así con un fingido regocijo,
Afable, vuelto á don Teudonio, dijo:
«Señor, aunque en mis culpas he aprendido
Que jamás el castigo faltó en ellas,
Sé tambien que no siempre un afligido
Padece y sufre agravios por tenellas;
Que el tiempo muchas veces compelido
Del contrario rigor de las estrellas
Trocarse vemos, y enviar al suelo,
En vez de alegre sol, borrasca, y yelo.



Y ahora vuestra presencia resplandece
Aun entre estas tinieblas de tal modo,
Que en su compuesta gravedad parece
Retrato singular del valor godo.
Yo, señor, soy un hombre en quien fenece
De mi principio y fin el nombre todo,
No tengo mas valor, ni mas estado,
Que ser dichoso ayer, y hoy desdichado.
No os quiero ya informar de mi derecho,
Que en la cárcel no hay preso con delito,
Todos están sin culpa, y sin provecho
Es dorar á la culpa el sobrescrito:
Solo os ruego, señor, si á un noble pecho
Amor con sola ceremonia y rito
Puede obligar, conozca ahora el vuestro,
Que le deseo servir en mas que muestro.
Y en recambio me deis de vuestras cosas
La parte que sin riesgo os pareciere,
Seguro que en las tristes, ó dichosas,
Mi gusto os seguirá como pudiere:
Mas si estas son demandas peligrosas,
Que ni el lugar ni el tiempo las requiere,
Contadme en trueco, porque así se ahorren,
En el mundo qué mundo y tiempos corren.
¿Qué cetro le gobierna y rige ahora?
¿Qué guerras hay de nuevo? ¿qué dictados?
¿Si es ciega todavía la señora
Que da y reparte reinos emprestados?
¿Quién se señala en armas? ¿quién adora
La fama? ¿quién celebra sus cuidados?
¿Qué ritos? ¿qué premáticas? ¿qué leyes,
Ó qué lisonjas privan con los reyes?»
Así el conde, y Teudonio así admirado
De la prudencia y gravedad del preso,
En tanto que habló estuvo colgado
De su dulce discurso y raro seso:
De aquel discreto preguntar pagado,
De las preguntas, y su grave peso,
La entereza del ánimo, y el modo,
Tan de pecho real y heróico en todo.
Y en sus penas suspenso y divertido,
Sin conocer al olvidado conde,
Teudonio, mas de honrado y comedido,
Que gustoso de hablar, así responde:
«Si los agravios con que me ha traido
Fortuna aquí, lugar me dan por donde



Aliviar tu cadena, y mis prisiones,
Gran campo han descubierto tus razones.
La tierra está sembrada de portentos,
De grandezas hasta ahora nunca vistas,
Famosos hombres, de altos pensamientos,
Armas, guerras, furor, pleitos, conquistas:
Fieros jayanes, bárbaros intentos,
Altivos reyes, que en copiosas listas
El mundo sacan al soberbio alarde
De un desman nuevo en que hoy se enciende y arde.
En gran riesgo está España de perderse
Preñada de costosos enemigos,
Lijero el rey y fácil de creerse,
Y sin lealtad y fe los mas amigos:
Harto desto en mis causas puede verse,
Y servir mis agravios de testigos,
Pues mis nuevas cadenas y prisiones
Son de eterna lealtad los galardones.
Es Teudonio mi nombre, y mi famoso
Linaje en todo el orbe conocido
Del feliz Recaredo en rio copioso
Por sucesion legítima traido
Hasta don Pedro, duque valeroso
De la Cantabria, padre esclarecido
Del Católico Alfonso, y del valiente
Fruela, de corazon y de alma ardiente.
Fue sucesor de Alfonso otro Fruela,
Y el generoso infante Vimarano,
Por quien del rey su hermano la cautela
Cruel le hizo, y fratricida hermano:
Deste un hijo quedó en su infiel tutela,
A quien en recompesa dió el tirano
Del muerto padre, y de su injusta saña,
En título el condado de Saldaña.
Del Fruela primero, hijos famosos,
Aurelio fue, Teudonio y don Bermudo,
Soldado el uno, y reyes poderosos
Los dos, que en cuanto el tiempo darles pudo:
Teudonio otros dos hijos belicosos
Dió al mundo, y de los dos el mas membrudo,
Por animoso, intrépido y osado,
El conde don Osorio fue llamado.
Deste nació mi padre, y por el suyo,
Como he dicho, me llaman don Teudonio,
Y esta es la sangre que amo y la que huyo,
Y este de mi linaje el testimonio:
Ni la fortuna me faltó, sin cuyo
Favor en el estado y patrimonio
Ser la nobleza suele grave carga,
En honras corta y en congojas larga.
Estado tuve, y tengo suficiente
Por mí, y por mis mayores levantado,

De reyes como el rey soy descendiente,
Y tan leal con él como agraviado:
Un tiempo me trató por su pariente,
Con favor y caricias de privado,
Mas siempre las privanzas de los reyes,
Como viven sin ley, mueren sin leyes.
Cuando de Nugariz la furia esquiva
Con ochenta mil moros de pelea
Entró en Asturias, y á su voz altiva
Tembló cuanto en sus términos rodea:
Yo que de mis primeros años iba
Dando al mundo el ensaye y la tarea,
Por el gusto del rey toda la tierra
General me aclamó de aquella guerra.
Nuestro pequeño campo en el de Lutos
Al morisco dejó desbaratado,
Que las infames párias y tributos
Pedia soberbio, y de ánimo arriscado;
Y pasando con libres piés enjutos
Sobre el roto escuadron empantanado,
Crucé de Miño y Duero ambas riberas,
Y asombré á Portugal con mis banderas.
Largo es contarte desta gran jornada
Los sucesos y lances por menudo,
Públicos fueron, y ella tan nombrada,
Que al mundo hacer temblar su fama pudo:
No quedó filo de enemiga espada,
Ni resistencia de contrario escudo,
De Oviedo hasta Lisboa, que no fuese
De la opinion y ley que yo le diese.
Y aunque para las fuerzas de la guerra
En campo la persona real venia,
El baston general de mar y tierra
A cuenta anduvo siempre de la mia:
Tomé á Lisboa, y cuanto dentro encierra
Di franco á mi española infantería,
Con que la volví rica, y ví triunfante,
Mas por faltarle yo no fue adelante.
En este tiempo con la hermosa Berta,
De Carlo rey francés querida hermana,
Santo himeneo el montañés concierta,
En solene aparato y pompa ufana;
Y en la rica ciudad ahora desierta,
Que á Ulises ya fue un tiempo cortesana,
Del grave asiento á las futuras bodas
Las condiciones se firmaron todas.
Despachóse á mi cargo la embajada
Por gusto real, ó pretension agena,
De quien por dicha el ver la mia colmada
Era para la suya estorbo y pena:
O fuese que ocasion tan señalada
Con solo mi valor quedaba llena,
Yo al fin con el asiento y real presente
Partí, dejando al rey por mi teniente.
De parte del ejército asturiano,
De sargento mayor hacia el oficio
Basilio de Manuces, un villano
Catalan falso, hecho de artificio:
A quien pudo el dinero dar la mano,
Y subirle del reino en perjuicio
A la plaza que ocupa, y no merece,
Mas donde él manda todo le obedece.
Era bisnieto del traidor Manuces,
Que con Tarif capituló concierto
De dar á sus escuadras andaluces,
Rendida la ciudad y su rey muerto:
Este, pues, que por caños y arcaduces
Tan limpios vino al mundo, y salió enjerto,
Hijo de una africana esclava lora,
Con mezcla catalana y sangre mora;
Luego que el campo y gente victoriosa,
Sin mí quedó en dos bandos dividida,
Y su hambrienta codicia, y la ambiciosa
Sed de mandar no se halló oprimida,
Con maña astuta y traza cavilosa,
La mas granada gente reducida
A su opinion en riesgo no pequeño,
De la guerra y la paz se alzó por dueño.
Fuese en secreta astucia apoderando
De las fuerzas del reino, y porque habia
Leales cabezas del contrario bando,
Cuya ambicion las suyas reprimia;
Por dar mas nervio al usurpado bando,
Y entrada á su insolente tirania,
Dos parientes del conde de Saldaña
Nuevos cómplices hizo en su maraña.
Estaba el conde preso injustamente,
Y aun lo está todavía sino es muerto,
Sin que criado, amigo, ni pariente
De su prision alcance el lugar cierto;
La culpa á tanta pena insuficiente,
El rigor grande, el perdonarle incierto,
Agraviada de España la nobleza,
Y el obstinado rey en su dureza.
Esto en su arbitrio fue ocasion bastante,
Y el fingirse falaz protector della,
De hacer mal quisto al rey, y su arrogante
Animo, con mas fuerte y firme estrella;
Creció en hinchado aplauso en lo restante,
Y al fin por esta senda sin perdella,
Un sin principio pudo, mal nacido,
Privar del reino al rey inadvertido,
Libróse en nueva astucia y presta huida
De las traidoras armas del tirano,
Que para asegurar la infame vida,
Contra su rey tomaba ya en la mano:
El nuevo asombro de la real caida
A la córte llegó de Carlo Mano
Conmigo, en que se vió ser mi persona
La leal cabeza de su real corona.
La triste nueva el mundo alborotado
Dejó, y de mi embajada el grave asiento
Sin fuerza, que en no haberla el cielo dado,
Frustrado vino y sin sazon su intento;
Hallóse el reino y rey necesitado,
El imperio temiendo un fin violento,
De árabes lleno y bárbaros jayanes,
Y ausentes sus invictos capitanes.
Bien que en medio el aprieto en que Agramante
A Francia tuvo en la ocasion presente,
Su inclito emperador campo bastante
Al rey envió de su francesa gente;
Y por ausencia del señor de Anglante,
A quien vió á la sazon el rubio Oriente
De amores preso de su reina bella,
A Gayferos nombró general della.
Con valiente escuadron de pechos briosos
De Carlo Magno el generoso yerno,
De París los alcázares famosos
Soberbio deja, y vuelve á mirar tierno:
Llevando de su esposa los hermosos
Ojos por norte y luz de su gobierno,
Que el niño amor por las recientes bodas
Quiso á una gloria aventurarlas todas.
No se atrevió á quedar la bella incauta
En las mudables manos de la ausencia,
Que es amor con la soga á la garganta,
Y hacer sin fruto y premio penitencia:
Es niño amor, cualquier cosa le espanta,
Y en gustos dilatados no hay paciencia:
Tierno Gayferos, Melisendra bella,
La guerra larga, no quiso ir sin ella.
Dejó del rio Siene los cristales,
Y la costa Aquitania al diestro lado,
De Orliens los muros, y altos pantanales
De Bourges y el rio Erve medio helado:
Y tocando en Limojes sus breñales
Pasa, y llega á Garona, en que alojado
Sobre una fértil vega hizo alarde
De su aparato bélico una tarde.

De doce veces mil fue la reseña,
Gente en cursadas guerras escogida,
Bien que á la que fortuna es zahareña,
No importa mas despierta que dormida:
Una mañana cuando el alba enseña
De aljofar su guirnalda guarnecida,
De aquel aljofar que al romper la aurora
Su luz primera, el cielo en flores dora,
El rey de Argel, el fiero Rodamonte,
Con una escuadra de enemiga gente,
Saliendo de una selva, entrando á un monte,
Dió sobre el nuevo campo de repente;
Y apenas con la luz del horizonte
La desvelada centinela siente
La mora tropa, cuando al arma grita,
Y ella al son de un clarin se precipita.
Hallónos descuidados el asalto,
Y el sagaz enemigo en ordenanza,
La grita, el algazara y sobresalto
Fue la primera y la mayor matanza:
Quién corre á las trincheas, quién de un salto
Caballo cobra sin espada y lanza,
Va sin saber adonde, y de esa suerte,
Por guarecer la vida da en la muerte.
Uno busca las armas, que dormido
Ya le solian servir de cabecera,
Otro por yelmo de su arnés lucido
Del caballo se encaja la testera:
Quién arrogante, quién despavorido,
Quién con alma cobarde, quién con fiera,
Quién con espada, quién con solo escudo,
Y quién de rabia armado va desnudo.
El astuto enemigo que el desórden
Vió del dormido campo, el suyo aguija,
Y antes que de oro los penachos borden
Los rayos del que al mundo regocija,
Nuestro alboroto atropellando en órden,
Codiciosos del saco y la partija,



Con trápala, alarido y alboroto
Quedó al primer asalto el francés roto.
Rodamonte de Sarza, que en la tierra
De la muerte fue el dardo mas agudo,
Y al cielo de la paz no movió guerra,
Solo porque subir allá no pudo,
Una luciente cimitarra afierra,
Y echando á las espaldas el escudo,
Entró por el ejército normando,
Aquí y allí rompiendo y destrozando.
El rostro al uno, al otro la cabeza,
A otro llevó los piés, á otro los brazos,
Hecho dos dejó á otro de una pieza,
Y á otro de tres golpes seis pedazos:
Hiende, mata, rebana, descabeza,
Y sin defensa, estorbos y embarazos,
De aquí, de allí, de aquesta, ó de otra suerte,
No alcanza golpe que no sepa á muerte.
Parecia en el herir vivo trasunto
De Briareo en su batalla brava,
Cuando á un tiempo con todo el cielo junto,
Con cien brazos y espadas peleaba:
Desbaratando y rebatiendo á un punto
Su alfanje á Marte, á Hércules su clava,
A Palas su gorgon, su flecha á Apolo.
Y el rayo ardiente al rey del alto polo.
Gayferos que á la bella Melisendra
Abrazado en sosiego y paz dormia,
Al alboroto despertó, y contienda
De la desbaratada infantería;
Salta del lecho y sale de su tienda
Con sola espada, al tiempo que venia
El africano bárbaro arrogante,
Con mil vencidos pechos por delante.
Deten, canalla vil desordenada,
Dice el francés, y de un escudo afierra,

Y con él, con su cólera y su espada,
Con Rodamonte y su soberbia cierra;
Y apuntando á la gola una estocada,
Aunque por su desgracia el golpe yerra,
Tal fue su furia y su llegar tan presto,
Que le llevó seis pasos descompuesto.
  Valióle al yerno del francés caudillo
Coger al rey de Argel de sobresalto,
Que á tener mas lugar de prevenillo,
Su muerte fuera el descompuesto asalto:
Yo solo que lo ví puedo decillo,
Que fuí á ayudarle en verle de armas falto,
Al tiempo que el jayan de rabia loco
Le era para vengarse el mundo poco.
  Lanzando humo y fuego la visera,
Y los dientes quebrando de coraje,
Sobre el francés la cimitarra fiera
Hace á dos manos que furiosa baje:
Fue su reparo el ir á la ligera,
Y un salto que por medio no le raje,
Que á esperarle fiado en el acero,
Dos Gaiferos hiciera del primero
  Al desviarse dél bajó la espada,
Y á un duro risco en inmortal empeño
La mitad de ella se quedó clavada,
Y bramando de cólera su dueño;
Por junto al firme puño destroncada,
Y viendo el golpe en vano, aquel pequeño
Trozo que de su alfange halló consigo,
Furioso envió á buscar á su enemigo.
  El bravo Alcin, y el bello Atenedoro,
Ambos competidores y galanes,
Que por la dama que gozó Medoro
Otro tiempo pasaron mil afanes;
A la sazon que el descompuesto moro
De la espada arrojó los gavilanes,
En favor iban del francés Gaiferos,
Matando el uno, el otro haciendo fieros.
  Y aunque erró el tiro el moro de arrogante,
A Atenedoro dió que era el postrero,
Que no está todo el riesgo en ir delante,
Ni el peligro mayor en ser primero:
La celada le abrió, que á ser diamante
Lo mismo fuera entonces que de acero,
Poniéndole los sesos por el suelo,
Y á Alcin eternas treguas en su celo.
  Gaiferos que vió el golpe, y la herida,
Y que le libró de ambos su destreza,
No huye el riesgo, que salvar la vida
Padeciendo la honra no es grandeza,
Y aunque está la ventaja conocida,
Y armado de los piés á la cabeza
El moro, y él sin armas todavía,
En mas que el hierro está la valentia.
  Por la cimera le alcanzó un mandoble,
Que de plumas dejó sembrado el suelo,
Y forzó al fiero rey que humille y doble
El cuello altivo á su orgulloso celo;
Que honra herida en sentimiento noble,
No hay cosa que acometa con recelo,
Tras él le da una punta y otra punta,
Por quien tal vez la roja sangre apunta.
  El moro que se halla sin espada,
Y de un hombre sin armas ofendido,
En rabia ardiendo con la vista airada,
Parece al cielo vuelto áspid herido;
Y de la peña que dejó cortada,
Un duro risco en alto suspendido
Contra el francés arroja, y arrojara
El monte Tauro que á sus piés hallara.
  Bien así el ciego Polifemo bruto,
En descompuesta cólera encendido,
Sintiendo irse por agua el griego astuto,
En su humilde vellon entretejido;
De la puerta del sótano con luto
El gran peñasco asió, y tiró al ruido
Del libre preso ya, y el peso grave
Hiciera en medio el mar hundir la nave.
  No fue de riesgo el espantoso tiro,
Aunque se llevó á Fabio por delante,
Fabio infeliz, que natural de Epiro
En Francia subió á noble de farsante;
Y dando el alma el último suspiro,
Confesó que la culpa de arrogante
Mudar le hizo de oficio y pasatiempo,
Y en la guerra morir antes de tiempo.
  Mas no dejó su muerte sin venganza
El francés capitan, que al homicida
A dos manos por medio el cuerpo alcanza
De un revés diestro una mortal herida;
Dada en tal ocasion, con tal pujanza,
Que á no estar la escarcela guarnecida
Con redobladas láminas de acero,
Mucho antes le matará que Rugero.
  Fue encenderle la cólera al gigante,
Que saliendo de sí de rabias lleno,
Un duro roble asió que vió delante,
Cual seca caña de liviano heno;
Y de él ya hecho un bárbaro montante,
Lleva á dos manos sin templanza y freno
A descompuestos golpes el medroso
Campo huyendo de su herir furioso.
  Las calientes entrañas escondidas
Ya por el valle aquel deja sembradas,
Los destrozos, crueldades y heridas
Sin cuento fueron para ser contadas;
Diferencias de muertes nunca oidas,
Antes puestas por obra que inventadas,
Aquí destroza y hunde, acullá mata,
Y un campo entero asombra y desbarata.
  Así tal vez del Alpe se desgaja
Peñasco altivo en ímpetu furioso,
Que á buscar en el centro humilde baja
A pesar de los árboles reposo;
Y si la encina, el fresno, ó roble ataja
A su caida el vuelo presuroso,
Hasta arrojarse en el profundo valle
Por cuanto encuentra rompe, y hace calle.
  Tal el jayan en su tropel violento
El roto campo con furor derrama,
No causa mas horror el raudo viento
Cuando en las olas del Egéo brama;
Y á escarpar solo el marinero atento
A Santelmo en devotos gritos llama,
Que del moro el destrozo y el gemido
Del campo humilde á su furor rendido.
  Y mientras el soberbio rey de Sarza
Tales blasones labra á costa nuestra,
Bravo en ver que el francés huya, y se esparza,
Medroso de los golpes de su diestra;
El valiente Alancredo de Galarza,
Del montañés valor su parte muestra,
Defendiendo la bella Melisenda
De mil moros que acuden á su tienda.
  Era el jóven feliz de ánimo vivo,
Briosa portacion, y fuerza brava,
Galan, diestro, cortés, bizarro, altivo,
Que el rojo bozo apenas le apuntaba;
De una bella mujer recien cautivo,
Que á la francesa infanta acompañaba,
Y la formó de intento su ventura,
Mas que el sol bella, y mas que el mármol dura.
  Dióle el gusto y el alma por despojos
A las primeras vistas de su gala,
Y ella por una gloria mil enojos,
Que amor es peso que jamás se iguala:
Bien que tal vez con halagüeños ojos
Le acaricia al descuido y le regala,
Que no hay mujer tan dura y desabrida
Que del todo aborrezca si es querida.

Tocóle aquella noche ser de guarda
A la real tienda, cielo de su gloria,
Adonde en sueño en vuelta la gallarda
Rosia, del ni de sí tiene memoria:
Mas el que ama de veras nunca aguarda
A si es ó no su voluntad notoria,
Que en cuanto hace, habla, piensa, siente,
Siempre se da el amante por presente.
Fue por ser visto el montañés gallardo
Mas puesto á lo galan que á lo seguro,
Bizarra calza de amarillo y pardo,
Grabado, pero ardiendo en oro puro;
Plumas en el sombrero, y por resguardo
De una acerada cofia el temple duro,
Relumbrante rodela, espada y daga,
Y un gran valor que á todo satisfaga.
De verde y plata el fino arnés grabado,
De aljofar y oro los bordados tiros,
Una banda de perlas y encarnado,
Y un collar de diamantes y zafiros;
Un barco entre dos aguas engolfado,
Que las altera un ciego con suspiros,
En la rodela, y este mote abierto,
»Donde está el bien dudoso, el mal es cierto.»
No se vió en los cristales de Zeliso,
Ni trastornó las flores del Parnaso
En mas lozano talle su narciso
Siguiendo á un presto corzo en campo raso;
Ni con mas gracia, mas primor ni aviso
Notó Beocia su gallardo paso,
Cuando fue de sus selvas el tesoro
Con arco de marfil y flechas de oro:
Que el brioso Alancredo con su gente
A hacer la ronda fue, y guarda á su dama,
Donde los arreboles del Oriente
Le saludaron con su nueva llama;
Y el mauritano campo de repente,
Con la ocasion de un gran renombre y fama,
Dándole amor aliento, el honor brio,
Y su espada de sangre mora un rio.
El rubio orion, que con su alfange de oro
El mundo alumbra, parecia á la puerta
De la real tienda, cuando el cauto moro
La asaltó en sueño sepultada y muerta;
Y el de su nuevo amor viendo el tesoro
Al riesgo puesto de una suerte incierta,
Y que aun los bravos huyen, sale ciego
De honra y amor de dos haciendo un fuego.
»Teneos, dice, cobardes, ¿dónde os lleva
El deseo infame de vivir sin honra,
Que antes de hacer de los contrarios prueba,
De su temor haceis vuestra deshonra?
Tened, parad, volved, haced que os deba
Mi espada el verla un rato como os honra,
Y de este orgullo os da, que ahora os espanta,
A costa suya una venganza santa.
Si tanto miedo os pone el de la muerte,
¿En cuál parte del mundo no se halla?
¿Dónde ó cómo podrá la humana suerte
Dejar por mas que huya de alcanzalla?
¿Adónde al flaco campo huis del fuerte,
Cobarde, vil y mísera canalla?
¿A qué castillo, á qué ciudad, qué muros,
Si con trincheas aquí no estais seguros?»
Dijo, y en tanto que él con sus razones,
Y los sangrientos filos de su espada,
Venció algunos honrados corazones,
Y mató alguna gente desmandada:
Una escuadra de alarbes nasamones,
Gente en las sirtes líbicas criada,
La tienda real entró, prendiendo en ella
A Melisendra ilustre, y Rosia bella.
El montañés que mira su esperanza
Mudada en posesion de un torpe moro,
Y que en cualquiera punto de tardanza
A mortal riesgo queda su tesoro:
Furioso en medio el escuadron se lanza,
A rescatar con sangre y no con oro
La vida de su alma que es amante,
Y está á verle morir su amor delante.
Hiere de tajo, de revés y punta,
Y á voces, golpes, gritos y heridas,
De amor la furia á la de Marte junta,
Rinde, espanta, acobarda, y quita vidas;
Y al que la suya vió llevar difunta,
Con manos sin temor descomedidas,
Los ojos con que osó verla agraviada,
Ambos se los cosió de una estocada.
A otro el brazo cortó, dejando asida
La mano al velo de oro y halagüeño,
Por donde la prendió medio dormida,
Y le quitó la libertad y el sueño;
Y ya en ella y su honor restituida,
»Toma, dice, señora, este pequeño
Servicio, del que indigno de tal palma
No se atreve tambien á darte el alma.»
Ella en alegres ojos y alma ardiente,
Con un tierno suspiro vergonzoso
El riesgo le pagó y favor presente,
Que á mas que esto un mirar es poderoso;
A la sazon que un bárbaro inclemente
Al francés lecho perturbó el reposo,
Por saquear la bella Melisenda,
Y el rico mueble á su asaltada tienda.
Pone punto al amor, y á la honra acude
Suya en un trance tal, y de la infanta,
Y sin que el jayan fiero el paso mude,
La cabeza le deja sin garganta:
Haciendo en esto que la reina dude,
Si el bulto muerto mas que el vivo espanta
El lecho, antes de gusto, ya cubierto
De roja sangre, y un contrario muerto.
Los demás que en la tienda al robo atentos
Por interés sin honra habian entrado,
Asombrados de golpes tan violentos
Por la vida renuncian lo robado;
Y al victorioso amante entre lamentos
De francesas beldades rodeado,
Que asidas todas de él, pensó cada una
Guarecer en la suya su fortuna.
La tienda reforzó cual mejor pudo.
Y al paso se hizo una invencible roca,
Donde un ciego monton de pueblo rudo
Confuso arremetió con furia loca;
Por capitan un Zahará membrudo,
Nacido del rio Cénega en la boca,
Que al filo de una corva cimitarra,
A un hombre dentro de su arnés desgarra.
Acertóle uno al montañés valiente,
Y no bastando á todo la rodela,
Parte aunque poca le alcanzó en la frente,
Que le sirvió á su cólera de espuela:
Tras él la chusma de la negra gente,
En confuso escuadron y estrecha muela,
Por todas partes le acomete y pica,
Y en sangre ajena y propia le salpica.
Uno le arroja un dardo, otro una flecha,
Otro el venablo que á sus piés enclava,
Este con él se afirma, aquel le flecha,
Este hiere de alfange, aquel de clava:
Parecia nube y tempestad deshecha,
Que instrumentos de guerra granizaba,
Cruzando por el aire hechas cometas,
Chuzos, lanzas, gorguces y saetas.
Y él como áspera roca á todos vientos,
En medio el turbulento mar sentada,
Que de los alterados elementos
Es por mil partes juntas contrastada;
La mar carcome, y bate los cimientos,
De rayos, aires, y ondas asaltada,

Y ella firme en sus ásperos bajíos
De lejos pone espanto á los navíos.
Andaba por mil partes mal herido,
Aunque de todas á su honor vengado,
Que no hay en su esgrimir golpe perdido,
Ni en su reputacion tiempo olvidado;
Mas ya de tanto bárbaro ofendido,
Y de ayuda y socorro desahuciado,
La rodela arrojó, y asió la espada,
Que ha de dejar su cólera vengada.
Y al feroz capitan en brio lozano,
Al pasar de dos brazos quitó el uno,
A otro dejó en un pié y sin una mano,
Y á otro cortadas ambas sin ninguno:
A este hiere de corte, á aquel de llano,
Y este y el otro ensarta de uno en uno,
Hiende, parte, rebana, descabeza,
Y cuando al parecer acaba, empieza.
La bella Rosia que en sangriento dia
Su caro español ve pisar la tierra,
Y la pena del riesgo en que le via
Al rostro saca lo que el pecho encierra:
Deseosa de tenerle compañía,
Y con vista de paz templar su guerra,
Sin ocasion salió, que la sacaba
Cloto, y el filo ya á su estambre daba.
Eran escarches de oro sus cabellos,
De un cielo de marfil ricas techumbres,
Que en tiernas rosas y jazmines bellos
De su garganta dan doradas lumbres:
Los ojos de azabache, y dentro de ellos
De placenteras niñas dos vislumbres,
Que al sol retozan, que en coral hacia
La rica concha de quien nace el dia.
Salió á ver el ejército enemigo,
Y así le dice á su español brioso:
»Tu brazo el cielo esfuerce, ó caro amigo,
Y de riesgo te saque tan dudoso:
Animo amor, que moriré contigo,
¡Oh Anercio triste, agüero prodigioso,
Fortuna cruel, que á la primera suerte,
Quieres que sea el favor azar de muerte!»
Aun mas queria decir, cuando de lleno
La voz le atajó un dardo, que venia
Deseoso de llegar al blanco seno,
Donde su cielo la beldad tenia:
Cayó cual tierna flor en valle ameno,
Al tiempo que su amante revolvia
A darle el alma y vida por despojos,
Y cobraria él de nuevo de sus ojos.
¡Oh tragedias de amor, glorias de viento
Las que el tiempo nos muestra en sus mudanzas!
¡Vienen en sombra, sombras de contento,
Tesoros de engañadas confianzas!
¡Con qué facilidad mudan asiento
Las mas bien asentadas esperanzas!
»¡Oh mi gloria, acabada ya, y perdida!»
Dijo Alancredo al golpe de su vida.
Quiso ir á recibir entre sus brazos
El desmayado cuerpo de su dama,
Y los primeros y últimos abrazos
Con que sin tiempo le convida y llama;
»Mas no merezco, dice, tales lazos,
Ni que de mí en el mundo quede fama,
Si antes no le quitare con la vida
La gloria de tu muerte al homicida.»
Así dijo, y cual Hércules furioso,
Con el incauto don de Deyanira,
Rompe, quiebra, destroza, y presuroso
Los altares trastorna ardiendo en ira;
Hasta llegar al mensajero odioso
Que el presente le dió, y temblando mira,
Y en él á su furor ciego entregado,
A no poder ya mas muere vengado;
Así de Rosia el sin ventura amante
Furioso entró en el escuadron tejido,
Rompiendo cuanto encuentra por delante,
Hasta el cobarde moro mal nacido;
Que con medroso y tímido semblante,
Del tiro y daño hecho arrepentido,
Las espaldas volvió, mas no se fuera,
Aunque por padre á Dédalo tuviera.
Por el crespo cabello, áspero y duro,
Bramando le ase, y dél rastrando tira,
Y haciendo que le den paso seguro,
Seguro va á pesar de quien le mira,
Adonde yace entre un confuso muro
De armas un rostro bello, en quien espira
Del mundo la beldad, de honor lo justo,
De amor lo fino, y de su amante el gusto.
Llega, y haciendo campo con la espada,
El delincuente preso le presenta,
Y así le dice con la voz turbada:
»Remate triste de mi alegre cuenta,
Suspende por un rato la jornada,
En tanto que esta víctima sangrienta
En tu altar sacrifico, y yo tras esto
A seguirte y morir por tí me apresto:
Que no es bien que la pena de perderte
Pueda menos en mí que un enemigo,
Y que la aprehension del bien de verte
No me lleve tras tí á verme contigo:
Mi corta vida se acabó en tu muerte,
Y así es muy fácil de acabar conmigo;
Sigo tus pasos, que á quien vive en pena,
La muerte mas penosa le despena.
Ya la vida me sobra, y el suave
Deleite del morir siento en el pecho,
Gloria y gusto que no se alcanza y sabe
Sino es al punto deste paso estrecho:
Que el cielo á este secreto echó la llave
Porque el mundo quedase de provecho,
Que á saberse lo dulce de la muerte,
Fuera el largo vivir adversa suerte.»
Así dijo, y al moro que fue causa
De la triste tragedia clavó al punto
La daga al corazon, con que hizo pausa
Su miedo, y se estendió el cuerpo difunto;
Y tomando en sus brazos quien le causa
Tormento, vida y muerte todo junto
Los ya turbados ojos un instante
Para mayor dolor puso en su amante.
Y con la débil voz enflaquecida,
Como aceptando el sacrificio hecho:
«¡Ay, dice, honesto amor, prenda querida,
Cuan tarde conocí tu honrado pecho!
¡Ingrata, que te vine á dar la vida,
A tiempo que ya no era de provecho!
Siendo para morir con pena eterna,
Dura en la vida, y en la muerte tierna.
Mas si una alma es de estima en quien mudanza
No habrá ya para siempre, en ella viva...»
Fue á decir tu memoria, y no le alcanza
La última parte que quedaba viva:
Cayó muerta, y con ella la esperanza
Del triste amante, que con ansia esquiva
Del presente dolor, y la perdida
Sangre, tambien allí quedó sin vida.
En tanto el francés campo, á la potencia
Del fiero rey de Argel, cayó delante,
Sin caudillo que hiciese resistencia
Al furor de su ejército arrogante;
Que á unos el miedo, á otros la imprudencia,
Para darlos rendidos fue bastante,
El moro con soberbia vanagloria,
Del despojo gozando, y la victoria.
Yo en tanta confusion del ya vencido
Campo francés las sobras derramadas
Cual pude recogí, aunque mal herido,
En escuadron y mangas concertadas;

Gente visoña, pueblo mal regido,
Que los de pundonor y armas honradas,
Por varios trances, en diversos modos,
Sin dar un paso atrás murieron todos.
Cuatro mil desta gente alborotada,
Al ronco son del repentino asalto,
A defender su honor mal enseñada,
En mi real estandarte hicieron alto:
Melisendra á Sansueña fue llevada,
Su esposo, de armas y de sangre falto,
Quedó donde un soldado fugitivo
Por muerto entre los muertos le halló vivo.
Con estas sobras de vencida gente
Al socorro pasé del rey ingrato,
Que en Samos, en custodia suficiente,
Sin magestad vivia ni aparato;
Cual ya otra vez huyendo la insolente
Tiranía se libró de Mauregato,
Que de aquel santo claustro la guarida
Dos veces le dió el reino, y dos la vida.
Rehice allí sus fuerzas con la mia,
Y el bastante presidio reforzado,
La vuelta de Leon tomé otro dia,
Injusta córte del tirano alzado;
Por si abria puerta, ó encontraba guia
De reduccion al pueblo rebelado,
Y con deseos tambien de ver mi esposa,
Del cielo de mis gustos alba hermosa.
Filarco un noble caballero godo,
Caudillo fiel de aquellas dos banderas,
Que en Mondoñedo contra un campo todo
De unas hojas se armaron de higueras;
A cuya sombra se peleó de modo,
Que cobraron cien bellas prisioneras,
Y á España dieron libre del pedido,
Y á Figueroa blasones y apellido:
Deste fue hija Arlinda, por quien vivo
Alegre al rayo de sus ojos bellos,
Desde el dia que amor blando y esquivo
Para mi bien labró su alcázar dellos:
Vílos en mi niñez, fui su cautivo,
Y todo el cielo de mi gloria el vellos,
Hasta que en dia feliz, y hora dichosa,
Rey de mis gustos fuí, y ella mi esposa.
Trazóse el nudo de mi honrado intento
Para la vuelta y fin de la jornada
Del viaje de Lutos, y este asiento
La ocasion suspendió de mi embajada:
Llevado pues de mi amoroso aliento,
Y la real pretension justificada,
Por si en los tratos descubriese modo,
Que al rey pueda importar y al reino todo.
Llegué á la córte en hábito encubierto,
El riesgo huyendo del tirano brio,
Solo al infiel Garilo descubierto,
Un hombre hecho de solo el favor mio;
Sagaz, traidor, doblado, astuto, incierto,
Con mas mudanzas que el raudal de un rio,
Y con un medio tan de azares lleno,
Ventura fue salir suceso bueno.
Peligro es levantar á honras mayores
Sin gran virtud humildes nacimientos,
Solia decir este ayo de traidores
En favor de sus falsos pensamientos:
Que los niños se engañan con amores,
Y los hombres con falsos juramentos;
Y que en su mejor ley el mundo quiere,
Que aquel tenga mas del que mas pudiere.
Entré escondido, y en su humilde techo
Con fingido recato recibido
Lo mas guardado le mostré del pecho,
Y el fin honrado tras que habia venido;
Y habiéndole del alma alcaide hecho,
Dél, y la obscura noche guarecido,
A mi Arlinda fui á ver, yendo conmigo
El alevoso en hábito de amigo.
Hallé la ilustre casa alborotada,
Y mas se alborotó con mi venida,
Por nueva desventura no pensada,
De loca ocasion bárbara nacida;
El sin lealtad tirano en mano armada,
Insolente furor y alma atrevida,
Enamorado de mi esposa bella,
Casarse á su pesar queria con ella.
Habia intentado el caso por mil modos,
Ruegos, lisonjas, fieros, amenazas,
Y habiéndole salido en vano todos,
A las armas se fue, y dejó las trazas;
Y un escuadron de cien bastardos godos,
De aleve sangre y de mestizas razas,
Envió, que por fuerza ó ruegos rinda
Del padre el gusto, y de su hija Arlinda.
Vime de un nuevo enjambre de cuidados
Cercada la confusa fantasía,
Los puertos todos del favor tomados,
Y la salud sin esperanza y guía:
Mas el aprieto y casos ponderados,
El breve tiempo, la venida mia,
La fuerza del tirano, el mando injusto,
Y el peligro comun de honor y gusto;
Todo alumbró el confuso entendimiento,
Y una quimera fabricó nc vista,
Que puede mucho un noble pensamiento,
Y es la necesidad grande tracista:
O fue desesperado arrojamiento,
O sentencia que el cielo dió en revista
Contra el tirano infiel, cuya insolencia
En nada halla y tiene resistencia.
Yo fui de parecer que libremente
Al rey se entregue mi querida esposa,
Corriendo un velo de alegria aparente
Al triste ceño y cara vergonzosa;
Pues pretenderla resistir sin gente,
Volverla afrenta fuera mas vistosa,
Y donde la insolencia y fuerza daña,
A veces suele aprovechar la maña.
Fue ya opinion del ofendido viejo,
De Hércules Libio ilustre descendiente,
Que donde no alcanzare el gran pellejo
Del fuerte leon, se añada el de serpiente:
Que las fuerzas se ayudan del consejo,
Y el animoso aprenda á ser prudente,
Que donde á ganar nada se aventura,
Perderse no es valor sino locura.
Esto dispuse, y no perder su lado,
Que es el riesgo de honor grave herida,
Y en hábito de dueña disfrazado,
Para la muerte encaminé mi vida:
De un secreto puñal el brazo armado,
Que de uno de los dos fuese homicida,
Del tirano, ó si acaso errase el hecho,
Se entrase de temor dentro en mi pecho.
Convino el grave acuerdo efectuarse
A la priesa mayor que el tiempo daba,
Sin ver el daño que era no guardarse
Del traidor que allí en vez de amigo estaba:
¡Oh! ¡cómo debe un cuerdo recatarse,
Si al mejor tiento la lealtad se acaba!
Y la sin premio envidia muchas veces,
Para matar con una hace dos teces.
Arlinda con la guarda del tirano,
Y con la mia dejó su honrada casa,
Y al palacio guió, en que el rey en vano
Contando el tiempo los minutos pasa,
Trazando el gusto de entregarse en vano
En la alta posesion de un bien sin tasa,
Que un gran deseo sueña montes de oro,
Que suelen ser al despertar de lloro.
El sin lealtad Garilo de otra parte,
Sin mayor premio que mostrarse ingrato,



A riesgo de ambos trata de dar parte
Al falso rey de mi encubierto trato;
Y á toda priesa y diligencia parte
A decir con el suyo mi recato,
En el de un memorial, que contenia,
Tras su infame traicion la lealtad mia.
Ya la cuadra real se habia cerrado,
Y el rey con las cortinas en su lecho,
Al lado suyo Arlinda, yo á su lado,
Bañando ambos en lágrimas el pecho;
Y él con el tierno suyo enamorado,
Procurando ablandarla sin provecho,
Cuando sonó en la guarda de improviso,
Que al rey le traen un importante aviso.
Garilo al rey gallego es quien lo envia,
Y á quien la honra y vida importa el caso...»
Así su dulce historia proseguia
El noble godo, cuando el sábio Eraso
Su nuevo alcaide, sienten que venia,
Y él por oirlos entretuvo el paso,
Y Teudonio el aviso de Garilo,
Y yo tambien, pues se ha quebrado el hilo.
Que el rumor de la guerra es ya de modo,
Que el aire en ciega confusion envuelve,
Y en la francesa furia y valor godo
Rayos Marte del rojo alfange vuelve:
Trae revuelto Morgana el mundo todo,
Sola ella es quien su cólera revuelve,
Y la ira mujeril cuando se ensaña,
Entre las iras es la de mas saña.
Y aunque en el lago blanco retirada,
Vergonzosa quedó aquel triste dia,
Que Orlando pudo con la nueva espada
El jardin destrozar en que vivia;
Ni dél, ni de su injuria está olvidada,
Que en tristes ansias la alimenta y cria
Dentro el alma, buscando de contino
Para vengar su deshonor camino.
El grave ultraje á su guedeja de oro,
Con libre y atrevida mano hecho,
Y en la encantada sala del tesoro,
Ya el precioso carbunco sin provecho,
Los reyes libres, y olvidado el moro,
Ardiente fragua á su lascivo pecho,
Trocado todo en gustos de venganza,
Que son los que en mujer no hacen mudanza.
La ciega noche atenta contemplando
Del pardo cielo aspectos y señales,
Fue en puntos de efemérides sacando
De los pasados los futuros males:
Saturno al sol en diámetro mirando,
Marte con un cuadrado aspecto, iguales
Desde Cancro á Saturno, y al sol mira;
El aire altera, el mundo enciende en ira.
Y en estos astronómicos secretos
La mudanza de un reino vió escondida,
Y en sus soberbias gentes mil efetos
A su salud contrarios, y á su vida:
Cerró el libro, y con cercos mas perfetos
A un apremiado espíritu homicida
La cuenta pide, y que la dé si sabe
Adonde el cielo agüera un mal tan grave.
A la honda boca de una obscura cueva
Desceñida la halló el siguiente dia,
Y en medio sus conjuros la luz nueva
El alma la asombró que la seguía;
Huyó á su centro, y ella con la nueva
De deseada venganza y alegría

La vuelta daba, cuando dió con ella
La bella Alcina, en su carroza bella.
Son del mago colegio estas dos Hadas
Las que mas se conforman en los gustos,
Y así ahora de su antiguo amor llevadas
Al cuello hacen los lazos mas robustos;
Y en la carroza de marfil sentadas,
Olvidados de Francia los disgustos,
En tierno labio y pláticas sabrosas
Cuenta se dan y piden de sus cosas.
Llegan al real palacio de Morgana
Cuando ya el sol de lleno le embestia,
Y entre el rocío del campo y la mañana
En lumbres de oro y de cristal se ardia,
Donde el diestro pincel con mano ufana
Bellos dibujos á la vista envia,
Sonando el pueblo dentro, antes dormido,
De las puertas de bronce al gran ruido.
Cercada de sirvientes la carroza,
De bellas ninfas, y bizarros pajes,
Que en fresca juventud, y sangre moza,
Salarios gozan de la Hada y gajes,
Pasan la altiva puerta, en quien retoza
La vista por bellísimos follajes,
De ricas piedras bárbaro tesoro,
En finos jaspes con perfiles de oro.
Entran al primer patio en forma ovada,
De altas columnas de alabastro hecho,
Donde en arcos de bóveda sentada
La cimbra sube, y vuela el antepecho:
De allí, en dos nuevos cuerpos levantada,
La máquina se encumbra al postrer techo,
Que en varias acrotérias se remata,
De enlazados estucos de oro y plata.
Aquí al gran peso de un cristal de roca,
Al frio rigor del polo congelado,
Una clara inmortal fuente provoca
A sed el apetito mas templado:
Cien faunos lanzan agua por la boca
En harmonía y son diferenciado,
Y en otras tantas urnas cien hermosas
Ninfas las ondas cogen deleitosas.
Estas sufren en peso otra ancha taza,
Sobre quien una y otra y otra crece,
De tantos caños, y tan varia traza,
Que el sutil artificio desvanece;
Y así en nuevos primores los engaza
Los unos por los otros, que parece
Que es toda junta, en su primor distinto,
De agua y cristal un bello laberinto.
El patio, á toda cuenta y primor hecho,
De encajes bellos de bruñidas losas,
Y por los corredores, trecho á trecho,
De valiente pincel prendas vistosas:
De plata los balaustres y antepecho,
De jaspes escaleras anchurosas,
Cuyas pomposas puertas y ventanas
Dan de ébano y marfil sombras galanas.
De relevado estuco y artesones
Las bóvedas bellísimas, con cuantas
Piedras de ingrato amor, transformaciones
De bellas ninfas, y torcidas plantas
Da la parlera Grecia en sus ficciones,
Y en sus verdades las historias santas,
Cuyo diestro pincel abre en la vista
De gusto al alma un nuevo coronista.
De cuadros de primor ricos encajes
Coronan la imperial tapicería,
Con faunos, fuentes, riscos y follajes,
Dianas, Venus, cazas, montería:
Una Flora entre rosas y celages,
Un muerto Adonis, una Procris fria,
Aquí un Faeton cayendo, acullá un Midas,
En oro las arenas convertidas.
Pasaron las dos Hadas á sentarse
En persianos tapetes de brocado,
En una sala, que á dejar mirarse
Su techo de oro y pedreria grabado,
Pudiera de pobreza avergonzarse
Neron con su palacio celebrado,
Aunque fue el desconcierto sin segundo,
Que el oro embebió en sí de todo el mundo.
Exalando perfumes y vapores
De aromas finas, pebeteros de oro,
Con lo mejor de Arabia, y sus olores
Fiesta á la diosa hacen del tesoro;
Y de cítaras, liras y cantores,
Vigüelas y harpas, un tropel sonoro,
En conforme y suavísima harmonía,
Le añaden gala á la en que nace el dia.
En gozar della, y ver la hermosura
Del fértil campo en bellos miradores,
De la aurora pasaron la frescura,
Y del sol los primeros resplandores:
Mientras el maestresala, que procura
Las mesas adornar y aparadores,
Con vasos de oro, en pompa ufana y larga,
De rica y nueva magestad los carga.
En la sala de Apolo la real fiesta
Por mas ostentacion hizo aquel dia,
Dicha así, de una imágen suya puesta
En un rico Parnaso que allí habia,
Con soberbios collados y floresta,
De árboles de oro y varia pedrería,
Aves de alegres plumas y colores,
Y ricas perlas en lugar de flores.
Víase Dafne en medio, convertida
En un fresco laurel; víase á su lado
El dios de amor, la venda desceñida,
Riendo el triunfo, al arco recostado:
Llorando Apolo, Dafne arrepentida,
El mundo triste, y el cruel vengado,
Y entre las arboledas de Peneo
Tañendo á veces y cantando Orfeo.
Es de la altiva sala la techumbre
Un repartido cielo en mil estrellas,
Que del sol de un carbunco enciende lumbre
La plateada luna á un tiempo, y ellas;
A quien sigue la escelsa pesadumbre
De clavos de cristal y ruedas bellas,
Con su cerco vital, cuyo tesoro
La esfera parte en varios climas de oro.
Los apartados pólos, donde el yelo
El blanco nacar da á las ondas frias,
Las templadas regiones, y aquel suelo
Donde tú, Apolo, soplo ardiente envias;
El Oriente abrasador del cielo,
Término de las noches y los dias,
Profunda sima, y anchurosa cava,
Adonde el mundo sin morir se acaba!
El abrasado igual meridiano,
De luz sembrado y puntas de oro fino,
Cuya dorada y no torcida mano
Fiel lumbre al mundo llueve de contino;
Los trópicos de invierno y de verano,
Del sol cerrada cárcel y camino,
Uno de nieve y tempestad cubierto,
Y en siempre nuevas flores otro abierto.
La línea de igualdad, cuyas vertientes
Los montes miran sin ninguna altura,
Que unas tiznadas y desnudas gentes
Cultivan en eterna calentura:
Los coluros que ciñen ambas frentes
A los dos nortes, y con luz segura,
El estrellado cerco que los guia
Adonde vive sin morirse el dia.
Hay un camino de oro que divide
Del círculo vital la anchura ardiente,
Por quien el rubio sol que el cielo mide
Ya con luto se ha visto entre la gente;

Y la encantada luna, que preside
Al flojo sueño en su mayor creciente,
Se vió alegre salir con sus estrellas,
Y faltarle la luz en medio dellas.
Relumbra aquí el dorado vellocino
Que un tiempo á Colcos hizo ser famosa:
Y el toro que con cuernos de oro fino
Nadando el mar pasó una ninfa hermosa:
Dos niños, uno humano, otro divino,
El cancro y su figura portentosa,
El leon con la cerviz de oro estrellada,
Y la vírgen de espigas coronada.
El peso ajustador de nuestras horas,
El escorpion de su veneno armado,
El que con arco y flechas voladoras
De tierna nieve deja el campo helado:
El frio capricornio, que en sonoras
Borrascas da el sereno mar turbado,
El copero que á Júpiter infama
Con los dos peces de argentada escama.
Las frias nietas del nevado Atlante,
El dorado orion armado y fiero,
Que al triste y solitario caminante
De guia á veces sirve y compañero:
El carro de oro en ruedas de diamante,
Las dos osas, las guardas, y el lucero,
Y el fijo norte que á sus piés relumbra,
Que es quien las horas de la noche alumbra.
O sea pincel sutil, ó mago aliento,
Fuerza de ingenio, yerbas, ó conjuro,
No hay en el cielo esfera, movimiento,
Signo, estrella, planeta ni conjuro,
Aspecto, casa, conjuncion, aumento,
Oriente claro, ni Poniente obscuro,
Que por esta ancha sala, y su discurso,
No haga en su natural período curso.
El año, la semana, el mes, y el dia,
Creciendo en su volar, y decreciendo,
La clara luz á la tiniebla fria,
Con bellos rayos de oro hace ir huyendo:
De la flor tierna que el verano envia,
Dulce fruto el otoño está vertiendo,
Por sustento al invierno y al estío,
Este rico en calor, el otro en frio.
Sin lo que hermoso aquí la vista goza,
Que es del mundo la máquina abreviada,
La alegre escuadra de aves que retoza,
Toda la vuelve en suavidad bañada:
Canta, gorgea, despierta, y alboroza
A Orfeo, que ayude, si á Morgana agrada;
Mas si ella con su gusto no lo entabla,
Todo ello es oro muerto que no habla.
Sirve esta alegre pieza de intervalo,
Y antecámara de otra mas secreta,
Donde su estudio tiene y su regalo
De libros en quietud y paz perfeta:
Yo en su dulce memoria me regalo,
Que á un pacífico gusto y vida quieta
En sabia juventud nada le iguala,
Y mas con tal estudio, y con tal sala.
Aquí las reales mesas coronadas
De costosas bajillas de oro fino,
Con preciosos manjares ocupadas,
Vestidas dió aquel dia el blanco lino;
Donde en comida espléndida á las Hadas
Las tazas colman de espumante vino,
Y en graves salvas sirven y aparato
La real ostentacion de cada plato.

ALEGORIA.

De tal manera se puso el blanco y último fin desta obra en la moralidad y enseñanza de costumbres, que lo que en otra parece accidental y accesorio, puede confesarse en esta por principal intento; y asi en ninguna parte va tan oscura, que no descubra y dé algunas centellas y resplandores de sí, mostrando debajo de la dulzura del velo fabuloso, la doctrina y avisos convenientes á la virtud; de modo que si aquí por evitar prolijidad no se descubre toda la alegoría, podrá con este estilo sacarla quien con atencion la leyere.

En las prosperidades de Francia, tan vecinas á su caida, se descubre la poca estabilidad de los bienes temporales, y como entonces tiene el prudente mas que temer, cuando en mayor grandeza se halla, porque ni á la virtud le faltó emulacion, ni á la envidia modos para dañar.

Las Hadas significan los efectos y pasiones del ánimo sensitivo, y así ninguna hay en que no se pinte alguno dellos: Alcina, el apetito amoroso; Morgana, el de la riqueza; Febosilla, el de la fama; Falerina, que labró la espada para matar á Orlando, las astucias de la guerra, á cuyas manos suelen morir los mas invencibles capitanes.

En Teudonio, tan privado en el gobierno del rey Casto, y luego puesto por él mismo en prision, se muestra lo poco que hay que fiar en favores de príncipes, que tan dispuestos están á pasarse de un estremo á otro, porque en cuanto hombres, aunque reyes, son mudables.

En la tragedia de Alancredo y Rosia se muestran cuan juntos y engazados andan en los amores los gustos y los disgustos; y en la de Manuces en medio de los suyos, el ordinario fin de un tirano.

En Garilo, que traidoramente quiere vender á su amigo, el gran riesgo que hay en fiar secretos de importancia á hombre de quien no se tenga entera satisfaccion.

En la amistad de Alcina y Morgana se dice, que el apetito de la sensualidad y el de las riquezas, son las dos pasiones que mas unidas están en el deseo humano, y que hasta en los cursos de los cielos pretende el rico tener dominio.

LIBRO SEGUNDO.

ARGUMENTO. Cuenta Alcina á Morgana la causa de su venida, las admirables cosas que vió en la cueva de los Hados: y para darle entera relacion de la persona de Bernardo, que las ha de dar vengadas de Orlando, y los demás paladines; refiere el orígen de los godos en España, de cuyo linaje él desciende. Morgana, agradada de la relacion del mancebo, promete darle para adorno de su persona las celebradas armas de Aquiles. Píntase la casa de la fama, y la que hay de la venida del Francés. Libra Ferraguto una ninfa de las manos de un sátiro, que se convierte en la fuente del Desengaño, y la ninfa en un lienzo de su labor en profecía le muestra algunos valerosos capitanes de España.

Templó en tanto Gadir su laud dorado,
Y todo en furor bélico encendido,
Por el aire sutil dejó sembrado
Del suave acento un resonar medido:
De tan varia harmonía acompañado,
Que el alma cautivó por el oido,
Al dulce son que en los sentidos dejan
Los golpes de las cuerdas que se quejan.
Y dando á los bemoles compañía
La dulce voz de su divino canto,
La beldad comenzó á cantar, que el dia
Al mundo saca en su rosado manto:
Las flores que derrama la alegría,
En que á la noche trueca el ciego manto;
Y en invisible y blando movimiento
De negras sombras barre y limpia el viento.
Hurta á la luna el oro de su esfera,
Y á las estrellas su argentado brio,
Entolda de jazmines su litera,
Respira el aire blando aljofar frio,
Sale el dorado sol, la mar se altera,
Tiembla la luz sobre el cristal sombrío,
Y de su barro el caluroso aliento,
El bajo suelo humea, y arde el viento.
Y ya despues que toda esta hermosura
Al bello rostro acomodó de Alcina,
Y el lisonjero labio su dulzura
Envuelta dió en destreza peregrina:
La antigüedad del largo tiempo obscura

Veloz cantó, y la priesa en que camina
El origen del mundo, y cuando el cielo
Feliz principio halló á su inmortal velo.
Cantó de las mudanzas de fortuna
En su inconstante esfera el punto breve,
Cantó al sol sus eclipses, y á la luna
La luz que con dorados cuernos bebe:
Cantó el fatal colegio, y de una en una
Las Hadas celebró su canto leve,
Tocando á vueltas no menuda parte
De heróicos hechos del sangriento Marte.
Y acabada la música y comida
En pomposa grandeza y aparato,
La una magestad á la otra unida
A gozar fueron del jardin un rato:
En cuya alfombra fértil y florida,
Vivo de la beldad dormia el retrato,
Al templar con los árboles y el viento
El tierno ruiseñor su alegre acento.
Habia por él diversos cenadores,
Sobre estanque y arroyos cristalinos,
De estátuas adornados y primores,
Y de diestro pincel cuadros divinos:
Allí burlas y juegos de pastores,
Personajes de risa y desatinos,
Aquí brutescos, acullá grimazos,
Y de olmos y de parras mil abrázos.
Despues que con jazmines y claveles,
Azules lirios y encarnadas rosas,
Lo mas vistoso hurtando á sus vergeles,
Sus cabezas volvieron mas vistosas:
Al márgen de un arroyo entre laureles,
Sobre alcatifas pérsicas preciosas,
A sombras frescas de una vid lozana,
Así Alcina habló, y oyó Morgana:
«Si ya deseas saber, oh reina hermosa,
De mi nueva venida el fundamento,
Que causa hacerme pudo venturosa,
A hurtarle á tu vista este contento;
Negocios graves, ocasion forzosa,
A salir me obligaron de mi asiento,
Aunque el gusto de verte lo hiciera,
Del muerto mundo cuando allá estuviera.
Mas hoy este regalo y mi venida
A tu servicio queden, y á mi cuenta,
Que tú en venirme á ver serás servida,
Y yo en verte cual ves rica y contenta:
Un agravio comun nunca se olvida,
Ni á un noble la memoria de su afrenta,
Ni á un amigo, si lo es en lo que digo,
La injuria que le hicieron á su amigo.
Despues que tu jardin fue destrozado
Por la mano de aquel francés furioso
Que ganó á Balisarda, y ha ganado
Contra nuestra nacion nombre famoso;
Nunca de mi memoria se ha borrado
De la afrenta el ultraje vergonzoso
En que su espada nos dejó, y quedamos
Las que de sangre tuya nos preciamos.
Y aunque ninguna goza en tu linaje
Derecha accion á la fatal bebida,
De cuyo vaso y su inmortal brebage
El brio desciende á nuestra larga vida,
Que recibido no haya algun ultraje
Desta nacion francesa mal nacida,
Todas sin hacer caso de los suyos,
Como á mas principal lloran los tuyos.
A tí contenta sola, á tí vengada,
Desea en esta ocasion la mas briosa,
Y yo mas como mas interesada,
Y en yerros contra tí menos piadosa,
Que como rica debes ser honrada,
Y en solo este cuidado cuidadosa,
Ninguna diligencia he perdonado,
Oye lo que con ellas he alcanzado.
Donde el mar Jónio al Ténaro le baña
Los verdes jaspes de su fértil vena,
Y en bosque espeso y hórrida montaña
Sobre las nubes se encarama y suena:
De entrada obscura, y abertura estraña
De negro hollin, herrumbre, y lamas llena,
Una espantosa cueva se descubre,
Que el cielo y mar con humo altera y cubre.
Por esta se camina al ciego mundo,
Y Alcides á esta luz sacó el cerbero,
Cuando de las deidades del profundo
Victorioso salió, arrogante y fiero:
Aquí la muerte tiene otro segundo
Caron, que asista y sirva de portero,
A cuyo aliento y cálido bochorno
El vivo huye, el muerto tiembla en torno.
En cierto aspecto de menguante luna
La obscura cueva está en segura entrada;
Hasta donde en los libros de fortuna
La humana cuenta se nos da ajustada:
Por tu ocasion aquí en hora oportuna,
De fantasmas bajé y horror cercada,
A consultar tu caso, y ser testigo
De lo que allí hallé, y aquí te digo.
Despues que por torcidos escalones,
Vacíos de claridad, bajé á los senos
De la tierra, y sus negros artesones,
De hollin tiznados, y de sombras llenos,
Antes del triste término y mojones,
Del reino de Pluton vi unos serenos
Campos, y allí un castillo, á quien el dia
De la suya una luz dudosa envia.
En la jurisdiccion de los mortales
Este alcázar está, y quien dentro vive,
De aquí el hado, los bienes y los males
A la tierra despacha, y apercibe:
Aquí con altibajos desiguales
Fortunas labra, y su valor describe;
Y aquí es al fin la casa de moneda,
De cuanta el tiempo por el mundo rueda.
Aquí Demogorgon está sentado
En su banco fatal, cuyo decreto
De las supremas causas es guardado
Por inviolable y celestial precepto:
Las parcas y su estambre delicado,
A cuyo huso el mundo está sujeto,
La fea muerte y el vivir lucido,
Y el negro lago del oscuro olvido.
Aquí se labra el siglo venidero,
Y las humanas inviolables leyes,
Que ni el tiempo las muda lisonjero,
Ni las quebrantan príncipes ni reyes:
Cuelga el último dia del primero,
Y en torpe yunta de alquilados bueyes
Ara la vida el mundo, y nadie advierte
Que es el vivir dar pasos á la muerte.
Aquí en negro dosel sin luz sentadas
Tres diosas hilan las humanas vidas,
Al curso las madejas devanadas
De nueve ruedas de cristal lucidas:
Donde en el huso apenas marañadas,
Las blandas hebras crecen mal torcidas,
Cuando de todas tres la mas ligera,
Por lo hilado corre la tijera.
Copos de suertes y colores varias,
Unos blancos sin tez, otros lustrosos,
Unos á quien los reyes pagan párias,
Y otros que pechan á les mas astrosos:
Cuales de tornasol hebras voltarias,
Cuales de rica luz hilos preciosos,
Cuales de alquimia, y cuales de oro fino,
Y en cada cual su hebra y su camino.
El siglo venidero, la mudanza
De reyes, reinos, casas y dictados,
Lo que el distrito de fortuna alcanza,



Lo que al decreto toca de los hados:
Cuanto se pesa con mortal balanza,
Los que vendrán, presentes y pasados,
Cuanto es, cuanto ha de ser, y cuanto ha sido,
Aquí se hila, corta y da tejido.
De los tiempos la masa ví abreviada,
Manar al mundo y revolver sus cosas,
La vida de congojas asaltada,
La muerte de sus bascas temerosas:
La fortuna dichosa y desdichada,
Con sus dos caras ambas engañosas,
Volando en sus favores y desdenes
Los males engazados con los bienes.
Y entre estos mundos, al que ya nacia,
Humilde ví la victoriosa Francia,
Que un mancebo y su espada le tenia
Por el suelo sembrada su arrogancia;
Miréla, y admirada en lo que via,
Aquella conocí ser la inconstancia
Del bien humano, que los mas cumplidos
Forzados vienen, y se van corridos.
No me admiré de ver que tanta alteza
En tragedia tan triste se trocase,
Que es cierto que en mortal naturaleza
Todo tiene su fin, y ha de acabarse:
La rueda me admiró con su presteza,
Que apenas deja de la vista hallarse,
Allí, ¡oh fortuna! quien de tí se fia,
Verá cuan firme tiene su alegría.
La espada Balisarda ví presente,
Que un victorioso jóven á tu instancia
En la sangre bañaba de un valiente,
Que asombró el mundo, y dió valor á Francia,
De oro con estas letras en la frente:
»Bernardo, honor de España, aunque en distancia
Brevísima su fama así encogida,
Que apenas al nacer fue conocida.»
Cual la dudosa luna amortiguada
En los principios del helado invierno,
Entre negros celages ofuscada,
Falto muestra de luz el rostro tierno;
Y antes de ver el alba deseada,
El oro pierde de uno y otro cuerno,
Haciendo el tibio resplandor difuso,
De mil colores un color confuso.
De tal manera entre una niebla obscura
De Bernardo la fama se quedaba,
Y sin lumbre, sin luz, ni hermosura,
Confusamente aquí y allí volaba:
Cortas las alas, pobre de ventura,
Y aunque el confuso espíritu alentaba,
Faltábale la pluma, y no podia

La oscuridad huir, que la ofendia.
No porque su grandeza no subiese
Adonde hasta hoy nadie ha llegado
Mas un astro infeliz quiso que fuese
Corta de voz, y de valor sobrado:
Faltó quien á sus alas añadiese
Una pluma de estilo moderado,
Y así en lenguajes bárbaros metida,
Arrinconada quedará, y perdida.
Hasta que el tiempo que ofuscarla pudo
Hermosa y clara al cielo la levante,
Y de su obscuro y encantado nudo
Un nuevo verso y voz la desencante;
Esto por las molduras de su escudo
Grabado vi, y con letras de diamante,
»A otro de su nombre está guardado,
El romper con la pluma este nublado.»
Mas si gustas saber con fundamento
Quien este valeroso jóven sea,
Qué sangre puso en él tan firme aliento,
Qué obligacion honrada le espolea;
Sabrás, hermana, aunque es prolijo el cuento,
Que en su real nacimiento dió una idea
De su furor la quinta esfera al suelo,



Bernardo del Carpio.

Y otra de afable amor el tercer cielo.
En esta rica Escandinavia hermosa,
A quien la antigüedad llamó otro mundo,
Y desde aquí con vuelta deleitosa,
Casi en torno la ciñe el mar profundo:
Madre ilustre de gente belicosa,
De fértil suelo, y de vigor fecundo,
Donde este rico lago halló asiento,
Que hoy da á tu alcázar real firme cimiento,
Tres soberbias provincias y regiones
Pisan su invicto suelo, y la postrera,
Cuyo distrito y bárbaros mójones
Del mar Germano tocan la ribera:
Oficina de indómitas naciones,
De inculta vida fue, y de gente fiera,
Donde los getas fueron, y los dacos,
Y el primer godo aró bosques opacos.
De aquí salieron por diversas vias
De antigua gente en gruesos escuadrones
Valientes hombres, que las tierras frias
Pueblos producen de altos corazones;
Buscando en que habitar partes vacías,

Por venirles ya estrechos sus rincones,
Los vándalos, los cimbrios, los süevos,
Y los alanos mas que todos nuevos.
Pues entre estas naciones, que su tierra
Dejaron por estrecha, aunque abundosa,
Y á revolver el mundo y darle guerra
En figura salieron temerosa,
Los godos fueron gente en quien se encierra
Nobleza humana en sangre belicosa,
Y que de los monarcas mas potentes
Siempre temidos fueron por valientes.
Tras la alta insignia de un leon bermejo,
Que en azules banderas tremolaba,
Y de tres capitanes de un consejo,
Animo altivo, y arrogancia brava,
A ser salieron de grandeza espejo
Al mundo en la region donde él se acaba,
Del cielo á su nobleza prometida,
Y al feliz brio de su valor debida.
No salieron con pechos ambiciosos
A solo hacer alarde de valientes,
Mas con la paz pidiendo, aunque briosos,
En que habitar lugares suficientes:
No guerra, campos piden anchurosos,
Del gran derecho usando de las gentes,
Que el pueblo que en su tierra no cabia,
Que se llegue permite á la vacía.
Negó el Imperio la demanda justa,
Y la inquietud parió desasosiego,
Que es hacer guerra justa de la injusta,
Negar lo justo de un humilde ruego:
Y dando á la razon fuerza robusta,
Su despreciado campo á sangre y fuego
De Italia destruyó una larga parte,
Y en el rio Tíber la ciudad de Marte.
Y á tal colmo subió el de su potencia,
Que hacia y deshacia emperadores,
Hasta que en útil premio y convenencia
A su rey y futuros sucesores
Honorio dió en legítima tenencia
La España, á quien los bárbaros furores
De los süevos, vándalos, y alanos,
Al imperio usurparon de las manos.
Fue el trato que al rey godo le quedase
Lo que entre el Pirineo y mar se encierra,
Y que del yugo vándalo sacase
A su corona la usurpada tierra;
Con que su invicto campo reservase
A Italia y Roma de su injusta guerra,
Dando por precio al español estado,
Cuanto en el Lácio suelo habian ganado.
Ora sea ó no justificado el hecho
Con que se habian en él introducido,
Su cetro tenia ya el primer derecho
De ocupacion por armas adquirido:
Y así al ceñido imperio útil provecho
La ley fue del contrato establecido,
Y por aquí legítima, y no estraña,
La entrada de los godos en España.
Murió Alarico hecho el trato en todo,
Si bien no pudo verlo efectuado;
Sucedióle Ataulfo el primer godo
Que en España metió campo formado:
Ganó hasta Barcelona, y allí, el modo
De su gobierno próspero asentado,
Por mano le mató de Ernulfo fiero,
Que las suyas por rey besó primero.
Siguióle el desgraciado Sigerico
En el reino tambien como en la muerte,
Con mas vana codicia de ser rico
Que en campo armado belicoso y fuerte:
Dióle el tiempo en gran cuerpo ánimo chico,
Con que se ahogó en él la buena suerte,
Matándole en la paz por mas casera,
La espada que en la guerra no lo hiciera.
Tras este el reino dieran á Walía,
Porque la siga y haga sin partido;
Salió en armada flota á Berbería,
Que el aire la venció, y volvió corrido;
Y con él la arrogante valentía
Del gótico poder nunca vencido,
Para hacer firme pié en el reino instable,
La antes odiosa paz halló agradable.
Sucedió á su real pecho el animoso
De Teodoredo, á quien los adivinos
Triste muerte anunciaron, y él furioso
A buscarla salió por mil caminos,
Contra el soberbio Atila victorioso
De Tolosa en los campos convecinos,
Donde en sangriento innumerable estrago
El rey bebió entre el vulgo el comun trago.
Bien que su belicoso Turismundo,
Del muerto padre en la áspera venganza,
Contra el azote del vencido mundo,
De firme acero armó su invicta lanza;
Fuera al primer azote ella el segundo,
Si envidia no enfrenara su pujanza,
Cuando al bárbaro rayo de la guerra
Las fuerzas le templó, y quitó la tierra.
Tuvo por sucesores dos hermanos:
El sin piedad incauto Teodorico,
Que á un humilde rey vándalo en sus manos
Matar le hizo, y á él su hermano Eurico:
Fratricida cruel, pero de humanos
Respetos, noble, afable, ilustre y rico,
Que á su reino dió ley y á su corona,
La orla de Zaragoza y de Pamplona.
Compeliendo á bramar al cielo en vano,
En un toro de alambre á Burdeneo,
Alarico entró al reino, y por su mano
La ambicion lo usurpó de Clodoveo;
A este le sucedió un bastardo hermano,
Y á este el valor, que de Ámalo y Balteo
Las nobles sangres puso en un supuesto,
Y en él un nombre de los dos compuesto.
Matáronle en Narbona, y entró luego
Teudis, en cuyo tiempo el real de Francia
En España sembró sangriento fuego,
Con mayor daño suyo que ganancia:
Matóle un brazo loco en furor ciego,
Sucedió de Teudiselo la arrogancia,
Y á esta de Egica la arriana suerte,
Y á ambos tras torpe vida infame muerte.
Atanagildo entró determinado
De echar de España la romana gente,
Siguióle Liuvia, y por acompañado
El cruel Leovigildo, rey prudente;
Aunque soberbio, y sin piedad airado,
En grandeza y tesoros eminente,
De Recaredo padre, y de su hermano
El mártir Emergildo sevillano.
Fue el singular y noble Recaredo
Del cetro y silla real sucesor dino,
De Francia vencedor, de Roma miedo,
Y de la fe restaurador divino;
De amada magestad, brioso denuedo,
De tan feliz estrella, y noble sino,
Que del real valor que le acompaña
Eterna sucesion gozará España.
Sucedióle de Liuvia el reino breve
De esperanzas en flor sembrado en vano,
Que Viterico con espada aleve
Segarlas pudo al cetro toledano:
Dejándolo él con muerte menos leve
A Gundemiro, el que en fervor cristiano
Los templos hizo con piedad sagrados,
Inviolables defensas de culpados.
Tras este el elocuente Sisebuto
Por dos veces triunfó de los romanos,
Y á los hebreos con público estatuto

Dejar les mandó el reino, ó ser cristianos:
Entró al suyo de lágrimas y luto,
Niño de tierna edad y años lozanos,
Su hijo Recaredo, y murió luego,
Que aun no lloró á su padre con sosiego.
Heredóle Suintila, y fue el primero
Que el reino hizo de España monarquía,
Y tras él Sisenando copió el fuero
De la jurispañola policía;
Chintila entró en resplandeciente acero,
Mas que por sucesion por tiranía,
Y Tulga al mundo dió en veloz corrida
Solos deseos de gozar su vida.
Alzóse con el reino Chindasunto,
Y sucedióle su hijo valeroso
El católico y noble Recisunto,
De ánimo insigne, y corazon piadoso;
Tras quien á Wamba hizo el pueblo junto
En concorde eleccion rey poderoso,
Y él dando temporal por infinito,
La púrpura trocó en sayal bendito.
Dió en sucesion el reino no estimado
Al conde Ervigio, rey ahora intruso
En la real silla, donde no forzado
A Egica su famoso yerno puso;
Por quien Vitiza entró en adverso hado,
De cuyo infeliz tiempo el torpe abuso
A obscurecer llegó y deslucir todos
Los graves hechos de los reyes godos.
Fue ayo de perniciosas libertades,
Y el que estragó de la compuesta España
En las nobles virtudes sus beldades,
Tanto un mal rey con su insolencia daña:
Desnudó de sus muros las ciudades,
A las armas quitó el acero y saña,
Y al mal regido reino dió permiso
Del sensüal deleite en cuanto quiso.
Privólo dél Rodrigo en campo armado,
Que su robusto pecho y brazo fuerte,
En sensuales deleites estragado,
Su grandeza perdió y ganó su muerte;
Un antiguo palacio dió encantado
En su alcazar real la infeliz suerte,
A cuyo firme umbral el bronce duro
Mil siglos tuvo en su quietud seguro.
Nadie en la antigüedad fue así atrevido
Que el acero rompiese á sus candados,
Medroso que el furor allí escondido
Sus desastres tenia encarcelados;
Deste rey solo al pecho distraido,
La fiel codicia le vendió pintados,
Los bárbaros que á España en triste dia
Un encantado bulto prometia.
Turbóse el rey al infeliz agüero,
Aunque el lascivo amor mas le turbaba
Con una dama, y su desden severo,
Niña, lozana, altiva, hermosa y brava:
Por ganalla perdió su reino entero,
El fue el último godo, ella la Cava,
Su padre Julian, por él España
Bárbara presa de una gente estraña.
En las selvas cayó del rio Leteo
Del sin ventura rey el cetro y mando,
Quedó perdida España, harto el deseo
En sus destrozos el morisco bando;
Mas ¡qué no puede un vicio torpe y feo,
Y el descuido de un rey lascivo y blando!
Todo al fin lo abrasó y tragó en su rabia
La torpe secta que nació en Arabia.
Hiciera punto aquí el linaje godo,
Su altivo reino, y el valor de España,
En miserable riesgo puesto todo,
Al tirano furor de gente estraña;
Si un nuevo rey, por milagroso modo,
Del áspero solar de una montaña
No levantara el cielo, ya cansado
Del fiero anote y del rigor pasado.
Fue este feliz restaurador Pelayo,
Del despojado rey noble sobrino,
En quien conservó el cielo vivo un rayo
Del gótico valor, brio peregrino;
Y el triste reino en su mortal desmayo
Nuevo aliento cobró, nuevo camino,
A la rica esperanza, antes sin vida,
De recobrar la libertad perdida.
Pelayo al reino dió un brazo animoso
Por sucesor de su ánimo valiente,
A quien la breve vida quitó un oso:
Y el Católico Alfonso entró prudente
A gobernar el cetro valeroso,
Por digno rey de la española gente,
Y en linaje, valor, brio y denuedo,
Inclito sucesor de Recaredo.
Deste fue hijo el áspero Früela,
Que en corazon cruel y ánimo impuro
Un hermano mató, sin mas cautela
Que deseos de gozar reino seguro:
Fue de su religion fiel centinela,
De su sagrada fe inviolable muro,
Y al estragado clero, en casto celo,
La limpia honestidad volvió del cielo.
Fue alegre prenda de una hija hermosa
Del que en Guiena fue duque contrario
Al potente Martel, que en la alevosa
Francia á rey le subió el tiempo voltario;
Abuelo del que ahora reina, y osa
Con sus duques nombrarse tu adversario
De cuya rëal sangre así enemiga
De Carlo Magno y su francesa liga,
El Casto rey nació que ahora enfrena
Con riendas de oro la invencible España
Y su hermana menor doña Jimena,
Que al mundo dió del conde de Saldaña
La invicta espada de victorias llena,
Cuyas grandezas en prudente saña
Harán los hados sin que el curso muden,
Que ahora espanten, y despues se duden.
Este es el gran Bernardo, á quien el cielo,
Por benignos favores de su estrella,
A su brazo rendido dará el suelo,
Que guia de flor de lis la empresa bella:
Hará vengado á su ofendido abuelo,
Satisfará tu agravio y mi querella,
Y áun golpe que la fama le atribuya,
De Francia la honra y la opinion por suya.
Es al presente un jóven valeroso,
De real disposicion, feroz denuedo,
Noble, fácil, cortés, compuesto, brioso,
De pecho altivo, y corazon sin miedo;
En paz afable, en guerras desdeñoso,
De España al fin, que es cuanto decir puedo,
Que un ánimo español de sangre noble
En cuantas goza el mundo es fiesta doble.
En la córte nació del rey su tio,
De adonde el sabio Orontes, deudo nuestro,
Pequeño le robó, y por gusto mio
Ayo le ha sido fiel, guarda y maestro:
Salió cual se esperaba de su brio,
En todas armas valeroso y diestro,
Cuya temprana espada y brazo fuerte
Su rey libró de una alevosa muerte.
No se crió en regalos ni en blanduras,
Ni el ocio padre fue de heróicos pechos,
Que del deleite humilde las dulzuras,
Solo son de almas pobres ricos lechos:
Desde que á las primeras luces puras
Abrió los tiernos ojos, los vió hechos
A soledades y asperezas solas,
Y á oir del sordo mar las roncas olas.
En el crespo Archipiélago copioso

De ásperas islas un preñado monte,
De la jovial Creta al golfo ondoso,
Su cabeza descubre á mi horizonte;
Y entre el Samo y el Mergo pantanoso,
Y entre el principio de Asia y Negroponte
Hecha deja una isleta y costa brava,
Que Icaria en otro tiempo se llamaba.
En cuyos solitarios arenales,
Del atrevido Icaro la pluma,
Aun eternas conserva las señales,
Sin que el mudable tiempo las consuma;
Y su nombre en las ondas inmortales,
De herviente cubierto y blanca espuma,
Sobre el sepulcro temeroso suena,
Puesto al rigor de su mudable arena.
El sabio aquí por la esperanza mia,
A su cargo tomó la ilustre empresa,
Y en noble crianza, y sabia policía,
Salva guardó la destruccion francesa:
Probando en aventuras que fingia
De su niñez la inclinacion traviesa,
Y tras ella sus años juveniles,
Al grave pundonor de hechos gentiles.
Vestíle anoche un rico arnés de acero,
Y armóle hoy caballero un rey persiano,
Guardando á mis lecciones el agüero
De un observado aspecto soberano:
Con que ya su valor veo tan entero,
Que golpe no dará en vacío humano,
Y á darte nuevas desta buena suerte,
Las alas me prestó el deseo de verte.
Ya pues, diosa feliz, en lo restante
Por ti mi jóven se gobierne y rija,
Y contra el brazo y el furor de Anglante
Armas iguales tu saber le elija;
Que aunque es á todo su valor bastante,
Con prevencion prudente el bien se fija,
Acudiendo á esta empresa por ser tuya
Yo de mi parte, Orontes de la suya.
Está de tu favor necesitado
El católico reino de Castilla
Contra el francés orgullo, que agraviado
Por fuerza quiere la española silla;
Y al valiente doncel recien armado
La soberbia del mundo se le humilla;
Solo tu amparo pido, que en la tierra
De la paz es el nervio y de la guerra.
Si el francés enemigo se apodera
De España, queda muerto el valor godo,
Todo el mundo rendido á su bandera,
Que el cielo ha dado á España el mundo todo:
Suyo ha de ser en esta edad postrera,
Y de Francia será, si por tal modo,
Por fuerza ahora ó cautelosa maña,
Su brio introduce en el valor de España.
Tu ágravio queda sin venganza justa,
Y para siempre nuestro honor manchado,
Si el ímpetu francés á la robusta
Fuerza de España queda incorporado:
La nueva causa desta guerra injusta,
Que entre estas dos naciones se ha trabado,
De aquí tomó corriente; advierte el modo
Que señora te dé una vez de todo.
Hijo dije que fue del rey Frúela,
El que lo es hoy de Asturias y Galicia,
Mas quedó niño, y con su infiel tutela
De Aurélio usurpó el reino la malicia:
Sucedió del rey Silo la cautela,
Y á este de Mauregato la avaricia,
Que por gozar de infame cetro de oro,
Bellas párias pagó en tributo al moro.
Sucedió don Bermudo á Mauregato,
De pecho real y de ánimo prudente,
Que al casto primo dió del reino ingrato,
Como antes era suyo, el cetro y gente:
Este es hoy de virtud vivo retrato,
En la guerra y la paz sabio y valiente,
Invicto vencedor, feroz guerrero,
Casto en la vida, en el juzgar severo.
Mas viéndose de larga edad ceñido,
Y de ilustres deseos rico el pecho,
En el estrecho término encogido
De un combatido muro y pueblo estrecho;
Sin forzoso heredero conocido,
Con quien dejar su reino satisfecho,
Vió tambien que aunque sobre fortaleza,
Es confusion un mundo sin cabeza.
Y destos graves pensamientos llena
La heróica fantasía el rey severo,
Entre el cargo y descargo de la pena
De ver su invicto leon sin heredero,
De sus trazas tomó la menos buena,
Sin fiarla de prudente consejero:
¡Notable error! y en ya resuelta instancia
Ceder quiere su cetro en el de Francia.
Movíale ver el brazo victorioso
Del nuevo Augusto César de Occidente,
Y el español distrito belicoso
Así ocupado de enemiga gente:
Queria dejar un capitan famoso
A su invencible ejército decente,
Que con su autoridad al pecho frio
Pusiese, á ser posible, mayor brio.
Que á él su prolija edad mas le convida
Al ocio blando que á la dura guerra,
Y del mauro la gente mal nacida
De aumentar trata la usurpada tierra:
Mas la rica esperanza concebida
Del noble fin que el real cuidado encierra,
Ya el tiempo con suceso no esperado
En ambiciosa guerra la ha trocado.
Que el reino al no decente ofrecimiento
Del Católico rey al rey de Francia,
De su imprudente arbitrio descontento,
Su valor ofendido y su arrogancia,
Que revoque pidió el dañoso intento
Con la segunda la primera instancia,
O la obediencia le alzarán debida,
Y harán no poco en le dejar con vida.
Esto á anular bastó el concierto hecho
Con público estatuto y embajada,
Y agraviado el francés, quiere de hecho
La injusta sucesion con mano armada;
Y que la fuerza á falta de derecho
Le dé el reino, y sobre esto es la jornada,
De Francia la soberbia y de Castilla
Desta fuente bebieron su rencilla.
Vencidos ya Agramante y Desiderio,
Aquel rey africano, este lombardo,
En el feroz poder del nuevo imperio,
Sobre España el Francés baja gallardo;
Y ella no tiene en todo su hemisferio
Otro valor igual al de Bernardo;
Y este basta, que un brazo valeroso,
Un campo, un reino, un mundo, hace dichoso.
Hasta ahora el riesgo ha estado por mi cuenta
Del rico enjerto, y de la invicta rama,
Que ha de dar sombra al mundo, á Francia afrenta,
Y á su España de honor lustrosa llama:
Haz ahora tú, hermana, que yo sienta
Que en esto vuelvo por tu gusto y fama,
Y que eres diosa del tesoro humano,
Que la guerra y la paz tiene en la mano.»
Al dulce hablar de la afeitada Alcina,
Morgana en gran deleite estuvo atenta,
Que es la lisonja dulce golosina,
Que al necio rico en ambicion sustenta;
Y ufana con el nombre de divina,
Así arrogante respondió, y contenta,
Sin mirar que la Hada en cuanto emprende,

Solo á su gusto y no al ajeno atiende.
Siempre creí que en tu cuidado puesto,
Vivia seguro el de mi honra y vida,
Que mas promete tu nobleza que esto,
Y en mas que esto te estoy agradecida:
El cielo á mi venganza está dispuesto,
Que pues la veo de ti favorecida,
Ya no la dudo ni recelo en nada;
Tú quedarás contenta, y yo vengada.
Por varios modos pretendí vengarme,
Y todos ellos me han salido en vano;
Ya del fiel Galalon quise ayudarme,
Ya de la injusta muerte de Troyano:
De Agramante el valor pudo alentarme,
El tártaro furor, y el africano,
De Mandricardo, y Rodamonte fiero,
Mas á aquel mató Orlando, á estos Rugero.
En graves pensamientos ocupada
El placer me halló de tu venida,
Ya en mis perplejas dudas enterada
Del Francés riesgo en su fatal caida:
Aunque ignorando la dichosa espada
De tal hazaña digna y tal herida,
Ahora que tu saber me la ha mostrado,
Oye lo que al presente me da el hado.
Ya sabes que son mios de derecho
Los tesoros del mar y de la tierra,
Y que á mi cetro y gusto paga pecho
Cuanto en los senos de los dos se encierra;
Pues donde del mar Jónio el bravo estrecho
De Acroceranio bate la alta sierra,
Cierta joya en el mundo celebrada
Dias ha que á un grave fin tengo guardada.
Aquellas armas que del griego Aquiles
A Ulises se entregaron por sentencia,
De ricas perlas llenas y perfiles,
En quien Vulcano echó toda su ciencia;
Donde en realces de mágicos buriles
Grabada está una oculta descendencia
De héroes ilustres, que vendrán al mundo
Del primer posedor, y del segundo;
Del crespo mar una áspera tormenta
Allí hasta hoy las dió depositadas;
Sin que el furioso Telamon consienta
Que le sean de mortal mano tocadas:
Vive en su muerto corazon la afrenta
De haberle sido sin razon quitadas,
Y en virtud deste pensamiento altivo;
Muerto para guardarlas se está vivo.
Si ya este nuevo espíritu valiente
El fin supiere hallar desta aventura,
Yo mi favor le prestaré decente,
Y él me hará de su valor segura.»
Así Morgana al márgen de una fuente
Al blando viento hurtaba la frescura,
Y yo al saber de su parlar atento
Tambien bebí de su discurso el viento.
Cuando el tiple marcial que el clarin vierte,
Y el ronco son de trompas y atambores
Con que el mundo camina hácia la muerte,
Su plática deshizo entre las flores:
Cesó el sepulcro en que la Hada advierte
Que el arnés vive lleno de primores
Del griego capitan, á cuya mano
Hector murió, y tembló el muro troyano.
Que el quinto cielo ya en sangrienta rueda
Por la tierra marcial furor derrama,
Y en invisible aliento da el que pueda
Crecer á soplos de ambicion la llama:
Del rey francés los triunfos, con que queda
En magestad vencido el de la fama,
El requemado enojo, los desvíos,
Y del leonés los indomables brios.
Entre la tierra, el cielo el mar y el viento
Un soberbio castillo está labrado,
Que aunque de huecos aires su cimiento,
Y en frágiles palabras amasado,
Basa no tiene de mayor asiento
El mundo, ni los cielos se la han dado,
Pues á solo él y su muralla fuerte,
No ha podido escalar ni entrar la muerte.
En las nubes esconde sus almenas,
La tierra y cielo desde allí juzgando,
De anchos resquicios y atalayas llenas,
De ojos cubiertas sin dormir velando;
Y con mas lenguas que la mar arenas,
Ajenas vidas y obras pregonando,
Sin que palabra, aunque pequeña suene
Que de rumor las bóvedas no llene.
Fama, monstruo feliz, vario en colores,
Es quien las torres del alcázar vela,
Y en plumas de vistosos resplandores
Por todo el orbe sin cansarse vuela:
Favores pregonando y disfavores,
Que allí el parlero tiempo le revela,
De ojos vestida, de alas y de lenguas,
De unos contando loores, de otros menguas.
Vuelan sus claraboyas por la cumbre
De la enarcada bóveda del cielo,
Sobre pilares de oro; cuya lumbre
El aire baña y da hermosura al suelo:
Vuelve en cuadrados ecos su techumbre
De huecas voces un sonoro vuelo,
Que en confuso rumor los patios llena,
Y un rico mundo de grandezas suena.
Los firmes quicios de las altas puertas,
Sin guardadoras llaves ni candados,
A todo tiempo y toda gente abiertas,
De cualquier calidad, suerte y estados:
Las ocultas verdades descubiertas,
Los antiguos engaños disfrazados,
Los vulgares rumores, cuyo enjambre,
Al deseo de saber crece la hambre.
A estos sin que el reciente rastro borre
El vulgo la ignorante oreja aplica;
Y al ciego aliento quo en sus patios corre
La mas templada boca multiplica:
Los cuentos que uno oyó en la primer torre,
Tan mudados en otra los publica,
Que volviendo á encontrarlos sus autores
Nuevos los juzgan, y los dan mayores.
El firme umbral de sonoroso bronce
Al grave peso de la gente gime,
Que el vario tiempo por el ancho esconce
A todas horas de aquel mundo esgrime;
Aquí de nudo eterno el mortal gonce
Los siglos vence, y á la muerte oprime,
Y en vuelo infatigable y ancha pompa,
El son retumba de una hueca trompa.
Humilde á los principios se levanta,
De ronca voz y de alas encogida,
Mas crece el tibio vuelo en fuerza tanta,
Que á la luz deja en su cundir vencida;
De feroz vista y proporcion que espanta,
En vivas lenguas y ojos convertida,
Y de tal propiedad y tal sugeto,
Que á todo hace, y no á guardar secreto.
Así á los cielos ruego le suceda
Al vuelo heróico de mi corta pluma,
Que si hoy humilde y por el suelo queda,
Mañana suba á ser de honor la espuma;
Y en lo alto ya de la voluble rueda,
El tiempo ni la halle ni consuma,
Mas con su altiva voz tan hueca suene,
Que el mundo espante y sus regiones llene.
De todas las humanas invenciones,
Soberbias torres, máquinas, trofeos,
Bellos teatros, ricos panteones,
Altas columnas, graves mausoléos,
Anchos doriscos, sacros iliones,

Colosos, arcos, termas, coliseos,
Pincel, estátuas, bronces, escultura,
Y otra si hay mas constante ó mas segura;
En todas cunde la infeliz polilla
Del voraz tiempo, autor de las verdades:
No hay real corona, ni suprema silla,
Sagrado imperio, muros ni ciudades
Contra sus fuerzas, todo lo aportilla,
En todo imprime y causa novedades:
Los reinos muda, sus linderos trueca,
Y hoy donde ayer fue mar, ya es tierra seca.
¿Quién me dirá de la usurpada España
El cetro oscuro de ásperos alanos?
¿Qué terrones rompió la inculta saña
De almonidas y antiguos turdetanos?
¿Quién los épalos fueron, cuya saña
Al Betis dió los muros sevillanos?
Los zacintos, los celtas, los ancones,
¿En cuál mundo tuvieron sus regiones¿
Ya el tiempo los tragó en ruedas voltarias,
La romana y la griega monarquía,
De Virgilio y de Homero plumas varias,
Murieron, y ellos viven todavía:
Si á sus versos los reinos dieron párias,
Tambien yo espero que á la musa mia
Rinda, á pesar del tiempo y de envidiosos,
Roma sus muros, Rodas sus colosos.
Estos deseos, sabrosa medicina
Contra la muerte son de honrados pechos,
Que el alma eterna de nacion divina
Eternizar tambien desea sus hechos:
¿Quién á un famoso nombre no se inclina?
¿Quién la honra no antepone á otros provechos?
¿Quién tan inútil y de humilde suelo,
Que de una inmortal voz no ame el señuelo?
Pues este altivo monstruo en pasos blando,
De pechos nobles pasto apetecido,
Hoy por un ciego mundo hace volando,
Con mayor voz que nunca, mas ruido:
La nueva infausta guerra pregonando,
El valor del francés nunca vencido,
El aprieto de España y de sus cosas,
Unas alegres y otras lastimosas.
Y entre las que el clarin con mayor vuelo
Del vulgo humilde al real dosel levanta
Es de Francia el ejército, que el suelo
Con sombra cubre y con braveza espanta:
Por cuanto ciñe el mar y abraza el cielo,
Ni otra voz suena ni otra gloria canta;
Que siempre el vario monstro se recrea
Con los que la fortuna lisonjea.
Tambien la invicta España en contra viene
Del comun enemigo á la potencia
Con cuanto dentro encierra, hasta el que tiene
En religion y leyes diferencia:
El que de arar la tierra se mantiene,
Los que en mandarla alcanzan eminencia,
Al que en alcázar real ó humilde choza,
La nueva guerra asesta, ó la paz goza.
Los que á Duero cultivan sus jazmines,
Y al rio Miño las riberas rojas,
Y de Ebro los principios y los fines,
De nieblas frias y corrientes flojas;
Los que del Tajo habitan los confines,
Y pisan de sus álamos las hojas,
Y el que sin fruto en Guadiana pesca,
O al Betis ciñe la ribera fresca.
Marsilio en prevenirse fue el primero
Contra el comun pavor que asombra á España,
Y al rey Casto ofreciendo un campo entero
El de su gente infiel puso en campaña:
Mandando á Ferragut, que al mauro fiero
Por gente pase natural y estraña,
Y á la de Cataluña por Valencia,
De Africa anude y junte la potencia.
Fue Ferragut un bárbaro brioso,
De fornida estatura de gigante,
Miembros doblados, ánimo orgulloso,
Colérico en sus gustos y arrogante:
En fuerzas firme, en cuerpo poderoso,
Belloso rostro y áspero semblante,
Y en el llegar con su opinion al cabo
Entre los valerosos el mas bravo.
A insignes triunfos de armas inclinado,
Y á desvolver del mundo las regiones,
Y dejar fama en él, que es un cuidado
Que no cabe en estrechos corazones:
Todo basta el marcial pecho era encantado,
Y este lleno de honradas pretensiones
A sembrar sale belicosa saña,
De Zaragoza á lo mejor de España.
Del Ebro claro á la corriente fria
Alterando llegó en rumor la tierra,
Con rayos de orgullosa valentia,
Que es la paz de de su espíritu la guerra;
Y del florido salto que hacia
La preñada cuchilla de una sierra,
Como en grillos de plata vió ceñido
Del humilde collado el tumbo erguido.
Así enfrenada la corriente brava,
De arboledas vestido y de frescura,
Que el sosegado curso que llevaba
A la vista engañara mas segura:
El bosque en sus cristales se miraba,
Y dando y recibiendo hermosura
de Flora, á vueltas via el brazo tierno
Rosas sembrando del florido cuerno.
La fresca vid al álamo sombrío
Sus ramos dulcemente encadenaba,
Y á costa del humor del manso rio
De una inmortal frescura le adornaba,
Donde al ardiente sol, el blando frio
Con pardas frescas sombras convidaba,
Y á contemplar en su cristal profundo
Otro bosque, otro cielo y otro mundo.
En este alegre soto entretenido
Sus flores Ferragut pisa contento,
Y del lugar y del calor movido,
Un nuevo busca y apacible asiento:
Este halla fresco, el otro mas florido,
Aquí hay mas verde juncia, allí mas viento,
Hasta que de uno en otro remolino,
De un raudal espumoso al salto vino.
Al sordo murmurar que se despeña,
El hondo valle suena comarcano,
Y de una peña dando en otra peña,
De aljofar lleno salta al verde llano:
Aquí una cueva está, que aunque pequeña,
Hecha parece por divina mano,
En cuyo húmedo seno y hueco frio
Las deidades habitan de aquel rio.
Donde en tiernos cuidados ocupadas,
En grutas de cristal y ondas ceñidas,
Las ninfas sobre telas delicadas
Sus amores dibujan y sus vidas:
Las rubias hebras de oro marañadas,
Entre la blanda lana retorcidas,
A vueltas muestran de sus lazos bellos
Mil lances de primor dellas y dellos.
Aquí entre olores que tributa el prado,
Al ronco estruendo del cristal rompido,
El moro en graves trazas ocupado,
Sin saber cómo se quedó dormido:
Débil Morfeo en paso sosegado
El sentir le robó sin ser sentido,
Al blando entrar de una quietud suave,
Que al sueño abrió, y al alma echó la llave.
Y apenas de la vista en las ventanas
El sentido comun fijó dos sellos,
Y de las cosas las figuras vanas

Hechas aire sutil voló por ellos,
Cuando con luces no del todo vanas
El sueño le mostró en retratos bellos
Un alarde, á quien dan rayos adustos
Los malogrados fines de sus gustos.
Sueña que se halla en los alegres dias
Que á Doralice festejó en Granada,
Cuando á un breve favor largas porfías,
La puerta le dejaron mas cerrada:
Las armas y pomposas gallardías
En la amorosa empresa celebrada
De Angélica y la bella Guadalara,
Del Brabonel amante prenda cara.
Prosigue amor en su pesado sueño,
Y hácele en Babilonia enamorado
De Bagdelia, y que en Persia alzó por dueño
A la Hada Argiran de su cuidado:
Que á la dueña del lago en dulce empeño
Tambien sin premio le entregó el cuidado,
Y de Marfisa fue atrevido amante,
Y oculto de la bella Bradamante.
Que á Flordelis y á Flordespina quiso
En diferentes partes y en ninguna,
O sea por cuidadoso ó por remiso,
Favorable le vino suerte alguna:
O sea estrella cruel, hado preciso,
Azotes, ó regalos de fortuna,
O la aspereza de su rostro y talle,
Que era oille temor, miedo miralle.
Nadié le codició por tierno amante.
Ni él en saberlo ser halló ventura,
Con que el parlero sueño fue bastante
A despeñarlo en una cueva oscura,
Donde en lloroso vió y mortal semblante
La bella granadina hermosura,
Que á la arrogancia de su pecho fiero
Su primer gusto fue, y su amor primero:
Parécele que en triste cárcel puesta,
Donde halagüeñas lágrimas vertia,
Con medroso ademan y habla modesta
Breve socorro á su afliccion pedia:
Quiso darle las obras por respuesta,
Y del pesado sueño la agonía
Su quitud le hurtó, y en medio el prado
Un sátiro á una ninfa vió abrazado.
Ahora fuese que al sabroso frio
A recrearse sin temor saliese,
Y á gozar de algun álamo sombrío
Su labor y la siesta le moviese:
O que en la cueva del cercano rio
En cuidosas lazadas le prendiese,
O que ahumado encanto le fingia
Lo que durmiendo oyó y despierto via.
En mil lazos el sátiro encadena
El delicado cuerpo transparente,
Y la boca de amarga espuma llena,
Ya el dulce aliento de la ninfa siente,
Que á desdeñosos golpes le refrena,
Y en teson duro, y forcejar valiente,
El torpe nudo huye, y feo semblante
Del atrevido deshonesto amante.
Procura libertar el tierno cuello
Del peligroso nudo de sus brazos,
Y el sátiro importuno el bulto bello
Mas encadena en amorosos lazos:
El cendal rompe, troza los cabellos,
Y el cuerpo sin piedad hace pedazos,
Y todo en vano, que aunque no rendida
Está de la ocasion del gusto asida.
Cual parda sierpe, que de nudos llena,
El águila real lleva á su nido,
Las alas con sus roscas encadena,
Y en ellas cuerpo y piés le tiene asido;
O escura yedra, que en maraña amena,
El tronco á un olmo deja entretejido;
O el blanco risco que la jibia tiñe;
O el pulpo en negros lazos teje y ciñe;
Tal el lascivo sátiro envolvia
La bella ninfa en su prision forzada:
El moro que entendió la demasía
Del torpe amor y el tiempo ocasionada,
Del fresco lecho salta en que dormia,
Y al vano amante la desnuda espada
Al ciego corazon le guió de suerte,
Que echó fuera el amor y entró la muerte.
Cayó descoyuntado al mortal yelo
El corvo fauno, y una alegre fuente
Las nuevas flores del pintado suelo
En su cristal bañó resplandeciente:
O fuese influjo de observado cielo,
O de mágica fuerza cerco ardiente,
Al desangrado amante entre la yedra.
El mundo recibió mudado en piedra.
Y un celoso cristal por la herida
De desengaños lleno corrió al rio,
Tal que si al gusto á verse en él convida,
Tal vez le vuelve en tristes sombras frio;
Que al pecho no dió amor duda escondida,
Que clara no la dé el licor sombrío,
Los zelos, las sospechas, los antojos,
Descifrados su luz pone en los ojos.
El hijo de Lanfusa fue el primero
Que el alinde probó de la onda pura,
Y ya por culpa ajena, ó rostro fiero,
Del suyo le asombró ver la figura:
O sea sospecha, ó caso verdadero,
El le sabe, y amor que le asegura,
Que de su arco los menos agraviados
Salen cuando no heridos asombrados.
Ni importa en nobles gustos ser amado;
Que en alegre verano y pasto tierno,
Al corderillo que hay mas regalado
A vueltas crece de la lana el cuerno:
El caso de Anteon, ¿á cuál honrado
En el alma no imprime miedo eterno?
Pues no hay Diana fiel si se le antoja,
Que en ciervo no convierta á quien la enoja.
Para humillar de su altivez la rueda
En gustos locamente confiados,
Labrada esta parlera fuente queda
De un libre desengaño de cuidados;
Donde el Narciso de favores pueda
En el agua escribir los mas fundados,
Y gozar en sus márgenes y orillas
De los hurtos de amor las maravillas.
Del feo bulto del fauno heredó el nombre;
Y de su pecho y cuernos agua fria,
Y su fama en el mundo tal renombre,
Que de divino oráculo servia:
¡Ciega locura aventurar el hombre
Sin ganancia el caudal de su alegría!
¡Vana curiosidad, locos antojos,
Donde es mejor no ver que tener ojos!
Bien que al cristal de su parlero seno,
Hermosos campos y pinturas bellas,
Un tierno niño amor de gustos lleno,
Sobre un cielo de flores por estrellas:
Mil bellas ninfas por un bosque ameno,
Venus qne alegre se regala entre ellas,
Y al compás de sus sátiros que espantan
Bailan las unas y las otras cantan.
Cuanto el antojo del que al agua llega
Por gusto pide halla retratado,
Montañas de oro la codicia ciega
De Midas, si aun le dura ese cuidado:
Cazas Adonis en su fértil vega,
Desengaños de amor quien no es amado,
El nuevo amante pensamientos tiernos,
El galan galas, el celoso infiernos.
Los caballeros guerras y aventuras,



Los sabios mil secretos naturales,
La vista melancólicas pinturas,
Los placenteros ojos otros tales:
El labrador sus mieses mal seguras,
El pescador sus cañas y sedales,
La dama bella amor, galas la fea,
Y cada cual al fin lo que desea.
En campo abierto el agua transparente
Un tiempo al mundo dió sus maravillas,
Mas el ciego concurso de la gente
Que á ver llegó sus márgenes y orillas,
Con disgustos turbada la corriente,
Rojas volvió sus flores de amarillas,
Hasta que en defendida niebla oscura
La ninfa le encantó la hermosura.
Fue esta aparente máquina de cosas
Sombríos cercos de la hada Alcina,
Que á hacer las de Bernardo mas pomposas
Su nuevo estudio y su saber camina;
Y de España las sangres belicosas,
A que su natural gusto la inclina,
Entre estas sombras quiere y su aparato
Al mundo dar un singular retrato.
A este fin levantó en sus huecos senos
De un rico alcázar la belleza estraña,
Cuyas cornisas y artesones llenos
De lazos de oro tan sutil maraña,
De marciales sucesos mas ó menos
Que en venideros siglos tendrá España,
Crecientes olas que en lenguajes mudos
Los campos honrarán de mil escudos.
Hasta aquel siglo de oro, y rey prudente,
Que como antes la vuelva monarquía,
Y el lleno goce en el de su creciente,
Y sin menguante corra su alegría:
Esto en muros de vidrio transparente,
Y en cristalinos tumbos de agua fria,
La ninfa dibujó, y en niebla oscura
Encantó hasta su tiempo su hermosura.
Al primer riesgo de la sabia fuente
El lascivo animal perdió la vida,
La ya vengada ninfa en la corriente
Del claro rio sin temor metida:
Viéndose con castigo suficiente,
En su ofendido honor restituida,
A su libertador vuelve lozana,
Y á darle el premio del favor se humana.
Los espumosos tumbos refrenando,
De entre ellos levantó el gallardo cuello,
Con las nuevas vislumbres deslumbrando
Al que se atreve con su riesgo á vello;
Y en lazada sutil de un cendal blando,
En crespos lazos reformó el cabello,
Que á no ser de mas precio su tesoro,

El dia comprara dél sus rayos de oro.
Halló el moro caida entre las flores
De un sirgo azul la tela delicada,
De matices cubierta y de primores,
Milagros de la aguja de la Ilada:
Donde en preciosas sedas y colores
Una historia sutil vió dibujada,
Parte labrada ya, parte en amago,
De punto natural, ó aspecto mago.
Nunca de Palas la sutil aguja,
Cuando Aragne intentó su competencia,
A los heróicos dioses que dibuja,
Igual perfeccion puso ni igual ciencia:
Ni el divino cendal que sobrepuja
Toda invencion de humana suficiencia,
Sembrar pudiera en el atento moro
Igual deleite ni mayor tesoro.
No entendió las figuras, aunque pudo
Su gallardo ademán entretenello,
Y atento á verlas por un rato mudo
El gusto le dejó del cendal bello;
La sabia ninfa que del torpe nudo
Del ya muerto animal vió libre el cuello,
Y al caballero en entender atento
De su labor el escondido cuento,
Por conveniente paga que al servicio
En algo iguale de su espada hecho,
Y el premio al recibido beneficio
La magestad descubra de su pecho:
Quiso al moro dejar, que es noble oficio,
En su presente gusto satisfecho,
Con breve relacion de cuanto incluso
En el rico cendal su aguja puso.
Huyóse de las aguas el ruido,
Y por hacerse espejo á su belleza,
El rio en nuevo estanque convertido,
Inmudable volvió su ligereza;
Y ella en palabras de inmortal sonido
Así al invicto moro vuelta empieza:
«Bien que sea tu valor en cuanto haga
De su antigua virtud la mayor paga;
Tal vez á un fiel servicio le ennoblece,
Que digno dél quien le recibe sea,
Y el gusto y gloria de la hazaña crece
Cuanto es mayor la parte en que se emplea:
Pues porque el tuyo en lo que en sí merece
Su colmo goce y su creciente vea,
Contarte quiero á quién por modo honrado
Con tu invencible espada has obligado.
Conocerás de paso los varones
Que en mi heróica labor voy dibujando,
Que sombras de proféticas visiones
No se pueden gozar solo mirando:
Y yo que el gusto miro en las acciones,
Ya los deseos del tuyo estoy juzgando;
Oye, pues, te diré, moro valiente,
Lo que deseas saber, y hay en mi fuente.
Una soy de las ninfas deste rio,
De su juncia nacida en las riberas,
Ya en otro tiempo el ejercicio mio
Fue por los montes fatigar las fieras:
Ninguna selva ni lugar sombrío
Sin los despojos de mi caza vieras;
En armar redes y acechar paradas
Las mas diestras no fueron tan nombradas.
Sin lanudos sabuesos ni lebreles
Al jabalí rendí y al oso fiero,
Y si hay fieras mas fieras y crueles,
Esas trataba de amansar primero:
De rosas coronada y de laureles,
Mas tuve, sin querer, de un prisionero,
Que de lo que yo entonces me preciaba
Era de un arco, un dardo, y una aljaba.
Y no me estraga el áspero ejercicio
La atezada beldad de mi figura,
Que si estimarla en poco no fue vicio,
Nunca mas la estimé de lo que dura:
El terso espejo, cuyo amargo oficio,
Es siempre preparar nueva hermosura,
Nunca la mia templó, ni en clara fuente
Por nuevo adorno contemplé mi frente.
Ya Febo estas montañas abrasaba,
En iguales balanzas puesto el dia,
Cuando yo sus collados trastornaba
Rastrando un ciervo que flechado habia:
El cansancio el calor me acrecentaba,
Y una fresca alameda que nacia
De las orillas deste hondo rio,
Señas hacia temblando á un viento frio.
Tejiendo en frescas hojas y altas ramas
De sombríos sauces y ásperos laureles
Tupidas cuevas, y floridas camas
De azules lirios, carmesíes claveles,
De atada yedra y revoltosas gramas,
Vistosos lazos, rejas y canceles,
Donde el blanco jazmin hacia ventana
Al tierno grumo de la vid lozana.
La murta, madreselva y arrayanes,
Los almeces cercaban y algarrobos,
Y ellos con sus brutescos ademanes
De hojosas ramas resonantes globos;
Por donde las calandrias y faisanes
Cruzando daban silbos y corcovos,
Y el sol por su tupida celosía
Su luz queria engazar, y no podia.
Bebiendo al fresco viento el soplo blando
Al frio llegué de la ribera amena,
Por donde se iba sin mover pasando
En brazos de cristal la onda serena,
Cuyo profundo seno va volcando
Los granos de oro en la menuda arena;
Meto el pié dentro, y como siento el frio,
Desnuda me arrojé en el manso rio.
A veces con la una y otra mano
Si asir procuro de las ondas frias,
Ellas haciendo mi trabajo vano
De mí se huyen por diversas vias:
Vuelvo y revuelvo el cristalino llano,
Y entre el huir del agua, y mis porfías,
Senti por ellas nuevos remolinos,
Y vi temblar los árboles vecinos.
El dios deste lugar sagrado rio,
De verdes cañas y ovas coronado,
El rostro y barba llenos de rocío,
Lloviendo arroyos de sudor helado:
En una mano un álamo sombrío,
Y en una urna de vidrio reclinado,
Del lugar con el mio mas vecino
Salió rompiendo el muro cristalino.
Al descubrir el dios quedé turbada,
Y á huir medrosa comencé desnuda,
Y él viéndome sin ropa despojada
De mi arco de oro, y de su flecha aguda,
Ardiendo sintió el alma antes helada,
Y de su nueva pretension no duda,
Que al gran señuelo que el amor le hacia,
Ningun estorbo en él serlo podia.
Yo huyo dél, cual tímida paloma
Del presto gavilan que le da caza,
Y él el seguirme tan por suyo toma,
Como á paloma el gavilan de raza:
Saliendo deste valle á aquella loma
Subia, y como nada me embaraza,
En lugar de correr creo que volaba,
Y siempre á mis espaldas le llevaba.
En esto veo su sombra de improviso,
Que el sol ya por mis hombros la subia,
Sino era de algun álamo, ó aliso,
Y por suya el temor me la vendia:
Mas no era el presto dios nada remiso,.

Ni sus piés solos cabe mí sentia,
Que ya casi en mis pasos tropezaba,
Y su aliento el cabello me volaba.
Pasmóme el corazon un miedo helado,
Y allí sin poder mas me ví rendida,
Que al desenvuelto amante el premio amado
Metiendo espuelas via en la corrida:
Los ojos volví al cielo, y el cuidado
Le entregué de mi honra y de mi vida,
Y á la casta Diána en tal estrecho
Esta breve oracion dije en mi pecho:
«Divina diosa, si por mí ofrecidas
Víctimas fueron humos de tus aras,
Y sus puras entrañas encendidas
Llamas en nombre tuyo dieron claras;
Si aljaba y flechas traje á tí debidas,
Y tu selva aprobó sus diestras varas,
Deste fiero enemigo, y su torpeza,
Defiende, oh casta diosa, mi limpieza.»
A este fresco lugar en que ahora estamos
Diciendo estas palabras descendia,
Cuando Diana de entre aquellos ramos
Salió esparciendo en mí una niebla fria:
Las dos en medio della nos salvamos,
Y el fugitivo dios, que ya ponia
En mí sus brazos, aunque quedó ciego,
Por mil partes cercó la nube luego.
Yo viendo tan solícito enemigo,
Aunque de la triforme luz guardada,
Y en su inviolable amparo y casto abrigo
Segura estaba de dañarme nada;
La beldad ciega, que vivia conmigo,
Inquieta me traia y alterada,
Cual tímida cordera, que presente
El lobo en torno del aprisco siente.
Cuando medrosa entre un sudor helado
Me ví ir toda abrasando y consumiendo,
Que á modo de rocío delicado
De sus senos la nube fue lloviendo:
Los huesos ya en cristal se habian trocado,
Y como yelos se iban derritiendo,
Corriendo entre las yervas, y el amante,
Que el agua conoció, mudó el semblante.
Dejó la grave magestad pesada,
Y en ver mis nuevas ondas atrevido,
«La empresa mia, dijo, es acabada,»
Y en sus aguas tras mí se ha convertido:
Yo viendo pretension tan porfiada
Rendíme, y al tomarle por marido,
Ví que á mudar el celestial decreto
Ningun humano curso hace efeto.
Entre estos riscos mi morada tengo
De cristal duro y blancos pedernales,
Y aqui con otras ninfas me entretengo
En dibujar empresas inmortales:
Del dios Jano por recta línea vengo,
Y saben las antorchas celestiales
Que es Iberia mi nombre, y mi estandarte
La mejor sombra del sangriento Marte.
Fue Tubal nieto del famoso Jano,
De quien segunda vez renació el mundo,
Y á poblar esta tierra de su mano
De Armenia vino sobre el mar profundo:
Deste nació el segundo rey hispano
Llamado Ibero, y yo deste segundo,
Este es mi antiguo origen, deste Ibero
Nombre tomé, y le dí á este mundo entero.
Soy pues la que hoy en grave pompa y vuelo
Sus cosas guia, y soy la que su fama
Con pio derramará, y heróico celo,
Por cuanto el rojo sol su luz derrama:
De entre las ondas de mi claro yelo
El cielo ha de sacar la inmortal llama,
Que dará vida y ley á un mismo paso,
Desde la rubia aurora al turbio ocaso.
Quisiérate mostrar, pero no quiero,
Los preciosos tesoros de mi cueva,
Las grandezas que al siglo venidero
Por todo el orbe su corriente lleva:
Los triunfos, y el camino verdadero,
Que al mundo sacará una gente nueva,
A reducir debajo de su lanza
Cuanto rodea el sol, y el mar alcanza.
Los apartados reinos, y las gentes
Por los senos del mundo derramadas,
El fin del mar las playas diferentes,
Y aquellas islas del calor tostadas,
Que al valor de mis claros descendientes
Por las estrellas viven reservadas,
Aunque no caben todas en la tierra,
Lo menos cunden que mi pecho encierra.
Mas no es posible alcance tantas cosas
El presto huir de un tiempo tan escaso,
Ni tú, en horas tan breves, mis famosas
Grandezas puedas ver sino es de paso:
A otro brazo las lumbres poderosas
La victoria pasaron deste caso,
Y á tí lugar famoso al márgen suyo,
En honra al real valor del brazo tuyo.
Mas por bastante paga al beneficio
De haber en mi favor tu espada honrado,
Ya que el precioso hado te es propicio,
Y tanto tu nobleza me ha obligado;
Del mundo por venir un breve indicio
Quiero que en mi labor veas abreviado,
En nueve hermosos rayos, cuya llama
Con los nueve compite de la fama.
Este lienzo entre lazos de oro fino
Al mundo guarda vivos sus retratos,
Cuya estampa y dibujo peregrino
Labrando me entretiene alegres ratos:»
Dijo, y desde el remanso cristalino
La tela desdobló, que dió baratos
A sus ojos mil rayos de contento,
Y ella asi prosiguió su alegre cuento:
«Estos que de mi aguja retratados
Dan gloria á las edades venideras,
Son nueve capitanes celebrados,
Tras de quien vienen todas mis banderas:
Los triunfos á sus hechos reservados
Celebrados quedáran si los vieras,
Que yo ahora no he de darles mas renombres,
De que aquí los conozcas por sus nombres.
Este que ves entre moriscas lides
Con seis azules roeles señalado,
Antiguas armas del gentil Persides,
En tiempo del rey Artus celebrado,
Es el godo aleman Nuño Belchides,
Y este escuadron que en sombras abreviado
Aun se está en los principios de mi aguja,
Y su luz la del cielo sobrepuja,
El fruto es de su tronco, que al cercano
Mundo que ha de venir promete el cielo,
Y yo en su nombre al reino castellano
Príncipes dignos de su invicto suelo;
Y á Castro y Lemos, colmo soberano
Desta creciente, cuando en feliz vuelo
Nazca un Apolo por patron y guia
De una famosa historia suya y mia.
El que tras él no quiere atras quedarse,
Y su opinion tan adelante lleva,
Que á todo el ancho mundo hará estimarse,
Si á hacer llegare de su espada prueba;
Pues aquí no pudieron dibujarse,
Celebre sus hazañas con voz nueva,
Y al conde Hernan Gonzalez sin segundo,
No solo España, pero todo el mundo.
De la real sangre que sucede y mana
A Sandoval desta sagrada fuente,
Lerma gozará duques, y hará ufana

A España un soberano descendiente;
De cuya sabia y fiel prudencia humana,
El grave sucesor de un rey prudente,
Hará el mejor gobierno que en Castilla
Haya tenido la española silla.
Este de blancas plumas señalado,
Que el campo de morisca sangre baña,
Si el frigio Hector no ha resucitado,
Famoso Cid será, y honor de España:
Temblará Mauritania en verle armado,
Y en el frio ataud, grandeza estraña,
Hecho á vencer con su ademan altivo,
Tambien vencerá muerto como vivo.
Mira tras este al que por propio nombre
El de Gran Capitan será debido,
Y si el retrato te parece de hombre,
Es porque en mortal lienzo está tejido:
Su fama, sus hazañas, su renombre,
No en columnas de mármol esculpido
Al mundo dejará para memoria,
Mas toda Italia cantará su gloria.
Este á quien favorece la fortuna
Al parecer con tan alegre cara,
Si los hados le sacan de la cuna,
Marqués será famoso de Pescara:
Victoria eterna en inmortal coluna,
Digna promete á su grandeza rara,
Y él al honor de España un gran tesoro,
En el rey preso de los lirios de oro.
Aquel por tantos mares venturosos
En pequeños bajeles engolfado
Es Hernando Cortés, que en mil colosos
Su nombre ser merece eternizado:
Descubrirán sus ojos venturosos,
Y rendirá su esfuerzo afortunado,
Otro mundo, otro cielo, y otro polo,
Que es poco para él un mundo solo.
Este que tiene el venerable cuello
De un bello toison de oro enriquecido,
Y colgado del peso dél y dello
Del suelo lo mejor y mas florido;
Si acaso el mundo mereciere vello,
Como el ser su monarca ha merecido,
Duque de Alba será, y honor de España
En Portugal, en Flandes, y Alemaña.
El que sobre este carro cristalino
El mar gobierna en venturoso freno,
Si al mundo hallare su valor camino
Para dejarlo de victorias lleno,
De Santacruz será marqués divino;
Y si la parca en su enlutado seno
Antes de tiempo su valor no encierra,
Temblar hará el furor de la Anglia tierra.
Aquel en quien las horas presurosas
El curso abreviarán con tal corrida,
Que apenas á las puertas deleitosas
Llegar le dejarán de nuestra vida,
Cuando entre negras sombras tenebrosas,
La tierna faz de amarillez teñida,
Dejará el aire claro y nuevo dia,
Que en su real presencia amanecia;
Yo digo de aquel príncipe famoso
Que á España vestirá de luto y llanto,
Despues que su valor vuelva espantoso
El seno de Corfú, y el de Lepanto:
Y desde allí con triunfo victorioso
Al espanto del mundo ponga espanto,
Mostrando en esto ser hijo segundo
De Carlos Quinto, emperador del mundo.
¡Oh estrellas! ¡cómo fuistes envidiosas
A la gloria de España! oh duro hado!
Si al golpe de sus suertes valerosas
No les faltara tiempo señalado,
Tú solo á mil regiones poderosas
Pusieras yugo y freno concertado,
Desde donde se yela el fiero Scita,
Adonde el abrasado Mauro habita.
Dadme, oh hermosas ninfas, frescas flores
Para esparcir sobre la tierna frente,
En sacrificios y debidos loores
Deste mi soberano descendiente:
Y vosotros divinos resplandores
Deshaced los agüeros felizmente,
Y aquella sombra y triste centinela,
Que sobre su cabeza en torno vuela.
Destos nueve bellísimos luceros,
En oro ahora y rosicler grabados,
Sin otra inmensa copia de guerreros,
Entre sombras y luces esforzados,
A los siglos prometen venideros,
Honra á los vivos, gloria á los pasados,
No sé si diga en tan veloz corrida
Otro que aquí de intentó se me olvida.
Vive en el mundo, y es el adversario
Mayor que ha de encontrar tu brazo altivo,
Por quien un nombre heróico el tiempo vario
Para siempre dará á tus obras vivo:
Dejara el alabar á tu contrario,
Mas véotele mirar con rostro esquivo,
Y es de tan grandes llenos la figura,
Que aun asombra su luz puesta en pintura.
Es pues el valeroso brio dispuesto,
Que allí campea entre plumajes de oro,
Y en tierna edad, y en ademan compuesto
Al francés rinde, y doma al pueblo moro,
El invicto Bernardo, en quien he puesto
De mi esperanza el sin igual tesoro,
Cuya braveza ha de librar la mia
De un yugo de ambiciosa tiranía.
Ya en nuevo arnés grabado representa
Un invencible Marte al turbio Egeo,
Donde al rigor de una áspera tormenta
De un casto amor le alcanzará el deseo;
Y con el rey de Persia en lid sangrienta
Ya esta noche le ví, y ahora veo
Que fue el segundo trance, y el primero
De que triunfó con voz de caballero.
Otro tuvo en defensa de su tio
En los famosos bosques de Miduerna,
Donde de mora sangre un rojo rio
Su dura espada abrio, y su mano tierna:
Allí sin otras armas que su brio
Su rey libró, y ganó una fama eterna;
Mas son ensayes, que en las veras puesto,
Su espada rendirá de un mundo el resto.
Matará en Benavente y en Zamora
Al soberbio Alcaman, y al rey Oreste,
Que con la suya la pujanza mora
Hará que ni le valga ni le preste:
Dejo el campo de Orcejo, dejo ahora
El riesgo del rey Casto, y muerto en este
El antiguo don Bueso, que á Castilla
Humillar quiso á la Aquitania silla.
Dejo trances de honor, dejo victorias,
Que mil clarines volverán sonoros,
Y de quien de memorias en memorias
La fama hará el mayor de sus tesoros:
Las tierras que en pomposas vanaglorias
Dará á su rey, y quitará á los moros,
Dejo y dejo tambien el triunfo manco
De Barbaste, Sobrarbe, y Monteblanco.
Ni de la conquistada Barcelona
Digo ya el merecido Principado,
Ni el tributar la Italia á su persona
En escaño real cetro dorado:
Ni el ponerle al imperio la corona
A un golpe de su espada en tal estado,
Que por bien que la fama ande ceñida,
Siempre á sus piés se la dará rendida.
Que esto es lo menos de su brazo fuerte,

Y de los bravos que hoy pisan el mundo,
A los mas por su mano ha de dar muerte,
Y harto el primero hará en quedar segundo:
Ni pienses que es el nuevo encarecerte
De sutil invencion parto fecundo,
Que ya algun dia tú has de ser testigo
De lo mas y lo menos que aquí digo.
Lugar precioso en esta rica tela
Queda á otros nobles hijos de la fama,
En cuya heróica historia me desvela
La industria de mi mano y de su fama;
Y aquesta luz que en torno dellos vuela,
Es la que á eterno nombre y voz los llama,
Ahora en tanto que ellos nos suceden,
Oye lo que los hados te conceden.
«Si en esta clara fuente siete veces
Al rayo de la luna te lavares,
Y á los difuntos dioses tus jüeces
Con nocturnos inciensos aplacares,
Y una sagrada víctima le ofreces
Al dios conservador destos lugares,
Con lumbre de laurel y hojas de olivas,
Harán que al mundo eternamente vivas:
Y tu edad y tu siglo se renueve
Como los campos con las frescas flores,
Sin que tu vista eterna noche pruebe,
Ni tus sentidos sientan sus temores;
Mientras Ebro á la mar tributos lleve,
Y por abril nacieren l s amores,
Y el cielo coronaren las estrellas,
Y los años volaren en pos dellas.
Mas si por no observar las impresiones
De los celestes astros lo dejares,
Y destas ceremonias y oraciones
Indigno el limpio y grave arnés juzgares,
De las otras forzosas ocasiones
Este rocío temple los hazares,
Y en tu antes duro trato vuelva el mio
Gusto agradable lo que fue desvío.
Perderás las congojas del profundo
Sueño que te inquietó la fantasía,
Pues gozar de inmortal vida en el mundo
El cielo te lo da por otra via,
Si merecieres el lugar segundo
En los contestos de una historia mia,
Que ha de durar mas siglos en la tierra,
Que ondas derrama el mar y arena encierra.»
Dijo, y de en medio del sagrado rio
Con la mano arrojó licor bastante,
Con que al valiente moro creció el brio,
Y lo áspero lavó al feroz semblante:
Volviendo lo argentado del rocío
El antes rostro bárbaro elegante,
Desnudo del primer capote y ceño,
Que de horrible le hacia zahareño.
De una apacible gravedad compuesto,
Hasta en los ojos de la envidia amable,
Así en gallarda proporcion dispuesto,
Que aun el áspero gusto volvió afable;
Que mas se da con la ventura que esto,
Como sin ella es todo abominable:
El agrado, la gala, y la hermosura,
No son mas que un rocío de ventura.

ALEGORIA.

Por la cueva del Hado se entiende la providencia divina, á quien todas las cosas están sujetas.

En la relacion de los reyes godos se muestran los altibajos del tiempo, y como ni el cetro y corona de las magestades de la tierra, ni por altos ni por grandes se libran de sus mudanzas.

En Iberia abrazada con el sátiro, cuan poderosa es en el vicio de la sensualidad la fuerza de la ocasion, y como para librarse della conviene que entre de por medio la fuente del desengaño.

En el rocío que á Ferraguto le lavó el rostro, y mejorándole el ser le perficionó la figura, se descubren los admirables efectos que la ventura hace en el hombre, y como á veces basta de lo porvenir le da noticia, como la Hada á Ferraguto.

LIBRO TERCERO.

Argumento Ferraguto envidioso de las alabanzas de Bernardo se parte a buscarle para probarse con él. Prosigue Teudonio su historia, y en ella las grandezas de un valeroso Doncel, que libró al rey Casto de cierta traicion, y dase á conocer el conde. Trátase de las fiestas de Francia, y del consejo de guerra del César donde queda confirmada la guerra contra España, y el modo con que el sabio Orontes robó á Bernardo.

Queria el moro por tan ricos dones
Mostrarse agradecido y obligado,
Cuando sin aguardar á otras razones
La Hada se volvió en cristal helado;
Y él vestido de nuevas perfecciones
El camino siguió de su cuidado,
De gustos lleno, y desabrida pena,
Con el bien propio, y con la fama ajena.
Del Ebro inculto por la fértil grama
De sus mismas acciones va admirado,
Fria de envidia el alma con la fama
Que al gallardo Leonés promete el hado:
Celos le yelan, el honor la inflama,
Y en él, y en su esperiencia confiado:
»¡Será posible, dice, que en el mundo
Hay quien me baje á mí al lugar segundo!
Primero en ciega confusion hundido
Todo lo dejará este brazo fiero,
Los que ahora viven, los que ya han vivido,
Cuanto me espera á mí, cuanto yo espero:
Mio es, mio ha de ser, y mio ha sido
En todos trances el lugar primero,
Este defenderé con dura guerra
A cuanto surca el mar y ara la tierra.
No volveré á los ojos de mi gente
Sin quitar á mi honor este embarazo,
Y ver si dese Montañés valiente,
Lo que no hizo el mundo hará su brazo:
A buscarle quiero ir al mar de Oriente,
Y quitarle la vida en su regazo,
Antes que toque en tierra, y haya brio
En ella que compita con el mio.»
Así dijo; fantástico y brioso
Su caballo guió para Valencia,
Que es el honor herido en pecho honroso
Viva inquietud, agravio sin paciencia:
Dos dias anduvo sin hallar reposo
Tras el fin de su vana competencia,
Discurriendo por ella, y sin camino,
De un desatino en otro desatino.
Mas ya al tercero, cuando el sol sembraba
Del dorado Zenit rayos mayores,
Y el pastor caluroso se amparaba
Al fresco de los sauces entre flores,
Por el nuevo camino que llevaba
En ligeros caballos voladores,
Huyendo vió venir una doncella,
Y un caballero en los alcances della.
Ella á gritos pidiendo al cielo ayuda,
Y él con solo el intento de alcanzalla,
Con la cobarde espada alta y desnuda,
Por herilla, prendella, ó por matalla;
Sacó el Moro feroz la suya aguda,
De quien los bravos tiemblan en miralla...
Cuando Teudonio en la prision de Luna
Así en cuentas está con su fortuna.
Llegó el alcaide entreteniendo el paso
Con sagaz atencion á lo que habia,
Acogiéronle bien, viólos de paso,

Que solo á requerirlos descendia:
Sintió de nuevo el nuevo preso el caso,
Su corta fe, su escasa cortesía,
Y mordiendo los labios al ultraje,
Entre un suspiro reprimió el coraje.
Y vuelto al conde, dijo: »al fin cual digo
De la cuadra real llegó á la puerta
El aviso traidor del falso amigo,
Cuando ni pudo entrar, ni la halló abierta;
Y viendo el riesgo y fin del enemigo,
Y mi importante traza descubierta,
El rebozo troqué en que satisfaga
Mi muerto honor la prevenida daga.
Y antes que el frio temor, en las entrañas
Entera entró, y se la escondí dos veces,
Con que el sensual amor y sus marañas
Huyó corrido entre sangrientas heces:
¡Oh cómo el tiempo da vueltas estrañas!
¡Oh cómo humilla locas altiveces!
Matóle al fin del muerto honor la traza,
Y una ventana le colgó á la plaza.
Yo allí aclamando »¡ libertad! ¡ victoria!
¡Leon por el rey Casto!» con que á un punto
De los contrarios no quedó memoria:
Que á mi voz viva, y á su rey difunto,
Libres dejaron la usurpada gloria,
Las armas, y el rendido alcázar junto,
Hecho ya en roja sangre un negro charco,
Con mi espada y las gentes de Filarco.
Sacudió el yugo infame del tirano
El reino fiel del oprimido cuello,
Haciendo en estos trances de mi mano
Que el despojado rey volviese á sello:
Prendí, tracé, compuse, y todo en vano,
Pues al fin se olvidó tan presto dello;
Vino á hacer córtes luego, y á ser vino
En mis alegres bodas el padrino.
Mostró correspondientes los favores
A la importante fe de mis servicios,
Siendo en todos mis votos los mejores,
Y mis sanos consejos mas propicios;
Hasta que el malsinar de hombres traidores
Esta privanza leal sacó de quicios,
Trocándose los vientos favorables,
Que hombres, aunque sean reyes, son mudables.
Mahamut, Arrez de Mérida, fue un moro
De falso pecho y de ánimo atrevido,
Que ardiendo en ambicion rompió el decoro
Al rey Hissen de Córdoba debido;
Y con su gente, y bárbaro tesoro,
Ya el africano yugo sacudido,
Del rio Vierzo entró en el campo vasto,
Y al amparo se vino del rey Casto.
A este por órden y consejo mio
En fiel guarda le puso á las fronteras
Que el Miño riega, y crece el Duero frio,
Por hondos saltos y ásperas laderas;
Y allí en dos lustros por su ardiente brio
Al mundo espanto dieron sus banderas,
Y el reforzado puesto en que vivia
Asaltos á los moros cada dia.
Era temida hasta en su misma gente
La aspereza del bárbaro inhumano,
Enemigo feroz, brazo inclemente
Al pueblo infiel y ejército africano;
Un hermano no menos que él valiente
Tuvo, á quien sobre el muro zamorano
Un dia, por sedicioso y homicida,
El rey Casto prendió, y quitó la vida.
Encendió al moro el presumido agravio
En deseos de vengar su hermano muerto;
Era mudable, trascendido y sabio,
De sangre castellana y mora enjerto;
Y como de traidor tenia el resabio,
Y de astuto el falaz pecho encubierto,
Encerró en él con pundonor discreto
De la traicion que urdia el gran secreto.
Y por mostrar que del perdido hermano
La odiosa muerte ya tenia olvidada,
Al Casto rey envió á pedir humano
Importante favor á una jornada;
Y á mí por de mas nombre, y mas cercano
A la persona real, dió encomendada
La suya, y de su causa me hizo agente
Con mil lisonjas, y un falaz presente.
Dióse el despacho á diligencia mia,
En despediente afable, y grato modo,
Y en la conquista y tierras que pedia
Sin nada reservar se le dió todo:
Mas no el traidor alcaide pretendia
Favor, sino venganza del rey godo,
Enviando con el nombre de embajada
Doblada gente, y prevencion doblada.
Del trono real á descansar bajaba
Al valle de Miduerna comarcano
Tal vez el Casto rey, donde gozaba
De ver correr un oso de verano;
Y el montañés Filarco le hospedaba
Con espléndida mesa y franca mano
En un real bosque, que en hinchada loma
Sobre las puntas de aquel bosque asoma.
En esta insigne casa de contento
De alcaide el fiel Garilo nos servia,
Puesto en olvido el alevoso intento,
Con que á tener mas tiempo me vendia;
Aunque él á la traicion trocando el viento,
La doró con decir que pretendia
Con aquella ocasion verse á mi lado,
Para morir allí, ó salir honrado.
Es fácil de engañar un noble pecho,
Y en un traidor jamás faltan engaños;
Este pues, que parece que fue hecho
Para sacar á luz los mas estraños,
Era en Miduerna alcaide á mi despecho
Por el gusto de Arlinda habia dos años,
Cuando de Mahamut la torpe gente
A Leon llegó con su falaz presente.
Y ahora por grave suma de tesoro,
O la esperanza de otra mas cumplida
En él, porque escondió el escuadron moro,
Del Casto rey deseando la venida,
Donde la fuerza los guardó del oro,
Sin ser de nadie su traicion sentida,
Hasta que el señalado tiempo vino,
Y un notable suceso en el camino.
El Casto Alfonso al real jardin derecho
A espaciar se guió, cuando en un llano,
Que el monte da á la humilde selva hecho,
Un doncel pareció, y un hombre anciano:
El viejo alto, feroz, calvo, derecho,
De rostro enjuto talle cortesano,
Palabras pocas, y modestia mucha,
Dos grandes bienes al que ve y escucha.
Del doncel solo no sabré pintarte
La gallarda postura con que vino,
Que al brio natural llegado el arte,
Era en humano traje ángel divino:
Hijo hermoso de Venus y de Marte
En su aire le juzgáras peregrino,
Y humilde de Narciso la pintura,
Si como yo te hablára su hermosura.
Niño que el tierno bozo le apuntaba,
De cuerpo algo mas grande que pequeño,
De alegres ojos, y de vista brava,
Suave en el mirar, y zahareño:
Temor el verlo y alegría causaba,
Y el rostro armado de capote y ceño,
Mezclando á lo hermoso lo robusto,
La cifra hacia del deleite y gusto.
En un bravo fantástico caballo

De la color y lustre del armiño,
Que Genil vió nacer, Bétis criallo,
Y de su juncia aun no perdió el cariño;
Sin poder con el freno sosegallo,
Lozano el potro, y el ginete niño,
Y así trocando manos y visajes
Heria el jaez, temblaban los plumajes.
De azul, tela de plata, y encarnado,
Rico jubon, coleto y calza al uso,
El boemio en armiños aforrado,
Que el regalo y la gala juntos puso:
Con broches de diamantes recamado
Y perlas en labor y órden confuso,
Y en el sombrero, en plumas y en airones,
Engastes de rubís hechos florones.
La calza de obra, y ricas entretelas,
Lanzando rayos con vislumbres de oro,
De puntas de diamantes dos espuelas,
Y de rubís por ellas un tesoro:
El blando freno, estribos y charnelas,
Con pardos nieles de artificio moro,
La guarnicion de la gallarda espada,
De esmeraldas y perlas amasada.
Varios entalles de oro en cada hebilla,
Sonando del pretal las guarniciones,
De verde brocatel la corva silla,
Y del mismo matiz riendas y aciones;
Gripado lo embutido de platilla,
Y en nuevos trebolillos y florones,
Con asientos de perlas y rubazos,
Floridos brichos y escarchados lazos.
Así tal vez entre celajes pardos
Suele bullendo en luz resplandeciente,
Con bellas alas de oro y pasos tardos,
El lucero alegrar al rojo Oriente;
Y entre peñascos de ámbares gallardos
Dorar las nuevas rosas de su frente,
Recamando de aljófares y grana
El tierno dia, el mundo, y la mañana.
Tal el doncel llegó, tal el mirallo
Deleite puso y gusto en los presentes,
El rey por le hablar paró el caballo,
Hecho un tejido muro de sus gentes:
Cuando el sabio Gentil, que á presentallo
Al casto rey venia, estas prudentes
Palabras sembró al aire, y fue escuchado
Del circunstante pueblo descuidado.
»Aunque jamás en mi, rey poderoso,
Ni hubo causa ni habrá para ofenderte,
Por si fui en algun lance sospechoso,
Y tu gusto agravié por complacerte,
El brazo deste jóven valeroso
De mi culpa podrá satisfacerte,
Cuando su espada ampare, no vencida,
De varios riesgos tu importante vida.
Tienes con él mas parte que conmigo,
Con ser yo por mil partes todo tuyo;
No tardarás en conocerme amigo,
Y en suficiente prueba el valor suyo,
Que el furor de un doméstico enemigo
Te aguarda en este parque, para cuyo
Remedio todo lo posible he hecho
En reducirle á tiempo de provecho.»
Dijo, y el Casto responder queria
Del grave anciano al noble ofrecimiento,
Cuando el jayan Fracaso, que venia
Por traidor capitan del falso intento,
Viendo que el rey el paso suspendia,
Feroz salió en su loco atrevimiento,
Temiendo en verle así por cosa cierta
Ser su oculta traicion ya descubierta.
Con cien valientes moros del castillo
Muera el ingrato rey salió gritando,
Suspendímonos todos en oillo,
Al Casto en frágil escuadron cercando,
Por donde á todo riesgo abrió portillo
Del furor ciego el enemigo bando,
Dejando su confusa arremetida
Los mas bravos Guzmanes sin la vida.
El doncel de la selva compelido
De un brioso ardor, y el gusto de mostrallo,
Niño lozano, y de ánimo atrevido,
La espada sacó á un tiempo, y el caballo;
Y cual si temeroso ciervo herido
Le espoleara el deseo de alcanzallo
Salió contra la bárbara emboscada,
Sacando mas que el sol rayos su espada.
Era Fracaso un moro berberisco,
De grueso cuerpo y ánimo doblado,
En rostro sierpe, en ira basilisco,
En vista torpe, en lengua libertado:
Cuba de alegre vino, que el morisco
Que en esto se desmanda es consumado,
Y á la sazon sobre un frison polaco
Hecho venia recien comido un Baco.
Lleno el celebro de arrogancia y vino,
Cual fantástica torre iba el primero,
Cuando el diestro doncel salió al camino,
Vestido uno de seda, otro de acero:
Hízole al moro errar su desatino,
Y acertarle el contrario un revés fiero,
Que dejó por el suelo su braveza,
Y á él y á sus contrarios sin cabeza.
Pasó sin alma el cuerpo en el caballo,
Cual si vivo buscara á nuestra gente,
Donde al miedo primero de mirallo,
La nueva admiracion creció presente;
Acudió á toda rienda por vengallo
De su morisma el escuadron valiente,
Que en confuso alarido sin reparo
Por el nuestro rompió de claro en claro.
Eran los diestros moros escogidos,
Armas, lanzas, caballos, caballeros,
Al alevoso asalto apercebidos,
Y á cualquier trance de ánimos enteros:
Los nuestros solo á caza prevenidos,
Aljabas de color, petos ligeros,
Propios para huir desa manera,
O de la muerte ahora, ó de una fiera.
Quedaron los mas bravos por el suelo,
Sembrados los no tales por el llano,
Que ni del rey ni de su honor el celo
Freno dar pudo á su temor liviano:
Encontróse Dorasto con Tranquelo,
Aquel moro valiente, este cristiano,
Y vinieron al prado sin sentido,
El moro muerto, y el cristiano herido.
Volvióse á levantar, cobró sangriento
Su fiel caballo, y el contrario escudo,
Y con él, con su espada, y con su aliento
Del rey lo fue mientras durarle pudo:
Yo á su lado siguiendo el mismo intento,
Vestido de lealtad, de armas desnudo,
La defensa que pude, y que debia,
Sin dar un paso atrás hice aquel dia.
Mas ¡quien dirá entre tantas las proezas
Que el doncel bello en este tiempo hacia!
¡Los peligrosos golpes, las destrezas
Con que unos daba y otros rebatia!
Cortando piernas, brazos y cabezas,
A este ayudaba, al otro defendia,
Aquí se ampara, y acullá ejecuta,
Y á todo acude con presteza astuta.
A Mosquino llevó una espalda entera,
Mollita de Coimbra renegado.
Que por ser brava su mujer y fiera
A ser moro se fue desesperado,
Donde encontró una vieja hechicera,
Que fue siempre en casarse desdichado,
Y dichoso en el golpe que hoy le deja

Libre de una celosa y de una vieja.
El diestro brazo le arrancó del codo
A Fulco, gran maestro, de un montante,
Con que le arrebató su saber todo,
Y de muy sábio le dejó ignorante;
Y al taur Alcin le dió un revés de modo
Que ambas las manos le quitó delante,
Y él hecho á perder manos en el juego
Quedó del golpe con algun sosiego.
A Zegrildos pasó de parte á parte,
Valiente capitan de Peñaranda,
Y á Boacel derribó, y á Galimarte,
Y á Berberuz el de la roja banda:
Hiere, rompe, destroza, hiende, y parte,
De aquí y de allí, de aquesta y la otra banda,
Hecho en la gallardía, y la persona,
Un formidable hijo de Belona.
Cual rayo ardiente, que en revuelta llama
De tres puntas, los rústicos haberes
Del campo asuela, y la copada rama
Del sauce, alegre sombra á mil placeres,
Humeando deja, el hueco monte brama,
Gime el cielo al caer, la rubia Ceres
Arde en secas aristas, y en su daño
La madura esperanza esconde al año.
Ni era menor el daño que hacia
El escuadron contrario en nuestra gente,
Que uno muere, otro cae, otro huia,
Otro queda hecho piezas por valiente:
El soberbio Abdelmon, que pretendia
Ser de Mahoma oscuro descendiente,
Y en su ciego Alcorán tener cauciones
Para mudar decretos y opiniones,
Traía un diestro herir tan presuroso,
Que era el asombro del sangriento llano;
Derribó á Peñalver, mató á Fragoso,
Uno bravo leonés, otro asturiano:
Topó al burlon Grafil, truhan gracioso,
Que con lenguaje libre, y cuerpo enano,
Solia satirizar por su deporte
Los descuidos del rey y de su córte.
Mas dañóle aquel dia uno que él tuvo,
No ser en huir como en hablar prolijo,
Que hacer entonces á Abdelmon le pluvo
Nuevo donaire del que tantos dijo;
Y en verle así pequeño se detuvo,
Y al brazo se le ató por regocijo,
Hecho de espada, que antes era escudo,
Dado á su tahalí en el suyo un nudo.
Pudo la alegre burla estarle á cuento,
Que á sombras del juglar nadie le heria,
Cuando una flecha por el libre viento
A poner tregua en su placer venia;
Dió en la visera, y acertando á tiento
Los sesos le cosió en la fantasia,
Quedando muerto, y el enano vivo,
Por dueño ya del que antes fue cautivo.
El Casto rey entre escabrosas breñas
A su gente formó fragil reparo,
Y con mañosa industria á sus pequeñas
Fuerzas trazó defensa, y puso amparo:
Bien que contra las armas estremeñas
El vencer fuera incierto, el morir claro,
Si el doncel de la selva le faltara,
O su presta venida se tardará.
Sacó el morisco orgullo tres gigantes,
Resplandeciendo en láminas de acero,
Uno en los abrasados Garamantes
Nacido, otro en las Sirtes, otro en Duero:
De gruesos cuerpos, y ánimos bastantes
A rendir el furor de un campo entero,
Y para en él llevar nuestro rey preso
Un fuerte carro de acerado peso.
El mauro Dragonel que iba delante,
Armadas de un alfanje ambas las manos,
Con presto herir, y con feroz semblante,
En campo á un tiempo entró con diez cristianos:
Mató á Feinigue, músico y danzante,
Al duro Orbelio y á Franconio hermano,
Que en ciego pleito andaban por su herencia,
Y el gigante igualó la diferencia.
Aun todavia con ellos combatiendo,
Muerto el uno del todo, el otro herido,
El gallardo doncel pasó corriendo
Del gran combate por lo mas tejido;
Y ora de intento fuese, ó no pudiendo
Detener el caballo desabrido,
En el jayan chocó, y á todo vuelo
Como una gruesa torre vino al suelo.
Quedó sin la una pierna en la caida,
Y encima della y dél muerto el caballo:
Causó la no pensada arremetida
El dar en el gigante, y derriballo,
Ver el confuso campo de vencida,
Preso el anciano rey, y por libralló
A toda furia arremetió, y al paso
Le ofreció el cielo el venturoso caso.
De la escogida escuadra, á quien cumplia
En Lugo al Casto rey dar preso y vivo,
A pesar de quien mas lo defendia
En su carro Zairan le entró cautivo;
Y con la rica presa que hecho habia,
A larga rienda y paso fugitivo,
Sin aguardar al fin de la revuelta,
Cumplida su intencion daba la vuelta.
¿Quién del real jóven contará el denuedo
Al diestro entrar del peligroso alcance,
El derribar á Dragonel, y el miedo
Que á todos puso este segundo lance?
Yo lo vi, y lo toque, y apenas puedo
Creer que hombre mortal tal brazo alcance;
Corriendo su caballo á todo vuelo
Una lanza al pasar cogió del suelo.
Y puesta sin perder tiempo en la cuja,
La enristró contra el fiero Calimargo,
Que un áspero alcornoque sobrepuja
En bestial proporcion de duro y largo;
Y cual menudo aljofar limpia aguja
Taladra, cruza, y pasa sin embargo,
Así el tierno doncel, ó el feroz Marte,
Al gran jayan pasó de parte á parte.
Rindió la brutal vida al golpe honroso;
¡Caso estraño! Pues oye lo restante:
Gabadul que volvió el rostro espantoso,
Y muerto de un encuentro vió al gigante;
Bramando contra el cielo asió furioso
Un alfanje, al doncel que halló delante
Quiso sin creer que fuese el homicida,
Que su muerte pagase con la vida.
Mas sacóle el caballo así ligero,
Que dieron golpe y cólera en vacío,
Bien que en un hombro abrió el furioso acero
De un pequeño rasguño un rojo rio,
Con que el jóven que huyó volvió mas fiero,
Y viendo del contrario el desvarío,
Le ayudó de una punta, y puso en punto
De ir aunque vivo á dar sobre el difunto.
Enlazó con los brazos su caballo
El jayan de la firme punta herido,
Perdió el sentido, mas volvió á cobrallo,
En nuevo espanto y cólera encendido,
Y alta la espada hácia el doncel por dallo
En dos partes de un golpe dividido,
Ciego al pasar topó en el jayan muerto,
Y turbado perdió golpe y concierto:
Y el doncel á un revés la mano airada
Con tal donaire revolvió, y tal fuerza,
Que aunque de tierno brazo, y nueva espada,
El golpe le obligó se agovie y tuerza;
Y abierta una espantosa cuchillada

Al hombro diestro, cuanto mas se esfuerza
A la venganza, y en sus rabias muerde,
Mas tibio aliento y roja sangre pierde.
Que al diestro reportarse del contrario,
Y hacer con cauta ligereza herida,
Sin tiento andaba, en movimiento vario
La fuerza, y no la cólera perdida;
Y en golpes ciego, en iras temerario,
A dos manos la firme espada asida,
Uno se afirma á dar, y á darle entero,
Hiciera dos un cáucaso de acero.
No pudo huir el jóven valeroso
El riesgo todo, y cuando mas no pudo,
El golpe entró á coger con brio airoso
En la sangrienta espada y el escudo,
Donde al grabado acero un cerco hermoso,
Y de diamantes al plumero un nudo
A tierra derribó, y abrió en la frente
De roja sangre una vistosa fuente.
Valió al doncel que por el blando viento
Del corvo alfanje un tercio dió en vacío,
Que á no hallarse tan junto un fin violento
Sin tiempo hiciera malograr su brio;
Y entre armiños y plata el rio sangriento
De rubis pareció, y de nieve un rio,
Creciendo con los nuevos arreboles
Brio en su brazo, y en su espada soles.
Y así al salir rompió con tal violencia,
Que el corvo escudo y el brazal siniestro
Le echó al suelo, y con ellos la paciencia,
Contra el bizarro ardor del doncel nuestro:
Dejó el jayan la espada, y sin prudencia
Quiso asir con la mano al jóven diestro,
Que de un dulce revés á todo vuelo
Dos dedos de los cinco le echó al suelo.
Tal vez así en aquel florido puesto
Cerdoso jabalí se vió acosado
De un sabueso irlandés, que en contra puesto
Ladrando le entretiene desarmado,
Hasta que del venablo el golpe diestro,
Ya por el yerto lomo soterrado,
Furioso cierra, y quiere desa suerte
Morir matando á quien le dió la muerte.
No de otra suerte el bárbaro gigante
Morir desea matando á su enemigo,
Rabioso en ver que á su ánimo arrogante
Un desarmado niño sea el castigo:
Y él con la diestra punta por delante,
Por entre malla y malla abrió un postigo
Al ronco pecho, que arrojó con brio
De requemada sangre un negro rio.
Venia en el servicio del rey Casto
Altravicio, un fantástico mancebo,
De aguda presuncion, de ingenio vasto,
De antiguas vidas un archivo nuevo:
Momo de habilidades, cuyo pasto
Fue siempre decir mal, y de ese cebo
Sacó por menor paga, y mayor mengua,
Dos riendas en la cara, y no en la lengua.
Autor de estraordinarias opiniones,
Vano hablador, baraja de porfías,
Tan lleno de razon, y de razones,
Que venciera con ellas un Golias:
Adulador, quimera de invenciones,
Y por dar en privado aquellos dias,
Y fingirse algo allí donde era nada,
Al rey acompañaba en la jornada.
Este cobarde, que huyó el primero,
Viendo el temido riesgo reparado,
A hacer volvia del gallardo y fiero,
Con limpia espada y ánimo hurtado,
Al tiempo que el gigante iba ligero
A abrazarse al doncel, y él recatado
Le barrenó de una estocada el pecho,
Y dándole lugar pasó derecho.

Fué á dar con el bascoso desatiento
En el vano Altravicio que venia;
Cayó sobre él, y como leon hambriento
A rabiosos bocados le comia;
Y él que en su boca nunca tuvo tiento,
Muriendo en otra conoció aquel dia,
Que es justo el cielo en que permita y quiera,
Que allí cada uno con sus armas muera.
Ya el preso rey en su carroza estaba
De la sangrienta lid un largo trecho,
Con diez soldados, cuya vista brava
Cobarde hacia al mas valiente pecho:
Síguenle algunos, pero el que llegaba
No era al segundo golpe de provecho,
Hasta que ya el doncel, muerto el gigante,
Gallardo á su pesar pasó adelante.
Mató un caballo, y manca la carroza
El curso refrenó, y un diestro moro
Alcambisto, nacido en Zaragoza,
Alcaide en Portugal, casado en Toro,
De anciano parecer, y sangre moza,
Armado en blanco con plumajes de oro,
A encontrallo salió, y pudo encontrallo
Sino cayera su andaluz caballo.
Pasó furioso el moro, el doncel visto
Su riesgo revolvió mas concertado,
Dando al segundo encuentro de Alcambisto
Del roto escudo un cerco destrozado,
Por donde el hierro de la lanza listo
Pasó el acero y parte del costado,
Quedando sin escudo; y sin sentido,
Y el buen caballo en un cuadril herido.
Grande fue el golpe, y grande su castigo,
Y la pena tan bien ejecutada,
Que con ser él autor, yo fiel testigo,
Pienso que es su verdad, verdad soñada;
Pues hecho dos de solo un enemigo,
Con tal velocidad corrió la espada,
Que rebanando acero, carne y hueso,
Sacó el caballo un monstruo horrible en peso.
El del doncel cayó ya sin aliento,
De la fuerza que puso en la herida,
Al dar el desigual golpe violento
En la feliz segunda arremetida:
Saltó el jóven, pisó el prado sangriento,
De adonde con veloz arremetida
A la carroza fué, á quien por parallos
Las piernas cortó á tres de seis caballos.
Púdolo hacer sin riesgo, que los nuestros
Ya conociendo la victoria ufanos,
Que del tierno doncel los golpes diestros
Con tanta admiracion les dió en las manos,
En el herir y en el huir maestros,
Rodearon los rendidos africanos,
Que allí pagaron la traicion urdida,
O con la honra huyendo, ó con la vida.
El herido doncel, tras un caballo
De los que al rojo campo andaban sueltos
Al ciego bosque entró, y por alcanzallo
En la morisca lid nos dejó envueltos:
Ninguno le siguió ni fué á buscallo,
Hasta que ya de la victoria vueltos,
De alegre gusto y de despojos llenos,
Su singular valor echamos menos.
El rey que vió su libertad y vida
Deberla toda á aquella heróica espada,
Y la honra y magestad antes perdida
Con sus famosos golpes restaurada,
No viendo el dueño, y viendo su pardida
Tan sin sazon ni tiempo acelerada,
Y que ni el sábio que antes le traia,
Ni él por el campo y bosque parecia;
A notorio milagro le tuvimos
De nuestro gran Patron, que de aquel modo
Ya muchas veces batallar le vimos,



Y á su espada rendirse un campo todo:
Otros que eran los ángeles creimos
Que antes la cruz labraron al rey godo,
Porque de las hazañas la braveza
Sobraba á toda humana fortaleza.
Diez moros, tres fantásticos gigantes,
Y otros tantos valientes caballeros,
Los mas dellos caudillos importantes,
De pechos bravos y ánimos guerreros,
De otras tantas heridas penetrantes,
Altivos golpes, y altibajos fieros,
Rendidos, libre el rey, y todo hecho
De un tierno brazo y desarmado pecho.
¡Quien pudiera creer que fuera humano
Brazo tan tierno, y pecho tan altivo,
Tras la codicia de buscarle en vano
Sin le poder hallar muerto ni vivo!
Hasta que por las nuevas de un villano
El rey las tuvo dél, de su ayo esquivo,
De sus heridas, y el gallardo lustre
De su linaje real, y sangre ilustre.
Mas ya esto sobra á mi prolijo cuento,
Y es cansarte añadir nuevas historias,
Que ni son de tu gusto ni mi intento.
Y las mas para ti poco notorias;
Y asi digo, señor, que el fundamento
Fué de mi daño, frágiles memorias
De mis servicios, y sin culpa mia
La traidora emboscada de aquel dia,
Que como del florido parque el daño
Nació, en que iba á hospedarse el rey seguro,
De Filarco y de mi temió el engaño,
Y sospechas cobró del fuerte muro:
Mandó arrasarlo, y con rigor estraño
De esteril sal cubrir el campo duro,
Y derribar por él torres y almenas
De mas lealtad que de desastres llenas.
Huyó el traidor alcaide, con que puso
Escrupuloso al rey de nuestro trato,
Y á prendernos de hecho se dispuso,
Por ser tan justiciero como ingrato;
Que olvidar los servicios es el uso
Que en la córte se vende mas barato;
Y el que ni muda ley, ni guarda leyes,
Desde el menor lacayo hasta los reyes.
Esta es la historia y curso de mi vida,
Y la traicion que aquí me trajo preso,
Con otras circunstancias añadida
De menos importancia, y de mas peso:
Mas porque no sea en todo desabrida

Ni dura mi prision, ahora tu seso,
Señor, la temple, y si te viene á cuento
Me dí quién eres, para no ir á tiento.
  Que si por la presencia he de juzgarte,
Templanza, autoridad, talle y figura,
Bastantes causas dan de respetarte
Tu mucha gravedad y compostura;
Y aquesta misma estimacion es parte
De hacer la mia en tu valor segura,
Y que desee saber con fundamento
Que aire alteró de tu fortuna el viento.»
  Asi Teudonio dijo: el de Saldaña
Con pecho y corazon sobresaltado,
Como que en una historia tan estraña
Algun caso le toque no pensado:
Oyendo del doncel de la montaña,
Niño de tierna edad, y ánimo osado,
De sangre real, la suya alborotada,
Asi con voz le respondió turbada;
  «Señor, si desde luego no he traido
A tus piés con humilde reverencia
Aquel respeto á tu valor debido,
Y el que pide y se debe á tu presencia,
Esta dura cadena lo ha impedido,
Y el no fiarme aquí de la esperiencia,
Para creer que á un príncipe tan alto
Fortuna obligue á dar tan bajo salto.
  Mas ya que el tiempo por consuelo mio
Quiso igualarte á mí en tu desventura,
Y que de mi fortuna el desvarío
Con otro mayor cure su locura;
En mi intencion y tu valor confio
Que alcanzaré perdon y honra segura,
De quien la puede dar al mundo todo,
O preso, ó libre, de cualquiera modo.
  Perdona si dilato, y no te digo
Todo el secreto y casos de mi vida,
Que la honra que me hizo igual contigo
No la quiero tan presto ver perdida,
Hasta pedirte ahora como amigo,
Y no como inferíor, dejes cumplida
Tu historia, y me declares si has sabido
Quién fue el doncel tan bien encarecido.
  De dónde vino á se volver tan presto
Un tierno niño, y un jayan tan fuerte,
Que lo deseo saber, para tras esto
En todo sin estorbo obedecerte:
Perdóname, señor, serte molesto,
Que al ver tan llena mi felice suerte
De tu afabilidad y gracia ha sido
Quien me ha vuelto enfadoso de atrevido.»
  Don Sancho así con pecho alborotado,
Aun sin saber de qué, y con voz prudente,
Humilde al gran Teudonio, y reportado
El nombre pide del doncel valiente:
Cuando del dulce estilo acariciado,
Término cortesano y elocuente
Del preso ignoto, en gravedad compuesta,
Esto dió á su pregunta por respuesta.
  «En triunfo triste, y suspension callada,
El destrozado rey daba la vuelta,
Del riesgo aun la persona alborotada,
Y en deseos de venganza el alma envuelta;
Cuando al sordo bajar de una cañada,
De los cristales de Ezla en flores vuelta,
Dellas cubierto el rústico Silvano
Salia de su vecina selva al llano;
  Y ante el brioso alazán que el rey traia,
Postrado con medroso encogimiento:
«Señor, dijo, á la humilde choza mia,
Que á los piés tiene deste monte asiento,
A la hora vino ayer que se fué el dia
La alegre vista de un doncel sangriento
Con un viejo sagaz que era su guia,
Y á tu réal mano este papel envia.
  Por enjugar la sangre á las heridas
Del amado doncel paró un instante,
Y en bálsamos de yerbas conocidas
Mitigado el dolor pasó adelante.»
Del Casto Rey las nuevas recibidas
En gusto general, ver lo restante
En el papel mandó, y el que servia
De secretario dijo que decia:
  «Al Casto Alfonso, el Mago Orontes Griego,
Salud, y muerte al bando sarracino,
Cual la que el cielo hoy dió al del rio Mondego
Estorbo de tu gusto, y mi camino:
El mismo esta partida ordena, y ruego
Al curso eterno del volar divino;
Por tales puntos sus estrellas guie,
Que á tu honra bienes sin cesar envie.
  El tierno brazo que con nueva espada
Hoy hizo estremo della en tu servicio,
Y de bárbara sangre barnizada
Dió de la suya real bastante indicio;
No ha vuelto su partida acelerada
Antojo nuevo de inconstante vicio,
Mas celestial impulso que le llama
Por este curso al colmo de su fama.
  Conviene á la salud y al noble aumento
De su importante nombre esta partida:
A tiempo volverá que mas contento
que pena ahora cause en su venida;
Que yo que solo á tu servicio atento
Mi tiempo gasto, y trazo el de su vida,
Muerto hoy sin su favor te vi en mi ciencia,
Y ahora en riesgo á él sino hace ausencia.
  Esta causa nos lleva, esta nos pudo
A tus montes volver de los de Oriente,
Despues que en turbio cielo, y dia sañudo,
Niño en Miduerna le robé á tu gente:
Dos llenos lustros en silencio mudo
De España por mas bien ha estado ausente,
Probando en el honor de hechos preclaros
La noble vida de sus miembros caros.
  No en deservicio tuyo el robo ilustre,
Mas en favor de su importante vida
El hado le trazó, porque deslustre
Su espada el golpe de la mas temida:
Al fin del reino el bien, de España el lustre,
Es sangre de la tuya producida,
Tu sobrino Bernardo, aquel que ha sido
Tan llorado este tiempo por perdido.
  De Francia no te altere el rompimiento
Si guerra da á tu oferta en vez de gracias,
Que es nube hinchada de ambicioso viento,
Que en daño suyo ha de llover desgracias;
Y de tu gran sobrino el firme aliento,
Así sus brios y sus fuerzas lácias
De un golpe dejará, que sea testigo
El de ser sangre tuya, y yo tu amigo.»
  Esta en suma es la carta, oye quién sea
El sobrino del rey, y por qué via:
Junto de Oviedo en una alegre aldea,
Donde la córte un tiempo residia,
En gallardo ademan, y real librea,
Una infanta bellísima vivia,
Niña de tierna edad, y alma lozana,
Y del Rey Casto Alfonso única hermana.
  Siendo el padrino amor, en lazo ardiente
Unió con ella un conde de Saldaña,
De la gótica sangre descendiente,
Y de la nata del valor de España,
Privado ilustre, y de su rey pariente;
Mas en una desdicha todo daña,
Y así no valió al conde en cosa alguna
Amor, privanza, sangre, ni fortuna.
  Tomó en agravio el rey lo que pudiera
A feliz suerte de su hermosa hermana,
Si el real respeto con rigor no fuera

Contrario en esto á la razon humana:
Quiso que el conde en larga prision muera,
Y en clausura la infanta soberana,
Nacido della ya el doncel gallardo,
Que de su abuelo se llamó Bernardo.
Crióle el Casto rey con nombre de hijo,
Tiernos gustos de amor, y fe paterna,
Hasta que en la ocasion de un regocijo
El sabio Orontes le robó en Miduerna:
La causa ni la sé, ni nos la dijo,
Ni de dónde nació amistad tan tierna
Con el doncel, y con el rey gallego,
Siendo el uno español, y el otro griego.
El Casto con la alegre nueva ufano
Del doncel ya llorado por perdido,
Viéndole vivo, y por su altiva mano
A su primer grandeza reducido,
Ni al moro teme, ni al poder cristiano,
De la esperiencia y la esperanza asido,
Antes para la guerra venidera
Solo que vuelva su sobrino espera.
Y sino son lisonjas de la fama,
O el tiempo sin sazon corta la espiga,
No hay lengua en cuanto España se derrama
Que otras grandezas que las suyas diga:
Uno Marte español, otro le llama
Alcides nuevo, y todo en voz amiga
Celebra, ora de vista, ora de oidas,
Sus cosas grandes, ciertas ó fingidas.
La guerra que con Francia está aplazada
Del mundo sin por qué mortal ruina,
Es toda de ambicion ocasionada,
Y de imprudente traza repentina...
Mas ¿qué accidente ó causa no pensada
A tal congoja y lágrimas te inclina?
¿Qué desgracia ó pasion puesta en olvido
Mi cuento á la memoria te ha traido?
Si es por hallarte sin por qué enterrado
A tal sazon en sótanos estrechos,
Que cual yo pienso el ocio desalmado
Carcoma es interior de honrados pechos,
El reino está y el rey tan apurado
De hidalgos que lo sean en sus hechos,
Que no solo abrirá esta cárcel fiera,
Mas aun las de la muerte si pudiera.
Mitiga ahora, señor, tu acerbo llanto,
Y de cualquiera causa que proceda,
Qué podré hacer por ti me advierte en tanto
Que este altibajo de fortuna rueda,
Que tu valor en mí ha podido tanto,
Que nada el mio te negará que pueda,
Ora vaya en tu dicha, ora en la mia
El desear yo tanto tu alegría.»
Dijo, y el preso conde á sus razones:
«Oh invicto don Teudonio, cuán al vivo
Tus palabras descubren los blasones
De la real sangre por quien muero y vivo:
No tiene ni ha tenido el rey prisiones,
Cárcel cruel, ni calabozo esquivo,
Que puedan agraviar y hacer ultraje,
A quien no fuere de tu real linaje;
Y así lo que pudiera al mas perdido
Ser provecho y favor á mí me daña,
Pues mi culpa mayor es no haber sido
De la sangre real la mia estraña:
Yo soy, si acaso soy, primo querido,
El desdichado conde de Saldaña,
Que tanto ha que enterrado y muerto vivo,
Que no sé si me ví algun tiempo vivo.»
¡Oh cielo santo! don Teudonio dijo,
¡Posible es que veo viva la persona
Así agraviada del valiente hijo
Del conde de Saldaña y Barcelona!
¡Oh humano engaño! ¡oh corto regocijo!...»
Mas ya mi voz el llanto desentona,
Que venturas halladas en cadenas,
Solo para lloradas salen buenas.
Otra vez cantaré de los varones
El muerto gusto de su alegre vista,
Sus mal afortunadas pretensiones,
Que una desgracia no hay quien la resista;
Y ahora entre los franceses escuadrones
Sus fuerzas todas la fortuna alista,
Y en sonando de Marte el ronco acero,
Ningun atento gusto queda entero.
Cargada de favores de fortuna
Altiva estaba la indomable Francia,
Su fama por el cuerno de la luna,
Y sobre el mismo rumbo la arrogacía,
Sin triste azar, sin disonancia alguna,
Sin guerra ni enemigo de importancia,
Y solo contra España declarado
El orgulloso brio de su estado.
De galas llena y bélico aparato
Su imperial ambiciosa córte crece,
Y en pompa ilustre da vivo retrato
De cuanto en gusto humano se apetece;
A quien de la fortuna el rostro ingrato
Ahora agradable sus favores crece,
Y al viento hinchado de su luna llena
La hueca trompa de la fama suena.
Por la real sucesion al reino hispano
Alarde hizo el placer desta riqueza,
Y en laurel victorioso el pueblo ufano
Ceñida al César dió la real cabeza:
Mas de un signo infeliz el curso vano
Templó al público estruendo la grandeza,
Y en su contrario aspecto pudo tanto,
Que el comun regocijo volvió en llanto.
Ya en astas de oro deslumbrando el viento
Sus victoriosos estandartes planta,
Cuyo altivo y revuelto movimiento,
Si á unos causa placer, á otros espanta:
Ya entre su alegre tremolante aliento,
Sus triunfos cuenta, sus victorias canta,
Y en públicos carteles de alegría
Fiestas aplaza, y les señala dia.
Dar en pomposo alarde los trofeos
Que el tiempo dió á sus inclitos varones,
La no vista creciente de deseos,
Las conquistadas bárbaras naciones,
Será gastar el tiempo con rodeos,
Y por cortar la letra hacer borrones,
Que es querer cifrar mucho en breve suma
Cargar de tinta sin sazon la pluma.
Otra musa los cante si tuviere
Con mas obligacion menos cuidados,
Que la mia en su tasada pluma quiere
Casos forzosos, y esos limitados;
Pues de los cortos bienes que escribiere
Hasta los dejos quedan olvidados,
Y al gusto humano no hay dolor mas grave
Que el bien pasado en quien sentirlo sabe.
Solo unas fiestas pediré á la fama,
Que así ensancharon con su trompa el vuelo,
Que no en mas partes de su luz derrama
Rayos al mundo el dios que nació en Delo:
Si el tronco se conoce por la rama,
Esta en que se enramó y se enredó el suelo
Se llame en cuanto ronda y ve la luna,
Rama del mayor tronco de fortuna.
Por suyo en Perpiñan tenian el dia
Que se diesen los muros de Girona,
Girona, á quien el César pretendia
Por orla nueva á su imperial corona:
Mas ya entibiado el punto á la alegría
Con el desprecio de la real persona,
Que España no estimó por ser cabeza
Pequeña á su magnánima grandeza.
La vuelta de París tomó, dejando

Al grave Orlando el peso de la guerra,
Donde en su parlamento platicando
La sucesion de la asturiana sierra,
Que en derecho le funden pide el mando
Y accion que tiene á la española tierra,
Si hay alguna, ó quien sombra della saque,
Pues basta á la ambicion cualquier achaque.
Cuán raras veces la verdad desnuda
Hasta el real dosel va sin sospecha
de adulacion, que la transforma y muda,
Y entre oropel la da lisonjas hecha:
Guísanla porque suele amargar cruda,
Y tales salsas el engaño le echa,
Que con el amor propio la hace al justo
Maná que cuadra y viene á cualquier gusto.
Como al triunfante hijo de Pipino,
Que en verle al español cetro inclinado,
No hubo voto ni voz de paladino
De contraria opinion en el senado:
Todos firman y afirman, que en divino
Y en humano derecho está fundado,
Que entre y suceda en el distrito hispano
O rey francés, ó emperador romano.
Como rey tiene ya el primer derecho
De la renunciacion que el Casto hizo,
Y como emperador es el derecho
Sucesor, y el que hoy reina advenedizo:
Esto Turin, un gran Licurgo hecho,
Dió por su parecer, y le rehizo
Don Reynel con el suyo, don Grimaldo,
El conde don Galban y el rey Geraldo:
Y bien que cada cual por su camino,
Y á diferente pretension guiado,
De derecho dan nombre al desatino,
De una ciega ambicion ocasionado:
Solo el anciano Malgesi adivino,
En los agüeros de Merlin fundado;
En pié se levantó, y en voz severa
A su príncipe habló desta manera:
«Es el ser singular tan peligroso
En resueltas materias de importancia,
Que aun acertando queda un hombre odioso,
Y en manchadas sospechas de arrogancia;
Pues ¿qué será si el caso está dudoso,
Y en la opinion contraria la ganancia?
Y el parecer opuesto y descuidado
Del gusto que ha de ser aconsejado.
Servirá solo de quedar corrido
Quien á todo este riesgo se arrojare,
Mas no por esto un pecho bien nacido
Es bien que en miedos y sospechas pare:
Yo, señor, desta junta he conocido,
Que quien el gusto tuyo reforzare
Con su opinion será, decirlo quiero,
El mejor capitan y consejero.
Por eso no hay en todo el parlamento
Voto por escribir ni firma en blanco,
Que ha descubierto ya en tu real intento
Para sus tiros la lisonja el blanco;
Y así en lo que ahora por servirte intento
Temo que ha de salir la suerte en blanco,
Que te veo ya resuelto por mil modos,
Y es mucho ir uno solo contra todos.
Pero la fe me obliga y la obediencia,
Que como á mi señor y rey te debo,
A pedir, no que mudes la sentencia,
Que esto es ya mucho á un parecer tan nuevo;
Mas que se mida con mayor prudencia
Lo que quizá á decirte no me atrevo,
Medroso que mis dichos verdaderos
No les llamen, mudado el nombre, agüeros.
Vanamente se funda quien te dice
Que á Francia incumbe España por derecho,
Si la antigüedad sabia contradice
Con su razon á la opinion y al hecho:
Por bien que con lisonjas autorice
Tu gusto en esto mas que tu provecho,
Verá, si ver quisiere, libre á España
De ajeno cetro y dependencia estraña.
Si atiendes al antiguo orígen suyo,
Fundada fue por el primer hermano
De Noé bisnieto: si al derecho tuyo
De rey francés, ó emperador romano,
Antes que el franco Merobeyo, cuyo
Cetro ha venido á tu prudente mano,
Ataulfo fueron y Alarico reyes,
Que á Italia, España y Francia dieron leyes.
Y si tu pueblo no se precia en vano
De ser de un hijo de Héctor descendiente,
Y el de Priamo, y ambos del troyano
Dárdano, de Atlante ítalo pariente;
Siendo el décimoquinto rey hispano,
De España es el orígen de tu gente,
Y ella, de quien nació en nuestro hemisferio
La antigua Troya y el romano imperio.
Esta es la antigüedad, cuanto al derecho
Que en la renunciacion has adquirido,
Si pudo darte alguno el rey de hecho,
Ya de hecho tambien lo ha suspendido:
Ni tengas por ofensa lo que ha hecho,
Pues tu grandeza en nada descrecido,
Que no está en muchos reinos, ni en tenellos,
Sino en un pecho real y digno dellos.
Cuanto mas, que si el rico y fértil suelo
De España puede con sus venas de oro
Dar codicia, tambien dará recelo
Ver que leones guarden su tesoro:
Trueca, señor, la empresa, trueca el celo,
Y el riesgo del cristiano al pueblo moro,
Sientan Valencia y Aragon tu saña,
Que esto es ganar, y no perder á España.
Sabe que del gran mundo en los secretos
Por donde el cielo sus discursos guia,
El Hacedor del tiempo en sus efetos
A España ofrece eterna monarquía;
Y en inviolables pactos y decretos
A sus reyes y real genealogía,
Lo que hay desde la aurora hasta donde
El sol alumbra cuando aquí se esconde.
Yo así al cielo lo oí, y así de un sabio
Está en firmes figuras definido,
Y en justa pena á un ambicioso agravio
Un dragon de oro ante sus piés rendido:
Hable á su antojo el lisonjero labio,
Yo solo digo y sé lo que he leido,
Y que va ya en los fines de su cuenta
El riesgo, la venganza y el afrenta.»
Así dijo, y del grave parlamento
No quedó quien en ánimo y semblante
No aprobase con nuevo encogimiento
De su razon la fuerza por bastante,
De la eficacia el vivo sentimiento,
De la resolucion el brio importante,
Que la clara verdad se trae consigo,
Sin respeto de amigo ni enemigo.
Era de insigne crédito la ciencia
Del sabio por los cursos de Aqueronte,
Y el lustre de la noble descendencia
De ambas sangres Mongrana y Claramonte,
Quien le hizo el oráculo y prudencia
Que al gobierno imperial mas pese y monte,
Por ser príncipe y sabio, que en efeto
Es bueno un gran señor para discreto.
Ya reducido á plática ordinaria
Un sordo hablar corrió por el senado,
Quién dando esta razon, quién la contraria,
Conforme á su intencion, ó su cuidado:
El César de opinion perpleja y varia,
Ni del todo resuelto ni mudado,
Entre un discuso y otro divertido,

De la ambicion y la razon herido;
Cuando del falso bando de Pontiero
El traidor Galalon ardiendo en ira,
Con rostro grave, y con desden severo,
Así al César habló, y á solo él mira:
«Si lo que con palabras decir quiero,
Con la luz lo dijera que me inspira,
Vieras, señor, ser aire sin cansarte
Los montes con que piensan espantarte.
Pero si la razon ha de ir vestida
Como á la guerra armado el caballero,
Yo que no oí retórica en mi vida,
Ni me armé de papel, sino de acero,
Quizá no acertaré á dar la medida,
Que soy soldado al fin, no palabrero;
Mas si aquí fuere corto en la jornada,
Mas que sus lenguas cortará mi espada.
Y tú, invicto señor, César Augusto,
A quien en triunfar carro de leones,
Ya con brazo enfrenar veo robusto
Las españolas bárbaras naciones,
Manda callar los magos, que no es justo
Que agüeren tu valor supersticiones,
Ni como á niño con asombros vanos
Quieran atar tus victoriosas manos.
Si Malgesí con loco fingimiento
Así no admite en el saber segundo,
Que él solo vió de Adan el testamento,
En los agudos reyes manda el mundo:
Lo que en sus vueltas guia el firmamento,
Lo que en las gentes trazan del profundo,
Lo que es, lo que ha de ser, y lo que ha sido,
Con un lazo lo vió en un bosque asido.
Cuando en venganza pública colgado
De un pié le tuvo el risco de Miduerna,
Dándole el infernal cuaderno amado,
Afrenta humana en penas de la eterna:
Si allí su ciencia le dejó burlado
En causa leve, y ocasion tan tierna,
¿Por qué se finge de saber profundo
En la revolucion de todo un mundo?
Los ciegos ojos á la luz presente
Soñando quieren ver lo venidero,
Y con vano temor á un rey prudente
Hacer lo que no harán brazos de acero:
Si la española á la francesa gente
Origen dió, y su cuento es verdadero,
El reino es nuestro, á tierra propia vamos,
Los godos nos la usurpan, ¿qué esperamos?
Mas no es justo se admitan sus razones
En discurso gentil ni ánimos puros,
Ni en grave junta de ínclitos varones
Mágicos hablen, lóbregos y obscuros:
Allá en ciegos desvanes y rincones
Sus cercos formen, recen sus conjuros,
Y solo suenen los reales techos
Nobles palabras de hidalgos pechos.
Si el Casto rey te dió su cetro y silla,
Y á instancia ya del reino te la niega,
Tu valor tiene en poco el de Castilla,
Pues á no te estimar por su rey llega:
Como dice la mágica cartilla
Del que á tí te predica, y él reniega,
Que en esto no te ofende ni lastima
Si un reino tu grandeza desestima.
Es ignorancia de quien solo sabe
Descalzo andar entre papeles y untos;
¿Quién hizo al vano Malgesí tan grave,
Que á medir llegue del honor los puntos,
Y que el tuyo y el nuestro menoscabe,
Pudiendo él solo mas que todos juntos?
Y siendo en su decir el vano adorno,
Mancha á tu fama, á tu opinion soborno.
Al fin, señor, el parecer mas sano
Destos invictos príncipes y mio,
A tu grandeza y nombre soberano,
Y á la reputacion del francés brio,
Es que á pesar del mundo por tu mano
Conquistes el gallego señorío;
Y pues la tierra á tu derecho toca,
Tuya será, que aun para tuya es poca.»
Dijo, y mirando con desden severo
Al francés sabio reventando enojos,
Rióse, haciendo escarnio altivo y fiero,
Y él centellando fuego por los ojos:
Al libre hablar del magancés parlero,
Fundado del rey Carlo en los antojos,
La mano quiso ya en la espada puesta
Darle en ella librada la respuesta.
Alteróse el confuso parlamento,
Y en nuevas opiniones dividido,
Con riesgo de un notable atrevimiento
El hablar castigara desmedido,
Si el grave César desde su alto asiento,
Para apagar el fuego ya encendido,
No mandara salir, aunque agraviado,
Al sabio y á los suyos del senado.
Tenia facundia el magancés astuto
Y gracia en persuadir cuanto queria,
O fuese de la yerba moli el fruto,
Que Alcina de su huerto le dió un dia,
O porque con lisonjas el mas bruto
Dar gusto sabe, y Galalon sabia
Disimular las suyas de manera
Que un Argos vuelto en lince no las viera;
Y entonces fue su hablar general gusto,
Por el que á todos daba la jornada,
Y porque al cielo en su castigo justo
El mismo delincüente da la espada:
Faltó del parlamento el brio robusto
Del grave hijo de Amon, siendo agraviada
La autoridad del sabio no admitido,
Maganza victoriosa y él corrido.
Pero antes de salir de la gran sala
Así al senado dijo un aspid vuelto:
»Aunque ninguna recompensa iguala
Mi agravio, ver al rey francés resuelto
En el consejo, y la intencion mas mala
Que el mundo vió para quedar revuelto,
Me lastima, que siempre un noble pecho
Mas mira el bien comun que su provecho.
Mas si ya es la desgracia irremediable,
Y el veneno hasta el alma ha penetrado,
Si el mundo y su grandeza deleznable
Límite tiene y curso señalado,
Si contra el hado y suerte inevitable
Ni hay fuerza real ni imperio reservado,
Caiga la francés pompa, caiga hambrienta
De humana sangre, y vénguese mi afrenta.
Que yo os anuncio, y pongo por testigo
Desta verdad cuantas el mundo encierra,
Que de todos los príncipes amigos,
Que á ver llegaren la española tierra,
Cuando quieran contar los enemigos,
Los que vivos salieron de su guerra,
Les sobrarán, si mi saber no es vano,
Dos dedos de los cinco de la mano.
Dijo, y dejando el grave parlamento,
Parte confuso, y parte acobardado,
Con inviolable y firme juramento
De no volver, se va, hasta ser vengado;
Y al deseado Reynaldos por el viento
A pedir fue donde le habia encantado
Una Hada en los reinos del Oriente,
Justa venganza al deshonor presente.
El rey con los demás que en su consejo
A la revuelta dél mueven el labio,
Unos de incauto y de caduco viejo,
Y otros nombres le dan de noble y sabio;
Hasta que al fin con altercar perplejo

De varios pareceres, en agravio
Del mal aconsejado Carlo Augusto,
Los mas discordes quedan en su gusto.
Y ya de esta imprudente opinion todos,
En la del falso Galalon fundada,
Que cruel pretende por diversos modos
La imperial magestad ver acabada;
Contra el estrecho reino de los godos
Sangrienta guerra queda declarada,
Y que á las flores del abril siguiente
Campo se forme, y se levante gente.
Que el galan Durandarto á Desiderio
Su gente haga bajar de Lombardía,
Y Galalon las fuerzas del imperio
En Bretaña reforme y Picardía,
Que á Roldan se dé aviso, y á Silverio,
Marqués de Fox, y duque de Pavía,
Que concluido el cerco de Girona,
Por Perpiñan descienda hácia Narbona.
Que dejando presidio suficiente
Al real de Barcelona y Cataluña,
Con lo sobrado marchen de la gente
Por Cominges derechos á Gascuña;
Donde en todo el florido abril siguiente
Del campo el resto llegue, y con la uña
Del águila imperial haciendo garra,
Por Roncesvalles se entren en Navarra.
Y que entre tanto las famosas fiestas,
Que en Perpiñan se dieron aplazadas,
En París se prosigan, y en compuestas
Barreras, y soberbias palizadas:
Los estandartes y banderas puestas
Levanten gente, y den armas grabadas,
Sin que haya cosa en cuanto el reino encierra
Que no sea asombro y gallardía de guerra.
Esto salió por último decreto
Del francés parlamento y grave junta,
Mas mientras al ponerlo por efeto
La gente y el ejército se junta,
Y en medido escuadron se ve perfeto
Las lanzas cuento á cuento, y punta á punta,
Con grato gusto quiero del oyente
Un oculto secreto hacer patente.
Praxitel, sabio y noble estatuario
Primero de Corinto, recogia
El oro, el bronce duro, el jaspe vario
Del Tínaro, y de Ormuz la pedrería,
El rojo azofar, el luciente pario,
El verde mármol que la Etolia cria,
Abriendo despues dello sus buriles,
Vueltos divinos, láminas sutiles.
¡Oh cuanto ha menester quien lo que escribe
Vestirlo piensa de inmortal memoria!
¡Y en cuerda alma y cuidado fiel concibe
El parto heróico de una grave historia!
¡Qué fácil al principio se recibe
La empresa! ¡qué dudosa es la victoria!
¡Qué de caudal, estudio y advertencia
Pide en rigor cualquiera menudencia!
Sabroso estilo, espíritu templado,
Heróica voz, lenguaje casto y puro,
Ni plebeyo en lo humilde ni pesado,
En lo soberbio ni en lo grave duro;
Ni altivo, ni arrogante, ni afectado,
Ni largo, estéril, ni por breve obscuro,
Ni que en regla y compas jamás se aparte,
Freno á la lengua, y al ingenio el arte.
Buena eleccion para la traza y modo,
Y para el disponer perseverancia,
Y una firme paciencia sobre todo
Contra un censor hinchado de arrogancia,
Que da en soberbia presuncion del codo
A la mayor dulzura y elegancia,
Y no hay espejo de cristal de roca
Que no empañe el aliento de su boca.
¿Quién se libró del riesgo de una falta?
¿Quién se dió á todos gustos por cumplidos?
¿A qué regla ó compas no sobra ó falta
En lo mas ajustado y mas medido?
No hace el brazo mortal raya mas alta,
Nadie puede dar mas que ha recibido,
Á alcanzar con mi pluma adonde quiero,
Fuera Homero el segundo, y yo el primero.
Mas contra el ciego error de una quimera
Cien Midas hay si un sátiro no falta,
Y así anudando la razon primera
Del cuidoso desvelo en no hacer falta,
El que en estilo grave y voz severa
Antigua historia escribe heroica y alta:
Porque contra mi crédito no lleve
Don Teudonio esta falta por ir breve;
Si algun cuidado á su discurso atento
Saber descáre en este heroico paso,
Con mas adelgazado fundamento
Del robo ilustre el importante caso;
Que á Orontes trajo por el blando viento
Del Oriente á los reinos del ocaso;
Quién le dió nuevas de Bernardo, y cómo
Con un hecho salió de tanto tomo;
Quién le obligó á encargarse del infante,
Qué gusto, qué interés por esta via,
La voluntad del sabio Nigromante
A tan nueva lealtad y amor movia;
Todo fue de un gran fin causa bastante,
Diréló, si á la heroica musa mia
Del oyente otorgare la paciencia
Para una breve digresion licencia.
Y que por esta sola vez rompiendo
La brevísima accion y corto asunto,
Que á toda priesa y brevedad siguiendo
Desde el primero voy al postrer punto,
Pueda volver atrás, donde cogiendo
El agua en su principio todo junto,
Con clara brevedad se entienda y vea
Cuanto aquí falta, y el lector desea.
Yo al punto volveré de mi victoria
A nueva diligencia y paso largo,
Que es breve el tiempo, y grande la memoria
Que para darla al mundo está á mi cargo:
Pues luego que de amor la dulce gloria
Al conde y á su esposa en llanto amargo
El Casto rey volvió, y en noche obscura
Uno puso en prision, y otro en clausura;
A Bernardo crió en mantillas de oro,
Con nombre de hijo, y con igual cuidado,
Guardando á su real sangre el decoro,
Y á la alta estrella de su invicto hado;
Cuya luz dijo, que del pueblo moro
Verdugo cruel seria en campo armado,
Y los agudos filos de su espada
Muro invencible de su patria amada.
Entre los que en sagaz destreza vana
De los astros midieron la influencia,
Y del natural hado y suerte humana
El sutil peso hallaron en su ciencia,
Fue Alcina por el gusto de Morgana,
Y Orontes en su mágica esperiencia,
Por el gusto de Alcina, en cuyo gusto
Se dice que alcanzó mas de lo justo.
Era Orontes un viejo descarnado,
De vivos ojos, y mirar compuesto,
Cetrino en la color, alto, delgado,
Cuidadoso, sagaz, grave, modesto,
Calvo, corva nariz, rostro afilado,
Blanca la barba, en el vestido honesto,
Y que en su aspecto, gravedad y talle
Verle ponia aficion, gusto hablalle.
De conjurados cercos y abusiones
Mas que Zoroastes y Merlin sabia.
Ocultos pactos, firmes convenciones

Con todo el reino de Pluton tenía:
Con un breve carácter diez legiones
De apremiados espíritus traía,
Mas sujetos al yugo de sus leyes,
Que al de un recio gañan dos tardos bueyes.
Lo que Merlin no supo, que es la tasa
Con que crece la mar y vuela el viento,
Dónde el firme pisar halló la basa
Sobre que el mundo estriba y hace asiento,
Quién al tiempo pasado alquiló casa,
O en qué camina tanto el pensamiento,
Este sabio lo supo, y mayor fuera
Si solo conocerse á sí supiera.
A este entregó la cuidadosa Alcina
Al tierno niño conde de Saldaña
Su noble crianza, su sagaz doctrina
Al santo rito y cristiandad de España,
Y que de un riesgo y muerte repentina
Libre le saque su cautela y maña,
Que envidia á un gran valor siempre hizo guerra,
Y el del infante es único en la tierra.
Dióle para esto un libro de Morgana,
Que es de magos el cerco mas seguro,
Y su aspecto Pluton, á quien se allana
La ciega potestad del reino obscuro:
Que al rico todos dan en pompa vana
Lisonjera obediencia hasta aquel muro
Que el de la muerte abraza, donde el yerno
De Ceres vive y muere en fuego eterno.
Quedó con la virtud del nuevo encanto
Orontes superior á los mas diestros,
Sirviendo de aprendices en su encanto
Los que antes le servian de maestros:
Esto pudo el cuaderno, y puede tanto
En casos venturosos ó siniestros,
Que trocó los del niño, y le trocara
Al cielo el curso si él volar dejara.
Temian los sabios de la altiva Francia
Por ver su invicto rey en tanta alteza,
Del inconstante tiempo la inconstancia,
Y de sus bienes la infeliz firmeza;
Y los franceses magos con instancia
Procuraban saber desta grandeza,
Cuando se habia de cansar fortuna,
Y hacer menguante la creciente luna.
Entre estos Malgesí fue el mas famoso
Sutil encantador, fiel estrellero,
En ahumados cercos prodigioso,
Y en fantásticas sombras agorero:
En las negras cavernas poderoso,
Que con ladrar asombra al Cancervero,
Donde ni alma ni sombra su horno ardiente
Recuece, que á su voz no este obediente.
Era, según Turpin, por línea recta
Quinto nieto del rey de Tuberlanda,
Padre que fue de Nemia la discreta,
Dueña del lago que reinó en Irlanda:
Que en negra tumba y bóveda secreta
Vivo metió á Merlin, y en cama blanda
Le encantó, donde en bosques resonantes
Brama en la gruta y árboles de Armantes.
Desta los libros heredó, y la ciencia,
Por gusto, profesion, parte, y pariente,
Y de estudio ayudado y diligencia
En los mágicos cursos fue eminente;
Donde vió con profética evidencia
El fin cercano á la francesa gente,
Y del niño español la rica espada
De su mas noble sangre matizada.
Ligó en dos nuevos cercos poderosos
Su filo y brazo tierno, ¡cosa estraña!
Que sus lirios se vieron victoriosos,
Francia en las nubes, y á sus piés España:
«Estos, dijo, no son lances dudosos,
Si el fingido Asmodéo no me engaña,
Y hace alterar con su mudanza y truecos
Las vanas sombras destos bultos huecos.
Este es el negro humo que compuso
La falsa secta que nació en Arabia:
El que soñó el alquimia, y el que puso
En los amores la celosa rabia;
El que al mundo sacó y vendió el abuso
Que con lisonjas de oropel enlabia,
El que intentó privanzas y favores,
Y en la córte el barniz de aduladores.
Mas vuélvanse las cosas alteradas
Al primer vuelo, y al lugar debido;
Corran del curso natural guiadas,
No con hado violento y detenido:»
Dijo, y apenas de las dos lazadas
Se vió el mágico nudo dividido
Cuando el mundo tembló y cayó por tierra
La flor de Francia en la gascona sierra.
Asombró al sabio de la rica espada
El riguroso golpe, asombró el vuelo
Del brazo altivo, y ver su patria honrada,
Las águilas y lirios por el suelo:
Quitar quiere al doncel la vida amada,
Y contra el curso del volar del cielo
Detener el feliz, que por su mano
Dispensa á España el brazo soberano.
Esto en un cerco Malgesí trazaba,
En ciego antojo y ánimo obstinado,
Cuando el niño Bernardo atento andaba
En ver volar un sacre remontado:
Orontes que tambien tras él volaba
Sobre la alta cerviz de un grifo alado,
De las nubes llover se dejó al suelo
En blando curso, é invisible vuelo.
Y el gallardo doncel por quien venia
En sus brazos tomó, y ligero vuela,
Y no en la silla, porque no sabia
Templar el niño el freno con la espuela:
Huyó con él, quedó el francés sin guia,
Burlada su engañosa centinela,
Que es calva la ocasion, y el punto della
Que consiste en gozalla es no perdella.
Ya del monte Ida en una alegre plaza
Otra vez hizo una águila divina
De un bello niño semejante caza,
De igual beldad y gracia peregrina:
Si aquel le sirvió á Júpiter la taza
De nectar en su esfera cristalina,
A este el cielo á servir le lleva, y llama
Honra á sus gentes, y á sus siglos fama.
Fue hecho el hurto en cercos tan seguros,
Oculto apremio, é invisible paso,
Que á Malgesí y sus mágicos conjuros
Encubierto quedó y nubloso el caso:
Sus ciegos caractéres halló obscuros,
Su traza sin sazon, su tiempo escaso,
Y su apremiada sombra vigilante
De virtud superior vuelta ignorante,
Así al volver sin tiempo la cabeza
El músico de Tracia, en la salida
Del Ténaro sin luz, cuya maleza
Se ve entre verdes pórfidos nacida;
Vuelta vió en aire vano su riqueza,
Dos veces muerta su costosa vida,
Que él por temprano, y Malgesí por tarde,
No hay quien el punto de ventura guarde.
Esta fue la ocasión que al sabio griego
Ayo le dió del español Bernardo,
A este fin le robó, este fue el ruego
De Alcina, este en su vida el fiel resguardo:
Mas lo que Malgesí en sus rumbos ciego
Ganó con fria venida y paso tardo,
¿Quién lo sabrá decir? ¿con cual aliento
Seguir podré el alcance á tan gran cuento?
Mas conviene, señor, contarlo todo,



El viejo Orontes.

Por digna prenda del valor de España,
En quien el santo celo al cetro godo
Un reino prometió de gente estraña:
Allí por nuevo y soberano modo
De Leon sonaron en la real montaña
La vez primera en aparato ufano
Los mundos que hoy gobierna vuestra mano.
Allí con ciento y veinte lustros antes
Que el sol viese de España las banderas
Voltear los abrasados garamantes,
Y asombrar de Etiópia las riberas,
Como en sombras se vieron sus triunfantes
Carros romper las tiernas vidrieras
Del cristalino reino, que por muerte
De Saturno á Neptuno cupo en suerte;
Y que habia de ser suyo este ancho mundo,
Donde el dia muere de volar cansado,
Con el rico tesoro en su profundo,
De rubio oro y de perlas amasado:
Esto en este paréntesis segundo
Es fuerza no dejarlo destroncado,
Que las grande imágenes en torno
Para sus llenos piden grande adorno.
De aquí tambien cortó á las velas paño
De un feliz curso en nuevo atrevimiento,
Con que el mago francés en vuelo estraño
De su encantado barco surcó el viento:
Grandes cosas al fin de aqueste engaño
Toman en este grave asunto asiento,
Y así es fuerza seguirle por historia
De España digna, y de inmortal memoria.

ALEGORIA.

En Ferraguto ofendido con la fama de Bernardo, se pinta el ánimo de un ambicioso, que las ajenas alabanzas tiene por baldon y menosprecio propio.

En el socorro del rey Casto se ve como el cielo nunca desampara á los suyos; ni las traiciones, como por la mayor parte se efectúan á ciegas y atropelladamente, llegan á tener buen suceso.

En el conocimiento de don Tendonio y el conde de Saldaña envuelto en lágrimas, se muestra que sin la libertad ningun bien hay que sea de gusto.

En el consejo de guerra del César, se ve cuan poderosa es una lengua lisonjera en un ánimo ambicioso.



LIBRO CUARTO.

ARGUMENTO: Deja Orontes por su ciencia á Malgesí colgado de un árbol, donde cayéndoselo el libro de sus conjuros, un demonio con la fuerza dellos saca algunas legiones del infierno para destruir á España, y su ángel Custodio los refrena: y haciendo alarde de los muchos mártires españoles que la persecucion de los moros ha dado al cielo, promete á España un nuevo mundo en premio á su católica religion. Bernardo, entrandu en un barco milagrosamente, llega á bordo de un galeon, donde halla presa á Agélica la bella: y habiéndose allí armado caballero por mano de un rey persiano, hace batalla con él por la libertad de la reina de la China, la cual es arrebatada de un carro de fuego por el aire.

No bien el sabio Orontes satisfecho
Del robo ilustre en negro hollin tiznado,
De la órden superior un humo estrecho
Contra el mago francés dejó emboscado:
Que en su incauta venida sin provecho
Al pasar le dejó de un pié colgado,
Como negra corneja, que el anzuelo
Las alas le ase, y le detiene el vuelo.
Era la horrible sombra el rey que á cargo
Los necios tiene, y sus descuidos doma,
Con quien ya fuera el álamo mas largo
A su pié puesto el punto de una coma:
Este al pasar le echó pesado embargo,
Y en lo alto lo dejó de una ancha loma,
A una encantada cerda dada un nudo
Tal, que apenas romperle el tiempo pudo.
Este fue el ciego lazo en que caido
Le vió España, y el conde de Pontiero,
Con el que aquí y allí quedó corrido,
Y en ambas partes sin su honor entero;
No habiéndole ayudado ni valido
Aquí la ciencia, ni acullá el acero,
Que hay sabios que ni saben, ni son buenos
Sino es para agüerar males ajenos.
Perdió turbado el mágico cuaderno,
Y quedó preso sin recurso alguno,
Que de mil que sacó del hondo infierno,
A la necesidad no halló ninguno:
Escepto Trashurgin, que el lago averno
Duende no vomitó mas importuno,
Que por cansado hablador sin jugo,
Hasta al infierno sirve de verdugo.
Este acudió, mas no á prestarle ayuda,

Con negra esfera y májico astrolabio,
Mas por si la obstinada alma desnuda
Prender pudiese al ignorante sabio:
Este pues, cuya lengua tartamuda
Al mundo ofende, y cansa el torpe labio,
Al mago libro arremetió ligero,
Que es propio un hablador para embustero;
Y con él, en figura horrible puesto,
Formando rayas y fingiendo cruces,
Un sombrío escuadron sacó molesto
Del centro obscuro á las odiosas luces,
A librar al francés mago dispuesto,
Con corvos cuernos y ásperos testuces;
Mas el furor del templo aqueronita
La fuerza á todos y el vigor les quita.
No fue en la clara Rodas mas gigante
De pardo bronce su inmortal coloso,
Mas negra tez, mas hórrido semblante,
Ni en talle y proporcion mas espantoso,
Ni en bulto mas obscuro vió delante
De sí la noche al mundo tenebroso,
Cuando al cerrar de su enlutado manto
Es cuanto por sus sombras vuela espanto.
Que el gran torreon de la fantasma obscura
Que al francés mago en su prision asombra,
De cuyo aspecto la infeliz figura
Un mundo viste de enlutada sombra;
Y así en triste silencio mal segura
La negra escuadra que en sus versos nombra,
El burlon Trasburgin á su ventaja
La soberbia cerviz humilde abaja.
El viejo Satanás, que es de tres cuernos,
De discordias amigo, y de rencillas,
Cuya rabia revuelve los infiernos,
Y de Aqueronte asombra las orillas;
Viendo allí de sus fuegos sempiternos
Tanta centella y sombras amarillas,
Sembrando guerras con ladrar prolijo,
Vuelto al soberbio Belcebú le dijo:
«Príncipe ilustre, á quien del reino obscuro
La parte mas indómita obedece,
Y de la triste noche el negro muro
Bañado en sangre por tus manos crece,
Contra quien no hay valor ni arnés seguro
Si el tuyo de una vez se ensoberbece,
A cuyo ceño triste en raudo vuelo
Suele el mundo temblar, y tembló el cielo:
Aquí por pactos que en sus reinos tiene
El francés Malgesí nos ha juntado,
A darle ayuda nuestro infierno viene,
De sus voces y cercos apremiado:
Sola tu invicta mano nos detiene,
Y el inviolable lazo fabricado
Por tu saber, contra quién ya no es justo
Se oponga nueva presuncion y gusto.
Mas si conforme al cerco fue en tu mano
Prender, y el desatarle no está en ella,
No es bien que tanto infierno agravie en vano
La odiosa luz de esa enemiga estrella:
Mas quede en pena al reino castellano
Humosa estampa de su ardiente huella,
Y sepa el mundo que por estas cuadras
Juntas Belcebú tuvo sus escuadras.
Bien sabes que la espada rigurosa,
Que nos echó de encima las estrellas,
Quizá por parecerle peligrosa
Nuestra vecina cólera cabe ellas;
No ha mucho que esta tierra belicosa,
Que ahora con tus negras plantas huellas,
La entregó á nuestra furia, y al castigo
De un poderoso bárbaro enemigo.
Cansada ya de los dislates vanos
En que por tantos años ciega anduvo
Entre soberbios dueños, cuyas manos
Con sus doradas masas entretuvo,
Ya en católicos reyes, ya en paganos,
De una en otra fortuna se detuvo,
Hasta que llegó el fuego de Vitiza
A hacer su antigua honestidad ceniza.
Este al ardor de mis centellas hecho
Aun mas fuego sacó que yo emprendia,
A un tiempo unidas en su torpe pecho,
Juntas ambas malicias, suya y mia:
No fueron mis discordias de provecho,
Ni ardiera la ambiciosa tiranía,
A no añadir veneno en mis marañas
El sensual calor de sus entrañas.
Con este permitió libre soltura
Al seglar pueblo y religioso estado,
Hasta negar, envuelto en su locura,
Del vicario de Cristo el principado;
Y sin dejar muralla en pié segura,
Firme torre, ni alcázar almenado,
Las armas derritió, el morrion de guerra
En corva reja vuelto abrió la tierra.
Iba ciego aprestándose al castigo
Que el cielo á sus delitos prometía,
Yo trazando ocasiones, y él conmigo,
Dando alientos al fuego que encendia;
Hasta que el reino le entregué á Rodrigo,
Y él al ciego furor de Berbería,
A quien por cruel verdugo á su malicia
Conmigo envió la celestial justicia.
Ya entonces tuve por seguro y fijo
Para siempre mi reino en esta tierra,
En quien de Jove el belicoso hijo
De su fuego el mayor calor encierra:
De aquí pensé con un rodeo prolijo
Al ancho mundo hacer injusta guerra,
Y ser de la morisca gente solo
El feroz Marte, y el prudente Apolo.
Mas no sé quién ni cómo me ha trocado
El feliz curso á mi primer gobierno,
Y aquel muerto valor resucitado,
Vuelto en firme diamante el pecho tierno:
Salió como de burla en campo armado
De una alta gruta, cóncavo de infierno,
Un capitan, que á la primer jornada
Ni yo le tuve ni el contrario en nada.
Mas como de una mínima centella
Creciendo el fuego una ciudad se abrasa,
Y el aire que antes pudo deshacella
Feroz la vuela ya de casa en casa;
Así desta vencida gente el vella
Con nuevo brio el sobresalto pasa,
Y llega á punto de engendrar temores,
Que los pequeños riesgos sean mayores.
Mas si tú ahora, príncipe del mundo,
Esta legion y tu poder me prestas,
Fácil cosa será al golpe segundo
Quitar su grave carga de mis cuestas:
Daré con toda España en el profundo;
¿Quién me lo estorbará, si tú le asestas
Un escuadron que pudo sin recelo
Plantar banderas y armas contra el cielo?
Quedarnos ha segura esta cosecha,
Y yo con la española monarquía
Tal, que al infierno harán la puerta estrecha
Los que á tenerte bajen compañía».
Así el soberbio espíritu, deshecha
La lengua en rabia, á Belcebú decia,
Solicitando el escuadron liviano
Para arruinar el reino castellano.
Cuando la negra estátua acaronita,
Mandando sosegar el alboroto,
Así con torpe labio y voz maldita
Volvió á asombrar los árboles del soto:
«Yo antiguo defensor de la mezquita
Que en Meca goza, y tiene el primer voto,
Que su Alcorán forjé de un desatino

Que soñó el imprudente Calcabino;
No tengo mi furor tan olvidado,
Ni el odio interno á esta enemiga gente,
De las que en el bautismo se han lavado,
La mas firme, católica y prudente,
Que si pudiera habérmela tragado,
No haya en mi boca hambre suficiente;
Mas ¿quién podrá contra aquel brazo eterno,
Que es de su mundo universal gobierno?
Alzad los ojos á esa clara nube,
Que en torno ciñe vuestras negras sienes,
Y de España vereis adonde sube
El aumentado colmo de sus bienes:
Y aquel sangriento azote, en quien ya tuve
De su deseado fin firmes rehenes,
La antorcha ha sido con que el pueblo ilustre
De su valor ha descubierto el lustre».
Dijo, y de los ministros inferiores
Cada uno alzando la infernal cabeza,
En luz divina, y rubios resplandores,
Un vulto vieron de inmortal belleza;
Un mancebo gentil, cuyos colores
La nieve y rosas vencen en fineza,
Y el rico manto en varia pedrería
Rayos le presta al sol, y lumbre al dia,
Con dos pomposas alas, cuyo vuelo
Al aire da los rojos arreboles,
Que el nacar de la luz pinta en el cielo,
Cuando hace al dia bellos tornasoles:
Por gala armado, mas que por recelo,
De una celada azul y peto goles,
Que en rubís está, y este en esmeraldas,
Arden y alumbran por las nubes pardas.
El yelmo en varias plumas enrizado,
Al cuello un tahalí de piezas de oro,
De un entero zodíaco grabado,
Desde el templado géminis al toro:
Y por el peto, y manto de brocado,
Todo sembrado el celestial tesoro
De imágenes, de signos y planetas,
En luz distintas, y en virtud perfetas.
Un venablo en la mano, cuyas lumbres
Al enemigo asombran que las mira,
Y el brioso esgrimir de sus vislumbres
Temor y espanto á los contrarios tira:
Así del cielo por las huecas cumbres,
Cuando al vellon de Colcos se retira
El bello dios que tuvo cuna en Delo,
El mundo alegra, y regocija el cielo;
Y el encogido invierno entre celajes
Lloroso huye, y baja la cabeza
Al alegre verano, que en ropajes
Llovidos viste el mundo de riqueza:
Tal deja los nocturnos personajes,
De envidia deslumbrados, la belleza
Del príncipe de España, á cuya mano
Dió su defensa el brazo soberano.
Bajan los rostros de temor rendidos,
Suspensos los furiosos ademanes,
De aceda envidia y de dolor corridos
Mas que primero dentro en sus afanes:
Tales, que á no tenerlos oprimidos,
Huyeran del infierno á los desvanes,
Como la noche huye de la aurora,
Cuando el aljofar cuaja que antes llora.
Mas el divino príncipe de España,
Con su agradable y natural braveza,
«Estad canalla, dijo, estad cizaña
Del mundo, alzad á oirme la cabeza;
Y sepa cuanto de Aqueronte baña
El negro lago y hórrida maleza
Y el ronco can asombra con ladridos,
Y de las furias siente los gemidos:
Que todo junto ese infernal espanto,
Que al mundo el centro y el reposo quita,
Desde el negro dosel de Radamanto
Al frágil leño en que Châron habita;
Con cuanto de la muerte el triste llanto
En niebla cubre y sombras precipita,
Que contra España aquí vomite y eche,
Haré yo que ni baste ni aproveche.
Es verdad que aquel padre soberano,
Que sobre el cielo tiene silla eterna,
Y del mundo las riendas en la mano,
Cuanto hay en él con su saber gobierna:
Este reino entregó al furor tirano
De la mahometana rabia interna,
Que con natural odio y pecho osado
Tanta cristiana sangre ha derramado.
Mas no fue todo causa de venganza,
Aunque eran mas que arenas sus delitos,
Que en la pia y justísima balanza,
Diez buenos pesan mas que mil precitos:
Otros secretos fines, que no alcanza
El criado saber en sus distritos,
Dieron fuerza al azote y desconsuelo,
Que de nuevos tesoros pobló el cielo.
¿Qué venas de oro el fértil Duero cria,
Qué fino jaspe el temple de Granada,
Qué turquesas Zamora, qué Almería,
En finísimas ágatas sentada,
Qué vario resplandor de pedrería
Levantó el rayo de la luz dorada
En su playa oriental, cuando la embiste
La alegre aurora tras la noche triste;
Que mas la altive, ilustre, y ennoblezca,
Y mas grados le dé de gloria y fama,
Que esta calamidad; por mas que crezca,
Y que el humo la empañe de su llama,
Dándole noble sangre, que en riqueza
El cielo que la coge y la derrama?
Que de tan rica y fértil sementera
Menor cosecha y fruto no se espera.
¿Qué reino, qué ciudad goza en España
Del fértil suelo que su marca encierra,
Que no le deba á la morisca saña
Algun precioso mártir de su tierra?
¿Qué nacion hay en ella tan estraña,
A quien le falte gloria en esta guerra?
Dejo aparte las palmas que su mano
Victoriosa quitó al furor romano.
Y ahora ¡á quién no admira aquella fuente
De ilustre sangre, y de saber divino,
Que ayer corriendo en Córdoba caliente
Encima dió del Betis cristalino!
Y el que antes llevó turbia la corriente
Con la ceniza y fuego peregrino
De Isác y sus secuaces, ya con luto
Sangriento lleva al mar rico tributo.
Yo digo el sabio Eulogio, nuevo espanto
De vuestro ahumado reino tenebroso,
Que despues que pobló el alcázar santo
De escuadra insigne y campo victorioso;
Y en las hijos de Artemia pudo tanto,
Que á tres de un golpe dió triunfo glorioso,
Y su patricio suelo volvió rico
Con la sangre de Paulo y Ludovico.
Despues que entre suavísimas prisiones
Luz dió y esfuerzo á Flora y á María,
Y tras su voz con limpias persuasiones
Corrió al rojo martirio Leocrecía:
Rodeado de lumbrosos escuadrones,
Su triunfo guió por donde vuela el dia,
¿Qué pérdida venir le pudo á España,
Que á la ganancia iguale desta hazaña?
Mirad de ese encumbrado Pirineo
La florida vertiente, mas preciosa
Por la sangre que en ella correr veo
De Alodia santa, y de su hermana hermosa,
Que por sus ricas pastas, que al deseo

Humano hartaron, cuando en voz famosa,
Arrojando tesoros del profundo,
Sus llamas dieron nombre y plata al mundo.
¿Cómo la masa cándida bendita,
Gloria del cielo y honra de Cardeña,
Gozara España, si la sed maldita
De humana sangre fuera mas pequeña?
Y los brazos y piés que troncha y quita
Al sufrido Rogelio, con que enseña
A pisar mundo, y alcanzar sin manos
Por golpes muertos bienes soberanos.
Al mártir Gundesindo, toledano,
Y el hijo del rey moro que hoy le rige,
Que para serlo la paterna mano
El cielo ahora en su favor le elige:
A Sisinando, noble lusitano,
Y el gallardo Fandila, que corrige
El juvenil foror, y hace sagrada
Del real Guadix la tierra y de Granada.
Y de Getulia ardiente la honra antigua,
Que lo fue de Alcalá en su nacimiento,
Y con su sangre en Córdoba averigua,
Que al mundo no quedó ciudad de asiento;
Con otro inmenso pueblo que atestigua
Contra el pagano, en cruz y altar sangriento,
La fe que dejó al hombre encomendada
El rey que saqueó vuestra morada.
¿Con qué comprara España tal tesoro,
Aunque para hallarlo desvolviera
Los firmes montes tras sus venas de oro
De la codicia la hambre mas hartera?
Ni penseis, hijos del eterno lloro,
Que el gran Rector de la estrellada esfera
Tiene entregada para siempre á España
Al grave yugo de esa gente estraña.
Que ya de hoy mas sin que en menguante vea
El primer punto de su nuevo aumento,
Ni corvo alfange poderoso sea
A usurparte otro paso de su asiento,
Mi español reino irá como desea
En próspero y dichoso crecimiento,
Hasta aquel siglo de oro y feliz dia,
Que como antes la vuelva monarquía.
Ni solo el mundo que ahora ondea y baña
De sus dos mares el mudable yelo,
Y esta encumbrada y áspera montaña,
Que con los francos parte clima y suelo,
Le ha dado el cielo á mi invencible España,
Que no en valde le ha dado España al cielo
Tantas cabezas por su amor perdidas,
Que es rico el cielo, y paga en ambas vidas.
Antes á su católico monarca
Un nuevo mundo ha dado y nueva gente,
Donde corra su ley y ponga marca,
Desde el alba á las sombras del Poniente;
Y una ignota nacion, que ahora embarca
El feo Châron sobre su lago ardiente,
Despierte con su luz á nueva vida,
Del mortal sueño en que la veo dormida.»
Dijo, y batiendo las ligeras alas,
Que el aire dejan de vislumbres lleno,
Haciendo alarde de su brio y galas,
Y un arco de oro en su volar sereno;
Gallardo vuelve á las soberbias salas
Del estrellado alcázar, donde en freno
De oro gobierna las crecientes olas
De las varias fortunas españolas.
Así sobre los vientos se levanta,
Tras la serenidad de un pardo dia,
La iris roja y azul, que siembra y planta
Por el cielo colores de alegría;
Y en lirios de oro su vislumbre santa
El aire encrespa, y en sus sombras cria
Los bellos arreboles en que sube
A lo alto desde el hueco de su nube.
Quedaron los espíritus inmundos
De envidia y confusion desalentados,
Y los rabiosos pechos en profundos
Dolores y congojas anegados:
Arruinara su cólera mil mundos,
A no hallarse impedidos y apremiados
Del ángel superior, mas sobre el mago
Vuelan á hacer el impedido estrago.
Y bramando en tristísimos aullidos,
En torbellino y lóbrega manada,
Ya sobre el árbol, ya sobre él subidos,
Mas le afligen y aprietan la lazada:
Así en las ramas donde están sus nidos,
La banda de estorninos alterada,
Cruza, vuela y revuela por el viento,
Trocando ramos y mudando asiento.
Creció el fiero combate de manera,
Que entre las negras sombras alteradas,
Si el francés de su fe no se valiera,
Alma dejara y vida rematadas;
Mas de entre el humo de la gente fiera,
Hecha una cruz las manos levantadas,
«Jesús, dijo, socorre un siervo triste,
Por quien para morir en cruz naciste.»
Y apenas de aquel nombre soberano,
A quien el cielo y el infierno adora,
El dulce acento resonó en el llano,
Bien que en compás de lengua pecadora;
Cuando toda deshecha en humo vano
La infernal junta se apagó á deshora,
Quedando limpio el aire, claro el cielo,
Y de mil monstruos escombrado el suelo.
Malgesí aquella noche y otro dia,
Que de su lazo le duró el tormento,
De rezar no dejó, si bien no habia
Caudal de qué en su oscuro pensamiento:
Solo un breve renglon de oracion pía,
Que escrito vió á las puertas de un convento,
Ese sabia, y ese en dulce vuelo
Llevado de la fe se oyó en el cielo.
De enmendar prometió la incauta vida,
Y el pacto oscuro con Pluton guardado,
Mas siempre fue difícil la salida
Del mal que ya en el cuerpo está arraigado:
Al que mas llora la salud perdida,
Deja la enfermedad menos reglado,
Que es la costumbre un enemigo fuerte,
Y mudar condicion á par de muerte.
Puesto de un pié en sus mágicas prisiones
Dos dias en ciego humo vivió á oscuras,
De su ciencia burlado, y las razones
Que primero adoraba por seguras,
Donde de noche en hórridas visiones,
De dia en bultos, sombras y figuras,
Con fingido temor daban castigo
Al vano presumir del falso amigo.
Hasta que de los bosques comarcanos
Rústica tropa de villanos vino,
Que al lazo haciendo cruces con las manos
El nudo desataron peregrino;
Con que libre se halló de miedos vanos
El mal regido mágico adivino
En el deseado robo del infante,
En años niño y en valor gigante.
Esta es la oculta traza, la cautela
Es esta, y este el generoso intento,
Que á hacer á España cuidadosa vela,
De Grecia trajo á Orontes por el viento.
Mas sobre el mar una pequeña vela
Así volar entre sus olas siento,
Que amainar ó perderse le conviene,
Y á mi ver donde va el que en ella viene.
El que con su primer atrevimiento
Sobre el agua halló nuevos caminos,
Y del incierto mar y sordo viento,

Los rincones buscó mas peregrinos,
Fijo al principio con medroso tiento
En la ancha playa y puertos convecinos,
El viento en calma y con la mar serena,
No osa apartar los ojos de la arena.
Crece el aliento, crece la osadía,
Y olvida poco á poco la ribera,
Engólfase hoy, engólfase otro dia,
Y halla la mar mas blanda y menos fiera:
Pierde el primer temor que le tenia,
Y á nuevo cielo y mundo abre carrera,
Ni golfos teme ya, ni de la airada
Scila la herviente espuma aljofarada.
Que el gusto en sus presentes pretensiones
Atropellando pasa inconvenientes,
Descubre otras riberas y regiones,
Otro cielo y estrellas diferentes,
Otras costumbres, leyes y naciones,
Otra habla, otro trato y otras gentes,
Y llega al fin del mundo, y playas solas,
Adonde el ronco mar quiebra sus olas.
Tal mi pequeño esquife va rompiendo
El peligroso golfo en que me hallo,
Unas veces en calma, otras corriendo,
Y apenas del temor puedo apartallo:
Por nuevo mundo y cielo discurriendo,
Y pues ya el detenello es anegallo;
Nobles deidades, que guiais mi intento,
Socorred mi barquilla con buen viento.
Y tú, gloria y honor, cetro segundo
Destas ricas antárticas regiones;
Que cerradas de inmenso mar profundo
Ven otro cielo, estrellas y oriones;
Vuelve los ojos á su nuevo mundo,
Oye mi voz, atiende á sus razones,
Serás mi Apolo, y en la lira suya
Pondrá mi canto y la grandeza tuya.
Darle has honra y favor en escuchallo,
Y en brio lozano con su nuevo aliento,
El barco tras quien va podrá alcanzallo
Con mas facilidad el pensamiento:
Que conforme á la altura en que me hallo,
Si aquí me falta de tu soplo el viento,
En calma quedaré y en golfo incierto,
Sin esperanzas del amado puerto.
Por el mar ancho en desenvuelto vuelo
Un barquillo sin alas discurria,
Y ahora ¡oh lustre del ibero suelo,
Sucesor digno del que en él venia!
Luego que al mundo el sin igual modelo
De tu raro valor, con el que cria
Tu antigua sangre real, hizo en Miduerna
Principio ilustre á tu memoria eterna.
Venciendo el campo aleve con su espada,
Su tio en libertad por ella puesto,
Sin darse á conocer dejó asombrada
La córte al rey, y del contrario el resto;
Y con la bella oculta retirada
Mas lustre en sus hazañas, y tras esto,
Con las nuevas del nuevo coronista,
Nuevos deseos de gozar su vista.
Despues que el griego mago á sus heridas
Con frescas yervas dió salud bastante,
Por montañas y sendas conocidas
A las playas guiaron de Levante,
Por breñas y quebradas escondidas
Entreteniendo al generoso infante,
A fin que en la distancia del camino
El curso hiciese de un contrario sino.
Los floridos collados que Ezla riega
Dejan atrás, y la Sublancia loma,
Donde el gran Trismegistro en fértil vega
La ciudad hizo que deshizo Roma;
Y allí de un cerro, que á las nubes llega;
«Ves, hijo, dijo Orontes, donde asoma,
Tras de aquel risco y áspera montaña,
Tu antiguo patrimonio de Saldaña.
Allí el que te dió el ser su estado tuvo,
Y en todo este ancho mundo tus mayores,
Y á tí mas fama en él, que en ellos hubo,
Te espera en tus divinos sucesores:»
Desde allí hasta Fontible se entretuvo
En ver las fuentes de Ebro, que entre flores
Lloran hechos cristal por sus mejillas
Dos riscos en las torres de Mantillas.
Templando el sol con los alientos frios
De las nevadas cumbres de Iduveda,
Pasan por bosques y árboles sombríos,
Entre Bribiesca y Burgos la fresneda:
Pisan de Rioja los alegres rios,
Los collados de Nicla y Valvaneda,
De Orbion las altas sierras y peñones,
Sitio antiguo de Uracos Pelendones.
Aquí miran el lago monstruoso
Que á Duero dá las aguas y arrogancia,
Y de adonde con ímpetu furioso
Baja á buscar los muros de Numancia;
Y entre Agreda á la diestra, y el frondoso
Bosque de Tarazona á igual distancia,
Pasan del rio Moncayo la alta sierra,
A quien dió nombre el que á Palatuo guerra.
Bajan de allí á Tudela, y á Ebro el llano
Vadean humilde por canal estrecha,
Dejan á Jaca á la siniestra mano,
Y á Huesca en Aragon á la derecha;
Y entre Urgel y Cardona el gran pantano,
Que al pedregoso Ayton sus aguas pecha,
Y el campo de Girona ven seguros,
Y allí el de Francia en torno de sus muros.
Era pública voz que la persona
Del César al ejército asistia,
Y de sus paladines la corona
Con la suya llevaba y componia;
Y Bernardo en el campo de Girona
Que le arme caballero pretendia,
Mas desabrido ya de la inconstancia
Del Casto, el rey tomó la posta á Francia.
Triste al doncel la no esperada nueva
Dejó, viendo alargar se deseo santo
De dar al moro de su brazo prueba,
Y al mundo nuevo con su espada espanto;
Y este cuidado tan sin él le lleva,
Y en su disgusto divertido tanto,
Que el caballo sin rienda, y él sin tino,
Al tomar de una senda erró el camino.
De su ayo astuto, y su encubierta gente,
Perdido se halló en un bosque espeso,
El sol ya en las montañas del Poniente,
De las tinieblas trastornando el peso:
Dió en caminar sin luz confusamente,
Y por derecha senda, ó curso abieso,
Llegó al mar de Colibre, cuando el dia
En el de la Coruña se escondia.
Era en la sorda playa la resaca
El son con que la noche iba creciendo,
Y á cada tumbo por la selva opaca
Las fieras con bramidos respondiendo:
El viento que ni crece ni se aplaca,
Las estrellas sus rayos esgrimiendo,
El con su gusto, y sus deseos en guerra,
Suspenso, solo, y sin saber la tierra.
Dejó la silla, y el caballo suelto
Pacer sin rienda en el florido llano,
Receloso que su ayo allí lo ha vuelto
Para del César lo apartar en vano;
Y en este antojo el suyo fue resuelto,
De no tomar las armas de otra mano,
Ni heróica hazaña acometer que importe,
Hasta ser uno de su casa y córte.
Mas luego que el descuido entre las flores

Robando el alma le dejó dormido,
Una voz tierna hecha de temores
Pidiéndole favor llegó á su oido:
O fuese el viento, ó sueños burladores,
O el sabio que se huyó lo haya fingido,
Porque en principios no del todo humanos
El lo diese á sus hechos soberanos.
Parécele haber visto una doncella
De un su enemigo sin por qué afligida,
Y que era el enemigo tal, que en ella
El gusto tiene puesto de su vida:
Que el querella causaba su querella,
Y el ser amada la hace desabrida,
Y sin mas ocasion que esta agonía,
Breve socorro á su afliccion pedia.
Salió alterado, y puso con presteza
Furiosa mano á su atrevida espada,
Buscando en vano la mortal belleza,
Que de su favor vió necesitada:
Sacude el sueño, y culpa su pereza,
Y con el alma inquieta, y voz turbada,
Por no la haber con tiempo socorrido,
Así despierto habló á quien vió dormido.
«¿Dónde, ó nueva deidad, mandas te siga?
Muéstreme mi ventura, ó tú, el camino,
En que tu intento y gusto se consiga,
Y el mio de tanto bien no salga indino:»
Dijo, y por ver en vano se fatiga
Por donde fue lo que en el sueño vino,
Que el no ver lo que vió en sombra tan bella,
Que es falta cree de luz, ó sobras della.
Á su lado halló unas armas bellas,
De flores de oro y pedrería sembradas,
Blancas y salpicadas con estrellas,
De un verde azul y rosicler grabadas;
Como pudo mejor se armó con ellas,
Y á su cuerpo y á su ánimo ajustadas,
En belicoso fuego se encendia,
Deseando ver lo que durmiendo via.
Un rastro de oro, cual cometa ardiente,
Volando vió cruzar el hueco viento,
Por rayo de un rumor, que de repente
Sacar pareció al mundo de su asiento:
La cercana deidad Bernardo siente,
Y adórala en su oculto pensamiento,
Con los pasos siguiendo, y con la vista,
Del rayo ardiente la dorada lista.
Llegó á la playa, y de la mar salada
Los piés mojó en la combatida arena,
Pasando entre el silencio sosegada
La noche de quietud y sueños llena:
Sin viento el golfo, en calma sosegada,
Como en estanque claro agua serena,
Y el cielo noche y vidas abreviando,
Sobre ejes de oro sin parar volando.
Un pequeño batel en la arenosa
Playa sin ver con qué vió detenido,
Y embarcándose en él ¡ estraña cosa!
Volando se engolfó en el mar tendido:
De entre las manos no tan presurosa
Sale dejando el ave el caro nido,
Ni el harponcillo de oro mas ligero
De su arco despidió el mejor flechero.
Cual ave ó flecha por el blando viento
Sin dejar rastro el agua va cortando,
En varias cosas puesto el pensamiento,
Y como en todas acertar trazando:
De unas en otras su alto pensamiento
Cual va su esquife por el mar volando;
Mas siga ahora su gusto, huya su pena,
Qué de lo que él propone el cielo ordena.
El carro de oro sobre el hombro diestro
Del mauritano Atlante volteaba,
Y en el del sol el carretero diestro
A los caidos Antípodas bajaba,
Y de su vela al marinero nuestro
Rendir el primer cuarto convidaba,
Cuando el esquife á un galeon armado,
Sin ver cómo, ó por quién, se halló abordado.
El quieto mar en calma le tenia
Pegadas á los árboles las velas,
La gente aun su bullicio mantenia,
Y el primer cuarto sus recientes velas:
El bullicioso esquife que venia,
Al temor puso y alboroto espuelas,
Tales, que el que llegaba mas atento,
Temia por uno que miraba ciento.
Llegó al real bordo el encantado barco,
Y en deseos de mostrarse los primeros,
Alperso el rojo, y Galbarin el carco,
Dentro saltaron con braveza y fieros:
Uno diestro en espada, el otro en arco,
Y ambos de los persianos caballeros
De mas denuedo, y opinion mas sabia,
Aquel nacido en Persia, este en Arabia.
El altivo español con la templanza
Que á disfrazar bastó su desden fiero,
Brioso y comedido á la pujanza
Salió del uno y otro caballero;
Y á qué deseado puerto la esperanza
Al pesado galeon lleva ligero
Humilde preguntó, y al, cómo, y dónde,
Asi de dos el uno le responde.
«A la gran Siria la derrota lleva,
Si Eolo nos ayuda con su aliento,
Que encerrados los aires en su cueva,
Con prolijo calmar nos da tormento,
Y andar haciendo de los vientos prueba,
Es propiamente andarse tras el viento:
Orimandro, famoso rey de Oriente,
Navega aquí con su invencible gente.»
Bernardo entonces «lo que á mi me toca
Sabrás, dijo; que soy un navegante,
Que no he hallado con fatiga poca
De mi viaje el fin que veo delante:
Mi nombre el Caballero de la Roca,
Poco famoso, y menos importante;
Busco á tu rey, y solo hablarle quiero,
Si se deja hablar de un caballero.»
«Mi rey, respondió Alperso, dar no escusa
En todo tiempo á todos grata audiencia,
Ni el verdadero príncipe rehusa,
Ni en calidades hace diferencia:»
Entró Bernardo por la nao confusa,
Y á los dos que le dieron la licencia,
El contrahecho barco á lo profundo
Libre arrojó de aquel mudable mundo.
Pasó gallardo, la visera alzada,
Sin ser de nadie en nada defendido,
La cámara de popa vió labrada
De precioso marfil y oro bruñido,
De persianos tapices entoldada,
Y allí á una bella dama un rey rendido,
De aspecto bravo, bien que ya no lo era,
Que le habia vuelto amor de acero en cera.
La reina del Catay, la luz mas pura,
Que fue de Europa y Asia fuego ardiente,
La que entregó á Medoro la ventura,
Y á ella los reinos del rosado Oriente;
La angélica beldad, la hermosura
Que á nadie dejó libre, el rey potente,
Hecha su alma un altar de amor injusto,
Por ídolo traia de su gusto.
Y en contemplar su hermosura atento
Mas que hombre estátua muerta parecia,
Insaciable en hartar el pensamiento
Del sabroso veneno que bebia:
Cuanto mas bebe queda mas sediento,
Que es el amor mortal hidropesía,
Y el gusto que se veda en quien padece,

El que solo se estima y apetece.
Con blandos ruegos la sazon buscaba
De hallar menos altiva su aspereza,
Mas ni ese ni otro medio aprovechaba,
Que donde falta amor todo es dureza:
Cuando él á su desden mas se humillaba,
Mas ella hermoseaba su fiereza,
Que es la mujer de suyo áspera roca,
Si amor de cerca ó lejos no le toca.
«Gloria de esta alma tuya, le decia
En su dolor, y en ella transformado,
Si por haber aquesta vida mia
Al gusto de tu altar sacrificado,
Con ese llanto anegas mi alegría,
Y el adorarte pagas con enfado,
¿Qué mas grave tormento se me diera,
Si contra ti otra culpa cometiera?
Bien sabes que fue el término de verte
Feliz principio de rendirte el alma,
Ni te es del todo oculto que en quererte
Al mio ningun amor llevó la palma:
Si solo el dulce bien de obedecerte
Mis gustos tienen por el tuyo en calma,
Anatomia suficiente han hecho
Tus bellos ojos en mi humilde pecho.
No con mayor lealtad el cristal puro,
Ni sosegada fuente en valle ameno,
Detrás mostró del trasparente muro
A los ojos su limpio y casto seno;
Ni en torreado alcázar mas seguro
Príncipe fue de sobresalto ajeno,
Que en mi pecho se vió, y está en mis ojos,
Gozando un casto amor dobles despojos.
Si con temor te sirvo y reverencia,
Y adoro y temo tanta hermosura,
Si entre mi sufrimiento y tu violencia
Cada hora el oro de mi fe se apura;
Y si es justo vivir en tu presencia,
Siendo mi cielo en cárcel tan oscura,
Aborrecido, y lleno de firmeza,
Hable por mí, responda tu belleza.
Bien sabes que tu ira la he temido
Cual verdugo el cuchillo y brazo alzado,
Cual violencia de príncipe ofendido,
Cual pequeño batel al mar airado,
Cual vulgo en nuevos bandos dividido,
Cual avariento golpe desusado,
Cual tirano cruel gente alterada,
Cual sagaz capitan gente emboscada.
Y que entre estos temores te he servido
Cual siervo al interés aficionado,
Cual pretensor en córte entretenido,
Cual á juez dudoso hombre culpado,
Cual paje nuevamente recibido,
Cual por conjuro espíritu apremiado,
Y por comparacion mas ajustada,
Cual nuevo amante á dama disgustada.
Y tú por esto me has aborrecido
Cual á cruel enemigo declarado,
Cual labrador á un avariento ejido,
Cual noble pecho á un corazon hinchado,
Cual á competidor favorecido,
Cual ánimo ambicioso hombre privado,
Cual prolija visita alma enfadada,
Y á libres ojos dama recatada.
Entre estas muertes vivo, y desta suerte
Tu aspereza me está martirizando,
Mi esperanza en los brazos de la muerte,
Ya entre vive y no vive agonizando,
Muriendo por los gustos de quererte,
Que es en leyes de amor vivir reinando;
Mas ahora viva ó muera!, muerto ó vivo,
Jamás morirá en mí la fe en que vivo.
Ponme al sol que la seca arena abrasa,
O adonde él muere envuelto en tierna nieve,
Ponme al cielo que llueve ardiente brasa,
O al que nieve, granizo, y rigor llueve,
Por donde el dia con su carro pasa,
O la callada noche el suyo mueve,
Que en luz, tinieblas, en calor, y en frio,
Dejaré por ser tuyo de ser mio.»
Dijo, y cual si de blanco mármol fuera
Quedó sin habla, sin color, sin vida;
Solo dió el llanto muestra verdadera
De estar al triste cuerpo el alma asida:
¡Duro paso de amor, que enterneciera
Del Caspio mar la roca mas ceñida!
Y en Angélica obró su sentimiento,
Lo que en acero duro el blando viento.
Cual parda encina en años arraigada,
De un desabrido cierzo acometida,
Que mientras mas de aquí y de allí asaltada,
Mas á su firme centro se halla asida;
O cual peña en revuelto mar sentada,
De una, y otra, y otra ola combatida,
Que el aire y agua lavan las estrellas,
Y firmes quedan en sus montes ellas:
Tal á los dulces ruegos y blanduras
Del Persa rey Angélica quedaba,
Rotas de la razon las ligaduras
Con que las suyas convencer trazaba;
Volviéndose á las voces mal seguras
Del deleitoso son que la encantaba,
En muda lengua, y en semblante duro,
Sierpe enroscada al mágico conjuro.
Bernardo con razon quedó admirado
De dos tan diferentes voluntades,
De aquel amor y desamor, causado
De sus mismas contrarias cualidades:
De Orimandro el valor considerado,
De su pena y dolor las propiedades,
A compasion y lástima obligaba,
Mas que á quitarle lo que aun no gozaba.
Mas aquel firme y generoso aliento,
Y aquella fuerza del autor divino,
Que por el ciego mar, y sordo viento,
El alto fin guió de aquel camino,
Era á todo su bien impedimento,
Y la violencia del contrario sino,
Que en no admitido gusto determina
Que muera el rey por la gallarda China.
Llegó el doncel el rostro descubierto,
Y el persa en verlo entrar salió alterado,
Que ante su ingrata dama el pecho abierto,
Dándole estaba el alma arrodillado:
La que dormido vió halló despierto,
Y viendo el tierno gusto violentado
En que allí está, contra el presente agravio
Así á Orimandro vuelto movió el labio.
«Por tales cursos el del cielo guia
El vario fin de las humanas cosas,
Que á veces gloria del dolor se cria,
Y de un contrario azar suertes dichosas;
Y en la fruta que al gusto parecia
Sazonada, en lisonjas mentirosas
Suele estar la ponzoña entremetida,
Y tras la flor la víbora escondida.
Y así, famoso rey, si al justo cielo,
Que aquí por varios trances me ha traido,
Con mi venida diere algun recelo
Al gusto en que te hallo entretenido:
El discurrir de su piadoso vuelo
A nuestro bien va siempre dirigido,
Y aquel que de su mano y trazas viene,
Es el que mas á quien lo da conviene.
Si del incierto fin de mi venida
De propósito hubiese de informarte,
Seria tomar tan lejos la corrida
Con desabridos cuentos enfadarte:
Mas la causa entre muchas preferida,

Que en tanto riesgo me obligó á buscarte,
Es pedir de tu mano el verdadero
Honor, título, y voz de caballero.
   Soy un mancebo, como ves, dispuesto
A recibir, señor, lo que te pido,
Noble en linaje, y la probanza desto,
El valor que á este punto me ha traido,
Que en pecho hidalgo un corazon compuesto,
Ya por su propia sangre es bien nacido;
Yo siento ahora en mí que soy cual digo,
Y cada uno es de sí el mejor testigo.
   Lo demás, si tú gustas por ahora,
Para tiempo y sazon mas larga quede,
Que descubrir de un hombre en sola un hora
El pecho, ¿quién sin Dios hacerlo puede?
Esto, señor, por la que el tuyo adora,
Pues nada pido injusto, me concede;
Despues sabrás de la venida mia,
Quién soy, á lo que vengo, y quién me envia.»
   Dijo, y el rey con esto satisfecho
Quedó, sino seguro, reportado;
Bien que el medroso amor, el noble pecho
No le dejó aunque libre, asegurado:
Que lo mas imposible da por hecho,
Porque el amante viva recatado,
Y en las leyes de amor quien no temiere
Burla, si dice que de veras quiere.
   Y así le respondió: «de tu venida
La causa podrás darnos que quisieres,
Y á los largos discursos de tu vida,
O añadir gustos, ó acortar placeres:
Que una imaginacion tan divertida
En nada dudará que le dijeres,
Baste por tí que el título pedido,
Ya en desearlo le hayas merecido.
   Y si al honroso peso estás dispuesto,
Que en la voz del heróico nombre carga,
Y en esos delicados hombros puesto,



Pesado yugo no es, ni grave carga;
Sino reparas en lo mas que es esto,
Menos el riesgo de la muerte amarga
Tu brio enfrenará, yo te concedo,
Sino cuanto me pides, lo que puedo.»
   Dijo, y en silla de marfil labrada
Por mayor aparato fue á sentarse,
Antiguo rito, y ceremonia usada,
En que actos tales suelen celebrarse;
Bernardo, desciñéndose la espada,
Fue á la oriental princesa á presentarse,
Y á los piés puesto del soberbio estrado,
Así le dijo ante ella arrodillado,
   «Retrato vivo del valor humano,
Sino eres sombra ó lumbre del divino,
Reseña y toque del pincel y mano
Que á tan gran perfeccion abrió camino;
O seas toda del coro soberano
Angel de luz, ó bulto peregrino
De la masa mortal, en lo que quiero,
Séame tu alta beldad dichoso agüero.
   Esta espada, señora, que te juro,
Que en servirte estará siempre ocupada,
De esa tu tierna mano, ó marfil puro,
Para nuevas victorias me sea dada;
Que este favor me guardará seguro,
Y á ella de ajenas fuerzas inviolada,
Mostrando que al caudal humano escedes,
Si esto es lo menos de lo mas que puedes.»
   La suspensa beldad de divertida
Apenas dió al doncel grata respuesta,
Que en sus disgustos y afliccion metida,
Estaba en tristes sentimientos puesta;
Que aun de cuidado ajeno es ofendida

La mujer que de veras es honesta,
Y su fama y honor tan delicado,
Que á un soplo, ó queda muerto, ó destemplado.
Calló, y fue su callar templadamente
De discrecion tan lleno y de cordura,
Que al discurso mas vivo y elocuente
En proporcion venciera, y en dulzura;
Y en grave pundonor la altiva frente,
De arrogancia mas llena y hermosura,
Que de flores la aurora aljofarada,
Al gallardo doncel ciñó la espada.
El Persa rey en nuevo triunfo aparte,
De una trompa marcial al ronco estruendo,
Espuelas calzó de oro al novel Marte,
Ya todo en belicoso fuego ardiendo;
Y de perlas un bárbaro estandarte,
Con las persianas armas descogiendo,
Así en semblante y ánimo severo,
La fe juró debida á caballero.
«Por estas invencibles armas juro,
Y los secretos desta noche muda,
Que envuelta va pasando en aire obscuro,
De espantos llena, y de color desnuda;
Por ese claro y estrellado muro,
Que nuestras vidas con sus vueltas muda,
Y el resplandor de sus lumbreras bellas,
Y la deidad que asiste en él, y en ellas;
Que la inviolable fe de caballero,
Que al nombre heróico debo que hoy recibo,
Segura y salva á todo un mundo entero,
El tiempo guardaré que fuere vivo:
Ni por mi punto perderá el severo
Marte el grave rigor del suyo altivo,
En cuanto en sus sagradas leyes manda
El feroz rey que gobernó en Irlanda:
Daré favor á quien pidiere el mio,
Y á quien no le pidiere si está opreso,
Y en libre campo, y justo desafio;
Ni hacer consentiré ni haré exceso:»
Dijo, y dejando con gallardo brio
Del bárbaro estandarte el grave peso,
Así en nuevo ademan al persa fiero,
Que atento le escuchó, le habló severo.
«Invicto rey, si al celebrado pacto
En tus heróicas manos se le debe
Asiento firme, y que en respeto intacto
Siempre delante el de su intento lleve;
Si ya no en sola ceremonia el acto
Presente ha de acabar su curso breve,
Mas la justa promesa á tí debida,
El suyo es bien que iguale al de mi vida;
La misma fe á tu real valor jurada
Sin culpa me ha de dar nombre de ingrato;
Sí tú con voluntad mas concertada
No granjeas ese cielo, ó su retrato:
Y su hermosura, al parecer forzada,
En su libre la das y honroso trato,
Donde podrás por término debido
Granjear, pues lo mereces, ser querido.
El manjar de sabor mas sazonado,
A quien le falta gusto es desabrido,
Y adonde no hay amor todo es enfado,
Y el mas alto valor aborrecido:
El mundo por tu brazo conquistado
Podrá ser, y no un pecho endurecido,
Y mas de una mujer que importunada,
Lo mismo que antes le agradó le enfada.
Las de mas tiernas almas, mas briosas,
Por no humillar de su arrogancia el viento,
De los gustos que están mas deseosas,
Fingen mas sacudido el pensamiento:
El descuido las vuelve cuidadosas,
El cuidado es especie de tormento,
Los que menos procuran sus favores,
Son los que entre ellas gozan los mayores.
Quieren sin igualdad ser tan señoras,
Que nada fuera de su gusto valga;
Y que él señale cual reloj las horas
Al curso de la vida mas hidalga:
Si esto es cual ves el gusto que tú adoras,
¿Cómo harás que ajustado al tuyo salga,
Si en él con nuevas leyes forzar quieres
La antigua libertad de las mujeres?
Vuelve, señor, pues á tu honor conviene,
El que hasta aquí á esta dama has usurpado,
Busca otras reglas, que el amor las tiene,
Mejores que estas para ser hallado:
La humildad no disgusta, y entretiene
Que amor no cabe en corazon hinchado;
Servir y porfiar todo lo alcanza,
Cuando ambas cosas se hacen con templanza.
Y esto no yo, mas la razon lo pide,
Y la obligacion nueva en que me hallo,
Con ambas cosas tu apetito mide,
Porque ninguna en tí pueda estorballo;
Que lo que sin sazon su efecto impide,
Yo estoy resuelto ya de atropellallo,
Y que esta vez nos dé la incierta suerte
O á ella la libertad, ó á mí la muerte.»
Cuál suele destrozado peregrino,
Del largo mar y tierras enfadado,
De lejos viendo el fin de su camino,
La amada patria y puerto deseado,
De un no esperado viento repentino
Hallarse en nuevos riesgos arrojado,
Cuando ya libre consagrar queria
Su roto barco al diós que fue su guia;
Tal el Persiano rey oyendo estaba
Cuanto el doncel del mar decirle quiso,
Que de iras lleno su furor llegaba
En desesperacion á ser remiso:
Y ya por esto, ó porque su alma brava
Mostrar pudiese en trance tal su aviso,
En grave aspecto á la demanda puesta
Dió este breve discurso por respuesta.
«Aunque en vuestras razones se conoce
La mucha que es seguir su dulce acento,
Ni el tiempo quiere ni mi honor que goce
El de un tan acertado pensamiento;
Que el bien mezclado al mal se desconoce
Y así, aunque en mi confuso pecho siento
El bien y el mal, y lo mejor apruebo,
Aquello solo sigo que repruebo.
Que la invencible fuerza de los hados
Cuando ha de echar un alma por el suelo
Si los sentidos deja desatados,
A los sanos consejos que da el cielo
Traelos al libre gusto tan trocados,
Que en vez de alivio sirve de recelo,
Y aquel que á la razon va mas medido,
Es della con mas dudas admitido.
Y así los vuestros, aunque en la apariencia
De su valor descubren la importancia,
Conmigo hacen tan mala conveniencia,
Que toda su armonía es disonancia;
Y el cielo en esta nueva diferencia
Concluir de un golpe quiere mi arrogancia,
Trayéndome para ello á tal estado,
Que sea sin pedirlo aconsejado.
Si la vida, la honra, y el contento
En mí se han de acabar todo en un dia,
Y á la fortuna, amor, y mi tormento,
Tanto estorbo les es la vida mia;
Nada me podrá ser impedimento
Que no muera vengando mi alegría,
Y consuelo es al fin de desdichados,
A no poder ya mas morir vengados.
Y vos, valiente y nuevo caballero,
Si á vuestros piés quedare sin la vida,
Cuando sepais la causa porque muero,

La juzgareis por bien ó mal perdida;
Que por lo que padezco, y lo que quiero,
Tengo por esperiencia conocida,
Que en materia de gusto, y pretendello,
Estorba al alcanzallo el merecello.»
 Dijo, y cual bravo toro, que admitido
Ve en su lugar quien le ha desafiado,
En rabia ardiendo, en zelos encendido,
Corva la frente, el pecho levantado,
Escarvando la tierra al fresco ejido,
A un golpe piensa de quedar vengado,
Y la contienda y zelos acabada,
Libre y señor de su vaquilla amada;
 Bien asi el rey de Persia en rabia ardia,
Y á la incierta venganza se aprestaba,
Con los medrosos zelos no podia
La cólera enfrenar que ardiendo estaba:
El yelmo de oro, que á la noche fria
Un nuevo sol de pedreria formaba,
Se enlazó, y la ancha plaza del navío
Palenque dió al dudoso desafio.
 Era en forzosos trances el persiano
En golpes diestro, en ánimo orgulloso,
En gusto y paz discreto y cortesano,
En guerra y armas fiero y peligroso:
Ahora con su ardiente amor lozano
En nada halla á su quietud reposo,
Ni al novel tierno en su español denuedo
Un mundo de contrarios pondrá miedo.
 Los brazos altos, y altas las espadas,
De un bélico furor dejan llevarse,
Y las valientes fuerzas abreviadas
De un golpe quieren por igual vengarse,
Que es flaqueza en defensas escusadas
Buscando tiempos sin sazon cansarse,
Y no abreviar pudiendo la victoria
Hacer el pecho indigno de su gloria.
 Crece el furor, y ponen sus espadas
Lumbres al aire, y á la mar plumeros,
Y al cortar cercos de oro en las celadas,
Las rodillas por tierra sus guerreros;
Cuyas robustas fuerzas alentadas
Así se aumentan con los golpes fieros
Que en cada cual parece que revive
Nueva fuerza y vigor del que recibe.
 La altiva causa de la lid sangrienta
Suspensa mira el riguroso estrago,
De cuyos golpes la áspera tormenta
La mar pretende hacer de sangre un lago:
Y ni del todo triste ni contenta
Tiene cualquier favor por aciago,
Que de su ocasionada hermosura
Ninguna guarda juzga por segura.
 Teme que venza el rey, y no querria
Ver salir su contrario victorioso:
Desea, cuando Bernardo le heria,
Ser escudo del golpe peligroso;
Y si en el persa siente mejoria,
Eso tambien la saca de reposo,
Que entre antojos contrarios puesta en duda,
A cualquier viento, al fin mujer, se muda.
 Ni se hallaban los dos menos revueltos
En golpes vivos, y en las lenguas mudos,
Cual dos leones de Numidia sueltos,
De rabia llenos, y piedad desnudos:
En roja sangre sus arneses vueltos,
Y en mal formados cuartos los escudos,
Y la indómita saña tan entera,
Que ella parece acero, y ellos cera.
 A la argentada luz de Cintia bella
Son en el diestro herir retrato vivo,
Uno del orion armada estrella,
Otro del rojo serpentario esquivo:
De la vara fatal del dios que en ella
Trae dos dragones de oro fugitivo,
Que en contino anhelar los pechos llenos
De ira derraman sin cesar venenos.
 Dos largas horas la victoria en duda
Suspensa tuvo la neutral batalla;
Y á cada golpe la opinion se muda,
Ya en este, ya en el otro de alcanzalla:
Y sembrado el combés de la menuda
Blanca hebilla y de enlazada malla,
Entre la roja sangre que corria
Un escarchado rosicler fingia.
 Mas ya cansado el persa de reparos,
De fieros golpes y de sangre lleno,
Del roto escudo los gravados aros
Del ciego aire arrojó al cristal sereno:
Rompió al caer del mar los tumbos claros,
Y desatando al sufrimiente el freno,
A dos manos tomó la firme espada,
Que ha de dejar su cólera vengada.
 Con ella, y con la furia que alcanzaba,
Que á las parejas con su amor corria,
Al español buscó, que le esperaba
Debajo el medio escudo que tenia:
Si lo halla esta vez, con ella acaba
De sus rabiosos zelos la porfia;
Que donde quiera que su golpe acierte,
Si hallare vida meterá la muerte.
 Mas el diestro novel que vió el mandoble
Bajar cortando en dulce silbo el viento,
Del presto cuerpo hurtó el aliento noble,
Dando lugar á su furor violento;
Y él un pequeño rasgo al peto doble
Abrió del hombro á la escarcela á tiento,
Tal que entre su grabado y pedreria
La eclíptica del cielo parecia.
 Y él al volver en sí del golpe fiero,
Con tal violencia le arrimó una punta,
Que no bastando del templado acero
Contra su fuerza la defensa junta,
Por un costado entró, donde ligero
Un nuevo rio de roja sangre apunta,
Y ayudando otra, y de un revés el vuelo,
El grave rey de Persia vino al suelo.
 Mas no tan presto al jugador valiente
El hueco globo salta á la ancha mano
Desde la firme losa, que en ardiente
Vuelo le escupe por el aire vano,
Como el persa feroz la altiva frente
Del suelo que hirió levantó ufano,
Y en no vencido aliento, con voltario
Luchar se anuda y ciñe á su contrario.
 Las firmes garras codicioso emplea
En anudar al gran pilar de España,
Que con igual codicia le rodea,
Y el cuerpo, hombros y piernas le maraña:
Nuevo, aunque humilde modo de pelea,
Donde las fuerzas prueban, y la maña,
Entre un estrecho revolver de brazos,
A hacer las honras ó el honor pedazos.
 De las heridas las sangrientas fuentes
Al mar tributan con calientes rios,
Y su falta en los firmes combatientes
Las fuerzas mengua, pero no los brios:
Danse en abrazo cruel nudos valientes,
De sangre propia llenos y vacíos,
Y aquí y allí en teson revuelto y varios
El menos brioso lleva á su contrario.
 Del bizarro español tengo recelo,
Que es arrogante y bravo su enemigo,
Y aunque le ha hecho desgraciado el cielo,
Nadie le ha hecho injuria sin castigo:
Si falto de virtud no viene al suelo,
Tambien de esta verdad será el testigo,
Que ya feroz dos veces ha intentado
A esconderle una daga en el costado.
 Mas el leonés brioso, á quien agrada

Ver su alegre victoria antes del dia,
Libre de sí le sacudió, y la espada
A buscarle tras él furiosa envia:
Y hecha dos la riquísima celada,
Dió fin el ciego amante en su porfia,
La de su ingrata dama antes cumplida,
Que ella de su crueldad arrepentida.
Triste y sin gusto el castelleno pecho
En la caida quedó del rey Persiano,
Temiendo haber su indigna muerte hecho
Cruel principio al de su heróica mano:
Y él en su sangre y su furor deshecho,
Si á todos dió dolor, no al inhunano
Corazon de su dama, que quisiera,
Que porque mas penara no muriera.
La feroz gente del vencido amante,
Que su rey vió en tan triste estado puesto,
A vengarlo ó morir salió arrogante,
Con armas dobles, y con paso presto:
Cercan al vencedor, que en brio bastante
A toda aquella injusta furia opuesto,
Ningun golpe recibe, que el mas fuerte
Su herida no le pague con la muerte.
Cual leon de Libia, ó jabalí cerdoso,
De mastines sin dueño rodeado,
Que entra, acomete, y sale victorioso
Del tímido escuadron desordenado,
Y á uno, á dos, y á tres deja brioso
De sus blancos colmillos ostigado,
Y el mas lozano, y de mayor guedeja,
Que antes mas le seguia, mas se aleja:
Tal del leon montañés en sangre envuelto
Las nuevas garras dan espanto y grima
Al pueblo infiel, que en paso desenvuelto
Medroso huye su espantosa esgrima:
Y él, libre ya del vulgo inútil, vuelto
Al desangrado rey, que aun vive, anima
A volver del desmayo, y dar aliento,
Si ha quedado por donde, al pensamiento.
Como el que en tristes sueños se hundía
Al ciego buche de una sierpe brava,
Si entre sus negras garras le halla el dia
Despierto ve lo mismo que soñaba;
Tal el persiano amante en sí volvia,
Y tal en sangre envuelto contemplaba
La obscura imágen de la muerte fiera,
A cuyo autor habló desta manera:
«Justa venganza de mi injusta vida,
Para esto de los dioses enviado,
Déjala ya de un golpe concluida,
Abrevia tu victoria y mi cuidado,
Que es cruel compasion, piedad fingida,
Dejar con vida un cuerpo desdichado,
Y el que mas de oro á su placer se viste,
Es á una alma sin él sepulcro triste.
Ya he visto por mi mal lo que amor puede
En un pecho á quien falta la ventura,
Cuanto á un breve placer la pena escede,
Y el mas fundado bien cuan poco dura:
Si esto así al mas dichoso le sucede,
Dame de un golpe suerte mas segura,
Que es dar la vida á quien la muerte agrada
Género de crueldad disimulada.
Mas si este bien con los demás me veda
La estrella que á este paso me ha traido,
Este ahora á lo menos me conceda
Por premio á lo que en daño la he seguido:
Que esta tasada vida que me queda
Se pierda donde el resto se ha perdido
A los piés de una ingrata, con que vea
Cada uno de los dos lo que desea.
Ella mi alegre muerte, y yo su amada
Cara, en verme morir grata y contenta,
Veré tambien si estar desenojada
Su hermosura y gracias acrecienta:»
Dijo, y la real cabeza reclinada,
Que Bernardo en sus brazos le sustenta,
En diversos remedios que le aplica,
Así el de la esperanza fortifica:
«No se ahogue en tu mal la confianza,
Que los tiempos trocar podrán su suerte,
De los vivos es propia la esperanza,
Que llega hasta las puertas de la muerte:
Vive, que si fortuna y su mudanza
Han podido á tal término traerte,
El pardo cielo de celages lleno,
De turbio suele amanecer sereno.»
Así le anima, si en tan triste estado
Palabras son materia de consuelo;
Y habiéndole la sangre restañado,
Curar le hace, y levantar del suelo,
Y de la bella dama al rico estrado
Llevarlo, como á trono de su cielo:
Mas ella le dejó, y se salió fuera,
Que es darle vida el esperar que muera.
Quedó el persiano viendo la aspereza
Ni de nuevo sentido ni admirado,
Que habia ya hecho en él naturaleza
Ser con desdenes y rigor tratado:
Bernardo la crueldad con la belleza
Amasada juzgó en un mismo grado,
Sobre el tirano pecho que en el mundo,
Ni en desden tuvo ni en beldad segundo.
Iban pasando entre el silencio mudo
La oscura noche, y sus calladas horas,
El aire negro de color desnudo,
Lloviendo en sueños sombras burladoras,
Que en dulce lazo, y encantado nudo,
Las penas atan en su herir traidoras,
Y el sosegado mar riendo en calma
De la tormenta en que se anega el alma.
Cuando el cielo en sus ejes trastornando
La húmeda noche con sonoro estruendo,
Las circunstantes sombras fue aclarando
De una fogosa nube el bulto horrendo:
En sesgo vuelo por el aire blando,
Con prestas alas de oro descendiendo
Sobre el suspenso mundo, á quien traia
Antes del alba el no esperado dia.
Y ella en ardientes cercos repartida,
Al ronco son de un espantoso trueno,
La luz dejó de que venia tejida
El aire de dorados rayos lleno;
Y una nueva deidad de luz vestida
Feroz salió de su abrasado seno
Con tanta magestad, que en el navío
Al pecho mas brioso quitó el brio.
Un carro ardiente de metal sonoro,
Cuyo pesado yugo en sus prisiones
Hace humillar con las coyundas de oro
La enroscada cerviz de dos dragones,
Volar se vió, y ardiendo entre el tesoro
De sus gravadas ruedas y florones
Un tierno corazon, y allí esculpido
De fuego azul «Venganza de Cupido.»
Al tiempo que estas sombras temerosas,
Nocturnos monstruos de celages hechos,
Las fuerzas refrenaron mas briosas
Con luz medrosa á los presentes pechos,
La grita comenzó y voces llorosas
De Angélica, que en lazos de oro estrechos
Por superior violencia el bulto preso,
Al grave carro dió liviano peso.
Y luego que huyendo en sombra vana
Las fantasmas volaron por el viento,
Y el rojo oriente y lúcida mañana
De luz al mundo dió dorado aliento,
Todos por justa dan de la inhumana
Reina la grave pena y el tormento,
Y bien que el cielo así lo ordene y mande,

Porque á ingratos ningun castigo es grande.
Mágicos cercos de la Hada Alcina,
Al encantado carro dieron vuelo,
Y allí apremiado de la ingrata china
En silla ardiente el corazon de yelo:
O sea al persiano rey dar medicina,
O de la Hada cuidadoso celo
De su leonés, y el riesgo que corria
En la angélica dulce compañía.
Que era en trato y beldad tan poderosa,
Y así eficaz en un sabroso engaño,
Que nadie la vió afable, ó desdeñosa,
Que libre se escapase de su daño;
Despues diré de la carroza hermosa
Y su celestial robo el curso estraño,
Que es largo aquí tan dilatado cuento,
Y corto á ingratitud cualquier tormento.
El persa rey, á quien la Hada en vano
Para sanarlo le quitó la vida,
Quedó cual sin sus flores el verano
La esperanza tambien en flor perdida:
Sin alma, que en el carro soberano
A la belleza fue del robo asida;
Y él en el ciego caso no pensado,
Cual con hora menguada hombre atajado.
Las manos con mortal dolor torcia,
Y al riguroso cielo levantadas,
«Si allá algun dios, con lágrimas decia,
La cuenta toca de almas desdichadas,
De las injustas penas de la mia,
¡Cómo, estrellas, volais tan descuidadas!
Y tú, muerte, que el gusto en hiel conviertes,
¡Cuando con una acabarás mil muertes!
Ligero tiempo, que cual libre flecha
Del mundo haces correr el curso blando,
Veloces dias de medida estrecha,
Ni adverso azar que un alma desanime.
De tus gustos no temas, que si el viento
No con fantasmas tile engaño aparentes;
Y en sueño vano, y loco fingimiento,

Ruedas que el bien y el mal vais devanando;
Y tú, mi gloria, que á su córte hecha
Por el aire deshecha vas volando,
¿Cuando dareis la vuelta á mis enojos,
Y volverán á ver su luz mis ojos?
Mas ya que el ofendido cielo ha sido
Quien en venganza de mi loco intento
La robada beldad habrá traido
La vez segunda al triste altar sangriento,
Y de la infeliz Creta el encendido
Fuegò abrasa á vueltas mi contento,
Dando al cuchillo sin poder valella,
El blanco cuello de mi imágen bella;
Si á peso del dolor se da el contento,
Si al peso de los bienes dan los males,
Si á breve bien pequeño sentimiento,
Si á pérdida mayor penas iguales;
Conózcase por esto mi tormento,
Que soy quien perdió bienes celestiales,
Y granjeó por un regalo tierno
De vida celestial muerte de infierno.»
Dijo, y en la esperiencia de su daño
Concluyó que era falto de ventura,
Basa en que estriba el laberinto estraño
Del intricado error de su locura:
Mas del amor el deleitoso engaño
Con nuevas esperanzas le asegura,
Que aunque dudosa y larga medicina,
Las postas son en que el deseo camina.
Y el gallardo español con el recelo
De que tan noble Rey sin culpa muera,
Asi le dice, y da por mas consuelo
De su venida relacion entera;
«Si por la cuenta y cómputos del cielo
La nuestra viene á ser mas verdadera,
No hay porque un golpe tanto te lastime,
El tiempo á conocer me dió á tus gentes;
Del grave riesgo de ese altar sangriento,
Y el cuchillo que así en el alma sientes
Libre tu dama la conserva el cielo,

O en trozos de oro allá, ó acá en el suelo.
La noche ya en el denegrido Oriente
Sus cortinas de luto desdoblaba,
Y el torpe nudo á la cansada gente
Los lazos del cuidado desataba;
Y en ocio los sentidos blandamente
Con dulce delirar encadenaba,
Cuando mi cuerpo sobre un verde prado
En su nudo tambien quedó ligado.
Y no tan presto por la sombra vana
El alma á su quietud voló sabrosa,
Cuando la bella imágen soberana
Mis ojos vieron de tu ingrata diosa;
Y en grave presuncion, y en pompa ufana,
Mas que en el tierno Oriente el alba hermosa,
A mí se vino, y con semblante amigo,
«Ven á librar mi honor de su enemigo.»
Dijo, y dando la vuelta con sereno
Rostro, vestida de una luz rosada,
De olor dejó divino el aire lleno,
Y el resplandor mi vista deslumbrada;
Y ella subida al estrellado seno,
De una vislumbre celestial bañada,
Mi atenta vista, tras su presto vuelo,
Aquella estrella mas contó en el cielo.
Estas armas despierto vi á mi lado,
Y el pequeño batel en que venia,
Donde sin ver por quien me hallé embarcado,
Tras el deseo de ver lo que antes via;
Y el barco por sí mismo gobernado
Aun que iba volando parecia,
Hasta el bordo real deste navío,
Donde en entrando en él vi hundirse el mio.
Pues si del mundo el superior gobierno
Aquí me trajo en tan sabroso engaño,
Y á librar de tu fuerza el bulto tierno
El fin guió de mi viaje estraño,
La oculta traza del saber eterno,
Ni por el suyo fue ni por tu daño,
Que para haberle de quitar la vida,
Superflua hubiera sido mi venida.»
Dijo, y por el Oriente el alba helada
Falta salia de luz y de alegría,
La mar aunque sin viento alborotada
Con sordas olas el galeon batía
En huecos tumbos de cristal preñada;
Y cuando á veces sin pensar venia
Un tardo viento que en las velas daba,
Mayor tristeza y soledad causaba.
El deseado sol turbio encogido
A sembrar comenzó lumbre al Oriente,
Entre negros celages escondido
De su ancho rostro de oro el rayo ardiente;
Y el ronco son de un áspero gemido
Suena en la nao, y su afligida gente
Que donde al gusto huye la alegría,
Así amanece el sol, y nace el dia.

ALEGORIA.

En la prision de Malgesí se muestran los grandes daños que se siguen de perder una ocasion; y el quedar colgado de un árbol al tormento de los espíritus, el remordimiento que queda de haber perdido por descuido la ocasion, y las varias congojas que al hombre contemplativo siguen en la vida activa fuera de su quietud.

Los demonios, que tratan de destruir á España, muestran la insaciable sed que tienen de nuestra perdicion; y con que gusto y facilidad la harian, si el freno de la potencia divina no los detuviese, significada por el Angel Custodio de España, que descubre cuan cortas fuerzas son las del infierno para ofender á los que el cielo tiene por amigos.

En Bernardo, que guiado de un cometa se entra en un barquillo encantado, que le lleva donde Orimandro le arma caballero, se muestra que al varon obediente, que sin reparar en inconvenientes, de veras se pone á seguir las inspiraciones del cielo, él tiene cuidado de sacarle victorioso y honrado de las mismas ocasiones en que le pone.

Por Orimandro, que sale vencido y lastimado en la honra y el cuerpo, se ve como el vicio todo lo lastima y afea. Y Angélica robada en un carro de fuego, es el pensamiento amoroso de un amante, que volando navega sin saber adonde, y jamás tiene hora de reposo.

LIBRO QUINTO.

Argumento. Huye Garilo á Francia, donde encuentra á Orlando y otros paladines. Ferragunto libra á Argira de un salteador, y ella le cuenta el martirio de las dos santas Nunilo y Alodia, libra tambien á Authalí, esposo de Argira, y ambos mueren cristianos. Encuéntrase con Yucelo de Galiana, y por relacion se enamora della, y al márgen de una fuente ve en sueños su hermosura, y la de sus famosos palacios. Píntase al fin del libro el consejo de guerra del rey Casto.

En tanto el francés campo de Girona,
Rendida la ciudad, salia marchando
Por las ásperas sierras de Narbona
A gozar de Gascuña el aire blando;
Y ya el real asentado en Carcasona,
Por su deleite el valeroso Orlando
A correr las fronteras de la tierra
En vez salió y en hábito de guerra.
Con él el duque Maino de Pavía,
Don Silverio de Fox, Dardin Dardena,
Sanson, duque y marqués de Picardía,
Alberto, rey pretenso de Sansueña,
Con otra ilustre y grave compañía,
La honra del campo y flor de su reseña,
Que al castillo caminan no distante,
Que un tiempo por Rugero labró Atlante.
Era vulgar rumor que entre las breñas
Del hinchado Pomier suben en vuelo
Del roto muro las gastadas señas,
A dar escalas con su frente al cielo,
Donde del Mago anciano no pequeñas
Grandezas goza el enriscado suelo,
Y á ver las de su ejército triunfante
En tropa alegre va el señor de Anglante.
En placenteras fábulas sabrosas
De sucesos de campo y montería,
Olvidados de aquellas peligrosas
Vueltas que al mejor tiempo el tiempo envia;
Al dar fin á las cumbres deleitosas,
Con que un monte de flores se vestia,
Dos muertos hombres, y otros seis huyendo,
Del viaje suspendieron el estruendo.
Otro que tras los pasos perezosos
Y huellas de un cargado dromedario,
Por entre árboles va en pasos medrosos
Con sus regates revoltoso y vario;
Viendo de los franceses belicosos
El escuadron á su intencion contrario,
Con astucia sagaz, y maña aguda,
A pedirles llegó fingida ayuda.
Es desta ocasion bella el nuevo caso
Florido ramo de mi heróica historia,
Por grave azar, que el amagado paso
Suspender pudo de su gran victoria.
Diez lunas volvió á Francia el campo escaso
De gente esta ocasion, esta su gloria
A España suspendió, por tantos meses
Su venida alargaron los franceses.
Tantos la rica sala del tesoro
Detenidos los dió cercos dorados,
Y entre la sed, y la virtud del oro,
En dulce suspension embelesados;
La ardiente hambre del metal sonoro,
Con su vislumbre mágica trocados
Los dió en mudas estátuas, hasta tanto

Que un muerto bulto destruyó su encanto.
Y hasta ver libres los cautivos pechos
De la avarienta sala, el campo junto,
La famosa jornada, y sus pertrechos,
Por un zodiaco entero hicieron punto:
La culta causa de tan altos hechos,
Delgada raiz deste ahora nuevo asunto
De aquí se ocasionó, esta humilde fuente
Largo curso añadió al de su corriente.
Garilo, ya que el infeliz suceso
De la obscura traicion del bosque opaco,
Contra su lealtal dió largo proceso,
Y culpas al descuido de Filarco,
El rey ya libre, y el contrario preso,
Por el rio Ezla se salvó en un barco,
A pesar de quien quiso en aquel caso
Por vengar su traicion tomarle el paso:
Salvóse al fin, y á guarecer la vida
En sus trazas juzgó por mas seguro
Hacer á Mahamut de su huida
Forzosa causa, y de su amparo el muro:
Contando el que á su gente mal regida
Del rio Parque dió en el cerco obscuro,
Pero nueva tan triste no podia
Ser con ningun afeite de alegría.
Recibió el moro con semblante acedo
La mala relacion, y al que fue á dalla,
Que el traidor siempre enfada, y siempre el miedo
Da al falso corazon triste batalla:
Quedó atajado, mas con nuevo enredo
Dorar quiso la culpa, ó remendalla,
Y hacer de nuevo con su antiguo oficio
Si puede á su ofendido rey propicio.
Descubrió en los del bando sarracino
Animos llenos de encubierta saña,
Que siempre entre traidores el mas fino
Amor nace sembrado de zizaña:
Creyó por ese paso abrir camino
A una nueva traicion, cuya maraña
Al andaluz dejase sin la vida,
Y á él su leal opinion restituida.
Comenzó aleve el infeliz contrato,
Metiendo incauta prenda en el que urdia.
Mas faltó discrecion, faltó el recato
Que el grave caso y su ocasion pedia:
Y descubierto el encubierto trato,
Garilo huyó, huyó su compañia,
Pagando todos la traicion urdida,
O con culpable ausencia, ó con la vida.
El falso entablador del traidor juego,
Con los que guarecer del riesgo pudo,
De la noche huyó por lo mas ciego,
Al dulce amparo del silencio mudo:
Llegan á Ribadeo, y pasan luego
En hombros de cristal su cerro agudo,
Y en su pequeño golfo al franco suelo
Remos y velas dan entre agua y cielo.
A vista de Bayona, y su ancha playa,
Libres pasaron sin tocar en ella,
Y de Belne la costa, y corva raya,
Que con sus espumosas olas mella:
El Curiano monte, que atalaya
Del frio Garona la ribera bella,
Pasando á Bordeaux con agua viva,
Y hasta cerca de Argen el rio arriba.
De allí hácia Lenguadoc la tierra adentro
La quietud saltearon del camino,
Hasta un antiguo bosque, que al encuentro
De Pomier y Tarascon les vino:
En cuyo verde y escondido centro
Las ruinas hay de un muro peregrino,
Que un tiempo fue ya célebre morada,
Jardin de un rey, y casa de una Hada.
Despues que en Salabrés la hada Morgána
Al rey Artus su hermano vió perdido,
Y el destrozado campo en la inhumana
Victoria entre un sangriento rio ceñido,
Por el hondo Garona en pompa ufana
Aquí al vencido rey trajo escondido,
Donde al mundo quedase con su ayuda
La fama de su vida y muerte en duda.
Allí encantado, ó sin encanto muerto,
Si vive, ó sino vive, está encantado,
Sin que la causa de quedar desierto
El castillo hasta ahora se haya hallado:
Si ya del desamparo no es lo cierto
De la Hada rica el natural enfado,
Contra Orlando, por quien del suelo franco
Su real jardin mudó al del lago blanco.
Y porque al viento el arruinado muro
Con sombras tiñe de apariencias vanas,
Del bosque horrible, y del castillo oscuro,
Las gentes todas huyen comarcanas:
Aquí Garilo y su escuadron seguro
De asombros se amparó, y por las cercanas
Aldeas y caminos plata y cobre
Al rico quita, y la esclavina al pobre.
No lejos de aquel bosque hay un castillo,
Guarida de otras gentes de su trato,
Que al catalan hicieron su caudillo,
Y á riesgo y á ganancia fiel contrato;
De estos eran los seis que entre el tomillo
Y árboles de Pomier sacó el rebato,
Huyendo por sus ásperos confines
De los ya descubiertos paladines.
Y el que tras el cargado dromedario
Con revoltosas vueltas discurria
El astuto Garilo, del voltario
Escuadron falsa y cautelosa guia:
Que por aquel desierto solitario,
En cuidadosa y encubierta espía
Los dos muertos siguió, y en la ancha senda
Vidas á un tiempo les quitó y hacienda.
Huyeron los demás, y él con sosiego
Intrépido al francés escuadron vino,
A quien de deslumbrado volvió ciego
De su astucia un engaño repentino;
Con humilde pidiendo y sagaz ruego
En el riesgo le amparen del camino,
De aquella escuadra, cuyo brazo fuerte
Por robar sus amigos les dió muerte.
Creyeron todos que el valiente pecho
Del feliz español se habia librado
A propias fuerzas del dudoso estrecho
Con que de los que huyeron fue asaltado;
Y que el verlos venir dejó deshecho
El peligroso asalto comenzado,
Temiendo los franceses valedores
Los seis mal concertados salteadores.
Y él no contento del sutil engaño
Con que el riesgo salvó de su delito,
Y á cuenta puso del ageno daño
Del castigo á su culpa ancho distrito,
Un nuevo enredo de artificio estraño
Así por los presentes dejó escrito,
En dulce delirar, que al mas agudo
Deslumbrar su encubierto estilo pudo.
Ni tiene lo hecho por bastante hazaña,
Si á todos no los roba y desbalija,
Y aquel fiero escuadron contrario á España
De armas su astucia y de altivez no alija:
Y así despues que en cautelosa maña
Licencia para hablar pidió prolija,
Desta suerte empezó, y con este enredo
El gusto les ganó, y les perdió el miedo.
«Ya que el rigor de la enemiga estrella,
Que tras sí lleva el curso de mi vida,
Y haciendo de desgracias prueba en ella,
La trae de un riesgo en otro divertida;
Si á pesar suyo el tiempo quiere hacella

A sus mortales golpes no vencida,
Y á la esperanza aun en tan largos casos
Lugar le queda donde dar mas pasos;
No es justo que reserve prueba alguna,
Ni humana diligencia que no intente,
Si punto no hay de tan menguante luna
Que algun dia no halle su creciente:
Sabré cual puede ser en la fortuna
De los suyos el don mas escelente,
O si es acaso de imposibles hecha,
Como el rigor desta cadena estrecha.
Del rey Hércules libio, que en España
De tres cuerpos sacó un tirano aliento,
Y de tres cuellos la cabeza estraña
Al rojo suelo dió un golpe sangriento,
Mi linaje desciende...» Así en maraña
Fingida entrada abrió á un prolijo cuento
El sutil catalan; pero yo al brio
Del bravo Ferraguto vuelvo el mio.
A toda rienda por un verde llano
De un caballero dije que huia
Un bulto en la belleza soberano,
Y en rostro un rayo del pintor del dia:
Cuando á su amparo levantó la mano
El bravo aragonés, y al que venia
Ya ejecutando el golpe, el suyo al vuelo
Le echó arrogancia y vida por el suelo.
Volvió la dama, y viendo sin cabeza
El furor que la suya amenazaba,
Del suceso admirada y la braveza,
Que muerta aun no menor espanto daba,
«¡Oh invicto brazo! dijo, ¡oh fortaleza
Heróica! el cielo guarde alma tan brava
Contra injuntos agravios, en quien fio
Ver por tal mano reparado el mio.
¡Socorre, ó ilustre resplandor de Marte,
En un dudoso trance mi alegría,
Antes que sean mis desdichas parte
A dar la muerte al que es la vida mia!
No lejos deste bosque, por la parte
Que este florido monte se desvia
A darle paso á un rio que yo pienso,
Que á Ebro corre á pagar tributo y censo,
Una soberbia puente ambos costados
Con dos torres altísimas le cierra,
Y estas llenas de bárbaros soldados
El comercio han quitado de la tierra:
Aquí á los que de paz van descuidados
Prenden sin fe, y á los que van de guerra
Con ardides la hacen tan villanos,
Que ninguno se escapa de sus manos.
Allí el bien, que me deja aquí perdida,
Preso, ó sin alma está, que es lo mas cierto;
Acude pues, señor, á dar la vida,
O sepultura honrada á un hombre muerto:
De paso te diré de mi venida,
Y de mis desventuras lo encubierto,
Quién soy, con quién y adonde hacia jornada,
Que quien como yo está no encubre nada.»
Dijo, y el moro hácia la parte guia
Que antes salió huyendo la doncella;
Quién fuese preguntando, y por qué huía
Y el feroz caballero iba tras ella,
Cómo con tal denuedo la seguia,
Si era para matalla, ó por prendella;
A quien la dama en desmayado aliento
Así empezó de su tragedia el cuento.
«Del valiente Dedran, que un tiempo quiso
Ser absoluto emperador de España,
Y lo fuera si á su ánimo y aviso
No se mostrara la fortuna estraña
Nieta soy, y heredera del preciso
Hado que á él engañó, y á mí me engaña,
A pesar que del tiempo el movimiento
A una alma puede dar bienes de asiento.
Hija de Doriscan, y una cristiana
Noble, de los tributos de Galicia,
En Córdoba nací, y con pompa vana
Nágera me crió por su patricia;
Donde en destierro honrado, y suerte ufana,
Del rey Albucasar dió la avaricia
A mi agraviado padre esa frontera,
Donde él viviendo su grandeza muera.
Aliatan dió despues el reino de Oca
A Zumail, un ambicioso viejo,
Que en hambre de oro, y en prudencia poca,
Cuanto halla tomará, sino es consejo:
Este embriagado de avaricia loca,
En los montes prendió de Castrovejo
Dos tiernas niñas, huérfanas, doncellas,
Mas que el sol limpias, y que el alba bellas.
La culpa era dejar su ley paterna
Con que el rey su avaricia disfrazaba,
Y el ciego ardor de la codicia interna
Con que el infame corazon cebaba:
Nunilo la mayor, y la mas tierna,
La honesta y bella Alodia se llamaba,
Cristianas, aunque ricas, y él tirano,
De alma avarienta, y corazon villano.
Vendia el rigor por celo de su seta,
Y de impedir la Religion Cristiana,
Aunque era en lo interior hambre indiscreta
Del patrimonio de una y otra hermana;
Y por hacer la causa mas secreta,
Y la injusta prision menos liviana,
Con impedir del dulce trato el uso
En diferentes cárceles las puso.
La niña Alodia, compañía dichosa,
Fue en depósito honesto de la mia,
De las beldades dos la mas preciosa,
Pecho inculpable, rostro de alegría:
Era en prudencia y alma generosa,
Y tan afable trato, que solia
Dejarme con él llena el alma ufana
De un ardiente aficion de ser cristiana.
Si tal vez la acceché por verla sola,
En ferviente atencion orar la via,
Y que de alegre luz divina una ola
De cuando en cuando el rostro le embestia;
Y en soberanos lustres la arrebola
El rosicler de gloria que salia
De un Dios, que puesto en cruz traia consigo,
Por inviolable esposo y dulce amigo.
No es de mi edad juzgar cual sea mas justa,
La ley cristiana, ó la del pueblo moro,
Y en casos de opinion cualquiera gusta
Vestir la suya de un parlar sonoro:
Mas ahora sea justa, ó sea injusta,
Yo en la árabe nací, y en esa adoro;
Y aunque su Alcorán creo, creo y juro
Que si Mahoma es Dios, es Dios oscuro.
No hace milagros como habemos visto,
Que en favor de su ley, y quien la sigue,
El nombre hacen y la cruz de Cristo,
Cuando en mas sangre el mundo los persigue:
Ni hallo yo en la mia aquel bien quisto
Modo de proceder que se consigue
De la cristiana, cuando sus sugetos
A sus reglas se ajustan y precetos.
Hace hombres concertados y compuestos,
Mansos, sufridos, blandos, conversables,
Llenos de fe y de amor, castos, modestos,
Gratos, humanos, dóciles, afables,
Del todo humildes, sin cautela, honestos,
Medidos, comedidos, y así estables,
Y puestos en razon, cuenta y justicia,
Que no halle que tacharles la malicia.
Nuestro Alcorán si como dicen vino
Del cielo, escrito fue por otra mano,
No es tan llano y tan claro su camino,

Ni tan fundado en el discurso humano:
Tiene de cruel su parte, y de sanguino,
Y no poco de bárbaro y tirano,
Pues con la espada y con las armas quiere,
Que aquel sea en el mejor que mas pudiere.»
Rióse el feroz moro á las razones
Con que la dama su Alcorán condena,
Que como hombre sin ley, ni cree opiniones,
Ni que hay para unos gloria y otros pena:
Tiene nuestros milagros por ficciones,
Su secta ni por mala ni por buena,
Solo por Dios á su ánimo invencible,
Y por de burla á todo lo invisible.
No le replicó nada, ella siguiendo
Por su camino y su discurso, dijo:
«Presa la bella Alodia, un monstruo horrendo
El avariento rey tenia por hijo,
Con quien nació en el mundo, y fue creciendo
Un arrogante espíritu prolijo,
Que siempre, ó por la cara, ó las costumbres,
Del padre saca el hijo las vislumbres.
Este fue todo estampa de su padre,
Fantástico, avariento, y disoluto,
Sin que noble amistad le asiente y cuadre,
Falso, libre, mordaz, doblado, astuto,
De parto incierto, y fementida madre,
Y al fin de tales árboles tal fruto,
Llamado Harpalí, ó sucia harpía
Que todo lo manchaba y confundia.
Este de la honestísima doncella
Alodia, y de su rostro soberano,
Un torpe y necio amor concibió en ella,
Con loca presuncion y ánimo insano:
Creyó que era tan fácil como bella,
Y él por soberbio hijo de un tirano
Bueno para querido; y fue simpleza,
Que amor ni estriba en sangre ni en nobleza.
No dió por sus ofertas y servicios
Escarnios ni desdenes la cristiana,
Ni de oracion mudó ni de ejercicios,
Ni se le mostró tierna ni tirana;
Ni el ver los reyes á su amor propicios
Altiva la hizo, ni volvió lozana;
Ni triste el riesgo, y verse en casa ajena,
Que nada en quien no hay culpa causa pena.
A los principios en su afable trato
Todo Harpalí creyó que estaba hecho,
Y que el ser rey le prometia barato
Aquel como otros gustos habia hecho:
Mas cuando llegó á ver con mas recato
La entereza y valor del casto pecho
De una tierna beldad, que en ser constante,
No era niña y mujer, sino gigante,
Quedó asombrado, y al negarle el gusto,
Con el desden creció la llaga fiera,
Y viendo á mayor fuerza mas robusto,
El pecho que antes parecia de cera,
Nueva sentencia dió en el suyo injusto,
Que ame por fuerza, ó que por fuerza muera:
Mas buscar al amor por esa pinta,
Es blanquear el ébano con tinta.
No está mas firme á los combates fieros
Del cierzo helado la montaña de Oca,
Cuando peñascos y árboles enteros
Su soplo vuela, y su rigor apoca;
Ni en sus cumbres y cerros altaneros
Antigua encina, ó carcomida roca,
Que así entera se libre, y se defienda
De un torbellino, y su áspera contienda;
Como la casta niña á las blanduras
Y amenazas del bárbaro enemigo,
Sin que de hierro las prisiones duras,
Ni del tierno regalo el trato amigo,
Hiciese mella en las entrañas puras,
Ni en ellas otro amor hallase abrigo,
Que el de su honestidad, y del precioso
Retrato vivo de su muerto esposo.
Viendo el tirano Harpalí vencido
Su pensamiento y trazas de una niña,
Y que en deseos y ansias consumido,
Ni un soplo de esperanza se le aliña;
Ya de amante en contrario convertido,
Robarla quiere, y que esto la constriña,
Con gusto acedo, ó voluntad sabrosa,
A serle, ó torpe amiga, ó dulce esposa.
Por un muro almenado que ceñia
De un florido jardin el fértil suelo,
Y parte de una cuadra en que dormia
Yo con la hermosa Alodia sin recelo,
A Harpalí le pareció se abria
Paso á sus gustos, puertas á su cielo,
Y que era fácil por allí la entrada,
Para haberla á sus manos descuidada.
Ya el sacrílego amante, confiado
De saquear el cielo, entretenia
Su torpe gusto en ver del sol dorado
El carro de oro en que camina el dia;
Y en aguardar su ausencia desvelado
Las horas cuenta, y de la noche fria
El manto pide por agüero y luto
De su fin triste, ó pensamiento bruto.
Llegó la noche obscura, aunque serena,
De broches de oro y pedrería sembrada,
Y al medio curso de tormentas llena,
De agua, rayos, y truenos asombrada:
Braman los vientos, la arboleda suena
Con ruido mas que de aire alborotada;
Creció la obscuridad, y el negro velo
De la sombra escondió en su luto el cielo.
De ásperos vientos la baraja obscura
Con sordos ecos de furor bramaba,
Y del cercano monte la espesura
Roncos gemidos por las peñas daba:
Del frio polo sin luz la ciega altura
En temerosos truenos resonaba,
Que el cielo al parecer se defendia
Del moro que robarlo pretendia.
Despertóme el rumor, corrí medrosa
A ver mi amiga, y á valerme della;
Halléla en oracion, la cuadra hermosa,
Llena de luz, y un ángel bello en ella:
Una luciente espada en la briosa
Armada mano en son de defendella,
Con un grabado peto en que el tesoro
De ricas piedras daba precio al oro.
De argentados coturnos ambas plantas
Ceñidas, y la suelta vestidura
Al estrellado cielo en luces santas
Vencia, y á la nieve en la blancura;
Pomposas alas con vislumbres tantas,
Que ante ellas la del sol quedára oscura,
Diciéndole en acento soberano,
«Ya, virgen, estás libre del tirano.»
Cerróme los sentidos el espanto,
Indignos de gozar la luz del cielo,
Con la presencia y el lenguaje santo
Del ángel, de su espada, y de su vuelo:
Quedéme desmayada hasta tanto
Que el nuevo dia despertó en el suelo,
Y yo de mis temores y fatiga
En el dulce regazo de mi amiga.
Alegre en verla de placer lloraba,
Que al ángel que antes vi se parecia,
Y aunque en grave respeto la trataba,
Amorosas caricias le decia:
Ella que por ventura cierta estaba,
Que aquel habia de ser el postrer dia
De gozarnos en tierno regocijo,
Así mezclando lágrimas me dijo:
«Ya es tiempo, ó dulce Argina, de pedirte

Que cual reina me cumplas la promesa
De ser cristiana, y nunca arrepentirte
De profesar lo que mi ley profesa:
Yo iré presto delante á prevenirte
En el cielo corona de princesa,
Que en premio del amor que me has tenido,
Así me lo ha mi esposo concedido.
A grandes golpes de dolor se labra
El cetro y la diadema para el cielo,
No ha de ser solo, amiga, de palabra
El darle á Dios lo que le debe el suelo:
Sus puertas ese tierno pecho le abra,
Porque la halle al alma su consuelo,
Y sin hacer de otros contentos caso,
Por todos hasta allá pase de paso.
Bien sé que los espantos de la muerte
En varios riesgos te traerán metida,
Que tal es siempre y fue la humana suerte
Servir acibar al que á miel convida:
Y como si el morir fuese mas suerte
Que el padecer viviendo en esta vida,
Quiere en adversa ó próspera fortuna
Mascar mil muertes mas que tragar una.
Tu serás desto ejemplo, amada Argina,
Que gran discurso por pasar te queda,
Mas todo en tí á dichoso fin camina,
Y así el cielo lo ordena que suceda:
Lo que ahora el amor que á tí me inclina
Con mas ansia me pide, es que yo pueda
Llevar de tí esta prenda y fe dichosa,
Que has de ser de mi amado esposo esposa.
Y que pues nuestras almas ya son una,
Es bien que tambien tengan solo un dueño,
Un bautismo, una fe, una ley, y á una,
Ambas á un Dios la demos en empeño:
Que cuanto alumbra el sol y vo la luna,
Sin este solo bien es sombra y sueño,
Y yo en tenerte amor eterno y puro,



Eternos bienes para ti procuro.»
Así mi amada Alodia me pedia
La fe que así le di, y he mal cumplido,
Cuando del pueblo que en furor se ardia
En mi casa cundiendo fue el ruido:
Llanto, alboroto, estruendo y voceria
En confuso era y bárbaro gemido;
Sobresaltéme yo, y con regocijo
Ella se sonrió, y llorando dijo:
«Aquí, oh querida Argina, la corona
De un reino eterno ofrecen á tu hermana,
Este confuso grito la pregona,

Vamos por ella en pompa soberana:
Tendrás tuya en la córte una persona
Que prive con el rey, y te haga ufana,
Y en cuanto le pidieres por mil modos
Bienes sin fin te los alcance todos.»
No entendí su razon, quedé atajada
Viendo crecer el sonoroso estruendo,
Y que la casa en armas ocupada
Se iba en ciego alboroto confundiendo:
Cuando de la ocasion certificada,
Pasmada me dejó el suceso horrendo,
Estraño caso, puesto por testigo
De un ofendido cielo en su castigo.
De un moral arrimado al fuerte muro,
Adorno y sombra del florido huerto,
Con que Harpalí bajar pensó seguro
Al malogrado fin de su concierto;
Colgado le dejó en el aire oscuro
Un ángel á los ojos descubierto
De los que iban con él, y el mas osado,
Huyó despues que le lloró ahorcado.
Era la única prenda del tirano,
Corta y frágil coluna á su esperanza,
Cayó por tierra, y su soberbia mano
Al mundo asolar quiso en su venganza:
Tuvo sospecha de Aliatan mi hermano,
Que en contiendas de amor y de privanza
Traian pasion por ciertas moras bellas,
Que donde hay zelos todas son querellas.
Menos que esta ocasion fue necesaria,
Con la desgracia del dolor presente,
A la ciega arrogancia temeraria
Del ofendido bárbaro insolente:
Era en todo mi casa real contraria
A la suya de humilde suelo y gente;
Esto solo bastó, que un bien nacido
Siempre es del que no es tal aborrecido.
Mi anciano padre al defender su casa
Por el furor tiránico fue muerto,
Y tras él vueltas en ceniza y brasa
Sus altas torres y el lugar desierto:
Mi hermano viendo la crueldad que pasa
Por senda oculta se salvó encubierto;
Yo quedé presa, Alodia sentenciada
A ser por su limpieza degollada.
Trajeron á la cárcel á Nunilo,
Y al verse y despedirse ambas hermanas,
Gruesas perlas regaron hilo á hilo,
De un celestial jardin rosas tempranas:
La mayor con honesto y grave estilo,
Dulce afecto y palabras cortesanas,
Mientras el cruel verdugo se apercibe,
Esto en el alma de su Alodia escribe:
«Ya la dichosa suerte concedida
De aquel rey soberano por quien mueres
A eterna palma y triunfo te convida,
Reina serás si esta corona adquieres:
Mira, tierno regalo de mi vida,
Que solo hagas lo que hacer me vieres,
Que aunque primero por tu ejemplo muera,
No llegarás al premio la postrera.
¿Quién no conoce de la humana suerte,
Que al fin por bien que de morir rehuya,
Le ha de alcanzar del tiempo el golpe fuerte,
Que los regates y el huir concluya?
Si ningun vivo se libró de muerte,
Loco es quien piensa rescatar la suya;
Y mas si por la carga desabrida
De un vivir breve pierde inmortal vida.»
Así dijo, y el rostro soberano
Revestido de gloria parecia,
Que ya desnudo de aquel lazo humano
Nueva deidad y luz en él vivia:
Las madejas del oro, que el liviano
Aire en el cuello de marfil bullia,
Por la cabeza se enlazó gallarda,
Y el fiero golpe del alfanje aguarda.
Llevó su filo á cercen la cabeza,
Cayó el hermoso cuerpo destroncado,
Que su hermana compone y adereza
Con rostro alegre y pecho reportado:
Y con igual sosiego y entereza
Que si fuera á un banquete regalado,
Sin que la muerte ni su error la esquive,
Para el segundo golpe se apercibe.
Habíasele á su hermana descubierto
El blanco pié con la mortal congoja,
No quedando compuestas ni en concierto
Las limpias faldas por la sangre roja:
La tierna niña, que hasta el cuerpo muerto
Quiere guardar honesto, alegre afloja
Una colonia azul; en que trenzaba
El mas fino oro que el Hidaspes lava.
Con ella recogió sus vestiduras,
Y á su compuesta honestidad previno,
Sirviéndole las tiernas ligaduras
De fuertes grillos á su amor divino;
Y con palabras que la piedras duras
Blandas volvian, el rostro cristalino
Al cielo vuelto, mientras prevenia
El tierno cuello al golpe, así decia:
«Alma dichosa, que del casto velo
Ya libre y suelta del amor llevada
En triunfal carro hasta el empireo cielo
De victoriosas palmas vas cercada;
Suspende entre esos globos de oro el vuelo,
O de mis tiernos años prenda amada,
Que si un golpe te dió diverso mundo,
Un cielo juntas nos dará el segundo.
Y el hierro que las dos dividir pudo,
Podrá con mejor título juntarnos
Cortando el mortal hilo, mas no el nudo
Con que el divino amor supo enlazarnos:
Yá tí, precioso alfanje, cuyo agudo
Corte en la terna para no apartarnos
Juntas nos ha de dar diadema santa,
Aquí humilde te espera mi garganta.»
Dijo, y al punto de rodillas puesta
Sobre el difunto cuerpo de su hermana,
Que allí sirvió de altar, y ahora compuesta
Al sacrificio y víctima temprana,
El filo agudo de la espada presta
Segó el cuello, y el alma soberana
En un resplandeciente y claro vuelo
A vista de mil ojos subió al cielo.
Quedaron en la tierra desangrados
Los cuerpos, de un precioso olor divino
Y nueva luz de gloria acompañados,
Que de la suya descubrió el camino:
De corruptible daño preservados,
A pesar del tirano desatino,
Que por mil modos ya pretendió en vano
El honor usurparles soberano.
Mas mientras con malicia infiel pretende
Destruirles su opinion, manchar su fama,
Con mayor gloria y resplandor se estiende
La misma luz que su crueldad infama:
Y en la cristiana devocion se enciende
Mayor aliento y fervorosa llama,
Que siempre la verdad tiene su fuerza,
Por mas que envidia con pasion la tuerza.
Yo en la cárcel quedé esperando el dia
En que otro golpe hiciese en mí el tirano,
Mas faltóle esta culpa por la mia,
Que fuera tras de aquel el mio liviano:
Un moro cordobés al rey servia,
Mancebo ilustre, de Daraja hermano,
Esposa de Harpalí, y sobrina mia,
Aunque él deudo ninguno no tenia.
Este con nombre y pretension de esposo

En noble trato y voz me regalaba,
Y yo por su valor y ánimo honroso
De amor honesto y sin doblez le amaba:
Este sintió que el pecho riguroso
Algo del rey tirano se ablandaba,
Que el tiempo con mudanzas y ocasiones
Los toros doma, y vence los leones.
Dió en escuchar mi causa con blandura,
Y de la cárcel me llevó á palacio,
De un torpe amor ardiendo en llama oscura,
De su imprudente pecho el gusto lácio:
Ya en libertad me vi menos segura,
Y mi muerte venir menos de espacio,
Si mi amado Auchali no me acudiera,
O el casto cuerpo ó su opinion muriera.
Mas viendo el riesgo y la prision remisa
Trazó conmigo de sacarme della,
Con firme pacto y condicion precisa
De ser su esposa, y de seguir su huella:
Aceptéle el partido, y con divisa
Trocada, por huir mejor con ella,
Por fuera de camino nos libramos,
Hasta que á Soria y Agreda llegamos.
Seguiamos para Córdoba el camino
Del amor de la patria acariciados,
Mas de la tierra nueva el poco tino
En varios riesgos nós dejó entrampados;
Y al pasar este arroyo cristalino,
De una escuadra de gente infiel cercados,
Que á nuestro gran descuido de repente,
El muro vomitó de una ancha puente.
Allí á mi dulce esposo entre el malvado
Escuadron le vi dar mil golpes fieros,
De allí escapé del brazo acelerado,
Que ya vió en mi garganta sus aceros:
¡Ay cielos, que allí en sangre está bañado!
Antes que muera, ¡oh flor de caballeros!
Acudi á socorrer el mas honesto
Pecho, que el mundo en tal estrecho ha puesto.»
Así la hermosa Argina, el grave cuento
Siguiendo de su vida, vió á su esposo
Roto el escudo, el fino arnés sangriento,
Y en el herir el brazo perezoso:
Haciendo él brio de su honrado aliento,
El término fatal mas presuroso
Que el morir sin socorro era sin duda,
Mas donde el cielo acude todo ayuda.
El tratar con los buenos puede tanto,
Que al malo suele convertir en bueno,
Y la conversacion de un pecho santo
Sacar triaca de lo que es veneno:
Neron con su crueldad nos pone espanto,
Animo un César de clemencias lleno,
Eneas piedad, maldad Sardanapalo,
Que el bueno es bueno en todo, y malo el malo.
Las tiernas niñas que el empireo cielo
Gloriosas pisan con doradas plantas,
Y ya desnudas del humano velo
De toison de oro ciñen las gargantas,
Vueltos los ojos al ingrato suelo,
De quien triunfaron con victorias santas,
Viendo entre tantos riesgos y fatiga
Por un vano temor su amada amiga;
Con santa intercesion hecha á su esposo
De las cosas trocaron gusto y fuero,
Que tras el apetito deleitoso
Iban en riesgo á un gran despeñadero:
Esto la trajo al paso peligroso,
Esto tambien le descubrió el guerrero,
Que en favor de Auchalí partió arrogante,
Por dar favor al uno y otro amante.
El cordobés en peligrosa guerra,
Y en gallardo ademán se combatia
Con la vil tropa de la infausta tierra,
Que junta sin por qué le acometia,
Y el vivo aliento que su pecho encierra,
Así el honor herido le encendia,
Que en la desigualdad que se hallaba
En mas que defenderse trabajaba.
Bien que á faltar la venturosa suerte
Del brazo heróico que á valerle vino,
A hacerle compeliera el pecho fuerte
El término forzoso mas vecino,
Y vencedor, la vencedora muerte
A todos por igual diera un camino,
Que el alentado ardor que en él se via,
La honra mas no la vida guarecia.
De diez valientes moros asaltado,
Los seis peleando, los demás sin vida,
Roto el arnés, el cuerpo destrozado,
La sangre y no la estimacion perdida:
Llegó el aragonés, y el brazo alzado,
«Afuera, dijo, gente mal nacida,
Que los que intentan tales desafueros,
No son hijos de padres caballeros.»
Tres de los que en favor de su contrario,
Entrar le vieron con tan vivo aliento,
En confuso tropel y encuentro vario,
Por tres partes contra él rompen el viento;
Y del encuentro el golpe temerario,
De trés lanzas las dos rompe violento,
Una en el firme escudo, otra en la frente,
Saliendo la tercera impertinente.
Cual parda encina de trofeos cargada,
Al blando soplo de un delgado viento
Las hojas tiemblan, y ella en encrespada
Pompa se eriza al fresco movimiento,
Así el moro quedó, si bien su espada,
De tres al uno, en un revés violento,
Un brazo le dejó y un hombro menos,
Y de nuevo aire los pulmones llenos.
Los dos que sobran vuelven; y al caido
Furiosos quieren dar justa venganza,
Y en desiguales golpes y ruido,
Uno al escudo y otro al yelmo alcanza:
Parece del arnés que trae vestido,
Que es Ferragut el yunque sin mudanza,
Y ellos los que al batir de sus visarmas,
Sobre él le forjan á porfia las armas.
Así el uno y el otro le golpea,
Y él quedo sin mudarse un lance aguarda;
Y como, aunque le hieren, ni voltea
Su espada, ni á las suyas se resguarda,
Da ocasion que cualquiera dellos crea
Que está herido de muerte, ó que acobarda,
Hasta que al golpe de un revés estraño,
Con el castigo vino el desengaño.
Del dulce filo al rebanar ligero
A Glauro le llevó brazo y cabeza,
Glauro sin gravedad moro embustero,
Que las canas se tiñe y adereza;
Y no parando allí el sabroso acero,
Dos hizo á Caligante de una pieza,
Que seis mujeres enterró en Porcuna,
Sin llorar ni enlutarse por ninguna.
Y sin hacer de aquellas muertes caso
Al puesto de Auchalí corre ligero,
Cuando un grueso jayan le atajó el paso,
Armado sin primor de hojas de acero:
Bajaba de la puente al campo raso,
Al brutal gusto dél combate fiero,
Y viendo los tres golpes del pagano,
Él quiso hacer el cuarto de su mano.
Sin recelar su espada, ni ser vista
Del encantado hijo de Lanfusa,
Por cima la dorada sobre vista,
La vista el golpe le dejó confusa:
Cayó en el suelo sin aliento y vista,
Ningun libre sentido alcanza ni usa,
Que un traidor cuando acierta á ser valiente,

Un mundo entero matará de gente.
Bajó sobre él el sin lealtad gigante,
Y en ver que vivo está le llevó preso:
Cayó Auchalí rendido en este instante,
Y su Argina tambien cayó sin seso:
Llegó á prenderla el falso Garamante,
Y desmayada levantóla en peso,
Llevando las brutales manos llenas,
Cual oso montaraz con dos colmenas.
Ya á la entrada llegaba de la puente
Cuando volvió en su acuerdo Ferraguto;
Y hallándose al calor de tanta gente
Al brazo asido de un gigante bruto,
Ferido del honor cual rayo ardiente
La bárbara prision dejó sin fruto,
Y el rigor nuevo de sus golpes varios,
Ciego alboroto y miedo en los contrarios.
Trocó el Jayan la dama por la espada,
Para segunda vez cobrar su preso,
Y aunque le ve la frente desarmada,
No juzga acometerle por esceso;
Ni él al sentirse herir estimó en nada
De la traidora mano el grave peso,
Ni el ver que sus bárbaros soldados
Doce contra uno le arman los costados.
Antes así en su escuadra se revuelve
Cual entre aristas ciego torbellino,
A este hiere, á aquel da, y al otro vuelve
En concierto mayor su desatino:
A uno el pecho y entrañas le desvuelve
El dulce corte del acero fino,
A este del roto arnés lleva un pedazo,
Y aquel deja en tres piés con solo un brazo.
Dió un reparo al jayan, que á dar venia
Sobre él con nueva y desigual visarma,
Que en cien puntas de acero relucia,
Y á un golpe un hombre de metal desarma:
Hizole errar la furia que traia,
Y al vacío herir en dos quebrada el arma;
Quedóle solo el destroncado trozo
De Palia muerto, y Ferragut de gozo.
No perdió tiempo, que al volver la frente
La calva diosa asió de la ventura,
Y el acerado alfanje al vuelo ardiente
Un revés le alcanzó por la cintura;
Por donde el hierro entró, y salió una fuente
De requemado humor y sangre obscura,
Y de otro á cercen le llevó una pierna,
Cual blanca y corva hoz mimbrera tierna.
Así toro andaluz desjarretado
Suele al prado venir dando bramidos,
Y en el sangriento suelo destroncado
La selva asombra, y braman los ejidos:
Y el cobarde escuadron desordenado
Los muertos quedan, huyen los heridos,
Cual de buitre gloton hambrientos cuervos,
Y de perro irlandés tímidos ciervos.
Miró buscando el victorioso moro
Con vista atenta la agraviada Argina,
Y vióla, cruel, juntando aljofar y oro
Al rosicler de una sangrienta mina:
Con las hebras limpiando y el tesoro
De su cabeza la mortal, que inclina
En su regazo desmayada y muda,
Puesta en si vive ó sino vive en duda.
Llegó el moro cuando ella enternecida
A su esposo el primer acento daba,
Que en un suspiro dió señal de vida
El que antes pareció que muerto estaba:
«¡Ay, dice, dulce amor! ¡prenda querida!
Si aquella casta fe que me obligaba
Á seguir vuestro noble gusto es cierto
Que en este cuerpo vivo aun no se ha muerto;
Vuelve, noble Auchalí, esos graves ojos
A estos que ya por ellos son dos rios;
Serenarán sus luces mis enojos,
Y en gloria volverán los males mios:
Mas si estos son de amor vanos antojos,
Y entre estas sierras y árboles sombríos,
Mi bien se ha de acabar, y la alegría
Que apenas en mi alma amanecia;
Aquí una sola fiera en sus entrañas
A los dos juntos dé sepulcro vivo:
¡Oh Alodia santa! luz de las montañas,
Por cuyas firmes esperanzas vivo;
Si á los que en gloria están no son estrañas
Las graves ansias y el dolor esquivo
De los que en vida amaron, destas mias
¿Cómo, señora, tanto te desvías?
Socorre ahora, oh regalada esposa
Del que reina te pudo hacer divina,
Desde esa celestial patria dichosa
El dolor desta tu afligida Argina:
Que la palabra que te dió piadosa
Te cumplirá, si de cumplirla es dina,
Mas ¡ay de mí! que el no la ha ver cumplido
A este presente riesgo me ha traido.»
Dijo, y el belicoso Ferraguto
Con templadas palabras la consuela,
Que aunque de alma sangrienta, no es tan bruto
Que de un grave dolor no se conduela:
Mas viendo que llorar el mal sin fruto,
Ni lo háce sano ni que menos duela,
Para poner en tantos llantos tasa
De las palabras á las obras pasa.
Y con la libertad del jayan muerto,
Entre las verdes yerbas desangrado,
El cerrado castillo quedó abierto,
De la gente servil desamparado,
Y de un lóbrego sótano encubierto,
Carcel de un grave pueblo aprisionado,
Haciendo libre la mortal cadena,
Cien almas de una vez sacó de pena.
Y dando ya la puente y su rastrillo
Segura puerta y paso volvió á Argina,
Que á su esposo abrazada el amarillo
Rostro entre su sangriento pecho inclina:
Lleva á curar sus llagas al castillo,
Si hay para tantas juntas medicina,
Que aplicarle remedios es el cierto
Al menos vivo mientras no está muerto.
Estaba de abastadas provisiones
El sin lealtad castillo apercebido,
Que de las comarcanas poblaciones
Feroz robaba el pueblo mal nacido:
Y de los que oprimia en sus prisiones,
El mal ganado mueble recogido,
Caballos, armas, joyas, plata y oro,
Que á sus dueños volvió con gusto el moro.
Hallóse entre estos presos un cristiano
Que el Soricano Alpidio se decia,
De noble sangre y pecho castellano,
Preso á traicion del falso Arcandro un dia:
Y como caballero y cortesano,
Que así entonces lo usaban, conocia
Preciosas yerbas, cuyos jugos tales
Bálsamos podian ser de todos males.
Este tomó la sangre, y las heridas
De Anchalí reparó lo mas que pudo,
Bien que en grandeza y número medidas
Con desconfianzas lo volvieron mudo:
Mas las dos voluntades conocidas
Por el discreto cirujano agudo
De los amantes dos, que aunque paganos,
Suspiros daban de deseos cristianos;
Ya el victorioso Ferragut partido,
Y de los mas honrados prisioneros
El diferente pueblo reducido
A varios fines y diversos fueros,
Habiendo el tiempo y la ocasion medido

Así á los dos amantes verdaderos,
Con caricias habló, y un dulce trato
Cuanto pretende haber compra barato.
«No es menester, señores, preveniros
De acreditar en vuestro amor mi pecho,
Pues mas que en mi razon podré deciros,
Por mí os dirá lo que por vos he hecho;
Que aunque es todo escasezas en serviros,
En lo que hasta ahora he sido de provecho
No he faltado, y amor por obra enseña,
Que esa no está en ser grande ni pequeña.
El puesto ahora seguro es peligroso,
Que Bramante cuyo es querrá cobrallo,
Y aun vengarse del brazo poderoso
Que con su espada pudo sujetallo:
Yo estoy de vuestro bien tan deseoso,
Que si el mio importare aventurallo,
Por él tendré á mayor ganancia hacello,
Que todo un mundo que me aparte dello.
No lejos de aquí está una antigua ermita,
Que yo un dia hallé saliendo á caza,
Donde en santa quietud un hombre habita
De sangre noble y cortesana traza:
Mientras que el brio perdido resucita
El santo cielo y la ventura engaza
De nuevo vuestras cosas, ya podremos
Del riesgo allí escapar que aquí tenemos.
Que yo como español hidalgo os juro,
Que debajo mi amparo y casto abrigo,
Mientras viniere hallareis seguro
En todos trances vuestro honor conmigo:
Y por mi ley cristiana y fe aseguro
A vuestro gusto en todo obras de amigo,
Sin que ninguna el mio intente y haga,
Que á los dos no contente y satisfaga.»
Esto Alpidio les dijo, y con bastantes
Razones trocó así sus tiernos pechos,
Que ya mudando ley los dos amantes
A la ermita con él se van derechos;
Donde aunque de los golpes penetrantes
Murió Auchalí, despues que fueron hechos
Ambos cristianos, á la viuda Argina
A una ciudad llevó circunvecina.
Y allí en santa clausura un nuevo esposo
Ganó de inmortal gloria su deseo,
Trocándose en el cielo poderoso
Para el bien de su alma este rodeo:
Tanto el trato de un bueno es provechoso,
Tanto se medra en un honrado empleo,
Que á tantos bienes siguen otros tantos,
Y tanto con su Dios pueden los santos.
Mas Ferragut despues que dejó puesta
La puente en libertad, y á sus cautivos,
Cuando el alba de aljófares compuesta
Los antes muertos campos vuelve vivos,
Y las horas en torno haciendo fiesta,
Con mudanzas y pasos fugitivos
El negro luto vuelven nacar fino,
El reposo dejó, y tomó el camino.
Era el tiempo en que el año se remoza,
Y la tierra preñada de bellezas
Sus flores pare, y sus olores goza,
Y alegra ambas á dos naturalezas:
Cuando en los prados el placer retoza,
Y Venus llena al mundo de riquezas,
Comienza el ruiseñor quejas de amores,
Y enguirnaldan sus bueyes los pastores.
Por una selva que el humor del rio
De rosas llena y de árboles tenia,
Y las aves sin dueño con el frio
Sus ramas de suavísima armonía,
Bravo el moro bajaba; y de un sombrio
Bosque, que el tumbo de la sierra hacia,
A caballo salir vió un hombre anciano
Tras él dos perros, y un neblí en la mano.
Paróse á ver al moro el caballero,
De su apostura y gallardía pagado,
Y viendo en su ademan ser forastero,
Y el limpio arnés de golpes señalado;
Sospechando el suceso verdadero,
Con grave estilo, y con semblante honrado,
Cortés le saludó, y con voz prudente
Nuevas pidió de su enemiga puente.
Y sabiendo que ya el gigante es muerto,
Y del traidor castillo libre el paso,
El pecho por los ojos descubierto,
Alegre el viejo al no esperado caso:
«Ay señor, dijo, si el suceso es cierto,
Y vuestro el golpe de valor no escaso,
Dadle su entero punto á la milicia,
Y á una gran sinrazon haced justicia.
Yo, señor, de Galaf rey de Toledo
Soy tio, de Albamud su padre hermano,
Es mi nombre Yucef, y decir puedo
Que á toda España gobernó esta mano:
Y el tiempo, que jamás supo estar quedo,
De uno en otro vaiven fue tan liviano,
Que me ha traido á lo que veis ahora,
Que quien mas vive mas desgracias llora.
Treinta cumplidos lustros he vivido,
De ciento y cincuenta años son mis canas,
Y mi alfange el primero y mas temido
Que pasó de las sirtes africanas:
Del escuadron de Muza fuí elegido
Sucesor, las fronteras toledanas
Mias fueron un tiempo, y yo en su tierra
Rey de la paz, y dueño de la guerra.
Cansó el mudable tiempo á la fortuna,
Y á mí tambien los mandos y el gobierno;
Cuya carga sabrosa é importuna,
En hombros puse de Aliatán mi yerno:
Y de una vida quieta, á quien ninguna
Iguala, codicioso el pensamiento,
De la pesada autoridad cansado,
Troqué el público bien por el privado.
Dejo el cetro real, y aquí me vengo,
Donde un castillo en puesto suficiente
De alegre recreacion y gusto tengo
Al salto del cristal desta corriente:
Allí en ociosa vida me entretengo,
Y en quietud vivo de mi pueblo y gente,
Con libros, con pinturas, y con caza,
Lo que un regalo al otro no embaraza.
Era tambien del patrimonio mio
Deste castillo la torreada puente,
Que el paso hacia seguro, y por el rio
Se cobraba un portazgo suficiente:
Hasta que ya el soberbio desvarío
Del rey Bramante la usurpó á mi gente
Bramante, que tambien con alma avara
De Toledo usurpó á Guadalajara.
Alzaron el comercio de la tierra
De sus fieros soldados las crueldades,
Siendo el origen de la nueva guerra
Del jayan bruto torpes libertades:
Ha dos veces seis lunas que se encierra
De un yermo en las incultas soledades,
Ofendiendo por celos insolentes
Con su torpe vivir el de las gentes.
Hija del rey Galafre es Galiana,
Cuya beldad se entiende que del cielo,
Hecha de alguna pasta soberana;
Para asombro bajó y honor del suelo;
El ambar y arrebol de la mañana,
Que entre rayos y aljófares de yelo
El mundo argenta, y su tiniebla aclara,
Dirás que son vislumbres de su cara.
Y aunque es del alba el rostro, y la cabeza
Del sol entero que tras ella nace,
Y los ojos dos rayos de belleza,

Con que su luz temer y amar se hace:
Mayor que la hermosura es la grandeza,
Y la honestidad mas, con que deshace
O entibia el fuego que primero espira
Con los rayos que dije en quien la mira.
  Pues desta gran beldad que asombra el mundo,
Y por Venus mortal Toledo adora,
Bramante, que en soberbia es el segundo
Lucifer que hoy entre los hombres mora,
Dió de su pecho cruel al centro inmundo
La bella estampa de su muerte autora,
Y á su arrogancia pensamiento altivo
De no dejar el suyo en hombre vivo.
  Y llena el alma ya de esta locura
Varios modos buscó de conseguilla,
Dando en las justas pompa á su hermosura,
Y á todo el mundo asombro y maravilla:
Hasta camino abrió y senda segura
Desde Toledo á su usurpada villa,
Que como á intento fuera de camino
Iba y venia por él su desatino.
  En este tiempo un moro valeroso,
De agradable presencia y alma moza,
Llamado Brabonel, sobrino brioso
Del rey que ahora gobierna á Zaragoza,
A Toledo llegó, y vió el rostro hermoso
Que el rico Tajo en sus riberas goza,
Y entrando en competencia con Bramante
Perdió el antiguo por el nuevo amante.
  Es Brabonel galan, es cortesano,
Un fenix en primor y en gallardia,
Bravo en las guerras, en la paz humano,
De afable trato, lleno de hidalguía:
Bramante un feroz bárbaro inhumano,
Sin término, lealtad, ni cortesía,
No fue mucho llevalle allí del alma
Como del cuerpo la triunfante palma.
  Salió el jayan corrido en varios trances
Que entró con su contrario en competencia,
Dándole siempre el disfavor alcances
Del ofendido gusto á la impaciencia;
Hasta que al fin por escusar los lances
Del desden hizo de Toledo ausencia,
Como toro vencido, que al mas fiero
La vaca deja, que seguia primero.
  A este castillo que á tu cuenta dejas
Como á frontera á recogerse vino,
Donde de agravios lleno y tristes quejas
Su reino dejó el nuestro, y el vecino;
Corriendo en riesgo y condicion parejas
Las leyes del cristiano y sarracino,
Sin respeto de fe, reino, ni reyes,
Que quien vive sin ley no guarda leyes.
  Harto ya de afligir nuestra comarca
Huyó á nuevo presidio y nueva tierra,
Dejando en esta su señal y marca,
Y en ambas con crueldad, discordia, y guerra:
Mas si es que ya la inexorable parca
En su vientre el rigor tirano encierra,
Restituye á su antiguo castellano
El vencido castillo de tu mano.»
  Así el anciano moro persuadia
Su causa al de Aragon feroz caudillo,
Y en su alma amor y zelos encendia
De Galiana el valor con solo oillo:
Cuando huyendo vieron que venia
Un caballero, y otro por herillo,
De la fuerza que puso en alcanzallo,
Al hacer golpe destroncó el caballo.
  Salió ligero dél cual raudo viento,
Mas viendo que es á pié seguirle en vano,
Al bosque se volvió mudando intento,
Su bayo muerto ya en el fresco llano:
Ferragut le siguió, y el ya contento
Yucef, que si en la edad y el pelo es cano,
Niño es siempre el deseo hecho de antojos,
Y niñas las que miran en los ojos.
  En medio el bosque al pié de un sauce umbroso
Un caballero vieron recien muerto,
Y el que á pié se volvió tras un hermoso
Caballo de armas y sudor cubierto:
Queríale asir del freno, y él brioso
Huyendo hacia su trabajo incierto,
Cuando corriendo vieron que venia
Una doncella que favor pedia.
  «Socorre, dice, oh Bahamel, la pena
De tu esposa, y traicion de un falso amigo,
Que Arcali el alma deste acibar llena
La lleva en su poder, yo soy testigo:
Y entre tanto que tu por la honra ajena
La tuya en guarda das á un enemigo,
Te la robó en la fuente cristalina,
De quien saliste á dar favor á Alpina».
  Quedó con las heridas y el espanto
De las amargas nuevas sin sentido,
El triste caballero en tierno llanto
De lágrimas y sangre convertido:
Y en Ferragut su pena pudo tanto,
Que habiéndole el derecho concedido
De su venganza, se partió á hacella
Por donde habia venido la doncella.
  No fue ella á guiarle, que quedó curando
Las llagas de su herido caballero,
Y él su presta venganza deseando
Por no perder sazon partió ligero:
De su perdida tierra al rey dejando
Para la restaurar derecho entero,
Con que el contento ya sin mas seguillo
A poner volvió cobro en su castillo.
  Aquel dia y el siguiente anduvo el moro
Por la confusa selva sin camino,
Y cuando el sol entre celajes de oro
A templar comenzó su ardor divino;
Al doblar de una sierra oyó el sonoro
Murmurar de un arroyo cristalino,
Y á la ribera dél entre las flores
La choza vió de un hato de pastores.
  Nunca soberbio alcazar fabricado
En colunas de mármoles preciosos,
Con ventanaje y torres almenado,
Lejos puso en su vista mas hermosos,
Que la humilde cabaña, y su ahumado
Techo y de los mastines perezosos
El frio ladrar, que á la hambre y sus enojos
La boca le hace el juego, y no los ojos.
  ¡Cuán moderados requisitos pide
En su rigor la condicion humana,
Y en qué de partes la ambicion divide
Lo que al adorno incumbe y pompa vana!
Su cuerpo el moro entre las flores mide,
Y á la despensa rústica aldeana
Humilde pide moderada cena,
Que no hay mal pan cuando la hambre es buena.
  Reformó de los rústicos manjares
Con el vientre tan bien el apetito,
Que los pavos y tortas singulares
Las sobras siempre son de un gusto ahito:
Y viendo por los ásperos vallares
Subir balando el recental cabrito
A las maternas ubres, que cargadas
De gruesa leche buscan sus majadas;
  Lo poco que quedaba de la tarde
De nuevo lo gastó tras su demanda,
Y al tiempo que mas hiere y menos arde
El sol que sobre el mar de Cadiz anda;
Desde una sierra vió en vistoso alarde,
Con varias flores de una y otra banda,
Hacer por entre un risco y dos alisos
A una coluna de cristal mil visos.
  Volvió la rienda el cuidadoso moro

A la luz de los vivos resplandores,
Y al pié del risco sobre arenas de oro
Una fuente bullir vió entre las flores;
Que de una en otra en murmurar sonoro
Al prado daba en su llorar favores,
Y con su claro estanque al bajo monte
De cercos de cristal bello horizonte.
Una cueva en su tumbo socavada
El yerto lomo de aquel cerro abria,
En lo mas firme dél incorporada,
Que de albergue á la fuente le servia:
De verde yedra y flores entoldada,
Que un taray con sus sombras defendia,
Y su virtud secreta convidaba
A no pasar de allí el que allí llegaba.
Entre el verde taray y los alisos
Un padron de cristal con sus reflejos
Al caer del tibio sol daba los visos,
Que al moro hicieron señas desde lejos:
Y allí entre las molduras de sus frisos
Con letras y carácteres bermejos,
«Esta es la cueva y fuente del contento,
Donde al vivo se sueña el pensamiento.»
Dejó la silla el moro, quitó el freno,
Y del prado hizo dueño á su caballo,
Entretenido por el bosque ameno
En el deleite y gusto de mirallo:
El yerto monte de mosquetas lleno,
De verde yedra el reboltoso tallo,
Que por ásperos riscos y grimazos
Con mil vástagos da tiernos abrazos.
Y por gozarle la belleza entera
Al florido vergel fue sin trabajo,
Subiendo el monte humilde de manera,
Que siempre el pié mas firme era el mas bajo:
Llegó á la verde cumbre, y por de fuera
Del pendiente peñasco vió en un gajo
Escrito: «Esta es la cueva de Jorguines,
Hada del sueño, fuentes y jardines.»
Miró en el fondo de la clara fuente,
Y vió nadar por ella peces de oro,
Y del mismo metal resplandeciente
La arena y guijas: admiróse el moro,
Y escondiendo la mano en la corriente,
Asió y probó á sacar de su tesoro,
Lucientes piedras, que eran acá fuera
Pardas guijas, y arena verdadera.
Con su oculta virtud el agua hacia
En sus cristales tan vistosos lejos,
Que oro, aljofar menudo y pedrería
Su arena y peces parecian de lejos:
Limpia, serena, transparente y fria,
Al gusto dulce, y de sabrosos dejos,
Templó el calor el moro con su yelo,
Y recostóse en el florido suelo.
Ya en esto el carro de la luz volcando
El oro y rosicler del horizonte,
Sus argentadas crústulas bañando
De ambar bajaba á la raiz del monte:
Las blancas playas del Japon buscando,
Que en las de España aguardan se trasmonte,
Para hacer del barniz de aquella esfera
El nacar de su aurora y luz primera,
Saliendo al cielo obscuro trecho á trecho
Bellas centellas, Ferraguto hizo
Del prado alfombra, y de las flores lecho,
Perdido entre las yerbas y el carrizo;
Donde contando al estrellado techo
Los diamantes del carro movedizo,
Las penas, los cuidados, y á su dueño
Sin sentir se llevó un sabroso sueño.
Y luego que el silencio á los sentidos
En dulce olvido puso sepultados,
Y á la interior potencia reducidos
En otro nuevo mundo embelesados;
Entre jazmines y árboles floridos,
Sobre un soberbio risco fabricados,
Unos palacios vió ó soñó que via,
Labrados del pincel que asombra al dia.
Los muros de alabastro, y las molduras
En negro y fino pórfido cortadas,
De enlazados follajes y figuras
En ventanaje y bóvedas sembradas:
Cien torres de cristal, cuyas alturas,
Con chapiteles de oro coronadas,
Las nubes buscan, y al subir sobre ellas
Vencen en luz, y asombran las estrellas.
Eran las puertas de ébano bruñido,
Que un embutido de marfil esmalta,
Las bisagras de acero, y de fornido
Bronce el engace y nudo que las ata:
Con sierpes de oro el firme umbral ceñido,
Aldabones en máscaras de plata,
Lumbreras, claraboyas y balcones,
Con rejas de mezcladas invenciones.
En nueve hermosos patios repartido
De la soberbia casa el rico asiento,
De altas colunas dóricas ceñido
De fino jaspe en cada patio ciento:
De forma ovada en perfeccion subido
El cuerpo y alquitrabes por el viento,
En cuatro partes que al crecer descrecen,
Y entre las nubes vuelan y fenecen.
Las puertas adornadas de festones
De istriadas colunas, y de lazos,
Frisos, triglifos, ménsulas, cartones,
Acrotérias, metopas y cimazos;
De oro y estuco piñas y artesones,
Frontispicios y bellos lagrimazos,
Y en las bóvedas y altos lacunarios
Varios florones, y mosaicos varios.
De follajes vestidas y colores
Las antorchadas cimbrias y arquitrabes,
Las altas salas, y anchos corredores,
De historias llenas y sucesos graves,
Feroces guerras, bárbaros amores,
Al hecho fieros, y al pincel suaves;
De alabastro los muros, y sobre ellos
De rica estofa mil tapices bellos.
Resplandeciendo con bajillas de oro
Las ricas mesas de precioso alerce,
A quien el grave peso del tesoro
Por mayor magestad agovia y tuerce;
Resonando en los techos un sonoro
Rüido, que parece que se esfuerce
De rato en rato, y que á su sueño breve
El gusto roba el de un amigo aleve.
El moro que aun dormido se congoja
Por ver quien el ruido y golpes causa,
Y entrando en una sala se le antoja,
Que una voz tierna en resonante pausa
Dulce favor le pide, y que al que enoja
De su deleite á la amorosa causa
La vida quita, y con rabioso ceño
Tras los gustos prosigue de su dueño.
Entró á una cuadra, y vió en un rico estrado,
Sobre alcatifas de oro y pedrería,
La beldad misma que antes desvelado
Amor le dibujó en la fantasía:
Un rostro de la luz del sol cortado,
Y en un dosel que su sitial cubria,
Con letras de esmeraldas y topacios,
«Esta es Galiana, y estos sus palacios.»
Dejó del rico adorno la grandeza
De nuevo ardiendo su ánimo brioso,
Que amor en sueños crece la belleza,
Y el mas frio corazon vuelve amoroso;
Y á veces pinta con mayor destreza
Entre el mudo silencio y el reposo,
La beldad en el alma, que seria



No tan bella quizá vista de dia.
  Estando entre el deleite y los deseos
De la nueva ambicion de sus antojos,
Dando el rendido pecho por trofeos
Del halagüeño trato de sus ojos:
La cuadra llena de unos bultos feos,
Llevarle pareció en ricos despojos
La gloria que gozaba, y que queria
Defenderla del riesgo, y no podia.
  Parécele que llevan la hermosura
Que en su pecho el amor pintó robada,
Y que á él no es posible aunque procura
Con brio en su favor sacar la espada:
Y al congojoso ardor desta apretura,
El alma sin aliento alborotada
Furiosa rompió el sueño, y de repente
Al margen se halló de la ancha frente.
  Y como absorto en las figuras vanas
Que en vuelo huyen por la eburnea puerta,
Aun gozando sus luces soberanas
La vista ni dormida ni despierta:
En el bosque sintió quejas humanas,
Y de un triste gemido la voz muerta,
Y en duda si es el doloroso acento
La verdad del soñado pensamiento.
  Furioso deja la sonora fuente,
Y en abrigado escudo y firme espada
Al ciego bosque entró, por donde siente
Rastro de la afligida voz cansada...
Despues diré el suceso, que un prudente
Rey, el alma de penas rodeada,
Siento para contarlas que me llama,
El á mí, yo á mi pluma, ella á la fama.
  El bravo Alfonso el Casto, rey gallego,
Católico en la fe, en las armas fuerte,
Sabio en la paz, cuidoso en el sosiego,
Y en las guerras intrépido á la muerte;
Viendo abrasarse en belicoso fuego
La invicta España, con prudencia advierte,
En un largo discurso entretenido,
Los males que han de la ambicion nacido.
  Con Toledo está Córdoba alterada,
Valencia contra Córdoba y Toledo,
Pamplona contra Huesca, y con Granada
Murcia y Guadix, Segovia con Olmedo:
Mérida en armas, Badajoz alzada,
Lisboa desierta, Portugal con miedo,
Lugo sobre el rio Miño hecho un pantano
Con la reciente sangre de un tirano.
  No se habia descuidado el rey brioso
Del áspero castigo merecido
Del traidor Mahamud, que en poderoso
Ejército, y valor nunca vencido,
Sobre el rio de Galicia caudaloso
Lo fue á buscar, halló y dejó vencido,
Pasándole en su campo y su castillo

Cien mil aleves cuellos á cuchillo.
  Murió peleando el moro caviloso,
A quien cortó Adelgastro la cabeza,
Adelgastro un feliz brazo brioso,
Del rey Fabila hijo, y su braveza:
El que en Obona, sitio peñascoso,
De un real convento alzó la alta grandeza,
Y en el costoso cerco de Girona
Dos jayanes mató por su persona.
  Este la fiel cabeza desangrada,
Que en Mérida lo fué, sacó en la mano,
Con que dichosamente rematada
La guerra y victorioso el rey cristiano,
A Leon volvió, dejando reformada
La tierra y supo allí que el francés Mano,
Con soberbia ambicion, y alma inprudente,
Contra las suyas levantaba gente.
  Pudiera el rey Leonés entrarse á vueltas
De las civiles guerras de los moros,
Y á costa de sus bárbaras revueltas
Ciudades adquirir, ganar tesoros,
Si las doradas lises contra él vueltas
No le fueran estorbo, y los sonoros
Clarines del ejército que marcha,
A su encendido fuego helada escarcha.
  Mas viéndose impedido, y obligado
A la defensa y guarda de su tierra,
El victorioso campo, que ha sobrado
De Mahamud en la sangrienta guerra
Que marche manda, y suba reforzado
Por Avilés, Fontible, y la alta sierra
De Espinosa y Pomar, sin que en tal caso
Ebro le tuerza y le detenga el paso.
  Y entre SantaGadea, y la Vitoria,
A Pamplona se acerquen por Tafalla,
Y allí hasta ser de Francia mas notoria
La venida hagan muestra de esperalla:
Y á la rica ciudad, que por memoria
Pompeyo puso almenas y muralla,
Trabajen de abrasar, que es de importancia
Que no esté á devocion del rey de Francia.
  A á don Fortun Garcés, rey de Navarra,
Favor se pida, y paso afortunado,
Cuyo denuedo y corva cimitarra
Vencer sabe al francés en campo armado:
Y el Breton por temor de su bizarra



Gente le da tributo acostumbrado,
Comprando á sus robustos Roncaleses
La paz de un año en tres grasientas reses.
  Al rey Marsilio, ya que no le pida
Por su reputacion favor España,
Como la que en la guerra mas temida
Jamás la quiso de otra gente estraña
La paz á peso de oro concedida
A Aragon por Galicia, y la montaña,
Se confirme de nuevo, y harto digo,

Que España otorgue paz á su enemigo.
Así el rey Casto en su sitial sentado
Entre sus ricos hombres discurria,
En el gobierno y trazas desvelado
De lo que al reino y su salud cumplia:
Cuando para hablar en el senado
Licencia pidió un jóven, que traia
Del muro de Sansueña, y de su gente,
Grave embajada para el rey prudente.
Fueron de aquellos siglos fama honrosa
Los torreados muros de Sansueña,
Ciudad insigne, en gente populosa,
Lo que hoy es de Pamplona aldea pequeña:
El tiempo con su fuerza poderosa
Sus grandezas volvió una inculta breña,
Haciendo que esta suba, y la otra ruede,
Que esto y mas que esto con sus vueltas puede.
Dícese que el famoso Ballugante,
Del primer Viarabí segundo hermano,
Con franceses despojos de triunfante
Gente fundó el gran pueblo de su mano:
En muros y edificios elegante,
En sitio fuerte, en mármoles galano,
Famosa corte un tiempo, y del vecino
Pueblo competidores de contino.
Fué cárcel de la bella Melisenda
En prision noble su almenado muro,
Donde Gaiferos por inculta senda
Con las armas de Orlando entró seguro
A librar su cautiva amada prenda,
Como la suya Orfeo al reino obscuro:
Mas si este la perdió por imprudente,
La suya dió al francés el ser valiente.
Ganóla el Casto Alfonso al rey Tidoro,
Y á su reino la puso por frontera,
De armas ceñida contra el pueblo moro,
Que en sangrientos rebatos persevera:
Tenian sus torres chapiteles de oro,
Y el firme muro, que de jaspes era,
Por mas emulacion contra Pamplona
De almenado alabastro la corona.
De cien torres altísimas cargado
Da su alcázar real espanto al rio,
A quien un soto de álamos cercado
De bosque sirve, y de jardin sombrío:
Aquí Bastan, Alcaide celebrado
Un tiempo de Zamora, con su brio
Sus fronteras enfrena, y aquel dia
Su mensajero al Casto Alfonso envia.
Dióscle grata audiencia, entró, y besando
La mano al rey, y habiendo conseguido
De hablar licencia el generoso Ovando,
Uno entre mil valientes escogido
Para este grave caso, levantando
La voz, dijo: «señor esclarecido,
Sansueña, y su virey, de tu alegría
Con mi persona el parabien te envia.
Goces felices años la victoria
Que á Miño espanto dió, y la nueva guerra
A tus piés reales traya en triunfo y gloria
Cuanta honra el mundo en su ambicion encierra;
Y en trofeos dignos de inmortal memoria
La tuya asombre con su voz la tierra,
Y por ley de tu mano y estatuto
Párias te den sus reyes y tributo.
Celebrando en real pompa la grandeza
De tu victoria, célebre jornada
Da á Sansueña Bastan, noble cabeza,
De juventud florida coronada:
Entre alegres bohordos la braveza
De Zumail la vió sobresaltada,
Que á echar por tierra su almenada cerca
Con cien mil combatientes se le acerca,
Por socorrer á Mahamud en Lugo
De Nájera este ejército salia,
Que para echar de sí el infame yugo
De Córdoba y Hesen juntado habia:
Y el hado que ya fue cruel verdugo
En la muerte infeliz de Harpalia
Hijo de Zumail, le trajo un moro
A su córte, llamado Cardiloro,
Hijo del rey, que en Ayamonte tiene
Cetro sobre el tendido Guadiana,
Y nieto del que digo, á quien conviene
El reino por su madre Balhamana;
Pues este moro que á heredarle viene,
De ambicion lleno y de arragancia vana,
Hecho dueño del campo, su real seña
Y el camino volvió para Sansueña.
Llególe dentro en Nájera el aviso
De tu ilustre famoso vencimiento,
Con que de rabia hundir el mundo quiso
En cruel venganza y bárbaro escarmiento,
Y culpando á su pecho de remiso
La jornada mudó, y trocó el intento;
Dejó la Rioja, y por camino llano
A Ebro el curso hurtó á la diestra mano.
No huye de sus aguas perezosas,
Que en Sansueña ha jurado de bebellas
De Arga, y que á sus murallas espaciosas
Hombre no ha de dejar ni almena en ellas;
Y no son todas befas jactanciosas,
Que la cruel esperiencia vuela entre ellas,
Y el bárbaro feroz por donde pasa
Todo en cruel fuego y en rigor lo abrasa.
Trae voz de dar seguro y libre paso
Al francés, que ya marcha por su tierra,
Y á pesar nuestro con sus armas raso
El fragoso camino de la sierra:
Este es, señor, de mi venida el caso,
Y aviso que te traigo desta guerra,
Deste nuevo enemigo á tu corona,
Unido á la de Francia, y de Pamplona.
Por Viana á Sansueña va derecho,
Con grande orgullo, y con mayor pujanza,
Y puesta tu ciudad en este estrecho,
Solo en tu real valor halla esperanza;
Que aunque de Viriato el fuerte pecho
Volviese al mundo á gobernar su lanza,
En el presente riesgo sin tu amparo
Nuestro sabio temor haria mas claro.»
Dijo, y envuelta el rey en mil cuidados
La casta alma y prudente fantasía,
Los unos de los otros atajados,
Ni en este asiento, ni en aquel se fia:
No halla cuales son los acertados,
Cuales seguir ó desechar debria,
Que al discurrir de su alto pensamiento
Todo se altera y mueve en un momento.
Como tal vez con rayos tembladores,
En nocturna quietud luna argentada,
De un jardin bello hiere entre las flores
Remansos sin color de agua espejada,
Reverberan los vivos resplandores
En la cercana bóveda dorada,
Y bullen sus vislumbres sin provecho
Los varios lazos del dorado techo.

ALEGORIA.

Garllo que huyendo de unos amigos en otros con ningunos se asegura, significa la inquietud que trae el vicio, y quien le sigue, y como una mala conciencia á sí misma se lleva, donde quiera que va, por azote de su culpa.

En Argina librada por Ferraguto, en la historia y sucesos de su vida, lo mucho que importa tratar con buenos, pues no se interesa menos que serlo por su intercesion.

Ferraguto, enamorado por relacion de la hermosura

de Galiana, muestra que un hombre distraido, con cualquiera causa, por liviana que sea, se ocasiona á sus sensualidades.

En las parcialidades y guerras civiles de los reyes moros de España, se descubre el gran daño que viene á un reino de tener muchas cabezas, y lo que la ambicion sabe sembrar de disensiones, cuando halla dispuestos para ello los ánimos de los príncipes.

LIBRO SESTO.

ARGUMENTO. Cuenta Garilo una fábula á Orlando, y á los suyos, á fin de divertirlos, preguntándoles cual sea el don mayor de la fortuna. Descubre Bernardo desde el navio persiano una fresca isla, donde lleva á Orimandro para curarle: halla en ella á Gundemaro, un noble español, que despues de curar al rey sus heridas hace á Bernardo una agradable relacion de sus infortunios.

Así el prudente Alfonso la inquieta
Fantasía baraja en varios modos,
Y al peso del gobierno con discreta
Prevencion los tantea y mide todos:
Dan y toman el caso en su secreta
Consulta el rey y sus valientes Godos,
Buscando á tantos golpes de fortuna
Salida honrada si ha quedado alguna.
Así, señor, en vuestro real consejo,
Presidiendo á sus graves senadores,
De sabia magestad sois limpio espejo,
Y al mundo repartís honra y favores:
Homero en letras, Néstor en consejo,
Freno al mayor, amparo á los menores;
Y así tambien os miro, y considero,
Armado de prudencia en vez de acero.
Allí, despues de varias opiniones,
Del consejo de guerra fue acordado,
Que á toda diligencia las legiones
Del victorioso campo reforzado,
Con don Tibalte rompan los mojones
Del navarro distrito, y alojado
Sobre Sansueña pare, y entre tanto
Su córte pase á Burgos el rey santo.
Así en su sala real, de sabios llena,
El santo rey en cetro y silla de oro
Los graves casos de la guerra ordena,
Y al frances pone espanto, y miedo al moro:
Cuando en las sierras de Narbona suena
Del astuto Garilo el falaz lloro,
Con que engañado á quien le escucha lleva
Al ciego enredo de su historia nueva.
Era Garilo de ánimo doblado,
En sutiles astucias atrevido,
Vario, cauto, mudable, recatado,
De enjuto rostro, y corazon fingido,
De color verdinegro retostado,
De erizado cabello, retorcido,
Los alterados ojos, aunque vivos,
Atraidorados al mirar, y esquivos.
De Mauregato el rey bastardo hijo
En Girona nació de una aldeana,
En traicion siempre el pensamiento fijo,
Resabios de la leche catalana;
O el triste agüero que el furor predijo
De la paterna sangre mauritana,
Que ahora en pomposo estilo, y voz valiente,
Así engañando va la franca gente.
«Segun de mis mayores he aprendido
Aquella sangre real hierve en mi seno,
Que al triforme Gerion de cuello erguido
Doblado yugo puso, y firme freno;
Y aunque en humildes paños encogido
De reyes el linaje tengo lleno,
Que es el mayor valor que á una persona
Las obras le quilata y perficiona.
Del caudaloso Tarno en la ribera
Un aldéa humilde goza su frescura,
Adonde en busca de la luz primera
Dejó el antiguo seno en noche obscura:
Aquí tambien nació, que no debiera,
Por principio á mi ciega desventura,
La aldeana mas bella, y mas lozana,
Que jamás se vistió ropa aldeana.
Si en humano retrato su belleza
Posible fuera ó lícito sacalla,
De rosas coronada la cabeza
Gloria de la beldad fuera el miralla:
Mas sube á tal quilate esa fineza,
Que á querer la arrogancia dibujalla,
A lo menos perfecto no llegara,
Aunque el pincel de la aficion pintara.
Nacimos juntos y al igual nacia
Amor en nuestros tiernos corazones,
Que al blando trato y la igualdad crecia
De agradables placeres y pasiones:
Penas tambien entre el contento habia,
Que el amor donde faltan sinrazones
El tierno gusto con su dulce estraga,
Y aquello que apetece le empalaga.
Son lo fino de amor los sinsabores
De un no sé qué de cierta niñería,
Y las mezcladas penas con favores
El dulce riego que lo aumenta y cria:
Ni en el campo el verano es todo flores,
Ni en amor todo gusto y alegría,
Antes mezclados gustos y disgustos,
Del suyo son los verdaderos gustos.
Entre esta variedad de sentimientos,
Ya temiendo, ya huyendo, ya esperando,
Grandes cosas pasé, en que mis contentos
Creciendo á veces fueron y menguando:
Amor á mis felices pensamientos,
Ahora contradiciendo, ora ayudando,
Si la fortuna en algo me terciara,
Su triunfo estaba y mi victoria clara.
Mas fue á mi blanda fe tan rigurosa,
Y á mis tiernos propósitos tan fuerte,
Que cuando la hallé mas amorosa,
Jamás sin un azar me salió suerte:
Y á quien con vista mira desdeñosa
El tesoro en carbones le convierte,
Que cuantas glorias su inconstancia vende,
Son si falta sazon bienes de duende.
Ya la ocasion, ya el tiempo me faltaba,
Ya el un estorbo al otro sucedia,
Ya el padre, ya el hermano me ocupaba,
Ya la luz, ya la noche me ofendia:
O no tenia cuidado, ó me sobraba,
O ya me desvelaba, ó me dormia,
Que donde no hay ventura todo es muerte,
Por bien que acuda al paladar la suerte.
Eran mis inconstancias de manera
Que nada me acertaba á dar concierto,
Ni ser en el amor de blanda cera,
Ni al frio desden mostrar el pecho abierto:
Que el sabor y regalo que pudiera
Resucitar sin fe un amante muerto,
En mí era enfados de tibieza seca,
Que una desgracia hasta los gustos trueca.
Y como el fino amor no es otra cosa
Que un reloj de artificio concertado,
O de pulso sutil y mano airosa
Un instrumento músico templado,
Que de su consonancia numerosa
Lo fino está en un punto delicado,
Cuya armonia mientras mas perfeta
Con mayor disonancia se inquieta.
Así cualquiera humilde niñeria
Con tal facilidad nos alteraba,
Que á un blando soplo de aire parecia

Que el mundo con borrascas se anegaba:
Andábamos sin luz en medio el dia,
Ciegos tras el que ciego nos guiaba,
Gozando entre temores indiscretos
De un inconstante amor varios efetos.
Del viejo Tarno en la ribera amena
Con cierta salva antigua está guardada
Una rústica cueva, en que se suena
Tener la primer agua su morada:
De verde orin y antiguas lamas llena
Vi una pendiente peña socavada,
A donde en fértil urna cristalina
El claro y fugitivo Dios se inclina.
De selva antigua y húmeda alameda,
En confusa espesura rodeada,
En rama y hoja el bosque así se enreda,
Que el sol no halla á su frescura entrada,
Donde vestido de amorosa seda,
De ovas la verde frente coronada,
De las ninfas en medio el casto coro
El rio enjuga sus cabellos de oro.
Yo aquí en la regalada compañía
De mi amorosa Gila entretenido,
De los bienes gocé en que amor tejia
Los graves males donde me ha traido:
Y aquí la noche de un siguiente dia
Venir los dos dejamos con olvido,
Para de mil fatigas y dolores
Coger el fruto y flor entre las flores.
Fue concierto sin órden desastrado
De amor y mocedad hecha de antojos,
Tiempo mas largo, dia mas pesado,
Ni el mundo tuvo, ni le abrió en mis ojos:
Ni de Faeton corrió mas abrasado
El cielo lleno de carbuncos rojos,
Que tú, Apolo, tuviste el alma mia
El largo curso de aquel corto dia.
Ni del nuevo laurel aborrecida
Con tantas veras fue tu hermosura,
Ni de Tisbe y de Píramo tenida
Tu luz y tu beldad por mas obscura,
Ni de nadie tu ausencia pretendida
Con tanto gusto fue y con tal locura,
Ni á nadie con negar tus rayos diste
Noche mas ciega, confusion mas triste.
Tuvo mi Gila á Silvio por hermano,
Y yo á Tarciso por mi caro amigo;
Tarciso, que por fácil y liviano
Le era entonces contrario y enemigo:
Y de mi amor y mi concierto vano
Solo este por mi gusto fue testigo,
Para traerme la fortuna al puesto
De la última miseria en que me ha puesto.
Aquella noche junto á la posada
Donde el tesoro de mi bien vivia,
Al tiempo de la seña concertada
El fiel Tarciso por me hablar venia:
Cuando de su enemigo en la celada
Cayó, que armado por su mal le habia,
Y con ir descuidado obró de suerte,
Que el oculto agresor le dió la muerte.
El desangrado Silvio en tierra muerto
A la sazon cayó que yo llegaba
Al desdichado fin de mi concierto,
Y la justicia al matador buscaba:
Como pasar me vieron encubierto,
Y que sin ocasion me recataba
Con la sospecha de antes concebida
En los livianos pasos de mi vida,
A la cárcel de allí, y de allí á la muerte
Sin mas culpa y razon fui condenado,
Feliz engaño, venturosa suerte
Si el verdugo la hubiera ejecutado:
Mas la oculta verdad, diamante fuerte,
Que es encubierto sol entre nublado,
Cuando en mi bien pensé que anochecia,
Dió con su nueva luz principio al dia.
Tarciso de piadoso amor movido,
Intrépido al rigor de la sentencia,
A la cárcel se fué, y allí rendido
Su culpa descubrió por mi inocencia:
¡Oh hazaña leal de pecho no fingido,
Digna de mas que humana reverencia,
Modelo de amistad, no de la tierra,
Donde tan poca fe y lealtad se encierra!
Yo sin culpa quedé, y él condenado,
Y por mi libertad puesto en tormento
El viejo Alfeo, padre regalado
Del dueño de mi honesto pensamiento:
El libre vulgo, y su rigor notado,
Y el honor de su hija por el viento,
Juntarnos pretendió, y con solo un nudo
Atar todas lás lenguas, y no pudo.
Yo que tan adelante mi ventura
Vi, cuando el tierno amor no me obligara,
De Gila la nobleza y la hermosura
Por grillos y cadenas me bastara:
Tuve ya mi bonanza por segura,
Mi buena suerte por notoria y clara,
Mas ni en fortuna sale bien sin cuenta,
Ni en el amor bonanza sin tormenta.
Por mí Tarciso á muerte condenado,
Yo por su causa en gloria tan cumplida,
Fuera de ingrata villania notado
No rescatar su muerte con mi vida:
De la cárcel resuelto y arrojado
Franquearle quise y pude la salida,
Al fin libre salió por traza mia,
Y yo de todo el bien que antes tenia.
Alfeo desde allí por sospechoso
En la muerte me tuvo de su hijo,
Y en Gila el dulce título de esposo
En un punto se dijo, y se desdijo:
Acabóseme en esto el ser dichoso,
Sucedió nuevo llanto al regocijo,
Y en las alegres bodas por lo dicho
Silencio se nos puso, y entredicho.
Entre males y bienes navegando
Algunos dias fui de esta manera,
Mi Gila y la fortuna variando
Ya á mis quejas, de mármol, ya de cera:
Hasta que de una vez fue derribando
La máscara falaz y lisonjera,
Poniéndome por fin de su mudanza
Donde ni llega el bien ni su esperanza.
Contra Tarciso el agraviado Alfeo
Modos para vengarse procuraba,
Si faltaba la edad á su deseo,
La ira y el coraje no faltaba:
Ved de fortuna el áspero rodeo
Por donde el de mis cosas gobernaba,
Cierta dama á mi amigo entretenia,
Que Gila sospechaba que era mia.
Y en aquel tiempo que la noche obscura
A los delitos da paso seguro,
De su amor á gozar la hermosura
Tarciso entraba por un roto muro:
Adonde algunas yo en sazon segura
Acudí á verle entre el silencio obscuro,
Y Alico tras su venganza las mas dellas
Contaba al cielo todas sus estrellas.
Era un anciano labrador sin gusto,
Temeroso, pertinaz, cauto y callado,
De hombros metido, y de ánimo robusto,
De espesa barba, y pelo ensortijado:
Cejas y labios gruesos, rostro adusto,
De juicio malicioso, y porfiado,
Estrechas sienes, y discurso duro,
Y en nunca perdonar villano puro.
Pues como entre otras noches la postrera

A Tarciso acechase su enemigo,
Y yo al salir, en ronco acento, «muera
El traidor,» dijo, y ciego entró conmigo:
Sin sospechar ni conocer quien era,
El justísimo cielo me es testigo,
Que antes de tener culpa, el pecho abierto,
Ante mis piés cayó de un golpe muerto.
Al caer conocí mi desventura,
Y el contrario rigor del duro hado,
Salvéme á vueltas de la noche obscura
Del ciego pueblo contra mí alterado:
Ni disculpa bastó ni fue segura
Al corazon de Gila alborotado,
Mas de rabiosos zelos desabrida,
Que de ver á su padre sin la vida.
Convino por huir la infame muerte
De dulce vida hacer amarga ausencia:
¡Ingrata Gila! pues por complacerte
Todo mi bien dejé ante tu presencia:
Si para despedirme, y para verte
Me volviste, cruel, á dar licencia,
¿Por qué no me la diste?... mas si dieras
Para quedar, señora, si pudieras.
Pues siendo ya forzosa mi partida
La palabra me diste, que bastaba
Para anudar la trabajosa vida,
Que incierta en mi y dudosa se mostraba:
La triste hora llegó á la despedida,
Y que no vuelva, dijo, me mandaba,
Sin le llevar el don mas soberano
Que la fortuna ofrece de su mano.
Y aunque grandes regiones he corrido,
Rastro de lo que busco no he hallado,
Ni quien á mi pregunta dé sentido,
Ni el punto alcance á ver de mi cuidado:
Lo que dar no se puede me ha pedido,
Porque en buscarlo muera desterrado,
Que no puede tener otra salida
Demanda al parecer tan no entendida.
De una desgracia en otra, y de una en una
Hasta morir por todas discurriendo,
Pidiendo sin juicio á la fortuna
Lo que ni ella entiende, ni yo entiendo:
Ella no da felicidad alguna,
Y yo felicidad suya pretendo,
Y buscar bien perfecto de su mano,
Es pedir sangre noble al que es villano.
Nuevo camino por el mundo abierto
En nuevas gentes tengo; que he cursado
Las escuelas de Atenas, y el desierto,
Egipto de hombres sabios habitado,
Sin á mi enigma hallar sentido cierto:
Y á no haber sus oráculos callado,
A la parlera Grecia fuera á solo
Consultarle sus trípodes á Apolo.
Ya al rastro incierto deste fin sin guia
De la misma fortuna el rigor grave,
Sobre el estrecho mar de Africa un dia
Al sordo vientó destorció la llave:
Cuyo soplo mostró que su porfía
Haciendo iba la mia mas suave,
Pues al cruzar por un mordaz bajío
A mí solo salvó, y rompió el navío:
Donde de hambre y sed me consumiera
Si con sola una muerte se vengara,
Y para darme mil no previniera
De un corsario sin ley la fusta avara:
Que no así presto en su voraz galera
De un remo me dió el cómitre la vara,
Cuando de mi tasado bien airada
Con cien muertes quedó desagriada.
Quizá le enfada que ande por el mundo
Los puntos quilatando de sus bienes,
Cuál el primer lugar, cuál el segundo
En sus favores goce y sus desdenes;
Pues ni en la tierra ni en el mar profundo
Treguas conmigo quiere ni rehenes,
Enviándome en la suerte mas contenta
Riesgo en la tierra y en la mar tormenta.
Abre sus velas el corsario al viento,
La playa de menudas olas llena,
Acentos de placer y de contento
Es cuanto en las cercanas playas suena:
Mas la inconstante, cuyo fundamento
Fabricado en las ondas es de arena,
No tardó en tomar cuenta á esta alegría
Mas que en venir la noche, y írse el dia.
Vimos del sol la lámpara encendida
En el agua salada amortiguarse,
Y la noche tambien de agua nacida
Entre negros celages levantarse,
La mar alborotada y desabrida
Con huecos tumbos de olas encresparse,
Viniendo siempre de Eolo en aumento
El frío soplo y destemplado aliento.
Al fin, cuando apuntaba en el Oriente
El nuevo dia de color de grana,
Sembrada en el salado mar la gente
El sol la vió de su primer ventana:
Y de una roca el vergantin pendiente
La blanca costa con la espuma cana
Amenazando está, y allí fortuna
Sus victorias contando de una en una.
De la cercana playa en el arena,
Cual de antigua ballena vomitados,
Entre temor, entre alegría y pena,
Algunos nos hallamos arrojados:
Y la ribera de despojos llena,
Volvimos á robar bienes robados,
Que á los pobres y ricos de contento
El estado trocó al trocarse el viento.
El corsario murió, y los mas preciados
De su aleve y constante compañía,
Y de la chusma cual y cual llevados
Del gusto fueron tras su incierta guia:
Conmigo solos dos pechos honrados,
Que á un remo una cadena nos ceñia,
Se avinieron, y este alto dromedario
De lo mejor cargamos del corsario.
Y aquellos seis aleves salteadores
Hoy á mis compañeros dieron muerte,
Y estos son que he contado los favores
Mas ricos y granados de mi suerte:
Visto habeis de mi mal los borradores,
Ved si alguno en vosotros hay que acierte
Para mi bien el don mas soberano
Que la fortuna ofrece de su mano.
De tres años fue el plazo señalado
Para en su rastro desvolver el mundo,
Y de los dos el uno es ya pasado,
Y mas de las tres partes del segundo.»
Dijo; y cual si quedara enajenado
De un grave pasmo y éxtasis profundo
Hizo cierto ademan, que aunque fingido,
Dejó al de mas dureza enternecido.
Su traza, y la elocuencia de su cuento
De todos con blandura exagerada,
Cada cual desvelaba el pensamiento
En la pregunta rústica intricada:
¿Qué bien tiene fortuna de momento?
¿Qué gloria que no sea barnizada?
¿Qué soberano don Gila entendiese
Que el vario monstruo de importancia diese?
«Las riquezas serán, dijo un grosero,
Que es el don mas perfecto y deseado,
Que á quien vive en el mundo sin dinero
El mas supremo bien es bien soñado:
Al rico el mas mordaz es lisonjero,
Y el pobre mas dichoso desdichado,
Sino mostradme un rico con disgusto,

O algun pobre que en serlo halle gusto».
No pasó el catalan por ese engaño,
Que mil ricos halló sin alegría,
No se corta el contento de ese paño,
Ni solo el oro los placeres cria :
Midas nos servirá de desengaño,
Que un mundo en rubias masas convertia,
Y de hambre se acabara si los vanos
Tesoros no lavara de las manos.
Cuanto mas que el deseo de riqueza
Al compas que ella crece va creciendo,
Y el ver tan inconstante su firmeza
El alma va y el gusto carcomiendo :
La ayuna amarillez de la pobreza
Se está cuanto mas lejos mas temiendo,
Que al fin son bienes muertos, y no hay duda
Que los gobierne un monstruo que se muda.
Ricardo dijo, «en bienes de fortuna
En toda estimacion el mas cumplido,
Que acompañando sale de la cuna
Un hombre hasta las ondas del olvido,
Sin que le borre adversidad alguna,
Es sangre ilustre, y parto bien nacido,
Don aunque de fortuna tan cuadrado,
Que quitar no le puede una vez dado.»
Alguno dió con la opinion presente
La duda por resuelta y acabada,
Mas visto el caso con madura frente
Felicidad salió poco fundada :
Mil reyes al nacer vió el sol de Oriente,
Que al ponerse vió en muerte desastrada,
Y otros volar al cuerno de la luna
De obscuros paños, y de humilde cuna.
Silverio altivo en ambicion fundado
«El don, dijo, que Gila te ha pedido,
Del sacro imperio es el mandar hinchado,
Del ánimo mortal tan pretendido :
Si violar el derecho está vedado,
Por causa de imperar se ha permitido,
No hay carga tan pesada y mal tan grave,
Que no se vuelva con mandar suave.
Y bien que en estos reinos de fortuna
No se puede alcanzar bien sin mudanza,
No hay en todo el creciente de la luna
Un punto, ó dure ó no, de mas privanza :
Si á la enigma desdice en cosa alguna,
Es no caber tal don en tu esperanza,
Ni en Gila, si ya no es que desa suerte
De sí te echase para nunca verte.»
Garilo respondió, «cuanto se encierra
Del dulce mando en el pesado oficio,
Es en traje de paz sabrosa guerra,
Y con voz de virtud honrado vicio :
Que á los que hace dioses de la tierra
Su quietud les ofrece en sacrificio,
Y no es mas la grandeza del imperio
Que honrosa sujecion y cautiverio.
Y á lo que dices que en mi corto pecho
Pensamiento no cabe y don tan grave,
Quiero que sepas que en lo mas estrecho
Este ancho mundo y otro mundo cabe :
Y no es esta ambicion de mas provecho
De lo que la fortuna ordena y sabe,
Pues con trocar ó destrocar la mano
Cabe mas que eso en el valor humano.»
De la aguda respuesta en lo arrogante
Mostró el sabio español su ánimo altivo,
Que no hay en su nacion pecho importante
Que un pensamiento igual no tenga vivo :
El mas humilde en sangre, el mas distante
De su humildad tal vez en rostro esquivo
Desprecia, y á pesar del parto inmundo
Hijo se hace del sol, que es sin segundo.
Desta manera en pláticas sabrosas
Dulces porfías levantan y cüestiones,
Los unos de unas, y otros de otras cosas,
Sus discursos fundando y sus rázones;
Hasta poner las penas amorosas,
Fortuna, entre la cuenta de tus dones,
Como si á amor ser ciego no bastara,
Sin que un ciego furor le gobernara.
Quien á tal opinion dió fundamento,
No es posible que fuese enamorado,
O si lo fue, lo fue de cumplimiento,
Por algun caso de interés forzado;
Pues el fruto de un claro entendimiento,
Y la elecion de un gusto regalado,
Hizo de la fortuna don escaso,
Que no da bien ni mal sino es acaso.
Orlando, ya despues que en largos cursos
Sobre el don altercaron de Garilo,
Conformándose que eran los recursos
De su viaje buscar la fuente al Nilo,
Cuando salian ya á nuevos discursos,
El al presente así le anuló el hilo :
«Todos han dicho, dijo, y yo podria,
Si entre tanta opinion cabe la mia.
Y tú, villano, si á los varios casos
Que en sumario discurso has referido,
Y de tu vida á los mudables pasos
Con atencion hubieras advertido,
Mas claro los favores mas escasos
A tus enigmas dieran el sentido,
Y el oráculo allí vieras mas cierto
Entre tus mismas cosas descubierto.
Y si la fama que á tu Gila has dado
Pintando su beldad no es ingeniosa,
En el don que ha pedido se ha mostrado
No menos avisada que hermosa :
Buscar lo que te falta te ha mandado,
Mira tú si te falta alguna cosa,
Y esa misma le lleva, que sin falta
Ninguno busca lo que no le falta.
A burla de tu enigma delicada
Parece mi respuesta dirigida,
¿Qué voluntad habrá tan ajustada,
Que no le falte ó sobre la medida?
¿Qué suerte tan perfecta y acabada
Saldrá sin un azar en esta vida,
Donde cuando mas rico estés de bienes
Hallarás que te faltan mas que tienes?
Pues si todo su bien por este modo
La fortuna lo da al mas bien librado,
A quien le tiene ya dado del codo,
¿Con qué podrá dejarlo remediado?
Sino decimos que en faltarle todo
Le sobre todo el bien á un desdichado,
Y en no tener felicidad alguna
Tenga ganado el juego á la fortuna.
Mas si se ha de entender de alguna suerte,
Y tu demanda tiene algun sentido,
Ya que en vida falaz sujeta á muerte
Ni entre bienes de tierra hay bien cumplido,
El mas rico, mas dulce, y de mas suerte,
De todo mortal gusto apetecido,
Es el que falta en tí, y á veces falta
Al que en fortuna echó raya mas alta.
Y aunque buscar sin el feliz contento,
Buscar en ciega noche el sol seria,
Suele tener tan flaco fundamiento,
Cual le tiene la causa que le envia :
Y el bien que al irse hereda el sentimiento,
Es no haber visto el rostro á la alegría
Mas que para martirio á la memoria,
Quedándole del bien sola la historia:
Pues aunque esté conforme á su hechura
Es como los demás de poco asiento,
Por aquel breve tiempo que nos dura
En nada halla estorbo nuestro intento :
Todo con su presencia lo asegura,

Enfrena el mar y desenfrena el viento,
Y de tanta deidad es su cadena,
Que á veces la fortuna misma enfrena.
Cuanto sujeto á tiempo y á mudanza
Se ve en el claro espejo de la luna,
Cuanto cabe en deseos y esperanza,
Esta es en dispensarlo sola una:
Es la medida, el peso, y la balanza
Y fuente de los bienes de fortuna,
Y aun suele subir tanto su creciente,
Que es la fortuna arroyo de su fuente.
Es su nombre Ventura, y su ejercicio
Colmar de bienes al deseo humano,
Levantarnos las cosas de su quicio
Hasta darles renombre soberano:
Dorar con nombre de virtud el vicio,
Y en solo andar colgado de su mano,
No darás tropezon ni desatino,
Que no te haga adelantar camino.
La sangre, las riquezas, el imperio,
Y todos los demás bienes colmados,
Son infamia, pobreza y vituperio,
Sino vienen con esta acompañados:
Libertad sin ventura es cautiverio,
Los cautivos con ella libertados,
Y es tal que pudo y puede entre mortales
Sacar males de bien, y bien de males.
Sola esta en el discurso de tu historia
Si bien lo consideras te ha faltado,
Esta en infierno convirtió tu gloria,
Y de una muerte en otra te ha arrojado:
Esta pues busca, y halla, y de la escoria
Te volverá el crisol oro acendrado,
Y sin mover el pié ni alzar la mano
Harás jornada, y llegarás temprano.
Al fin del bien humano es los estremos,
Y aunque en esto no duda, todavía
Contar quiero una historia, en que veremos
Con su estraña verdad clara la mia:
Todas las cosas que en el mundo vemos,
Cuantas se visten de la luz del dia...»
Así Orlando empezó, mas yo á Bernardo
Mi pluma guio, y tuerzo el vuelo tardo.
Que ya le veo en el galeon persiano,
Vencido el rey, y Angélica robada,
Triste, aunque victorioso, que es villano
Quien del ajeno mal no siente nada:
Curó al rey las heridas de su mano,
Apaciguó la gente alborotada,
No siendo menos blando que robusto
El que antes fue verdugo de su gusto.
Y no sabiendo para cual derrota
Las velas amurar al tardo viento,
Que en crespas olas con tibieza brota
Del cristalino y húmedo elemento,
Desde la gavia al Sur no muy remota
Una isla vieron de agradable asiento,
Que llena desde lejos se figura
De agradables florestas y frescura.
Parece alegre sitio acomodado
A curar al rey persa sus heridas,
Y que el vencido pueblo destrozado
Las fuerzas cobre entre el temor perdidas;
Y ver si halla tambien puerto poblado,
Donde de aquellas playas no sabidas,
Isleño natural, ó gente estraña,
Navío le flete en que volverse á España.
La errada proa el práctico piloto
Al punto á sus cercanas playas vuelve,
Y de comun consentimiento y voto
La blanca costa en que surgir desvuelve:
Salta la chusma, crece el alboroto,
Suena el ruido, y el clamor revuelve
Quebrado en ecos por las altas rocas,
Que azotan los delfines y las focas.
Salió á reconocer Glauro la tierra,
Gran piloto y cosmógrafo persiano,
A quien Planco obligó á seguir la guerra
Por haber muerto á Periarcon su hermano:
Este subió á la cumbre de una sierra,
De adonde descubrió un florido llano,
Y en la mar en la punta de un bajío
Destrozos de una barca y de un navío.
A la orilla de un rio entre las flores
Sobre un pequeño monte vió enredada
Una humilde chozuela de pastores
Antigua al parecer y despoblada,
Desiertos los demás alrededores,
Y al esconce del cerro una ensenada
Playa figura y abrigado puerto,
Entre una selva y un peñasco abierto.
De la áncora mordaz el corvo diente
Firme agarró por el arena blanda,
Saltó Bernardo en tierra, y diligente
Al rey llevar mandó de la otra banda,
Y un rico pabellon resplandeciente,
Por el mucho oro y perlas plantar manda,
Sobre arrimos de plata y argollones
En que repose, y curen sus pasiones.
Y en tanto que se planta y adereza,
Con corvo arco pasó tras un venado
Del bosque inculto la áspera maleza
A la vecina cumbre de un collado,
Donde una humilde choza alzar cabeza
Vió alegre, y aunque sola halló á un lado
Unas armas y escudo, y recien hecho
De yerba y flores un pintado lecho.
Púsose á atalayar desde la puerta
A un lado y otro, cuando junto al rio
Un hombre vió venir por la encubierta
Que al sol hacia el páramo sombrío,
Flaco, mústio, sin tez, la color muerta,
Aunque gallardo en el semblante y brio,
Que hácia Bernardo en viéndolo se vino,
Y él á encontrarlo le salió al camino.
Soludáronse afable y cortesmente,
Y humilde el español pidió al isleño
Si lo sabe le diga de la gente
De aquella isla florida, y de su dueño:
Si es desierta ó poblada, si al presente
Sabe en ella lugar grande ó pequeño
Donde curar un caballero herido,
Que allí fortuna le arrojó perdido.
«Señor, dijo el isleño, esta ancha tierra
Toda es de suelo y clima desdichada,
Un mar profundo y áspero la encierra,
Desierta en lo demás y despoblada:
Y si algo habita aquí en discordia y guerra
Es á mi parecer gente encantada,
Que en fantasmas y bultos inhumanos
De noche cruza por los aires vanos.
Poco ha que la fortuna desdeñosa
Su arena hizo estampas de mi huella,
Con un viento y borrasca peligrosa
Que armó en el aire mi contraria estrella;
Quedando yo en su playa pedregosa
Vivo para morir despacio en ella,
Que á quien como ahora á mí se muestra brava
Por no acabar sus males no le acaba.
Otro mancebo se salió conmigo,
Los demás sorbió el mar por sus riberas,
Y este sin culpa mas que ser mi amigo
Ya por los montes es manjar de fieras,
Que solo basto yo para testigo
De su inconstancia, y los que mas de veras
En su rueda midieron altibajos,
Ni se vieron tan altos ni tan bajos.
Es de mi vida larga la tragedia,
Y tal que amarga aun el contar la historia,
Que mientras un dolor no se remedia,



Siempre es pesada y triste su memoria:
Vamos á ver tu herido, que en la media
Ladera deste monte, si en mi gloria
Mi seso no quedó tambien deshecho,
Una yerba he notado de provecho.
  Y aun segun de tus armas las señales
No á ti te dañará el precioso pisto,
Remediará siquiera agenos males,
Quien ya los suyos sin remedio ha visto,»
Dijo: y Bernardo con palabras reales
Las gracias rinde, y él en paso listo
A toda diligencia va, y revuelve
Mil yerbas, y una entre ellas coge, y vuelve.
  Llegaron á la playa, y en su lecho
Al rey de Persia hallaron desangrado,
Que en la mudanza y ejercicio hecho
Se habian las rojas llagas reventado:
Mostró el médico allí su hidalgo pecho,
Y de la yerba el bálsamo preciado
Mitigando el dolor de las heridas,
Que las dejó á dos curas guarecidas.
  A los demás heridos de su mano
Curó en término hidalgo y modo afable,
No obstante que traia el rey persiano
Consigo á Eleno, medico intratable,
De manos cruel, y corazon villano;
Y demás de ser áspero y mudable,
Mas erres tuvo al grado y mas errores,
Que Roma y sus primeros fundadores.
  Pero el favor que donde quiera manda,
Mandó que sabio y acertado sea,
Que la salud si el mal se le desmanda
Dios la da sin que el médico lo vea:
Ni el fuego aprieta, ni el aceite ablanda,
Si él no da la virtud, ni nadie crea
Que la purga le mate, ó le dé vida,
Sino es la eterna ordenacion cumplida.
  Esto es del vulgo, y del que hizo á Eleno
Por favor protomédico persiano,
Que nadie ignora que contra el veneno
La triaca halló el saber humano:
Y una yerba el isleño entre aquel heno,
Con cuyo jugo, y su prudente mano,
Por naturales términos regidos
Al rey sanó, y á los demás heridos.
  Agradó tanto al valeroso godo
Del esculapio nuevo la cordura,
El trato afable, el cortesano modo
De sales lleno, y grave compostura,
Que deseoso de saber del todo
De su vida el suceso y la ventura,
Que en dolor vivo y esperanza muerta

Le echó en parte tan áspera y desierta;
Un dia al delgado viento de la playa,
Sobre una roca en que la mar batia,
Y al resurtir en una corva raya
La blanca espuma aljófares bullia,
Sirviendo á sus cristales de atalaya,
Y haciendo dellos mas alegre el dia,
Puestos los dos entre el peñasco fijo,
Así al isleño el español le dijo:
«Las muchas partes que el valor descubre
En las noblezas de tu heróico pecho,
Y la sabia prudencia que en él cubre
El dolor fiero en que le traes deshecho,
Cuanto con tu recato mas se encubre,
Tanto mayores cosas dél sospecho,
Y hallo en sus señales y costumbres
De un hidalgo español claras vislumbres.
Sácame desta duda, y pueda ahora
Contigo algo el amor que en mí has hallado,
Dime de la fortuna burladora
Las varias vueltas con que aquí te ha echado:
Cuéntame en fin tu vida, y su mejora,
Si alguna en esperanzas te ha quedado,
Y cree si aquesto mucho te parece,
Que ya lo que te estimo lo merece.
Y mas te juro en fe de caballero,
Que jamás por mi culpa te arrepientas
De haberme hecho este gusto, con que quiero
Que solo el tuyo en mis intentos sientas:
Y si en los tuyos puede un verdadero
Amigo aprovecharte, me consientas
Que ocupe yo el lugar del que te falta,
Pues no la hay en mi amor ni en fe tan alta.»
Dijo, y el noble isleño entre no poca
Confusion se halló corto y atado,
Oyendo al caballero de la Roca,
Que así el bravo español era llamado:
Es fuerza obedecer por lo que toca
Dar gusto al que es de todos adorado,
Mas halla sus discursos tan estraños,
Que no los contará en un siglo de años.
Admírase tambien que en su pregunta
Le llamase español por alabanza,
que en tan tierno sugeto se halle junta
Con tan grande braveza tal templanza:
Al fin aunque ni entiende ni barrunta
Que sea quien es, conoce en su crianza
Que es digno de que en todo le obedezca,
Y que él lo mismo que le ofrece ofrezca.
Y así le respondió, «pues que no puedo
A tan nueva merced dar recompensa,
Ni á las obligaciones en que quedo
Pagar sin le hacer notoria ofensa,
Con referirte el espantoso enredo,
Y aquella nube de peligros densa
Que aquí me despeñó en eterno luto
Te habrá pagado mi alma su tributo.
Es España mi patria, y en España
El reino de Leon, y allí Abiados,
Un castillo en que al pié de una montaña
El rey Froyla nos dejó heredados:
De los inclitos condes de Saldaña
De aquellos cuatro tengo dos costados,
Los otros por mi padre don Ramiro
Son de la sangre real de Gundemiro.
Es mi nombre Gundemaro, y yo todo
De la nobleza montañés nacido,
Criado en el palacio del rey Godo,
Y de su córte y dél favorecido,
Hasta que el tiempo por estraño modo,
De mi enemiga estrella compelido,
Mudó el curso feliz, y ya impedida
Su corriente trocó la de mi vida.
Ya por tres veces la inconstante lumbre,
Que desde el primer cielo el mar revuelve,
Sus mudanzas siguiendo y su costumbre,
En plata el óro de sus cuernos vuelve;
Y otras tantas Faeton de su vislumbre
Le bañó el hueco rostro, que desvuelve
De las tinieblas los ocultos casos,
Y en los hurtos de amor medrosos pasos.
Despues que ausente á la asturiana córte
Al curso voy de mi contrario sino,
Ciego en la tierra, y en la mar sin norte,
Y aquí y allí sin rumbo ni camino:
Fuera de estilo, y de hallarle córte
De mi vida al confuso desatino,
De una desgracia en otra, y de una en una
Esprimentando azares de fortuna.
Por la ambicion francesa el rey de Asturias,
Que es mi rey, está en grave estrecho puesto,
Contra cuyas montañas las tres furias
Han conmovido de la tierra el resto;
Y á mí tambien del tiempo las injurias
Traído me han á este escondido puesto
Por la misma ocasion que un desdichado
Hasta el ageno mal halla á su lado.
Despachó embajadores el rey Casto
A los circunvecinos reyes Moros
Por favor de dineros, que al gran gasto
De la guerra son cortos sus tesoros:
¿Mas para que sin fruto el tiempo gasto
En cuentos largos de rodeos sonoros,
Si al ancho curso de la pena mia
Cualquiera tiempo es corto, y breve el dia?
Fue destas embajadas mia la una
Al toledano rey, y al de Granada,
Y ocasionada dellas mi fortuna
La suya comenzó con mi jornada:
Llegué á Toledo, y mi creciente luna,
Allí de dicha y de favor colmada,
A menguar comenzó por el camino
Que luego hice al reino granadino.
Supe que al rey en una alegre caza
Robó su Doralice un jayan fiero,
Y que á una fuerte inspugnable plaza
La llevaba con solo un escudero:
Juzgué el poner en socorrerla traza
Precisa obligacion de caballero,
Y hacer al rey y al reino mas propicio
Con la nueva ocasion de tal servicio.
Dejé mi gente, y tras la justa empresa
Por la espesura entré de una montaña,
Perdíme por tomar una atraviesa
Con la ignorancia de la tierra estraña;
Y de una selva en otra, y desta en esa,
Cruzando á tiento el monte y la campaña,
Sin camino, sin senda, ni sin guia
A Málaga llegué perdido un dia;
Donde de una galera de corsarios
Que echó á la costa un áspero Levante,
Y del furor del tiempo y sus contrarios
No quedó dellos vivo hombre importante,
Entre otras presas y despojos varios
Que dió y quitó la mar como inconstante,
Fue una cautiva hermosa á maravilla,
Que cual perla oriental salió á la orilla.
Y sin ser su riqueza conocida
De la codicia bárbara insaciable,
En almoneda pública traida
Se puso en precio el suyo inestimable:
Y en pujas y pregones distraida
La beldad se vendió mas agradable,
Que en cuanto alumbra el sol, y el mar encierra,
El cielo puso á vistas de la tierra.
Una honesta y bellísima doncella,
De luces llena y varios resplandores,
Rodeada al cuerpo un almalafa bella
De un rico zarzahan de mil colores:
Su cara un cielo de beldad, y en ella

Mas gracias que hay en el verano flores,
El cabello que al ébano escedia
Mas blanco el cuello de marfil volvia.
Unos rasgados ojos, que en mi alma
Dos ventanas rasgaron á su gloria,
Con dos arcos de amor al triunfo y palma
Con que le dió en la mano la victoria:
Su bella frente aquesta playa encalma,
El viento que la bulle mi memoria,
Y los labios y dientes de su boca
El coral y las perlas desta roca.
Al cuello humilde una cadena floja
Los vergonzosos ojos en el suelo,
Las dos mejillas que con perlas moja
De la color del rosicler del cielo:
De dolor traspasada y de congoja,
Y yo de compasion y de recelo,
Lo que allí obró en mi alma su fatiga
La piedad dejo que por mí lo diga.
En pregones todo esto se vendia
Al tiempo que llegaba yo á la feria,
Y el corazon que sin temor venia
A dar conmigo en la última miseria:
Quedé ciego en la luz que muerta via,
Juntóse á mi dolor nueva materia
Con verme pobre, que en cualquiera paso
Hace ser rico un hombre mucho al caso.
Via venderse todo mi tesoro,
Yo sin caudal ni crédito en la plaza,
Y que el dinero de un plebeyo moro
A eterna servidumbre le amenaza:
Vendí mis armas y unas piezas de oro,
Que hicieron de mi amor alarde y plaza,
Y con dos mil zequíes por esta via
Di libertad á quien quitó la mia.
Bella cautiva, me llegué y le dije,
Noble prision de honrados corazones,
Si á quien nació para prender le aflige
Verse sujeta á bárbaras prisiones,
Y ese gallardo corazon que rige
Del gusto el reino, y del amor los dones,
Está en su libertad, yo sin ninguna,
Que así trueca sus suertes la fortuna.
Si mi pobreza di por tu tesoro,
Tambien por tu rescate un reino diera,
Solo me queda esta cadena de oro
Para enlazar tan bella prisionera:
Así dije, y quitando la del moro
Puse la mia y ella por defuera
El bello rostro del color mas fino
Que abre en la rosa el aire matutino.
Fuese tras mí despues de asegurada,
Que solo con lo hecho pretendia
Ponerla en noble libertad honrada,
Salva de toda fuerza y demasía:
Y de mi trato y término obligada,
Que es lo que amor hidalgo engendra y cria,
Y satisfecha ya por mil maneras,
Que no trataba engaños, sino veras;
Despues de haber con nuevo juramento
En mi su honestidad asegurado,
Y al recato y las trazas de su intento
El secreto y prudencia encomendado:
«Sabe, leonés, me dijo, estame atento,
Que á mas que esto quien eres me ha obligado,
Yo soy para morir en tu obediencia
La triste Arlaja infanta de Valencia.
De Zulema sobrina, hija de Abdalla,
Cuyo es el reino cordobés de hecho,
Que el soberbio Aliatan usurpa y halla
Que viene á su ambicion corto y estrecho:
Mató á mi tio en una cruel batalla,
Y á mi padre quitó todo el derecho,
Y hoy apretado del poder tirano
Solo gobierna el pueblo valenciano.
Deste soy hija, y de Algaycel hermana,
Un valiente y gallardo sarracino
Del cetro y la corona valenciana
Y el reino cordobés sucesor dino,
En cuya compañía una mañana
Saliendo á caza al bosque mas vecino
Del castellano Júcar en la boca
Con que al sucrense golfo besa y toca;
Fuese toda la gente repartida
Tras varias cazas por el monte espeso,
Y yo tras una cierva entretenida
Que levantó el ladrido de un sabueso:
Gran rato anduve sin sentir perdida,
Cuando la suerte de mi hado avieso
A la playa del mar me sacó sola,
Cual perdido bajel entre ola y ola.
Fui á dar sin ver por donde en la celada
De una enemiga fusta de cristianos,
Que de unas cañas dulces amparada
Cruzaba del rio Júcar los pantanos;
Donde de su violencia arrebatada,
Con el suceso y con la presa ufanos,
Temerosos quizá del enemigo,
Libres se hicieron á la mar conmigo.
Yo por asegurar que su violencia
Algo en agravio de mi honor no trate,
Quién era dije á todos en presencia,
Prometiendo á cada uno gran rescate,
Mirándome con nueva reverencia,
Y dando en ello trazas un debate
Así se ocasionó entre dos villanos,
Que de lenguas vinieron á las manos.
Fue creciendo el enojo de manera,
Sobre quién mi persona guardaria,
Que espada no quedó ni vida entera
De cuantas antes el saetin traia:
Vino la noche tenebrosa y fiera,
Creció la mar y el viento, y cuando abria
La luna su ventana en el Oriente
Dió otro barco en el nuestro de repente.
Saltaron dentro algunos, y admirados
De la espantosa mortandad sangrienta
Ya en su primer temor asegurados
De solos mis despojos hacen cuenta:
Cuando el viento mas grueso en mas hinchados
Tumbos la mar parió ciega tormenta,
Dividiendo el rigor del turbio charco
Los presos bordos de uno y otro barco.
El mio aquella noche y otro dia
Con el viento y la mar fue porfiando,
La costa huyendo que de lejos via
De espuma y arrecifes blanqueando:
Pero ya al tiempo que la luz salia
Entre pardos celajes, trastornando
Arbol, velas y entenas, dió el navío
Deste muelle en la punta de un bajío.
De seis que dentro echó el furor en vano
Los tres huyeron del perdido leño,
Los otros degolló el vulgo liviano,
Que por esclava á tí me dió en empeño:
Y aunque al principio el trato fue villano,
En darme hicieron tan honrado dueño
Que adore de fortuna el desatino,
Pues no tuvo tal bien otro camino.
Ahora querria, señor, si atí te agrada,
Que antes que aquí de nadie sea sentida,
O por mar ó por tierra disfrazada
A mi patria me vuelvas conocida,
Que yo te doy palabra en fe de honrada,
Que aunque me vea reina obedecida,
En menos tenga el cetro, y mas le huya,
Que el título y blason de esclava tuya.»
Así mi bella valenciana dijo,
Y yo de nuevo puesto en mil cuidados,
De alegre sobresalto y regocijo

En verlos sin pensar bien empleados,
Hacer el viaje por la mar elijo,
Y en un ligero borgantin fletados
A cuenta y riesgo de un anciano moro,
Y cien cequíes de una cadena de oro.
Al tiempo que en las puertas del Oriente,
De azucenas y rosas coronada,
La aurora rompe el velo transparente,
Que la luz de oro én sí tiene guardada,
El barco á vela y remo diligente
La punta dobla de trofeos sembrada
Que á la torre de Velez hurta el viento,
Y á ella la mar su carcomido asiento.
Y con el fresco soplo de un lebeche,
Que embistió en popa la latina vela,
La corva playa de la mar en leche
Ligero pasa y engolfado vuela:
Y sin que el viento el lleno lienzo estreche
A Almuñecar descubre, cruza, y cuela
Por su abrigado puerto puesto enfrente,
Seguro de los vientos del Poniente:
A Salobreña y á Motril dejamos
Hirviendo su arenal en blanca espuma,
Y tras el sol y el dia nos entramos
Por Castilferro, y antes que consuma
Su soplo el aire al alba despertamos
Encima las roquetas, y allí en suma
Dimos á nuestro curso cristalino
Tres veces treinta millas de camino.
Echóse el aire al levantarse el dia,
Por mostrarnos de espacio la frescura
De los bellos jardines de Almería,
Y de sus palmas la rayada altura:
De Nicia la preciosa pedrería,
Que como el cielo con la noche oscura
Por su playa y collados centellea,
Y al sol convida que en su luz se vea.
Calmó ya aquí de todo punto el viento
Entre el Algayda y sus floridos ramos,
Y por gozar del agradable asiento
Una caleta de la mar buscamos:
Acabó aquí su curso mi contento,
Y el viaje que conformes comenzamos,
Aquí perdí mi bien, de aquí mi hado
La tragedia empezó, que aun no ha acabado.
Hambroz, un fiero bárbaro arrogante,
Que degolló á Toledo su nobleza,
Y en favor de Aliatan puso en levante
La tierra en riesgo, el reino en estrecheza:
Desde la fortaleza de Alicante
Con fustas espantaba y con braveza
El mar de España, y la desdicha mia
Surto en Algayda le halló aquel dia.
Fue á dar nuestro bajel en la encubierta,
Donde entre flores retirado estaba,
Y allí apenas su armada descubierta
Huyendo el barco como entró tornaba:
Mas no salta tan viva ni despierta
Vívora altiva ni serpiente brava
Tras el gazapo que en las yerbas siente,
Como á la nuestra se arrojó su gente.
Cercaron el batel, fuenos forzoso
Hacer para mas daño resistencia,
Mas contra un enemigo poderoso
El escudo mejor es de paciencia:
Yo sin armas, el trance peligroso,
El pensar defendernos imprudencia,
Al fin quedó nuestro poder rendido,
Presa de nuevo Arlaja, y yo herido.
Conocióla el corsario y como amigo
Y vasallo en caricia cortesana
Humilde y grave la llevó consigo
A un bello y rico estrado de oro y grana,
Que si era hija de Abdalla su enemigo
Tambien de su rey era prima hermana,
Y aunque los reyes sigan sus rencores,
Siempre son los demás sus inferiores.
Admiróse de verla en tal estado,
Supo el suceso y luego determina
En ligero batel de oro entoldado
Enviarla en pompa á su grandeza dina:
Yo sin provecho herido en un costado,
Privado del vivir por medicina,
Quedé con el corsario el gusto en calma,
Y por sanar el cuerpo muerta el alma.
No quiso Hambroz por causa de la herida
Que en compañía de la infanta fuese,
Como si fuera remediar la vida
Hacer que ausente de mi bien muriese:
Dióle su fe, que en siendo guarecida
La llaga, y que en mejor salud me viese,
Con aparato y real magnificencia
A su servicio me enviará á Valencia.
Con esto me quedé, y la bella Arlaja
Pasó antes de embarcarse por mi lecho,
Donde con tiernos ojos, y voz baja,
«A Dios, dijo, tesoro de mi pecho,
Mira por tu salud», y aquí le ataja
La lengua un nudo de congojas hecho,
Y el corsario tambien que á verme vino,
Y á embarcar á la Infanta de camino.
Fuese, y quedé con la esperanza á solas
Luchando entre temores y sospechas,
Engolfada en memorias, cuyas olas
En un ausente son tristes endechas:
Colgado el gusto y la salud de solas
Las dos palabras últimas, deshechas
En bálsamo de amor, que la herida
Sanó al cuerpo, y al alma dió la vida.
De Algayda hizo el moro por la costa
Al descuido importantes correrias,
Hasta que al puerto y su canal angosta
De Caridemo que robó esos dias
Sus desdichas llegaron por la posta,
Y á dar triste remate en sus porfias
La armada Berberuz, otro corsario
Que en Córdoba es de Hambroz bando contrario.
Seguia la parte y opinion de Abdalla
En aquella reñida diferencia,
Encontró la ocasion yendo á buscalla,
Y puso en no perdella diligencia:
No venia el fiero Hambroz á dar batalla,
Sino solo á meter gente en Valencia,
Que los cristianos se decia por cierto
Que con su armada estaban de concierto.
Y que un rico convento que tenia
La iglesia del gran mártir San Vicente
Darles el muro libre pretendia,
Y meter dentro en la ciudad su gente:
Hizo reseña allí, y aunque la via
En número inferior no en ser valiente,
Ni humilló el brio, ni perdió el decoro,
Que es hidalgo, y de Córdoba, aunque moro.
Pelearon con crueldad ambos corsarios
Sin sentirse al principio mejoría,
Que en trances de armas y sucesos varios
Neutral fortuna su timon regía:
Hasta que ya en favor de sus contrarios
A Hambroz fue descreciendo con el dia,
Siendo aquel el postrero de su gloria,
Y de Valencia el triunfo y la victoria.
Murió como valiente el africano,
Y los suyos con él sin quedar uno,
Yo preso, y tal me vi, que por mi mano
Quise dar fin á mal tan importuno:
Venia con el corsario valenciano
El príncipe de Fez, con quien ninguno
En gallardo, discreto y animoso,
Si á competir llegó fue victorioso.
Este no sé por cual rigor de estrella

En la batalla se encontró conmigo,
Y mudable en lugar de fenecella
De contrario cruel se volvió amigo:
Dióme fortuna su amistad, y en ella
Por un breve favor largo castigo,
Que nunca sabe dar á un desdichado
El bien cabal ni el mal sin ir doblado.
Así de Abenragel la amistad vino
A ser nueva ocasion de desventura,
Y tanto dió en quererme el sarracino,
Que ya era mas que voluntad locura:
En fiesta, en burla, en veras, de contino,
A cualquier hora, tiempo y coyuntura
Habia de estar conmigo, y sino estaba;
En nada gusto ni contento hallaba:
Ya Berberuz su victoriosa armada,
Al dulce son de la sonora trompa,
Con que la fama suena sobornada
Su nombre invicto en grave aplauso y pompa,
Por la mar de sus golpes asombrada
Manda que el espolón sangriento rompa
La vuelta de Valencia, donde vea
En su triunfo el estruendo que desea.
Cobré la vida cuando supe cierto
El fin de la batalla y la derrota,
Y que iba ya en el Grao á tomar puerto
Al son de mil clarines nuestra flota:
Llegamos, y de lejos descubierto
El real palacio, mi alma se alborota
Con un muerto placer, tibia alegria,
Que sus nuevas desdichas le advertia.
Y aunque sin gusto el corazon, y en duda
Con el frio recelo que en él mora,
Así en lenguaje muerto y habla muda
Sus torres salva, y su muralla adora:
¡Oh alcázar bello, cielo en quien se muda
El vario curso de mi bien cada hora,
Centro al deseo, blanco de sus tiros,
Esfera donde vuelan mis suspiros!
¡En tí está la belleza en quien mis ojos
Sus gustos empeñaron y alegría,
Y el triunfo donde amor por sus despojos
La libertad colgó del alma mia!
¡Ricos palacios, fin de mis enojos,
Sálveos el cielo, y con la luz del dia
En feliz vuelo vuestros techos de oro
De gloria bañe, como á mí de lloro!
Así del veloz tiempo el curso humano
Con agradables vueltas solicite
A vuestras flores inmortal verano,
Que á no morir jamás las resucite:
Y desta playa el cristalino llano
Con ricas perlas y coral visite
Vuestros umbrales de oro, y á pié enjuto
De lo mejor del mundo os dé tributo.
Que á mis gustos presteis dulce acogida,
Y á un extranjero fiel noble hospedaje,
Que siendo tesoreros de mi vida
Grave traicion será hacerme ultraje:
Y á esa hermosa cautiva, á quien rendida
Mi alma está en humilde vasallaje,
Le deis nuevas de mí, digais que vivo
En fe de ser de su beldad cautivo.
Así decia yo en mi pensamiento
Mientras el real bajel iba á dar fondo,
Y el piloto sagaz al rumbo atento
La áncora corva y el boyal redondo
Apresta, y con la sonda mide á tiento
El lugar mas seguro y menos hondo
Donde surgir, y la demás canalla
Salta en la arena en el lugar que halla.
Llevóme el noble Abenragel consigo,
Donde antes enviado el alma habia,
A ver al rey, y hablallo por amigo,
Y la ocasion buscar de mi alegría:
Fue como suele el tiempo mi enemigo,
Pues ni por esta ni por otra via,
En muchos dias que en su córte estuve,
Ni órden de háblalla ni de vella tuve.
Mi amigo, á quien quizá en igual cuidado
O poco menos mi desdicha puso,
Y de la bella infanta enamorado
El no poderla ver triste y confuso;
Un dia por me dejar mas obligado
A contarme sus males se dispuso,
¡Estraño caso! que una misma suerte
Me restauró la vida, y dió la muerte.
Contóme en suma el todo de su vida
Sin pensar que tuviese parte en ella,
Que un año habia la traia perdida
Desvelado en servir la infanta bella:
Y aunque era siempre aceda y desabrida,
Al fin dejaba que pudiese vella,
«Mas ahora, dice, está tan retirada,
Que de sí misma y quien la ve se enfada.
Despues que por descuido de su hermano
En Júcar la prendió un corsario un dia,
Y rescatada fué por un cristiano
Que Hambroz quitó la vida en Almería:
Nunca el alegre rostro soberano
El lustre ha dado en ella que solia,
Con sus doncellas retirada vive;
Que un muerto gusto en nada le recibe.
Deseo, pues ya como solia no puedo,
Del dulce bien gozar que ausente adoro,
Con la invencion de algun sutil enredo
De mis males contarle el gran tesoro,
Que lo que amor no pudo, quizá el miedo
Causar podrá del importuno lloro,
Trocando en algo aquel altivo pecho
De blanda nieve y pedernales hecho.»
Así el de Fez envuelto en su cuidado,
Y fuera de los mios me contaba
De su mal lo presente y lo pasado,
Y contra mí de mí se aconsejaba:
Habia un sarao y música trazado,
Y viendo que la infanta se escusaba,
Trocó en darle una música el ornato
De su real grandeza y aparato.
La plata de los cuernos de Diana,
Ya envuelta en las cenizas del Poniente,
Con los retintes de color de grana
Tibia volvia su luz resplandeciente:
Y entre el mudo silencio y sombra vana
Sembraba el sueño olvidos en la gente,
Y de la via láctea el tesoro
El aire obscuro de centellas de oro.
Cuando de Abenragel el aparato
Salir la noche vió de su posada,
En unas andas negras su retrato
Con blanca gente en torno amortajada:
Verdes las hachas, que de rato en rato
Tristes gemidos daban, y sembrada
De cometas la noche, parecia
Primer retrato del postrero dia.
Al ronco y triste son de unas cadenas
Que del ataud colgaban enlutado,
Entre las verdes luces, donde apenas
Humo sus esperanzas se han tornado,
Dos carrozas salieron, ambas llenas
De bellísimas moras, que en trabado
Coro sonaban varios instrumentos
De suave son, y cónsonos acentos.
Arpas, vihuelas, órganos, rieles,
Clarines, chirimías y trompetas,
Flautas, dulzainas, cítaras, rabeles,
Sonajas, cornamusas y cornetas,
Y otras varias pandorgas y tropeles
De consonancias y armonías perfetas,
Que en música suave y acordada

Todo una gloria parecia trabada.
Y en un soberbio trono de brocado,
Sobre carro triunfal que en oro ardia,
De ocho unicornios de Africa llevado,
Con mayor luz que en el que sale el dia,
De Arlaja el bulto al natural sacado,
De beldad lleno y magestad venia,
Con mil cupidos que en alegre vuelo
Cometas dan por flechas de oro al cielo.
De antiguos dioses en cadena de oro
Presos por mas grandeza acompañada,
A sus piés nueve musas, y el sonoro
Plectro de Apolo y cítara dorada:
Yo esta figura hice en traje moro
Por darme á conocer en la jornada;
Y en esta pompa y magestad de espacio
Llegó el carro al terrero de palacio;
Donde un fúnebre mauseolo hecho
De artificiales juegos puesto á punto,
Al entregarle el enlutado lecho
Humo se volvió y sombra todo junto:
Y ya el ruido y su temor desecho
Con las tristes memorias del difunto,
La antes funesta llama, al regocijo
De música parió un alegre hijo.
Hubo mucho de todo, al fin entre esta
Folla de córte, en hábito de Apolo,
Con ademan de entretener la fiesta
Una cancion canté en una arpa solo,
Por tal estilo y término compuesta,
Que en voz del abrasado mauseolo
Mis endechas lloré, canté mi vida,
Y acusé una palabra mal cumplida.
No perdió punto Arlaja en la encubierta
Cifra que al disimulo se cantaba,
Que aunque no en los balcónes descubierta



Entre sus damas disfrazada estaba:
Puso fin á la fiesta el ver abierta
La ventana de la alba que apuntaba,
Que para gozar della antes del dia
Salió en aquel mas presto que solia.
En él al noble príncipe africano
La infanta envió á decir, que en todo habia
Estimado el regalo cortesano:

Y que sin tantos gastos gustaria
Oir sola la voz, la letra, y mano
De la arpa pasada, y la hallaria
Para esto en los balcones de su huerta
Aquella noche sola, y encubierta.
Dejó ufano al de Fez la nueva gloria
Del presente favor mal entendido,
A mí lleno de gusto y vanagloria
Hallar lo que temia haber perdido:
Mas, ¡oh humana tragedia, en quien notoria
La inconstancia descubre el mas cumplido
De tus inciertos bienes, cuan á tiento
Camina el hombre y va tras su contento!
Llegada la ocasion y hora pedida
Por tantos gustos, aunque á varios fines,
Solos los dos, la arpa prevenida,
A hacer fuimos la ronda á los jardines:
Donde la bella Arlaja entretenida
Nueva belleza daba á los jazmines
De un balcon apartado, que caia
Al muro altivo que el vergel ceñia.
La sabia Ardelia, una gallarda mora
Amiga suya en compañía con ella,
Esta en viéndonos, dijo: «mi señora
La infanta me mandó venir por ella
A deciros, señor, que por ahora
No es posible hablaros, ni vos vella,
Por cierto inconveniente, y caso justo,
Que el paso le ha estorbado deste gusto.
Dice, que aunque hallarse en vuestra fiesta
Su enfado lo estorbó, os esta obligada,
Y así lo reconoce, y yo con esta
Razon he hecho y dicho mi embajada.»
Mi amigo Abenragel, viendo traspuesta
La gloria que ya dió por alcanzada,
Bien conoció que amor con la ventura
Pocas veces se encuentra, y menos dura.
Respondióle con modo cortesano
Hasta en su mismo agravio agradecido,
«Mas que sentia haber traido en vano
Quien á solo servirla habia venido,
Que era aquel caballero castellano,
Que á no ser tan discreto hubiera sido
Tan grave falta causa de tenella,
O en su amistad, ó en las firmezas della.»
Dicho esto, Ardelia por sagaz estilo
Dando disculpas, y admitiendo cargos
De mí supo quien era, cuando el hilo
De las quejas quebró, y de los descargos,
De la siempre dudosa parca el filo,
Y haciendo breve suma en cuentos largos
Su gloriosa esperanza trocó al fuerte
Abenragel en triste azar de muerte.

ALEGORÍA.

En el cuento de Garilo se muestra lo poco que aprovechan trazas, donde al ejecutar no tercia la ventura: y como la prudencia humana sin el favor divino entendido por la fortuna, es de ningun efecto. Todo lo cual se ve aun mas claro en los infortunios de Gundemaro.

LIBRO SÉTIMO.

ARGUMENTO. Prosigue Gundemaro su historia, y acábase en un estraño encantamento. Ferragut despierta á los gritos de una doncella, que le cuenta las desgraciadas tragedias del caballo Clarion, al cual sigue el moro todo el dia, y al fin á su vista le coge un villano, y se le lleva, y él encuentra una hermosa tienda donde le sucede una estraña aventura. Llega al Tajo, y libra á Galiana, infanta de Toledo, de una traicion con que la pretendia robar Biarabi, rey de Pamplona.

«¡Oh varios cursos de la vida humana
(Gundemaro siguió) fines inciertos,
Pesadas penas de alegria liviana,
Dolores vivos de placeres muertos,
Alquimias y oropel en que devana
Engaño el gusto, el tiempo desconciertos,
Dulce esperanza, desvario eterno,
Que prometiendo gloria dais infierno!
Corre tras sus manzanas Atalanta,
Y solo el oro y no el engaño advierte,
Febo tras Dafne hállala hecha planta,
Anteon beldad que en ciervo le convierte:
Vuela á poner Eurídice la planta
Sobre una flor, encuentra con su muerte,
Vuelve su amante á verla, y su contento
A un volver de cabeza es todo viento.
Tal es la suerte humana, y su firmeza,
Y así anda el hombre tras su antojo á tiento,
Encandílale el gusto la belleza,
Corre tras el placer, halla el tormento:
Midas en su oro hambres y pobreza,
Faeton en su altivez abatimiento,
A Abenragel y á mí por una senda
Dieron buscando paz muerte y contienda.
Al tiempo que por término encubierto
A escusas suyas me iba declarando,
Y afable Ardelia por un modo incierto
En su amor y favores obligando:
Alfajardos, un moro sin concierto,
Que el palacio real venia rondando,
A quien Abenragel quitado habia
Los gustos de una mora en Berbería,
Hízole el noble Gambedul privado
De Abdalla, y capitan de infanteria,
Hasta que á mas fortuna levantado
A serlo de la guarda subió un dia:
Este de un furor loco arrebatado,
Fantástico del cargo que regia,
Que son las dignidades en efeto
Toque de los quilates del sugeto;
Soberbio en las pujanzas de su oficio,
Con furia arremetió desordenada,
Y haciendo del celoso al real servicio
Al príncipe pasó de una estocada:
Cayó el jóven mortal, creció el bullicio
De la canalla vil alborotada,
Que á las voces del moro alharaquiento
En confuso tropel llegó sin tiento.
Mas no salió tan á su salvo el caso,
Que antes que ser pudiese socorrido,
De mil heridas desangrado y laso,
Sin vida ante mis piés quedó tendido:
Sin que la furia popular un paso
Perder me hiciese del recien caido,
Y muerto Abenragel, bien que pudiera
Con la noche salvarme si quisiera.
Pero creció la gente y alboroto,
Y medrosa la infanta de mi muerte,
Que me rindiese manda, y por su voto
Las armas entregué, y troqué la suerte:
Dime preso al alcaide Polinoto,
Que del alcázar real en lo mas fuerte
De un cuarto, á un redoblado muro incluso,
Entre cadenas lóbregas me puso.
Fue de la torre en el lugar mas bajo,
Que mas negro aire, y menos luz tenia,
Y por una escalera con trabajo
Para doblarse en él se descendia:
Aquí solo quedé, y el que me trajo
Por la infanta y Ardelia el mismo dia
A decirme volvió, que por valerme
Juntas vendrian aquella noche á verme.
Llegó de la hora el tiempo deseado,
Y habiendo despeñado al carcelero,
Bajar adonde estaba aprisionado,
Ví á media noche el alba y el lucero:
Trocóse en cielo el sótano ahumado,
Mi mal en bien, mi pena en gusto entero,
Mis tormentos en gloria, y las prisiones

En cadenas de dulces eslabones.
Sacáronme del limbo dos deidades
Que en la belleza parecian del cielo,
Mas la fortuna, cuyas variedades
Mis cosas llevan sin cansarse en vuelo,
Mi bien trocó en tan tristes novedades,
Que de no rematarlas me recelo,
Que quiere un mónstruo hacer en mí que pueda
Ser centro de las vueltas de su rueda.
El príncipe Algaycel que en la belleza
De Ardelia ardia, y su desden le helaba,
Y entre zelos, temores, y aspereza,
Muerto vivia, y sin dormir soñaba;
Cuando de la escalada fortaleza
Yo al cuarto de la infanta atravesaba
Con ella de la mano, á él le traia,
O su amor ciego ó la desdicha mia:
Iba á velar el sueño de su dama;
O á despertar su muerte, y mi tormento,
Que ni fortuna duerme, ni quien ama,
Ni á un desdichado importa andar con tiento,
Pues hasta los desvelos de otra cama
A perturbarle vienen su contento:
El príncipe llegó, turbóle el caso,
De amor y honor herido á un mismo paso.
Era valiente y poco reportado,
Y como tal arremetió furioso
Con su alfange, y un manto de brocado
Por reparo á mi estoque peligroso:
Yo que venia bastantemente armado
De semejantes casos receloso,
Quien por contrarios ha de abrir camino,
Con hierro es fuerza le abra de contino.
Era cierto el perder honor y vida,
O quitarlo sin culpa al enemigo.
¡Lance estraño, desgracia nunca oida,
Ni usada en tal rigor sino conmigo!
Al fin él de sí mismo fue homicida,
El cielo es juez, mi corazon testigo,
Que si otra puerta en riesgo tal se abriera,
Mil vidas por salvar la suya diera.
Mas la opinion de Arlaja, y la honra mia,
Al valiente Algaycel dieron la muerte;
¡Oh fortuna cruel, golfo sin guia,
Suerte imposible que el tahur la acierte!
Trocóse el fin, trocóse la alegria,
Y las cosas trocáronse de suerte,
Que ya no tuvo Arlaja por seguro
Sin mí quedarse en el paterno muro.
A cuidado de Orbelio, un falso amigo
De Ardelia, prevenido un barco estaba
En la playa del mar, para conmigo
De Barcelona hallar la costa brava:
No se atrevió la infanta á ser testigo
Del triste dia que al rey se le acercaba,
Ni quedar sola la otra mora bella,
Ni Arlaja sin los dos, ni yo sin ella.
Y así por donde yo saliera solo,
A no haber la desgracia sucedido,
Los tres salimos, cuando encima el polo
Bootes su media vuelta habia cumplido:
Y antes que el oro del pretal de Apolo
El aire diese de ámbares teñido
A la playa llegamos, y sin tiento
Las velas dimos y esperanza al viento.
A Orbelio le contaron el suceso,
Caso en todas maneras escusado,
Que en cualquir trance próspero, ó avieso,
Nunca el secreto pierde por guardado:
Andaba el mar al embarcarnos grueso,
El Grao gentil de un céfiro picado,
Que en furioso levante se volvia
De rato en rato al acercarse el dia.
Descubriónos la luz lejos de tierra
En una tempestad furiosa envueltos,
Que fortuna cruel por darnos guerra
Traia los aires con la mar revueltos;
Hasta que en los peñascos de una sierra,
En blanca espuma y salitrales vueltos,
En Denia el viento que en sus cuevas suena,
Ya el barco roto nos echó en la arena.
Aquí murió del todo la esperanza,
Siendo en humanas trazas imposible
Librarse de la muerte, quien no alcanza
Con ánimo inmortal cuerpo invisible:
Que al rey ¿quién le estorbara la venganza,
O le ocultara en caso tan horrible
Por breve senda, ó por rodeo prolijo,
Al que su hija robó, y mató á su hijo?
Mas al abrigo que al cercano monte
De una enroscada vuelta el cuerno hacia,
Hurtando la mitad á su horizonte,
En casa humilde un pescador vivia:
Aquí cuando ya el carro de Faetonte
En el mar contrapuesto se hundia,
De las olas y vientos arrojados,
De alegre albergue fuimos amparados.
Era del pobre Amilcar la cabaña,
Que siendo mercader dió en cortesano,
Y con soberbia y ambicion que engaña,
Cuanto en logros juntó despendió en vano:
Y ya gastado y viejo á esta montaña
Entre redes le echó el tiempo tirano,
Adonde en comedido vasallaje
A nuestro barco dió nuevo hospedaje.
Descansando aquel dia y el siguiente
En la choza estuvimos recogidos,
Sin saber de Valencia ni su gente
Nada de los sucesos referidos:
Que el proceloso viento mas se siente
Por montes, que por valles escondidos,
Y las nuevas de córte, y sus consejas,
Cuando á los pobres llegan ya son viejas.
Volviéndose via el golfo mas tratable,
Y Amilcar con mis dones obligado,
Pasaje libre y compañía afable
Me habia hasta Barcelona asegurado;
Cuando de la fortuna el variable
Timon de nuevo el mar dejó alterado,
Y en las presentes cosas tal mudanza,
Que no nos quedó un soplo de esperanza.
Tenia el pescador (estraño caso!)
Por hija una bellísima doncella,
Zorayda dicha, de valor no escaso,
Que en su casa nació, ó se crió en ella:
A esta el fácil Orbelio en fuerte paso
Miró, y á amarla le inclinó su estrella
Con tan ardiente amor, que fue bastante
De leal volverlo en desleal amante.
Temió quizá el tormento de la ausencia
Viendo acercarse ya nuestra partida,
O que los alborotos de Valencia
La hacienda le costasen, la honra, y vida:
El fin en alevosa convenencia
Al huesped antes fiel dejó vendida
Su honra, y todo mi bien, sin que se escluya
La vida mia, y la que lo era suya.
Fueron á dar los dos traidoramente
Aviso á Denia del suceso estraño,
Mas la bella Zorayda diligente
Los tratos entendió, sospechó el daño:
Y por salvar la infanta de su gente
Seis remeros tomó, y en dulce engaño,
Mientras que en la fria noche ya vecina
El falso Orbelio á su traicion camina;
Basteciendo conforme á la estrechura
Del tiempo un barco que pescando andaba,
Dentro nos puso, y ella mas segura
Que el fijo norte que el timon guiaba:
A vela y remo por el agua obscura,

Que crespas luces temerosas daba
Al herir de los remos, é ir bogando,
Ligera en alta mar nos fue engolfando.
Cobró tan gran amor Zorayda bella
A la infanta; y de Orbelio tal espanto,
Que por medio de velle, y de no vella,
A su casa dejó en amargo llanto:
Temió del vario amante la doncella
No hiciese en sus amores otro tanto,
Que en vano se lamenta y llora el daño,
Quien pudo y no escarmienta en el estraño.
Tambien, si ya esto no es sospecha mia,
A un gallardo Leonés Zorayda amaba,
Que disfrazado por su amor servia
En el humilde oficio que ella usaba:
Este es el que al principio te decia,
Que al vientre ayuno alguna fiera brava
Vivo aquí trasladó dicho Floriano,
De Aurelio hijo, y de Adelgastro hermano.
La noche toda navegando fuimos
A vela y remo, y cuando el alba abria
En el Oriente de oro los racimos,
De que se cuaja y se enguirnalda el dia,
A Ibiza quedar por popa vimos,
Y á Formentera dando el rumbo y guia.
A Mallorca pasamos por de fuera,
Entre el cabo de Palmas, y Cabrera,
Y dentro al Baleárico metidos,
Fortuna con sus vueltas ordinarias
De nuevo comenzó roncos bramidos
De olas, vaivenes, y mudanzas varias:
Los vientos de las nubes rebatidos
Resuenan por las bóvedas contrarias
Del turbio cielo, y sus helados polos,
Solo inmudable á nuestros ruegos solos.
Fuimos sin rumbo cierto algunos dias
De un furioso Poniente contrastados,
De un bordo y otro por diversas vias
Las velas rotas y árboles quebrados:
Hasta que en medio de las ondas frias
Crecer un dia vimos los collados,
Que por la cuenta y cómputo marino
Son en Sicilia el cabo de Paquino.
Aquí ya en salvo puestos aferramos
Entre el rojo coral el corvo diente,
Y en tierra Floriano y yo saltamos,
Buscando en ella algun poblado y gente:
Y tanto el ciego bosque penetramos,
Que andando un dia perdidos, al siguiente,
Cuando á la playa por el rio volvimos,
Ni el barco surto ni su rastro vimos.
No lejos un batel bogando andaba
Junto á la costa al desbravar del rio,
Y un pobre viejo dentro, que pasaba
La vida en él pescando á su albedrío:
Este solo parece que esperaba
A darnos tristes nuevas del navío,
Y así se fue en cumpliendo con su oficio,
Por dejarnos el barco y ejercicio.
Contónos este al fin (¡oh casos varios!
¡Fortuna incierta, laberinto estraño!)
Que de un navío cretense de corsarios
El nuestro presa fue y triunfo lozano.
«En Creta hay sacrificios ordinarios,
Donde al altar de un ídolo inhumano
Deguellan cada mes una doncella
De las que en corso prenden la mas bella.
Por aplacar la fuerza de Mercurio,
Patron de los isleños mercaderes,
De Júpiter y Maya hijo espúrio,
Autor de embustes, nuevas, y placeres:
Desde el golfo Carpacio al mar Ligurio
Busca para su altar bellas mujeres,
El crétense falaz de engaños lleno,
Tal que para ser malo solo es bueno.
Ciertos piratas destos dieron fuego
A Furno aquí, y á Módica adelante,
Y el bajel vuestro en resistencia flaco
Para alijar el suyo fue importante:
Mas tres beldades, que en su seno opaco
Hallaron, la menor será bastante
Para aplacar su dios, y que allí acabe
La injusta pena de rigor tan grave.
Que en venganza á la muerte de una dama,
Que lo era del que rige el caduceo,
Si ya no fue algun íncubo, que en fama
Del falso dios trazó ese devaneo:
De una peste cruel la ardiente llama
Así el reino ha abrasado al rey Tifeo,
Que todo en él camina á un fin violento
Muerta la reina, el hado aun no contento.
Y es entre el rudo vulgo opinion cierta,
Que hasta ser en su altar sacrificada
Otra beldad mayor que fue la muerta,
Ni él contento estará, ni ella vengada.»
Así el barquero dijo, ¡oh suerte incierta!
¡Ni buena en duda, ni mejor hallada:
Considera, señor, cuales quedamos
Los que á este paso sin pensar llegamos.
Saltó el viejo en la playa, y mas ligero
Que del presto lebrel huye el venado
Por el bosque se entró, y mi compañero
En el barco que vió á la orilla atado:
Yo entré tras él con prodigioso agüero
De una nube de fuego rodeado,
Que si en tierra se pierde la ventura,
Buscarla por la mar será locura.
A bogar comenzamos con los remos
Cada uno por su parte, y de la orilla
Apenas se escondieron los extremos,
Y del cerro de Espaca la cuchilla;
Cuando el navío cretense volar vemos,
Llevando á jorro el nuestro de trailla.
Y como si ya todo fuera hecho
El dolor nos templó, y alegró el pecho.
Duró aquella esperanza, y su alegría,
Lo que la luz duró de aquella tarde,
Que ella, el gusto, mi bien, la luz y el dia,
Todo á un tiempo murió: solo el cobarde
Pecho muriendo vive todavía,
Y en fuego eterno de memorias se arde,
Que en fuego me embarqué, y en fuego vivo,
En medio el yelo de mis muertes vivo.
Creció con las tinieblas un levante,
Que á obscuras anudó los demás vientos
En ciega lucha, y confusion bastante
A trastornar del mundo los cimientos:
Barrió la negra noche el dia restante,
Y en sordos silbos, y ásperos acentos,
Las enlutadas focas y delfines
Nos agoraron desastrados fines.
No sé cual dios el gobernalle tuvo
A un barquillo tan vil en tal tormenta,
Que de mil veces que anegado estuvo
Libre salió del riesgo, y de su afrenta:
Pero si algun milagro en estos hubo,
Ya mi ventura lo escribió á su cuenta,
Que no se da el vivir á un desdichado
Para mas bien que darle el mal doblado.
Al fin si es bien, señor, el no cansarte
Con tan prolijos cuentos, cuando el alba
Su luz mostró llorosa, en esta parte
Donde tu nao surgió, y está ahora salva;
Por trofeo de Venus, y de Marte,
Haciendo al tiempo y sus mudanzas salva,
Los dos tristes navíos que seguimos,
Hechos pedazos por las rocas vimos.
Y sin que nadie se escapase de ellos
Mi gloria allí murió, y aquí me trajo
La fortuna y amor por los cabellos

Del bien mayor al escalon mas bajo:
Quiso ir para anegarme en medio dellos,
Y mi desdicha huir por el atajo,
Mas no lo consintió, que su porfía
Es que yo viva, y muera mi alegría.
De mar un grueso túmbo echó el barquillo
Por cima destas rocas en la tierra,
A pesar de mi amor, que por seguillo
Me hace con mi fe la mayor guerra:
Mi amigo Florian sin prevenillo
El dia siguiente entró por esa sierra
De una ligera caza ocasionado,
Que era su muerte, y parecia venado.
Un mes ha ya que vivo en este yermo
Solo, sin esperanza ni alegría
Que ni de dia ni de noche duermo,
Ni sé cuándo es de noche ni de dia:
El alma alborotada, el cuerpo enfermo,
La vista absorta, el desear sin guia,
Asombrado de noche con legiones
De espantosas figuras y visiones.
De Arlaja por los aires veo la sombra
Las mas noches pasar triste y callada,
Otras con débil voz me llama y nombra,
De rosas y jazmines coronada:
Tambien con gritos Florian me asombra,
Y Ardelia en tiernas lágrimas bañada
Pide que me consuele, y si amanece
Todo en la luz se apaga y desvanece.
O es por aquí el infierno, ó mi tormento
Produce y cria sombras tan penosas,
De quien si el cielo me ha librado, siento
Que es por estas reliquias poderosas:
Contra quien ni aprovecha encantamento,
Ni engaños de fantasmas mentirosas,
Que son las que en fe santa me han librado
De tantos riesgos como te he contado.»
Así el leonés Gundémaro la historia
De sus prolijos males abreviaba,
Y el carro en que Faeton perdió su gloria
Las ruedas de oro el crespo mar bañaba:
Cuando en soberbio triunfo y vana gloria,
En carroza de nacar que volaba,
Al puerto ven llegar una doncella,
Mas que el sol rubia, y que la luna bella.
Venus sobre su concha parecía,
De perlas y esmeraldas coronada,
Que nuevamente de la mar salía,
De su antigua belleza acompañada:
Mas apenas el carro en que venia
Vió la arena de aljofar escarchada,
Cuando la luz trocó de su tesoro
En blanca cierva con los cuernos de oro.
Y sentada sobre ella la hermosura
Que antes sobre sus nácares volaba,
Con ligereza igual por la espesura
Del bosque entró, que al mar sus sombras daba:
Cuando los dos que en la enriscada altura,
Oyendo el uno, el otro hablando estaba,
A ver el fin de tan mudables puntos
La espantosa beldad siguieron juntos.
Gundémaro al entrar en la montaña,



Ni la corcilla vió, ni á quien seguia,
Bernardo entre sus breñas una extraña
Maravilla halló de mil que habia...
Mas ya de Ferraguto la maraña,
Que el ciego amor en sueños le fingia,
Ardiendo el pecho en amorosa llama,
Mi nueva voz á sus grandezas llama.
Es del amor sutil la flecha altiva
Rayo sin resplandor, fuego encubierto,
Cuyo blando calor con fuerza esquiva

Bronces derrite al corazon mas yerto:
A David prende, á Salomon derriba,
Y deja al gran Sanson á sus piés muerto,
Amarrando á los remos de su banco
Al niño, al mozo, al viejo, al negro, al blanco.
De un sueño, de unas nuevas, de un antojo,
De un no sé qué, de un aire, y niñería,
De un afable mirar, de un volver de ojo,
Al alma nace, y sin sentir se cria:
Dale vida el placer, fuerza el enojo,
Y si de veras es nada le enfria,
Que contra el arco suyo y de la muerte,
Ni basta habilidad ni alcázar fuerte.
Pues este aliento y fuerza poderosa,
Que en todo anda sembrado y repartido,
Con la luz de una imágen amorosa,
Durmiendo á Ferragut dejó vencido:
El pecho ardiendo, el alma deseosa
De ver despierto lo que vió dormido,
Cuando el ruido sonó confuso y ciego,
Que el gusto le quitó, y rompió el sosiego.
Entró á buscarlo por la selva el moro
Al mismo tiempo que la luz salia,
Sembrando al aire los corales y oro
Que el nuevo sol por su horizonte cria:
Y dudando si aquello era el sonoro
Estruendo de armas que soñando oia,
Atiento tras la voz anduvo tanto,
Que la causa encontró del triste llanto.
Dos caballeros vió y una doncella,
Todos tres muertos, y otra que lloraba
Sus desastradas muertes, con aquella
Triste y penosa voz que antes sonaba:
Miróla el moro, conocióla en vella,
Que era la que el dia ante les llevaba
A Babamel la nueva dolorosa
Del robo que Anchalí hizo en su esposa.
Al mismo Babamel halló caido
Muerto encima su espada, y viendo un paso
Tan lastimoso, el moro enternecido
Detuvo el suyo sobre el campo raso:
Y dándole por modo comedido
Consuelo á la que llora el triste caso,
Pídele cuente y diga si lo sabe,
Quién fue la causa de rigor tan grave.
«Que si por la demanda en que me puse
Sucedió, dice, tanto desconcierto,
Sin que el mundo halle brazo que lo escuse,
O el mio le vengará, ó quedaré muerto.»
Así el moro le pide no rehuse
Darle cuenta del caso, ella cubierto
De llanto el rostro, y de color difunta,
Llorando satisfizo á su pregunta.
Andaba suelto, y despuntando el heno,
Un lozano caballo en medio el prado,
Con la silla de plata, y de oro el freno,
Y bordada mochila de brocado:
De la color de un blanco armiño, y lleno
De un enjambre de moscas salpicado,
En los piés remendado, y en la frente,
Ojos fogosos, anhelar valiente.
Nervoso el pecho, abiertas las narices,
Corta la clin, pequeña la cabeza,
La cola recogida y las cervices,
Señales de gallarda ligereza:
De estrañas pintas, manchas y matices,
Despedazando el freno su braveza,
Y dando á sospechar en el sosiego,
Que está entre abrojos, ó pisando fuego.
No fue su igual el Cílaro famoso,
Que de Polux domó el doblado hierro,
Ni del viejo Saturno en mas brioso
Cuerpo los duros miembros ciñó un hierro:
Cuando el cuello arrugado y espantoso,
Con nueva y gruesa clin erizó el cerro,
Y con relinchos de su pecho indinos
Del monte Pelion asombró los pinos.
«Este caballo, la doncella dijo,
Toda en congoja y lágrimas bañada,
A quien el cielo con rigor maldijo,
Y una beldad le dió tan codiciada,
Triste remate fue del regocijo
Desta gente que ves despedazada,
Mas bello y desgraciado que el Seyano,
Ni el que por tierra echó al valor troyano,
Oye el extraño discurrir del hado
(Si es verdad lo que dél me contó Alpina)
Verás el mundo todo eslabonado
Colgar de sola una virtud divina:
Si hay signo bien ó mal afortunado,
O todo á tiento y sin saber camina,
Aquí lo entenderás, y en este paso
Verás lo que hace la ventura al caso,
En Tracia, de la casta que allí tuvo
Otro tiempo Diomedes el tirano,
Este potro nació, y Clarionte le hubo,
Rey del valle de Ródope inhumano:
En sangrientos pesebres le mantuvo,
Y hecho y enfrenado de su mano,
Tan gallardo salió, que de alentado
Diez leguas corre, y para atropellado.
Al rey Clarionte lo quitó Ricarte,
El dia que le mató junto á Mantible,
Y á él Norman Bartolache, y Radagarte,
Cuando á traicion le hirieron en Fontible:
Y aunque quiso cobrarlo Durandarte
Del magancés caudillo, fue imposible,
Hasta que el gran Reinaldos en persona,
Vida y caballo le quitó en Girona.
Presentado de allí le dió á Rugero
Por mano de Hipalca su doncella,
Y el dia que lo estrenó con triste agüero
Yendo de Mompeller para Marsella,
Junto á Arlés puesto el Conde de Pontiero
Con su gente en celada cayó en ella,
Donde murió á traicion alanceado
De un infiel pueblo magancés cercado.
Quedara oculta esta alevosa muerte,
Si Espinabel pagado del caballo
No se le hiciera codiciar la suerte,
Que la habia de vengar con arrastrallo:
Púsole el traidor piernas, corrió el fuerte
Desenfrenado potro hasta arrojallo
En medio de la plaza de Marsella,
A ojos de Bradamante, y su doncella.
Allí en presencia suya hecho pedazos
Al magancés dejó el caballo fiero,
Viéndole Hipalca muerto entre los brazos,
Y no en su silla cual pensó á Rugero:
Notorios vió los cavilosos lazos
Del fementido bando de Pontiero,
Alteróse la bella Bradamante,
Y el sobresalto le abortó un infante.
Y al quinto dia con la nueva cierta
De la muerte infeliz del paladino,
La antes dudosa amante quedó muerta,
Y cumplido el temor del adivino:
Y por tantas desgracias descubierta
La traicion de Maganza, un rio sanguino
Labró Morgana, y de la gente impia
Cien falsos condes degolló en un dia.
Dióse el caballo destos desatinos
De aquella vez al príncipe Carloto,
Que él lo prestó despues á Valdovinos,
Cuando de Mantua le mató en el soto:
Y al fin por varios trances y caminos,
Con desgracia, ruido y alboroto,
Las muertes de ambos dieron el agüero
Del infeliz Clarion por verdadero.
Quedó al César el bárbaro caballo

Por prenda á la imperial caballeriza,
Y él al rey de Pamplona su vasallo
Con la mochila se le envia pajiza:
Y ardiendo en oro el gusto de mirallo
La vista alegra, y su color matiza
Con la bordada pedreria, que en larga
Rueda es al rico jaez preciosa carga.
Encontró al mensajero Ballugante,
Y sabiendo de donde, y á donde iba,
Vida y presente le quitó arrogante,
Con alma fiera, y presuncion altiva:
Envióselo á Marsilio, él con semblante
Real el don recibió, que es lo que aviva
Los fuegos del amor, y quien preserva
De muerte el gusto, y vivo le conserva.
Y al mismo fin mandó á la bella Alpina
Que á Galafre le dé, rey de Toledo,
A quien en una fuente cristalina
De una espada cruél lo quitó el miedo:
Pidió favor la mera peregrina
Al triste Bahamel, y él con denuedo,
De ánimo valeroso, y noble pecho,
Vengarle prometió el agravio hecho.
Habia venido con su nueva esposa
Aquel dia antes por el bosque á caza,
Y el verde margen de una fuente hermosa
De estrado entonces les servia y taza:
De allí salió á la empresa peligrosa,
Contra los que de infame estirpe y raza
A la dama quitaron el caballo,
Y él á los dos la vida por cobrallo.
Dejó Bahamel en la agradable fuente
Por guarda de su esposa un falso moro,
Ni honrado, ni hidalgo, ni valiente,
Auchalí dicho, hijo de Alcandoro:
Que de truhan de Ulid subió á teniente
De alcaide en Baza, aunque afrentado en Toro,
Mas dió en ser rico, y convirtióse en godo,
Que el dinero lo da, y lo puede todo.
Este por fuerza se llevó robada
Esa triste hermosura recien muerta,
Y yo cual tú me viste alborotada
Del caso corrí á dar la nueva cierta:
Anoche Bahamel á esta cañada
En su rastro llegó, y aquí despierta
El alma en el dolor, y él de rendido
Sobre la yerba se quedó dormido.
Y luego que el sentir quedó sin dueño,
Soñó que en fresco estrado, y verde cama,
No lejos de la suya, en no pequeño
Gusto dormia con otro la que él ama:
Confuso despertó, contóme el sueño,
Y á tiento vino donde halló su dama
Durmiendo en estas flores, y dormida,
De zelos ciego, le quitó la vida.
Creyó zeloso que Auchalí seria
El que alegre dormia en su regazo,
Y viendo que despierto revolvia
En su defensa el atrevido brazo;
Con el ciego cuidado que venia
Feroz le ciñe en desdichado abrazo,
Dándole de un puñal atravesado
Por cama el heno, y por sepulcro el prado.
Fue sobre él por cortarle la cabeza,
Y halló á sus piés su desdichado hermano.
El sin ventura Abenanil, ¡oh fuerza
De fortuna cruel, hado inhumano!
Volvió el herido en sí, vió su braveza
Muerta, y viéndose muerto por la mano
De quien mas le queria, entendió claro,
Que á los golpes del cielo no hay reparo.
Contónos que viniendo de Toledo,
No lejos vió de allí llevar robada
La bella dama, entre congoja y miedo
De triste llanto y lágrimas bañada:
Y que aunque á defenderla con denuedo
La mano puso á su alevosa espada,
El infame Auchalí, de una herida
Libre se la quitó, y dejó sin vida.
Apenas pudo dar razon del caso,
Cuando la lengua le atajó la muerte,
Y el ya sin fuerzas débil cuerpo laso
Recio se estremeció, y se mostró fuerte:
Y Bahamel que así en el postrer paso
Su casta esposa y á su hermano advierte,
Por furor loco y torpe desconcierto,
Mas que ellos el dolor le dejó muerto.
Y haciendo en un brevísimo discurso
De sus azares y dolores suma,
Sin rastro de esperanza ni recurso
Que la ocasion de su dolor consuma:
Muerta ya la razon con el concurso
Y avenida de males halló en suma,
Que de infinitos que hay de varios modos,
En un breve morir se ahorran todos.
Y sin que mi presencia fuese parte
A reprimir su furia acelerada,
Rabioso se pasó de parte á parte
El débil corazon con esa espada:
Y esta es al fin, señor, por no cansarle
Su tragedia, y la historia desdichada
Del caballo Clarion, que á maravilla
Nadie sin caer subió en su ingrata silla.
Dáme ahora favor, dáme tu ayuda,
Para salir de trance tan confuso,
A quién, ó cómo vaya, ó dónde acuda
En este estrecho en que el rigor me puso:
Así la dama dijo, el moro en duda
Un breve rato se quedó difuso
En pensamientos y discursos varios,
De gusto todos y placer contrarios.
Pero viendo el caballo que pacia
Mal, por tenerse todavía el freno
Que aunque era de oro, el oro le impedia
El oro de las bestias, que es el heno;
Agradado del talle y gallardía
Probarle quiere, y si es de azares lleno,
Para no reparar en ese agüero
Basta ser español y caballero.
Mas el caballo hecho á ver dislates,
Las riendas huye á quien el oro agrava,
Y vuelto aquí y allí en varios regates,
Lozano la alheñada clin embrava:
Hasta que ya á los últimos remates,
Donde un arroyo en sus cristales lava
Los postreros jazmines de aquel prado,
Se entró en el bosque, y le dejó burlado.
Saltó el moro tras él, y con el salto
El brioso animal se alteró un poco,
Con que en paso mas libre, á lo mas alto
Del monte fue subiendo poco á poco:
Creció el antojo con hallarse falto
De aquello que primero tuvo en poco,
Y ya con mas codicia, y mayor paso,
Sigue lo que al principio siguió á caso.
Treinta millas le fue al alcance estraño,
De una breña saltando en otra breña,
Que el gallardo caballo de lozano
Ahora le aguarda, y luego le desdeña:
Así á las veces de un querer liviano,
Y de una fácil ocasion pequeña,
Se empeña un gusto hasta morir por ella,
Y abrasa á todo un monte una centella.
Ya el sol con quien el moro parecia
Que apostaba á correr hácia el Poniente,
Su sombra que antes alcanzar queria
Atras le ataba perezosamente:
Cuando al pié de una cumbre que subia,
Su caballo vió al márgen de una fuente,
A quien de el prado la florida falda

Rica taza le sirve de esmeralda.
Vió que llegó á beber, y que un villano
Poniendo bien la silla saltó en ella,
Y en las fornidas ancas el serrano
Semblante de una rústica doncella:
Dióles el moro voces, pero en vano,
Que sin responder él ni escuchar ella
Libres se van, y en trueco del caballo
El enfado le dejan de buscallo.
Baja ligero, y de coraje brama
Al poco caso que hace el que le lleva,
Pues al ronco gritar con que le llama,
Ya en término cortés, ya en furia nueva,
Ni para, ni responde, antes su dama,
A quien con rostro humilde ablandar prueba
A que le escuche á modo de rogalla,
Sonriéndose dél camina, y calla.
Temió no sea la referida Alpina,
Que el real caballo al rey Galafre lleva,
Y que él caya en mal caso si la indina,
O haga en la estorbar lo que no deba:
Mas no tampoco quiere que en indina
Descortesía alguno se le atreva,
Ni en burlas le desdeñe por tal modo,
Que es no sentir disimularlo todo.
Y así viendo que nadie le responde,
Delante puesto, ya fiero inhumano,
Las riendas de oro quiso asir, por donde
Las lleva mal parejas el villano:
Mas él sin responder le corresponde
Con una vara en la atrevida mano,
Tal que por los artejos desarmados
Pensó al herir dejárselos quebrados.
Huyó la mano el móro atormentada,
Y un fiero grito dió que asombró el valle,
Y sin paciencia ya de una puñada
Vida y caballo se arrojó á quitalle:
Erró el golpe la cólera sobrada,
Volvió á quererle asir, y volvió á dalle,
Y del dolor y rabia faltó poco
Para quedar entre el coraje loco.
Medio pino tomó para matallo,
Y hacerle con iguales armas guerra,
Mas de dos coces el feroz caballo,
A él y á su soberbia echó por tierra:
Cayó tambien cabe él al derriballo
La doncella, y huyendo por la sierra
Se entró el bravo animal con el villano,
Que el duro freno le llamaba en vano.
Templó al moro el dolor de su caida
Ver que tambien cayese la doncella,
Que mas quisiera hallarse sin la vida,
Que causa justa en sí de quejas della:
Acudió á levantarla por cumplida
Satisfaccion que le ha pesado, y ella
No haciendo caso dél, callada, y queda,
Sentada está, sin que movella pueda.
No le responde á nada que se diga,
Fiera, inmudable, como un mármol dura,
Ni el moro sabe que consejo siga,
Ni como entienda el fin desta locura:
Al fin se fué, y dejóla en su fatiga,
Y ella viéndose libre se apresura
Tras el ligero curso del caballo,
Y el que iba encima dél por alcanzallo.
Puesta la luz del cielo en dos balanzas,
Y al mar de Atlante lo último del dia,
Por sus gonces, sus puntos y mudanzas
El sol se entraba, y Hécate salia:
Cuando perdido el tiempo y esperanzas
El moro que el caballo antes seguia
Solo se halló, confuso, y atajado,
A la orilla de un rio, en medio un prado.
Y enfadado de ver el nuevo enredo
Con que á pié se quedó, pasó adelante
Así altivo y feroz, que daban miedo
Su fiero ceño y áspero semblante:
Cuando la furia le templó y denuedo
De una tienda el primor así elegante,
Que al rayo de una luz que dentro habia
Tambien el oro del brocado ardia.
Entre frondosos árboles plantada
Estaba el murmurar del manso rio,
Sitio oportuno, y parte acomodada
Para en ella hurtarle el cuerpo al frio:
Llegó cortés á demandar posada,
Y halló el albergue y pabellon vacío,
Con rico estrado, y prevenida cama,
Y al rayo de una luz sola una dama.
De poca edad, y mucha hermosura,
Niña de alegre gusto parecia,
La frente un claro cielo, en cuya altura
Sobre la nieve el sol resplandecia:
De gentil cuerpo y agradable hechura,
El rostro del color que nace el dia,
La garganta gentil, y el blanco pecho
De frescas rosas y jazmines hecho.
Dado al descuido un nudo en el cabello,
Donde el sutil amor quedó enredado,
Para hacer lazos y marañas dello,
Y el pensamiento atar al mas delgado:
Dos arcos de un dorado y sutil vello
De cien flechas y mas cada uno armado,
Que van volando, y dan en las entrañas
Al mover de las cejas y pestañas.
Dos mayos de azucenas y claveles
En un verano son sus dos mejillas,
Sus dulces labios de coral rieles
Con que rie el placer por sus orillas:
De aljofarados dientes dos caireles,
Y en cada uno un millon de maravillas,
Verdes los ojos, y sus luces bellas
Mil soles, que son poco dos estrellas.
De un mirar regalado, y halagüeño,
Que acaricia, ocasiona, y necesita
A dar el alma libre en dulce empeño,
Al precio de beldad tan esquisita:
Con el donaire de un capote y ceño,
Que mas á un muerto gusto resucita,
Ni así el ambar y música provoca,
Como el aliento y habla de su boca.
Los tiernos pechos dos pequeñas pomas,
De rosas hechas, y apretada leche,
De un real valle de amor menudas lomas,
Que al ensacharse le hacen que se estreche:
No hay Panchaya con todas sus aromas
Que olor mas fino que sus pechos eche,
Ni Venus de marfil ni de oro indiano
Con dedos mas bien hechos que su mano.
De tela de oro azul manteo bordado
De armiños, rica turca de escarlata,
De alcatifas de Persia el grave estrado,
Con bufete de nácares y plata;
Donde en follajes de cristal grabado,
De un ardiente blandon la luz retrata
Un agradable cielo en la figura
De aquella nunca vista hermosura.
La rosada mejilla en la una mano
Mostrando el brazo, y la otra descubierta
Como al descuido en ademan profano
La rica holanda en gayas de oro abierta;
Dando por mas deleite al gusto humano
La belleza que guardan encubierta
De la aguja las redes peligrosas
En el pecho de tierna nieve y rosas.
No habia en el pabellon mas que una lumbre,
Ni mas que aquella hermosura sola,
Que cual fino diamante su vislumbre
Todo con bellos rayos le arrebola:
Es de la tienda real la altiva cumbre

Una encantada y cristalina bola,
Por donde las estrellas y la luna
Sus cursos hacen sin mudanza alguna.
Toda de oro bordada y pedrería
Por de dentro parece y por defuera,
De árboles, cazas, flores, montería,
Una agradable y fresca primavera:
En perlas el jazmin se contrahacía,
Cuya hoja de esmeraldas finas era,
Los florones de escarches amarillos,
Gripados de argentados trebolillos.
Dejó asombrado al moro la belleza
De la suntuosa tienda, y de su dueño,
Las sedas, perlas, oro, la riqueza,
El bosque oculto, y el lugar pequeño;
Y sobre todo la real grandeza,
Y aquel mirar alegre y zahareño
De la beldad mayor que el mundo supo,
Que allí entre las demás grandezas cupo.
Tambien la nueva soledad le admira,
Sin gente de respeto ni servicio,
Con una sola luz que alumbra, y mira
Todo el mudable y único edificio,
Y que suspensa y sin querer suspira,
De algun mal interior notorio indicio:
Todo esto contempló desde la puerta,
Sin que la dama al parecer lo advierta.
Mas ya determinado por su gusto
El secreto saber de esta aventura,
Con rostro humilde y corazon robusto
El rico umbral pasó, y en voz segura:
«Guarde, señora, dijo, el cielo justo,
La gloria de tan rara hermosura,
Haciendo mas suave y menos larga
De los cuidados la pesada carga.»
Alzó los ojos, con que dar pudiera
A los ya muertos de sus lumbres vida,
A ser las leyes de la muerte fiera
Como las del amor mas homicida;
Y por mejor probar su fuerza entera
En fingido alboroto desabrida,
Con vista afable y lengua zahareña
Le atrae á un mismo tiempo, y le desdeña.
Al fin despues de varios cumplimientos
Lugar le concedió en el rico estrado,
Pidiéndole la causa y los intentos
De haber en tiempo tal allí arribado:
Contóselos el moro en breves cuentos
La empresa del caballo desgraciado,
Y como ya era próspero y dichoso,
Pues á lugar le guió tan venturoso.
Rió en grandes donaires la doncella
La no entendida burla del villano,
Y por sacarle con sosiego della,
«Señor, le dijo, en este verde llano,
Aquella cristalina fuente bella
Está encantada por la sabia mano
De la hechichera Arleta, que un engaño
En ella puso de artificio estraño.
Esta tuvo amistad con cierto moro,
Gran capitan de Zaragoza y Baza,
A quien sin guardar término y decoro
Una mora usurpó de humilde raza:
Es rica, y donde quiera manda el oro,
Y él con mayor codicia que no traza
Dejó la dama pobre por la rica,
Que á todo un gusto sin lealtad se aplica.
Tiene un castillo cerca de esa fuente,
Y en él el falso amante entretenido,
De adonde salen cuando el dia al Oriente
Los dos á monte por el verde ejido:
A este fin la zelosa diligente
Del agua empozoñó el cristal lucido,
Porque saliendo á caza sea quien fuere,
Sus disgustos le pague si bebiere.
Quita el sentir la fuerza del veneno,
Por largo rato, mientras con bastantes
Fuerzas el gusto trueca, y lo hace lleno
De lo que le solia enfadar antes:
Pudo ser que bebiesen deste cieno
Aquellos dos villanos caminantes;
Y sin sentir ninguno lo que hiciese,
La referida burla sucediese.
Yo, señor, estoy sola, que mi gente
Toda se fué á un castillo de mi hermana
Cerca de aquí á la parte de Poniente,
Para volver con ella á la mañana:
Quedóse una doncella y un sirviente
A hacerme compañía, y hoy con vana
Curiosidad se entraron por la selva,
Sin que hasta ahora ninguno dellos vuelva.
Mas ya entiendo sin duda por las señas
Que son los que cogieron tu caballo,
Y sin juicio van por esas breñas,
Y yo en el riesgo en que me ves me hallo:
Triste, sola, y metida entre estas peñas,
Mas ya que tú veniste á remediallo,
Podrás darme tu amparo, y ser mi abrigo,
Sino te causa miedo estar conmigo.»
Dijo esto por tal modo la doncella,
Y así en suaves ojos halagüeños,
Que sin sentido el moro quedó en vella,
Entre deleite y gustos no pequeños:
Hasta que al fin ocasionado della,
De sus halagos y fingidos ceños,
Preso en sus lazos, y en su lumbre ciego,
Tierno le dijo su amoroso fuego.
Ella ni le acaricia ni desecha,
Ni contenta se muestra ni enfadada,
Que todo á veces en donaire lo echa,
Y á veces todo al parecer le agrada:
Va haciendo la cadena mas estrecha,
Y el moro ya con alma enamorada,
Del todo se le rinde y aficiona,
Y por ojos y boca lo pregona.
Calla, y con no rehusar le da licencia
Que entre sus blandas manos se regale,
Y en trato afable y grata diligencia,
A convidarle con los gustos sale:
De un rico cofre saca á su presencia
Preciosos dulces, donde el moro iguale
Su gusto en todo, porque en todo vea
Que ya de veras dársele desea.
El ya rendido amante no consiente
Semejantes escesos de tal mano,
Mas que á él con alma y corazon ardiente
Mostrar le deje huésped cortesano:
Crecen los fuegos, y él que arderse siente
En el de amor, no cabe de lozano,
Adorando entre sí el primer trabajo,
Que á tan dichoso punto y fin le trajo.
«No es el caballo, dice, desgraciado,
Como por burla me contó la dama,
Pues á tanta ventura me ha guiado
De collado en collado, y rama en rama:
Siempre del mal ó el bien exagerado
Son menores los hechos que la fama;
Cuando tenga mil tachas mi caballo,
Este bien solo me hará adorallo.»
Así en pláticas dulces y sabrosas
Cenando están los dos de oro en un plato,
Dando ella de sus manos amorosas
Presas de amor al moro cada rato:
Ya preguntando diferentes cosas,
Ya con libre decir, y con recato,
Que le importa saber si tiene dueño,
Si es de gusto comun, ó zahareño.
El moro á todo en cortesano estilo,
Ya en veras le responde, ya en donaire,
Y mientras del parlar siguen el hilo,

Si acaso da en la vela un soplo de aire,
Que humillando la luz muestra el pábilo,
Todo se turba y desvanece en aire,
Que sin la llama el pabellon no luce,
Antes cual débil sombra se trasluce.
  Parécense los árboles y el cielo,
Y aun se apaga en la dama la belleza,
Mas luego que la luz cobra su vuelo,
Todo se vuelve á su primer riqueza:
Cree viendo esto el moro sin recelo
Que es desvanecimiento de cabeza,
Que el mucho caminar; y el comer poco,
Le trae el sentido divertido y loco.
  Y metido ya en verás con la dama
Libremente le dice su deseo,
Ella con vano escudo de su fama
El gusto le entretiene por rodeo:
«Ser verdad que adoreis esta que os ama,
Yo en esto, dice, lo conozco, y veo
Que pudiendo salir sin demasía
Con vuestra voluntad pedís la mia.
  Mas yo de todo en todo seré vuestra
Si me jurais lo que pediros quiero
Por ese noble pecho y mano diestra,
Y la fe que debeis á caballero:
Que nuevas culpas ni ocasion siniestra
De vos me apartarán, sin que primero
Me deis satisfaccion de una doncella,
Que usurpado me ha un gusto por mas bella.
  Hame tiranizado un caro amigo,
Que era otro tiempo el alma de mi gusto,
Y en fe que dió de se casar conmigo,
De mí le di mas parte que era justo;
Y aunque por vos, señor, en lo que digo
Tratar cosas pasadas sea disgusto,
Es fuerza que me deis esta palabra,
Y así mi voluntad su puerta os abra,
  Que cuanto á desear esto me mueve
Ya no es gusto de amor, sino venganza.»
El moro que en su rostro entre oro y nieve
Ardiendo en fuego siente su esperanza,
No solo una palabra y don tan leve
Le otorga, jura y da; mas si en balanza
De un mundo entero el contrapeso hiciera,
Y el mundo fuera suyo, un mundo diera.
  Y ya con la licencia que le ha dado
Quiso en mas libre trato entrar con ella,
Hacer campo de amor el rico estrado,
Y allí suya del todo la doncella:
Cuando con el burlar desordenado,
El sujetarla, y defendérsele ella,
La vela se cayó, y sin lumbre alguna,
Lo que encubria la luz mostró la luna.
  Sobre una cama de pajizo heno
Abrazado se halló á una flaca vieja,
El turbio rostro de berrugas lleno,
De solo un ojo, y con ninguna ceja;
La hundida boca, cavernoso seno,
Con los podridos dientes mal pareja,
Dando al vecino olfato grueso aliento
De algun recien abierto monumento.
  Duro el cabello, entre aplomado y cano,
Peor que el de Tesífone, y Megera,
La encorvada nariz, que al gusto humano
En flaco iguala, de color de cera:
De nudosa raiz el cuerpo enano,
Con mas años que el tiempo, y toda entera
Tal que al valiente moro y su denuedo,
Lo que el mundo no pudo, puso miedo.
  Así el hambriento pobre peregrino,
En seca paja de un rastrojo echado
Rico se sueña al fin de su camino,
En cuadras de oro, y camas de brocado;
Y en medio el gusto un viento repentino
El sueño vuela, y hállase abrazado
A su esteril bordon, y hambre ayuna,
Al frio rayo de la blanca luna.
  Con secos nervios, y con duros brazos,
Así al moro ciñó, que no podia
Del cuello huir los escabrosos lazos,
Por mas que la apartaba y deshacia:
Quiso de rabia hacérselos pedazos,
A no ser en los suyos villanía,
Y ella mas firme que la yedra al olmo
Llegar su antojo quiere y gusto á colmo.
  ¿Quién ha visto en un águila enroscada
Víbora azul, ó pardo cocodrilo
A una palma enredarse levantada
De las crecientes del vadoso Nilo?
¿O á Mercurio en su vara celebrada
De dos serpientes el nudoso hilo?
Tal parecian los dos, y en tal hechura,
El en la rabia, y ella en la figura.
  «No es razon, dice, ni camino justo,
Que poniéndome yo en vuestra tutela
Por solo ser en fuerzas mas robusto,
Esta me hagais sin que mi honor os duela.»
Pensó quizá el envejecido gusto
Que aun todavia ardia la candela,
Y así llevaba el frio melindre al cabo
Con el amante ya rabioso y bravo.
  Mas viendo que de veras la desecha
La sacude de sí, huye, y aparta,
Que sin luz su invencion quedó deshecha,
Medrosa que la deje, y que se parta;
Las duras garras por el cuello le echa,
Y de su aliento y tósigo le harta,
Pidiendo á vueltas á la amada presa
La fe debida á su primer promesa.
  «No soy tan fea, le dice, cual parezco,
Que ya fui cuando moza celebrada,
Y aun hoy pena por mí quien no apetezco,
Y me trae con sus lágrimas cansada:
Si estos enfados y desden merezco
Por daros yo tan franca mi posada,
No os envié yo á llamar, vos me buscastes,
Y con falsas promesas me engañastes.
  Cumplidlas, falso, pues, ó á todo el mundo
Por cruel os mostraré, y por alevoso,
Sin que de mí os huyais, aunque al profundo
Rincon bajeis del centro cavernoso:
El galan que por vos hice segundo
Quiero me deis para que sea mi esposo,
Y me vengueis de quien me le ha quitado,
Y os honreis hasta entonces con mi lado.»
  Bastante prueba dió de su nobleza
En esto el reportado sarracino,
Pues templando á su enojo la braveza
De hacer se abstuvo un nuevo desatino:
Solo arrojando la infernal fiereza,
Que asido le tenia; «ese canino
Rostro, dijo, será quien te ha usurpado,
Si ya alguno te amó, el haberte amado.
  Dél será bien vengarte con hacelle
Un Euclides de rayas y figuras,
Sin que puedas ya mas entretenelle
En vanas aparentes hermosuras:»
Así dijo, y porque iba á detenelle
Con nuevos embelecos y posturas,
De sí la desvió con tanto brio,
Que yéndole abrazar abrazó al rio.
  Cual encogida y debil hojarasca,
Que de árbol seco arranca el raudo viento,
Y volando la lleva su borrasca
Trocando puntas, y mudando asiento;
Tal la hechicera fue con mortal basca
De uno y otro traspié rodando á tiento,
Hasta dar en el agua, en que se hundiera,
Si ya de carne, y no de pluma fuera.
  Fuese el moro feroz desesperado

Viendo el deleite vuelto en amargura,
Y del caballo mal afortunado,
Aunque de noche clara la ventura:
Mas no mucho se fue, cuando á su lado
De Arleta vió la hórrida figura,
Que para mas enfado del que tiene
A pedirle la fe y palabra viene.
Pensó rendirle el alma de coraje
Volviendo el moro altivo el rostro á vella,
Y sin que ya el hidalgo honor le ataje,
Con la espada alta arremetió tras ella:
Huyó la vieja haciéndole un visaje
Que le asombró miralla, y por cogella
En unos mimbres tropezó sin tino,
Y el feroz rostro le abrazó un espino.
No hay sierpe á quien la azada del villano
Haya en dos medias partes dividido,
Que así fiera vomite por el llano
El humo del veneno recocido,
Como el aragonés moro inhumano,
Viéndose en tantos modos perseguido
De aquella que matalla es caso indino,
Y sufrir sus locuras desatino.
Y así por apartarla de sus ojos
A correr comenzó por la espesura,
Y ella para seguille, y dalle enojos,
Con las alas del viento se apresura,
«Traidor, hasta que cumplas mis antojos,
Le dice, y la palabra y fe perjura
Que me diste, en desierto y en poblado,
O viva ó muerta, me traerás al lado.»
Así corriendo por la selva espesa
Dos largas millas fueron sin cansarse,
Que ni él dejó el huir á toda priesa,
Ni ella el decir injurias, y acercarse;
Hasta que un hondo rio que atraviesa
El paso les tomó, y forzó á pararse,
Y el moro revolviendo de repente
Viva cogió la vieja impertinente.
Y á un árbol de los muchos de su orilla
Harto ya de sufrir la dejó atada,
Y en huida veloz para no oilla
Apresuró hasta el dia su jornada:
Salia ya el alba en su argentada silla,
De rosas y azucenas coronada,
Cuando el moro salió del bosque al llano,
El ancho rio á la derecha mano.
Y á la otra parte en un ancon que hacia
La corva ala de un cerro puesto en frente,
Entre arenas y aljófares bullia
El cristal puro de una limpia fuente:
Junto á ella puesto un pabellon se via,
Y en torno dél durmiendo armada gente,
Dos apretadas barcas en el rio,
Y una espía en un álamo sombrío.
Llegó el furioso moro á preguntalle,
Qué atalaya de allí, ó á quién espera,
Cuya es la tienda y gente de aquel valle,
Y si querrán pasarle á su ribera:
Agradóle del moro el garbo y talle,
Y este el primero fue, y la vez primera,
Que de un hidalgo se pagó un villano,
Y un navarro alavés de un castellano.
Y así le respondió: «en la hermosa tienda
Tiene el rey de Pamplona alojamiento,»
Mas luego arrepentido de que entienda
Que le quiso dar gusto, mudó intento;
Y haciendo al yerro sin sazon emienda,
El receloso Ferraguto atento
Al encubrir y descubrir razones,
Barcas, espía, tienda, y prevenciones,
Bien entendió que el caso era de cuenta,
Pues el rey Biarabí por su persona,
A riesgo suyo y de su honor le intenta
Tan lejos de los muros de Pamplona:
Tiene con él enemistad sangrienta
Por feudatario á la imperial corona,
Y que es traicion recela, porque sabe
Que en un navarro moro todo cabe.
Por esto quiere el caso por entero,
Y á la espía le ruega que se abaje
A llevar de un estraño caballero
Si es posible á su rey cierto mensaje:
Tanto decirle al fin supo el guerrero
De ruegos y promesas, que el viaje
Aceptó, y arrojándose en el prado,
El moro le prendió, y quedó burlado.
Y haciéndole que calle, aunque no quiera,
Con él se retiró en una espesura,
Donde del caso la verdad entera
Le pide, ó que hábra allí su sepultura:
Así lobo feroz tierna cordera
Que por su boca asió á su cueva oscura
Lleva, sin que ya pueda libre y horra
A su pastor pedir que la socorra.
«Señor, por el profeta en quien adoro,
Temblando respondió, y por este paso
En que me ha puesto la codicia de oro,
Que no sé el fundamento y luz del caso;
Que de un plebeyo, y no castizo moro,
Nunca para altas cosas se hizo caso,
Solo podré contarte lo que he oido,
Ora sea cuento cierto, ora fingido.
El sagaz Biarabí, rey de Pamplona,
Debajo de traer cierta embajada
De parte del rey Carlos en persona,
Gente metió en Toledo disfrazada:
A Rangorio, caudillo de Girona,
Del gigante Arganzon la firme espada,
Y á Zaldirán, señor de la montaña,
De un ojo solo, y de estatura estraña.
Este de cepa y de linaje oscuro,
Aunque él se hace de su rey pariente,
Es el que á cargo tiene dar seguro
Del rio este ancho vado con su gente;
Y de un herrado carro el firme muro
En que salvar la presa diligente,
Que se entiende será una bella mora,
Hija del que en Toledo reina ahora.
Son varios los incrédulos rumores
Que deste robo cuentan en secreto,
Unos dicen que el César por amores
Así al rey lo mandó, que es su sugeto;
Y un caballo tambien de los mejores
Del mundo le envió para el efeto,
De cuya ligereza se valiese,
Y el hecho sin temor acometiese.
Y que Rangorio á la jornada vino
Para mayor seguridad del caso,
Mas ni eso lleva al parecer camino,
Ni es de creer que en semejante paso
Un monarca tan sabio, un rey tan dino
De serlo del oriente hasta el ocaso,
Cuando dél tiembla el mundo, por livianas
Causas de amor se burlen de sus canas.
Otros Rangorio padre de Oliveros
Fingen el nuevo autor deste cuidado,
Mas yo en secreto oí á dos caballeros
Hacer á Biarabí solo el culpado;
Que acometido de enemigos fieros
Su reyno, y de leoneses rodeado,
Olvidada su edad anda perdido,
En amorosas burlas divertido.
Al fin sease cual fuere el fundamento,
El caso cierto es ya que Galiana,
La dama de mayor merecimiento
Que hoy se conoce mora ni cristiana,
Sino hay algun notable impedimento
Aquí presa estará de hoy á mañana:
Esto es cuanto del caso decir puedo,



Y lo que aquí esperamos de Toledo.»
Así el moro decia, compelido
De los miedos del hijo de Lanfusa,
Cuando en el bosque oyeron el ruido
De una algazara y trápala confusa:
Saltó el aragonés apercebido,
La espía se le huyó, y por la difusa
Campaña mil tragedias con espanto
Materia dieron de venganza y llanto.
Mostróse claro el alevoso intento
Del robo ilustre que hacer procura
El rey de la ciudad, á quien dió asiento
El que perdió en Farsalia la ventura:
Y Ferragut celoso hasta del viento
Que en el rio suena, y brama en la espesura,
No aguardó á saber mas, dejó la espía,
Y á buscar acudió el rumor que oia.
Vió venir tras un hombre desarmado
Con limpias armas dos por darle muerte,
Y sin poderle socorrer, clavado
Al suelo le dejó un venablo fuerte:
Volviéronse con paso apresurado,
Y el moro leal que la traicion advierte,
Con alma y pecho audaz y piés ligeros,
Siguiendo fue los falsos caballeros,
Y no lejos de allí, al entrar de un valle,
Otro vió alancear como el primero,
Sin que á ninguno socorrer ni dalle
Favor pudiese su ánimo ni acero,
Cuando por una estrecha y verde calle
De la selva salir vió un caballero
Con aljaba de monte de brocado,
Y un cruel trozo de lanza atravesado.
Fue cayendo á los piés de Ferraguto
Desangrado y mortal, creyendo fuese
Del enemigo bando ánimo bruto,
Que lo que otro empezó acabar quisiese:
Y ya pagando el general tributo,
Como antes de morir reconociese
Que el moro era neutral, y no enemigo,
Así le dijo en tono y voz de amigo:
«¡Oh invencible valor, cualquier que seas
Que en ademan gallardo y real persona
De mí muestras dolerte, y que deseas
Vengar mi muerte, acórreme, y perdona
El no poder guiarte donde veas

De Toledo agraviada la corona
Del rey mas falso, y gente mas traidora,
Que en Meca cree, y su Alcorán adora!
Danos favor, gran Cid, si á tu presencia
El valor de esa espada corresponde,
Y al mundo le ha quedado resistencia
Con que hacerla, y términos por donde;
Socorre la beldad y la excelencia
Mayor que en toda su grandeza esconde,
A una ofendida infanta, y á un honrado
Rey, de otro infame rey sin fe agraviado.
Con ademan de una fingida caza,
Y alancear una feroz leona,
A este soto sacó la industria y traza
Del falso Biarabi, rey de Pamplona,
La bella Galiana, y á una plaza
Encubierta guiando su persona,
Nos trajo á la mitad desta floresta,
Donde tenia una emboscada puesta.
Allí con cruel ánimo y denuedo
Un tejido escuadron de gente muda
Salió á robar la infanta de Toledo,
Y á dar al rey en su traicion ayuda:
Hizo su oficio el repentino miedo
Sobre la que halló de armas desnuda,
Unos huyeron, y los mas honrados
Han muerto, cual yo ahora, alanceados.»
Así ya con la muerte y sus congojas
El toledano á Ferragut decia,
Cuando por la espesura de las hojas
Uno huyendo de otros tres salia,
De azules sobrevistas, y armas rojas,
De sierpes llenas de oro y plumeria,
Y el que huia una marlota gualda,
En un hombro herido, y una espalda.
Salió á hacer reparo el moro altivo
Contra los tres cebados en matalle,
Y al mas ligero de un revés esquivo
De medio arriba lo dejó sin talle:
Al otro medio muerto y medio vivo
Por su entero sepulcro le dió el valle,
Y al tercero con él tal escarmiento,
Que siendo plomo se volvió de viento.
Saltó el aragonés sobre un caballo
Siguiendo al que huye de su aguda espada,
No tanto por herillo ni alcanzallo,
Cuanto por ir á dar en la emboscada:
Al fin supo el temor tambien guiallo,
Que en una plaza de árboles cercada,
En desigual batalla vió metidos
Catorce armados contra diez heridos;
Y en donde preso un sol con diez estrellas,
Eclipsada la luz de su hermosura,
Hecha un vistoso cielo dél y dellas
De aquel sangriento prado la frescura:
La bella Galiana y sus doncellas
Llorando su presente desventura,
A cuenta y guarda de un feroz gigante
Temblando están de su brutal semblante.
Así en turbios y rígidos celajes,
Entre los cuernos del templado toro,
Humedeciendo al aire sus plumajes
De las pleyadas el medroso coro,
Llorosos hace y lóbregos visajes
De tierno aljofar y arreboles de oro,
Viendo de orion armado el brazo fiero,
Y de su alfanje el relumbrante acero.
Puso el gallardo hijo de Lanfusa
Los ojos en la bella Galiana,
Que aunque llorosa, y en su mal confusa,
Su hermosura descubre soberana:
Aquella hermosura y luz que infusa
Del libre sueño vió en la sombra vana,
Cuando el amor con ella le hizo presa,
Y en su alma la dejó y su gusto impresa.
Halló despierto á quien mostró dormido
El dia pasado el agua de una fuente,
Y ser deste alboroto aquel ruido
Que hacia soñando una espantosa gente:
Cuando en rabiosa cólera encendido,
Y en nuevos gustos del placer presente,
Tan fiero, que mirallo atemoriza,
Haciendo entró por los contrarios riza.
Sobre el gran yelmo de templado acero
Una enroscada y bella sierpe de oro,
Por alas los penachos del plumero,
Y por veneno y silbos los del moro,
Encontró á Grabelindos el primero,
Una de las tres llaves del tesoro
Del reino de Pamplona, y de sus rentas
Le remató en su alcance el de las cuentas.
Alfajardo, y Zegrides, dos hermanos,
El uno amante nuevo, el otro esposo,
De dos moras de rostros soberanos,
Que ausentes lloran su tardar penoso;
Al uno la cabeza y las dos manos
Que levantaba á hacer un golpe honroso,
Y al otro de una punta atravesado,
Por comun sepultura les dió el prado.
Creció del ciego ruido el alboroto
Con el nuevo socorro del pagano,
Volviendo los que andaban por el soto
Dando la caza al pueblo toledano:
Y al fiero Arlange, que el alfanje boto
De herir, y en sangre envuelto el brazo y mano,
Tornaba de mil muertes victorioso,
Un altibajo le alcanzó espantoso.
Y dándole primero á Gorgio muerte,
Un músico del rey, que á dar venia
Solaz, y no á reñir, porque á su suerte
Las pretensiones no regló aquel dia;
Contra Arlange un revés volvió tan fuerte,
Que todas las victorias que traia
Por el suelo le echó, y en larga pieza
Del cuello la fantástica cabeza.
Y dando á las espaldas el escudo,
Con la espada á dos manos fue haciendo
Mortal estrago, y por el pueblo rudo
Crecer el alboroto y el estruendo:
El feroz Biarabí, que ya no pudo
Mas el rigor sufrir del brazo horrendo,
Ni los furiosos golpes que en su gente
Da y ejecuta la feroz serpiente:
Con una lanza como gruesa entena
Contra él por medio del furor se lanza,
Y en el soberbio pecho que resuena
En negro aliento soplos de venganza,
El encuentro acertó, y de estruendo llena
La selva y de los trozos de su lanza,
Bramando vuelven por los robles secos
Del sordo monte los quebrados ecos.
Perdió el gallardo moro los estribos,
Abrazándose al cuello del caballo,
Al tiempo que diez golpes vengativos
De ira llenos bajaban á buscallo:
Fue despertar en su furor mas vivos
Los brios de vengarse, y provocallo
A un increible y espantoso estrago,
Y á dar al rey de su traicion el pago.
Así en los duros yunques de Vulcano,
En las cavernas del Tinácrio monte,
Si el rayo se desliza de la mano
Al negro Esterpe, ó al horrible Bronte,
Rompe en fiera estampida por el vano
Contorno de su lóbrego horizonte,
Llevando el ronco estruendo en un instante
Fraguas, obras, y obreros por delante.
Con semejante furia, y con violencia
Igual volviendo en sí el feroz guerrero,
A Lurco mata, alcaide de Plasencia,

A Gripol, á Alberindos, y á Bambiero:
Y sin hacer caudal ni diferencia
Del humilde villano al caballero,
A Cepola, escudero de Algaberto,
Y á su amo, de dos golpes dió una muerte.
Y vuelto al rey, que con feroz denuedo
Alta la espada por le herir volvia,
A recibille el golpe estuvo quedo,
Y de la muerte se escapó Argalia,
Que ya la iba tragando con el miedo
Del jayan bravo que sobre él venia,
Dió el golpe encima de la sierpe de oro,
Haciendo que lo sea en rabia el moro.
Y en respuesta le dió tras de una punta,
Que le encarnó aunque poco en el costado,
Un ligero mandoble, en que fue junta
La colérica rabia al justo enfado:
Llevóle medio escudo, y con difunta
Color el rey cayó desacordado,
En la cabeza, el hombro, y pecho herido,
O muerto al verde prado, ó sin sentido.
Y revolviendo la furiosa espada
Al vulgo que á vengarle se apercibe,
A este de intento, al otro de pasada,
En todo su rigor y enojo escribe:
Con que de la otra gente amedrentada
La esperanza y el ánimo recibe,
Y con tan buen caudillo en su presencia,
Mas que antes hacen firme resistencia.
El valiente Arganzon, que en guarda puesto
De las doncellas y la infanta estaba,
Viendo caido al rey, huyendo el resto
De solo un brazo, y su arrogancia brava;
Bramando al cielo sale de su puesto,
En la ancha mano su acerada clava,
Con que una horrible pasta á un golpe fiero
Las armas piensa hacer y el caballero.
Era Arganzon del reino de Pamplona
Alferez real, de corazon valiente,
Nacido segun unos en la Sona,
Y segun otros en la Nubia ardiente,
De corpulenta y bárbara persona,
Armado de unas conchas de serpiente,
De muchas fuerzas, y ninguna maña,
A quien su rey pasó de Argel á España.
Fundó en Navarra sobre una alta breña
Un castillo gentil, que el gran Teobaldo
A Guevara ganó, y mudó su seña,
Las bandas y panelas de Grimaldo:
Dando á su ilustre casa no pequeña
Magestad desta peña el fiel respaldo,
Ganada á fuerzas del soberbio Argante,
Pariente y sucesor deste gigante.
Este pues viendo el espantoso estrago
Que la aragonés furia hace en su gente,
Al rey caido en un sangriento lago,
Y á sus golpes medroso el mas valiente;
Dando órden que Bramul con tierno halago
La infanta lleve en órden suficiente
A las barcas, y allí en el albedrío
De Zaldirán la entregue, y pase el rio;
Con pecho osado, y ánimo brioso,
Alta la espada, y su furor mas alto,
A dar fue en Ferraguto un peligroso
Golpe ayudado de un ligero salto:
Erróle con la cólera, y furioso,
De rabias lleno, y sufrimiento falto,
La bisarma arrojó, sacó la espada
En mora sangre sin lealtad manchada.
Mas antes que ejecute el golpe fiero,
Uno tal le prestó el sagaz pagano,
Que el medio escudo, aunque de fino acero,
Le llevó al suelo, y parte de la mano:
Dió un bramido el jayan, y el caballero
Otro segundo le asentó de llano
Encima el duro yelmo, que sin tino
Al verde suelo del caballo vino.
Creyó que habia acabado la jornada
De aquel golpe espantoso la violencia,
Y así esgrimiendo la lustrosa espada
Sin hallar en reparos resistencia,
De tajo, de revés, y de estocada,
Hiere, destroza, mata, y diferencia
Con horribles señales y heridas,
Cuerpos, armas, personas, muerte, y vidas.
De las medrosas sobras que han quedado
Al destrozado campo de Pamplona,
Ya sin caudillo en son desordenado
Huye á salvar cada uno su persona:
Y el vencedor gallardo que el cuidado
Mayor quel suyo alienta, y aficiona
El de la bella infanta, ya trataba
De seguir á Bramul que la llevaba.
Cuando Arganzon volviendo en su sentido
Furioso contra el cielo se levanta,
Que en verse de mortal valor rendido
Los muertos pisa, y á quien vive espanta;
Y el corvo alfange en alto suspendido
Un golpe al moro dió con fuerza tanta
Sobre el dorado yelmo á todo vuelo,
Que dió con él de espaldas en el suelo.
Bajóse por cortarle la cabeza,
Cuando el brioso aragonés gallardo,
Con nuevo aliento, y nueva fortaleza,
Mas ligero saltó que un presto pardo,
Huyendo con mañosa ligereza
El golpe altivo del jayan bastardo,
Aunque en el hombro le alcanzó sinistro
El filo agudo del alfange diestro.
Cortóle de la malla el fino lazo,
Y gracias al encanto de Lanfusa,
Que tambien le llevara entero el brazo,
Sino hallara en su virtud escusa:
Mas él que solo siente el embarazo
De no seguir la infanta, no rehusa
Sus golpes, ni hace dél ni dellos cuenta,
Que en uno piensa de cobrar cincuenta.
Y así despues que de uno y otro lado
Del acerado arnés la fina malla
El soberbio jayan cortó alterado
En descompuesta y bárbara batalla,
Ferragut le acertó un descaminado
Golpe del yelmo en la dorada talla,
Tal que él, y la cabeza, y pecho abierto,
Espantable cayó en el suelo muerto;
Con ruido igual al que en los valles hace
De las sierras de Cuenca y de Segura
El pino altivo que en sus hombros nace,
Y en los suyos la mar vuelve segura;
Que si el yerro le tronca, y le deshace,
Suena al caer, y tiembla la espesura,
Las hojas en los árboles vecinos,
Y el pez en sus remansos cristalinos.
No quedó al golpe horrible altiva espada
De cuantas antes contra sí tenia
Que no huyese, viendo destroncada
La mayor fuerza con que el rey venia:
La gente antes vencida y desarmada
Contra Bramul, que á se escapar huia
Con la infanta, sin armas y sin tino
Peleando le estorbaba su camino.
Hasta que libre ya de la refriega
En que quedaba el moro diligente,
Lloviendo sangre de su espada llega
A dar socorro y ánimo á la gente:
No fue de dura esta segunda brega,
Que un desmayo entibió el furor ardiente
De los navarros moros, viendo cierto
Ser Arganzon vencido, y su rey muerto.
Huyeron por el bosque divertidos

A los ocultos valles de la sierra,
Quedándose entrampados y perdidos
Los mas por la ignorancia de la tierra:
El bravo aragonés que vió rendidos
Los principales nervios de la guerra,
Envainando su espada, y su braveza,
Así la empresa de su gusto empieza.
Llegándose á la infanta, que admirada
Está de las bravezas de su mano,
De sus medrosas damas rodeada,
En tono humilde, y modo cortesano!
«¡Oh beldad, dijo, en quien se ve cifrada
La entera gloria del tesoro humano,
Que en las centellas desos ojos vuela,
Y ardiendo el alma sus antojos yela!
Si este humilde servicio entrar en cuenta
Puede con el que el mundo os pecha y paga,
Y en noble gusto un tal deseo se cuenta
De cualquier deuda por bastante paga;
Sin hacer de otro bien caudal ni cuenta
Así mi presuncion deste se paga,
Que en fe se atreve de tan buena suerte
A ofrecerse por vuestro hasta la muerte.
Soy, si la fama deste brazo y mano
Volar tan alto con mi nombre pudo,
El hijo de Lanfusa y de Uliano,
De Huesca rey, y de Aragon escudo:
Del gran Soldan de Babilonia hermano,
Y soy el que sin armas, y desnudo,
Maté á Argalia en Francia peleando,
Y las suyas quité al valiente Orlando.
Y así la fama de esa luz preciosa,
Que ya clara en mis ojos reverbera,
Fue en mi libre cuidado poderosa,
Y á sus rayos mi alma tan de cera,
Que por virtud y fuerza milagrosa
Viva se imprimió en ella de manera,
Que sin mas esperiencias mi memoria
Hecha quedó un retrato de su gloria.
Y la ventura que al principio quiso
Darme de tal tesoro alegre nueva,
Siendo mi guia, hizo de improviso
Que por mas bien este favor le deba,
Trayéndome á tan nuevo paraiso
Por dulce alivio, y por bastante prueba,
Que si es grande la voz de esa belleza,
Es la fama menor que su grandeza.
Luego que amaneció en mi pensamiento
La justa estimacion desta noticia,
Sin hacer caso de otro humilde intento
De ser vuestro me dió noble codicia:
Cobrando mi rendido pecho aliento
Para con él vengar vuestra injusticia,
Y gozar juntamente el bien que aspira
Ese divino rostro en quien le mira.
Y así se debe todo á la grandeza
Que el cielo puso en vos, y á mí la gloria
De saber adorar tanta belleza,
Y gozar sin pensar desta victoria:
Todo junto pretende en vuestra alteza
Deste servicio y voluntad memoria,
Con que en mi crezca el ánimo en serviros,
Y en tanto bien amor temple sus tiros.»
Dijo, y la alegre gente cortesana,
Que á la espada sobró del enemigo,
En torno de la bella toledana
Cobraba aliento ya, y seguro abrigo:
Y ella con la victoria mas lozana,
En rostro afable, y en semblante amigo,
Al gran libertador que atento via
La dulce boca á responder abria.
Cuando vieron salir de la espesura
Un brioso y desenvuelto caballero,
Sobre un caballo de gallarda hechura
Todo cubierto de oro, y él de acero,
Con una dama tal, que su figura
Admiró los presentes... mas primero
Que mi pluma á este cuento se entremeta
Volverla quiero á la olvidada Arleta,
Que no es razon que porque el tiempo haga
Su oficio en ella, como en todos suele,
Ya que uno al irse con rigor le paga,
No venga otro tras él, y la consuele:
Que si con su volar todo se estraga,
Tambien es justo que en sus penas vuele,
Y se acabe el dolor como el contento,
Y nada tenga en su inconstancia asiento.
Del encantado moro el justo enfado
Atada habia dejado á la hechicera
Al duro tronco de un ciprés copado
Del fugitivo Tajo en la ribera,
Donde cuando apuntaba el sol dorado
Tras la estrella del alba placentera,
Una villana vió medio desnuda
Con lágrimas pidiendo al cielo ayuda.
Dióle voces la maga, y la doncella
Con ellas de repente alborotada,
Medrosa á los principios quedó en vella,
De su fealdad y gestos asombrada,
Hasta que al fin compadecida della
Llegó á darle favor, y desatada
Ella en pago le pide como amiga
Para ayudarla el fin de su fatiga.
«Señora, dijo, aunque contarla quiera,
Ni sé decir ni entiendo el cómo ha sido,
Ayer desde mi aldea á esta ribera
A cazar vine con mi padre un nido;
Y no sé adónde, ni por qué manera,
Me puso en un caballo, y él subido
En la silla tambien, donde queria
Furioso nos llevaba y nos traia.
Metiónos por la lóbrega espesura
Deste bosque sin luz, y andando á tiento
De un riesgo en otro, sin hallar segura
Senda ni guia á nuestro ciego intento,
La noche fuimos toda á la ventura,
O sin ella, hasta ya que al pardo viento
El lucero aclaró, y con su tesoro
De blanca plata hizo el carro de oro.
Entonces en el soto de improviso
Una fiera saltó, y alborotado
El brioso animal hurtarle quiso
La vuelta dándola él desordenado:
Dió conmigo en el tronco de un aliso,
Y en su huir á mi padre desdichado
Colgado le llevó de un corvo estribo,
Haciéndole quiza pedazos vivo.
Yo por estos ribazos, y estas peñas,
Con el ansia de darle algun socorro,
Cual me ves destrozada de sus breñas,
Sin saber dónde á socorrelle corro.»
Dijo, y entre unas vástagas pequeñas
De álamos, que hacen en el prado un corro,
Los bufidos oyeron del caballo,
Acudiendo las dos por atajallo.
Halláronle entrampado en los grimazos
Que un ciego bosque de álamos hacia,
Hecho el villano entre sus piés pedazos,
De un estribo colgado todavía:
Dió la doncella en él tristes abrazos
De sobresalto llena, y de agonía:
Arleta asió del freno por la rienda,
Tomando el paso de una estrecha senda.
Conoció en el caballo, y el suceso,
Ser el que iba buscando Ferraguto,
Aquel moro feroz que en su alma impreso
El brio dejó de un pensamiento bruto:
Y sin dar mas consuelo en el avieso
Caso de la doncella, ni en su luto,
Sola se la dejó, y se fue contenta,



Que del ajeno mal ¿quién hace cuenta?
Va con ella doméstico el caballo,
Y ella agradada de su vista y talle
A Brabonel pretende presentallo,
Y con esta ocasion nueva obligalle:
Y si él cual debe no le estima, dallo
En premio á quien prometa de vengalle
Del afrentoso agravio que le hizo
Aquella noche el moro advenedizo.

ALEGORIA.

En las tragedias de Bahamel y su esposa, hechas tan á ciegas, y con tanta desgracia, se muestra lo mucho que en los sucesos humanos pueden las estrellas bien ó mal afortunadas, que aunque no llegan á forzar la libertad del albedrío, no hay duda que en las cosas inferiores es gran fuerza la del hado, que segun la opinion de algunos, referida por Santo Tomas, es la disposicion del signo en que cada uno es concebido, al cual aunque le es superior el libre albedrio, en muchas cosas se deja vencer de su violencia, y principalmente en aquellos casos que el saber y prudencia humana no alcanza á prevenir, y eso quieren decir las desgracias del caballo Clarion, que la fuerza de las estrellas predomina en los brutos, y en la parte sensitiva, y no en el albedrío humano y voluntad racional.

En Ferraguto abrazado con Arleta, se muestra cuan cierto es en el hombre caer de las manos del deleite en las del arrepentimiento: la vela de Arleta significa los aparentes antojos de un deseo amoroso, y cuan otras de lo que son pinta y barniza las cosas.

Ferragut peleando con las gentes de Biarabí en favor de Galiana, es figura de la irascible contra los estorbos que se le ofrecen al paso del conseguir el fin que el hombre pretende: y en Biarabí destruido y frustrado de su intento, como un traidor pocas veces se escapa de morir á manos de su traicion.

LIBRO OCTAVO.

ARGUMENTO. Describese quién fue Arleta, la cual presenta el caballo Clarion á Rangorio porque le vengue de Ferraguto, á quien hallan con la infanta de Toledo, acabando de vencer la gente que la llevaba presa. Llega el campo de España á Sansueña, haciendo una gallarda reseña á vista de sus muros. Sale Carlidoro á reconocerlos, ve sin ser visto á Florinda, enamórase della, y trata de robarla la siguiente noche. Serpilo y Celedon compañeros suyos hacen grande estrago en la gente dormida del real cristiano. Carlidoro, como lo trazó, roba á Florinda, y huyendo con ella da en una escuadra de cristianos, donde le matan, y á ella sin conocer lo llevan presa á la tienda de su esposo.

Fue Arleta (es bien, señor, que sepais esto
Para mas luz de su famosa historia)
Una maga falaz, cuyo compuesto
Rostro aun conserva Tajo en su memoria,
Y en una carcomida gruta puesto



Su primera beldad hace notoria,
Y del furor de su ánimo insolente
Esto por tradicion cuenta la gente.
En su florida edad de agrado y gusto,
Aunque altiva en su trato, y deshonesta,
Con que en celosas rabias y disgusto
Siempre á Toledo trajo en bandos puesta:
Amiga de Yucef, moro robusto,
Que á toda España gobernó, y con esta
Mano en su pretension no hubo interese
Que no intentase, y con que no saliese.
Mas el tiempo que todo lo consume
Dió y tomó como en otras en sus cosas,
Dióle males que cuente, años que sume,
En ferias de las perlas y las rosas;
Quedándose tan vana, que presume
Que aun pueden ser al gusto apetitosas
Las fruncidas arrugas, y las sañas
De los húmedos ojos sin pestañas.
Tirando de la edad cuanto mas pudo,
La ponzoña del tiempo y del afeite
El turbio rostro le dejó sañudo,
De unciones lleno, destilando aceite:
Y el débil cuerpo de raices nudo
Con las vivas memorias del deleite:
Mártir de nuevas aguas y legías,
Que en reumas trueca el curso de los dias.
Perdió con ellas los manchados dientes,
De un ojo el sol, y la una y otra ceja,
Que estos son los toisones escelentes
Que el torpe vicio á quien le sigue deja:
Al fin hecha de humor horribles fuentes,
Por todas partes consumida y vieja,
Dió en procurar con infernales medios
A su antigua pasion nuevos remedios.
Tenia en el Tajo entre una obscura breña
Una encubierta gruta en que vivia,
Y una fuente llamada de la Dueña,
Que de ara á sus conjuros le servia:
Quizá fue á donde ahora es Fontidueña,
Y su nombre heredó desta harpía;
Que hay fama que en su pueblo aun persevera
Nobleza desta antigua hechicera.
Tenia la fuente siempre emponzoñada,
Y enturbiando sus aguas el sentido,
Dejaban la memoria embelesada,
Y el gusto al suyo sin querer rendido:
Con que en torpe deleite ocasionada
Deseo no tuvo sin le ver cumplido,
Sino el de Ferragut, cuya locura
Las luces apagó de su hermosura.
Esta pues con las riendas del lozano
Caballo Clarion va su camino,
Trazando en sí de darlo de su mano
Al que ya hizo de sus gustos dino:
Al feroz Brabonel zaragozano,
O á quien le busque y mate al sarracino,
Pretensor bravo del gallardo potro.
Que al uno adora, y aborrece al otro.
Gozó de Brabonel algunos dias
En vario engaño y ciegos embelecos,
Hasta que al fin por encubiertas vias
De su cueva huyó á los montes secos;
Sin valer ya con él magas porfías,
Ni de su halago los fingidos ecos,
Y presa de su amor entonces iba
Con la memoria y la aficion mas viva.
Cuando al bajar de una pequeña loma
Vió un caballero de unas armas goles,
Que bañada la espada en sangre asoma
Cual sol de abril en rojos arreboles,
Y que el camino hácia la selva toma
Tras dos gallardos moros españoles,
Que el caballo le han muerto por dejalle
Sin que seguirlos pueda á pié en el valle.
Alcanzó al uno de un revés ligero,
Que lo fue mucho mas que su caballo,
Yendo al suelo caballo y caballero,
Sin que trate el que huye de ayudallo:
Y acertando el segundo golpe fiero
Le abrió del hombro al pecho, y pudo dallo

Tan á gusto y sabor, que el que huia
Con solo alfanje y sin arnés venia.
Al otro le valió su ligereza,
Y el victorioso caballero armado,
Volviendo á todas partes la cabeza,
A Arleta vió bajar por el collado,
El caballo del diestro, que en belleza
Escede á cuantos Betis ha criado,
Con el rico jaez que al huello ufano
Sonando el oro le hace mas lozano.
Era este caballero el gran Rangorio,
Padre que es de Oliveros, y de Baldo,
El que en Mopsa mató en su Consistorio
Alevemente al conde don Grimaldo:
Aquel conde nobleza de Sertorio,
De Montesinos padre, y de Teobaldo,
Que á España huyeron, y de su renombre
A la Peña de Francia dieron nombre.
Este por Carlo Magno era en Girona
Gran duque, y á esta empresa toledana
Con el falso rey vino de Pamplona
Por ver de Brabonel la espada ufana,
Con quien probó aquel dia su persona
Dentro en la inculta selva comarcana,
Mientras que el rey como hambriento lobo
De una tierna cordera hacia su robo.
Y estando en lo mejor de la batalla
A ellos vieron venir tres caballeros,
Publicando el peligro en que se halla
En el bosque la infanta y sus monteros:
El moro Brabonel por ayudalla,
En fe le pide de ínclitos guerreros
En aquel punto dejen el combate,
Y al dia siguiente alarguen su remate.
No lo otorgó el francés, que era su intento
Que Biarabí saliese con la empresa,
Cuando los tres con ciego atrevimiento,
Viendo á traicion llevar su infanta presa,
A un tiempo juntos su furor violento
A dar sobre él bajaron con tal priesa,
Que sin que Brabonel pueda estorballo
Mataron sino á él á su caballo.
Y no admitiendo el de Aragon la suerte
Que á su victoria el tiempo le ofrecia,
Las riendas vuelve, y de su pecho fuerte
El brio á dar favor á su alegría:
Rangorio de los tres dió á los dos muerte,
El tercero huyó á servir de guia
A Brabonel, cuando el preñado monte
Al valle parió á Arleta, y á Clarionte.
Salió á ver el retrato en que tenemos
Juntos el de hermosura y de fiereza,
Caballo y dama, donde visto habemos
De las obras del tiempo la firmeza:
Ambos de los azares los estremos,
Uno en torpe fealdad, otro en belleza,
Ahora Rangorio en ambos entrampado
¿Como se librará de desgraciado?
Preguntóle, á quién lleva aquel caballo,
Y respondió á sabor la astuta vieja,
Que es suyo, y que lo lleva para dallo
En premio á quien la vengue de una queja:
Ofrécese el francés á procurallo,
Y ella á su gusto y voluntad lo deja,
Con tal que hasta vengarla en cualquier via
Segura le haga y noble compañía.
Refirióle que habiendo regalado
De casa y cena á un falso caballero,
La habia sin culpa suya deshonrado,
Y mostrado á sus blandos ruegos fiero:
«No sé, dijo el francés, lo que ha pasado,
Yo haré lo prometido verdadero,
Lo demás tú lo sabes, solo digo
Que tenia hambre quien cenó contigo.»
Miróle de mal gusto la ramera,
Y á no haber dado ya el caballo, es cierto
Que por solo aquel mote no le diera,
Aunque le diera á Ferraguto muerto:
Mas viendo que enojarse entonces fuera
Perderlo todo, prosiguió el concierto
Como astuta y sagaz por mil maneras,
Echando en burlas las pesadas veras.
Y él con ella á las ancas por la selva
A buscar fue la gente de Pamplona,
Antes que el fiero Brabonel revuelva
De Toledo á amparar la real corona:
Mas por presto que á dar alcance vuelva
Al amado escuadron, y á la persona
Del encantado y diestro Ferraguto,
Su primer fiesta habrá trocado en luto.
Y como en los azares que traia
El francés cabe todo, vió temprana
Su cierta destruicion en alegria
En que la gente estaba toledana:
Que este es el gran guerrero que salia
Del monte, y suspendió de Galiana
La respuesta, y de Arleta el desenfado,
La que mas que los muertos manchó el prado.
Fue general la turbacion siguiente,
Galiana en conocer por el escudo
De tres coronas al francés valiente,
Y él en ver tal destrozo quedó mudo:
Arleta hallando á Ferragut presente
Tenerse de temor en pié no pudo,
Cayendo del caballo sin aliento
A los piés de su altivo pensamiento.
El moro mas que nadie alborotado
Viendo el caballo tras que ayer corria,
Y de otra parte el bulto embalsamado
Que cual muerta fantasma le seguia;
De uno rabioso y de otro alborotado,
Romper por todo su furor queria...
Mas del acometido rompimiento
Otra vez se dirá el furor violento.
Que ya Tibalte á vista de los muros
Y levantadas torres de Sansueña,
A trinchear y hacer fosos seguros
Del gran Leon encamina la alta seña:
Y en distintas escuadras por sus duros
Collados va en bellísima reseña,
Tal que la antigua magestad de España
El aire, aunque oprimida, en triunfos baña.
De Sansueña el alcaide un tiempo esposo
Fue de Brunilda, hermana del rey Silo,
En quien de un parto tuvo peligroso
Dos hijos, y mil lágrimas á hilo,
Muriendo para dar fruto precioso,
Con mas gracias que flores riega el Nilo,
En una bella niña y un infante,
Como la luz que al dia va delante.
Al niño hurtó un esclavo en un desierto,
O cruel le mató sin culpa alguna,
Mas de la niña el cielo hizo un enjerto
En su rostro del sol y de la luna:
Tomó en sus ojos la hermosura puerto,
Desde donde ella y el amor á una
Los dulces tiros hacen, cuya guerra
En un cielo de paz vuelven la tierra.
Fue su nombre Florinda, y ella un mayo
De flores, cuyo pecho y alma altiva
De un fuerte amor el poderoso rayo
Al primer golpe la dejó cautiva,
Y hoy de una larga ausencia el frio desmayo
Apenas la esperanza tenia viva,
Cuando en sus vueltas la fortuna incierta
Viva con una la volvió de muerta.
Del conde don Tibalte un noble hermano,
Que Argildos de Velasco se decia,
Por su teniente en el real cristiano
Puesto en favor de la ciudad venia:

Altivo, jóven, de ánimo lozano,
Pecho fuerte, y robusta gallardía,
Que en la córte de Oviedo con bastante
Favor fue desta dama tierno amante.
Vino el valiente godo á la jornada
Solicitado de amoroso ruego,
A ver su gloria con la vista amada,
Cuyas ausencias le han tenido ciego:
Y porque el rayo de su ardiente espada
Allí importa que ayude á sembrar fuego,
Al fin entre el furor que el alma encierra
En busca de su paz vino á la guerra.
De finos jaspes con relieves de oro
En lo mas alto de una torre habia
Un bello mirador, que el campo moro,
Y de Arga la ancha vega descubria:
Aquí á las voces de un clarin sonoro,
Que descubrió la hermosa infantería,
En rico estrado de oro la gallarda
Florinda su vistoso alarde aguarda.
Cercada de bellísimas doncellas,
Y de esperanzas y deseos cercada,
Por ver la entrada de los campos ellas,
Y ella por ver de su amador la entrada:
Con rica cinta de esmeraldas bellas,
Y un delfin que las traga por lazada,
En agüero feliz que está en bonanza,
Ceñida ya del fin de su esperanza.
Puesto á su lado el venerable Artero,
Que plático en la guerra les dijese
Bandera por bandera el campo entero,
Y quien su capitan y escuadra fuese:
Fue la gente llegando, él con severo
Aunque alegre semblante, en que se viese
De su cordura y discrecion el modo,
Asi fue señalando el campo todo.
El que á su cuenta trae el estandarte
Real, y el aire enciende con su acero,
Debajo cuyas grevas viene un Marte,
Mas que el que en Tracia riñe altivo y fiero:
Aunque de godo tiene una gran parte,
De la antigua montaña es el primero
Tibalte de Velasco, y desta gente
Digno caudillo y general prudente.
Bello Centauro en medio los barbechos
Pinos de Osa parece en brio y talle,
Cuando con dos espaldas y dos pechos
La espesa selva asombra y rompe el valle:
Tiemblan á sus piés anchos los barbechos,
Las fieras y ganados le hacen calle,
Y él dejando tras sí la alta montaña
Las fuentes turba, y hunde la campaña.
Del antiguo Idubeda, que ya puso
Nombre á esta inculta sierra, es descendiente,
Y la gallarda escuadra que en difuso
Monton le cerca de su casa y gente,
Diestra en la alegre caza, y en el uso
De herir de lejos con venablo ardiente,
Cuyas flechas y dalles enastados
Por los aires alcanzan los venados.
El que sigue tras dél con su bandera
Es el valiente jóven Coribanto
De Tenera sangre casta verdadera:
El siguiente es el noble Itadamanto,
Que una hidalga escuadra rige entera
Del valle de Solorzano, y el manto
De hoces de verde plata y lirios de oro
Siembra en su nueva gala un real tesoro.
Claverindo es aquel, y las legiones
Que la fértil Rioja el valle opaco
Con rejas rompen, y los ricos dones
De Ceres gozan y del libre Baco:
Aquel es Aldigér, cuyos florones
Del limpio arnés y del bruñido jaco
Los rayos dan, que ahora con sus brios
Vuestros ojos deslumbran, y los mios.
Su gente siempre á guerras inclinada,
Y puesta al enemigo por frontera,
Con corvo arado, y con luciente espada
A un tiempo abre del surco la carrera:
La que tras ella en ala concertada
De un dragon de oro sigue la bandera,
Es de las quiebras de esta insigne sierra
Escogida la flor de cuanto encierra.
Del valle de Bastán los mas valientes
Aquellos son de los escaques de oro,
Hechos á defender por sus vertientes
De sus famosas minas el tesoro:
Aquel es Berlicano, los siguientes
Son Peralta y Cerdan, que al pueblo moro
Han ganado en diversas ocasiones
De sus graves escudos los blasones.
De dos mil es su bella escuadra junta,
Gente insigne, ligera, y belicosa,
Arrogante, feroz, y que se apunta
En cólera y furor por cualquer cosa:
No sabe en general herir de punta,
Ni de lejos la flecha peligrosa
Despide á donde haga golpe vario,
Mas pecho á pecho rinde á su contrario.
Monsalve es quien la guia, por ausencia
Del príncipe Teobaldo de Guevara,
Cuya grave persona y real presencia
Su ilustre sangre muestra al mundo clara:
Nacido donde de Arga la violencia
En rocas de cristal rompe y declara
Entre un preñado monte, y su eminente
Risco el vistoso orígen de su fuente.
Es el que la argentada luna vuela
En campo azul el lusitano Argante,
Famoso cazador y que en la escuela
De Cupido gran tiempo fue cursante:
Diez años la bellísima Clarela,
Que ahora es ya su esposa, fue su amante,
Y tantos en su ardiente sangre moza
La esperanza vivió del bien que goza.
De ochocientos caballos le acompaña
La bella escuadra que en Setúbal hizo,
A quien freno ni espuela, industria ó maña,
Ligereza les da ni brio postizo:
Es fama que al frescor de su campaña
Del mar vecino el viento movedizo,
En sus fecundas yeguas dió la cria
Que despues con su padre competia.
Desto se precian, y de haberles hecho
El rey Tubal primeros deste mundo,
Dando principios á su pueblo estrecho
(Si es como dicen) sobre el mar profundo:
Con ellos van los que el dorado techo
Guardan de Bamba, y su jardin fecundo,
En Hircana, y aquellos que en Mondego
Las sombras gozan de su fértil riego.
Las armas destos son ligeros dardos,
Dorados yelmos, y argentadas mallas,
Con que veloces cruzan, y gallardos
Cual mejor gustan tejen sus batallas:
Los que ya allí de sus plumeros pardos
La alegre sombra da en nuestras murallas,
Son ochocientos asturianos fuertes,
Diestros á hacer en sus contrarios muertes.
Dos tantos trae el escuadron siguiente,
Todos de lo mejor de la montaña,
Y ambos á cargo y cuenta del valiente
Romi, que allí su luz la vista estraña:
Este del rey Hesperio es descendiente,
Que antiguamente gobernó en España,
Y aquel lucero de oro en medio un cielo,
Armas son y memoria de su abuelo.
Fue Hesperio un gran gigante, de quien toma
Italia nombre, y nuestra España aumento,

Y de Romi, su nieta, el suyo Roma
(Si es de la fama verdadero el cuento);
Que este del sacro Tiber la ancha loma
Hizo gemir, y abrió el primer cimiento
Del muro, á quien despues los dos hermanos
Con la sangre bañaron de sus manos.
Allí viene Fabricio, ¡oh adverso hado!
Sin su querido hijo cual solia,
De su alma vida, abrigo de su lado,
Y bella lanza, si en Leon la habia:
Con la hermosa Gaviria desposado
Por festejar sus bodas salió un dia
A caza, y el correr de un oso fiero
Hizo un segundo Adonis del primero.
De Bardulia mil fuertes moradores
Siguen el tremolar de su bandera,
Hombres duros, incultos, sufridores
De los trabajos y la hambre fiera:
Menosprecian las penas, son mejores
Cuanto mas el rigor les persevera,
Cantan en los tormentos, y las furias
Al verdugo acrecientan con injurias.
Son de su natural duros y atroces,
Que su tierra de hierro y pedernales
Hecha una dura pasta, los feroces
Animos cria á su cosecha iguales:
A la ira prestos, al herir veloces,
Y al aceptar pendencias liberales,
La madre mas piadosa al hijo amado
De acero le arma y le ocasiona armado.
Está toda Cantabria á la influencia
Del fiero norte, y su importuno yelo,
Hiriéndola de lleno la inclemencia
De aquel cuartel de riguroso cielo;
Con sola esta pequeña diferencia,
Que en las figuras de su tardo vuelo,
Los dragones, los osos, las serpientes,
Son allá arriba estrellas y acá gentes.
Pues ya con el clarin de aquesta guerra
Sus belicosos pechos alentados,
No quedó valle en su fragosa sierra,
Que cual Tebas no espigue hombres armados:
Los que en desentrañar la dura tierra,
O en las ardientes masas ocupados,
El metal labran, que de luz vestido
En las hornazas hierve con ruido.
Los que del Deva gozan los cristales
Que le entrega el helado Pirineo,
Y á los que en sus salados minerales
De blanca sal les dan sabroso empleo:
Los que del mundo habitan los puntales
Sobre las nubes puestos por trofeo,
Y en la peña Udalacha y en Ambroto,
Sombrío gozan y agradable soto.
Es este el fresco valle de Arrazola,
Con quien se aunan por diversas vias
Los que por las riberas del Urrola
El rumor sordo asombra de herrerias:
Cuando en ardientes llamas arrebola
Del pardo hierro las escorias frias,
El que al valle de Aytona, y de Zumaya,
De mimbres ciñe la florida raya.
Briganto es el que allí con plumas varias
Cual rojo leon fantástico campea,
Y Arnesto el que se sigue, de contrarias
Opiniones y modos de pelea:
Aquel quita á las armas ordinarias
El entero espaldar, donde se vea,
Que yendo en las espaldas sin abrigo,
Jamás las ha de dar al enemigo.
Mas Arnesto de solo acero viste
Las espaldas, y el resto desarmado,
A su contrario mas seguro embiste
Que si de dobles petos fuera armado:
En prevenirse con recato insiste
Al que puede venir descaminado,
Que el enemigo que delante halla
Harto hace en defenderse en la batalla.
Tras estos dos, que un solo arnés bastante
Defensa y armas da en cualquiera guerra,
Con las suyas le sigue lo restante
Del rio Lezo, y su abundante tierra:
El valle de Olearso, el relumbrante
Menlasco, la encumbrada y fértil sierra
Que el rio Vidaso rompe cuando llega
A ver de Uranzua la espaciosa vega.
Quinientos firmes hombres de armas lleva
Cada uno destos dos, á quien se junta
La gente que del rio Arajes prueba
Romper los yelos con pesada yunta:
La de Arracilo antigua, y la mas nueva
Del Irnio monte, y su nevada punta,
Gentes todas indómitas, feroces,
De diestras manos, y de piés veloces.
Tienen por triunfo de su brazo fuerte
No perdonar la vida al enemigo,
Mas vencer ó morir de cualquier suerte
Sin otro que su escudo por abrigo:
Juzgan por sola venturosa muerte
La que en la guerra queda por testigo
De su braveza, y sin valor ni fama
Quien tras largo vivir murió en la cama.
El de aquella dorada cruz por seña
Es nieto del famoso Ballugante.
Fundador de los muros de Sansueña,
Y sucesor del Mauritano Atlante:
Vino á la luz que nuestra ley enseña
Por oracion del santo monge Arbante,
Que la alta peña de Udalacha habita,
Y el mundo rige allí desde su ermita.
Con él vienen los pueblos que de Soria
En vida agreste labran las montañas,
Y la sierra Menistra, cuya anoría
Derrama el rio Jalon de sus entrañas:
Los que del Caco antiguo la memoria
Entre los surcos guardan y espadañas
Del frio Moncayo, en cuya cumbre ufano
Su alcázar tuvo el nieto de Vulcano.
Fue este el primero que en la fragua ardiente
De las masas de hierro forjó espadas,
Y el que el yelmo inventó resplandeciente,
Y anudó al jaco mallas enlazadas:
Del tercio de Ibarbuen era esta gente,
Mas hoy guia sus escuadras reforzadas
De Atlante el sucesor, que un trance honrado
Vida á su dueño le quitó, y cuidado.
Mas que diré de tí, oh Alces valiente,
Sino que tú eras solo poderoso
Con tu gran corazon, y el de tu gente
A volver desta guerra victorioso:
Tras tí los que del Dueña en la corriente
De beber gozan su cristal sabroso,
Y los que de Gijon los fuertes muros
Obra romana aun guardan hoy seguros.
Los marítimos pueblos de su costa,
Y los que de Pelayo el estandarte
En escuadra vió humilde, y á la angosta
La voz seguir de un no temido Marte,
Y á los que el paso estrecha y ensangosta
Del valle Riar la venturosa parte,
Que sus cenizas guarda en fama eterna
De Cobadonga en la feliz caverna.
Entre ellos van los mismos que al rio Deva
Ven ir volcando yelmos acerados
De sesenta mil moros, que con nueva
Muerte los dejó el cielo allí enterrados:
Huesos y armas al mar trastorna y lleva,
Los labradores calzan sus arados
Con los arneses que de la alta sierra
El rio que la carcome desentierra.

Fabio es aquel que en rayos de diamantes
Y acero ardiendo lleva el yelmo duro,
Gran capitan de Orense, y sus triunfantes
Pueblos aquellos de aquel polvo obscuro:
Estos con sus cuchillas relumbrantes
Hechos un escuadron tejen un muro,
Mas fuerte que de mármoles cuadrados
A los que dentro dél se hallan guardados.
Allí segura encierran su bandera,
Y aun su reino pudieran todo junto
Si en tan estrecho término cupiera,
Sin dél perder ni de su honor un punto:
Con los que al rojo Miño su ribera
Cultivan, y un fastástico trasunto
De Marte hechos sus montañas yermas
Labran, y gozan las romanas termas.
Van los que de su rio la ancha fuente
Ven, y al de Lugo fecundar la sierra,
Y el noble pueblo, á quien de Baco ardiente
El nectar baña la abundante tierra:
Hierven las cubas, su licor caliente
Hace al mundo sabrosa y dulce guerra,
Y ellos de anchas cortezas de alcornoque
Rodelas usan, y acerado estoque;
Pintadas de serpientes y leones,
Bandas, castillos, águilas, estrellas,
Sin poner por trofeos ni blasones
Los bellos rostros de sus ninfas bellas:
Tienen por sacrilegio en sus cüestiones
Que yendo allí sus damas den en ellas,
Y caso á su arrogante pecho injusto
Que aun las sombras ofendan de su gusto.
Y ellos tan cerca riñen de ordinario,
Que miden pié con pié el desnudo estoque,
Porque del yerro ajeno el golpe vario
En daño de su autor sus armas toque;
Que así la espada aferra del contrario
De su frágil rodela el alcornoque,
Que se queda con él, y desarmado
Es fácil de matar cualquier soldado.
Larsio es aquel de aquella luna nueva,
Gran hombre de á caballo en ambas sillas,
Sertorio el otro, que las gentes lleva
De Fontible, y las torres de Mantillas:
Allí va Sacrisildo haciendo prueba
Del real valor que de ambas las Castillas
Heredó de sus padres, y á su lado
Montalvo el rojo resplandece armado.
Los que en la sierra Orbion las moradas
Gozan de los antiguos Pelendones
Vienen tras él, y todas la cañadas
Que de su lago asombran las visiones:
Gentes á ver fantasmas enseñadas,
Que otra cosa no son que los varones
Ya vueltos vanas sombras, que en Numancia
Contra Roma mostraron su constancia.
Es fama que estas gentes ya cansadas
De la prolija hambre, y cerco duro,
Sus mismas armas contra sí asestadas
Fuego sembraron en su intacto muro:
Y de sus firmes venas desangradas,
Rojas manchas de Duero al cristal puro,
Que despeñado va de tierra en tierra
Huyendo al mar de su espantosa sierra.
De Berlanga, Gormaz, Osina, Arlanda,
De Tordesillas, de Zamora, y Toro,
Es la gente feliz que aquella banda
De negro luto sigue en campo de oro:
Aquel es del gran conde de Miranda
El estandarte real, este es Montoro,
Capitan de Simancas, y el siguiente
De Calahorra la invencible gente.
Estos, los cuales matan en su tierra,
Armados poner suelen por los muros,
Y con muertas fantasmas hacer guerra,
Y sus flacos adarbes mas seguros:
Y cuando el año se les alza y cierra,
Y el pan les falta, y los bizcochos duros,
Ni eso les rinde, ni les hace daño,
Que como tengan guerra no hay mal año;
Que armados salen de hambre, y la comida
Al enemigo quitan mas valiente,
Y cuando no hallan mas quitan la vida,
Y los cuerpos traen muertos á su gente:
Y no es carne para ellos desabrida,
Que la ira con la hambre es suficiente,
Para que si en sus trojes falta el trigo,
Se coman con sabor al enemigo.
Este es el grave Firmio, cuyo pecho
Del antiguo Diomedes descendiente,
Un fénix trae por timbre de oro hecho
En llamas de un balax resplandeciente:
Empresa de Vergidio, que al estrecho
Vierzo un tiempo dió nombre, y con su gente
En rubias masas de metal sonoro
A sus altas medulas sangró el oro.
Allí de Carracedo el negro lago
La gente da á este guerra que él recibe,
Suelta y feroz, que en su encubierto pago
De pescar sierpes por las aguas vive:
No sabe que es tener tiempo aciago,
Ni de la muerte horror, solo concibe
Deleite el alma cuando en dura brega
A echar las garras al contrario llega.
No usan blancos venablos, ni su flecha
La cuerda escupe en arcos desiguales
Mas duros robles de áspera cosecha,
Empedrados de vivos pedernales:
Porque mas les probó que en guerra estrecha
Ver del contrario rostro las señales,
Y ellos en medio del sangriento estrago
Sierpes parecen de su obcuro lago.
Así el Leonés decia, y la hermosa
Florinda, «dime, dijo, ó sabio Altero,
De aquellos dos hermanos la pomposa
Librea que allí descubre el limpio acero:
De un talle son, de un cuerpo, y una airosa
Alma pienso les da el aliento entero,
Segun en sus acciones se remedan,
Que ambos van, ambos pasan, ó ambos quedan.»
Rió Altero, «y no sois, señora, dijo,
Vos sola quien cayó en esa sospecha,
Que ya en muchos se dijo, y se desdijo,
La misma conjetura por vos hecha:
Y ellos no hermanos son, mas padre é hijo,
Y si mas firme puede, y mas estrecha
Ser la fe y la amistad, mas firme y bella
La dió á los dos su venturosa estrella.
Leonardo es el padre, que en Valencia
De una hija del rey hubo á Lisardo
En una cueva, donde la violencia
Huyendo le llevó de un suelto pardo:
Hallóla allí, y no hallando resistencia
En su gusto, no fue en cumplirlo tardo,
Niño, y niña tambien la mora bella,
Que salió madre, dondo entró doncella.
Parió á Lisardo, y en mantillas de oro
A su padre le envió en grave presente;
Gastando él en criarle un gran tesoro,
Nada á su real grandeza diferente:
Y hoy en el rostro, el talle, y el decoro,
Lo mismo cree que vos toda la gente,
Y ellos con gusto del sabroso engaño,
Siempre se visten de un arnés, y un paño.
Mas el que allí con plumas amarillas
El oro aviva del grabado escudo,
Si bien la débil vista percibillas
Entre el contento y sobresalto pudo,
Mi nieto Alcindo, diestro en ambas sillas,
Fuerto en la brida, en la gineta agudo,

En el brio me parece, en que sin tasa
Honra da á mi vejez, lustre á su casa.
Ya conozco de su águila la aguda
Vista y las plumas de oro con que vuela,
Oh jóven bello, á quien mi lengua muda
Siempre en contar tus hechos se desvela,
Dete el cielo feliz próspera ayuda
Cortando tarde la preciosa tela,
En que tu heroica juventud recama
Honra á tu patria y á su nombre fama.
Tenga en tu diestra la fornida lanza
Mas firme encuentro, y golpe mas cumplido,
Que tu padre infeliz tuvo en Arlanza,
Donde á mis flacos piés le ví tendido:
Apenas me dió en ti nueva esperanza
El cielo, apenas tú de un mes nacido
Eras, cuando se halló viuda tu madre,
Yo sin mi amado hijo, y tú sin padre.
Del bárbaro Argalin la inútil clava,
Mientras él con Chaquin, y el fuerte Ardante,
A una su espada y su ánimo probaba
Con diez vencidos moros por delante,
Bajó á traicion; ¡oh cielo! á quien tocaba
Vida y brazo guardar tan importante,
¿Por qué al padre infeliz darle quisiste
Golpe tan grave, confusion tan triste?
Cayó muerto á mis piés, ¡oh hado inhumano!
Que aun lugar no me dió el dolor que siento
A cerrarle los ojos con mi mano,
Ni á mi boca pasar su último aliento:
Mas al cruel homicida no con vano
Furor el mio pasé, que así sediento
De su sangre la mia satisfice,
Que honor, vida, y victoria le deshice.
Vengué tu muerte al fin, pluguiera al cielo
La suerte, oh hijo amado, se trocara,
Y con mi inútil carga el rojo suelo
La tuya alegre y nueva rescatara...»
Así en perlas bañando el blanco pelo,
Que venerable adorno da á su cara,
Altero, entre el dolor y la alegría,
Del vivo y muerto hijo proseguia.
Movió así el grave llanto el noble pecho
De las tiernas doncellas, que ninguna
Dejó de acompañarle; él satisfecho
De aquella compasion de su fortuna,
Enjugando los ojos sin provecho,
«¡De cuantos! dijo, ¡ay Dios! sin culpa alguna
Mi vista ver su gallardía no supo,
Mientras sin fruto en lágrimas me ocupo!
¡De cuántos sin razon no he dado cuenta,
Dignos de que la haga el mundo dellos!
¡Cuántos de aquella nube polvorienta
La sombra cubre, y el placer de vellos!
Allí ha de ir Alfajardos, la sangrienta
Luna, y los dos luceros son aquellos,
Que á vista de los moros de Tafalla
Quitó á Almanzor en singular batalla.
Deste os quisiera haber mostrado el brio,
Y el tuyo, ó generoso Calimarte,
Que á su lado andas siempre con sombrío
Penacho hecho un fantástico dios Marte:
Mas de tí, ó nuevo alferez de quien fio,
Que á la sombra he de ver de tu estandarte
Triunfar á Oviedo, y las francesas sañas
Rendidas al valor de tus hazañas!
¿Qué diré de ti digno, ó Virbio fuerte,
De Portugal caudillo, y de Galicia,
Qué diré de tu brazo, de tu suerte,
De tu esperiencia y brio en la milicia?
Del intrépido ardor contra la muerte,
Y del inmortal nombre la codicia,
Con que en batallas veinte y seis campales
A los pechos sacastes las señales?
Ninguna á las espaldas recibiste,
Que como á ellas siempre echaste el miedo,
Por no mostrarlo en tí jamás las diste
Al contrario, ni aun yo alcanzarlas puedo;
Mas ya, señora, desta insignia triste
Que aquí subiendo va mira el denuedo,
Y aquellas negras plumas, que en su vuelo
La fama espanta al mundo, y toca al cielo.
Ovento es el que dentro en la enlutada
Insignia llora el padre recien muerto,
De insigne lanza, y de temida espada,
Y pulso en el justar mas firme y cierto:
Hijo invencible del famoso Estrada,
Grave mago, y astrólogo encubierto,
Que supo cuantas en figuras bellas
Por su via lactea cierne el cielo estrellas.
Supo de los secretos de los dias
La gran revolucion, supo en el fuego
Adivinar por diferentes vias
Del mundo por venir el curso ciego:
Y aunque esto, oh noble astrólogo, sabias,
Nunca supiste del contrario Orbego
Huir el traidor golpe, que invisible
A tu pecho metió la muerte horrible.
Lleva este de las torres de Coruña,
Y campos de Tresmiera, mil soldados
Del leon rapante tras la garra y uña,
De pieles de osos y alcornoque armados.
Este es Ricardo del valor de Orduña,
Aquellos dos de azul y blanco armados
Dos hermanos, Arnalte es este el fiero
Caudillo de la casa de Bibero.
Aquel es Cleofonte, aquel Doraco,
Insigne este en el arco, el otro en maza,
Y el de aquel fino y relumbrante jaco
Oton, señor del parque de Peraza:
El que al volar de aquel plumero opaco
Los rayos de oro de su yelmo abraza,
Es el ilustre Alpidio, insigne hermano
Del que ahora rige el pueblo zamorano.
Trae de Astorga á su cargo las banderas
Astorga, á quien de Astirios las campañas
Nombre y cimientos dieron, y sus fieras
Armas el asturiano á las montañas:
Cuarenta son de á cinco las hileras,
Que de Sanabria el lago entre espadañas
Al son armó de su clarin, y el rio
Tera les añadió arrogancia y brio.
Casi otros tantos de argentada malla
La ribera vistió del claro Orbego,
Cuyos collados la áspera batalla
De los Suevos cubrió de sangre y fuego,
Cuando de esta nacion por acaballa
Hizo el rey Teodorico horrible entrego
Al gótico furor, y de sus gentes
El ancho rio bebió sangrientas fuentes.
Usan estos por armas largas ondas
De blanco lino y sedas de colores,
Que al despedir su tiro con redondas
Vueltas hacen vistosos resplandores:
Llueven de piedras turbulentas ondas,
Despiden desde lejos sus furores,
Y de sus estallidos por los huecos
Montes retumban los sonoros ecos.
El que el guion de aquellos lobos pardos
Cual veis lleva tras sí es Grabelio el fuerte,
Y los que le acompañan los gallardos
Pueblos que al Nervio rio dió la suerte:
Estos en prestas flechas y anchos dardos
Al contrario escuadron envian la muerte
Volando, como escuadras de aves juntas,
Que el aire rompen por diversas puntas.
Allí va el pueblo que la corva raya
Del fresco monte de Bilbao cultiva,
Y para grandes flotas por su playa
Los gruesos robles y álamos derriba:

El de Vermeo cabeza de Vizcaya,
Y el que de los Pelasgos se deriva,
Y á sus consultas públicas aplica
Su grave sombra el árbol de Garnica.
Mas mirad ya el que al resto de la gente
Tanto en su mismo esfuerzo se adelanta,
Que debajo de sí su altiva frente
Los campos mira, y á quien mira espanta:
De seis cercos de acero es el valiente
Escudo con que da vislumbre tanta,
El limpio arnés grabado de oro fino,
Y en vez de lanza un desmochado pino.
Este es el bello Argildos, que en la tierra
Ni hay beldad ni braveza que le iguale,
En quien con aparato real se encierra
Cuanto luce en amor y en la honra vale:
Despues del general de aquesta guerra,
La que mas en valor campea y sale
Es su persona, y la que en grita y pompa
Mas de la fama suena en la ancha trompa.
Aun no del rubio bozo el blando vello
La limpia tez del rostro le ha escarchado,
Y en cuatro campos el altivo cuello
De otros tantos jayanes ha cortado:
Trae por empresa en campo verde un sello
De una flor, y por letra «es mi cuidado,»
Y aunque el sagaz intento oculto guarde,
El fuego muestra que en sus venas arde.
Así el prudente Altero en voz severa
A la bella Florinda describia
Del campo real bandera por bandera
El alarde pomposo en que venia:
Y ella colgada de la voz postrera
Con nuevos alborozos de alegría,
Al bello jóven por su triunfo y palma
Desde allí por los ojos le dió el alma.
Y no hallando de amor el fuego ardiente
Lugar de dilatar su gran contento,
A dár órden en ver su amado ausente
Dentro se retiró de su aposento:
En nada halla quien ama inconveniente,
Todo lo allana un amoroso intento,
A esto se entró, y á reposar á solas
De sus deseos las crecientes olas.
En tanto en el ejército pagano,
Que al amparo del muro de Pamplona,
Con tremolantes lunas, y en lozano
Contorno le ciñó feroz corona,
El asiento escogia de su mano
En que alojar su campo, y su persona,
El bravo Cardiloro, que aquel dia
El real baston de general regía.
Fantástico y soberbio, porque un moro
Mágico y lisonjero le adivina,
Que ahora sea de gusto, ahora de oro;
Allí le espera una abundante mina,
De adonde ha de robar de un gran tesoro
La joya en su valor mas peregrina,
Con que avariento y vano ya se sueña
Señor de todo el oro de Sansueña.
Por un oculto soto que hace el rio
Solo se entró á buscar con pecho ardiente
Para un asalto el puesto mas vacío,
De pertrechadas fuerzas, y de gente;
Cuando al fresco de un álamo sombrio
Un barco de oro vió, y en él presente
Una beldad, que al moro descuidado
Suspenso en verla le dejó, y turbado.
Metida en un profundo pensamiento
Con el recelo y gusto parecia
Que entre olas de pesar y de contento
El cuidado en el alma iba y venia:
Ya el rostro entristecido y soñoliento,
Ya con nuevo alborozo y alegría,
Que á quien con atencion lo consider
Cuanto hay dentro en el alma sale fuera.
Así en alto blandon tierna candela,
Dispuesta á todos vientos da y recibe
Sombras y claridad, se abrasa y yela,
Y una vez se amortigua, otra revive:
Y la eclipsada luna puesta en vela
Del nocturno silencio así concibe
Al trasponerle el sol sus resplandores
Un mudable color de mil colores.
Estuvo el moro á contemplar un rato
En nuevas avenidas y concursos,
De miedo, de osadía, y de recato,
Buscando á su dolor varios recursos;
Donde la alteracion de rato en rato
Mas claros le mostraba los discursos
De la suspensa dama, en quien sin duda
Amor vió ser el que la altera y muda.
Cobró de esta sospecha atrevimiento
Para llegar con ánimo á hablalle,
Que cualquiera liviano pensamiento
Baja la estimacion, y humilla el talle:
Y al tiempo que salió á probar intento,
Ella se entró sin velle ni miralle,
Quedando deslumbrado, y el altivo
Gusto entre su esperanza muerto y vivo.
Y como si la vida le llevara
El aire de aquel bulto de alabastro,
Sin fuerzas queda, y sin vigor se para,
Cual mago absorto al contemplar de un astro:
Sin brio el pecho, y sin color la cara,
Solo muriendo por sacar de rastro
Quién sea la luz que allí le dejó en calma,
Y con vista de paz le venció el alma.
Venian en guarda de su real persona
Serpilo, y Celedon, moros valientes,
Nacido uno en Sansueña, otro en Pamplona,
Pláticos en su tierra, y en sus gentes:
Estos de un mirto espeso en la corona
Ocultos mandó estar, porque presentes
Con la suya no estorben la salida
Del bien que ya es el todo de su vida.
Y él vuelto á su lugar como primero,
Sin los ojos mover de la ventana,
Si á salir vuelve mira del lucero
La segunda vislumbre soberana:
Mas viendo al dia en su escalon postrero,
«A gozar de la noche es cosa llana
Salir estrellas, dice, mas la mia,
Si es sol, ¿cómo la espero antes del dia?
Que mucho que el mancebo Salamino,
Que vivo el sol dejó, le halle ahorcado
Del firme acero de un balcon divino,
Que cielo un tiempo fue de su cuidado,
Si al fin le vió su dama; mas yo indino
De semejante bien, aunque he colgado
Cuerpo, alma, y pensamientos de tus rejas,
Ni me quieres mirar, ni verte dejas.
Mas tiéndase esta noche á eternos años,
que tantos seré yo de tu esperanza,
Sin dar un paso atras en los estraños,
Por donde amor me arroja y abalanza:
O sea este el tesoro, ó sean los daños,
Que fortuna me agüera, y su mudanza,
No sé nada de mí, ni quién me ha puesto
En un deseo de morir tan presto.»
Dijo, y no mas atento el engolfado
Piloto en medio de la noche oscura,
El instrumento puesto, y el cuidado
De dar mas cierto el punto de su altura,
La vista tiene fija en el nublado
Que del Norte escondió la hermosura,
Ni está en mas suspension alta la ceja,
Que el moro en la ventana, y en su reja.
Y no en vano del todo, pues ya cuando
Del horizonte pardo el aire puro



Fue entre el mudo silencio desdoblando
De la vecina noche el manto obscuro,
Entre esperanza y miedo vacilando
Volver al balcon vió en pecho seguro
La beldad misma, que antes tan acaso
El alma libre le llevó de paso.
Era del gran Bastán la prenda bella,
Que allí á esperar salia un tierno amante,
Que ya á la luz de la primera estrella
Prometió amor ponérselo delante:
Y el miedo, el gusto, el sobresalto en ella
Las mudanzas hacian del semblante,
Que en mil cuidados puesta entre ola y ola,
Miedo la enfria, y gusto la arrebola.
Desearon enlazar su honrado gusto
En nudo santo, y en contrato honesto,
Volviendo el ciego antojo estado justo,
Y el apetito libre en regla puesto:
Mas no saliendo todas siempre á gusto
Las graves diferencias que hubo en esto,
El vano pundonor de los tratantes,
Nuevas lágrimas fue en los dos amantes;
Hasta que puestos ya en romper por todo,
Libres quieren gozar de su derecho,
Que honra y amor son fuego, y tiene el godo
En una y otra llama ardiendo el pecho:
Y á concertar la traza, y dar el modo,
Para esa noche está el concierto hecho,
Y ella á esperar allí su caro amigo
Salió, y acertó el moro á ser testigo.
Es la esperanza una tormenta fija
Puesta entre los cuidados y el contento,
Que cuando mas se acerca, mas prolija
Su dilacion le vende al pensamiento;
Por cuyo fin la enamorada hija
Del que á Sansueña rige, hurtando el viento
Al cansado esperar; que en tales casos
Suele donde no hay uno dar mil pasos,
Tomó una arpa, á cuya melodía
Las ansias y el ardor de su deseo
Admirados quedaron, como un dia
El feo Pluton á la del tracio Orfeo:
Que ni le era inferior en su armonía
La bella dama, ni en sus males veo

Otro infierno mayor, si en curso iguales
Fuera el suyo inmortal, ó ellos mortales.
Nunca en el alto Péloro cubierto
De blancos huesos voz mas regalada
Parténope entonó, cuando en su puerto
Sonó del griego Ulises la jornada,
Ni con mas riesgo el caminante incierto
Del peligroso canto y voz se agrada,
Que dió Florinda, cuando lengua y mano
Puso en su arpa, y la escuchó el pagano.
De la Medusa Górgon la cabeza
En insensible mármol convertia,
Los ojos que miraban su fiereza,
Aunque no al ciego que su voz oia:
Mas de la dama el canto y la belleza
Asi ambos los sentidos suspendia,
Que oida y vista en agradable calma,
Piedra volvia el cuerpo, y fuego el alma.
Tal quedó el moro al son del instrumento
Y la celestial voz de la doncella,
Cuando á su canto y su regalo atento
Pasos oyó de recatada huella:
Detuvo sosegado hasta el aliento
Por ver el fin de la aventura bella,
Y vió un armado jóven que llegaba
De vista al parecer gallarda y brava.
Vióle que estuvo un rato desde afuera
Por gozar de la música escuchando
Quejas de la esperanza lisonjera,
Que siempre va los gustos dilatando:
Haciendo enternecer la voz entera
Un dulce suspirar de cuando en cuando,
Que el deleite aumentaba y la alegría,
Si ya no en quien cantaba, en quien oia.

Hasta que al fin llegando donde pudo
Con menos voz hablar, y mas recato,
«¡Oh gloria, dijo, en quien amor desnudo
La suya toda muestra en un retrato!
¡Dulce voz, que mi llanto ha vuelto mudo!
¡Sirena, á cuya música el ingrato
Mal, que en mi pecho vive y daña tanto,
La virtud ha encantado de tu canto!
¡Salve el cielo tal gracia y hermosura,
Y esta próspera entrada me conceda
Por el premio mayor de mi ventura,
Que ya gozarla sin recelos pueda;
Que si este alegre agüero no asegura
Mi gloria de una vez, ya no me queda
Basa en que estribe y ponga mi esperanza,
Ni en tal tormenta soplo de bonanza!»
Dijo, y la voz del nadador de Abido
Nunca en las rocas y peñascos huecos
De la torre de Sexto entre el ruido,
De sus olas formó mas dulces ecos;
Ni fue en mayor deleite recibido
Sobre sus playas y arenales secos,
Que un dia abrieron puerta á su ventura,
Y otro á sus huesos, fama, y sepultura;
Que el noble godo, y venturoso amante,
Fue de su tierna dama acariciado,
En dulce afecto de ánimo constante,
Y corazon sin tasa enamorado:
Al fin despues que en relacion bastante
De sus cosas contaron el estado,
La alegría de verle, y la impaciencia
De las sospechas, y del mal de ausencia,
El bien, y el mal, las penas, los contentos,
Los varios altibajos de su vida,



Hasta de los soñados pensamientos,
Si alguna tienen, la razon fingida;
Dejando en dulces pláticas y cuentos
De la noche gran parte consumida,
Y á la siguiente remitido el modo
De hacerse de una vez dueños de todo.

Son de acuerdo comun que aquella parte
Donde ahora están tratando su ventura,
Para escalar el foso y baluarte
Escala traya el montañés segura:
Y añadiendo el horror del ciego Marte
Al negro manto de la noche obscura,

Una arma falsa toquen, que en Sansueña
Del robo y del recato sea la seña.
Y en hábito de mora disfrazada,
Como á nueva cautiva en la contienda,
Ni del vulgo ofendida ni notada,
Salva la ponga en su encubierta tienda;
Donde de honor y riesgo asegurada,
Es fácil que su padre condesciendа
Con las pedidas bodas, y razones,
Que han estorbado vanas presunciones.
Con esto ya que se acercaba el dia,
Y el tierno despedirse á los amantes,
Toda vuelta esperanza su alegria,
En igual soledad se hallaron que antes;
Y el moro oculto que escuchado habia
El fin de los conciertos importantes,
De zelos impaciente ardiendo en ira,
Si en estos muere, en su calor respira.
Quiso fiero y zeloso hacer pedazos
Al español caudillo, y bien pudiera
Dejarle muerto en los traidores lazos,
Antes que el golpe ni su alfanje viera,
Sino le parecieran embarazos
A otras mejores trazas en que espera,
Al hacer su venganza mas cumplida,
Dejarle sin honor, y con la vida.
Tiene por easo á sus designios llano,
Conforme al encubierto trato hecho,
Ganar al uno el juego por la mano,
Y en el otro los gustos de su pecho:
Y á la jornada en que ahora viene ufano
Segura entrada en aquel paso estrecho,
Y hacer á su victoria puerta llana
Del cielo de su gloria la ventana.
Deste discurso, reportado el moro,
Por donde vino se volvia á su gente,
Lozano en las sospechas que el tesoro
Era aquel de su próspero ascendiente:
Daba ya al frio polo en cercos de oro
Casi entera su vuelta la serpiente,
Y el perezoso carretero helado,
Al sol tenia su yugo trastornado.
Cuando el enamorado sarracino,
A vista del ejército cristiano
Al suyo iba pasando, en el divino
Bulto ocupado el discurrir liviano:
Y el gallardo Serpilo, que el vecino
Campo advierte en quietud y sueño vano,
Y de las ya dormidas centinelas
Los muertos fuegos, y acabadas velas;
Vuelto á su capitan: «mira, ó valiente
Cardiloro, le dice, que olvidados
Tus contrarios del brio de tu gente
En sueño están, y en vino sepultados:
¿No es posible, señor, que no te afrente
Enemigos tener tan descuidados?
Mas quien, estando tú en el campo, duerme,
Bien es que á no sanar durmiendo enferme.
Si el justo cielo con silencio ayuda,
Y á mi espada le da el valor que espero,
Al sordo amparo desta noche muda,
Darte mil enemigos menos quiero:
Yo solo, yo, señor, por mal que acuda
Mi espada, haré mi dicho verdadero,
A tí, y mi amado Celedon, tu tienda,
Siguiéndola os dará esta estrecha senda;
Que á mí no sé cual dios el pecho ardiente
A tan heróica empresa me levanta,
Y al muerto real desta dormida gente
Ahora me arroja con violencia tanta:
Tú, amado Celedon, si este potente
Brazo es la muerte de mi empresa santa,
Al muerto cuerpo ya en el campo frio,
Serás en darle sepultura pio.»
Dijo, y saltando la primer barrera,
Desnudo al campo de temor se arroja;
Pasmóse Celedon la vez primera,
El sobresalto le atajó, y congoja:
Del arriscado amigo considera
El fiel denuedo que á morir le antoja,
Impedido el seguirle, y obligado
A no dejar del general el lado.
Mas viendo su peligro manifiesto,
«Espera», dijo, y vuelto á Cardiloro,
Con tiernos ojos, de rodillas puesto,
«Oh gloria, prosiguió, del pueblo moro:
Si algun dia te tocó de amor honesto
Tu noble pecho dulce flecha de oro,
Si sabes qué es amar á un caro amigo,
Oye, oh invicto señor, lo que te digo.
El que allí ahora en temeraria muerte
Un campo asalta de enemigos lleno,
Desta alma es la mitad, desta alma advierte
Es por fe y amistad cielo sereno:
Juntos nacimos, la dichosa suerte
Juntos nos dió una patria, un pueblo, un seno,
Un gusto, unos placeres, una vida,
Que ahora teme amor verla partida.
Por la beldad que adoras (si de alguna
Noticia el soberano amor te ha dado)
Por tu alma, por tu honor, por tu fortuna,
Por tu vecino reino, por tu estado,
Por cuanto está debajo de la luna,
O sobre ella te da gusto, ó cuidado,
Permitas, que á los que hizo uno la suerte
En vida, no los haga dos la muerte:
Mas que con tu licencia ahora pueda
Escolta y muro hacer á un caro amigo,
Que el breve espacio que á tu real nos queda
Seguro está, y sin riesgo de enemigo.»
No dijo mas, que el tiempo se lo veda,
Y el moro de tan fiel lealtad testigo,
El amor nota, y la braveza advierte
Del tierno corazon, y el pecho fuerte.
Y «acude, ó alma gentil, dijo el severo
Cardiloro, á tu gusto, acude, y anda,
Y déos la alta victoria, que yo espero,
El cielo que esos nobles pechos manda;
Con tal que de los dos sea yo el tercero,
Como lo fuera aquí en vuestra demanda,
Si como es de mi oficio el concedella,
Permitido me fuera entrar en ella.»
Así dijo, y siguiendo su camino
Celedcn á su amigo llega, y dice:
«¿Por dicha, oh invicto Cid, ya por indino
De tu lado me tienes? ¿ya desdice
En mi pecho la fe de quien contino
Tantos alardes en su abono hice?
¿Así pagas mi amor? ¿así me obliga
Tu gusto á que hasta el fin el mio te siga?
¿Yo por ventura yendo en el abrigo
De tu gallarda espada no sabria
Sus golpes imitar, y un enemigo
Darte siquiera menos con la mia?
Y si esto no, á lo menos por testigo
Presentarme podrá tu valentia,
Aunque sea tal que no le importe nada
Otro abono mayor que el de su espada.
Mas ya por demás tratas de escusarte,
Ruede como quisiere la fortuna,
Que como de tu lado no me aparte,
De las suyas no temo vuelta alguna.»
«Oh de mi pecho fiel la mejor parte,
Serpilo respendió, con quien ninguna
Desgracia temo, ya que con tal lado
Poco es acometer un campo armado.
No creas, oh noble aliento de mi pecho,
Que quiebra de mi amor, ni de tu brio,
Tu espada me quitaba, y mi provecho,
De quien ya el todo de mi empresa fio:

Mas dejar solo un gran resguardo hecho
En tu heróico valor al riesgo mio,
Y si moria, morir con esperanza
De pio entierro, y de cruel venganza.
A este fin te dejaba, ó caro amigo,
Y por tu anciana y tierna madre ausente,
De su larga vejez único abrigo,
Y de tu nueva esposa gusto ardiente:
Mas ya que tu valor viene conmigo,
Y en mi alma el brio que me das se siente,
No dilatemos mas el hecho altivo,
Ni hombre nos quede de importancia vivo.
Ven tras mí, y con atenta vista advierte
Por donde ahora el honor tras sí nos guia,
En esto está acertar ó errar la suerte,
Ser descuidada ó cuidadosa espia:
El sueño es viva imágen de la muerte,
O ser muerte caliente, ó muerte fria,
Dormir en nudo obscuro, y paz interna,
O noche temporal, ó noche eterna.
Mira cuan cerca están nuestros contrarios
De pasar un estremo en otro estremo,
Y del cielo y sus altos lacunarios
La nueva luz que sola adoro, y temo:
¿De qué estamos perplejos? ¿de qué varios?
Fuego es de honor en el que me ardo y quemo;
A ellos, gran capitan, que es escusado
Quererle suspender su curso al hado.»
Dijo, y sacando la luciente espada
Por entre los nevados fuegos vuela,
Y á Isarco, y Zaldiban, que en camarada
Hecho habian hasta entonces centinela,
En torno de su hoguera amortiguada,
Ya con el vino, y la pasada vela,
Confiados en tener campo seguro,
Blanda cama les daba el suelo duro.
Allí entre el fuego y la ceniza fria
Segó al uno y al otro la garganta,
Dichosos, á velar hasta que el dia
Vestido vieran de su lumbre santa:
Uno era cazador, y otro seguia
De la caza de amor la red que espanta,
Mas del feroz Serpilo el brazo airado
A aquel quitó el afan, y á este el cuidado.
Mató tras esto en la segunda posta
Cuatro dormidas centinelas juntas,
Mató al vano Alfagér, al noble Acosta,
Y á Enrique el fiel, de tres agudas puntas:
Y por la raya de una senda angosta
Al pabellon fue á dar, donde trasuntas,
O sutil Targa, en bronces, lo que Apeles
Con sus conchas no hará, ni sus pinceles.
Abriendo en sutil lámina de acero
De Piramo y de Tisbe los amores,
Aquel dia le halló el sueño postrero,
Y del cruel Serpilo los furores:
Pasóle el corazon de un golpe fiero,
Y saltando la sangre dió colores
Al relieve infeliz, que en triste suerte
Ocasion fue y agüero de su muerte.
Puesto cabe él en éxtasis profundo,
No dormido, mas ciego en su cuidado,
Al alquimista vió sutil Raimundo
Sobre un antiguo escudo recostado,
Midiendo del napelo, y del segundo
Elixir la sustancia, el punto, el grado,
Y de quintas esencias fabulosas
Una imposible máquina de cosas.
Habia gastado en esperiencias vanas
De su hacienda la flor, y de sus dias,
Y trocando el cabello negro en canas,
Aun no se habian trocado sus porfias:
Mas llegó el fatal golpe, y sus livianas
Esperanzas volvió de ardientes frias,
Librándole ocasion tan oportuna
De otros mayores golpes de fortuna.
Y entrando por el campo soñoliento
Horrible estrago hace el moro fuerte,
Dando su espada y su furor violento
Mil diferencias de una sola muerte:
A este barrena el pecho, aquel á tiento
Deguella, y pasa al fin la adversa suerte
Del modo que halla al grande, y al pequeño,
Del sueño temporal á eterno sueño.
Este en su corvo escudo recostado,
El otro sobre el yelmo adormecido,
Uno encima la blanda yerba echado,
Y otro en las grevas de su arnés tendido;
Cual con nuevo dolor desatinado
La boca abre á dar voces, y embebido
Por ella el hierro de la presta daga,
La voz se vuelve atras, y el morir traga.
Coello, un portugés de ánimo ardiente,
Hidalgo tierno en sangre y en amores,
Poeta, amante, músico y valiente,
Cuatro heróicos y célebres furores;
Con el retrato de su dama ausente,
A quien habia cantado mil primores,
Como el sueño le halló en su fantasía,
Las manos en la cítara, dormia.
Torcido el rostro hácia el retrato bello
En señal de caricias á su dama,
Dormido al gusto y al placer de vello
En las corazas de su arnés por cama,
Segó el alfange el desmayado cuello,
Estremecióse el cuerpo, el pecho brama,
Y al palpitar las manos con instancia
En las cuerdas formaron consonancia.
Marcio, y Catino, grandes bebedores,
Que parte de la noche han ocupado
Con la taza y los dados, en vapores
Del dulce mosto el sueño habian brindado:
Los enjutos barriles por la flores,
Cada uno sobre el suyo recostado,
Dormían en torno de la mesa y fuego,
A donde el vino los dejó, y el juego.
Debia de soñar Marcio que brindaba,
Y abriendo la ancha boca bebió entero
El sangriento cuchillo, que llegaba
De degollar al torpe compañero:
Triste el alma salió en ver que dejaba
Posada tan alegre, cuando el fiero
Golpe por quien la suya dió Catino,
En vez de roja sangre vertia vino.
Mató tras este á Marco, y á Sarrento,
Escuderos de Marcio, mató á Soria,
Que entre sus dos caballos soñoliento
Para ir no tuvo á su cuartel memoria:
Pasó el celebro á Furnio, que de viento
Mil torres exhaló, y de vanagloria,
Y al truhan Galba, que despierto, y quedo,
Entre los frascos se escondió de miedo.
De allí entró donde el docto Algeo dormia
A la luz de una vela, en que su pluma
De un grave poema heróico que escribia
De versos habia hecho una gran suma:
Un rico arco grabado de atauxía
A su lado, y un libro adonde suma
Del triforme Gerion de ambas Españas
El reino antiguo, y célebres hazañas.
El arco que allí tiene fue el que Alcides
Al templo del Lucero dió en despojos,
Donde colgado le halló Almonides,
Cuando á vengar de un conde los enojos
Pasó con Muza á España, cuyas lides
Los rios volvieron y los campos rojos:
El lo envió á Zelin, Zelin á Oncalla,
Y él á su bello nieto el rubio Abdalla.
Cuando en sangrienta lid los albaneses
A Abdalla despojaron sobre Duero,

El docto Argeo entre otros dos arneses
El rico arco ganó al gigante fiero:
Y en sus pomposos versos los reveses
Del tiempo, arco invencible, aquel postrero
Sueño le halló pintando, cuando el hilo
Del canto y cuento le cortó Serpilo.
Puso en el arco los curiosos ojos,
Y al sabio poeta, que admirando estaba
Las musas con su espíritu, entre rojos
Suspiros lanzar hizo el alma brava:
Quiso de su victoria por despojos
Llevarse el arco y la dorada aljaba,
Y por matar á Egil, y al Turnio Mesa,
Que á su lado halló, olvidó la empresa.
Cansado de herir, soberbio mira
Las varias muertes, y el estrago hecho,
Y no por eso se alza ni se tira,
Ni atras da un paso del dudoso estrecho;
Antes entre el sangriento horror suspira
Hirviendo en ira el arrogante pecho,
Y las armas ya botas, y él sin fuerza,
A nuevos daños su crueldad le esfuerza.
Cual tigre hircana en el aprisco mudo,
Harta de degollar grueso ganado,
La tierra en roja sangre, y el membrudo
Lomo de nuevas manchas salpicado,
Garleando cesa un rato, y en menudo
Anhelar cobra aliento el pecho airado,
Y mientras del destrozo se retira,
Cuanto el hambre menguó crece la ira.
Ni el bello Celedon, gallardo Marte,
Menor estrago y mortandad hacia,
Que del plebeyo pueblo una gran parte,
Gente sin nombre y cuenta, muerto habia:
Mató á Gilberto, que en decir con arte,
Y herir de punta su primor tenia,
A Terpandro cantor, y al fuerte Etolo,
Marte en braveza, y en belleza Apolo.
Corren los rios de sangre, y por la tierra
Las perlas arrebolan de la aurora,
Y él en su oculta y alevosa guerra
Con ella misma á mas herir se azora:
Entra donde á medir Ulloa se encierra
Del precioso hado el ascendiente y hora,
Ulloa digo, un astrólogo ignorante,
Que mas cielos halló que cargó Atlante.
Habia toda la noche astrologado
Gustoso, que su estrella le asegura
Tras prolija vejez sepulcro honrado,
Mas mintió su astronómica figura;
Que el bello Celedon con su dorado
Puñal le dió temprana sepultura,
Y abriéndole el celebro con dos puntas,
Volaron dél dos mil estrellas juntas.
Mató á Hepódamo, á Tirsas, y á Falerno,
Al rubio Telga, y á Lisardo el fuerte,
Y al bello Demorato, jóven tierno,
Esposo ayer de Alcida, hoy de la muerte;
Y á ti, ó siempre infeliz viejo Salerno,
Que antiguo pretensor sin hacer suerte,
Cansado en córte de esperanzas nuevas,
Los memoriales convertiste en grevas.
Llegó la muerte al fin, y sino entero
El premio, dióte el pago de su mano,
De haber dejado el hábito primero
En que á Dios consagraste el pecho humano:
Y viendo entre los rayos del acero
El tierno rosicler del dia cercano,
«Ya, dice, ó gran Serpilo, hace el alba
Al dia, y á esta dormida gente salva.
Ya basta el venturoso estrago hecho,
Y victorias que el cielo nos ha dado,
La honra toda es tuya, sea el provecho
Mio en que no violentes mas el hado:
Este luciente yelmo, que del lecho
Quité á un muerto enemigo, he reservado,
Para que sus pomposas plumas sean
Alas en que volar tus glorias vean.
Solo este para tí codicié en cuanto
Oro y plata encontré del enemigo:
Toma, ó Serpilo, y vamos, que ya el manto
Estrellado, que ha sido fiel testigo
De tu braveza, entre el nocturno espanto
Sus broches de oro esconde, toma, amigo,
Y por este encubierto valle huyamos,
Antes que lo hecho con la luz perdamos.»
Dijo, y Serpilo, «ó gloria, le responde,
De tus mayores, y honra de la mia,
Yo tambien otro don codicié, donde
Uno entre libros sin temor dormia:
Un arco bello, cuya aljaba esconde
Cien flechas entre nacar y atauxía,
Que luego que le ví, el robusto oficio
De tu caza le di por ejercicio.
Y con el gusto de quitar la vida
A otros que estaban en la misma tienda,
El alma en tantas muertes repartida
De traerte se olvidó la rica prenda:
Mas tuya es, y ha de ser, aquí escondida
Tu persona se esté, y aquí me atienda,
Que junto aquel hogar que allí blanquea,
La prenda está que darte amor desea.»
Dijo, y sin ser á detenerlo parte
Los ruegos del amigo, que adivina
Sus malogrados fines, dél se parte,
Y por el infeliz arco camina:
O fuese nuevo ardor del duro Marte,
O Apolo que vengar la alma divina
De su poeta quisiese, ó que ya el hado
Al fin habia de su virtud llegado;
El breve tiempo que duró esperalle
En el puesto, sobre él dió de repente
Argildos, que á correr salia el valle
Con una escuadra de lucida gente:
Dióle al amor la noche, y quiso dalle
A Marte el alba, y en ginete ardiente
Recorriendo las postas de las velas
Venia por las nocturnas centinelas.
Vieron á Celedon, que al corto abrigo
De una encina trataba de esconderse,
Donde esperando á su imprudente amigo
Amor pudo obligarle á detenerse:
Cércale el español bando enemigo,
De quien él por huir y defenderse
Gallardos golpes con su alfanje hace,
Su vida ampara, y su honra satisface.
Trebonio fue el primero que atrevido
Llegó pidiendo el nombre, el pueblo y gente
Del victorioso moro, y aturdido
A sus piés le arrojó un golpe valiente:
Mas ¿qué te vale, oh mísero, el cumplido
Brazo y esfuerzo de tu pecho ardiente,
Si al tegido escuadron que se abalanza,
Ni el firme escudo ni el alfanje alcanza?
Ya el gallardo mancebo en sangre tinto
Con las varias heridas teñia el suelo,
Cuando el vano Serpilo en el distinto
Rumor las señas vió de su recelo;
Que victorioso entachonado cinto
La rica aljaba de arrogante vuelo
Le bajaba á los hombros, y en la mano
El arco duro hacia gemir ufano:
Suspendió el paso y el medroso pecho,
No de su riesgo, mas del caro amigo,
Atenta y triste centinela hecho,
Puesto al tronco de un árbol por abrigo:
Conoce á Celedon, y el sin provecho
Brio de sola su bondad testigo
Con que en confusa brega se revuelve,
Y diez por cada golpe juntos vuelve.

Y él con las nuevas flechas que traia,
Encorvando sobre una el arco duro,
Al confuso escuadron diestro la envia
Desde el hueco troncon del roble obscuro:
Acertó á Breño, y el reciente dia
Que iba naciendo por el aire puro
De los ojos le esconde, y en las sienes
Clavada le hace dar ciegos vaivenes.
Vuélvense todos á la oculta parte
Que la homicida flecha trajo el vuelo,
Buscando á tiento el encubierto Marte,
Cuando otra por el mismo paralelo
De la tirante y firme cuerda parte,
Y al medroso Blodon, que con recelo
Gritaba, «¿quién tiró?» la punta aguda
Su voz clavó, y dejó su lengua muda.
Argildos que de afuera entretenido
En ver pelear el fuerte moro estaba,
De su gallardo aliento conmovido
Guarecerle la vida deseaba:
mas por los nuevos tiros ofendido,
El alma vuelta de piadosa en brava,
«Matadle, dice, y vénguese en su pecho
El grave daño por su causa hecho.
Y un frio venablo que en la mano tiene
Con tal destreza al firme pecho arroja,
Que ni el grabado escudo le detiene,
Ni de su peto la acerada hoja:
Cual destroncado toro á tierra viene
Con la parda asta ya en su sangre roja,
Su amigo que caido le vió en tierra,
Furioso salta á descubierta guerra.
«Yo, yo, dice, yo soy quien hizo el daño,
Teneos, que nada os debe ese inocente,
Yo el autor fui del riesgo y mal tamaño,
Y del sangriento estrago en vuestra gente,
Yo la ocasion tracé, yo urdí el engaño,
Yo soy quien os hacia la guerra ausente,
Él nada os debe, el cielo me es testigo,
Sino es el ser de un desdichado amigo.»
Dijo, y lanzando el arco por el suelo
Furioso su sangriento alfanje saca,
Y con desesperado brio el celo
Venga de su amistad, y su ira aplaca;
Y á Salmido y Parolo, que á su vuelo
Delante halló por resistencia flaca,
Uno en el muslo herido, otro en el brazo,
Libre el paso le dieron de embarazo.
Y á ser de su mortal rigor testigo
A pesar de mil puntas llega y mira
El peligroso golpe, el enemigo
Dardo, y del firme heróico brazo la ira:
Y viendo asi morir su caro amigo
De rabia brama, y de dolor suspira,
Y el desangrado moro en habla breve
A que se salve así le alienta y mueve:
«Huye, amigo, de aquí, huye ligero,
Mientras muriendo yo salvo tu vida,
Dame este dulce bien por el postrero,
Y no hallaré la muerte desabrida:
Y cuando haya ocasion, ó por dinero,
O por sangre en mejor sazon vertida,
A mi afligida madre el cuerpo lleva,
Y á ser su nuevo amor el mio te mueva.»
Dijo, mas ni el dolor, ni los contrarios
Lugar le dan de responder al moro,
Que de heridas y golpes temerarios
Sobre él descarga un martillar sonoro:
Parece al recebir los tiros varios
En coso estrecho jarretado toro,
Y en el herir y acometer gallardo
En escombrada plaza suelto pardo.
A este hiere, á aquel da, y al otro acierta
En revuelto y confuso torbellino,
Mató á Cerdan, hirió de un golpe á Berta,
Luchador diestro aquel, y este adivino:
Y ya el amigo y la esperanza muerta,
Aunque su real pudiera abrir camino,
Y salvarse, no quiso, mas el lado
Muerto guardar, que vivo habia guardado.
Hasta que á golpes y dolor deshecho
El noble corazon del moro fuerte,
Pasado de un cruel venablo el pecho
Mas fiel que amor tocó, ni hirió la muerte,
Ya sin aliento ni armas de provecho,
Cerrando el curso de la humana suerte,
Y haciendo al mundo de su fe testigo,
Sin vida dió á los piés del muerto amigo.
¡Oh heróico ejemplo de amistad divina,
Aunque en bárbaros pechos descubierta,
Si de mis nuevos versos la adivina
Virtud del todo en mí no ha sido incierta,
Jamás el tiempo que inmortal camina
Del ciego olvido te verá cubierta,
Antes de siglos y años vencedora
Tu fama irá, como tu sangre ahora!
En tanto el nuevo amante Cardiloro
Impaciente en sus gustos y alterado,
Del ya vecino sol los rayos de oro
Presentes mira, y aborrece airado;
Que de tinieblas hecho su tesoro,
Cuanto con la luz ve le causa enfado,
Y entre esperanzas un deseo fuerte,
Es lucha de la vida con la muerte.
Llegóse al fin el tiempo, y prevenido,
Como prudente y recatado amante,
De suficiente escala, y de escondido
Recato, y armas, y ánimo bastante;
Con un cristiano paje el mas querido,
De fe mas sana, y pecho mas constante,
Dos breves horas antes del concierto
De la noche infeliz salió encubierto.
Comenzó el campo moro el nuevo asalto
Con que él hiciese el robo mas seguro,
Que el torpe miedo y ciego sobresalto
La vista turban mas que el aire oscuro:
Comenzóse la grita, él puesta en alto
La escala, abierto de Sansueña el muro,
Vió la ventana donde amor le envia,
Puerta á su gloria, y sol antes del dia.
La bella amante súbito engañada
Con las dulces memorias de su esposo,
Del son de Marte y del amor turbada,
Del pajecillo, y de su hablar medroso,
La alta escala bajó, y fue disfrazada,
Haciendo el traje moro mas airoso,
Si las tinieblas consintieran vello,
Del gallardo ademan el bulto bello.
Con solo un cofrecillo en que traia
Lo mas precioso de sus joyas puesto;
Y viendo que el rumor de armas crecia,
Con paso apresurado y descompuesto,
Dando á entender el moro que huia
No el miedo de la gente, sino el puesto,
Comenzó á desviarse por el llano
Del muro hácia el ejército cristiano.
Viene todo en las armas encubierto
Para no ser de nadie conocido,
Y el paje astuto con sagaz concierto
A cualquier lance impuesto y prevenido:
Y poco á poco por el campo abierto,
En son de huir la gente y el ruido,
Llevar queria la dama á una espesura,
Donde estuviese del tropel segura.
Cuando el moro infeliz que iba delante,
Haciendo franco el paso con la espada,
Ciego dió en una escuadra, á la importante
Defensa de aquel paso diputada:
Y sin volver el nombre el vano amante,
De veinte su persona rodeada,

Por mil partes le hieren, y por una
A la muerte abrió puerta su fortuna.
Entre el izquierdo brazo, y la loriga,
Una encubierta punta desmandada
Tan dulcemente entró, que sin fatiga
Del cuerpo cortó al alma la lazada:
Cayó el moro, y tras él la dulce amiga
Del capitan cristiano desmayada,
Con el engaño de tener por cierto
Que no era el moro, mas su esposo el muerto.
Fue á tiempo el darle muerte á Cardiloro
Que el montañés llegaba alborotado,
Por ver del repentino asalto moro
El que él iba á hacer anticipado:
Y oyendo de las armas el sonoro
Ruido ir en aumento recatado,
Con una oculta escuadra de Guzmanes
Venia á requerir sus capitanes.
Venia tambien á hacer secreta guarda
Al balcon de oro, de su gloria puerta,
Cuando muerto vió al moro, y la gallarda
Dama á su lado desmayada, y muerta:
No conoció su luz, ni á verla aguarda
De la amorosa suspension despierta,
Mas en su amor el alma divertida,
La que buscando va deja perdida.
Creyó que fuese alguna dama mora
Del que á desgracia han muerto en la contienda,
Y ella, y el paje que cabe ella llora,
Presos manda llevarlos á su tienda:
Y tras el bien que deja, y que adora,
Con su escuadra tomó una estrecha senda
Que á la torre va á dar, donde su gente
Ya culpándole está de negligente.
Va buscando la gloria que ya tuvo
Caida ante sus piés sin conocella,
Cuando la culpa de perderla estuvo
En no llegarse como pudo á vella:
Mas ¿quien lo advierte todo, ó en quién hubo
Tan sabia prevencion, que pueda en ella
Medir las ocasiones, y en ninguna
Perder lance á las vueltas de fortuna?
No hay descuido en amor que no se pague,
O sea el cobrar remiso, ó sea contado,
Ni estado tan feliz que no lo estrague
El desmán de un suceso no pensado;
Que si da la fortuna antes que amague.
¿Qué escudo bastará á su golpe airado?
Fue á dar con el balcon el godo tierno,
Y en vez de alegre gloria halló el infierno.
Vió escalado su muro, y puesto fuego
Ya por allí el balcon resplandeciente,
Y que en tropel confuso y furor ciego
Por él entraba la morisca gente:
Y un soberbio jayan de nacion griego,
Señor de Negroponto, puesto en frente,
Que da favor y fuego á los de arriba,
Y á voces el combate y cerco aviva.
Reverberan las llamas en las hojas
Del arnés limpio de bruñido acero,
Y el aire obscuro con vislumbres rojas
Al jayan vuelve mas horrible y fiero:
Crece el rumor, el fuego, y las congojas
En el dorado alcázar, y él entero
Con su furor el gran teson sustenta,
Y á todos golpes da, y armas presenta;
Cual tal vez cabe un risco cavernoso
De negra escama pálido serpiente,
Que en renovadas conchas poderoso
Muestra la cresta azul resplandeciente,
Y si del fuego que hizo el perezoso
Gañan junto á su cueva el calor siente,
Saltando á él sin que temor le ocupe;
Tres leguas silba, y la ponzoña escupe?
Quedó el amante de la dama bella,
Que en salvo puesta sin pensar tenia,
Viendo la escala; y que el jayan sobre ella
La torre con su gente entrado habia,
Suspensa el alma, alborotada en vella,
Y en vario discurrir la fantasia,
Dándole vuelta á su pesar la suerte
En tormento el placer, la vida en muerte.
Así tal vez villano entretenido
En acechar de una perdiz medrosa
Para hallarla de noche el caro nido.
Si al estender la mano codiciosa
Al escorpion tocó que la ha comido,
Atrás rehuye, y con la temerosa
Luz de sus vivos ojos ve el engaño
Del riesgo suyo, y del ajeno daño:
Tal de Velasco la nobleza antigua
Suspensa se quedó viendo el gigante,
Como nocturna y lóbrega estantigua
Entre el humo y el fuego resonante,
Y del confuso vulgo y gente ambigua
El tropel ciego y el furor bastante
A tomar la ciudad, mas en un punto
El miedo y suspension se acabó junto.
Y como el que en los brazos de Morfeo
Se sueña de un leon fiero asaltado,
Que despierto en el bosque Dodoneo
Le ve sobre algun risco encaramado:
Hallando ser verdad el devaneo
Del sueño sale á él alborotado,
Trocada en riesgo la apacible caza,
Y con la fiera y su furor se abraza;
De tal manera Argildos viendo el paso
A que sus cosas trajo la ventura,
Furioso hácia el gigante Radagaso
Sale amparado de la noche obscura:
Y antes que el feroz moro sienta el caso,
Un revés le alcanzó por la cintura
Que le hizo dar de manos, y le hiciera
Dos, si el filo al cortar no se torciera.
Saltó el gigante cual dragon herido
Del duro césped que arrojó el villano,
Y al tierno amante en fuego convertido
Del mismo en que arde el torreon cristiano
La respuesta volvió con tal ruido,
Que acertando en el yelmo sonó el llano,
Como si por socorro en ver que se arda
La torre disparara una lombarda.
El español que dos deidades juntas
Honra y amor le hierven en el pecho,
Una tras otra hiere de dos puntas
Al que su gloria puso en tal estrecho:
Que del fornido acero por las juntas,
Lago de roja sangre dieron hecho
El antes verde prado, cuyas flores
Muertes respiran, y solian amores.
Al recibir el moro la una herida,
Otra al bravo leonés le dió en un brazo,
Que aunque sin daño y riesgo de la vida,
De acero y carne le llevó un pedazo:
Y dando y recibiendo una avenida
Y tempestad de golpes, hizo el plazo
De su vida mas breve un altibajo,
Que un brazo al rey de Ponto le echó abajo.
Mas como si la fuerza se pasara
Del destroncado brazo al brazo vivo,
Así con nueva fuerza da y repara
Golpes á su contrario el griego altivo:
En esto el fuego con su rubia cara,
Para hacer el combate mas esquivo,
Apoderado del dorado techo,
Con su costoso daño hacia provecho.
Y la española escuadra que venia
Por guarda del hermano de Tibalte,
Y en ciega tropa arremetido habia,
Cubriendo el campo de sangriento esmalte,

Mezclada entre los bárbaros subia
Por la alta escala, haciendo que no falte
Quien con la sangre mora no pequeña
Parte apague del fuego de Sansueña.
Del son confuso el resonar valiente,
Y de la llama el rechinar sonoro;
Asombró el pueblo, que tenia su gente
Segura por allí de el campo moro:
Caen almenas, y vuela en brasa ardiente
La ancha techumbre de artesones de oro,
Y de gruesas colunas jaspes varios
Tristes sepulcros dan á sus contrarios.
Hizo el fuego las señas con sus llamas,
Y acudió á aquella parte el furor todo,
Los unos á perder vidas y famas,
Y otros á hallarlas por el mismo modo:
Al fin del ciego bosque entre las ramas
Del asturiano campo y pueblo moro
Lo mejor se juntó, y duró el rebato
De la confusa noche el mayor rato.
Murieron muchos de una y otra parte
En la confusa bárbara refriega,
A unos dando el rendido baluarte
Muerte comun y sepultura ciega,
A otros la espada del sangriento Marte
Los vendimia en agraz, y en flor los siega
Por varios trances, que el morir es cosa
De todas la mas cierta, y mas dudosa.

ALEGORIA.

La hermosa reseña del campo de España significa la que el entendimiento hace de las virtudes para conseguir el fin de la felicidad política.

En el suceso de Serpito y Celedon se descubre la hermosura y fuerza de la verdadera amistad: en el estrago que hacen en el campo dormido, la poca seguridad de la vida humana, y como no hay campo seguro para la muerte: y en la de Carditoro, y sus vanas pretensiones, cuan inciertos y mal entendidos salen siempre los oráculos y pronósticos humanos en las cosas por venir.

LIBRO NONO.

Argumento. Argildos, creyendo que Florinda es muerta, ó robada, se quiere matar de pena, y ella sospechando ser su esposo el muerto toma veneno para matarse, y sucede en ambos un notable desengaño. Bernardo siguiendo una cierva encuentra á Angélica en las uñas de un dragon, síguela por las oscuridades de una cueva, y hállase enredado en un estraño encantamento, donde Proteo le descubre quien son sus padres. Arleta pide á Galiana justicia contra Ferraguto, y él hace batalla con Rangorio, á quien mata, y quita el escudo, y por las armas dél es tenido por francés, y acometido de la gente que de Toledo venia en favor de Galiana, de quien quede preso por culpa de su caballo: oye en un bosque ruido de armas, y por ver qué sea, se pierde con la oscuridad de la noche de los que iban con él.

Argildos ya, despues que a Radagaso
Con gallardo esgrimir quitó la vida,
Y á Arganda, un moro capitan, de paso
Cabeza y pecho abrió de una herida;
En compañía del prudente Eraso,
Que una escuadra á sus piés tenia rendida
De alarbes berberiscos, que en España
La gente fué de mas coraje y saña:
Ganando el paso de la escala y muro
A costa de su sangre, y de la ajena,
El amante subió libre y seguro
A ver su gloria, y á hallar su pena:
Que entre el negro carbon del humo oscuro
A vueltas de otros tristes llantos suena
Que Florinda murió, ó es cosa cierta
Que está cautiva y presa, sino es muerta.
Creése que consumida de la llama
Entre carbones de oro es ya ceniza,
Y que de su valor sola la fama
Viva ha dejado la sangrienta riza;
Porque él oculto cuarto de la dama
Puerta fue del asalto, y la postiza
Escala su balcon, y el mauro fiero
En ella ejecutó el furor primero.
Llegó la fama ya verificada
Con bastantes indicios al amante,
Que de dolor el alma traspasada
Quedó á una muerta estátua semejante.
Como el preso sin culpa, que ya dada
En su causa sentencia ve delante
El verdugo que á darle muerte viene,
Cuando por libre en su opinion se tiene.
Tal quedó Argildos, que un morisco pudo
De un golpe echarlo desde el muro al suelo,
Que ni para la espada ni el escudo
Fuerza dejó ni brio el mortal yelo:
Dado de pena en la garganta un nudo,
Caido el corazon, y el desconsuelo
Mayor que tal desgracia se atribuya,
O á poco amor, ó á negligencia suya.
Quiso darse la muerte con su espada,
O dejarse matar de un enemigo,
Sino fuera en su honor, ó en su pasada
Culpa un breve morir corto castigo:
Mas esto, y la esperanza amortiguada,
Aun no muerta del todo, abrió un postigo,
Por donde entró una furia de tal modo,
Que pensó hundirlo en su venganza todo.
Tocaba á recoger el campo moro,
Viendo engrosado mas que convenia
El asalto que el mozo Cardiloro
Sin justa causa comenzado habia:
Cuando el valiente Argildos el sonoro
Rumor de los clarines revolvia
A hacer cruel venganza y escarmiento
De la triste ocasion de su tormento.
Y aunque cubierto del nocturno luto,
Y de tinieblas lóbregas revuelto,
Al rayo de su espada el campo bruto
En un confuso infierno quedó vuelto:
Cogiendo en negra sangre horrible fruto
Del rabioso dolor en que va envuelto,
Dando golpes á ciegas, que de dia
Tendrá bien que contar la pluma mia.
En tanto la afligida hermosa dama,
Ya persuadida que es su esposo el muerto,
Con los perdidos lustres de su fama
En el trazado fin de su concierto.
El pecho ardiendo en amorosa llama
Su amor llora perdido, y descubierto,
Sin sombra ni apariencia de disculpa,
Que encubrir pueda ó disculpar su culpa.
Al ciego amparo de un rincon obscuro
De la tienda, que fuera cielo claro
A saber cuya era, y cuan seguro
Allí tenian sus males el reparo,
Con llanto amargo, que un peñasco duro
Tierno hiciera en su triste desamparo,
Así de sus dos manos hecho un nudo
Quejas al cielo da en lenguaje mudo.
«¡Oh cielo que ya tienes el tesoro
Cuya memoria un pecho enriquecia,
Y á mí en triste ocasion de eterno lloro
Para nunca haber fin la pena mia!
Si del sol que perdí, y perdido adoro,
Ya en tu horizonte amaneció su dia,
Y mi alma, que es sin él noche profunda,
Jamás espera ver su luz segunda.
¿Por qué en este desvan lóbrego y triste,
Para solo llorar desgracias hecho,
Quedar penando el cuerpo permitiste,



Que es sin su vida de ningun provecho?
Las vislumbres del gusto con que diste
Mas dulce al alma el nudo, y mas estrecho,
¿Dónde se fueron á volver estrellas,
Llevándose mi bien volando en ellas?
¡Ay tierno esposo! ¡nombre regalado,
A quien yo por mi mano dí la muerte!
¡Cruel piedad! ¡concierto desdichado,
Debajo el dulce fin de complacerte!
¡Inconstante fortuna! ¡adverso hado!
¡Menguada hora de infelice suerte,
Que tantos juntos abracé conmigo,
Para solo quitarme un dulce amigo!
¡Alma dichosa, que en amor ardiendo
Sobre tu mismo fuego te levantas,
Y ya campos de gloria van midiendo
De tus piés santos las divinas plantas,
Mientras del tercer globo estás cogiendo,
Entre sus rosas y azucenas santas,
Los castos pensamientos en que tuve
La fe sembrada que en tu ley mantuve!
Vuelve los ojos, mira el sacrificio
Que ahora á tu deidad hacer espero,
Que vivir fuera yo de tu servicio,
Ni puedo ya, ni aunque pudiese quiero:
El alma en ir tras sí hace su oficio,
Y yo el mio en morir, pues por tí muero,
Acoge ahora esta piadosa ofrenda,
Que el dolor sana, y el honor remienda.
Y el cielo justo, pues que lo es, ordene,
Que en honra de un amor y fe tan pura,
Lo que apartados al morir nos tiene,
Muertos nos junte en una sepultura.»
Dijo, y toda turbada en ver que viene
La infeliz hora de la muerte obscura,
Resuelta ya en tomarla en cualquier via
Antes que asome con su lumbre el dia;
Con varias trazas considera el modo
Mas fácil de matarse, y mas honesto,
Antes que haga por el campo todo
La fama el primer yerro manifiesto:
Al fin con pecho real y ánimo godo
Entera en su memoria halló puesto
El camino mejor mas breve y llano,
En tomar un veneno de su mano.
Acuérdase que en guarda y fiel recato
Le dió su anciano padre un pomo de oro
De mortal confeccion con que un ingrato
Indio, por órden de un esclavo moro,
Matarle quiso, y descubierto el trato
Los quemó vivos, y el mortal tesoro
Ella por mas guardado, y mas recluso,
Entre sus joyas sin pensar le puso;
Y que en el rico cofre que allí viene
Su desgracia le puso, ó su ventura,
Y así vuelta ya alegre en ver que tiene
Tan vecina la muerte, y tan segura,
Ni perpleja ni en duda se detiene:
Tómale, y al buscar la cerradura
Halla menos la llave, que al ruido
Allá se le olvidó ó se le ha perdido.
Vuelve cuitada á su primer congoja,
Y tanto el cofre aquí y allí revuelve,
Que el acero sin ver cómo se afloja,
Y abierto á su primer contento vuelve:
Todo quiere que muera, ó se le antoja,
Las joyas saca á tiento, y las desvuelve,
Hasta que á hallar al fin entre ellas viene
La que la muerte en fiel custodia tiene.
Mas como obscuro está, ni acierta á abrilla,
Ni su artificio sabe, ni lo entiende,
Y así llorando dice: «¡oh gran mancilla,
Que tan cara la muerte se me vende,
Que ni buscalla basta, ni seguilla,
De mí se esconde sola, y se defiende,
Que es posible que ordene el cielo justo,
Que aun no alcance el morir porque es mi gusto!
¡Oh cómo tiene el corazon humano
Vislumbres ciertas de saber divino!
¡Cuántas veces me dijo el miedo en vano

Que era lo que intentaba desatino!
¡El huir de mí sin me tocar la mano,
El no me hablar palabra en el camino,
Todo era igual congoja y agonía,
Que á ambos un triste fin nos prometia!»
Esto entre sí decia, revolviendo
La muerte aquí y allí cuando en las manos
Cierto licor sintió, ¡oh suceso horrendo!
Que sin mas consultar temores vanos,
Cierta ya que el veneno iba saliendo,
Llegó la boca y labios soberanos
Para beber por ellos lo que cupo
Al corazon mas fiel que el mundo supo.
Y apenas el licor pasó la boca,
Cuando quedó la dama sin sentido,
Tal que mirarla á lástima provoca
Y deja al mas cruel enternecido:
O muerta, ó sino muerta con tan poca
Esperanza de vida, que perdido
Ya el sentimiento, en lágrimas cubierta,
Desde ese punto se contó por muerta.
Ya en esto del color de la azucena,
De aljofar lleno el manto de brocado,
Cercada el alba de una luz serena
De Oriente entraba en el balcon dorado;
Cuando de sobresaltos y de pena
El noble Argildos vuelve acompañado
Con rostro triste y paso perezoso,
Ni vencido, ni alegre victorioso.
Como tal vez sobre los bosques de Ida
Soberbio toro vuelve á su manada,
Sin traer consigo al pasto la querida
Novilla que á traicion le fue robada,
Que el paso lento, la cerviz caida,
La piel en sangre y en sudor bañada,
Al cielo á cada paso vuelto brama,
De amor se queja, y su becerra llama:
Así el valiente godo se retira,
Vuelto ya el campo á su primer concierto,
De congojas cercado, ardiendo en ira,
De triste luto el corazon cubierto,
De sombras lleno cuanto en torno mira
Al dolor vivo, á la esperanza muerto,
Y á su real tienda llega, cuando el dia
A ver lo que el asalto obró salia.
Halló á la puerta en hábito de moro
Al cautivo Roselio envuelto en llanto,
El paje con quien hizo Cardiloro
El enredo que á todos costó tanto:
Miróle Argildos y en la nieve y oro
De su rostro y cabello, cuerpo y manto,
Vió al natural á su Florinda bella,
Y fue admirado á arrodillarse ante ella.
Creyó que como estaba concertado
En hábito morisco habia salido,
En el de paje el de mujer trocado
Por mas ligero y menos conocido:
Mas cuando de mas cerca vió burlado
Su antojo, y ser de veras ha entendido
Hombre en el habla, y diferente el trato
De aquella de quien es vivo retrato;
Volvió otra vez á su dolor primero,
Aunque con nueva admiracion y espanto,
En ver aquel gallardo prisionero,
Que á su Florinda se parezca tanto:
Dióle razon del caso un escudero,
Diciéndole: «señor, á noche, en tanto
Que el asalto duró, el capitan Bueso
Trajo una mora, y á este moro preso.
La mora en tristes lágrimas metida
Allá dentro, y el moro en este prado,
Llorando están la libertad perdida,
Y la nueva afliccion del triste estado:»
Dijo, y Argildos la alma divertida,
La vista, el sentimiento, y el cuidado
En su primer dolor, apenas siente
La breve cuenta de su leal sirviente.
Y de congoja y sobresaltos lleno,
Ni á esto, ni á aquello atiende ni repara,
Entrándose en la tienda cuando el freno
Del sol asoma con su lumbre clara;
Dándole luz bastante el dia sereno
Para ver la belleza al mundo rara,
Que la ventura ya quiere que vea,
Sin saber como, ni por donde sea.
Como tal vez el labrador cansado
De buscar el novillo que ha perdido,
En quien todo el caudal tiene empleado
De las pobres cosechas de su ejido,
Entra bajando el monte descuidado
A una cueva sin luz y allí escondido
Acaso le halla entre las ollas de oro,
De un antiguo y riquísimo tesoro;
Así el tierno amador con los temores
Que su imaginacion triste le ofrece,
Sin pensar encontró los resplandores
Del tesoro mayor que le enriquece:
De su bella Florinda vió las flores
Con que de nuevo ya su amor florece,
A un rincon de la tienda desmayada,
Toda de joyas y beldad cercada.
Danae quizá, cuando entre lluvias de oro
Bajó á su lecho celestial riqueza,
Tuvo en sus faldas otro igual tesoro,
Mas en su rostro no otra igual belleza:
«¡O soberano cielo en quien adoro!
(Dijo el godo, aun no libre de tristeza)
¿Anda fortuna haciendo devaneos
Entre su ciego antojo, y mis deseos?
No es este el bello sol que mi alma alumbra?
¿Este no es su retrato verdadero?
¿Es sueño, ó sombra, ó luz que me deslumbra?
¿O la fingida imagen por quien muero?
¿O es la imaginacion con que acostumbra
Pintar la gloria amor, que sigo y quiero
Para volverme con deseos loco
Del mismo gusto y bien que veo y toco?
¿Háse quebrado en dos el limpio espejo
En quien solia mirarse la hermosura,
Que tan por un nivel, tan por parejo,
Se muestra en dos mitades su figura?»
Así dijo, y con ánimo perplejo
En el secreto de la enigma obscura
Llegó á la bella dama, y á un pequeño
Moverla le rompió el sabroso sueño.
Despertó sin sentido alborotada,
De sudor y de lágrimas cubierta,
Y en ver su tierno amante mas turbada
Sospecha todavia que esta muerta;
Hasta que vuelta en sí, y desengañada,
No que en vana fantasma y sombra incierta
Su esposo está, mas en alegre vida,
En nueva admiracion quedó metida.
Así en la escena trágica aparece,
Al desatarse el nudo y la maraña,
En que su alegre ó triste accion fenece,
La antes oculta novedad estraña,
Con que la pena ó la alegría crece,
Que las pasiones mueve, y las engaña,
Poniendo los sucesos diferentes
Admiracion y espanto en los presentes.
Ya tuvo sabios la opinion humana,
Que por ver los dislates de la vida,
Los ciegos desvaríos, y la vana
Locura en sus propósitos metida,
Creyeron que esta fábrica mundana
Del santo cielo estaba desasida,
Sin ley ni dependencia en su gobierno,
De libre brazo, ni saber eterno.
Mas que el divino artífice, que solo

El globo hizo y máquina presente,
La luna variable, fijo el polo,
A Bootes frio, y al leon caliente,
Como el dia le dió á la luz de Apolo,
Y la noche al reposo de la gente,
Así tambien sin diferencia alguna
Los hombres á las vueltas de fortuna.
De aquí daban nacidos los errores,
La variedad de vidas y de muertes,
La mudanza de estados y favores,
Las infelices y felices suertes;
Ser reyes unos, otros labradores,
En pobres chozas ó en castillos fuertes;
Y aquel andar á tiento los mortales,
En medio de los bienes y los males.
Todo esto hacian alhajas de fortuna,
Que es del reloj divino órden entera,
Sin quien no mueve el mar ola ninguna,
Ni una arena hay de mas en su ribera:
Esta el cielo y la tierra tiene en una
Lazada y dependencia verdadera,
Ordenando las cosas de tal modo,
Que cada cual sea parte de este todo.
Mas hay en esto modos naturales
Con que sus cursos corren nuestras vidas,
Que ni es todo milagros celestiales,
Ni todo caso y suertes no entendidas,
Que muchos de los bienes y los males
Nacen de cosas bien ó mal regidas,
Y el albedrío hizo de su mano
Piadoso á César y á Neron tirano.
Bien que hay casos tambien donde no puede
La prudencia estorbarlos ni el aviso,
Que el mundo hace que su vuelta ruede
Por donde él quiere y no el prudente quiso:
Y Ulises por mas curso que le quede
De esperiencia y saber, no hará el preciso
Golpe vano que el hado le predijo,
Que al fin morirá á manos de su hijo.
Aquí entra ya la buena ó mala suerte,
Donde no alcanza el albedrío humano,
Que al uno hace errar, y á otro que acierte
Por donde no pensó ni fue en su mano:
Esta dió á Cardiloro ayer la muerte,
Huyendo della por camino llano,
Y la vida guardó á Florinda bella,
Cuando ella mas trataba de perdella.
¡Estraño caso! en la bugeta de oro
Que el veneno mortífero traia,
La contrayerba del mortal tesoro
Por sí en licor suavísimo tenia;
Que tal fue siempre en esto el uso moro
Dar el remedio donde el mal venia,
Y á la dama tambien su buena suerte,
Hallar la vida por buscar la muerte.
De un frio áspid de Libia soñoliento
La mortal confeccion era amasada,
Y el mitridato por el mismo intento
Durmiendo la dejaba reparada:
Trocó á las cosas la ventura el viento,
Y la afligida dama alborotada
Bebió por beber muerte en la bebida
Un dulce sueño que le dió la vida.
Estando en esto todos divertidos,
Roselio abrió la puerta al desengaño,
Y de los desconciertos referidos
El discurso contó y suceso estraño:
Los dos tiernos amantes advertidos
Del bien presente, y del pasado engaño,
Al cielo alaban, que por tales pasos
Piadoso rige los humanos casos.
Publicóse la nueva venturosa,
Y el amante sagaz viendo trocada
En ocasion honesta la amorosa,
Que antes viniera á ser grave y pesada;
Al triste alcaide, padre de su diosa,
Que por muerta la tiene, ó por robada,
Aviso envia y da nueva cumplida
Ya de su libertad, y de su vida.
Vino el anciano capitan gozoso
Al real en grave pompa y aparato,
Resuelto de no ser al valeroso
Godo á tan nuevo beneficio ingrato:
Si él gana hija, que ella gane esposo,
Y el premio todos de un honroso trato,
Trocándose por casos semejantes
En paz la guerra de los dos amantes.
Estos milagros hace la ventura
Cuando se muestra un poco aficionada,
Yerros dora, descuidos asegura,
La muerte en dulce sueño da trocada:
El cautiverio en libertad segura,
La guerra y pena en gloria y paz sagrada,
Y así á las cosas trueca el sobrescrito,
Que á veces saca premios del delito.
Fue el valeroso alcaide recebido
En real aplauso y magestad decente
De la gallarda dama, y su querido
Amante, y la demás guerrera gente:
Donde luego que vió al recien venido
Preso, en nada á Florinda diferente,
«¡Santo Dios! dijo, ¿qué ventura es esta
En tan notable maravilla puesta?
¿Quién trajo aquí esta nueva hermosura
En jóven tan gallardo, y tan apuesto?
¿Es de claro linaje, ó sangre obscura?
¿Quién me sabrá decir lo que hay en esto
O es el que yo en una espesura,
Cuando en amargo llanto y luto puesto
La traicion me dejó de un moro ingrato
Robándome este rostro, ó su retrato.
Decidnos, bello moro, ó fiel cristiano,
Vuestra tierra, nacion, ley, y nobleza,
A quien el alto cielo dió la mano
Tan abundante en gracia y gentileza.»
Así el alcaide dijo, y el lozano
Doncel con nuevas prendas de belleza,
De empacho y sobresalto de quién era,
Turbado respondió desta manera:
«Señor, de mis parientes y linaje
Mas noticia no tengo ni esperiencia,
Que haberme desde niño visto paje
De Abdalla, rey tirano de Valencia:
De adonde hasta aquí hice un viaje
Por un rodeo lleno de violencia,
Que así, señor, pasó...» y así queria
Decir lo poco que de sí sabia;
Cuando en confusa trápala y ruido
Por la real tienda entraba un moro bravo
De un vulgo y furia popular asido,
Y un valiente caudillo de otro cabo:
Hanle entre los cautivos conocido
Por el rojo Alfaquiz, antiguo esclavo
Del alcaide, y aquel que ahora dijo
Que en una caza le robó á su hijo.
Fue de la arma pasada el desconcierto
De tanto riesgo en el real pagano,
Que hallando lo mejor del campo muerto
El viejo Zumail, moro liviano,
Desesperado huyó, huyó encubierto,
Y el resto se dejó al furor cristiano,
Entre cuyos despojos y tesoro
Raulin prendió al antiguo esclavo moro.
Prendióle, y todo lleno de cuidado
A que del tierno padre en la presencia
El rico hurto descubra, aprisionado
Le trajo en tanta guarda y diligencia:
Quedó de nuevo el campo alborotado...
Mas mientras se sosiega, y dan audiencia,
Al nuevo preso, de Bernardo quiero

La luz seguir de su invencible acero.
Ya despues que con trágico lamento
Fin dió á su historia el español gallardo,
Y deslumbrado en su beldad á tiento
Se entró tras una corza el gran Bernardo
Por la incógnita selva, en el aliento
Y ligereza que un dispuesto pardo,
Cuando en la Libia la hambre le persigue,
Y un lobo por las breñas de Atlas sigue.
De las ásperas quiebras de la sierra
Corrido un no pequeño trecho habia,
Cuando abrirse de lejos vió la tierra
Que en tumbo hinchado sobre el mar caia,
Y al negro abismo que su vientre encierra
Arrojarse la luz tras quien venia,
Admiróle el suceso, y fue con nueva
Curiosidad á entrarse por la cueva.
Cuando en el verde suelo vió caida
La hermosura de Angélica, y sobre ella
Una enroscada sierpe, que atrevida
En sus artejos quiere deshacella:
Aquella beldad misma que su vida
En aire obscuro vió cual clara estrella,
La noche que á Orimando en su presencia
Su luz arrebató maga violencia.
Admiróse el mancebo, y condolido
De la ingrata belleza, aquella espada
Que ella por mas favor le habia ceñido,
A volver por sus causas obligada,
Bravo sacó y con ánimo atrevido
Corre á librar la dama desmayada,
Que el dragon en la boca se la lleva
Por las entrañas de la obscura cueva.
Entró tras él el animoso infante
Al sordo estruendo de la sierpe horrible,
Sintiendo detenerse por delante
De un fuerte y singular brazo invencible;
Hasta que en fuerza y ánimo constante
Vencido de la máquina terrible
El importuno estorbo en son horrendo
Fue por el negro sótano cayendo.
Piensa que haya bajado hasta el profundo,
Segun las vueltas y traspiés que ha dado,
Cuando de nuevo se halló en el mundo
Con dos gigantes sobre un fresco prado,
Que el uno ha muerto el animal inmundo,
Y el otro por el oro ensortijado
Del hermoso cabello á toda priesa
La Angélica beldad se lleva presa.
Deten, negra fantasma, el jóven grita,
Y tras él sale á remediar el caso,
Cuando el otro jayan le ataja y quita
Con firme maza el importante paso:
Tal que si el primer golpe no le evita
Un salto atrás en aquel campo raso,
Contra el valor de los eternos astros
De su muerte quedaran tristes rastros.
Iba sin mas defensa el caballero
Que de su limpia espada la destreza,
Con que el jayan de corpulento acero
Sus golpes perder hizo y su braveza,
Acertándole algunos el guerrero
A pesar de su altura en la cabeza,
Por donde en vez de sangre salen toscas
Bandas de abispas, y de negras moscas.
¡Horrible caso! por el negro viento
El importuno y mal nacido enjambre
Sobre el bravo español vuela sin tiento,
A hartar en él las rabias de su hambre:
Siéndole su inquietud mayor tormento,
Que el encantado bulto y tez de alambre,
Que la cruel maza encima dél revuelve.
Y en alados gusanos se resuelve.
Como entre los tomillos y el romero
Del fértil monte Hibla causa pena
El belicoso enjambre al oso fiero,
Que sin tiempo desfonda la colmena,
Dando el liviano corcho el golpe entero
De dulce ambrosia de enemigos llena,
Y haciendo la defensa de su vida
Sabrosa la victoria y desabrida.
Así el menudo ejército que vuela
Sobre el rostro y los ojos de Bernardo,
Le inquieta, le congoja, y le desvela,
Sin valerle defensa ni resguardo:
Ni le aprovecha maña ni cautela,
Ni importa ser ligero ni ser tardo,
Que lo ha con enemigos inconstantes,
Que se atreven á reyes, y á gigantes.
Mas de nuevo le asombra un nuevo caso
En esta estraña y desigual conquista,
Que en picando la avispa, el bulto escaso
Volvia en rojo rubí ó blanca amatista:
Y donde quiera que fijaba el paso
Rastro quedaba en relumbrante lista
De las preciosas piedras que ya en vuelo
Moscas vinieron hechas por el cielo.
Así en su trono real Midas sentado,
Y convirtiendo cuanto toca en oro,
Si acaso vino un escuadron al lado,
Que en torno vuela con parlar sonoro,
Lo que le llega en oro cae mudado,
Con que el espanto crece y el tesoro,
Y si la tierra pisa, deja en ella
Resplandecientes rastros de su huella.
De pedrería cubierto el valle ameno
Ya la braveza del leonés tenia,
Y el fingido jayan de avispas lleno
Con solos ademanes combatia:
Cuando quitando al sufrimiento el freno,
A pesar de la maza que esgrimia
Un golpe le acertó por la cintura,
Que cortó en dos la bárbara figura.
La mitad se quedó en el verde prado
De bronce hecha imágen verdadera
Del invicto español, que retratado
En ella goza su hermosura entera:
La otra mitad en vuelo levantado
Subir se vió por la estrellada esfera,
De lenguas llena, y de dorada llama,
Con la trompa y las alas de la fama.
Cobró el invicto montañés sosiego
Vencido aquel fantástico enemigo,
Y á dar alcance y guerra corre luego
Al que se lleva á Angélica consigo:
Vióla entrar por la llama de un gran fuego,
Y sin buscar mas puerta ni postigo
Tras él se entró, que á quien honor pretende,
Ni el fuego espanta, ni el temor le ofende.
Así el fuego se cuenta que en su esfera
Es con su tibia luz tan perezoso,
Que aun no llega á esponjar la blanda cera,
Ni á ser mas que un vapor claro y lustroso:
Pasó libre la luz que reverbera,
Y hallóse en un sepulcro tenebroso,
Que en una obscura tumba parecia
Al débil rayo de un farol que ardia.
Rondaba en torno dél un cuerpo muerto,
Negra fantasma, ó sombra descarnada,
Quedó pasmado, y el cabello yerto,
Suspenso el paso, y la color mudada;
Hasta que reportado: «oh, tu, encubierto
Cadáver, dijo, dime en voz prestada,
Sino la tienes propia, por cual cueva
Un jayan bruto preso un ángel lleva.»
Juzgó que en las honrosas pretensiones
Del ir tras la virtud es caso indino
Pensar que aun á los muertos las razones
Falten para mostrar senda y camino:
Ni que puedan fingidas ilusiones

Torcer el curso del saber divino,
Que á cada vida tiene, y cada hado,
El punto fijo y centro señalado.
Esto á pedir con libertad le obliga
El carcomido bulto luz bastante
Del huido jayan, y él con amiga
Caricia le adestró con ir delante,
Pidiéndole por señas que le siga
Por un hundido sótano distante,
Que secas las arterias y pulmones
Aire le falta en que formar razones.
Fueron bajando un caracol difuso
Al rayo de la lámpara de fuera,
Que en aire negro, y cóncavo confuso,
Con luz dudosa y tibia reverbera;
Hasta que de los piés las plantas puso
De un negro rio profundo en la ribera,
Que con ronco furor de peña en peña
Por sus hondas cavernas se despeña.
Un pequeño batel puesto á la orilla
Está entre cañas y ovas zabordando,
Donde aquella mortal sombra amarilla
Se entró, al ilustre jóven convidando:
Notable y nunca oida maravilla,
Que obedeciéndole él, y ella bogando
Por los despeñaderos de aquel río,
Mas recio va que el agua á su navío.
Cercado de figuras temerosas,
Que á la luz se descubren, que levanta
El oro de las sierpes escamosas,
Que con su horrible centellear espanta:
Y sobre negras ondas espumosas
El frágil leño al centro se adelanta,
Donde la luna sus mudanzas mide,
La noche reina y el horror preside.
Asi en el requemado Flegetonte
La barca de la muerte, y su barquero,
Temple á las almas muda, y horizonte,
De un claro mundo, á un espantoso y fiero:
Y Alcides cuando entró por Aqueronte
A enlazar las gargantas del cerbero,
Así en el débil leño á todo vuelo
Los límites feroz pasó del suelo.
Sintió en el sosegado movimiento
Del temeroso viento denegrido,
Haber ya hecho la barquilla asiento,
O en agua mansa, ó puerto conocido:
Buscó el piloto por el barco á tiento,
Y viendo que se le ha desvanecido
Causóle horror, que en golfo tan esquivo
Aun hace un muerto compañía de vivo.
Hiere á una parte y otra con la espada,
Y en el fondo del agua con los remos,
Y ni halla de aquí ni de allí nada,
Ni al rio corriente, ni al remanso estremos:
Solo de horibles sierpes ve cuajada
La negra espuma, como ver solemos
Con el presto relámpago que embiste
Los pardos bultos de la noche triste.
Así el menudo centellar que sale
De las sierpes al agua, y los dragones,
Solo con sus vislumbres tristes vale
Para aumentar del miedo las pasiones,
Haciendo que un temor á otro se iguale,
Las negras sombras, y húmedas visiones,
Con el espanto del lugar horrible,
Bastante prueba á un ánimo invencible.
El valeroso jóven que se halla
Ni bien en este ni en el otro mundo,
Sin guia, senda ni luz, ni en que buscalla
En el herviente lago y golfo inmundo,
Que ni su barca sabe gobernalla,
Ni como vadear el rio profundo,
De un bordo en otro en vano se fatiga
Buscando el puerto ó la ribera amiga.
«Sin duda, dice, el cielo me ha traido
Por alguna soberbia culpa mia,
Donde en eterna noche confundido
Con el miedo ande siempre en compañía:
Mas si en esta caverna y lago hundido
Mi nombre ha de quedar, y aquí me guia
El mal dispuesto influjo de mi estrella
A morir sin por qué tan mozo en ella;
Deme un famoso brazo con quien pueda
Quedar como quien soy de un golpe honrado,
Que no es gran cosa hacer la fatal rueda
Que un hombre si es mortal muera ahogado:
Y si algun tiempo por vivir me queda,
Tampoco es bien pasarlo aquí encerrado,
De cualquier suerte quiero ver si puedo
Destas cuevas romper el ciego enredo.»
Dijo, y con ambos remos presuroso
Boga á buscar el fin de la laguna,
Y sin tomar aliento ni reposo
Se cansa en vano sin mudanza alguna:
Parécele que vuela mas furioso
Su barco que la esfera de la luna,
Y no se mueve mas, ni da mas paso,
Que en Tesália las cumbres del Parnaso.
Veinte millas hubiera navegado
Con el recio bogar si se moviera,
Cuando el remo arrojó desalentado,
Sin esperanza ya de hallar ribera;
Volviendo al cielo todo su cuidado,
Y pidiendo, si es fuerza que allí muera,
No hereden cuerpo y alma unas serpientes,
Pues nacieron de padres diferentes.
Pide tambien en su secreto pecho
Favor á la purísima María,
Y á su santo Custodio, que el estrecho
Camino le abra, y vuelva á ser su guia:
Y viendo que es cansarse sin provecho
Gastar las fuerzas mas en tal porfía,
Se está quedo esperando á ver la suerte
Que el tiempo echa en su vida, ó en su muerte.
Y mientras sepultado en el profundo
Entre horribles figuras se lamenta,
Tambien la superior parte del mundo
Al cielo obscuro sus estrellas cuenta:
Cubierto el primer suelo y el segundo
Del negro manto que el temor aumenta,
Guardando las tinieblas sin figura
Sus privilegios á la noche obscura.
Y así en silencio y suspension callada
Todo permaneció hasta el nuevo dia,
Que un rayo entró de luz amortiguada,
Por donde un muro sin pensar se abria:
Y en una hermosa sala matizada
De oro precioso, y varia pedrería,
Sobre una rica cama de brocado.
Con sus congojas se halló embarcado.
Vió que eran los dragones y serpientes,
Que antes le perturbaban con vislumbres
De oro y preciosas piedras transparentes,
Que á la cuadra enlazaban las techumbres:
Las espumas aljófares pendientes
De un rico pabellon alegres lumbres,
Y la barquilla en que iba tan estrecho,
La blanda pluma de un dorado lecho.
Tuvo por sueño todo lo pasado,
Sus temores riendo y su recelo,
Y saltando del lecho apresurado,
Corrió alegre á gozar del claro cielo:
Abrió una puerta de marfil grabado,
Por donde entró la luz, y halló que el suelo
Era todo de un vidrio transparente,
Como el cerúleo mar resplandeciente,
En que de los tesoros de la sala
Caian unos vivísimos reflejos,
Que en vista y proporcion no les iguala



La industria de los cóncavos espejos,
Siendo serpientes de oro hechas por gala
Los que dragones parecian de lejos,
Fingiendo las vislumbres de un topacio
El contrahecho asombro en el palacio.
Mas ya saliendo por la eburnea puerta
Tras el sabroso fin del dulce angaño
Un nuevo mundo vió, á quien da cubierta
Un cielo de agua sin lesion ni daño:
Admiróse de ver que al aire abierta
El ancho mar por artificio estraño
La bellisima bóveda levante
A la de un claro cielo semejante.
Y que los rayos del dorado Febo,
Que por las cumbres vuelan celestiales,
Con nuevo dia en aquel mundo nuevo
Luz á su nacar den, y á sus corales:
Y en claros visos con sutil relievo
Del mundo así relumbran los cristales,
Que con vislumbres de oro y resplandores
Iris hagan bullir de mil colores.
Entre las aguas los ligeros peces,
Con ses go movimiento y curso blando,
Por varias partes, y en diversas veces,
Las crespas ondas ir se ven cortando:
Y al rubio sol sus escamadas teces,
Como cuerpos opacos relumbrando,
Su luz en globos lúcidos se cuaja,
Y en contrarios aspectos se baraja.
Así el vulgo sospecha que en el cielo
El sol camina, y vuelan las estrellas,
No asidas, mas cada una en suelto vuelo,
O mas bellas en luz, ó menos bellas,
Dando en confuso y suelto enjambre al suelo
Del oro de su lustre las centellas,
Con un eterno curso sin trabajo,
Cual es de un grave cuerpo el irse abajo.
Admiróse de ver la hermosura,
Que en claros y argentados arreboles
Por el agua entremete la luz pura,
Tejiendo en ella varios tornasoles:
Y del lustroso nacar la blancura,
Que en conchas y revueltos caracoles
Las aguas crian, y con tez de plata
Sus suelos cubren de beldad barata.
Dase en aquellos campos espaciosos
El rocío en aljófares cuajado,
De balajes, jacintos, y lustrosos
Carbuncos y amatistas retocado:
De espejado cristal riscos lustrosos,
Arboles rojos de coral preciado,
De zafiros, crisólitos, topacios,
Los montes llenos, muros, y palacios.
Ricas florestas, huertos y jardines,

Con parras de oro y pámpanos de plata,
Rubíes por uvas, perlas por jazmines,
De aljófar argentada cada mata:
Dorados pavos, bellos francolines,
De azules plumas, nieve, y escarlata,
Que por las esmeraldas y cristales
Vuelan, y dan vislumbres celestiales.
Así en triángulos da el cristal cuajado
Al encrespar los aires con plumajes,
De oro, nácar, azul, verde y morado,
Pomposas sombras, lúcidos follajes:
De que el bravo español mas admirado,
Que de los antes lóbregos visajes
Del contrahecho barco, y de su dueño,
Piensa que es todo engaño, ó todo sueño.
Y entrando por los campos, no distante
De la ancha puerta, un prado deleitoso
De tiernas flores lleno el radiante
Asiento muestra de un castillo hermoso,
De arquitectura y fábrica elegante,
Aunque de vidrio frágil y lustroso,
Cuyas resplandecientes torres bellas
Con sus follajes tocan las estrellas.
Las ricas galerías y ventanas,
Antepechos, y lúcidos balcones,
De hermosas ninfas con libreas galanas,
Dan á la vista raras perfecciones:
De lirios, alelís, rosas tempranas,
Triunfales arcos, frisos y festones,
Y en las ricas cabezas de oro llenas,
Coronas de claveles y azucenas.
Es de la juventud y la hermosura
Tierno albergue el alcázar delicado,
Donde la alma, salud, y su frescura,
La alegre sangre, y el vivir templado,
Vida á su parecer gozan segura,
Si bien de frágil vidrio el real tejado,
Y por vecina una importuna vieja,
Que hora de gusto el suyo no les deja.
Puesto en frontera deste gran palacio,
Sobre una parda carcomida roca,
Otro distante dél no largo espacio,
Las nubes con sus rotas cimbras toca:
En campo estéril, agostado y lacio,
De obscuros senos, y de vista poca,
Lumbreras cortas, patios mal seguros,
Antiguas torres, y arruinados muros.
Habitan dentro horribles sabandijas,
Necias mujeres de ánimas voltarias,
Flacas, feas, fantásticas, prolijas,
Frias, falsas, caducas, herbolarias:
De arrugas llenas, callos, y de rijas,
Enfermedades, y apostemas varias,
Por caudillo una vieja así enfadada,
Que á nadie placer da ni gusto en nada.
Toda menor que de la mano al codo,
De enfermedades y de horror cubierta,
Corto el cano cabello, el cuerpo todo
De flacos pliegues lleno, y color muerta,
De raices hecha, y hecha de tal modo,
Que corza no hay tan viva ni despierta,
Aguila real, neblí que se abalance,
A quien no dé su ligereza alcance.
Es la triste vejez de edad cansada,
Ligera posta en alcanzar mortales,
Y las brujas de que anda acompañada
Ciega baraja, y confusion de males:
Melancolía, flaqueza, y la pesada
Enfermedad de puntos desiguales,
Tejiendo á vueltas dellas mil engaños
Las edades ladronas de los años.
Todo este infausto campo de enemigos,
Sin dormir noche, ni escusarse dia,
Por las ventanas da, y por los postigos,
Al vidrioso alcázar batería:
Dejando á sus victorias por testigos
La mustia tez, y muerta gallardía,
Que á cada hora lastiman, y con vanos
Escudos se defienden de sus manos.
Dejó admirado al español caudillo
La nueva guerra y desigual batalla,
Viendo pelear con flores de castillo,
Y hacer dellas defensas y murallas:
Y el contrario escuadron, que á resistillo
Peto no basta ni acerada malla,
En diestros tiros, y con maña astuta,
Irreparables golpes le ejecuta.
Vió á Angélica la bella á una ventana,
Por quien tan largo afan tomado habia,
Y que una hada envejecida y cana
Ya por cogerla á su balcon subia:
No aguardó mas, salió en alma lozana
A defender la que á librar venia,
Cuando en ciego tropel y alto alarido
Del sin ley escuadron fue acometido.
Rodeado de fantásticas quimeras,
Horribles gestos, lóbregos visajes,
De aquí y de allí le dan de mil maneras
Pesados golpes, bárbaros ultrajes:
No los negros moscones, ni las fieras
Llamas, ni los nocturnos personajes,
Por donde allí llegó, ni todo junto,
En tal riesgo le puso, ni en tal punto.
Ni fue con mayor ímpetu asaltado
En venganza de el muerto Polidoro,
De Hecuba y sus mujeres el malvado
Y fiero rey de Tracia hambriento de oro;
Ni Orfeo al pié del Ródope sentado,
Selvas plantando su cantar sonoro,
Herido en mas confuso desatino
De la bacanal turba hirviendo en vino.
Que el tierno jóven del enjambre esquivo,
Que al frágil vidrio con furor contrasta,
Y las bellezas de su muro altivo
Con sordas invisibles limas gasta:
Mas porque herir su pecho fugitivo
Indigna hazaña sale á su real casta,
Y es bajeza manchar en tan vil gente
El limpio acero de su espada ardiente;
Con el trozo de un remo carcomido,
Que en el húmedo suelo se halló á mano,
Tras el escuadron dió descomedido,
Haciéndole la fuerza ser villano:
Y aquí un mónstruo espantado, y otro herido,
Todos medrosos huyen por el llano,
Sola la vieja que al balcon subia
En alcanzar á Angélica porfia.
Cual pardo huron, ó astuta comadreja,
A cazar sube un pájaro en su nido,
Que al hueco abrigo de una corva teja
Seguro se juzgaba, y escondido:
Tal la arrugada y carcomida vieja,
Pegada al muro sin hacer ruido,
Poco á poco se acerca á la hermosura,
Contra quien no hubo libertad segura.
Cuando el gallardo jóven, que volvia
De los vencidos mónstruos victorioso,
El bulto asió de la mordaz harpía,
Que trepando iba el muro peligroso,
Y arrojándolo al suelo, ya queria
Ponerle el pié como á raton medroso,
Cuando ella humilde á su furor rendida
Así merced le pide de la vida:
«¡Oh invicta gloria del valor de España!
No ofendas las grandezas de tu mano
Mostrando ahora sin sazon tu saña
En dar injusta muerte á un vil gusano:
Sabe que no saldrás de esta montaña
Si yo el camino no te diera llano;
Oye que no hay tan mustio y seco heno

Que para algun efecto no sea bueno.
Proteo es cierto espíritu marino
Que las llaves del mar inmenso tiene,
El que abre y cierra el paso, y da camino
A cuanto de sus aguas se mantiene,
Alcaide de este alcázar cristalino,
Y el que atalaya cuanto al mundo viene,
Y en él alcanza á ver lo qne desea,
Antes que salga á luz, y antes que sea.
Este en lo hondo de una gruta obscura,
Que el ciego seno ocupa desta cueva,
Luz si lo vences te dará segura,
Y de cuanto deseas saber nueva;
Mas es de tal ingenio, y tal hechura,
Y tal rodeo en sus discursos lleva,
Que si ya no es venciéndole primero,
Dél no sabrás suceso verdadero.
Con cadenas de perlas has de atalle,
Que será lo demás cansarte en vano.
Dijo, y cuando mas puesto en escuchalle
Sin sospechas estaba el asturiano,
De entre los piés salió cruzando el valle,
Cual nocturno murciélago, el enano
Bulto de la encubierta hechicera,
O sea Alcina, ó la vejez parlera.
Sospechas hay que fue la misma hada,
La que en su natural figura quiso,
Sin liarla de otros medios recatada,
Al doncel dar de España el nuevo aviso:
Otros que la vejez torpe y cansada,
Que es de suyo habladora de improviso,
Con el vano temor se fue de boca,
Y por piés luego á su arruinada roca.
El jóven que al principio no hizo caso
Del sabio aviso de la astuta vieja,
Viendo cerrado del castillo el paso,
Las puertas, ó con llaves, ó con reja;
Y junto al muro, en medio el campo raso,
De una cueva la boca mal pareja,
Y en un padron sobre ella por trofeo;
«Mirada del mudable dios Proteo.»
Habiendo leido en el romano Homero
La historia deste monstruo variable,
Bien que la tuvo por ficcion primero,
Ahora le pareció cosa probable:
Y entrando sin mas láminas de acero,
Que de su espada el brio irreparable,
Un jayan viejo vió en un risco echado,
De larga barba y rostro descarnado.
Y de aljófar menudo una cadena
Caida ante sus piés, quizá seria
Con la que el brazo de Aristeo se suena
Que apretado le tuvo y preso un dia;
O con la que él se deja atar sin pena
Cuando alguno le vence su porfía,
Al fin él por las señas y el trofeo
Del jayan conoció que era Proteo.
Y deseando saber de su camino,
De su patria y linaje lo mas cierto,
De quien su ayo por modo peregrino
En sombras siempre le habló encubierto:
Sobre él ligero entró, y el adivino
Que vió violado su sagrado puerto
De humanas plantas, arrogante y fiero
Asombrar quiso al español guerrero.
Y en un pardo dragon haciendo roscas,
Y echando por la boca y ojos fuego,
Se fue mudando entre las peñas toscas,
Que antes servian de cama á su sosiego:
Mas el valor que á las horribles moscas
Volvió en preciosas joyas, cerró luego
Con el marino mónstruo nigromante
Con nuevas fuerzas y ánimo bastante.
Y por las alas, cresta, y las escamas,
Le anuda y ciñe los fornidos brazos,
Sin temor de los silvos y las llamas
Con que asombros le finge y embarazos:
Cuando crecer de un árbol vió las ramas
Por entre sus fortísimos abrazos,
Y las escamas de oro vió en figura
De un grueso tronco y su corteza dura.
Sonrióse el mancebo valeroso,
Y ahora mas firme, dijo, estás conmigo,
Cuando en horrible fuego sonoroso
A arderse comenzó el vano quejigo:
Quiso ya allí soltarlo receloso
De quemarse abrazado á su enemigo,
Y reportóle el ver que es llama santa,
Que solo con fingir quemar espanta.
El humo es quien le ciega y da congoja,
Por ser la gruta lóbrega y pequeña,
Hasta que vuelto en aire se le antoja
Que está abrazado al gajo de una peña,
Y que entre el fuego de la llama roja
Humo se volvió el árbol con su leña,
Y el sabio se le ha ido de la mano,
Quedándose él á un risco asido en vano.
Queríale ya dejar desconfiado
De sujetar un trasgo tan mudable,
Cuando en lo alto de un risco vió asomado
Su calvo rostro y barba venerable:
A solo Atlante he visto así pintado,
Hecho de un monte el cuerpo inespugnable,
Al tiempo que de peñas y maleza
Le asomaba la górgona cabeza.
Bernardo se admiró, y con la cadena
Que al pié de aquel peñasco halló asida,
Probó en torno á ceñille, y de agua llena
En rio quedó la peña convertida:
Anegarle pensó, y salir de pena
El mago con la súbita avenida,
Mas el firme español, ni abrió los brazos,
Ni le aflojó los cristalinos lazos.
Es gran Proteo el tiempo en sus mudanzas,
¿A quien no se le trueca entre las manos?
A unos se huyen, á otros da esperanzas,
Y á todos reglas y consejos sanos:
Oráculo y reloj de adivinanzas,
Teatro universal de los humanos,
Presa del sabio, pérdida del necio,
Y del mundo la joya de mas precio.
Ya en dragon vuelto muerde de su cola,
Ya en su fuego consume las edades,
Ya con sus avenidas de ola en ola
Piedra toque se vuelve de verdades:
Ya tizna con su humo, ya arrebola
Con nuevo rosicler nuevas beldades,
Y al fin en tantas cosas se convierte,
Que es bien, que es mal, que es fin, que es vida y muerte.
Todo lo vence y muda, y si algo puede
Al natural vencer de su inconstancia
Fijar su rueda, ó que por mas que ruede
No le lleve á vida su importancia,
Es no perder ninguno, con que escede
El sabio al que vestido de ignorancia
Con cualquiera ocasion y miedos vanos
Se le desliza y huye de las manos.
Mas al que en no dejarlo persevera
Altísimos secretos le descubre,
Y de la edad pasada y venidera
Cuanto el olvido y su silencio encubre,
Y en triunfo ilustre y honra verdadera
Su fama de inmortales lauros cubre,
Como al sabio español constante avino
Con el mudable espíritu marino.
Quedó en tan obstinada fortaleza
Apurado el teson de su porfía,
Que vuelto á su primer naturaleza
De bascas reventaba, y de agonía:
Cuando lleno el semblante de fiereza,

Hecho del siglo por venir espía,
«¿Qué buscas, dijo, oh invicta fortaleza,
En la sorda quietud de esta aspereza?
Ocho siglos ha ya que condenado
A perpétuo silencio me ha tenido
En esta horrible gruta el hijo amado
De Dios, que vió Betlem recien nacido:
¿Quién de nuevo perturba mi cuidado?
¿Quién á tan bajos mundos te ha traido?
¿Qué pretendes, qué buscas, qué me pides
Con tan estrechas é importunas lides?»
«Bien sabes tú, le respondió Bernardo,
Oh autor de las edades, rico archivo
Del mundo y sus historias, el gallardo
Deseo que me trajo á verte vivo:
Lo que sabes de mí, lo que al resguardo
De mi viaje importa, y al motivo
Que vencerte me hizo, aquesto quiero
De tí en lenguaje y cuento verdadero.»
Dijo, y el sabio desabrido viejo,
De un divino furor arrebatado,
Con turbado capote y sobrecejo,
Torciendo el cuerpo al uno y otro lado,
En ronco son y aliento mal parejo
El duro pecho abrió al rigor del hado,
Y con rabiosa basca y desatino
Dió así á las cosas por venir camino:
«Quebrante el cielo, oh España, tu grandeza,
A quien el mundo todo veo rendido,
Y á mí contra mi orgullo y fortaleza,
A las presentes ansias compelido:
Y tú imágen mortal de su braveza,
Cuyo brazo á este punto me ha traido,
No esperes ver de mí, sino es forzado,
Bien ni favor que te prometa el hado.
Sobrino eres del rey que ahora gobierna
El reino de Leon y el asturiano,
El mismo que libraste tú en Miduerna
De la alevosa espada de un tirano:
Hijo de hermana suya, y por paterna
Línea de un sucesor de Vimarano,
Conde en Saldaña, y porque tú naciste
Puesto en dura prision y cárcel triste.
Tu ilustre madre en religion sagrada
El rigor tiene de tu casto tio,
De que te dará cuenta mas fundada
Un noble preso al desbrabar de un rio:
Librarle has de la muerte, y con doblada
Razon harás por ambos desafio,
Mas no esperes en tiempos ni ocasiones
Tus tristes padres libres de prisiones.
Bien podrá el cielo darte con exceso
Triunfos contra el francés y el pueblo moro,
Y al tuyo su valor vencido y preso
En Duero, Benavente, Orbejo y Toro;
Y que en Orcejo rindas en á don Bueso,
Y todo un infiel campo en Valdemoro,
Y hagas otros lances semejantes
En moros, paladines y gigantes.
Y que tan noble sangre con fecundo
Curso y ricos favores de tu estrella
Gobierne á España, y lo mejor del mundo,
Naciendo reyes y monarcas della:
Que seas en tus empresas sin segundo,
Amor de una honestísima doncella,
Y sucedan de tí por mas estremos
Mil príncipes á Castro, Sarria y Lemos.
Y que el difunto bulto que encontraste
El sepulcro guardando de su cueva,
En ricas armas tu persona engaste
De tu invicto valor bastante prueba,
Que del frágil alcázar que libraste
De la vil gente que tras sí lo lleva,
Los presos saques victorioso y grave,
Y yo te dé para ello puerta y llave.
Que en el furor de Francia, que ya viene
De Leon á usurpar el reino y tierra,
El cielo trace, y tu ventura ordene
Por tuyo solo el triunfo de la guerra:
Que tu invencible espada y brazo llene
De franca sangre la Gascona sierra,
Y que de lo demás que dé esta gloria
Tu fama trace una inmortal historia.
Todo ese colmo junto podrá el cielo
Darte como lo tiene decretado,
Y hacerte mientras vivas en el suelo
Invencible, querido y respetado:
Mas no hará por no trocarle el vuelo
Al gran decreto del divino hado,
Que libre goces de prision tu padre,
Ni halagos tiernos de amorosa madre.»
Dijo, y de un ronco trueno y son quebrada
La bóveda de vidrio que tenia
Del hondo mar la máquina cargada,
Que el contrahecho cielo componia,
A un tiempo en sordo estruendo despeñada
La voz clara ahogó que antes se oia
Con el futuro hado entre las gentes,
Que en las torres vivian transparentes.
A quien dejó la súbita caida
Del cielo de cristal, y sus estrellas,
Sin sentimiento, ya que no sin vida,
Entre riscos, coral y conchas bellas:
En tanto que el raudal de la avenida
Sus gruesas olas derramó, y con ellas
Bañó otra vez los nácares profundos,
Y el uno se tragó de los dos mundos.
Mas ya despues que el espantoso estruendo,
Que dejó á todos fuera de sentido,
En su rumor cesó, y el sol volviendo
La clara luz volvió que habia perdido;
Libre Bernardo vió que iba saliendo
De un real jardin á un mirador florido,
Por una sala que en dorada altura
Mas nubes vence, y rinde su hermosura.
Admiróle el bellísimo edificio,
Todo de lazos de oro artesonado,
Sin que viese antes dél sombra ni indicio,
Ni por dónde ni cómo allí ha llegado:
Y ya del todo vuelto en su juicio
De nuevo se espantó viéndose armado
De unas tan ricas armas, que parece
Que el dia por sus vislumbres amanece.
Cuajadas de preciosa pedrería,
Peto, celada, grevas, brazo y mano,
De oro un leon por cresta, á quien hacia
Sombra un plumero por el aire ufano;
Y en el grabado acero descubría
La obra de los buriles de Vulcano,
En las nieladas sombras por concetos.
De historias por venir varios secretos.
En el lumbroso escudo relevada
La fama vuelta muda de parlera,
Las alas cortas, y la lengua atada,
Su trompeta quebrada, y ella entera:
De una confusa niebla rodeada,
Con esta letra de oro por defuera:
«Tiempo vendrá que estos nublados rompa
Nueva ala, nueva lengua y nueva trompa.»
Admirado de tantas novedades,
Dudoso en atender sus mismas cosas,
Los ojos vuelve á ver las variedades
Que el jardin muestra de árboles y rosas;
Cuando venir á él vió dos beldades,
Mas que el lucero y la mañana hermosas,
Que en trato afable y noble cumplimiento,
Grato le dan y dulce acogimiento.
Y el gallardo mancebo cortesano,
Con igual compostura y reverencia,
«El cielo, dijo, haga de su mano

Próspero agüero tan gentil presencia;
Y sepa, diosas, yo, si el seso humano
Al punto alcanza de tan alta ciencia,
¿Qué deidad rige, qué saber profundo
En torno trae este encantado mundo?
¿Qué magestad encierra este palacio
En la de sus soberbios edificios?
A cuyo cargo está en tan breve espacio
Tanta máquina y suma de artificios?»
Dijo, y la rubia Arbelia, que un topacio
En lustre, resplandor, viso y bullicios
Es su cabeza, y ella un cielo en todo,
Así respuesta dió al valiente godo:
«Prueba al invicto ardor de tu persona
Las maravillas son de nuestra tierra,
Y sus vencidos mónstruos la corona
Del inmortal valor que en ti se encierra:
La fama, quien aprecia y galardona
Los justos riesgos de la paz y guerra,
Y ese tu brazo al fin, quien solo pudo
De esas armas vestirse y dese escudo.
La diestra lima del autor del fuego,
Cual ves las hizo para el fuerte Aquiles,
Y dél las heredó un astuto griego
Por viva lengua y pláticas sutiles:
Perdiólas Telamon, y el que hizo ciego
A Polifemo entre otras cosas viles,
Al mar las arrojó, como el prudente
Que el oro arroja por salvar la gente.
Llegaron al sepulcro sobre aguadas,
Que por ellas se abrió, y el Jónio altivo
Quizá las estimó por mas guardadas
En Ayax muerto que en Ulises vivo:
Allí las tuvo hasta hoy depositadas
La horrible sombra de su bulto esquivo,
Para que tú heredases sus perfiles,
Y ellas en tu valor un nuevo Aquiles.
Hoy se cumplió el decreto de los hados,
Y á darle el lleno á este lugar veniste,
Donde por senda y pasos nunca usados
Ya con victoria y con tu honor saliste:
Estos bellos alcázares dorados,
Y este jardin que un mayo eterno viste,
Son de la hada Alcina, en cuya mano
Todo el deleite está del gusto humano.
Ella en mi lengua este secreto ha puesto,
Y á que de mí lo sepas me ha enviado,
Rogándote que bajes á su honesto
Jardin, á ser de nuevo acariciado
De los que libertaste del compuesto
Castillo de sutil cristal labrado,
Y de Orimandro, á quien tambien Alcina
Ya á sus males ha dado medicina.
Gundémaro, y su esposa, que perdida
Tantos dias lloró, viven contentos,
Donde lo estarán mas con tu venida,
Por colmo á sus alegres pensamientos:»
Dijo, y del gran leonés obedecida,
A ver fué los floridos aposentos.....
Al tiempo que en los campos de Toledo
Batalla hacian la rabia, la ira y miedo.
Medrosa Arleta, bravo Ferraguto,
Feroz Bangorio, triste Galiana,
Por donde el Tajo al mar lleva el tributo,
Y abre una vega de álamos lozana:
Llenos dejé los ánimos de luto,
Bangorio en verlos muertos, la lozana
Infanta en verle á él, Arleta al moro,
Y él el caballo y su mochila de oro.
Y en esta suspension, la que primero
Del silencio la voz sacó parlera,
De alevoso acusando al caballero,
Fue la atrevida y lóbrega hechicera,
Que briosa y temblando ante el severo
Semblante y hermosura verdadera
De la gallarda infanta de Toledo,
Así le dijo entre esperanza y miedo:
«Soberbia magestad, cuya belleza
Aun la envidia á negarla no se atreve,
Pues casi iguala con la igual grandeza,
Que ya un tiempo gocé ligero y breve:
Si á las que en hermosura y gentileza
Hermanas tuyas somos se nos debe
Favor, válgame ahora en tal presencia,
Ya que no mi justicia, tu clemencia.
Bien sabes, reina hermosa, que fue mio
Brabonel, y yo un tiempo su cuidado,
Y que mas tu favor que mi desvio
Sin culpa de los dos me le ha quitado:
No quiero entrar contigo en desafio;
En si ó no me lo tienes usurpado,
Mas porque seas de veras su señora,
Tuyo es, yo te le doy, gózalo ahora.
Con tal que deste falso caballero
La afrenta quede de mi honor vengada,
Y á una promesa cumplimiento entero
A cuenta dé de mi beldad gozada,
De darme un preso, ó ser mi prisionero,
El alma prometió en mi fe abrasada,
Mas un nuevo placer siempre se estraga,
Y en inconstantes gustos empalaga.
Cúmpleme, pues conviene, el juramento,
¡Oh falso! ó darte he al mundo por perjuro,
Que no es bastante escusa que á tu intento
El gusto te saliese aguado ó puro:
¿A quién sucede todo á su contento?
¿Qué bien tiene la tierra tan seguro,
Que en invariable estado permanezca,
Y cual luna mortal no mengue ó crezca?
El mundo es un teatro en que fortuna
Sus varios entremeses representa
De inconstantes figuras, y ninguna
Sale que con la suya esté contenta:
Desde las tiernas fajas de la cuna,
Al estrecho ataud, todo es tormenta,
Ya sopla un aire, ya vuelve otro viento
Los pasados placeres en tormento.
Bien fuera que á los varios personajes
Que á su tragicomedia el tiempo envia,
Tu solo antojo diera el rostro y trajes
Con que el teatro alegran cada dia:
¿Tu gusto por ventura en sus ropajes
Hallar sin mezcla quiere la alegría?
¿O yo sola en el mundo soy la fea?
¿Yo sola soy? ¿no hay otra que lo sea?
Muchas Arletas hay, corre la venda,
Y veráslas á oscuras, si se apaga
El nacar y la púrpura que enmienda
La nueva tez que la vejez se traga:
Muere su luz, renace la contienda
Del vario tiempo que les pecha, y paga
Plata por oro, lirios por corales,
Y ébano por las perlas y cristales.
¡Cuántas al vuelo del sutil copete
Te mostrarian las blancas sienes calvas!
¡Cuántas sin el barniz que se entremete,
Ni tan rubias serian, ni tan albas!
¡Cuántas la luz fingida de un sainete
De infinitos defectos hace salvas!
Y ¡cuántas bajarian de su cielo,
Si el corcho les faltase, á ser del suelo!
Alguna dió tu antojo por perfeta,
Que ha menester tambien vela encantada,
No es en esta desgracia sola Arleta,
Dime una tú á quien no le falte nada:
La beldad ni está aquí ni allí sujeta,
Mas solo al gusto de quien es gozada,
Y él no es mas que un engaño que le vende
Por gloria á cada cual lo que pretende.
Este gusta de hacer un avariento

Tan á su estrecho estómago medido,
Que si ya atesorar pudiese el viento,
Tendria el respirar por prohibido:
Otro en pródigos gastos tan sin tiento
Hasta el amigo deja destruido,
Uno se finge hipócrita ajustado,
Y otro saca por gala el desenfado.
Quién en sus graves causas se congoja,
Y las vanas agenas solicita;
Quién se mete en cintura; quién se afloja,
Quién se pone las cejas, quién las quita:
Quién con loco furor, si se le antoja,
Vivos en tierra, y muertos resucita;
Quién los humos murmura de otra casa,
No viendo el fuego que la suya abrasa.
Uno compra los dientes en la tienda,
Al otro se los quitan por perjuro,
Uno se vuelve lince, otro se venda
Por no ver á lo claro ni á lo obscuro:
Cada uno tras su antojo, y por su senda,
Sueña que va el camino mas seguro,
Y sin ver cual debria sus dislates,
Murmura los ajenos disparates.
Yo hermosa nací, y en ser hermosa,
Y tenerme por tal, á nadie ofendo,
Cual soy me viste, no soy otra cosa:
Esto es lo que hay en mí, y esto te vendo,
Al gusto que en tí ardia fuí sabrosa,
Si al tiempo se apagó que estaba ardiendo,
Ni yo eché el agua, ni es razon se ordene,
Que otro por lo que tú pecaste pene.
Y tú tambien, ó singular princesa,
Justicia es que me ampares deste ingrato,
Y que me cumpla mandes la promesa,
Y torne de su amor al primer trato:
O mientras no saliere con la empresa
De darme á Brabonel, guarde el contrato
De estar conmigo, como en fe segura
Al gozar prometió mi hermosura.
Que yo haré cuanto en mi mano fuere
Por no dar á su amor competidores,
Que es al amante que de veras quiere
El bien de mayor gusto en los amores:
Ni zelos sentirá, sino los diere,
Ni de altivo desden los disfavores,
Que las nuevas beldades traen consigo,
Sin reserva de amigo ni enemigo.»
Así á la toledana hermosura
Justicia la arrogante maga pide,
Y del moro feroz la fe perjura
En culpa agrava, y con razones mide;
Cuya demanda, y lóbrega figura,
La justa risa con espanto impide,
Y Ferragut corrido, y de ira ciego,
Bramando lanza por los ojos fuego.
Y vuelto al arrogante caballero,
Que en forma de sangriento desafio
De Arleta hace la parte altivo y fiero,
Así le dijo: «ese caballo mio,
Que traes, ladron, hurtado, cobrar quiero
De tí, y quitado ya el caballo y brio,
No por tu persuasion, mas por mi gusto,
Daré á la maga el don que pide injusto.
Digo que le daré derecho en todo
De Brabonel, sin que haya quien lo impida,
Aunque el francés orgullo, y valor godo,
Con la espada le ayuden mas temida:»
Arrestóse el jayan en este modo,
Porque parezca la ocasion nacida
De cólera, y no zelos, y ambos juntos
A una cerraron sin mirar mas puntos.
Arrojaron de golpe los caballos
A ejecutar las bárbaras heridas,
Cuyos limpios aceros al tentallos
Sonoras dieron y altas estampidas:
Y los furiosos brios en proballos
Quitar pudieran otras tantas vidas,
A no hallar en el fino temple escusa
Del acero y los hados de Lanfusa.
Llevó el cristiano al moro medio escudo
De un revés, y él salió en un brazo herido
De una punta que halló su filo agudo
Puerta en un brazalete desmentido:
Cuando el caballo á Ferragut no pudo
El tesen sustentar que habia tenido,
Siéndole fuerza dél saltar á tierra.
Y á pié acabar la comenzada guerra.
Siguiólo en el intento el paladino,
Que no quiso gozar de esa ventaja,
La infanta viendo el caso repentino,
Y á los dos dentro en su mortal baraja,
Por lo oculto del bosque convecino
A la imperial ciudad medrosa ataja
Con su bello escuadron, que en cada hoja
Algun nuevo enemigo se le antoja.
Así blanca paloma, que ya presa
En las de un gavilan sin culpa ha sido,
Si acaso de las aves la princesa
Contra él se arroja del caliente nido,
Medrosa suelta la encogida presa
Al forzoso combate constreñido,
Y ella á esconderse temerosa huye,
Mientras el uno al otro se destruye.
Solo Arleta quedó de ojos impuros
A ser de la cruel guerra infiel testigo,
Que hecha á ver muertos, y á rezar conjuros,
De ver despedazar gusta á su amigo,
Y los dos brazos con redobles duros
Para hacerle en sí mismos el castigo,
De mil modos se hieren, y en mil modos,
Para una muerte los intentan todos.
Diestro Rangorio al reparar la herida
De un presto revolver de Ferraguto,
Tras una limpia punta no abatida
Con tal fuerza se entró el francés astuto,
Que seis pasos fue el moro de vencida,
Midiendo el campo no de sangre enjuto,
Y otra le hizo en los sangrientos llanos,
Donde tenia los piés, poner las manos.
Mas no tan presto súbita pelota
En blancas losas salta rebatida,
Cuando el gallardo jugador la bota,
Y por las nubes nos la da escondida;
Como él saltó con la paciencia rota,
De ver su espada y furia resistida
De un solo brazo, y que le tenga puesto
El nombre en condicion, y en riesgo el resto.
Y así ya con mas tiento en su batalla,
Alerto al firme herir de su adversario,
Y al deseo de vengarse, y acaballa,
Feroces golpes da impaciente y vario:
Acertóle uno en la dorada talla
Del firme peto, que un vaiven contrario
Le hizo dar, y pensar le hubiese hecho
Dos partes el arnés, y cuatro el pecho.
Mas paró el riesgo en que una estrecha puerta
Por el fornido acero abrió al costado,
Que el lazo de la malla descubierta
De un fino rosicler dió arrebolado:
Y no fue sangre sola, y color muerta,
La que salió del pecho desarmado,
Que un furor corrió á vueltas, que un entero
Muro rompiera de templado acero.
Mas la atencion del presto sarracino,
Que la furia venir vió desmandada
Del herido aleman, y el desatino
De los ardientes rayos de su espada,
Con él cerró, y saliéndole al camino,
Su destreza y su cólera igualada,
Bien pensó hacerlo á su sabor pedazos

En duros nudos de sus firmes brazos.
No ejecutó el cristiano la herida
Por falta de lugar; mas pecho á pecho
La lid sangrienta á lucha reducida,
Al moro puso en peligroso estrecho:
Y una furia con otra rebatida,
Vaivenes fueron dando largo trecho,
En un duro teson y ardiente saña,
Ya las fuerzas probando, ya la maña.
Y viendo que es cansarse en la porfía
Su ciega lucha, y anhelar profundo,
Bravos dejan, y en nueva gallardía
El asalto primero hacen segundo:
Ya las dos partes, de las tres del dia,
Que con golpes el moro asombró el mundo,
Pasado habian, y desta lid postrera
Corria sobre dos horas la tercera.
Cuando el arnés y el gusto destrocado
Al herido y soberbio paladino
Un golpe le alcanzó al yelmo grabado
De redoblado acero y temple fino:
Y cual si fuera tierno vidrio helado,
Por tres partes quebrado al suelo vino,
Y el francés sin sentido y sin memoria,
Dejando á España el cuerpo y la victoria.
Creyó el moro feroz que estaba muerto,
Y quísole quitar solo el escudo,
Cuando del rayo del honor despierto
Volverse á su primera opinion pudo:
Y en desigual combate ya cubierto
De sangre el rostro, y en el alma un nudo
En verse en tal estremo, y al pagano
Sin herida ó rasguño de su mano;
Un golpe tal le dió por la cabeza,
Que con sol le mostró estrellado el cielo,
Y segundándole otro su braveza,
En riesgo estuvo de venir al suelo:
Cuando en desordenada fortaleza,
Bravo cerró con él, y á todo vuelo,
El uno con el otro marañado,
Ambos vinieron al sangriento prado.
Así tal vez en la Marsilia arena
Dos libias sierpes vomitando llamas,
Entre el horrible aliento que resuena
Del negro pecho y ásperas escamas,
En espantosos nudos dejan llena
De veneno la tierra, y si las ramas
Su efecto no hacen de la oculta ruda,
Una con otra en roscas mil se anuda.
En igual brega y nudo semejante
La verde yerba trillan los guerreros,
Probando el paladin en el gigante
De una afilada daga los aceros:
Mas viendo que ella es cera, y él diamante,
De su muerte vió claros los agüeros,
Y el moro en el herir del brazo frio,
Irle faltando á su contrario el brio.
Quitóle de la mano el limpio acero,
Que ya con fuerzas débiles regia,
Y por entre el brazal de un golpe fiero
A dar al débil corazon le envia:
Donde dos veces ya lo escondió entero,
Y á los ojos con él la luz del dia,
Vengando sus aleves desatinos,
Y al padre de Teobaldo, y Montesinos.
Estendióse el mortal cuerpo difunto,
El moro limpia su sangrienta espada,
Y para proseguir se pone á punto
De su dama la empresa comenzada:
Tomó el escudo al muerto, y viendo junto
De sí la sin lealtad maga turbada,
Que el caballo infeliz de la contienda
Manso le ofrece, y se le trae de rienda;
En él subió de un salto, y ella en otro
De los que andaban sueltos por el prado,
Topando acaso un mal domado potro
De sobrepaso y freno desbocado:
Y por la posta el uno tras del otro
Del bosque entraron por lo mas cerrado,
Siguiendo entre una planta y otra planta,
El fusco rastro de la bella infanta.
Las cinco partes de las seis del cielo
Ya el sol pasado el horizonte habia,
Y el primer orbe con su raudo vuelo
Al otro mundo trastornaba el dia:
Cuando al doblar de un monte el fértil suelo,
Que el rico Tajo de alelís vestia,
En cuidadoso paso diligente
Venir un escuadron vieron de gente.
En son de guerra y militar concierto,
Y en órden puesto el real pendon, seguia
Por capitan un árabe, que alerto
Al ver de Ferragut la gallardía,
Y el blason del escudo descubierto,
El mismo que antes el francés traia,
Cómplice en la traicion ya le pregona
Del vencido tirano de Pamplona,
Con él se afronta, y de una gruesa entena,
Que por lanza traía, el hierro agudo,
En el templado y firme acero suena
Del sospechoso y redoblado escudo:
Y el alma del jayan de rabias llena
La ardiente espada saca, y donde pudo
Un golpe le alcanzó, que á ser de lleno,
Hecho dos le enviara al blando heno.
Habia con sus cien lenguas por Toledo
Ya publicado la parlera fama
Del traidor rey el cauteloso enredo,
Y el robo injusto de la bella dama:
Y el ofendido padre con denuedo
A la venganza que su honor le llama
Salido habia tambien, acompañado
De la mayor potencia de su estado.
Y en diversas escuadras repartidos,
Unos siguen el rastro, otros los pasos
De la floresta atajan prevenidos
De armas y esfuerzo á semejantes casos:
Destos eran doscientos escogidos
A cuenta de Anfrangol, los que en los rasos
Campos del Tajo por aquel camino
Encontró á su pesar el sarracino.
Que engañado en la insignia del escudo
El brioso capitan quiso lozano
De su fornida lanza el hierro agudo
Probar en los aceros del pagano:
Que en verse así tratar de un hombre mudo,
La roja espada en su arrogante mano
Tal relámpago dió, y golpe tan fiero,
Que hiciera, á encarnar bien, dos del primero.
Mas volvió el toledano así furioso
Con la suya en la mano, que al guerrero
Antes que de otro golpe peligroso
El temple afrente de su limpio acero,
Sobre el grabado arnés un tajo airoso
Con tanto brio le alcanzó, que entero
El brazal rebanó, y lo mismo hiciera
Al brazo, si de acero el brazo fuera.
Mas ya enfadoso el de Aragon, rompiendo
Del reportado sufrimiento el punto,
Así el lumbroso alfanje revolviendo,
Que al aire es de un sutil rayo el trasunto,
Sobre el moro bajó con tal estruendo,
Que escudo, brazo, y yelmo todo junto
Hizo pedazos, y partió derecho
Cabeza, barba, cuello, hombros, y pecho.
Resonó al golpe con acento horrible
El bosque opaco, y la ribera de oro,
Pareciendo á los ojos imposible
De humano brazo así partido un moro:
Y en la asombrada escuadra, que el terrible



Triste suceso vió en gritar sonoro
Contra la espada cruel para venganza
De su muerto Aufrangol no quedó lanza.
  No dió gusto la furia sarracina
Esta vez al jayan, aunque desea,
Mas que el dulce vivir, guerra contina,
En que su espada hacer grandezas vea;
Porque ha dos dias que sin comer camina,
Y dellos uno entero que pelea,
Y aunque encantado, y de ánimo brioso;
Es hombre al fin, y ha menester reposo.
  Mas viendo el cruel intento de venganza
Que trae sobre él la furia de Toledo,
Como entre flores de un jardin se lanza
A resistir su trápala y denuedo;
Con tales golpes, que á quien uno alcanza,
Ni ha menester segundo, ni yo puedo
Contarlos todos, ni decir los ciertos,
Ni aun la suma hacer de tantos muertos.
  Quitó á Zelin el brazo del escudo,
Y á Focion, que en constancia nunca oida,
Ni reir ni llorar supo, envió señudo
A mudar condicion en la otra vida:
Al astrólogo Arbildos, que no pudo
Levantarle figura á esta salida
Por la priesa del caso repentino,
De un golpe dejó hecho un tercer sino.
  Mató á Gelon, á Rufo, y á Tidoro,
Este noble, y los otros dos tratantes,
Y á los dos, padre é hijo, Elin y Eloro,
Nacidos en los duros Garamantes:
El gallardo mancebo Casiodoro,
Que de su nueva esposa aquel dia antes
Gozó el gusto primero, al otro mundo
Desde allí le envió sin el segundo.
  Y cual si algun peñasco firme fuera
Inespugnable está á sus adversarios,
Roto el arnés, y la braveza entera
Al dar y recibir golpes contrarios:
Un nuevo rayo de la quinta esfera
Es de su espada en los efectos varios,
Pues ni del campo pierde ni del brio,
Hecho el contrario ya de sangre un rio.
  Martorio era un plebeyo ciudadano,
Que de humildes principios pretendia
Por sus logros hacerse mas temprano
Contrahecho señor, que convenia:
Habia comprado al pueblo toledano

El oficio de alférez, y aquel dia,
Tomando posesion de su contento,
El imperial pendon volaba al viento.
Iba en el medio de la escuadra amiga,
Haciendo de sí y dél pomposa rueda,
Ocasionando su ambicion que diga
Cada uno de ambas cosas cuanto pueda:
Y mirando la cólera enemiga
Del brazo altivo que pasar les veda,
Asombrado de guerra tan de veras,
Buscaba de huir nuevas maneras.
Al corpulento vientre en que estribaba
La real bandera, y por se hacer visible
En lo abultado y grueso reventaba,
Con furor asestó la espada horrible:
Volvió espantado de su vista brava,
Y por huir del golpe si es posible,
En un pantano trabucó, cayendo
La hidrópica fantasma y bulto horrendo.
Ferragut que á hacer golpe espantoso
Iba en todo aquel monstruo corpulento,
Sin poder mas el animal brioso
Sobre él cayó y allí sobre ellos ciento:
Al morisco ahogó el charco lodoso,
Y el de Aragon, aunque de invicto aliento,
Cargando en el del campo todo el peso,
Quedó por culpa del caballo preso.
Al tiempo que el infante de Toledo,
En favor de su padre y de su hermana,
Con noble escuadra, y con gentil denuedo
Por la selva llegaba comarcana
Al revuelto escuadron lleno de miedo,
En la ocasion al parecer liviana
De un solo caballero, que ha podido
Dejarlo roto ya, que no vencido.
Era el príncipe ilustre toledano,
De noble inclinacion, y ánimo justo,
Cortés, prudente, sabio, afable, humano,
De real presencia, y apacible gusto:
A quien su padre infiel por fiel cristiano
La vida le quitó en decreto injusto,
Trocando mártir ya el infante tierno



El reino temporal por el eterno.
Enamoróse de la ley cristiana,
Por la dulce armonía y dependencia
Que della tiene la razon humana
En discreta y política prudencia:
Trocando por diadema soberana
Reino mortal, y dándole en herencia
Honra á Toledo, ejemplos á Zamora,
Y á Ledesma el sepulcro en que hoy le adora.
Este llegando á ver el imprudente

Alboroto del campo mal regido,
Que por prender un capitan valiente
De veinte estaba sin concierto asido:
Y que ni el golpe y peso de la gente
Preso le da, ni su valor rendido,
Teniendo á golpes su escuadron deshecho,
El valor conoció al heróico pecho.
  Y juzgando que un brazo valeroso
Sin causa hacer no sabe demasía,
Apartar manda el vulgo bullicioso,
Que aun preso el moro su furor temia;
Y en grave rostro y término amoroso,
El bullicio aplacando que crecia,
Libre le pide en fe de caballero
En sus manos se dé por prisionero.
  Que él vida y honra le hará segura,
Tanto como su espada y su braveza,
Y así en ley de quien es lo afirma y jura,
Con que templó el gigante su fiereza:
Llegando á conocer quien se asegura
Por la noticia y voz de su nobleza,
Que de un heróico príncipe la fama
Por nobles y plebeyos se derrama.
  Súpose luego el peligroso engaño
Conque el moro español fue acometido
Por Anfrangol, que abrió la puerta al daño,
Que todos por su culpa han recibido:
Y aunque la herida del mandoble estraño,
Que al agresor partió le ha enternecido,
La razon misma le hace que atribuya
Por justo el daño, pues la culpa es suya.
  Ya en esto algunos que al furor sangriento
De la traicion pasada habian sobrado,
Y la sembrada fama por el viento
De lengua en lengua han hasta allí llegado,
Celebrando al autor del vencimiento,
De todos conocido y admirado,
Por aquel espantoso brazo fiero,
Que por contrario le tenian primero.
  Uno la muerte dada por su mano
Al brutal Arganzon relata y cuenta,
Otro el golpe feliz que al rey pagano
El orgullo quitó, y sanó la afrenta:
Este de Arleta pinta el bulto enano,
Y de Rangorio aquella lid sangrienta,
Y juntos todos el comun provecho
Del golpe heróico por su espada hecho.
  Y como en libertad la infanta puesta,
Y el enemigo campo destrozado,
Libre y salva tomó por la floresta
El camino mas breve, y mas guardado:
Con que trocada ya la guerra en fiesta,
Porque en el horizonte arrebolado
Con el postrero resplandor queria
Dar á la noche su lugar el dia;
  Alojándose el resto de la gente
Por la vecina selva, el noble infante,
Con guarda y compañía suficiente,
Y el moro aragonés, fueron delante,
Al castillo del paso de una puente,
A pasar de la noche lo restante,
Y tomar por allí camino breve,
Que otro dia á Toledo en paz los lleve.
  Tratando de las bárbaras ficciones
Conque el navarro rey trató el engaño,
Y las nunca pensadas ocasiones,
Que suyo hicieron el ajeno daño:
En gusto iban hablando los varones,
Cuando el bosque sonó en rumor estraño
De armas templadas, que á sus golpes fieros
De los arneses gimen los aceros.
  Entraron con recato apercibidos,
Por saber cuya fuese la batalla,
Que entre los pardos árboles metidos,
Tras cada mata piensan encontralla:
Suenan las armas crecen los ruidos,
Y nadie lo que todos oyen halla,
Cerrándose la noche mas obscura
Con el sombrío horror de la espesura.
  Un largo trecho por el valle umbroso
Entre ciega espesura van errando,
Creciendo del ruido belicoso
La grita aquí y allí de cuando en cuando:
Ferraguto con pecho mas brioso,
O con mayor desgracia, esprimentando
La del brioso caballo en que venia,
El camino perdió, y la compañia.
  Y engañado del son en que resuena
Del ciego bosque el monte comarcano,
De una alta cumbre de asperezas llena
Un fuego descubrió en el verde llano:
Volvió allá el freno, y por la selva amena,
Siempre el confuso ruido mas cercano,
Al fuego caminó, que parecia
Que tambien como el sol se le escondia.

ALEGORIA.

En los sucesos de Florinda y su esposo, se muestra el cuidado que Dios tiene de los inocentes, y como ninguna desgracia llega á quien él de su mano quiere guardar, que es la verdadera ventura con que todas las cosas se aciertan.

Angélica en las uñas del dragon, y arrojarse Bernardo á quitarla dellas, significa el imperio humano, y como el hombre animoso y varonil, llevado de la hermosura del premio, se arroja á las dificultades, de donde, como Bernardo, sale victorioso y triunfante, dejando fama eterna de si en el mundo, que es lo que significa el jayan vuelto en estátua de bronce, y una fama volando por el aire, y los resplandecientes rastros que la virtud deja de si, á quien las envidias y emulaciones antes hermosean que dañan: como se ve en el encantamento del jayan de alambre, y sus abispas. En el del miedo fingido se ve, que la verdadera fortaleza vuelve en viento los temores humanos, que parecen algo, y son nada.

Los alcázares de vidrio en el suelo de la mar, significan, que el calor y la humedad son los autores de la hermosura, y de la juventud, y cuan frágiles defensas son las suyas hechas de rosas contra los golpes del tiempo figurado en Proteo, que en sus mudanzas nos descubre su inquietud, y que en ninguna figura permanece y al que no le pierde, descubre secretos dignos de grande consideracion.

En Arleta, que acusa á Ferraguto ante Galiana con nombre de fementido y aleve, se avisa que ninguno se atreva á hacer cosa fea en confianza que no se sabrá, porque cuando menos se recele se hallará con la vergüenza en el rostro, y su delito descubierto, y á vista de los ojos que mas lo pensó encubrir.

LIBRO DECIMO-OCTAVO.

Argumento. Ferragut perdido por unas selvas halla un castillo donde le sucedió un sabroso encantamento: quiero despeñarle el caballo Clarion, y él le deja, y llega á pie á una fortaleza, donde da muerte al jayan Bramante, y libra á Doralice, y al rey su padre, y á Galirtos, los cuales hacen compañía á la infanta hasta Granada. Y Galirtos por entretenimiento del camino cuenta la artificiosa fábula del origen del deleite.

Ya en el rigor de un delicado gusto,
A un temeroso escrúpulo aplicado,
Se ha puesto en opinion, si es caso justo
El de un moro llevar tan dilatado:
Y celebrando su ánimo robusto
Pasar por otros golpes, olvidado
De no menor asombro y gallardía,
Que honrar pudieran la esperanza mia.
  De un Roldan, de un Astolfo, de un Gayferos
Graves sucesos, casos peregrinos,

Y del feroz Reynaldos, y Oliveros,
Famosos hechos de silencio indinos:
Encantamentos varios, golpes fieros,
De bravos héroes, y altos sarracinos,
Que por su fama fueron de aquel mundo
Dignos de mas lugar, que del segundo.
Mas no basto yo á todo, ni es mi intento
Los hechos celebrar de gente estraña,
Sino es en cuanto heróico fundamento
A esta victoria y célebre hazaña:
Que por principio y fin de mi alto cuento
El valor muestra de la invicta España,
Y le ha de hacer de un golpe en esta guerra
Suya toda la fama de la tierra.
Que ¿quién hay que teniendo hombres famosos
En su nacion, celebre los ajenos?
Y ¿tratando de hechos valerosos
Los mas olvide por contar los menos?
O ¿cuál clima dió al mundo mas briosos
Pechos de mas fervor y alteza llenos,
Que nuestra España da en parto fecundo
Fin y principio del valor del mundo?
¿Qué cisne alcanza tan gallarda pluma,
Canto tan numeroso, y voz tan grave,
Que hacer pueda á sus hazañas suma,
Y este mi intento comenzado acabe?
¿Quién hay que á su valor llegar presuma?
¿Sus invencibles héroes quién los sabe?
O ¿quién no sabe la escelencia suya,
Sin que yo la encarezca, ó disminuya?
¿Qué ingenio hay tan estéril que no tenga
Entrada en ella á una famosa historia,
O ya á contar sus nobles hechos venga,
O á hacer de sus ejércitos memoria?
¿O bien con sus riquezas se entretenga,
O su alta magestad haga notoria,
Con que parece que la puso el cielo
Por cabeza de Europa, y fin del suelo?
Todo en ella es prodigios de un perfeto
Y singular valor que la acompaña,
¿Quién pues teniendo aquí tan gran sugeto
A mendigarle irá de gente estraña?
Yo en esto, oh patria amada, el dulce afeto
Mostrar pretendo en que el amor me engaña,
Y hace creer que puedo en lo que intento
Hijo tuyo hacer mi pensamiento.
Ni suene aquí el ingrato que procura
A su patria usurpar lo que le debe,
Y con torpe ignorancia y lengua obscura
Contraria espada á celebrar se atreve:
Yo vuelvo á Ferragut, pues su ventura
Hoy le hizo español, y que yo lleve
La presuncion de serlo en la memoria,
Para anudar con gusto el de su historia.
Buscando el llano va por la espesura
Al ronco son de espadas, que resuena
Por la alta sierra, á quien la noche obscura
De riscos finge y de malezas llena:
Y al claro fuego en senda mal segura
Al pié fue á dar de la floresta amena,
Que entre sus verdes árboles y flores
Majada era de un hato de pastores.
Aquí de hambre y sueño fatigado
Bastante cena halló, y humilde cama,
Que en la florida yerba recostado
Fue el cielo cobertor, pluma la grama,
Donde en silencio se quedó olvidado,
Hasta que del zenit la ardiente llama
Al mundo el sol llovió de ardor vestida,
Que en sueño le rompió, y le ató la vida.
El toledano príncipe, y su gente,
Sin otro riesgo mas, ni mayor daño,
Cada cual por camino diferente
Se dividieron con un mismo engaño:
Despues diré la causa, que al presente,
Despierto el moro, busca el potro estraño,
Que en regates paciendo por la selva
Le hace que á desandar lo andado vuelva.
Llevóle por cogello entretenido
De rama en rama por el bosque ameno
A una estrecha quebrada, en que metido
Ponerse consintió el dorado freno:
Saltó en la silla el moro, y divertido,
Ni en azares repara ni ve lleno
De desgracias el potro, cuya estrella
Agüera cuanto halla, y cuanto huella.
Anduvo el dia por la inculta selva,
Ignorante y perdido en su camino,
Ni sabe si prosiga, ó si se vuelva
De aquel su comenzado desatino:
Camina y anda, y mientras mas se enselva,
Menos guia le queda y menos tino,
Y menos gusto en ver cuan mal segura
Hácia los suyos sale la ventura.
Como el gañan que la alquilada yunta,
Con que el seco rastrojo desvolvia,
Perdida le dejó la corva punta,
Que entre los surcos mas que el sol lucia:
Falto de aliento, la color difunta,
De cerro en cerro busca todo el dia,
Tal el descaminado Ferraguto
Trastornando quebradas va sin fruto.
El sol entre las nubes del Poniente,
Aunque con tibios rayos dilataba
La misma sombra que calladamente
De su errado camino le avisaba:
Cuando yendo á enmendarlo vió presente,
Donde un collado á un monte se humillaba,
De un castillo la torre al cielo junta
Las nubes taladrando con su punta.
Vuelve la rienda, y para allá camina,
Deseoso de saber donde se halla,
Y en tanto que anda mas menos atina,
Sin camino, sin senda, ni encontralla:
Pica el caballo, y corre á su mohina,
Que la piensa huir yendo á alcanzalla,
Juzgando de la torre si la mira,
Que él se está quedo, ó que ella se retira.
Perdió tras este afan lo que del dia
Hurtar le pudo al enriscado monte,
Hasta que el soplo de la noche fria
Todo el oro barrió del horizonte:
Que sin trillada senda ni otra guia
Los pasos le pusieron de Clarionte
A las grabadas puertas del castillo,
Llamando en duda si querrán abrillo.
Cuando al hueco balcon de una ventana
Su fiero aspecto descubrió un gigante,
La barba y cara denegrida y cana,
Al coloso de Rodas semejante:
Y en ronca voz, aunque con habla humana,
Alegre haciendo el áspero semblante,
La causa pide á su venida incierta,
Y por favor le manda abrir la puerta.
Entró el moro arrogante, aunque con miedo
De algun fingido trato peligroso,
Que del gigante y su primer denuedo
Cualquier término honrado es sospechoso:
Cuando en los anchos patios bello enredo
De damas se mostró en tropel hermoso,
Que á recibirlo salen, y á libralle
De las pesadas armas y el caballo.
Admirado de ver la hermosura,
Y del castillo las pinturas varias,
Que á pesar lucen de la noche obscura
A cuenta de mil claras luminarias:
Puesto el cuidado en la primer figura
Que á la ventana vió, cosas contrarias
Al sentido parecen verdadero
Lo que ahora mira, y lo que vió primero.

Así al que de repente abre los ojos
A ver el techo de oro artesonado,
Si antes le habian del sueño los antojos
En lóbrega mazmorra aprisionado,
Alegre mira en aire los enojos
Del triste miedo y cárcel que ha soñado,
Y en la cuadra y sus galas deleitosas
El diferente estado de las cosas.
Súbenle en varias lumbres á una sala
De oro labrada toda y pedrería,
Y á una cuadra de allí, que por mas gala
De brocado entoldada parecia:
A lo alto de sus bóvedas no iguala
Del cielo la preciosa argentería,
Cuando en las frias noches del invierno
Mas lleno está de luces, y mas tierno.
En medio de la cuadra ardiendo habia
En leones de oro un lecho de brocado,
De nacar un bufete de atauxia,
De olores finos, y de luz cargado:
La vista el moro aquí y allí volvia
De la gustosa variedad llevado,
Y por un breve rato deste modo
No miró nada por mirarlo todo.
No fue de Cleopatra la Jitana
El capitan romano mas servido,
Ni en mas ostentacion y pompa ufana
De Faro en su alta torre recibido;
Ni en la cuadra del cielo soberana,
Donde Juno acaricia á su marido,
Entran á le servir diosas mas bellas,
Ni en sus techumbres lucen mas estrellas.
Sentóse en una silla de oro, y puesto
Sobre su arnés un manto de escarlata,
Bordada en él la historia de un apuesto
Pastor, que con cien ojos se recata:
Del fingido Mercurio, que dispuesto
Ya de cerrarlos de una vez remata
Su vida con su voz, que un doble trato
Suele engañar á un Argos en recato.
Llegó una hermosa dama, que traia
En fina porcelana real conserva,
Que aunque de azúcar hecha parecia
Con cuernos de oro alborotada cierva,
Que en almibar nadando pretendia
De la flecha huir la mortal yerba,
Que en el cuerpo llevaba soterrada,
Yendo así la verdad mas disfrazada.
«Señor, dijo la dama, aquel gigante
Que hospedaros mandó, y es noble dueño
Desta casa, y que á todos con semblante
Alegre albergue da dulce y risueño;
Mientras viene á serviros con bastante
Gusto de hacerlo así, como en empeño
Del suyo, os ruega refresqueis la boca
Con este dulce que á beber provoca.»
El moro al noble trato agradecido
En corteses palabras le responde,
Comiendo del regalo, que en olvido
Sus males puso sin saber por donde:
Sirviéndole tras ello un encendido
Y suavísimo vino, en quien se esconde
Tanta virtud, que en todas ocasiones
Del alma olvida, y borra las pasiones.
Compuesto era quizá el alegre mosto
Del nectar que en el cielo se vendimia,
Que del mundo inferior todo su agosto
No llega aquí, ni alcanza su vendimia:
No hay bien cumplido en él, todo es angosto,
Finge contentos de oro, y son de alquimia:
Si este le dura al moro, no hay recelo
De que el dulce brebage sea del cielo.
Sintióse descansado de la pena
Que el yerro le ha causado del camino,
Y en un dulce reposo el alma llena
De los vapores del alegre vino:
Cuando un sordo rumor de gente suena,
Y en aparato y resplandor divino
Cien ninfas van entrando por las salas
De hermosos rostros, y costosas galas.
En grave aplauso al desigual gigante
Haciendo vienen magestad y estado,
A quien del rico manto rozagante
Diez dellas traen la falda de brocado:
El cortesano moro con semblante
Alegre á recibille fue admirado
De su estraña fealdad, y la belleza
Que en torno ciñe y cerca su fiereza.
Tomó en frente del moro rica silla,
Y hablando en varias cosas le parece
El pomposo jayan sombra sencilla,
Que cada rato en su estatura crece:
La barba y cara cana y amarilla,
Mirar su obscura altura desvanece,
Que de la rica cuadra, desde el suelo
Tocar parece con la frente al cielo.
Así del viejo Atlante el bulto horrendo,
A vista de la górgona fiereza,
En hinchazon hidrópica creciendo
En la luna fue á dar con la cabeza:
Donde por el gran peso retorciendo
De la agoviada espalda la grandeza,
No hay signo en el zodiaco ni estrella,
Que no se pare á descansar sobre ella,
Es nuevo el caso, y como tal le admira,
Y mas que todo la espantosa junta
De las dispuestas damas, en quien mira
Medrosos rostros de color difunta:
Ora sea que en las luces se retira
El bello lustre del matiz que apunta
Al rosicler de la atezada cara,
Cuando alumbra del sol la antorcha clara.
O que la obscura noche con sus olas
Los vivos resplandores les empaña,
O que del blando afeite en ellas solas
El ordinario deslumbrar engaña:
Al fin entre sus garbos y sus golas,
La vista un no se qué de horror estraña
Entre aquella beldad, que aunque escogida,
Rastro descubre de beldad fingida.
Suspenso estaba en este asombro el moro,
Cuando la horrible máquina que sube
A herir con su alta frente el techo de oro,
Deshecha huyó como aparente nube:
Saliendo della un celestial tesoro
A Diana semejante, cuando sube,
Caido el velo ya que la encubria,
A media noche contrahaciendo el dia.
En la pomposa silla del gigante
De su sombra nació una imágen bella,
Tanto á su pensamiento semejante,
Que viva pareció Galiana en ella:
Y ardiendo en nuevo amor el tierno amante,
Vida le era el oilla, y gloria el vella,
Cuando al gusto del vella, y del oilla,
Se le añadió otra nueva maravilla.
Las tiernas damas que en diversas pintas
Al alma por la vista abrian antojos,
Cual cometas en luz de oro distintas
Se huyen y van de los atentos ojos,
Formando al aire unas doradas cintas
De sutiles vislumbres y arcos rojos,
Como á las nubes vuela en sus centellas
Nocturno incendio á deshacerse en ellas.
Así un bañado rostro en el ardiente
Licor, que ya fue alegre, mostró ardiendo,
En tibio fuego, y luz resplandeciente:
La sutil llama va el humor bebiendo,
Acaba de enjugarle, y de repente,
Sin negro humo ni sonoro estruendo,

En aire ya resuelta se derrama
Del blando incendio la adorada llama.
Así aquella aparente hermosura,
Que en humanas figuras se partia,
Medallas de oro hecha la mas pura,
Rayos de fuego sin quemar fingia:
Cuya dorada luz, ya en sombra obscura
Desvanecido, al aire se volvia,
Cual relampago ardiente, cuyo fuego
Deja al que mira, al deshacerse, ciego.
Quedóse solo el hijo de Lanfusa
Con la aparente imágen de su gusto,
Ciega la vista, la atencion confusa,
Y en fuego ardiendo el corazon robusto,
Buscando á tanta novedad escusa,
Y al nuevo engaño el fundamento justo,
Y cómo de aquel bien en que se sueña
Parte pueda alcanzar grande ó pequeña.
Parécele que viene, ó se le antoja,
La bella toledana en su contento,
Que aunque enojarse finge, no se enoja.
Ni tiene á libertad su atrevimiénto:
Cuando en nueva se vió y mortal congoja
Sobresaltado el ciego pensamiento
Con nuevo antojo, que es la astuta Arleta,
La que en lazos de amor sabroso aprieta.
Fue el miedo tal, que despertó asombrado,
Y en un valle se halló al pasar de un rio,
Entre matas de adelfa recostado,
Al cielo abierto, y al sereno frio:
Tuvo por vano sueño lo pasado,
Y si algo no lo fue, fue el desvario,
Que aun despierto y con luz medroso sueña
De la maga sagaz de Fontidueña.
Sube á caballo y desdeñoso pasa
Por medio el rio profundo, cuando el dia
Alegre á coger sale de su casa
Las mismas perlas que en las flores cria:
Baja del monte á la campaña rasa,
Y del bosque salió por otra via
Una ligera cierva, que llevaba
Las alas de un arpon, con que volaba.
Parecióle, mirada de repente,
La que de azúcar vió de oro en un plato,
Cuando á la luz de la delgada gente
Cenar soñó, y tener de gusto un rato:
Creyó aquello por sueño, y lo presente
Por la verdad de lo que vió en retrato,
Y así «sin duda esta corcilla brava
Es, dijo, la que yo alcanzar soñaba.»
Síguela con sus perros una diosa,
Que de la luz del sol pareció hija,
Sobre una blanca hacánea vistosa,
Que el viento la espolea y regocija:
Conoció el moro á la princesa hermosa,
Que amor le ha puesto en la memoria fija,
La misma que al sabor del blando sueño
Aquella noche le aceptó por dueño.
Arrímale las piernas al caballo,
Que de brioso no conoce espuela,
Por correr tras su gusto y por gozallo
En el gallardo brio con que vuela:
Doce leguas corrió sin reportallo,
Siempre llevando á vista la cautela
De la corcilla y dama, que engañosas
Así los cursos truecan de sus cosas.
Hasta que al despeñarse á una quebrada
Ligero se arrojó de los arzones,
Pasando la feroz desenfrenada
Bestia en ciegos traspies y tropezones:
Volvióse el moro á pié, y de la cañada
Al subir los estériles terrones
La cierva volvió á ver, y á quien la sigue,
Falsa beldad que su quietud persigue.
En corvas uñas de un leon brioso
Despedazada vió su blanca cierva,
Corrió á quitarle el cebo apetitoso,
Cuando del prado en la florida yerba
Ella garza se hizo, el leon furioso
Presto neblí, que en diestra ala conserva
La primera intencion, y á todo vuelo
Dándole fue regates hasta el cielo.
La infanta que siguió por todo el dia
La cierva que ya es garza en medio el prado,
Un revuelto peñasco parecia
En que ella y su caballo se han trocado:
Dejó asombrado al moro lo que via,
Y en duda si durmiendo, ó si encantado,
Asi ligero se le trueca y miente,
Lo mismo que en las manos toca y siente.
Toda la confusion desta maraña
En un mágico cerco fingió Arleta,
Desde que metió al moro en la montaña
Del sordo ruido de armas inquieta,
Hasta las sombras en que aquí le engaña,
Por apartar de su alma á la discreta
Galiana, y desterrarle de Toledo,
Que tiene zelos dél, y della miedo.
Y por lograr su gusto en el estraño
Y mágico aparato, ya hay quien diga,
Que en el fingido alcázar ciego un año
En su poder le tuvo, y fue su amiga:
Mas ni esto es cierto, ni un fingido engaño
Tanto podia durar, ni la enemiga
Maga mas le tuviera que aquel dia,
Ni mas firmeza en su inconstancia habia.
Algunos otros por allí perdido
Por cobrar se entretuvo á Clarïonte,
Y no pudiendo haberlo, desabrido
Por la aspereza se emboscó de un monte:
Y de una aldea en otra entretenido,
Un dia cuando el sol de su horizonte
Tenia la cumbre y el zenit del cielo
Rayos de oro lloviendo y lumbre al suelo,
Por las ásperas sierras de Segura
Entre altísimos pinos caminaba,
No lejos de una ciega gruta obscura,
Que el claro Betis con cristales lava:
A una tajada peña, cuya altura
Silla á las nubes en sus hombros daba,
La ventura que ya otra vez le guia
Cansado y sin pensar le sacó un dia.
Está un castillo en esta oculta peña
De un muro inespugnable rodeado,
Entre el respaldo de una espesa breña
Por mayor fortaleza incorporado:
El rio que en duros riscos se despeña
Por el uno le cerca y otro lado,
Con una angosta senda y puerta estrecha
De dos peñascos sin industria hecha.
El despeñarse del profundo rio,
Y el romper por los árboles el viento,
Y de las aves con el blando frio
El dulce son y sonoroso acento,
Templarle hizo á Ferraguto el brio,
Y cansado de andar sin gusto á tiento
Su quietud desear, que es caso feo
No tenerla siquiera en el deseo.
No hay cumplido contento en suerte alguna,
¿Quién hay que con la suya esté contento?
Envidia el labrador la real fortuna
Y el rey al labrador su humilde asiento,
El viejo al que gorgean en la cuna,
El mozo lo que al viejo le es tormento,
El soldado la paz que al monge encierra,
Y el monge piensa hallar paz en la guerra.
Al que labró el castillo esto bastaba,
Mas al moro del mundo es poco el resto,
Que no cabe en el puño la mar brava,
Ni alma ambiciosa en tan estrecho puesto:

Esto el valiente capitan pensaba
En una suspension sabrosa puesto,
Cuando al silencio del atento oido
De armas deshizo un bárbaro alarido.
Del raudo Betis el cristal huyendo,
Que en duros riscos abre ancho portillo,
Del ronco acero el temeroso estruendo
Al que escucha no da lugar de oillo:
Mas ya en deseos de sangre el moro ardiendo
Brioso sube al áspero castillo...
Despues diré sus golpes, que ahora al fiero
Dueño del firme muro decir quiero.
Desta alta fuerza bablaba peñascosa
El antigno Yucef, cuando decia,
Que de Bramante el alma desdeñosa
Loca de zelos conquistado habia:
De aquí á la tierra hacia guerra odiosa,
De aquí salia á robar, y aquí volvia,
De insufribles desdenes retirado,
Sin otra ley que la de un gusto airado.
Aqui de los enfados rebatido
De la adorada infanta de Toledo,
A vengar disfavores reducido
De loco antojo y bárbaro denuedo,
La tierra tiene y reino destruido
De su escabrosa condicion el miedo,
Corriendo un mismo riesgo en el camino
El rey, y el remendado peregrino.
Cuarenta damas de las mas hermosas
Que su crueldad halló tenia robadas,
O en asaltos y guerras peligrosas,
O con traidoras fraudes conquistadas:
Estas le habian de asistir forzosas,
De ricas telas de oro aderezadas,
A un cruel servicio y débito ordinario,
O con forzado gusto, ó voluntario.
Y por su antigüedad se iban llegando
A su lado, á su mesa, y á su cama,
Y no bien se acababa el dia, cuando
Puesta quedaba en libertad la dama,
Y otra de nuevo en su lugar entrando,
Para así alimentar la brutal llama,
Y en este estilo por la injuria de una
No perdonar la fama de ninguna.
Con las doncellas esta ley guardaba
Bárbara condicion, soberbio intento,
Con que á su torpe parecer vengaba
Su injuriado arrogante pensamiento:
De los que en cruel altar sacrificaba
A un ídolo de humana sangre hambriento,
Poblaba de reliquias las almenas,
De sangre y tristes luminarias llenas.
Cada mañana hizo un sacrificio,
Y cada tarde deslustró una dama,
Sin dar segunda vista al torpe vicio,
Ni proseguir dos noches una cama:
La caza era de dia su ejercicio,
Y no de fieras, mas segun es fama,
Por las selvas, caminos, y poblados,
Caminantes cazaba descuidados.
Tenian la tierra despoblada y sola
Sus asaltos y presas ordinarias,
La mauritana gente y la española
Puesta al rigor de sus traiciones varias,
Que por vengarse de una dama sola,
Todas quiso que fuesen sus contrarias,
Y en este intento el sin lealtad tirano
Al moro hacia igual con el cristiano.
Injusta presuncion, necio cuidado,
Perder el propio por el gusto ajeno,
Y pretender sin fe un amor forzado,
Vacío de glorias, y de enfados lleno;
Mas ya el aragonés moro, llevado
Del ruido de armas por el monte ameno,
Llegando fue á la temerosa roca,
Que con las puntas en las nubes toca.
Por donde vió la senda mas trillada
Hasta encontrar subió la estrecha puerta,
Entre dos firmes peñas asentada,
De fuertes planchas de metal cubierta:
Halló que por de dentro está cerrada,
El aguardar que le abran cosa incierta,
Y el ruido que en sus bóvedas sentia,
Cuanto mas se acercaba, mas crecia.
Por pardos riscos y quebradas peñas
Como pudo se fue acercando al muro,
Buscando entre las rocas y las breñas
Para poder subir lugar seguro:
Cuando al profundo rio dos pequeñas
Ventanas hechas vió en un mármol duro,
Y en triste suspension á la una dellas
En forma de mujeres dos estrellas.
De las dos conoció que era la una
La bella Doralice granadina,
Que como en cerco de oro blanca luna
Su beldad resplandece peregrina,
Dando en llorosos ojos de una en una
Mil perlas sobre el agua cristalina,
Con que el Betis soberbio al primer grano
A enriquecer los mares corre ufano.
«Nunca creí que tierra tan fragosa
Guardara, dijo el moro, tal riqueza,
¿Acaso en esta roca venturosa
Vive escondida al mundo la belleza?»
Entonces de las dos la mas hermosa
Con nuevo llanto alzando la cabeza,
«No vive, dijo, en cárcel tan obscura
Sino la misma muerte y desventura.
Huye, triste de tí, huye ligero
La infame tierra y el lugar odioso,
Sino te amarga el mundo venidero,
Y como á mí el vivir te es enfadoso:
Que aquí no habita sino un monstruo fiero,
Y con él los que el cielo riguroso
Por el castigo de sus culpas echa
A morir en cadena tan estrecha.»
«Señora, dijo el moro, á los decretos
Del justo cielo no hay defensa alguna,
El toque y prueba de ánimos perfetos
Son las contrarias vueltas de fortuna:
Mas si deste castillo los secretos
Sabeis, y sus entradas, mostradme una;
Que ver vuestro dolor me ha persuadido
Poder serviros, y el favor que os pido.»
«El muro, dijo Doralice, es hecho,
Cual veis, de argamasada piedra viva,
No os pongais, caballero, en tanto estrecho,
Buscad otra ocasion menos esquiva:
El entrar por ahora es sin provecho,
Y mucho el riesgo que la entrada os priva,
Si ya con vos vinieran otros ciento,
Aun fuera temerario arrojamiento.»
«En poca deuda os soy, respondió el moro,
Pues mi honra os debe menos que mi vida:
Dejadme entrar, que el cielo en quien adoro
Si me quiere guardar, no hay quien lo impida.
Si esos suspiros, si ese triste lloro,
No son cual pienso en vos cosa fingida,
A trueco de enjugar ojos tan bellos,
Pequeño riesgo es el morir por ellos.»
«Ya eso, le respondió la dama bella,
A mas me obliga que á os negar la entrada.
Si, lo que el cielo no permita, en ella
Vuestra temprana muerte está guardada:
Mas si con tanto gusto os vais tras ella
Deshaced esta reja con la espada,
Y tendremos al fin quien en tal pena
A arrastrar nos ayude esta cadena.»
Así la mora dijo valerosa,
No creyendo que el fuerte sarracino

Con la espada rompiera la espantosa
Reja, y del duro acero el temple fino:
Mas cual de cera azul pasta amorosa
Toda del primer golpe al agua vino,
Y Doralice viendo el hecho altivo
Temió que fuese Rodamonte vivo.
Entró á un jardin vestido de frescura,
Donde con otras vió la dama bella,
Que en triste llanto envueltas y hermosura
A su pesar se entretenian con ella:
Contáronle el rigor de su clausura,
El desgraciado curso de su estrella,
Las leyes del castillo en que se halla,
Y por sospechas la cruel batalla.
De allí pasó, entre andenes retocados
De resicleres, donde en golpes fieros,
De treinta alarbes brazos rodeados,
Se combatian dos bravos caballeros:
Los almetes y escudos destrozados,
Los brios y los ánimos enteros,
De ardiente sangre y de furor cubiertos,
Y el estrecho palenque de hombres muertos.
Mirábalos Bramante ardiendo en ira,
Que no quiere humillar su brazo fuerte,
Y por no herirlos de dolor suspira,
Y ellos por no poderle dar la muerte:
Ferragut, que el notorio agravio mira,
Por la canalla vil se entró de suerte,
Que de su ira los rayos mas pequeños
Verdades fueron, y parecen sueños.
Del primer golpe derribó un guerrero,
Y del segundo al que tras del venia,
Del tercero tambien cayó el tercero,
Que al cuarto y quinto les sirvió de guia;
El sesto hizo igual con el primero,
Y el séptimo á buscar al sesto envia,
Y al fin de las primeras diez heridas
A sus piés derribó otras tantas vidas.
Y no el jayan con esto satisfecho,
Llama lanzando por los ojos viva,
A uno rabioso rompe y rasga el pecho,
Otro hiere, otro mata, otro derriba,
Otro menudas piezas deja hecho,
Y un golpe á dos y á tres de vista priva,
A este barrena, á esotro descabeza,
Y al otro lo desmiembra pieza á pieza.
Cual rayo en nube ardiente congelado,
Ya rebatido del contrario yelo,
De roncos truenos y furor cercado
Rompiendo sale con su furia el cielo;
Si de la roja mies fértil sembrado
Tierno se ofrece á su violento vuelo,
Las cañas arden, huyen los pastores,
Y el mundo tiembla al ver sus resplandores.
Nadie juzgara que de brazo humano
Pudieran proceder golpes tan fuertes,
Ni que una limitada y mortal mano
Diese en tan breve espacio tantas muertes:
Y tú tambien, ó bárbaro inhumano,
Que tu presente destruicion adviertes,
De tu arrogante pecho el primer brio
Tibio siente el calor y el fuego frio.
El bravo aragonés aun no cansado
Del cruel destrozo que á sus piés tenia,
Tras las flacas reliquias que han sobrado
Cual lobo entre corderos discurria,
Hasta donde el gigante retirado,
Contemplando el estrago que hacia,
Tal despecho y dolor en su alma siente,
Que se deleita en ver morir su gente.
Cual de la ardiente Libia leon herido
Del dardo cruel que el Nasamon le tira,
En fuego de venganzas encendido
La cola hiere, y con su herir se aira,
Y al puesto y al lugar mas defendido
Con atrevidos pasos se retira,
Y sustentando allí la inútil plaza,
Las lanzas quiebra y flechas despedaza.
Así el jayan de su furor llevado
Al encuentro salió al moro valiente,
Y ha de vengar en él determinado
El sangriento destrozo de su gente:
Y un corvo alfanje en alto levantado,
Del yelmo altivo el gran dragon luciente,
Que iba entre plumas con pomposo vuelo,
Todo del primer tajo vino al suelo.
Dos pasos volvió atrás desacordado,
Dando traspiés del golpe recebido,
Que á no ser cuerpo y armas encantado,
Le diera en dos mitades dividido:
Mas no tan bravo el escorpion pisado,
Ni con tanta presteza deja el nido,
Como el moro acudió á vengar su injuria,
Mas del honor herido que otra furia.
Y sobre el acerado y ancho escudo
Al descortés jayan dió tal respuesta,
Que á pesar de su fino temple pudo
Del yelmo hallar la relevada cresta:
Y á no torcer la espada el filo agudo
La vida en riesgo le dejara puesta,
Que así entró rebanando, cual si fuera
Por un delgado estaño, ó blanda cera.
Mas no quitó al gigante belicoso
Nada de su opinion el golpe fiero,
Que antes volvió al combate peligroso
Con mayor arrogancia que primero:
Y un mandoble acertó tan poderoso
Del limpio escudo en el grabado acero,
Que en el suelo quedó el mayor pedazo,
Y en la fama la envidia de tal brazo.
Y dando y recibiendo desta suerte
Mortales golpes de uno y otro lado,
De los dos el mas flaco y menos fuerte
A su enemigo tiene acobardado:
Cada cual quiere rescatar su muerte,
O con ella alcanzar crédito honrado,
Y este ha de ser, segun que la honra ordena,
Comprar la vida con la muerte ajena.
Bramante su ardiente ira desenvuelve,
Y los pesados golpes dobla y carga,
Ya desta parte, ya de la otra vuelve,
Y aquí la tempestad y allí descarga:
Mas su contrario en uno se resuelve
De averiguar por si brega tan larga,
Y con reportacion templando el brio
En mil no acierta á dar uno en vacio.
El suelo de armas y de horror cubierto,
Y ellos por todas partes desarmados,
Dando y sufriendo golpes sin concierto,
De sangre están y de sudor bañados:
Un tajo Ferragut en descubierto
En uno le alcanzó de dos costados,
Cuyo rigor y desigual destreza
Ir dando de ojos le hizo larga pieza.
Y á no ser de tan fino temple hecho
El rico arnés, con sola esta herida
El agraviado reino satisfecho
Quedara, y el gigante sin la vida:
Pero faltóle entrar con pié derecho,
Y así salió la espada rebatida,
Aunque á pesar del sobrepeto grueso
El penetrante golpe llegó al hueso.
Nunca sierpe se vió tan espantosa
Como á este tiempo el desleal Bramante,
Ni ánimo de arrogancia tan briosa
Que no dude ponérsele delante.
Y él, cual la mar bramando tenebrosa,
Alterada de un áspero levante,
Con ambas manos el alfanje aferra,
Para dar de una vez fin á la guerra.



Hizo ademan el moro de esperalle
A la menguante sombra de su escudo,
Y él con tanto furor bajó á buscalle,
Que mal ejecutar su golpe pudo:
Mas el diestro español al desvialle,
La espada así encarnó su filo agudo,
Que entre el reparo, y el salir de tajo,
Una pieza le echó del hombro abajo.
Segundóle al pasar otra herida,
Y otra y otra dobló mas peligrosa,
Y entre una y otra malla desmentida
Una punta halló puerta sabrosa:
Pudiera por allí salir la vida
A encarnar mas la espada venturosa,
Y contentóse con dejar caliente
De roja sangre una copiosa fuente.
No pareció á Braban caso seguro
Brioso esperar á tanta gallardía,
Ni de sus planchas, ni en su temple duro,
Ni de su fuerza ni su maña fia:
Parécele ya estrecho el ancho muro,
Que antes un mundo entero no temia,
Y nada sano el combatir ligero,
Si es cual parece su contrario acero.

Mas ya en rabiosa cólera encendido
Los golpes redoblando sin concierto,
A no ser encantado el combatido,
De cualquiera quedara dellos muerto:
Está fuera el gigante de sentido;
Que un monte hubiera con su espada abierto,
Y halla á su contrario mas constante
Que á un tierno vidrio un muro de diamante.
No sabe por qué via aprovecharse
De enemigo tan fuerte y poderoso,
Ni como con su cólera vengarse,
Pues vengarse ó morir le es ya forzoso:
Al fin como no puede reportarse,
Ni su espada hacer un lance honroso,
Resuélvese en cogerle entre los brazos,
Y allí hacerle á su placer pedazos.
Con nudos mil le ciñe, y le recoge,
Y de su maña y fuerza se aprovecha,
Ya se entra, ya se aparta, ya se encoge,
Ya en la lucha se empina, ya se estrecha:
Ya de los hombros con furor le coge,
Y aquí y allí le vuelve, y le desecha,
Bien que así Ferragut su fuerza alienta,
Que en igual peso el gran teson sustenta.

Largo rato anduvieron forcejando
Con pertinaz porfía y fuerza estraña,
Perdiendo tierra á veces y ganando,
Ya las fuerzas probando, ya la maña:
Las vueltas de fortuna esprimentando,
Que al vanamente confiado engaña,
Y al loco con favores desvanece,
Y al atrevido ensalza y favorece.
De la prolija lucha ya enfadado
Hizo pié el de Aragon en un recuesto,
Y de un vaiven sin maña y tiempo dado
Su enemigo de sí echó descompuesto:
Y él de su misma furia arrebatado
Sin pensar se halló en el suelo puesto,
Y Bramante en sus pasos tropezando
Largo trecho tras dél fué trabucando.
Mas sin mostrar ni sombra de recelo
Que pudiese agraviar su fortaleza,
Bramando al aire, y escupiendo al cielo,
De nuevo la cruel batalla empieza:
Y la espada esgrimiendo en raudo vuelo
A dos manos de encima la cabeza,
Con tal furor desciende; y tal ruido,
Que dejó á su contrario sin sentido.
Y otro y otro segunda, y otros ciento
Así apriesa, que un yunque de diamante
No resistiera el fuerte movimiento
Del desabrido hermano de Morgante:
Y el de Ulid con enfado y corrimiento
De verse así tratar, bravo, arrogante,
Contra el firme enemigo que le enoja
El roto escudo y la paciencia arroja.
Tembló el córcega infiel al grito fiero
Que el de Aragon bramó determinado
De dar á sus porfías el postrero
Y último golpe á lo que habia empezado:
No se vió rostro ni semblante entero,
Ni corazon de veras reportado,
Que del general miedo el pasmo frio
Al rostro hurtó el color, y al pecho el brio.
Y él con la gallardía acostumbrada,
Y firme pulso que su brazo encierra,
La peligrosa relumbrante espada
Con ambas manos afrentado afierra:
Y á dejar en su filo averiguada
Su clara fama, y la dudosa guerra,
Sobre el ya temeroso rey Bramante
Bajó el aire cortando resonante.
No en ademan mas vivo y mas gallardo
Júpiter sobre Encélado levanta
La altiva diestra, cuyo ardiente dardo
A todo el mundo, y no al gigante espanta;
Cuando el Etna encendido á su resguardo
Desde la cumbre tiembla hasta la planta,
Que ya de Doralice el nuevo amante
La espada alzó contra el sensual gigante.
Y en tan lleno furor bajó derecho
El filo agudo por el aire blando,
Que escudo, brazo, yelmo, rostro y pecho
Las entrañas y el vientre palpitando,
Dos partes el gran corso quedó hecho,
Y en medroso silencio resonando
Por las doradas bóvedas corriendo
Un rato el eco fue del golpe horrendo.
Asi rayo veloz al viejo encino,
Que antes servia de sombra á todo un llano,
Al suelo arroja en trueno repentino,
Y el eco asorda al valle comarcano;
Vuelve medroso huyendo del camino
El que á su abrigo va á ampararse en vano,
Tiembla el pastor, el segador se admira,
Y el dueño del rastrojo calla y mira.
Tales los circunstantes admirados
Dejó el no visto golpe poderoso,
De asombro los contrarios retirados,
Y de miedo encogido el mas brioso:
Los dos que Ferragut halló cercados
En trance sin su ayuda peligroso,
Ya libres en pomposa vanagloria
El parabien le dan de tal victoria.
El grave Estordian, rey granadino,
Era dellos el uno, otro el anciano
Galirtos, rey de Alora, su vecino,
De edad madura, y corazon lozano,
Que en seguimiento al robo peregrino
Que Braman hizo á un bosque comarcano
En Doralice por librar su daño
Al riesgo entraron del castillo estraño.
Mas ya dejando libre la guarida,
Antes de tantos prisioneros llena,
La tierra en su quietud restituida
Libre se vió de sobresalto y pena:
Y la Argentina sierra antes temida,
Rota ya del tirano la cadena,
Se llamó con el nombre que hoy le dura
Desta seguridad Sierra Segura.
Cada uno desde allí tomó el camino
Quo mas á su propósito hacia,
Este á su patria, el otro á su destino,
Conforme el fin ó el gusto que le guia:
El amante de Arleta al granadino
Hasta su reinó hizo compañía,
Y Galirtos tambien lleno de antojos
Tras Doralice, y sus alegres ojos.
Fue rey de aquellos siglos celebrado
Galirtos por vejez y alma altanera,
Alegre el rostro, el cuerpo avellanado,
Los ojos vivos, la faccion severa:
Ya los dientes la edad le habia robado,
Y no la libre lengua palabrera,
Porque en sus amorosas ocasiones,
Lo que en gusto faltare dé en razones.
Habia gozado ya de la influencia
Suave de los seis planetas de oro,
Y en la helada decrépita cadencia
La marchita vejez del cauto moro:
En el periodo andaba, y la presencia
Del frio Saturno, en quien está el tesoro
De gravedad, de peso y de juicio,
Que en otros es virtud, en él fue vicio.
Era de universal gusto notado,
De antojadizo amor sin fundamento,
Libre por rey, por hablador cansado,
Y por amante la region del viento:
¿Qué torpe mudo no será cansado?
¿O qué largo hablador dará contento?
¿O á quien no cansa, si al estremo toca,
O el hablar mucho, ó nunca abrir la boca?
Pues deste rey, ya amante temerario,
A Doralice sigue el gusto entero,
Y por el mismo trae de ordinario
Un enano sutil por escudero:
En gesto seco, en el vestido vario,
En la habla un millon, en bulto un cero,
En orgullo jayan, y el cuerpo todo
Como de la encogida mano al codo.
Tratando en risa su persona apuesta
El Cid aragonés, y el granadino,
Al sombrio cruzar de una floresta
El enfado engañaban del camino:
Que menos ocasion y causa que esta
Lo suele hacer, y el bulto peregrino
Del pequeñuelo enano en lo restante
Para ocupar el tiempo fue gigante,
Que su dueño que hablara sin cansarse,
Mas que una ciega Babilonia entera,
Y ahora el nuevo placer le hace estremarse,
Que la alegría de suyo es gran parlera:
Por mostrar su elocüencia, y señalarse,
Volviendo por su enano una quimera

Ingeniosa intentó, y con regocijo
Corriendo el freno á su caballo, dijo:
«No es este hummilde enano el mas cenceño,
Ni el menor que en su género ha nacido,
Que ya conozco yo otro mas pequeño,
De menor cuerpo, y mas entremetido:
Aunque de fuerzas tales, que á su dueño
Tras sí por los cabellos lleva asido,
Con ser tan chico, breve ó imperfeto,
Que este fuera gigante en su respeto.
Y pues es engañar los pensamientos
Alivio del espíritu cansado,
Y divertirse en agradables cuentos
El camino hacer menos pesado:
Yo, si ahora á escucharme estais atentos,
En un discurso quiero moderado
Contar la heróica historia deste enano,
Que los gigantes vence por su mano.
Vereis en su discurso la inconstancia
Del tiempo, y las mudanzas de la vida,
Donde en un punto suele la arrogancia
Mayor verse agotada, ó divertida:
¿Quién tuvo hasta su fin perseverancia?
¿En quién una ocasion recien nacida
No supo despertar nuevos antojos,
Y hacer pechera el alma de los ojos?
De la inconstancia humana harto nos cuenta
El desmembrado cuerpo de Bramante,
Que ayer á su insaciable alma sedienta
Un mundo sensual no era bastante:
Mas cuando el cielo viene á tomar cuenta
A una obstinada vida semejante;
Suele abreviando plazos en un punto
Dar el castigo y la amenaza junto.
Quien presume de sí, quien se gloria
De ánimo invicto y pecho generoso,
Si su pasion no vence, ¿en qué se fia,
Aunque de un mundo salga victorioso?
Aunque de la hiperbórea gente fria
Hasta el ardiente mauro polvoroso
Se oya su voz, y tomen della leyes
Los caspios cetros, y los indios reyes.
Tener espada, brazo y fortaleza
Para enfrenar los duros Garamantes,
Dejándose vencer de su torpeza,
Ni es valor, ni sus fuerzas importantes:
Mas, ¡oh monstruo sin ley! cuya braveza
Los reyes doma, y vence á los gigantes,
¿Quién sale de tí libre, amor tirano?
Goloso azar del apetito humano.
¿Quién puso tu república en la tierra
Con ley tan inviolable, y rey tan bruto;
Que ni en él paz se halle, ni en la guerra,
Hidalgo que lo sea á su tributo?
¿Qué fuerza es esta, amor, que en tí se encierra?
¿Quién te hizo en poder tan absoluto?
¿Cuál es tu orígen? ¿cuál tu fuerza? ¿y cuáles
Los lazos con que enredas los mortales?
¿Eres deidad, amor, ó eres quimera
Recibida del vulgo en sus engaños?
¿Es tu fama fingida ó verdadera?
Néstor del tiempo, niño de mil años:
Un grave cuento de su edad primera
En la mia aprendí con los estraños
Sucesos que hay en él, en quien consiste
El todo de quien eres, y quien fuiste.
En medio un claro mar, que al alba bella
Del dia le abre la primer ventana,
Debajo de la mas feliz estrella
Que vida al mundo y resplandores mana;
Una isla tiene asiento, y dentro della
Cuanto bien cabe en la codicia humana,
Tan florida y tan llena de tesoro,
Que es, puesto á su riqueza, polvo el oro.
Libre de pecho, de tributo esenta.
De hidalgos linajes habitada,
Donde en vida pacífica y contenta
Segura un alma vive y descansada:
De gusto aquí el mas pobre se sustenta,
Ni cárcel hay, ni impedimento en nada,
Su nombre es luz de un sol resplandeciente,
Tierra de libertad de libre gente.
Desta parte del mundo no ha salido
Ni hecho triste ausencia el siglo de oro,
Todo como al principio está florido,
Sin turbios aires, ni importuno lloro:
Aquí solo el contento se ha escondido,
Y el erario del bien y su tesoro,
Cuanto se libra aquí todo es bonanza,
Sin recelos ni sombras de esperanza.
Por frescos prados de un abril eterno,
Todo vestido de inmortal verano,
Mil libres almas con acento tierno
Canciones siembran por el aire vano:
Y agenas de enojoso y turbio invierno
Frescas guirnaldas tejen de su mano;
Con que del todo libres y gozosas
Salen sino es del tiempo victoriosas.
Solia esta alegre tierra deleitosa
Ser rica poblacion, reino potente,
Que como de regalos abundosa
Ya fue buscada de infinita gente:
Mas despues que con mano poderosa
Amor, que es enemigo diligente,
A surgir acertó en su primer puerto,
La dejó hecha un páramo desierto.
En él corren su costa de ordinario
Crueles piratas, varios salteadores,
Que en triste sujecion y yugo vario
Encadenan sus libres moradores:
La ambicion es aquí feroz corsario,
Los intereses grandes robadores,
La hambrienta codicia en mil derrotas
Ha hecho á nuevas Indias grandes flotas.
Estas son y otras vanas pretensiones
Las que este noble reino han desflorado.
Quien á mí me sacó de sus rincones
De amor fue un rico pensamiento honrado:
Con dos ojos me puso mil prisiones,
Ellos me han desta tierra desterrado,
Por vos sin libertad, mis ojos, vivo,
Que yo libre nací, aunque soy cautivo.
Esto á su alegre cuento fabuloso
Vuelto, añadió, á la bella Doralice,
Con un grave recato cauteloso,
Porque á nadie su amor escandalice:
Mas todos ven del viejo rey celoso
A quien el mote y la lisonja dice,
Y riendo su loco pensamiento,
El rie tambien á bulto, y sigue el cuento.
«Esta tierra inmortal, ó mortal cielo,
De una libre señora ora regida,
Que aunque sin esperiencia á todo el suelo
Su gusto y parecer daba medida:
Es ley, es arancel, corte y modelo
De los pasos y efectos de la vida,
Que ahora sea justo, ahora injusto,
Nada se hace fuera de su gusto.
O sea hecho de gana, ó sea forzado,
O sea por interés, ó por contento,
Si ella no lo decreta, es escusado
Que la obra llegue á colmo y cumplimiento:
Es tan señora en todo lo criado,
Que aun enfrena y corrige el pensamiento,
Con ser el ave, que entre las del suelo,
Mas suelto tiene y desenvuelto vuelo.
Su nombre es Voluntad, niña hermosa,
Y de su natural bien inclinada,
Aunque el ser moza tierna y poderosa,
Dejarla suele á veces engañada:

Estimando su vista codiciosa
Por oro lo que es píldora dorada,
Y por regalo, vida, y por deleite,
La fea muerte entre un fingido afeite.
El amor con la flecha de la fama
Desta gallarda niña fue herido,
Y como es fuego, con su misma llama
Fácil de un nuevo amor quedó encendido:
Ya suspira, ya llora, ya se inflama,
Lo que hace sentir, ha ya sentido;
Alguno, quizá dijo vuelto al cielo,
Mueras, traidor, cual muero sin consuelo.
Padece, llora, esperimenta, y gusta
De tu llanto y dolor, muerte y tormento,
Que es justo premio de venganza justa
Un tal castigo para un tal intento:
Si hay cuchillo de fuerza mas robusta,
Sea el verdugo amor de tu contento.
Porque entre ese dolor, rabia y discordia,
Aprendas á tener misericordia.
Así el niño padece, y con su fuego
Sin poderlo apagar queda apagado,
Desea su quietud, y teme luego
El hallarse con ella, y sin cuidado:
Si se anuda la venda queda ciego,
Si descubre los ojos deslumbrado,
Busca remedio, y luego no le quiere,
Y por lo mismo que aborrece muere.
Ya recostado entre tempranas flores,
Y allí redes y lazos disfrazando,
Ya entre doradas nubes sus amores
Por mayor inquietud suya mirando:
Nuevas maneras de alcanzar favores
Para su nuevo menester trazando,
Y en todas sin provecho desvelado,
Que aun ignora la dama su cuidado.
No halla senda á su mal, no halla camino
Para salir de dudas y opiniones,
Que siempre es el amor, si es amor fino,
Largo en el padecer, corto en razones:
Al fin tentar ventura le convino,
O morir anegado en sus pasiones,
Un paje tiene amor, grande instrumento
De aclarar cosas, dicho atrevimiento.
Es hablador, agudo, y desenvuelto,
Propio para llevar y traer mensajes,
De encogidos temores libre y suelto,
Aun con los mas compuestos personajes:
Sin empacho, colérico, resuelto,
Claro, sin encubiertas ni celajes,
Y tal cual menester lo habia Cupido,
Para aclarar sus dudas escogido.
A este le descubrió su pensamiento,
Y él á los libres ojos de su dama,
Que como libre hizo el sentimiento,
Y escudo de la escusa de su fama:
Quedó corrido el paje sin su intento,
Y su dueño mas dentro de su llama,
Crece su mal, y agrava su querella,
Mas que el dolor, no ver la causa della.
Que á un rico alcázar de inmortal diamante,
De la prudencia y la razon labrado,
Por medrosas sospechas de su amante
La libre Voluntad se ha retirado:
Conociendo el amor no ser bastante
A tanta fuerza un niño desarmado,
Destruir quiere la enemiga tierra
Comprando alegre paz con triste guerra.
Quiere juntar ejército famoso
Descubriendo con esto su potencia,
Y vencedor en pecho generoso
Usar con los rendidos de clemencia:
De ociosos pensamientos un ocioso
Escuadron traza flaco en resistencia,
Y en dar asaltos y armas tan cursado,
Que trae al enemigo desvelado.
Este quiere formar que á la victoria
Con el hallar no piensa impedimento,
Deja la libre tierra de su gloria,
Y va sin ella sobre el blando viento:
En amistad de sola la memoria,
Verdugo cruel de un triste pensamiento,
Haciendo mil potajes al sentido,
Amargo el mas sabroso, y desabrido.
Tiene el amor una famosa amiga,
Dicha solicitud ó diligencia,
Grande negociadora en su fatiga,
Y un águila en cualquiera competencia:
De torpe ociosidad cauta enemiga,
De gran ventura y mucha suficiencia,
Esta quiere el amor por diligente
Le junte ocioso ejército de gente.
Sale á buscarla con tendido vuelo,
Vuelve y revuelve en esto mil regiones,
Puesta en solicitar cosas del cielo,
Creyó hallarla en varias religiones:
Que sin curar de pretension del suelo,
Escogeria honradas pretensiones;
Pero desengañóle la esperiencia,
Que el olvido halló por diligencia.
«No voy bien por aquí, dijo Cupido,
¿Quién ha el confuso mundo hechizado?
¿Con qué engaño el descuido se ha escondido
En el lugar del principal cuidado?
Si en causa tal, si en bien tan escogido,
Rastro de diligencia no he hallado,
¿Dónde la encontraré? ¿con qué artificio
A la virtud se la ha usurpado el vicio?»
Dijo, y dando la vuelta, sus pisadas
Sobre la arena estéril halló impresas,
Conociólas, y en ellas ir guiadas
A livianas y frágiles empresas:
Y siguiendo su rastro, marañadas
Las halló en pretensiones tan aviesas,
Que sospechoso dijo, y admirado,
«O yo por aquí voy, ó el mundo errado.»
Llegó en esto á su reino, y en su casa
Nueva le dieron della sus amantes,
Y de allí con el rastro fresco pasa
A ver los cortesanos negociantes;
Donde su imágen vió sembrando brasa
De ambicion en materias disonantes,
De avariento interés, de honra y de amores,
Y nuevos oficiales de señores.
Con vanas cortesanas reverencias
En nuevos pretensores convertida,
Tan largos de esperanzas y conciencias,
Que no los ceñirá una eterna vida:
Aquí el amor halló dos diferencias
De edades, una larga, otra ceñida,
Saliendo entre los cargos y descargos
La vida corta, y los negocios largos.
Aquí la diligencia embarazada
En cosas de livianos pensamientos,
Su pretension y pena declarada,
«Cumplirás, dijo Amor, nuestros intentos:
Recoge entre esa gente mas granada
Sus livianos y ociosos pensamientos,
Que estos son, dando yo la batería,
Mi mayor municion y artillería.»
Dijo, y en vano vuelo á ver las damas
De la solicitud pasó á palacio,
Donde encendiendo impertinentes llamas
Ocioso y libre se quedó de espacio:
Durmióse amor aquí entre verdes ramas
De un trébol siempre en flor, marchito y lacio,
Y al despertar al aire de una toca,
Quedóse entre los ojos y la boca.
No fue la diligencia perezosa
En juntar grueso ejército á Cupido,

Que tambien hay en córte gente ociosa,
Que alcanza y goza de lo mas florido:
El señor, el galan, la dama hermosa,
El paje, el caballero entretenido,
Todo es ociosidad, solo desea
El rey quietud, y tiempo el que pleitea.
No tiene tasa, número, ni cuento
La ociosa gente, y pensamientos vanos,
Que en la córte juntó para su intento
La Diligencia de los piés livianos:
Ni cercan tantos átomos el viento,
Ni á todo el mar de arena tantos granos,
Como la torpe Ociosidad pesada
Vanos soldados trajo á esta jornada.
Ocupada en jugar con un ventalle,
Y ver quien pasa, vuelve, cruza ó mora,
Bostezando á la puerta de la calle
La Diligencia halló á su contendora:
Digo á la Ociosidad, floja de talle,
De ajenas vidas gran trasechadora,
Y allí con ella, que á su lado asiste,
La Hambre ayuna, y la Pobreza triste.
Y no fue poco que á la Diligencia
Ociosidad obedeciese en algo,
Porque suele huir de su presencia
Cual presta liebre del hambriento galgo:
Mas el amor; á cuya omnipotencia
No hay reino libre ni solar hidalgo,
Juntó estos dos estremos, que ya vemos
Que siempre anda el amor por los estremos.
Y en una nueva flota de ocasiones
Embarcada la gente llegó un dia
A vista del castillo y los balcones
Donde la honesta Voluntad vivia;
Y abreviando de tiempo y dilaciones
A jugar comenzó la artillería:
Con tal carga de vanos pensamientos,
Que el alcázar tembló por los cimientos.
La Ociosidad, que aquí no andaba ociosa,
Puso en la primer torre su bandera
De la Imaginacion, dama ingeniosa,
Y de sus armas frágiles frontera:
Era esta estancia, mas que fuerte, hermosa,
Por de dentro pintada, y por defuera,
De fábulas, que el verlas enamora,
Que es la imaginacion grande pintora.
Rendida esta primera fortaleza,
Mas recia comenzó la batería,
Hasta entrar el alcázar de firmeza
En que la libre Voluntad vivia:
Allí la Ociosidad con su torpeza
Inficionó cuanto en la torre habia,
Y de la reina un consejero honesto
En tinieblas dejó y prisiones puesto.
Y alcanzada con esto la victoria,
La libre Voluntad quedó rendida,
Y el Amor al despojo de su gloria
En triunfo vino y magestad debida:
En carro de alegría transitoria
Una S en cada rueda retorcida,
Que todas dan un amador perfecto,
Solo, sabio, solícito, secreto.
Era el triunfante carro de unos lejos
Por tan nuevo artificio dibujados,
Que mientras que se miran mas de lejos,
Mas perfectos se gozan y acabados:
De cerca son rasguños mal parejos,
Como al descuido y sin concierto dados,
Y ya vueltos de espaldas son de suerte,
Que no es mas fea de mirar la muerte,
Y no tiraban la carroza hermosa
Tigres, águilas, fieras, ni dragones,
Mas con una igualdad maravillosa
Cuatro ninfas de raras perfecciones;
Que era cualquiera dellas poderosa
Tras el carro llevar mil corazones,
La Gracia, Discrecion y Gentileza,
Y la Hermosura frágil de cabeza.
La Gracia de mil visos parecia
Hecha de un no sé qué tan agradable,
Que sin saber decir á qué sabia,
A todos gustos era deleitable:
Hacia tan á compás cuanto hacia,
Con tanta sal, y rostro tan afable,
Que encendia el corazon en vivo fuego
De unas centellas que se acaban luego.
La Discrecion en todas ocasiones,
Dama noble, compuesta y corregida,
En gusto, en trato, en obras, en razones,
Es un compás de amor, regla y medida,
Sin melindre, doblez, ni afectaciones,
Clara, afable, y con nadie desabrida,
Solo le hallo yo un inconveniente,
Que es huir demasiado de la gente.
Las otras, Hermosura y Gentileza,
En los talles iguales, y en la vida,
Si la edad no estragara su belleza,
No viera el mundo cosa mas florida:
Dellas toma el amor su fortaleza
Con que á la de Sanson deja vencida,
Y á ellas el solo tiempo las empece,
Que en aire las consume y desvanece.
Destas cuatro hermosísimas doncellas
El carro del Amor fue arrebatado
Hasta el alcázar, donde todas ellas
Presa la libre voluntad le han dado:
Y como el sol en medio sus estrellas,
El trono de placeres rodeado,
Triunfante saca amor su invicta lanza,
Coronada de flores de esperanza.
Pero llevóle la guirnalda el viento,
Que en su casa no hay bien que sea fundado,
Y supo que con nuevo encantamento
El interés habia tiranizado
De un golpe el frágil reino del contento,
Y allí en un auto público sacado
Por afrenta mayor su estátua al vivo,
Para venderlo al mundo por cautivo.
Fuéle forzoso al rey de los amores
Ir en persona á castigar la afrenta,
Y el daño que en sus fieles servidores
Del interés causó la gula hambrienta:
Y á su dama cercada de dolores
Dejó sin alma, sola, y descontenta,
Con la memoria y la esperanza ardiendo,
Una labrando, y otra entreteniendo.
Tiene una dama amor por enemiga,
Ciega invisible, y que jamás parece,
Que enluta el corazon, cansa y fatiga,
Y todo con su sombra lo oscurece:
Unos Ausencia quieren que se diga,
Otros infierno donde amor padece;
Mas yo la llamo en pena de sufrilla,
De los sueños de amor la pesadilla.
Esta luego que amor dejó su casa,
La reina puso en ásperas cadenas,
Donde le daban el placer por tasa,
Y el tormento y dolor á manos llenas:
Comidas frias, y de mano escasa,
Gustos pasados, y presentes penas,
Desabridos pasajes de memoria,
Que siempre alarga la pasada gloria.
De esto, y de la frialdad de la posada,
El gusto le estragó cierta tibieza
De un frio y calentura acompañada,
Y dolores de estómago y cabeza:
Causaba el frio la comida helada,
Aceda, sin sabor, ni fortaleza,
Y una tibia esperanza que acudia,
La calentura á ratos le encendia.

El tiempo que es un médico famoso,
Bálsamo universal de pesadumbres,
Viendo el mal de la reina peligroso,
De la ausencia causado y sus costumbres,
Y que ningun emplasto provechoso
Sus yerbas pueden dar ni sus legumbres,
Que el gusto encienda, y resucite el brio,
Porque son frias, y su mal es frio.
Determinó buscar por otra via
Remedios que le dar si alguno alcanza,
Y casi de hallarlos desconfia,
Viendo estar ya sin pulsos la esperanza:
Hasta que supo al fin donde vivia
Una inquieta mujer dicha Mudanza,
Encantadora, bruja y herbolaria,
Y en todos tiempos y horas gran voltaria.
No fue Circe tan mágica hechicera
Cuando en fieras los hombres convertia,
Ni en la mar tan mudable y tan ligera
La blanca espuma que en las peñas cria:
Ni así tan presto el camaleon se altera,
Ni las sombras se mudan en un dia
Mas veces, ni la luna, el agua, el viento,
Ni el tiempo, que es un puro movimiento.
Este espíritu vario, si es decente
Dar á quien no sosiega donde viva,
Su casa tendrá hecha en la corriente
De algun raudal sobre la espuma altiva;
O allá en las Amazonas, que es la gente
De su trato y su ser menos esquiva,
Que al fin ella es mujer, y ellas mujeres,
Y amigas todas de mudar placeres.
Allí el tiempo la halló, que otro ninguno
Segun es de mudable la alcanzára,
Y habiendo consultado el importuno
Mal de la ausente reina ilustre y clara,
El remedio que vió mas oportuno
Fue darle una pocion, ¡bebida rara!
Que para otro tal caso habia traido
La noche antes del rio del olvido.
Con esto se acabó el encantamento,
Y la reina cobró salud cumplida,
Nuevos ojos el ciego entendimiento,
Y la razon nueva alma y nueva vida:
Y todos de comun consentimiento
Vuelta para la patria dan querida
De alegre libertad, por un florido
Prado en que siempre duerme el flojo olvido.
Iba delante la Razon guiando,
Y rogándole el diestro consejero
Que no volviese el rostro atrás mirando,
Porque es volver el rostro mal agüero:
Así al músico Orfeo avino, cuando
Segunda vez perdió su amor primero,
De mirar se han seguido mil enojos,
Y á ningun ciego han hecho mal los ojos.
Mas si es la voluntad siempre enemiga
De obedecer ajenos pareceres,
La privacion de suyo da fatiga,
Y mayor en antojos de mujeres:
Y así la reina, porque no se diga
Que mira y sigue mas que sus placeres,
Volvió los ojos sin tener paciencia,
Ni sujetarse á leyes de obediencia.
Volviólos, y cubierto vió de flores
A sus espaldas un vistoso prado,
Y en ventanaje de oro y miradores
Un alcázar real sobre él labrado:
Un cierto no sé qué de sus amores
El aire pareció que le habia dado,
Y que entre aquellas yerbas florecia
De sus pasados gustos la alegría.
Agradóle del campo la frescura,
Y antojósele en él pasar la siesta,
Porque es la voluntad de su hechura
De antojos toda, sin razon compuesta:
Dió nueva rienda á su primer locura,
Guió al castillo, y con alegre fiesta
Fue recibida de una dueña honrada,
Gran sabidora de la edad pasada.
Su nombre era Memoria, y sus oficios
Representar comedias é invenciones,
Pintar agravios, y borrar servicios
En las mas aprobadas condiciones:
Hacer de hiel el gusto son sus vicios
Con resfrescar pasadas ocasiones,
Sabroso el mal, y amargos los contentos,
Que en la memoria truécanse los vientos.
Cinco famosas puertas señaladas
Tiene el castillo en torno á sus almenas,
De historias y de fábulas pintadas,
De varios cuentos y entremeses llenas:
Las faltas propias, limpias y doradas,
Feas y abominables las ajenas,
De estas en bronce y mármol infinitas;
Y aquellas en liviano polvo escritas.
La reina halló la historia dibujada
De sus placeres en la primer puerta,
Y la razon allí quedó encantada,
Y ella del sueño en que dormia despierta;
Donde la antigua herida solapada
Corriendo se vió sangre descubierta,
Vuelta ya de diamante blanda cera,
Que es la Memoria grande hechicera.
Y con la dulce fruta de ocasiones,
Que la huéspeda ofrece á manos llenas,
Volverse determina á sus prisiones,
Que son de amor sabrosas las cadenas:
Camina tras sus nuevas pretensiones
Por unos montes fértiles de penas,
Que son de soledad tierra baldía,
Con sola la Memoria en compañía.
De una confusa niebla rodeada,
Que se vuelve diluvios en los ojos,
La esteril tierra seca y agostada,
De espinas llena y de ásperos abrojos:
Vil cizaña entre el dulce amor sembrada,
De recelos, sospechas y de antojos,
Y otras incultas yerbas venenosas,
Que son ortigas, y parecen rosas.
Cayendo en cada yerba y tropezando
Iba la voluntad descaminada;
De quien poder tomar lengua buscando
Por la fragosa tierra despoblada:
Cuando se fue de lejos divisando
En el aire una casa fabricada
Entre celajes y neblinas frias,
De ventanaje llena y celosias.
Esta una roca de peñascos era,
Donde un bravo y feroz gigante asiste,
Que en usar malos términos se esmera,
Y en ser sin ocasion verdugo insiste:
De acedo trato y condicion severa,
De flaco rostro, atraidorado y triste,
Rabia es su nombre, y Zelos su apellido,
Que por cualquiera es harto conocido.
De lince y basilisco son sus ojos
Con que él mismo se aflige y desbarata,
Cuanto mira y no mira es con antojos,
Y con miedo y sospechas cuanto trata:
El verle es muerte, el no mirar enojos,
La duda aflige, la verdad le mata,
Venganza es su comida, y sin venganza
Cosa que bien le sepa no la alcanza.
Luego que vió el gigante á las doncellas,
Sin escuchar preguntas ni razones,
Como era su costumbre dió con ellas
En unas estrechísimas prisiones:
Sin que suspiros, llantos, ni querellas
Aflojados les den los eslabones

Del ciego error que el ánimo inquieta.
Y el corazon la vida y alma aprieta.
  En un negro y oscuro calabozo
Prision puso á las damas el gigante,
A cuya puerta está enterrado el gozo,
Y la esperanza dél mas adelante:
Allí en la reina hizo tal destrozo,
Que á faltarle el socorro de su amante,
En cárcel triste y en prision muriera,
O en duro pedernal se convirtiera.
  Mas supo amor las nuevas de su dama,
No me acuerdo ya bien cómo, ó por dónde,
Quizá el paje de amores fue la fama,
Que á veces mas que preguntais responde:
O por ventura su amorosa llama,
Que á quien bien ama nada se le esconde,
No tengo al fin el cómo en la memoria,
Que ha mucho que no cuento ya esta historia.
  Y con lima sutil de desengaño
A mil golpes forjada de ocasiones,
Ya de la cárcel restaurado el daño
De su dama deshizo las prisiones:
Y el mismo que fue causa del engaño,
Tambien triaca fue de sus pasiones,
Y en un carro acerado de firmeza
Salió de la zelosa fortaleza.
  Y aunque por entre espinas, y entre abrojos,
Que son las flores del zeloso prado,
La reina ya con mas alegres ojos,
Animo y corazon mas sosegado,
Triunfando de sospechas y de antojos,
En compañía de su niño alado
A los paraisos vino del contento,
Donde el perfecto amor tiene su asiento.
  Aquí destos finísimos amantes,
Tras discurso tan largo de pasiones;
Como un vidrio nació de dos diamantes
Un tierno niño hermoso de facciones:
Y aunque sus padres eran ya gigantes
En cuerpo, en amistad y en condiciones,
El salió enano en todo y tan cenceño,
Que no hay pigmeo en el mundo mas pequeño.
  Es el hijo el Deleite, que en ser chico,
Y costar caro, sigue los estremos,
Dulce, sabroso, apetitoso y rico,
Y que huye y se esconde á vela y remos:
Desta ocasion nació, y os certifico
Que á nadie cuesta menos, solo vemos
Que á mí suele vendérseme barato,
Cuando con gusto me oyen si hablo un rato.

ALEGORIA.

La natural obligacion que el hombre tiene á su patria se pinta en la introduccion del libro. El recelo de Ferragut en el castillo del jayan, muestra lo mucho que importa la buena opinion de la persona para no tener el trato por sospechoso, y el hallarse restituido á su ser venturoso, por faltarle el caballo Clarion, significa, que el hombre distraido en sus vicios, si despues se reforma con la Virtud, vuelve á hacer obras dignas de alabanza, cual fue matar al tirano Bramante, y poner en libertad la tierra, y los que en ella estaban opresos: pero si vuelve á dejarse llevar de su sensualidad, olvidado de la razon, como le sucede en Africa con Angélica, viene á morir en su obstinacion, y queda perdida para siempre cuanto honor y fama habia ganado, como allí queda Ferragut.

En la novela de Galirtos se descubre la armonía y trabazon de las potencias interiores, y los efectos de la parte sensitiva y lo mucho que el deleite cuesta, y lo poco que dura.

LIBRO UNDÉCIMO.

ARGUMENTO. Roban segunda vez unos corsarios á Angelica á vista de Orimandro, que en compañia de Bernardo se embarca en su seguimiento: y habiéndola perdido de vista hace grandes sentimientos, y cuenta su vida y linaje, y la ocasion por donde Angélica vino á su poder. Orlando con la ocasion de la pregunta de Garilo, cuenta en una artificiosa fábula lo mucho que la ventura puede, disculpándose agudamente en ella de su antigua locura.

  En tanto ya despues que alegre Alcina,
Por frescas huertas y dorados techos,
Con su aparato y ciencia peregrina
De sus héroes ganó los nobles pechos;
A embarcarse con gusto á la marina
Venian de ricos dones satisfechos,
Gundemaro, Bernardo y Floridano,
Las damas de los dos, y el rey persiano.
  Queríanse hacer al mar, cuando á gran priesa
Correr á un barco vieron diez corsarios,
Que habian de tres damas hecho presa
En la isla con sus robos ordinarios:
Entre ellas del Catay la real princesa
Conoció el persa rey, y los contrarios
Huyendo de sus manos los primeros,
Golfos del ancho mar cortan lijeros.
  Desamparan huyendo la ancha playa
Con dos ninfas, y Angélica con ellas,
Y el libre esquife de cristal la raya
De riscos llena huye, y conchas bellas:
De nuevo el brio al persa rey desmaya,
Y de nuevo se anima á socorrellas,
Viendo que su fortuna burladora
Con varios riesgos sigue el bien que adora.
  A cada cual el fin de su ventura
Alcina en su jardin dió por su mano,
Sola en todas la Angélica hermosura
Oculta siempre estuvo al rey persiano:
Jamás la alcanzó á ver, siempre en clausura
La Hada ocultó el rostro soberano,
Hasta aquella ocasion del dia postrero,
Por mas dolor, ó por mejor agüero.
  Si á Venus parió el mar, como se suena,
La mar es propio reino de amadores,
Que todo amante siembra en el arena,
Y sin número son los sembradores:
Y ella en sus senos de agua y ondas llena,
Y el amor de fatigas y dolores,
Hondos piélagos son, donde se anega
El que en tiempo mas próspero navega.
  Algunos creen que la zelosa Alcina
A Angélica persigue con cuidado,
Y que culpas ajenas pena indina
Llueven sobre su nuevo enamorado:
Mas bien sea esto, ó sea su malina
Estrella, que le lleva violentado,
El la vió á tiempo que su vista bella
Mas dolor le causó que gusto el vella.
  Y entrando en su galeon á toda priesa
Al gran Bernardo pide que se quede,
Que ni ir á socorrer á la princesa,
Ni con su obligacion ni gusto puede:
«El tuyo se haga, dijo, mas en esa
Causa no veo ninguna que me vede.
Seguir yo y reforzar tu brazo fuerte,
O en feliz vida, ó en honrada muerte.
  Donde fueres iré á buscar tu gusto,
De los demás se quede el que quisiere,
Que un valor semejante es caso injusto
No seguirlo hasta el fin, sea el fin cual fuere:»
Dijo, y todos dijeron que era justo
Lo que dijo; y que quiere lo que quiere,
Con que embarcados de comun intento,
Las anchas velas dan al fresco viento.

Llevaron todo el dia á remo y vela
El bergantin á vista de la proa,
Y cuando al sol la tibia tarde yela
La luz sobre la playas de Lisboa;
Con la misma codicia con que vuela
El presto acometer de una canoa,
De través les salió, y en su presencia
Con la suya venció su diligencia.
Barloáronse los barcos con denuedo.
Y brio de pelear, y al rey persiano,
Que viendo este suceso perdió el miedo
Que antes tenia de seguirla en vano,
Mostró el cielo teniendo el viento quedo
Cuan corta marca es la del brazo humano,
Y que el poder del rey, sea cual se fuere,
No alcanza aunque lo estire donde quiere.
Calmó el viento, y quedó el galeon en calma,
Y los barquillos dos en mortal guerra,
El rey de Persia á rescatar su alma
A pesar quiere de la mar y tierra
Pasar á nado, que si el viento calma,
No calma el fuego que su pecho encierra,
No fue poco enfrenar su desatino,
Segun el punto á que su furia vino.
Pero llegó la noche, y con su luto
El un barco y el otro se ha escondido,
Y al campo á quien las aguas dan tributo
En lágrimas dió el suyo el rey perdido;
Que aunque salió del sol el sustituto.
Su rayo de oro en plata convertido,
Ni ese, ni el alba, ni el siguiente dia
Al persa dieron luz de su alegria.
Bernardo á su valor aficionado
Divertir sus congojas procuraba,
¿De cuál le trajo amor á cual estado?
¿Dónde á Angélica vió? le preguntaba:
¿Si se embarcó forzado, ó de su grado?
¿De qué ocasion su desamor manaba?
A quien el rey con su voz enflaquecida,
«Oye, dijo, el proceso de mi vida:
Entre la Susiana al Oriente,
Y la áspera Carmania montuosa,
Y entre el Pérsico mar, y puesta enfrente
La helada Media, una provincia hermosa,
Persia llamada, en belicosa gente,
De la Asia es la mas rica y mas famosa,
Cabeza de mil reinos y mil reyes,
Que todos de las suyas toman leyes.
De aquí solo á mi brazo la obediencia
Los dioses concedieron inmortales,
Y á mi cetro, mi voz, y mi potencia,
Cien coronas y cetros orientales:
Mis mayores aquí por excelencia
Con riendas de oro dan leyes iguales,
De aquí Ciro fue rey, de aqui Artabano,
Jerjes, Sapor, Cabades el humano.
Este hizo á las pérsicas mujeres
Que fuesen del comun (notable edito)
A quien sucedió en reinos y en haberes
Cosroes su hijo, de ánimo inaudito,
Tal que hechos de sangre sus placeres,
Barniz dió della al pérsico distrito,
Deste procedió Hormisda, Artildo deste,
Gran rey de la Cardusia, gente agreste.
De los Axianos pueblos á Tartaria
Subió Artildo, y de aqui mi padre vino,
El invicto Agrican, cuya contraria
Luz de planeta y enemigo sino
Quitó á traicion la vida, y la voltaria
Fortuna, con el mismo desatino,
A los piés puso de un francés bastardo
La sangre de mi hermano Mandricardo.
Mas yo daré á las suyas con la mia
Nuevo color, y al campo nuevo esmalte,
O las veré vengadas, si el que cria
En mí este brio no hace que me falte:
Este es el fin que en mis cuidados guia,
Y causa que mi honor se sobresalte,
Las veces que oye del sin luz Poniente
Contar las armas, y nombrar la gente.
Son varios los agravios con que el pecho
La francesa nacion me enciende y arde,
Y los que un jóven paladin ha hecho
De nuevo á un mi vasallo el rey Aliarde;
Que del honor de su dorado techo,
Haciendo de su espada y fuerza alarde,
A su bella Gautina, prenda amada,
De su helada vejez sacó robada.
Y al rico camarin de su tesoro,
Por desprecio á la cola del caballo,
Rastrando le llevó un mahoma de oro,
Que no queda valor con que apreciallo,
Sin que del pueblo arábigo ni el moro
Parte fuesen las armas á estorballo:
Dejo otros insolentes desafueros
De Orlando, el conde Dirlos y Oliveros.
Que todos en mi alma ardiendo veo
En gustos de venganza, á todos juntos
En esto la haré, y este trofeo
A los vivos daré y á los difuntos:
Todos en mi memoria á mi deseo
Con sangre escriben del honor los puntos,
Sangre de hermano y padre, cuya fama
A ir tras la suya me provoca y llama.
Absoluto señor, rey conocido,
Por su muerte quedé al persiano estado,
De mis vasallos con amor servido,
Hasta de la fortuna respetado:
Viéndome mozo, y de poder cumplido,
Y no de ánimo corto y apretado,
Llamado del furor y sangre ardiente
Salí á buscar los mundos del Poniente.
Y dejando en mis reinos el concierto
Que á mi sosiego y suyo convenia,
Para embarcarme al deseado puerto
De mis gentes cercado salí un dia;
Y al dar las velas al viaje incierto
Todo viento por próspero tenia,
Que como á fin dudoso caminaba,
Cualquier derrota ó viento me bastaba.
Si el deseo de venganza me movia
á devolver el mundo y sus regiones,
La fama que por él iba y venia
De hazañas llena de inclitos varones
Mas me alentaba á procurar la mia
Por provincias de incógnitas naciones,
Porque es corto y mas corto cuanto encierra
Deseo que no sale de una tierra.
Los agüeros por Társico notados,
A quien nunca engañó vuelo ningungo,
Y dos valientes toros degollados,
Negro á la Tempestad, blanco á Neptuno,
El vientre y los pulmones consultados
Desplego el lienzo al zéfiro oportuno,
Zarpan las anclas, y la nao lijera
Mi patria deja, el puerto y la ribera.
Y entre estas no ajustadas pretensiones
El gusto en varias cosas divertido,
Desterrado á buscar nuevas regiones
Volando me entro por el mar tendido,
Variando por diversas ocasiones
Hasta el punto que el tiempo me ha traido
A este lugar incierto, á donde el hado
El bien que me quitó tenga guardado.
Con un templado norte viento en popa
Salgo del seno pérsico volando,
Y deseoso de ver la rica Europa
Voy la olorosa Arabia costeando:
Por entre las Zenobias y Saropa
La cuadrada Dioscórida buscando,



Dejo en el golfo Indico á Colidos,
En las nubes sus bosques escondidos.
A Melinde dejé á la diestra mano,
Y las dos Agatocles al Oriente,
Descubro á Tilos de inmortal verano
En palmares y olivas escelente:
La infeliz Meca, y su profeta vano,
Y de Eritrio el sepulcro puesto enfrente,
Y otras mil islas ya por popa dejo,
Y á la punta me voy del mar Bermejo.
Desde allí hasta el gran Cairo fui por tierra,
Y bajé por el Nilo á Alejandría,
Que las grandezas que el Egipto encierra
No me pudieron atajar la mia:
Y haciéndome el deseo mayor guerra,
Que un mundo estraño y nuevo me pedia,
En el Mediterráneo mar me arrojo,
Por firme norte el rumbo de mi antojo;
Que siempre en las regiones apartadas
Grandezas se prometen espantosas,
Aunque despues de bien examinadas
Iguales sean con las otras cosas:
Dejé las maravillas celebradas
Del Cairo y sus pirámides famosas,
Y deseoso entré en el mar profundo
De atravesar los límites del mundo.
Llenas las velas de apacible viento
Apenas por el mar salí volando,
El marinero con la vista atento
De la alta gavia el puerto contemplando,
Y el vidrioso y húmedo elemento
Con la liviana espuma blanqueando,
Cuando el sabio piloto con voz gruesa,
«Amaina, amaina, grita, amaina apriesa.»
Un viento agudo entre una niebla envuelto,
Que exalacion del agua parecia,
A soplar comenzó poco mas suelto
Que su primera vista prometia;
Y el mar con esta alteracion revuelto
Mayor disgusto que temor ponia,
Cubren las nubes de un obscuro velo
El claro dia, y el sereno cielo.
Crece la tempestad, crece el tormento,
Y el rechinar de cuerdas y alaridos,
Carga la ciega noche, carga el viento,
Cargan truenos y rayos encendidos:
Ya la alta gavia toca el vano asiento
De las nubes, ya en agua sumergidos,
En ciega confusion, y horrible prueba,
Aquí y allí el revuelto mar los lleva.
Aquella noche, un dia y otro dia,
Y sin ese otros diez fuimos corriendo,
Sin ninguna, ó con poca mejoría,
A la fortuna la cerviz rindiendo:
Mas cuando el ya olvidado sol vestia
De oro la mar, y de quietud su estruendo,
A su alegre bonanza en nuestros pechos
Gozosos sacrificios dimos hechos.
En medio este ancho piélago sentada
Creta es por el gran Júpiter famosa,
Con cien nobles ciudades ilustrada,
De fértil suelo, y gente belicosa:
Aquí á arrojarme vino la pasada
Tormenta en otra en todo mas furiosa,
Pues aquella fue cierta profecía
Desta, en que ya se anega el alma mia.
Hace la isla un escondido seno
De seis tajadas peñas abrigado,
Con sus pendientes gajos, y un ameno
Bosque en floridos cercos coronado;
Donde en llana quietud el mar sereno
Libre del libre viento está guardado,
Aquí el barco surgió, y aquí mi gente
En su arena aferrar vió el corvo diente.
Dan fondo, amainan velas, y un ligero
Batel luego á la mar parió el navío,
Con que el pequeño pueblo forastero
Alegre se arrojó al bosque sombrío:

Sube al cielo el acento placentero,
La playa suena, el encogido brio
Cobra vigor, la deseada arena
Sale de varias invenciones llena.
  Társico en el sacar primero ha sido
Del duro pedernal centellas de oro,
En cuyo agüero por ventura asido
El fuego horrible vió en que ardiendo lloro:
Este y aquel de pedernal nacido,
Que igual al pedernal es la que adoro,
Si aquel fue temporal, y el mio eterno,
Uno es fuego mortal, y otro de infierno.
  En la yesca arrebata una dudosa
Centella y vuelta allí dorada brasa,
Entre la seca leña una amorosa
Llama cundiendo va al principio escasa:
Lléganle un árbol y otro, y poderosa
Un roble, un pino y una encina abrasa,
Lo que antes la ahogara y consumiera,
Brio le pone y fuerza mas entera.
  Sacan el duro pan, á quien mohoso
Dejó el humedo mar, y tiempo airado,
Y el rojo y lento trigo en el fogoso
Cerco vuelven enjuto y retostado:
Hácenlo al gusto menos trabajoso
Entre la dura piedra quebrantado,
Desabrida vianda, mesa odiosa,
Para sola la hambre apetitosa.
  Tienden un toro en la ribera amena,
Y en nuevo son y alegre atrevimiento
Las entrañas desnudan, y resuena
El arrancar los huesos de su asiento:
Da la sangre color rojo á la arena,
Y á ellos con la esperanza nuevo aliento,
Siembran las brasas de pedazos crudos,
Cercadas de asadores no desnudos.
  Cobran las fuerzas y vigor perdido
Sobre la blanda yerba recostados,
Olvidan el rumor, caese el ruido,
Entre el reposo y vino sepultados:
Yo á esta sazon de un limpio arnés vestido,
Con solo mi descuido y mis cuidados,
Por la selva me entré, que no debiera,
Pues se quedaba mi ventura fuera.
  De una espesura en otra discurriendo
No mucho anduve, que sentí ruido,
Y hácia la parte que venia volviendo,
De mil fieras sembrando ví el ejido:
Juntas y todas de un temor huyendo,
Entre liebres tambien el leon temido,
Que entonces hizo allí el comun castigo
Con el tierno cordero el lobo amigo.
  Has visto antiguos bosques encendidos
En roja llama, á quien esfuerza el viento,
Que del fuego el estruendo y estallidos
Las fieras saca de su verde asiento,
Y á las que halla en sus amados nidos
Les da en ellos eterno alojamiento,
Y huyen del peligro amontonados,
Lobos, corderos, osos y venados.
  Pues no de otra manera su manada
Por el espeso bosque discurria,
Y la selva no menos alterada
Que con cercano fuego parecia:
Yo la vista y no el alma sosegada,
Mirando á donde el daño procedia,
Un fiero monstruo ví, una sierpe horrenda,
Que al monte abria, quebrando pinos, senda.
  El medio brutal cuerpo tenia enjerto
Con alas de serpiente venenosa,



De la cintura arriba el talle abierto,
En feroz proporcion sombra espantosa:
De espesas cerdas ásperas cubierto,
Con rostro indigo de doncella hermosa,
Uñas y brazos de dragon tenia,
Quimera dirás que es, ó invencion mia.
  No fue antojo, señor, ni falsa idea,
Bien que á no haberlo visto lo dudara,

Y ser hija la horrible sombra fea
De algun confuso sueño imaginara:
Sobre el mas alto pino señorea
Su fiero cuerpo y su hermosura rara
Juntando en dos estremos su figura,
Igual con la fealdad la hermosura.
Cual entre secas agostadas cañas
De roja mies en pérsico sembrado.
Rompiendo va sus frágiles marañas
Un receloso ciervo el cuello alzado:
Al tierno bramo con que amor le engaña,
Que no hay estorbo á pecho enamorado,
Y por lo mas cerrado y mas espeso,
Mejor camino y rastro deja impreso.
Así por la confusa selva espesa
El monstruo iba rompiendo los jarales,
Y cual turbio raudal rota la presa,
Peñascos lleva, encinas y animales:
Y en la senda que al bosque deja impresa,
Matas, robles y fresnos hace iguales,
Ni le es del pino mas la enhiesta viga,
Que al segador la caña de la espiga.
Si causó alteracion con su venida,
Tú, sin decirlo yo, lo habrás pensado,
Alto el cabello, la color perdida,
El miedo me llevó el sentir robado:
La voz á la garganta quedó asida.
La sangre muerta entre un sudor helado,
Si otra vista la vida no me diera,
Allí de aquel primer temor muriera.
Traia, ¡oh cielo santo! he de decillo,
Entre sus corvas uñas aferrada
Una divina imágen, un cuchillo,
Que de su muerte la dejó vengada:
¡El alma en su viril tiembla en oillo!
Traia á la beldad misma robada,
Un bulto de marfil, una figura,
Que es del pintor retrato su pintura.
¡Mi vida muerta en sus crueles manos,
Mi muerte en ellas desmayada y viva!
Puesta sobre sus hombros inhumanos
La firme basa en quien mi bien estriba!
¡Presa la que con lazos soberanos
Para no rescatar almas cautiva!
¡Mi Angélica, mi bien, mi luz, mi guia,
La fiera entre sus brazos la traia!
Si has visto sobre un risco montuoso
La bella cazadora de Diana,
O sobre roca en mar tempestuoso
Arrojada una vírgen soberana,
O en seco roble, duro y espinoso,
Enredada la verde vid lozana,
Que aunque allí su florido abril imita,
Sobre el desnudo tronco se marchita;
Pues la imágen así de mi alegría
En los brazos del monstruo se enredaba,
Hermoso y blanco cisne parecia,
Que de algun seco tronco preso estaba:
O cual de Grecia á Persia pasó un dia
Huyendo el que á salvarlo lo llevaba
De algun Zeújis, un ángel bello alado,
A sus piés un dragon de oro enroscado.
Aquí el amor me dió el primer asalto,
Aquí me cautivé de una cautiva,
Aquí mi gloria vuelta en sobresalto
Una muerta beldad la dejó viva:
Aquí me dió fortuna el bien mas alto,
Si lo es amar una beldad esquiva,
De entre las manos de aquel monstruo fiero
A mi pecho salió el arpon primero.
Al principio entendí que era Diana,
O alguna diosa de aquel bosque umbroso,
Que así robada una fantasma vana
Por caso la llevaba milagroso:
En gualdas vuelta la color de grana
Marchitó al rostro su clavel hermoso,
Cual tierna y fresca rosa dividida
Del verde tronco que le daba vida.
O con gritos hiriendo las estrellas,
O con desmayos muerta se quedaba,
Con sus medrosos llantos y querellas
Hasta la misma fiera se ablandaba:
Yo que nací para morir por ellas,
Y á solo esto mi estrella me guiaba,
En un punto cobré el color perdido,
Del nuevo fuego del amor nacido.
Pico el caballo, á quien el duro freno
Apartarlo del miedo no podia,
Que aquí y allí por entre el bosque ameno
Huyendo me llevaba y me traia:
La fiera que me vió, en el verde seno
De un crespo pino puso á mi alegría,
Y á mí se vino, cuyo brazo fuerte
Sombra me pareció del de la muerte.
Con la facilidad que es arrancada
De tierna mata una encarnada rosa,
Que la dama con mano descuidada
En su cabeza vuelve mas hermosa,
Y della nuevamente coronada
Su descuido prosigue victoriosa,
Sin mas estorbo que bajar la mano,
Y cortar el capullo mas galano;
Así el contrecho monstruo me arrebata,
Y por fuerza me arranca de la silla,
Y entre sus manos ásperas me trata
Cual de tierno alelí rosa amarilla:
Y ni me arroja, hiere, ni maltrata,
Antes se me avasalla y se me humilla,
Dame asiento en el hombro, y su cabeza
Por engañosa y frágil fortaleza.
Creyó que bastaria aquel engaño,
Para que en su belleza divertido
Del suyo me olvidase con mi daño,
Y me dejase aquel vencer vencido:
No sé quién me libró del lazo estraño,
Ya en su falsa beldad entretenido,
Que vuelto sobre mí la daga afierro,
Para con sangre desteñir mi yerro.
Por una y otra parte intento en vano.
De dar rojo barniz al limpio acero,
Y es todo el fruto atormentar la mano,
Que el diamante es mas blando que su cuero:
Hasta el áspero vello queda sano,
Y no se altera ni huye el monstruo fiero,
Antes cuanto mas trato de su muerte
En regalos los golpes me convierte.
En la cabeza entre guedejas de oro,
Que coronadas de arrayan traia,
¡Milagro estraño! su mayor tesoro
En el engaño de una flor tenia:
Si un poco con la mano la desdoro,
Cebado en la beldad que en ella via,
Aun no bien la he tocado, y asombrada
Por tierra cae la fiera desmayada.
Vuélvese á levantar torpe y marchita,
Y en el hombro me arroja cual primero,
Vuelvo á tocarla, muere y resucita,
Mejor me trata cuanto mas la hiero:
¡Estraño combatir! ¡guerra esquisita
De un bulto así fantástico hechicero!
Por hija de la tierra la tenia,
Que al caer nuevas fuerzas le investia.
Mas despues que me dijo la esperiencia
Que era la flor la fuente de su brio,
Y que en una atrevida diligencia
El mas fértil rosal queda vacío:
Hallando de fingida resistencia,
El muro principal de su desvío,
Cierro la mano, y al furor violento,
Flor, guirnalda, y rigor deshizo el viento.

Cayó la fiera por el verde suelo
Vuelta de ágil y diestra perezosa,
Y ya descoyuntada en mortal yelo
Fria se halló en la tierra polvorosa:
Yo volviendo los ojos junto al cielo,
Vi sobre un árbol mi gallarda diosa:
«Si tal fruta, señora, dan los pinos,
Con razon son los dioses sus vecinos.»
Así le dije, y por el tronco arriba
Donde mi gloria estaba fui subiendo,
Bajo cargado de la fruta altiva,
Mis hombros carga celestial sintiendo:
No los de Atlante (si es verdad que estriba
El cielo en ellos) ni Hércules viviendo
Sustentar pudo carga mas preciosa,
Que si él cargó su cielo, yo mi diosa.
Toca con sus hermosos piés el prado,
Y valos engastando en nuevas flores,
Su pecho no del todo asegurado
Entre varios recelos y temores:
Teme á la fiera, á mí y al despoblado,
Señal que no sentia mis dolores,
Pues no hay córte mas bien acompañada
Que los desiertos con la prenda amada.
Mi caballo busqué, que temeroso
Por la selva se entró tascando el freno,
Y poniendo á las ancas mi reposo,
Sin él me fui de sobresaltos lleno
Por donde el monstruo vino, receloso
De no perderme por el bosque ameno:
Vano temor, á quien su gloria nueva,
Vencido el riesgo, con victoria lleva.
Mil regalos le dije, y mil ternuras,
Que el amor me enseñaba y mi cuidado,
Unas disimulaba por oscuras,
Y otras pasaba en risa y desenfado:
Contome sus pasadas desventuras,
Los presentes desdenes de su hado,
Quién fuese, dónde, y cómo la cogiera
El contrahecho monstruo y sierpe fiera.
Díjome que era reina del Oriente,
Princesa del Catay, por quien el mundo
Mas sangre derramó, y perdió mas gente,
Que agua y arenas tiene el mar profundo:
Que se casó en los reinos del Poniente,
Niña, con Ganimedes el segundo,
Y que por vello tiene algun recelo,
Que lo ha robado, como al otro, el cielo.
Contóme que las justas pretensiones
De hallarle la traian distraida,
Y que de unas en otras ocasiones
Cautiva y sola á Creta fue traida;
Y allí con imprudentes abusiones
Por diosa de las flores recibida,
Donde en honras y fiestas semejantes
La fiera la robó dos horas antes.
Con estos cuentos, con la luz del dia
A un tiempo nos faltó bosque y camino,
Y fuenos fuerza, por faltarnos guia,
La oscuridad pasar que allí nos vino:
Yo sin dormir, velando á mi alegria,
Y el bulto contemplando peregrino,
Y ella tambien sobre el florido suelo,
De amor el uno, el otro de recelo.
Restituyendo al mundo las colores
Que la ausencia del sol llevó robadas,
La aurora entre argentados resplandores
Sale, siguiendo Apolo sus pisadas:
Las lozanas libreas de las flores,
De varia pedrería y luz sembradas,
Brotando todo al declararse el dia,
Gusto, regalo, gozo y alegría.
Yo sin dormir, que amor me desvelaba,
Y el sueño me quitaba y el reposo,
Donde mi vida desmayada estaba
En un liviano sueño cuidadoso,
Con silencio llegué: mas no tan brava
El aspid deja el lecho perezoso,
Como las flores ella de su asiento,
Temerosa de algun atrevimiento.
Mas ya de su recelo asegurada
A proseguir volvimos el camino,
Por el rastro y la senda mal trillada
Que de la horrenda sierpe el bulto vino:
Y no mucho despues de gente armada
Un formado escuadron vimos vecino,
Que á buscar á su diosa, y mi alegría,
Por el camino que íbamos venia.
Llegan á ver la que en el vientre horrendo
Hallar creyeron de la oscura fiera,
Y no les asegura estarla viendo,
Que aun la esperiencia dudan verdadera:
Piensan que sea su sombra, que volviendo
Del cielo, aun en sus campos persevera,
Y el rey que entre sus ojos se abrasaba,
Viva la via, y muerta la lloraba.
Era Tifeo en el cretense suelo,
Aunque extranjero, rey obedecido,
A quien castigos del piadoso cielo
Traen en varias desgracias afligido:
Y entonces por templar de su hado el vuelo
Daba en seguir la escuela de Cupido,
Que es fuego el niño amor, y suele puesto
Sobre la seca leña arder mas presto.
Llevaron para ser sacrificada
A Creta en un cruel altar sangriento
La Angélica beldad, en quien trocada
Mi vida, mi alma y mi memoria siento:
Vióla Tifeo en su vejez helada,
Y encendióle su vista el pensamiento,
Que el alma siempre es moza, y con antojos
Las niñas se remozan de los ojos.
Impidió el rey cretense el sacrificio
Haciéndolo el del alma ya rendida,
Mas como ni uno ni otro fue propicio
La voluntad sobró de comedida:
Si amor no da quilates al servicio
Ninguna intencion buena es admitida,
Y sean desta verdad estampa viva
Dos reyes á los piés de una cautiva.
Libró el cretense de la muerte odiosa
Mi dulce vida, y en sus reinos hizo
Tuviese propio altar, y fuese diosa,
Que esto y mas puede un amoroso hechizo:
Hasta que aquella horrible fiera hermosa
Su ciego error é idolatría deshizo,
Trayéndola en sus uñas como cebo,
Para hacerme á mí idólatra nuevo.
Habia dos años que aquel reino triste
Sobresaltado estaba é inquieto,
Que al hado que á su gusto ordena y viste
La mortal vida todo está sujeto:
Tú, ciego amor, el instrumento fuiste,
Fiero verdugo del fatal decreto,
Que tu trato y rigor esprimentado,
A ti, por mas cruel eligió el hado.
¿Querrás saber adonde hallaron fuente
Los males que han á Creta perseguido?
¿Qué furor los crió? ¿qué rabia ardiente?
¿A qué deidad en ella se ha ofendido?
Oye el estraño caso, advierte y siente,
Suceso es raro, mas verdad ha sido,
Ni tú lo dudarás, ni yo lo dudo,
Hízolo el cielo, que hacerlo pudo.
De Alencastro, gran duque de Colonia,
Unico hijo, y único deseo,
De la española sangre y la apolonia,
Es, segun dice el mundo, el rey Tifeo:
Cuyo cristiano rito y ceremonia
De su patria llevaba al pueblo hebreo,

Cuando amor al viaje peregrino
Los pasos atajó, y cortó el camino.
Y la cretense ilustre monarquía,
Que hoy en soberbio cetro de oro enfrena
Toda por suya se la dió en un dia,
Aunque de ley cristiana y patria ajena:
De la infanta Calipso que regía
Su reino entonces vió la luz serena,
Y tanto en sus cuidados pudo el vella,
Que su patria olvidó y su Dios por ella.
Gozó su amor, y en nudo y lazo honesto
De duque de Colónia en rey de Creta
El estado mudó, y mudó con esto
En mas sabrosa ley su ley discreta;
Pues este noble rey, grave y modesto,
Y de Calipso la beldad perfeta,
Que hoy desde su gran reino al de la China.
La fama nos la vende por divina.
Una hija tuvieron que en grandeza
Y beldad diosa humana parecia,
Dúlcia llamada, cuya gentileza
Cuentan que á las mas grandes escedia:
De un año era la niña, y en belleza
Con todas las tres gracias competia,
Cuando su madre quiso hacer propicios
Los dioses con devotos sacrificios.
Un real jardin en el palacio habia,
De un bosque espeso antiguo coronado,
Que de regalo y muro le servia,
A los caseros dioses dedicado:
Era cierto rumor que en él vivia
De las ninfas el coro consagrado,
Adonde en vivas plantas escondidas,
Estrechas gozan y delgadas vidas.
En medio del jardin al cielo abierto
Un inviolable y sacro altar estaba,
Que lo alto de un espeso laurel yerto
Con su confusa sombra le amparaba:
De los Penates aposento cierto,
Donde ordinario incienso humeaba,
Aquí la reina con horrible espanto
El altar vió tèmblar y el laurel santo.
O fuese de los signos causa oculta,
O del hado justísimo decreto,
O en la divina celestial consulta
Tuviese lo interior algun defeto;
Nuevo prodigio del temblar resulta
Que el sacrificio se quedó imperfeto;
Los muertos animales consultados
Sucesos dieron sin pensar turbados.
De rosas y jazmines coronada
El huerto tiene una preciosa fuente
Del tiempo sin artifice labrada,
Que al bosque fertiliza su corriente:
La fiesta no del todo celebrada,
Con el fuego el altar resplandeciente,
Calipso con mil flores en la falda,
Aqui llegó á tejer una guirnalda.
Y una ama honesta que á la infanta hermosa
En el pecho abrigada entretenia,
Y con templada leche sustanciosa
Su dulce y tierna carga mantenia;
Junto al estanque una encarnada rosa
Gravinia, que así el ama se decia,
A la niña cortó, y el dulce oficio
De sus desgracias fue el primer indicio.
Cuento notorio, fue sabido en Creta:
La primer rosa apenas fue cortada,
Y en rojas gotas dió y sangre perfeta
La tierra en torno el ramo salpicada:
Tembló Gravinia, y la deidad secreta
Adora que en la planta está encerrada,
Cuando al vecino bosque fue corriendo
Nuevo temblor y movimiento horrendo.
Temerosa Gravinia atrás volviera
Los prodigios huyendo pavorosos,
Si en el sangriento prado no se asiera
Arraigándose en él sus piés hermosos:
Procura con dolor sacarlos fuera,
Y ellos vueltos en lazos revoltosos,
Desnudos ya de su primer figura,
Corriendo se entran por la tierra oscura.
Entre una bruta y áspera corteza
Escondiendo se fue el semblante airoso,
Y su antigua hermosura y gentileza
Del duro tronco huyó en bulto espantoso:
Las manos da furiosa á la cabeza
Contra el tesoro del cabello hermoso,
Y de otro ser vestidos ella y ellos,
Verdes hojas arranca por cabellos.
La tierna niña endurecer se siente
El blando pecho que colgada estaba,
Y falto de substancia, la caliente
Leche ya poco á poco le faltaba,
Del duro tronco la áspera creciente
Hasta el delgado estómago ocupaba:
Gravinia, allí la reina te ayudara,
Si con las fuerzas que perdió se hallara.
Lo que pudo guardó, y á toda priesa
Cogió del árbol la primer manzana,
Y huyendo el nuevo asombro, á la princesa
Pecho le dió, y posada mas humana:
Corrió el cretense pueblo á ver la empresa
De la violenta furia soberana,
Glauro ya sin mujer presente estaba,
Y los calientes ramos abrazaba.
Toda dentro del árbol se escondia
La arraigada beldad, cuya belleza
En ásperas crecientes deshacia
Por el tronco la rústica corteza:
Ya de los labios el coral se huia,
Tiemblan los hombros, sienten la dureza,
Caen por las hojas lágrimas, y en ellas
Mil perlas son entre esmeraldas bellas.
En tanto que la voz halló camino,
Y el nuevo ser no entró por la garganta,
Así dicen que dijo tu destino,
Hermosa niña, aquella nueva planta;
Que el órden celestial, brazo divino,
Es quien las cosas de su ser levanta:
«Si alguna fe se da á los desdichados,
Oye, Dúlcia, tu suerte, oye tus hados.
Por las deidades soberanas juro,
Que almas son ya destas calladas plantas,
Que estoy sin culpa del castigo duro
Con que ora, ¡oh hado adverso! aquí me plantas:
Y si es falso mi ánimo ó perjuro,
La aguda hacha arroje al fuego cuantas
Ramas me diere el tiempo, y sin frescura
Mis troncos caian por la tierra dura.
Y á ti tambien sin culpa, desdichada,
Corta suerte tu estrella te ha ofrecido,
Tierna niña, tu vida está engastada
En aquel tronco en fuego consumido:
Creta con él vendrá á ser abrasada,
Así en el cielo queda establecido,
Mientras puedo sentir su tierno brazo,
Consentid que me dé el último abrazo.
Y si piedad en vuestros pechos queda,
De estos mis nuevos ramos la frescura,
Del agudo cuchillo haced que pueda
Vivir sin daño de los dos segura:
Y á la raiz que este jardin enreda
El fresco humor le dé inmortal verdura,
Sin que jamás rigor de brazo airado
Mi cuerpo deje y tronco deshojado.
Ya la voz, ya la vista se me acaba,
Siento en los ramos irme dividiendo,
Y frio el calor que espíritu me daba
Entre el macizo tronco consumiendo:»

Dijo, y el bello rostro que quedaba
Se fue, viéndolo todos, deshaciendo,
Helóse la garganta delicada,
La palabra quedó en la lengua helada.
Dejó el ser y la habla todo junto
Gravinia en árbol nuevo convertida,
Y al mas brioso de temor difunto,
La color, el aliento y voz perdida:
La reina al rojo altar sin perder punto
A guarecer en el tizon la vida
De su hadada y tierna infanta pasa,
Donde ya ardiendo estaba vuelto en brasa.
Del fuego le sacó, y en agua muerto
Cobraste, oh Dúlcia, nueva hermosura,
Y en un lugar seguro y encubierto
Tu vida con su muerte se asegura:
Divino ramo, pero estraño enjerto,
Poner en seco tronco la ventura,
De humor y no de lágrimas enjuto,
Señal que ni promete flor ni fruto.
Creció la infanta, y su tizon hadado
En oro incorruptible se guardaba,
A su cruel madre fue en custodia dado,
Y no á quien mas su guarda le importaba:
A tí se habia de dar, Dúlcia, tu hado,
Pues á tí sola el bien ó el mal tocaba,
Si nadie quiere ser de sí homicida,
¿Quién guardará mejor que tú tu vida?
Calipso otra parió tras esta diosa,
Como tras de la aurora nace el dia,
Segunda en tiempo, pero en ser hermosa
A todas competencias excedia:
Otra Diana, ó Venus amorosa,
Dúlcia ausente, Crisalba parecia,
Si la beldad segunda no naciera,
Dúlcia fuera en su mundo la primera.
Esto digo, señor, por relaciones
De los que oí contar el caso en Creta,
Sin disminuir ni acrecentar razones,
Ni á las suyas buscar causa secreta:
Mas no porque en humanas perfecciones
Piense que alguna iguale en ser perfeta,
Ni juntas todas á la real princesa,
Que amor me puso en la memoria impresa.
Fue Crisalba de todos preferida
Por suerte, condicion, gracia y cordura,
Del reino y de sus padres escogida,
Que mas que esto se da con la ventura:
Dúlcia graciosa, y nada desabrida,
Y en belleza un milagro de hermosura,
Faltóle dicha, y fueron en su pecho
Los tesoros del tiempo sin provecho.
Iguales sin igual, la soberana
Suerte cayó en Crisalba mas cumplida,
Siguió Dúlcia la alegre caza ufana;
Cuyo ejercicio le quitó la vida:
Ceñida al talle y rito de Diana,
La púrpura igualmente recogida,
Y descubierto aquello que podia
Fuego ardiente volver la nieve fria.
De la rodilla abajo descubierto,
Cual clavel sobre nieve deshojado,
El pecho de alabastro y grana abierto,
Y el un brazo y el otro arremangado:
El dorado cabello sin concierto,
Como al descuido con un nudo atado,
Un arco corvo y una aguda flecha,
Este en la izquierda, y esta en la derecha.
Colgada de los hombros rica aljaba,
Donde sonando van las flechas de oro,
Hasta la turbia envidia enamoraba.
Que de lejos contempla su tesoro:
Así la córte en general la alaba,
Y así el palacio real por tu decoro
Un divino pincel le dió en un rato,
Desta muerta beldad vivo un retrato.
Allí en el ademan se ve pintada
Que al presto corzo ó javalí seguia,
En tan viva destreza, que engañada
La vista deja llena de alegría:
Cabe ella un alta haya coronada
Con despojos de varia montería,
De osos las presas, de leon los niervos,
Y cuernos duros de ligeros ciervos.
De allí aprendí á decirte la manera
Con que siguió esta Infanta su ejercicio,
Dichosa ocupacion, si su hado fuera
Tanto como el amor le fue propicio:
Mas cuando el bien decir se queda fuera,
No hay suerte sin azar, beldad sin vicio,
Que subir sin ventura en esta vida,
No es mas que andar trazando la caida.
Cuentan que el dios Mercurio por el viento
A negocios del cielo abria camino,
Cuando la bella infanta en firme aliento
Un leon flechaba sobre un pardo encino:
Siente trocado su primer intento,
Vuelto amante mortal de hombre divino,
Tuerce la via derecha, deja el cielo,
Y ofrece todo su cuidado al suelo.
Y no se esconde á la mortal Diana,
Tan confiado va en su gentileza,
Que sabe cierto que á la vista humana
Dulce y tierna prision es la belleza:
Y bien que su hermosura es soberana,
El cuidado le da mayor fineza,
Que para la beldad es el cuidado,
Lo que la fuente para el verde prado.
El cabello compone, ajusta el manto,
Las alas y el dorado caduceo,
Que tanto alumbran y relumbran tanto,
Que Apolo queda en su presencia feo:
Causó á la vírgen su belleza espanto;
Y el dios cumplió con ella su deseo,
Si antes le era la caza deleitosa,
Ya le es muerte dejar la selva umbrosa.
No escondieron los montes su delito
Por mas que acrecentó á la caza el uso,
Siendo el crecido talle el sobrescrito
De lo que allí encubierto el tiempo puso:
El mustio rostro en su color marchito
El de su incauta madre trae confuso,
Siente arrogante con dolor la afrenta
Y mas del vulgo siente que la sienta.
Y como la honra en nobles corazones
A toda otra importancia es preferida,
Y el sentir que anda puesta en opiniones,
Peor que muerte en una honrada vida,
Calipso abreviar quiso sus pasiones,
Beber la muerte en sola una bebida,
Y «muera, dijo, quien su honor deshonra,
Pues es muerte civil vida sin honra.»
Saca el ramo fatal de oro vestido,
Que era de su valor la mayor seña,
Y del engaste ya desguarnecido
Entre fragil le pone y seca leña:
Y al enemigo fuego lo ha ofrecido,
Que otra venganza tiene por pequeña,
Tres veces encenderlo intenta, y luego
Otras tantas lo hurta al mortal fuego.
Ya lo saca una vez, y otra lo arroja,
Ya el fuego apaga, ya lo resucita,
Con lágrimas el seco tizon moja,
Ya en la brasa lo pone y ya lo quita:
La honra y el amor en una hoja
La muerte tienen y la vida escrita,
Si lo que el uno quiere, el otro niega,
¿Quién podrá componer lucha tan ciega?
Ya el miedo del delito que intentaba
El rostro mancha de color de cera,

Ya el encendido enojo le alteraba,
Y le robaba la color primera:
Ya en cruel muerte á su hija amenazaba,
Ya se mostraba madre verdadera,
Cual inconstante nao en mar airada,
De un viento y otro aquí y allí llevada.
 Muere el amor porque la honra viva,
Sale la injusta muerte victoriosa;
Bárbaro pecho, cruel, de madre esquiva,
Si tanto estimas una fama honrosa,
Mira, arrogante furia vengativa,
Que no es honra matar así una diosa,
Ni la hace menor, sino mas ancha,
Quemar el paño por sacar la mancha.
 En la mano el fatal tronco tenia,
En su cruel intento ya quemado:
«Si de este el fuego ha de nacer, decia,
Que el triste reino dejará abrasado,
Perezca aquí tu vida con la mia,
Antes que el daño llegue á ser doblado
Que los raros principios portentosos
No prometieron fines mas dichosos.
 Es mas que el vidrio la honra delicada
Al limpio adorno de una real doncella,
De huirse fácil, de guardar pesada,
Muerte el seguilla, y muerte el no tenella:
Con mentira y verdad queda manchada:
La obra imprime y la palabra en ella,
Y aunque la mancha en la verdad se lava,
La señal queda, que jamás se acaba.
 ¿Pues yo qué aguardo si en el vulgo siento
La tuya, incauta Dúlcia, andar perdida
De lengua en lengua por el mudo viento,
A quien tú has dado lengua tan cumplida?
Si es menos que tu culpa este tormento,
Todas deudas se pagan con la vida,
Si joya en ti de mas valor hallara,
En esa el yerro de tu honor vengara,
 Que el vulgo pregonero de maldades
En veneno convierte cuanto toca,
Ni mira ni perdona calidades,
Ni que la culpa sea mucha ó poca:
Mas juntando mentiras con verdades
La infamia crece, y el honor apoca,
Y para dar al blanco adonde tira,
La verdad hace igual con la mentira.
 Fenezca, pues, tu vida y mi contento,
Aunque eres digna de mayor castigo.
¿Dónde me lleva este furor violento?
Mas que el amor es el honor mi amigo:
¿Soy madre, ó soy verdugo, ó instrumento
De alguna furia que sus pasos sigo?
¿Qué es del materno amor, y el pecho tierno,
Que un dia tu cielo fue, y es hoy tu infierno?
 ¿Tan presto un solo enojo me ha robado
Mil penas y dolores que me cuestas?
¿De dulce madre el nombre regalado
De tan liviano peso es en mis cuestas?
Vive, que si el amor es del culpado,
No han de pagar tus lágrimas sus fiestas:
Mi hija fue á decir, mi Dúlcia dijo,
Y aun deste mi amoroso se desdijo.
 ¿Qué digo? ¿estoy en mí? ¿estoy trocada?
¿Creta será á una adúltera ofrecida?
¡O si fuera tu vida desdichada
En la primera brasa consumida!
Estuviera tu muerte ya olvidada,
Sin señal en mi pecho la herida,
Atajada tu culpa, y mi pecado,
Y el presente dolor fuera pasado.
 Recibe el justo precio á sus hazañas,
Y el castigo menor, que lo mereces,
Y abrase este cruel fuego mis entrañas,
Pues que naciste allí, y aquí feneces:
Dos vidas que me debes tan estrañas
Quiero cobrar de tí, no de dos veces,
Con una muerte quedaré contenta,
Pagada de dos vidas, y una afrenta.
 La primera te dí, cuando en mi pecho
El ser que ahora tienes recibiste,
Y la segunda que este daño ha hecho,
Cuando librada en este ramo fuiste:
Todo queda en tu muerte satisfecho,
Muere, que al fin para morir naciste,
Y no irás sola, que este mismo fuego
Tras tí me llevará á buscarte luego.
 Dijo, y temblando el brazo desmayado,
El rostro vuelto, que su error no viese,
El funesto tizon al fuego ha dado,
Que un gemido mortal se oyó que diese:
De la invencible llama rodeado,
Como por todas partes se encendiese,
Dúlcia ignorante, y de su mal ausente,
Con un nuevo calor arder se siente.
 Las entrañas el fuego le consume
Sin causa, y de repente procedido,
Y aunque con su valor y brio presume
Vencerlo, queda su valor vencido:
Ya la enemiga parca se resume
En dejar el estambre dividido,
Cae en el triste lecho desmayada,
Cual tierna fruta sin sazon cortada.
 Crisalba entre sus brazos soberanos
El desmayado cuerpo sostenia,
Apriétale las suyas con sus manos,
Como quien darle su salud queria:
No juzga sus dolores por livianos,
Mas tampoco creyó que se moria,
Dúlcia perdida la color de rosa,
Asi le habla y tiembla temerosa:
 «Llamarme con delgadas voces siento
Del seno obscuro de la tierra helada,
Tristes sombras cruzar veo por el viento,
Y que me llaman todas de pasada:
Fáltanme ya las fuerzas y el aliento,
Cielos, ¿á cual deidad tengo agraviada,
Que en medio de mi dulce primavera
Con tan nuevo rigor quiere que muera?
 Siento, hermana, el dejarte, y no la muerte,
¿qué mayor muerte quieres que dejarte?
Si me era paraiso y gloria el verte,
¿Qué gozaré dejando de gozarte?
Si el morir siento menos que perderte,
No es por que quedas, mas por no llevarte
Donde me llaman: ¡ay Crisalba mia,
Que es temeroso trance esta agonía!
 Sola á ti he dado cuenta de mi vida,
Sola á ti he descubierto mis amores,
Como á la secretaria mas querida,
Que el cielo pudo darme en sus favores:
Si eres desta alma la mitad partida,
Si te obliga el amor á mis dolores,
Esto, ¡oh mi amada prenda! solo pido
Por alivio del paso á que he venido;
 Que si acaso aquel dios, cuya memoria
Siempre en mi alma vivirá guardada,
Llegaré aquí, despues que la victoria
Mia esté por la muerte declarada,
Le cuentes con dolor mi amarga historia,
Y por fin de la muerte desdichada
Dirásle, hermana, que á este paso fuerte,
Mas me mató su ausencia que mi muerte.
 Que si con estos ojos ver pudiera
Su beldad cual está en mi fantasía,
Pequeño brazo el de la muerte fuera
Para dejarme sin la vida mia:
Y si por ser mortal al fin muriera,
Muriera no tan falta de alegria,
Sirviéndome su boca de aposento
A este mi último espiritu y aliento.

Y si es de veras dios, y no ha fingido
El encendido amor que me ha mostrado,
Hiciera al fin con su valor cumplido
Este paso y dolor menos pesado:
Siento la muerte, porque no he vivido,
Y en edad peligrosa me ha hallado,
Cuando al mundo mi vida parecia
Alegre flor al despertar del dia.
Siento que esta semilla soberana,
Que ahora viva en mis entrañas siento,
Antes de ver la luz muerte temprana
Compre á cuenta de darle yo el sustento;
Y que la parca cruel en la hebra vana
Antes de urdirla dé el golpe violento,
Y en el breve morir solo le cuadre
Ser hija y heredera de tal madre.
Siento que ya la vida se me acaba,
Y que el alma comienza á desasirse,
Y el fresco aliento que vigor me daba
Dentro del pecho en fuego convertirse.
Así la bella Dúlcia se acababa,
Cual se ve tierna antorcha consumirse,
Y Crisalba mas muerta que su hermana,
Así le aplica una esperanza vana.
«Vive, mi Dúlcia, de temor segura,
Que no será tu mal tan poderoso,
Aunque se junte á él mi desventura,
Que de tal vida salga victorioso:
No se desdore así tu hermosura,
Que el carmesí de ese clavel hermoso
No le verá la muerte, aunque atrevida,
Por no cobrar en verlo nueva vida.
Si el cielo me da un nudo como puede,
Yo ligaré tu alma con la mia,
Y haré que entre las dos así se enrede,
Que sigan ambas una misma via:
Ni la mia vaya ni la tuya quede
Ausente de su dulce compañía,
Antes iguales en ventura y suerte
Pasen por una vida, y una muerte.
Gozarnos hemos tiempo sin medida,
No estés de lo contrario recelosa,
Y allá la muerte tras la edad cumplida,
En su lugar será pieza forzosa:
Vendrá menos aceda y desabrida,
Que al fin es la vejez carga penosa,
Y en un mismo sepulcro venturoso
Un lecho gozaremos, y un reposo.»
Así Crisalba á Dúlcia consolaba,
Y así Dúlcia se estaba consumiendo,
Y aquella poca vida que faltaba
Por el aire sutil se fue huyendo:
Huyó el aliento que el vivir le daba,
Como marchita y débil flor cayendo,
La brasa consumida y acabada,
Entre blanca ceniza amortiguada.
Si cien lenguas distintas y acordadas
El cielo á esta sazon me concediera,
Y en ellas las palabras mas limadas
Que hay en la clara discrecion pusiera,
Fueran de aliento corto y limitadas,
Si encarecer con ellas pretendiera
El dolor, sentimiento, angustia y llanto
Que en Crisalba causó el mortal espanto.
¡Oh humana suerte de inconstancias llena,
Con quien ni vale gracia ni hermosura,
Ni el cetro real que un mundo y otro enfrena,
En su misma grandeza se asegura!
¡No hay tiempo claro, ni alma tan serena,
A quien no siga invierno y noche obscura,
Ni alegre sangre en juveniles años
Libre de riesgo y máquinas de engaños!
¡Ahora el cabello enlace y la garganta
Con las perlas del mar que Arabia cria,
Y en púrpura de Tiro asiente cuanta
Riqueza el monte Imabo á Persia envia!
¡Ahora de la beldad que al mundo espanta
Las flores goce, y donde muere el dia
Suene su voz, y corra desde Oriente
Libre de lengua en lengua, y gente en gente!
¡Todo ello es sombra, fábula y engaño,
Despiertos sueños de la humana vida,
Que corre y vuela de uno en otro daño
Hasta donde la muerte está escondida,
Cortando á todos de vestir de un paño,
Sin hacer diferencia en la medida,
Que son el pobre, el rico, el flaco, y fuerte,
Iguales á las puertas de la muerte!
¡No del Tigris las ondas espumosas,
Que en furiosos raudales van pasando,
Ni de Venus las aves amorosas
En sesgo vuelo por el aire blando,
En curso igualan las humanas cosas,
Que los tiempos tras sí llevan volando,
La pena sola, y el dolor mas breve,
Parece á donde está que no se mueve!»
Así iba el rey de Persia lamentando
Su larga historia, corta de ventura,
Al tiempo que tambien el conde Orlando
Del valle de Pomier por la espesura,
A Garilo y los suyos declarando
La artificiosa enigma antes obscura,
Con el discurso deste dulce cuento
La verdad confirmó de su argumento.
«Todas las cosas que en el mundo vemos,
Cuantas se alegran con la luz del dia,
Aunque de sus lenguajes carecemos,
Su habla tienen, trato, y compañía:
Si sus conversaciones no entendemos,
Ni sus voces se sienten cual la mia,
Es por tener los hombres impedidos
A coloquios tan graves los oidos.
¿Quién publica á las próbidas ovejas
Sus sabios aranceles y ordenanzas?
Y ¿á quién el ruiseñor envia sus quejas
Si siente al cazador las asechanzas?
¿Quién á las grullas dice, y las cornejas,
De los tiempos del mundo las mudanzas?
Y al prado que florece mas temprano,
¿Quién le avisa que viene ya el verano?
¿Quién sino estos lenguajes, que escondidos
No de todas orejas son hallados,
Mas de sus sordas voces los ruidos
Los raros hombres á quien dan cuidados:
Tan absortos los traen, tan divertidos,
Y en tan nuevas historias ocupados,
Que es fuerza en esto confundirse todos
En varios casos por diversos modos.
Creese que del ruido que las cosas
Unas con otras hacen murmurando,
De su armonía y voces deleitosas
Las suspensiones dan de cuando en cuando;
Que en su canto y palabras poderosas
Así el seso se va desengazando,
Que el de mas grave precio se alborota,
Y el saber de mayor caudal se agota.
Desto á veces se engendra la locura,
Y las respuestas sin concierto dadas,
Sin traza al parecer, sin coyuntura,
Ni ver cómo ni á quién encaminadas:
Los árboles, los campos, su frescura,
Las fuentes, y las cuevas mas calladas
A quien llega á sentir por este modo,
Todo le habla, y él responde á todo.
Y el no entender ni oir este lenguaje
Con que el mundo se trata y comunica,
Y á su Criador en feudo y vasallaje
Eternos cantos de loor publica:
La ocasion cuentan que es cierto brebaje,
Que el engaño en naciendo nos aplica,



De groseras raices de la tierra,
Que el seso embota, y el sentido cierra.
  Mas aquel que por suerte venturosa,
Y favorable rayo de su estrella,
La voz desta armonía milagrosa
Libre de imperfeccion llega á entendella;
Al cuerpo la halla y alma tan sabrosa,
Que á todas horas ocupado en ella
A solo su feliz deleite vive,
Y de otra cosa en nada le recibe.
  No es invencion ni fábula compuesta,
Que ya por mí este caso ha sucedido,
Llegando sin pensar á una floresta,
Junto á una cueva en un lugar florido:
Al pié de un roble por pasar la siesta
Al son del agua me quedé dormido,
Y una serpiente en tanto que dormia
Los oidos y el rostro me lamia.
  Desligóme el sentido de manera,
Que cuando desperté quedé admirado,
Porque en formado tono, y voz entera,
Hablar oí las flores del collado;
Y un árbol por historia verdadera
Me contó, que en la cueva de aquel prado
Medoro hizo á Angélica la bella
Seis dias antes dueña de doncella.
  Sobresaltéme, y escuchando atento
El bosque sospeché que era encantado,
Y por albricias del amargo cuento
Furioso todo lo dejé asolado:
Partíme con un nuevo descontento,
Oyendo hablar las selvas, el ganado,
Los árboles, los rios, y las fuentes,
Las piedras, los collados, y las gentes.
  Esta fue la ocasion que ya algun dia
De mí el mundo creyó que loco estaba,
Porque aunque preguntaba y respondia,
Ni el porqué vian ni con quién hablaba;
Hasta que Astolfo por la estraña via
De un licor peregrino que él usaba,
Me cerró como de antes los oidos,
Y volvió á su concierto los sentidos.
  Pues en el tiempo que escuchando anduve
Encubiertas historias no entendidas,
Increibles son las fábulas que tuve,
Sin querer aprenderlas, aprendidas:
Y entre otros cierto dia me detuve
En oir de unas tragedias nunca oidas,
Lo que ahora quiero que por prueba quede
De lo que vale la ventura y puede.

Y no se entienda que es cuento inventado
De mi persona y gravedad indino,
Que aunque de humilde cuerpo, va fundado
En caudal y discurso peregrino:
No está todo el valor en lo abultado,
Menudo es el aljófar, y si es fino
No pierde por menudo en buen consejo
Lo que por limpio gana, y por parejo.
Junto á los arruinados paredones
De la antigua Cartago llegué un dia,
Y cansado de oir lamentaciones
Que cada piedra contra el tiempo hacia
Juzgando por las mias sus pasiones
A la sombra de un álamo, que abria
Pomposa rueda con sus ramos huecos,
De un ruiseñor me puse á oir los ecos.
Venia su nueva libertad cantando
Que de una jaula de oro al libre cielo
Burlada la prision, el aire blando
En ligero cortó, y delgado vuelo:
Y las vecinas selvas convidando
De su arpado canto el gran señuelo,
Asi cercado de aves, y de espanto,
Oyendo todas prosiguió su canto.
«¡Oh dulce libertad! dichosa prenda,
A ningun bien humano comparada,
Sin quien del mundo la dorada rienda
Es por mas bien que dé carga pesada:
Ni alcázar de oro, ni bordada tienda,
Jardines, ni comida regalada,
Música, cantos, aparatos, galas,
Ricas bajillas, y entoldadas salas:
Ni los demás deleites que al sentido
El real cetro y su lisonja ofrece,
Todo sin libertad es bien fingido,
Falsa alquimia sin ley, que oro parece:
Ya en rica jaula, y en jardin florido,
A quien lo mejor de África obedece,
Vi yo mi albergue hecho, y mi arpada
Lengua de graves reyes escuchada.
Defendido de archeros, que por horas
La guarda hacen de mi altiva casa,
De sabroso manjar, y aves cantoras,
La mesa puesta, y los saraos sin tasa:
Estanques de cristal, fuentes sonoras,
Y lo que á todo junto escede y pasa,
Perdido el riesgo, el miedo, y la sospecha
De sutil red, y de invisible flecha.
Mas todo junto, ¡oh libertad preciosa!
Contigo ni se iguala, ni te llega,
Por tu riesgo troqué mi paz sabrosa,
Y el real jardin por esta estéril vega:
Sola entre sus deleites una cosa
A mi gusto tu nuevo estado niega,
Que es privarme de ver la llena luna
De aquel soberbio mónstruo de fortuna.
Yo digo del feliz Rustaquio, hijo
Del bárbaro Abdelmon, humilde ollero,
Que hoy en su afortunada estrella fijo
De la ancha Libia vuela el cetro entero:
Solo deste en mi libre regocijo
Me falta el bien de ser su prisionero,
Que de un hombre dichoso, aun las cadenas
De bienes suelen ser y gustos llenas.
Cuando en el trato humano considero
La altiva magestad, la real grandeza
Con que un hombre avasalla un mundo entero,
Y se hace dél á su pesar cabeza:
La ciencia de un filósofo, el severo
Rostro de un senador, la fortaleza
De un soldado, el nivel de un arquitecto,
Y el compás de un artífice perfecto:
La luz del sol, del mundo la alegría,
Las perlas de la mar, los granos de oro
Que en sus entrañas para el hombre cria,
Fuentes de gusto, venas de tesoro,
Mármoles, jaspes, bronces, pedrería,
Que por curiosidad, pompa y decoro,
Da á sus teatros y ciudades bellas,
Y el suntuoso primor dellos y dellas:
La religion, el trato, las maneras
De fiestas y comidas regaladas,
Prados, jardines, cazas, montes, fieras,
Músicas, y pinturas delicadas,
La luz, el aire, el cielo, sus esferas,
Para el servicio humano fabricadas,
Las flores, frutas, fuentes, mares, rios,
Sus bosques, selvas, y árboles sombrios:
Y otros varios deleites de que goza
El hombre en esta vida á su contento,
Cuando la juvenil sangre retoza,
O se madura ya el entendimiento:
La salud, el linaje, la edad moza,
Que es del placer el verdadero asiento,
Y el gusto del saber, que de la cepa
Humana no hay sabor que tanto sepa.
Cuando todo esto considero, y miro
Criado el hombre, y hecho á su regalo,
Lo juzgo por feliz, y no me admiro
Que perder tanto bien tenga por malo:
Que tire del vivir, que es dulce tiro,
Y sin precio un brevisimo intervalo
De vida, en que gozar de la presente,
Que el cuerpo muerto al fin ni ve ni siente.
Mas cuando vuelvo á ver la humana suerte
Sujeta al tiempo, y á miseria tanta,
Y cual frágil cañuela es el mas fuerte
Cedro que el monte Líbano levanta:
Cuando vecino al polvo y á la muerte
Está el dosel que mas se le adelanta,
Los miedos, sobresaltos, sinsabores,
Vejez, enfermedades, y dolores.
Y sobre todo el curso irreparable
Con que en los breves dias se consume
El bien mayor, el gusto mas durable
Del que en su estado y fuerzas mas presume,
Hallo al hombre tan pobre, tan instable,
Que toda su grandeza se resume
En ciega vanidad, locos vaivenes
De propios males, y de inciertos bienes.
Todo es sombra, y no mas: mas donde en todo
Es digna de llamar la humana suerte,
Es á ver cuan á tiento, y de qué modo
Anda el hombre en la vida, y en la muerte:
Aquí le dan la mano, allí del codo,
Aquí le hacen errar, allí que acierte,
¡Oh laberinto humano! ¡cuán á ciegas
Los gustos das, ó los contentos niegas!
De la jurisdiccion de la fortuna
Estos turbios celajes forjó el hado,
Sin que haya vista tan de lince alguna
Que el fondo alcance á ver de su nublado:
Sola ella en dispensar su antojo es una,
Y Rustaquio Abdelmon su mas privado,
En cuyo bien jamás supo estar queda,
Hasta darle la cumbre de su rueda.
Por todas las edades que en el mundo
Mi estrecha alma gozó vital aliento,
De fortuna favor tan sin segundo
Mi vista vió, ni en su memoria siento:
Y la larga esperiencia en que me fundo
No es de un año ni dos, de diez, ni ciento,
Millares de años son, y años perfetos
Los que el mundo he cursado, y sus secretos.
Dejo ahora el contar como criadas
Las almas ya, por áspero castigo
De sus primeras culpas, son ligadas
En frágil nudo al cuerpo su enemigo:
Y como de uno en otro barajadas
Siempre mudando van casa y abrigo,

Y en nueva forma y vida diferente
Eternas vueltas dan eternamente.
Hoy suelen habitar un cuerpo humano,
Y mañana hallarse en el de un bruto,
Yo fui primero un capitan troyano,
Despues Armodio un noble disoluto:
Una vez fui gigante, otra fui enano,
Otra Lisander un mordaz astuto,
Y dentro de Pitágoras el mudo
Al mundo hice un filósofo sañudo.
Despues fui rey, despues un elefante,
Tras esto la ramera Aspasia, y luego
Atenodoro, un fiel representante,
Y Epídices, cobarde orador griego:
Fui Terpandro, gran músico y danzante,
Que á la arpa añadió una cuerda, y ciego
Olvidé los primores que sabia,
Camello fui otra vez, gallo otro dia.
Médico de opinion, y mal poeta,
En Periandro nací, y el seso lleno
De quimeras seguí tras la imperfeta
Senda sin encontrar un verso bueno:
Fui Epicuro gloton, fui la indiscreta
Filomena, fui el asno de Sileno,
Fui Focion hablador de dichos vanos,
Y fui Ademédes, jugador de manos.
Fui Eráclito el risueño, fui el mendigo
Parresias, fui Diomédes el tirano,
Y entre estos varios mundos al abrigo
De un árbol de oro fui pavon lozano:
Puesto de la fortuna por testigo
A los ciegos discursos de su mano,
Donde de un barajado mundo á tiento
Los disgustos reparte, y el contento.
En medio lo poblado de la tierra
Un altísimo monte se levanta,
Que un yerto cerro y escabrosa sierra
Hasta las cumbres es desde su planta:
Su altura aquí en pomposos ramos cierra
De un árbol celestial la insigne planta,
De esmeraldas sus hojas, de oro el tronco,
Lustroso de una parte, y de otra bronco.
Lleva por fruta y flor honras y afrentas,
Una y otra fortuna indiferente,
Y ella en sus ramos puesta con violentas
Manos la coge y da confusamente:
Al pié del árbol van olas hambrientas
Sin tiento de confusa y ciega gente,
Que por los riscos sin cesar trepando,
Unos cayendo van, y otros volando.
En piñas de oro cae la fruta altiva,
Y coge cada cual la mas galana,
Y si bien todas de oro caen de arriba,
Una podrida sale, y otra vana:
Unas llenas de muerte, otras de esquiva
Afrenta y otras de honra soberana,
Este lisonjas halla, el otro honores,
Y á otro un áspid le pica entre las flores.
De gusto aquel, y de tesoros llena
Su piña coge, y al cerrar la mano
En lugar del contento halla pena;
Y las riquezas vueltas aire vano:
Por uno al fin que acierta con la buena,
La suerte yerran mil, ¡oh engaño humano!
Que la fortuna puesta sobre todos
De un error rie los diversos modos.
Yo aquí imitando su pomposa rueda,
En la que de mis plumas componia,
Lozano pavon vuelto á la vereda,
Del curso humano fui gran tiempo espía:
Y aunque vi allí grandezas de que pueda
Hacer alarde aquí la lengua mia,
Ni en esta edad hallé ni en otra alguna,
Como la de Abdelmon igual fortuna.
Muchos hay que de humildes fundamentos
Se alzaron á supremas dignidades
Príncipes hubo, cuyos nacimientos
Apenas los conocen las edades:
Pero fueron al fin sus crecimientos
Hijos de sus altivas voluntades,
Saliéndole á ayudar en el camino
Por esta ó la otra parte á su destino.
Mas Rustaquio Abdelmon que hoy rige al mundo
Todo es parto feliz de la fortuna,
Ella el paso primero, ella el segundo
Dió, y los demás en su creciente luna:
Ni él la solicitó, ni su fecundo
Reino le debe diligencia alguna,
Que cuanta magestad goza en su altura,
Todo es hinchado golpe de ventura.»
Esto cantaba el ruiseñor al vuelo,
De las aves que oyéndole se espantan,
Que con arpadas lenguas siempre al cielo
Misterios á este semejantes cantan:
Y no sin causa, que en el mauro suelo
Así en las cosas de Abdelmon discantan,
Que de cuantos adoran en la luna
Por monstruo le confiesan de fortuna.
Rústico hijo de un humilde ollero,
En Africa le halló su estrella un dia,
Que formar el dibujo verdadero
De un hombre venturoso pretendia:
Fue de su dicha el escalon primero
Un real carbunco, en quien el sol hacia
Nuevo retrato suyo, y entre peñas
El á los ojos con vislumbres señas.
Huyendo una enroscada sierpe, que arde
En sus escamas de oro el campo raso,
Que el triplicado silbo al pié cobarde
A tiempo le hizo huir medroso el paso,
Donde la rica piedra haciendo alarde,
Esta de su beldad tropezó á caso,
Y al caer sin tiento en el estéril llano,
Fortuna misma se la dió en la mano.
Y él sin hacer de su valor estima
Tibia la lleva y desganadamente,
Cuando á Vanicio vió que era la prima
En presuncion de su aldeana gente:
Vióle la piedra, y vió como no estima
Su resplandor el bárbaro insipiente,
Que en ignorantes manos la mas fina
Perla se vuelve humilde cornerina.
Y él conociendo el sin igual tesoro
Que en su estrecha materia se incluia,
En cuya estimacion es pobre el oro,
Y humilde la mas noble pedrería;
Guardándole á su dicha aquel decoro
Que á tan nuevo favor se le debia,
De todo su caudal se necesita
Por comprar la preciosa margarita.
Compróla, y dió por ella su pobreza,
Y con ella quedó próspero y rico,
No sabe en qué emplear tanta riqueza;
Que el mundo todo á su grandeza es chico:
Ya del sayal le enfada la bajeza,
En brocado trocar quiere el pellico,
Sobre su estéril paja está acostado,
Y allí se sueña en tálamo dorado.
Despierta, y confiado en su tesoro
De pajes se rodea y de criados,
Ricas bajillas, reposteros de oro
Del pincel de su antojo fabricados:
«El dia, dice, y la ventura adoro,
Que tales siglos me tenian guardados
Para ser en la tierra sin segundo,
Pues nací pobre, y mando ahora el mundo.
Bien en este carbunco hay dos millones,
Un grave estado compraré del uno,
Ricas preseas del otro, altivos dones,
De aparato cual otro fue ninguno:

Y aun tales podrán ser las ocasiones,
Y el tiempo en mi favor tan oportuno,
Que llegue á ser emperador potente,
Desde el tostado egipcio al mauro ardiente.
Al humilde Rustaquio, que es el hombre
Que para mi halló esta gran riqueza,
Cuando de ver mi magestad se asombre
Daré altivo la mano á su pobreza:
O ilustre celo con honrado nombre
De criado, si alcanzare á tanta alteza,
Y no es paga escesiva al beneficio,
Admitirle desde hoy en mi servicio.
Mia esta rica piedra de derecho
Era, como tambien ahora es mia,
Que el ollero Abdelmon en mi barbecho
Se la halló, porque tras mí venia:
Yo no tengo como él ánimo estrecho,
Que desde que nací ser rey queria,
Y la feliz estrella en cuanto ofrece
A los brios que inclina favorece.
Que nube al viso humano tan oscura
Es la fortuna, el hado y su destino!
¡Por qué rodeos camina la ventura
Cuando quiere salirlos al camino!
Pobre Rustaquio vió entre la verdura
Este tesoro que á mis manos vino,
¿Quien entonces le viera juzgaria
Por suya la ventura, y era mia?
Así Vanicio en bárbaros discursos
Quimeras fabricaba por los vientos,
Midiendo el cielo á palmos, y á sus cursos
Dando y quitando ley y movimientos:
Tan vario, que á ser de oro los concursos
Y avenidas de vanos pensamientos
Que á su ambicion venian, ni la hartaran,
Ni sus torpes locuras concertaran.
¡Qué de Vanicios en humildes lechos
La luz contempla de la aurora fria,
Que un mar de locas pretensiones hechos
Todas las cumplen esperando el dia:
Y en quimeras y monstruos contrahechos
Desvelan la inconstante fantasía,
No viendo que las cuentas sin dineros
En saliendo la luz son todas ceros!
Abdelmon de otra parte en el cuidado
De cien rubios cequís con que Vanicio
Compró el precioso globo, desvelado
De su aldea se finge un gran patricio:
Mas la fortuna á cuenta de su hado,
Codicioso de dar al mundo indicio
De sus milagros dió muestra segura,
Que no consiste en trazas la ventura.
Tenia Abdelmon por lisonjero amigo
A Almohadí, cierto árabe embustero,
De sus secretos singular testigo,
Y de su alma desnuda dueño entero:
Este en traje de paz fiero enemigo,
Deseoso de hacer presa en el dinero,
A las rüinas de un antiguo muro
Se le hizo enterrar por mas seguro.
Y aquella noche el cauteloso moro,
De hambrienta codicia el pecho lleno,
A robar del sincero amigo el oro
Por las tinieblas fué de un bosque ameno:
Cuando á tiento buscando el fiel tesoro,
De un frio áspid halló el mortal veneno,
Que trocándole el curso de la suerte,
Por rubio oro le dió pálida muerte.
Entretanto á Abdelmon en triste sueño
Morfeo le pinta de su amigo el caso,
Despierta, y va á buscar de su pequeño
Tesoro el breve globo, y bulto escaso:
Y viendo el pago que el mortal beleño
Al falso moro dió, suspendió el paso
De la muerte medroso, y la serpiente
Que aun en torno del muerto cuerpo siente.
Mas libre con la nueva luz del dia,
Su pequeño tesoro toma y parte,
Del ardiento calor de Berbería
Hácia la mas oculta y ciega parte:
Porque en la muerte que presente via
Teme que alguno sin razon le encarte,
Y no le aprovechó, que el oro hallado,
Que á otros suele salvar, le hizo culpado.
Por la codicia de los rubios tejos
Seis cuadrillas salieron á buscalle,
Y una dellas bajar le vió de lejos
De una alta sierra á un encubierto valle,
Y que entre unos manglares mal parejos
Tropa alarbe le espera por roballe,
Donde vida y dineros le quitara,
Si la que á prenderle iba no llegara.
Ya las rendidas manos en un lazo
Presas le halló la escuadra diligente,
Que á toda priesa el áspero ribazo
Saltó, y dió en los alarbes de repente:
Y ellos en firme y en gallardo brazo
Preso y vidas defienden juntamente,
Y al brio de sus rústicos contrarios
Varias heridas dan, y golpes varios.
Ya en porfiada batalla y cruda guerra
Los unos en los otros marañados,
Pedazos hechos la sangrienta sierra
Caer los vió en sus faldas destrozados:
Y de ocho dos valientes de la tierra
De Abdelmon, en mil partes lastimados,
Vivos solos quedaron, y el cautivo
A costa de sus muertas vidas vivo.
Parecióles estorbo y demasía
Volver preso de allí el cautivo mozo,
O porque su temor se lo impedia,
O la codicia ó bárbaro destrozo:
Despojáronle al fin lo que traia,
Y de la selva en un profundo pozo,
Que su delito deje mas cubierto,
Lo despeñaron, y quedó por muerto.
Dióse por tal Rustaquio desde luego,
Y trazó la fortuna su caida
Por mejor levantarle, y así el ciego
Pozo no le quitó, mas le dió vida,
Que como quien despierta del sosiego
De un dulce sueño el alma divertida,
A mirar comenzó por el profundo
Si via los reinos ya del otro mundo.
Y no del hondo infierno llama horrible
En ciego humo, y rechinar sonoro,
A un tibio rayo vió de luz visible
Mas rubias masas de centellas de oro:
Volvió del todo en sí (¡caso increible!)
Y en medio se halló de un gran tesoro,
Que allí la ciega antigüedad, ó el hado,
A su ventura le tenia guardado.
Salia por cien torcidos escalones
La bóveda sin luz de oro preñada
A unos desbaratados paredones,
Fábrica en otros siglos celebrada:
Sacó el moro feliz de los montones
De joyas una entre otras señalada,
Un rico alfanje, cuya pedreria
Una ciudad su estimacion valia.
Quiso en Tunez venderle á menosprecio,
Que la hambre no come perlas ni oro,
Y el espanto de joya de tal precio
A voces dió por salteador al moro:
Llévanle preso al rey, que con desprecio
De su ánimo real, quiere el tesoro,
Y por él en la torre de palacio
Cárcel le dieron y prision de espacio.
Budebuz, rey famoso de Marruecos,
Por lo infeliz de una batalla brava,



De la alta torre en los desvanes huecos
Despojado del reino y preso estaba,
A cuyo oido los preñados ecos
Del gran tesoro que Abdelmon negaba
Llegaban, y deseó por esperiencia
Ver del moro el aseo y la presencia.
Fue cosa fácil darle gusto en eso
Por serles cárcel una misma torre,
Hizo graves preguntas el rey preso
Al mancebo en la fama que dél corre,
Y halla que en todas tiene fondo y peso,
Y una estrella feliz que le socorre,
Y casi le arrebata en raudo vuelo
A levantar su nombre y fama al cielo.
De otra parte Abdelmon estando cierto
Ser de Marruecos rey el que allí estaba,
O fuese virtud propia, ó encubierto
Rayo de luz que su ánimo guiaba;
Al real valor, aun no del todo muerto,
Del feroz rey, y su persona brava,
El preso moro se inclinó de suerte,
Que servirle ofreció hasta la muerte.
Era prudente el rey, y en los sucesos
Notó del moro una feliz ventura,
Y enderezar con ella sus aviesos
Mas que furor le pareció cordura:
Quiso el rigor templar de sus escesos
Con arrimarse á senda mas segura,
Y mientras su fortuna no serena
Valerse en sus azares de la ajena.
Descubrióle su pecho, y él gozoso
En firme confianza se prefiere
De dar la mano al rey, y un venturoso
Con cuanto intenta sale, y cuanto quiere,
Contentóse el de Tunez codicioso
Con su alfanje feliz sea cuyo fuere,
Dando á su dueño libertad, y en ella
Cumplidos los furores de su estrella.
Al rey despues en su prision esquiva
Con sutil artificio por su mano
Seguro le escaló la torre altiva,
Y libre le sacó del rey tirano:
Y en su escondida cueva entre la viva
Luz del tesoro le escondió ufano,
Cuya inmensa riqueza despues pudo
De armas y gente armar al rey desnudo.
Hizo su general el despojado
Al fiel Rustaquio, y él con su ventura
El reino recobró, y le dió el estado
Con mayor cetro y silla mas segura:
Que no se contentó de ver ganado
Lo que halló perdido, mas en dura
Sujecion puso yugo y quitó leyes
Del africano suelo á treinta reyes.
El suyo agradecido á sus servicios,
Ya con paterno amor y fe sincera,
En dulce premio le ofreció propicios
Los brazos de Aja su única heredera,
Pagando con los mismos beneficios
Que obligado le halló, y desta manera
De humildes padres le hizo el alto cielo
Gran miramamolin del libio suelo.
A Vanicio en sus trazas y su cuenta
Diverso fin le dió la incierta suerte,
Que entre la paz y la codicia hambrienta
Le dieron por robar la joya muerte:
Y sus bajillas, pajes, y su renta
Con él la tierra en polvo los convierte,
Tan incierta es como esto y tan oscura
En los humanos casos la ventura.

ALEGORIA.

En Angélica perseguida de Venus, y de Alcina, que significa el afecto sensual, se muestra que por irte fal-

tando con el tiempo la flor de la juventud, era fuerza que tambien en los ojos que la vian fuese faltando el deleite que antes causaba, ó porque el honor significado por Angélica es siempre perseguido y amancillado de la sensualidad: y así á los que los van siguiendo con pensamientos no tan limpios y castos como convenia, al mejor tiempo les falta el viento, y perdiendo la honra se quedan en calma.

El tizon hadado de Dúlcia, apagado con agua por mandado de su ama, cuyo espíritu le profetiza su vida y muerte, son las tres cosas que concurren en la generacion: es á saber, calor, humedad y espíritu, y su muerte significa lo poco que hay que fiar en la juventud, salud, y hermosura del cuerpo humano.

En la novela de Orlando se ve la trabazon y correspondencia que todas las criaturas tienen con su principio, y como todas son pregoneras de su providencia divina.

En el canto del ruiseñor se muestra como de los bienes humanos el mas precioso es la libertad: y en los sucesos de Rustaquio Abdelmon, de que pequeños principios nacen las magestades del mundo, y cuan poco valen los discursos de la prudencia humana donde no favorece la divina.

LIBRO DUODÉCIMO.

ARGUMENTO. Roba Garilo á Orlando y á sus compañeros, y quedándose ellos vueltos estátuas de oro en una sala encantada, el se va triste y solo á dar en una cabaña de un pastor: reconoce el alcaide de Sansueña á Roselio por su hijo, el cual refiriendo el discurso de su vida, cuenta la gran penitencia que el rey don Rodrigo hizo despues que perdió á España, con el origen del cabo de San Vicente, y la desgraciada tragedia de Broacel y Glaura.

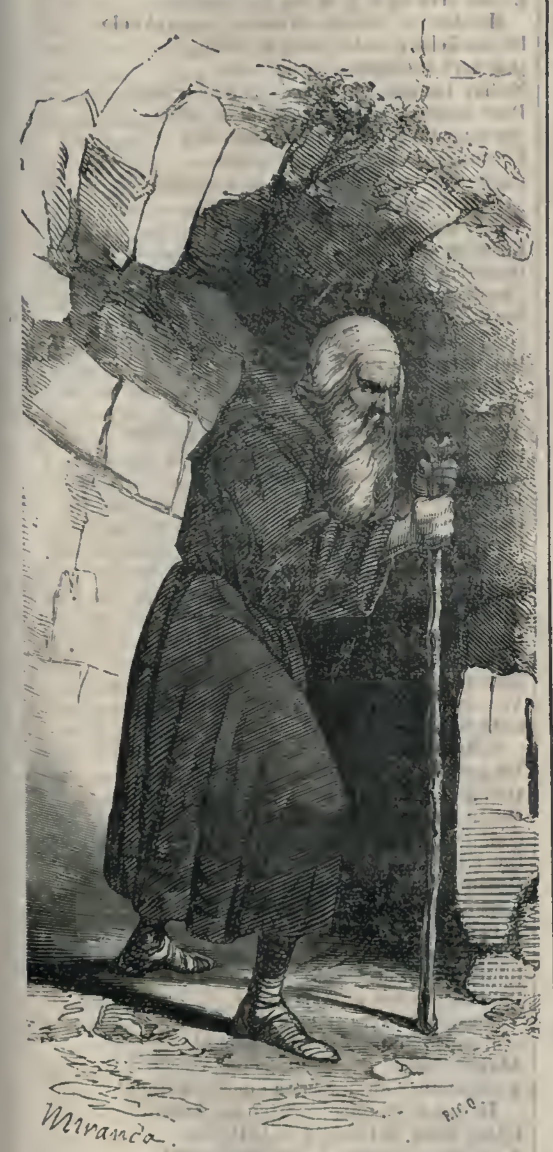
Así siguiendo el ingenioso Orlando
Su opinion fue, y su cuento peregrino,
Concluyendo en lo uno y otro, cuando
El dia en su luz, y el sol en su camino:
Y el astuto Garilo, que en el blando
Discurso á su jornada robó el tino,
De un intricado bosque en la espesura
Se los dejó, y halló la noche oscura.
La catalana astucia, el bosque ciego,
La oscura noche, y el faltarles guia,
A otorgar les forzó el dañoso ruego
De la traidora cautelosa espía:
Y un caido alcázar, que del tiempo el fuego
Convirtiendo iba ya en ceniza fria,
En sus rotos desvanes sin abrigo,
El que no tiene ofrece á su enemigo.
Fuese la noche entre quietud y sueño,
Y sabrosos olvidos de cuidados,
Y al levantarse el dia con risueño
Semblante, y ojos garzos y dorados,
El castillo hallaron sin su dueño,
Y los que en él estaban despojados
De arneses unos y otros de vestidos,
Y á un modo en mil maneras ofendidos.
Suben á lo alto de una antigua torre
Por descubrir lo que en el campo habia,
Cuando á la lonja que á la puerta corre
Guardarla un hombre armado parecia:
El conde altivo que su arnés recorre,
Y el brioso Brilladoro en quien venia,
Mas del desprecio que del robo hecho,
Fuego lanza la vista y rabia el pecho.
Cual espumoso rio, que deshecha
La presa que enfrenado le tenia,
Furioso rompe, y por la puerta estrecha
Lo mismo saca que antes le impedia,
Y no de sus riberas se aprovecha,
Antes furioso dellas se desvia,
Y de verse oprimir mas enojado
Lleva entre los pesebres el ganado;
Bien así la ira del francés caudillo,
Viéndose despreciado de un villano,
No una almena le tira, ni un ladrillo,
Mas furioso con una y otra mano
La alta torre trastorna del castillo,
Que á estremecer bajó su estruendo el llano,
Donde si Brilladoro no huyera,
Muerto de un golpe y enterrado fuera.
Medrosos unos, y otros admirados
Del ademan con que á vengar sus quejas
Muros envia, torres y tejados,
Los hombros encogieron y las cejas:
Y el torreon con sus mármoles labrados,
Aun las molduras todavía parejas,
Así se vía entre árboles plantado,
Que nacer parecia do aquel prado.
Garilo que estar vivo cree apenas
Al pié temblando del francés trofeo,
Y que tras él se vienen las almenas,
Como tras de la música de Orfeo;
La sangre y brio se le heló en las venas,
Y arrepentido de su mal deseo
Hierro al caballo mete en los costados,
Que el miedo hace ginetes estremados.
Corrió una legua sin llamarle el freno,
Y aun allí alguna almena le hallaba,
Que como rayo á quien le falta el trueno
Tras él venia volando, y le alcanzaba:
Hasta que en un espeso bosque ameno,
Donde su oculta gente le esperaba,
Se entró, y quedó de Orlando el brazo duro
Arrojando tras él deshecho el muro.
De los demás franceses despojados
La burla mas ó menos celebrada,
Dellos furiosos, dellos reportados,
De unos reida y de otros suspirada:
Por entre antiguos mármoles quebrados
De la arruinada torre desmochada
Que el conde abrió, y una encubierta escala
La luz les hizo señas de una sala.
Antecámara de otra parecia,
A cuya puerta estaban dos candados,
La arquitrabe y molduras de ataujía,
Aunque ya de matices deslustrados:
Las puertas de marfil y pedrería,
Los pilares de pórfido labrados,
Y en el témpano encima el frontispicio,
De la avaricia entretallado el vicio.
Puesto en las ondas del Estigio lago,
De sed el infeliz Tántalo ardiendo,
Muriendo por tomar dellas un trago,
Y por no le tomar tambien muriendo:
Que deste injusto vicio es justo pago
Vivir deseando lo que está temiendo,
Y tener las riquezas sin gozallas,
Para solo el tormento de guardallas.
Viendo puertas con tantas cerraduras,
No hubo francés que no alargase el paso,
Por si hallara detrás de sus pinturas
Los tesoros de Midas y de Craso,
O algunas armas, ropa y vestiduras
Para remedio del presente caso:
Llegan, y á dos vaivenes dan sin duelo
Con puertas y candados en el suelo.
Y todos en monton confuso entrando
Por la sala temblar se vió el castillo,
No iba con ellos el prudente Orlando,
Aunque bastó el rumor á divertillo,
Donde en el muro estaba fulminando
Con duras rocas al gascon caudillo,
Y la sala quedó cual de repente
Los techos borda el sol del rojo Oriente.
De blanco mármol con relieves de oro,
O era labrado, ó serlo parecia,
Y entre mosaicos lazos por decoro
Un Oriente de varia pedrería:
De acuñados escudos gran tesoro

Montones hecho por el suelo habia,
Si en la hidrópica sed del oro hubiera
Fin y tasa, esta sala se le diera.
Alguno en su pajiza cama echado,
A quien necesidad quitó la cena,
Rico durmiendo, y pobre desvelado,
Su choza vió de igual tesoro llena:
Y de quien la noche antes fue olvidado
Solo que sueña poco le da pena,
Llenando grandes sacos de oro ardiente,
Que en sombra volverá la luz siguiente.
Bien así á la francesa gente avino
El bello camarin de la riqueza,
Donde apenas dió lumbre el metal fino,
Cuando á todos rindió su fortaleza:
Y llevados en ciego desatino
De la hambrienta codicia sin pereza,
Todos en dando un paso en el tesoro
Vueltos quedaron en estátuas de oro.
Llegó á la sala el conde en el instante
Que ya perdian el ser los delanteros,
Y él sin osar mover el pié adelante
La codicia perdió de los dineros:
Y á ellos en lo insensible semejante
Sin sentido quedó, y sin compañeros,
Tan absorto en la máquina que via,
Que otra estátua como ellos parecia.
No sabe si ellos ó él está encantado,
Porque si ellos lo están, él lo parece,
Maldice y culpa su contrario hado,
Que tanto sus intentos aborrece:
Mas el suceso bien considerado,
«El pago, dice, tiene que merece
Su locura, que gentes avarientas
Hechas estátuas de oro están contentas.
¡Oh como el interés del oro estraga
Al alma el gusto, al cuerpo los sentidos!
Un hombre entero su ambicion se traga,
Y en los respetos los mejor nacidos:
Así su vino turba, así embriaga,
Que cual Circe los deja convertidos
En fieros brutos de ánimos atroces,
O sorda estátua al cielo, y á sus voces.
Entre la negra lama y turbia horrura
Del Aqueronte lago está en tormento
Un espíritu triste en noche obscura,
Seco de hambre, y de calor sediento:
Con el agua á la boca, que procura
Entrarse dentro dél, y él sin aliento
Temiendo descrecer el rio un trago,
En pena eterna está en su eterno amago.
No en vano por blason desta su ciega
Dorada sepultura el mármol tierno
Da retratado al que á su puerta llega
Este antiguo vecino del infierno:
¡Oh avaro inútil, que en confusa brega
De ayuna hámbre, y de temor eterno,
Pasas la vida, y gozas de sus bienes,
Como los que te faltan los que tienes.
La noche toda sin dormir velando
Los sin fruto acuñados sacos de oro,
A quien tocar de miedo estás temblando,
Porque no hable su metal sonoro:
¿Qué importa estar, ó idólatra mirando
Que tus cofres de acero en su tesoro
De Libia guarden las riquezas juntas,
Y aren tus campos fértiles cien yuntas?
¿Qué importa que la cueva de Arimaspes
El oro con que al mundo desafia
En tu casa trastorne, y el Hidaspes
Cuantas drogas por él la Misia envia?
¿De la fria Scitia los vetados jaspes,
O el metal rojo que en su arena cria
El Ebro, el Indo, el Ganges, el Pactolo,
Y mas que todos cuatro el Tajo solo?
¿Qué importa que del rojo mar la espuna
En perlas vuelta te la den sus playas,
Y del rico Quinsay una gran suma
Por ambos mares á tus puertas trayas?
¡Qué importa que en los ceros de tu pluma
Se encierre el Tibar, y por tuyas hayas
Cuantas masas derriten y dan llenas
De espanto los respaldos de sus venas?
¿Si al fin temblando en medio tu tesoro
Al rostro enfermo de la hambre ayuna
Triste te rindes, y en cuitado lloro
De imprudente condenas la fortuna,
Que te dió á tiento tantas cargas de oro,
Mas sin fruto cual blanco de la luna,
Pues estar en tus cofres es lo mismo
Que el no haberlas sacado del abismo?»
Dijo, y mil trazas prueba, por si alguna
Divertirlos podrá de aquel tormento,
Mas no le acude á su intencion ninguna,
Que el oro es poderoso encantamento:
Y viendo tan trocada su fortuna,
«¡Oh cielos, dice, que en mi daño siento
No haber cosa en los hombres menos cierta,
Que el dia mas vecino á nuestra puerta!
Dísteme la victoria de Girona,
Y esta noble y burlada compañía,
Con quien dejando el campo en Carcasona,
Ayer solo á buscar placer venia:
Hallo menospreciada mi persona,
Robado, triste, á pié, solo, sin guia,
Mi gente á riesgo en medio esos desiertos,
Y al parecer mis compañeros muertos.
Mas si es órden del brazo soberano,
Que el mar enfrena, y las estrellas rige:
El es el dueño, corra de su mano,
A su cuenta está todo, ¿quién me aflige?»
Asi decia el Senador romano,
Y así de su imprudencia se corrige,
Buscando modos para ver si puede
Hacer que allí su compañía no quede.
Mas si asir con un lazo procuraba
La estátua que mas cerca parecia,
Apenas el cordel dentro llegaba,
Cuando una sierpe de oro se volvia:
Y del pedazo que defuera estaba
Su encanto la troncaba y dividia,
Y en metiendo una vara por la puerta,
La mitad de oro parecia enjerta.
Asi de Etna en los hornos encendidos,
Donde su bronce el cíclope derrite,
Los robles caen en brasas convertidos,
Que con el oro su color compite:
Y de los ramos de otro ser vestidos
Hace que el tronco se desgaje y quite,
Y que lo que antes era haya, ó pino,
El lustre herede del metal mas fino.
Cansado el conde de trazar al viento
Cosas que todas le salian en vano,
El castillo dejó, y su encantamento,
Y á pié se entró por un florido llano:
Por compañía solo su tormento,
Cuando de lo alto de un collado enano
Un humo descubrió y paredes viejas,
Cabaña humilde de un pastor de ovejas.
Habia llevado de su error la pena
Tres dias sin comer desalentado,
Perdido el tino por la selva amena,
Y mas que en ella dentro en su cuidado:
Sin gusto el alma de congojas llena,
Cuando arribó confuso y destrozado,
Ayuno, sin espíritu, ni aliento,
Del rústico pastor al fresco asiento.
Al rebaño llegó, que unos ribazos
Subia en las verdes faldas de un barbecho,
Y un merino carnero entre los brazos

A la estrecha cabaña fue derecho,
Y á medio asar se le comió á pedazos,
No del todo en su hambre satisfecho,
Antes temió el pastor por lo que via,
Que tras él los demás se comeria.
Dióle al deseo de reposar el prado
Florido lecho, un cesped almohada,
Y á un flojo cuerpo del calor cansado,
Las flores son alfombra regalada:
Y el sueño y el descanso deseado,
Vianda sin mas salsas sazonada,
Que aquel cansancio que en los miembros anda,
Del suelo duro hace cama blanda.
Al fresco silbo del templado viento,
Que entre álamos y alisos bulle ufano,
El sueño le borró del pensamiento
La antigua pena con sabrosa mano...
Cuando en Sansueña el noble alcaide atento
A conocer el preso moro anciano:
«Este es, con nuevo sobresalto dijo,
El robador de mi perdido hijo.»
Y como en triste llanto se disuelve
Sin dar respuesta, en confusion metido,
Con la medrosa vista le revuelve,
Y del doncel le preguntó perdido:
¿A qué fin le hurtó? ¿cómo le vuelve?
Y ¿adónde hasta ahora le ha tenido?
A quien con miedo, sobresalto y lloro
Así le respondió temblando el moro:
«Mi muerte veo, señor, y no tu hijo,
Yo le robé en un ciego bosque umbroso
Acaso sin pensar, pero bien dijo
Quien la ocasion llamó ladron forzoso:
No previne caverna ni escondrijo,
Ni flacas postas en que huir medroso,
La suerte me llevó por los cabellos,
Sin procurar sus lances, ni entendellos.
Saliendo tú en Miduerna á caza un dia
Con el rey Casto, y él con su sobrino,
Con él tu hijo, y yo en su compañía,
Una nublosa tempestad que vino
La caza nos deshizo y la alegría,
Y á los dos nos llevó fuera de tino,
Por entre incultos montes y vallados,
Dos dias sin ver por dónde derrotados.
Hallé al tercero un hato de pastores,
Y allí tomando lengua ví que estaba
Diez leguas de Miduerna y de sus flores,
Que pensando acercarme me alejaba:
¿Quién halló esclavo fiel á sus señores?
¿A quién la servidumbre no le agrava?
¿Quién no quiere ser libre? ¿quién procura
Quitar de sí para otro la ventura?
Pidióle á la ocasion luego el deseo
Mi libertad á costa de la ajena,
Y al fin por no hacer largo rodeo,
Pues ya mi historia para nada es buena,
Huyendo desde aquí empecé á ser reo,
Y desde aquí mi culpa me condena,
Sí el apetito natural es culpa,
O en mi delito puede haber disculpa.
A Valencia de aquí me fuí derecho,
Y á tu hijo llevé en mi compañía,
Que le hizo mas daño que provecho
La desleal alicion que en él tenia:
Y viendo el no pensado yerro hecho,
Con quien igual satisfaccion no habia,
Al rey Abdalla se le dí por paje,
Con la cuenta y razon de su linaje.
El le crió en su córte y su palacio,
Yo desde allí á vivir vine á Toledo,
No sé de aqueste tiempo en el espacio
Que sea del, solo esto decir puedo.»
Y con triste semblante y rostro lacio
Esperando la muerte estuvo quedo,
Sin mirar á Roselio de turbado,
Ni conocerle por estar mudado.
Pero su padre, á quien la sangre ardiente
Ya la verdad del caso le decia,
Llorando de placer en su alma siente
Lo que decirle nadie no sabia:
Y con gusto abrazando tiernamente
Al que por muerto en su opinion tenia,
Cuenta le pide ya con regocijo
De sus desgracias, y el mancebo dijo:
«Los trabajos, señor, en la memoria
Tienen otro sabor que en los sentidos,
Que la pena acabada es toda gloria,
Y los pesares buenos para oidos:
Y así los casos de mi nueva historia
Volverán el deleite referidos
Que otro tiempo quitaron, oye atento
El estraño suceso de mi cuento.
Desde que á las ventanas de la vida
De la razon llegó la luz primera,
Comenzando á aclarar con su venida
De la niñez dormida la ceguera:
Al primer escalon de mi subida
Me conocí cautivo de manera,
Que quiso la ventura que perdiese
Antes la libertad que la tuviese.
Bien que un tibio recuerdo me quedaba,
No de mi patria, padres, ni parientes,
Sino de un no se qué, que me avisaba
Haber venido allí de estrañas gentes:
Mas luego con el gusto se olvidaba,
Solo atento á gozar de los presentes
De la córte de Abdalla, en quien tenia
Padre, patria, regalo, y compañía.
Tiene Abdalla el gobierno de Valencia
Con dominio tiránico usurpado,
Aunque por poca sangre y descendencia
Le quieren otros dar el principado,
Y que sea el cordobés reino su herencia,
Y el intruso tirano revelado
Aliatán, que hoy le goza y pone leyes,
Guerreando en razon desto ambos los reyes.
Son grandes las cautelas y los tratos
Que Aliatán y los suyos han movido
Contra Abdalla, y no menos los recatos
Con que desto en Valencia se ha vivido:
En cierto cuartel suyo por contratos
De gabela y servicio mal pedido,
Y otros tributos graves y tiranos,
Vivian como en prision ciertos cristianos.
Allí del segoviano San Vicente,
A quien Daciano dió por mortal vida
Corona eterna, en un lugar decente
Tenian cuerpo y parroquia conocida;
Donde acudia de la cristiana gente
La mas noble, devota y corregida
A un convento, debajo del auxilio,
Reglas y vocacion del gran Basilio.
Era Mauril prior deste convento,
En sangre ilustre, y en costumbres santo,
Cordobés en honrado nacimiento,
Y en nobles pundonores otro tanto:
De Aliatán primo, en cuyo fundamento
El rey quiso intentar, con todo cuanto
Calor le fue posible, un trato doble
De gran riesgo, á no ser Mauril tan noble.
Está el convento al valenciano muro
En un fuerte lugar incorporado,
Para cualquier traicion paso seguro,
Si los de dentro venden el cuidado:
Este intentó Aliatán comprar seguro
Que Mauril por pariente ó por privado
Gustaria de venderle, y desa suerte
Daria á Valencia saco, y al rey muerte.
Mas si eran mármol las demás almenas,

Aquellas halló el rey que eran diamante,
De mas lealtad que de argamasa llenas,
Y el monge cordobés en ser constante:
Esto en gran riesgó se trataba apenas
Con el secreto y término importante,
Y Hambroz corria la costa con su armada,
Por si se hallase á la traicion entrada.
Mas Berberuz, un moro su adversario,
Que de Valencia la opinion seguia,
Venció y quitó la vida á este corsario
Encima el puerto Caridemo un dia:
Y ahora alguno del bando del contrario
Descubriese el intento que traia
Hambroz y la secreta inteligencia,
Con que pensaba echar gente en Valencia;
O que por otra via y otro modo
El peligroso trato se entendiese,
Su inocencia mostró el cristiano godo
Cuando no fue posible le valiese;
Que nunca en el descargo se cree todo,
Por mas que la verdad se ajuste y pese,
Porque es disculpa al fin, y la disculpa,
O mucha ó poca presupone culpa.
Quedó el rey con sospechas y recato
De Mauril, que no pudo descargarse,
De no haber descubierto á tiempo el trato,
Que en la misma traicion podia vengarse:
Fue creciendo tras esto cada rato
La fama, que Aliatán viene á juntarse
Con los cristianos, y otros que en Valencia
Por contrato le han dado la obediencia.
Y aunque nuevas de vano fundamento,
Pudieron con el suyo dar cuidado
Y ocasion á un tirano mandamiento
Contra el opreso pueblo baptizado:
Que dentro de diez dias mude asiento
En la ley, ó en el reino, y que pasado
El término, se prenda por esclavo
Quien no llevare el bando real al cabo.
Fue grande el repentino sobresalto
Que en la rica ciudad causó este edito,
Porque irse era perderse, y quedar falto
En la ley de su Dios, mayor delito:
Si alguno se iba, en popular asalto
En él daban los moros, y por rito
De su Alcorán y secta mal nacida
La hacienda le quitaban y la vida.
Como hambrientos sabuesos, que al que llega
Humilde á demandar limosna al rico,
Su importuno y confuso aullar le niega
De la mesa alcanzar un vil zatico:
Y si huyendo su enfadosa brega,
Y aquel rabioso arremangar de hocico,
Da la vuelta, arremeten denodados
A dar con rabia en el sayal bocados.
Así á los valencianos los moriscos
Con sus denuestos tratan y baldones,
Y ellos por quiebras huyen y por riscos
De su misma hacienda y posesiones;
Que cual hambrientos lobos, que en apriscos
Los corderos destrozan y vellones,
En hacienda y persona la ira aceda
Muestran en el que va, y en el que queda.
El santo abad Mauril, contra quien junta
Toda esta nube y tempestad llovia,
Viendo que á sola su persona apunta,
Y á su humilde y devota compañía;
Haciendo della una medrosa junta,
Propuso el riesgo en que su estado via,
El rigor del tirano, su inclemencia,
Y la morisca bárbara insolencia.
Y viendo urgente y sin reparo el daño
Que el cielo les envia por recuerdo
Del sueño de su culpa, y desengaño
Mundano, sale de comun acuerdo,
Que huir del propio para el reino estraño
Es en tal ocasion de ánimo cuerdo,
Y discreta ganancia echar perdida
La capa al toro por salvar la vida.
Y que cuando otro bien ni causa tenga
Esto mas que librar al gran Vicente
De un segundo Daciano, y que no venga
Su cuerpo á manos de la maura gente,
Que en hacer dél escarnio se entretenga,
Es sano acuerdo y causa suficiente
El ponerlo por obra, dando todos
Para este intento los mejores modos.
Al fin salen de acuerdo de embarcarse
Con la santa reliquia al dia siguiente,
Y del nocturno luto aprovecharse
Con traza oculta y paso diligente:
Ya el sueño comenzaba á descolgarse
Con su quietud hácia la humana gente,
De las estrellas que de en medio el cielo
Rayos llovian de silencio al suelo.
Cuando los santos monges ocupados
En huir del reino y la ciudad tirana,
A dos barcos que estaban aprestados
Llevan su mueble y prenda soberana;
Yo el alma y los sentidos sepultados
En un pesado sueño y sombra vana,
Sobre la blanda pluma de mi lecho
Retrato estaba de la muerte hecho.
Allí en trágico, horrible y triste sueño
La confusa ciudad soñaba arderse,
Y todo el real alcázar con su dueño
Sin culpa mia sobre mí romperse:
Cuando á este punto ví en rostro risueño
Un santo bulto cabe mí ponerse,
Así hermoso, y de alegre luz vestido,
Que solo le pudiera ver dormido.
Como el que con los ojos de repente
Dió en las medallas del dorado techo,
Que con la húmeda luz resplandeciente
De la luna está una ascua de oro hecho:
Si antes le iba á tragar una serpiente,
Queda viéndose libre satisfecho,
Así yo me hallé, y asi me avino
Llegando á mí aquel bulto peregrino.
Conocí luego el rostro soberano
De mi abogado mártir San Vicente,
Que muchas veces antes no con vano
Cuidado en su sepulcro ví presente:
Y asiéndome la mia con su mano,
«Huye, hijo, me dijo diligente,
La odiosa tierra, y servidumbre triste,
Si ya te deseas ver donde naciste.»
Sobresaltóme el sueño, y temeroso
De angustia lleno, y de sudor despierto,
Y en mi sentido vuelto un doloroso
Suspiro me dejó el cabello yerto:
Salté del blando lecho receloso,
Y en el bulto encontré de un hombre muerto.
Que entre un gemido y otro en aquel punto
Alma rendia y aliento todo junto.
Llegué en turbado y temeroso paso
A conocer el bulto, y vi tendido
En un sangriento lago (¡estraño caso!)
Del rey Abdalla al príncipe querido:
El gallardo Algaicel al cielo raso,
De una estocada el corazon partido,
El alma me pasmó, el cabello yerto,
Por un rato á sus piés me quedé muerto.
Mas vuelto sobre mí con mas recato
El peligro miré en que estaba puesto,
Muerto á mis piés del príncipe un retrato,
Y del alcázar en quietud el resto:
Yo solo á ser del alevoso trato
Sin culpa alguna el agresor dispuesto,
¿Quién me salvará el riesgo de la vida

Si doy el muerto, y no al que fue homicida?
Comencé á discurrir por cual camino
Entrar pudo ó salir el delincuente,
Cuando á tiento y sin ver donde camino
Del real jardin me hallé cabe una fuente;
Y entre la turbacion y el desatino
De un postigo la puerta ví patente,
Por donde ví que del suceso estraño
El sin piedad autor metió el engaño.
Y á mejor confirmar la incierta duda
A la vecina playa salí atento,
Buscando el rastro entre la sombra muda,
Cuando oí de cerca apresurado aliento:
Este es, dije, el traidor, y con desnuda



El Rey Rodrigo, Ermitaño.

Espada, y no advertido arrojamiento,
Al bulto me llegué, y en voz valiente,
«¿Quién sois? le pregunté, teneos, ¿qué gente?»
Hallé un coro de monges, que llevaba
Un ataud al vecino mar cargado,
Y Mauril que rezando los guiaba
En tono grave, y paso moderado:
Yo viendo que de mí se recataba,
En mi primer sospecha confirmado,
Tan cargado me ví de desconcierto,
Que pensé que iban á enterrar mi muerto.
Conocióme el abad Maurilo, fuese
En la voz, ó lo que es de creer mas sano,
Mi venida en espíritu supiese,
Que á un amigo de Dios todo le es llano:
Y humilde, «oh mi Reselio, dijo, cese
El brio sin causa de tan noble mano,
Que el cielo, y no otro brazo de enemigo,
Es quien al reino ha dado este castigo.»
Fue causa el monge de mayor espanto
Con su vista y palabras no entendidas
Hasta que entre el sonoro humilde canto,
«No es salvar todo, dijo, humanas vidas,
Que las reliquias deste mártir santo,
Aunque en esta urna ostrecha recogidas,
A salvar nos obligan su tesoro,
Del cielo digno, y no de un pueblo moro.»
Así dijo, y á mi alma la memoria
Lo que antes entre sueños visto habia,
Y del sagrado mártir la notoria
Merced, que á cuenta de quien es me hacia,
Sacándome del riesgo con victoria,
Riesgo mortal que á dar en mí venia,
Su santo cuerpo adoro, y el cuidado
De mí le dí, y con él me hallé embarcado.
Cien cristianos sin niños ni mujeres
Dentro hallamos ya de dos navíos,
Que con su pobre mueble y sus haberes
Huian del reino infiel los desvaríos:
Y antes que con dorados rosicleres
El alba tiña sus plumajes frios,
De un fresco viento en vuelo arrebatados
El espumoso mar nos vió engolfados.
Mas apenas la luz del nuevo dia
El Oriente sembró de rayos de oro,
Y la enemiga tierra que huia
La vista nos quitó del pueblo moro:
Cuando una obscura nube densa y fria,
De aire impelida con rumor sonoro,
En medio nos cogió, trayendo llenos
De ciega tempestad los turbios senos.
Tres dias fuimos sin luz confusamente,
O tres noches en una, si hubo en ella,
O pudo haber entre la humana gente,
Dia sin sol, y noche sin estrella:
Y al cuarto, cuando el alba en el Oriente
Su nueva tez mostró rosada y bella,
De lejos vimos las alegres cumbres
Del puerto de Marbella, y sus alumbres.
Del crespo mar el áspero camino
Tan breve hecho en temporal tan vario,
Del cielo pareció favor divino,
A quien nunca sopló viento contrario:
Ambos leños á un tumbo cristalino,
Como asidos de engace voluntario,
A una surcan la mar sin riesgo, llena
De ocultas rocas, y mudable arena.
Y aunque era sin quietud ciega tormenta
De viento y agua en que íbamos metidos,
En otra iban mayor y de mas cuenta
Mi memoria turbada, y mis sentidos:
De mi vida los riesgos, la violenta
Desdicha de Algaicel, los no entendidos
Fines de mi viaje y dónde el viento
A dar iria á nuestro curso asiento.
Fue por entonces el suceso incierto
Del malogrado príncipe, ni ahora
Se sabe mas que haber sin culpa muerto,
Siendo su hermana de su muerte autora:
Y habiéndose la tierra descubierto,

Y un sol alegre tras la cuarta aurora,
Al encubierto abrigo de una sierra,
A hacer llegamos agua, y tomar tierra.
Donde con gusto de recelos lleno,
Y alegría mezclada en temor vano,
Aquel dia nos dejó el tiempo sereno
En el favor de un pescador cristiano,
Cuyas nudosas redes de aquel seno
Polilla solian ser, y en trato humano
Fiel albergue nos dió, y de su trabajo
Las pobres sobras que tenia nos trajo.
Era el intento, aunque en prolija vuelta,
Buscar la humilde costa de Galicia,
Donde en tierra desnuda de revuelta
Libres huir la alárabe codicia:
Gozando en vida de ambiciones suelta
Los dejos de la bárbara milicia,
Que sin los sobresaltos de la guerra
Nadie el bien sabe que la paz encierra.
Ayudados del viento y las corrientes
El dia nos vió en la boca del Estrecho,
Donde de los peñascos eminentes
Del monte Avila y Calpe vimos hecho
El termino del mundo, y de las gentes,
Y aquel inmenso golfo sin provecho
A la frecuentacion del trato humano,
En que obscuro se estiende el Oceano.
Entramos viento en popa por la puerta
Con que el un mundo al otro comunica
De sus golfos las aguas, y cubierta
De blanca espuma da su arena rica:
Y del seguro puerto y playa abierta
De Algecira y Tarifa huye y pica
Nuestra medrosa flota, y mientras pasa
Las ruinas de Carteya mide y tasa.
Los rotos muros que de jaspes pardos
Ya fueron, y hoy de tiempo son carcoma,
Donde hizo el imperio á los bastardos
Hijos de España una bastarda Roma:
Dejando á mano izquierda los gallardos
Jardines y arboledas de quien toma
Nombre Afrodisia, vimos al remate
Del dia á Trafalgar sobre Barbate.
Y allí en la cumbre de una aguda sierra
Los destrozos y mármoles gastados
Del antiguo sepulcro, que hechos tierra
Guarda del Gerion miembros doblados:
Y al vecino Conil, que haciendo guerra
Con gente y atambor á los pescados,
Revuelve mas atunes en su gracia,
Que Proteo focas en el mar de Tracia.
Ya de la antigua Cádiz las almenas
A los rayos del sol daban ventanas,
Y á nuestros ojos de oro y lumbre llenas
Notícia de las playas comarcanas;
Cuando el viento empezó á calmar, que apenas
Sus costas vimos con la espuma canas,
Ni á Guadalete ya en tinieblas denso,
Ni á su puerto, á quien da cristal por censo.
Al dia siguiente nos halló el lucero
Del gran templo mirando las ruinas,
Que ya hubo consagrado en lo postrero
Del Betis á sus luces cristalinas:
De aquí con infeliz y mal agüero
Llena de gentes vimos peregrinas
La Jabega, que en trato humilde y bajo,
Ni la fortuna estima, ni el trabajo.
Y un viento allí se levantó tan vivo,
Que á correr nos forzó hasta Ayamonte,
Donde de flores lleno el cuerno altivo
Guadiana pasa carcomiendo un monte:
A ver del hondo Océano el motivo
Con que á España da moros y horizonte,
Y el cristal de sus hondas traga y cierra
El paso al mundo, el término á la tierra.
Aquí ya un viento sur dejó revuelto
En remolinos de agua el mar hinchado,
Y un rebotado vendaval, mas suelto
Que el tiempo prometia y el cuidado,
Tormenta se volvió, y el cielo envuelto
En el vellon de un lóbrego nublado,
A romper comenzó de entre sus senos
Roncos bramidos de confusos truenos,
Fue creciendo la noche y la tormenta
Tanto del primer viento y del segundo,
Que parecia que la mar hambrienta
De aquella vez tragarse queria el mundo:
Rompe el árbol, la jarcia y racamenta,
La quilla y el timon en lo profundo
De un peñasco, y el barco todo abierto,
El mas vivo en la fe se dió por muerto.
Mas bien se vió que el mártir santo al celo
De sus fieles devotos mostrar quiso,
Que para obedecer á los del cielo
No hay tiempo, viento acá, ni mar remiso;
Pues cuando todo ya el caudal del suelo
Sin remedio se hallaba, de improviso
El santo nos libró, y solo el santo
Pudiera en tal tormenta, y tal quebranto.
Hechos pedazos árboles, entenas,
Velas, timones, jarcias y navios,
En blancas playas de arboledas llenas,
De arreeifes cercadas y bajíos,
Encallados sin riesgo en sus arenas,
Entre dos claros y agradables rios,
Que mas amena hacen su frescura,
Dejándonos se fue la noche obscura.
En medio la famosa corva punta,
Que para fin de Europa puso el cielo
Al sacro promontorio, en quien barrunta
El mundo que da fin, y punto el suelo;
Allí donde las mares hacen junta
De sus cristales y se mezcla el yelo
De Tile con los libios arenales,
Y al Poniente las conchas orientales.
Libres aquí del riesgo ya pasado,
Con notoria evidencia conocimos,
Que el santo este lugar nos habia dado
Por suyo, y de su nombre le pusimos:
Y si antes se llamó Cabo sagrado,
En esperanzas de lo que á él trajimos,
Ya pues le goza, por la edad siguiente
Cabo se llamará de San Vicente.
Saltamos en la alegre playa, y luego
De agradables bullicios se vió llena.
Quién buscando agua, quien sacando fuego,
Quién trazando el almuerzo, quién la cena:
Quién sube el monte arriba, y con sosiego
Del bosque mira la espesura amena,
Quién la leña acarrea, y quién estaca
Lugar en lo mejor á su barraca.
El prudente Mauril del ya deshecho
Bajel mandó sacar el cuerpo santo,
Rodeando en procesion un largo trecho
De la ribera con piadoso llanto:
Y puesto en tierra el venerable pecho,
«Oh padre, dijo, cuyo eterno manto
Abriga, cubre, y da pasto fecundo
A cuanto hay de tu cielo á nuestro mundo:
Tú que te has hecho cargo del sustento
De las vidas, del aire, y de la tierra,
Y sin que siembren das mantenímiento
A cuantos peces este golfo encierra:
Tú Señor, cuyo oculto y santo intento
Al pié nos trajo de esta inculta sierra
Por fin del mundo, al fin que no sabemos,
Que aquí á mas no poder te obedecemos;
Tú mira por tu pueblo, pues es tuyo,
Admitiendo en sus culpas su descargo,
De nuevo á tu poder le restituyo,

Todo es tuyo, Señor, quede á tu cargo:
Y vos gran mártir de Valencia, en cuyo
Amparo hicimos un rodeo tan largo,
Sednos propicio, y dadnos pueblo estable,
De aire benigno, y tierra saludable.»
  Dijo, y habiendo todos repetido
En lo interior del alma el mismo ruego,
Y adorando el patron recien venido,
A su oficio volvio cada uno luego:
Cuando al santo Mauril ha parecido
Humo en un risco que es señal de fuego,
Y una cruz en la cumbre de una peña,
Que de las señas es la mejor seña.
  Y acompañando algunos sus pisadas
Hácia el farol nos fuimos de la vida,
Por entre breñas de ásperas quebradas
Buscando al cerro la mejor subida:
Era todo de peñas encrespadas,
La altiva frente y falda guarnecida
De enhiestos pinos, palmas y algarrobos,
Seca retama, y frágiles escobos.
  Doblando al yerto monte la aspereza
Su alta cumbre escalamos con trabajo,
Por donde alzando al cielo la cabeza
La invicta España humilde ve debajo:
Y sobre el hombro de mayor grandeza
Otro peñol levanta y otro gajo,
Que de torres cercado, y gruesas puntas,
Un rico y bello alcázar forman juntas.
  La cruz en una dellas era hecha
De un altísimo pino desmochado,
De su nativo asiento en la derecha
Peña sin mas primor incorporado;
Naciéndose ella cruz de su cosecha
Con solo haberla de hojas desnudado,
Y pareciendo abajo tan pequeña.
Que apenas forma una visible seña.
  Enfrente della, y de un estrecho llano,
Que al ancho mar de mirador servia,
Una humilde caverna hecha á mano,
O cavada del tiempo parecia:
De quien vimos salir un hombre anciano,
Que la barba y cabello le cubria,
Del color de la nieve todo el pecho.
Alto, fornido en proporcion, derecho,
  De aspecto grave, venerable en todo,
Del tiempo y su aspereza consumido,
Aunque en su traza, compostura y modo,
Bien daba á conocer lo que habia sido:
Un vivo resplandor del valor godo,
No de otro mendigado ni fingido,
Que por sí mismo hizo desde luego
Respetásemos todos su sosiego.
  Así el anciano Enoc, ó el santo Elias,
Tras tantos siglos en igual sugeto
Se mostrarán al mundo (si los dias
Alcanzan por allá á hacer su efeto)
Y en robusta vejez por las sombrias
Frescas ramadas del jardin secreto,
A donde ahora están depositados,
De años irán y autoridad cargados.
  Y él con semblante real, y pecho dino
De lo que estaba en él disimulado,
Al sabio abad Mauril humilde vino,
Diciendo en rostro alegre, «oh padre amado,
¡Por cuan torcido y áspero camino
El cielo á este destierro os ha arrojado,
Para consuelo á un ánimo afligido,
Y remedio del alma de un perdido!
  Cien años hizo ayer que en esta tierra
Con esperanza entré deste buen dia,
Regando con mis lágrimas la tierra
Ajena ahora, y otro tiempo mia;
Donde conmigo en ordinaria guerra,
Cansada lucha, y desigual porfía
Siempre he vivido, pero ya se llega
El fin dichoso de tan larga brega.
  El santo mártir, que hoy con su tesoro
Viene á hacer rico el pobre albergue mio,
Que libre me sacó del campo moro
Para en este llorar mi desvarío;
A quien pensé labrar altares de oro,
Y templos de alabastro y mármol pio,
Dias ha que me dió desta venida
La esperanza por alma de mi vida.
  Y ya que levantar en su memoria
(Como un tiempo pensé) muros no puedo,
Ni en duros bronces entallar la historia
De su martirio en Córdoba y Toledo;
No le ha faltado á mi ánimo la gloria
De cumplir este voto, aunque con miedo,
Que hombre que á su Criador ofendió tanto
Pueda agradar con su ejercicio á un santo.
  Con él tengo y mis lágrimas ya hecha
Una humilde capilla de mi mano,
Que aunque sea al huésped tal posada estrecha,
La trazó amor, obrero soberano:
Esta es que veis, y si esta no aprovecha
Será altar este monte, España el plano
Del templo, el sol la lámpara, y el cielo
La bóveda en que dé la fama el vuelo.»
  Dijo, y con reverencia y con espanto
Atentos todos su discurso oimos,
Y desde luego en opinion de santo
En su vista y palabras le tuvimos:
Y él guiando á la ermita, por el canto
De una tajada peña descendimos
Algunos pasos á un pequeño llano
Del cielo hecho por grandeza á mano.
  De veinte piés en proporcion cuadrado
Dentro de un risco un patio se hacía,
De un bastante pretil acompañado
Por la parte de Oriente y Mediodia:
Y por todas las otras abrigado
De un peñasco que al cielo se subia,
Y hácia el frio Norte una caverna hecha,
Ancha en los senos, y en la boca estrecha.
  Parece que el Autor del mundo quiso,
Cuando labró aquel risco de su mano,
Un mirador hacer del paraiso
En lo escondido de su breve llano:
Y en medio dél un templo de su aviso,
Cuyo altar y sagrario soberano
La estrecha cueva fuese, y su capilla
De los siglos la octava maravilla.
  La parte superior, que á la inclemencia
Del riguroso tiempo está rendida,
La humana industria en sabia diligencia
De enjutas palmas la tenia vestida:
Y del grave ermitaño la prudencia
Así la estrecha cuadra repartida,
Que era humilde oratorio, y contra el viento
Albergue sano, y cómodo aposento.
  La limpia gruta que de altar servia
Con tapices de palmas entoldada,
Que el sabio anciano con primor tejia
Para vestirse á sí, y á su morada:
Ya pudo usar mejor tapicería
Un tiempo, pero aquella fue prestada,
Y así al mejor se le acabó, mas esta
Eterna quedará en su templo puesta.
  Del sangriento calvario el gran trofeo
De flores recamado por defuera,
Al sacro altar devoto camafeo
Y pía reverencia al lugar era;
Y á los presentes general deseo
De conocer la magestad severa
Del dueño, mas ninguno hay tan osado,
Que á decirle se atreva su cuidado.
  Mas viendo del altísimo antepecho

El mundo que á los ojos descubria,
Muda estátua el mas sabio quedó hecho
Absorto contemplando en lo que via:
Del mar profundo un largo y ancho trecho,
Que mudables espejos parecia,
Y entre sus crespas olas de aire llenas
Los delfines cruzando, y las ballenas.
El risco altivo en un diluvio entero
De luciente cristal las selvas moja,
Que de aquel desigual despeñadero
Con espantoso estruendo al mar se arroja:
Y de una peña en otra á lo postrero
Del monte hirviendo da su espuma floja,
Haciendo antes pedazos por los riscos
Cristales, flores, perlas, y lentiscos.
Por otra parte el monte, cuyos pinos
Parece que se esconden en el cielo,
Y entre tajadas peñas los espinos
De rocas cubren y boscaje el suelo:
Trepa la yedra, suben remolinos
De flores y de yerba por señuelo
Al presto gamo que por ellas salta,
Y de verlas temblar se sobresalta.
Silban por entre almeces y algarrobos
Las mirlas, las calandrias y gilgueros,
Retozan por la grama, y dan corcovos,
Las liebres y gazapos placenteros:
Huyen los ciervos, rumian los escobos
Las cabras, y en las peñas y agujeros
El conejo se esconde, y por sus quiebras
Enroscadas asoman las culebras.
Todo esto al son del bosque, y del ruido
Del rio que por los riscos se despeña,
De las aves el canto no aprendido,
Y del monte la verde y crespa greña:
Desde aquel alto y abreviado nido,
Que labró el cielo en medio de una peña,
Se ven sin otras nuevas maravillas
Resacas de la mar y sus orillas.
El contemplar la rústica hermosura
Los sentidos tenia embelesados,
Y entre aquellos asombros la figura
Del dueño de sus yermos olvidados:
Cuando él, en tono lleno de dulzura,
Así al nuevo concurso de cuidados,
Que advirtió en nuestros ánimos atentos,
En su boca formó graves acentos.
«¡De cuán enano cuerpo, y cuán menudas
Son las humanas fábricas, medidas
A las grandezas que entre peñas rudas
Suelen en un desierto estar perdidas:
Qué humildes las mas altas, qué desnudas
De magestad y luz las mas vestidas,
Qué primor mendigado, y qué pobreza,
Las de mas precio, y de mayor grandeza!
Los artesones de oro sustentados
En dóricas columnas, y á par dellos
Ricos jáspes, y pórfidos vetados
De azules venas, y de lazos bellos;
A dos dias de vistos y tratados,
Si al principio admiraron, cansa el vellos,
Enfadan los tapices, y el asco
Del mas pintado alcázar queda feo.
Son tibios los colores y pinceles
Que el mundo mas celebra y solemniza,
Puestos con las alfombras y doseles
Con que mayo unos riscos entapiza:
El fino rosicler de sus claveles,
Lo azul del lirio, la color pajiza
De un ya maduro trigo, y aquel fresco
Que con su aliento bulle en lo grutesco;
Aquel confuso amontonar de cosas,
Arrojadas acaso, y diferentes,
Aquí yedra, allí espinas, allá rosas,
Riscos, flores, peñascos, rios y fuentes,
Y unos lejos que vuelven mas vistosas
Las mismas cosas que se ven presentes,
Un pedazo de playa, una montaña,
Que al cielo sube, y á la vista engaña.
Y donde sobre todo de su dueño
El gran tesoro y el caudal se infiere,
Es que al grande, al mediano, y al pequeño,
Todo se da de valde á quien lo quiere:
No hay puerta, no hay cancel, desvío, ni ceño,
Sea la hora, el lugar, y el dia que fuere,
Que siempre para el gusto y el provecho
Puesto se está el tapiz, y el toldo hecho.
Ora cruzando vayan los desiertos
De algun inculto bosque, ó engolfado
En medio de los mares encubiertos
Al frio Scita, y al Burney tostado;
O en el del Sur sobre peñascos yertos
El romper goce del cristal helado,
Cuyos tumbos la playa y el arena
De blanco nacar da y mariscos llena.
O bien se baje donde en vuelo ardiente
La línea equinocial midiendo el dia,
Con alas de oro encima de su frente
La suya enarca llena de alegría;
Que allí entre aquellos páramos sin gente
(Si el mundo aun tiene allí tierra baldía)
Sus solitarios y ásperos espacios
De los reyes humillan los palacios.
Que aun contemplando aquí el humor fecundo
Que sus anchos desiertos fertiliza,
Con ignorante miedo de que el mundo
Allí el rojo calor le haga ceniza:
O que su ignoto piélago profundo
Las crespas olas con que el tumbo eriza
Entre las rocas quiebre, y se consuma
Trocada su altivez en blanca espuma.
O imaginando estrellas nunca vistas
De Europa, ó sus peñascos, no tocados
De humanas plantas, entre varias listas
De preciosos metales engastados
En pastas de diamantes y amatistas,
Siempre llenos he visto mis cuidados
Del deleite que causan peregrino
Estos rascuños del pincel divino.
Un siglo entero, que de nuevo un mundo
Hacerle suele, y trastornar la vida
Del mas robusto pecho, y mas fecundo
Calor que en miembros de jayan se anida,
Para gozar este balcon profundo
Pequeña ha sido y corta su corrida:
¿Que mucho ahora os suspenda el alma entera,
Siendo esta en que le veis la vez primera?
Mas demos ya el asiento en lo importante,
Que el tiempo huye del mundo por la posta,
Y si es digna de gloria semejante
Esta humilde capilla y cueva angosta,
Con himno santo en procesion triunfante
Subamos el Patron desta ancha costa
A este alcázar del cielo, que hasta ahora
La cárcel fue de un alma pecadora.
Y si teneis quizá, como yo siento,
Deseos de saber quién soy y he sido,
Por qué culpas el cielo este aposento
Me dió, y en él los años que he vivido,
En dando al mártir en su ermita asiento
Lo sabreis: vos ahora, esclarecido
Y sábio abad Mauril, sedme propicio
En que yo haga al santo este servicio.»
Dijo, y todos con ánimo dispuesto
De dar cumplido de su gusto el modo,
A la ancha playa del peñol enhiesto
Siguiendo fuimos al humilde godo,
Que á los piés del invicto mártir puesto,
En lágrimas de amor deshecho todo,
Tierno los besa, y con su fe cumplida

Hacer lo mismo á todos nos convida.
Suplió la devocion y el placer mudo
De aparato al triunfo soberano,
Y al encumbrado altar, ya no desnudo,
El gran mártir subimos segoviano:
Y bien que el pueblo en procesion menudo,
En pecho grande fue, y amor cristiano,
Donde en solemnidad, música y canto
La misa aquel dia dijo el abad santo.
Y el humilde ermitaño prevenido
Al disfrazado Dios en pan de vida
Con santa confesion, y encendido
Fuego de amor, y pena no fingida
De sus pasadas culpas con rendido,
Animo, y lengua en llanto derretida,
Antes del sacro pan, en el pajizo
Templo esta general confesion hizo.
«Pues ya el Rector del cielo soberano,
Que hasta ahora mis ofensas ha sufrido,
Al término presente de su mano
Para mas gloria suya me ha traido:
Sea el mundo testigo, sea escribano
La fama ya otra vez como lo ha sido
De mis escesos, y al pasado cargo
Junte, si alguno tiene, este descargo.
Y pues ofendí al cielo, y puse al mundo
En riesgo, y al infierno dejé abierta
Para que á cuenta mia su profundo
Vientre de almas engorde, una ancha puerta;
Pues fui el primero sin tener segundo,
Ni haberle de tener, que vió desierta
A España de valor, y sus regiones
Asombradas de bárbaras naciones;
Oyan los cielos, ángeles y santos,
Testigos y jueces de mi vida,
La tierra, el aire y mar, con todos cuantos
En ellos tienen parte conocida:
Oya el infierno en medio de sus llantos,
Y la caterva y plebe denegrida
De almas y negros bultos, que en eterno
Dolor rodea y ciñe el lago averno;
Y todo finalmente el circuito
De la universal máquina criada,
Y sobre todo el español distrito
Como parte mas lesa y agraviada:
Oyan todos, pues todos mi delito
Saben, desde el zenit y zona helada,
Que ciñe á mi primer nacion la frente,
Hasta del Garamante el suelo ardiente;
Como yo el desdichado rey Rodrigo,
Por propias culpas mias declarado
Para verdugo al celestial castigo
Que á la infeliz España ordenó el hado:
De rey que debia ser vuelto enemigo,
De Witiza siguiendo el desenfado
Y vicios que sembró, que yo debiera
Escardar, si el que al reino debia fuera;
Sepan que yo fui solo el instrumento,
Y mi culpa la puerta á tantos males,
Que aunque en el soberano entendimiento
De quien sus leyes toman los mortales,
Para otro oculto y no sabido intento
En tablas estuviesen inmortales
Con roja sangre escritos, y sus nombres
Inmudables al brazo de los hombres;
Yo solo aceleré con mis delitos
La divina justicia, yo imprudente
Graves escesos cometí infinitos,
Y airado hice al rey omnipotente:
Todos contra mí solo están escritos;
Yo solo fui de España el fuego ardiente,
Que al descuido de un rey un reino viene
Al triste estado que ahora España tiene.
Y aunque todos son carga en mi memoria,
Y yo asombro por todos del infierno
(Si el que con su pasion compró mi gloria
No me da libre de su fuego eterno)
El que al discurso de tan triste historia



Siempre mi corazon halló mas tierno,
En mis ojos mas lágrimas, mas tiros
En mi alma, y en mi boca mas suspiros;
Fue de Ataulfo el afeado gesto
Que por leal sacó, y por obediente
De la enemiga Atanagilda en esto,
Como en pasarse en Africa insolente:
Grave delito fue haber descompuesto
Al rey Witiza, y siendo mi pariente,
Con el favor romano, y mis antojos,

Privádole del reino y de los ojos.
Grave delito fue el voraz deseo
De entrar en mi usurpada monarquía,
Y de la torpe vida el vicio feo
Que en mi ofendido reino permitia,
Y el desnudar del belicoso arreo
La invicta España en quien su paz tenia,
Como que yo de intento al triste caso
Del feroz mauro diera llano el paso.
Y entre todas mis culpas la famosa,
Y que mas se descubre, y mas campea
A los ojos del vulgo, la afrentosa
Fuerza y estupro de una falsa idea,
Que á un ciego antojo pareció hermosa,
Y á la triste memoria amarga y fea,
Hija de un traidor conde, que en ser malo
Aun yo el mayor de todos no le igualo.
Y si fue culpa dará la pureza
De mi gótica sangre la africana,
Y dejar Zara ley, reino y riqueza,
Mas por ser mia, que por ser cristiana;
Y la curiosa y bárbara fiereza
De abrir la antigua cueva toledana,
Donde el hado de España estaba oculto
En las espaldas de un mudable bulto;
Y otras ocultas culpas y defetos,
Que al libro de mi vida harán cargo
En públicos sumarios, ó en secretos,
Tras un discurso y un vivir tan largo:
Aunque todos cien años imperfetos
Me cuestan de dolor y llanto amargo,
Siempre que á Ataulfo en la memoria miro,
Con nueva pena y confusion suspiro.
Tanto á un leal criado se le debe,
Y cual este en lealtad nadie le tuvo,
Ni si él viviera del vasallo aleve
La traicion el efecto hubiera que hubo:
Murió como español, mas murió en breve,
Que el cielo que en la vida le mantuvo,
Mientras quiso que el reino mio fuese,
Por quitármele hizo que muriese.
Murió, y no hallando en la agostada España
Brazo á quien dar del campo el cetro honroso,
El salir yo con él á la campaña
En riesgo general me fue forzoso:
¡Encuentro duro de fortuna estraña,
Que sobre el rio Letéo dió espantoso
Vaiven conmigo, y á sus piés con todo
El nombre y pundonor del valor godo!
Ocho veces la lámpara febea
Salió alumbrando el mundo, y ocho veces
La negra sombra de la noche fea
De la luna alteró las blancas teces;
Y tantos dias la mortal pelea,
El sol y las estrellas por jüeces,
En España duró, sin durar ella
Mas en su libertad, que en fenecella.
De allí ya viendo que el rigor del cielo
Era, y no otro el azote del castigo,
Sin esperanza de favor del suelo
El campo dejé y reino al enemigo:
Y aquí de angustia lleno y desconsuelo,
Si conmigo venia, dí conmigo,
De un rústico vestido disfrazado,
Que compré por la púrpura y brocado.
Cien cursos ha revuelto el gran planeta,
Que por doce escalones de oro mide
El cerco de la vida, y de imperfeta
Vuelta los demás círculos divide:
Despues que entré á la soledad secreta,
Que en este inculto páramo reside,
Siempre pidiendo, aunque con lengua muda,
A mis culpas perdon y al cielo ayuda.
Y es tan piadoso el Padre soberano,
Que sin mirar del pródigo perdido
La grave ofensa y término villano
Con que á mas no poder se ha reducido,
Con favores de padre, y padre humano,
Regalado y en palmas me ha traido
Hecho otro Benjamin hasta este punto,
Que el premio espero de su sangre junto.
Dióme este rio néctar, y el sustento
Estos almeces, palmas y algarrobos,
Esta secreta cueva el aposento,
El suelo cama, y colchas sus escobos:
Despertando al cuidado soñoliento
De noche los aullidos de los lobos,
Para enviar con dulce desconsuelo
Por mis maitines lágrimas al cielo.
Desta suerte he corrido el curso entero
De un siglo en vida dulce y sosegada,
Llena de paz y de ánimo sincero,
Bien que de algunos miedos asaltada:
Mas fuera de aquel gusto verdadero
De verla en Dios, y por su amor gastada,
Aun en lo natural así regala,
Que la de mas deleite no la iguala.
En santa ociosidad vagando á veces
Por los secretos ángulos del cielo,
O á sus cóncavos, nudos y combeces
Atento contemplando el curso y vuelo;
O á las palmas pidiendo y á las nueces
Sustento y sombras, al florido suelo
Verdes tapides, cantos á las aves,
Aliento al aire, al mar bramidos graves.
En esta ocupacion y este ejercicio
La vida he preparado y la conciencia,
Para dar cuenta della en el juicio
De aquel en quien espero hallar clemencia;
Y ahora mas, pues me vino á ser propicio
En tal trance el gran Santo de Valencia:
Vosotros deste bien nobles autores,
No me negueis con él vuestros favores.
Ayudadme á la fin de la jornada
Los que el cielo hacer testigos quiso
De mi vida presente y la pasada,
Y séale al mundo general aviso:
Que el rey Rodrigo, si dejó manchada
Por incauto su fama y por remiso,
Ya con cien años de continuo llanto,
Si sus manchas lavó no saldrán tanto.
Toda esta magna conjuncion que junta
Favorece á los árabes furores,
Y en Sagitario y su primera punta
Harán los dos planetas superiores;
El fin y el punto de mi muerte apunta,
Hasta ella sola llegan los mayores
Términos del período de mi vida,
Si antes no abrevia el cielo la partida.»
Así dijo, y postrándose en el suelo,
En lágrimas el pecho consumido
De humilde contricion, al Rey del cielo
En la hostia santa recibió escondido,
Con tanto gusto y general consuelo,
Que en un profundo rapto suspendido,
Y levantado de la tierra un codo,
Dió el alma á su Criador el postrer godo.
Quedó ya con dos santos la capilla
Hecha del cielo un singular retrato,
Y todos de tan nueva maravilla
Llenos de admiracion y de rebato:
Viendo al rey godo que perdió á Castilla
Morir tan sin grandeza ni aparato,
Cuando en el mundo se tenia por cierto,
Que en él habia cien años antes muerto.
Hízose humilde entierro al rey potente
Conforme el tiempo y ocasion pedia,
En un sepulcro que por mas decente
Dentro labramos de la peña fria;
Donde Mauril, que en todo era eminente,

Un epitafio puso, que decia:
«Aquí yace Rodrigo en este suelo,
Despues que perdió á España ganó el cielo.»
Y en lo mejor del apacible llano,
Y mas acomodado con la ermita.
Fundamos un humilde pueblo ufano
De tener prenda en sí tan esquisita:
Contentos del asiento y temple sano,
Libre de la inquietud, tropel y grita
Del morisco furor, y la insolencia
Del bárbaro gobierno de Valencia.
Y ya contentos con la humilde suerte
Que allí nos arrojó al rincon del mundo,
En vida quieta una agradable muerte
Prometia á todos su calor fecundo:
Cuando la ciega diosa que lo advierte,
Contraria nuestra en el desden segundo,
Cruel quiso acabar de dar sin duelo
Con todo el edificio por el suelo.
Tuvo el rey de Ayamonte Cardiloro,
Padre del que me trajo á mí á la guerra,
Por hija á Glaura del cabello de oro,
Y la beldad mayor que vió la tierra:
Si el cielo al mundo trasladó el tesoro
Alguna vez que en su pintura encierra
En esta mora fue, y sin faltar punto
Allí con su pincel lo puso junto.
Nacieron Cardiloro, y esta hermosa
Medalla de beldad y de desdicha
Juntos, debajo alguna peligrosa
Combusta radiacion sin luz ni dicha:
Solo Saturno en casa venturosa,
Venus del todo muerta y entredicha,
Y los demás planetas por los signos
Menos proporcionados y benignos.
Era Zafira de los dos infantes
Tia, y supersticiosa hechicera,
Que por agüeros, rayas y semblantes
La ventura alcazaba venidera:
Esta entre varias cosas disonantes
Una vino á sacar por verdadera,
Que serian ambos muertos por engaños
De amor en lo mas tierno de sus años.
A Cardiloro ayer costó la vida
El cauteloso robo de mi hermana,
Pues de la suya oid la nunca oida
Desgracia, y sin sazon muerte temprana;
Vereis que no hay lazada desasida
De nudo y de pendencia soberana,
Ni á poder trastornar la órden del cielo
Las fuerzas llegan ni el saber del suelo.
Cuando Hércules abrió por el estrecho
De Gibraltar la puerta á los dos mares,
No quedó luego todo el golfo hecho,
Ni hundidos de una vez tantos lugares;
Que algunos altibajos trecho á trecho
Hechos quedaron islas y lunares
De aquella su canal angosta y brava,
Donde no asentó el golpe de la clava.
Destas las islas Verdes fueron unas,
Que Afrodisias llamó la edad pasada,
Y en floridos vergeles á ningunas
Iguales cercos dió la mar salada:
Aquí entre estanques, flores y lagunas,
Sobre una peña de cristal cuajada,
De la maga Zafira en largo espacio
La fábrica ocupó del real palacio.
Aquí se retiró la astuta mora
Con la hermosa Glaura su sobrina,
Glaura infeliz, y desdichada autora
De una triste tragedia repentina:
Crióse oculta allí como la aurora
Entre aljófares, rosas y neblina,
Que cuando sale á despertar el dia
Cuantos la miran viste de alegría.
Así sucedió á Glaura, que escondida
En la isla Verde nadie supo della,
Hasta que ya, la maga consumida,
El rey la trajo, y á su córte en ella
Todo el deleite y gusto de la vida,
Pues nadie la miró, que en solo vella,
De sus alegres ojos al bullicio,
El alma no ofreciese en sacrificio.
Cuando su luz por todo el horizonte
Hacia de la propia y gente estraña
Rica la humilde córte de Ayamonte,
Y famosa en las de Africa y España,
Un fiero nieto del antiguo Almonte,
A quien Roldan mató en una montaña
Por incapaz de amor y hombre furioso,
Llamado Boacel el desdeñoso;
Este allá en Tremecen por Agolante
El principado de Aregol tenia,
Cuando de Glaura oyó el nombre triunfante,
Que la fama en su córte lo estendia:
Y en tal punto le oyó, que fue bastante
A quitarle el sosiego en que vivia,
Y antojado sacarle de su tierra
A buscar la que ausente le hace guerra.
En loco aplauso, en aparato y galas
Tras su amorosa empresa salió el moro,
Y dando al viento de un navío las alas
A la córte arribó de Cardiloro;
Donde por nuevas no del todo malas
Supo que Glaura del cabello de oro,
De la córte y su tráfago enfadada,
En el Algarbe estaba retirada,
En una casa de placer, tratando
Con sus damas de caza y montería,
Sin saberse de cierto el tiempo cuando
A la ciudad del campo volveria:
Boacel que en su aficion se está abrasando
En sus deseos mas dentro cada dia,
A un ciego antojo que razon no escucha,
Cualquier pequeña dilacion es mucha.
Y así con nombre de ir tambien á caza,
Y conocer del reino las fronteras,
Con gran tropel de gentes de su raza,
Berberiscas, indómitas y fieras,
De Ayamonte salió buscando traza
De descubrir á Glaura sus quimeras:
Llegó á la casa de placer, y hallóla
Por daño nuestro el impaciente sola.
Que un dia ántes la infanta habia salido
Por el áspero Algarbe á montería,
Y el insufrible moro desabrido
De tanto azar como en su antojo via,
Haciendo del gallardo y atrevido
Cercar el monte quiso, y ver si habia
Modo para que su ánimo robusto,
Pues que todo es cazar, cazase gusto.
Salió, y el desvariar de la fortuna,
Que el mundo guisa del sabor del hado,
Huyendo el pantanal de una laguna
Con él dió en nuestro pueblo descuidado:
De humildes chozas sin defensa alguna,
En triste sitio y puesto desgraciado,
Y á los que da en seguir la desventura,
Aun donde ya no hay mundo los apura.
Sobresaltóse el moro de repente
Viendo la humilde poblacion, y viendo
Ser allí nueva, y de cristianos gente,
Furioso en ella dió un asalto horrendo,
Destrozando la mísera inocente,
Que del peligro valenciano huyendo
Por tantos mares, y rodeo tan largo,
Allí á buscar llegó su fin amargo.
No dejó el mauritano furor ciego
Rastro de nuestro pueblo ni memoria,
Que de casas y gente á sangre y fuego

Las luminarias hizo á su victoria:
Algunos reservó, no humilde ruego,
Mas pomposa ambicion y vanagloria
De dar blason á su sangrienta traza,
Y á Glaura los despojos de su caza.
A mí, ó fuese que el hábito de moro
Con que salí de la prision de Abdalla,
Me hiciese parecerlo; y por decoro
Del me diesen la vida en la batalla;
O que el autor del cielo en quien adoro
Quiso para traerme aquí guardalla,
Yo al fin con otros dos salí del fiero
Imprudente Boacel por prisionero.
El resto, como en caza de inhumanas
Fieras, por entre peñas y agujeros,
A las manos murieron africanas
De aquellos implacables lobos fieros:
Sin que el humilde ruego, ni á las canas
De Mauril, ni sus santos compañeros,
Que de rodillas les pedian rendidos
Las vidas diesen, ni piedad, ni oidos.
El alarido y grita que volaba
Del vulgo al cielo, á quien favor pedia,
Aunque en quebrados ecos, donde estaba
Glaura llegó, y su hermosa compañía:
Y la que á ver medrosa se acercaba
De adonde el triste lamentar salia,
Viendo la mortandad, á rienda suelta
Huyendo de temor daba la vuelta.
Mas el furioso nieto de Agolante,
Que conoció las cazadoras bellas,
Con la victoria y el amor triunfante
Alegre por el bosque entró tras ellas:
Y en lo mas fresco dél, poco distante
Del asolado pueblo, halló entre ellas
El bello brio de Glaura, que en el mundo
Por aquel tiempo no tenia segundo.
Quedó el moro de nuevo sin sentido,
Y acariciado de la bella dama,
Por bien pagado dió lo que ha servido
Hasta aquel punto á cuenta de su fama:
Y ya en su mismo amor desvanecido,
En su alma adora la sabrosa llama
Que allí le trajo, y el dichoso sino
Que de gozar tal bien le hizo dino.
Contóle bravo el arrogante hecho,
Presentándole todas las cautivas,
Que dijo haber guardado por cohecho
De su gusto, y no de otro intento, vivas:
Y que á mí, de mi talle satisfecho
Solo queria por paje, y con altivas
Palabras, lleno de su vano antojo,
Dió á los suyos el resto del despojo.
Puso la mora en mí los ojos bellos,
No se si todo fue sospecha mia,
O gran descuido suyo, yo vi en ellos
Que nada mi presencia la ofendia:
Y en la inquietud de huillos y volvellos,
Ya la de su alma y corazon leía,
Entre algun quebrado ay, de aliento entero,
De su nuevo cuidado pregonero.
Preguntóme mil cosas con cautela,
Hijas del gusto de hablar conmigo,
Mi edad, mi patria, sangre y parentela,
Y quién me hizo de aquel pueblo amigo:
Cosas sueltas sin causa, en que revela
Amor á veces mas de lo que digo,
Gustando de todo ello el ignorante
Bárbaro inadvertido, y ciego amante.
Pasóse en esto el resto de la tarde,
Y venida la noche el moro hizo
Con sus bajillas de oro rico alarde,
Y banquete á su gusto antojadizo:
Y como el fuego que en las venas arde
Del amor con la gula se rehizo,
Consumió la humedad, y huyó el sueño
De las vivas congojas de su dueño.
Y no hallando parte de reposo
En la pluma y quietud del blando lecho,
De su tienda salió el moro vicioso
A ver la de su dama sin provecho:
Al tiempo que ella en un disfraz hermoso
Con igual inquietud salia en el pecho,
Quizá á buscar su antojo y devaneo
Que esto y mas que esto cabe en un deseo.
No se pudo saber de la salida
A tal hora de Glaura cosa cierta,
Ni adonde en tal disfraz desconocida
Iba de noche, y sin por qué encubierta:
Si ya no fue que sin pensar metida
En nuevo ardor de pretension incierta,
Tras el devanear del pensamiento
Salia, sin saber dónde iba, á tiento.
Descubrió el moro el bulto denegrido
De la amada beldad sin conocella,
Y viendo que al hablalla y al ruido
Atrás volvió lo temerosa huella,
Sospechando traicion, un prevenido
Venablo le arrojó, que dió con ella
En el suelo, clavado el blanco pecho,
Que al tiempo hizo hermoso sin provecho.
«¡Ay de mí, dijo, desdichada, y muerta
En lo mejor del gusto, y de mis años!»
Acudió el homicida á ver la incierta
Causa de desvarios tan estraños:
Y vió la luz de sus deseos cubierta
De sangriento arrebol, y los engaños
De su imaginacion deshechos todos
Por tan contrarios y no vistos modos.
Quedó pasmado, la color difunta,
Y todos juntos en desgracia tanta
Corren á ver la miserable junta,
Que en torno se hace de su triste infanta:
Y ella clavada en la acerada punta
Tan bella está, que aunque mortal espanta,
Rodeada de sus damas, cuyo llanto
Es á la noche horror, y al bosque espanto.
Llegué tambien yo á vueltas, que la suerte
Me llevó con los otros á ayudalla;
Y viéndome llegar, trabóme fuerte
De la mano, y al tiempo de apretalla:
«¡Ay causa, dijo de mi triste muerte!
Si la vida perdí yendo á buscalla,
No pierda...» y no acabó, que en esto el filo
De la parca cortó al estambre el hilo.
Quedamos todos muertos viendo muerta
La bella infanta, mas Boacel furioso,
Que en su muerte sintió la suya cierta,
Ya con semblante horrible y pavoroso,
La aguda punta de arrebol cubierta,
Que caliente sacó del pecho hermoso,
Que á tal trance le trajo y á tal punto,
En el suyo escondió, y cayó difunto.
Doblóse el llanto, el alboroto y grita
Tal con la nueva muerte, que un retrato
De infierno el bosque fuera, si infinita
Su pena fuera, y no de un breve rato:
Fuese la noche, y vióse en sangre escrita
La celestial venganza al desacato
Hecho al Patron de aquel dichoso suelo,
Que así á los de su córte venga el cielo.
Quisieron dar los moros sepultura
Del sacro monte en un florido cerro
A los dos cuerpos juntos, fue locura,
Y el segundo añadir al primer yerro:
Que la amistad de un malo no es segura
Aun en la fria huesa y mudo entierro,
Al contrario del bueno, que convida
Como Eliseo al muerto con la vida.
Y como á defender á los superbos

Hijos de confusion el desacato
De dar del torpe amor á los dos siervos
Sepulcro ilustre en fúnebre aparato,
Un sombrío escuadron de negros cuervos
A dar bajó sobre ellos cruel rebato,
De cuyos picos y ásperos artejos
El de mas compasion huyó mas lejos.
Y ellos como verdugos enviados
Para aquel fin del celestial gobierno,
Los cuerpos, cuyas almas y cuidados
Son lóbregos tizones del infierno,
En espantoso vuelo arrebatados
A un pardo risco por castigo eterno
De sus delitos, y el furor tirano
Del sin fe ni piedad rey Agolano;
Los llevaron, y allí sobre ellos puestos,
Entre el carrizo y huecas espadañas,
Con gritos atronando descompuestos
La postrera quietud de las Españas,
Puerta á los fuegos dieron deshonestos,
De que ya fueron hornos sus entrañas,
Entrando con los picos dentro dellas,
Hasta mostrar su hollin á las estrellas.
Asi en el yerto risco peñascoso
Del inclemente Cáucaso se estiende
A roer el pecho al escultor curioso
El buitre horrible que sobre él desciende:
Y el escuadron de arpías asqueroso
Así en Arcadia al ciego rey ofende,
Arremetiendo con las corvas presas
A asir el pan, y trastornar las mesas.
No están sobre el cadáver recien muerto
Mas importunas moscas asentadas,
Cuando del asqueroso horror cubierto
El tibio humor le enjugan á picadas;
Ni cuando el campo de Ilion desierto
Dejaron las argólicas espadas,
De muertos lleno y de sangrienta espuma,
De cuervos vió ni buitres mayor suma.
Dieron las corvas uñas á los ojos,
Y espanto á los que allí quedaron vivos,
Que fueran á no huir nuevos despojos
De sus presas y artejos vengativos;
Pues si algunos con bárbaros antojos
De armas se visten y ánimos altivos
Para librar su rey de aquel tormento,
Vencidos vuelven de su vano intento.
Y no solo á ellos, mas la córte entera
Del rey, que allá en Zalama fue prolija,
Y en triste luto y lóbrega litera
Llevar el cuerpo quiso de su hija;
El negro enjambre y gente vocinglera
Con importunos vuelos los cobija,
Haciendo que de ver su horror medroso
Huyendo vuelva el pecho mas brioso.
Dejáronlos allí al tormento horrible,
Y á libre voluntad de los soldados,
A guardar el alcázar invencible
Del mártir de Segovia acostumbrados:
Desde el sangriento golpe del terrible
Daciano, que sus miembros arrojados
En la playa dejó, y negó á Valencia
Para enterrarle en su arenal licencia.
Allí el ave de Apolo hizo la vela
Sobre el sagrado cuerpo, y allí estuvo
En cuidosa y perpétua centinela,
Y campo á todos con su fe mantuvo:
Y ahora tambien en su defensa vuela
Sobre su sacro monte, y al que tuvo
Animo de ofenderle, se presume
Que en eterno tormento le consume.
Yo desde allí en poder de Cardiloro
Quedé por suyo, y él en noble trato,
Sirviéndose de mí no como moro,
Aquí me trajo, donde en el rebato
De anoche quedó muerto, y el sonoro
Discurso de mi vida, y su retrato
Es este, y este el áspero rodeo
Al bien que ahora sin pensar poseo.»

ALEGORIA.

Orlando, que saliendo á caza, queda tras el gusto de su novela perdido y engañado por Garilo, significa que muchas veces el entendimiento, por divertirse en curiosidades sin provecho, queda perdido, y llevado de un error en otro hasta perecer. Y en el encantamento de sus amigos convertidos en estátuas de oro, como la avaricia es un vicio tan torpe, que vuelve á los hombres estátuas, absortos en la sedienta codicia del dinero. En la historia de Roselio se ve lo mucho que importa el tener devocion con los santos: y como el desacato que se le hace, y el agravio hecho al inocente, pocas veces deja el cielo de castigarlo, y en el rey Rodrigo los soberanos efectos de la penitencia.

LIBRO DÉCIMOTERCIO.

ARGUMENTO. Descríbese el gran aparato de las fiestas de Francia la ferocidad de Morgante rey de Córcega, y las bravatas que hizo con las nuevas de la muerte de su hermano Bramante. Prosigue Orimandro en contar los mónstruos de Creta. Llega Bernardo sobre una armada de corsarios, donde libra de prision á Arcangélica la bella, princesa del Catay; y enamorado de su hermosura, la pierde en una gran tormenta, de donde se se escapa nadando sobre una entena.

Así Roselio en su sabrosa historia
Los que oyéndole están entretenía,
En el sentido haciendo y la memoria
Una mezcla de pena y de alegría:
Del santo rey la conocida gloria,
El trágico furor de Berbería,
Del uno y otro amante el desatino,
Y el justo premio de sus culpas dino.
En tanto con las fiestas aplazadas
El francés hinche de alegría la tierra,
Desde el frio golfo y gentes apartadas
Que el encubierto mar Gótico encierra,
Hasta donde sus ondas abreviadas
Del Calpe rompen la encumbrada sierra,
Alborotando su clarin bastardo
La ardiente sangre al pecho mas gallardo.
La Gran Bretaña al templo de la fama
Dió en otro tiempo bellos resplandores,
Cuando al guerrero dios la blanda llama
Del dulce amor templaba los furores:
No habia jayan feroz sin tierna dama,
Casados con las armas los amores,
Lleno aquel rico mundo de altos hechos,
De ilustres brazos, y de heróicos pechos.
De héroes famosos llena la presencia
Del siglo que hoy asombra su memoria,
Del antiguo Merlin la grave ciencia,
De Artús la mesa, de Amadís la gloria;
Del rey Perion la ilustre descendencia,
Del triunfo del honor famosa historia,
Viviendo aunque en dos cuerpos con un alma
El tierno mirto y la triunfante palma.
Por las selva de Ardenia á sus venturas,
En pomposa beldad y altiva frente,
Pasar solian tiernas hermosuras,
Tascando en oro el palafren ardiente:
Encerradas aun hoy no están seguras,
Que á un rayo de metal resplandeciente
Viene en la cuadra de mayor recelo
Danae rendida, y su recato al suelo.
Aun no el ciego interés con su codicia
La fe tenia cual hoy tiranizada,
Ni habia entonces parido la avaricia

Los monstruos que hoy la tienen afeada,
Ni del picante Momo la malicia
La casa daba del honor manchada,
Todo era gentileza y gallardía,
Cuanto en el mundo y en su gente habia.
El siglo de oro pudo ser llamado
De aquella edad el tiempo venturoso,
Cuando del mayor rey la honra y estado
En ser valiente estaba y generoso:
Mas no, que el siglo nuestro es el dorado,
Y el mundo hoy en sus cosas mas precioso,
Donde el oro ha llegado á tanto lustre,
Que es obscura sin él la sangre ilustre.
El rey Cárlos tambien gozó gran fama,
Insigne córte, y bravos caballeros,
Mas como les faltó de amor la llama,
No pudieron llegar á los primeros;
Que los que el vulgo paladines llama,
Y yo príncipes de ánimos guerreros,
Son hombres encantados, que su hechura
De humana tiene sola la figura.
Orlando el principal capitan dellos
Era, segun la fama, hombre encantado,
Velloso el cuerpo, y ásperos los vellos,
De hombros metido, de color tostado;
Turbios los ojos, duros los cabellos,
Gruesa la barba, el pelo ensortijado,
De miembros mas fornidos que elegantes,
Y de fuerza mayor que dos gigantes.
Reinaldos fue tambien un hombre esquivo,
De ánimo y corazon determinado,
Ambicioso, sagaz, astuto, altivo,
Colérico, atrevido y recatado:
Pocas veces de amor se vió cautivo,
Ni supo á tiempo amar, ni ser amado;
Flordelis fue testigo, y lo es con ella
El tierno amor de Angélica la bella.
Los demás belicosos paladines
De altivez fueron y soberbia llenos,
Conquistando á la fama sus clarines,
Su tierra al mundo, y á la mar sus senos:
Tibios al dulce amor, de cortos fines,
Que para amores nunca fueron buenos,
Hombres duros, incultos y feroces,
De fieros pechos, y ánimos atroces.
Si el gallardo Ruger fue tierno amante,
No era en nacion francés, era africano;
Si supo amar la bella Bradamante,
Una temprana flor no hace verano:
Esta sin otras dió causa bastante
De las hadas al claustro soberano,
Que alegre acariciando al pueblo moro
Contrario fuese de los lirios de oro.
Asi tambien el ordinario oficio,
Que en la córte de Francia se sabia,
Era de armas el áspero ejercicio,
Que su nacion colérica pedia:
Y entre el cansado Marte y su bullicio
Apenas rayo del amor salia,
Que mejor siempre las francesas flores
En armas aprobaron que en amores.
Y en justas ahora de placer metidos
Su tierra miran de alegría poblada,
Los circunstantes reinos conmovidos,
Con grandezas la fama sobornada:
De la imperial ciudad por los ejidos
La milicia del mundo está sembrada,
Que á varios fines, por diversos modos,
A la voz de la fiesta acuden todos.
Lleno el país de pláticos soldados,
Ricos penachos por los yelmos puestos,
Sobre recios frisones de encrespados
Plumeros de oro y chapería compuestos:
Almas fogosas, pechos arriscados,
Por cualquier aire á se arriesgar dispuestos,
Que la francesa cólera, el mas grave,
Aunque la quiere reportar no sabe.
Quién de una bella infanta al diestro lado
Lleva en su nuevo amor gusto cumplido,
Quién en el bosque oculto el bulto amado
Llorando halló el agravio recibido;
Quién á cobrar el ya perdido estado
Su brazo ofrece y su favor cumplido,
Y contra el gran poder fuerza bastante
De obscuro mago, ó descortés gigante.
Unos en negro luto andas doradas
Llevan entre el bordado terciopelo
Un muerto rey de tierras apartadas,
Que pidiendo venganza viene al cielo:
Que siempre acude á fiestas tan nombradas
Buscando fama lo mejor del suelo,
Donde se desagravian ofendidos,
Y se suelen cobrar reinos perdidos.
Otros de armas y yelmos encantados,
Nacen, viven y mueren en cuestiones;
Otros de tierna cera, hombres cansados,
De duro cuerpo y blandos corazones:
De dia por los desiertos abrasados,
De noche por estériles terrones,
Que la guerra y amor piden de fuero
Para sufrir su vida hombres de acero.
Cuál con la bella imágen de su dama
Resplandeciendo lleva el ancho escudo,
Cuál un pardo dragon en roja llama
Despedazando un corazon desnudo,
Cuál parlero clarin de altiva fama
Vuelto por falta de una pluma mudo,
Que la lanza mayor por sí no alcanza,
Sin quien ayude al cuento de la lanza.
Las selvas, los desiertos, los caminos
De desafíos llenos y revueltas,
Combates, bregas, riñas, desatinos,
Dulces pasiones en locura envueltas:
Unos lanzas buscando, otros padrinos,
Otros justas de galas, y otros vueltas
Las espaldas á todos sus cuidados,
Van en el de su amor embelesados.
Está en medio de Francia París puesta,
Ciudad insigne, córte populosa,
De edificios bellísimos compuesta,
En letras y armas clara y poderosa:
Y ahora en la voz de la aplazada fiesta
En placenteras galas tan vistosa,
Que no hay rincon en ella que no sea
Deste insigne aparato su librea.
Las torres, los balcones, las ventanas
Ardiendo en luminarias inmortales,
Cuya luz á las máscaras livianas
Alegre vista da y sombras iguales:
Llama el clarin, responden las campanas,
Al atambor sonoros atabales,
Y alegres chirimías y cornetas
Al tropellado son de las trompetas.
Vanse por todas partes ensayando
Hombres de armas, bridones y ginetes,
De relámpagos de oro el aire blando
Cubriendo los grabados coseletes:
Entre el bruñido acero tremolando,
Plumas, bandas, banderas, gallardetes,
Ricos despojos del vencido moro,
De perlas llenos, y de cifras de oro.
Las calles y las plazas tan cubiertas
A todas horas van de gente armada,
Que el ronco estruendo y súbitas reyertas,
Ni oir consiente, ni entenderse nada:
De la insigne ciudad las francas puertas
Dando seguro paso y libre entrada
A varia gente en ciegos escuadrones,
Sin mirar leyes, ni aceptar naciones.
Aquí tablados hacen y estacadas,

Allí palenques, acullá barreras,
Altos andamios, firmes palizadas,
De varias trazas fuertes y maneras:
Quién limpia el corvo escudo, quién grabadas
Armas, sillas, penachos y testeras,
Quién en jaeces de oro y paramentos
Labra á su amor costosos pensamientos.

Quién da de tembladora argentería
A su plumero varios resplandores,
Quién graba un limpio arnés, quién desafia
Y vence la iris bella en sus colores,
Quién la antigua bisarma, que servia
De inviolable blason á sus mayores,
Descuelga ya de mármoles estraños,
Donde la guardó el tiempo largos años.

Es el concurso grande, y la agonía
Varia, varios los pechos valerosos,
Que en noble empresa es honra la porfía,
Y señores del mundo los briosos:
Llegan mil aventuras cada dia,
Sucesos de armas, lances amorosos,
Justas y desafíos de gigantes,
Pruebas de amor, y casos semejantes.

Al venidero mes que abre las flores
La fiesta principal está aplazada,
Que entre las rosas brotan los amores,
Y fiestas sin amor no valen nada:
Si algun azar no entibia estos furores,
Gala el mundo no vió mas señalada,
La fama lo dirá... que un jayan fiero
Ahora á mi pluma lleva el vuelo entero.

Está del mar Ligústico cercada
Córcega dicha Cirno antiguamente,
Aspera, peñascosa, mal sentada,
De mal clima, mal suelo, y mala gente:
Del gran jayan Morgante gobernada,
Que en una roca sobre el mar pendiente
Su inespugnable alcázar se levanta
Con que á la isla enfrena, al mundo espanta.

Del pardo Bronte, que en la estrecha altura
De Meliguna un tiempo tuvo fragua,
Por recta línea y sucesion no obscura
Así la suya el tiempo antiguo fragua:
A Scila en su primera hermosura
El cíclope gozó dentro en el agua
De su madre Anfitrite, y della tuvo
Al fuerte Auson, y al inclemente Onubo.

Mató Onubo á su hermano, y de un pequeño
Niño, que de Dorisca dejó al mundo,
Llamado Lipar, el humilde isleño
De Lipara heredó nombre segundo:
Deste nació Ligusto, que en empeño
Tambien dejó su nombre al mar profundo,
Naciendo Cirno dél, y deste Almonte
De Onubo abuelo, y del segundo Bronte.

De Bronte fue Dorisco descendiente,
Y Fulborando padre de Morgante,
Que heredó el reino y la soberbia gente
De Córcega, y fue hermano de Bramante,
Que huyendo dél por de ánimo inclemente
A Toledo pasó, y fue vano amante
De Galiana, y este en este modo
Es del rey corzo el real linaje todo.

Hácia la áspera costa al mar profundo
Hoy levanta un peñasco la cabeza,
Que en otro tiempo anduvo por el mundo
Hecho hombre, y de mortal naturaleza:
Quien de su primer ser sacó el segundo,
Y sus miembros vistió de tal dureza,
Yo lo diré despues, que ahora quiero
Al bravo corzo retratar primero.

Era un marino risco en estatura,
Cuerpo abultado, músculos fornidos,
Anchas espaldas, gruesa la cintura,
Larga y corva nariz, ojos torcidos,
Verdinegro en color, basto en hechura,
Barba y cabellos crespos y tupidos,
Y de tan firmes fuerzas, que pudiera
Mudar un monte, si mudable fuera.

Una ancha cimitarra que jugaba
De blancos filos un quintal tenia,
Conque del primer golpe destrozaba
Entero un hombre y dos y tres partia:
Y á este respecto lo demás llevaba
Del reforzado arnés que se vestia,
Asaltando arrogante un campo entero,
Ora armado de seda, ora de acero.

Trazando un dia en su ánimo orgulloso
Cómo en Francia esgrimir podria su maza,
Y en sus fiestas hacer su brazo airoso
El general espanto de la plaza:
A sus piés puesto un mensajero odioso
Con triste nueva humilde los abraza,
Y el golpe le encarece furibundo
Con que el cruel Bramante huyó del mundo.

Dejóle el nuevo caso embelesado,
En el cómo y el cuando cuidadoso,
Mas vuelto en sí de aquel primer cuidado
Impaciente se muestra y desdeñoso:
Y de un cruel furor arrebatado
Cuanto delante está rompe furioso,
Todo lo hace igual, nada perdona,
Gente, vestidos, armas, ni persona.

Cual sierpe antigua en siesta calurosa,
Hácia el terron que le arrojó el villano
Se alza, silba, y revuelve la escamosa
Concha sembrando muertes por el llano:
Y á la garganta y lengua ponzoñosa
Del mortífero pecho saca en vano
(La sed prolija que sufrió en su cueva,
Y oculta allí para matar la lleva.)

Así del torpe desabrido pecho
Del bruto rey de Córcega revienta
En rabioso furor veneno hecho,
En que el confuso corazon alienta:
Y al que la nueva trajo sin provecho
En debidas albricias de su afrenta
(Las que le dió den siempre al que se ceba
En ser correo de una mala nueva.)

Del débil pié le coge, ¡estraño aliento!
Y á dos veces que el brazo da la vuelta,
En triste ruido por el sordo viento
Va cual de rústica honda piedra suelta:
Bajó buscando el húmedo elemento,
Y el agua blanda en crespa espuma vuelta
Recibió el cuerpo en peña convertido,
Ya por el aire enjuto endurecido.

Que cual de estrecho frio detenida
Nube en el hueco viento congelada,
En blanca nieve baja endurecida,
Y en menudos vellones apretada:
O cuando á duros globos reducida
En aljófares gruesos cae llorada,
Sin sangre el cuerpo así del miedo helado
En duro pedernal cayó trocado.

Y allí la humana forma consumida
Quedó en medio la mar vuelto roquedo,
Que quien por mucho andar perdió la vida,
Justo es que para siempre se esté quedo:
Así este cuento, ó fábula fingida,
El vulgo canta en Córcega sin miedo
Que lo tenga por tal, siendo lo cierto
Que el correo fue sobre aquel risco muerto.

Que descendiendo por el aire blando,
A quien la ira del cruel gigante
Sin alas hizo penetrar volando,
Nombre al risco le dió, bulto y semblante:
Y él todavía en su furor bramando,
Con ánimo impaciente y arrogante,
Sin que respeto ni temor le ocupe,



Torpes blasfemias contra el cielo escupe.
Mas por alegre ornato, ó por decoro,
Que por la religion, ni su cuidado,
De los Penates el casero coro
De su cuadra un altar tenia dorado:
Y aunque en precio y valor era un tesoro,
De la avenida del furor llevado
La rabia estrenó en ellos de manera,
Que ninguna deidad le quedó entera.
De Júpiter un nuevo Icaro hizo,
Que al turbulento mar bajó volando;
A Venus y á su hijo antojadizo
Dos Leandros que á Sesto iban nadando;
A Marte entre las manos le deshizo,
Y mejor lo hiciera peleando,
A Vulcano arrojó con tal enojo,
Que de ambos piés al caer le dejó cojo.
No hicieron tanto estrago los gigantes
Del monte Pelion en su antigua guerra,
Licaon, y otros mónstruos semejantes
Que contra el cielo levantó la tierra:
Como en sus simulacros elegantes
La ira que el pecho de Morgante encierra,
Que en una hora rompió mas dioses viles,
Que en mil años criaron los gentiles.
Y de impaciencias lleno, y de despecho,
Una horrible venganza determina,
Contra la afrenta y el agravio hecho
Del gran Bronte á la real sangre divina:
Y en este fuego ardiendo el turbio pecho
A pié y sin armas para el mar camina
A destruir el mundo por España,
Y es poco el mundo en que vengar su saña.
Solo, sin lanza, espada, ni escudero,
Ni mas que el ciego ardor que le seguia,
Al turbio mar en un batel ligero
Furioso se arrojó, y furioso envia
El barco sin timon ni marinero
Por el confuso piélago sin guia,
En señal que con ánimo iracundo
Esta vez acomete á todo el mundo.
Mas ya el soberbio mar tambien hinchado
Se fue en verse pisar embraveciendo,
Y el jayan de sus olas afrentado,
Que haya otra mayor furia está temiendo:
Y asi en su enojo cruel precipitado
Lanzarse quiere por el golfo horrendo,
Y á pesar de los vientos y su guerra

Salir del ciego mar á hundir la tierra.
Mas viendo el sordo piélago que hervia
En perjuicio de su loco intento,
Rabioso contra el cielo se volvia,
Contra la fe, contra la mar y el viento:
A sus cobardes dioses desafia,
Al mar escupe el destemplado aliento
Del aire á grandes voces embravece,
Con que su rabia y la tormenta crece.
Rompió ya de una vez Neptuno el freno,
Y á las turbias estrellas se levanta
Corrido en ver que de su hondoso seno
La furia al mundo, y no á un gigante, espanta:
Y el frio soplo de tormentas lleno
Las velas hiere con braveza tanta,
Que es su hinchada soberbia semejante
Al ciego error del bárbaro Morgante.
Seis dias anduvo sin ningun sentido
Tras varias esperiencias de fortuna,
Ya entre las crespas olas sumergido,
Ya por la humilde arena, ya en la luna;
Hasta que el turbio mar mas corregido
Del viento no mostró señal alguna,
Poniéndole á él entre bajeles varios
De una enemiga flota de corsarios.
Corria á barlovento de un navío,
Que á esperar su intencion paró sin miedo,
Y el corzo viendo el aparente brio
Tambien por ver el fin se estuvo quedo;
Cuando vió que en confuso desvarío
Al barloarse con igual denuedo,
Como enjambre de abejas importuno
Innumerables leños cercan uno.
Morgante que entendió la demasía
Del duro asalto al combatir primero,
Ardiendo en los deseos que traia
De abrasar con su llama el mundo entero:
Contra toda la flota que venia
En su barquillo arremetió ligero,
Que sin armas, á coces, y á bocados,
Todos pensó dejarlos anegados.
La gruesa entena del primer navío
Furioso toma cual delgada caña,
Y con mandobles della, y de su brío
Destrozo hace y mortandad estraña:
Cunde la rabia, crece el desvarío,
El furor ciego, la indomable saña,
Y de cualquiera de sus golpes fieros
Deshace y hunde los navíos enteros.
Unos sin vida, otros sin figuras,
Muertos deja unos, y otros atronados,
Otros los huesos, carne y coyunturas,
Molidos, hechos masa y aplastados:
Arboles, gavias, jarcia, obencaduras,
Grumetes, marineros y soldados,
Como granizo sin dolor ni pena
Derriba, y caen á palos con la entena.
Así en la antigua Arcadia encina dura,
Que á veces varear suele el villano,
De gajos y bellota no madura
A recios golpes cuaja el fértil llano;
Y fruta, ramas, hojas y verdura,
Todo lo iguala su pesada mano,
Y si la hambre crece y la mohina,
Desmocha y quiebra á palos media encina.
Echó un navio á fondo en dos pedazos,
Y á otros cuatro rompió jarcias y entenas,
A cuál sin piernas deja, á cuál sin brazos,
Y á cuál las manos de los sesos llenas:
Atropellando estorbos y embarazos
La capitana asió por las cadenas,
Y hubiera al saltar dentro por un lado,
Si él no la enderezara, zozobrado.
De humilde vulgo y torpes marineros
Sin defensa mayor la halló cargada,
Y de su entena á dos redobles fieros
Toda en el primer círculo escombrada:
Unos al agua, y otros mas ligeros
Volando van por cima de la armada
A buscar su caudillo, que se halla
Del abordado barco en la batalla.
Con un gran capitan que en él traía
El supremo lugar por su braveza,
Y en su ancho escudo un rojo leon que hacia
Blason á su invencible fortaleza;
Y él con la diestra espada que esgrimía
Por muestras de su brio y su destreza,
A sus sangrientos piés tenia rendidas
De los mas bravos las mejores vidas.
Al tiempo que el jayan subió al navío,
En su contrario el franco caballero
Echó de un golpe dos con mortal frio,
Y ahogó el orgullo en el que entró primero:
Y á este, y aquel, y al otro quita el brio,
Manchando en roja sangre el limpio acero
En varios modos, que es su brazo fuerte
Diestro en dar mil figuras á una muerte.
Cayó un mortal desmayo en el ruido
Que en torno hacia la confusa armada,
Viendo su incauto general caido,
Y su esperanza sin sazon cortada:
Lo mejor de sus fuerzas destruido
Del filo agudo de una sola espada,
Y del cruel jayan la fuerza altiva,
Que ahora de nuevo en su favor arriba.
Y él heredando del contrario muerto
El corvo alfanje y el valiente escudo,
Por entre la canalla sin concierto
Sembrando muertes va su filo agudo:
Cuál hasta las entrañas cae abierto,
Cuál sin piés acabar de huir no pudo,
Cuál sin brazos se halla, cuál se queja
Con solo un brazo, un hombro, y una oreja.
Aquel antes ocioso, ya ocupado
En volver las entrañas á sus senos,
Mira otro que cabe él se halla admirado
De verse la mitad del cuerpo menos:
Uno su diestro brazo destroncado
Busca, y viendo sobre él tantos ajenos,
Mientras le encuentra la segunda herida
El otro le arrebata con la vida.
El rudo Telamon, cuando en venganza
De su agravio asolaba el campo griego,
Y en furiosa locura su pujanza,
Ni admitia escusa, ni escuchaba ruego;
Ni hizo mas riza ni mayor matanza,
Ni se vió con su cólera mas ciego,
Creyendo al golpe de su ira necia
Ser los testuces príncipes de Grecia.
Que en igual ó mayor carniceria
De Córcega se via el rey brioso,
Tal que á todos los ojos parecia
Entre manso ganado leon furioso:
Y cuando mas la mortandad crecia,
Mas el combate crece peligroso,
Que por mil partes los navíos corsarios
Gente llovian infiel en los contrarios.
Seis medios signos el herir primero
Durado á costa del corsario habia,
Cuando de lejos un navío velero
A dar sobre ellos vieron que venia:
Ninguno lo juzgó por buen agüero,
Lo mas del caso se verá otro dia...
Que de Bernardo aquí la heróica fama
Mi humilde musa á nuevas voces llama.
Con él deje á Orimandro en su ejercicio
Pintando en su afliccion dulces dolores,
Que este es de un triste el ordinario oficio,
Y el amor grande escuela de pintores:
Dejéle de escuchar, porque es indicio

De no acabar jamás tratar de amores,
Mas ya aquí me conviene oirle un poco,
Pues no es él solo deste tema el loco.
Volvian á la gran Creta navegando
Lo que en contrario tiempo han descaido,
De un bordo y otro el crespo mar surcando
Con el jaloque el tramontana asido,
Y el rey de Persia su dolor contando
Así á Bernardo lleva entretenido:
«La fatal brasa en aire consumida
Sin resplandor quedó, Dúlcia sin vida.
Desta muerte infeliz el golpe estraño
Los males dió que á Creta han perseguido,
Desta crueldad nacieron, deste daño
El reino está en desgracias consumido:
Alzáronse las nubes con el año,
Dejó su fuego el aire corrompido,
Y el fértil campo ya agostado y seco
De sus tributos hizo estéril trueco.
Sembró Mercurio horrible pestilencia
De fieras sierpes y aires venenosos,
Que la reina mataron sin clemencia,
Y fueron menos que ella rigurosos:
Cumpliéndose del hado la sentencia,
Que á Creta dió en agüeros espantosos
De su llama infeliz una centella,
A fin que su quietud se abrase en ella.
Está el ignoto laberinto hecho
Por la mano de Dédalo ingeniosa,
De la rica ciudad un breve trecho,
Al ciego amparo de una selva umbrosa;
Donde un real monstruo de doblado pecho
Posada tuvo y cárcel engañosa,
Y al fin la luz de un hilo delicado
Hacerlo pudo claro de intrincado.
De aquí espantosos nacen todavía
Disformes bultos, sombras infernales,
Este el fuego encendió que en Creta ardia,
Y parió en ella los presentes males:
Sobre este obscuro laberinto un dia
Un rico templo de arcos inmortales
Se vió nacido, ardiendo su tesoro
En las basas de cien columnas de oro.
De una arqueada bóveda era hecho
Tan alta, que en la vista se perdia,
Y con las piedras su dorado techo
Un estrellado cielo componia;
Con cien ventanas que de trecho á trecho
De luces la llenaban y alegría,
Abiertos en molduras y perfiles
Balcones de oro, rejas y pretiles.
En medio la alta fábrica preciosa,
De un enlutado pórfido labrada,
Una sombria tumba está pomposa,
Sobre diez ninfas de cristal sentada:
Y otra enlutada bóveda vistosa
De mosáicos follajes antorchada,
Así en arcos levanta su tesoro,
Que humilde hace en su respeto al oro.
En hombros destas ninfas se sustenta
La enlutada y funesta pesadumbre,
Y con sus diestras manos se alimenta
Al templo una inmortal y eterna lumbre:
Y así al mundo sus luces acrecienta
Con la que al oro enciende en su techumbre,
Que hizo bajando al mar que se dijese,
Que el dia en Creta á no morir naciese.
Del real sepulcro en las doradas barras,
Con que su arqueada bóveda crecia,
De un dragon de oro en las azules garras
Una guirnalda daba lumbre al dia:
Brillando toda está luces bizarras
De flores de tan rica pedrería,
Que igualar su tesoro á los de Craso,
Es comparar la mar á un chico vaso.
Por hojas, esmeraldas, y por flores,
Rubís ardientes, perlas cristalinas,
Rubios topacios, iris de colores,
Blancos jacintos, amatistas finas,
Camafeos cubiertos de primores,
Y entre las agoreras Amandinas
Con esta letra un real carbunco frio,
«Por la venganza tuya, y honor mio.»
En el hueco sepulcro otro letrero
La muerte entre diamantes descubria,
Y aunque amasado de oro el rostro fiero,
Con el verso mataba, que decia:
«En cada luna una doncella espero
Que aquí degüelle la venganza mia,
Hasta que ponga otra mayor belleza
Esta hermosa guirnalda en su cabeza.»
Turbado del prodigio de la muerte
A ver el nuevo templo el pueblo vino,
Confuso del rigor con que le advierte
Su destruccion el celestial destino:
Ley sin piedad, cruel, y adversa suerte
La juzgara el tirano mas sanguino,
Librarse quieren todos del tormento,
Mas no poner ninguno el instrumento.
Del consejo del rey salió acordado
Que se ejecute lo que el cielo ordena,
Y el sacrificio, cual lo pide el hado,
Se ofrezca cada mes la luna llena;
Hasta que en sangre laven su pecado,
Y con la culpa quede igual la pena,
Y á este fin se procure por la tierra
La beldad que mayor caudal encierra.
De los reinos de amor las mas hermosas
A grande espensa y gastos son buscadas,
Y para las exèquias dolorosas
En pronósticos tristes alistadas:
Aquí solas las feas son dichosas,
Y todas las hermosas desdichadas,
Si ser en algo venturosa quiere
Váyase á Creta la que fea fuere.
Sus gentes en la islas comarcanas
Ni oro han dejado ni doncella hermosa,
Escogiendo en las flores mas tempranas
Para su triste altar la mejor rosa:
Al fin entre estas víctimas humanas
Un dia cautivaron á mi diosa,
Y el rey viendo la luz por quien yo vivo,
De una cautiva se sintió cautivo.
Pervirtió el nuevo amor los sacrificios,
Y la que iba á ser víctima sagrada,
En lugar de los dioses mas propicios
Por diosa instituyó fuese adorada:
Mas ya el cielo cansado de sus vicios,
Al nuevo altar de la beldad amada
Dió por verdugo la disforme fiera,
Que le vengara si por mí no fuera.
De allí, cual dije, liberté la vida
De quien la mia en pago me ha quitado,
Y en triunfo ilustre á la ciudad traida
Nuevo decreto el real consejo ha dado:
Que á las primeras suertes sea admitida,
Y sujeta al rigor del duro hado,
Sin que mando de rey ni otra potencia
En algo altere esta última sentencia.
De doce de la urna aborrecible
La última fue á salir mi amada diosa,
Con que el cielo mostró en señal visible
Ser la menos decente y mas hermosa:
Ya once altares corrian sangre horrible
De infeliz hermosura, ¡estraña cosa!
Que mas la hambre y mortandad crecia
Cuando algun sacrificio se hacia.
Un año en Creta me dejó encantado
El vano amor, y mil me entretuviera
Con un cabello sin quebrarse atado,

Que es la esperanza dulce hechicera:
Despues que le quité en el fértil prado
Mi bella diosa á la serpiente fiera,
Porque me diese la enemiga suerte
Con el fin de su vida el de mi muerte.
Ya el enlutado dia se acercaba
Que al mundo habia de echar en noche obscura,
Y el sol que á él y á mí nos alumbraba
En la indigna y temprana sepultura:
Ya el verdugo el cuchillo aparejaba,
Y la luna sin luz y sin figura,
Su variable curso apresurando,
Iba creciendo, y mi placer menguando.
Y aunque incierta su muerte, la sospecha
Bastó á turbar el gusto de mi vida,
Que un desdichado siempre da por hecha
Contra sí la desgracia mas temida:
La cadena arrastrando mas estrecha
Que en la prision de amor fue conocida,
De un mal en otro procurando en vano
Un favor breve de su ingrata mano.
Trazando de un dolor varios intentos
En uno me resuelvo y determino,
Que es no poner en duda mis contentos,
Ni fiar mas suerte á mi contrario sino:
Mas romper del altar fueros sangrientos,
Y del robar el sacrificio indino,
Pensé acertar, y tiene amor mandado,
Que no acierte á servir quien no es amado.
Puse en el puerto á punto este navío,
Mi gente por el bosque entretejida,
Y á pesar del cretense señorío
De la muerte otra vez libré á mi vida,
Sin darle cuenta del intento mio,
Medroso que de altiva y desabrida,
Fuera el altar del sacrificio injusto
De mas gusto en el suyo, que mi gusto.
Allí robé la que mi alma triste
Donde quiera que está tiene robada,
Y aquí la traje, y como tú la viste
Siempre sin ocasion la vi enfadada:
Que el dulce premio en que el amor consiste
Es suerte, y fue la mia desgraciada,
No pide otra ocasion el que quisiere,
Si aborrecido de quien ama fuere.
Si bien yo fuese donde nace el dia
De nueva lumbre y resplandor vestido,
El poderoso sol flaco seria
Contra las sombras deste ingrato olvido:
Que desta ausencia la tiniebla fria
En que me tiene el desamor metido,
Ni donde sale el sol, ni donde acaba,
La luz podrá hallar que le alumbraba.»
Dijo, y al curso de su amor dudoso
Cogió la rienda, y aflojóla al llanto,
Y sintiendo no en gusto desdeñoso
El leonés su dolor hizo otro tanto,
Que es de cruel pecho, á un caso doloroso,
Tener el corazon de duro canto:
El rey su llaga aprieta en lo secreto,
Que aunque estaba afligido era discreto.
Con pecho heróico el grato mal reprime
Del ardiente furor de su agonía,
Aquella diosa en su memoria imprime
Que tantos sacrificios le debia:
Y porque el corazon no desanime
Finge esperanza donde no la habia:
«Quizá, dice, el dolor del mal que siento
Será algun dia especie de contento.
Cual pecho avaro en allegar tesoro
Con deleite el trabajo facilita,
Que la hambrienta codicia y sed del oro
A insufribles tormentos necesita:
Tal esta dulce muerte, en quien adoro,
Mi vida alegra, mi alma resucita
Con el nuevo placer y el gusto nuevo,
Que en morir por tan noble causa llevo.»
Así el rey Persa al gran Bernardo hablaba
Y entre esperanzas y temor moria,
Que este con sobresaltos le ahogaba
Lo que aquella adulando le ofrecia:
Con nuevo miedo amor su pecho agrava,
Y la confusa guerra en que venia,
Es no saber si la beldad robada
Segunda vez á Creta fue llevada.
Que aquel divino brazo riguroso
Que la robó con superior violencia,
Será en ambas desgracias poderoso
A ejecutar del hado la sentencia:
Todo tiene su fin triste, ó dichoso,
Darse debe á los dioses la obediencia,
No es su poder como el del hombre estrecho,
Mas siempre lo que el cielo ordena es hecho.
Bernardo afable aquel dolor consuela,
«Todo, le dice, está en su sabia mano,
Ni el pié se mueve, ni la pluma vuela,
Sin licencia y acuerdo soberano:
Es fuerza que el dolor lastime y duela,
Que es duro golpe en corazon humano,
Mas la cordura en todas ocasiones
Los gustos mide, y templa las pasiones.
Y esta funda mortal que al alma viste
Es lumbre de esmaltada vidriera,
Que si es dorada, azul, alegre, ó triste,
Tal luz dentro en la sala reverbera:
Y bien que el punto del valor consiste
En grave pecho de igualdad entera,
Mas cuerpo humano de contrarios hecho
No puede al alma dar mas firme pecho.»
Así el noble leonés, y así el persiano,
Uno sus cosas cuenta, otro las guia,
Y en blanda paz mitiga el pecho humano,
Cual suele la agradable compañía:
Cuando del feo Triton el reino cano
Crespo se revolvió, y se escondió el dia,
Braman los vientos, crece la tormenta,
Perdido el norte, el cómputo, y su cuenta.
Ahora es tiempo, oh luz del tercer cielo,
Que alegre llueves dulce amor fecundo,
Y tu resplandor quinto, cuyo vuelo
El ocio quita y flojedad del mundo,
Que ambos templados envieis al suelo
A mi pluma un feliz saber profundo,
Con que cante en espíritu doblado
Un tierno amor y un fiero Marte airado.
Un ejercicio y otro son vapores
Que al seso suben con la sangre nueva,
Y á la imaginacion hechos furores
Su mismo brio y su inquietud los lleva:
¿Qué armas hay en la tierra sin amores?
¿Qué gloria que al amor no se le deba?
Oya el mundo mi voz, que hace mi pluma
Hoy de Marte y de amor una gran suma.
Seis veces tras la lámpara febea
Con la suya Diana alumbró el mundo,
Y siempre el viento en áspera pelea
Feroz luchaba con el mar profundo;
Cuando entre hinchados tumbos de marea,
Impedido el primero del segundo,
Fue la persiana vela descubriendo
De un conflicto naval el ronco estruendo.
Y allí un gigante que en favor de un barco
Contra todo un ejército pelea,
Volviendo de azul rojo el hondo charco
Un bauprés espantable que voltea:
Y con mas vidas á sus piés que el arco
Derribar suele de la muerte fea,
Al combatido leño saltó, cuando
Los dos á ver su furia iban llegando.
Pusiéronse á mirar, mas ya informados

De la alevosa desigual batalla,
En favor del jayan, entre quebrados
Bajeles pasan por la vil canalla:
Cuando lloroso grito en los costados
De una galera fácil de abordalla
Se oyó de presos, cuya voz aguda
A Dios pedian venganza, al mundo ayuda.
Saltó el diestro leonés en la aferrada
Fusta buscando á quien favor pedia,
Y allí esgrimiendo su atrevida espada
Rayo entre flacas mieses parecia:
Uno hiende, otro parte, otro tajada
La cabeza por medio al agua envia,
A cuál hiere de punta, á cuál de tajo,
Y á cuál arroja al mar del bordo abajo.
Con tanta gallardía volteaba
La diestra espada el jóven valeroso,
Que ya el de mas denuedo se apartaba
De sus mortales golpes temeroso:
Así en el turbio Egéo la mar brava,
Soplando yelo el aquilon nubloso,
Escombra de sus piélagos hinchados
Navíos y navegantes destrozados.
Bajó dónde la triste voz salia
Sin temor del primer impedimento,
Que quien vivo quedó, mas pretendia
Que su propia venganza, su contento:
Bajó, y vió que en prision estrecha habia
De cerradas cadenas de tormento
Una bizarra escuadra de doncellas
De tierna edad, y de figuras bellas.
A Creta las llevaban los corsarios
Cautivas para ser sacrificadas,
De islas diversas y de pueblos varios,
O bien por fuerza, ó por traicion robadas:
Bernardo, ya rendidos los contrarios,
Y las duras cadenas quebrantadas,
Cercado salió de ángeles gozoso,
Como de estrellas el lucero hermoso.
Un bravo caballero halló entre ellas
De bello rostro y gracia soberana,
Cuya gran perfeccion dió en las mas bellas
Menos perfecta su altivez lozana:
Como la luna humilla las estrellas,
O á los nortes la luz de la mañana,
El así desarmada la cabeza
Con la beldad rendia y la braveza.
El cabello, que al oro obscurecia,
En un nudo de perlas enlazado,
El claro rostro como el nuevo dia,
Cuando sale de aljófares bañado:
Y aunque armado un dios Marte parecia,
Todavía su semblante delicado
Mostraba entre caricias y desvíos
De dama mas que de varon los brios.
Los negros ojos con belleza armados
De unas largas pestañas retorcidas,
Como el coral los labios delicados,
Los dientes perlas de rubíes ceñidas,
Las mejillas dos soles deslumbrados
De un claro y fino rosicler teñidas,
Y la serena frente tersa y pura
Cielo donde se adora la hermosura.
Bellos arcos las cejas, que á galanos
Golpes la muerte enarca y amor tira,
Y las flechas sus ojos soberanos,
Con que enamora y mata á quien los mira:
El cuello altivo, y las torneadas manos,
De quien la rara perfeccion se admira;
Si aquel sustenta una techumbre de oro,
Estas de amor reparten el tesoro.
Traia descubierto el rostro bello,
Y todo lo demás del cuerpo armado,
Dado al descuido un nudo en el cabello,
Descuido hecho para dar cuidado:
Nadie lo vió, que entre el placer de vello
No quedase en sus hebras marañado,
Y no á pocos tambien costó la vida
La red de mano del amor tejida.
Quedó Bernardo viendo su hermosura,
Sino del todo preso, ya emplazado,
Que á su grave y honesta compostura,
Cierto heróico valor sintió mezclado:
Y en el brio, el donaire y la figura
De Angélica un vivísimo traslado,
Solo que esta beldad le parecia
Mas tierna y de mas lustre y gallardía.
No se engañaba el español con ella,
Ni en lo que toca á su beldad se engaña,
Que en el Oriente de la reina bella
Del gran Catay nació en una montaña:
O sea Medoro, ó sea la quinta estrella,
Padre feliz de la belleza estraña,
Ella es hija de Angélica, y por ella
La llaman Arcangélica la bella.
Corre por las regiones del Oriente
Ser de Marte feroz hija esta dama,
Que en una alegre caza el dios valiente
De Medoro ocupó la blanda cama:
O sea cuento vulgar, ó sea aparente
Engaño mago, ó lisonjera fama,
La voz corre, y los rastros desta historia
Así el tiempo los guarda en la memoria.
De un antiguo edificio en las ruinas
La rica China al pié de Palavedra
Dos torres conserva hoy en dos esquinas,
Ya de grama cubiertas, ya de yedra:
Y en sus cimientos de turquesas finas
Tres bultos en tres árulas de piedra,
Y entre el témpano escrito y la cornija,
«Marte, la reina y su invencible hija.»
Es tradicion antigua, y que concuerda
Con la razon del tiempo en sus historias,
Que una reina hermosa mas que cuerda,
Cuyas son destas torres las memorias,
Y guardan que la suya no se pierda,
Por su mano alcanzó ilustres victorias
De príncipes y reyes del Poniente,
Que por hija de un dios fue tan valiente;
Entre cuyos relieves peregrinos
Parte de su beldad se goza impresa,
Que aun las llamas del tiempo en los divinos
Bultos no ha hecho como suelen presa:
De Angélica la bella, y de los finos
Rayos de Marte el gran Quinsay confiesa
Que esta infanta nació, bien que del todo
Si el tiempo ajusta no se alcanza el modo.
¿Quién la medalla de beldad mas fina
Que el tierno sol miró dió á Marte ardiente?
O ¿quién con nombre y opinion divina
La forma se vistió del dios valiente?
Si fue del aire y su region vecina
Algun íncubo espíritu potente,
En contrahecho cuerpo cristalino
Como á la madre de Merlin le avino:
Si fue embuste de mago, ó poderoso
Aspecto de feroz planeta altivo,
O en observado punto venturoso
Traza del ermitaño fugitivo,
Que de los labios de coral goloso
Para hurtarles el desden esquivo
Marte se hiciese, y á su pecho frio
Algun Reinaldos diese fuerza y brio:
Del todo la verdad está encubierta,
Solo se sabe que esta alegre hija,
De la célebre Angélica cubierta,
De hierros iba allí en prision prolija
Mas bella que la aurora descubierta,
Cuando al mundo su aljófar regocija,
Y á quien ahora la mira, mas hermosa

Que entre el rocio de abril temprana rosa.
Bien que toda esta gracia y hermosura
Para mayor martirio le fue dada,
Que Venus, por le ser madrastra, jura
Que en amor ha de hacerla desgraciada:
Y la beldad, faltándole ventura,
No es mas que para lástimas criada,
Y pocas gozan de ambas en sus puntos,
Que tantos bienes nunca acuden juntos.
Traia lumbroso arnés y armas grabadas
Con rosas blancas y plumajes de oro,
De varia luz y pedrería sembradas,
De grueso aljófar oriental tesoro:
Con roja sangre á golpes salpicadas,
De braveza y beldad nuevo decoro,
Desarmadas las manos y cabeza
Por estremos de gala y fortaleza.
Sintió el tierno leonés su alma asaltada
De un ciego y no entendido pensamiento,
Juzgando por de dama delicada
Del gallardo donaire el movimiento:
Su alegre mover de ojos, su rosada
Color, su blando y dulce acogimiento,
Si bien en brio parece de otra parte,
No hija suya, mas el mismo Marte.
La gallarda princesa que ha salido
Con las demás en libertad amada,
Y el contrario poder halla rendido
A la altiva opinion de aquella espada,
El nuevo estrago mira repartido
Por la enemiga gente destrozada,
Los bravos golpes, las heridas fuertes,
Y de un solo vencer las varias muertes.
Uno hasta el resonante pecho abierto,
Otro en dos medias partes dividido,
Aquel á golpes desmembrado y muerto,
Y este sin brazos y sin piés tendido:
El corazon tiene otro descubierto,
Otro de un tajo hasta los piés partido,
Este en sus brazos tropezó huyendo,
Y aquel se fue á pedazos consumiendo.
Con razon admirada del destrozo
Del Catay la princesa delicada,
De envidia lleno el corazon y gozo
La invicta mira y valerosa espada:
Y en nuevo sobresalto y alborozo
Desea ver la visera levantada
Al encubierto autor de tal proeza,
Por ver como su esfuerzo, su belleza.
Mas el confuso estruendo de la armada
Que al abordado barco combatia,
A ponerse obligaba otra celada,
Mas que á quitarse la que ya tenia:
Cuando la nao de Persia acelerada
Por medio de las otras se metia,
Hasta llegar donde pelea el gigante,
Y el rey ponerse al lado de Morgante.
Bernardo que le vió, procura en vano
Su barco enderezar á darle ayuda,
Mas en un punto un áspero solano
De nuevo el grueso mar altera y muda:
El aquilon y el ábrego liviano
El dia segunda vez vuelven en duda,
Y un descompuesto huracán de tierra
A todos puso en paz con nueva guerra.
De los confusos vientos esparcidos,
Y de las crespas olas arrojados,
Iguales vencedores y vencidos
Por el revuelto mar se ven sembrados:
Todo es confusos golpes y bramidos
De los duros peñascos azotados,
Y de la destrozada plebe el llanto,
Que de la confusion crece el espanto.
Solo en la tempestad que va cargando
La de Morgante y su rigor no cesa,
Que mas que el turbio vendaval bramando,
Cual hinchado raudal rota la presa,
Rompiendo, deshaciendo, y desmembrando
A diestro y á siniestro vuelve apriesa,
Lanzando al agua por los aires vanos
Piernas, brazos, cabezas, piés y manos.
A uno parte por medio, á otro le alcanza
Un revés que le vuela del navío,
A otro que con denuedo se avalanza
Le deja de un ardiente golpe frio:
A este, al otro, y aquel hiere, y se lanza
Entre todos con tal destreza y brio,
Que sin que el ser ligero á nadie preste,
Aquí y allí revuelve, á aquel y aqueste.
Raudal, tal vez así en veloz molino
Furioso suele al levantar la presa
Del espumoso tumbo el remolino,
La ancha rueda mover en igual priesa:
Y el tierno pez, que al curso cristalino
Del rio por su desgracia se atraviesa,
Hecho piezas le arroja, y ni se para,
Ni en lo que hace su furor repara.
No piensa dejar vivo hombre en el mundo,
Que amigos y enemigos hace iguales:
Y ya que su cruel brazo iracundo
Haya igualado á todos los mortales,
Bajar con sus bravezas al profundo,
Y hacer guerra á las gentes infernales,
Y á Lucifer quitar su asiento eterno,
Y ser él la soberbia del infierno.
El sabio Malgesí que allí venia,
Viendo al corzo jayan alborotado,
Que en su favor primero combatia,
Y enemigo comun se ha declarado,
Sacó un secreto libro que traia
De rayas y carácteres tiznado,
Y del navío en el pañol obscuro
Sus nuevos cercos comenzó, y conjuro.
Lo que en el caso obró su encantamiento,
Quién le encaminó allí, y á qué venia,
Cómo tanto al navío creció el viento,
Que ya en los aires navegó algun dia,
Dónde fué á dar con su volar violento,
Quién las bolinas y el timon regía,
Qué gentes iban dentro, y de qué modo,
En mejor ocasion lo diré todo.
Que ahora en golfo y tormenta tan deshecha
No es bien dejar al gran Bernardo solo,
Que libres ya de la cadena estrecha
Sacado habia á gozar la luz de Apolo
Mil bellas diosas; ¡pero qué aprovecha,
Si el cielo se turbó de polo á polo,
Y el mundo envuelto en una niebla fria
La esperanza perdió de ver el dia!
Ciérrase el aire de una nube obscura,
Y en las tirantes cuerdas brama el viento,
Suena de voces, llanto y desventura
Un triste son, y doloroso acento:
Unos toman la triza, otros la amura,
Los mas fuera de sí, y todos á tiento,
Cuál va á la escota, cuál al chafaldete,
Cuál busca la mesana, y va al trinquete.
Las tristes damas fuera de prisiones,
Viendo de nuevo el viento y la tormenta,
De nuevo comenzaron sus pasiones,
Y de nuevo cada una se lamenta:
Ruegos, votos, plegarias, oraciones,
Llantos, gritos sin número ni cuenta,
Confusas voces, quejas y gemidos
Rompen el aire, y hieren los oidos.
En ciegos y confusos torbellinos
Los cuatro vientos hacen cruel batalla,
Del crespo Egeo los turbios remolinos
Ya por sus playas el cretense halla,
Y el Jónio sus embates cristalinos

Por los riscos adriáticos encalla,
Llevando el viento en otro igual espacio
Las olas de las sirtes al Carpacio.
  No se vió confusion tan temerosa,
Ni el mar sus ondas vió tan alteradas:
Del Norte con borrasca impetuosa
Mil sierras de agua vienen levantadas,
Y del austro la fuerza poderosa
Otras embiste en ellas mas hinchadas,
Dejando el barco en medio sin hundirse,
Y el mar en duda á cual furor rendirse.
  Los rayos por los aires escupidos
En las olas causaban nuevos truenos,
En la nao nuevos gritos y alaridos,
En la mar nuevos montes de agua llenos,
Que hasta las altas nubes impelidos,
Sin llover cogian agua de sus senos,
Y aun el barco tal encima dellas,
A su pesar vió el cielo y las estrellas.
  Y no furioso azota un solo viento
El combatido golfo que hervia,
Que á defender cada uno el firme asiento
Que el mundo en suerte le aplicó, porfia:
El austro al aquilon hiere violento,
El de Levante al que se traga el dia,
Y cada cual por sí la mar profunda
Teme que su region le anegue y hunda.
  Y desta lucha la confusa brega
Al combatido barco hacia provecho,
Que si un golpe al través de mar le anega,
Otro le ayuda á navegar derecho:
Y tan á plomo el viento y mar le llega
De aquí y de allí, que en el confuso estrecho,
Cuando en una ola zozobrando viene,
Otra al contrario llega, y le detiene.
  Bien una milla fue metiendo un lado,
A punto ya de zozobrar del todo,
Las velas rotas y el timon quebrado,
Y el bordo dentro de la mar un codo;
Y otro golpe tras él desordenado
Lo enderezó por admirable modo,
Y le sacó de entre las olas, como
Ballena antigua sacudiendo el lomo.
  Así un furor con otro se empalaga,
Y así sin órden va entre un mar violento,
Que tantas temerosas muertes traga,
Cuantas olas sobre él encrespa el viento:
Ya por las nubes, ya en el suelo estraga
De las torcidas conchas el asiento,
Ya metiendo de Lo, rota la rienda,
Cada cual á su santo se encomienda.
  Quebrados ambos ejes parecia
Venirse abajo la estrellada esfera,
Y que cuanto hay criado se volvia
Al ciego caos y confusion primera:
Así el diluvio universal seria
Cuando la mar voló tan altanera,
Que se tragó sus playas y arenales,
Y escondió el mundo á todos los mortales.
  Bernardo en otra mas grave tormenta
Metido el corazon siente anegarse,
Y con ojos y la vista atenta
El alma, sin saber de quien, robarse:
Halla en mirar que el fuego se acrecienta,
Y á trueco de mirar quiere abrasarse,
No viendo mas que si estuviera en calma
Del cuerpo el riesgo, en el que corre el alma.
  Hermosa vista tiene el mar cubierto
De blanca espuma en olas encrespado;
Hermoso es un gran golfo descubierto,
Y mas hermoso cuanto mas airado;
Mas es á quien lo mira ya del puerto,
Y á su contrario desde allí engolfado,
Que si hay tormenta deleitosa y bella,
Será mirando al enemigo en ella.
  Iba la ciega noche amortiguando
La poca luz que sobre el mundo habia,
Y el frio viento y tempestad cargando,
La nao con nuevo miedo acometia:
Y el montañés á todos animando
Otro armado Santelmo parecia,
Que aquí y allí sin descansar un punto,
Provee, anima, acude á todo junto.
  La hija de Marte, que con vista atenta
Su desenvuelto brio y gracia mira,
Y que al ciego rigor de la tormenta
Cada una en solo su valor respira;
Que es su teson quien el del mar sustenta,
Y al descompuesto viento enfrena la ira,
Con halagüeño rostro se le llega,
Y así le dice, y que descanse ruega:
  «Bravo entre los nacidos, si es posible
Que de un revuelto mundo el peso junto
Hacer no puede á tu ánimo invencible
Que de su real valor descrezca un punto;
Si humillar tu fortuna es imposible,
Y de un dios de la mar hecho un trasunto
Quieres tener en peso nuestras vidas,
Que mil veces sin tí fueran perdidas,
  Descansa ahora, y con tu alegre vista
Regala nuestros ojos un momento,
Y ya que el tiempo á fuerzas nos conquista,
Tambien no nos usurpe este contento:
Alza un rato, señor, la sobrevista,
Que estas damas, y yo en su pensamiento,
Deseamos conocer, no por oidas,
A quien debemos la salud y vidas.
  No hay enemigo aquí que con recelo
Te pueda hacer que vivas cuidadoso,
Que aun la inclemencia del airado cielo
Basta á enfrenar tu brazo venturoso:
Y así destos azares el consuelo,
Que á nuestros sobresaltos da reposo.
Es tener de nosotras cada una
Colgada su esperanza en tu fortuna.»
  Dijo, y las blandas últimas razones
Con voz fueron tan dulce y amorosa,
Que mostró ser en su ademan y acciones,
No caballero, sino dama hermosa:
Y Bernardo mas dentro en sus prisiones,
«Contra la fuerza, dijo, poderosa
De amor, si es enemigo verdadero,
Poca defensa son armas de acero.»
  Quitóse el yelmo, y aunque el pardo dia
Por oscuros celajes iba huyendo;
Su rostro así sembró nueva alegría,
Que suspendió á la noche el suyo horrendo:
Su aire, de la española gallardía
En los presentes ojos imprimiendo
Cierto gusto y placer; que siempre agrada
Cualquiera nueva perfeccion mirada.
  Suele entre parda nube de aire oscuro
De oro estar una llama amortiguada,
Que á deshora rompiendo el frágil muro
Toda la vuelve en claridad bañada,
Y al que está en sus tinieblas mas oscuro
La ociosa vista deja deslumbrada:
Tal se halló la hija de Medoro
Al quitarse Bernardo el yelmo de oro.
  Los blandos ojos con que amor cautiva
El virginal temor puso en el suelo,
El rostro de color de grana viva,
Cual con celajes de oro el claro cielo:
Tan bella entre turbada y pensativa,
Que arder hiciera un corazon de yelo;
Dando en la gravedad de su semblante
Nuevo asalto á los ojos de su amante.
  Ella los suyos en Bernardo á veces
Como al descuido pone, calla y mira,
Aquí y allí los vuelve, y las combeces

Del barco mide, y sin querer suspira:
Y viendo sus soberbias altiveces
Rendidas sin pensar, cruel se aira;
Que amor es blando fuego, y donde prende,
Mientras que mas le ceban, mas se enciende.
Cual simple pajarillo, que en la fuente
De una falsa hermosura convidado,
Su presto vuelo entre la liga siente,
Sin ver cómo, impelido y atajado:
Y mientras menos su prision consiente,
Mas revuelto se halla y mas ligado,
Hasta que al fin se deja de vencido
En el lazo quedar que le ha prendido:
Tal la princesa del Catay hermosa
Sin conocer de quién, se halla vencida,
Y como de una fuerza poderosa
El alma á un dulce sinsabor rendida:
Y el leonés con su vista deleitosa
No tiene el alma con menor herida,
Que á cada encuentro de ojos, por su palma
El corazon le ofrece, y rinde el alma.
«¿Si son verdades, dice, ó son antojos,
Bellos ojos mostraros tan amigos?
¿Si es con cuidado darme los despojos,
De que los mios son fieles testigos?
Mas no es posible que en tan bellos ojos
Caber pueda celada de enemigos,
Que ojos alegres de cualquiera suerte
Son señales de vida, y no de muerte.»
Esto en su corazon Bernardo siente,
Y en los libres espíritus del alma
Cierta oculta virtud, que en fuerza ardiente
Rendir le hace á su altivez la palma:
Y la nueva beldad que ve presente,
Mientras le tiene su recelo en calma,
Sin saber como, en un divino modo
En sí lo rinde y lo transforma todo.
Mas á este tiempo en la tormenta horrible,
Que de un revuelto infierno era el trasunto,
A un tiempo el ciego viento y mar terrible
El flaco barco acometieron junto:
Cuando el leonés con ánimo invencible
El diestro gobernalle asió en tal punto,
Que salir le hizo en admirable modo,
Al tiempo que iba á zozobrar del todo.
A nadie le dejó color entero
En rostro y pecho la ocasion presente,
Que no hay tan esforzado caballero
Que asirse á fuerzas con la mar intente:
Pero con todo el español guerrero
Un punto no humilló su brio valiente,
Como si fuera sin zozobra alguna
El rey del mar, ó el dios de la fortuna.
La bella hija de Angélica llevada
De otra no menor fuerza poderosa,
En dulces pensamientos ocupada,
Ni en la tormenta ni en su mal reposa:
Ya al timon, ya á la vela, ya cansada
Del grave peso de la flecha ansiosa,
Mientras no puede mas toda rendida,
Por los ojos descubre la herida.
Cuando en el austro un negro torbellino
La triste nao acometió de lado,
Con que el árbol mayor al agua vino
Por la firme carlinga destroncado:
Rompió el vaiven dos curvas de camino,
De una amura el bauprés quedó colgado,
Rota la triza, y fuera de su engaste
El cuadernal, roldanas y el guindaste.
De nuevo aquí el peligro hizo doblado
El miedo, el ansia, y voces afligidas,
Que ya el barco en rigor se vió anegado
Por dos tablas de un golpe desmentidas:
Nadie saldrá sino es delfin á nado,
Las damas en sirenas convertidas
Lloran la miserable humana suerte,
Que en mar ó en tierra no hay huir la muerte.
Así tal vez en la nevada altura
Del helado Apenino hiere el viento,
Los montes gimen, brama la espesura,
Y á los Alpes asorda el ronco acento:
Y si la encina en su vejez madura
A fuerzas quiere conservar su asiento,
Nunca la tempestad ni el viento pasa
Hasta dejarla por el suelo rasa.
Un barco en esto al grueso bordo atado
Del suyo el gran leonés vió que venia,
Nueva esperanza al pecho alborotado
Que mas fuerzas mostraba que sentia:
Pues del confuso viento y su cuidado
Nada en su alma sin tormenta habia,
Siendo el riesgo mayor en el que ahora
El recelo le pinta á su señora.
Mas no tan presto en la montaña de Ida,
De Júpiter el águila ligera,
Tras de la amada presa conocida
De la encubierta nube salió fuera,
Y á la tierna beldad troyana asida
Con su robo á buscar volvió su esfera,
Como el brio español el barco puso
Del bordo al agua, y en el agua al uso.
Y sobre un firme cabo reforzada
Su inquietud contra el sordo mar y el viento,
De las damas la escuadra alborotada
Del bajel ocupó el humilde asiento:
Y ayudando la hija regalada
De Angélica al autor de su contento,
En un punto dejaron el navío
De hermosura y de lágrimas vacío.
Solo faltaba el nuevo caballero,
Y de la bella china una doncella
Por saltar dentro, cuando el viento fiero,
Al cruel rigor de una enemiga estrella,
Rompiendo el cabo le apartó ligero;
Que Venus sigue á su entenada bella,
Y tiene por de burlas la tormenta,
Si el soplo de la ausencia no la aumenta.
Así tal vez por la caverna oscura
Del sacro monte Ténaro sin vida,
De Eurídice la sombra mal segura
A los ojos se fué desvanecida
Del amante de Tracia sin ventura,
Que á detenerla con su amor asida,
Los brazos le arrojó, y sacó en la mano
La ocasion sola de llorarla en vano.
Tal el barquillo lleno de hermosura,
De luceros, de estrellas, y de soles,
Por el espanto de la noche obscura,
Sin ver donde, escondió sus arreboles.
No hay persona en la mar ni hora segura,
Todo en ella es mudanza y tornasoles,
Que es reino de una dama que sin duda
De solo ser mudable no se muda.
Lo que allí sucedió al bajel hermoso
Parte despues será de un nuevo aliento,
Que ahora veo en gran riesgo el mas brioso
Pecho que ató la mar, ni rompió el viento:
Y á su arruinado barco perezoso,
Sin gobernalle ya, y sin movimiento,
Cada golpe de mar que le da entero,
De la fortuna parecia el postrero.
Es el mudable Jónio un mar violento,
De tempestades lleno, y de bajíos,
Do yertes arrecifes, donde el viento
Rompe y hace pedazos los navíos:
Sus islas pobres, y de mal asiento,
Asperas, escabrosas, de aires frios,
Donde Itaca fue un tiempo celebrada,
Por el prudente Ulises patria amada.
Entre ella y el seno Ambrico famoso,



Que ahora son los golfos de Lepanto,
Donde el hijo de Carlos poderoso
Al espanto del mundo puso espanto,
Al roto barco del leonés brioso
La luz le amaneció del cielo santo,
La mar algo tratable, el recio viento
No tan desconcertado ni violento.
Parecia que fortuna ya cansada
De luchar con los aires se rindiese,
Y vencida, á la fusta no domada
La palma y vencimiento concediese:
La tierra ya de lejos saludada,
Que el alto Epiro se entendió que fuese,
Por donde el vasto Jónio se atraviesa,
Y el firme pié al Acroceraunio besa.
Mirando estaba el español valiente
De Alciono los jardines celebrados,
Y Léucada engolfada al mar de Oriente,
Siendo antes tierra firme sus collados;
Y el promonto Fálaro eminente,
Que en uno de sus riscos encrespados
(Si debe ser la antigüedad creida)
La nao quedó de Ulises convertida.
La florida Zacintos, y á su diestra
Los altos montes de Cefalonía,
Donde el reino Teléboe se le muestra,
Que por sus costas de robar vivia;
Y la ondosa canal á la siniestra,
Que abrió á pesar de Italia estrecha via,
Para pasar sus olas enrizadas,
De nobles terebintos coronadas.
Aquí el barco á la luz del nuevo dia
Perdido se halló, aunque no anegado,
Ya sin fuerzas la gente que tenia,
Si alguna en tanto riesgo habia sobrado:
Olfa, que así la dama se decia
De la princesa del Quinsay dorado,
Perdida su señora de improviso,
Arrojarse en la mar turbada quiso.
Y mil veces sin esa lo hiciera,
Si el nuevo amante no la reportara,
Y en discreto decir, la pena fiera
Que el alma le oprimió no le ablandara:
Donde á vueltas tambien le ruega quiera
Decirle algo de aquella beldad rara,
Que á ambos dejó en confuso desconsuelo
¿Quién sea, de qué nacion, qué tierra, ó cielo?
Olfa que en las grandezas del mancebo
Ser algun disfrazado dios creia,
«Marte invencible, dijo, á quien ya debo
Mil vidas, oye...» y proseguir queria;
Cuando con nueva voz, y espanto nuevo,
El roto barco en dos ven que se abria,
Que ya encallado en una firme peña,
La muerte á todos dió la postrer seña.
El sentarse en el áspero bajio,
Y hacerse á un golpe dos (¡estraña cosa!)
Fue todo á un tiempo, y con un norte frio
Bramar la mar de nuevo temerosa:
De todos solo el castellano brio
Quedó entero en su fuerza poderosa,
Que los demás con solo el temor ciego
Por muertos se contaron desde luego.
Fuese hundiendo el barco destrozado
En ancho y espumoso remolino,
Donde bien su valor mostró abreviado
Del Casto Alfonso el sin igual sobrino:
Que de su arnés lumbroso despojado,
Sobre la gruesa rosca de un gran pino
La bella china puso desmayada,
Ya en sus mismos temores anegada.
Y dando con sus armas á la entena
Rico peso, tambien por no dejallas
Donde el antiguo griego en nueva pena
Por culpa suya trate de guardallas:
Entra la crespa mar de espumas llena,
De sus olas rompiendo las batallas,
La playa busca, cuando al turbio viento

Fortuna al parecer da nuevo aliento.

ALEGORIA.

Por las fiestas de Francia, tantas veces repetidas, y tantas estorbadas de inconvenientes, se muestra la poca estabilidad de los placeres humanos, y cuan inciertas son sus esperanzas, y los muchos estorbos que les salen al camino. Morgante es figura de la ira, que sin guardar término ni razon, desenfrenadamente corre á su venganza: y los mónstruos de Creta lo son de la desorden de un reino, donde el rey deja la senda de la virtud. Por Bernardo, que se enamora de Arcangélica en medio de una gran tormenta, se dice que el hombre enamorado del apetito de la venganza figurado en Arcangélica, es llevado por mil tormentas y sobresaltos á dar al través consigo, y quedar perdido.

LIBRO DÉCIMOCUARTO.

ARGUMENTO. Sale Bernardo arrojado de la tormenta á la costa de Acaya en compañía de Olfa, que le da cuenta de quien sea Arcangélica, cómo salió tan valerosa en armas, y la opinion que hay de que sea hija del dios Marte: tocando á vueltas de su discurso una galana geografía de casi toda la Asia. Bernardo entra en la cueva de la diosa Témis, donde halla un admirable retrato de la vida humana, y los mónstruos que al mundo paren la ignorancia, y el engaño.

Qual bello cisne sobre el crespo vado
De Meandro, sin que en él se le consuma
Del blanco pecho el tumbo levantado,
Cercos engarza de liviana espuma;
Y en remolinos de cristal cuajado



Humedeciendo va la hueca pluma,
Hasta que al fin entre la juncia verde
Al suave son de su cantar se pierde.
Así luchando el español guerrero
Por las saladas ondas discurria,
Diestro piloto hecho y marinero
A la pesada entena en que venia:
Dando consuelo al llanto lastimero
De Olfa, que en hermosura parecia
Bella sirena, si de cuando en cuando
En cantar convirtiera el ir llorando.
Que sea el fuerte Triton, ó el rey Neptuno,
O la mudable imágen de Proteo,
El crespo mar sospecha; que ninguno
Que sea mortal alcanza igual trofeo:
Y así por dios del mar de uno en uno
Cuantos los campos cruzan de Nereo
Le rindieron debido vasallaje,
Y anunciaron el próspero viaje.
Hasta que la fortuna ya afrentada

De verse de un mortal brazo vencida,
En el tumbo espumoso disfrazada
De la ola de un lebeche embravecida,
A Olfa, su amparador, y la aferrada
Entena echó á la costa encanecida,
Por donde de Beocia en corva raya
El rio Celiso rompe la ancha playa.
Por medio la region focense corre,
Naciendo en las alturas del Parnaso,
Cefiso, en cuya orilla está una torre
Rota y gastada ya del tiempo escaso:
Templo antiguo de Temis que socorre
Con su saber el mundo á cada paso,
O ya dando hombres nuevos, ó medido
A la razon el gusto del sentido.
Aquí ya libre del rigor pasado
Bernardo afirmó el pié en la seca arena,
Molido el cuerpo, el brio quebrantado,
Y Olfa con él de espanto y temor llena:
Y el riesgo en verse libres olvidado,
Sola la nueva ausencia les da pena
De aquella celestial belleza rara,
En cuya vista nada les faltara.
Y aun no del todo el enlutado cielo,
Desnudo y libre del rigor pasado,
En nueva sombra y tempestad el suelo
De agua tenia y vientos anegado,
Cuando en un tibio y mudo desconsuelo
Al antiguo edificio derribado,
Que á la ancha boca está del turbio rio,
A buscar van abrigo contra el frio.
Así en los mismos pardos arenales,
De otra mayor tormenta y desconcierto
Echados, cuando el suelo á los mortales
De agua se vió y de confusion cubierto
Deucalion y Pirra en los umbrales
Fueron del sacro templo á tomar puerto,
Pidiendo á Temis, pues lo sabe todo,
De la restauracion del mundo el modo.
Mostróse el turbio dia presuroso
Mas que otras veces lo es breve y pequeño,
Por entre el aire lóbrego y nubloso
Vanas fantasmas destilando el sueño,
Cuyo silencio hizo del reposo
Del mundo á la quietud sabroso dueño,
Y al amante español, y á su doncella
Huir con tristes pensamientos della.
Vino la noche, cuya niebla obscura
Espantos á una parte y á otra lleva,
Y el frio cierzo cernido en nieve pura
En altos pinos sus bravezas prueba:
Suenan los aires, brama la espesura,
Crece el rigor, y el viento se renueva
Llenos el Norte, helados ambos senos,
De ardientes rayos, y de roncos truenos.
Cuando, sin otra prevencion de cena,
Buscando amparo á la region nublosa,
Y abrigo al viento que en los bosques suena,
Una caverna vieron tenebrosa:
La obscura boca de malezas llena,
Que en su enlutada tumba sospechosa,
Desde un rincon del carcomido muro
Lugar da, mas secreto que seguro.
Fuéronse con escrúpulo bajando
Al escalon primero de la gruta,
Solo donde poder dormir buscando
Un pequeño compas de tierra enjuta:
Y como en parte estraña recelando
Agudo silbo de serpiente bruta,
Enroscado dragon, ó cama fiera
De rojo tigre, ó súbita pantera.
Hizo el leonés del sótano á la entrada
Escrutinio en las ramas y malezas,
Probando con la punta de la espada
Del ciego seno su áspera estrecheza:
Y hallando parte enjuta y abrigada,
De yerba y secas cañas, adereza
A la medrosa dama un breve lecho,
Alivio á los cuidades de su pecho.
Y á par della sentado le suplica
Si le ha quedado aliento, le dé cuenta
De la ausente beldad que el alma rica
De esperanzas en gloria le sustenta;
¿Por qué, ó cómo al marcial furor se aplica?
¿Quién la trajo á tal riesgo y tal tormenta?
¿Cuál sea su patria, cuál su nombre y fama?
Dijo, y así le respondió la dama:
«Regalo celestial, fruto fecundo
De dulce amor y suertes de fortuna
La beldad dieron, que única en el mundo
Adoró el sol, y respetó la luna:
Bella princesa, resplandor segundo
Del reino que á la luz sirve de cuna,
De Medoro y de Angélica la bella
Parto feliz en venturosa estrella.
Marte lloviendo belicosa lumbre
Subia á la sazon con mayor brio
Por sus dorados gonces á la cumbre
Del austral capricornio húmedo y frio;
Y del carro acerado la vislumbre
En su mayor pujanza y señorío,
Sobre el grado penúltimo subido
Hasta los veinte y ocho habia corrido.
Venus con la blandura acostumbrada
Le iba templando en parte la aspereza,
De los demas planetas rodeada,
Cada cual en su punto y fortaleza:
Solo Saturno, cuya frente airada
Tristes anuncios daba á su belleza,
En veinte grados puso su tesoro
Del enemigo vellocino de oro.
Esta admirable conjuncion de sinos
A la gran China dió esta real princesa
Arcangélica dicha, que en divinos
Rayos de luz en tu alma vive impresa:
Junto al Quinsay en muros peregrinos
Por un bosque bellísimo atraviesa
El castillo de Mangi, de quien viene
Al reino el nombre, y el honor que tiene.
De doce millas su torreado muro
De fino jaspe en proporcion cuadrado,
Con mil torres altísimas seguro,
Donde está un grueso ejército alojado:
En cada esquina de alabastro duro
Un altísimo alcázar levantado,
Cuyas torres y almenas por decoro
Sustentan ricos chapiteles de oro.
La altiva frente que al Oriente mira
Rica puerta abre de bruñida plata,
Que al sol sirve de espejo en que se mira,
Y con sus rayos otro sol retrata:
Esta al rey solo se abre, y se retira:
Dándole paso, él solo pisa y trata
Sus umbrales, y en otros mas escasos
El vulgo estampa sus humildes pasos,
En medio el ancho muro, que cubierto
Todo está de arboledas y jardines,
De fuentes y de estanques, por concierto
Puestos entre arrayanes y jazmines,
Se ven por juncias y agua en vuelo incierto
Briosos cruzar los bellos francolines,
Y dar los cisnes música á las flores,
Y al alba fresca tiernos ruiseñores.
Saltan los corzos, y la liebre corre
Por entre murta, sándalo y verbena,
Libre de que le siga ni le borre
Otro paso los suyos en la arena:
Una á otra se sigue, y se socorre
Con fiesta y grita de retozos llena,
Gozando de sus juegos y primores

La luz de los altivos miradores.
En medio el real jardin, sobre un collado
De cinamomos y canelas lleno,
A quien las rosas y azahar nevado
Con menos costa vuelven mas ameno,
Está de verdes mármoles labrado
El imperial alcázar, cuyo seno
En ricas salas de oro y pedrería
Eterno guarda, y sin morirse el dia.
Yo no sé bien si la caverna ó gruta
Del peñascoso Ténaro deshizo
Sus verdes jaspes, y al Quinsay tributa
Con lo que este vistoso alcázar hizo;
O de los bactrianos en la inculta
Scitia, el pueblo inconstante y movedizo
Tiene alguna cantera de esmeraldas
Mayor que el monte Acámaso en sus faldas.
O las minas de Copto, que en Egito
A Tebas dan sus mármoles preciosos,
Dieron á la India el bello circuito,
Que dió á este real jardin lejos vistosos:
Todo él cercado en torno de infinito
Aparato, de estátuas y colosos,
Bultos, mónstruos, figuras y medallas,
Y otras varias grandezas y antiguallas.
Por cien torres en torno se dilata
Con chapiteles de oro por cabellos,
Y mil balcones de luciente plata,
Que heridos del sol deslumbra el vellos:
Lo de dentro suspende y arrebata
Con dibujos bellísimos, y en ellos
Llenas las salas, patios, corredores,
De guerras, cazas, fábulas, y amores.
Aquí el gran Chino por su gusto tiene,
Cuando la córte deja, su morada;
Aquí á aliviar la grave carga viene
Del cetro de oro y magestad pesada:
Aquí en alegres cazas se entretiene,
Y goza quieta vida regalada,
Y aquí tambien entre frescura tanta
Del Quinsay se crió la bella infanta.
Ya quince vueltas el autor del dia
En las balanzas de oro habia ajustado
La clara luz con la tiniebla fria,
Y otras tantas al mundo renovado,
Vistiéndolo de flores y alegria,
Despues que el quinto círculo dorado
Del cielo hizo en Angélica la bella
El divino retrato dél, y della.
Y estando la una y otra retirada
Deste real bosque en la agradable vida,
Una en correr las liebres ocupada,
Y otra en rendir las fieras divertida,
En el Canfú surgió una gruesa armada,
Y el ruido y temor de su venida
Subió al jardin por la corriente arriba
De un rio que al bajo mar Quinsay derriba.
Zambrí, soberbio rey de la Moscana,
Nieto del desdeñoso Radamanto,
A quien Roldan mató, y con su temprana
Muerte heredó su nieto imperio y llanto,
El en que comenzó su edad lozana
Venia en ella á vengar, trayendo cuanto
Poder su reino alcanza, y cuanto encierra
En aparato y máquinas de guerra.
Queria arrogante á cuenta de su empresa,
Y la vertida sangre de su abuelo,
Por su mujer ganar á la princesa,
Y de la China el ancho y fértil suelo:
Llegando sobre el parque con tal priesa,
Que antes que se tuviese de él recelo
Habia allanado ya su fortaleza,
Y preso de las dos la una belleza.
A Angélica prendió, y sus damas todas,
Creyendo que iba la princesa en ellas,
Con que ya dentro en sus felices bodas
Mas que Atlante consigo lleva estrellas:
Y sin temer las tristes tornabodas
Conque la instable diosa hace mellas
En los mas firmes gustos, con su gente
Al mar se hizo la vuelta del Poniente.
La gallarda Arcangélica acosada
Del riesgo atroz, y asalto repentino,
De su mismo valor estimulada
Un arnés se vistió de acero fino;
Y no con flaca y femenil espada
La alta defensa de su honor previno,
Mas cual bella amazona se arrebata,
Y con belleza y armas rinde y mata.
Sola su lanza, sin la humilde gente
Que de encuentro llevó, quitó la vida
Al jayan Madagascar, que en Oriente
El brazo fue y la espada mas temida:
Al rey de Gozurat, que la eminente
Luz de los polos tiene por medida
De horizonte, al de Albasia, y al de Tibar,
Y al negro y grueso mónstruo de Zancibar.
Siguió el alcance y bella retirada
Del incauto Zambrí, libre y dispuesta
De no volver á ver sino es vengada
De Mangi los vergeles y floresta:
Y en un navío que rindió embarcada
Entre la flota, que con grita y fiesta
Del victorioso triunfo alza la vela,
Ciega se embarca, y tras su agravio vuela.
Como del Caspio mar en la ancha playa
Hircana tigre de corage llena,
Antes que el cazador por piés se vaya
Los suyos ella estampa en el arena,
Y por el rastro que dejó se ensaya
A vengar el agravio de su pena,
Y á bocados cuanto hay mata y destruye,
Y á seguir vuelve el cazador que huye:
Así del blando chino la princesa
Al seguimiento y presto alcance vino
Del que á su dulce madre lleva presa,
Furiosa destrozando en el camino,
Por cuanto al de sus golpes se atraviesa,
Y de morir en ellos se hace dino,
Hasta abordar la rica capitana
Del bárbaro Zambrí, rey de Moscana.
Y allí, á pesar de la enemiga gente
Que en el naval ejército venia,
La suya dentro echó, y cual rayo ardiente
Por las contrarias armas discurria:
Mató al rey vano, y la arrogante frente,
Donde forjó imprudente fantasía
De ser su esposo, en un gallardo tajo
Del confuso celebro la echó abajo.
Y en tanto en gente y armas abundante
La voz llegó del general socorro
Con fuerza tal, que al campo Radamante
Fusta no quedó entera, ni hombre horro,
Ni chino barco, que con brio triunfante
Urca vencida no llevase á jorro,
Debiéndose al valor de la princesa
La honra mayor de la importante empresa.
Mas cuando ella en rendir la capitana,
Y en dar muerte á su rey se detenia,
El príncipe de Ormuz que al de Moscana
De general por tierra y mar servia,
Ardiendo en torpe amor su alma liviana
Por la Angélica reina que traia
Presa á su cargo con el nuevo espanto
Del muerto sucesor de Radamanto.
En presta zabra con medrosa presa,
A vueltas del sangriento herir confuso,
La reina de Catay de nuevo presa
Con lo mas rico del despojo puso;
Y cual presto alcotan que ha hecho presa

Volando huye por el mar difuso,
Ciego, trocando honor, navíos y gente,
Por un robado amor huye al Poniente.
La princesa que al triunfo y alegría
Del vencimiento halló lo mas precioso,
Que allí en tan nuevo oficio la traia
Robado del ladron de Ormuz medroso,
Hundir el mundo con furor queria,
Y de ira ciega en bando riguroso,
Sin dejar ni una fusta reservada,
Abrasar manda la enemiga armada.
Ciento y diez velas que al rigor de Marte
Parecieron sobrar, sin sacar dellas
De enemigos despojos mayor parte
Que las cautivas damas y doncellas,
Barloadas todas de Vulcano el arte
En resonantes globos y centellas,
De sus grasientos senos subió en vuelo
Los roncos gritos y la llama al cielo.
Yo aquella pienso fue la vez primera
Que el ancho mar temieron se abrasara,
Que sus golfos el fuego consumiera,
Y en ceniza su arena se trocara:
Y ardiendo la enemiga armada entera
La ciega noche obscura volvió clara,
Para que así mejor viese la fama
Sobre un golfo de mar otro de llama.
Hecha por la princesa su victoria
Esta espantosa y triste luminaria,
En que no quedó rastro ni memoria
De la potencia y presuncion contraria:
Tras el corsario de su honor y gloria,
Que su alma lleva en huida temeraria,
En un navío se arrojó velero,
Mas de valor armada que de acero.
Trájome sola á mí en su compañía
Para el servicio suyo, y dando al viento
Las velas tras el bárbaro que huia
Vencimos en correr al pensamiento:
Pasamos por el Pilbo y la Zangía,
De isla en isla tomando guia y tiento,
Cruzando en vuelo al cristalino campo,
Entre el Japon y el cabo de Liampo.
Dejamos ambos Líquios á la izquierda,
Y á la diestra la costa de Chincheo,
Dando al camino y la congoja cuerda
Hasta la alta Camboja y el Burneo:
A Gilolo de lejos se me acuerda
Que vimos, y en bellísimo rodeo
Las Malucas vistiendo con sus flores
Los aires de aromáticos olores.
La bella y rica Chersoneso de oro,
Con su ciudad y reino de Malaca,
En seguimiento del cobarde moro
De árboles nos mostró su costa opaca:
Y entre la Taprobana, y el tesoro
Que por sus costas baña la resaca,
La vuelta dimos sin alguna altura
A la punta y combés de Cincapura.
De allí el rumbo siguiendo del piloto,
Que á la inquieta princesa, mal contenta
Del mar presente y círculo remoto
Que haciendo va en su viaje, daba cuenta:
A un descompuesto viento el árbol roto
Corrimos la ancha costa alharaquienta
De Samatra, ciñendo nuestra frente
De la alta equinoccial el cerco ardiente.
Y á la luz del canopo, que allí claro
Como un limpio carbunco se les muestra,
El peñasco de Cidara al reparo
De un abrigo quedó, y á la siniestra
El cabo de Naguacar, puerto raro,
Donde aquel dia surgió la barca nuestra,
Y halló entre los que habitan por sus peñas
Del corsario de Ormuz el rastro y señas.
Seis dias antes salió del mismo puerto,
Y nosotros aquel que en él entramos,
De Mengala cruzando el golfo abierto
Hasta que á la isla de Zeylan llegamos;
Y el promontorio Cori, descubierto
Por Trabancor hasta Cochin pasamos,
Y allí hácia Calicut un bajel vimos,
Que en lo alto ser de Persia conocimos.
Fuímosle aquella tarde dando caza
Con la siguiente noche, y cuando el dia
El triste luto al mundo desenlaza,
Que por la muerta luz puesto se habia,
Ya en sus señales claro y en su traza
Ser vimos el de Ormuz, en quien venia
La Angélica beldad sin culpa presa,
Y en su demanda la oriental princesa.
Con nuevo regocijo y alboroto
Embestimos con él y al abordallo,
Solo seis caballeros y el piloto
Con las armas vinieron á estorballo:
Quedó rendido, y por la jarcia roto
Del encuentro primero, y al entrallo,
Encima vieron del combés cubierto
De tela de oro negro un hombre muerto.
Supimos que de Ormuz el rey Blancarte,
Tras quien se hacia la infeliz jornada,
Era el muerto, y que Angélica su parte
Hizo en dejarse en su prision vengada.
Sobre el cabo de Cori, el baluarte
De una florida selva da abrigada
De los vientos de Oriente una bahía,
Donde el rey fugitivo llegó un dia.
Quiso cansado de la mar bajarse
Al márgen de una fuente cristalina,
Entre blancos jazmines, que á emboscarse
Por su espesura el mismo olor inclina,
O por entretenerse, ó por holgarse
Con la robada diosa de la China,
De quien habia en sus deseos venido
De una esperanza en otra entretenido.
Suspenso el dia, que pasó volando
En esperar sus reyes á la orilla,
De Ormuz se vió el navío, hasta cuando
Al mar de Goa el claro sol se humilla,
Que por la temerosa selva entrando
La fria imagen vieron amarilla
De su imprudente rey, que en el desierto
Huyéndose su amor le dejó muerto.
Créese que en el favor de su regazo
Con dulce paz le degolló dormido,
¡Torpe locura! ¡peligroso lazo!
Fiarse de mujer quien la ha ofendido:
Entraron por la selva un gran pedazo,
Mas cególes el rastro y el sentido
La obscura noche y tierra no sabida,
Y la pena de ver su rey sin vida.
Así el sordo navío en llanto amargo
Degollado mostraba su rey muerto,
Con quien al rico Ormuz por su descargo
De luto iba de lágrimas cubierto:
Y al pasar de Trabancor el mar largo,
Haciendo escala en su vecino puerto,
De la vengada reina tuvo nueva,
Que de sus playas la salvó una cueva,
Y en un navío para el llano Egito,
Dando las velas á un terral liviano,
Ya libre se embarcó de su delito,
Si alguno fue matar á un rey tirano:
Así con triste y lastimoso grito
Razon de si nos dió el navío persiano,
A quien la real princesa libremente
Con su rey muerto le dejó y su gente.
No le entregó á la tragadora llama,
Como á la flota hizo su enemiga,
Mas reservarlo quiso para fama,

Que la venganza de su agravio diga:
Y tras quien le dió el ser, cual tierna gama,
Al real piloto manda que prosiga
Su derrota, y en bello circuito
Las Arabias costee, y vuelva á Egito.
En la punta de Aden una tormenta,
De no menor rigor que la pasada,
La nao despedazó en furia violenta
Sobre una roca en agua sepultada:
Y sin que el intratable mar consienta
Por su crespo cristal hacer jornada,
En seis siguientes lunas que así estuvo,
Como en cerrada cárcel nos detuvo.
Hasta que de la punta del mar Rojo
A dar fuimos por tierra á Alejandría,
Por entre rotos mármoles, despojo
Del tiempo en que el gran Cairo florecia:
Con nuevo rastro siempre, y nuevo antojo
De la que reina donde nace el dia,
Que de allí en busca de su amado ausente
El rumbo habia tomado del Poniente.
Ha muchos años que el gentil Medoro,
Ausente de los ojos de su dama,
La dulce risa vuelta triste lloro,
Y desierta dejó su alegre cama:
La causa ni la alcanzo, ni la ignoro,
O sea cierto rumor, ó incierta fama,
Yo la diré despues, que ahora digo,
Que á buscar fue de allí á su caro amigo.
Diéronle nuevas dél en Tolomita,
Donde se entiende que llegó primero,
Con que el muerto deseo resucita,
(Si es mortal el amor que es verdadero)
A la madre tambien la hija imita,
Y en busca de ambos un navío ligero
Al mar arroja, y tras su sangre ardiente
Los graves reinos busca del Poniente.
Arrojónos en calmas y en tormentas,
De isla en isla rodando y puerto en puerto,
Al mar Carpacio, que es de olas violentas
Un importuno y ciego desconcierto;
Y en el Egeo tras él playas sedientas
De Creta vimos, y en el golfo abierto
De Corfú su arenal, por donde un dia
El viento nos echó en Cefalonía.
Allí por lances y peligros varios
La mar nos despeñó, y allí perdimos
Nuestro bajel, y en otro de corsarios
Que en el puerto hallamos nos metimos:
Andaban en sus robos ordinarios
De la herviente costa á los arrimos
Cien piratas á cuenta de un gigante,
Gran capitan de Creta, y rey de Jante.
Era uno destos el navío que digo,
Contra quien dos de la cercana tierra,
Por peligroso y bárbaro enemigo
En trance entraron de sangrienta guerra,
Donde de la princesa el brazo amigo
Mostró bien lo que el bravo pecho encierra,
Siendo los aires de su ardiente espada
Nueva tormenta á la enemiga armada.
Retirólos á golpes insufribles
La bella sucesora de Medoro,
Proezas haciendo y golpes increibles
En favor del navío de Arcandoro:
Mas hacer bien á bárbaros movibles,
Es sembrar por la mar arenas de oro,
Y este en las sirtes de Africa nacido,
Habia á mudarse en ellas aprendido.
Vió á la princesa, hallóse enamorado,
Y en torpe modo, y con grosero estilo,
No del todo el combate sosegado,
Corriendo aun sangre de su espada el filo,
Llevando de ignorancia en su cuidado
Mas que en sus siete bocas agua el Nilo,
A requestarla se atrevió en el brio
De hallarse humilde dueño de un navío.
Pasó en donaire el loco atrevimiento
De su beldad la gravedad severa,
Y fue mucho en tan nuevo sentimiento
Guardarse en su sereno rostro entera:
Mas dando al gusto bárbaro otro viento
El alma y la intencion mudó primera,
Y el mismo dia que se mostró su amante,
Y ella á darle la vida fue bastante.
Hallándola dormida, de repente
En la prision estrecha en que venia
Con las fuerzas la puso de su gente,
Y cual me hallaste á mí en su compañía:
Y esto en compendios hasta el dia presente
La historia es suya, y la desdicha mia,
Y de Angélica hija y de Medoro,
La que ausente suspiras, y yo adoro.
Pondráte admiracion, que de dos pechos
Tan blandos y amorosos por su parte,
Solo á tiernas batallas de amor hechos,
Sin nombre ni opinion en las de Marte,
Naciese el brazo invicto, que á despechos
Del mundo así campea su estandarte
En los valientes dél, que con su sombra
Lo mas florido de su rueda asombra.
Sabrás, oh invicto aliento de la fama,
Que el generoso Artildo, insigne en ciencia,
Padre que fue del mio, y yo la rama
Mas asida á su tronco y descendencia,
Cuando mas niña esta invencible dama,
O á mí á solas, ó á ella en mi presencia,
Mil cosas de su esfuerzo le anunciaba,
Que ahora las veo, y antes las dudaba.
Decia tambien que su animoso pecho,
Donde aun á la materia vence el arte,
No era todo de humana masa hecho,
Que tenia de divino una gran parte;
Que de los dioses uno, en nudo estrecho
De amor paterno, á su ánimo reparte
Su natural furor, y el caso todo
Pasó, segun Artildo, en este modo:
Dicen que Marte en condicion severo
Ya en otro tiempo fue de amor vencido,
Sin que las armas de templado acero
Defenderle pudiesen de Cupido:
Y aunque el suceso es grave, es verdadero,
Que el cielo lo confiesa, y él rendido
En las sutiles redes de su lecho
Da por probado el adulterio hecho.
Vulcano en ciegos nudos de oro atados
A su esposa y á él los halló un dia,
Y aunque en sus lazos presos, mas ligados
Del lazo en que su hijo los tenia:
Bajó los graves dioses convidados
A la gran presa que cazado habia,
Dios hubo que tuviera á dicha buena
Trocar su libertad por tal cadena.
El sol lo descubrió, cosa notoria
Fue por el mundo su amoroso cuento:
Mas envidiosos hubo de su gloria,
Que dudosos habrá de lo que cuento:
Olvidóse la afrenta en su memoria,
Aunque no la ocasion de su contento,
Trocando el freno del primer recato
En desenvuelto y descubierto trato.
Sobre la playa y secos arenales
Que al mar Carpacio enfrenan la braveza,
Y á pesar de las ondas inmortales
Siria levanta al cielo su cabeza:
Hecha de rica pasta de metales
La antigua Chipre está, cuya belleza
Aumenta el monte Acámaso, y su faldas
Llenas de ricas minas de esmeraldas.
Aquí sobre su concha cristalina

Venus del mar salió la vez primera,
De la espumosa lluvia y sangre fina
Que sudó al mundo la estrellada esfera:
Aquí tiene su altar y su cortina,
Y en él su habitacion mas verdadera:
Y al fin aquí, como á su propio imperio,
Se retiró despues del adulterio.
Un dia que el dios sangriento á recrearse
Al claustro vino de su alegre dama,
(Si á la fama algun crédito ha de darse,
Que estos son propios cuentos de la fama)
Cupido comenzó á vanagloriarse
De los varios efectos de su llama,
¿Qué dios, qué hombre, qué fiera se ha librado
Deste arco duro, y de su arpon dorado?
Júpiter quiero que me sea testigo,
Pues Marte con mi madre está ocupado,
Si el rubio Apolo usó un desden conmigo,
Hable el laurel si me dejó vengado:
Mercurio, y Baco, mi mayor amigo,
El frio Neptuno, y Radamanto airado,
Dirán si desde el cielo al bajo infierno
Hay pecho libre deste brazo tierno.
No sé qué medio ninfa, ó medio estrella,
Ocupada en seguir el monte y caza,
Se alaba de que está de mi centella
Su alma libre, y sin rendir su plaza:
Mujer lozana, cazadora y bella,
Y sin sentir el lazo con que enlaza,
Es burla; que en la red mas olvidada,
La que piensa cazar queda cazada.
De los dioses ninguno se ha librado,
Los hombres mal pudieran defenderse:
¿Al rústico pastor tras el ganado,
Quien no gusta de verlo entretenerse,
Proponer en ausencia su cuidado,
Y en presencia temblando retraerse?
Una vez arrogante, otra se humilla
Al brio de su lozana pastorcilla.
Son varios los efectos y pasiones
Que en corazones causo descuidados,
Conforme á las diversas ocasiones
En que los hallo y tengo encadenados:
Quien quisiere salir de mis prisiones,
Y romper sus fortisimos candados,
Rompa ocasiones, atará deseos,
Que los demás atajos son rodeos.
Gusto de ver llorar uno en ausencia
La fuerza que le hace su cuidado,
Otro en zelòs perdida la paciencia
Por lo que él en su cama ha fabricado:
A otro en medio los gustos de presencia
Un antojo le doy que es ya olvidado,
Con que viendo lo mismo que via antes
A los enanos juzga por gigantes.
En estos entremeses divertido
Mi ociosa paso y descuidada vida,
De esperanzas y engaños mantenido
Y sobornado de alegria fingida:
Traeme en sus ojos ahora entretenido
Una reina adorada y perseguida,
Que en el mundo es escándalo y centella,
Y en el Catay Angélica la bella.
Es tanta su beldad; tanta su fama,
Que quisiera por verla no ser ciego,
Aunque fuera la yesca de mi llama,
Con tal que se encendiera de su fuego:
No vi su rostro, mas urdí la trama
Que á mil sirvió de muerte, á mí de juego,
Y su real brio, á quien faltó segundo,
De tropezon universal al mundo.
¿Qué valor hubo en él digno de cuenta,
Que no escandalizase su hermosura?
¿Qué riesgo, qué bonanza, qué tormenta,
Qué empresa, qué batalla, qué aventura?
¿Qué pecho libre, qué alma tan exenta,
Qué presa no pusiese en cárcel dura?
¿Qué ojos tan graves, pecho tan esquivo,
Que si los suyos vió no esté cautivo?
De reyes y de príncipes servida,
¿Qué cetro le negó su vasallaje?
Uno el juicio pierde, otro la vida,
Otro el reino, otro el nombre, otro el linaje,
Hasta que vió á Medoro, y dél rendida
Trocó un mundo de reyes por un paje:
Si la agravié, será disculpa mia,
Que ciego no miré lo que escogia.
Así braveando está el niño arrogante
Mientras que á tiento un arco nuevo encuerda,
Gustando Venus y su altivo amante
Del blasonar y del poner la cuerda:
Marte oyendo la fama resonante
De la oriental belleza, con la izquierda
Dicen que sin ver cómo fue herido
A escuso de su madre de Cupido.
Dióle en el alma ociosa con destreza,
Que es el amor sutil en demasia;
Ya el tesoro de Venus es pobreza,
El sol tinieblas, y la noche el dia:
Trueca inmortal por la mortal belleza,
Y á una diosa una dama preferia;
Pero no hay que admirarse destos juegos,
Que en casa del amor todos son ciegos.
Las duras armas de bruñido acero
En el templo de amor deja colgadas,
Y tierno amante de soldado fiero
A su entenado pide alas prestadas;
Que aunque es un pensamiento en ser ligero,
Antójos nuevos son glorias pesadas
Que aunque en sus hombros Icaros los lleven,
Parece en el volar que no se mueven.
Del frio Geta en el helado clima
Ocioso deja el carro en sangre tinto,
Y en la guerrera Tracia airado arrima
Del corvo alfanje el tachonado cinto;
De su cruel rayo la espantosa grima,
Que al mundo baja en resplandor distinto,
La frente limpia con que el aire empece,
Y en sangrientas vislumbres resplandece.
Deja el grabado arnés, cuya acerada
Máquina su abrasado cielo oprime,
Y la nublosa clava reforzada,
Que el polo con su grave peso gime;
Del corvo escudo, y la tajante espada,
Las turbias luces que espantosa esgrime,
Con que la Libia enciende, abrasa á España,
Y al sol los claros rayos de oro empaña.
Deja al fin el potente dios terrible
Del acero el estruendo resonante,
Deja el ceño espantoso, y vista horrible,
A una sombra fantasma semejante:
Volviendo blando amor, si esto es posible,
Aquel su fiero y áspero semblante;
Mas ¿qué digo un semblante solo fiero?
Un pecho, un alma, un dios todo de acero.
Sale volando, y de un alegre viento
Una nube formó resplandeciente,
Parecida á su nuevo pensamiento
En lo hermoso, vano y transparente;
Y en buscar la ocasion de su contento,
Presto, ansioso, colérico, impaciente,
A un cabo y otro busca por la tierra
La que ha de poner paces en su guerra.
Los ojos tiende por el bajo suelo,
De diversas naciones ocupado;
A Europa mira, y su benigno cielo,
Su rico asiento, su vivir templado:
La fértil Libia, que con seco vuelo
Sus blancas costas lleva al diestro lado
Con las sirtes sin tez, á quien da cama

El mar, que en medio dellas se derrama.
Deja á la izquierda el Norte y sus alturas
De un inmortal invierno acompañadas,
Y á sus verdes espaldas las llanuras
Del Ponto y sus arenas escarchadas:
Del frio Tanais las costas mal seguras,
De bárbaras naciones cultivadas,
Y del vecino Colcos el tesoro,
Si aun dura entero el vellocino de oro.
Mira el boreal Zarambe peñascoso,
Cercado de arrecifes inhumanos,
La antigua Troya, y su Ilion famoso,
Sepulcro ya de griegos y troyanos:
El Sigeo, peñasco peligroso,
El Proponto, los Bósforos cercanos,
Con los que guardan las reteas almenas,
De mil tragedias dolorosas llenas.
A Zaistro y sus aguas espejadas,
Que al son de blancos cisnes las despeña
Meandro de riberas marañadas,
Que de seguir un curso se desdeña:
Y del rio Pactolo las doradas
Ondas con que en ruido alegre enseña,
Que no hay bien ni favor mas sin provecho
Que la riqueza en avariento pecho.
Del monte Ida la cumbre levantada,
Y el bosque donde Páris dió el juicio
Sobre la competencia celebrada,
Que al mundo su furor sacó de quicio:
Aquí Marte con alma enamorada
Dicen que dijo: «tengo por indicio,
Que á Venus se dió allí el premio de hermosa,
Porque antes no nació mi nueva diosa.»
De allí mira el gran templo de Cibeles,
Su inútil gusto, y vana hipocresía,
Sus sacerdotes bárbaros infieles,
De triste complexion y sangre fria:
Los Zalibes incultos y crueles,
Ricos del oro que su asiento cria,
Y el rio Halis y su curso avieso,
Famoso por el hado del rey Creso.
Mira tambien al Iris caudaloso
Como su cristalino curso espacia,
Y el bravo Termodonte sonoroso,
Fines de Capadocia y de Farnacia:
El altísimo Latino peñascoso,
Que á Endimion vió dormido en tanta gracia,
Que la luna bajó á guardalle el sueño,
Y á gozar los amores de su dueño.
Sobre la costa del Carpacio mira
La alta Cilicia con su monte Tmolo,
Donde el dios Pan tocó su ronca lira
En competencia del dorado Apolo:
Y el Tauro que su cumbre en torno gira,
Y de la nieve de un collado solo
Cidno por sus vertientes se dilata
Con limpias ondas de bruñida plata.
Del Caspio mar las playas espumosas
Mira, y sus arrecifes espantables,
Cercados de naciones belicosas,
Gentes bárbaras, fieras, intratables:
Las hiperbóreas cumbres monstruosas
De vertientes y campos saludables,
Y á los que dan sus selvas acogida
En sabrosa quietud y larga vida.
Mira entre los Cerámicos y Hipicios
Las libres amazonas sin varones,
Gente traida al mundo por indicios,
Mas que por verdaderas relaciones:
Los que habitan del Cáucaso los quicios,
Y cultivan sus fértiles terrones,
Al pié del risco altísimo y nevado
A que está el sabio Prometeo ligado.
Los Scitas sin república formada
Sus ásperos desiertos conservando
A quien de Batros la corriente helada
Va con prolija vuelta rodeando:
Mira al austro en altura mas templada
Irse las dos Armenias dilatando,
Y sobre sus collados espaciosos
A Nifates y Tigris caudalosos.
Mira cual nacen de unas mismas fuentes
El Eufrates y Arajes sonoroso,
Que por despeñaderos diferentes
El mar buscan en curso impetuoso:
Este al Hircano lleva sus crecientes,
Y aquel al seno Pérsico famoso,
Haciendo rica y fértil de pasada
La gran Mesopotamia celebrada.
Cansado de mirar tantas regiones,
Sin ver en ellas la que va buscando,
Los ojos vuelve, y mira los rincones
Del celestial incendio humeando:
Las negras etiopicas naciones,
Y el mar sobre sus costas reventando,
Y el Nilo, si por dicha tiene fuente,
Entonces al dios Marte fue patente.
Por Egipto y Arabia entremetida
Vió del mar Rojo la delgada punta,
Que aunque de playas ásperas ceñida
Casi al Mediterráneo mar se junta:
Y allí de blancos nácares tejida
La rica Tilos, donde amor barrunta
Que fueron los primeros minerales
De las preciosas perlas orientales.
Mira la carcomida sepultura
Del rey Eritrio sobre Ogiris puesta,
Y de la Siria la áspera llanura
Toda á la sombra de su nube opuesta:
De Palestina adora la ventura
Que á todo el mundo la hizo manifiesta,
Por haber muerto en ella un Dios, que ahora
Vivo y glorioso el Cristianismo adora.
De Jope mira el muro envejecido,
Que nació al mundo en su primer verano,
Y de Sodoma el campo convertido
En lago infame, y á la diestra mano
El noble rio Jordan fresco y florido,
Y de Samaria el pedregoso llano,
Los fértiles palmares de Idumea,
Y la encumbrada y alta Galilea.
Mira hácia el Sur las Návatras regiones,
Y en ellas las Arabias incluidas,
La Petrea y sus estériles mojones,
Y el Sinai de selvas escogidas,
Donde fueron por Dios las peticiones
De un profeta escuchadas y admitidas,
Y con estilo y nota verdadera
Al mundo se escribió la ley primera.
De la desierta Arabia los mudables
Collados mira y su abrasada arena;
La Feliz y sus campos saludables
De rica mirra y cinamomos llena:
De Pancaya las selvas admirables,
Que al mundo sudan en copiosa vena
El incienso y el bálsamo oloroso,
Del saludable cielo don precioso.
Mira en sus arboledas deleitosas
La fenix de dorada plumería,
Que en solo aquellas selvas venturosas
Y sus montañas se sustenta y cria:
Allí entre frescas yerbas olorosas
Vive sin otro amor ni compañía,
Y cuando la vejez tras sí la lleva,
El fuego la consume y la renueva.
Prosigue y mira en su ligero vuelo
Entre el Tigris y Eufrates abreviada
La fértil tierra que parió en el suelo
La confusion de lenguas marañada:
La torre que pensó escalar el cielo,

Su ciudad de jardines coronada,
Y Nínive en un tiempo tan temida,
Ya por los duros Scitas destruida.
Los belicosos caspios, cuyas flechas
Las caspias puertas guardan poderosas,
Por un milagro de natura hechas,
Entrada á mil naciones monstruosas:
Los que de Media labran las estrechas
Yugadas y sus playas árenosas,
Y los que hácia el persiano señorío
A Parcoato beben el rocío.
Los caducios, que en riscos escondidos
Estrechos labran y avarientos llanos,
Y los de Gorgiana mas tendidos,
De trato y condicion menos humanos:
De Hércules los altares encendidos,
Que aun humean incienso de sus manos,
Y de Persia las fértiles llanadas,
Todas de ásperas cumbres rodeadas.
La Pártia con su gente aborrecible,
Del furor de los godos desterrada,
Sin lealtad y sin fe, cruel, movible,
A guerra y sediciones inclinada;
Y los que de la Hircania, la invencible
Tierra de inculta hacen cultivada,
Y en medio sus altísimos pinares
Ligeros tigres cazan á millares.
Las dos Carmanias ambas montuosas
Mira, y la belicosa Cedrosia,
Los collados y selvas espantosas
De la estéril y helada Aracosía:
De Arbitos las vertientes caudalosas,
Y las aguas que al Indo claro envia,
Y los Paraponisos belicosos
En todo, y no en olivas abundosos.
Deja ya atrás del Indo las riberas,
Y el monte Imavo á la derecha mano,
Y sobre las sardónicas laderas
Cual rayo va cortando el aire vano:
Descubre el Gange entre naciones fieras,
Que con dorada arena y curso llano
Rompiendo los collados orientales
Del mar busca los secos arenales.
Mira el gran muro y raya que divide
Del Scita inculto el regalado China,
Y dentro della el reino en que preside
La luz que sus deseos encamina:
Los campos, bosques y los montes mide,
Y con cuidado y prevencion divina
Vuelve y revuelve, y con la vista atenta
Hasta las ramas de las selvas cuenta.
Descubre entre arboledas y espesuras
Ciudades, pueblos, torres almenadas,
De huertas, de jardines, de frescuras
Bastecidas, compuestas y adornadas:
Con chapiteles de oro las alturas
De las suntuosas puertas coronadas,
Y las murallas que la vista goza
De alegre pasta azul, de fina loza.
El oro mira que en las ricas venas
De la avarienta tierra está perdido,
Minas de pedreria y plata llenas,
Tesoro á ojos mortales escondido:
«¡Tierras dichosas, fértiles y aménas,
(Dijo Marte en su vista divertido)
Hoy me ha bajado amor del quinto cielo
A verme pobre en vuestro rico suelo!»
Mira el alcázar y el palacio ufano
Que la belleza Angélica encubria,
Y ante la puerta real un fresco llano,
Donde en concurso y tropa de alegría,
La ilustre gente y pueblo cortesano
Con gallardas libreas discurria,
De campo y montería los ropajes,
Con varios y fantásticos plumajes.
Los perros con sus saltos placenteros
De alegría llenan el florido llano,
Los sacres y falcones altaneros
Ya de placer se arrojan de la mano:
Los caballos feroces, bravos, fieros,
Los frenos muerden con braveza en vano,
Nevando el campo con la blanca espuma,
Que entre las manos hacen se consuma.
Mil géneros de perros enseñados
Todos á un fin, pero de mil maneras,
Cuales tras los prestísimos venados
Diestros en abreviarles las carreras,
Cuales ligeros, cuales mas pesados,
Cuales para aves, cuales para fieras,
Con galgos, con sabuesos, con ventores,
Prestos ginetes, diestros corredores.
Destos diversos ejercicios llena
De lo alto mira Marte la ancha plaza,
Conoce que la causa de su pena
Sin acordarse della sale á caza:
Y dice contemplando la cadena
En que el tirano amor su gloria enlaza,
«¡Hermosa cazadora de Cupido,
Ya un dios entre tus redes ha caido!»
Asoma en esto á la grabada puerta,
Vistiendo el verde campo de alegría,
De perlas, oro y pedrería cubierta,
Cuanta belleza el mundo conocia:
Dejó una nueva gloria descubierta,
Süave el viento, y apacible el dia,
Reconociendo á hermosura tanta
Vasallaje del sol la lumbre santa.
De tela de oro en rozagante vuelo
Pendia la grave falda de brocado,
Con cuanta pedrería al rico suelo
De Oriente da y tributa el sol dorado:
En luces de diamantes dando el cielo
De su beldad al mundo retratado,
Donde en cualquier desden que andando hacia,
Arderse en rubias llamas parecia.
De la color del dia sus cabellos,
Del alba y de su luz las cejas bellas,
Y amaneciendo un cielo dellas y ellos,
Aun se ven en sus ojos dos estrellas,
Que al alma que las mira en rayos bellos
Del pedernal de amor envian centellas,
Los labios de un rubí, la boca enana
De un limpio aljófar engastado en grana.
Cual suele en el rosado y fresco Oriente,
Dando principios de oro al nuevo dia,
La clara aurora con serena frente
Barrer del mundo la tiniebla fria,
A la cansada soñolienta gente
Perlas lloviendo, rosas y alegría,
Tal la reina salió, y del mismo modo
Su vista lo vistió de placer todo.
Quedó Marte confuso, y su cuidado
Entre esperanza y miedo divertido,
De tanta hermosura deslumbrado,
Y de su misma pretension corrido:
El dia sereno, el viento sosegado,
De una templada nube el sol vestido,
Dicen que el dios de zelos lo hacia,
Porque no viese Apolo lo que él vía.
Sobre fogosa y blanca hacanea,
De vistosos lunares remendada,
Pequeña, recogida, y que pasea
Debajo el blando freno concertada:
Con toda la beldad, que por librea
De la suya dió el cielo retratada,
Angélica salió, y salió tras ella
El dia, que cobra su hermosura en vella.
Aquel dichoso y regalado moro,
Hijo de amor, nacido en Tolemita,
Que en ojos negros, y en cabello de oro,

Un tierno humano serafin imita :
El rey chino, el bellísimo Medoro,
Cuya acabada perfeccion limita
Que el poder natural pase adelante,
A estampa mas perfecta y elegante :
Este en traje galan, y hábito suelto,
De azul y plata á lo español vestido,
En oro, perlas y en olor envuelto
El triunfo del amor sacó cumplido,
Sobre un frison gallardo y desenvuelto,
Despedazando el freno desabrido,
De cuerpo, talle y condicion perfeto,
Feroz, bravo, brioso é inquieto.
Un rico manto por los hombros puesto
De la mas fina púrpura de Tiro,
A quien mezclados dan soberbio peso
Las perlas, el diamante y el zafiro;
Con un ancha cenefa de oro grueso,
Que alegre muestra en rozagante giro
El gran cerco de estrellas, por quien guia
La luz que arrastra tras su carro el dia.
Cual águila real, que de lo alto
La deseada caza considera,
Con gozo, con temor, con sobresalto
Revuela, sube, baja, vuelve, espera,
Y codiciosa de acertar el salto
Cercando va la descuidada fiera,
Aguardando sazon y coyuntura
De mas descuido, y parte mas segura;
Tal el soberbio Marte iba volando
Entre torreadas nubes escondido,
Al sol los rayos de oro deslumbrando,
De otros mas poderosos encendido,
Nuevas trazas y modos fabricando
De ver su gusto y su deseo cumplido :
Llegan al monte entre una y otra traza,
Y dan principio á la famosa caza.
Libres de las pigüelas mil azores
A arrojarse comienzan de la mano;
Los diestros agudísimos ventores



A henchir de la escondida caza el llano,
Con que los prestos galgos corredores
No hacen entre mil un lance en vano :
Sigue este, alcanza aquel, el otro incita,
Crece la caza, el alboroto y grita.
Entre el tropel, ruido y baraúnda
De ciervos una tímida manada,
Hizo que el campo alegre se confunda

Tras el lance y la presa deseada:
Que todo en voces de placer lo hunda
La trápala de gente alborotada,
Y por el bosque y selva á campo abierto
Se siembre, corra, y vuele sin concierto.
Siguen aquello que se les antoja.
Con grita, voces, con furor y estruendo,
Uno vuelve, otro pica, otro se arroja,
Otros aparta, aparta van diciendo;
Ataja, ataja aqueste, el otro afloja,
Barausta, rompe, salta, vuelve huyendo,
Sal, cruza, dale, ten, alarga y pica,
La grita y confusion se multiplica.
Uno cae, otro huye, otro revuelve
Perdido sin ver como en la espesura:
Otro siguiendo un ciervo va, y se vuelve
Confuso y anegado en la espesura:
Este se apea cansado, aquel desvuelve
Tras un tigre la selva mal segura;
Gamos, liebres, leones y venados,
Heridos, presos, muertos y atajados.
Medoro, ó fuese fuerza, ó fuese acaso,
Salió contra un ligero ciervo herido,
Que aquel dios liberal, ó el tiempo escaso,
Le ofreció por llevarle divertido:
Queda Angélica sola, y llano el paso
A cuanto el nuevo Marte ha pretendido,
Nuevo, porque era nuevo enamorado,
Y el amante no es mas que su cuidado.
Alteróse la tarde al grueso aliento
Que exhaló Marte de su nube obscura,
Brama el confuso bosque, brama el viento,
De hojas desentoldando la espesura:
Rásgase el enlutado firmamento,
En humo y fuego vuelta su hermosura,
Agua, tormenta, rayos y granizo
La alegre caza y su placer deshizo.
Tráenles los cielos ya de luto envueltos
La noche sin sazon en medio el dia,
Y ellos en agua y confusion revueltos
Cada cual sigue por su incierta via:
Volaban los caballos desenvueltos,
Pero mas la tormenta que traia
La obscura nube en sus hinchados senos
De ardientes rayos y confusos truenos.
Gusta Marte de verlos anegados,
Su alegre fiesta en aire convertida,
Tales son los contentos mas fundados,
Todo tiene su fin en esta vida:
La dama por quien son estos nublados
En una cueva se quedó escondida,
Segura estoy que Marte sepa adonde,
Que á los ojos de Dios nada se esconde.
Entre un horrible y espantoso trueno,
De ardientes rayos y de luz vestido,
De gozo, espanto, y de contento lleno
Marte bajó en Medoro convertido:
Y al tocar su furor el valle ameno
Tembló el gran mundo de su pié oprimido;
Pero la magestad en esto cesa,
Que ella y amor no comen á una mesa.
De aquel ayuntamiento milagroso
Esta beldad nació gallarda y brava
(Sino es del todo vano y fabuloso
Lo que mi sabio abuelo nos contaba)
Perdióse en esta caza el rey hermoso,
O sea que el dios que la honra le quitaba,
Con ella le quitó tambien la vida,
Entre medrosos zelos consumida;
O sea otra oculta causa, no hay del suelo
Quien no esté del secreto deslumbrado:
Solo de la princesa el sabio abuelo,
Por sus mágicas artes informado,
Alcanzó que la luz del quinto cielo
Es quien tal nieta y tal beldad le ha dado,
Y de Artildo el saber, que en mi memoria
Como la he dicho aquí puso esta historia.»
Así en la gruta la japona bella
La razon á Bernardo da cumplida
De su ausente aficion, y al fenecella
De un blando sueño se quedo vencida:
Y él ocupada el alma en entendella,
Con tantas novedades divertida,
De la que el tierno amor hizo su dueño,
Hallar no puede, aunque lo busca, el sueño.
Parécele sentir, ó se le antoja
Rumor de gente dentro de la cueva,
O sea el pensamiento, ó su congoja,
O el blando viento que las hojas mueva:
En pié se pone, y con la limpia hoja,
De la vaina desnuda, atienta y prueba
A entrar con lentos pasos sin ruido,
Al tiento de las señas del oido.
Fue al parecer bajando largo trecho,
Cuando dentro se halló de una ancha sala,
De un medio globo de cristal el techo,
Obrado todo de artificio y gala:
El suelo de alabastro y jaspes hecho,
A quien ningun primor humano iguala,
Dos bellas puertas en el muro esterno,
La una de marfil, la otra de cuerno.
En cada cual sobre una silla de oro
Sentada una hermosa dama habia;
La de la diestra mano en su decoro
Un cielo de virtudes parecia,
Con una poma que el mortal tesoro
Del mundo en su respecto humilde hacia,
Labrada en un carbunco que enviaba
La luz que aquellas cuevas alumbraba.
Estaba la otra á la segunda puerta
Con una taza de oro en las dos manos,
En una bella máscara encubierta
De lascivo mirar, y ojos livianos:
De perlas toda y pedrería cubierta,
De lustre, tez y resplandores vanos,
Por trono altivo un pobre cadahalso
De falsas piedras hecho, y de oro falso.
Y de la sala en un rincon profundo
Abrirse un ciego pozo parecia,
Por donde de hombres nuevos en el mundo
Como de hormigas un monton salia:
Así en Tebas se vió el campo fecundo
Que un tiempo armadas gentes producia,
Cuando de Acteon el prudente abuelo
De serpentinos dientes sembró el suelo.
Mas si era admiracion la nueva fuente,
Que hombres en abundante vena cria,
Mayor espanto daba la corriente
Dellos, que al trono de oropel subia
A beber de la taza el mosto ardiente,
Con que la enmascarada diosa hacia
Un brindis de venenos esprimido
Al incauto escuadron recien nacido.
Jamás de tantas olas asaltadas
Vió el mar del Sur sus carcomidas rocas,
Ni á las vadosas siertes sobre aguadas
Mas arenas ciñeron y mas focas;
Ni por el fresco abril mas apiñadas
Aves de Africa á España vuelven locas
A cantar los agravios de Tereo,
O á Tracia á oir la música de Orfeo,
Que al sitial van llegando de oro injusto
Gentes de todas marcas y figuras,
De las que el hondo pozo en brio robusto
Escupe de sus cárceles obscuras,
(¡Estraño caso!) que en tocando al gusto
Del venenoso jugo las dulzuras,
Todos en fieras se iban convirtiendo
De espantable figura y bulto horrendo.
Quién en leon, en tigre, en oso, en pardo.

En cocodrilo, en topo, en sierpe, en oso,
Quién en fiero avestruz, quién en gallardo
Pavon, quien en cabron, quien en raposo,
Uno en ligero ciervo, otro en buey tardo,
Otro en torpe jumento perezoso,
Y en otras espantosas formas fieras
De esfinges, hidras, scilas y quimeras.
Así de Circe el encantado vaso
Un tiempo á Italia dió animales nuevos,
Cuando á pisar las playas del ocaso
De Grecia trajo Ulises cien mancebos,
A quien en cuerpo horrible y bulto escaso
El Lacio entre sus flores y renuevos
Brutos establos dió y albergue inmundo,
Para escarmiento y confusion del mundo.
Mas sin que nadie en el ajeno daño
Del suyo halle sospechas, todos juntos,
Tras el goloso vino del engaño,
Ciegos renuncian del honor los puntos:
Y hechos en nueva forma y traje estraño
De horribles mónstruos ya nuevos trasuntos,
En tropa salen por la eburnea puerta
De un fresco viento á la campaña abierta.
Cual, ó cual de aquel número confuso,
Mas que por eleccion por su ventura,
De la trulla saliendo, y del abuso
Del vulgacho sin fe, ley ni cordura,
A la otra puerta, donde el cielo puso
De virtud un crisol y beldad pura,
Por las gradas subia del estrado,
De ricas perlas y de luz sembrado.
Y la diosa gentil que allí alumbraba,
De ardiente caridad y amor vestida,
Al venturoso mónstruo que llegaba
Volvia la forma y la salud perdida;
Y del lumbroso globo que manaba
La luz que daba claridad y vida,
Sacando al rayo una sutil centella,
Hacia milagros y finezas della.
Los antes torpes mónstruos y quimeras
Hombres los vuelve ya la luz divina,
El contrahecho bulto y ser de fieras
En nueva humana forma y seso inclina;
Y no con las demás sombras ligeras
La aparente beldad desencamina
Su curso, mas por puerta diferente
La senda hurta á la engañosa gente.
Quedó admirado el príncipe de España
De tan estraño y necio encantamento,
Parécele que duerme, y le maraña
Algun confuso humor el pensamiento;
O que con sombras otra vez le engaña
De la sutil Alcina el hueco viento,
Que truecos de tan grandes novedades
No pueden suceder ni ser verdades.
Y en este discurrir de fantasía
Suspenso estaba y divertido acaso,
Deseoso de saber que se hacia
La caterva de mónstruos de aquel vaso:
¿A qué fin tales formas les vestia?
O ¿adónde van con su imprudente paso?
Cuando la diosa de la poma de oro
Así le dijo en razonar sonoro:
«No temas, ó invictísimo guerrero,
Honra de la española monarquía;
Que en feliz paso, y venturoso agüero,
Te trajo el tiempo á la presencia mia:
La diosa Temis, norte verdadero
Del mundo soy, y la segura guia,
Que con prudencia reglo el mortal gusto,
Para saber pedir y amar lo justo.
Del cielo y de la tierra fui engendrada,
Y por bien de mi madre quedé en ella,
En guarda de la luz que aquí encerrada
Cual ves conservo en esta poma bella:
Del que asombra en el Cáucaso, robada
De un rayo fue de la mayor estrella,
Para dar vida y almas celestiales
A hombres de barro y bultos materiales.
Fui en otro tiempo oráculo del mundo,
Mas ya mi casa y templo está olvidado,
Y yo huyendo dél á lo profundo
Desta gruta su altar he retirado;
Y aquí encerrada desde aquí confundo
Con mi presencia el vulgo desgraciado,
Y el ignorante enjambre que estas cuevas
Y aquella taza dan figuras nuevas.
Ni creas que es burla y vano fingimiento
Lo que en estos desvanes aparece,
Ciego y sombrio rincon del aposento
En que el hado sus suertes establece;
Que aquí las leyes traza y el aumento
Con que allá el mundo se gobierna y crece:
Esos truecos que ves de hombres en fieras
Aquí son sombras, mas allá son veras.
En la luz sola desta poma rica
La discrecion del mundo está en un cero,
Que ella por sí no es nada, y si se aplica
Al seso humano lo hace verdadero;
El cielo al suelo dió de su botica
Desta ambrosia un adarme, y casi entero
Se está aquí sin tocar, que al gran rebaño
Todo lo ha hecho suyo el necio engaño.
Advierte en esas olas y crecientes
Manantiales de la vida humana,
Como las avenidas de sus gentes
A parar van á aquella dama ufana,
Que en mónstruos los convierte diferentes
Con darles en su taza cortesana
De ignorancia y de engaño una bebida,
Que dura su embriaguez lo que la vida.
Y así impacientes salen de sus manos
A otros nuevos caminos mas aviesos,
Torpes, sin ley, sin traza, huecos, vanos,
De desvarios llenos y de escesos:
Cual y cual por gran dicha quedan sanos
Con la luz de mi rica poma, y esos
Por estas cuestas suben mal trilladas,
Siguiendo de los menos las pisadas.
Tú seguirás tambien ese camino,
Pues ya el cielo te hizo de mi bando,
Y ahora de nuevo este licor divino
Te irá por donde fueres alumbrando:»
Dijo, y como un aljófar cristalino,
Encendido en la luz de un fuego blando,
Un claro rayo le arrojó á la frente,
Mas que el bello del sol resplandeciente;
Y como con el alba el dia vistoso,
Así quedó de luz acompañado,
Saliendo por la puerta deseoso
De ver lo que allí esconde y guarda el hado:
De un fresco valle el campo deleitoso
De admirables tragedias vió ocupado.....
Mas vuelvo al conde Orlando, que dormia
Sobre las flores, y es ya entrado el dia.

ALEGORIA.

En el templo arruinado de la diosa Temis, que lo es de la sabiduría y discrecion humana, se muestra cuan caidas están estas dos cosas en el mundo. Por Arcangélica hecha valerosa amazona, se descubre cuan hermoso es el apetito de la venganza en sus principios, y cómo se enamora dél el brazo poderoso que la puede poner en ejecucion: y como sin el fuego que arde en el pecho no se puede hacer perfecta venganza, que es lo que significa el incendio de la flota. El rayo de luz de la poma de la diosa Temis significa que la prudencia humana no es mas que un rayo de la divina. Las dos puertas del templo son los dos caminos de la virtud y el vicio, y en el cua-

morarse Marte de la hermosura de Angélica, se ve cuan poderosa es la sensualidad en los que no huyen las ocasiones.

LIBRO DÉCIMOQUINTO.

ARGUMENTO. Encuentra Orlando á Garilo sobre su caballo, vale siguiendo hasta un castilo, donde se le hace fuerte. Quiere el francés ponerle fuego, y el catalan lo estorba con un nuevo engaño. Al fin entra dentro, y cobra sus armas. Garilo se le huye y esconde en la tienda de un alquimista, que le cuenta la sotil novela del engaño, y Garilo despues roba al alquimista el famoso anillo de Angélica la bella: Malgesi levanta con sus conjuros su navío volando por el viento, llevando dentro de él á Reynaldos, Murgante y Orimandro, á los cuales en un admirable discurso va mostrando toda la hermosura de Europa.

¡Oh nuevo y dulce sueño, ó claro indicio
De la armonía que el autor del cielo
En el humano célebre edificio
Por imágen trazó de su modelo!
La gran suma de cosas que al oficio
Del pensamiento dan ayuda y vuelo,
Aquel no sosegar con su armonía
El reloj de la libre fantasía:
Aquella interior luz que repartida
En espíritus libres arde y vuela
Por el celebro casa de la vida
En inmortal cuidado y centinela:
La humedad en sus celdas recogida
Que secretos altísimos revela,
La razon, la memoria, el movimiento
Del inquieto y libre pensamiento:
Buscando de reposo un breve rato
El dulce sueño hallé, y ahora fuese
La masa de grandezas que aquí trató
Que al silencio del alma se atreviese,
O de la diosa Temis el retrato,
Que acabé de pintar, se revolviese
De mi ceñida frente en las cavernas,
De especies llenas y humedades tiernas.
Sea al fin sueño, antojo, ó fantasía,
En aquel breve rato de reposo,
Que el silencio por suyo me tenia,
En agüero feliz y hado dichoso;
Una beldad, que como el sol al dia
Alumbra al mundo sobre un carro hermoso,
Ví de pomposos grifos, que en sonoro
Aliento gimen en sus yugos de oro.
Y á un altivo collado en que me hallaba
Cogiendo á tiento de sus faldas flores,
Ella que por las nubes volteaba
Su carroza y caballos voladores,
Las riendas de oro que en su furia brava
Templar suelen del curso los furores,
A mí las vuelve, y «salve el cielo, dijo,
Los nobles pensamientos de tal hijo.
¡Oh cómo se gastó del primer mundo
El ansia de saber, quedando hecho
Teatro de ignorantes el segundo,
Sin gusto en él ni antojo de provecho!
¿Quién sabe de su alma en lo profundo
Amar á la virtud? ¿quién tiene el pecho
No lleno de altivez y vanidades,
Mas de hambrienta codicia de verdades?
¿Quién no deja llevarse al vuelo estraño
De una ambicion que el ánimo embriaga?
¿Y vuelto en el sentado, y el tamaño
Coloso hasta su mismo ser se traga?
¿A quién de la avaricia el corto paño
Con humildes propósitos no estraga,
Sujetando de un logro al vil renombre
La soberana magestad del hombre?
Todo lo mas del mundo, el labio puesto
Tiene al engaño en su dorada taza;
¡Loca embriaguez! pues la virtud tras desto,
Ni hace ni osa de sus gustos plaza:
Del sabio, el noble, el casto, del modesto,
Y del que á sola la virtud se abraza,
Un necio burla, si á un adarme llega
La pobre plata que en su cofre allega.
Mas tú, ó espíritu noble, que aunque fuerzas
Te falten, no han faltado los deseos
De seguir la virtud, en quien refuerzas
A tu inmortalidad nuevos trofeos,
No vuelvas el pié atrás, ni el paso tuerzas,
Por mas que con locura y devaneos
Los ignorantes griten, que ellos solos
Las musas son del mundo, y los Apolos.
Y porque en feliz curso la jornada
De tu española monarquía acabes,
Y tu heróica grandeza comenzada
De historias llenas y sentencias graves;
Conmigo ven, que estoy determinada,
Al vuelo de mi carro y de sus aves,
Mostrarte para luz de tu escritura
Clara una senda, en estos dias obscura.»
Dijo, y en la carroza, que era hecha
De oro, cristal y rica pedrería,
Subir me manda, y por la via estrecha
La vuelta dió á donde nace el dia:
¡Estraño caso! ¡pero qué aprovecha!
¿Si lo que abora aquí, y entonces via,
Por hoy el mundo y yo lo hemos dejado,
Él por ocioso, y yo por ocupado?
Ví el cielo, ví la tierra, ví el profundo
Mar con puntas y playas diferentes,
Y entre el primero golfo y el segundo,
Montes, selvas, ciudades, rios y fuentes;
Y vuelto un nuevo Tritolemo al mundo,
No sé que iba sembrando entre las gentes,
O eran perlas ó flores que cogia,
Cuando la diosa hácia mí venia.
Mas ahora de la densa nube obscura
Flores sembrase, ó fruta, espino, ó rosas,
No sé mas de que en dulce paz segura
Mil gentes me miraban cuidadosas:
Uno asombrado de la humilde altura,
Otro con nuevo escrúpulo en mis cosas,
Teniendo aquel volar por aciago,
Y á mí por nuevo encantador ó mago.
Otros llamaban vano mi trabajo,
Y el sembrar por el aire desacuerdo,
Yo caminando por tan noble atajo
Sin responderles nada hacia del cuerdo:
Si eran perlas de ley, ó aljófar bajo,
Ya no me acuerdo bien, solo me acuerdo,
Que unos al toque las hallaban sanas,
Y que otros las dejaban caer por vanas.
Y yo encima del aire levatando
Debajo via de mí los altos montes,
Bien que no sin temor, y con cuidado
De que no tenga el mundo dos Faetones:
Y en deleitoso vuelo, aunque soñado,
Temples mudando, climas y horizontes,
Cerqué la tierra, y con feliz agüero
Me ensayé en este curso al venidero.
Cuando el ruido y voces de la gente,
Que al oir mi nueva voz iba llegando,
(¡Oh cielos, qué disgusto!) de repente
Triste me arrebató del sueño blando:
Y volviendo en mi acuerdo ví presente
Desarmado y á pié al valiente Orlando,
Que en los bostezos y el color difunto
El tambien despertaba en aquel punto.
En la majada de un pastor serrano
Al fresco viento le dejé dormido,
Contemplando en el cielo soberano
Las vueltas con que el mundo da ceñido;
Y en el pajizo lecho del villano,

Que aun verle dormir está encogido
Temiendo su braveza, entre las flores
El alba le salió de mil colores.
El carro dé oro al fin de su camino
Ya con la luz llegaba amortiguada,
Y en el suyo el cansado peregrino
Del rocío la esclavina aljofarada:
Su gastado tizon de seco pino
De la mano arrojaba fatigada,
Y la presencia del cercano dia
De mil centellas una lumbre hacia:
Cuando el francés caudillo el pobre lecho,
Y el encogido huésped receloso,
Con agradable estilo satisfecho,
En su antiguo dejó y primer reposo,
Y el camino á poblado mas derecho
Encaminado dél tomó furioso,
Jurando de vengarse do Garilo,
Aunque se esconda donde nace el Nilo.
Ya el sol por el zenit de oro subia
A la mas alta cumbre de su esfera;
En peso, y en nivel poniendo el dia,
Y á su luz dando hermosa rueda entera
Cuando atajar la senda que traia
Un claro arroyo vió, y en su ribera
Un caballero, que á pasar la siesta
Con sombras le convida la floresta.
Conoció en verlo su caballo el conde,
Sus armas, y el ladron que las traia;
No así manchada tigre salta á donde
El hijo halla que perdido habia,
Ni el rio que entre peñascos se le esconde
Con su furia atajó la en que venia,
Cual la otra orilla de un ligero salto



Señor se hizo del lugar mas alto.
Mas no se vió salir al campo raso
Ligera liebre de ventor sentida
Con mas desenvoltura y presto paso
De á donde el miedo la halló escondida,
Ni enjuto galgo en semejante caso
Mostró mas codiciosa arremetida,
Que el uno en el huir sobre el caballo,
Y el otro en el deseo de alcanzallo.
Furia de aceda cólera espolea
Al ofendido conde, á su enemigo
Temor, que el flojo Brilladoro sea
Culpa en su mal, verdugo en su castigo:
Por aquí huye, por alli rodea,
Hasta el castillo de un gascon amigo,
Donde al entrar cerró la estrecha puerta,
Que es grave el riesgo de quedarse abierta.
Llegó Roldan tras él, y en las almenas,
Para mas le aumentar rabia y coraje,
De los consortes de Garilo llenas,

Con duras piedras le hacen hospedaje:
Así llovidas en monton, que apenas
El riesgo fue menor que no el ultraje,
Obligándole en pasos descompuestos
Su persona humillar á mudar puestos.
Brama furioso, y quiere en ira ardiente
Al cobarde escuadron encastillado
Darlo en venganza al deshonor presente
En fuego de su cólera abrasado:
De un bosque antiguo la encrespada frente
Cien nudosas encinas le ha prestado,
Para hacer aquel albergue injusto
Inmortal luminaria de su gusto:
Nunca el que á Polifemo dejó ciego
Para abrasar el Ilion troyano
Mas pinos tuvo, cuando al campo griego
Leña ofrecia y llamas de su mano:
Ni á tantos cedros juntos puso fuego
Eneas en el fuego italiano,
Cuando al campo de Turno, ya sin vida,
Dejó su patria en garza convertida.
Vió Garilo, y tembló del bosque opuesto
Que á su gruta ha de dar de llama un baño,
Y si arde el monte, el riesgo en que está puesto
Él y su casa, y de su mueble el daño;
Y á todo trance el ánimo dispuesto
Tentar quiere si puede un nuevo engaño:
Cierto postigo en el castillo habia
Por donde nadie entraba ni salia.
Por este, en nuevo traje disfrazado,
Con mustio aliento el catalan caudillo
La vuelta dió, al amparo de un collado
Que las espaldas guarda del castillo:
Y en débil paso, y rostro desmayado
De miedo, ó de perfumes amarillo,
Dándole otro ladron para el engaño
Un hábito prestado de ermitaño.
De una gruesa maroma un cordon hecho,
Ceñido un saco de grosera sarga,
Unos graves antojos sin provecho,
Y un basto pino en que se agovia y carga:
Prolija barba, que al hundido pecho
Por mas fingida autoridad se alarga,
Ancho sombrero y cuentas sonadoras,
Y al fingido rezar pausas sonoras.
Así el sagaz Ulises de la cueva
Del cíclope salió disimulado,
Y en piel de oveja con figura nueva
Pasó el astuto griego disfrazado,
Dejando que le tiente, y haga prueba
Si es él, ó sino es él quien le ha cegado,
Metiéndose atrevido entre los brazos,
Que le hicieran, á ver quién es, pedazos.
Era el falso Garilo en sus acciones
De astuta inclinacion y ánimo estraño,
Vivo en palabras, diestro en ilusiones,
Y el fingido embeleco el mismo engaño;
Y tal que por cumplir sus intenciones,
Ni el suyo teme ni el ajeno daño,
Sin mas necesidad, ni otra codicia,
Que la insaciable sed de su malicia.
Bien que ahora le inclina á lo que hace
El ser de Francia el capitan valiente,
Que en el modo que puede satisface
De su nacion la enemistad presente;
Y aun esto mismo al conde le deshace
De su justa venganza el fuego ardiente;
Que hay quien diga que en Francia tiene estrella
España, y que él tambien morirá en ella.
Salió el astuto hipócrita al camino,
Y al desabrido conde en rostro humano,
Fingiendo un abstinente peregrino,
Que besase le dió esclavina y mano:
Besó el noble francés, hombre divino,
En pecho humilde, y corazon cristiano;
Y él «¿á qué fin, en plaza tan pequeña,
Se arrastra, dijo, y junta tanta leña?»
«A fin de hacer hoguera, dijo el conde,
El almenaje infiel deste castillo,
Con cuantos en su estrecho albergue esconde,
Que un mundo entero no podrá impedillo.»
Tan bravo está el francés, tal le responde,
Que de verle temió, tembló en oillo,
Mas reportado á sus embustes sale,
Que no hay Ulises que en fingirle iguale.
Procuró con razones diferentes
De humildes persuasiones mitigalle
Los pasados enojos y presentes,
Que podrán si se encienden abrasalle:
¡Oh lo que pueden rostros aparentes,
Un alma oculta en un fingido talle!
¡Y cuánto importa en la mayor caricia,
Que haya al tocarla puntas de malicia!
«Dejad, dijo, señor, vanos antojos
De abrasar sin por qué un pueblo cristiano,
Que es peligroso caso en los enojos
Vengarse el ofendido de su mano:
Es corto el ver de los humanos ojos,
Y la reportacion camino sano,
Y en ningun caso ó trance conveniente
Que pague ajena culpa el inocente.
Uno os tiene ofendido en esta casa,
Y otros sin culpa están de su delito,
Si es la razon quien los castigos tasa,
No es justo que este ahora sea infinito:
Bien sé, señor, lo que en nuestra alma pasa
Que del pecho es el rostro el sobrescrito;
Mas tambien sé que sois honrado y sabio,
Y á nadie como á tal haceis agravio.
De hombres sin culpa un áspera cadena
De aquesta torre está en un desvan ciego,
Mirad cuanto inocente, por la pena
Que uno merece, se tragará el fuego:
Otras trazas buscad, que esta no es buena,
Y lo que en esto os digo es mas que ruego;
Y á dios, que el cielo á daros este aviso
Traerme aquí desde mi celda quiso.»
Era el francés católico, y tenia
En pía veneracion los religiosos,
Y el bravo y noble corazon le hacia
No dudar en los casos mas dudosos:
Horrigila hizo en él por esta via
En Babilonia lances peligrosos,
Que es malo de entender un trato doble,
Y fácil de engañar al pecho noble.
Fuese Garilo, el paladin dudoso
Quedó en varios discursos repartido,
Cuando en un palafren de paso airoso
Una dueña tambien parió el ejido:
El dia huyendo en vuelo perezoso,
El sol del horizonte dividido,
Y apuntando por una y otra mata
La llena luna de encendida plata.
Era la astuta dueña prevenida
Del torpe gusto de Garilo esclava,
Que del castillo la sacó instruida
Al encubierto engaño que trazaba:
Llegó al francés, y en pena y voz fingida
Haciendo falsas muestras que lloraba,
«¿Sabeis, dijo, señor, si á un peregrino
Está senda prestó feliz camino?
Tiene á su devocion la llave y gente
Deste castillo, cárcel de mi gusto,
Y en una de las suyas al presente
Preso mi esposo está en tormento injusto,
Y en la mano del santo penitente
Mi bien, mi mal, mi gusto y mi disgusto:
¿Decidme, pues, señor, si acaso tengo
Modo de hallar al que buscando vengo?
«De aquí se apartó ahora, dijo el conde,

Mas pensarlo hallar será escusado,
Que entre el silencio no sabreis adonde
En sus vigilias estará ocupado:
Mas mirad si sabeis cómo, ó por dónde
Yo pueda entrar á este lugar cerrado,
Que segun él me reveló de paso
Hará á nuestra importancia mucho al caso.»
«Entrar yo, dijo ella, es fácil cosa,
Que nunca se negó á mujer la entrada,
Mas la vuestra será dificultosa,
De mucho riesgo, y poco fruto en nada,
Que la gente de dentro es peligrosa,
A engaños y traiciones enseñada,
Y así será mas fácil á mi llanto
En busca proseguir del monge santo.
Yo á las espaldas del castillo amigo,
Si por desgracia ya no está cerrado,
Fácil entrada sé por un postigo
De una puerta sin llave ni candado,
Seguro y franco paso á un enemigo
De sabia prevencion y gente armado;
Mas vos solo, y sin armas (¡caso fuerte!)
Será ofrecernos ambos á la muerte.»
«Perded ese temor, respondió el conde,
Y dejadme el secreto paso abierto,
Que yo no os pido el cómo, mas por dónde
Hoy de dormir escuse en el desierto:
Y si á este riesgo alguno corresponde,
Y es siempre el fin de la fortuna incierto,
Sea el hacerme este favor de modo
Que corra mi persona el riesgo todo.»
«Señor, dijo la dueña, por mi gusto
Yo no os pusiera en semejante aprieto,
Mas pues ahora seguir el vuestro es justo,
Yo el cuidado os ofrezco, y el secreto,
Y aun prevenir vuestro ánimo robusto
De armas si hubiere en vuestra entrada efeto:
Ahora idos llegando con recato
Al postigo, y allí aguardarme un rato.
La obscura sombra de aquella alta torre
Paso os dará seguro que no os vea
La cuidadosa vela, y se nos borre
El concierto, y en daño de ambos sea :»
Dijo, y él con atentos pasos corre
Al fin de la venganza que desea,
Y en tanto que va á dar con el postigo
Ella se entró con su engañoso amigo.
Púsose al pié del carcomido muro,
La órden siguiendo de la falsa dueña,
Por juzgarse á la sombra mas seguro,
Y mas á mano de cualquiera seña:
Cuando de las ventanas por lo obscuro
Sobre él bajó una nube no pequeña
De tierra, piedra, palos, agua, horrura,
Sin que haya á su rigor parte segura.
Él huye aquí y allí por no ser visto,
Ni creer que pueda ser caso pensado,
Y por mas que anda á todas partes listo,
Siempre un tiro le alcanza desmandado:
Jamás en otro igual rigor se ha visto,
Ni en tan penosas burlas agraviado,
Ya se arde en ira, ya de la venganza
Reportado le vuelve la esperanza.
Ya mil veces se vió determinado
De hacer todo el castillo una hoguera,
Y otras tantas humilde y reportado
La cólera volvió á enfrenar ligera:
Mas de Bootes ya que el carro helado
Lo alto ocupó de la esmaltada esfera,
La luna en medio el cielo, y las estrellas
Lloviendo sueño altísimas y bellas,
Al postigo llegó la falsa dueña,
De un fingido temor toda ocupada,
Y al conde que acudió á la sorda seña,
«Señor, la puerta, dijo, está cerrada:
Desgracia ha sido de ambos no pequeña,
La gente está sin duda recatada,
Las velas han doblado en el castillo,
Y asegurado el paso á este portillo:
Pero si todavía estais dispuesto
Al grave riesgo de la oculta entrada,
Cierto artificio de madera enhiesto,
Para al muro subir piedra labrada,
Desta alta torre está al remate puesto,
Yo echaré la maroma, y reforzada
Al torno daré vueltas por serviros,
Y así aventuraré á poder serviros.»
Libre el francés caudillo de sospecha
La falsa astucia llama aguda traza,
Y luego la engañosa dama le echa
La cuerda, y él al cuerpo se la enlaza;
Y tan á gusto ya la burla hecha,
Gran fiesta, grita y alarido se alza,
Comenzando á servirle por el viento
En nueva risa y placentero acento.
Por pardas rejas de altos miradores
Clara copia salió de luminarias,
En manos de atrevidos salteadores,
De leyes, vidas y costumbres varias:
Con lanzas, dardos, flechas, pasadores,
Por partes diferentes y contrarias
Le pican, hieren, punzan, y sin tiento
Salva le hacen, y suben por el viento.
El sin culpa francés que así ofendido
De un ladron se halla por tan varios modos,
Y que en el aire ahora suspendido
De risa sirve y ocasion de apodos,
De enojo está y de rabia tan sentido,
Y los contrarios victoriosos todos,
La real persona, ya su riesgo puesta,
Con obras y palabras le hacen fiesta.
Llovida á un tiempo dan sobre él con una
Densa nube de lanzas enastadas,
Y aunque las menos le hallan su fortuna
Con duras carnes lo valió encantadas:
Por muerto al blanco rayo de la luna
Unos le juzgan, y otros por domadas
Sus fuerzas, cuando por la cuerda arriba
Temieron todos que con alas iba.
Quedara el alto intento conseguido
A no ir los que le suben aflojando,
Mas Garilo sintiéndose perdido
La tirante maroma fue alargando,
Y con este remedio detenido,
El apriesa subiendo, ellos bajando,
Fijo en medio del aire parecia
Que fingia subir, y no subia.
Así en el rio Cocito un avariento
Las manos dicen que anda levantadas
Por asirse de un árbol en el viento
Braceando en vanos golpes y palmadas:
Quiere dar pasto á su apetito hambriento
Con huecas frutas de hollin tiznadas,
Y nunca el vano intento se concluye,
Que si él la fruta sigue, ella le huye.
Así ligero sube el grave Orlando,
Y siendo ya imposible el detenello,
De golpe aflojan el subir, pensando
Despeñado una horrible pasta hacello:
Y así de la honda cava al limo blando
Bajo con la maroma por el cuello,
Que estuvo de agua inmunda y lodo lleno,
Que lo que el mundo no hizo hiciera cieno:
Mas fue sin riesgo la feliz caida,
Si bien quedó entre el lodo sepultado;
Dióle el hallarse sin su arnés la vida,
Que en turbia lama se ahogara armado:
Y la varia fortuna condolida
De verle puesto en tan humilde estado
Volvió pronta á sus ruegos los oidos,

Que es gran levantadora de caidos.
De allí el castillo á la profunda cava
De ancha canal desaguadero hacia,
Que el patio y las cocinas desaguaba,
Y de aseo y reparo las servia,
Por donde puerta halló el señor de brava
Cuando menos recelos dél habia,
Y todos sin temor de lo pasado
Ya por muerto le tienen, ya enterrado.
El rosicler de Venus, que en el cielo
Estremo es de ambas luces, daba vida
A las pintadas flores con el yelo
Que en cuajados aljófares llovia,
Restituyendo al soñoliento suelo
El robado color que antes tenia,
Cuando el francés fue á dar por la pecina,
Al sótano y desvan de una cocina,
Lloviendo agua grasienta y negro cieno,
De turbias heces y de hollin tiznado,
Cual se viera de algun horrible seno
Del infierno salir desfigurado:
Mas luego que la luz y aire sereno
El lugar le mostraron deseado,
En su alegre venganza divertido
Los pasados trabajos dió al olvido.
Y en diestro paso y reforzado aliento,
Y al hombro en vez de espada media entena,
De sala en sala, y cuadra en cuadra, á tiento
A una llegó de salteadores llena,
Que allí dormidos los dejó el contento
Del vino, el juego, y la pasada cena,
Al golpe puestos que traia ligero
De sus perversos dias el postrero.
La mitad despertó en dia aciago,
Y los demás tragó el eterno sueño:
Los que despiertos miran el estrago
Del grueso pino, y su tiznado dueño,
Que sea el barquero del Estigio lago
Piensan, que á golpes mata con su leño,
O el Orco obscuro, cobrador terrible
Del triste censo de la muerte horrible.
Asordan roncos gritos el castillo,
Huye el de mas valor acobardado,
Deja medroso el catalan caudillo
Frio de su dueña ya el caliente lado:
Y el presto conde, de un voraz cuchillo
El diestro vengativo brazo armado,
Tras las memorias de su agravio corre
Cruel de sala en sala y torre en torre.
Bien como el yerto jabalí celoso,
Vengador de las sañas de Diana,
Con los blancos colmillos, y el cerdoso
Lomo, y los ojos de color de grana,
Siguiendo corre el escuadron medroso
De la florida juventud greciana,
Enturbiando los médanos de arena
Al claro Achéloo en su ribera amena.
A tres doblados seis quitó la vida,
Y otros tantos colgó por las almenas,
Garilo huyó, huyó la fementida
Dueña con otras seis de engaños llenas;
Que ningun caballero fue homicida
De mujeres jamás, malas ni buenas,
Que es frágil gente, y todos sus errores,
O son por ignorancia, ó por amores.
En esto á toda rienda por el llano
Vió el conde á su enemigo en Brilladoro:
«Todo el trabajo me ha salido en vano,
Dijo, si libre se me va este moro,
Pues mi venganza pierdo, y mi lozano
Caballo de espumante freno de oro:
Quédese todo así, quiero seguillo,
Que en mas tengo el caballo que el castillo.»
En una sala de su arnés preciado
Las ricas piezas vió de oro gravadas,
Y aprisa dellas como pudo armado
Contando va á Garilo las pisadas:
El como rayo huye acelerado,
Metiendo hierro al bayo en las ijadas,
Que es gran ginete el miedo, y su congoja
Un Roldan le figura en cada hoja.
Así dos partes de las tres del dia
Fue el uno huyendo, el otro dando caza,
Cuando este en una selva se escondia,
Aquel entraba en la escombrada plaza:
Al armado Orion se parecia,
Que al centauro persigue y amenaza,
Y tras él corre con dorada lanza,
El cielo vuela, y él jamás le alcanza.
Ya el dia descolgaban al Poniente
Las dos balanzas del zenit del cielo,
Cuando de oro un alcázar puesto enfrente
Al medroso Garilo dió consuelo,
Cien torres de cristal resplandeciente
Clara luz dan en torno al rico suelo
De un monte, cuyas cumbres de esmeralda
En rubias llamas de oro hacen que arda.
De lustroso carmin rojas almenas
Con hermosos perfiles de oro ufanas,
De claros visos cristalinos llenas
Las anchas claraboyas y ventanas,
Que bullidas del sol tocar apenas
La vista dejan sus vislumbres vanas,
Haciendo junto un sin igual tesoro
El oro del castillo, y montes de oro.
Fingida tez de hueco encantamento
El catalan juzgó el oro que via,
Y pincel de dormido pensamiento
El sabio conde que tras él venia:
Y corriendo ambos mas que el suelto viento,
Cuanto mas se acercaban, mas huia
El vano lustre de la rubia masa,
Y se humillaba la soberbia casa.
Así de oro celajes encrespados,
Si el rubio sol se cuelga al Occidente,
En roja sangre suelen dar manchados
Los vivos de su luz resplandeciente;
Y al irse el dia menos enriscados
Vuelto en ceniza el rosicler ardiente,
Se hacen de sus puntas mas gallardas
Obscuras teces de unas nubes pardas.
Tal el fingido alcázar, que de fuera
Un dorado teatro componia,
Con tanta torre, y tanta vidriera,
Tanto chapitel de oro y pedrería,
Llegando al pié una choza frágil era
De seca paja, que oro parecia;
Las torres y homenaje eran de sueño,
Que es gran pintor de un ademan su dueño.
El sagaz catalan que allí ha salido
De su imaginacion vana burlado,
Y antes á guarecerse habia corrido
Al rubio alcázar de aire fabricado,
El caballo dejó, por quien seguido
Con tal teson se vió, y con tal cuidado,
Y en la chozuela, si hay lugar á donde,
Se entró á esconder del ofendido conde.
Lo que antes montes de oro parecia,
Humildes valles eran de aire llenos,
Que un vistoso celaje les fingia
Los ricos chapiteles por sus senos;
Y de torres de viento componia
Las que campeaban mas, y las que menos,
El dueño de la casa en traje estraño
Un alquimista que es el mismo engaño.
Vestido de contrarios tornasoles,
Entre aguas y alambiques diferentes,
Humos, cenizas, sal, baños, crisoles
Magistrales de ley, pastas ardientes,
Gretas, hornos, cendradas, alcoholes,

Tintas, barnices, lustres aparentes,
Un camaleon por armas, que en el viento
Es uno solo, y se transforma en ciento.
Es su oficio infundir quintas esencias,
Dar nueva forma y hábito á las cosas,
Gastar hacienda y tiempo en esperiencias,
Sin provecho las mas, todas costosas;
Fingir quimeras, inventar sapiencias,
Cifrar secretos, disfrazarles glosas,
Y al no alijar Mercurio con la luna
Dar sin razon querellas de fortuna.
Este es Arnaldo, que en la Flandria conde
Nació, y ya sin estado y patrimonio,
Por hacerse otros Midas vino á donde
Dió en su pobreza al mundo testimonio,
Que siempre á la codicia corresponde
Miseria eterna, ó pactos del demonio,
Y los deseos del oro, y del infierno,
Mas cerca están que el frio, y el invierno.

Y así no atento ya á seguir el curso
A las humanas cosas necesario,
Ni de la alquimia el natural concurso
Por el camino y término ordinario,
A la supersticion volvió el recurso,
Pasó á ser nigromante de herbolario,
Y con una sortija abria el profundo,
La tierra hacia temblar, y arderse el mundo.
Cuando la bella Angélica á Meloro
Desde Francia llevó á la rica China,
Gastó en el largo viaje gran tesoro,
Que es reina amante, y con su amor camina;
Y entre otras la sortija ilustre de oro,
Que á un hombre esconde en sombra peregrina,
A un pescador de Cádiz la dió un dia,
Porque les dé su barco, y sea su guia.
Dióla en rica señal para obligalle
Con ella, porque un ánimo escelente
Solo su gusto estima, y por compralle



Diera Angélica el reino del Oriente:
Mas fortuna tomando el gobernalle,
Al salir contra el viento y la corriente
Por la barra del puerto, en un bajio
La quilla desfondó, y rompió el navío.
Salieron derramados por la playa
Marineros á un tiempo y navegantes,
El perdido patron huyó á Vizcaya,
Y el anillo llevó de los amantes:

Deudas le desterraron, y en la raya
De Francia, entre gascones caminantes,
Las gentes de una escuadra forajida
La joya le quitaron, y la vida.
De allí de mano en mano el rico anillo
A dar á las de Arnaldo fue encubierto,
Cuya humilde chozuela era el castillo,
Y puerto á los ladrones de aquel puerto:
Conoció su valor, supo encubrillo,

Compróle á menos precio, y hecho cierto
Ya en su virtud famosas esperiencias
Para su arte vió, y halló á sus ciencias.
No solo en invisible sombra esconde
A quien le trae en la boca, mas quien mira
Un rayo de su piedra para donde
El sol los suyos al tocarle gira:
Como quiere se muda, y corresponde
A la verdad tan fácil la mentira,
Que sin trocarse el hombre, en un momento
Es sierpe, es yerba. es flor, es agua, es viento.
La forma que le da la fantasía,
Esa es muestra, y esa es figura;
Proteo con este hechizo se vestia
Las varias formas de su cueva obscura:
Contar lo que con él su dueño hacia,
De aquel yermo en la choza mal segura,
De truecos y mudanzas, menos pena
Seria contar al mar ondas y arena.
El medroso ladron llegó turbado,
Que el conde ya á caballo le seguia,
Y al confuso alquimista, rodeado
De hornos, crisoles y ceniza fria,
Habiéndole su miedo declarado,
La alteracion y riesgo en que venia,
Que le ampare le pide con cautela,
Pues es de los cursantes de su escuela.
El mago de su anillo un rayo hermoso
Le derramó en el rostro, con que luego
De un remendado gato el bulto airoso
Saltó lanzando por los ojos fuego;
O sea natural, ó artificioso,
Propio, ó impropio aquel rebozo ciego,
No lo sé, solo sé que la vislumbre
El cuerpo hace mudar, no la costumbre.
Y por su inclinacion el falaz godo
Tomó entonces prestada esta figura,
Que en tienda de alquimista por su modo
Todo se muere, trueca y desfigura:
La plata, el oro, la sapiencia, todo
Al vaciar el crisol se vuelve horrura,
Y las promesas de mayor cimiento
Torres pintadas con pincel de viento.
Llegó el conde á la casa del engaño
Y recibióle el mago comedido,
El viendo un hombre en traje tan estraño
Y oficio tan humilde entretenido,
Y no al sagaz ladron hecho ermitaño,
Que en su presencia se ha desparecido,
«Sin duda, dijo, yo estoy encantado,
O es todo sueño lo que me ha pasado.
¿Decidme vos, señor, con mas colores
Que el arco de las nubes y mas pintas,
¿Quién sois? ¿qué oficio el vuestro? ¿qué pintores
Compran y gastan tan diversas tintas?
¿Tantos aceites, aguas y licores,
Tantas bugetas varias y distintas,
De qué menester son? ¿á cual enfermo
Juntas proveen salud en este yermo?
¿Uno que en esta choza entró huyendo,
Qué se hizo? ¿dónde fue, ó está escondido?»
«Señor, respondió el mago, estoy temiendo
De os ver tan desdeñoso y mal sufrido,
Como que solo vos hableis pudiendo,
Y sea lo demás tiempo perdido:
Pero aliviad un poco el cuerpo lacio,
Si gustais de saber quien soy de espacio.
Conde Arnaldo de Espurg, si en los Estados
Bajos de mí teneis noticia alguna,
Debajo algunos signos marañados
Rico nací con infeliz fortuna:
A Mercurio combusto en los airados
Rayos del sol, y la inconstante luna
En el noveno ángulo nocturno,
Triste y lóbrega casa de Saturno.
Gasté en buscar en el fligir divino.
Y hacer quintas esencias fabulosas
Para afijar el cielo, y de oro fino
Como Midas volver todas las cosas,
Cuanto oro tuve, y á mis manos vino.
¡Oh necias esperanzas codiciosas,
Que haciendo yo cenizas mi tesoro,
De los carbones piense sacar oro!
Tres lustros viva salamandra hecho,
Dí fuego sin cesar á un horno ardiente,
Para hacer el napelo sin provecho,
Ya en mi vana ambicion resplandeciente:
Cuando el engaño y el crisol deshecho,
En humo vuelto el círculo aparente,
De mis trazas corrido y apurado,
Por huir de mi, dejé casa y estado.
Y en busca de Tabir un nuevo engaño
Segunda vez salí á surcar la tierra,
Y de antojo en antojo, y daño en daño,
A los collados vine desta sierra,
Donde por modo y artificio extraño
Algun tesoro incógnito se encierra,
Si ya de la filosofal piedra el tesoro
No es quien convierte aquí hasta el aire en oro.
Quedé viendo los riscos admirado
En oro ardiendo y en beldad divina,
Creí en ellos hallar de mi cuidado
Cumplida la insaciable golosina:
Pero dejóme el aire al fin burlado,
Que el codicioso siempre se imagina
Lleno de montes de oro el pensamiento,
Que al echarles la mano son de viento.
Salieron á mis ojos destas lomas
Las fingidas riquezas al encuentro,
Y en esta choza de untos y redomas
Un nuevo personaje hallé dentro:
Yo viéndome entre fuegos, y entre gomas,
De mi necia pasion me ví en el centro,
Y al dueño en el oficio y traje estraño
En verle conocí que era el engaño.
Así de mezclas y colores hecho,
Que en la vista sutil se deshacia,
Vario, mudable, sin lealtad, contrecho,
De alma falaz, y astuta hipocresía;
Y el mismo al fin que puesto en el estrecho
Que estoy y estaba entonces me tenia,
Y yo por engañar al mismo engaño,
No conocer fingí su bulto estraño.
A la infeliz sazon que yo llegaba
En afeitar palabras entendia,
Y hechas de vidrio así las barnizaba,
Que parecer diamantes las hacia:
Sola la piedra toque las quebraba,
Y como esa en su tienda no la habia,
A los que entraban á comprar entonces,
Aunque eran vidrios, parecian bronces.
Antiguamente de diamantes era
El trato que en el mundo se vendia,
Por de dentro seguro, y por de fuera,
Que cuanto estaba en él se traslucía:
Colgar de un sí de entonces bien pudiera
Uno la suerte de mayor valía,
Mas hoy ya morirá de mil maneras,
Quien fiare de palabras lisonjeras.
Eran diamante, y son de vidrio ahora,
Que á cualquiera desden se quiebra y salta,
Y el engaño las pule y lás colora,
Y nunca un vulgo que las compre falta:
Tiene la adulacion lengua sonora,
Cuyo sagaz pincel tan vivo esmalta
Un corazon, que al mas astuto pecho
Parece natural, y es contrahecho.
Mas qué mucho que un ánimo aparente
Del que no es noble dé falsa acogida,
Si en lo mejor del mundo la elocuente

Adulacion con gusto es admitida:
No hay sol sin sombra; al gusto mas prudente
La lisonja es suavísima bebida,
Y el corazon mas claro, y mas sabido,
En cavernas sin luz vive escondido.
  Tambien entonces iba fabricando
Del elegir divino alegres llamas,
Cuyas vislumbres dan de cuando en cuando
Vueltos oro estos montes y sus ramas:
Preguntéle ¿quién era? y él usando
De los ciegos enredos de sus tramas
Así me respondió, y así yo atento
De su boca bebí este dulce cuento.
  Antes que en las esferas presurosas
Del cielo hubiese curso y movimiento,
Ni al sol, luna, ni estrellas poderosas
Campo espacioso diese el firmamento,
Cuando esta eterna sucesion de cosas
Se estaba en el divino entendimiento,
Lo que es ahora mundo y clara esfera,
Un caos ciego y confuso entonces era.
  Estaba el fuego, el aire, el agua y tierra,
Sin forma de agua, tierra, de aire y fuego,
El aire duro, líquida la tierra,
Enjuta el agua, sin su fuego el fuego:
Pesado el aire, sin pesar la tierra,
Quemando el agua, y enfriando el fuego,
Aunque sin aire, fuego, tierra, ni agua,
Ni enfriaba el fuego, ni quemaba el agua.
  Yo aquí entre las demás imperfecciones
Del ciego caos aun sin vivir vivia,
Hasta que el Dios de todas las naciones
La preñez sacó á luz que en él habia;
Y dando á las criaturas ricos dones
Del firme y nuevo ser que las vestia,
A mí del bien comun desheredado
Por mas provecho me dejó olvidado.
  Y el rico tiempo de la edad dorada
Ciego, y por los desvanes escondido,
Del liviano temor acrecentada
La persona fingí que aun no he tenido:
A lo obscuro engañaba con no nada,
O en eco por los montes convertido
Las mordidas palabras repetia,
Fingiendo en esto el ser que no tenia.
  Hasta que ya el dios Júpiter, causado
De reinar con su padre, quiso un dia
Para sí todo el reino, que el dorado
Cetro gózase mal en compañía:
Yo entonces al rey viejo acobardado
Tristes miedos fingí en la fantasía
Con que huir le hice, y dejar solo
El reino al gran rector del alto polo.
  Y el nuevo rey en pago á mi servicio,
Esta librea me dió diferenciada,
Y que solo de noche use mi oficio
Con arancel y marca señalada:
Mas que no venda por virtud el vicio,
Ni mi tienda abra entre la gente honrada,
Con que el favor templó la mano ingrata
Lo que al mundo duró la edad de plata.
  Mas ya llegando la del bajo cobre,
Medallas dél por de oro las vendia,
Con que rico perdí el nombre de pobre,
Y en ceros fui creciendo cada dia,
Que como no hay quien la gabela cobre
De la nueva inventada granjería,
Es fácil el mentir, y de importancia
Al mercader hambriento de ganancia.
  Salieron á este tiempo de mi escuela
Ciertos doctores de ambicion cargados,
Que el interés y la honra los desvela,
Y los traen consumidos sus cuidados:
Fingen pena y dolor sin que les duela,
Lágrimas sin llorar bienes pasados,
Su nombre es de filósofos, y el pecho
De hipocresías cautelosas hecho.
  Gozóse al mundo esta doblada gente
Aquel dichoso siglo en que tenia
Tal precio la virtud, que aunque aparente,
El aire aficionaba que traía:
Mas ya el vicio atrevido osadamente,
Despreciando el barniz de hipocresía,
En el mundo ha tomado tal licencia,
Que entra con la virtud en competencia.
  Llegó la última edad de hierro frio,
Y yo al colmo tambien de mi reinado:
Júpiter viendo el ciego desvarío
Con que el mundo en mi trato está enredado,
Atajar quiso y comedir mi brio,
Y revocarme el privilegio dado,
A la muerte mandó que me buscase,
Y la vida ó las fuerzas me quitase.
  Pudiera mal librarme de sus manos
Si acertara una vez á dar en ellas,
Que al fin todos son términos humanos
Cuantos corren debajo las estrellas:
No quise mirar mas respetos vanos,
Ni dar sin fruto á Júpiter querellas,
Qué en graves casos de materia honrosa.
Siempre es la floja dilacion dañosa.
  Del amor tuve fama que era ciego,
Y que á tiento volaba por el mundo,
Aquí está mi remedio dije luego,
Yo seré en adestrarle amor segundo;
Y si es cual dicen superior su fuego
A la muerte, no mal mi intento fundo,
Que á su sombra ampararme he de manera,
Que el golpe que me espanta no me hiera..
  No poco tiempo, á mucho riesgo mio,
En mi demanda anduve desvelado,
Cuando un niño encontré de altivo brio,.
Nacido en mis rincones y criado,
Que con nombre de amor el señorío
Del mundo sin razon tenia usurpado,
De alegres ojos mas que un lince, agudos,
Y que por flechas de oro arroja escudos.
  Pretendióme engañar con mis liciones,
Y es torpe el interés sin favor mio,
Y así pasé el raudal de sus razones,
Como un sediento el de un enjuto rio;
Y tras mi intento el mundo y sus regiones
Con nuevo aliento á desvolver porfío,
Villas, ciudades, córtes y cortijos;
Calles, plazas, rincones y escondrijos.
  Hice al rico interés ancho camino,
Lo que antes era senda mal trillada,
Por donde ya con ciego desatino
La gran corriente va del mundo errada,
Llamando ocio infeliz de hombre sin tino
Hacer por otra senda la jornada,
Que el camino real, cursado en todo,
Es interés de un modo ó de otro modo.
  Cansado del rodeo que llevaba,
Sin duda dije en mí que voy perdido,
Pues la bonanza busco en la mar brava,
Y en el mundo el amor que nunca ha habido:
Cuando un ciego muchacho que volaba,
En tirar con un arco entretenido,
Vi en la pajiza choza de un serrano,
Las flores esperando del verano.
  Voló la fama, pregonando luego
Ser el soberbio dios de los amores,
De Venus y las gracias blando fuego,
Tahur de apetitosos disfavores,
Que á tiento de su arco el golpe ciego
La tierra asombra y siembra los dolores,
Y que es tambien fingido este segundo,
Que el verdadero amor no es deste mundo.
  Y aunque desnudo, ciego, y niño alado,

Sacrificarme quise á su servicio,
Que es al fin de importancia bien mirado
En casa de algun dios tener oficio:
Recibióme por ayo y por criado,
Y fuele de importancia mi ejercicio,
Que para perfeccion del que él usaba,
Solo aprender el mio le faltaba.
No hallé cosa en las suyas desabrida,
Sino es llamar la muerte sus amantes,
Que el nombre, y el temor de su venida,
Mudar cada hora me hacia semblantes:
Mas como no hay posada así escondida,
Ni almenas tan tejidas de diamantes,
Que contra el brazo basten de la muerte,
Yerro es pensar huir la humana suerte.
Llegó una tarde de matar cansada
Donde en las alas yo de amor vivia,
Y á citar para la última jornada
De parte del gran Júpiter me envia:
Dile una rica cena, y sobornada
De un lleno frasco mientras vino el dia,
Troqué á las venas de su aljaba estrechas
Por las rubias de amor sus negras flechas.
Y ya con la sutil traza seguro,
Y el mundo en no advertido riesgo puesto,
Con un tiro el amor al reino oscuro
El mancebo enviaba mas dispuesto:
Y de la seca muerte el arco duro
Del viejo helado el carcomido gesto,
Alegre en sangre ardiente remozaba,
Y trataba de amar, y enamoraba.
Viera su general ruina el mundo
Si por volverlo á su primer concierto
Júpiter no me da en pacto segundo
Treguas al golpe de la muerte incierto:
Quedó mi estéril pecho ya fecundo
No inmortal, mas seguro de ser muerto
Mientras durare el mundo, y los mortales
Dieren al interés cercos iguales.
Y ya con gusto y ánimo voltario,
Tras una larga anatomía de cosas,
Tal vez me ví pintor, tal herbolario,
Y tal fingido intérprete de hermosas:
Dando en bruñida tez de un barniz vario
Del ya pasado abril hurtadas rosas,
Y de mi rico cofre á la mas casta
Lo que para engañar los ojos basta.
Ahora en soñada alquimia me entretengo,
Que de mis lazos es el mas tejido,
Y de afeitar lisonjas me mantengo,
En dulce hablar, y en ademán fingido:
Desde aquí voy á la ciudad y vengo,
Y un gran mundo me asombra, que perdido
A peso de oro compra estas hablillas,
No por mas bien que el oropel de oillas.
Así el Engaño me contó su historia,
Si algo de historia tiene el cuento estraño,
Que del sabio discurso en la memoria,
Ni todo ello es verdad, ni todo engaño:
Esta es al fin, señor, casa notoria
De la fraude del mundo, este es su escaño,
Y yo aquí por costumbre y ejercicio,
Por heredarle me quedé en su oficio.
Es ido á la francesa corte ahora
Rico á vender su lisonjera fruta,
Que un Conde Galalon que en ella mora
Con todo al imperial dosel tributa:
Y en lenguaje atrevido, y voz sonora,
Es quien todo lo aprueba, ó lo refuta,
Y gobernado un rey de un lisonjero,
El reino aun tumbo está del dia postrero.
Y esto en suma, señor, que habeis oido,
Es el breve discurso de mi vida,
Esta la casa donde habeis venido
Del mundo mas cursada y mas sabida:
El ladron que de vos venia huido,
Su abreviada persona reducida
En este remendado gato puso,
Nudo infeliz á su ánimo confuso.
Admiró al Conde el vano corónista,
Sospechoso que en todo le engañaba,
Bien que al volver hácia el ladron la vista,
Los blancos dientes vió que arremangaba;
Y sin curar mas dél, ni su alquimista,
Tras el caballo fué que le guiaba,
Y Garilo, ido el Conde su enemigo,
Arañar quiso al sospechoso amigo.
Mas fuese á él, y con la vista atenta
La piedra mira, y vuelve á su figura.
Y humilde ruega al sabio le dé cuenta
De qué artifice fue tal escultura,
Y por mayor regalo le consienta
Mirar si deja verse su hechura,
Porque en todo contar pueda, y en parte,
Della el primor, y de su autor el arte.
Dentro en la fragua en que se forja el dia
Está, respondió Arnaldo, la sagrada
Masa de lumbre con que el cielo cria
Cuanta se ve en sus bóvedas sembrada:
Comun á todos dioses ser solia,
Mas ya á cargo del hado encomendada
Por su ajustado peso se reparte,
Y da á su dueño la dichosa parte.
Traen desta santa luz los celestiales
En la divina frente cierta estrella,
Que impasibles los vuelve de inmortales,
Y toda su deidad les nace della:
Y cuando á ver los términos mortales
De lo alto bajan de su corte bella,
Así en vapor sutil vuela sobre ellos,
Que la vista mortal no alcanza á vellos.
Con ella se convierte y se transforma
En la figura cada cual que quiere,
Y della los fingidos miembros forma
En que su infatigable aliento ingiere,
Y el cielo en su virtud tambien reforma
Cuanto en el ancho mundo nace y muere,
Y desta lumbre al fin á cuanto llega
Cierta deidad y olor de Dios se pega.
El antiguo Prométeo esta lumbre
Del escalado cielo hurtó un dia,
Y este anillo labró de una vislumbre
Que del humano ser sobrado habia:
Y cuando allá del Cáucaso en la cumbre,
Conforme al sacrilegio merecia,
Fue por el dios Mercurio aprisionado,
Y al insaciable buitre encomendado,
Hércules le libró de aquel tormento,
Y él en pago le dió el precioso anillo,
El primero en el mundo, y de mas cuento,
Que pulió lima, ni forjó martillo:
Y entre otras ricas joyas el hambriento
Ladron Caco le hurtó de su castillo,
Deste le hubo su padre el dios del fuego,
Que á su querida Venus le dió luego.
Venus despues al fin le dió á Cupido,
Dél le hurtó el Engaño, y yo con arte
Dél le hube, en cuyo circulo esculpido
De lo criado está la mejor parte:
De una oculta virtud enriquecido,
Que dejo de decir por no cansarte,
Y él por mí te dirá, si coronista
Haces de su primor tu atenta vista.
Dijo, y mostrando el dedo en que tenia
La sortija, á Garilo dió la mano,
Quo del cuento admirado, y lo qne via,
Ilusion le parece, ó sueño vano:
Mas advirtiendo el lance que ofrecia
De la centella el círculo galano,
Que es, en respecto de su gran tesoro,

La plata humild estaño, y cobre el oro:
Dando una vuelta y otra sacar pudo
Del dedo el soberano engaste, y luego
Formando de un dragon el feroz nudo,
Humo lanzando por la boca y fuego,
En torno revolvió el cuerpo membrudo:
El mago huyó, y el que del Rey Gallego
Dueño se halló de la presea mas prima,
Que de Vulcano abrió la sutil lima.
Quedó el vano alquimista vuelto en humo,
Como otras veces su saber burlado,
Rico el ladron con el precioso grumo
De celestiales luces amasado:
La virtud sabia, el artificio sumo
Del cerco de oro, y del que le ha robado,
Yo lo diré otra vez, sino se embebe
En ocasion mas grave el tiempo breve.
Que ahora Malgesí, en el centro oscuro
De su barco rayando en un cuaderno,
A voces pide al carcomido muro
De la pálida muerte medio infierno;
Donde apenas se oyó el acento impuro,
Cuando á porfía pasa el lago Averno
Una oscura legion, que al aire blando
El navío levantó, y llevó volando.
Traia el mago á Reinaldos del Oriente.
A vengar el agravio recibido,
Y porque á Cárlos sin su espada ardiente
Muerto le ve, y su ejército perdido,
Cuando del turbio Egeo el mar potente
De cien navíos el suyo dió ceñido,
A quien mil golpes añadió Morgante,
Que ahora en verse volar paró arrogante.
Seis triángulos de oscuros marineros
El timon rigen y las huecas velas,
Y solo al mago con sus tres guerreros
Del leño ciñen las gurbiadas duelas:
Paró alegre el jayan sus golpes fieros,
Viendo quedar del mar las carabelas,
Y él subir esgrimiendo en raudo vuelo,
Vencido el mundo, con su espada al cielo.
Reinaldos y Orimandro que el gigante
En trato y gusto ven mas reportado,
Con amigable paz le van delante
Todos tres uno de otro aficionado;
O fue su complexion, ó fue el radiante
Aspecto de astro bien afortunado,
O Malgesí con su apurado infierno,
Que aun todavía rezaba en el cuaderno.
Salió el mago francés de lo escondido
Viendo en conforme amor los tres guerreros,
Y dellos con agrado recibido
A regir se sentó sus marineros:
El corzo, que por señas ha entendido
Ser aquel quien los lleva así altaneros
Por la region del aire, á él se llega,
Y que le diga donde va le ruega.
«Señor, le respondió el francés turbado,
Yo á ver enderezaba un nuevo mundo
Que á hallarse vendrá, y á ser ganado
Cuando sus golfos abra el mar profundo;
Tiénelo hasta su tiempo oculto el hado,
Mas mi primer intento haré segundo,
Como yo sepa el vuestro, y á vos solo
De mi nuevo viaje el firme polo.»
«Antes, dijo Morgante, á esas famosas
Regiones nos llevad, que yo os lo pido,
Que quien ver no desea estrañas cosas
Animo tiene corto y encogido;
Y si allá hay aventuras peligrosas
Mostrádmelas con ánimo atrevido,
Que este brazo, á pesar de las estrellas,
Seguro paso os abrirá por ellas.»
Dijo, y contentos del famoso vuelo
Con que su esquife corta el aire blando,
Los anchos mares, y el humilde suelo,
De lo alto miran irse adelgazando:
Y cuanto mas el curso sube al cielo,
El mundo tanto mas se va abreviando,
Que de su ser fantástico desnudas
Todas las suyas son cosas menudas.
El mas hinchado monte humilde envia
Su preñez vana, los colosos feos,
Cuya altura las nubes escedia,
Mirados desde arriba son pigmeos:
Ejércitos de hormigas parecia
La mas noble ciudad, sus coliseos,
De balcones cubiertos y de rejas,
Breves castillos de un panal de abejas.
El sabio en medio de los tres guerreros,
«Mirad, dijo, en el mundo y sus regiones,
Cuán breves puntos y pequeños fueros
Las grandezas alcanzan y ambiciones:
¡Qué humildes sus alcázares roqueros!
¡Qué menudos sus grandes escuadrones!
¡Que abreviada parece de lo alto
La grave magestad del rey mas alto!
¡Sobre qué estrecho y breve fundamento
Estriba y pára la ambicion humana!
¡Por cuán angosto y apretado asiento
El cetro corre y mitra mas ufana!
¡En qué puño de tierra halla el viento
Tan grandes leguas de locura vana!
¡Y por cuán pobres causas y ocasiones
El deseo de mandar mueve cuestiones!
Suelen los niños en la edad primera,
Con el corto caudal de su talento,
Dar sazon á sus juegos de manera,
Que de veras les sirven al contento:
Quién caballos de caña, quién de cera,
Quién libreas de papel, ruedas de viento,
Toros, guerras, hogueras y castillos,
Que como el tiempo son sus cuidadillos.
Sacan tal vez sus débiles muñecas,
Y allí sus fiestas fingen y sus bodas,
Y aunque de humildes paños cañas huecas,
En gusto vencen la que asombró á Rodas:
A unas ponen estrados, á otras ruecas,
Aquellas sirvan, y á esta sirvan todas,
Esta sea hoy la reina, esta mañana,
Vistan á esta sayal, y á la otra grana.
Son ensayos del tiempo venidero,
Por donde el mundo corre en curso blando:
Ser caballo de caña ó verdadero,
Va á decir poco á quien le está mirando:
Ser castillo fingido, ó ser roquero,
Los soldados de veras, ó burlando,
Las libreas de papel, ó rasos llenos,
Todo es un poco mas, ó un poco menos.
Es el mundo una farsa de opiniones,
Que á todos encandila y entretiene,
Y aunque humilde reparte estimaciones
Conforme el tiempo y la ocasion le viene,
El que hoy es Salomon en sus razones,
Mañana ni le valen ni la tiene,
El que fue ayer gigante, hoy es enano,
Y muere rey el que nació villano.
¿Quién al hombre no ve en humilde puesto
Ser juguete inconstante de fortuna,
En entremeses y mudanzas puesto,
Viejo en el ataud, niño en la cuna?
¿Un dia con salud, otro indispuesto,
Ya al rincon, ya en el cuerno de la luna,
Ya alegre, ya con triste sobrecejo,
Ya gorgeando, ya tosiendo á viejo?
Pues si de sus soberbias los blasones
Mas encumbrados mira y altaneros,
Verá del hueco mundo las regiones
Quererse hacer millares, y ser ceros;
Iguales caballeros y peones,

De un tamaño los reyes y escuderos,
Solo que la fortuna por su gana
A estos presta sayal, y aquellos grana.
Bien que estos varios juegos de fortuna,
Los graves altibajos de su rueda,
Así los que hay encima de la luna,
Como lo que por nuestro abuso queda,
Todo es traza divina, á quien ninguna
Otra puede llegar por mas que pueda,
Sin quien la hoja del árbol no se mueve,
Ni una gota de mas ó menos llueve.
Mas que sean breves y menudas cosas
Cuantas el mundo tiene por trofeos,
¿Quién jamás lo ignoró? ¿quién sus pomposas
Torres no ve ser nidos de pigmeos?
Y si estas no son voces poderosas
Para desencantar vanos deseos,
Y ver que en su soberbia nube hinchada
Quien mas llegó á alcanzar no alcanzó nada:
Ved esta breve mancha, que torcida
La forma hace de un dragon hermoso,
Y es de Europa la tierra, en quien ceñida
Del mundo está la parte mas preciosa:
Sana, templada, fértil y florida,
De rubio oro y regalos abundosa,
Honesto trato y nobles calidades,
Villas, pueblos, castillos y ciudades.
La Sarmacia de Europa es la primera
Que allí de Asia arrincona los mojones,
Y el Hiperbóreo monte una ladera
Voraz carcome dentro en sus regiones:
Donde seis meses tienen noche entera
Los que entre el yelo rompen sus terrones,
Y sin mudar jamás temple ni cielo,
De unas estrellas gozan, y de un cielo.
Allí son los altísimos Rifeos,
Y el Tanais que en sus faldas nace y crece.
Y sin gozar del mar ni sus deseos
En la laguna Meotis fenece:
El Bósforo es aquel, y allí los feos
Agatirsos están, aqui parece
El sitio de los sármatas y alanos,
Y allí los masagetas inhumanos.
La Chersoneso Táurica es aquella
Que al parricida Orestes vió asombrado,
Y en el sangriento altar de la doncella
A su alfange divino arrodillado:
Dácia, y el gran Dorisco en medio della,
Allí hace cien mil hombres, con que armado
Quiso Xerxes escudo por escudo
Su ejército contar, y apenas pudo.
Como famoso labrador que echa
Su limpia parva en el agosto amigo;
No cuenta grano á grano la cosecha,
Mas á colmadas troges mide el trigo;
Así en aquel Dorisco, que una estrecha
Celda de aquí parece, el rey que digo
Su ejército midió á teatros llenos,
Sin que cupiese aun en catorce senos.
El monte Hemo es este, que su altura
Casi nos cierra el paso sobre el viento,
Cuyas cumbres descubren la llanura
Del Egeo mar, y el Jonio turbulento;
Y el Ismaro cubierto de frescura,
Por donde Orfeo derramó su acento,
Y del Pangeo monte la cabeza,
Que al mar oprime y rompe su braveza.
Esta que así arrimada al mediodia
Una ancha hoja forma de higuera,
Donde del istmo estrecho la porfía
A pesar de dos mares persevera,
Es el Peloponeso, fuente y cria
De las humanas letras: la severa
Corinto aquella, que de sus ruinas
Roma gozó riquezas peregrinas.
Los Léleges, Teléboes y Curetes
Son los que allí parecen derramados,
Y aquellos los caballos y ginetes
De Acarnania, y sus pueblos celebrados
Y los que entre tus pinos entremetes,
Oh humilde Arcadia, de árboles criados
Son estos, y los otros los mojones,
De Pelagios, Parresios, Licaones.
El Ténaro es aquel, que el mar salado
Fuegos del hondo Flegeton vomita,
Y el promontorio Málea señalado,
Que el paso á las erradas naos evita:
El Espartano pueblo celebrado
Allí (si aun dura su memoria) habita,
Y estos son los remansos cristalinos
De Erimanto, y de Ménalo los pinos.
La Pirrea Tesalia, coronada
De señalados montes, es aquella:
El altísimo Olimpo, y su nevada
Frente, que toca á la mas alta estrella;
Y de Oeta la cumbre celebrada,
Con el sepulcro de Hércules en ella:
El Osa, de los dioses enemigo,
Y de centauros el establo antigo.
Aquí es el valle Flegra peñascoso,
Donde la celestial caballería
Peleó con todo un campo monstruoso,
Que en favor de los Titanes venia;
Donde del gran destrozo belicoso
Las reliquias se gozan todavía,
Y los collados aun se están cubiertos
De blancos huesos de gigantes muertos.
Este es el alto Pélion que al Oriente
Hurta la primer luz de la mañana,
Y de escalon sirvió y altiva puente
En la disforme guerra soberana:
Y aquel rio de cristal resplandeciente,
Que entre el monte Osa y el Olimpo mana,
Es el padre de Danae, el gran Peneo,
Que al mar lleva un clarísimo rodeo.
Y aquel pequeño valle, por quien pasa
De flores coronado y hermosura,
El celebrado Tempe, en quien sin tasa
Flora vertió su cuerno de frescura;
Donde en verde jardin y alegre casa
El florido verano siempre dura,
Y Anfriso por allí voltea solo,
Ufano de mudar el nombre á Apolo.
El turbio Anagro de aguas hediondas,
Donde lavó el Centauro sus heridas,
Es el que por allí lleva las hondas
Riberas, de veneno ennegrecidas:
Y el claro Anáuro de plateadas ondas,
Sesgo, sereno, y de olas recogidas,
Que con vapores, nieblas, ni rocio,
Jamás destempla, ni hace el aire frio.
Esta costa de mar, que del Egeo
Al Jónio va á buscar la estrecha puerta,
Y del frio y altísimo Pangeo
Hasta el Acroceranio corre abierta,
Es Acaya, y su templo Dodoneo,
Adonde en su inmortal selva, cubierta
De encinas duras, daba un Dios potente
Respuestas otros tiempos á la gente.
La antigua Macedonia y sus collados
Son estos con que el ancho Epiro crece,
A quien dos veces en contrarios hados
Romana sangre sin por qué humedece;
Y aquellos rayos de cristal grabados,
Que otro cristal mayor desaparece,
Sesenta navegables rios y fuentes
Son, que al Danubio entregan sus corrientes.
Y él, cargado de gentes belicosas,
Feroces pueblos, bárbaras naciones,
Por sélvas de arboledas deleitosas

Del mar de Scitia busca los rincones,
Donde por siete puertas anchurosas
En él descarga sus preciosos dones,
Dando en testigo á su feliz entrada
La hermosa Péuceu de ovas coronada.
  Entre estas ferocísimas riberas
Y el Adriático mar corre la costa
Del Ilírico reino, y sus fronteras,
Contrapuestas en playa y luna angosta,
La Albania, la Dalmacia y las laderas
De Liburnia, y la Istria, á cuya costa
El azote parió en parto fecundo
De Atila otra Venecia nueva al mundo.
  Debajo aquel celaje y niebla fria
Que del Dantisco mar se va exhalando
La alta Podolia corre, y la Rusia,
La Prusia, Frigia y el Holsacio bando:
Cracovia, Pomerania, y la Dania,
La fria Noruega de contino helando,
Con otro inmenso y áspero gentío,
De leyes varias, y de asiento frio.
  Y aquel celaje azul, que ancho y tendido
Un raso cielo desde aquí parece,
Es el Gótico mar, que allí escondido
Al polo con sus olas humedece:
De potentosas islas oprimido,
Donde Tile en sus fuegos resplandece,
Y asombra con fantasmas ordinarias,
Las resaca á sus playas solitarias.
  Las Orcades pendientes sobre el yelo
Allí han de estar sembradas y esparcidas,
Y las Ebudas de un estéril suelo
Entre nieve acullá y cristal metidas,
Con las que al Norte por zenit del cielo
En cuatro euripos tienen repartidas,
Y la Hipérborea, libre gente ociosa
En quieta vida goza, y paz sabrosa,
  Mas ya dejando este intratable cielo
De fria niebla y de rigor vestido,
Y el eje eterno de cristal y yelo
Sobre que se revuelve el mundo unido,
Volved los ojos á aquel fresco suelo
Que ufano estiende allí el cuerno florido,
Y vereis la dichosa y rica tierra
Que el Apenin divide, y el mar cierra.»

ALEGORIA.

Orlando burlado por tantos modos de Garilo, significa que el descuido y confianza suele traer á los hombres á grandes riesgos, y el recato con que ha de vivir el que no quisiere ser engañado de traidores. En el alquimista, y sus engañosas fabulas, se apuntan las que algunos charlatanes desta profesion usan para encandilar al vulgo, que si bien es verdad que hay en esta arte grandes secretos, son pocos los que los alcanzan, y muchos los que tratan de burlar á su sombra el mundo, con que vienen á perder los menos por los mas; no obstante que la piedra filosofal, ó ligir divino, figurado por el anillo de Angélica, haga tan admirables transformaciones en las cosas, que las que aquí van apuntadas por encarecimiento, sean en su comparacion cortas, y de poco nombre, si ya no queremos entender por el anillo la virtud, que es la que hace en el mundo las mayores transformaciones y maravillas.

En el trueco de las flechas del amor, y de la muerte, se muestra la poca seguridad de la vida humana, aun en sus juveniles años, y cómo aunque el tiempo en el hombre consume y gasta la potencia del cuerpo, el alma, que nunca se envejece, suele tener en la vejez tan floridos deseos como en la mocedad.

La conversion de Garilo en gato, dice cuan dificultosa es de mudar la inclinacion, aunque se mude el estado y profesion de la vida.

Malgesí, que con sus conjuros levanta volando su navío, y sus tres compañeros en él, significa el alma contemplativa, cuando con sus tres potencias, entendimiento, memoria y voluntad, figurados en el rey de Persia, en Reynaldos y Morgante, se levanta á la contemplacion de las cosas superiores, comenzando por las inferiores, y su caduquez y poca substancia.

LIBRO DÉCIMO-SESTO.

Argumento. Prosigue Malgesí su viaje y discurso, describiendo en él la hermosura de Italia y Francia; y habiendo hecho á peticion de Orimandro un famoso epílogo de las grandezas de España y sus antigüedades, se ofrece de enseñarle el nuevo mundo que el cielo tiene prometido á la monarquía española.

  Dijo, y templando en vuelo sosegado
Las velas al favor de un fresco viento,
En dia claro y cielo sosegado
Fue descubriendo el italiano asiento:
Y el mundo donde vuelan asombrado
De su nuevo viaje, ciento á ciento
De las ciudades salen, y las villas,
A ver las nunca vistas maravillas.
  Puesto ya el pescador su corvo anzuelo
Al engañoso cebo, y levantada
La tembladora caña en alto al cielo,
Con la vista se queda embelesada:
Y el humilde gañan rompiendo el suelo
Con la yunta de bueyes alquilada,
De tan nuevos portentos asombrado
A la mancera se quedó arrimado.
  No hubo pobre oficial tan codicioso
Que por verlos no deje su tarea,
Ni rey á quien no asombre el espantoso
Barco que el aire y su region pasea,
Ni villano tan terco y malicioso
Que con la boca abierta no los vea,
Ni viejo asi encogido y encorvado
Que esta ocasion no le haya enderezado.
  Como en tiempo de eclipse el temeroso
Vulgo, en bandos y cuentos repartido,
El enlutado sol mira medroso,
A quien su hermana tiene oscurecido;
Que cualquiera hecho astrologo famoso
Su historia dice, y cuenta lo que ha oido,
Y el natural efecto del planeta
A su traza y su modo lo interpreta.
  Así el barco volando por el viento
El mundo tiene en bandos alterado,
Y á cada cual conforme á su talento
Con mas temor ó menos asombrado:
Quizá del estrellado firmamento
La argonáutica se ha desencajado,
Y cargada de dioses va camino
En busca de algun nuevo vellocino.
  Otro menos leido, y mas medroso,
La barca dice que es del lago Averno,
Que preñada de mundo mentiroso
Traslada hombres fingidos al infierno;
O que es la nao sagrada del glorioso
Pedro, barquero celestial y eterno,
Que huyendo del mundo en feliz vuelo,
Con la fe y la verdad se sube al cielo.
  Y ellos siguiendo el celestial camino
Del asombrado mundo van gozando,
Cuando el suelo de lejos ven latino
La hermosura del mundo sustentando:
Y prosiguiendo el mágico adivino,
La proa á la Calabria enderezando;
«El que allí encumbra, dijo, su cabeza,
De riscos coronada y de maleza;
  Es el Gárgano altísimo, sagrado
Alcázar del Arcangel poderoso,
Que al católico ejército fue dado
Por capitan y príncipe glorioso,
Y el pueblo de Diomedes, ya trocado
El nombre en apellido mas dichoso,
Cuyos collados del Salmicio bando
Cuerpos están y sangre regoldando.



Las ruinas del gran templo de Minerva,
Sus torres y gastados chapiteles,
Allí á pesar del tiempo los conserva
Luceria entre sus bosques y vergeles:
Cilaro baña allí la fresca yerba,
De azucenas manchada y de claveles,
Que él despues con sus ondas mal seguras
De tiernas flores vuelve piedras duras.
El rio Ausida, que con sangre humana
Al mar de Adria llevó nuevas crecientes,
Es el que allí de hirpinos bosques mana,
Y por la Nursia tuerce sus corrientes;
Y allí á Hetrucio, que en la suerte vana
Del rey de Epiro, y sus vencidas gentes,
Muestra al mundo, que solo al cielo es dado
Saber el fin que al hombre guarda el hado.
Aquellos son los muros de Tarento,
Que al mar dan nombre y sombra de contino,
Y Scileo, promontorio turbulento,
Que á Caribdis y Scila está vecino:
Y de Ardea su alto alcázar, y el asiento
Que le dió Turno, y le quitó su sino,
Cuando á pesar del fuego hizo al cielo
Le prestase alas, y otorgase el vuelo.
Aquel euripo estrecho, que parece
A pesar de dos mares abrir paso,
Por donde el régio promontorio crece,
Y el Ploro se arroja al mar escaso,
Es el Tirreno angosto, en quien fenece
De la fértil Italia el campo raso,
Y á donde con bramido temeroso
Al mar turba Caribdis su reposo.
La que allí está á las ondas entregada,
Y fue de tierra firme dividida,
Es la antigua Tinacria, así nombrada
De las tres puntas con que está ceñida;
La que la Libia al astro ve tostada,
En continuos bochornos encendida,
Es Lilibeo, aquel el gran Paquino
Que oye bramar los cíclopes contino.
El Peloro se llama estotra punta,
Que ya un tiempo llamarse Italia pudo,
Y en blancos huesos dió, y gente difunta,
Nevado de Leucosa el canto agudo:
Y el que los encendidos globos junta
A las altas estrellas, y el membrudo
Encelado entre el bronce y pez derrite,
Y hace que fuegos sin cesar vomite,
Es el asiento de Etna peñascoso,
De llamas y de nieve incorporado,

Cuyas masas de fuego monstruoso
El cielo tienen con hollin tiznado;
Y lanzando del vientre caluroso
Derretidos peñascos, y nevado
Con la ceniza el campo aborrecible,
El pecho hierve en hueco estruendo horrible.
Es fama que de un rayo poderoso
En aquellas cavernas soterrado
Está el gigante Encélado espantoso
De todo el monte altísimo cargado:
Del pecho resoplando caluroso
Fuego, humo y azufre requemado,
Y al anhelar del pecho que rehierve,
La tierra tiembla en torno, y el mar hierve.
Allí tambien están del feo Vulcano
Las fraguas y hornazas encendidas,
Y el ciclope nudoso al aire vano
Roncos estruendos forma y estampidas:
Hiere en los yunques su pesada mano,
Y revuelve las masas encendidas,
Resuena el sordo valle, y por los huecos
Peñascos braman los quebrados ecos.
Y no lejos de allí en un prado ameno
La agradable Aretusa resplandece,
Por quien Alfeo ya en paso sereno
Al mundo su cristal desaparece:
El monte Ibla, de flor y abejas lleno,
Y el rio Panchayo es el que allí parece,
Manso despues que Ceres sabiamente
El ruido le enfrenó de su corriente.
Las islas Eolias, donde el raudo viento
Tiene en sombrias cavernas su morada,
Son las que allí con espumoso asiento
La mar muestran en torno salpicada.
Donde Cáprea sustenta ancho cimiento
A la Tiberia torre celebrada:
Cípara es esta, aquella Enaria angosta,
Y esta Surrento, y su apacible costa.
El rio Numincio de ondas sosegadas,
Donde el cuerpo de Eneas fue hallado,
Es el que allí regando las yugadas
Del fértil Lacio busca el mar salado:
Y Peneste de almenas levantadas,
Hechas de fuego y pedernal labrado,
Es aquella, y aquellos que allí vistes
Los Tetrios montes, ásperos y tristes.
La ciudad Aretina, y sus pantanos
Siempre exhalando destemplados vientos,
Y la soberbia Tibur, cuyos llanos
Gozan los telagónicos asientos:
El sonoroso Sarno, y los ufanos
Cuernos del Iris claro, y los cimientos
Son estos de Minturnia destruida,
Que á Mario en sus lagunas dió la vida.
Las blancas piedras de Anxur celebradas,
Y los collados que con su agua riega,
Son aquellos, y aquellas las cañadas
Con que al Pontino lago las entrega:
Y los mirtos y encinas consagradas,
Que al sol esconden la florida vega
Del reino de Diana, son aquellos,
Con su gran sacerdote y rey en ellos.
La fértil Cumas con dichoso agüero
Allí fue de los Cálcidas fundada,
Y aquella es Capua, que un Alcon mañero
Nombre le dió, y la hizo señalada,
Por donde el rio Volturno va ligero
Huyendo de su vida regalada,
Que afeminó á Anibal el pecho fuerte,
Y á César dijo y anunció la muerte.
Allí sus baños tiene celebrados
La fértil Vayas de aguas escelentes,
Y los Cimerios pueblos soterrados
Solian allí esconder sus negras gentes:
Los valles son de olivas coronados
Del gran Tiburno los que veis presentes;
Tolfa es aquella, aquellos sus alumbres,
Y este Argentario, y sus altivas cumbres.
Nápoles queda allí, y sus altos muros,
Mejor por sus contrarios renovados
Que los hicieron los Calcidias duros,
De groseros terrones amasados:
Y de Circe los bosques mal seguros,
De olas antiguamente rodeados,
Y anudados ahora con la tierra,
Ya del mar vencen la importuna guerra.
Aquí aun se dura el rastro y las señales
De haber vivido allí una rubia diosa,
Circe, hija del sol, que á los mortales
Era á dar nuevos cuerpos poderosa:
La que en varias figuras de animales,
Al toque de su vara milagrosa,
De Ulises convirtió los compañeros
En osos, tigres, puercos y carneros.
Por allí da tributo al mar Tirreno
El Tiber de victorias coronado,
Aquel mismo tributo que en su seno
De cincuenta y dos rios ha cobrado;
A donde en el Tarpeyo monte ameno
Roma su capitolio vió encumbrado,
Que el mundo gobernó, y hoy mejorada
Del Vicario de Cristo es gobernada.
Volved la vista ahora á estotra parte
Del mar de Adria, y vertientes de Apenino,
Vereis un templo del furor de Marte
Hecha la ciudad áspera de Urbino,
Y del puerto de Ancona el baluarte
Que Trajano fundó de mármol fino,
Y su Cumerio puerto puesto en modo,
Que al mar parece que le da del codo.
Allí está el fértil campo de Loreto,
Bien que ahora ni muy rico ni estimado;
Mas yo veo tiempo ya que será acepto
En el mundo, y su nombre celebrado,
Cuando por modo altísimo y secreto
A él se ha un aposento trasladado,
Que de Judea vino á Esclavonia,
Y en él á Cristo concibió María.
Allí es Perusia, donde la hambre ayuna
De Antonio estuvo un tiempo apoderada,
Y esta la gran Florencia, que ninguna
Cual ella se vió en flores asentada:
Luca, y el promotorio de la Luna,
Y Pisa por su loza celebrada,
Parma, Modena, Lodi, Alejandría,
Milan, Cremona, Bérgamo y Pavia.
Haciendo cruces con la mano diestra
Fue señalando el sabio estas ciudades,
Y prosiguiendo, dijo: «allí se muestra
Rávena ilustre, antigua en mil edades;
Y Felsina-Bolonia, gran maestra
En toda ciencia y todas facultades,
Está allí derramando un mar al mundo
De graves letras y saber profundo.
Ved á Ferrara puesta en la ribera
De Eridano, y sus ondas espejadas,
Donde Faeton su vida y su carrera
Juntas dejó de un golpe rematadas:
Allí está Mantua, y Andes, la primera
Entre tierras y gentes celebradas,
Donde nació la fuente de quien mana
La alta facundia y elocuencia humana.
Por allí pasa Mincio, mas ufano
Que el claro Anfriso por el rey de Delo,
Y en sus principios como el mar liviano
Con olas suele amenazar al cielo,
Donde Bérgamo goza asiento llano,
Y Trento parte con los Turcos suelo,
Y aquel el Rubicon, raya liviana
De la prosperidad y paz romana.

Las incultas almenas mal labradas,
Que allí lava la mar y azota el viento,
Donde unas gentes del temor guiadas
A buscar fueron mas seguro asiento,
Tristes reliquias son despedazadas
Del destrozo de Atila, y su escarmiento
Les hará, sin que el tiempo las consuma,
Ir creciendo en la mar como su espuma.
Es su nombre Venecia, y sus agüeros
Así dichosos desde el primer dia,
Que pasará en los siglos venideros
De república el nombre á monarquia:
Destas cumbres los gajos altaneros
Los Alpes son blanqueando nieve fria,
Que al bárbaro furor con muro estrecho
La rica Italia apartan sin provecho;
Donde al pié en sus collados mas vecinos,
De fértil grama y flores coronados,
Ricos pueblos fundaron los Taurinos
Allí desde Liguria trasladados:
Mas mira ahora los montes cristalinos
Que á tu isla Cirno baten los costados,
Rey de Córcega, y la otra su vecina,
Que apenas desde aquí se determina.
En la una, si la fama no se engaña,
La miel el nombre pierde de sabrosa,
Y en la otra sin querer rie y regaña
Al que su yerba prueba venenosa:
La que allí sus mariscos acompaña
Es Egilos, de cabras abundosa,
Y la palmosa Ilba acá parece,
Rica del hierro que en sus venas crece.
Entre el puerto de Venus, y el trofeo
De Augusto, y entre el Varo tortuoso,
Y el rio Macra, que en feliz rodeo
Del Apenin desciende presuroso,
Correr al austro la Liguria veo,
De áspera tierra y sitio montuoso,
Donde en su costa Génova parece
Hermoso lirio que entre espinas crece.
Mas ya aquí se descubren las vistosas
Cumbres del Alpe, y á la diestra mano
Ambas las Alemanias belicosas,
Que el frio Reno las divide en vano:
Las dos ilustres Bélgicas famosas,
Todas llenas de imperio soberano,
De marcas, reinos, títulos, blasones,
Duques, lansgraves, condes y barones.
Aquellas altas peñas, que nevadas
La espuma dan que por sus playas crece,
Las rocas son de Albiones celebradas,
A donde Anglia sus términos fenece:
Aquellas son sus selvas encantadas,
Merlin allí y su ciencia permanece,
De quien he yo apuntado en mis lecciones
Escolios mil, y mil anotaciones.
Es reino ilustre, rico y belicoso,
De gente afable, humana, y sus banderas
Temor del gran Océano espantoso
Serán en las edades venideras:
¡Oh pueblo muchas veces venturoso,
Si tan cerca á Alemania no tuvieras,
Que criará una hidra y un briareo,
Que agoten cuantos bienes en tí veo.
Allí es Brabancia, Flandes, Picardia,
Y aquí Francia mi patria regalada,
Con su ciudad, de adonde nace el dia
Hasta donde se esconde celebrada:
Allí Garona, allí Secuana envia
Sus peces y aguas á la mar salada:
Allí se traga el Ródano á la Sona,
Y aquí parte á Marsella de Narbona.
Bretaña es esta, aquella Normandía,
Y estotra la Provenza regalada
Por donde Druenza su corriente guia,
Y está Auñon sobre el Ródano sentada:
Allí es Tolosa, allí Fuenterrabía,
Y allí la ardiente cumbre ahora helada
Del Pirineo, que en fuegos encendido
Arroyos sudó de oro derretido.
Aquellos valles que una niebla fria
Parecen exhalar de humor sangriento,
Cuya espantosa cumbre al sol y al dia
De Francia enlutan con su grueso aliento,
Los Roncesvalles son, en quien solia,
A los aspectos de su cielo atento,
Pronosticar Merlin cierta caida
En la gente del mundo mas temida.
Los astrónomos puntos de impresiones
Que señalo de burla, ó verdaderos,
Ya van en las postreras conjunciones;
Trueque el cielo en mejores sus agüeros,
Y al nuevo imperio en todas ocasiones
Del brio enemigo rinda los aceros,
Y á pesar de los astros engañosos
Sus lirios de oro salgan victoriosos.
Ya de aquí se descubren las regiones
De la feliz y belicosa España,
Famoso reino en las demás naciones,
Que la tierra encadena y el mar baña,
Cuya grandeza en todas ocasiones,
Si de la fama el crédito no engaña,
Unica ha sido, y es en cuanto encierra
De nobleza y valor en paz y en guerra.
Allí es San Sebastian, Huesca y Bayona,
Y acá Colibre al mar Mediterráno,
Aragon, Cataluña y Tarragona,
Y el promontorio Venus Perpiñano:
Allí su puerto guarda Barcelona,
Y allí el famoso Grao valenciano,
Denia, Alicante, Murcia, Cartagena,
Sus costas gozan de riquezas llena....»
«Paso, dijo Orimandro, que el intento
Mayor que me sacó de Persia un dia
Fué ver de España el belicoso asiento
Y asombros del valor que della oía;
Y pues se me ha venido tan á cuento,
Y sin buscarlo, lo que hallar queria,
Templad las velas, y volad despacio,
Que quiero ver de Marte el gran palacio.
Y pues que vos por sabio, y por vecino,
Podeis darnos razon y luz de todo,
Gobernad el timon, y abrid camino
Por este aire benévolo, de modo
Que yo os deba este gusto á que me inclino,
Y el contar su grandeza al reino godo,
Y todos tres gozar en este vuelo
La magestad de tan heróico suelo.»
Dijo, y el francés mágico, ahora sea
Por dar al persa gusto, y á Morgante,
Que lo mismo parece que desea
En los halagos del feroz semblante,
O por curiosidad, en que se vea
De su leccion y ciencia lo importante,
Que es gusto al fin mostrarse un hombre sabio
Y entre reyes mover á tiempo el labio.
Así con blando y sosegado vuelo,
«¿Quién, señor, dijo, en tan pequeño rato
Del real valor deste invencible suelo
Darte podrá cual pides un retrato?
¿Quién de su clima, temple y paralelo,
Fertilidad, riqueza y aparato,
Decir podrá en palabras suficientes
Lo que á España se debe, y á sus gentes?
En lo mejor del habitable mundo
Como cabeza dél la asentó el cielo,
Combatida de un crespo mar profundo,
Que por tres partes ciñe el fertil suelo,
No en el clima tercero, ni el segundo,
Ni en el sesto, ni séptimo, en que el yelo

Con tal rigor sobre sus golfos baja,
Que en rocas de cristal los trepa y cuaja.
  Aquí nunca del cancro el caluroso
Cbele los fuegos llueve que en Egito,
Ni del boreal Cefeo perezoso
El yelo se cayó de hito en hito:
Ni es de suelo tan frio y tan ventoso
Como Francia, ni abraza en su distrito
Los bochornos del monte de Carena,
De incultos riscos llenos, y de arena.
  Penetrada con vientos de ambos mares
Conserva un aire limpio y cielo sano,
Y de riquezas llena singulares,
No hay quien no tenga algunas de su mano:
No todas cosas dan todos lugares,
Ni el mundo es todo cuesta, ó todo llano:
La India envia marfil, la Arabia incienso,
Perlas el mar, y á él los rios su censo.
  Seda el Catay, el Alpe da cristales,
Paro alabastro, Cándia alegre vino,
Piedras Ormuz, Sicilia sus corales,
Vasos Corinto, el Ganges oro fino,
Jaspes Copto, Preneste pedernales,
Scitia las blandas martas, y el benino
Aire de Tible miel, y Tiro ufana
En sus conchas la púrpura de grana.
  Por todo el mundo del empireo cielo
Dones descienden de influencias varias;
Esta grandeza es propia deste suelo,
La otra de aquel, destotra las contrarias:
Aquí extraño calor, acullá yelo,
Cosas raras aqui, y allí ordinarias:
Solo los campos fértiles de España
Ninguna cosa tienen por extraña.
  ¿A la seda de Murcia, y de Granada,
De Toledo y Valencia, quien le llega?
Cuando el gusano en cama regalada
De frescas hojas de moral se pega,
Y allí encantado en bóveda cerrada
Al dulce sueño del morir se entrega,
Dejando sus capullos y edificios
En herencia al regalo y á sus vicios.
  ¿Al cristal lusitano, y á las martas
Gallegas, quien iguala? ¿ó al coral fino
Del Catalano golfo, cuando en sartas
Por un cuello se anuda alabastrino?
¿Quién al rojo oro en granos con que hartas,
Oh rica España, la hambre del vecino
Bárbaro alarbe, oh apartado griego,
Que á todos tu alicion quita el sosiego?
  No engendra Ormuz mas fina pedrería
Que tu Puebla Moron y Caridemo,
Ni á las turquesas que Zamora cria
Llega el Oriente en su mayor estremo:
A tus jaspes no igualan los que envia
El Paro, el Copto, ni el helado Hemo,
Ni á la miel de Beger, y la de Baza,
De Júpiter el nectar en su taza.
  Sus búcaros de barros lusitanos
Esceden los de Dódone y Corinto,
Y la loza del pueblo toledano
En color la esmeralda y el jacinto:
Sus vinos al falerno y al greciano,
De Yepes, San Martin, Ocaña y Pinto,
Alanís, Ribadavia, Coca y Toro,
De humana ambrosia celestial tesoro.
  ¿Que pudo repartir al mundo el cielo
Para el provecho humano, ó su deleite,
Que le negase á este dichoso suelo,
Y en él no sirva de virtud, ó afeite?
Aquí un fértil sembrado, allí un majuelo,
Acá un lugar de vino, allá de aceite,
La cabra, el toro, el oso, el ciervo, el gamo,
Y la perdiz burlada del reclamo.
  Si á Colcos dió valor un vellocino,
Y fama en tantos siglos y naciones,
Por solo un lustre de oro peregrino
Que en sus guedejas daba reflexiones;
¿Cuánto le exceden en precioso y fino
Del estremeño campo los vellones?
¿Y á las conchas de Tiro, y de sus riscos,
La grana que se cuaja en sus lentiscos?
  Es toda junta una preciosa pasta
De finos y riquísimos metales,
Que antiguamente pudo, y ahora basta
Los deseos á hartar de los mortales:
Los griegos, los romanos y la vasta
Africa de sedientos arenales,
Con las preciosas sombras de sus venas,
Sus flotas vian de riquezas llenas.
  En otras partes la codicia humana
Entra por oro á desvolver la tierra,
Y en hondas grutas con sudor se afana,
Y por sacarlo á luz le hace guerra:
Mas aqui él solo por los riscos mana,
O el arado al pasar lo desentierra,
Y como convidándose á sus gentes
Los arroyos le manan y las fuentes.
  Que por hijo feliz de un fértil suelo,
Y de madre nacido tan fecunda,
Lozano da vislumbres sin recelo
Que avariento le dé cárcel segunda:
¿Mas qué bien ó favor ha dado el cielo
A la tierra que aqui no nazca y cunda?
¿Y á porfía brotando de sus senos,
Sus campos deje de riquezas llenos?
  Cuanto al sustento y pompa es necesario
Sobre su noble tierra abrió camino,
El rojo trigo, el vino, el jaspe vario,
El lustroso azabache, el mármol fino,
El hierro duro, el cobre su contrario,
El liviano algodon, el blando lino,
El vivo azogue, el soliman y afeite,
Y de Sevilla y Écija el aceite.
  Su bronce, plata, estaño, y sus alumbres
Al mundo dejan bastecido y harto,
Cuyas reventaciones por las cumbres
Los montes vierten con felice parto:
Goza del fino acero las vislumbres,
La rica greña del humilde esparto,
El lustroso alcohol, y el pardo lomo
Que en masas crece de pesado plomo.
  Los montes de un alegre abril manchados
De frescas yerbas olorosas llenos,
De laurel verde y cedros encrespados
Los sombríos bosques tejen mas amenos:
Cárdenos lirios, alelís morados,
Rojos claveles, y en los hondos senos
De sus valles tomillo, y rojo acanto,
El fértil trébol, y el romero santo.
  Desto sus campos labran las alfombras
Con que el florido abril los entapiza,
De mas fino color y alegres sombras
Que las que Persia para tí matiza:
Y si destas grandezas no te asombras,
Oye con que de nuevo se autoriza
En los soberbios ánimos valientes
De sus gallardas invencibles gentes.
  ¿Quién á un bravo español en osadía
Y atrevido ademán pasó adelante?
¿O al trato hidalgo, y noble cortesía,
Igualar pudo en ánimo arrogante?
¿Quién la reportacion y valentia
No ve ser destas gentes semejante
A sus furiosos rios, que en sonoro
Curso llevan cristal envuelto en oro?
  Son de ánimos valientes, atrevidos,
Prestos en los peligros, y arrojados,
Francos en amistades, comedidos,
Graves, briosos, nobles, arriscados;

Para trabajos, fuertes y sufridos,
Para nobles, leales y esforzados,
Que la traicion es mancha de cobardes,
Y estos desta nacion propios alardes.
¿En qué region del mundo sus banderas
No han de dar sombra, y asombrar el mundo?
En Persia, Africa, Arabia y las postreras
Islas que ciñe y bate el mar profundo:
¡Oh venturosa España! ¡si tuvieras
De tus Eneas un Marón segundo,
O á tus nuevos Aquiles un Homero,
Cuan poca envidia hubieran del primero!
Tus verdades esceden sus ficciones,
Y tu ordinario estilo á sus portentos,
Y en descubrir y hallar nuevas regiones
A los mas arrojados pensamientos:
En fe y lealtad, las bárbaras naciones,
En letras, en virtud, y entendimientos
Cuantos la Grecia y el Egipto encierra,
Y en armas todo el resto de la tierra.
Precióse Roma, y tuvo por grandeza
Dar Césares al ancho mundo en paga,
Que al oro, plata, perlas y riqueza,
Que le tributa y pecha, satisfaga:
Y arrogante y soberbia en ser cabeza,
Su misma vanagloria le empalaga,
Trayendo en ella por blason altivo,
«Césares doy, si lo demás recibo.»
España dió al imperio los mejores
Príncipes que ya tuvo en su gobierno,
Y en todas facultades mil autores
De soberana fama y nombre eterno:
Y no solo dió á Roma emperadores,
Mas en los siglos de su parto tierno
Le abrió la zanja, y en feliz agüero
A su muro arrimó el terron primero.
De nadie mendigó favor humano,
Ni tras de la ambicion y la zozobra
El mundo saqueó en rigor tirano,
Por rehacer su falta de otra sobra;
Y así en blason pondrá su rica mano,
«Nada me falta á mí, todo me sobra,
Todo lo doy, de todo soy barata,
Césares, reyes, reinos, oro y plata.»
A Roma dió principios venturosos,
Y al que alzó en Asia los troyanos muros,
Y en Galia á mis franceses belicosos
De Mongrana los ánimos mas puros:
No son hablas ni cuentos fabulosos,
Ni va por atenores tan oscuros
Su clara sucesion, que no lo sea
A quien saberla de raiz desea.
Abuelo de Milon fue Claramonte,
Fundador de la casa de Mongrana,
Puesta del Alpe en un soberbio monte,
Y él de la sangre y sucesion troyana:
De Deifovo nieto, que en Piamonte
Cetro tuvo y corona soberana,
Y fue de Franco Héctor descendiente,
Y todos tres de la española gente.
Y aun yo, no tan de lejos, otra parte
De español tengo, no de poca estima:
Egilona, mujer de Durandarte
Segundo, fue del rey Vitiza prima:
Desta nació mi abuelo Balisarte,
Que en España vivió, y en la honda sima
Del rico Tajo me crió, con gana
Que aprendiese la ciencia toledana.
Allí secretos alcancé importantes
A los cursos del mundo y su gobierno,
Y en mis alegres años principiantes
Los cercos aprendí del lago Averno:
¿Mas para qué son cuentos tan distantes,
Y la revolucion de un mundo eterno,
Si desde aquí podeis gozar presente
La magestad del reino y de su gente?
Otros se ocupen en contar las rocas
Del helado Proponto y del Egeo,
Y por sus playas celebrar las focas
Del fingido rebaño de Proteo,
Que yo á tener cien lenguas y cien bocas,
Juntas las diera á este famoso empleo,
Y mostrara con ellas, aunque humildes,
De tus grandezas las pequeñas tildes.
Este que ambas provincias belicosas
De España y Francia veis como divide,
Y en freno de oro y riendas poderosas
A sus altivos ánimos preside,
Y con sus mismas cumbres deleitosas
Lo que hay de un ancho mar al otro mide,
Un tiempo vió sudando por sus lomas
Arroyos de oro y plata en vez de gomas.
Subió tan alto el vuelo de su llama,
Que alumbró á España, y de su ardor sonoro,
Para eternas memorias de la fama,
Nuevo nombre compró á diluvios de oro:
El nombre es Pirineo, así se llama
Del fuego que dió al mundo tal tesoro,
Que á los Fenices, y á su rey Siqueo,
Hartar pudo la hambre del deseo.
Aquella altiva peña es la Collarda,
Y estotra de Sobrarbe la alta sierra,
Y la otra donde Atlante tuvo en guarda
A Rugero por miedo de la guerra:
Aquella estrecha senda blanca y parda
El real puerto de Andorra, en cuya tierra
Alemania clavó de limpio acero
Una memoria al siglo venidero.
Quipúzcoa es aquella que los gajos
Del Pirineo con sus pueblos trilla,
Haciendo de enriscados altibajos
Murallas á los reinos de Castilla:
Vidaso corre allí, y por valles bajos
Soberbio al Olearso mar se humilla,
Ufano en dividir con su corriente
De la francesa la española gente.
Allí por las montañas de Salinas
Cruzar verás al cristalino Deva,
Y en lo alto de su puerto entre sabinas
Una grandeza y maravilla nueva:
De aquella estrecha ermita, y sus ruinas,
En humilde vertiente aumenta y ceba
A dos contrarios golfos y arenales
Aguas con las que lloran sus canales.
O sea aquí lo mas alto deste mundo,
O el principio de todas las corrientes,
Las unas de Cantabria al mar profundo
El turbio Deva pecha en sus crecientes;
Y las canales del combez segundo,
Que al descubierto Sur hacen vertientes,
El rio Cadorra al Ebro las entrega,
Y él al Mediterráneo mar las llega.
Y así con tiernos brazos cristalinos
Esta pequeña ermita abraza á España,
Y por diversas sendas y caminos
De humildes ondas la rodea y baña:
Aquellos de Vergara son los pinos
Con que sus edificios acompaña,
Y allí los Mondragones de Arrasate,
Y el pueblo y villa célebre de Oñate.
Estos dos huecos y ásperos peñascos,
Que nos atajan por el aire el vuelo,
De hierro, acero, pinos y carrascos,
Así amasados por virtud del cielo,
Son del monte Gorbeya sendos cascos,
Y las dos Babilonias deste suelo,
Y el valle de Arrazola en su frescura
Quien goza puesto en medio tanta altura.
El rio Urrola de herrerías lleno,
Con mas fraguas que Lípara y Vulcano,

Riega allí el valle de Legaspl ameno,
Y por entre dos pueblos pasa ufano:
Las peñas de Motrico, que en su seno
El mar le cubre y le descubre en vano,
Allí le sirven de mojon y raya,
Y estas son las mimbreras de Zumaya.
Entre el de Arajes y este helado rio
La antigua villa queda de Guetaria,
Las altas sierras y el asiento frio
De Arracilo y su cumbre en flores varía:
Álava allí, y el noble señorío
De Vizcaya, que en costa solitaria
Su helado y crespo mar rodea y baña
La hidalga sangre del valor de España.
Sus amenas florestas son aquellas
Y de Bilbao aquel el fértil valle,
A cuyo verde asiento las estrellas
Noble y precioso aumento esperan dalle:
Allí es Durango, y las murallas bellas
De la ciudad de Orduña aquella calle:
Esta es su peña, y la que está adelante
Lequetio, en marineros abundante.
El que allí da frescura y sombra á un prado
Es el árbol famoso de Garnica,
A oir reales consultas enseñado,
De extranjeros Pelasgos patria rica:
Allí de un pié descalzo, otro calzado,
Sus privilegios jura y ratifica
El que entra á ser señor, y de aquel modo
Cetro absoluto cobra, y mando en todo.
Allí está el gran Bermeo, que en las juntas
Tiene la primer voz, y el cristal claro
De la mar quiebra por las corvas puntas
Que á su ancho puerto sirven de reparo:
Esta es Navarra, y sus florestas juntas,
De quien nombre, á pesar del tiempo avaro,
Eterno heredará, y de sus estrellas,
Gentes de invictos pechos, y armas bellas.
O ya sea poblacion de los troyanos,
Y sus naves y arados le den nombre,
O naciese el que tiene de sus llanos,
Y ahora con su altivez el mundo asombre,
Aquellos son sus valles comarcanos,
Y el que allí tiene de Bastan renombre,
Cegó ya el pozo que parió un tesoro
De sangre á Francia, y á Navarra de oro.
Aquellas son innumerables fuentes
De sal estéril, esponjosa y hueca,
De tal virtud que aumenta sus crecientes
Cuanto mas crece y es mayor la seca:
Allí nuevas almenas dió á las gentes
En Pamplona Pompeyo, y allí en hueca
Fortuna, en ala y rueda no pequeña,
Las vistosas almenas de Sansueña.
Allí es Puentelareina, y su ribera
De alegres rojos vinos abundante:
Aquí Estela, y Tafalla acullá entera
La corva costa corre de levante:
La raya de Aragon es la primera
Que los celtas con ánimo arrogante
Otro tiempo poblaron, y el tebano
Hércules les dió nombre de su mano.
El que desde Fontible hasta Tortosa
Con toda el agua destos reinos crece,
Y entre fresca arboleda deleitosa
De aquí una sierpe de cristal parece,
Es el rio Ebro, y su ciudad famosa
Zaragozana la que allí florece,
Y aquella su ancha huerta de Almozara,
Que es quien la suele hacer barata ó cara.
Aquella es Jaca, á quien fundó el tebano
Dionisio y Huesca, donde un dia Sertorio
Hizo academia, y con rigor tirano
Degolló en otro todo su auditorio:
Aquel blanco arroyuelo es el Turiano,
Y allí en el edetano territorio
Parece el pueblo de Teruel antigo,
Por su cabeza puesto y sano abrigo.
Tras él en aquel sitio peñascoso
De Albarracin está la ciudad bella,
Entre riscos metida del lodoso
Túria, y su gran centauro encima della:
Así pendiente, que su cerro umbroso
Al dia la mejor luz carcome y mella:
Allí guia por Tortosa su corriente
El fértil Ebro al rico mar de Oriente.
De aquí hasta Perpiñan sobre Colibre
De Cataluña corre el principado,
Que así este suelo belicoso y libre
Fue de Otogerio Catalon llamado;
Y él sin que á su ancha espada se le libre
Moro, que ya le vió una vez airado,
Recobró en compañía de otros nueve
Toda esa costa que la mar embebe.
Aquí está Perpiñan, de adonde el fuego
Del Pirineo asió primer centella,
Y la sima que abrió, y el pozo ciego,
Que rubias masas de oro dió á Marsella:
Gerona es la que allí se sigue luego,
Que el César ganó ahora, y puso en ella
Para adorno á su templo en bronce y oro
Divinos bultos de inmortal tesoro.
Empurias, de franceses y españoles
Antigua poblacion de aquella costa,
Allí entre su arenal y caracoles
Sus anchas ferias tuvo y plaza angosta:
Allí hace Palamós sus tornasoles
De conchas y coral, y allí ensangosta
Su playa el mundo, y acullá la ansancha
La punta de la Luna corva y ancha.
Estos riscos bellísimos que al cielo
Con tantas puntas alzan la cabeza,
A quien rodean de cristal y yelo
El rio Lobregat y su aspereza,
Feliz reventacion del fértil suelo
Que preñado parió tanta belleza,
Son entre gajos de encrespadas peñas
De Monserrate las floridas greñas.
Allí del santo y célebre Ermitaño
El delito se vió y la vida nueva,
Allí al estupro y homicidio estraño
Secreto albergue fue la oculta cueva:
Allí en lágrimas dió remedio al daño,
Y allí la celestial princesa, en prueba
Del perdonado yerro, dió la vida
A la muerta, y la habla al homicida.
Si á las torres y altivos chapiteles,
Que allí hacen sombra y peso á Barcelona,
Amilcar dió balcones y rejeles,
De Hércules las fundó la real persona;
Y en Monjuí dió altares y laúreles
Al padre de los hijos de Latona,
En el lugar que ahora aquella torre
Sus playas mira, y su cristal recorre.
Aquella punta que la mar adentro
De hermosa poblacion rompe cargada,
Y las olas que salen al encuentro
De blanca espuma nos la dan cercada,
Es Tarragona, la cabeza y centro
De su antigua provincia celebrada,
A quien de Armenia dieron pobladores
Las antiguas majadas de pastores.
El campo de Igualada y de Cervera,
Si es digna de algun crédito la fama,
Del Franco pueblo la nobleza entera
Vuelta tierra, en la suya se derrama,
Que sin salvarse escuadra ni bandera,
Donde en confusa voz el vulgo llama
La matanza, la flor del reino todo
A las manos murió del valor godo.

Mas ya dejad esa manchada tierra
Por ver del ancho mar la costa brava,
Que á las ricas Asturias hace guerra,
Y en crespas olas sus arenas lava,
Donde el arado el oro desentierra,
O entre sus venas al cruzar se traba:
Tierra en el resto estéril y olvidada,
Y de sola esta hambre y sed buscada.
Los astíricos celtas por mineros
Las quebradas buscando de sus riscos
A sus puertos llegaron los primeros,
Y dieron pueblo y nombre á sus mariscos:
La que entre aquellos rios placenteros
A vueltas crece de hayas y lentiscos
Es Oviedo, y acá en la costa llana
La antigua poblacion de Santillana.
Aquí está de Monsagro la ancha cueva,
Que al santo cofre que de Siria vino,
Por sacro relicario y guarda nueva
La dió Pelayo, y su primado Urbino:
Y acá entre aquellas peñas, la que lleva
A todas en altura la de un pino,
Es Covadonga, humilde fortaleza,
En que hizo pié de España la braveza.
Allí los gajos corren de Idubeda
De la llana Navarra hasta Galicia:
Montesdoca es allí, allí la Fresneda,
Y allí Ebro de su fuente se desquicia:
La de Oja en aquel risco estrecho queda,
Y allí su nombre y aguas desperdicia
De la fértil Rioja en las vertientes,
De aire abrigado y belicosas gentes.
De Orbion el cerro con su muerto lago,
De arboledas cercado resonantes,
Es el que allí con movimiento vago.
Asombra en su quietud los caminantes,
Y á ver desciende el mauritano estrago
En torno de los muros mas constantes,
Que desde el mar de Calpe á su montaña
Contra la altiva Roma tuvo España.
Scipion la destruyó despues que tuvo
Tres lustros de años guerras sin dejallas,
Y contra Italia y su poder mantuvo
Su espada libre, y sanas sus murallas;
Gastando en lo que en esto se detuvo
Ochenta mil romanos en batallas,
Y no quedando en ella un hombre sano,
De quien triunfar pudiese el africano.
De aquí se arroja por Berlanga Duero,
Y de rosas nevado y de jazmines
A Osma baña y Gormaz, y en curso entero
De Aranda la ancha vega, y sus confines;
Y de rios cargado, mas ligero
Que por el mar Carpacio sus delfines,
Mejorado de pesca, del gran moro
Olid descubre el valle, y busca á Toro.
Allí entre verdes pámpanos sentada
Sobre un risco la halla por alfombra,
Llevando su corriente mejorada
Desde Simancas por el aire y sombra:
Toda del rio Pisuerga salpicada
La tierra en torno, y el que mas se nombra
De los vecinos rios, nombre y agua
Juntos á un tiempo en su cristal desagua.
Con esto llega á Toro, y de allí pasa
A bañar las Turquesas de Zamora,
Riega á Miranda, y por campaña rasa
En Portugal cuanto ha bebido llora;
Aquella es de Galicia tierra escasa,
La otra abreviada gente, la que mora
Entre el rio Duero y Miño, que á las vueltas
Los bracatos poblaron, y los celtas.
Porto es aquel, á quien los nobles galos
El nombre dieron, y él al reino todo,
Y Miño, quien por bárbaros regalos
Del rojo embije dió la mina y modo;
Galogreba por largos intervalos
Cetro conservó allí hasta el primer godo:
Esta es de Alia la fuente, allí está Lugo,
Que á la de Miño presta el primer jugo.
Aquellas son del Vierzo las montañas,
Y las sin afeitar puntas bermejas,
De sus ricas medulas las entrañas,
Que ya solian dorar las corvas cejas:
Y tú que á Carracedo el suelo bañas,
Y los peces produces con orejas,
Aunque no alcanzo á ver por donde naces,
La rueda vemos de cristal que haces.
Lago mas claro, y de agua mas corriente,
De jaspeadas truchas abundante,
Es el que Astorga allí le presta fuente,
Y Sanabria en su risco ve triunfante;
Donde á sus frescas olas eminente
Un bello alcázar sube, semejante
Al que á Neptuno entre sus reinos de agua
De Vulcano labró la sutil fragua.
Esta es Astorga, aquel su rio Orbego,
Donde el poder suevo cayó en tierra
A los piés de un rey godo, cuyo fuego
Talando fue cuanto aquel mundo encierra:
Y el que en cristal de blanca espuma ciego
Al Rabanal carcome la ancha sierra
Es Molina, que allí de peña en peña
Por sus hondas quebradas se despeña.
Ved, pues, de Miño el cristalino curso
Con que busca la mar, y en su ribera
A Lugo y su muralla, que el concurso
De Roma la labró, y conserva entera:
Y en sus calientes baños el recurso
De la humana salud, que aun persevera
El muro argamasado, y ricas termas,
De que cargaron sus riberas yermas.
Adelante está Orense, á quien el griego
Ansiloco de Turno, afable amigo,
Dió cimientos y nombre, y en el fuego
De su ardiente agua consumió el antigo:
Y Ribadavia, la que en dulce entrego
Sus frescas parras da, y por fiel testigo
A Baco, que al licor de su bodega,
El que su taza brinda no le llega.
Tuy, que los amigos de Diomedes
Fundaron en su orilla al mismo rio,
Es aquella, y aquellas las paredes
Del real alcázar y jardin sombrio,
Que allí un rey godo con tejidas redes
De flores enramó al templado frio;
Y acá sobre la mar la estéril sierra,
Que el fin la llama el vulgo de la tierra.
Aquellos ricos y altos chapiteles,
Y torres de follajes coronadas,
Del rey Alfonso y sus gallegos fieles,
De nuevo en Compostela levantadas,
Arcos son, claraboyas y rejeles
Al gran patron de España consagradas,
Cuyo cuerpo en pronóstico dichoso
Su rey le descubrió en un bosque umbroso.
La Coruña es aquella, y la alta torre
Del encantado y cuidadoso espejo,
Que al Brigantino puerto da y socorre
Con tempranos avisos y consejo:
Y en la ancha costa, que hácia el Norte corre,
El Ferrol, y Vibero por parejo
Gozan un fresco mar, cuyas arenas
Azotan los delfines y ballenas.
Las que dentro del golfo están cercadas
Por todas partes de crecientes ondas,
Las islas Casitérides llamadas,
Del blanco peltre dan masas redondas;
Y sus peñas en él incorporadas
En grutas se abren y cavernas hondas

Y él derretido en varios tornasoles
Por sus hornazas corre á sus crisoles.
Las dos Castillas, cuya fortaleza
Les dió el famoso nombre que hoy les dura,
Son las que allí dejando la aspereza
De las montañas buscan la llanura:
Esta es Segovia, donde la fineza
De Aragne en sus vellones mas se apura,
Y aquella la real puente de Trajano,
Y el Balsahin, ó paraiso humano:
Fundóla el rey Hispan de gente estraña,
Aunque en dichosa y favorable estrella,
Comenzó á tener nombre cuando España,
Corriendo en esto por igual con ella:
Sigüenza es la que allí la vista engaña,
Pareciendo de lejos no tan bella,
Como un tiempo los griegos ó almonides,
De muros la vistieron y de vides.
Aquellos son los montes de Cebreros,
Y Avila la que está en aquella sierra,
La vera de Plasencia y sus linderos,
La que en fresco verano allí se encierra:
El rio Tormes aquel, y los agüeros
De Salamanca, en cuya fértil tierra,
De aquel espeso humo rodeado,
Un famoso castillo está encantado.
Es fábrica de un sabio nigromante,
A honra de un español contrario mio;
Mas ya volved los ojos al Levante
A ver de Cuenca el caudaloso rio,
De menudos carrizos abundante,
Plumas á Roma un tiempo, hoy atavío
A sus parleras ondas, cuya arena
De granos de oro va y de espuma llena.
Allí son las veguillas de sus fuentes,
Y aquí de Cuenca olvida los collados,
Allí el rio se bebe de Cifuentes,
Y acá al Alcarria cruza los costados:
Refuerza los peñascos eminentes
De Zurita, y sus canes celebrados
Los costados le asombran con ladridos,
De ásperos riscos y cristal ceñidos.
Cargado de arboledas y frescura
Busca de Aranjuez los ricos valles,
Sus collados vistiendo de verdura,
Y de jazmines sus vistosas calles;
Y por entre florida arquitectura
Ufano el curso alarga, con dejalles
A las hayas y alisos el sonoro
Ruido de su cristal y arenas de oro.
Aquí al hondo raudal del rio potente
Jarama en verle tal los suyos lanza,
Dándole sin las aguas de su fuente
Las que de Henares y Tajuña alcanza:
De á donde con grandeza suficiente
Soberbio se derriba y abalanza,
Hasta besar con reverencia y miedo
El pié de las murallas de Toledo.
Por esta cinta de cristal pequeña,
Blanca ceja á las márgenes floridas,
Que allí en revuelta van, y en crespa greña,
De alegres sombras sin temor vestidas,
El fresco Manzanares se despeña,
Las sienes de un eterno abril ceñidas,
Cuya urna fértil entre el oro mana
Las mieses de la tierra carpentana.
Y el pueblo humilde, á cuyos piés se eriza
De su crespo licor el rumbo hinchado,
Que de álamos frondosos se entapiza
Sus sombríos sotos y florido prado,
Es Madrid, donde á España profetiza
Con limpia estrella el favorable hado,
Que el tiempo le ha de dar de su tesoro
La monarquía del mundo en riendas de oro.
Cuando aquel fértil monte, ahora inculto,
Haga gemir la ilustre pesadumbre
De un real alcázar, que el soberbio bulto
Al mundo espanto dé, y á España lumbre,
Y en pompa insigne del divino culto
La firme basa estribe en su techumbre,
Y sea contra el tiempo y la fortuna
De la romana Iglesia la coluna;
O ya al futuro siglo prenda hermosa,
Donde de España, y de ambas las Castillas,
El rico tiempo en vuelta presurosa
Eterno trono labra en tus orillas:
Desta que ha de venir edad dichosa
Mil años goces, goces de sus sillas,
Y aquellas magestades sacrosantas,
Que ya contemplo entre tus verdes plantas.
Aquel globo de luz que de allí envia
Centellas de oro, y como nube roja
Donde ya se escondió el pintor del dia,
Relámpagos de fuego al aire arroja,
Es claustro santo de una imágen pia,
Que de la guerra la mortal congoja,
Y el celoso temor del moro airado
De aquel bosque escondió en lo mas guardado.
Mas, ¡oh del cielo sacrosanto ejemplo!
¡Madre del hijo en todo sin segundo!
Ya en honra de ambos desde aquí contemplo
Un altar de inmortal fuego fecundo,
Donde entre cimbrias de un soberbio templo
Incienso ofrezca lo mejor del mundo,
Y de ella humilde Atocha á la vislumbre
Lámparas de oro den inmortal lumbre.
Mas ved de aquellos fértiles rastrojos
Las varias flores de que están manchados,
Que ahora en fe las brotan á manojos,
De que han de ser por ángeles labrados:
Cuando á la blanca mies sus granos rojos
Del cielo le cultiven los arados,
Y sus terrones siembren de centellas
Rejas que fueron otro tiempo estrellas.
Es cierto que arará este fértil llano
Isidro, un labrador, á cuyo celo
De su milicia y pueblo cortesano
Yuntas que aren por él prestará el cielo:
Con que así Manzanares corra ufano,
Que su inmortal corona adore el suelo,
Y él levantada su gallarda frente
Al Tajo humille, y crezca la corriente.
Con que en curso feliz vuelto al Poniente
De Estremadura busca los rincones,
Y en porcelanas de barniz luciente
Talavera le ofrece ricos dones:
Ve de Almaraz la antigua y corva puente,
De Alconeta los arcos, los blasones
De Almonte, á quien Orlando quitó el brio,
Y él en herencia dió su nombre al rio.
Aquellos graves y altos edificios,
De torreadas almenas coronados,
Son los que ya con griegos artificios
Dejó el prudente Ulises amasados:
Y de aquella ancha playa los bullicios
Que los cristales muestran encrespados,
La rica puerta al mar, y el fértil dejo
Del aurífero Tajo vuelto en tejo.
Mas ya volved la vista á la otra parte
De aquellos campos de tejido acero,
Y quien nombre dará el sangriento Marte
Con timbre ilustre al siglo venidero:
Calatrava, y Montiel, en quien si el arte
De Merlin no se engaña, un rey severo,
Que él allí llama tragadora arpía,
Morirá á manos de su hermano un dia.
Aquella verde mancha de hermosura,
Que allí corre en floridos arcos bella
Es la que heredó el nombre y la frescura
De las manchadas flores que hay en ella:

Del claro Javalon el agua pura
Allí entre juncia y concha va, y aquella
Es la célebre Oreto, cuyos llanos
Los pueblos ocuparon oretanos.
En su rastro quedó la antigua ermita,
Que ya Roma labró en su puente al rio,
Cuyo arco humilde, que al del cielo imita,
De conchas lleno va, juncia y rocío:
Allí Almagro nos da su agua esquisita,
Y la Nava el suave licor frio,
Que en dulce gusto el agrio que destila
La hijada sana, el bazo desopila.
De aquel valle amenísimo de peñas,
Ahora humildes chozas de pastores,
Que el claro Javalon las verdes greñas
De rosas viste, y de pintadas flores,
Un cisne nacerá de alas pequeñas,
Que si el tiempo las llega á ser mayores,
La fama hará dellas, por memoria
Del valor vuestro, una inmortal historia.
Ya en mi esperanza el tierno fruto veo
De dos mirtos salir parto fecundo,
Y del sol imitando el gran rodeo
Los golfos desvolver del mar profundo;
Y por cólmo á mi altísimo deseo
Cruzar le veo el Viejo y Nuevo Mundo,
Juntando de ambos para el grave acento
Lo de mayor substancia y fundamento.
Allí es Ruidera, aquellas sus lagunas
Que á Guadiana dan principio y fuente,
Y ellas con sus molinos y aguas brunas,
Parda harina y lóbrega corriente,
Allí se embeben sin quedar ningunas,
Y haciendo rio á la enterrada gente
Van largo trecho por debajo el mundo
A fundar fuente y manantial segundo.
Aquí está Guadalupe, allí Trujillo,
Y acá su pueblo en opinion contrario,
Que el hado adverso al celestial caudillo
Pleito á sus campos repartió ordinario:
Los arruinados muros de ladrillo
Que hizo Roma, y deshizo el tiempo vario,
Allí, si aun viva guarda su grandeza;
Mérida los levanta en la cabeza.
La paz Augusta es la á quien luego toca
Del rio falaz el curso cristalino,
Y de allí en Portugal de roca en roca
Huye al Algarbe, y busca el mar vecino:
Allí es Lepe, Ayamonte, allí su boca,
Y el que adelante está Castromarino,
Y aquella estrecha tierra puesta enfrente
De Portugal la costa del Poniente.
Acá son los algarbes de Algecira,
Y aquel su rico estrecho celebrado,
Por allí Guadalete en torno gira
Un campo, aunque florido, desdichado:
Y el que en sus transparentes senos mira
Pinos y olivas de que va cargado,
Regando un fértil mundo hasta Sevilla,
Que á besar de su torre el pié se humilla,
Primero se llamó Betis, y ahora
Guadalquivir á su pesar se llama,
Que el moro pueblo que sus campos mora
Creció su nombre, y descreció su fama;
Y con la misma infancia que desdora
Su voz el resto de Castilla infama,
Castilla, cuyo reino, y cuyos reyes
Al mundo han de poner y quitar leyes.
Mas ya volved al reino de Valencia
Los ojos, y á sus golfos de Levante,
Cuyos bellos jardines en presencia
Son de un mayo inmortal parto abundante:
Esta de su ancho Grao es la escelencia,
Y Guadalabiar el que triunfante
Se arroja al hondo mar, que entre sus olas
Rodea á Mallorca de islas españolas.
De Ibiza y Formentera los pinares
Allí las nubes buscan con su altura,
Y tímidos conejos, que á millares
De sus bosques carcomen la frescura:
En aire, en suelo, en temple singulares,
Y la que al Norte está entre niebla oscura,
Es donde el cielo por manera estraña
Todo el veneno desterró de España.
Aquel es el rio Júcar, que al contrario
Del Tajo nace de su misma sierra,
Y por torcida senda y curso vario
De Castilla á Valencia se destierra:
Allí en Huélamo nace, aquí voltario
A Cuenca dentro de su rosca encierra,
Hace á Alarcon fortísima muralla,
Y por Villena humilde cruza y calla.
Allí á Alcira rodea, firme llave
Del reino, y el que corre en aquel llano
Es Bayren, que de blanco azúcar sabe
Nevar á tiempo el suelo valenciano:
Los panales de Bejar, que en suave
Golpe de miel convierten el verano,
Aquellos son, y aquellos los tomillos
De que hacen las abejas sus castillos.
Dióle este rio su nombre al mar Sucrense
De Sucro, que fue el suyo: allí es Gandía,
Y Denia aquí, en que la nacion focense
El templo tuvo que Efeso tenia;
Y deste pueblo un mágico ateniense,
Que el Planisferio de Merlin sabia,
Al tiempo venidero dió por nuevas,
Que veria dos monarcas en sus cuevas.
Allí están las dulzuras de Alicante,
Aquella es Murcia, la otra Cartagena,
De Caravana allí la agua abundante
De peces nace destrozados llena:
Lorca y Velez el Rubio están delante,
Huesca, y el fértil campo de Purchena,
Y aquellos los diamantes de Almería,
Que son estrellas cuando nace el dia.
Allí de Loja la sabrosa fuente
Sale alegrando al mundo, acullá Baza,
De un hondo valle á su licor caliente
Florida forma y peregrina taza:
Guadix, que á los vergeles del Oriente
En flores vence, tiene allí su plaza,
Con el rio de la vida al muro enjerto,
De almendras todo y de azahar cubierto.
Allí helados zodiacos invernizos
Sin igual da en dulzura y en grandeza,
Y aquí vinos claretes y mestizos,
Estremos de alegría y fortaleza:
Aquellos son los baños y carrizos
De Alhama arrebolados de belleza,
Y allí los de Alcuin mas singulares,
Y aquellos los madroños de Comares.
Allí están los jardines de Granada,
Y de su Alhambra allí los chapiteles,
Aquella áspera sierra es la Nevada,
Y de sus Alpujarras los vergeles:
Málaga con su Axarquia matizada
Cubierta da la playa de bajeles,
Y aquellas torres que se ven de claro
De su Alcazaba son, y Gibralfaro.
La que sobre aquel monte se descubre,
La ciudad es famosa de Antequera,
Y aquel risco la fuente que la cubre
De agua, y fértil cosecha su ribera:
Su gran salina la que allí se encubre,
Y su canal de eterna primavera,
La que cercada allí de Saxifraga,
Dando siempre salud jamás la estraga.
Allí están los alumbres de Marbella,
Y de su bella mar el firme puerto,

Ronda, y su Guadiaro rio con ella
Es el que cruza por allí en .ubierto:
La ciudad nueva de Algecira aquella,
Y aquel el paso que Hércules dió abierto
Con su fornida clava á los dos mares,
Y aquellas sus columnas y pilares.
Allí muestran ahora el fin del mundo,
Mas ya están por el cielo decretadas,
A que serán de un Hércules segundo
Sin segundo á otro mundo trasladadas,
Cuando los golfos deste mar profundo
Mil flotas sobre sí verán sembradas,
Y acometidos de cualquiera barco,
Cual si el mar fuese algun pequeño charco.
Allí es la antigua Cádiz, en quien hubo
Templos de Alcides, y sus cortas gentes
Pozos labraron, que contrarios tuvo
La mar á sus menguantes y crecientes:
Allí sembrado en el sepulcro estuvo,
Que guarda de Gerion los descendientes,
Un árbol, que de humana sangre lleno,
Cubria de triste sombra el valle ameno.
El otro altivo y descollado risco,
De blanca escarcha de azahar nevado,
Y de encarnadas rosas y lentisco,
Y carmesíes claveles salpicado,
Que en el reino cristiano y el morisco
Mas rico y fértil suelo no hay labrado,
Es Zahara su nombre, y su belleza
Lo último de hermosura y fortaleza.
El que allí de las rosas de su falda
Entre jazmines se destila y nace,
Y en sus riberas hechas de esmeralda
Una iris bella con sus vueltas hace,
Es el rio Guadalete, y su guirnalda
La que á mayo en sus orlas contrahace,
A donde dió de la fortuna el codo
El último desden al valor godo.
Allí ciñe á Jerez, y hace frontera
A un muro de diestrísimos ginetes,
Y aquí de Baco y Ceres placentera
Sus campos son alfombras y tapetes:
Entapiza sus riscos por de fuera
Mayo con sus floridos gallardetes,
Que al descolgar del abundante agosto
Granos se vuelven de oro, y rios de mosto.
Mas ya estotro rincon que solo queda
Por ver de España á voces nos convida,
Que en él cerremos la gallarda rueda
En que va á su grandeza y pompa unida:
De aquellas sierras de Alcaraz hereda,
Y de la que con ellas está asida,



El claro Betis argentada espuma,
Que es primer cero de su inmensa suma.
Aquella es la Argentaria, que á tu hermano,
Oh rey Morgante, dió castillo y muro,
Y la que yerta va á la diestra mano,
De árboles llena, breña y monte oscuro,
La alta preñez del monte Mariano,
Estofada de plata y oro puro,
De rojo cobre y bermellon los riscos,
Y de grana nevados sus lentiscos.

Allí es Linares, que el Parnaso antigo
Sobre sus hombros tuvo, y aquel cerro
El que encima la frente por su abrigo
Un castillo labró y forjó de hierro:
El puerto Muradal es el que digo,
Donde, si un punto de Merlin no yerro,
Degollaran mas moros en un dia,
Que á España dé en cien años Berberia.
Bilches, que fue un jayan, hoy encantado
Encima aquel pináculo parece,
Y el limpio arroyo de cristal nevado,
Que cual veis nace allí, y aquí fenece,
Será Guadalimar, que el un costado
Rompe á Guadalquivir, donde le ofrece
Entre una ola y otra al disimulo
Las ruinas y destrozos de Castulo.
Por medio de ambas alza la cabeza
Aquella tierra fértil y florida,
Donde se ajusta de Ubeda y Baeza
Con cadenas de flores la medida:
Allí cayó por tierra la braveza
De Africa, y la de Roma agradecida
Le dió nombre y almenas por sus manos
En los soberbios pueblos oretanos.
Aquellos riscos que al nacer el dia
La luz le toman y á la aurora el paso,
Y en puntas sus pirámides envia
El que está de los dos al turbio ocaso,
Son donde ya Castaon ser solia,
Y ahora Cazorla está, que en dia escaso
Goza el verano, y su encumbrada breña
Al sol le asombra la dorada greña.
Aquel cristal, verdura y chapiteles
Que allí coronan de oro una alta cumbre,
De torres, de balcones, de rejeles
Cargada su soberbia pesadumbre,
Son de Jaen las fuentes y verjeles,
Que al sol deslumbran la dorada lumbre;
Y allí es Andújar, cuya alegre caza
Examina al lebrel de mejor raza.
La fértil sierra, donde el cielo quiso
Por los riscos fundar y ásperas breñas
A los ojos del mundo un paraiso,
Y á Córdoba de sí un retrato y señas,
Es la que allí se engarza de improviso,
Cuyos jardines y floridas greñas,
Entre cedros, olivos y parrales
Bellos cuadros componen celestiales.
Es una alegre piña de frescuras,
Florido y concertado ramillete,
Que sin tierra nacido en peñas duras
Al mundo sirve de inmortal pebete:
Nieva el tierno azahar verdes alturas,
El jazmin aquí un bosque, allí un retrete
De lentisco y retamas, y por ellas
Las rubias cidras, y toronjas bellas.
Allí los persas dieron por sus manos
A su grandeza los primeros muros,
Que despues destruyeron los romanos,
Y abrieron de cimientos mal seguros:
Aquí de Ategua los collados sanos
Guadajós rompe con cristales puros,
Y es la que por allí campea Baena,
De ricos granos y granadas llena.
Las torres de Santella y Bujalance
Del gran reino de Ceres son aquellas:
Allí á Betis le da Genil alcance,
Y á Ecija moja las almenas bellas;
Donde en mortal se vió y temido trance
Un escuadron divino de doncellas,
Que por guardarse intactas á su esposo
La tez mancharon de su rostro hermoso.
Aquellas son las ruedas sonorosas
De sus azudas, y estas las canales,
Por donde en crespas olas espumosas
Los surcos humedecen sus cristales:
Allí Parma y Carmona aguas vistosas
A sus flores encañan y frutales,
Y aquella es la pomposa cañería
Que agua á las plazas de Sevilla envia:
La famosa ciudad que Alcides quiso
Contra el gusto fundar de un agorero,
Y la que Hispal fundó en hado preciso,
Feliz estrella, y venturoso agüero:
Y de su torre el levantado friso,
Que por el aire rompe y vuela entero
A esconder su Giralda en una nube,
Es la que allí alegrando el mundo sube.
Con cinta de cristal por hemisferio
En dos mitades la divide el rio:
Itálica fué allí, que dió al imperio
Monarcas en un tiempo y señorío;
Y Utrera en substancioso refrigerio
De sazonado pan le aumenta el brio:
Y el Ajarafe rico en mas deleite
Con su verde aceituna, y rubio aceite.
Guadalquivir allí en vuelta prolija
Una isla hizo antigua celebrada,
Que á los pintados pueblos de Lebrija
Templo les tuvo, y torre levantada;
Donde el bastardo hijo de la hija
Del griego Cadmo la dejó fundada
Del grave rio en el raudal agudo,
De quien el tiempo desmembrarla pudo.
Estepa es aquel pueblo, cuyo asiento
En puesto y en valor se hace eminente,
Grave, y nunca vencido alojamiento
De una tasada y combatida gente:
Contra el romano ejército sangriento
Campo mantuvo y ánimo valiente
Por largos años, cuya fuerza pudo
De sus espadas defender su escudo.
Mas desahuciada ya la resistencia
Del muro, sin socorro, y sin abrigo,
Y que del largo cerco la inclemencia
La victoria otorgaba al enemigo;
Arrestados de bárbara impaciencia,
Poniendo al mundo en ella por testigo,
Las puertas abren, dejan las murallas
Los que han sobrado á las demás batallas:
Y en repentina cólera abrasada
La noble sangre de sus firmes pechos,
Las armas toman, y una tropa osada
Van contra el enemigo campo hechos,
A morir de una vez, ó dar vengada
La ofensa de sus muros ya deshechos;
Y el arrojado asalto fue de modo,
Que en confuso tropel lo alteró todo:
Y sin dejar de todos hombre vivo,
Ni menos que primero no matase,
Su roto campo el general esquivo
Al desierto lugar manda que pase;
Y con asalto nuevo el muro altivo,
Que sin defensa y gente está, se arrase,
Y haga el saco y leyes de la guerra
De la romana hambre cuanto encierra.
Entran llevados de la sed del oro,
Cuando en la plaza una funesta hoguera
Ardiendo en ella hallan el tesoro,
Que el premio injusto de sus riñas era:
Suben del humo en rechinar sonoro
Globos en que la llama reverbera,
Mostrando entre sus olas y bullicio
Las víctimas del nuevo sacrificio.
Los que antes por guardar el fragil muro
Entre niños quedaron y mujeres,
Ardiendo hallaron en el humo obscuro
Del fuego que abrasaba sus haberes:
Cien mozos á este fin de ánimo impuro,
Que eran derramar sangre sus placeres,

Dejaron que en su cruel intento fijos
Tras sus padres matasen á sus hijos.
  Asombrado quedó el furor romano
Del no esperado bárbaro suceso,
Y dejándose el pueblo entero y sano
Huyó, y al huir mandó con bando espreso,
Que nadie en sus despojos ponga mano,
Mas que su alcázar y su muro ileso
Al mundo eterno por coluna quede
Desta victoria, y lo que España puede.»
  Así el sabio francés volando abria
Camino por las nubes con su barco,
Que ya por cima el Betis revolvia
La proa á ver de Océano el gran charco,
Y un nuevo curso comenzar queria,
Que al mundo haga con su vuelta un arco,
Y como el sol en su carroza bella
Le ciña en torno tras los rastros della.
  Cuando de Persia el rey, que en gusto atento
De la sabrosa historia iba colgado,
Y sin perder accion ni movimiento,
En su sabio discurso embelesado,
Alegre al discurrir del dulce viento,
«Señor, le dijo, pues habeis tomado
Por gusto nuestro tan hermosa punta,
Satisfacedme ahora una pregunta.
  He oido que hay dudosas opiniones
De sabios hombres, y de cuerda gente,
Que tienen por soñadas invenciones
Los que Antípodas llama el vulgo ausente:
Y que de cinco, solas dos regiones
El mundo goza en temple suficiente
Do poderse habitar, y el demás suelo,
O lo abrasa el calor, ó abruma el yelo.
  Deseo saber ¿si el Orion armado
Dejó tal dia de cernir su nieve?
¿Si el frio Bootes tiene el mar cuajado,
O cual los otros él sus ondas mueve?
¿Si el Sirio Can en llamas abrasado,
Que fuego al mundo de inclemencias llueve,
Tiene algun temple en su tostada estrella,
O siempre humean los carbones della?
  ¿Dónde este inmenso mar se acaba? y ¿dónde
Sus olas hallan término y ribera?
¿Adonde el sol, cuando de aquí se esconde,
Con sus dorados rayos reverbera!
¿Si es de creer que allí la luna ronde
En perpétuo silencio y noche entera?
¿O el dia le dé lumbre y luz diversa?»
Dijo, y el sabio así respondió al persa:
  «Ha estado en opinion, y lo está ahora.
¿Si hay otro mundo mas que aquí parece,
O si es gente soñada la que mora
Donde ni el dia crece ni descrece?
¿Si hay pueblos adelante de la aurora,
Y el sol á otras naciones amanece?
¿O cuando esconde aquí su luz divina
Es todo soledad cuanto camina?
  ¿Si en el aire la tierra está colgada,
Y por abajo la rodea el cielo?
¿Si anda la gente en ella trastornada,
Y es posible tenerse en aquel suelo?
¿Si es region firme, ó solo imaginada?
¿O si el rojo calor, ó el blanco yelo
Con su rigor la tienen consumida,
Sin cosa en ella que sustente vida?
  Ya hubo grave opinion que nos dió escrito,
Que al ancho mundo en torno le abrazaba
Un vacío de inmenso circuito,
A quien llegando sin pasar paraba,
Y en que podia volar tiempo infinito,
Quien se arrojase á su profunda cava,
Sin le hallar eternamente suelo,
Ni él recibir cansancio con su vuelo.
  Otro que estaba, dijo, sobre Atlante
La columna que al cielo sostenia,
Y que la tierra y mar de allí adelante
Con rojo fuego en su calor hervia:
Y para hacer mas mundo en lo restante
Otras varias quimeras componia
De sombríos centauros y dragones,
Pígmeos menudos, y anchos patagones.
  Son fábulas del vulgo así admitidas,
Que tiene por error verlas dudadas,
De ignorancia engendradas y nacidas,
Y con la larga edad acreditadas:
Mas vendrá tiempo en que serán sabidas
Las gentes que detrás del mar sentadas
Aparte hacen su mundo y vida ahora,
Y nuestra noche tienen por aurora.
  Entonces se verá, que aunque colgada
La tierra tenga el aire, está sujeta
A ser de humanos piés toda pisada,
En firme globo de igualdad perfeta:
Y llegará esta edad de oro cargada,
El dia que España á hierro y fuego meta
La grave carga que ahora le hace guerra,
Y de una ley y un Dios haga su tierra.
  Entonces sus banderas victoriosas,
Llevando al sol por relumbrante guia,
Tremolando darán sombras vistosas,
Donde se acaba y donde nace el dia:
Verán pueblos y gentes monstruosas,
Y descubriendo cuanto el mar cubría,
Podrán decir que hallaron y vencieron
Mas mundo que otros entender supieron.
  Verán nuevas estrellas en el cielo,
Nuevos árboles, plantas y animales,
Y lleno un abundante y fértil suelo
De ricas pastas, de ásperos metales:
De perlas, plata y oro un dulce anzuelo,
Que con su cebo pesca hombres mortales,
De cuyo gran tesoro sus armadas
Cada año á España volverán cargadas.
  Y porque no se tengan por ficciones
De blanda cama y sueño concebidas,
Y que la tierra tiene otras regiones
A un santo rey guardadas y escondidas,
Quiero á pesar del hado y sus prisiones
Romper las nieblas de que están vestidas,
Y hacer antes de tiempo si es posible,
Lo que en otro ha de ser claro y visible.
  Y porque en presto aliento y vista aguda
El Nuevo Mundo os muestre su belleza,
Sin que en sus sombras la haya tan menuda,
Que no la alcance á ver vuestra grandeza;
La parda raiz desta encantada ruda
Su luz os prestará y su fortaleza,
Y deste verso harán los puntos rojos,
Que mas sean que de lince vuestros ojos.»
  Dijo, y rumiando en sí de cuando en cuando
De oculta ciencia nombres poderosos,
Obedeciendo el aire fue aclarando
De su esfera los senos mas nublosos:
Y unos antojos de cristal forjando,
De lunas y de cercos milagrosos,
Así avivó con ellos sus sentidos,
Que pudieran aun ver los no nacidos.
  Ya el rubio sol, huyendo del gran vuelo
Con que el veloz navío le seguia,
A dar la nueva al encubierto suelo
De su viaje descendido habia;
Y por su ausencia el enlutado cielo,
Cuajándose de varia pedrería,
A festejar la blanca luna bella
Aquí salia un lucero, allí una estrella.
  Y aunque los que contemplan la hermosura
De un limpio cielo, juzgan sus estrellas
Vivas centellas, que en la noche obscura
La luna rondan que camina entre ellas:

Mas á los que se acercan á su altura,
Así se muestran en grandeza bellas,
Que ya no son estrellas, mas sin cuento
Islas de oro sembradas por el viento.
Es el cielo una masa soberana,
Limpia, clara, sutil, sin mezcla alguna,
Mas que el aire delgada y mas liviana,
Sin impresion ni alteracion ninguna,
Por donde vuela el sol cada mañana,
Y las estrellas corren tras la luna,
Como las aves por el fresco viento
En vuelo igual, y sesgo movimiento.
Así las islas Cianes moverse
Solian sobre el Bósforo de Tracia,
Y con nuevas riberas estenderse
Hácia el crespo Carambe, ó la Sarmacia;
Y sin hundir las olas, ni esconderse,
Medir con su inconstante pertinacia
Del un polo y del otro las anchuras,
A sus libres y sueltas aventuras.
Y así tambien por el delgado cielo
Volando vemos ir sus globos de oro,
O bien como ahora en sosegado vuelo,
O cual sospechan en cantar sonoro,
Lloviendo en barajado curso al suelo
De sus varias vislumbres el tesoro,
Y midiendo los años y los dias
Con luz ardiente, ó con tinieblas frias.

ALEGORIA.

En este libro, epilogo de las grandezas de España. se muestra que lo importante de la virtud, mas consiste en las obras, que en las palabras; y que el punto de la honra, mas está en merecerla, que no en celebrarla; pues España, atenta á mostrar su valor por obras, tan poca cuenta ha hecho siempre de encarecerlo con palabras: al revés de otras naciones, que de cualquiera menudencia se han preciado de hacer grandes catálogos.

LIBRO DÉCIMOSEPTIMO.

ARGUMENTO. Prosigue Malgesí su viaje, mostrando todas las imágenes y signos del cielo. Bernardo desde un collado del Parnaso contempla la variedad de monstruos que salen al mundo por la puerta del engaño. Acometen los necios del meson de la Fortuna á saquear el Parnaso: defiéndeselo el Leonés, haciendo en ellos gran mortandad. Apolo, y las Musas, en honra de su victoria, le llevan al templo de la Inmortalidad. Libra á una doncella de un leon y del riesgo de unos caballeros, y vase con ella á las fiestas de Milene, donde hace una peligrosa batalla con un caballero no conocido.

Iba el barco tan alto, que pudiera
Aferrar con el áncora en la luna,
Y tomar puerto en ella, si quisiera
Ver el mudable reino de fortuna;
Y no allí solo, en sola aquella esfera,
Mas en todas pudiera de una en una,
Que como islas doradas á porfía,
Que nacian unas de otras parecia.
Así á los que huyendo las riberas
De la bárbara Peucen, si el camino
Toman, dejando el Ponto y sus laderas,
A ver de Chio el regalado vino,
Las Cícladas les van naciendo enteras
Por el golfo á su estrecho mas vecino:
Aqui Scirno, allí Lesbos, allá Amato,
Y el Naxo puerto de un amante ingrato.
Y por el cielo así al cubrirse el dia
Islas se fueron descubriendo de oro,
La húmeda luna, la montaña fria
De Saturno, y de Venus el tesoro,
Su lucero amasado de alegría,
De Marte el ronco estrépito sonoro,
Y la mayor fortuna que en su cumbre
Joviales rayos da de alegre lumbre.
El sabio que en los ángulos del cielo
Tan cerca vió la celestial milicia,
De oir el son de su compuesto vuelo,
Y ver sus globos de oro se acudicia:
Y ya perdiendo de la vista el suelo,
Del mundo superior dió así noticia,
A aquellos que primero de la tierra
Las pobrezas contó que su orbe encierra.
¿A quién no admira tu saber profundo,
Oh arquitecto de amor, rey soberano,
Si el uno considera y otro mundo
Divina traza de tu heróica mano?
¿El dulce contrapuesto amor fecundo,
De su engace inmortal nudo galano,
Conque su bien medida arquitectura,
Si quedó mas hermosa, es de mas dura?
¿Este reloj de universal concierto,
En ruedas, cursos y ejes tan medido,
Que al sabio punto del primer acierto,
Ni en tiempos ha ni en vueltas desmentido,
A quien no admira, y deja descubierto
De su autor el saber nunca sabido,
Que ser le dió en su idea antes que fuese,
Ni una esfera tras otra se moviese?
Allí estrellas labró, allí movimientos,
Cielos, luces, planetas, conjunciones,
Signos, centro, epiciclos, detrimentos,
Puntas, gozos, caida, esaltaciones,
Casas, orbes, apogios, decrementos,
Solsticíos, cursos, vueltas, estaciones,
Aspectos, rayos, aujes, deferentes,
Climas, ruedas, esferas, y ascendientes.
El firme engace y armonía de cosas,
Tan á plomo y compas encadenadas,
Sin que haya una demás, todas forzosas
A conservar un mundo enderezadas:
En esto con sus vueltas presurosas
A todos tiempos y horas ocupadas,
Produciendo conforme á sus aspectos
Una infinita variedad de efectos.
Si solo un cielo en nuestro mundo hubiera,
Todas las cosas fueran de un tamaño;
O siempre otoño, invierno, ó primavera,
O todo plata, cobre, ó todo estaño:
Nada se renovara, ni muriera,
Ní en mil edades se acabara un año,
Y el mundo en rueda fuera una pintura
De unos mismos dibujos y figura.
A este fin el segundo movimiento
Fue á las humanas cosas necesario,
En que hacen debajo el firmamento
Siete ruedas de luz curso contrario;
Y mudando de casas y de asiento
Un concurso revuelven ordinario,
Con que del suelo las alegres vidas
Unas ganadas van, y otras perdidas.
Lo que Saturno rompe y menoscaba,
Júpiter lo reforma y consolida,
A Marte templa la aspereza brava
Del sol la antorcha de cristal lucida:
Alegra Venus, y Mercurio agrava,
El bien ó el mal; la luna repartida
En mil rostros ayuda y favorece,
Y así la variedad del mundo crece.
Estos aspectos, estas mutaciones
De signos y planetas diferentes,
La variedad nos dan de inclinaciones,
Y sucesos del mundo y de sus gentes:
Ciencias, habilidades, gracias, dones,
Pechos villanos, ánimos valientes,
Fuerza, disposicion, brio y belleza,
Rica abundancia, y áspera pobreza.
Esmáltanse los campos de sus flores,

Brota el jazmín, y crece la azucena,
El ambar nace, y los demás olores
La tierra dejan de perfumes llena:
El hierro, plata, el oro, y las mejores
Perlas que dió la mar, y vió su arena,
Prados, yerbas, frutales, bosques, fuentes,
Destas mudanzas toman sus corrientes.
Y el mundo al fin, que sin los cielos fuera
Sombrío desierto, claustro tenebroso
Con el invierno es, y ahí la primavera
Vergel florido, y campo deleitoso:
¿Quién trazó esta armonía? ¿en qué manera
Su edificio se hizo milagroso?
Antes de fabricarlo, ¿dónde estaba
El gran saber que su beldad pintaba?
De lo que fue en los siglos eternales,
Cuando aun no bien el mundo habia nacido,
¿Qué razon se hallará entre los mortales?
¿Quién lo oyó? ¿quién lo supo? ¿quién lo vido?
¿En qué cimiento, sobre qué puntales
A la tierra se dió asiento medido?
Al enarcar las bóvedas del cielo,
¿Quién sus cimbrias trazó? ¿quién dió el modelo?
¿De qué veta salió la pedrería
Que en ellas desde acá vemos sembrada?
¿De qué conchuela de oro nació el dia?
¿Y al sol quién le vistió su luz dorada?
El alba, y sus celajes de alegría,
¿De qué pasta de nacar fue amasada?
¿De qué sutil y soberano aliento
El aire adelgazó, y respiró el viento?
¿De qué limpio cristal el agua pura
Su licor destiló fresco y suave?
¿Quién le vistió á la nieve su blancura,
Y sus alientos de volar al ave?
¿Desta inmortal lazada la hermosura
Qué ojos la vieron dar? ¿qué sabio sabe
Su duracion, el tiempo que le queda,
Y cuantas vueltas faltan á su rueda?
Si ya quisiese el brazo soberano,
Que aun lo que ser no tiene le obedece,
Deshacer con la fuerza de su mano
El mundo, y cuanto en él crece y descrece,
Y lo visible vuelto en aire vano,
Si huyendo de su ser desaparece,
Porque gusta de hacerlo de otro modo,
Siéndole fácil y posible todo;
Cuando esta inmensa máquina abreviada
Hubiese á su primer no ser venido,
Y con divinas fuerzas apretada



A un punto indivisible reducido:
Lo que ahora vive, convertido en nada,
¿A qué nuevo lugar se habria huido?
De nuestras cosas, y de nuestro mundo,
¿Quién llevaria las nuevas al segundo?
¿Mas dónde va mi pensamiento ahora?..
¡Oh lo que puede un levantar al cielo
Los ojos! que el gran bien que dentro mora

Al mas caido espíritu da vuelo:
Desta mi digresion fue causadora
La luz de su beldad, ante ella apelo;
Y vosotros, oh nuevos linces sabios,
Su hermosura escuchad puesta en mis labios.
 Ved en la cumbre y bóvedas distantes
De la altura del mundo dos centellas,
Que los zelos de Juno hicieron antes
Osos feroces, y el amor estrellas:
Y la rica guirnalda de diamantes,
Que de Ariana ciñó las sienes bellas,
Sobre los hombros de oro por mas fiesta,
De un perezoso carretero puesta.
 El frio dragon que en roscas de oro al polo
Como un rio de estrellas se dilata,
Y Hércules que sobre él en un pié solo
Su clava esgrime de encendida plata:
La grave lira del sonoro Apolo,
Que en el léon ardiente se remata,
Y sus luces esconde cuando entero
Del mundo se despide el turbio enero.
 Ahora deba á sus cuerdas la armonía
Que un tiempo oyó Pitágoras, el cielo,
O el blanco cisne le haga compañía
Tambien en el cantar, como en el vuelo;
Que despues que de Aquiles la porfia
Volvió en ligera pluma el blanco pelo,
Con nuevas alas sobre el frio polo
Subió á buscar la cítara de Apolo.
 De Andrómeda la bella el padre anciano
Es aquel rey de la tiznada gente,
Que rubia estrella hecho, vuela ufano,
Del Capricornio en la arrugada frente:
De Casiopea el trono soberano,
Sentado en el torcido Cancro ardiente,
Y en el sagaz Perseo la cabeza
Del Gorgon vuelta á su primer belleza.
 Del triángulo son esas las centellas
Que hacen corona al vellocino de oro;
Y Andrómeda desnuda en medio dellas,
Lloviendo aljófar de importuno lloro,
A un peñasco ligada hecho de estrellas,
Dos signos antes del florido Toro;
Que aun sobre el firmamento levantados
Los peces nadan por sus piés dorados.
 El monstruo de la sangre de Medusa,
A quien sobre la clin la mano puesta,
El frio Aquario de verter no escusa
La urna de nieves y cristal compuesta;
Sus cerdas ahora en tempestad difusa
De aguas se lave, ó en carrera presta
Quiera sobre el de aquel tupido yelo
Huirse á mas templado y fértil cielo.
 El delfin que á Arion en sus espaldas
Apoyó un tiempo, y ahora alumbra el mundo,
Y la saeta con las manchas pardas
De la Idra negra, y su veneno inmundo:
El águila real de uñas bastardas,
Que de Troya robó el parto fecundo,
De adonde trasladado á mejor plaza,
De néctar sirvió á Júpiter la taza.
 El Ofiuco soberbio serpentario
Aquel es, y el dragon en oro abierto
Le da en el cuerpo nudo extraordinario,
De estrellas todo y claridad cubierto:
Y entre el Tauro y el Géminis el vario
Eritronio, que es hombre en sierpe enjerto,
Con los otros seis signos, cuyo vuelo
Corre por este cóncabo del cielo.
 Mirad tambien del Orion armado
A esotra parte del contrario mundo,
El ceño horrible, el tahalí dorado,
Con que altera, y amansa el mar profundo:
El sirio Can en llamas abrasado,
Con la luz del primero y del segundo,
Que el cielo alegran, y su fuego ofende,
Cuando en mas rayos de oro el sol lo enciende.
 Ved como de ambas luces temerosa
Huyendo la estrellada liebre vuela,
Y del griego Jason la nave hermosa,
Que fue del navegar primera escuela:
De Alcides la ancha hidria cavernosa,
Que así su plateada escama yela,
Que á enfriar puso en su nevada plaza
Ganimedes de Júpiter la taza.
 El negro cuervo, blanco antiguamente
Quando era paje de Corónis bella,
De llamas de oro allí resplandeciente
Hecha de luces da una ardiente pella:
Y el centauro Chiron, ayo prudente,
De Aquiles y Esculapio vuelto estrella,
Y allí el cruel rey de Arcadia lobo hecho,
De luces lleva remendado el pecho.
 El ara en otro tiempo ardiendo incienso,
El mudo pez, la incógnita ballena,
El Erídano hermoso á quien dan censo
De ámbar las arboledas de su arena:
La rueda de Ixion, que en cerco inmenso
De estrellas, resplandor y luces llena
Compone un cielo aparte, y el milano
Que volvió rica á Júpiter la mano.
 Así por la ancha máquina del cielo
Notando el sabio iba aspectos varios,
Con prudente midiendo y fértil vuelo
Efectos uniformes y contrarios:
Mas yo que por tan alto paralelo
Fuera voy de caminos ordinariós,
Al bajo suelo vuelvo, no suceda,
Trastornar dos Faetones una rueda.
 Que en tanto que ellos por region tan nueva
Gozando van del celestial tesoro,
Bernardo en la espantosa oculta cueva
La luz bebiendo está de un rayo de oro,
Que con prudente paso á dar le lleva
De la escondida gruta al mejor poro,
Que le escupió de su profundo entierro
Al pié florido de un vistoso cerro.
 Conoció por las señas el Parnaso
De dos puntas que buscan las estrellas,
Y en moderado aliento y grave paso
Subiendo fue por las vertientes dellas:
La senda inculta y el camino escaso
Advierte que hay de allí á sus cumbres bellas,
Y el confuso escuadron que al pié del monte
Horrible hace y bárbaro horizonte.
 Los monstruos digo, que la ebúrnea puerta
De aquellos valles lóbregos vomita,
Cuya escuadra con trápala y rehierta
Cercada va de confusion y grita:
En estraños visajes descubierta
La vana inclinacion á que la incita
El brutal gusto del brebaje extraño
De la dorada taza del engaño.
 Púsose á ver el español guerrero,
De una alta peña por un breve rato,
De aquel descuadernado vulgo fiero
El tropel ciego y bárbaro rebato:
Las nuevas sendas en que un mundo entero
Sin rienda corre al diferente trato,
Que ahora sea justo, ahora injusto,
A cada cual le trae y pide el gusto.
 Iban á dar con ejercicios varios
Por marañadas sendas y caminos,
(Aun en oficio y opinion contrarios,
Que tambien hay contrarios desatinos)
A un gran palacio, cuyos lacunarios,
Y almenajes de lazos peregrinos,
De fuera un cielo hacen, y de dentro
Son de desórden y locura el centro.
 El meson y hospedaje de la luna

Este alto alcázar lóbrego se llama,
Hospital de los locos de fortuna,
Que á tiento siembra el bien y el mal derrama;
Donde apenas de mil cabezas una
De los ramos se libra desta rama;
Que en nuestra ínfima esfera y tierra obscura,
¿Quién hay sin senda ó ramo de locura?
De esfinges, hidras, sátiros, briareos,
Faunos, arpías, cíclopes, quimeras,
De centauros, gigantes y pigmeos,
Cubiertas van del monte las laderas:
Scilas, Caribdes, y otros monstruos feos
De hermafroditas trazas y maneras,
Cada uno por su senda y su camino,
Tras su discurso y nuevo desatino.
Una envidiosa Aglaura, convertida
En dura piedra; un Midas avariento,
Que de las mesas de oro sin comida
Ayuno queda, y se levanta hambriento;
Un Argos, velador de ajena vida,
Dormido á su importancia, y soñoliento;
Una Aragne sutil, que es cuanto toca
Tejer ajenas vidas con la boca.
Un Licaon en lobo, que se traga
La sangre y el honor de su vecino;
Un Calidonio jabalí, que estraga
Cuanto se encuentra y halla de camino:
Atis, un vano amante, que por paga
De su amor queda convertido en pino;
Una obstinada Niobe de peña,
Y una arrogante Antígone en cigüeña.
Un Anteon en ciervo, que sus perros
Por cazar él á otros, le dan caza;
Un cruel Edipo, que entre duros hierros,
Por sus dos hijos la garganta enlaza:
Un ruiseñor cantando ajenos yerros,
Medeas, que de sus carnes hacen plaza;
Y mil Prognes de tocas alheñadas,
Que sus hijos ó hijas dan guisadas.
Cadmos aquí y allí vueltos dragones,
Mil Cécropes en simias burladoras,
Hipómenes y Atlanta hechos leones,
Y en grajas las Pyeres burladoras,
Contra mujeres nuevos Pigmaleones,
Y ellas en habla y músicas sonoras
Sirenas vueltas ciegan los sentidos,
Que quedan por sus costas destruidos.
Un Proteo, un Vertuno, que se muda
En diferentes formas cada rato,
Y con lisonjas de alcanzar no duda
De la mesa del rey el mejor plato:
Y otro menos discreto, que se anuda
Como yedra á un estéril olmo ingrato,
Que en tanto pueblo de malicias lleno
Bien cabe el asno inútil de Sileno.
Los gigantes pigmeos, contra el cielo,
Y los que de anchos hongos producidos
Tan nuevo fingen su linaje al suelo,
Que apenas quieren de hombres ser nacidos;
Mas fuera del humano paralelo
Darse en nuevas fantasmas convertidos,
Con el ropaje que les dió de nuevo
Del dulce engaño el venenoso cebo.
Todas estas fantásticas figuras,
Que en contrahechos bultos de animales,
Por las cavernas van saliendo obscuras
Al teatro de las lumbres celestiales,
Del sacro monte puesto en las alturas,
Ajeno contemplaba de sus males
El discreto español, á quien el hado
Igual le dió la luz con el cuidado.
Y sin dar paso atrás por el camino,
Que ya se muestra en el subir mas llano,
De un collado á la alegre cumbre vino,
Puesta á la sombra de un laurel lozano,
De donde en un confuso torbellino
Venir sin órden vió un vulgo liviano
Contra el sagrado monte, cuya sierra
Al mundo su mayor tesoro encierra.
Y por la senda que delante tiene
Correr la posta mira á un caballero,
Que á dar el prevenido aviso viene
Del ciego vulgo y campo vocinglero:
»Huid, dice, señor, huid, que conviene,
Huid á lo mas alto, huid ligero,
Que el confuso escuadron del vulgo triste
Al sacro monte sin piedad embiste.»
Y sin mas aguardar á toda rienda
Volando pasa la montaña arriba,
Sin que el español jóven nada entienda
Del temeroso sobresalto en que iba:
Bien que por ver la desigual contienda,
Con que al monte el confuso vulgo arriba
Entre una hueca polvorienta nube,
Al crespo gajo de un peñasco sube.
De allí acercarse mira á la montaña
El monstruoso rebaño de quimeras,
Que en cuerpos de hombres traen (¡cosa extraña!)
Enjertos rostros y ánimos de fieras:
Melancólico sueño que le engaña
Juzga de tantos monstruos las maneras,
Los corvos dientes, los torcidos lomos,
Y gruesos labios de testuces romos.
En bayo desbocado frison viene,
Sin firme freno ni compuesta silla,
Un hinchado jayan, que el cargo tiene
De capitan de la infeliz cuadrilla:
Y el potro, sin bocado que le enfrene,
Aquí le encumbra, y acullá le humilla;
Tras él su gente, que en seguirle en todo
Sabe, y no en mas guardar sin órden modo.
Son todos á un compás cortos de vista,
Causa que nadie venga sin antojos,
Y aunque unos de una, y otros de otra lista,
De grandes lenguas y pequeños ojos;
Que el necio es importuno coronista,
Y cuanto alcanza y sabe, por antojos:
Sin armas; que las suyas mas atroces
Son en vez de razon confusas voces,
Era, sabed, señor, el gran fracaso
De la canalla bárbara importuna,
Que á saquear acometió el Parnaso
Los necios del meson de la Fortuna,
Que en cuarto aparte con celebro escaso
Los rostros adivinan de la luna,
Y ahora de viento las cabezas llenas,
De la gavia han rompido las cadenas.
Salieron todos del convento oculto
A gritos pregonando sus locuras,
Como en la misa suele el pueblo inculto
Con voces espantar las sepulturas:
Y de un ciego escuadron el negro bulto
Mal formadas endechas brama á obscuras,
Inquietando en confusas vocerías
De sus difuntos las cenizas frias.
En ridículos gestos y visajes
La inútil descompuesta escuadra corre:
Unos en huecos y anchos personajes
Su pompa quieren que sus pasos borre:
Otro que su habla sirva de celajes
Que su ignorancia cubra, y él ahorre
Con prevenidos dichos aparentes
La opinion que no alcanza en los oyentes.
Quién, al arco de un vano amor fingido
Idolatrando va en unos cabellos:
Quién con un cerco piensa mal medido
De los cielos saber cuanto hay en ellos:
Quién, hecho un torpe mozo desabrido
Los otros quiere á golpes deshacellos:
Y quién, averiguar con grave celo

Lo que viste el cabron ¿si es lana, ó pelo?
Quién, de la barba encrespa la guedeja,
Por hacer mas robusta la figura;
Quién, se finge leon, siendo de oveja
Un hinchado pulmon de sangre obscura;
Quién, por parecer niña, siendo vieja,
Desplega el rostro, y pliega la cintura,
Haciendo en sus historias y entremeses,
Los meses dias, y los años meses.
Quién, buscando arreboles desentraña
Las ricas conchas que la Arabia cria,
Quién, los de su florido rostro empaña
Comiendo tierra desabrida y fria,
Quién, con fingida hipocresía engaña
Al que sin recatarse dél se fia,
Y en el cielo los ojos, con la mano
El corazon le roba al mas cercano.
Admirado dejó al valiente godo
El delirar de la ignorante gente,
Y cuan fuera de término y de modo
De sus locuras iba la corriente:
Cuando en nuevo alarido el campo todo
Del monte dió en las faldas de repente,
Perturbando con ánimos crueles
La agradable quietud de sus laureles.
Cogieron vanamente humildes flores
De las que en el vallar del bosque habia,
Y pudieran los riesgos ser mayores
En daño á la sagrada compañía
De aquel que con dorados resplandores
Rastrando trae tras su carro el dia,
Que á visitar bajaba en la espesura
De Adonis la florida sepultura:
Si el gallardo español al torpe asalto
Con la desnuda espada no hiciera
De la alta peña un atrevido salto,
Que fue del monte la primer barrera,
Cuyo invencible brazo al campo falto
Estrecho freno puso de manera,
Que á fuerza de rigor suspendió el paso
De la hurtada subida del Parnaso.
Y allí esgrimiendo la luciente espada,
A este asombra, aquel mata, al otro hiere
De tajo, de mandoble, y de estocada,
Uno cae, otro huye, y otro muere:
Con barba adulterina y alheñada
Un embustero le aguardó, que quiere
En negra tizne y vano pasatiempo
Las canas esconder, y atar el tiempo.
Llevóle de los dos carrillos uno,
La costa haciendo menos y el trabajo,
Y á otro en su afectado brio importuno
Contrecho le dejó de un altibajo:
A uno de graves pasos sin ninguno,
A otro el celebro le rompió de un tajo,
Cuya herida exhaló mas vano aliento
Que contra Eneas sopló el señor del viento.
Y él cercado de incautas sabandijas
Un importuno enjambre le persigue,
Tal que en triste esgrimir voces prolijas,
Adonde quiera sin piedad le sigue:
No de Aqueronte las nocturnas hijas,
Cuando del mundo su rigor consigue
Tiránica victoria, mas espanto
Los gritos causan de su horrible llanto.
Ni en mayor confusion andan las cosas
En sus sangrientas manos barajadas,
Que en aquellas escuadras monstruosas,
De diversas fantasmas amasadas:
El rubio Apolo con sus nueve diosas,
Del súbito alarido alborotadas,
Del monte se voló á la enhiesta cumbre,
Que al cielo inciensos da, y al mundo lumbre.
Alegre el sacro coro en honra mira
Del español mancebo las batallas,
Y el brio gallardo en que revuelve y gira
Del limpio acero las turbadas mallas:
El aliento y valor con que retira
De los fingidos monstruos las canallas
Que huyen dél como volando sube
Del hueco humo la liviana nube.
Ya el alterado vulgo alharaquiento
Medroso á la esperiencia de la mano
Del gallardo leonés, por huir sin tiento,
Cayendo iba en los senos de un pantano:
Cuando arrogante en contrahecho aliento,
Mas que pluma el jayan salió liviano
En frison, que en menguante luna nueva,
Sin freno aquí y allí le trae y lleva.
Pensó hundirlo á descompuestas voces
La aplomada figura corpulenta,
Y que él á espantos, y su potro á coces
En breve dieran de su orgullo cuenta:
¿Mas de qué fruto son gritos feroces,
Si el alma sus corajes no alimenta,
Y al compuesto español medir le agrada
El corte de su lengua al de su espada?
Por ella le embasó una aguda punta,
Y de un diestro revés le abrió un costado,
Con que sin alma la amasada junta
De desconciertos vino al verde prado:
(¡Caso estraño!) la máquina difunta
Apenas midió el suelo arrebolado,
Cuando los mostruos que su campo encierra
Los unos se hacen á los otros guerra.
Bernardo que de aquella inútil gente
Libre se vió, y desocupado el paso,
Por su primer camino diligente
Buscando va las cumbres del Parnaso:
Cuando del escuadron resplandeciente,
Que los cristales guarda de Pegaso
Rodeado se vió, y que en nueva gloria
El parabien le dan de la victoria.
Y en pago al gran servicio de su mano,
El dios que al rubio sol presta la lumbre,
En nueva pompa y triunfo soberano
Del monte le subió á la excelsa cumbre,
Adonde en medio de un florido llano
Se descubre la ilustre pesadumbre
Del templo heróico de una diosa santa,
Que al tiempo vence y á la muerte espanta.
Las dóricas colunas levantadas
De lustroso cristal y jaspe obscuro,
De cuatro en cuatro en proporcion sentadas
Cien arcos forman en lugar de muro,
Con otras tantas bóvedas grabadas
En finos lazos de oro y mármol duro,
Adonde en forma esférica se afija
Del edificio la primer cornija.
Sobre ellas de acroterias levantada,
En compuesta labor y arquitectura,
La fábrica feliz sube cargada
De mas precio, mas gala, y mas hechura,
De siete hermosas torres coronada,
Que á las nubes igualan en altura,
Con chapiteles de oro, y las almenas
De varios lazos y molduras llenas.
En tres órdenes de arcos va subiendo
El vuelo de la máquina vistosa,
Los revelados altos descreciendo
Cuanto en materia crecen mas preciosa:
Por las últimas bóvedas naciendo
De tres torres la fábrica espaciosa,
Con balcones, andenes, y pretiles
En traza varios, y en labor sutiles.
Cien brazas suben de alto las primeras
Colunas, las segundas son menores,
Menores y mas ricas las terceras,
De lazos llenas todas y de flores:
Las vetas de almendrado jaspe enteras,

En contrahechos brutescos dan labores
Al cristal, al zafiro, al rubí ardiente,
Que por las cimbrias vuelan de su frente.
En el redondo cerco, que enlosado
De alabastro y de pórfido parece,
Un firme globo en aire fabricado,
Con variedades mil crece y descrece:
Y en otras cien colúnas levantado
De carbuncos un cielo resplandece,
Con una y otra y otra torre; y dellas
Las que mas se levantan son mas bellas.
La postrera de todas, que en altura
A las delgadas nubes se adelanta,
Con luz de su divina arquitectura,
Mientras mas se contempla mas espanta,
Donde en nuevos primores su escultura
La máquina feliz cierra, con cuanta
Beldad y gracia puede en esta parte
Decir la lengua, y alcanzar el arte.
De alados hombros, y en la mano un peso,
Con que el viento nos pesa de la vida,
Grave en los males, y en el bien sin seso,
Y siempre en ambas partes de partida,
El viejo tiempo, universal proceso
De las edades, carga desabrida,
De giralda servia en esta torre,
Que el tiempo vuela adonde su aire corre.
Y al gran discurso del reloj mudable
Volcando el mundo va de rueda en rueda,
Y tras él la fortuna, que de instable
Jamás supo tener la suya queda:
Yendo en carrera y curso irreparable
La corta vida humana, hasta que queda,
Deshilvanando el tiempo lisonjero
Un dia y otro y otro, en el postrero.
De preciosos colores matizadas,
Por las salas y patios anchurosos,
Bellas historias, fábulas preñadas
De doblados centauros belicosos,
Del niño amor empresas regaladas,
De su padre los rayos poderosos,
Con cuanto el mundo oyó, y la fama gira
En sus cien ojos si con tantos mira.
Los imperios, gobiernos, monarquías



De Persas, Medos, Griegos y Romanos
Su crecer y menguar, y las porfías
De astutos Mirmidones y Troyanos:
Las sirenas, selenos y arpías,
El Itacense y sus naufragios vanos,
Niobes, Prognes, Cleópatras, Lucrecias,
Unas crueles, locas, y otras necias.
Aquí Augustos, Pompeyos, Scipiones,

Allí Atilas, Yugurtas y Anibales,
Crasos, Ciros, Mecencios, Licaones,
Scilas y Marios, Prognes y Tubales:
Para cada Torcato hay dos Nerones,
Que siempre es poco el bien, muchos los males:
Arcos, torres, pirámides, colosos,
Obras vanas de pechos ambiciosos.
Al fin cuanto en el mundo ha merecido
En famoso pregon ser celebrado,
Libre de la polilla del olvido
Por privilegio y cédula del hado,
Con eternos buriles esculpido,
O con pincel divino dibujado,
En aquel templo esférico servia
De agradable inmortal tapiceria.
Altivos hechos del valor de España
En cuadros de oro daban resplandores,
Cuyos colosos de grandeza estraña
De los mas altos quedan superiores:
A donde al bronce que la vista engaña
Su rica estátua dió nuevos primores,
Con los diestros buriles de la fama,
Que á eterna duracion la suya llama.
»Esta le dijo Apolo, en nombre eterno
Aquí del tuyo queda consagrada,
A quien tu duro brazo, ahora tierno,
Dejará de grandezas coronada;
Y aunque entre nieblas de un prolijo invierno
Por estos ocho siglos olvidada,
Sin la luz volará que ahora tiene,
Ni esto te entibie, ni tu espada enfrene.
Que apenas de los dos planetas de oro
La magna conjuncion que ayer se hizo
En el frio Sagitario al pueblo moro
Favorable, y su cetro advenedizo;
A España entero volverá el tesoro,
Qué su infeliz concurso le deshizo,
Cuando segunda vez tu heróico nombre,
Como tu espada ahora el mundo asombre.
Digo que cuando el orbe goce desta
Séptima conjuncion las maravillas,
Y España en su primer grandeza puesta
De una silla real haga sus sillas;
De un ramo de laurel desta floresta
En una nacerá de dos Castillas,
A vueltas de otros cisnes una pluma,
Que á tus hechos dará compendio y suma.
Entonces volverá florido al mundo
Tu nombre con el suyo renovado,
De los senos sacando del profundo
Lo que de tí allí tiene escrito el hado:
Tú serás el primero, él el segundo,
Ambos de un mismo nombre y un cuidado,
Tú en hacer con tu espada maravillas,
Y él con su humilde pluma en escribillas.»
Dijo, y del templo á la famosa fuente,
Que abrió en un risco la uña de Pegaso,
En medio el escuadron resplandeciente,
Que al mundo luz, y fama da al Parnaso,
Venia Bernardo, cuando á su corriente
El gajo de una peña torció el paso;
Saltóle el agua al rostro, y al ruido
Huyó á esconderse cuanto vió dormido.
Hallóse dentro en la sagrada cueva
Sobre las secas yerbas recostado,
De que poco antes se hizo cama nueva,
Y á la dama labró un humilde estrado:
Y aunque el sueño huyó en bastante prueba
De no ser todo sueño lo soñado,
Mojado se halló el rostro del rocío,
Que al caliente Morfeo volvió frio.
Y bien que no de la agua del Parnaso,
Era al fin de las ramas y maleza
De que cercado estaba, y Olfa acaso
Las sacudió al pasar con la cabeza:
Salió con gusto enflaquecido y laso,
Dejando de la cueva la aspereza,
Y con la dama de la suya al lado
A buscar se dispuso algun poblado.
Por una senda de la selva espesa,
Que al primer paso sin pensar les vino,
A buscar el lugar donde atraviesa
De comun parecer abren camino:
Y cuando el sol el dia en igual pesa
A un arroyo llegaron cristalino;
Que su frescura entre el calor paria
Deseos de tenerle compañía.
Su alegre sombra, y la encalmada siesta
La bella china dieron desmayada,
Y al ruido de la fuente y la floresta
Entre la yerba en sueño sepultada:
Y su jóven, el alma en bandos puesta,
La cabeza en la mano reclinada,
A pesar de cuidados, el florido
Prado á un tiempo tambien le vió dormido.
Mas en tanto que al breve sueño un rato
Del fiel cuidado afloja la memoria
El sucesor del español Viriato,
De su valor retrato y de su gloria,
Quiero por principal, ó por ornato
Al grave asunto desta heróica historia,
Satisfacer á una pequeña duda,
Que cobrar podria lengua, aunque está muda.
Yo digo del furor del sueño estraño
Que á Bernardo alteró la fantasía,
¿Si fue mágico embuste, ó ciego engaño,
Que le antojaba ver lo que no via?
¿Si era fingido ó verdadero el daño,
Que en los collados del Parnaso hacia
Aquel monstruoso ejército de gente,
Rendida al golpe de su espada ardiente?
Los mas condenan por fingido el caso,
Vana imaginacion, sombras de viento,
Que sucesos de Musas y Parnaso,
Mas que historia y verdad, parecen cuento:
¿Quién jamás vió la fuente de Pegaso?
¿Quién de Helicona supo el propio asiento?
Las Musas, y su rubio presidente,
Sueños de Homero ¿quién los hizo gente?
Solo para quedar soñado es bueno
El cuento, dice el émulo envidioso,
Y bien que de alma y de doctrina lleno,
Causado en lo demás y sospechoso:
Yo ahora ni lo apruebo ni condeno,
O sea verdadero, ó fabuloso;
Lo siguiente es verdad, lo demás quede
A quien con discrecion juzgarlo puede.
De Peñalonga un real sepulcro antigo
Nombre ilustre conserva de Bernardo,
Y el tiempo de grandezas enemigo
Su fino jaspe ha vuelto en mármol pardo:
Este por ser de su valor testigo,
Y el bulto verde, pecho tan gallardo,
Y su arnés de enemiga sangre tinto,
Abrir mandó el invicto Carlos Quinto.
Abriéronlo, y hallaron hecho tierra
El que antes asombro de los hombres
Porque del que asombró vivo en la guerra,
De que sea polvo tú tambien te asombres:
Al fin cuanto la antigua tumba encierra
Es eco de los célebres renombres
Que en el mundo alcanzó su brazo fuerte,
Y allí volvió ceniza el de la muerte.
Pasó el César despues que á los famosos
Huesos honra añadió con su presencia,
Y uno de los que en ojos cuidadosos
Del sepulcro notaron la escelencia,
Vió que de aquellos miembros belicosos
La fria ceniza hacia diferencia,
Y á la heróica cabeza levantada

Algo de antigüedad daba almohada.
Metió la mano, y encontró de acero
Un cofre, y retiróla sin sacalle,
Que la golosa hambre del dinero
A solas, si oro es, quiere gozalle:
Volvió de noche, y al que un mundo entero
Temió, no teme ahora de roballe
En su quietud un ánimo avariento,
Que lo suele asombrar con aire el viento.
Sacó del tiempo el cofre consumido,
Y dentro dél en otro rico de oro
Vió un libro en sus cubiertas repartido
A su hidrópica sed largo tesoro:
Abriólo, y en lenguaje desabrido,
Aunque en estilo y discurrir sonoro,
De Bernardo halló, y desta victoria,
En graves versos una heróica historia.
Dióle avariento premio á su trabajo
Del escondido cofre el oro fino,
Y el rico libro por humilde y bajo
De mano en mano á las de un sabio vino,
Que un dia á las mias por favor le trajo,
O en desden, ó en espíritu adivino,
De que en el mio habia atrevimiento
Al arrojado antojo de su cuento.
Toméle, y de su amor en los engaños
Mi ciega juventud entretenia,
Y notando los nombres y los años,
¿Si habla, dije, de mi esta profecía?
Glorias tan altas, casos tan estraños,
¿Contar sabrá la humilde pluma mia?
¿Tanto por dicha bajarán el vuelo
Los que un tiempo volaron por el cielo?
Y entre el temer y osar, un nuevo aliento
Divino ó natural nació en mi pluma,
Para hacer, conforme á mi talento,
Del grande libro una pequeña suma:
Este es de mi alta historia el fundamento;
Quien no quiera agraviarme, no presuma
Que yo para su adorno y elegancia
Cosa le añada ó quite de importancia.
El sueño fue verdad, y eslo sin duda
Ser este el no sabido fundamento,
De que un plebeyo vulgo en lengua ruda
Tantos groseros poemas siembre al viento;
Pues para que en fecundo parto acuda
La madura preñez de un pensamiento,
Conviene que el ardiente seso alumbre
De Temis santa la divina lumbre.
Ya en esto de Bernardo el sueño apenas
Vista y sentidos le dejó encantados,
Cuando unas voces de alboroto llenas
De quietos los dejaron alterados:
Y del corriente arroyo en las arenas
Una doncella en pasos desmayados
Caida vió, que llena de agonía
La ardiente boca de un leon huía.
Llegó el rojo animal sobre la fuente,
O cebado en la tímida doncella,
O en insufrible sed, la siesta ardiente
Del monte le bajase á beber della:
Dió el español un salto diligente
Conque al chocar de encuentro le atropella,
Y de otro golpe con destreza rara
A un tiempo le destronca y desquijara.
No con mas brio, ni pecho mas gallardo,
En lo ancho del Nemeo bosque umbroso,
De Alcumena solia el gran bastardo
Un leon destrozar, rendir un oso,
Ni el que puesto en los signos por resguardo
Bochornos llueve al mundo caluroso
Con mas valientes garras mide el cielo,
Que el que muerto envió Bernardo al suelo
Libre la dama ya del primer llanto
Conque animaba su veloz huida
Los temores perdió, mas no el espanto
De aquel valor que le amparó la vida:
Y ya desahogado el pecho tanto,
Que aliento dió á la voz enflaquecida,
«¡Oh valiente mancebo! el cielo al modo
De tu brazo te dé la dicha en todo,»
Dijo, y al márgen de la fresca fuente
Con Olfa fue á sentarse, que agradada
De su gallardo talle, en el presente
Sobresalto la vuelve reportada:
Y ella, »¡oh alegre beldad! dichosamente,
Dijo, del mismo Marte acompañada,
Bien es tal hermosura y gracia dina
De ser dueño de joya tan divina.
Y si lo sois, señora, cual sospechó,
Deste gallardo brazo peregrino,
Decidme ¿dónde por aqui derecho
Para mi bien tomastes el camino?
Si por ventura vais, como sospechó,
A las fiestas de Acaya, yo adivino
Que Crisalba saldrá del triste aprieto
En que la tiene un bárbaro sugeto.»
Con nuevas rosas refrescando el mayo
De ambas mejillas respondió la dama:
«No sé que sea señora del que trayo,
Ni que él tenga otro dueño que á su fama,
Si ya de un sol el poderoso rayo
Nos ha hecho á él y á mí siervos de una ama:
De fiestas no sabemos que las haya,
Que el mar cual veis nos escupió en la playa.»
Bernardo ufano en la sagaz respuesta,
Que el seso dió de la prudente china,
¿Adónde, ó por qué fin se hace la fiesta?
A la doncella pide peregrina:
A quien ella, «señor, está propuesta
En Milene, ciudad circunvecina,
Donde Gloricia por mayor tesoro
Guarda á Crisalba en un castillo de oro.
Es Crisalva hija del señor de Creta,
De su tierra heredera obedecida,
Tierra á quien infeliz virtud secreta
En tristes llantos tiene consumida:
De adonde la Alemana huyó discreta
Con su nieta, que es alma de su vida,
Y la que en Creta es reina por empresa,
De Acaya es, antes de heredar, duquesa.
Tiene en Milene córte y real palacio
De su ancha mar en la espumosa raya,
Donde con grave pompa en largo espacio
Lo mejor de sus golfos atalaya:
Aquí desde el Ligurio al mar Carpacio
Tributa y da su cristalina playa,
Para adorno y regalo de su córte,
Cuanto la Libia encierra, y mira el Norte.
Y aquí de cinco reyes comarcanos
Pedidas fueron sus alegres bodas,
El rey de Licaonia, el de Romanos,
El de Sicilia, el de Corinto, y Rodas:
Pero su padre con temores vanos,
Viendo en su daño las demandas todas,
Con el acuerdo de su astuta abuela,
Que en el bien de la infanta se desvela,
En el real campo de Milene quiere
Alegres justas se hagan, donde acuda
A conquistar mujer quien la quisiere,
Con lanza que hable, y con la lengua muda;
Y que sea la duquesa de quien fuere
Mas valeroso, sin que quede en duda,
Si su padre le dió ó quitó imprudente
Esposo mas ó menos excelente.
Es nuestro rey Tifeo advenedizo
A estas ardientes islas de aquel suelo,
A quien el encubierto Norte hizo
Guerra ordinaria de importuno yelo:
Amor le trajo á Creta, allí su hechizo

De su patria olvidar le hizo el cielo,
Y el cetro de gran duque de Colonia
Al de Acaya trocó, y de Macedonia.
Un bárbaro Sajon su rico estado
Por fuerza de armas usurpó á Gloricia,
Que de tesoros rica su hijo amado
Huyó de la tiránica avaricia:
Y por volver al cetro despojado
Solo un yerno magnánimo codicia,
Y á este fin son las fiestas, y á esta fama
Su clarin un entero mundo llama.
La codicia de joya tan preciosa
Llena le dió de príncipes la tierra,
Que por tal reino, y tan gallarda esposa,
¿Quién del suyo no sale, y se destierra?
Nunca ganaron mas bizarra diosa
Los gigantes que al cielo hicieron guerra,
Aunque ya con victoria en las estrellas
A la luna escogieran las mas bellas.
Y sin los reinos que heredando viene
Le da Gloricia seis castillos de oro,
Que el mundo todo en su caudal no tiene
Junto ni repartido igual tesoro:
Mas ya no hay cosa que su gusto llene,
Todo es luto y temor, despues que un moro,
Que en Getulia nació, con brio orgulloso
Subió tambien á pretension de esposo.
Es de alma aceda y desabrido trato,
De miembros y estatura de gigante,
Del vaporoso Encélado un retrato
En brutal pecho y ánimo arrogante:
Este en bárbaro estruendo y aparato
A las fiestas llegó en bajel triunfante,
Y el mismo dia en orgulloso brio
En un cartel fijó este desafio.
Que un año justará lanza por lanza
Con cuantos presumieren estorballe
De la bella Crisalba la esperanza,
De que ya goza, de gozar su talle:
Hoy hace un mes que con feroz pujanza
Su partido defiende, sin que halle
Quien la segunda justa le mantenga,
Y al suelo del primer choear no venga.
Esto tiene asombrada á la princesa,
La corte puesta en confusion y espanto,
Que si el bárbaro sale con la empresa
Las tristes fiestas pararán en llanto:
Ayer fue la primer jornada, y esa
Quedó por suya, y hoy será otro tanto,
Y lo mismo tambien será mañana,
Que á un atrevido todo se le allana.
Yo á una cercana fortaleza puesta
Sobre la mar á prevenir venia,
Para mayor adorno de la fiesta,
Ciertos bajeles que en su puerto habia:
Y al pié de un árbol, por pasar la siesta,
Apenas me incliné, cuando salia
Del bosque este leon, y el monte abajo
A conocer vuestro valor me trajo.»
Así dijo Faustina, y por la senda
Que el bosque para hallar la fuente tiene
Un caballero vieron, que de rienda
Guiando un palafren gallardo viene:
Llegó, y viendo al leonés, que sin contienda
Al fresco con las damas se entretiene,
«A sazon, dijo, vengo en que fortuna
Hará de dos beldades mia la una.
Yo traigo palafren, tú no le tienes,
Que aun á ti no te veo con caballo,
Si ya no eres tan bravo que ahora vienes
A las fiestas de Acaya á procurallo:»
«A la voz, respondió, de tus desdenes,
¿Qué podré yo hacer sino otorgallo?»
Cuando la otra doncella con gran brio
A voces dijo, «el palafren es mio.»
«Yo, señora, le hallé en esta floresta,
Y sease vuestro ahora sin porfia,
Aquí en paz le teneis, si estais dispuesta
De mi gusto á seguir la compañía:»
«A bien poco trabajo está compuesta,
Bernardo dijo, la pasion que ardia:
Vos, señora, mirad si os está á cuento
La gran persona y noble ofrecimiento;
Que yo á pié ¿cómo puedo defenderos
De un orgulloso pecho así valiente,
Que reforzado en el placer de veros
Será á un entero campo suficiente?»
Riéronse las dos, y el de los fieros,
Viéndose desdeñar del de la fuente,
Poniendo con furor mano á su espada
Le envió por respuesta una estocada.
Reparóla Bernardo en el escudo,
Dando paso á la furia del caballo,
Que lo arrojó sobre él con cuanta pudo,
Para de aquel encuentro atropellallo:
Mas asiendo las riendas por el nudo
A las ancas saltó, y al despeñallo
De la grabada silla, en lo profundo
Del lago de cristal lo escondió al mundo.
Quedó el valiente en la caida estraña
Del golpe y armas ahogado y muerto,
Y la griega doncella en ver la hazaña
La vista absorta, y el cabello yerto:
La aguda china dijo, «á la gran saña,
Y al vivo fuego del amor despierto,
Para templarlos en su ardiente fragua,
Pues la razon no pudo, pueda el agua.
Y bien que de la súbita presteza
Dejarme ahora de admirar no puedo,
Ni celebrar la diestra gentileza,
Que á la una dió favor, y á la otra miedo:
No se si le dé nombre de grandeza
Desta segunda hazaña á su denuedo,
Porque es golpe inferior, y no empareja,
Que el que un leon mató, mate una oveja.»
Rieron desto, y ya el leonés queria
A la ciudad partirse á ver la fiesta,
Cuando una tropa vieron que venia
Con un jayan bajando por la cuesta:
Aguardaron por ver lo que seria,
Y viendo al que salió de la floresta
Muerto en la fuente, el espantoso Oronte
De un doloroso grito asombró el monte.
Era Oronte del Rey Getulio Argante
Vasallo, y de su guarda: y el difunto
Querida prenda del feroz gigante,
Y de su condicion vivo trasunto:
Dió en verle muerto un grito resonante,
Y voz, alfange, y golpe todo junto
A la venganza echó, que en rabia loco
Un mundo para hacerla fuera poco.
Dió escudo el español, y hallando alzada
La visera al jayan, con tan buen tino
Metió una punta, que sacó la espada
De los ojos la luz al mas vecino:
Y pasando al celebro la estocada,
Fuera de sí tras ella al suelo vino,
Y los seis sobre el bravo leon de España,
A quitarle la gloria de su hazaña.
Cinco golpes á un tiempo larga pieza
Traspiés le hicieron dar por un ribazo,
Cuando otro le encontró con tal presteza,
Que ambos del prado fueron al regazo:
Cayó sobre el jayan, cuya braveza,
Así en ansia mortal, y estrecho abrazo
Le tuvo, que pudieran sin soltalle,
O prendelle los suyos, ó matalle.
Mas mientras que el mas diestro se detiene
En dejar el caballo, con su daga
El lazo rompe que á su brazo tiene,

Que nuevas pruebas de quien es no haga.
Y al uno de los seis que sobre él viene,
Por mas ligero le libró la paga
En un revés, con que en el suelo lacio
En un pié le dejó porque ande á espacio.
Y entre los otros cinco se revuelve
Con tal desenvoltura, y tal desvio,
Que á este amaga, aquel da, y al otro vuelve,
Y al mas brioso le refrena el brio:
Al uno las entrañas le desvuelve
De un golpe, y de otro al otro deja frio:
Un caballero entre los seis venia,
Que en ninguna deidad ni ley creia.
Hijo de una judía y de un pagano,
Nacido en lo mejor de Palestina,
Que fue un tiempo rabí, y otro cristiano,
Gentil, y de la secta sarracina,
Maniqueo, talmudista, y arriano,
Y ahora á ninguna religion se inclina,
Creyendo que es para cuidar del suelo
Miembro distante, y apartado el cielo.
Este con tal coraje y desatino
Al valiente guerrero perseguia,
Que en el herir y entrar, al torbellino
De sus confusas leyes parecia:
Hasta que al vuelo de un revés le vino
A la espada al leonés, con que le envia
A averiguar de espacio en el infierno,
Que secta gasta allá mas fuego eterno.
Murió, y de los guerreros y el gigante
A pocos golpes no quedaron vivos,
Sino un zegrí que le hurtó delante,
Mas que el acero pasos fugitivos,
Y el que una pierna el golpe penetrante
De la espada le echó de los estribos,
Qué apremiado contó al valiente godo
De la traicion del falso Argante el modo.
La fuerza de la mar que la doncella
De la princesa á prevenir venia,
Hecho el jayan aleve dueño della,
A dar aviso al falso rey volvia;
Que por robar á la duquesa bella
Seis mil corvos alfanges de Turquía
Dentro sembró á traicion, y á dar el corte
En el robo infeliz volvia á la corte.
A Faustina asombró la triste historia
Del que sin la acabar se acaba y muere,
Y á hacer con tiempo la traicion notoria,
Partir con alas si las halla quiere:
Y el dueño singular de la victoria,
Que el grave riesgo de la infanta infiere,
Seguilla piensa, y con su invicto brazo
De la oscura traicion romper el lazo.
Vuelan los tres las dos pequeñas millas,
Que de la real ciudad nació la fuente,
Y en la plaza entre nuevas maravillas
Al rey Argante miran, y á su gente;
Y que á sus lanzas sin poder sufrillas,
Las demás se le dan calladamente,
Cuando á la plaza por la calle opuesta
Un caballero entró á aumentar la fiesta.
Cubierto de enlutada sobrevista,
El caballo tambien negro enlutado,
Blanca en la frente una pequeña lista,
De ambas las manos y de un pié calzado,
De hermoso talle, y de gallarda vista,
Lozano huello, altivo desenfado,
Y hacia Argante se fue, que oyendo estaba
Diferentes las nuevas que esperaba.
Pidióle justa, y él con el disgusto
De la contraria desabrida nueva,
Furioso respondió, «de mejor gusto
La batalla haria á toda prueba:»
«Asi sea,» replicó el valor robusto,
Antes cortés, y una dorada greva
Por gaje le arrojó, y para encontrallo,
Como con alas revolvió el caballo.
Suspendióse la plaza; estuvo quedo
El viento, y en los pechos mas briosos,
O sea de sobresalto, ó sea de miedo,
Darse latidos vieron presurosos:
Y partiendo ambos en igual denuedo,
Al chocar los encuentros poderosos,
Sembró hechas astillas por el aire
Ambas lanzas la furia y el donaire.
Como dos huecas nubes retocadas
De azul retinto, y lóbregos asientos,
Si de contrarios humos amasadas
Las impelen tambien contrarios vientos,
Del cierzo y austro ardiente arrebatadas
Al encontrarse dejan sus violentos
Vapores de los rayos y los truenos,
Las vistas ciegas, y los aires llenos;
Así del uno y otro caballero
En los firmes encuentros resurtia
El ronco son del relevado acero,
Que el aire de relámpagos cubria:
El de lo negro, en firme y en ligero,
Un morcillo centauro parecia,
Que sin que nada baste á perturballo
Nacido va inmudable en su caballo.
Y aunque Argante tambien guardó la silla,
De dos ningun estribo guardar pudo,
Hincó al pasar el bayo una rodilla,
Y su dueño perdió lanza y escudo:
El pueblo en ver que el bárbaro se humilla
Trocó en alegre fiesta el estar mudo,
Y él corrido del caso no pensado,
De vergüenza quedó y temor turbado.
Bien que blandiendo la desnuda espada
Vuelve buscando alegre á su enemigo,
Que cabe él con la suya levantada,
«Primero, dijo, quiero como amigo
Tu nombre conocer, si á la jornada
Encubrir no te importa lo que digo:
Argante, rey de Fez, porque te asombre,
Sabrás, sino lo sabes, que es mi nombre.»
«El tirano, no el rey, dijo el del luto,
Que el verdadero rey tú le mataste,
Y en fe traidora, y pecho disoluto,
De su heredera el reino despojaste;
Y pues mi espada el pretendido fruto
De su venida halló, lo dicho baste,
Que de los dos al uno por concierto
Sobre esta causa herede el campo, muerto.»
«Como lo pides,» le respondió Argante,
Y haciendo á un tiempo golpe las espadas,
Con solo aquel, en opinion bastante
Sus personas dejaron aprobadas:
Y el del luto á su yelmo resonante
De estrellas vió las bóvedas sembradas,
Y asimismo con ellas, y su cielo,
En grandes riesgos de venir al suelo.
El tirano de Fez sobre el caballo
Por la plaza fue un rato sin sentido,
Y aunque pudo el del luto degollallo,
Quiso mas que valiente comedido
Que vuelva sobre sí por no matallo,
Como él á su señor mató dormido:
Volvió en su acuerdo, y vió del yelmo de oro
Por el suelo sembrado su tesoro;
Y del trenzado arnés la rubia malla,
Que el prado argenta, y su contrario fuerte,
Que no estimando el fin de la batalla
Le aguarda sin temor: vió el de la muerte,
Que aun en los pechos bárbaros se halla,
Y él que la suya irreparable advierte:
«Si es forzoso morir, muera conmigo,
Dijo, á pesar del cielo, mi enemigo.»
Y llegando al que intrépido le espera,

Sobre él un golpe y otro y otro envia
Tal, que un medroso ciego el son tuviera
Por de una sonora herrería:
La duquesa de Acaya, que ya entera
La encubierta traicion del rey sabia
De su doncella, y el valor bastante
Del que el leon mató y rindió al gigante:
Pagada de la fama y gentileza
Del que mirando la batalla estaba,
Y de ver deseosa la braveza,
Que su doncella de alabar no acaba:
Un caballo que el viento en ligereza
La suya le prestó, y le azota y lava
Mas penachos de perlas en la frente,
Que el alba cuaja sobre el mar de Oriente:
Tascando nieve el espumante freno,
De fina plata y clavos de oro herrado,
Rayo á la vista, y al oido trueno,
En el curso veloz y atropellado:
Del fuego que las manos siembran lleno
El precioso aderezo de brocado,
Con sobrevista orlada de cupidos
En llamas de oro, y de rubís ceñidos:
Y una lanza tambien grabada de oro
Le envió con la doncella, y á rogalle
Rompa en servicio suyo aquel tesoro
Con el de mayor brio y mejor talle:
Y si de la otra se escapare el moro,
Nadie de aquella ya pueda escapalle,
Ni su traicion le ayude, ni le valga
Mahoma, aunque á ello del infierno salga.
Recibiólo, y en modo cortesano,
Agradeciendo el don, dijo á Faustina,
«Tan heróica merced, y de tal mano,
De un monarca del mundo fuera dina:
Ni hay que temer ya al bárbaro africano,
Pues en notorio descaecer declina,
Y quien ponerle pudo en tal estrecho,
No le dará á otra espada de provecho.»
Ni se engañaba el español guerrero,
Que el del luto de suerte le traia,
Que mas de roja sangre que de acero
El fino arnés grabado parecia:
Y él viendo á su contrario tan entero,
Que aun en sus armas mella no tenia,
A riesgo de morir, matando quiere
Matar á quien le mata, pues que muere.
Cerró con él á ejecutar su intento,
Sin reparar á tiempo un altibajo;
Que en golpe fue cortando tan violento,
Que el brazo del escudo le echó abajo:
Y al ya vencido moro sin aliento,
Al caer del caballo, un diestro tajo
Así á compás corrió su ligereza,
Que arrebató á los hombros la cabeza.
Miró la plaza en suspension notable,
Hecho piezas el rey de Berbería,
Que aun no dos horas antes espantable
Los hombres solo con mirar vencia:
Cogió su gente el cuerpo miserable,
Que un destroncado roble parecia,
Y el vencedor con gallardía robusta
En su puesto se puso á esperar justa.
No venia de intento á ver las fiestas,
Sino á vengar á Flérida de Argante,
Que en él sus nuevas esperanzas puestas,
Para hacerlo le dió poder bastante:
Mas viendo sin pensar tan bien dispuestas
Sus pretensiones, quiso en lo restante
Probar la gentileza y gallardía
Que en los valientes de aquel reino habia.
Salió el duque de Arcadia valeroso,
El jóven rey de Tebas, y Erimanto,
Salió el robusto Ménalo furioso,
Que á todos daba su grandeza espanto:
El jayan Adargusto pavoroso,
Por vengar de su muerto rey el llanto,
Salió tambien, mas uno á uno todos
Al suelo fueron por diversos modos.
Y sin hacer desden ni movimiento,
Ni revés el caballo ni mudanza,
Diez derribó de los de mas aliento,
Y algunos dellos sin romper la lanza;
Con tanto gusto y general contento,
Como si cada uno su esperanza
Empleada la tuviera por entero
En el brazo y valor del caballero.
Bernardo aficionado á su destreza
Quisiérale probar sin enfadalle,
Que ha hecho tanto en tan pequeña pieza,
Que pedirle mas justa es agravialle:
Mas viendo que mil soles de belleza
Del real balcon le hablan con miralle,
Que en verle sin justar toda la tarde
Le tendrán por remiso, ó por cobarde:
Llegando al bravo y singular guerrero,
«Aunque parezca, dijo, desacato
Demandar nueva justa á un caballero,
Que tanto ha hecho en tan pequeño rato;
Ese heroico valor, que tan entero
Se muestra, es quien nos vende por barato
El pundonor de ser vuestro vencido,
Por el riesgo y dolor de haber caido.
Y así no os causará, señor, disgusto
Añadiros de nuevo esta victoria,
Que nadie justa ya, ni yo ahora justo
Para usurparos la alcanzada gloria:
Mas por un rato de solaz y gusto,
O altiva presuncion y vanagloria,
De no salir de aquí (decirlo quiero)
Sin probar lanza de tan gran guerrero.»
Dijo, y sin respondor á sus razones,
Mas que con una humilde cortesía,
Dieron á un tiempo vuelta los frisones,
Que el mas pesado una ave parecia:
Y con iguales términos y acciones
De gentil apostura y gallardía,
Hundiendo vuelven con furor la tierra.
Los dos soberbios rayos de la guerra.
Volaron por el aire las astillas
De las quebradas lanzas, los guerreros
Tan firmes y compuestos en las sillas,
Como si fueran pajas sus aceros:
Ni los ojos pudieron percibillas,
Ni la herida de golpes tan ligeros;
Ellos solos en modo extraordinario
Cada uno se admiró de su contrario.
Toman segundas lanzas escogidas,
Y armándose de nueva fortaleza,
Por el cielo en astillas esparcidas
Asombros dió á la plaza su braveza:
Procuran otras, y otras mas fornidas,
Y estimando del otro la destreza
Cada uno á propia mengua, á cada encuentro
La tierra hacian temblar hasta su centro.
Seis veces se encontraron, y en seis truenos
La ciudad resonó, cuando el del luto,
Quizá temiendo en algo el ir á menos,
Sacó la espada, y dijo resoluto:
«Esta mejor decir podrá alomenos,
Si ya romper mas lanzas es sin fruto,
Cuya ha de ser deste solaz la gloria,
Pues para dos no es harto una victoria.»
El español, si con su honor cumpliera,
De gusto le rindiera la batalla
Por su propia aficion, y porque fuera
Contento general el excusalla:
Mas viendo acometerse, sacó fuera
De la vaina la espada, y al sacalla
Dijo, «por esta juro, que contigo

Mas deseo obras de amor, que de enemigo.»
  Mas el del luto, ó ya por el coraje
De no poder vencer un caballero,
O porque á punto no entendió el lenguaje,
Por respuesta le dió sobre el plumero
Un golpe tal, que hizo que se abaje
Mal de su grado hasta el acion primero,
Que tiene á desenvuelta villanía
Que le hablen sin hacelle cortesía.
  Perdió con esto el godo el sufrimiento,
Y hecho nueva serpiente ardiendo en ira,
Un golpe y otro, y otro en firme aliento
Le da, le carga, le redobla, y tira:
Y él dando escudo á su furor violento,
Ni por ellos se aparta ni retira,
Antes asi con su rigor revive,
Que dos le da por uno que recibe.
  Arde el ciego furor, arden sañudos
En el fuego que escupen los arneses,
Y sin hacer reparo en los escudos
Mil tajos se ejecutan y reveses:
Que el mismo enojo que los tiene mudos,
De compuesto los hace descorteses,
Y no curar de tiempos ni posturas,
Ni otras sin para qué desenvolturas.
  Mas á todo rigor por lo mas breve
La muerte se procuran de ordinario,
Tan juntos al herirse, que se bebe
El aliento cada uno del contrario,
Así bravos, que á verlos no se atreve
El vulgo en gustos y opiniones vario,
Antes en furia popular robusta
Dar treguas quiso á la batalla injusta.
  Hirió el del luto al español de punta
Por medio de los pechos con tal fuerza,
Que la cabeza con las ancas junta
El cuerpo le hace con dolor que tuerza;
Y otra tras ella al corazon le apunta
Por debajo del peto, que era fuerza,
A no torcerse sin pensar la espada,
Quedar la injusta brega rematada.
  Mas paró en un rasguño el riesgo todo,
Aunque la sangre que sacó la espada,
Si en lo fino mostró que era de godo,
Mejor lo descubrió en quedar vengada;
Que aferrando la suya, de tal modo
Le asentó la respuesta en la celada,
Que la plaza asombró, y el ya confuso
Seso, que dentro estaba, perdió el uso.
  No reforzado tiro de bombarda,
De vivo azufre y de salitre lleno,
A quien el fuego en descender mas tarda
Que él en formar de su estampida el trueno;
Ni respuesta envió en la nube parda
Mas presta, ni del aire el hueco seno,
Al escupir sonó el rayo encendido
En mas medroso y súbito ruido.
  Arrodilló el caballo ambas las manos,
Y caida en las ancas la cabeza,
A su dueño llevó en clamores vanos
Sin tiento por la plaza larga pieza:
Quedaron los del muerto Argante ufanos:
Usar del poder todo no es grandeza,
Y así el jóven no quiso, aunque herido,
Su furia ejecutar en un rendido.
  Volvió á la vida, cuando ya por muerto
La plaza le lloraba: vuelve, y mira
Cuan cerca della estuvo, y cuan cubierto
De gloria su contrario se retira:
El destrozado escudo sin concierto
De envidia arroja, y de dolor suspira,
Y á la venganza llama al enemigo,
Que antes merece premio que castigo.
  Corre á dar muerte el uno, el otro atiende
En bizarro ademán: llegan, y á un punto
Sobre cada uno de los dos desciende
Del contrario rigor el poder junto,
Con que de nuevo asi el herir se enciende,
Que de la muerte son vivo trasunto,
Y forzoso llorar al uno muerto,
Si ya no es morir ambos lo mas cierto.
  Tienen al pueblo oscuro deslumbrado
De su herir los relámpagos dudosos,
Que el dia ya su luz se habia llevado
Por esconderla á golpes tan furiosos:
Cada uno del contrario está admirado,
Y el mundo de ambos pechos valerosos,
Y aunque es la igualdad grande, todavía
No es del luto, si la hay, la mejoría.
  Pudieran combatir á las vislumbres
De los dorados rayos y centellas,
Que en las grabadas armas la costumbre
Del dar y resurtir volvian estrellas:
Mas del palacio real pomposa lumbre
De infinidad salió de antorchas bellas,
Que á pesar de la oscura noche fria
A la plaza salió de nuevo dia.
  Pareció con las luces mas hermosa
Y de mayor espanto la batalla,
En seis horas de tiempo así dudosa,
Que un punto apenas de ventaja se halla:
Cuando el bravo del luto en rabia airosa
Se atrevió de una vez á rematalla,
Y lanzándose á tiempo á su enemigo
En duro abrazo le apretó consigo.
  Hizo cada uno presa en su contrario,
Y en ella mas vistosa la contienda,
Porque del caracol revuelto y vario
No hay quien la entrada ni salida entienda;
Que al brio de los caballos voluntario
El suyo dejan, sin curar de rienda,
Y asi en su lucha se asen y se ligan,
Que á ellos les fuerzan que sus vueltas sigan.
  Y aunque no por holgados ni lozanos
Los frisones rifaron á su modo,
Y altas las manos con relinchos vanos
Sacó el morcillo en alto el cuerpo todo;
Y su dueño en las garras de las manos
De la cabeza el fino yelmo al godo,
Que por desencajarle de la silla
No le dejó de aquel vaiven hebilla.
  Y dando la victoria por ganada
Caer le deja, y de su espada aferra,
Cuando en él la hermosura vió estremada,
Que viva en su feliz memoria encierra;
Y en nueva admiracion la altiva espada
Con furia arroja á la sangrienta tierra,
Y «¡ay triste!» dice, y tras el ay profundo
«¿Quién podia ser, sino la flor del mundo?
  Goza como mereces la victoria,
Y el rico venturoso premio della,
Que yo doy la ventaja por notoria,
A ti en valor, y en la ventura á ella:»
Dijo, y con arrogante vanagloria
El caballo picó, y la plaza huella,
Dejando convertido su denuedo
En nueva admiracion el primer miedo.
  El valiente español, que en el bastardo
Resonar de la gente y pueblo rudo,
Y con el alboroto y el resguardo
De hacer nueva celada de su escudo,
La oscura voz, y el ademan gallardo
De su contrario fiel notar no pudo,
Viéndole ahora salir de la batalla
Como huyendo, está suspenso, y calla.
  Hasta que ya informado del suceso
Con nueva admiracion sale á buscallo,
Que tambien juzga por honrado esceso
En corteses virtudes no igualallo:
Quiere saber ¿quién es? y á saber eso



Riendas vuelve y espuelas al caballo,
Por donde al parecer se le figura
Que en sombras vuela de la noche oscura.
  Quedó la alegre plaza alborotada
Con la partida y el suceso raro,
Y la cretense infanta mas pagada
Del héroe invicto, y su valor preclaro:
La ocasion del partirse oye turbada,
Y en son que busca su favor y amparo,
Al pueblo manda que su alcance siga,
Y el peligro en que está sin él le diga.
  Y él al cruzar por una angosta calle
Una tropa encontró de caballeros,
Y el uno, que jayan era en el talle,
Previniendo á sus falsos compañeros:
«Por aquí, dijo, es fácil atajalle,
Y ver si le defienden sus aceros,
A que se quede sin vengar la muerte
De un rey tan desgraciado como fuerte.»
  Bien sospechó el leonés que aquella junta
A acometer salia á alguno, aleve,
Y que si en ella le hay, el riesgo apunta,
Al leal pecho á quien él la vida debe:
Picó el caballo, y al tropel se junta,
Y á la enemiga de la luz se atreve:
No lo echaron de ver, y aunque de paso,
De la intencion traidora entendió el caso.
  El jayan Californo, que el tirano
Argante en Trípol hizo su regente,
Por vengar su debida muerte en vano
La escuadra guia de alevosa gente:
Y á la entrada de un bosque comarcano,
Que al pueblo ciñe la almenada frente,
Un caballero vieron que sin miedo,
Por ver qué buscan dél, se estuvo quedo.
  Conócenle en el brio, y cierra entera
La espada, y al tropel de acometello,
«Muera el traidor, dan voces, muera, muera,
Que al rey de Fez mató sin merecello:»
Mas el altivo aliento, que no fuera
Un mundo poderoso á detenello,
Volvió, aunque sin espada y sin escudo,
De enojo ciego, y de coraje mudo.
  Y llevando de encuentro por delante
Al que primero halló, sacó Bernardo
Su espada, que á la parte del gigante
Venia haciendo en atencion resguardo:
Diciendo en voz y grito resonante,
«Haceos afuera, ó espíritu gallardo,
Que yo libre os daré del riesgo nuevo,
O en él la vida perderé, que os debo.»
  Y con la alegre voz en las estrellas,
Y la tajante espada en Californo,
Echó de un golpe dos á vista dellas,
Con la mitad se contentó el infierno:
Y asombrando sus golpes y centellas
Al quieto bosque su silencio eterno,
La oscura brega urdieron de manera,

Que ningun vivo sin temor la viera.
  El de las negras armas que ha entendido
De la traicion el riesgo peligroso,
Y se ve de Bernardo socorrido,
Y en el gigante el golpe monstruoso:
De su mismo suceso inadvertido
De la ocasion no alcanza el fin dudoso,
Ni cual sea el que á buscarle los traia
Con el leal mancebo en compañía.
  Mas entre estos cuidados diligente
Así las armas juega, que á lo oscuro
Del marañado bosque, el mas valiente
Ni dél está ni su esgrimir seguro;
Que en las espaldas uno, otro en la frente,
Rayos su alfange da de acero puro,
Y al lado del que allí le da su ayuda
Un mundo entero acometer no duda.
  Ya del jayan y veinte caballeros
Solos quedaban ocho, cuando el uno,
Que por entre acebuches y romeros
Al pié cayendo fue de un aceituno,
De su cobarde espada los aceros
A tiempo revolvió tan oportuno,
Que al caballo del luto, aunque lozano,
De las dos le dejó sin la una mano.
  Vino caballo y caballero al suelo,
Y por mal de quien fue el tropezon vino,
Que de un diestro revés á todo vuelo
Sin dos piés le dejo, y sin ningun tino:
Y á coger otro potro con recelo
Por el bosque se entró, y perdió el camino,
Entrampado en sus árboles de modo,
Que á volver no acertó al valiente godo.
  Bien que él así se avino en su refriega,
Que en breve rato no hubo sarracino,
Que por la selva oscura, ó noche ciega,
No abriese huyendo á su temor camino:
Solo á los victoriosos dos les niega



Senda para encontrarse su destino,
Que en tanto que con mas atenta oreja
Se busca el uno al otro; mas se aleja.
  Y anegados sin guia en la espesura
De poderse hallar pierden el tino,
Hasta que al descaecer la noche oscura
El dia con sus risueños ojos vino...
Despues diré del otro la ventura,
Y á qué fin le guió su desatino;
Que á Bernardo la luz que al alba guia

En la ciudad le halló cuando salia.
 Donde el cansancio y falta de reposo,
Que era le dijo de metal humano,
De cuerpo ni divino ni glorioso,
Ni como el de los cielos soberano:
Y á reposar se entró al palacio hermoso,
Que en suave modo y trato cortesano,
Para rehacer su descaecido aliento
Lo mejor le ofreció de su aposento.

ALEGORIA.

Malgesí, que muestra á sus compañeros las imágenes del cielo, significa que el verdadero contemplativo no se ha de quedar en la consideracion de las cosas humanas, sino levantar luego el vuelo á las superiores y celestiales. La dificultad de la subida del Parnaso significa la que á los principios se siente en el camino de la virtud, y en adquirir las ciencias humanas; y los mónstruos del escuadron de la ignorancia, las muchas que se hallan en las locuras del vulgo; y el heróico y célebre premio de de la virtud, en la honrosa subida de Bernardo al templo de la inmortalidad. En el sepulcro suyo se muestra que las riquezas y fama del hombre virtuoso en todo tiempo son provechosas al mundo, y la gran luz que dan para ser imitados y seguidos.

LIBRO DÉCIMO-OCTAVO.

Argumento. Queda Bernardo vencedor en las justas de Acaya, ofrécele Gloricia á su nieta en casamiento, y él enamorado de Arcangélica se escusa con la prision de sus padres: recibe una carta, y alborotado con ella trata de partirse. Crisalba hace gran sentimiento, y por no apartarse dél, le pide el favor de su persona hasta recobrar el estado de Colonia: Bernardo se lo concede, y embarcándose juntos en la costa de España, se apartan por una estraña aventura. Malgesí, volando en su barco, llega á descubrir la grandeza de la luna, y desde allí pasa á ver las de las Indias occidentales, donde el mago Tascalan le ataja el vuelo, y muestra las maravillas de su cueva.

 O sea del envidioso Momo, ó sea
Traza de otra deidad mas soberana,
Que desde el celestial balcon otea,
Y el curso rige de la vida humana;
Cuanto de gusto en ella se desea
Al nuestro acude al parecer sin gana,
El bien medido, y su placer por tasa,
Y los enfados como á propia casa.
 Dicen que á envidia de la humana suerte,
Los prevenidos dioses en su cielo,
Al bien dieron y al mal nudo tan fuerte,
Que ninguno bajó sin mezcla al suelo:
La vida encadenaron con la muerte,
Penas con glorias, gustos con recelo,
Y la alegría, que de su cosecha
De risa era, quedó de azares hecha.
 Y aun si se dieran por medida iguales
Las dos porciones de contrarios vinos,
Pudiéranse beber, y los mortales
De dos sendas abrieran mil caminos:
Mas viene aguado el bien, puros los males,
Tras un acierto, veinte desatinos,
Que es varia la librea del engaño,
Y la de la verdad de solo un paño.
 Parece nuestro mundo humilde fuego,
De aquellos que pisando las estrellas
Sus tragedias contemplan, y cuan ciego
El hombre que es su autor camina en ellas:
Llega á soplar para alumbrarse el fuego,
Y sáltanle á los ojos las centellas;
Va el otro á su ocasion, y no se advierte
Que en la que busca está la de su muerte.
 Camina Californo, y va fiado,
Para salir con la traicion urdida,
En el que mas vecino lleva al lado,
Y es el primero en le quitar la vida:
Combate el caballero disfrazado,
Y procura matar de una herida
A quien si antes de herirle conociera,
La vida por salvar la suya diera.
 Salió á buscar el godo, y de hallado,
Sin pensar le perdió, suspira, y calla;
Que es siempre lo postrero, y mas guardado,
Lo que se busca, cuando acaso se halla:
Tambien el ciego bosque era hadado,
La oscura noche, y la infeliz batalla,
Y el no saber la tierra, fueron causa
Del nuevo yerro, de sus gustos pausa.
 Bien creyó el español que volveria
El encubierto amigo á ver la tela,
Que por ausencia suya mantenia,
Y de solo su brazo la recela:
Mas ni volvió aquel dia ni otro dia,
Ni la gran voz que de su fama vuela
Le descubrió, ni de su arnés el rayo
El sol volvió á enlutar del campo acayo.
 Dieron las nunca vistas maravillas
De sus armas al godo declarado
Por digno sucesor de las dos sillas
De la Acaya, y del cretense estado;
Y que ante la princesa de rodillas,
De inmortales laureles coronado,
El rico premio goce, y joya puesta
A la honrosa victoria de la fiesta.
 Subió en medio del griego pueblo ufano
Al real dosel el vencedor guerrero,
Donde la infanta con gallarda mano
La guirnalda y su amor le ofrece entero:
Y él con bizarro estilo cortesano,
«Señora, dijo, el premio verdadero
Mio será, que el lauro se mejore,
Donde el mundo le envidie, y yo le adore.
 Y vuestra soberana frente sea
Divino templo á su trofeo de gloria,
Para que como yo pretendo vea
Mas que los cielos alta mi victoria:
Y á vos gallarda y celestial idea
Tambien por premio quede y por memoria
Deste humilde servicio, como es justo
Entera libertad en vuestro gusto,
 Para elegir con él esposo dino
A vuestro real valor y heróica casa,
Sin que con temerario desatino
Nadie en esto os dé ley ni ponga tasa:
El solo sea la regla y el camino,
Y de vuestra eleccion la libre basa,
Que vos que habeis de dar al mundo leyes,
No es bien que las tomeis de ajenos reyes.
 Y si algun descompuesto caballero
Por humilde interés violar quisiere
Desta mi nueva libertad el fuero,
Campo y armas señale, y sea quien fuere,
Que la puerta del gusto no es de acero,
Ni á Palas Venus sujetar se quiere,
Antes sin estimar su escudo y lanza
Sola y desnuda la victoria alcanza.»
 Engrandeció el cretense señorío
Del hidalgo español el noble intento,
Perdió en oirle la princesa el brio,
Celosa aun de su mismo pensamiento:
No sabe si es de amor, ó si es desvio,
El fin del generoso ofrecimiento,
Que á un empeñado gusto en dulces bienes
La alegre libertad sabe á desdenes.
 Y hecha de un cielo de placer trasunto,
Ahora de uno y luego de otro modo,
De su amoroso pensamiento el punto
Claro descubre al encubierto godo:

Y en fiestas puesto el griego reinó junto
A entretenerle en gusto atiendo todo,
Y ella en cuidosa prevencion atenta
De mil cosas le pido y le da cuenta.
Ya en agradables músicas, ya en cazas,
El gusto y el placer se dan las manos;
Y en reales mesas espumantes tazas
La alegria hacen y el amor hermanos,
Con que tú, oh niño celestial, enlazas
De la doncella los cuidados vanos,
Y de su ilustre huésped siempre á tiento
De uno en otro se vuela el pensamiento.
Gloricia en tanto, á quien la oculta ciencia
De sus mágicos versos adivina
La masa real y heróica descendencia,
Que al mundo en siglos por venir camina:
Destas dos sangres, que hoy en diferencia
Tiene el amor, y el cielo determina
Que una se hagan, y su nudo santo
Honra á la fama dé, y al suelo espanto.
Un dia así con el valiente godo,
En su real cuadra á solas retirada,
«¡Oh valor, dijo, en quien por dulce modo
De nuevo mi esperanza veo cifrada!
Si el cielo no hizo diferente en todo
Mi antiguo origen de tu patria amada,
Y ahora ordena que aumentado quede,
Con tu real sangre lo haga como puede.
Sabrás, oh ilustre espíritu gallardo,
Que el manantial primero de mi gente,
No por camino oculto ni bastardo,
De lo mejor de España trae su fuente:
De Viriato gentil, bello resguardo
De la española libertad potente,
Que en el precioso zamorano asiento
Marte le dió el primer vital aliento.
Deste procedió Clodio lusitano,
De espíritu é ingenio peregrino,
Cánio deste nació, deste Daciano,
Y deste el bravo capitan Crastino,
De cuya invicta y atrevida mano
La primer lanza abrió rojo camino
Al real de Pompeyo, y fue el primero
Que á César hizo rey de un mundo entero.
Deste nació Taurino, que Alencastro
Al mundo dió, y al curso del rio Reno,
De Colonia los muros de alabastro,
Con pueblo ilustre de riquezas lleno:
Y dejando de sí glorioso rastro,
De príncipes nació en dia sereno,
Y en estrella feliz por sol del mundo,
El segundo Alencastro sin segundo.
Deste gran duque fuí prima y esposa,
Y de los dos, Tifeo rey de Creta
Unico hizo, cuya estrella odiosa
La mia á mil desdichas trae sujeta:
Crióse en trato libre y vida ociosa,
Y la fama que todo lo inquieta,
Con la beldad de una cretense infanta,
De su raiz destroncó mi altiva planta.
Y ya cautivo el libre pensamiento,
Por verla aborreció el paterno estado,
Y no solo olvidó ciudad y asiento,
De la tierna beldad nueva encantado:
Mas de su religion y nacimiento
(¡Notable desventura!) ya olvidado,
De idólatra de amor, gustos livianos
Serlo hicieron tambien de dioses vanos.
Y aunque en remedio suyo el justo cielo,
Por sano acuerdo del letargo estraño,
De horribles mónstruos le ha sembrado el suelo,
Que para su provecho le hacen daño:
Ni vuelve en sí, ni al religioso celo,
Ni de su obstinacion deja el engaño,
Antes con nuevos mágicos errores
Los daños crecen cada dia mayores.
Ha inventado de honesta sangre humana
A un ídolo espantosos sacrificios,
¡Estraña crueldad! ¡ley inhumana!
De un corazon sin Dios claros indicios:
Y de error en error su alma liviana,
Con los pasados los presentes vicios,
Le han hecho dar á una ramera hermosa,
Por serlo, sacro altar y honor de diosa.
Yo de Colonia huí la acerba muerte,
Y las crueles cadenas del tirano,
Y á Creta me arrojó la adversa suerte,
Un reino entonces mas que ahora humano;
Donde Crisalba, que en placer convierte
Cuanto su vista ve y toca su mano,
Con solo el gusto de hallarla pudo
De mi alma conservar el frágil nudo.
Con ella huyendo del horrible infierno
En que arde el reino, y mi obstinado hijo,
Aquí me retiré, y su pecho tierno,
A que con gusto y gravedad corrijo:
Y de mi ley cristiana el pacto eterno
En mi alma tengo, y en la suya fijo,
Deseando desta humilde tierra obscura
Volar con ella á mas constante altura.
Mi intento á esto trazó las reales fiestas,
En que su ánimo muestre el mas lozano,
Porque en tan valerosos hombros puestas
Mis pretensiones corran de su mano:
La tuya no la sé, las mias son estas,
Cobrar mi antigua patria del tirano
Que ahora la usurpa, y á mi nieta bella
Lejos de Creta ver reinando en ella.
¡Oh brazo ilustre, á quien el santo cielo
Ahora para este bien tiene guardado,
No quieras violentar su feliz vuelo,
Cumple su ordenacion y mi cuidado!
Que deste dulce nudo al patrio suelo
De nuestra España espero que dé el hado
Tal sucesion de príncipes, que sea
De todo lo mejor del mundo idea.»
La prudente Gloricia en este modo
Su ofrecimiento y diligencias hizo,
A quien el firme y generoso godo
Con discretas palabras satisfizo:
Era de su liviana escusa el todo,
La injuria con que un rey antojadizo
Puestos tenia sus padres en prisiones,
Su estado en riesgo, su honra en opiniones.
Con esto el jóven por entonces puso
A aquel nuevo fervor silencio y pausa;
Bien que en sí mismo sin saber confuso
Quien el cuidado y suspension le causa:
Admírase tambien que se dispuso
La bella Olfa á le dejar sin causa,
Y sin darle razon de su partida,
Ni se sabe el por qué, ni á donde es ida.
Cercado destos varios pensamientos,
La ociosa soledad por compañía,
Dando y tomando cuenta á sus intentos,
Y el medio que en seguirlos tomaria:
Viendo cual juegan con la mar los vientos
Desde el real mirador estaba un dia;
Cuando un villano vió con una carta,
Que absorto de mirarle no se harta.
Y en el humilde suelo una rodilla,
«Señor, le dijo, un caballero andante,
Que de luto vestido, una cuadrilla
A un grave entierro lleva semejante,
Al tiempo de embarcarse en una villa,
Que da á un puerto de mar playa inconstante,
Este papel me dió, que en propia mano
Os diese...» y puesto allí calló el villano.
Vió que conforme el simple mensajero
Las claras señas da, la carta viene

Del ausente enlutado caballero,
Que en cuidadosa suspension le tiene:
Y en gusto deseando mas entero
Lo que el secreto del papel contiene,
De sobresalto lleno y de alegria,
Al desdoblarlo vió que asi decia:
«La encubierta princesa de la China,
Del tiempo perseguida y sus azares,
A tí de estirpe al parecer divina
En tus proezas y hechos singulares;
Salud, si el que á descartela me inclina
Darla á tí puede, como á mí pesares,
Porque con ella en años no veloces
El nuevo gusto en que te empleas goces.
El cielo sabe, oh jóven soberano,
A quien la vida tantas veces debo,
Que despues que por ti en el mar Greciano
A ver volví mi libertad de nuevo,
Ni te estimé en tan poco, ni en tan vano
Cuidado el que me dan tus cosas llevo,
Que á no ir ciega cual fui en mi desafio,
Nunca contra tu brazo alzara el mio.
Perdona, oh felícisimo guerrero,
Si en algo estorbo fui á tu nuevo gusto,
Aunque á salir con el honor entero
Jamás dudase tu ánimo robusto:
Mas por lo que mereces y te quiero,
Aunque escediendo del estilo justo,
No sé si ahora diga que me pesa
De haberme desistido de la empresa.
No por vana arrogancia de vencerte,
Que serlo yo de tí tengo por gloria,
Ni por hacerme á mí, ni deshacerte,
Ni acortar con la mia tu memoria:
Pero quizá de envidia por no verte
El gran premio gozar de la victoria,
Que el dolor deste vicio sin provecho
¿A qué altiva mujer no escarva el pecho?
Mas ya que esta intencion es devaneo,
Tu gusto que se estienda á los estraños
Eterno goces como yo deseo,
De azares libre, y de temor de engaños;
Aunque el ver sepultados cual los veo
Dentro en Acaya tus floridos años,
No sé si ya por lo que á ti se debe,
Mas que no á envidia á compasion me mueve.
A tus felices bodas fuera justo
Quedarme, y celebrarlas cual conviene,
Mas en materia de alegria y gusto,
Nadie es posible dar lo que no tiene:
Yo habia de estar sobrada, donde al justo
El resto en igualdad se anuda y viene,
Y asi esta breve falta tuve en menos,
Que agüerar con mi mal gustos ajenos.
Fueme tambien forzoso dar derecho
A la infanta de Fez del falso Argante,
A quien mi real palabra di de hecho
De cobrarle del reino lo importante:
Y aunque lo mas del caso tengo hecho
Muerto el tirano, falta lo restante,
Que me parto á acabar á toda priesa,
Por la que da en sus causas la princesa.
A Olfa mi dama, si la suerte amiga
Salva contigo echó en la playa angosta,
Porque voy sola manda que me siga
Del rio de Fez á la vecina costa:
Y si de allí faltare, á la enemiga
Franciá sin estorbar tome la posta,
Cuando el fin que me prometo en estas
Causas, seré de las francesas fiestas.
Dejara en tu servicio la doncella,
Para que lo que yo de mejor gana
Hiciera en tu servicio y causas, ella
En amistad hiciese honesta y llana:
Mas pues te sobra todo, y yo con ella,
No te falta por culpa tan liviana
Conocimiento en ley y fe de amigo,
Que estuvo tu valor en mas que digo.»
Dejó suspenso al español valiente
El dulce estilo de la aguda carta
Tan sabia, que de leerla atentamente
Una vez y otra y otra no se harta:
Y al rudo mensajero diligente
Aparte por saber cosas aparta,
Dándole por su parte una cadena
De ricas cifras de diamantes llena.
Dél supo entre otras pláticas sabrosas,
Que Olfa llegó á la playa el mismo dia,
Que su ama por las olas espumosas
Del puerto, al mar salió de Berberia:
Y en un presto bajel de alas pomposas,
Que con refresco al real galeon seguia,
En voz que lleva una preciosa espada
Al vengador de Fez, salió embarcada:
Conoció el oro de la rica hoja
Que la infanta arrojó la hermosa china,
Y entre turbados gustos y congoja
La ciega noche por la hallar camina:
Que la oye en cada rama se le antoja,
Y mientras busca mas, menos atina,
Que es tal el peligroso bosque espeso,
Que el tino le hurtó, y pudiera el seso.
Hallóse con el dia en una aldea,
Y dándolo al reposo, dió el siguiente
Al gusto de buscar lo que desea,
Sola de pueblo en pueblo, y gente en gente:
Por aquí ataja, por allí rodea,
En rastro de la reina del Oriente,
Hasta que llegó al fin, donde aquel dia
Tomó tras ella de Africa la via.
Bernardo, alborotado el pensamiento
Con la carta, y la nueva, habiendo al justo
Trazado el tiempo de uno y otro intento,
Seguir quiere los rastros de su gusto,
Que es fuego amor, y con cualquiera viento
El corazon altera mas robusto,
Y ya impaciente de su ociosa vida,
Y sus gustos ordena la partida.
Y para atravesar el hondo charco,
Que tiene el reino de Fortuna en peso,
A toda diligencia aprestó un barco,
Que hace gemir las aguas con su peso:
Y en medio el sesgo puerto, al tumbo y arco
De crespas olas, y de aljéfar grueso,
La áncora corva en el arena agarra,
Y al primer viento ha de dejar la barra.
Sintió Crisalba el pensamiento nuevo
De su querido huesped, en quien puso
Amor su gusto, y la fortuna el cebo
De las lisonjas que á su honor compuso:
Pierde el color, marchítase el renuevo
Que en su deseo florecia confuso,
Y queda entre recelos sin sosiego,
Ya confiando, y desconfiando luego.
Mas viendo del partir la hora llegada,
Y que ya su licencia sola espera,
Con el dolor el alma traspasada
Del miedo los recatos echó fuera;
Y en seca lengua al paladar pegada,
La voz quebrada, y la congoja entera,
Asi habló de la pena los enojos,
Reventando las señas por los ojos:
«¡Oh valor para todos de provecho,
Para mí sola de tormento y daño,
En quien el cielo dió á mi alma hecho
El de toda su gloria á tu tamaño!
Si ya no cubre en tan hidalgo pecho
Siniestro azar la capa del engaño,
¿Cómo es posible que tan presto al viento
La esperanza hayas dado de mi intento?

¿Qué se hizo aquel gran bien que amanecia
Con la luz de tu fama en mi memoria,
Que aunque contaba menos que yo via,
No era menor que mis deseos su gloria?
¿Cómo, señor, tan presto de la mia
Huérfana quedaré, en queja notoria
De la alegre esperanza que me diste,
Cuando venciendo tuya me heciste?
Goza en tanto á lo menos del descanso
Que este revuelto tiempo se mitiga,
Y el tempestuoso mar se muestra manso,
Y en menos ola su arenal fatiga;
Mientras que de los rios el remanso
A dar claro tributo al mar prosiga;
Y vayan no tan turbios y abultados,
De ordinarios riberas abrazados.
Ya por mi mal he visto en suerte loca
Gente á dudosos vientos confiada,
El rigor darla de una oculta roca
Por el áspero mar toda sembrada:
Si tan de lejos mi dolor te toca,
Que por él no merezco alcanzar nada,
Ablande ahora ese tu duro pecho,
Ya que no mi dolor, ver tu provecho.
No te pido la fe del casamiento
Que mi vana altivez me prometia,
Ni que á esa cuenta dejes tu contento
Por el remedio de la pena mia,
Solo que aguardes que te ofrezca el viento
Mas firme soplo, y apacible dia:
Mira si aunque en tu pecho yo estuviera,
Mas breve y corto don pedir pudiera.
No quiero cansar mas, da la sentencia
Que ya en tus ojos se conoce clara,
Que si entendiera que esta triste ausencia
Hasta acabar de oirme se alargara,
Por no verme apartar de tu presencia
Eternamente sin cesar hablara,
Quedando asi, en las causas que me pones,
Igual tu sinrazon con mis razones.»
Dijo, y dijera mas si la congoja
Mas ánimo le diera, y mas aliento;
Mas vuelta en gualda ya la color roja,
La habla á un tiempo perdió y el movimiento:
Quedó cual de alelí marchita hoja,
Y al español su tierno sentimiento
Anuncia sino abrevia la partida,
De amor tan fino su lealtad vencida.
Y así en los brazos de Faustina bella,
Y otras llorosas damas desmayada,
Que en triste asombro acuden á valella,
La real casa les deja alborotada:
Y el constante mancebo huyendo della,
En ojos tiernos va, y alma obstinada,
Al ciego mar, adonde en fragil barca,
Que á el solo espera, sin pensar se embarca.
Y dando al viento las latinas velas
El ligero batel deja la playa,
Que un amor y otro amor sirven de espuelas
Para que huyendo ahora de ambos vaya:
Un amor descubierto sin cautelas,
En vez de encender fuego le desmaya,
Que siempre el gusto incierto se sublima,
Y lo dado de balde no se estima.
Volvió de su amoroso desacuerdo
La bella infanta, y al abrir los ojos;
Aunque alterada, con semblante cuerdo
La causa fue á buscar de sus enojos:
Y no viéndola allí, puesta en su acuerdo,
Y el desdeñado espíritu entre abrojos,
Torna á cerrarlos, que sin ver su amante,
Tiniebla es todo cuanto vo delante.
Mas ya certificada en su partida,
Y en la muerte esperanza de su gloria,
Si el cruel dolor no le acabó la vida,
Fue por darlo mayor con la memoria:
Y entre una y otra pena divertida,
En todas de su muerte ve la historia,
Hasta que vuelta ya á mejor discurso
Dió al alma vado, y á sus penas curso.
Y recogiendo á lo mejor del pecho
El grave mal que su quietud destruye,
Gozar un rato quiere sin provecho
De ver su huésped por la mar cual huye:
De un rico balcon de oro al antepecho
El crespo golfo vió, y en verlo arguye,
Si un tan gran cuerpo mueve un aire vano,
No es mucho sea como él el gusto humano.
Vió volar el pequeño barco altivo,
Surcando el mar con todo su tesoro:
«¡Ay, dijo,, cruel, cobarde, fugitivo,
Quo solo huyes de mí porque te adoro!
Si tanto el mar te agrada, un mar al vivo
Verás en estas lágrimas que lloro:
Vuelve, y navega en él á tu contento,
Que mis suspiros servirán de viento.
Vuelve, y verás el gusto de quererte
Hecho verdugo de mi amarga vida,
Y cuan vecina de mí triste muerte
La vana ocasion fue de tu partida:
Mas no vuelvas, cruel, que en solo verte
El alma, que ya tengo aborrecida,
Por tuya cobrará su aliento y brio,
Para pena mayor y agravio mio.
Que ese mar, como tú inconstante y vario,
Trono de la fortuna sin asiento,
Si ahora afable, como á mí contrario,
Paso te ofrece y favorable viento;
Yo espero que volviendo á su ordinario,
Tu barco arroje con furor violento
Sobre algun pardo risco en que fenezca,
Y que en lo duro y cruel se te parezca.
Mas si solo por ser venganza mia
Olvidare su estilo la fortuna,
Estos suspiros que mi pecho envia
De tí no han de dejar reliquia alguna:
Tu barco anegarán, mas ¡ay porfia
Vana, que á quien mi vista es importuna,
Los suspiros que doy, bien se concluye
Que serán viento en popa, cuando huye!
Mas sean en tu favor, sean en mi daño,
Como quiera que son te los envio,
Que en amor verdadero no hay engaño,
Y eslo en su fe por escelencia el mio.»
Así la infanta dijo, y con el baño
De perlas lleno el rostro de rocío,
Como la luz quedó de la mañana,
Que el sol aun no le dió color de grana.
Y entre tanto la playa lisonjera,
Como si sorda oyera su agonía,
En huecos tumbos se alza de manera,
Que sus deseos ya en temor volvia;
Y lo que sino amara le vistiera
El vengativo gusto de alegría,
Ya en pálido temor el riesgo mira
Del que antes anegar queria la ira.
Cuando el barco, en confuso torbellino
De roncas olas, al amigo puerto
Entre peñascos saludando vino,
Ya de los dos el un costado abierto:
Corrió la infanta al reino cristalino,
Ya el pecho sin recato descubierto,
A recibir el fugitivo rayo
Del sol, que á su alma da un florido mayo.
Con roja tez el español valiente
Segunda vez tomó puerto en Acaya,
Si bien como discreto alegremente
La furia alaba de la ronca playa:
«No es bien dejar ciudad tan escelente,
Ni que yo huyendo de mi bien me vaya,»

Dijo, y á la princesa en la ancha plaza
Pide humilde perdon, y ella le abraza.
 Y ya en solemne triunfo victoriosa,
Cercada de su pueblo cortesano,
Del alcázar volvió á su cuadra hermosa,
Con su vencido huésped de la mano:
Y con alma en sus gustos recelosa,
Que no es durable júzga el bien humano,
Y al que ahora le dió el viento busca modos
A conservarle encaminados todos.
 Y no hallando ninguno poderoso
Al importante fin que pretendia,
Tierna le pide al jóven valeroso
Hasta Colonia le haga compañía;
Con que su estado cobre, ó su reposo,
O juntos ambos bienes en un dia,
Que amor es hijo de un hidalgo trato,
Y la ausencia parió al olvido ingrato.
 Fue de Glorícia traza este concierto,
Que de su amada nieta el bien desea,
Y por mil esperiencias halla cierto
Cumplido de valor el que allí emplea:
Y aun lo que convirtió al vecino puerto
En raudales de viento la marea,
Artificio tambien fue de la sabia,
Forjado en mezcla de aficion y rabia.
 No pudo el español por mas que quiso
El cuerpo ahora hurtar á esta demanda;
Encubrió el sentimiento; y con aviso
A la alegre jornada aprestar manda;
No es en sus gustos el amor remiso,
Que con dos alas por los aires anda,
Y así como por ellos en un punto
Cuanto importó al partir se halló junto.
 Un preñado galeon de nuevo lleno
De aparato y riquísimo tesoro,
Que Dédalo labró en un bosque ameno,
Lo mas precioso dél de nácar y oro;
Hecho al compás y bordos de su seno
Un mudable jardin, alegre coro
De aves parleras, donde su armonía
Los parabienes da al reir del dia:
 Aquí en real pompa á la marea liviana,
Que al huir del sol parió un celaje pardo,
Por la barra salió de espumas cana
Con la princesa el español gallardo:
Seguia por magestad la Capitana,
Mas que para defensa ni resguardo;
Ociosa flota, que el valiente godo
Todo lo ampara, y lo asegura todo.
 La crespa mar con un templado viento
Por sus golfos les abre ancho camino:
Dejan á Macedonia á barlovento,
El Jónio estrecho, el cabo de Paquino;
Y volteando del tinacrio asiento
Con viento en popa el yerto mar vecino,
Al dar la vuelta al cabo de Peloro,
Que huye de Italia por llegarse al moro,
 Un pequeño batel entre ola y ola
Andar de lejos vieron sobreaguado,
Que ni las velas nadie le enarbola,
Ni dellas tiene ni el timon cuidado:
Solo de cuando en cuando una vez sola
El viento rasga, y del rumor quebrado
En las letras del eco que resuena,
Mas que palabras manifiesta pena.
 Gobierna á ver el real galeon de Creta
El pequeño batel que no se mueve,
Y cuanto mas se acerca, mas perfeta
El viento trae la voz ligera y leve;
Y á todas partes, de la mas secreta
Del leño sale el ay confuso y breve,
Entre un horrible estruendo de cadenas,
De que parecen sus cavernas llenas.
 Y en un tapete de oro recostado
Sobre la corva puente un caballero,
El solo hermoso rostro desarmado,
Vestido lo demás de limpio acero.
De lágrimas cubierto y de cuidado,
Y en el semblante y gravedad severo;
Bernardo que le vió perdió el sentido,
De su presencia y suspension herido.
 Conoció la beldad que amor le puso
En lo mejor del alma retratada,
Y vio que el que allí va triste y confuso,
O es sueño, ó su Arcangélica agraviada:
Quiso arrojarse dentro, mas traspuso
La nao de velas y de amor preñada,
Quedándose el batel pequeño en calma,
Que al tierno montañés le robó el alma.
 Manda el galeon parar, manda la infanta,
Sobresaltada en el temor de oillo,
Saber la causa que en presteza tanta
Al mar se arroja su español caudillo:
Cuando el bajel, cuya quietud espanta,
Su barquillo arribó, y de su barquillo
Apenas saltó dentro, que el mar ciego
En crespas olas enrizó el sosiego.
 Quedó en mayor espanto que primero,
Habiendo en su combés reconocido,
Ser un arnés pintado el caballero,
Que la princesa habia parecido;
Y el son de las cadenas lastimero,
O fue imaginacion, ó fue fingido,
Y el fragil barco, si tambien no engaña,
El que una noche le sacó de España.
 Alteróse la mar, y el raudo viento
La flota al barco le escondió y el dia,
Y él sin remos ni vela, en pensamiento
En su ligero vuelo parecia:
Perdió el grave español el sufrimiento,
Burlado de su ciega fantasía,
Que un nuevo gusto le pintó en el seno
Del vacío bajel, de engaños lleno.
 Teme sin ocasion haber dejado
La cretense beldad, teme y suspira
Por ello ser de sin lealtad notado,
Y su aficion hallar trocada en ira;
Que aunque no está rendido á su cuidado,
Ni al dulce premio de su amor aspira,
Es efecto de amor propio, ó forzado,
Amar de un modo, ó de otro, el que es amado.
 Mas entre los recelos y el disgusto
De hallarse en el batel burlado y solo,
Cuando tocaba en horizonte al justo
Del mar de Fez la lámpara de Apolo,
Cobrando aliento su ánimo robusto,
La noche obscura, y encubierto el polo,
A ver se puso la ligera priesa
Con que el golfo su góndola atraviesa.
 Juzga de su volar que no anda tanto
De un nuevo amante el pensamiento altivo,
Como ella envuelta en el confuso manto
De la noche sin luz y el golfo esquivo:
Cruza mil sierras de agua, cuyo espanto
Otro ánimo dejara apenas vivo,
Cuando ya por entre una y otra roca
De un rio profundo le tragó la boca.
 Y los prolijos golfos reducidos,
A una angosta canal mira abreviadas
Sus olas, y él y su batel metidos
Entre riberas de árboles copadas;
Por donde de la furia compelidos,
Que allí los dió á las ondas sosegadas,
Del cristal de Ebro la barquilla altiva,
Cual rayo sube la corriente arriba.
 Salia sembrando aljófares y plata
La blanca aurora por el crespo rio,
Guiando por entre una y otra mata
Sus tiernos soplos al batel vacío;

Cuando en un remolino le arrebata
La densa niebla de un celaje frio,
Que de sus lentas ondas se levanta,
Y al dia mas claro con su sombra espanta.
El nacer y el morir la luz del alba
En su presencia todo fue en un punto,
Y de la obscura nube hacerle salva
Con roncos truenos, fuego y rayos junto;
Pasando la pequeña barca salva
Entre las rojas llamas un trasunto
De la encendida fragua en que al verano
Sus rayos labra á Júpiter Vulcano.
Volaba ardiendo sin quemarse el barco
Sobre el agua que en blando fuego ardia,
Cuando de en medio el encendido charco
De un dragon la escamosa tez nacia,
De las colores que en el cielo el arco
Vestirse suele al trastornarse el dia,
Cuya garganta, aunque escarchada de oro,
Llamas lanzaba en anhelar sonoro.
Así al cruzar Chàron el lago Averno
Con su negra barquilla, le recibe
La abierta boca del horrible infierno,
Del fuego llena que en su vientre vive:
Y entre el obscuro arder del humo eterno,
Que á cada culpa su castigo escribe,
Su leño alija, y la laguna amarga
Al peso gime de la inútil carga.
Y así la fusta en que el valor de España
Entre el fuego y el agua iba rompiendo,
A las gargantas de la sierpe extraña
Bajar se vió con espantoso estruendo:
Tragóle el gran dragon, que una montaña
Es breve hormiga con su bulto horrendo...
Yo no me atrevo á dar tras dél un paso,
Que es irse á despeñar horrible caso.
Seguir ahora el rumbo ilustre quiero
De otro navío que próspero navega,
Y remedar un gusto lisonjero,
Que solo al tiempo del placer se llega;
Y él sobre el aire así vuela altanero,
Que el mundo ya por bajo se le niega,
Y en ver la luna Malgesi tan junta,
Las bolinas biró, y tomó otra punta.
Dióle medroso horror ver si anochece
Del cielo trastornarse la techumbre,
Y que lo que de acá luna parece,
Huecas montañas son llenas de lumbre;
Y la argentada tez, que mengua y crece
En su resplandeciente pesadumbre,
Es luz del sol, que como á un limpio espejo,
Ya de un lado le da, ya por parejo,
Sus plateados riscos y montañas
Lagunas de un cristal que se movia,
Entre cuyas riberas y espadañas
Las sombras viven de la noche fria;
Y aquellas negras cejas y pestañas
Que aquí parecen, desde allí se via
Ser de un jayan el bulto, que tendido
Sóbre un blanco arenal vive dormido.
Guarda su sueño en hermosura rara,
Mil perlas ensartando de una en una,
Una blanca mujer, cuya ancha cara,
En viéndola, les dijo ser la luna:
La tez del rostro transparente y clara,
Cada ojo del compás de una laguna,
La boca un ancho rio, y ella junta
Mayor que el monte Olimpo falda y punta.
Las riendas de la mar tenia en la mano,
Y de espejo su golfo le servia,
De las flores cercada del verano,
De cuyas perlas su frescor se cria:
Admiróles el mundo soberano,
Que así volando por sus hombros guia,
Dando los ojos al humilde suelo,
Medrosos del furor de tanto vuelo.
Juzgan mayor el globo de la tierra
Que el primer resplandor dos treinta veces,
Y el ancho mar, que en ámbito le cierra,
De un mudable cristal lustrosas teces,
Donde haciendo del sol los rayos guerra
Nuevas lumbres producen sus combeces,
Que de sombras tejidas y reflejos
Otra luna inferior forman de lejos.
Absortos al placer de andar volando
En medio de ambos climas ya sin tino,
Ni ven si van subiendo, ó si bajando,
Ni de cual mundo siguen el camino:
Cuando el diestro piloto en curso blando
Cambió el timon, y marcando el lino
Las bolinas trocó, y humilló el vuelo,
Que es de riesgo sin fe subirse al cielo.
Fueron al fin á rematar la punta
A los bajos Antípodas del mundo,
Pasando en invariable vuelo junta
La obscura inmensidad del mar profundo,
Hasta donde con él se engaza y junta
Suelto del primer orbe este segundo,
Que hoy á España tributa y da barata
La sangre de sus venas vuelta en plata.
Ven hácia el Sur tendidas las regiones,
Y el belicoso clima de la tierra,
Que en los menos altivos corazones
Discordia influye, presuncion y guerra;
Hasta los encubiertos Patagones,
Y el largo estrecho que sus playas cierra,
Por donde Magallanes sin contienda
Del rico Oriente halló la inútil senda.
Ven del Brasil los páramos incultos,
Los Andes, el Dorado, y los temidos
Desiertos del Darien, llenos de insultos,
Aunque frescos entonces y floridos:
Del viejo y mozo Potosí los bultos
De riquezas preñados, y hoy paridos,
Y las playas de Chile de oro llenas,
Y ahora mas de sangre que de arenas.
La rica tierra y blancos arenales
En que llover no supo el seco cielo,
Y la vecina sierra y sus raudales,
Que en frescos valles dan partido el suelo:
El Cuzco de los Ingas naturales
Silla imperial, y el claro y fértil vuelo
Con que la equinoccial sembrando brasa
Por los muros de Quito rompe y pasa.
En Panamá, y su costa el nudo estrecho,
Que dos contrarios mundos encadena,
Y el hueco monte, que de llamas hecho
De Nicaragua por las playas suena:
Del valle de Campeche el dulce pecho
Queda de roja miel y abejas llena;
Y los vergeles que el cacao señala
Por el rico Tabasco, y Guatemala.
Miran el brazo de cristal que ataja
De Chiapa los desiertos arenales,
Y de Guajaca la florida faja
De regalados temples y frutales:
Las dos ricas Mistecas alta y baja,
Con sus frescas moreras y nogales,
Las nevadas alturas de Perote,
Y el mar que á vista de él sirve de azote.
Ven, entre el fresco Panico y Guatulco
A Tlascala, y el reino Mejicano,
A Mechoacán, Colima, y Acapulco,
Del mar del Sur el puerto mas cercano:
Los pueblos de Quiseo y Tlajamulco,
Y en sus contornos y florido llano
La abundante laguna de Chapala,
Que al Océano en profunda anchura iguala.
Miran de Zacatecas la riqueza,
Entonces en sus venas enterrada,



Y otro Méjico al norte de grandeza,
O ya sea verdadera, ó sea soñada:
De la sierra de Topia la belleza,
De fina plata y oro incorporada,
Y á Culiacán, que en temple no bien sano
Al mundo crió la flor de su verano.
  Los riscos de Chiametla y de Copala,
Y de su rica playa las salinas;
La áspera Guaynámota, que la iguala
En fieras gentes, y en preciosas niinas;
Los altos montes de Xalisco y Xala,
Llenos de miel sabrosa, y de sabinas;
Los jardines del valle de Vanderas,
Y reventando el mar por sus riberas.
  El gran volcan de Xala, mónstruo horrible
Del mundo, y sus asombros el mas vivo,
Que ahora con su roja luz visible
De clara antorcha sirve á lo que escribo:
Y á tí, oh soberbio Olimpo inaccesible,
Desta historia feliz rico motivo,
Tambien verian de allí, puestos por tilde
A tu alta frente y tu laguna humilde.
  Y aun pienso que si el sabio lo fue en todo,
Entre sus ninfas de cristal veria,
Danzando por las juncias á su modo,
La que me sirve aquí de aliento y guia;
Pues hilando su estambre al valor godo,
La tela entonces inmortal tejia
De los ricos dibujos con que ahora
Felices partos da en mi voz sonora.
  Aquí entre sus laureles inmortales,
En fresco temple y agradable frio,
De aquellos pensamientos celestiales
Esta heróica preñez concibió el mio:
Aquí entre verdes juncias y cristales
Manó la humilde fuente deste rio,
De la quietud y paz que aquí se encierra,
Deseos de fama urdieron esta guerra.
  Ya desde el aire el mágico adivino,
Lo mismo contemplando que yo ahora,
La vuelta queria dar por donde vino,
A encontrar los caballos del aurora:
Cuando el brio atajado y el camino,
Vencido su saber, se vió á deshora
Caer al suelo con su barco y guia,
Y la gente que dentro dél venia.
  Sobre los riscos de un volcan ardiente,
Que entre Tlascala y Méjico levanta
Al cielo, y á su luz el humo y frente,
Con que á ella ciega y tizna, y á él espanta,
Del risco mas fragoso y eminente
Un gajo sube, que entre planta y planta,
Del sabio Tlascalán la cueva horrible,
Si el humo da lugar, vuelve visible.
  Era este nigromántico severo,
Corpulento jayan, doblado en ciencia,
Que los roncos bramidos del Cerbero
A los suyos prestaban obediencia:
Ni por bárbaro inculto, ni por fiero,
De imperfecta amistad, grave en presencia,

El calvo rostro como una ancha adarga,
La hórrida barba espesa, cana y larga.
Ciento y ochenta cursos de su esfera
La lámpara del sol pasado habia,
Despues que al sabio dió la luz primera,
Y él con ella gozó su primer dia;
Y tantos de salud y vida entera
En esperiencias mágicas tenia,
Cuyas lecciones, y saber profundo,
Los círculos parar solian del mundo.
Subia los rios á buscar su fuente,
Y á los ojos el siglo venidero,
A los mas firmes montes dió corriente,
Y cadenas al tiempo mas ligero:
Y temiendo tambien como prudente
El segundo morir tras el primero,
Al riesgo hacia de la humana suerte
De la virtud escudos á la muerte.
Pues este, á quien las luces del ocaso
Los rayos humillaron á su cueva,
Luego que el barco vió en el cielo raso
Seguir en rumbo tal senda tan nueva,
Con firmes signos le detuvo el paso,
Y él, su patron, y los que dentro lleva,
Ya de su mago cerco roto el vuelo,
Sin ver por quién, se hallaron en el suelo.
Mas cuando en los perfumes y centellas
Del ya violado círculo y conjuros,
Y la sombra infeliz que dellos y ellas
Los cursos le aclaró primero obscuros,
Manifiestas halló las causas bellas
Con que volando al aire iban seguros,
Y el cerco hermoso, y el diverso mundo,
Que en el primero vieron, y el segundo:
Con razon admirado y envidioso
Del vuelo ilustre seguidor del dia,
Al ya quebrado barco el mago ocioso
Con rostro vino lleno de alegría;
Y «el cielo, dijo, oh pueblo valeroso,
El fin dichoso os dé como la guia,
Porque el feliz viaje deste modo
Sea, cual vuestro valor, único en todo.
No tristes vueltas de contrario sino,
Ni aspecto inútil de enemiga estrella,
Al dichoso bajel cortó el camino,
Y su fuerza y virtud dejó sin ella;
Mas nueva traza del saber divino,
Que por los pasos quiso de esta huella,
Cumplidos ya vuestros deseos, mostraros
De un mundo oculto los sucesos raros.
Y pues la eterna prevencion divina
Vuestra venida á tal sazon dispuso,
Ya el pié dichoso, oh gente peregrina,
En los riscos poned que el cielo os puso;
Que yo, á quien esa misma fuerza inclina
Que en todo os sirva de mi oficio al uso,
Para ello saco á luz grandezas tales
Que al resto escedan, y aun que os sean iguales.»
Dijo, y el francés sabio, que vencido
Su poder vió de aquel oculto mago,
Roto el ligero barco, y él rendido
A un superior espíritu aciago:
Ya que en voz noble y trato comedido
El roto esquife suelda con halago,
Y en amigo hospedaje los convida,
Y á él y á los suyos da la bienvenida:
Cerrando ahora del primer agravio
La oculta saña en lo interior del pecho,
Que el encubrir la afrenta es de hombre sabio,
Cuando no es el vengarla de provecho:
Con rostro alegre y lisonjero labio,
Fingidas gracias da al agravio hecho;
Y en real grandeza el mágico á su cueva
Con segura amistad y paz los lleva.
Por las venas sin luz del monte horrible,
Que al turbio cielo escupe ardiente llama;
Una gruta de altura inaccesible
En preñadas cavernas se derrama:
Patente un tiempo fue, mas ya invisible,
Toda su magestad guarda la fama,
Adonde el sabio los subió, y tenia
Cuanto de gusto el suyo le pedia.
Hecho á la entrada de un pendiente risco
De un alto mirador el corvo techo,
A quien de alegres rejas rojo aprisco
Alfombras labra al rústico antepecho:
De yedras entoldado, y de lentisco,
Dondo la vid lozana trecho á trecho
De tiernos grumos hace que se cuaje
La red de su tejido ventanaje.
Entrando por la cueva, á quien ninguna
En riqueza igualó ni en aposento,
Tan vecina á la esfera de la luna,
Que por humilde deja á la del viento,
El cristal ven temblar de una laguna,
Que es de aquel mundo el mas florido asiento,
Y en sus retretes tales maravillas,
Que allí el verlas pasmó, y aquí el oillas.
Era la hermosa cuadra, que en altura
Poner la suya quiso en las estrellas,
No hecha por humana arquitectura,
Sino por la influencia y virtud dellas:
Dentro en los huecos de una peña obscura,
A quien dan luz los rayos y centellas
De puntas de diamantes y esmeraldas,
Que el cielo le cuajó en su cumbre y faldas;
Vése del tiempo y la humedad cubierta
La hueca peña de menudas flores,
En partes jaspeada, en partes muerta,
En sombras una, y otra en resplandores:
Haciendo un todo de hermosura inserta
Sus diversos metales y colores,
Y esmaltada la tez que los remata
De grumos de oro y escarchada plata.
El natural desórden con que puso
El ciego tiempo estos rasguños bellos,
Como arrojados en monton confuso,
Es el mayor primor y gala en ellos;
Pues tanto sus brutescos descompuso,
Y en tantas formas se enredó por ellos,
Que parece los hizo en competencia
Del artificio de la humana ciencia.
Pues á los capialzados de la sala,
Sembrados de preciosa pedrería,
Ni el oro les faltaba para gala,
Ni crústulas de varia argentería,
Ni azul y verde jaspe, á quien no iguala
El Copto ardiente, ni la Scitia fria,
En vez de los doseles y tapices,
De huecas sombras, sendas y matices.
Que la alta corpulencia de la piedra,
De diversas riquezas amasada,
La falta suple, y con ganancia medra
Mil hermosuras de que está sembrada:
Que el oro entre lo verde de la yedra,
Y entre lo azul del risco plata helada,
Labores hacen de tan diestra mano,
Que vuelven pobre al artificio humano.
Desta real sala puerta á otras menores,
Menores no en riqueza ni hermosura,
Que de manchados jaspes y labores
Divina hacen y nueva arquitectura:
No todas de cavernas y furores,
Ni brutos senos de la piedra dura,
Que en mucha parte el bárbaro edificio
Al natural juntaba el artificio.
Dejó admirados de la gruta estraña
La no vista belleza á los presentes,
Sus frondosos jardines, con que engaña
Del veloz tiempo el sabio las corrientes:

Y en sillas de oro, y áspera montaña,
Del grave estudio cuadros escelentes
Gozan, en que el pincel subió de punto
De un mundo y otro el artificio junto.
Era esta cavernosa cuadra hecha
De un amasado risco de esmeraldas,
Que un fresco mirador arroja y echa
Del jardin bello á las floridas faldas,
De adonde un cielo ve y un mundo acecha,
La vista al Sur, y al Norte las espaldas,
Con un rio que al romper de peña en peña,
En verde júncia y ovas se despeña.
A cuyo ruido el canto de las aves
De altivo sirve y dulce contrapunto,
Y el tiple agudo en los bemoles graves
Afinándose mas sube de punto:
Al fin juncias, bemoles, cantos suaves,
Rio, flores y peñas todo junto,
Entretiene, suspende, alegra, engaña
La vista, el campo, el bosque, y la montaña.
Aquí el mago tenia de sus ciencias
El estudio, instrumentos y aparato;
Aquí su anatomía y esperiencias
Con vigilancia hacia, y con recato;
Aquí de globos varias diferencias,
O por necesidad, ó por ornato,
Que en paredes y bóvedas colgaban,
Alegre asombro á quien las via daban.
En huecos bultos de sombrías figuras
Sus malogradas almas detenidas,
De las regiones lóbregas y obscuras
Por nuevos rumbos mágicos traidas;
Y aunque á la vista son simples pinturas,
Estrechas gozan y espantosas vidas,
Dando al mago en diversos tiempos juntas
Sospechosa respuesta á sus preguntas.
Tiene de yerbas, raices, y de gomas,
Venenos, piedras, sierpes, monstruos, fieras,
En cajas, urnas, vasos, botes, pomas,
Varias sumas de hechizos y quimeras;
De agua del rio Averno dos redomas,
De las tres furias nueve cabelleras,
Hollin del barco de Charon, y entero
Un colmillo y dos uñas del Cerbero.
De pardo lobo ayuno, que enmudece
Los perros con su vista, buche y pelo,
Cabellos de Prosérpina, y el pece
Rémora, que á un navío entume el vuelo,
Hiel y ojos de trimelga, que entorpece
Al pescador el brazo del anzuelo,
Un grano de alcanfor, y otro de helecho,
Y de dos escorpiones cuello y pecho.
Un aspid soñoliento, una escamosa
Piel de serpiente azul de manchas llena,
Corrupta sangre de mujer celosa,
Mortal cicuta, mágica verbena,
Plumas de salamandria calurosa,
Espuma de doblada anfesibena,
Soga de hombre ahorcado en acecuche,
De arpía las garras, y de un buho el buche.
De la serpiente emórrois el veneno,
Que despide en sudor la sangre humana;
De la sedienta hidra el cuero lleno
De ponzoña, y del sirio can la lana:
La ala del presto yáculo, que al seno
De la peña se arroja mas cercana;
Dipsas, que al que su tósigo salpica,
La sed hasta la muerte multiplica.
Un corazon de niño, que la hambre
Los huesos enjugó y secó la vida,
De la rueca de Cloto el blando estambre,
A quien del mundo está la hebra asida:
Una cabeza de encantado alambre,
De contrahecha voz, y alma fingida;
Los ojos de un dragon y un basilisco,
En sangre de camello berberisco.
Dientes de cocodrilo y elefante,
Dos buches de avestruz, menstruo de vieja,
De la grulla la piedra vigilante,
Y la electroria húmeda y bermeja:
Del buho el ojo izquierdo penetrante,
El diestro de la aguda comadreja,
Con la piedra de la águila, que dentro
Va con preñados senos á su centro.
Yerba del Pito contra el hierro duro,
Ceniza de hombre muerto de algun rayo,
Estéril tierra de sepulcro obscuro,
Dos huesos de abubilla y papagayo,
Yedra cortada de arruinado muro,
Ruda encantada con rocío de mayo,
Pares de un abortivo, y la testera
De unicornio, habaela, y de pantera.
Un cuerno de cerasta, que en la arena
Arma escondida venenosos lazos;
De la engañosa y lóbrega hïena
Las azules escamas de los brazos,
Con que en las tristes sepulturas suena,
Haciendo los cadáveres pedazos;
De la ave fénix una roja pluma,
Y de una hidra el tósigo en espuma.
Y en mas virtud y adorno de la cueva,
En maga ostentacion y fuerza oculta,
De noble pedrería un cielo lleva
En realces de oro por la peña inculta,
Así en signo observado y luna nueva,
Que de su variedad y luz resulta
Belleza al muro, estimacion al arte,
Y á la mágica ayuda por su parte.
El cristalino Erindro, que humedece
Con su frialdad el aire circunstante,
Y dando siempre lágrimas, parece
De algun ausente gusto tierno amante:
La dura celosía, á quien no empece
El fuego, y el celonte penetrante,
El adivino y verde Silenite,
Que con la luna en la inquietud compite.
Las castas esmeraldas, el topacio
Contra el vacío tumor de la locura,
El balax, casa hermosa y real palacio
Del carbunco, y la onix triste y obscura:
La verde orites, que en pequeño espacio
Bebida hace abortar la criatura,
Y la andromata de agradables rayas,
Que el mar Bermejo escupe por sus playas.
La roja peridonia, que las manos
Con su disimulada lumbre quema;
La preciosa bezár, que los lozanos
Ciervos del buche crian en la flema;
La ágata, llena de manchados granos;
La encendida amatista, que desflema
De Baco el humo; el záfiro, y á este
El jacinto, salud contra la peste.
La amandrina de agudos resplandores,
De agoreros autora y adivinos;
La acates de jardines y de flores
Llena, y rasguños de oro peregrinos;
La aquelonia sembrada de labores,
Los duros inmortales abestinos,
En quien si el fuego prende sus centellas,
Ni ellos se gastan, ni se apagan ellas.
No faltó la pantera á maravilla
De encontradas colores salpicada,
Ni la que en su celebro la abubilla
A entender da los sueños aplicada:
Ni á tí, Liparis bella, faltó silla,
Que de flecha jamas fuiste hallada;
Ni á tí, Diacodos, que á las noches manas
Vanos asombros, y fantasmas vanas.
De este cielo de estrellas amasado
La alta bóveda el suyo componia,

Y un elitrepio en humedad bañado,
Que entoldar suele de tiniebla el dia,
Con la que del celebro coronado
Del gallo nace, y de su humor se cria,
A vueltas de diamantes y rubazos,
Que alegres hacen y vistosos lazos.
Y en medio los festones y guirnaldas,
Que tejen de grabada enlazadura,
Rojos rubis y alegres esmeraldas,
Como pomposo rey de la hermosura,
Dando centellas de oro y luces gualdas,
Hácia un carbunco de la sombra obscura
De aquel rico desvan, si sombra habia,
A pesar de la noche eterno el dia.
Ufano el sabio, que en silencio atentos
La novedad los tiene de su cueva,
Su admirable riqueza, y los portentos
Con que los ojos y los gustos ceba;
Por mas recrear sus ánimos sedientos,
Y darles mas que su apetito beba,
Del hueco monte los subió á la cumbre,
Rico inmortal blandon de eterna lumbre.
Pasan á vista de la llama ardiente,
Que al cielo de su vientre azul vomita,
Cuyas masas de luz resplandeciente
El bronce en ellas hace se derrita:
Ven las hornazas, y el metal luciente,
Que hirviendo en las canales huecas grita,
Y entre el humo, que al aire pardo tupe,
Torcidos rayos en contorno escupe.
Y ya despues que por revueltas calles,
Y obscuros socavones, en la cumbre
Del erizado monte, volvió á dalles
Segunda vez del rubio sol la lumbre,
Una sala se vió llena de entalles,
Tan lleno de oro el suelo y la techumbre,
Que el avariento Midas pudo solo
Labrarla, antes de entrar al rio Pactolo.
De grave y compasada arquitectura,
Aunque por magos círculos movible,
Que en tal aspecto abrieron su figura,
Que en ella un mundo y otro hacen visible,
En luz tan nueva y claridad tan pura,
Que la tierra y el cielo inaccesible,
Lo por venir, pasado, y lo presente
Volar se via por su corva frente.
En firmes arcos sus murallas hechas
De contrapuestos cóncavos espejos,
Que en cortas luces, y saetías estrechas,
Nuevas figuras dan, nuevos reflejos;
Y las vislumbres entre sí deshechas
De vario aspecto y rayos mal parejos,
En las teces ponian ingeniosas
Nueva admirable variedad de cosas.
A este real mirador un fresco llano
De pomposo teatro le servia,
Donde un alegre pueblo en traje ufano
Con placenteros bailes se estendia;
Cuando en suave modo el mago anciano,
Dándoles sillas de oro y pedrería,
Así tuvo en palabras elocuentes
De sus labios colgados los oyentes:
«Aunque la alegre suspension que veo
Mis cosas hace de mayor estima,
Pues en tan graves pechos, cual deseo,
Alegre espanto dan, y causan grima,
El admirable círculo y rodeo
Con que del nuevo mundo á ver la cima
Llegado habeis, así le escede y pasa,
Que es mi grandeza ya grandeza escasa.
¿Quién jamás supo dar tan alto vuelo,
Aunque ayudase con su industria y alas,
Un hombre antiguo, que en esotro suelo
Haber, dicen, labrado al aire escalas?
¿Quién por tan alto rumbo y paralelo
Llegarse pudo á las supremas salas,
A oir de las estrellas el lenguaje,
Y ver la inmortal luz de su viaje?
Tiénese por sospechas que esta lumbre,
Que es de todas las lumbres la primera,
No como el mundo juzga está en la cumbre,
Mas en el fijo centro de la esfera;
Y la demás inmensa muchedumbre
De estrellas rubias con su rueda entera
En torno rueda dél, y tambien rueda
La tierra, aunque parece estarse queda.
Que él, como silla y soberano asiento
De los dioses, se está inmudable y fijo,
De cuya eterna luz toma sustento
La suya, y della el mundo regocijo:
Vosotros, que en los páramos del viento
Recodo y vuelo disteis tan prolijo,
Sabreis quizá lo que ahora se desea,
¿Si se anda el sol, ó el mundo le rodea?
A los que el cielo han visto, ¿qué grandeza
No les parecerá menuda y corta?
A quien gozó del orbe la belleza,
¿Ver esta estrecha gruta qué le importa?
De la tierra el caudal todo es pobreza,
Y así la vista al parecer absorta
En lo que ahora veis, quizá proviene
De la desproporcion que el caso tiene.
Mas si hay equivalencia ó puede habella,
En lo que está por ver, y habeis ya visto,
En esta sala está, y ahora por ella
En raudo vuelo pasa, y curso listo:
Aquí el gran rayo está de una centella,
Que ha de encenderse de la luz de Cristo,
Y á la alegre venida de su aurora,
Aquellas gentes hacen fiesta ahora.
Grandes cosas sabreis, estadme atentos,
Pues á esto el cielo os arrojó á mi cueva,
Y para que quieteis los pensamientos,
Y mi voz todos juntos se los beba:
Seguro os doy, que salvos y contentos,
Por un breve camino, y senda nueva,
Al mundo volvereis de quien salistes,
Y los montes vereis que otra vez vistes.
Tú, heróico persa, á quien un alma altiva
En tanta duda puso y desconsuelo,
No ya te aflijas mas, que sana y viva
A mejor ocasion la guarda el cielo,
Que ni de Creta la beldad esquiva,
Ni otra inclemencia ni rigor del suelo,
Por otra ocasion nueva, ni por esta,
La vida acabará que tantas cuesta.
El tributo cruel que en Creta puso
De un cerco mago el prodigioso cero,
Por quien el ciego reino trae confuso
De un falso dios el nombre lisonjero,
Se alzara de una vez, y el torpe abuso
Del sacrílego altar cayera entero,
Si la heróica beldad, que de las aras
Medroso arrebataste, le dejaras.
Hizo el encantamento riguroso
Con tales cercos el sangriento mago,
Que hasta que un rostro llegue así hermoso
Que de fealdad le falte un corto amago:
Del cruel reino el triste altar odioso,
Del mundo, y su hermosura será estrago,
Sola Angélica pudo darle el justo
Libre aquel dia del tributo injusto.
Mas si el sol pasa desta edad florida
Por largos siglos durará su llanto,
Que dar del todo una beldad cumplida,
Ni el mundo llega ni su fuerza á tanto:
Con esta regla ha de salir medida,
De treinta nesgas ha de hacer su manto;
Tantas Elena tuvo, y tantas tiene
La bella reina que de Oriente viene.

En tres facciones, cual la blanca nieve,
Y en otras tantas gorda y colorada,
En tres larga tambien, y otras tres breve,
Y gorda en tres; y en otras tres delgada,
Y ser estrecha en tres la dama debe,
Y en tres ancha, estendida y dilatada,
Pequeña en tres; y si esto no tuviere
En Creta morirá, si á Creta fuere.
El cuerpo y dientes blanco, y los cabellos
Cual se descubre el sol por la mañana,
De negro las pestañas y ojos bellos,
La parte menos bella, y mas humana:
Como el coral los labios, y con ellos
Las uñas y mejillas como grana;
El cuerpo, manos, el altivo cuello
Largo importará ser, si ha de ser bello.
Los piés, dientes y orejas delicadas,
De breves puntos, y perfecta hechura,
Pestañas y caderas dilatadas,
Y anchos pechos de alegre arquitectura,
Y las tres perfecciones mas notadas,
Pequeña boca, y breve de cintura,
Con lo demás que amor justo ó injusto,
Breve lo pide, como lo es su gusto.
Del medio inferior cuerpo otras tres cosas
Que no sean flacas pide la belleza,
Si bien la honestidad por peligrosas
A los ojos cubrió su gentileza:
La nariz, las dos pomas deleitosas,
Pequeñas, y pequeña la cabeza,
Y los dedos, los labios, y cabellos
Delicados serán, si han de ser bellos.
Destos varios engaces de oro juntos
La imágen se hace de beldad perfeta,
Y el limpio aspecto y rayas destos puntos
El firme encanto desharán de Creta;
Y en la japona reina los trasuntos
Desta medalla pública y secreta
Salud le dieran, si el temor estrecho
No lo estorbara de tu ardiente pecho.
Y tú, francés, á quien la nueva guerra
De tu patria hará de llanto un lago,
Y en la subida de una inculta sierra
En sus flores de lis sangriento estrago;
Apriesa vuelve á tu enemiga tierra
A dar venganza al agraviado mago,
Que está del sacro imperio el guion alto
De insignes capitanes y armas falto.
En el Franco Pomier, donde yo, puso
Su casa un tiempo y su jardin Morgana,
Morgana ilustre hada, que el concurso
Ahora de la riqueza rige humana:
Diosa del interés, y de su abuso,
Y del rey Artus halagüeña hermana,
Un castillo encantó, y un bosque esquivo,
Donde á su hermano tiene, ó muerto, ó vivo.
Y allí en la rica sala del tesoro,
Por nueva injuria á su enemiga Francia,
Los capitanes de mayor decoro,
Que del imperio rigen la importancia,
Hechos tiene insensibles bultos de oro,
Que esa es del oro la mayor ganancia,
Y el interés en ánimo avariento,
Confuso lazo y ciego encantamento.
Y así este, aunque desnudo de provecho,
Como mal sin remedio no le alcanza,
Que un hombre avaro estátua de oro hecho,
No hay, de que vuelva á ser quien fue, esperanza:
Solo á la puerta en un sepulcro estrecho
De un muerto cuerpo está la semejanza,
Que suele con ponérseles delante
Del sueño despertarlos semejante.
Aquí, pues, ves lo que á tu patria importa:
Abrir harás la antigua sepultura,
Y al muerto bulto, que la muerte absorta
Con su voz rompa la lazada obscura;
Que á quien del oro el interés transporta,
La sola muerte cura su locura,
Y aun suele el rumor della á mejor vida
Dar despierta la estátua mas dormida.
Hay fama que es el poderoso muerto
El Anglio rey, que allí en podrida llama
Su enjuto cuerpo tiene, y viendo abierto
El lóbrego ataud, deja su cama:
Y á su antigua virtud y honor despierto,
Al mas dormido da deseos de fama,
Y el oro hace olvidar que es tierra el oro,
Y un hombre insigne celestial tesoro.»

ALEGORIA.

Bernardo, que por ninguna via quiere dejar el seguimiento de Arcangélica, significa, que el ánimo codicioso del apetito de venganza, con ningun partido ni medio se quieta, ni otra satisfaccion tiene por honrosa, que aquella que por sí mismo alcanza de quien le ofendió. El gran vuelo del sabio Malgesí, ya hemos dicho que es figura de la vida contemplativa, que de las cosas visibles inferiores pasa la mira á las celestiales, con la cual llegará la felicidad del nuevo mundo, que es la bienaventuranza prometida al hombre, como á la monarquía española las Indias Occidentales. Por Tlascalán, sabio antiguo, que tiene su morada en las cavernas y gruta de un monte, es entendido el apetito de las riquezas que se crian en las entrañas de la tierra: el cual muchas veces es poderoso á traer al suelo con su fuerza al hombre contemplativo, que antes con gran deleite volaba sobre su pensamiento, ocupado en solo contemplar la hermosura del mundo y secretos de la naturaleza: al cual la solicitud de las riquezas impide la quietud, que tan necesaria es al ánimo contemplativo, como Aristóteles dice en las Eticas, que si para la vida activa ayudan mucho, para la contemplativa totalmente son estorbo. El mirador de la cueva de Tlascalán, significa la imaginativa, de adonde se via tanta variedad de cosas. En el modo que á Reynaldos se da para desencantar las estátuas de la sala del tesoro, se muestra como sola la muerte, ó su memoria eficaz, es la que puede despertar á los avarientos de su peligroso encantamento.

LIBRO DECIMONONO.

ARGUMENTO. Cuenta el sabio Tlascalán las espantosas hazañas de Hernando Cortés en su conquista de la Nueva España, y la real sucesion de los reyes castellanos, desde el Casto Alfonso hasta Carlos Quinto. Hállase Bernardo en el suelo de la fuente de las Maravillas, donde habiendo acabado un artificioso encantamento, y ganado en él la famosa espada Balisarda, la hada Iberia le muestra en una sala las armas y blasones de algunos insignes linajes de España.

Así de lo profundo de su pecho
El sabio al mundo siembra maravillas,
Y en la gruta retumba el cervo techo,
Y oyen los héroes en doradas sillas,
Que en observado signo y cercos, hecho
De luciente oro márgenes y orillas,
El feliz mirador da en sus viriles,
Aun á los por nacer cuerpos sutiles.
Y él viendo el siglo por venir patente,
De superiores luces alumbrado,
Vuelto un Proteo mortal, hacia presente
Del que escuchaba el venidero hado,
Como al rey Persa, y al francés valiente
De nuevas trazas amasó el cuidado,
Y en su piloto ahora el rostro fijo,
Así siguiendo su discurso dijo:
«Si cual te dió el antiguo Balisarte
En el francés aguado el valor godo,
Sin mezcla de otro azar supiera darte
De castellana masa el pecho todo,



Ni mi voz fuera ni mis ciencias parte
A suspender de tu viaje el modo,
Libre pasaras con tu intacto vuelo,
O por la humilde tierra, ó por el cielo:
Que la estrella de España en este mundo
En todo es superiora de otra estrella;
Asi los cielos en saber profundo
Para mas bien lo dispusieron della:
Del rubio oro el feliz parto fecundo,
Y de luciente plata blanca pella,
Ahora recoge, guarda y desentraña,
Para en cambio de fe ofrecello á España.
Cuando tu patria en nuevas opiniones
La religion verá que ahora profesa,
Y en la fe sospechosa, y sus razones,
Muchas confesará que hoy no confiesa;
De España los católicos pendones,
Y el primer papa en ellos por empresa,
En señal que es el agua de su fuente,
A dar luz bajarán á nuestra gente.
Compraremos entonces (¡cosa estraña!)
El cielo con la escoria de la tierra,
El desengaño y luz con lo que engaña,
La eterna paz con la mudable guerra:
Daremos plata humilde y oro á España
Por la divina religion que encierra,
Como en limpio granero, que es mancilla
Sembrar, sino está limpia la semilla.
Y si deseais á estos ocultos casos
La estampa ver de su mudable idea,
Y los eternos encubiertos pasos
Por donde el cielo su girar voltea:
Si de lo por venir bultos escasos
Ver deseais, y hay vista que los vea,
Oid, héroes de otro mundo, oid, que quiero
Al presente sacar el venidero.
Al mudable cristal desta laguna,
Del polo helado, y su encubierta gente,
Domando en riendas de oro la fortuna
Otro tiempo bajó un pueblo valiente:
Rindió incultas naciones, que ninguna
Fiel tributo negó á su rey potente,
Y él en victorias y poder ufano
Leyes dió al nuevo mundo de su mano.
Y aunque de mar á mar la estrecha tierra
Con armas tiene su furor turbada,
Con quien mas ciego enojo y firme guerra
El rigor trae de la ambicion trabada,
Es con la que á las faldas desta sierra,
Ahora en pomposas plumas señalada,
Con ancho baile y músicas celebra,
Del ya domado ardor la primer quiebra.
Es la hidalga nacion que á las vertientes
De Tlascala por mia heredó el cielo,
Y á estas feroces extranjeras gentes
El mas contrario y enemigo suelo:
Y aunque en sangrientas lides diferentes
Victorias les ganó de la honra el celo,
De su teson y aliento belicoso
Nunca hora hemos gozado de reposo.

Hubiera á su pomposa vanagloria
Sin mi rendido el cuello el pueblo mio,
Y en triste servidumbre á su victoria
Las riendas diera del vencido brio:
Mas yo que al siglo por venir notoria
Miro la gran revolucion, confio
Que han de dar las estrellas libre el paso
A la luz de su Oriente en vuestro ocaso.
Y no solo inviolables sus mojones
Hará esto á las edades venideras,
Más aun los mejicanos escuadrones
Cuando al mundo asombraren sus banderas,
Y á su tremolar tiemblen las naciones
Que de ambos mares ciñen las riberas,
Y sea de su ambiciosa monarquía
La tierra toda en que se encierra el dia.
Entonces mi constante pueblo altivo,
Sin nunca ver de espaldas la fortuna,
La verde juncia en ademán esquivo
Y el cerco ha de asombrar de su laguna:
Cuando ya llegue al colmo fugitivo
De su prosperidad la llena luna,
Y á un rey sañudo que su cetro tenga
Del rubio sol á verle un hijo venga.
Ya allí de un mundo y otro las estrellas
El curso trocarán de su corriente,
Y á los peñascos destas playas bellas
Nueva vendrá y desconocida gente:
Ya veo sus naos llegar, ya veo sobre ellas
Los timbres de oro y armas del Oriente,
Ya á sus invictos capitanes veo
De un alta cruz labrar feliz trofeo.
Ya de un Cortés caudillo el pecho honroso
Premio á mis ricas esperanzas siento,
Y la gloria del hecho mas famoso
Que caber pudo en cuerdo atrevimiento:
Insigne hazaña de ánimo brioso
Será dar velas al mudable viento,
Y embestir bravo desde el mar profundo
Con un tasado campo los de un mundo.
Barrenar de su flota el frágil leño,
Y allí sacrificarse á su cuidado,
Como quien se hace indubitable dueño
Deste occidental mundo, ¡hecho fue osado!
¡Bella osadía! con campo tan pequeño
Quererse quedar solo, y desarmado,
En medio de enemigos tan esquivos,
Que se suelen comer los hombres vivos.
Mas la heróica hazaña, en quien se agota
El largo discurrir del seso humano,
Mayor que armar ni barrenar la flota,
Ni á dar asalto al reino Mejicano,
Será entre un pueblo inculto, y gente ignota,
Con fuerza humilde, y desarmada mano,
Su monarca prender, ceñirle hierros,
Y castigar en él fingidos yerros.
Grande será prender un enemigo,
Que de mortal envidia el pecho lleno
A estorbarle vendrá, y él por testigo
Le tomará, y por suyo el campo ajeno:
Mas ni esto, ni el abrir ciego postigo
Al mejicano pantanoso cieno,
Con bergantines y chalupas puestas
De diez mil hombres en las corvas cuestas:
Ni otro, ni otro furor, ni todo junto
Desta hazaña iguala el fundamento,
Que las demás con ella caen de punto,
Y ella vencido deja el pensamiento:
Serán las otras suyas contrapunto
De amasados ejércitos sin cuento,
De que saldrán estas montañas llenas
Por ver tal prisionero en sus cadenas.
Mas humillar con nombre y voz de preso
La imperial magestad, mudarle casa,
Sitiarle guardas, fulminar proceso,
Y en su libre vivir ponerle tasa,
¿Qué huésped se arrojara á tanto esceso
Con suceso feliz, que escede y pasa
A los que en árduos hechos por famosos
El mundo estátuas levantó y colosos?
Pues deste mis invictos tlascaltecas
Favor serán, y tomarán amparo,
Y á sombra suya oirán sus playas huecas
Mi nombre mas que sus cristales claro:
Y del abrigo destas cumbres secas,
Que hoy de muros me sirven y reparo,
Las banderas saldrán, saldrá el castigo
Deste tirano pueblo, mi enemigo.
Y no tardará el cielo en dar la vuelta
Al eje eterno en que se mueve el hado,
Y esta tragedia en lágrimas envuelta
Al teatro salir acostumbrado,
Mas que fortuna, de una vez resuelta,
Alegre á España vuelva el rostro airado,
Y ella dé limpia con sangrienta guerra
De las horruras de Africa su tierra.
De reyes siete cuadros mira el cielo,
Que tras el rico bien desta esperanza,
Los rios harán del agraviado suelo
Correr morisca sangre en su venganza:
Al grave Alfonso, cuyo casto celo
A lo temido iguala de su lanza,
Y de los riscos ásperos de Asturias
De Francia enfrena y de Africa las furias;
Sucederá un valiente don Ramiro,
De un santo hebreo valido, que en Galicia
Sepulcro oculto tiene, y un suspiro
Suyo le hará soldado en su milicia;
Cuya sangrienta espada inmortal miro
En los ilustres pechos que acaricia
La noble España, dando su denuedo
Honra al cristiano, y al pagano miedo.
Oirá Clavijo en fiesta milagrosa
El santo voto, que al patron divino
Castilla hará, cuando su espada honrosa
Al campo moro lleva un mar sanguino:
Y luego Ordoño, en lanza belicosa,
Por la Gascuña estrago repentino,
Y en los rendidos páramos de Soria
Y Salamanca eterna su memoria.
El magno Alfonso, deste Ordoño hijo,
Entrará al reino, y en sangrientas manos,
Porque no vean su pompa y regocijo,
Los ojos sacará á sus tres hermanos:
Dará de azules peñas cerco fijo
A los deshechos muros zamoranos,
Cuando sus hijos con orgullo altivo
El cetro romperán del padre vivo.
Hará la inobediencia de García
El reino suyo, y guerra al pueblo moro
Con tasadas victorias, hasta el dia
Que á la muerte avasalle el cetro de oro:
Vendrá Ordoño, que al padre la osadía
Tambien heredará como el tesoro,
Si algo á sus hechos ínclitos no humilla
La muerte de los condes de Castilla.
Como en venganza suya el cruel hermano
Froyla quitará el reino á sus sobrinos,
Y en nobles pechos con rigor tirano
Furioso hará sangrientos desatinos:
Desmembraráse el reino castellano,
Y al gobierno pondrá jueces divinos,
Quedándose el sangriento rey cubierto
De áspera lepra por sus culpas muerto.
Seguirleha Alfonso, de imprudencias ciego,
Y de indiscreto celo arrebatado,
Renunciará en su hermano el cetro, y luego
Le pesará de haberlo renunciado:
Mas Ramiro hecho rey, aunque por ruego,
Cegarleha, ya del reino apoderado,

Que no ha menester ojos, luz, ni dia,
Quien pudo, y no miró lo que hacia.
  Será famoso rey, pondrá en prisiones
A Almanzor, y á los hijos de Frŭela,
Y en Simancas los bárbaros pendones,
En que el poder de Arabia y Libia vuela:
Degollará sus mauros escuadrones,
Y en cuidadosa y vigilante vela
Cuatro lustros verá, y luego el prudente
Ordoño heredará su reino y gente.
  Tendrá sangrientas guerras con su hermano,
Que ha de alterar el reino la codicia,
A Lisboa saqueará su invicta mano,
Y el brio y furia enfrenará á Galicia:
Sucederleha don Sancho el Gordo, ufano
En gobernar de España la milicia,
Y hará en ley nueva, y público estatuto,
Libres las nobles casas de tributo.
  Volaránle á Castilla el homenaje
De un libre azor las alas, y un caballo
Hará de paz á Córdoba un viaje,
Y alzarseha rey un sin lealtad vasallo:
Sudará fuego el mar entre un celaje,
Y saldrá un traidor conde á regalallo
Con frutas, de que ya morir le miro,
Y sucederle el niño don Ramiro.
  Por estos siglos, bárbaros normandos
En Galicia harán gruesas entradas,
Y los moriscos cordobeses bandos
Del reino en las fronteras descuidadas:
Y con ley nueva, y rigurosos mandos,
A las mozarbes gentes baptizadas
Su Dios querrá que dejen, ó las vidas,
Ya por su amor ganadas de perdidas.
  Alzarseha con Galicia don Bermudo,
Y el descuido del rey será de modo,
Que con su muerte, el que él deshacer pudo,
Señor quede absoluto y rey de todo:
Será de alma prudente y seso agudo,
Y en desgracias igual al postrer godo,
Cuyo tierno deleite y gustos vanos
Sin piés le harán, y le atarán las manos.
  Será dueño Almanzor de sus victorias,
Y en costoso aparato y triunfo dellas,
Del hueco y firme bronce hará memorias,
Que su honra alumbre á su mezquita en ellas:
Suyas serán las trágicas historias
De los infantes siete, ó siete estrellas,
De la sangre de Lara, y la que baña
Del sitiado Leon la alta montaña.
  Sucederleha su hijo Alfonso el Quinto,
Que asombrará de Córdoba los muros,
Y sus reyes con oro en sangre tinto
A su ira comprarán breves seguros:
Dará en su córte un bello laberinto
De argamasados mármoles obscuros,
Mas en Viseo una infeliz herida
Quitará al reino el rey, y al rey la vida.
  Vendrá tras él el último Bermudo,
Que muerto de Carrion en las riberas,
De Castilla y Leon se dará un nudo,
Que en mil edades dure venideras:
Matará su cuñado, al que no pudo
La ardiente Arabia y sus legiones fieras,
Sentándose Fernando así en la silla
Primera de Leon, y de Castilla.
  Será este rey en ánimo y grandeza
Un Pompeyo segundo, y el primero
Que al noble Cid honrare la braveza,
Y arnés le armare de bruñido acero:
Humillarleha Toledo su cabeza,
Y serleha de Sevilla el rey pechero,
Llevando hasta Leon su pueblo moro
Al gran doctor Isidro en andas de oro.
  Florecerá en su alegre edad la santa
Casilda de Toledo, infanta bella;
Mas ya tanta grandeza, y dicha tanta,
A su ambicioso hermano enfadó el vella,
Y contra él de Navarra baja cuanta
Marcial potencia tiene y rige en ella,
Sin que halle su pasion otro concierto,
Que de heredar el campo al uno muerto.
  Pondrá el rio Ebro el vencedor Fernando
Por lindero á Navarra y á Castilla,
Y del romano imperio al grave mando
Libre, cual lo es, su castellana silla:
Mas ya al general termino llegando
Con poco acuerdo dejará en rencilla
Tres hijos reyes, que es á toda cuenta
La compañía del reinar sangrienta.
  Castilla del valiente Sancho, y luego
Leon de Alfonso, y de García Galicia,
Ninguno el reino gozará en sosiego,
Que es glotona de reinos la codicia:
Huirá á Toledo Alfonso, y el gallego
Aun le enterrará preso la avaricia,
Y Vellido en el muro zamorano
Al uno vengará y al otro hermano.
  Volverá el bravo Alfonso del destierro
A ser universal señor de cuanto
Su anciano padre dividió por yerro,
Y juntó en él el uno y otro llanto:
Escalará triunfante el sacro cerro
Que Tajo lava y enriquece tanto,
Dando á su ilustre alcázar de su mano
Al castellano Cid por castellano.
  Mas la instable fortuna; en recompensa
De mil victorias, con faltarle en una,
Feudo de todas cobrará, que piensa
Que sin estas mudanzas no es fortuna:
Y su santo heredero en nube densa,
De armas rendido á la africana luna,
De la fuente de Uclés en el desierto
Quedará, á vueltas de otros muertos, muerto.
  Dará una hija á Enrique, hijo segundo
Del conde Lotoringa, hecha duquesa
Del fertil suelo, donde el mar profundo
El remate de España lava y besa;
De cuya insigne fuente un rio fecundo
De real sangre tendrá la portuguesa,
Hasta que acabe en Africa, en el dia
Que vuelva á ser de España monarquía.
  A este dichoso siglo venidero
La religion Templaria militante,
De limpio armada y de cristiano acero,
Por luz del mundo nacerá en Levante:
Verá el rey de sus dias el postrero,
Y Alfonso de Aragon vendrá triunfante
Por invicto Monarca, que en Castilla
De cinco ensalzará sola una silla.
  Será su emperador, será su espada
De España muro, y del morisco espanto,
Y en veinte y ocho batallas barnizada,
Tantos triunfos tendrá del cielo santo:
Dará á la libre reina ocasionada
Del rico patrio suelo el rojo manto,
Y tras su libertad Alfonso el bravo
Vendrá, aunque sin segundo, á ser octavo
  De España emperador, cuyos vasallos
El de Aragon serán y el de Navarra,
Y del vándalo Betis cien caballos
En su carroza real, tropa bizarra:
(¡Suerte humana!) que al tiempo de gozallos
Por cama en la fresneda una pizarra
Del muradal rigor dará el camino
El alma al cielo, el cuerpo á un pardo espino:
  Cuando tras dél, de Sancho el Deseado
Vida y virtud se volará en deseo,
Pues de un año de reino, y mal logrado,
Cortarle el hilo ya la parca veo:

Dejará un tierno niño encomendado
De Castro á la lealtad, y ella el empleo
De su príncipe, reino y señorío,
Salvos conservará del rey su tio.
A Avila el niño huirá de Soria,
Que en rico alcázar le tendrá seguro
Hasta cobrar su reino, y con victoria
Libre salir del abulense muro:
Mas de Africa el orgullo y vanagloria
Sus fuerzas veo juntar, desde el obscuro
Nacimiento del Nilo, hasta donde
Atlas el dia en su arboleda esconde.
Y con el apartado garamante,
Etiope adusto, y árabe ligero
Por Castilla entrará, y saldrá triunfante
De Alarcos todo el mauritano acero:
Bien que en Tolosa el bárbaro pujante,
De las Navas poblado el campo entero
De muertos dejará, cuyos millares
De un ciento y de otro ciento serán pares.
Fundará, porque al mundo se publique,
De las Huelgas de Burgos la grandeza,
Y allí enterrado el mal logrado Enrique
De España, y su valor será cabeza:
Gobernará á prudencia de un Manrique,
Gozará de Malfada la belleza,
Y de un golpe una teja desmentida
Al caer malogrará su tierna vida.
Soldará este dolor Fernando el Santo,
En cuyo reino y siglo venturoso,
Ni hambre ni peste habrá, ni azar, ni llanto,
Ni guerra en que no salga victorioso:
Córdoba será suya, y será cuanto
Del claro Betis riega el curso hermoso,
Restituyendo en hombros de cautivos
Del bronce de Almanzor los sones vivos.
Hará suya á Jaen, Murcia y Sevilla,
Y tributario el reino de Granada,
Y al cetro de Leon y de Castilla
Eterno nudo, é inmortal lazada:
Ilustrará con santidad sencilla
Domingo su real sangre, y la abrasada
Cueva del monte Alberno y sus espantos,
Que hay tambien siglos que producen santos.
Llevará á Salamanca de Palencia
Las letras que la harán rica y florida,
Seguirleha su hijo Alfonso, á quien la ciencia
De los astros promete inmortal vida:
Y aunque rey sabio, mucha suficiencia
Suele sin humildad verse perdida,
Que del saber el moderado freno
Al bueno hace mejor, y al malo bueno.
Con hija de un rey santo, en cuyo escudo
Un bello cielo azul tres lirios baña,
En retrógrada estrella, y dia desnudo
De la real magestad, y no de saña,
Con soberana pompa en santo nudo
El príncipe ligar hará de España,
Cuyas dos plantas por violentas leyes
Duques darán al mundo en vez de reyes.
Compondrá el astronómico secreto
De las tablas y leyes del juzgado,
De Roma emperador se verá eleto,
Y de uno y otro cetro despojado,
Que el ambicioso Sancho, sin respeto
Contra el incauto padre rebelado,
Se ha de quedar con la usurpada silla,
Y el despojado rey muerto en Sevilla.
Alcanzarlehan las graves maldiciones
Del sabio rey al hijo inobediente,
Con que en guerras será, y en disensiones,
De su ambicioso reino la corriente:
Entrará en heredadas turbaciones
Un niño rey, que en ánimo imprudente
De dos vasallos morirá emplazado,
O por su grave culpa, ó su cuidado.
Quedará niño Alfonso el Justiciero,
Ultimo de los reyes deste nombre,
Y el alterado reino edad de acero
Será en guerra civil que al mundo asombre:
Avila sola con feliz agüero
De leal conservará el primer renombre,
Siendo en su fiel custodia real brinquiño,
Cual ya otra vez lo fue de otro rey niño.
Al bravo Alboacen, rey de Marruecos,
Contra él veo ya alterar la Libia ardiente,
Y resonar por los peñascos huecos
Del sordo már su innumerable gente,
Tal, qué aun me asombran los quebrados ecos
Del infiel campo. adonde veo presente
La africana potencia, y mortal rabia
Que hay desde el mar Océano al de Arabia.
Todo este campo bárbaro amasado
De diversas provincias y escuadrones,
Por vengar un infante mal logrado
Blandos dará en su sangre los terrones
De Tarifa, y volcando el rio Salado
Destrozados arneses y pendones
Correrá al mar, y llevará el tributo
De maura sangre, y de africano luto.
Despues ganar en cerco veo prolijo
De la firme Tarifa las almenas,
Y las de Gibraltar constante y fijo
De llanto dejará y de luto llenas:
Entrará al reino su soberbio hijo
Don Pedro, tierno jóven; mas apenas
El real cetro empuñará en la mano,
Cuando descubra su ánimo inhumano.
Habrá una gran mudanza en las noblezas
Destos crecientes siglos y menguantes,
Alzando unos fantásticas cabezas,
Y humillando otros las que alzaban antes:
Será un Neron en abrasar grandezas,
Y destruir sugetos importantes,
Lavando en sangre sus impuras manos
De parientes, mujer, madre y hermanos.
Hasta que al fin el cielo por castigo
De su cruel pecho, y corazon tirano,
Abrazado le ponga á su enemigo
En lucha horrible de uno y otro hermano,
Donde el dichoso Enrique por testigo
Dirá el puñal en su sangrienta mano,
Que ni es ni fue al presente desconcierto
Cain el vivo, porque lo es el muerto.
Triunfará el fratricida rey afable,
De ánimo ilustre y nobles condiciones,
En vista alegre, en compostura amable,
Y en mercedes magnánimo y razones:
Bien que de la fortuna variable
El fin verá de sus mudables dones,
Que con veneno el cielo soberano
Ya vengar determina al muerto hermano.
En datiladas flores de un coturno
Berberisco la muerte irá argentada,
Luego que del periodo de Saturno
La media vuelta dé su edad dorada:
Morirá al fin el rey, tocará el turno
Del cetro de oro y la diadema amada
Al primer Juan, que por templado y grave
La magestad pesada hará suave.
Pondrá el noble distrito de Vizcaya
En su real corona timbre altivo,
Y un rey Armenio á su española playa
Del llano Egipto bajará cautivo:
Romperá fiero á Portugal la raya;
Mas volverleha fortuna el rostro esquivo,
De su ejército haciendo, y de su flota,
El inmortal blason de Aljubarota.
Y su temprana muerte á las riberas
Del desgraciado Henares, á caballo



Con los diestros farfanes de las fieras
Naciones libias subirá á buscallo:
Mas ya de su hijo Enrique veo las veras
Que temello harán y respetallo,
Cuando en Burgos, temblando ante su silla
La grandeza se arroje de Castilla.
  Y de su alcázar el dorado techo
Tan trocado le veo el rostro humano,
Que en trono de oro ponga al de mas pecho
Temor la ardiente espada de su mano:
Y en el pueblo feliz por Hispal hecho
En castigos será un nuevo Trajano,
Mas la aleve punzada de un veneno
Junto robará al mundo tanto bueno.
  El segundo don Juan, rey justiciero,
A este sucederá desde la cuna,
Que como único sol hará severo
Crecer y descrecer la altiva luna:
Y el cuarto Enrique, nieto del tercero,
Tras él vendrá con desigual fortuna,
Que toda se guardó á su heróica hermana,
Mas que el sol bella, y que la aurora ufana.
  Yo digo de Isabel, por quien Fernando
El reino de Aragon dará á Castilla,
Y ambos, deshecho ya el morisco bando,
Del todo limpia su española silla.
Y por tan santos medios acribando
El cielo su católica semilla,
Su luz abrirá el alba á nuestra gente,
Y el sol dará en los mundos del Poniente.
  Hará volar con soberanos fines
Del ligurio Colon los pensamientos,
Que mudando los hombres en delfines
Domará el mar, y enfrenará los vientos;
Y llegando á las playas y confines
Que á este incógnito mundo dan cimientos,
Alegres viendo su encubierta gente,
Della cargados volverán á Oriente.
  Veránse entonces las estrellas fijas,
Que por la rueda de Ixion clavadas,
Al Antártico dan vueltas prolijas,
Y con la nieve suben escarchadas:
Y la fortuna y fama, nobles hijas
Del trabajo y virtud, á un yugo atadas,
De honra y riqueza afeitarán sus teces,
Deidades que se juntan raras veces.
  Volverá á renacer el siglo de oro,
Con el que sudará el suelo fecundo,
Y de sus ricas naves el tesoro
Gemir el golfo hará del mar profundo:
Y estos dioses sin alma que hoy adoro
Piedra á ser volverán en nuestro mundo,

Y en el suyo las nuevas maravillas
Nuevos asombros parirá el oillas.
Ya el prudente Colon, blanca paloma,
Pronóstico de paz á nuestra guerra,
La empresa de añadir á España toma
Del nuevo mundo la encubierta tierra:
!Oh alma siempre feliz! preciosa poma
De la luz santa que el morir destierra,
Nazca ya de tu honor el rayo ardiente,
Que la aurora ha de ser de nuestro Oriente.
Dé vuelta á su dichoso curso el cielo,
Y el vasto mar sus crespos golfos rinda,
Para que alumbre de su lustre el vuelo
La gente que ahora con la noche alinda:
Digno fervor de aquel heróico celo,
Que á tu alma santos pensamientos brinda,
De dar paso al furor del mar profundo,
Y á Castilla y Leon un nuevo mundo.
Bien tu valor y autoridad merece
Silla entre reyes, y en los cielos silla;
Crezca tu nombre, crezca cual florece
Con mayo el mundo, con tu honor Castilla;
Que el signo que á tu estrella favorece,
Si á corta sucesion su curso humilla,
En nuevo lustre y voz de inmortal gloria
El blason crecerá de tu memoria.
Cuando ya en suspension de largos años,
Vacía de sucesion tu ilustre casa,
De avara ingratitud llore los daños,
Larga en el merecer, y en premio escasa,
Pues dando al natural, y á los estraños,
Las venas que tú hallaste, oro sin tasa,
Tu real grandeza te darán ceñida
De un breve estado á la porcion medida.
Entonces pues el cielo soberano,
Con nuevo crecimiento y gloria nueva,
Un príncipe ha de darte de su mano,
Para quien todas sus crecientes lleva:
Si has de ganar un rico mundo ufano,
Si harás que á tu inmortal valor se deba
Cuanto tesoro da y reparte España
Por su invencible gente, y por la estraña:
Si has de domar el mar, si has de ver hecho
De nueva luz el contrapuesto polo,
Si al corto seno de un bajel estrecho
Mas oro has de añadir que alumbra Apolo;
Si al gran mundo en que queda el dia deshecho
La antes cerrada puerta has de abrir solo,
Y dar á Europa la encubierta gente,
Que ahora las sombras guarda del Poniente:
Todo es en rica fe de labrar casa
A este gran sucesor de tu grandeza,
En quien fortuna lloverá sin tasa
Los bienes que antes daba con pereza:
Si en tí la sucesion se cortó escasa,
La corona ducal de su cabeza
Pródiga de honra hará en parto fecundo
De eterno curso tu memoria al mundo.
Este es quien juntará al grabado peso
Del mundo, que adornar tus armas pudo
De la casa de Córdoba el rey preso,
Y de Toledo el jaquelado escudo:
Las bandas de Aragon, y del suceso
De Orique el real cuartel, precioso nudo,
Con las diez torres que orlan las esquinas
A las invictas portuguesas quinas.
Destos reales blasones reservados
A tu creciente esfera, el tiempo envia
El gran premio debido á tus cuidados,
Que otro inferior á deuda tal seria;
Y en don Nuño Colon resucitados
Los bienes que tu heróico aliento cria;
Será de honra española ardiente fragua,
Gran almirante, y duque de Veragua.
Marqués de la encubierta Jamaica,
En preciosas maderas eminente,
De ricos pastos y metales rica,
Si bien de ociosa y descuidada gente;
En cuyos gruesos campos multiplica
Al mundo por venir, oro luciente,
Que ahora por las riberas de Caguaya
Forma en cercos de luz lustrosa raya.
Aquí tambien, si el arco de la esfera
Incierta luz no llueve á mi memoria,
El sacro pastoral báculo espera
Al que yo autor espero desta historia:
Allí en sombras de eterna primavera,
Mientras tu fama al mundo hace notoria,
En esperanzas de mayores bienes
Preciosa mitra ceñirá sus sienes.
Ya del claro Genil la fértil vega,
De sangre llena y de espantosas lides,
A quien ni Troya, Tebas, ni Argos llega,
Ni en sus batallas Héctores y Alcides,
Entre el cristal que sus arenas riega,
Las rojas cruces de sus bravos Cides,
En victoriosas lanzas por las cumbres
De sus almenas formarán vislumbres.
Cuando de nuestro mundo las señales
Por timbres campearán de su victoria
Y de estos encubiertos arenales,
Que al dia hurtan la luz, harán memoria:
Mas no luego en colunas de cristales
Del plus ultra á volar saldrá la gloria,
Hasta que de Austria y Recaredo juntas
Las sangres pongan sobre el sol sus puntas.
En una bella Juana, ilustre hija
De Isabel y Fernando, ordena el cielo
Union á estas heróicas sangres fija,
Y á la fama en su fruto inmortal vuelo:
Un sol que al mundo dé en vuelta prolija
Lumbre, y amor, honor, y miedo al suelo,
Y á su ley santa en riendas de oro atilde
Al soberbio aleman, y al indio humilde.
Y así en real pompa de su entrada al mundo
La fortuna feliz ordena el modo,
Que añadiendo al primero este segundo,
Invicto nazca emperador de todo:
Y sin que espanten ya del mar profundo
Los anchos golfos su estandarte godo,
La vuelta dé por cuanto gira entorno
Del dia la luz, de la fortuna el torno.»
Así el sabio en los senos de su cueva
Los hados por venir descubre á España,
Y en potentes retratos, y en voz nueva
El curso teje de su vuelta estraña:
Y en reforzada voz cuanto da y lleva
Del tiempo el vuelo con que al mundo engaña
Hacer queria presente, y con suave
Vuelta á las suyas destorcer la llave.
Cuando en trueno confuso y rayo ardiente
La máquina gimió del monte horrendo,
Y la gruta capaz de oro luciente
Al centro pareció bajar huyendo:
Ahora del mundo la deidad prudente,
Que á su gobierno asiste, el ronco estruendo
Diese, agraviada en ver vuelta una masa
De clara luz las sombras de su casa:
O sea, si ya no es esto lo mas cierto,
Que el sabio Malgesí con nuevo engaño
De oculto signo, ó círculo encubierto,
Del aire hiciese el movimiento estraño:
Y dejando al contrario mago muerto,
Libre huyese del pasado daño
Por las cavernas, ó que el monte ciego
Roto se ardiese en invencible fuego.
Como tal vez del rayo la violencia,
Que á la alta torre de un alcázar baja,
Si el duro jaspe en firme resistencia
Su vuelo impide, sus murallas raja,

Hunde los techos de oro sin clemencia,
Los frisos rompe, el mármol desencaja,
Y en ricas sillas de marfil sentados
Los graves Reyes quedan desmayados;
Tal ruido se oyó, tal en un punto
El suelo dió en terrible terremoto,
Tristes gemidos, resonando junto
El yerto monte y el vecino soto:
Y el súbito estallido fiel trasunto
De un mundo fue descuadernado y roto,
Cuando el quebrado cielo en fuego ardiente
La tierra hará carbon, y arder su gente.
Mas ya en esta sazon otra garganta,
En estruendo no menos resonante,
De un dragon negro, cuyo bulto espanta
Los pardos olmos que le ven delante,
Sobre el cristal de un rio se levanta,
Y vivo en ella traga un noble infante,
Que el crespo mar con nueva maravilla
Del claro Ebro escupió en la verde orilla.
De los huecos celajes con que Iberia
De Anteon la fuente disfrazó celosa
La sierpe vino, cuya horrible arteria
Posada al gran Bernardo dió espantosa:
Y él, reducido á la última miseria,
Al bajar la garganta tenebrosa,
Dió en el profundo vientre de la fiera,
Que se tragara una montaña entera.
Pide al caer medroso ayuda al cielo,
Que á tanto riesgo sin pensar le trajo,
Cuando de un tumbo y otro un verde suelo
De sus floridos piés halló debajo:
Llenas las rosas de escarchado yelo
De verdes hojas el torcido gajo,
Y él sin riesgo mayor que la congoja
Con que aun allí estar muerto se le antoja.
Del fresco prado en las floridas faldas
Labrado de oro pareció un palacio,
De ricos frisos y molduras gualdas
A las vislumbres hechas de un topacio,
De diamantes tan lleno y esmeraldas,
Que en el mas pobre y deslucido espacio
Dan sus rubias colores mas centellas,
Que en su via láctea cuenta el cielo estrellas.
Y á el fresco Alpende, de su puerta altiva
Un bárbaro jayan barriendo el suelo
Con furia trae una beldad cautiva,
Que favor pide en tanto agravio al cielo:
Y era la desigual batalla esquiva
De la codicia, y de la dama el celo
De guardar limpia una desnuda espada,
Que en sangre presto se verá manchada.
Hecha dorada presa en los cabellos,
Que el alba no es mas bella cuando nace,
El gallardo español, que en ella y ellos
La injuria vió que el cruel jayan les hace,
Por entre rosas y jazmines bellos
A deshacer se arroja el torpe engace,
Que por los dedos del soberbio moro
Hacian las ofendidas hebras de oro.
Sacó su firme espada, que con ella
Vengada y libre ya juzga la dama,
Dejó el jayan la sin piedad doncella,
Y de acero una almádana encarama,
Asi horrible, que pone espanto el vella,
Y el silbo mas con que bajando brama
En busca del guerrero, que si le halla,
Ni ha menester mas paz, ni mas batalla.
Hurtó el cuerpo, tembló la tierra en torno,
Y por ella enterró el martillo un brazo,
Cuando el gallardo jóven por retorno
Del fino arnés le desmembró un pedazo:
Da el uno, el otro amaga, y el contorno
Resuena, gime, y coge en su regazo
Los peligrosos golpes, cuando el vario
Revolver los desvia del contrario.
Era el bruto jayan gruesa quimera,
De obscura tez, y bulto corpulento,
De asi hidrópico vientre, que pudiera
Hartar lleno de plata á un avariento;
Y en su diestro esgrimir tan ágil era,
Que es con su ligereza plomo el viento,
Y de su clava el aire mas furioso,
Que el que al Egeo mar turba el reposo.
La bella ninfa que del bulto grueso
Del jayan libre vió su heróica espada,
Con ella en la una mano, en la otra un peso,
La una á la otra balanza nivelada,
De la batalla el áspero suceso
Mira en rico sitial de oro sentada,
Que en la vecina sala en pedreria
Y finas telas de brocado ardia.
Cuando en iguales golpes los guerreros
Los techos de oro vieron de la sala,
Y en su destreza y revolver ligeros
De un alentado combatir la gala;
Mas del leonés alfanje los aceros,
A un revés que el de un rayo no le iguala,
Se entraron por la hidrópica barriga
De la sombra fantástica enemiga.
Y abriéndole una puerta, que pudiera
Por ella entrar el mismo que la hizo,
Cuando el grave jayan creyó que diera
En tierra muerto, su vigor rehizo;
Corriendo á un tiempo de la herida fiera,
Por sangre y negra tez, rubio granizo
De miles doblas de oro, que sin tasa
El suelo hincheron de la alegre casa.
Bastara su agradable golosina
El gusto ocasionar al mas templado,
Y trocar la batalla por la fina
Y rubia masa del metal preciado:
Mas al que al solo noble honor se inclina
No las riquezas turban su cuidado,
Que el oro es metal pobre para el hombre
Que en la virtud aspira á inmortal nombre.
Y así á solo vencer pone la mira,
Y el oro pisa que en tan poco tiene,
Cuando una estraña novedad le admira,
Que envuelta en el metal precioso viene:
Por donde su corriente alegre gira,
Y la dorada sangre se detiene,
Retoñecer se vieron mil espadas,
Por otros tantos brazos levantadas.
Parto infeliz de la preñada tierra,
Hecho en favor del sin lealtad gigante,
Que ya con armas de oro hace guerra,
A quien con las de acero no es bastante:
No da tantos renuevos la alta sierra,
Que es de Gascuña y Leon muro importante,
Ni tantas flores cuaja en su ladera,
Cuando derrama abril su primavera;
Como del enlosado suelo duro
Espadas floreció la lluvia de oro,
Que en tejido escuadron, y denso muro,
Hieren á un tiempo en martillar sonoro:
Nunca el leonés se vió menos seguro,
Ni con tantos contrarios; que el tesoro
Puede sembrado mucho, aunque en el pecho
Del avariento muera sin provecho.
Ya en la Morea tal vez los blancos dientes
De una sierpe en marcial furor sembrados
Espigas dieron de enemigas gentes
Y los surcos se armaron de soldados:
Las serpientes al fin dieron serpientes,
Y al armado gañan hombres armados,
Mas sembrar oro, y espigar rencilla,
Esa es la nunca vista maravilla.
Y el valido jayan contra Bernardo
De tantos brazos, mientras él su espada

Con todos prueba, sube en paso tardo
Al trono en que la ninfa está sentada,
En traje altivo, y ademan gallardo,
De luz vestida, y de oro coronada,
Volviendo con su rica espada en cielo
De aquella escuadra el escondido suelo.
Y él de unos torpes brazos defendido,
Y de otros levantando á la doncella,
Al suelo humilde de su trono erguido
En comprados favores dió con ella:
Quitóle el peso y manto guarnecido,
Y el rico engaste de la espada bella,
Y fue segun la saña concebida
No poco bien dejarla con la vida.
Mas con la nueva espada y nuevo brio,
De las balanzas de oro, una balanza
Hecha dorado escudo, al desafio
Y á su victoria da nueva esperanza:
Bien que cerrado el rubio ardiente rio
Del precioso metal, vió la mudanza
Del humano favor, que en ser comprado,
No dura mas que el oro su cuidado.
Y con las nuevas armas mas ligero
Y desangrado que antes, da y recibe
Doblados golpes sobre el terso acero,
Limpio papel donde su enojo escribe:
Anda el combate así trabado y fiero,
Que cada cual parece que revive
Con las heridas de la mano agena:
Gimen los dos, y el bosque en torno suena.
Siente en su honra el leonés brega tan larga,
Y dando al limpio estoque ambas las manos,
Sobre el bulto fantástico descarga
Un golpe, y otro, y otro, y todos vanos;
Que un grave peso de oro por adarga
Los gigantes en fuerzas vuelve enanos,
Y el valido de aquí por allí se entra,
Y de una punta al que le ofende encuentra.
No guardó como pudo la cabeza
La furia de la punta desmandada,
Mostro sobre ella el jóven su destreza,
Y él en el cuerpo le escondió la espada:
Perdió el herido monstruo la braveza,
Y la hueca cabeza barrenada
En viento se exáló á vista del godo,
Que era aire, como lo es el favor todo.
Tembló la cuadra al revolverse en viento
De la máquina hinchada el bulto obscuro,
Y al aire horribles sombras ciento á ciento
Bramar hicieron del palacio el muro:
Del hinchado odre el soplo turbulento,
Que el griego Ulises detenia seguro,
Al huirse así, de tempestades lleno
Los piélagos dejó del mar Tirreno.
Y Bernardo entre el humo que el tesoro
Con negro hollin enturbia del palacio
La espada mira, que el vencido moro
Sangrienta le escondió en el cuerpo lacio:
Su agudo filo, y sus recazos de oro,
Medroso saca en detenido espacio,
Su ancha cuchilla barnizada toda
En fino rosicler de sangre goda.
Vió ser la sangre mas, y el riesgo menos,
Cuando el alcázar de oro puesto á punto,
Con huecos tiros y sonoros truenos,
Salva le hizo á su victoria junto:
Y de alegre rumor los aires llenos,
Clarines dan de plata el contrapunto,
A una armonia de cítaras suave,
En pausas dulce, y consonancias grave.
Huyeron las fantasmas, volvió el dia
A su primer beldad la rica sala,
Bañada en oro y noble pedrería,
En la vista empezó á sembrar su gala,
Que en dorados blasones componia



Un marcial trono, que al del cielo iguala,
De esmaltados escudos, y de arneses,
Grabadas armas, timbres y paveses.
Era esta sala el fondo de la fuente
Que aquello da á beber que se desea,
Banquetes al gloton, honra al prudente,
Amores al galan, gala á la fea,
Trazas de guerra al capitan valiente,
Armas, triunfo y victoria al que pelea:
Trofeos halló Bernardo, que trofeos
De fama es cuanto abrazan sus deseos.
Y absorto en el bellísimo aposento,
Mira, y no entiende, que armas en escudos
Son, para quien no sabe el fundamento,
Las mas parleras, personajes mudos:
Cuando la dama, á quien violó su asiento
El jayan, que por sangre sembró escudos,
Con nuevo adorno entró, y con nueva gala,
Como el dia por el mundo, por la sala.
Y haciendo al victorioso infante fiesta,
Célebres versos canta á su victoria,
Y en silla de oro al diestro lado puesta,
Así de obscura luz teje su historia:
»Oh tú que en sangre ilustre traes compuesta
Del mundo la nobleza mas notoria,

En quien el valor gótico al de España
Juntar pudo el gran conde de Saldaña:
Ya con la rica espada, que en tu mano
El fino esmalte de tus venas muestra,
En mas agudo filo, y temple sano,
Segura queda de impresion siniestra:
El corte sin defensa al cuerpo humano
Tu sangre se le dió, y dará tu diestra
El lugar que merece, y todo junto
Venganza á quien la ha puesto en este punto.
El dios del fuego en su ahumada cueva
Para las armas la forjó de Aquiles,
Las mismas armas que ahora en honra nueva
Tu gentil cuerpo adornan con perfiles:
Diólas la hada del tesoro á prueba
De Argalía á los miembros juveniles,
Argalía, hijo del jayan que reina
Donde la aurora sus cabellos peina.
No le dió entonces la preciosa espada,
Que al observado punto de una estrella,
Para en temple dejarla refinada,
Y sin defensa el filo y golpes della,
En su oriental estadio retirada
Por su gusto asistia una doncella,
Dándole de oro una invencible lanza,
Mientras la fria virtud del astro alcanza.
Hizo con ella el alentado chino
Famosos golpes, hasta el triste dia
Que en Francia á un fresco arroyo cristalino
Ferragut lo mató con quien reñia:
Tomó el moro prestado el yelmo fino,
Y cobrólo la sombra de Argalía,
Dando el entero arnés por testimonio
En fiel custodia al muerto Telamonio.
La espada en el jardin de Falerina,
Al tiempo que iba á dar su aspecto el astro,
Orlando con violencia repentina
Quitó á la hada y á la estrella el rastro:
Pasó el fatal concurso la hoja fina,
Quedó imperfecta, el muro de alabastro
Del florido vergel roto, y por ella
Muerto el dragon, y presa la doncella.
Peleó con ella Orlando algunos dias,
Y de Rugero la cobró Morgana,
Que de su ciencia haciendo anatomías,
A darle el temple halló salirle vana;
Sin honra y sin provecho sus porfías,
Que es rio que pasa la ventura humana,
Y al punto que pasó, si el punto pasa,
No hay brazo humano que le vuelva á casa.
Solo si al ciego fin de una batalla
Real sangre le bañare el corte y punta,
De aquel primer perdido aspecto halla
Que alcanzará otra vez la virtud junta:
Esto á la hada tocó, y el mejoralla
Al rosicler que en tu costado apunta
De la gótica sangre, que acompaña
Las reales venas de la antigua España.
Al tiempo que se entró por un costado
Su aspecto hacia la observada estrella,
Con que acabó Morgana su cuidado,
Y victoria cantó por tí y por ella:
A esto en vuelo te trajo apresurado
De los suspiros de Crisalba bella,
Que á huirse de la espada este planeta,
Tú quedarás sin luz, y ella imperfeta.»
Así al grave leonés la ninfa esplica
El curso con que el hado el suyo lleva,
Y atenta á la atencion con que la rica
Tapiceria contempla de su cueva,
Su cortés gusto el noble suyo aplica,
Y para darle dél relacion nueva,
Con dulce lengua así dió nuevo lustre
De su real sala al aparato ilustre:
«Cuando Roma trabó guerra consigo,
Que ya al resto del mundo la habia hecho,
Para no reservar ningun amigo
Las armas revolvió á su mismo pecho:
Nadie quedó en la tierra por testigo,
Todos se hicieron cómplices del hecho,
¿Quién libraria á España, si era España
Del romano furor la mejor saña?
Pompeyo el dueño; César, quien queria
Serlo solo á pesar de las estrellas,
El fiel Petreyo á su cohorte un dia
Las de Afranio juntó, y juntó con ellas
Cuanta nobleza á España enriquecia
Del rio Segre en las riberas bellas,
Donde al gran César dieron la batalla,
Y el imperio feliz del mundo en dalla.
Ahogóle el rio Segre ó su fortuna,
Dos veces siete cohortes de soldados
De española nobleza, que ninguna
Sintió mas limpia sangre en sus costados:
Y el corriente raudal vuelto laguna
Infinitos sorbió timbres dorados,
Destos mismos que ahora en esta sala
Adorno dan con su aparato y gala.
Segre al Cinca los trajo, el Cinca al Ebro,
Ebro á mi cueva, y yo á esta cuadra hermosa,
Adonde en cuadros de marfil, celebro
Su noble casta y sucesion famosa:
Estas las armas son, con que ahora quiebro
Al tiempo y muerte su arco y flecha airosa,
Y en el árbol precioso de la fama
Esta es para asir dél la mejor rama.
Muchos linajes destos goza el mundo,
Y hoy su entereza y resplandor se adora,
Otros de aquel tendrán parto fecundo,
Y otros serán de los que son ahora:
Cual del primer lugar, cual del segundo,
Que el tiempo, ó los humilla, ó los mejora,
¿Qué cosa hay en la tierra que no tenga
Crecientes y menguantes, vaya y venga?
Mas á todos aquí su asiento eterno
Al mundo de una vez señaló el hado,
O sean de bronce duro, ó vidrio tierno,
O del primero, ó del segundo grado:
Este es su archivo, aquí está su cuaderno,
Y desta oculta cueva el rio sagrado,
Por varios cursos á la madre España
En sangre antigua de noblezas baña.
Ahora, de la honra humana ó noble diosa,
Del tiempo y la virtud ilustre hija,
Tu aliento he menester, tu voz preciosa
Me presta, y mis acentos regocija,
Porque en rueda feliz, y ala pomposa,
El medio mas suave y dulce elija
A un belicoso alarde, en que se apunta
De España la mayor nobleza junta.
Oyan los nobles de ánimos briosos,
Que no quiero atencion de menor gente,
Que honrosa voz de hechos valerosos
Gusto pide eficaz, y ánimo ardiente:
Trate sucesos menos caudalosos,
Y con menores cosas se contente
Quien tiene menos tomo, y menos suerte,
Y la igualdad dejemos á la muerte.
Que cuando el hueco són de la trompeta
Al arma, al arma, al arma ribombando,
El castizo caballo el freno aprieta,
Y con sabor le está despedazando,
Eriza el corvo cerro, y se inquieta,
Aquí vuelve, y revuelve allí bufando,
Y en su cólera ardiendo no se halla
Hasta verse engrifado en la batalla.
Bien así en cualquier cuento generoso
De armas y amor, en gusto y alegría
El ánimo gentil, al són airoso
Alientos cobra, y gozo al alma envia,

Sacando fuera el corazon brioso
Lo que la noble sangre dentro cria,
Como yo ahora en los semblantes siento
Del grave pueblo que me escucha atento.
  Mas si en el rico alarde y noble suma
Este blason ó el otro no se encierra,
Nadie á falta lo ponga de mi pluma,
Ni de su sangre ni su ilustre tierra:
Mas de su insigne antigüedad presuma
Que no siguió á Petreyo en esta guerra,
Y así no vió sus armas el rio Ebro,
Ni Iberia en él, ni yo en las que celebro.
  ¿Qué brazo llega á todo? ¿quién alcanza
Del cerco lácteo el número de estrellas,
O el honor español lanza por lanza
La suma sin faltar á alguna dellas?
Ni esto cabe en humana confianza,
Ni un rayo llega á tantas luces bellas;
Yo solo á la agradable ninfa sigo
Del divino parlar el cuento amigo.
  Y ella en vuelo feliz al siglo nuevo,
Que estaba por venir, arrebatada,
En líneas de oro daba al rubio Febo
La sangre y sucesion aun no engendrada;
Y en agradables voces al mancebo,
Que de divina luz la ve cercada,
Así habló, y así en fatal aliento
Un mundo por venir sembró en el viento:
  «Tu primo el gran Gundémaro, que envuelto
Ahora en sus desdichas va engolfado,
Y los tumbos del mar, y el tiempo suelto
De uno en otro le llevan despeñado;
Cuando ya á sus primeras dichas vuelto
Los montes goce donde fue engendrado,
De oro estas dos calderas jaqueladas
De armiños volará en argen orladas.
  Entonces por blason eterno al mundo
De la gótica sangre tendrá España,
Por el Guzman primero, y el segundo,
Honra en Medina, y gloria en la montaña:
Y enfrenando de Libia el mar profundo
De enroscadas serpientes la maraña,
Sobre orla de castillos y leones
Tus héroes gozarán ricos toisones.
  Deste escudo, ó cuarteles, dos de armiños
En tres bandas, y estotros de panelas,
De cinco en cinco, hará nobles cariños
Guevara al mundo, y á su honor espuelas:
Aquí de Troya los infantes niños
Dieron la primer sangre, al que las duelas
De un rico erario romperá en un prado,
De real tesoro ya en sazon cargado.
  De aquel prudente hurto, nombre honroso,
De ladrones tendrán, y del robado
Otro noble apellido valeroso
Mendoza habrá, no menos estimado;
Que en semejantes trances es forzoso
Que uno sea el Ladron y otro el Hurtado,
Ambos de sangre real preciosas fuentes
De héroes insignes, y ánimos valientes.
  Diez panelas de plata en campo goles
Rayos de luz serán del sol romano,
Que armarán en sangrientos arreboles
Al montañés Mendonio, y á su hermano,
Hasta que sobre verdes tornasoles
Por la banda y letrero soberano,
Trueque el Salado ese feliz Berbete,
Y él se quede á la casa de Cañete.
  De Zúñiga es esta dorada barra,
Que negra á ser vendrá, cuando un infante
Por muerte de su rey cubra en Navarra
De obscuro luto el timbre rutilante,
Cuya real sangre en sucesion bizarra
Ducal corona hará á Béjar triunfante,
Y á España de diversos resplandores,
Miranda, Miravel, Manrique, y Flores.
  La misma negra banda en campo de oro
De Sandoval será el hectorio escudo,
En quien el tiempo del mayor tesoro
De España ha de engazar un firme nudo:
Y dél la fama con clarin sonoro,
Estando el mundo á oirla alegre y mudo,
Grandezas mil le contará, y entre ellas
Mas príncipes que al limpio cielo estrellas.
  En Bureba ganó en un desafío
Rojas, por la defensa de una dama,
Cinco azules estrellas, que en rocío
De oro serán luceros de su fama:
Mas cuando á esta gran banda junte el brio,
Injerta á un tronco real su ilustre rama,
Sombra á un mundo hará feliz ventura
Del que hoy durmiere á sombra tan segura.
  Cinco luceros, ó cometas bellas,
Fonseca en un dorado escudo goza
Del romano Fonteyo, que con ellas
En Portugal metió triunfal carroza:
Rayo de luz será destas estrellas,
El que con sangre ardiente, y alma moza,
Las paces rompa en Francia, y á Castilla
De Austria traya feliz la imperial silla.
  De la septentrional Penisca bella
Los valientes Bastanes, fundadores
De Baza y de Bastán, la fija estrella
Dejaron entre helados resplandores,
Y á mostrar de su espada la centella,
Al paso de los godos atambores,
La tierra atravesando y mar profundo,
A conquistar salieron nuevo mundo.
  Estos despues que la africana rabia
En lo mejor de España hizo presa,
De triunfos llenos y prudencia sabia,
Del hado por huir la suerte aviesa,
Al Pirineo subieron su alta gavia,
Y de Bastán en la florida mesa
Al real palacio dieron de su nombre
Nobles cimientos, y feliz renombre.
  Allí del mauritano brio son freno,
Y ardiente espuela del cristiano brio,
Donde presto harán su valle ameno
De franca sangre caudaloso rio;
Y del vencido bárbaro agareno
Mil ricos presos estandartes fio,
Que los blancos escaques de su escudo
Parlera fama den, y blason mudo.
  Aquellos dos castillos y leones
Enriquez son, que han de venir al mundo
De un hermano de un rey, cuyas prisiones
Le pondrán de desdicha en lo profundo:
Del primero serán estos blasones,
Del infante, fortuna es el segundo,
Entre cuatro leones un castillo,
El campo todo azul, y él amarillo.
  De ortigas estos riscos coronados,
De tres linajes son heroica empresa,
Que del leonés Früela derivados,
Real sangre participan de la inglesa:
Y una cifra de estremos coronados
De la anglia Emilia la beldad confiesa,
Y á Vivero, Fajardo, y Bahamonte
Por nobles palmas de su escelso monte.
  Del cetro real será sucesor dino,
Y por sola ambicion desheredado,
El que de Cerda el nombre peregrino
Resucitare á su valor pasado:
De Francia y de Castilla lo mas fino
Pondrá en su escudo, y por le haber privado
Del patrio cetro la fortuna escasa,
Duques heredarán la de su casa.
  De azul y blancos veros los barones
De Velasco traerán banderas llenas,

Y de sangre real los corazones,
Que en vivo aliento pulsará en sus venas:
Condestables serán, serán toisones
De seis invictos cuellos las cadenas,
De una Amazona real parto divino,
Que en Bohemia nació, y á España vino.
Harán los siglos do dorada gente
De un marqués, y de un duque la eminencia,
Que á Italia el uno, el otro en el Poniente
Dos mundos colgará de su prudencia:
¿Quién tan sabio será? ¿quién tan valiente?
¿Quién de tan vivo ingenio y elocüencia,
Que así como él, gobierne cuanto baña
La luz del sol, cuando se esconde á España?
Al insigne apellido de Contreras
Tres azules bastones sobre plata,
Con orla rica de aspas de oro enteras,
Este dosel conserva de escarlata:
Tesoro á las edades venideras
De ilustre sangre, nunca al mundo ingrata
En producir varones excelentes
A todas las memorias de las gentes.
Dejo de ínclitos héroes larga historia
Que desta real prosapia contar puedo,
De ricos hombres la inmortal memoria,
De España amparo y del contrario miedo:
Dejo tres arzobispos, lustre y gloria
De Valencia, de Méjico y Toledo:
Dejo de Burgos un obispo santo,
¿Mas quién en breve tiempo podrá tanto?
De un rey que en Asia ha de nacer pechero,
Y Taborlán despues será del mundo,
Vendrá al enfermo Enrique, rey Tercero,
Un real presente por el mar profundo,
Donde en la rica suma el mayor cero
Será en nombre y beldad ángel fecundo
Una nieta del rey claro de Hungría,
Mas bella que la luz que engendra el dia.
Esta, ayuntada en himeneo santo
Al mejor ramo desta planta ilustre,
Fruto lleno de honor dará por cuanto
El sol con rayos de oro el mundo ilustre;
Y aunque de las medallas deste espanto
Nuevo deleite te causará el lustre,
En tan estrecho tiempo no es posible
Hacer tan larga sucesion visible.
Un varon solo de su ilustre rama,
Mas que el sol agradable en vista y trato,
Por muestra quedará, en que dé la fama
De sus juntas grandezas un retrato;
Y al secreto gobierno á que le llama
De un español monarca el rostro grato,
Grave le ofrecerá un saber profundo,
Y Alcides vendrá á ser de un nuevo mundo.
De la agradable sucesion de Lara
Son sobre plata aquellas dos calderas
Labradas de oro y negro, empresa rara
De Roma á las edades venideras:
Los Manriques pondrán (¡sangre preclara!)
Por la de un rey Alfonso en sus banderas
Rico timbre, y en él al dividillo,
Sierpes, calderas, águila y castillo.
Siete infantes de aquí dará amasados
De su invencible sangre el rey Ramiro,
Y Arabiana en sus traidores prados
De aleve muerte el último suspiro:
Mas de un cuervo andaluz veo ya vengados
Los ocho cuellos que cortados miro,
Y de un su nieto con la honrada saña
Libre la antigua hidalguía de España.
Serán tres hijos deste pecho altivo
Pomposo triunvirato de Castilla,
Hasta el duro rigor de un hado esquivo,
Quo á un corto estado su grandeza humilla:
Mas cuerdo en trazas, y en juzgar mas vivo.
Rodrigo hará por atajar rencilla
Suya á Molina, y de su sangre rica
Reinas en Lusitania, y en Garnica.
Y añadiendo á los triunfos de su casa
Sangre real de Navarra y de Castilla,
Cuajará el cielo de su heróica masa
De los Manriques la inmortal semilla:
Príncipes raros de valor sin tasa,
A quien el reino del honor se humilla,
Y en corriente feliz el mundo hereda
Grandes duques de Nájera y Maqueda.
Estas partidas flordelises bellas,
Antigua y real nobleza de Arellano,
Nuevos luceros son de doce estrellas,
Que alumbran de Navarra el fértil llano:
Un sol te formará dellos y dellas,
Que á Uclés feliz trairá un pendon romano,
Y el príncipe será de los Cameros,
Y condes de Aguilar sus herederos.
Estos cuatro preciosos lirios de oro,
De ocho blancos luneles rodeados,
De los Lancienses bélico decoro,
Serán á los Ledesmas trasladados:
Nacerá de Almensar este tesoro,
Y dél mil caballeros señalados,
Y un Mens Rodriguez de Sanabria entre ellos,
Que al mundo hará adorar sus lirios bellos.
Los Vargas y Machucas que á Sevilla,
Con el valor y filos de su espada,
Darán ganada á la española silla,
Desta fuente tendrán sangre preciada:
Y aun desta á los monarcas de Castilla
Dos secretarios da una edad dorada,
Que en riendas de oro muevan el prudente
Gobierno de los mundos del Poniente.
De aquel castillo en sangre un real tesoro
Dávalos gozará en la alegre cuna
De un condestable que en jaqueles de oro
Su escudo ha de crecer con su fortuna:
Mas los agüeros de un parlero moro
Menguar le harán en la creciente luna,
Que tambien menguará en estando llena,
Que en creciendo la mar mengua la arena.
Verseha huyendo y pobre (¡extraño dejo!)
El que ha de ser tan rico en breve espacio,
Que el rey irá á su casa por consejo,
Cuando él no se lo lleve á su palacio:
No es el humano estambre mas parejo;
Así lo hila el tiempo; así el topacio
Del sol la luna en formas mil altera,
Y él cuanto hay debajo de su esfera.
Mas de aquel rico escudo el blason hecho
Con dos calderas de oro en campo goles
De real sangre de Lara hirviendo el pecho,
Verá Herrera en dorados arreboles
Un noble alumno suyo, que á despecho,
De falsos envidiosos tornasoles,
Torne el sol claro, y el honor estable,
Del sin culpa ofendido condestable.
Y bien que al generoso pecho ilustre
Del franco amigo mucho se le deba
De la opinion el reparado lustre,
De su lealtad la mas segura prueba,
Sin miedo que otro azar se la deslustre,
Ni otra loca fortuna se le atreva,
Serán en sucesion al mundo rara
Los príncipes del Basto, y de Pescara.
Aquel nunca vencido leon rapante,
Que sobre plata da barrado en oro
Al grave hijo de Amon, cuartel triunfante,
Y asombro con su vista al campo moro;
Rica empresa será á un pecho arrogante,
Que de la fama en el clarin sonoro
Triunfos pondrá de mil moriscas lides,
Y nombre y sangre real en Venavides.

Estos dos rojos desollados lobos,
Que ya en Clavijo tremolando al viento
Blason fueron de Osorio, y Villalobos,
A quien dió el español patron su aliento,
Del voraz tiempo los sutiles robos
Jamás descrecerán su altivo asiento,
Que agradecida Astorga flores nuevas
Cada año alegre ofrecerá á sus grevas.
Las dos calderas de oro jaqueladas
Del valle de Toranios son Pachecos,
Sangres de la romana acrecentadas,
Que á España vino á hacer famosos truecos;
De quien mil sienes ya veo laureadas
De ducales coronas, y en los huecos
Plumeros, los invictos resplandores
De sus marqueses, condes y señores.
Dos negros y ceñidos Calderones
El nombre y armas dan de su apellido,
Real prosapia de ínclitos varones,
De ricoshombres timbre esclarecido,
Por quien promete el cielo de sus dones
Un príncipe entre todos escogido,
Cuya privanza ha de subir sin tasa
La gloria al colmo de su ilustre casa.
La negra banda que en dorada lumbre
Medio cuerpo descubre de doncella,
Será de Carvajal rica vislumbre
Con la real sangre de Leon en ella,
Por quien de Martos la enriscada cumbre
Plaza enlutada hará su plaza bella
A un emplazado rey; que el justo cielo
No deja agravio sin venganza al suelo.
Sobre ondas de agua aquellos cisnes bellos,
Que un lirio azul en torno los contempla,
Sendas coronas de oro por los cuellos,
Con que el cruel hado su aspereza tiempla,
Armas son de Cisneros, ó son ellos
Ya cisnes, cuyo canto le destiempla
Los clarines al mauro infiel, de modo
Que á un grito suyo tiembla el campo todo.
O tengan con la sangre de Lorena
En Leon sus belicosos nacimientos,
O de los monstruos de la selva amena
Alguna sombra de verdad los cuentos;
Ella es nobleza insigne, y casa llena
De antigüedad y heróicos fundamentos,
Cuya es tambien la tarja de amarillo
De aquel leon, girones y castillo.
Los otros jaquelados tres girones
Que aquella ilustre tarja vuelven rica,
Con rica fruta de ínclitos varones
Este tronco feliz los multiplica:
Sus timbres han de ser reales toisones,
Su nombre en su blason se significa,
Sus príncipes, si el alma no me engaña,
Gloria á Osuna darán, y honor á España.
Tres palillas de plata en campo blao,
Y en torno nueve lunas, de Padilla
Noble empresa componen, y á Bilbao
Sangre real han de dar, y honra á Castilla:
Y á cuatro maestres del sangriento Tao,
Uclés y Calatrava la rodilla,
Y toda España á una beldad que pudo
La dura alma ablandar de un rey sañudo.
Del soberano imperio del Oriente
El César tendrá un hijo, que sin miedo
Libre á Toledo ampare, y á su gente,
Y dello herede el nombre de Toledo:
Su escudo es el que ves resplandeciente
Con jaqueles de azul y oro, en que puedo
Pronosticar, que á España ha de hacer salva,
Y ser de sus mejores dias el alba.
Aquel en rosicler grifo lozano
Entre cadenas de oro, es de Peralta
Blason ilustre, cuya sangre y mano
Lo mejor de Navarra y Francia esmalta:
De cuyo real linaje Agramontano,
Pamplona ha de heredar sucesion alta
De insignes condestables, y uno dellos
Su mitra arrastrará por los cabellos.
Destas cinco panelas de oro espera
Cobos su ilustre tarja, á quien ya humilla
Su mas florida y rica primavera
El reino de Aragon y de Castilla;
Y así con pluma volará altanera,
Que será al mundo octava maravilla,
El que al cesáreo trono del Poniente
El pecho ofrezca, y voz mas elocuente.
En boca de dos lobos dos corderos
De Haro son los señores de Vizcaya,
Del gran Zuria nobles herederos,
De española nobleza última raya:
Fuente feliz de no violados fueros
Es cuanto encierra su argentada playa,
Y el libre país de su áspera montaña,
El brio hidalgo del honor de España.
Desta real sangre tomarán corriente
Lodio, Corbera, Cárcamo y Urbina,
Orozco, Avellaneda, y el valiente
Hinestrosa, y con vuelta peregrina,
Del nunca firme tiempo la creciente,
Reinas y sucesion dará divina
A Navarra, y mil príncipes famosos
Del Carpio á los palacios venturosos.
Del franco Orlando, que ahora el mundo asombra,
Un rio de sangre real verá este suelo,
Y entre bocinas de oro la ancha sombra,
Que de águilas hará el pomposo vuelo:
Mas hoy un Ponce que de Leon se nombra,
Los clarines y plumas de ese cielo,
Yerno de un rey, hará sobre escarlata
Bastones de oro, y rojo leon en plata.
De aquí un maestre de las trabas de oro,
Y un don Manuel Paquí, nuevos Aquiles:
Uno á la vega, y otro al campo moro,
De sangre mas que el sol pondrán perfiles:
Por quien el monstruo del clarin sonoro
Al mundo proezas contará gentiles,
Cuando al favor de un arrojado guante,
El leon de Cadiz los de Libia espante.
Este escudo á cuarteles con seis fajas
De sangre, y diez veneras sobre verde,
Son de los Pimentarios las ventajas
Con que de vista Pimentel se pierde:
Y de los graves condes de Barajas
Jaquelados coturnos, que los muerde
Real sangre de Aragon, que ha de hacer dellos
Su rica taza Ganimedes bellos.
Los dos rojos bastones, y honda cueva,
Que aquel verde dragon de oro vomita,
Nombre á un real linaje y armas lleva,
Si el tiempo mi esperanza no marchita:
A cuya gruta hará que España deba
Mas príncipes que estrellas resucita
La muerta luz, y Cadmo hombres valientes
Vió en los arados surcos de sus dientes.
Cuando á Galicia azules fajas de oro
Megía traslade de la Misia fria,
De maestres sembrará un precioso coro
Por toda la marcial caballería;
Donde añada Alcaraz, de un gran tesoro
Que le ha de dar su espada en Berbería,
De escamosas serpientes la confusa
Guedeja de las clines de Medusa.
Trece estrellas, que en rubia centinela
Los lirios de oro guardan deste escudo,
Y él no menos que el sol alumbra y vuela
Con marcíal calor y rayo agudo,
De Salazar la espada sin cautela
De un pendon cortará á un jayan membrudo,

Cuando dé en Francia con clarin sonoro
Su invicto nombre, escrito en letras de oro.
   Nieto suyo será el que en fuerzas dobles,
Robusto natural, y años prolijos,
De traviesa tendrá, en mujeres nobles,
Seis veces veinte valerosos hijos:
Y él de otra tanta edad, los duros robles
De sus venablos en el cerco fijos
De Algecira pondrá, donde, aunque fuerte,
Como hombre al fin se rendirá á la muerte.
   Las cuatro fajas deste roto escudo
Para Montemayor le guardo un dia,
Que al granadino orgullo ha de hacer mudo
De su Alcaudete y dél la valentia:
La espada que con alas de oro pudo
Volar, llenando el mundo de alegría,
Será de don Manuel, preciosa infancia
De ambos imperios de Castilla y Francia.
   Aquella blanca luna en campo rojo
Armas dará á un linaje y apellido,
De una infanta feliz rico despojo,
Por mayor bien en Aragon nacido:
De aquí fortuna por su loco antojo
Un mónstruo formará, que en ser querido,
Y desamado, muestre al mundo en vano
Las cortas raices del favor humano.
   Las cinco águilas indas con coronas
De oro los picos son los Coroneles,
De Scipion, Cornelio, y sus matronas
Consigo por guardar su honor crueles:
Unas con fuego abrasan sus personas,
Por honra á su limpieza otras mas fieles,
Con astucia prudente á un rey amante
Le estorbaron llevar su error delante.
   Las cuatro fajas que en cuartel dorado
Limpias se ven de sangre real cubiertas,
Un real apellido celebrado
De Córdoba dará en su mano abiertas:
Otro le añadirán aprisionado,
Por las señas mas vivas y mas ciertas,
De aquel valor, á cuya ardiente espada
Llorará Italia, y temblará Granada.
   Del grave Tiber bajará don Mendo
Cinco nobles Andrades á Galicia,
Y uno á dos reyes, que en abrazo horrendo
Pondrá del cetro de oro la codicia,



Alzará en la mortal baraja haciendo
Su suerte el tiempo, el cielo su justicia;
Y él por barato al reino que se pierde
Banda volará de oro en campo verde.
   Del valiente Gelasio se derrama,
Por empresa de guerra y timbre mudo,
Este principio de armas, y esta rama
De roeles de oro en acerado escudo;

Ceros de los guarismos de la fama,
Con que aumentar la de su nombre pudo
El jayan, á quien Artus los dió en suerte,
Y él á mil nobles casas con su muerte.
Cual las hermosas pléyades, que al cielo
La frente vuela del templado toro,
Cuando al invierno su natural yelo
El aire cuaja de importuno lloro;
Tales verá en alegre paralelo
Bustamante sus siete lirios de oro,
Argüello cinco, diez Saltamirano,
Y Roelas seis con veros de su mano.
A Avila dió otros tantos, de quien puede
Nuevo blason mostrar resplandeciente
Por armas del dichoso Balbanedo,
De oculta sangre real preciosa fuente:
En Ronda un sucesor de su denuedo
Su pendon volará, y dará á su gente
Siete mas sobre seis, y al pueblo moro
En Gibraltar por bodas luto y lloro.
O sean ocasionados desto en algo
Los roeles de oro en cielo azul sereno,
O el noble escote que pagó un hidalgo
A un real convite de ocasiones lleno:
Con ellos á mil trances de armas salgo,
Con ellos el furor de Arabia enfreno,
Ellos son mi nobleza, ellos mi saña,
Y llenas lunas del honor de España.
Del bravo asturian Grijano el bravo,
Que bravo nombre á su linaje puso,
Es el castillo jaquelado al cabo,
Y al pié de ondas de plata un mar difuso:
Y el que de un jayan rey, que hizo su esclavo,
Dos ciervas de oro á su cuartel traspuso,
Cervantes descendiente de Cervino
Las ganará de un nieto de Mambrino.
Quitarleha al ya vencido rey la empresa
Por armas de su casa y apellido,
Y de las ciervas la una el prado besa,
Y en vela la otra está del franco exido:
Cinco cuervos que en oro hacen la presa,
Y el rubio Apolo los armó en su nido,
En favor de Publícola á Corvera
Nombre darán, blason, y fama entera.
Es cierto que á un sangriento desafío
De un valiente francés, y este romano
Un cuervo al franco yelmo hizo sombrío,
Y el pulso entorpeció á la diestra mano:
Faltó al uno, y al otro creció el brio,
Venció el favorecido italiano,
Y el cuervo en fe desta merced no escasa
Timbre á sus gentes dió, y nombre á su casa.
De aquel castillo, leon, y banda verde
En plateado campo con dragantes,
Harán, si el tiempo su volar no pierde,
Los Castillas sus armas como de antes,
Y con ellas al mundo que se acuerde
Del rey que mató Enrique, y los infantes
Que aprisionó en Berlanga, y por medida
De sus cadenas dió la de su vida.
Las jaqueladas barras, que de Alcides
Se precian descender en sangre envueltas,
Son de Sotomayor; y el que en las lides
Marinas ondas lleva en sangre sueltas,
De los Marines es, cuyos ardides
Mostrarán en la mar, y sus riberas,
Que no es todo ficcion lo que se suena,
De haber sido su madre una sirena.
La primer reina Loba que en Galicia
La ley siguió de un Dios resucitado,
Sobre un testuz de lobo á la milicia
Del cielo aquel lucero hurtó dorado:
Y el que hoy al noble pecho le acaricia,
Y con su empresa lo hace señalado,
Es Lobera, que en armas y apellido
La clara fuente da, en qué fue nacido.
Dos negros lobos en plateado escudo
Hará don Vela de Aragon infante,
Parlera fama, que en lenguaje mudo,
El invicto valor de Ayala cante:
Y dando con Salcedo un casto nudo
Del rubio conde con la hija amante,
Serán al real pavés nuevo tesoro,
Verdes panelas, sauce, y campos de oro.
Ya desta vela real alegres rayos
De invicta y noble luz gozará España,
Del árabe infeliz tristes desmayos,
Y del cristiano pueblo honrada saña:
Brotarán rosas los floridos mayos,
Y deste real enjerto la montaña,
Mas solares de hidalgos sucesores,
Que de abril fuentes, ni de mayo flores.
De aquí el conde Floyan, Pereira espera
Un señor en Trastámara, que alumbre
Del firme escudo la plateada esfera,
Con roja alegre cruz de inmortal lumbre:
Y un condestable portugués, que entera
La sacra insignia en pompa heróica encumbre
Entre ocho escudos las reales quinas,
Que en bella orla serán flores divinas.
De aquí Basurto, Calderon, Zaldierna,
Gamboa, Marroquin, Barbosa y Monte,
En brio, armas, linaje y fama eterna,
Mas luz darán que el carro de Faetonte:
De aquí en un rayo desta vela tierna,
Cuando á la bella Munia se confronte,
Del gran Carlos Martel nieta escelente,
Dos cometas saldrán de Marte ardiente.
De la una, ya en la invicta Soria crece
De inmortal lumbre la segunda vela,
Cuya águila, si en plata resplandece
Entre lisonjas de fortuna vuela:
Y de la otra, á la roja espada crece
Un gran maestre Martel, Marte en su escuela,
Que á su escudo dará en igual distancia,
Bastones de Aragon, lirios de Francia.
Destos dos troncos la tercera rama
Vela y Martel serán, despues Balbuena,
Que al castillo Ferral su brazo y fama
La insignia subirá de trabas llena:
Mas la enemiga de quietud, que trama
La humana estambre al pulso de su vena,
Con la potencia de Baeza y Baza,
Rendir le hará la conquistada plaza.
Y él, ya ofendido del contrario hado,
Sus armas renunciando y su apellido,
A eremítica vida retirado,
Nada parecerá de lo que ha sido:
Aquí de vanos faustos descartado,
A los firmes del cielo reducido,
Del valle ameno, y de su dicha bueña,
De Vela el nombre trocará en Balbuena.
Dará allí su virtud al mundo ejemplo,
Y con favor de un casto rey potente,
De castas almas un sagrado templo
A la Virgen, de amores castos fuente;
Cuya grandeza así crecer contemplo,
Que en la real proteccion claustro eminente
De cándidos armiños será al suelo,
Que el eco suban de su nombre al cielo.
Deste santo Hilarion un noble aliento
Sucesor de su casa tendrá vida,
Que á defender la de un delfin atento,
Y hallar la empresa de un toison perdida,
Por las tinieblas de la noche á tiento
A su águila dos lirios de oro añida,
Victoriosa guirnalda del tesoro
De los hallados eslabones de oro.
Hijo suyo será el valiente pecho,
Que con roja florida cruz armado,

Sobre Guadix pondrá á la fama hecho
De ilustre sangre el título de honrado:
Y el que á un rey justiciero sin provecho
De Alcaraz el pendon dará bordado,
Y el magnánimo Enrique en su servicio,
De Notario mayor el grave oficio.
  De aquí un yerno do un noble adelantado
Feliz muro será de su frontera,
Otro obispo en Valencia, otro el grabado
Baston ha de regir en Antequera,
Otro á donde se ahoga el sol dorado,
Cuando en la tierra ya no reverbera,
Del gran sello imperial con la potencia
A Jalisco á fundar irá una audiencia.
  Del noble valle destas limpias flores,
Con rosicleres de Velasco ardientes,
Si bien ya de encubiertos resplandores,
Que el tiempo hace menguantes y crecientes,
Nueva guirnalda de inmortales loores
Dará el hado á tus hechos escelentes,
Y á un ramo suyo lengua y fuerza tanta,
Que al mundo asombre con lo que ahora espanta.»

ALEGORIA.

En las grandes hazañas de Hernando Cortés, se muestra la magnanimidad y atrevimiento de un verdadero capitan español, que intrépido acomete, y sale á pesar de la fortuna con lo que intenta.

En el corpulento jayan que Bernardo vence en la fuente de las Maravillas, que preñado de oro derramaba escudos por sangre, se muestra la fuerza del dinero y como á veces compra favores y brazos, que le dan la mano para alcanzar la justicia, que por otra via no le fuera posible, y lo que pueden las dádivas para salir con esto.

LIBRO VIGÉSIMO.

Argumento. Libra Bernardo á Garilo de la horca, y él aquella noche, en pago del beneficio, le hurta el caballo y la espada: quita otro dia á Dodon la suya para pelear con Orlando, á quien en una famosa batalla deja vencido. Encuentra al pasar de un rio á don Teudonio y á Garilo presos, pónelos en libertad; y habiéndole conocido Teudonio, le da nuevas de la prision de sus padres: háceles Garilo otro engaño, por el cual pierden la vida el mismo Garilo y Teudonio. Encuentra Bernardo á Olfa en un monte llorando un caballero muerto; dale nuevas de Arcangélica, y pártense juntos en su alcance: llegan al famoso castillo del Carpio, donde Bernardo prueba su admirable encantamento.

  ¡Raro suceso! el cielo soberano
Los monstros trueque en favorable agüero,
Y como puede haga de su mano
Feliz el caso que asombró primero:
Al fresco arrimo de un laurel lozano,
Que alegre mayo hacia á un turbio enero,
Como á pedir favor la musa mia,
Tras un pro[illegible]o curso llegó un dia.
  No es [illegible] invencion, si bien parece
Obra sutil de pluma artificiosa:
Por donde á un fresco arroyo la orla crece
De verde juncia y grama revoltosa,
Cuando el temprano almendro aun no florece,
Ni el verde apunta á la encarnada rosa,
A que me ampare fuí del sol que ardia,
Del hojoso troncon la sombra fria.
  Allí ocupado en trasuntar al vivo
Mi espíritu á un papel (¡estraño caso!)
De una águila real el vuelo altivo
El silencio rompió del aire raso:
Y de repente dando en lo que escribo,
En los duros artejos el escaso
Borron arrebató, y hácia la esfera
De la agradable luz volvió ligera.
  Quedó absorto, y á ver el raudo vuelo
Que dió en mi daño la traidora arpía,
Puesto en pié mil suspiros doy al cielo,
Que sordo al parecer ninguno oía:
Y el sin piedad ladron con el señuelo
Volando entre las nubes parecia
Correo de Arabia, que en los aires lleva
De Palestina á Persia alguna nueva.
  Seguíle con los piés un rato en vano,
Y cuando mas no pude, con la vista,
Contemplando en sus garras del liviano
Papel la blanca tremolante lista;
Cuando furiosa en vuelo mas lozano,
A ser de un nuevo mundo coronista,
En mis ojos faltó, y en mí el sentido
Al peregrino caso sucedido.
  Y lo que en mil desvelos de cuidado
Mi humilde musa concertado habia,
El rigor de un suceso no pensado,
Viéndolo yo, lo destruyó en un dia:
¡Oh cielos! ¿si el trabajo dilatado
Por tantos años desta historia mia
Ha de desparecer la voladora
Y cruel arpía del tiempo en sola un hora?
  ¿Si ha de acabarse aquí en el primer vuelo,
O ha de volar sin fin de gente en gente?
¿Si subió el ave mi papel al cielo,
O caer le dejó de impertinente?
¿Quién me dirá este enigma? este recelo
¿A quién no hace encoger hombros y frente?
El tiempo lo hará claro, y mi motivo
Los sabios, que es el pueblo á quien escribo.
  Ni es bien que el frio temor entibie tanto,
Qué el noble aliento del valor consuma,
Mas fiar con firme fe del cielo santo,
Que el tiempo ha de ser cero desta suma;
Que si el ave voraz me hurtó un canto,
El papel se llevó, y dejó la pluma,
Y haciendo en ella próspero el agüero,
Así ahora esplicar sus miedos quiero.
  Que el águila, que es reina de las aves,
Será mi fama de los tiempos reina,
Que con vuelo inmortal, y acentos graves,
De aquí, donde la oscura noche reina,
Hasta donde entre músicas suaves
El alba de oro sus cabellos peina,
Mis papeles, mis versos, mis razones,
Volará de naciones en naciones.
  Esto se quede á cargo de la fama,
Que es de los venturosos sabios norte,
Y la que por sus términos los llama,
Y sube á grandes de su casa y corte:
Feliz yerba es la yedra, si se enrama
A un muro altivo, á quien no alcanza el corte
De la envidia, pues queda con su altura,
Él mas vistoso, y ella mas segura.
  Pues dando el cielo á mi encogida yedra
Por muro el que lo ha sido y es de España,
Hecha ya basa de tan firme piedra,
Ni agüeros teme, ni temor le daña:
Si el buen arrimo da segura medra,
Quien se llega al mejor ¿cómo se engaña?
Pare el miedo servil, vuelvo á mi estilo,
La hebra anudo, y corra de oro el hilo.
  En dulce suspension el noble godo
Mirando estaba en el compás pequeño
De aquel bello teatro el rico modo
De su adorno, sus armas, y su dueño;
Cuando á un cerrar los ojos huyó todo,
Cual blandas sombras de templado sueño,
Y en un campo se halló florido y verde,
A quien de Ebro el cristal las faldas muerde.
  Y el dia siguiente caminando en duda,
Sin conocer la tierra donde estaba,
Al darle el tumbo á una cuchilla aguda

Que el seguido camino en dos cortaba,
Pidiendo vió en el llano al cielo ayuda
A un hombre, á quien el cruel verdugo ataba
Un lazo al cuello, y en engace doble
Al corvo gajo de un nudoso roble.
Estaban otros cuatro por testigos,
Y el leonés viendo el lastimoso paso,
«Teneos, á voces dijo, tené, amigos,
Sepamos la ocasion, suspende el caso:»
Y por entre alcornoques y quejigos
A toda rienda sale al campo raso,
Cuando ya ellos tambien á toda priesa
El nudo daba á la soga gruesa.
Él por llegar á tiempo, ellos por dallo
Muerte, sin que haya estorbo que lo impida,
Todos priesa se dan, á mi dejalle
En esto, la que tengo me convida,
Que veo á Orlando en un profundo valle
De ciego monte, y áspera salida,
Donde para volver á su camino,
Si el caballo cobró, no cobró el tino,
Dejó la humilde casa del engaño,
Y aquel que serlo en ella parecia,
Y el astuto Garilo, con el daño
Que en el robado anillo hecho habia,
Tras el perdido conde el pais estraño
A ciegas cruza, y al huirse el dia,
Del grave sueño en la quietud profunda,
El caballo le hurtó la vez segunda.
Saltó en la silla, y á la luz menguante
De la fria luna, «¡oh capitan robusto!
¿Vos sois, le dijo, el príncipe de Anglante,
Y el general baston del cetro augusto?
¿Así en desvelo y guarda vigilante
Las reliquias poneis de vuestro gusto?
Quien en el sueño como vos se olvida,
Ni su honra tiene en mucho, ni su vida.»
Despertó el conde, y viendo á Brilladoro
Segunda vez en manos de Garilo,
La paciencia perdió, perdió el decoro,
Y de su autoridad el grave estilo:
Y cual vencido garrochado toro,
A quien acosa de la gente el hilo,
Los ojos cierra, y con la corva frente
Por los palenques rompe, y por la gente,
El impaciente conde, así en gallardo
Y altivo brio, saltó arrogante y fiero,
Que á hacerse el presto Brilladoro tardo,
Ambas deudas cobrara por entero:
Huyó el ladron, y cual ligero pardo
Siguiendo un ciervo, va tambien ligero,
Y al que le huye su caballo fuerte
Le salva á un tiempo, y le condena á muerte.
Aquella noche, y el siguiente dia,
Y sin ese otros seis siguió su alcance,
Que á uno el enojo, á otro la alegría,
De uno los empeñaba en otro lance:
Cuando una tarde el catalan que huía,
Temeroso que el rayo no le alcance,
A la ancha entrada de una estrecha puente
A Dudonio encontró, y su franca gente.
Volvia de Zaragoza, adonde vino
Por sabio embajador de Carlo Mano,
A granjear del rey, que por vecino
Favor ni gente preste al asturiano:
Y viendo el descompuesto desatino,
Con que al sudado potro aguija en vano
El medroso ginete, y que él bufando,
A falta de voz, dice, que es de Orlando:
Hizo alto el escuadron, cuando él en medio
De cien franceses puesto de improviso,
Aunque con sus embustes dar remedio
Al impensado aprieto y riesgo quiso,
Faltóle en el brevísimo comedio
Para saber fingir tiempo y aviso,
Y así antes de advertirse del suceso,
Sin pensar que lo estaba, se halló preso.
Llegó tras él el príncipe de Brava,
Que ya tan al estribo le seguia,
Que donde un pié el caballo levantaba,
Los suyos él por le alcanzar ponia:
Mandó al ladron colgar, que era á quien daba
Del sin piedad verdugo la porfía
Espantosa lazada, cuando pudo
Bernardo á tiempo ver el mortal nudo.
No vió á Dudon, ni al ofendido conde,
Que iban ya dentro de la selva espesa,
Y del árbol ninguno le responde,
Listos á darse en lo que hacen priesa:
Visto el rigor el español, por donde
Mas breve el paso vió, fiero atraviesa
A socorrer el riesgo, que es de modo,
Que á un pié de dilacion se pierde todo.
Y por ver si la nueva espada corta,
Alta en la mano, y alto el brazo fuerte,
«Paso, dice, cobardes, que me importa
Saber la causa de esa infame muerte:»
Cuando uno de los cuatro le reporta,
Y en blanda voz: «señor, le dice, advierté
Que esa lazada al cuello es propia ajorca
De un ladron, y su tálamo la horca:
Y este, en los de su oficio el mas cursado
Que de Jaca amparó la inculta sierra,
Ya dos veces á Orlando le ha robado
Su caballo, y su fino arnés de guerra:
Hale traido ofendido y acosado
Desde su patrio suelo al desta tierra,
Adonde hoy le prendió Dudon el noble,
Y él ponerle mandó en el primer roble.
Púdolo hacer el senador romano,
Por ser quien es, y porque dello gusta;
Firma es esta sentencia de su mano,
Y basta el serlo para ver que es justa:
Los dos al pié del bosque comarcano
La dan por tal; si te parece injusta,
No van lejos de aqui, ni un mundo es lejos
Para libres volver por sus consejos.»
Así el franco, y así el leonés llegando
La aguda punta el lazo cortar quiere:
«Sea todo eso verdad, sea el conde Orlando
De Roma senador, sea lo que fuere,
El preso es noble, y español; y cuando
Esas fingidas culpas cometiere,
No es Francia dueño, Roma es parte estraña
A castigar por sí culpas de España:
Y sobre esto á la franca gente junta
Si toda viene estorbaré esta muerte,»
Dijo, y corriendo la delgada punta,
La lazada cortó del nudo fuerte:
Y el que en cortés respuesta á su pregunta
Satisfecho dejó, ya de otra suerte,
Al dulce corte de su aguda espada,
Su honra satisfacer quiere agraviada.
Al verdugo feroz manda ejecute
Su oficio, mientras él el de su saña,
Porque ningun cobarde arnés le impute
Flaqueza al noble suyo en tierra estraña,
Saca su espada, y quiere que conmute
En sangre su primer piedad España,
Y el godo al noble término obligado
Ofender no pretende al que no ha errado.
Y así en la muerta fama de su escudo
Los vivos golpes sin le herir recibe:
Los que al diestro esgrimir del filo agudo
De humilde amparo ven que se apercibe,
Cobarde ánimo cobran, y en menudo
Combate en su grabado arnés escribe
Feroz cada uno la destreza que usa,
Mas él de cuatro á solo el uno excusa.
Que á tres golpes la falda de la sierra

De los tres heredó cuerpo y acero,
Y el cuarto ya la maltratada guerra
Paró asombrado, y dijo al caballero:
«¡Oh ilustre parto desta invicta tierra,
De nobleza y virtud un cielo entero!
Quiero estimarle ya, pues me le ofreces,
Un vivir que te debo tantas veces.»
Y como absorto en ver su gallardía
El caballo volvió á seguir su gente,
Y el godo hácia Garilo, que venia
A le ofrecer la libertad presente:
En cuya peligrosa compañía,
Al pié de un sauce, al márgen de una fuente,
Agradable reposo la espesura
Al luto ofrece de la noche obscura.
El falso catalan, por no negalle
Su premio al beneficio recibido,
Tenerle quiso compañía en el valle,
Que es servirle mostrarse agradecido:
Y por mas á su intento desvelalle
Largos cuentos fingió, y despues dormido
La rica espada hurtó al siniestro brazo,
Llave sutil del mal logrado lazo.
Despertó al rubio sol el noble godo,
Y hallando al huesped y á su espada menos,
Vió que es volver por un ladron en todo
Hacer propios agravios los ajenos:
Sintió el perder sus armas, sintió el modo
De pagarle tan mal deseos tan buenos,
Y que sea de su patria ingrato vicio
Afrentar con desden el beneficio.
Buscó el caballo, y viendo hurtado el freno
Agradeció la mano comedida,
Que quien á él la espada, y á otro el heno
Robó, robar tambien pudo su vida:
Volvió, y siguiendo de disgustos lleno
La senda menos agra, y mas seguida,
Como en rastro del alba dos luceros,
Parir la selva vió dos caballeros.
Dudon el uno, el otro el conde Orlando,
Que en busca suya, y del traidor Garilo,
La siempre amarga envidia devanando
Memorias de dolor los trae de hilo:
Fue el vencido francés así ensalzando
La libre espada, y el compuesto estilo
Del victorioso godo, y la jactancia
De defenderse en campo á los de Francia,
Que ardiendo en ambiciosos movimientos,
Dueño cada uno del agravio todo,
Sin darse uno á otro parte en los intentos,
En busca entraron del ausente godo:
Corriéronse de ver sus pensamientos,
Al encontrarse heridos por un modo,
De una envidia, y que dos tan graves lanzas
A un agravio le busquen dos venganzas.
Y sin torcer el curso acelerado,
Cada uno al otro pide el ir delante,
Cuando el florido tumbo de un collado
Les dió un muerto escuadron poco distante,
Sin espada, y á pié un doncel armado:
Dudan si es él, si bien su real semblante,
A quien le mira da en lenguaje mudo
Mas voces que la fama de su escudo.
Sus tres franceses mira Orlando muertos,
De tan nuevas heridas asombrado,
De los golpes los dos por medio abiertos,
Y sin hombro el tercero, y sin costado:
La voz suspensa, y los cabellos yertos,
El contemplarlos deja al mas osado;
Cuando así el conde al príncipe de España,
Quién sea el autor pidió de tal hazaña.
«¿Sabreis, señor, sabreis, señor, decirme
Destos tres golpes donde está la espada,
En alentado pulso y brazo firme,
Mas que en consejo ni en razon fundada?
¿Quién hay que tal crueldad por buena afirme?»
A quien Bernardo, la visera alzada,
«Señor, le respondió la espada bella
Ayer fue mia, ahora no sé della;
Que el mismo á quien dió vida en este valle,
Sin salir dél la hurtó lleno de engaños,
Que escusar á un ladron la muerte, es dalle
Osada libertad á nuevos daños:
Yo que hice mal confieso en alargalle
La indigna vida á mal gastados años,
Mas fue fuerza volver en mi hazaña
Por la ofendida libertad de España.»
«A estar allí esta mia, dijo Orlando,
La potencia de España no pudiera
De mi decreto suspender el mando,
Ni al ladron estorbar que no muriera:
¿Vos sois alguno de su infame bando,
Pues volvistes por él de esta manera?
Que si es ladron quien hurta, ya se entiende
Que lo será tambien quien lo defiende.»
Reportóse Bernardo, y dijo: «vienes
Con justo sentimiento alborotado
Del nuevo estrago que presente tienes,
De una injusta ambicion ocasionado:
Ni puedo responder á tus desdenes,
Hasta que Orlando, como lo he jurado,
Perdon á mis piés pida del esceso
De haber tenido un libre español preso.»
Hallóse el sagaz jóven puesto en duda
De cuál fuese Dudonio, y cuál el conde,
Y en esta estratagema quiso aguda
De los dos conocer quien le responde:
Orlando con su lengua tartamuda,
«Yo soy, dijo, á quien buscas, mira á donde
A morir has venido, á serme dado
Dar la muerte á un muchacho desarmado.»
No al brio gallardo de un ginete mozo,
En el alegre orgullo de la caza,
El presto gamo causa mayor gozo,
Que el bosque con sus cuernos despedaza,
Ni al vulgo juvenil mas alborozo
Un presto toro en medio la ancha plaza,
Que á Bernardo causó tener delante
El tan nombrado príncipe de Anglante.
Y así le respondió: «tienes tan tuya
La fama, invicto conde, que en su mengua
No sé si tus hazañas atribuya
Mas á tu heróico brazo, que á tu lengua:
Mas ahora las aumente, ó disminuya,
Hecha un golfo de mar que crece y mengua,
No es todo falso en sí lo que pregona,
Segun la magestad de tu persona.
Y pues tal dicha el cielo me ha ofrecido,
En tenerte á mi brazo y voz presente,
Para saber si tienes, ó has tenido,
Lo que la fama cuenta de valiente;
En lo que dices que ladron he sido,
Como ahora tú, quien lo dijere miente,
Y mentirá tambien quien no confiesa
La ventaja española á la francesa.
Y porque á falta de mi arnés entero
La batalla no escuses deseada,
Al que contigo viene le requiero
El caballo me dé, y preste su espada,
Con que ganando ya la tuya, quiero
Dejar la que me hurtaron mejorada;
Y si de voluntad no me la diere,
Habrá de ser por fuerza, sea quien fuere.»
Dudon, que á los principios la cordura
Del mancebo estimó su talle y brio,
Ya por loco le tiene, y por locura
Cuanto habla, y su razon por desvarío:
Y al agravio de tal desenvoltura
Deja el caballo, y toma el desafío,
Y la desnuda espada que apetece

Por la delgada punta se la ofrece.
Puso el brioso español mano á su daga,
Y al francés bravo, que blandiendo tiene
La relumbrante hoja, antes que haga
Seguro golpe que sus brios enfrene,
Rebatiendo una punta al pecho amaga,
Y á la vista á compas volando viene
El agudo puñal, que al yelmo fino
Quitó mil luces, y á Dudon el tino.
Y ayudando á su nuevo desacuerdo
Con él cerró á cobrar su acero agudo,
Y en abrazo enemigo mas que cuerdo
Hechos fueron al verde prado un nudo
El leonés vivo al franco sin acuerdo
La daga que á su mano volver pudo,
Ya ciego en su primer ventaja, prueba
A darle lugar nuevo, y puerta nueva.
Rompió al grabado yelmo las hebillas,
Y al aire dió la desarmada frente,
Y en sus vencidos pechos de rodillas,
Que vuelva espera en sí el que allí no siente:
Cobró vista el francés, vió maravillas,
Piensa que es sueño lo que ve presente,
Que es al vuelo de un tiempo tan escaso,
Mudarse todo un hombre estraño caso.
Era Dudon gran duque de Marsella,
De fuertes miembros y ánimo escelente
De la real Francia, y de los bravos della,
De diez, de seis, de cuatro el mas valiente
En comenzar batalla, y fenecella,
De colérica espada, y brio ardiente;
Ahora de un golpe se halla en tal estrecho,
Que ni brio ni espada es de provecho.
Así tal vez se vió pino lozano,
Beldad y sombra del vecino otero,
Que á un estallido por el suelo llano
Su duro tronco echó rayo ligero;
Al dar en tierra, el segador cercano
Que ampararse á su sombra iba primero,
Suspenso, ni se acerca, ni retira,
Mas asombrado y triste calla y mira.
«Yo no quiero de tí, dijo Bernardo,
Mas que espada y caballo, con que vea
Este invencible paladin gallardo
Lo que ahora como yo tambien desea:
A que con gusto me lo des aguardo,
O la vida con ello; tuya sea
La culpa, si por bien no me concedes,
Lo que ya defender por mal no puedes.»
Asombró á Orlando el valeroso hecho:
Dudonio lleno de confuso espanto,
La espada ya en su mano sin provecho
Libre dió, y del caballo hizo otro tanto:
Y en fuego ardiendo de venganza el pecho,
El conde puesto por testigo en tanto,
En la batalla se aprestó, en que piensa
Tomar de tantos daños recompensa.
Bien que atento á las fuerzas del contrario,
Su vivo aliento, su altivez ligera,
El breve asalto, el golpe temerario,
Y del suceso la victoria entera,
Las mudanzas temió del tiempo vario,
Y esta dicen que fue la vez primera
Que al conde halló el temor, y tuvo á una
Por variable el rostro de fortuna.
La blanca garza, á quien de la Noruega
Los prestos sacres siguen por el viento,
Callando sube, y remontada niega
La vista al mundo, alcance al pensamiento;
Y aunque uno le da, otro le llega,
Otro la sigue, y la encaraman ciento,
Cuando el que ha de matalla sale al vuelo,
A quejarse comienza desde el cielo.
El mismo impulso al corazon del conde
En el presente trance dió latidos,
Y sin ver causa, ni saber por donde,
Sus fuerzas siente y pulsos impedidos,
Y una nueva tibieza corresponde
A los alientos antes no vencidos
En esta lid, que le hace entrar en ella
Con pocos alborozos de vencella.
Estaba el conde en la grandeza dina
De su antigua opinion de miedo ajena,
Como en el fértil campo parda encina,
De antiguos años y despojos llena,
Que ni el viento la mueve, ni le inclina
De los nudosos ramos la cadena,
Antes en medio de los bosques puesta,
A sola ella hacen los pastores fiesta.
Bernardo de otra parte altivo estaba,
Si no de tanto nombre de mas brio,
Con un bullicio y lozanía, que daba
Al de mas fama y opinion desvio:
En vencer solo con destreza brava
Sin otros medios, puesto el albedrío,
Y en salir con real pecho y osadía
A cuanto la ira y gusto le pedia.
Cual presto rayo que su lumbre ardiente
Por los aires derrama repartido
El mundo asombra, y de temor la gente
Dando paso se humilla al gran ruido,
Y él deslumbrando cruza de repente
El rico alcázar, que dejó abatido,
Que ni de antiguo muro hace caso;
Ni el bronce oprime ni le ataja el paso.
Y él en tanto la silla del caballo
En aire brioso cobra, y le revuelve,
Y al deseo de justar para incitallo
La firme lanza empuña, y feroz vuelve:
Conoce el conde que es desafiallo,
Y en vengar tanto agravio se resuelve,
Partiendo con tal cólera á buscalle,
Que el bosque hizo temblar, y gimió el valle.
No el monte Olimpo, y su vecino el Osa,
Si arrebatados de contrarios vientos,
Por fuerza de violencia milagrosa
La eterna raiz faltase á sus cimientos,
En medio el Tempe junta mas furiosa,
Ni golpes sonarian mas violentos,
Ni del Pelion los riscos al encuentro
Mayor bramido harian en su centro,
Que el hueco valle y montes comarcanos,
Al ronco trueno y súbita estampida,
Con que los dos guerreros á las manos
De su furia vinieron encendida:
Y habiendo vuelto en átomos livianos
Dos pinos, que aun se estaban con la vida,
Mas firme los contempla el campo raso,
Que el cierzo á las dos puntas del Parnaso.
Asombró cada cual á su enemigo,
Y Dudon lo fue, allí de lo que via,
Que al grave caso puesto por testigo,
Que sueña piensa, y que le engaña el dia:
Y aunque con ojos y aficion de amigo
Al conde acata y mira todavía,
Halla que si hay ventaja, ó puede habella
Entre los dos, que el godo está con ella.
Mas ellos las espadas ya en la mano,
Y su furia y rigor en los escudos,
Con tal priesa se hieren, que hacen vano
El cuidado de golpes tan menudos:
En Flegra, en el combate soberano,
Cuando sobre los Titanes membrudos
Llovia Júpiter rayos, sus espantos,
Ni fueran en rigor tales, ni tantos.
Dió el conde á su contrario un altibajo,
Que á la fama cortó brazo y clarines
En el grabado escudo, y á él le trajo
A besar del caballo cuello y clines;
Y á alcanzalle el segundo por mas bajo,

Francia gozara mas sus paladines,
Y aun él quizá tambien de esa manera
Por invencible el mundo le tuviera.
Mas resbaló la espada por lo alto
De la celada, y el valiente godo,
De honor herido, y de paciencia falto,
A vengarse ó morir se arrojó todo:
Y puesto en los estribos, dando un salto
Su frison, alcanzó al francés de modo,
Que le hizo besar á un mismo vuelo,
El su caballo, y su caballo al suelo.
Dió un grito Don Dudonio del espanto
Que el golpe le causó, y mayor le tuvo,
Cuando vió que el feroz mancebo, en tanto
Que el conde volvió en sí, parado estuvo,
Que á segundar con otro, ni el encanto
Del yelmo de Mambrino, ni el que hubo
De Almonte, ni su hadada fortaleza,
Libre del riesgo dieran su cabeza.
Mas ya viendo en su acuerdo el triste estado
En que aquel brazo y su valor le tiene,
Con la afrenta y furor desesperado
La espada aprieta, y á buscarle viene;
Y el español no menos arriscado
Con la suya á dos manos le detiene,
Hasta que en rebatir furioso á una
Del hado tientan la última fortuna.
Y vueltos á encenderse en su refriega,
Con mas aliento y brios que primero,
Donde uno se retira, el otro llega,
Y ninguno al herir llega el postrero:
Uno el escudo hiende, el otro siega,
Cual trigo de sazon, mallas de acero;
Uno da, otro recibe, y ambos juntos,
Ni atienden ocasion, ni aguardan puntos.
Cual dos fieros centauros, que á las cumbres
De Osa celosos muestran su braveza,
Porque de Deyanira las dos lumbres
Con igual gusto miran su destreza;
De sus duros peñascos las vislumbres
Vueltas centellas giran larga pieza,
Resuena el bosque, y cúbrese la tierra
De los destrozos de la horrible guerra:
Asi la honra francesa, y la española,
Celosas de la fama que las mira,
Como el hinchado Egeo entre ola y ola
En fuerzas crece, y se derrama en ira,
Resuena el valle, el aire se arrebola,
De las centellas de oro que retira
Del rebatido acero, que el desierto
De rajas tiene y confusion cubierto.
Dió el francés un mandoble en el escudo,
Que de la fama al suelo echó un pedazo,
Y no fue el godo en responderle mudo
Del firme acero con el gran recazo:
Que á alcanzarle la espada mas de agudo,
A cercen de los dos llevara un brazo,
Mas del hombro y encaje de una greva
Sobre el campo salió una luna nueva.
Y tras él otro, y otro le segunda,
Como sobre su yunque el duro Bronte,
Cuando en masas de fuego forja y funda
Rayos contra el flamígero Faetonte:
La sima al hondo valle mas profunda
Suena, y los ecos del preñado monte,
Hacen un triste son y estruendo horrible,
A solo el duro mar apetecible.
Ya del dia la mitad la blanda yerba
Del bosque, el cruel teson sufrido habia,
Y á ellos entre un palenque de superba
Gente, que en busca de Dudon volvia:
Ningun brio allí ni maña se reserva,
Que á la victoria de su gran porfía,
Aunque hay muchos, no quieren mas testigo
Que un muerto, y que ese sea el enemigo.
Cansados de herir con las espadas
A brazos hacen de sus fuerzas prueba,
Las manos por los hombros anudadas,
Cada uno al otro aquí y allí le lleva:
Crujen las duras grevas apretadas
Entre el brio de los músculos que ceba
Su furor en la lucha, y los caballos,
Ni pueden ya traellos, ni llevallos.
Gimen, sudan, anhelan, y arrodilla
El mas brioso caballo: uno se estaca,
Otro la yerba en caracoles trilla,
Y de su centro las raices saca:
Petos, golas y arneses deshebilla
Del teson duro la mortal resaca,
En un grueso anhelar, y aliento vario,
En que cualquiera bebe el del contrario
Sacó el conde una daga, y al costado
Arrimarla probó del enemigo;
Mas él, no en tales lances descuidado,
Picó el caballo, y le llevó consigo:
Perdió la silla, y fue á buscar el prado:
Saltó el godo tras él, que no es amigo
De ventajas; mas viéndose la suya,
Medroso está Dudon que la concluya.
Y ellos con nuevos brios y denuedo
Tras su porfía quieren acaballa,
Y como ya se hieren á pié quedo,
Mayor espanto pone la batalla:
Solos los dos del riesgo están sin miedo,
Que los demás que se hallan á miralla,
Aun desde fuera no se ven seguros
Del grave riesgo de sus golpes duros.
Así el horrible Marte con Briareo,
Si proballe tal vez le cupo en suerte,
Darian soberbios golpes, y al deseo
Diversos modos de hallar la muerte:
Tales los dos en su combate veo,
Y el batir las espadas de tal suerte,
Que como con cien brazos á un momento
Se dan un golpe y otro, treinta y ciento.
Ya el sol, que por mirar su gentileza
Aquel dia madrugó á alegrar la gente,
Tibia su luz, y ardiendo la braveza
De los guerreros vió desde el Poniente:
Y contemplando el número y grandeza
De golpes y heridas, juzga y siente,
Que era en su batallar mayor el vuelo
De su ira y su furor, que el de su cielo.
Y no queriendo ver de compasivo
La muerte de los dos, ni de ninguno,
Cerró la noche, y con un golpe esquivo
Roldan con su colérico importuno:
No quedó rostro ni semblante vivo,
Ni de los que le vieron pecho alguno
Que no se estremeciese al estallido,
Y el corazon le diese algun latido.
Fue tan cargado el golpe, que sin tino
Traspiés dió por caer el firme godo,
Y á no volver la furia en desatino,
Fuera el segundo vencedor del todo:
Mas erró este postrero el paladino,
Y su contrario se arrestó de modo,
Que arrojando de sí el mellado escudo,
Con su furia llegó hasta donde pudo.
Y á dos manos la espada, el yelmo fino
Al fiero golpe resonó tan hueco,
Que á las grutas del monte, y al vecino
Bosque se vió sonar una hora el eco:
Cayó al suelo el famoso paladino
Vivo, mas sin sentido; ¡estraño trueco
Y vuelta de fortuna! que por junto,
Cuanto en mil años da, lleva en un punto.
Pudo á su voluntad darle la muerte,
O de veras saber si era encantado;
Mas nunca en un rendido, un pecho fuerte

Con sangre noble, dió golpe sobrado:
Antes dolido de la adversa suerte,
Que un hombre tal ha puesto en tal estado,
Solo el escudo le quitó en memoria
De que por suya queda la victoria.

Y á don Dudonio dijo: «este le llevo
Para que el bravo conde me le pida,
Cuando por bien tuviere que de nuevo
Nuestra batalla quede fenecida:»
Y cual presto neblí, el feroz mancebo



Ya en la silla, hace que el caballo mida
El campo en tan lozana gallardía,
Como si al fresco hubiera holgado el dia.
Y haciéndole en bizarra contenencia
Salir ligero, al tiempo del sacallo,
«Señor, dijo á Dudon, con tu licencia
Llevo, pues mas no puedo, tu caballo:
Y á Dios, que ya la luz ha hecho ausencia;
Y yo que no sé el puesto en que me hallo,
Buscar quiero acogida, antes que llegue
La noche á su rigor, y me la niegue.»
Y sin otra respuesta á lo cerrado
Del bosque tomó el paso mas derecho,
Dejando el campo en suspension callado
Al increible aliento de su pecho;
Celebrando el silencio, el no esperado
Fin, la insigne victoria, y raro hecho,
Con que á Roldan, de un golpe sin herida,
La fama le quitó, y dejó la vida.
Corrió Dudonio á socorrerle cuando
Del desacuerdo con furor volvia,
Y á su ausente contrario amenazando
La espada entre los suyos esgrimia:
Quiérenlo sosegar, pero no hallando
Muerto á sus piés al que antes combatia,
Con un nuevo dolor pierde el sentido
Que el corazon le da, que está vencido.
Y aunque Dudon, lo menos mal que pudo,
El caso le doró, y cubrió la afrenta,
El verse sin contrario, y sin escudo,
Le hace mas que el amigo engaño sienta:
Y dando de ansia á la garganta un nudo,
Tal tragedia el honor le representa,
Que á ser menor de Astolfo el beneficio,
Segunda vez se hallara sin juicio.
Pero á sola una rama que le queda,
Que es morir, ó vengarse, echa la mano,
Y sin que nadie detenerlo pueda
Parte á este fin el senador romano:
Mas cuando la ventura queda fuera
Es darse priesa caminar en vano,
Que en vano ara la mar, quien desde el suelo
Los cursos piensa gobernar del cielo.
Desvolvió en seguimiento de la saña,

Que un infierno labró de su memoria,
Tras su venganza lo mejor de España,
Y tras su pena la perdida gloria:
Dejando del furor que le acompaña
De ilustres hechos una heróica historia,
Que fuera de aparato y alegría,
A poderla aqui hacer suya, á la mia.
La ilustre empresa de los arcos de oro
Que en Alarcos ganó, la imágen bella
Que en los floridos campos del tesoro
El rayo le dió vida de una estrella,
Y de Guisando el encantado toro
Con que la tierra aró, sembrando en ella
Las perlas de un laurél, que dieron gente
Mas que en Tebas á Cadmo, y mas valiente,
Y otros insignes hechos, cuya fama
Al mundo hacen soberbio alarde y pompa;
Mas ni á tan grande voz la mia me llama,
Ni es justo que en su hilo el mio se rompa:
Ya algun dia el cielo esta menuda rama
Tronco al Parnaso hará de heróica trompa,
En tanto que dé ahora á lo importante
Del grave curso del señor de Anglante.
Que feroz de aventura en aventura,
De arar cansado el real solar de España,
Sin hallar de la muerte que procura
El rastro, tras que el dulce honor le engaña,
Arrojado del tiempo, y la ventura,
Del Pirineo pasó la alta montaña,
Y á su campo llegó el alegre dia
Que el César admitió en su compañia.
De otra parte, despues que el grave peso
De su batalla el vencedor Bernardo
Libre arrojó de sí, y en largo esceso
Vencido dió de Francia al gran bastardo;
Ni mas ufano ni arrogante en eso,
En cortés compostura, y paso tardo,
Dejó el suspenso campo, y al vecino
Bosque á buscar reposo abrió camino.
Y al salir dél, tras las doradas señas
Que un claro fuego desde lejos hizo,
Al pié de un monte, entre sus crespas greñas,
De una quinta halló el solar pajizo,
Donde en mesas cenó de humildes peñas,
Lo que el cansado espíritu rehizo,
Y al dulce curso de un sabroso sueño
El de la fria noche fue pequeño.
Informóse otro dia de la tierra,
Y de Leon el camino mas sabido,
Por donde tras el fin que su alma encierra
Algunos dias le llevó seguido;
Cuando al recodo con que el paso cierra
Un claro arroyo al de un collado erguido,
En duros hierros sin piedad ligados
Con dos presos venir vió diez soldados.
Mas ya del grave conde de Saldaña,
Y de Teudonio la áspera cadena,
Que del fuerte castillo en la montaña
De Luna en triste son trágico suena,
A contar de ambos la desgracia estraña
Ambas manos le da, y la pluma llena,
Que de un signo infeliz la adversa suerte
A un desdichado sigue hasta la muerte.
Despues que del rey Casto el pecho esquivo
En obscura prision al conde puso,
Y el muro de la cárcel vengativo
Al sol de su clemencia le antepuso,
Jamás el reino supo si era vivo,
O si habia del vivir perdido el uso,
Dónde, ni cómo estaba, ó en cual sima
El valor se hundió de tanta estima.
Hasta que ya al real pecho obstinado
La agradable piedad halló camino,
Y con nuevos servicios obligado
Del notorio valor de su sobrino,
De dar trazó la libertad y estado
Al preso conde, y á este fin previno,
Para hacer un perdon en los dos primos
De don Teudonio, la prision que vimos.
Mas de don Sancho la enemiga estrella,
Que contra su ventura peleaba,
Al mejor tiempo le dejó sin ella,
Y su luz vuelta de apacible en brava;
Que como los dos héroes sin temella,
Ni saber lo que el Casto rey trazaba
En darle libertad, se hallaron presos,
Y graves del castigo los escesos,
Juntos ya en el torreado alcázar fuerte,
Con la jurada fe y lealtad alzados,
Al sospechoso alcaide dieron muerte,
Y á dos partes de tres de sus soldados;
Cuando sus pechos la contraria suerte
De mayor brio que prudencia armados,
Un nuevo capitan los dió vencidos,
Y á su primer estado reducidos.
Al ofendido rey vivas pasiones
Nacieron, muerta la piedad primera,
Con protesto que nuevas ocasiones,
Graves servicios de humildad pechera,
De los dos á ninguno las prisiones
Libre el cuello daran hasta que muera:
Y en esto firme el brazo justiciero
Las cadenas dobló, y creció el acero.
Y porque el nuevo mal sea con esceso,
Y la larga prision menos suave,
Llevar á don Teudonio manda preso,
Adonde en inmortal cadena acabe,
A cargo de Teudisco, hombre sin seso,
De fantástico brio, y zuño grave,
En quien ni alivio tenga, ni halle abrigo,
Que un necio nunca fue de nadie amigo.
Con diez de su gallega gente, Ardano
Para Ledesma el preso ilustre guia,
Cuando al pié de un aliso en medio un llano
Durmiendo hallaron á Garilo un dia,
Pocos despues que en término villano,
Y en maliciosa ingratitud habia
A Bernardo, ya en sueño sepultado,
La rica espada y el caballo hurtado.
Y alegres de la presa, antes que el sueño
Entera libertad diese al sentido,
Con las manos atrás su incauto dueño,
En las suyas sin ver se halló rendido:
Cuando al claro cristal de un rio pequeño
Bernardo, el escuadron desvanecido
Encontró, y los dos presos, cuyos yerros
Hacian mas graves los pesados hierros.
Al uno en grave compostura un todo
De valor encubierto corresponde,
Y que lo ha visto le parece al godo,
Si bien no tiene en la memoria adonde:
Al otro en diferente talle y modo
Conoce que es el que libró del conde,
Y por la recompensa de libralle
La espada le hurtó, y llevó el caballo.
Holgóse de encontrar á su enemigo,
Y no por su caballo ni su espada,
Ni por dar á sus culpas el castigo,
Ni por vengar la ingratitud pasada;
Mas por quitarle como honrado amigo
Segunda vez del cuello la lazada,
Y probar si podrá en su pecho fiero
El segundo favor mas que el primero.
Detuvo el brioso paso al firme freno
El potro al márgen del arroyo escaso,
Y el pequeño escuadron, de altivez lleno,
Por él pasando fue sin hacer caso:
Sintiólo el jóven, y en hablar sereno,
Tan reportado el pecho como el paso,
Cortés y afable, á la arrogante junta,

¿Dónde, y por qué los presos van? pregunta.
«No es de vuestro cuidado, ni os importa
Lo que incauto pedís,» respondió Ardano,
Ardano capitan, de vista corta,
Y de soberbio corazon villano;
«Mas fácil os será saber si corta
El rigor de mi espada, y de mi mano:
Pasad el rio, despejad la arena,
Sino quereis terciar en la cadena.»
«Ahora, replicó el jóven valeroso,
Saber por fuerza quiero lo que os pido,
Que á ser vos noble, el pecho generoso,
Como honrado os hiciera comedido:»
Y enviando tras la voz un golpe airoso
Sobre el pomposo yelmo, en dos partido
Al suelo le arrojó; que su ceguera
El resguardo no hizo que debiera.
La escuadra vil que al capitan difunto
Vió del golpe primero en tal estado,
En confuso tropel y escuadron junto
A darle corre sin sazon vengado;
Que el valeroso godo, que un trasunto
Es del marcial furor cuando está airado,
Mas que Vulcano rayos en su fragua,
Armas, sangre, y centellas llueve al agua.
A uno el brazo desgarra, al otro el pecho,
Ya este y aquel ensarta de uno en uno,
Aquel de cuatro brazos deja hecho,
Y aquel del primer golpe sin ninguno:
Cual rojo tigre en acosado estrecho
El tejido escuadron rompe importuno,
Y en las sangrientas garras, y en la boca,
Cuanto su ardiente rabia encuentra apoca.
De diez, de ocho, de seis, de cuatro altivos,
Que el preso defendian generoso,
Muertos los otros á sus golpes vivos,
De dos, perdon le pide el mas brioso,
Y el mas cobarde en pasos fugitivos
Por el vecino bosque huyó medroso,
Y él á dar fue con su victoria ufano
Libertad á los presos, de su mano.
Habíale ya en los golpes conocido
Garilo, y en las ricas armas bellas,
Y aunque sin fe, quisiera de corrido
Antes morir que en su servicio vellas:
El noble don Teudonio comedído,
Viéndose en dulce libertad por ellas,
Para rendir las gracias á su dueño
Cualquier término juzga por pequeño.
Del rico yelmo la visera de oro
El noble godo levantó lozano,
Para en su libertad con mas decoro
Al generoso preso dar la mano:
Mas del bello semblante que el tesoro
Cubria de las armas de Vulcano
La luz salió, que al gran Teudonio pudo
Del gozo de mirarla volver mudo.
Conoció luego el generoso aliento,
Que ya en Miduerna vió en igual destreza,
Cuando al rey Casto del traidor intento
De Mahamud, libró su fortaleza;
Y como arrebatado del contento
Del no esperado bien, y su grandeza,
«¡Oh cielos! dijo, ¡oh pecho en quien cifrado
Fortuna al mundo un bien cumplido ha dado!
Dadme, ¡oh brazo invencible, en quien unido
El valor godo está! esa invicta mano,
Para que en feudo á vuestro honor debido
Mi propia sangre reverencie ufano:
¡Hijo del mejor padre que ha nacido,
Honra del noble suelo castellano,
Defensa de Leon, leon de España,
Fama del mundo, y gloria de Saldaña!
Si la primer salud y vida os debo,
Cuando en Miduerna vuestro brazo fuerte
Al Casto rey libró del cruel mancebo,
Que desde Lugo quiso darle muerte;
La libertad que aquí me dais de nuevo,
Que no os la debo la ocasion me advierte,
Que esto restituir ahora ha sido
Lo mismo que por vos habia perdido.
Por dar á vuestro ilustre padre ayuda
A recobrar la libertad perdida,
La adversa suerte, un breve tiempo en duda,
Vária entre favorable y desabrida,
Desta cadena de piedad desnuda
Mi garganta cual veis dejó ceñida,
Y por la venerable suya puesta
Otra de mas rigor y oprobio que esta.»
Así el príncipe godo al noble hijo
Del desgraciado conde de Saldaña
De su gran padre la prision le dijo,
Y el tormento que en ella le acompaña;
Y en larga relacion, y hablar prolijo,
De su antiguo discurso la maraña,
De la infanta su madre la clausura,
Y la injusta pasion que en el rey dura.
Atento al largo discurrir del godo,
En una suspension honrada puesto,
Con prudente sentir lo advierte todo,
Bravo interior, y en lo esterior compuesto;
Trazando en sabia prevencion el modo,
A su honor menos grave, y mas modesto,
Con que guiar las enconadas cosas
A mejor fin, y á vueltas mas dichosas.
Viénele á la memoria, que Proteo
Le prometió en obscura profecía
Un preso que alumbrase el gran deseo,
Que entonces de saber quién es tenia:
Ve ser Teudonio el que el pastor Nereo
En confusas enigmas le advertia,
Y hallándole tan cierto, se embaraza
En el temor de su última amenaza.
Mas á un ánimo ilustre no hay quien pueda
Contrastar con temores su pujanza,
Y así seguro en sus recelos queda,
Y el alma coronada de esperanza:
La grandeza de casos con que enreda
El tiempo á los dos príncipes, no alcanza
A tratar de las causas de Garilo,
Que es humillar sin para qué el estilo.
Que en heróicos propósitos metidos,
A solas los dos godos retirados,
Con nuevas trazas, medios y partidos
Los discursos ordenan comenzados:
Y viendo los cristales encendidos
Del rio ya sin luz amortiguados,
Y la callada sombra que se llega
De los vecinos montes á su vega,
Pasar en su ribera sosegada
La quietud quieren del sabroso sueño,
Ya del grabado arnés la rica espada,
Que antes Garilo hurtó, vuelta á su dueño;
En tal aspecto celestial forjada,
Que hace gigante el brio mas pequeño,
Y al pecho humilde apaga el miedo frio,
Y al brioso corazon aumenta el brio.
Mas el falso Garilo, siempre atento
A proseguir su inclinacion traviesa,
De maquinar con libre pensamiento
Nuevas traiciones sin lealtad no cesa;
Que á un malo, cuando lo ès de nacimiento,
Raras veces del hecho mal le pesa,
Y en el que ahora intenta sin provecho,
El resto echó de su dañado pecho.
Envidioso del jóven escelente,
De la fama que al cielo le subia,
Y del deseo que el rey, el reino y gente,
De verle ya en su ejército tenia,
Con las sombras que á un rey burló imprudente,

Y el cetro de Monzon le quitó un dia,
Su anillo quiso en ambicioso intento
El honor usurpar de aquel contento:
Y de su luz al rayo prodigioso
Del jóven se invistió la hermosura,
Armas, persona, brio, talle airoso,
Habla, trato, ademán, cuerpo y figura;
Y en medio del silencio perezoso,
Que el manto llueve de la noche obscura,
Despertando á Teudonio á toda priesa
Por la selva se entraron mas espesa.
Vistióse el godo el fino arnés de acero,
Que ya de Ardano fue timbre gallardo.
Y llevando el vencido caballero,
Que de sus golpes le sobró á Bernardo,
Huyen del mismo que seguian primero,
Dejan sin guarda al que era su resguardo,
Y por un valle bajan, cuando el dia
Por sus espaldas y árboles subia.
Nuevo Teudonio en el embuste estraño,
Del falso catalan admitió el ruego
Del irse, y dejar al mismo del engaño,
Que finge que es el que se queda ciego,
Que de la luz del mago anillo el baño
Así al seso mayor turba el sosiego,
Qué cree el godo que va con el que deja,
Y que del mismo con quien va se aleja.
Parece en lo esterior caso inventado,
Con poco de posible y verdadero,
Del rico anillo el prodigioso hado
En alterar su luz un hombre entero:
Mas que mucho, si el cerco está encantado
En que le fabricó mágico acero,
Y su apremiado espíritu hacia
Las contrahechas sombras que fingia.
Historia es cierta, que el sutil Marguto
De un mundo en riesgo fue traidor cuchillo,
Valido en la virtud que el negro luto
Del sombrío Pluton dió al mago anillo:
Engañó al rey Zaydin de ánimo bruto,
Al avariento Ardan de oro amarillo,
Y en contrahecho rostro al viejo Elido
El reino le usurpó, y dejó corrido.
Urdió la sutil tela del engaño,
Que solo al que era noble aparecia,
Cuyas labores verlas en su paño
Ningun bastardo espíritu podia,
Ni el perfil rico del dibujo estraño,
Quien de otro padre es hijo que decia,
Tambien dan por embuste desta jimia
Los fingidos napelos de la alquimia.
Con geománticos puntos dejó hecho
Un inmortal engaño en los mortales,
Tal que le aprueban, y le dan el pecho
Mil sabios, ó tenidos ya por tales,
Y con mirar la mano sin provecho
No hizo en gente vulgar pequeños males;
Al fin él fue de embuste y embeleco
Con su encantado anillo al mundo un eco.
Y ahora Garilo para echar el sello,
Mudado de Bernardo en la figura,
Con Teudonio se fué, y al jóven bello
Durmiendo dejó solo en la espesura:
Que cuando del sol claro el rubio bello
Vistiendo salió el mundo de hermosura,
Los ojos abre, y como á nadie via,
Piensa si está durmiendo todavia.
Mas ya despierto cuidadoso mira
Entre las flores por Teudonio en vano,
Y en ver que le dejó, y se fue, se admira
Dél, y su trato al parecer liviano:
Siente la sinrazon, siente y suspira
La poca fe del pueblo castellano,
Pues dos favores que á su gente ha dado,
Ambos de ingratitud se han malogrado.
Y el divertido pensamiento lleno
Del nuevo agravio, y del desdén presente,
Cuando de la alba el argentado seno
Al mundo el sol parió resplandeciente,
A pié, solo y sin guia, el bosque ameno
A cruzar comenzó confusamente,
Buscando á tiento al pueblo mas vecino,
Si el cielo se lo ofrece, algun camino.
Ya de la selva la áspera maraña
En varias sendas tanteado habia,
Y del sembrado aljófar la campaña
Aun en tiernos relámpagos bullia,
Cuando por el combez de una montaña,
Huyendo hácia donde él salió, volvia
Un sangriento soldado conocido
Por el que fue aquel dia su vencido.
Suspendió el paso el jóven valeroso,
Y el que huia tambien suspendió el paso
Y en ver vivo á Bernardo mas medroso
Que antes absorto al no entendido caso:
«Señor, dijo, si en cuerpo ya glorioso
Destas montañas aun guardais el paso,
Y muerto me quereis vencer, mi intento
Es daros vivo y muerto el vencimiento.
Mas si como se ve del aire vivo
Respirando gozais suave aliento,
Y no estais, cual yo ví, de un golpe esquivo
Pasado el noble corazon sangriento:
El mas notable engaño, y mas al vivo,
Que basta hoy cegó mortal entendimiento,
Ha pasado por mí, y sospecho y digo,
Que tambien por Teudonio vuestro amigo.
Antes que el alba arrebolase el dia,
Entre flores dejamos y rocío,
Por órden vuestra, en vuestra compañía,
El sueño y las riberas deste rio;
Y caminando al canto y armonía
Que á la nueva luz daba el bosque umbrío,
Por entre la alameda de una fuente
Nos dió del primer sol el rayo ardiente
Y tras él, de un cerrado bosque inculto,
Que al diestro lado sin temor quedaba
Un pequeño escuadron salió, que oculto
Nuestra muerte en sus árboles guardaba:
Y en sorda tropa, y en callado insulto,
A mí cual veis, y á vos la furia brava
De un venablo cruel travesó el pecho,
O yo, señor, soñé lo dicho y hecho.
Mas la sangre y rigor desta herida
(Mostrando todo el cuerpo atravesado)
Si fuese sueño, aun estaria mi vida
En no tan peligroso y triste estado:
Mas que me canso en cosa tan sabida;
Tras la loma, señor, deste ancho prado
Os vereis muerto vos, y á don Teudonio,
Y allí de mi verdad el testimonio.»
Dijo, y el laso espíritu rendido
De la perdida sangre, cayó muerto,
Como si solo hubiera allí venido
A declarar del caso lo encubierto:
Bernardo en su estrañeza divertido
Piensa que está dormido; y si despierto,
Que el tiempo anda con él en las mas varias
Tragedias de sus vueltas ordinarias.
No sabe qué entender de aquel suceso
Con un discurso moderado pueda,
O si perdia con la sangre el seso
El que ya muerto entre las flores queda:
Mas descubriendo al fin el bosque espeso,
La clara fuente, el rio y la alameda,
Rastro halló en el llano no pequeño
De no ser todo lo pasado sueño.
Al gran Teudonio, en el confuso estrago
De rotos cuerpos, y vencida gente,
De armas ceñido halló en sangriento lago

De un tejido escuadron resplandeciente,
Que en batalla infeliz campo aciago
La honra sustenta de su espada ardiente,
Ya de heridas los músculos cubiertos,
Y el rojo prado de enemigos muertos.
Entre ellos, del luciente hierro agudo
De un ligero venablo atravesado,
Un cuerpo vió, que en armas y en escudo,
Era dél y las suyas un traslado:
Admiróse del caso, mas no pudo
Por entonces ver mas, que el brazo honrado
Del amigo, de sí le sacó al punto,
Que su vida y su herir vió acabar junto.
Las destrozadas armas pieza á pieza
El rigor de los golpes echó al suelo,
Y del abierto pecho la braveza
De un sangriento desmayo el mortal yelo,
De seis agudas puntas la destreza
Su cuerpo dió á la tierra, el alma al cielo.
Cuando llegaba en su favor Bernardo,
Cual en campo Marsilio suelto pardo.
Quedó viendo caer el caro amigo
De un desmayo mortal cubierto el pecho,
Maldice airado su favor mendigo,
Y su tarda venida sin provecho:
Y no mas fiero el Jónio sin abrigo
Entre escollos levanta el crespo pecho,
Cuando de Acroceraunio la alta roca
Con hueca espuma las estrellas toca;
Que el brazo altivo, y el semblante fiero
Del ofendido godo, á la canalla
Que de la furia del sangriento acero
Sobró al feroz Teudonio en la batalla:
Ni en mas presteza el cauto marinero,
Que entre sus peñas y arenal se halla,
De los riesgos del golfo descubierto,
Huye al abrigo del vecino puerto;
Que las sobras del campo sin aliento
Los filos huyen de la ardiente espada
Del nuevo capitan, que en triste acento
El fin celebra á su infeliz jornada,
Viendo del roto cuerpo el rio sangriento
Que del vivir la fuente dió agotada,
Y al grave caso que trazado habia
La mayor usurpó y la mejor guia.
Mas vuelto á su valor: «el cielo, dice,
Es dueño universal del curso humano,
¿Qué saber hay, si el suyo contradice,
Que en su mayor caudal no salga en vano?
Lo que en mí fuere haré, cual siempre hice,
Lo demás quede al peso de su mano,
Que cada vida tiene su corriente,
Y las riendas del tiempo el que es prudente.»
Dijo, y tras esto supo de un herido,
Ser de aquel triste caso el fundamento,
Que el mismo que antes de temor huido
De su espada se entró en la selva á tiento,
El mas cercano pueblo conmovido
A vengar el pasado atrevimiento,
Y recobrar su preso, sacó y puso
En la emboscada su tropel confuso.
Y en hombros de las gentes, que al asalto
De la vecina sierra habian venido,
El real cuerpo de vida y sangre falto
Mandó al pueblo llevar mas conocido,
Donde en sepulcro ilustre el valor alto
De su linaje muestre esclarecido,
Y de la pira en el silencio mudo
La última honra le dé que antes no pudo.
Mandó tambien de su retrato al vivo
En un difunto ver la muerta cara;
Vióla, y quedó de nuevo pensativo,
La dudada verdad patente y clara:
Asombróse de verse muerto y vivo
A una misma sazon (¡grandeza rara!)
Que uno sin vida, y otro de asombrado,
Ambos mostraban el color robado.
Cuando de los villanos, que en miralle
Armas y semejanza están con miedo,
Uno que lo vió, acaso por hurtalle,
El mago anillo le sacó del dedo:
Huyó tras él el rostro, el brio, el talle,
Y quedándose el cuerpo muerto quedo,
La hueca sombra del barniz liviano
Desvanecida huyó en el aire vano.
Cual con la viva luz de Febo ardiente,
Blanco celaje que antes encubria
Altivo risco, huye y de repente
Sus pardas greñas manifiesta al dia;
La vana sombra así delgadamente,
Que antes ajenos miembros componia
Del frio difunto, y de su embuste estraño,
Al campo descubrió el notorio engaño.
Mas admirado el godo que primero,
El vario cuerpo desangrado mira,
Que contra el golpe del templado acero
No le valió la mágica mentira;
Y sin saber el fundamento entero
De su transformacion, ni á qué fin tira
Allí se le dejó, y por la espesura
A dar se fué á Teudonio sepultura.
Y en santa devocion, y ánimo pio,
A la universal deuda satisfecho,
A la real córte de su casto tio
De allí tomó el camino mas derecho:
Cuando un dia por un bosque entró sombrío,
De alisos verdes y laureles hecho,
Que en lo mejor del encubierto valle
Alegre plaza hacian, y ancha calle.
Aquí al amparo de un peinado risco,
Que el pié un arroyo de cristal le baña,
Entre la verde grama y el lentisco
La humilde paja vió de una cabaña;
De serrano pastor seguro aprisco
Juzgó la choza el príncipe de España,
Cuando del prado vió en las flores bellas
Sobre un muerto llorando dos doncellas.
Admiróle del sitio la estrañeza,
Y de la nueva compasion llevado
Conoció de las dos la una belleza,
Y en verla allí, y llorar, quedó turbado:
Era Olfa, que en sus faldas la cabeza
Del cuerpo sustentaba desangrado
De un gallardo mancebo recien muerto,
De sangre todo y de beldad cubierto.
La otra doncella, cuyo sentimiento
La dura roca á compasion movia,
Ya con furiosa voz, ya sin aliento,
A suspenderse en su dolor venia:
Bernardo hallando en tan estraño asiento
La que en Grecia perdió su compañía,
Cual ligero neblí se arroja al prado,
La visera y el yelmo levantado.
«¡Santo cielo! (dijo Olfa, conociendo
Al gallardo leonés) ¡qué encuentro estraño!»
Y el nuevo gusto y alegría creciendo
La pena olvida del ajeno daño:
A pedirle las manos fue corriendo,
Y el bello jóven dice: «¿si es engaño
Mostrar con ceremonias que me precia,
Que solo me dejó sin causa en Grecia?»
Y al blanco cuello en nudos deleitosos
Afable ciñe los honestos brazos,
Y con mil pensamientos deliciosos,
Que esté de aquella selva en los ribazos
La diosa de sus gustos amorosos,
Nuevas le pide de los dulces lazos
En que amor le prendió, y de cualquier modo
De la que es de los dos el dueño en todo.
¿Cómo, ó por dónde, en el lugar presente

La piedad, ó el rigor, la echó del cielo?
¿Qué tragedia infeliz de hado inclemente
Llorando yace en su sangriento suelo?
¿Quién un doncel mató tan escelente?
¿Quién puso en tal beldad tal desconsuelo?
¿Y dónde su princesa está divina?»
Dijo, y le respondió la hermosa china:
«Señor, desde aquel dia que por vella
Salí, sin ver como salí, de Acaya,
Siempre con rastro fresco, y nuevas della,
De golfo en golfo vine, y playa en playa;
De Grecia á Libia, desde allí á Marbella,
De allí á Toledo, y desde allí á la raya
Deste monte, en que ayer de lance en lance
A darle vine al fin dichoso alcance.
Mostró alegre placer de mi venida,
Y en no saber de tí la ví suspensa,
Y hoy de un suceso en otro divertida
Al bosque entró desta arboleda densa,
Adonde al tiempo que llegó perdida,
Sin poderle tener en su defensa,
Mancharon seis villanos caballeros
En esta limpia sangre sus aceros.
Movida á compasion de la hermosura
Que ves sobre ese cuerpo desmayada,
En procurar consuelo y sepultura
A mal tan grave me dejó ocupada;
En tanto que ella con su arnés procura
La infame deslealtad dejar vengada
En los cobardes seis, que á toda rienda
La vuelta hurtaron desta estrecha senda.
La triste causa á esta infeliz desdicha
Aun no la sé, ni á eso lugar me ha dado
La enmudecida pena; tú si á dicha
Templar sabes dolor tan destemplado,
Llega afable, y al alma que entredicha
El sentimiento tiene, darán vado
Tus discretas palabras, y sabremos
La estraña sinrazon del mal que vemos.»
Dijo, y ambos con blando sentimiento
El suyo templan á la mora bella,
Que en triste son, y doloroso acento,
Quejas envia á su enemiga estrella,
Pidiéndole si sabe el fundamento
De tal crueldad; á quien con llanto ella,
Entre desmayos y ansias, sin ver dónde
Ni á quién habla, ó pregunta; así responde:
«¡Ay alma noble y bella, que desnuda
Con tal rigor del rico monte tuyo,
No es mucho que en tu esfera estés en duda
Si es tu cuerpo mas bello que no el suyo!
¿De qué provecho? ¡ay triste! ¿de qué ayuda?
¿De qué recurso es ya lo que rehuyo?
O ¿por qué temo hacer triste memoria
Del infeliz suceso de tu historia?
¿Qué importa ya en el mundo haber nacido
De justa causa ó pensamiento reo,
Si dejar ya no puede de haber sido
(¡Ay cielos! ¡cómo vivo, si tal veo!)
Del noble Doriscán hijo querido?
Esposo, vida, luz, alma, deseo,
Nombres mas propios son de tí, mi cielo,
Que el que heredaste de Dedran tu abuelo.
En las montañas de Oca fuiste ilustre,
Y á España fueras único heredero,
Si como la fortuna te dió el lustre,

Te diera, pues fue tuyo, el cetro entero:
¡Oh hermoso Dedran! qué aun el deslustre
De la muerte no llega á volver fiero
Ese bello semblante, cuya suerte
Mi vida solia ser, y es ya mi muerte.
¡Oh cruel Zamail! viejo tirano,
De pecho avaro, y corazon hambriento,
El santo cielo abrase de su mano
Con rayo ardiente tu ánimo sangriento:
Deste fue Harpalí mozo liviano,
Hijo de infame y bajo nacimiento;
Y él del reino de Nájera confuso
Bastardo rey por tiranía intruso.
Puso el liviano Harpalí los ojos
En mi mal conocida hermosura,
Y ciego en el correr de sus antojos,
Todo su amor paró en mi desventura:
Yo que siempre dí el alma por despojos
A la beldad desta mortal figura,
Y con nombre de esposo ya gozaba
El bien que el cielo y tierra me envidiaba:
Cansábanme imprudentes pretensiones
De un fantástico bárbaro arrogante,
Que en tiranas y locas presunciones
Se daba á todos gustos por bastante:
Tuvo con mi Dedran varias pasiones
De envidia y zelos, que uno para amante,
Y el otro para enfados, ambos fuistes
Los que mas destos géneros tuvistes.
Fue el suyo siempre azar de nuestro gusto,
Y universal enfado de la gente,
Hasta que á su soberbia el cielo justo
La pena dió y castigo suficiente:
Del duro tronco de un moral robusto,
Que hacia del real jardin sombra á una fuente,
De mi esposo en la ilustre casa ufana
Colgado le halló el sol de la mañana.
O ya fuese á ofender las nobles canas
De Doriscán en su gallarda hija,
O que con pretensiones mas profanas
Amor el gusto y el deseo aflija;
Al fin cuando del cielo en las ventanas
La alegre aurora al mundo regocija,
Colgado apareció de un moral, hecho
A ver muertos amantes sin provecho.
Nunca se supo de la justa muerte
La causa justa, ni la heróica mano,
Por mas que del rey fiero el brazo fuerte
Quiso y trató de averiguarla en vano;
Y aunque unos de una y otros de otra suerte
La atribuyen al cielo soberano,
Siempre el tirano rey tuvo querella
De ser mi amado esposo el autor della.
A sangre y fuego destruyó la casa,
Que ya fue honra y amparo al reino todo,
Y al noble Doriscán entre la brasa,
Que de sus techos de oro andaba á todo:
Prendió á su bella hija, y tan sin tasa
La ira se desmandó, y creció de modo,
Que á nadie perdonó, solo mi esposo
Huyó escondido el golpe riguroso.
Salió huyendo de la patria amada,
Y yo, del fuego que en mi alma ardia,
Tras él como á mi esfera, arrebatada
En dulce trueco di cuanto en mi habia:
Hacienda, vida y honra rematada,
Que todo en él cumplido lo tenia;
Y qué mucho trocar en este modo
Uno por mil, si aquel lo encierra todo.
De sierra en sierra huyendo, y valle en valle,
Dos cuerpos trajo amor á esta ribera,
Donde unos breves dias en gozalle
Ya fue del cielo de mi gusto esfera:
Aquí fortuna á esta florida calle
(¡Quién tal pensara! ¡ay Dios!) porque en flor muera
De su cruel mano, entre el sombrío luto
Mi bien sembró, y cogió la muerte el fruto.
Dos veces ya los argentados cuernos
Con tibio oro bañó la blanca luna,
Y tantas de la Estigia humos eternos
La hicieron esconder sin lumbre alguna,
Despues que en mirtos y cristales tiernos,
Huyendo los rigores de fortuna,
La vida que hoy en lágrimas se acaba
En sabrosa quietud de amor pasaba.
O en diestras flechas los ligeros gamos
Volviendo alegre presa á nuestro gusto,
O con fingido silbo en los reclamos
Contrahaciendo un dulce engaño al justo,
O ya aliviando los pesados ramos
Del dulce fruto, ó con tirar robusto
Blanco venablo ardiente al bosque umbroso,
Tendiendo al suelo el jabalí cerdoso:
O en dulces lazos ¡ay de mí! ceñida
Por premio á mil trabajos la garganta
Del malogrado esposo, que sin vida
Los ojos que antes dió regalo, espanta:
De seis verdugos hecho un homicida,
O ya traicion de entre esta inculta planta,
Por vengar de Harpalí la infeliz suerte,
Sin culpa dieron á mi vida muerte.
¡Ay cielos! ¿qué es posible que ya al mundo
No vive?...» y sin poder pasar delante,
El alma llena de un dolor profundo,
A dejarla de él libre fue bastante:
Y el pecho, que en amar fue sin segundo,
Sobre el cuerpo cayó del muerto amante,
Siendo del *vive* el último suspiro
Puerta del alma, y de la muerte el tiro.
Acudió por valerle la doncella,
Creyendo ser desmayo el de la muerte;
Y hallándola sin vida, huyó della,
Asombrada de fe y amor tan fuerte:
¿Qué ojos habrá sin lágrimas en vella,
Aunque á verla el Neron del mundo acierte?
Bernardo, y su amorosa compañera,
Ambos lloran allí de una manera.
Y al pié del risco, al margen de la fuente,
En flores dieron pobre sepultura,
A los que merecio su fuego ardiente
Sombra piramidal de insigne altura:
Y de la altiva peña en lo eminente
Puso el noble Bernardo esta escritura:
«A dos cuerpos dió amor tierra tan breve,
Séales él favorable, y ella leve.»
Y habiendo toda la siguiente tarde,
Con las tinieblas de la noche fria,
Hecho de su esperanza un rico alarde,
Por si su premio cual quedó volvia:
Viendo que ya en la nueva lámpara arde
De la aurora la luz del tierno dia,
Determina buscar la oculta dama,
O por el rastro suyo, ó de su fama.
Algunos dias á terminos contrarios,
Llevados de uno en otro desatino,
Por sendas fueron y caminos varios,
Y á las veces sin senda ni camino;
Cuando uno por huir senos voltarios,
Que un ancho arroyo hace cristalino,
Dos caballeros al salir de un monte,
La blanca ceja abrió del horizonte.
Juntáronse en el llano, y preguntando
El gallardo español por la que adora:
«Señor, respondió el uno suspirando,
Bien os diré del que buscais ahora,
Que pudiera hacer suyo peleando,
Cuanto hay de adonde estamos á la aurora;
Mas su mismo valor, y alma atrevida,
Antes de tiempo le quitó la vida.
En rastro de seis moros caballeros,

De quien habia un agravio recibido,
Deste prado á los árboles postreros,
Que ya testigos de su esfuerzo han sido,
Pedazos hechos en sus golpes fieros,
Su victoria cantó el laurel florido,
Que al fugitivo Tormes acompaña,
Y él de frio cristal sus troncos baña.
De allí á ver el castillo de la fama,
Que hoy tan grande la tiene en esta tierra,
Su altivo brio y presuncion le llama;
Con lo que entre su ardiente seno encierra:
Probó del fuego azúl la rubia llama,
Tragólo entre su luz, tembló la tierra,
Y enterrado en su báratro profundo,
Hasta hoy le espera en su combez el mundo.
Tres dias dudando dé la adversa suerte,
Restituido esperamos verle al valle,
Y tantos nos dió lástima su muerte,
Aficionados de la traza y talle:
Mas con mago furor no hay pecho fuerte,
Por demás pienso que es, señor, buscalle;
Si dais fe entera á la verdad que os digo,
Bien desde aquí os podreis volver conmigo.»
«En nada, respondió el discreto godo,
De cuanto me habeis dicho pongo duda,
Que á su valor y al vuestro es creible todo;
Mas si á un pecho valiente el cielo ayuda,
Yo dudo que sea muerto de ese modo,
Lo que tambien vuestro discurso duda,
Que las fingidas sombras del encanto
No llegan mas que á un aparente espanto.
Son huecos personajes, cuya saña
Asombros forma de amasado viento,
Que solo con temor fingido engaña,
Y hace aparente y falso movimiento:
La vista sola con su humo empaña,
El sentido suspende, y el aliento;
Y lo demás lo acaba á poca pena
La fortuna del astro á quien se ordena.
Y así por ver si en esto me acomodo
En algo á la verdad con vuestro gusto,
Saber querria deste caso el todo,
O lo que dél tuviéredes por justo;
Que aunque para probarlo no haya modo,
Ni en mis venas aliento tan robusto,
Ni en verlo siento riesgo, ni me ofusco
En ir allá á buscar al que aquí busco.»
«Señor, dijo el guerrero de la selva,
No lejos del raudal deste ancho rio,
Que su florida juncia y grama enselva,
Como por aquel bosque veís florido,
Un pequeño collado hace que vuelva
En rosca de cristal el suyo frio,
Y besándole el pié sus flores ata
Con blandos grillos de bruñida plata.
Allí, ó sea del hado, que encubiertos
Al ciego mundo sus secretos tiene,
O que de Clemesín á estos desiertos,
Y á su cueva en antigua herencia viene,
Un muro altivo, cuyos gajos yertos
Las huecas nubes el menor sostiene,
Al aire claro, y á la luz del mundo,
Poco ha que en Tormes lo parió el profundo,
De cien torres altísimas cargado,
Que en torno hacen gemir el corvo suelo,
Sin otras diez, que en cuello levantado
De en medio suben á escalar el cielo:
Mas la que vuela en chapitel dorado,
Así á las huecas nubes tiende el vuelo,
Que no hay garza que tanto se abalance,
Ni vista que le alcance á dar alcance.
De hermosas rejas con balcones de oro
El infinito ventanaje crece,
Á quien si de la luz llega el tesoro,
Con su vivo brillar desaparece:
De vario jaspe, y de metal sonoro,
El amasado muro resplandece;
De rojo bronce las grabadas puertas,
De corvas puntas aceradas yertas.
Las altas torres con relieves varios,
De almenas coronadas y molduras,
De real stuco sutil lazos voltarios,
Do alegres contrapuestas ligaduras;
Y en columnas de mármoles contrarios
Huecos globos, bellísimas figuras,
Que en pompa adornan, puestos por niveles
El peso á los bruñidos chapiteles.
De noche esta gran máquina embestida,
De claras y encendidas luminarias
Ardiendo toda en torno, convertida
Se muestra en sombras de colores varias,
Y en diverso matiz de luz ceñida
Forma en el hueco viento iris contrarias,
Como si su confusa pedrería
El jaspe fuera que la Scitia envia.
Por las soberbias torres sus almenas
Bellos cercos componen y guirnaldas,
De varias luces de colores llenas,
Rojas, verdes, de azul, carmin y gualdas,
Contrahaciendo al brillar luces serenas
Mil zafiros, topacios, esmeraldas,
Amatistas, rubíes, perlas, diamantes,
Y otras nuevas bellezas semejantes.
La altiva puerta en quicios resonantes,
Que el limpio muro en firme bronce embebe,
De ardientes llamas da pasos triunfantes
A quien pasarlos sin quemar se atreve;
Por donde invictos ánimos, bastantes
A heróicas obras, se ha tragado en breve
La máquina voraz, y últimamente
Tragó el guerrero que buscais valiente.
Sobre la mayor torre, hueca masa
De rojo fuego en claridad difusa
El aire enciende, y el contrario abrasa,
Y en luz eterna la tiniebla escusa:
Cual si del limpio sol la ardiente brasa,
Que alegre hace la sombra mas confusa,
De un peñasco en la cumbre se pusiese,
Donde mejor tocada y vista fuese.
Esto es lo que de fuera se halla y mira;
Lo que en su oculto seno se describe
¿Quién lo podrá decir? ó ¿á qué fin tira
El gran saber que en sus cavernas vive?
Sobre un padron de bronce, cuya mira
A lo de dentro apunta y apercibe,
Estas palabras, y estos versos muertos,
En oro están como vereis abiertos:
«Labrado fue para el mejor del mundo
Este ardiente castillo de la Fama;
El que se hallase en el lugar segundo
No pruebe entrar por la encendida llama;
Que del tesoro que hay en su profundo
Por su dueño al mejor del mundo llama,
Como á la rica fuente de quien viene
La nobleza mayor que España tiene.»
Esto es, señor, lo que al castillo toca,
Que desta sierra le hallareis vecino;
Pero si á verlo su beldad provoca,
El probarlo parece desatino:»
Dijo, y á ver la celebrada roca
Bernardo alegre prosiguió el camino,
Despues de haberse en término debido
Del cortés caballero despedido.
Con nuevos pensamientos, que el cuidado
De la princesa del Catay les puso,
Olfa, y su caballero enamorado,
Del encantado bosque entran al uso:
La una medrosa, el otro desvelado,
Cuando sembrando fue el aire difuso
Por sus ojos la máquina hermosa,

De alegre bulto, y gallardía vistosa.
Las puntas de oro que en diversos trajes
Volando sube el edificio altivo,
Entre huecos y altísimos celajes
Vivos realces parecen del sol vivo:
Crecen los globos, crecen los plumajes,
Y cunde por el aire fugitivo
El real palacio, que á la ilustre cima
De un monte carga da, y al mundo grima.
No probara Bernardo la aventura
Habiendo leido su padron primero,
Sino fuera buscando la hermosura
De quien amor le hizo prisionero;
Que de su noble pecho la cordura
El brio hace humillar mas altanero,
Para que no por verse que es bastante
A la empresa, se pierda de arrogante.
Mas del sin fin deseo arrebatado,
Que allí en tan varios trances lo ha traido,
Por la encendida puerta se entró armado,
De su espada y escudo apercibido;
Donde apenas el quicio ardiente, helado
Con diestro pié pisó, cuando encendido
De rojas llamas de oro largo espacio
Su cortorno gimió, y tembló el palacio.
Y no en ronco bramar de horrible estruendo
Cual los demás guerreros recibia,
Mas todo en nueva hermosura ardiendo
Vuelto se vió en suavísima armonía,
Que en las doradas bóvedas rompiendo
Los resonantes ecos, parecia
Que el mundo allí de todas sus regiones
El contento lloviese en varios sones.
Con esta salva, de un florido espacio,
Que en sieto arcos triunfales se estendia,
Del acerado muro al real palacio
Pasado el singular guerrero habia:
Llegó en música al patio, en que el topacio
De oro ardientes relámpagos bullia;
Y el tiempo se trocó; cerróse el muro,
Manchando el claro cielo de aire obscuro.
La hueca nube de su claro seno
De cruel fuego llovió rojo granizo,
Que el acerado arnés, cual seco heno,
Sobre el real cuerpo le abrasó, y deshizo:
Quedó de ciego humo el patio lleno,
Y él sin las armas que Vulcano hizo,
Cuando entre el humo y el granizo de oro
Los cuernos vió salir de un fuerte toro.
Pudiera, si le hallara descuidado
Ponerle á un golpe la victoria en duda
Mas en su ligereza confiado
El encuentro huyó, y con él se anuda:
Firme el toro resuena en lo enlazado
De la techumbre de oro no desnuda
El grueso aliento, que á la obscura loma
Del soberbio animal Bernardo doma.

ALEGORIA.

En Garilo, que habiéndole Bernardo librado de la muerte le hurta el caballo y la espada, se pinta el dañado pecho de un ingrato, que con ningun beneficio pierde su dañada inclinacion; y en los dos paladines vencidos, cómo sabe Dios humillar á los soberbios, cuando mas confiados y al parecer insuperables van en su ambicion y soberbia. En la muerte de Garilo se ve, cómo casi siempre los malos tienen por verdugo á su misma culpa, hasta morir á sus manos. En Bernardo, que encuentra á Olfa llorando un cuerpo muerto, y habiéndole dado sepultura se va en seguimiento de Arcangélica, se muestra cómo el que va tras su venganza, se le ofrecen al camino mil espantosas ocasiones, que con su horror procuran atajarle los intentos; y él, corriendo siempre tras su deseo, por todo pasa, sin reparar en nada.

LIBRO VIGÉSIMOPRIMERO.

Argumento. Vence Bernardo el encantamento del castillo del Carpio, donde en un hermoso espejo ve el orígen y sucesion de la excelentísima casa de Castro. Halla allí á su ayo Orontes, y trecientos caballeros de su linaje que le acompañan para ir á la córte de su tio el rey Casto. Hallanse Morgante y Orimandro en África: cuéntanse las desgracias de Angélica, las tragedias de Arminda y su amante, las de Artábano y Geber, y el camino por donde Morgante vino á ganar las armas que fueron de Anteo, hijo de la tierra y rey de Libia, y con ellas la clava de Hércules.

Ya entre los cuernos de un furioso toro,
Al resplandor del fuego que salía
De la encendida masa, ó globo de oro,
Que en medio el aire de aquel patio ardia,
Del gran Bernardo el anhelar sonoro,
El turbio y negro viento ensordecia,
Y al gemir ronco de ambos duros pechos,
El eco suena en los dorados techos.
Hizo firme hincapié la honra de España
En el de una coluna, y revolviendo
Sobre el toro un vaiven con fuerza y maña,
Rodando el uno fue, y ámbos cayendo:
El hueco patio de grandeza estraña
La obscura boca abrió de un pozo horrendo,
Que ambos á un tiempo en observados puntos
De un aspecto infeliz los tragó juntos.
Así en las playas del tiznado infierno
Si algun peñasco horrible se desgaja,
El agua salta; suena el lago Averno,
Y de amarilla espuma y pez se cuaja:
Suenan los bosques, que en silencio eterno
Del mundo guardan la mortal baraja,
Asombrando los árboles vecinos
Sus negros espumosos remolinos.
Resurtió el agua fuera con bramidos,
Y por la sima obscura, y sus taladros,
Vomitó el suelo globos encendidos,
Y dió el aire tristísimos baládros,
Truenos confusos, roncos estallidos,
Que el blanco estuco en los sutiles cuadros
Temblar hicieron, y pensar si habia
Llegado el mundo á su última agonía.
Cundió confuso el espantoso estruendo
Por las cavernas y techumbres de oro
Del hueco alcázar, que del son horrendo
Temblando el muro está en gemir sonoro;
Y el gallardo español, que al ir cayendo
Se dió por muerto, al despeñarle el toro
Al lago obscuro, así perdió el sentido,
Cual si en las ondas diera del olvido.
No volvió en sí, ni pudo en largo rato,
Suspenso al delirar de un dulce sueño;
Que en caricia amorosa, y tierno trato,
De un rostro alegre el pecho zahareño
Un noble gusto le vendió barato,
Y de un rico tesoro le hizo dueño,
Trocado en bella dama el fiero toro,
La laguna en cristal, la sima en oro.
Ni fué todo quimera lo soñado,
Que vuelto en sí de la pasada riña,
No con un toro se halló abrazado,
Mas á una tierna y delicada niña:
Sobre alfombras y telas de brocado,
De aljofar y diamantes cada piña,
En rica cuadra y aposento hecho
De jaspe el muro, y de alabastro el techo.
Cercada de doradas vidrieras,
Que le sirven de bellas luminarias,
Por donde el rosicler de mil maneras
El aire tiñe de vislumbres varias,
Y los rayos y luces verdaderas,
Que forman del cristal iris contrarias,

Quebrándose en el oro y pedrería,
Añaden luz á la que saca el dia.

Hurtan sus miradores y ventanas
Suaves olores de un jardin ameno,
Que de rosa y clavel manchas tempranas
De agradables guirnaldas le hacen lleno:
Prende el olmo gentil parras lozanas,
La grama trepa por el verde heno,
La yedra por los muros, y las flores
El aire y suelo manchan de colores.

De las arpadas lenguas la armonía
Con que alegran los árboles el viento,
Al contrapunto que al romper del dia
La luz al mundo vuelve su contento,
Nueva hermosura da, nueva alegria
Del rico cuarto al agradable asiento,
Con los tiernos redobles que al canario
El ruiseñor alienta el tiple vario.

Era en cien pasos de contorno hecho
De alegre jaspe y firme arquitectura,
De oro y verde nielado el blanco techo,
Que las estrellas busca con su altura:
Y entre realces de estuco trecho á trecho
Primores de pincel y de escultura,
Y en rasguños, bosquejos y perfiles,
Escorzadas sin luz sombras sutiles.

Bernardo que domando un fiero toro
Se vió en los lances de su agudo cuerno,
Y libre ahora en el regazo de oro
De una tierna beldad de un mirar tierno
Admirado de hallar gusto y tesoro,
Donde encontrar pensó pena é infierno,
Asi con suspension y regocijo,
Alegre vuelto á la doncella dijo:

«Grandes son los milagros desta casa,
Grande el saber que los trazó, y los hizo,
Sus techos de oro, su encendida masa,
Su horrible sombra, su áspero granizo;
Mas lo que á todo junto escede y pasa,
Y la primera admiracion deshizo,
Es el placer y gusto que retoza
Por esta alegre cuadra, y quien la goza.

Y tú, bulto gentil, luz peregrina,
O seas diosa inmortal, ó sombra humana,
Si huele á humano cosa tan divina,
Si es de la tierra luz tan soberana,
Ora de honor mortal, ó inmortal dina,
De eterna vida, ó de caduca y vana,
Dime ¿á cuál dios le debo deste templo
El bien que gozo en él, y en tí contemplo?

¿Qué deidad rige, qué virtud alumbra
Estas cuevas y sótanos del mundo,
Cuando les falta el oro que relumbra
Siempre en tus sienes, y ahora en tu profundo?
Tu bello rostro, que al del sol deslumbra,
Y de valor le da el lugar segundo,
¿De qué esmero de gloria, de qué cielo
Amor le hizo para bien del suelo?»

Dijo el leonés, y la beldad gallarda
Compró unos nuevos bellos arreboles,
Que el temor le labró, que le acobarda,
En ambas las mejillas sendos soles:
Al fin con voz medrosa, y lengua tarda,
Haciendo el rostro varios tornasoles,
«Toda, dijo, señor, esta armonía
Es solo un medio á la ganancia mia.

Hércules hizo esta espantosa cueva,
Y en ella enterró vivo un agorero,
Al sabio Clemesí, que en luna nueva
Via todo junto el mundo venidero:
Cuyas cenizas por bastante prueba
Esta urna guarda de bruñido acero,
Y parte de su espíritu esta sala,
En lo que al tiempo por venir señala.

Era en los Carpios de Africa nacido,
Y del antiguo origen de su tierra,
Por mayor gloria el suyo dió añadido
A esta que ahora su sepulcro encierra:
De aquí el Carpio nació, cuyo apellido,
Si el gran saber de Clemesí no yerra,
Será por las hazañas de tu mano
Mayor que el Uticense y Africano.

Prendióle Alcides, y enterróle vivo,
Porque en supersticiosa hipocresía,
O con alma envidiosa, ó pecho altivo,
Estorbar sus grandezas pretendia:
Y como al claro Bétis fugitivo
A Sevilla usurpó, tambien queria
A Tormes impedir con sus conjuros
De Salamanca los insignes muros.

Llegando Hércules libio á las riberas
Del fresco Bétis, que en templado cielo,
Entre las flores dan fuentes parleras
Blando ruido y cristal al fértil suelo,
Fundar quiso á las gentes venideras
Ciudad que fuese á su valor modelo,
Cuando el astuto y envidioso mago
Con un conjuro lo estorbó aciago.

Pasó el hijo do Osiris belicoso
Su reino á Italia; Hispal entretanto
Con el paterno brio al pueblo honroso
Felices muros dió, y principio santo:
Volvió de Tuscia el capitan famoso,
Y del frio Tormes en el rico manto
Otro pueblo trazó, y el sabio en vano
Quiso segunda vez irle á la mano.

Sabía por su astronómica esperiencia
Destos dos sitios en el mundo raros,
Que de aquel en aumentos de excelencia,
Grandeza, magestad, y hechos preclaros,
Y deste en letras, santidad, y ciencia,
Al mundo con la luz de ingenios claros
Nacerian mas Hércules y Apolos,
Que al cielo estrellas sobre entrambos polos.

Y envidioso que Alcides de su mano
En la tierra dejase tal memoria,
La primer poblacion le estorbó ufano,
Y á Hispal pasó de tanto honor la gloria:
Mas porque pretendió tambien en vano
La segunda impedir, es firme historia
Que aquí le enterró vivo y deste agüero
A Salamanca dió nombre primero.

Es tradicion que en los antiguos años,
Que á Clemesí esta cueva tuvo preso,
Sin dar recurso á sus presentes daños,
Ni destos montes sacudir el peso,
Puntos en su saber alcanzó estraños,
Labró esta sala real, y en ella impreso
De los futuros siglos un discurso,
Que al mundo iguala en duracion su curso.

De España las grandezas mas notables
Al venidero siglo y al pasado,
De gurbios y pinceles admirables
Es cuanto está en contorno dibujado:
Sus reyes, sus monarcas, sus afables
Príncipes, sangre, magestad, estado,
Graves sucesos, reales sucesiones,
De ilustres casas, de ínclitos varones.

Mas donde el sabio mágico dispuso
El punto echar, y de su ciencia el resto,
Donde mas fuerza de planetas puso,
Y el cielo á su intencion halló mas puesto,
Fue en aquel rico espejo, en quien difuso,
Con mágicos caracteres compuesto,
A los ojos dejó un discurso entero
Del mundo que pasó, y del venidero.»

Así dijo, y tomando por la mano
Al regalado jóven se levanta,
Y al fiel cristal, que del tesoro humano
La mas antigua muestra y rica planta,

Con él se va, y en modo cortesano,
«Aquí, dice, señor, se encierra cuanta
Nobleza y sangre ilustre España encierra,
Y de la tuya heredará su tierra.»
Era el valiente artificioso espejo
De medio globo en proporcion ovado,
De alto diez codos, de cristal parejo,
En firme y rica tarja relevado,
Donde el diestro buril del sábio viejo
Excedió al pensamiento mas delgado,
Pues siendo de oro y pedrería gran parte,
A toda la materia vence el arte.
Así en tan nueva perspectiva hecho,
Que salir de su centro parecia
Un movible escuadron, que trecho á trecho
Por el lustroso alinde se estendia;
Y aunque en espacio de compás estrecho,
Puesto en tales diámetros, que hacia
En la mas firme vista la figura
De entera proporcion y hermosura.
Ahora el techo y distancias de la sala
En tal aspecto y reflexion tuviese,
Que cuanto en ella por adorno y gala
El pincel puso en su cristal se viese;
O el arte allí á lo natural iguala,
O con cercos su artífice fingiese
Bullirse tras la clara vidriera
Encantadas figuras de oro y cera:
En él se vian notables hermosuras,
Gusto á los ojos, y al sentido espanto,
Y por su limpio seno las figuras,
Aunque muertas, moverse por encanto;
Y en bellos ademanes y posturas
Dar deleite á la vista; y entre tanto
Que Bernardo lo goza desde afuera,
La dama prosiguió desta manera
«Antes de declarar las maravillas
Que este cristal en su artificio encierra,
Cual en lengua sutil supo decillas
El que me trajo á conocer tu tierra,
Desde las paflagónicas orillas
Donde nací, y me dió la primer guerra,
Con mil dudas y asaltos al deseo,
El gusto de la gloria que poseo:
Contarte quiero el espantoso enredo
Por donde amor me trajo á conocerte;
Perdone el pundonor, que ya no puedo
Mas encubrir el bien que gozo en verte:
Sabrás, señor, que entre esperanza y miedo,
La suerte varia de mi buena suerte
Me tiene aquí esperando tu venida,
Poco menos que el tercio de mi vida.
Despues que en los ejércitos troyanos
Fue Pilemon con griegas armas muerto,
Y á Paflagonia llena de tiranos
Los Henetos dejaron sin concierto;
Cuando en Italia dieron por sus manos
A Padua muros, y á Venecia puerto,
Un hijo que quedó del rey vencido,
En Asia fue por tal obedecido.
Deste fue nieto Clicio el elocuente,
Que en el boreal Carambe peñascoso,
Asombró el mundo, y gobernó la gente,
Que en torno riega el Hales caudaloso:
De aquí Acrisio nació, de aquí Valente,
Y Cenon deste tronco generoso
Fue emperador de Grecia, y deudo suyo
Orontes, que es mi tio, y ayo tuyo.
Sobre las playas que en el Ponto Euxino
Atruena el sonoroso Termodonte,
Y con ruido y curso cristalino
A Farnacia hace muro y horizonte,
De mi padre fue el reino mas vecino,
A quien su infiel hermano Antimedonte
Mató á traicion, y con injusta guerra
Por rey se alzó de la usurpada tierra.
Quedé yo sola y niña al riesgo puesta
De la violenta espada del tirano,
De donde me libró, y me puso en esta
Gruta, de Orontes la prudente mano,
Con firmes esperanzas, que dispuesta
Mi causa por el cielo soberano,
Libradas me trairia el bien de verte
Ricas mejoras de ventura y suerte.
A este fin me ha traido aquí escondida,
Y en muchas veces que de tí me hablaba,
De tu valor, tu sangre, y tu venida,
El gusto con sus cuentos me endulzaba:
De tu real sucesion la no vencida
Grandeza y real progenie me contaba,
Los héroes que de aquella imágen tuya
Al mundo han de salir por gloria suya.
Mas aunque deste espejo soy maestra,
Por lo mucho que en él me habló mi tio,
Aquel nuevo escuadron que allí se muestra
Nacer de ambos retratos tuyo y mio,
Y ocupada de cetro real la diestra,
Es traslado aquel jóven de tu brio,
No sé, aunque lo sospecho, cuyo sea,
Hasta que mas probables causas vea.
De estotra sucesion de sangre ilustre,
Que trae de tantos reyes su corriente,
Y de tu pecho hereda un nuevo lustre,
Como del claro sol el fresco Oriente,
Que sin que le carcoma ni deslustre
La polilla del tiempo esa creciente,
Por mil siglos dará su heroica rama
Príncipes dignos de gloriosa fama:
De esta si te diré lo que aprendido
Me dió el deleite de prolijos años;
Oye, leonés, el cuento nunca oido,
Y los sucesos en grandeza estraños,
De los que el español reino perdido
Librarán de mil riesgos y mil daños,
Y con prudencia y fortaleza entera
A su opinion le volverán primera.
Aquí verás, y no de industria mia
Fingida historia, mas del justo cielo
Ricos favores que á tu España envía,
Que á sus castigos sirvan de consuelo,
Que aunque hoy está cual ves su monarquía,
Tiempo vendrá que de su santo celo
Gobierno y leyes tomen en una hora
Los que el ocaso habitan y la aurora.
Aquella gran princesa de Colonia,
Que hace á tu imágen dulce acogimiento,
Cuya caricia y tierna ceremonia
A ti causa placer, y á mi tormento,
Rayo es de aquel valor que en Macedonia
A Julio César puso atrevimiento,
De acometer con pecho furibundo
La empresa que le dió señor del mundo.
Yo digo de aquel ínclito Crastino,
De Viriato ilustre descendiente,
Por quien tambien despues lo fue Turino,
En lengua y manos bravo y elocuente:
Este en el fiel ejército agripino
Por hijo tuvo un capitan valiente,
Que á Colonia le dió campos seguros,
Y sobre el reino levantó sus muros.
Destos príncipes fué Astirán caudillo,
Que á los Elvecios trajo arrinconados,
Y el que á los Hunos defendió el castillo
De rota puerta y muros arruinados;
Y el valiente Alencastro, que un portillo
Libre solo guardó á tres mil soldados,
Y su valor y nombre dió en herencia
A esta insigne é ilustre descendencia.
Deste gran duque es digna sucesora
La que hará alegres tus felices años,

Despues que la francesa y gente mora
De esa espada á tus piés llore sus daños:
Cuando tu ingrata patria burladora
A tu padre le niegue, y los estraños
Te ofrezcan cetro de oro, y real corona,
Llamados del valor de tu persona.
  Entonces ya cansada de mudanzas,
Y de trazarte agravios y desdenes,
Trocando la fortuna las balanzas,
Con este bien te colmará de bienes;
Y en legítima union, si á verlo alcanzas,
Un dulce nieto te dará en rehenes,
Que á Asturias volverá tu casa ilustre,
Dando á Flandes envidia, á España lustre.
  Aquel blanco aleman; qué resplandece
Cual nuevo Marte en las moriscas lides,
En quien tu sangre y tu valor florece,
Con los roeles del gentil Persides,
Si ya no es sueño cuanto aquí parece,
Tu nieto espera ser Nuño Belchides;
Y esta su esposa, hija del que apenas
A Burgos reformó, y vistió de almenas.
  Vesle allí en Peñalonga disfrazado
Con bordon y esclavina de romero,
Que á visitar de Cristo el primo amado
Bajó á Galicia, y quiso ver primero
El claustro, en que estará depositado
Tu cuerpo real al siglo venidero,
Dando de una alta fe y nobleza indicios
Su católico voto y sacrificios.
  Aquel que allí le espera, para dalle
Su condado y su hija en casamiento;
Y con nudo legítimo obligalle
Que haga en su primera patria asiento,
Es don Diego Porcelos, que en su talle,
En su eleccion, y grave entendimiento,
Representa un monarca, y en Castilla
El supremo gobierno, y primer silla.
  Estos dos, que en braveza y hermosura
A la española vencen y alemana,
En quien tu sangre gótica mas pura
Corre, que en el Oriente la mañana,
Dos nietos suyos son, Nuño Rasura,
Juez de la real grandeza castellana,
Del conde Hernan Gonzalez digno abuelo,
Luz de Castilla, y norte de su cielo.
  Otro es Bustos Gonzalez, padre ilustre
De aquel que lo será de siete infantes,
Que á la sangre de Lara han de dar lustre,
Y la suya á mil riesgos importantes;
Y sin que envidia y muerte les deslustre,
Esta masa de estrellas radiantes
Héroes serán, cuya gallarda saña
Miedo á Libia dará, y honor á España.
  Mas ¿qué valor habrá en su monarquía,
Que del suyo no tome su creciente?
¿Qué armas, qué antigüedad, qué hidalguía,
Qué casa, qué solar, qué honor, qué gente?
Querer contar su número, sería
Medir á puños de agua la corriente
De Tormes, de ambos polos las estrellas,
Y los gustos que amor contempla en ellas.
  Que todo aquel vellon, neblina ó velo,
De sombras y de luces marañado,
Como en el lácteo círculo del cielo
Los globos de oro, de que está amasado,
Serán estrellas del iberio suelo,
Si el tiempo les da luz, y vuelo el hado;
¿Quién bastará á contar su muchedumbre,
De aspectos, rayos, cursos, lustre y lumbre?
  Solo hasta aquel mancebo generoso,
Que un Júpiter parece entre sus dioses,
Cuyo ademan gallardo, y brio airoso,
Temo que á remedar apenas oses;
Aquel que en freno de oro poderoso
Un mundo afable hará, y que tú reboses,
En virtud de ser él tu descendiente,
Por las bocas y lenguas de la gente.
  Hasta él, y su retrato, donde el arte
Lo vivo escede en magestad y gloria,
En mi discurso irá, por no cansarte,
De tu real sucesion la grave historia;
Donde podreis oir, y yo contarte,
Del mundo lo mas digno de memoria,
De la fama un crisol, de España un muro,
Y de tu sangre el rosicler mas puro.
  No pasaré de allí, porque en los años
Que la luz de este sol naciere al mundo,
Desagraviada España de sus daños,
Ya el siglo de oro gozará segundo:
Y arrojando de sí yugos estraños,
Desde el francés distrito al mas profundo
Volverá á su primera monarquía:
Oye pues lo que Orontes me decia.
  Aquel que niño entre los niños nobles,
Cual perla va entre aljófares menudos,
De cuya fama los acentos dobles
Oirán los sordos, y hablarán los mudos;
El que á Junquera de los duros robles
Por trofeos colgará nuevos escudos,
Y á España dará un brazo, que en el mundo,
Ni en valor tiene, ni tendrá segundo;
  Es Don Gonzalo, hijo de Rasura,
Y dél el conde Hernan Gonzalez hijo;
Y aquella alegre tierna hermosura,
De la alma y de los ojos regocijo,
Su hermana y tia, de los dos hechura,
De un cielo sabio, permanente y fijo;
Esposa de Lain Calvo, y primer fuente
De reyes sabios, y de un Cid valiente.
  Hijo suyo será el que allí parece,
Poblando á Peñafiel, y haciendo ufano
El venturoso siglo, en que florece
Brazo tan noble, pecho tan cristiano:
Y este que ahora entre las armas crece,
Y con su orgullo menguará el pagano,
Biznieto vendrá á ser del rey Bermudo,
De Africa espada, y de Castilla escudo.
  El que de Castro Anzures, y de Osorio,
Las reales sangres juntará en un peso,
Es fruto del dichoso desposorio
De Ruy Fernandez, y él de tanto seso,
Que el valor será á España mas notorio.
Que en aquel siglo gozará, y tras eso
Ayo de un rey, y defensor sin miedo
De los muros y alcázar de Toledo.
  Casará con la bella Estefanía,
De sus dos reyes valerosa hermana,
Cuya fértil y alegre compañía
Rica su casa volverá y ufana:
Será en braveza invicto, en cortesía,
De afable condicion, sincera y llana,
Sin doblez, sin cautela ni maraña,
Que un español, si es noble, nunca engaña.
  Dará hecha esta verdad su pecho ufano,
Cuando en Garci Navarro la fortuna
En ciega ambicion haga un golpe vano.
Y otro el saber y fortaleza á una;
Y cuando en lubrical su trato llano
Cautela vuelva el no tener ninguna,
Perdiendo por su leal trato sincero
De un conde la prision, y un caballero.
  A este el valor, esfuerzo y gentileza
Heredará don Pedro el Castellano,
Que en Jerez, de los hombros la cabeza
Le quitará á un rey moro, de su mano;
Y contra todo el brio y la braveza,
Del pundonor leonés, y el asturiano,
Hará unos baños, y temblar en ellos
Quien se atreviere sin su gusto á vellos.

Deste será hijo el valeroso infante
Alvar Perez de Castro, cuyo lustre
Segunda vez hará que al mundo espante
De Sandoval en él la sangre ilustre:
Valiente Adelantado, que delante
Del suyo no hay valor que no deslustre,
Pues contra todo el campo de Castilla,
De sirgo hará murallas á una villa.
Ha de ser de la bella Irene esposo,
Que á Martos librará de un campo armado,
Y él de Jerez al trance peligroso,
De todos el valor mas declarado,
Formará de Machuca el nombre honroso,
Y á su nobleza un hijo señalado,
A quien un sabio rey su estado entregue,
Antes que á edad madura y sazon llegue.
A dejar de dolor el mundo lleno
Con su temprana muerte, tendrá vida
Don Pedro, que cual flor en valle ameno
Su juventud se pasará florida:
Cuya falta guiará el curso sereno
Desta real descendencia esclarecida
A Don Fernan Ruiz, segundo hermano
Del príncipe don Pedro el Castellano.
Sobrino suyo, hijo del que digo,
Don Gutierrez será el descalabrado,
Que á Toroño del bando su enemigo
Recobrará con parte de su estado:
Y el rey por deudo, ó por afable amigo,
O porque al tronco vuelva tu condado,
Con el aplauso general de España
En nuevo feudo le dará á Saldaña.
Seguirle ha don Fernando, que en Galicia
Cobrará de su antiguo patrimonio
A Sarria y Lemos, siéndole propicia
La bella Emilia en dulce desposorio:
Despues que muestre en la áspera milicia
De Africa con bastante testimonio,
Que él de trofeos la ha de hacer mas llena,
Que el aire y sol de palmas y de arena.
Deste brio, y la sangre de Mendoza,
Nacerá un don Esteban, para estrago
Del bárbaro feroz, que ahora goza
De España el reino, y de fortuna el pago:
Y si este siglo de oro se remoza,
Pertiguero mayor de Santiago,
Y adelantado se verá en Galicia,
Yerno de un rey, y rey de la milicia.
El que de una bellísima Violante,
Del rey don Sancho el Bravo hija amada,
Allí es esposo noble y tierno amante,
Y en paredes la mas temida espada,
Es don Fernando; y el que al ir delante
En esfuerzo y braveza no igualada
Queda único, don Pedro de la guerra,
Marte español; si Marte hay en la tierra.
Tendrá dos hijas reinas valerosas,
Una de Portugal, y otra en Castilla,
Y él por su brazo y fuerzas poderosas
En Lerma y Peñafiel la primer silla:
Dará en Tarifa heridas espantosas,
En Badajoz asombro y maravilla;
Mas es mortal, y aunque su nombre admira,
Al fin vendrá á morir en Aljecira.
Ya deste origen tomarán corriente
De Arrayo los dos condes lusitanos,
Aquí los del Villar su noble fuente
Llena de sangre real verán ufanos;
Y aun deste mismo tronco, y su creciente,
Arboles nacerán tan soberanos,
Que el mundo dellos cuelgue, y de su hebilla
La real corona y cetro de Castilla.
Deste don Pedro es hijo aquel Fernando,
De dos reyes cuñado, y de otro yerno,
Que su lealtad primera sustentando,
En Anglia heredará renombre eterno:
La que el mundo tras él está admirando,
Con su brio gallardo y mirar tierno,
Su bella hija Isabel, y aquel su esposo,
Gran conde, y condestable poderoso.
El que allí duque espera ser de Arjona,
Y en Peñafiel tener prision y entierro,
Cuando de luto cubra su persona
El mismo rey que le prendió por yerro,
Hijo de los dos es, y esta matrona
(Si de Orontes los cómputos no yerro)
Doña Beatriz, que en dulce desposorio
Dará su sangre real á la de Osorio.
El que allí de ambas por igual florece,
Y en la santa conquista de Granada,
Entre grabado acero resplandece
De sangre llena su invencible espada,
Es don Rodrigo, y la que dél parece
Que el brio toma y magestad prestada,
La segunda Beatriz de Osorio y Castro,
Digna de mil estátuas de alabastro.
Aquel real Lusitano es su marido,
Y la beldad que su sitial rodea
Doce príncipes, fruto enriquecido
De cuanta humana gloria se desea:
Dejo el primero, que será escogido
Para que toda junta suya sea;
Dos prelados de Cuenca y de Sevilla,
Gloria de Portugal, luz de Castilla.
Aquel comendador mayor de Cristo,
Que aun desde ahora alegra su esperanza,
Las dos bellas duquesas que ya has visto
Allá en Veragua, aquella está en Braganza:
De cuyo cetro el mando mero misto
Hasta los mundos por venir alcanza:
Una y otra condesa hermosa y sábia,
Esta en Chanel, aquella en Ribadavia.
¿Quién bastará á decirte las grandezas
Que el sabio destos príncipes contaba?
¿Los triunfos, las victorias, las proezas,
Con que me entretenia y asombraba?
¿Títulos, nombres, señoríos, riquezas,
Que este tiempo á su casa amontonaba?
Será ponerme yo á tratarte dellas,
Contar arena al mar, al cielo estrellas.
Basta en suma decirte, que el que aumenta
Con el de Andrade su famoso estado,
Y un gran marqués de Sarria representa,
De un invencible emperador al lado,
Es don Fernan Ruiz, que en esta cuenta
Bisabuelo es del rayo señalado,
Que allí nos da con su retrato solo
Mas firme luz que en su carrera Apolo.
Hijo suyo será el que en gloria nueva
A los timbres añada de su casa
La ilustre sangre de la antigua cueva,
Que en profundo valor se abrió sin tasa;
De quien saldrá el que en Nápoles de prueba
De la prudencia con que á Nestor pasa,
Y á Ulises deja atrás en su gobierno,
Y al fiel Acates en piadoso y tierno.
Si á esta real masa soberana junta,
De limpia sangre y rosicler de gloria,
El rico Sandoval la suya ayunta,
De imperio digna, y de inmortal memoria,
La luz vendrá á nacer, á quien apunta
Lo mas florido de una heróica historia,
Que el mundo espera, á quien el nombre suyo
Famoso el mio hará, y eterno el tuyo.
¡Oh heróico pecho! en cuyo real semblante,
No un mundo, mas un cielo resplandece,
Con mas glorias que estrellas carga Atlante,
Cuando á su vista el sol desaparece;
De priesa el hado á un bien tan importante,
Y el reino que en el rico abril florece,

De tu valor, sin que jamas fallezca;
Cual tú en virtud; así en tus honras crezca.
¿Quién como tú á los mundos donde suenas
Saldrá príncipe y sabio todo junto,
Cuando tu real palacio ser de Atenas
Podrá en graves filósofos trasunto?
Dándole tú, cual nuevo Augusto, llenas
De honra las letras, y al difícil punto
De la virtud con tus heróicos pasos
Subida fácil, y caminos rasos.
Ya veo colgar de tu ánimo prudente
Del occidental orbe el noble peso,
Y en tu grave modestia, y sangre ardiente,
De Marte el brio, y de Minerva el seso!
De tu espíritu altivo y elocuente
En todas facultades el exceso,
Con que así en las materias te adelantas,
Que al sabio admiras, y al soberbio espantas.
Los otros dos que á la una y otra mano
Su gala dejan de grandezas llena,
Y en lo mejor de un mundo cortesano
La suya en agradable aplauso suena;
El uno ha de ser duque Taurisano,
Honor del lacio campo, en que resuena
Con mil dones de su ánimo excelente,
Amor y asombro á la toscana gente.
Del tierno bozo el grave lustre apenas
A su rostro dará sombra y decoro,
Cuando de la una de las tres serenas
El reino enfrenará con riendas de oro,
Y de sus reales obras nubes llenas
De honor enhuecará el clarin sonoro
De la parlera fama, cuyas voces
Tu alegre tiempo, eternos siglos goces.
Reducirá con su prudencia sola
A Roma un veneciano arrojamiento,
Cuando en riesgo mayor entre ola y ola
Amenazar parezca un fin violento;
¡Oh á la tusca nacion, gloria española!
¡Quién pudiera el preñado pensamiento
De tus grandezas darle al mundo entero,
Con la pluma en que vences la de Homero!
El otro que ya allí en ginete ardiente
Un español Narciso representa,
Gallardo, brioso, galan, sabio y prudente,
Que ánimo y brio á quien le mira alienta,
Del rico Gelves es conde valiente,
Y la suma feliz desta real cuenta,
Y todos gloria del iberio suelo,
Rayos de un claro sol, soles de un cielo.
Y allí los tres ardiendo en llamas de oro
A vista veo del español monarca,
Mas floridos que el mes que alumbra el Toro
Hacer todos los gustos de su marca;
Donde tambien la mina del tesoro,
Que tal le dará al mundo, alegre enarca
Los graves ojos, para entrar por ellos
Segunda vez al alma hijos tan bellos.
Será sabia Minerva del ocaso
Del real palacio el peso que mas pesa,
Mas ya es tiempo que pase, aunque de paso,
A decirte algo desta real princesa,
Desta nueva deidad, que en cielo raso
Da gloria á quien la mira, y deja impresa
En el alma una fe y amor, que inclina
Y fuerza á darle honor y honra divina.
Querida prenda del valor que ahora
Ves, que en su fama ha de aclarar la tuya;
Mas tan gran magestad, tan gran señora,
¿De quién pudiera ser, sino era suya?
Ser la mayor beldad que España adora,
La que mas gracias y primor incluya,
De sangre real del mundo celebrada,
De un gran duque de Lerma hija amada.
Todo es humilde nombre á su grandeza,
Y la mayor de todas ser esposa
Deste asombro del tiempo, en cuya alteza
La suya halló la esfera en que reposa:
El mundo ofrezca, oh norte de belleza,
Corona eterna á tu cabeza hermosa,
La Arabia incienso, oro el indio adusto,
Los años vida y fama, el cielo gusto.
Siete siglos y medio está distante
Este sol de tu vista y de su Oriente,
Ciento y cincuenta lustros adelante
Vestirá de arreboles el Poniente,
Y su grave prudencia firme Atlante
Será de una encubierta y nueva gente,
Que allá en la otra region del mundo mora,
Y nuestra noche tiene por aurora.
Ayudadme, oh bellísimos retratos,
Que en gurbias de oro por encanto hechos,
Prestais vuestras estátuas para ornatos
Del vario jaspe deste muro y techos:
Celebremos con fiestas y aparatos,
Ya dignos destos dos heróicos pechos,
El bien que en su venida se atesora,
Y en su esperanza alegra desde ahora.
Dijo la sabia, y en rumor sonoro
Que al alma sus oficios suspendia,
Con graves arpas cien estátuas de oro
La gloria celebraron de aquel dia:
Quedó absorto Bernardo; ardió el tesoro
Del real palacio en fuegos de alegría;
El castillo tembló, y del nuevo espanto
El mundo al rico peso hizo otro tanto.
Mas luego que en la grave pesadumbre
Que al corvo monte la ancha espalda oprime,
El resonar del oro en la techumbre,
Y el nuevo asombro con que el bosque gime,
Sosegándose fue, y la clara lumbre,
Que en rayos de oro por el aire esgrime,
Ya el vivo resplandor volvió á su seno,
Y dejó el aire en su quietud sereno.
En el uso perfecto del sentido,
De su resplandeciente arnés armado,
El valeroso godo reducido
Fuera se halló del término encantado;
Donde en el mago espejo entretenido
La corriente feliz contempla al hado,
Y el prevenido vió fruto fecundo,
Que de su sangre real espera el mundo.
Huyóse de la máquina presente
El mágico furor desvanecido,
Y el rico alcázar pareció patente,
De fuerte muro natural ceñido.
De arquitectura y fábrica escelente,
No con perfumes bárbaros fingido,
Mas en mármol y bronce, el jaspe y oro
De firme magestad hacen tesoro.
Por altos patios, y anchos corredores,
Confusa tropa vió de armada gente,
Que con ilustres títulos y honores
Honrando vienen su ánimo valiente,
Tras la anciana vejez, y años mayores
Del grave Orontes, que en saber prudente,
Y en vida allí contemplativa vive,
Y con alegres brazos lo recibe.
Tres centurias de ilustres caballeros
Con este ardid juntó el cuidoso anciano,
En sangre godos, en las armas fieros,
Deudos los mas del jóven asturiano,
Lanzando otros cualquiera aventureros,
Que á probar iban el castillo en vano
La blanda llama entre su humo estraño,
Sin mas riesgo que el miedo del engaño.
Estos con ricas armas en tesoro,
De fina pedrería y luz sembradas,
Y espumantes frisones de sonoro
Nevado freno, y clines alheñadas,

Hiriendo al viento los jaeces de oro,
Y al timble en presuncion plumas doradas,
Y alzando estrellas por los aires mudos
El vivo centellar de los escudos,
Alegre hacen y noble compañía
Al bello jóven, y al prudente mago,
Que de Leon á la córte partió un dia,
De cuantos pudo el ménos aciago,
A ver su casto rio, y si podria
De su nueva presencia el tierno alhago
Será sus presos padres de provecho,
Y del rey ablandar el duro pecho.
No sé cual riguroso signo veda
Causa tan justa, que ninguna ahora
Hallo, que sin notorio agravio pueda
Ser desta ingrata sinjusticia autora;
Mas á un gran vuelo que por dar me queda
Al reino voy donde la noche mora,
A buscar los amigos de Morgante,
Que en la gruta dejé de un nigromante.
De Tlascalán en la profunda cueva,
Al confuso rumor de la montaña,
Absortos los tragó por senda nueva
Del pozo ardiente la abertura estraña;
Dando de allí con ellos donde lleva
Sus corrientes la muerte, y donde baña
Con sus torcidas ondas Flegetonte
Las carcomidas grutas de Aqueronte.
Mas luego que por quiebras infernales
La tierra vomitó los tres guerreros
Sobre los africanos arenales,
Como en sus mas pacíficos linderos:
Malgesí, que al hallarse en los umbrales
De su patria cobró nuevos aceros,
Al vivo gusto de tomar venganza
En el contrario bando de Maganza,
Con dos humosos cercos, y un conjuro,
A Reinaldos llevó en su frágil leño
Al real de Francia en el silencio obscuro
De la fria madre del templado sueño;
Dejando al campo alarbe mal seguro
Los otros dos, que en su bajel pequeño
Del ancho mundo vieron los puntales,
Y las playas cruzaron infernales.
Halláronse en un bosque á la marina
Orimandro y Morgante una mañana,
Donde la corva playa cristalina
Huye de la mayor sirte africana;
Y en la costa del mar circunvecina
En un roto batel tropa liviana
De descompuesto vulgo, que á porfía
En confuso monton se combatia.
Mas la Angélica reina de la aurora
El curso vuelve de mi pluma vario,
Que al mar de Alcina en una fusta mora
Con otras la robó un cruel corsario
A vista de Orimandro, que la adora,
Y el turbio mar se la escondió voltario
Al punto que su luz cerraba el dia,
Y al presto bergantin otro embestia.
Eran todos corsarios, que al pillaje
En corso el mar desvuelven cristalino,
Y allí el bárbaro fin de su viaje
El cerúleo color volvió sanguino;
Y fue el firme pelear con tal coraje,
Que cuando la vecina aurora vino,
Mostró que del rigor de la batalla
Nadie vivo sobró para gozalla.
Solo quedó un mancebo mal herido,
De alegre rostro, y grave gallardía,
Y un morábito viejo mal nacido,
De larga barba y flaca hipocresía,
Que de cobarde habiéndose escondido
Miéntras el pelear duró, fingia
A Mahoma enviar vanos mensajes
En ridículos gestos y visajes.
Este hallándose solo, y victorioso,
Y ambos bajeles á su riesgo y cuenta,
Viejo atrevido, hipócrita engañoso,
De astucias lleno, y de codicia hambrienta,
Saltó al contrario barco, aunque medroso,
Y halló á Angélica en él, que se lamenta,
En compañía de otras dos doncellas,
Como en la do la luna las estrellas.
Lloraban el rigor, la desventura,
Del cruel estrago, y general destrozo,
Que esta vez la fortuna mal segura
La victoria dejó vacía de gozo;
Y de las tres la de mayor ternura
Su falda daba al desangrado mozo,
Enviando de los ojos á la herida
Lágrimas, que eran bálsamo á su vida.
Era la dama Arminda, hija de Janto,
Príncipe de Corfú, y nieto de Alcina,
Y el mancebo archiduque de Lepanto,
Isla del mismo mar circunvecina:
Criáronse los dos en dulce encanto
En la cretense córte su vecina,
Donde el trato, la edad, y el ejercicio
En producir amor hizo su oficio.
Sacó la hada del cretense infierno
La amada nieta, prenda de alegría,
Dejando dentro dél su amante tierno,
Y á ella fuera del cielo en que vivia;
Y ambos en soledad y llanto eterno,
Hasta que amor dió traza como un dia
Leoncio robase del jardin de Alcina
Su dulce joya de beldad divina.
Tuvo dichosamente conseguido
El amante su fin, su amada bella
Del tierno amor el premio merecido,
Y él á las dos robó que halló con ella:
Mas la que dar no supo bien cumplido
Retrógrada infeliz volvió su estrella,
Y el gusto que en su alma amanecia
Antes se le murió, que viese el dia.
El morábito viejo cauteloso,
Que en la fusta saltó, viendo de Arminda
En el regazo el jóven valeroso,
Que ya sin habla con la muerte alinda,
Temió aun así mortal su aire brioso,
Y que si vivo escapa, se le rinda
La una y otra fortuna y sea de modo,
Que él solo quede vencedor de todo.
Y así sobre él furioso se abalanza
(¡Estraña crueldad!) ¡oh Arminda bella!
¡Qué golpe tan cruel á la esperanza
Que cuelga el hilo de tu vida en ella!
El limpio boj de la cobarde lanza,
De quien nadie jamás formó querella,
De solas tus desdichas ayudado
Dar pudo fin á lo que habia empezado.
Y del flaco vivir el tibio aliento,
Que ya se esfuerza, y presto se mitiga,
Entre el brazo amoroso, y el violento,
Y la agradable mano, y la enemiga,
Cual tierna exalacion la bebió el viento
En el regazo de su amada amiga,
Sabrosa cama, y temeroso lecho,
A tan suave amor y horrible hecho.
Quedó, mas que su amigo, Arminda muerta,
Y en un punto furiosa acelerada,
La llama del amor antes cubierta
Por los ojos brotó la alma agraviada:
Y cual parda ceraste, antes cubierta,
Del basto pié del labrador pisada,
Salta, y con lengua de ponzoña muda
Por la garganta en roscas se le añuda:
Así la dama herida en lo mas tierno,
Contra el cobarde bárbaro enemigo

Furiosa arremetió, vuelto en infierno
El rostro que era gloria de su amigo;
Y no en abrazo regalado y tierno,
Mas en horribles nudos de castigo;
Los antes tiernos brazos, de ira llena
Por el infame cuello le encadena.

Dió con el débil descarnado moro
Sobre el duro combés la tierna dama,
Y á bocados, perdido ya el decoro;
Vengar quiere á su amante, y á su fama:
Las otras solas dos, que en tierno lloro
De la tragedia cruel crecen la trama,
Que en el auto presente solos cuatro
Los personajes hacen, y el teatro,

Viendo el triste suceso, y brio furioso,
Del nuevo nudo, y peligrosa liga,
Con pecho mas que de mujer brioso
A la venganza acuden de su amiga:
Y las tres al morábito medroso,
En brega desigual, lucha enemiga,
Mientras una le tiene, otras le ayudan,
Y en firmes lazos de rigor le anudan.

Creció la rabia, y de las blancas tocas
Duras esposas y cadenas hechas,
Entre firmes lazadas, y no pocas,
Las mal regidas manos tiene estrechas:
Hállanse en la ocasion, y en furia locas,
Ciegas en ira y en dolor deshechas,
Quieren con su crueldad al enemigo
Mostrar que es de mujeres el castigo.

Y así ligado en la sangrienta plaza
Del destrozado barco, al fiero intento
Sus mujeriles armas desembraza
La de mas reportado sufrimiento:
De sutiles agujas nueva traza,
Nunca antes vista al mundo de tormento,
Sacaron, y en venganza á sus antojos
Con ellas al morábito los ojos.

Y por las mas cerradas coyunturas,
Y partes mas sensibles de la vida,
Del acero sutil las puntas duras
Al alma le entran sin dejarle herida;
Y en los nervios y blandas ligaduras
Anatomía hacen no aprendida,
Que solo pudo hallar igual tormiento
De ofendida mujer el pensamiento.

Así del tierno hijo en la desgracia
Hécuba con su pueblo advenedizo,
Sobre el avaro monstruo rey de Tracia
Otro castigo semejante hizo:
De las nuestras la loca pertinacia
Al moro miembro á miembro lo deshizo,
Mudándole el tormento en mil maneras,
Que la mujer cruel, eslo de veras.

Dos dias que el mar con su bramar sonoro
Tardó en sacar á la africana arena
El triste barco, al desmembrado moro
La vida le duró, el tormento y pena;
Y de las tres el importuno lloro:
Y al tercer dia, que con luz serena
Alumbró el mundo, y descubrió la costa,
Que de las sirtes es canal angosta,

A bordo vieron del bajel perdido,
Otro, que aunque á la playa huyendo viene,
Hallando aquel en calma detenido,
Que ni trae velas, ni gobierno tiene,
Por llevarle de encuentro divertido
En su huir medroso se detiene;
Saltando dentro en brio denodado
Por nuevo asombro un caballero armado.

De Trípol para Tunez descendia
Del fiero rey Gebel huyendo en vano
Con la bella Axa, que robado habia
Ardiendo en sus amores Artabano:
Y ella, que en torpe amor tambien se ardia,
Al robo la ocasion le dió en la mano,
Y el ofendido rey con gente armada
Tras su honra viene, y su opinion robada.

Era Artabano infiel, de alma inquieta,
Traidor en trato, en nacimiento obscuro,
Mollita en Fez, alcaide en la Góleta,
En fe inconstante, en corazon perjuro;
Y ahora cual ligerísimo cometa
En busca va de su enriscado muro,
Hecho mas al deleite que al acero,
Y al sensual amor que al verdadero.

Y encontrando el bajel, que sobreaguado
Las olas traen por faltarle gente,
Dentro saltó, de acero y miedo armado,
O por la muerte huir, que ve presente,
O del gusto primero empalagado,
Y ocasionado de otro mas ardiente,
Nacida aunque de lejos su centella
De los rayos de Angélica la bella.

Mas sea con este ó con aquel intento,
Sin mas curar de la que trae robada,
Como quien se descansa del tormento
Con que ya el gusto que alcanzó le enfada,
Al bergantin se arroja, y dando al viento
Vela, lealtad, y fe, á la playa amada
La herrada proa y la esperanza guia
Con seis de su alevosa compañía.

Mas no pudo el intento comenzado
Tan á su gusto y salvo efectuarse,
Que del rey ofendido el bando airado
No llegase con él á barloarse:
Quedó rendido y preso el abordado,
Y la instable fortuna al mejorarse
Pasó las damas del bajel pequeño
Cautivas del segundo al tercer dueño.

Y presas ya tres veces, y ninguna
Con las últimas armas, un sanjaco
Saltó de Marte á la bordada cuna,
Mas que á la guerra atento al robo y saco:
Vió las tres damas, y cautivó de una,
Que en la region nació que venció Baco,
Sin buscar otra presa, ciego en ella
A su esquife saltó, y se fue con ella.

No dió el segundo ayuda al primer viento,
Que era un seco Levante el que corria,
Mas aunque aire contrario al de su intento,
La proa adonde el que sopla quiere guia:
Cazóle á popa, y con furor violento
A la playa le echó, cuando del dia
Por los albores la parlera hermana
A entoldallos salia de oro y grana.

A los humildes ranchos de una gente,
Que de pescar y de robar vivia,
El barco zabordó en la arena hirviente,
Que de las blancas rocas resurtia:
Acudió al saco un escuadron valiente,
Que á la mar á pillar, si hay qué, venia,
Y al frio sanjaco, en su infeliz huida
La dama le quitaron, y la vida.

Saquean el barco, y en deleite y gozo
Por su confusa gente el furor arde,
Matan sin reservar viejo ni mozo,
Al soldado valiente, y al cobarde;
Y entre el confuso bárbaro destrozo,
Solo el alegre rostro haciendo alarde
De Angélica se está libre y segura,
Que hasta alarbes respetan la hermosura,

Mas ya que al flaco leño no ha quedado
Despojo que robar, ni hombre con vida,
Y en la sangrienta popa el bulto amado
A ver su rostro y su beldad convida;
El bárbaro escuadron, ocasionado
Del robo, la cruel mano homicida
Vuelta contra su pecho feroz riñe,
Y en sangre propia el barco ajeno tiñe.

Y mientras del marcial furor la prueba
Teje la ciega lid mas espantosa,
A un gallardo numida en sangre nueva
El tierno amor le presta alma briosa;
Este con dos que en su resguardo lleva
De Medoro robó la altiva esposa,
Y con ella á la selva mas vecina
Cercado de armas y deseos camina.
En igual ademan el campo griego
Vió á los fieros verdugos entregada
La bella hija del rey, que el sagaz ruego
De Ulises dió por víctima sagrada,
Y á la orilla del mar de un monton ciego
De armas, hácia la selva mas guardada,
Así la llevarian, como ahora
Los tres á la oriental emperadora.
Al tiempo que el rey pérsico, y Morgante,
De Pluton vomitados en la playa,
Salir la aurora vieron rutilante,
De aljofar llena su florida saya:
Cuya luz les mostró poco distante,
Del bravo mar sobre la corva raya,
Los tres, que con la Angélica belleza
Del bosque iban á entrarse en la maleza.
Fue á la playa el jayan, que son sus gustos
Traer siempre las armas en las manos,
Y el persa hácia los tres brazos robustos,
Que llevar ve su amada presa ufanos:
Mas cuando en lo mayor de sus disgustos
Sin pensar vió los ojos soberanos
Que dan brio á su amor, vida á su fama,
Y halló tan cerca su perdida dama;
Nunca del codicioso ojos hambrientos
Al centellar las rubias masas de oro,
Que el corvo arado en céspedes sedientos
Al pasar descubrió de un gran tesoro,
Mas prestos en mirar, ni mas atentos
Al ruido vuelven del metal sonoro,
Ni por ellos al alma entró en un punto
Mayor deleite y sobresalto junto,
Que en el alma del persa la divisa
De los primores puso de su dama,
Si bien la priesa con que va le avisa
Del conocido riesgo de su fama:
Y así sin pedir cuenta, ni pesquisa,
¿De quién, dónde, ó por qué? feroz derrama
Por la espada sus zelos, y su brazo
Del tierno cuello rompe el torpe lazo.
No era el bárbaro amante tan sin brio,
Ni en su alfanje tan muertos los aceros,
Que no pensase en limpio desafío
Su opinion defender á diez guerreros;
Antes al paso con feroz desvío,
De en medio de sus bravos compañeros,
Desnudo sale á defender su fama,
Que es de las dos la mas querida dama.
No le fue al rey tan fácil la victoria
Con la desnuda gente que acudia,
Que mientras la ganó perdió su gloria
Y el nuevo gusto que hallado habia:
Ora le fuese oculta, ora notoria
La espada que por ella combatia;
Mientras duró el reñir, por mas segura,
Huyendo se escondió en una espesura.
Al antes victorioso rey, vencido
Los rigores dejaron de su estrella,
Seguro de que ya era conocido,
Pues tanto huye su enemiga bella:
Siguiera el rastro, mas el rastro ha sido
En todo tan sin él, y él tan sin ella,
Como el que antes soñando halló un tesoro,
Que al despertar se huyó en la sombra el oro.
El jayan corzo á la contraria parte
Paz acudió á poner, ó nueva guerra,
Que como en raso campo un feroz Marte
Con todos en monton confuso cierra;
Y en tantos golpes su furor reparte,
Que aquel, á este, y al otro echa por tierra,
Huyendo los demás, como sin tiento
De un feroz toro el vulgo alharaquiento.
Y juntos los guerreros valerosos
A pié se entraron por la selva espesa,
Con pasos y con ojos cuidadosos,
Aunque á fin vario, y diferente empresa:
Morgante á sus encuentros belicosos,
Orimandro buscando á la princesa,
Sin hallar por los campos en tres dias
Mas que de alarbes pobres rancherías,
Cuando una noche lóbrega sin tino
El valle que un preñado monte hacia,
De un apartado fuego del camino,
Albergue al parecer les ofrecia:
Siguen la luz, y al pié de un crespo encino
Plantado un pabellon vieron que habia,
Y al grueso hogar una abundante cena,
Vacía de gente y de aparato llena.
Las blancas mesas por las frescas flores
De picheles cargadas y de tazas,
Sobre grasientas brasas asadores
Humeando llenos de diversas cazas;
Seis ginetes caballos corredores
Paciendo al prado sus pejores plazas,
Y por principio del convite aciago
De fresca sangre un espumoso lago:
Tres armados varones recien muertos,
Las armas y los cuerpos destrozados,
Unos de heridas sin piedad abiertos,
Otros á crueles golpes desmembrados;
Sin hallar de tan varios desconciertos
La victoriosa espada, ni sobrados
Los que al triste marcial campo sangriento
Dueños pudiesen ser del vencimiento.
La cena y el combite placentero
En triste cena trágica mudado;
Las trastornadas tazas, que el postrero
Licor, aun no han del todo derramado;
Por las brasas humeando el ciervo entero;
El tierno corderillo medio asado:
Del jabalí el testuz, la espalda entera,
Del carnero, y de leche una ternera.
Morgante alegre con la hallada cena,
Recurso de la hambre que traia,
Sin aguardar mas huéspedes, condena
Por plato suyo cuanto en torno habia;
Siéntase á la abundante mesa, llena
Ya de lo que antes sobre el fuego habia,
Y sin hacerle salva al compañero
Por ante se comió un venado entero.
El prudente Orimandro, mas atento
A lo que falta allí, que á lo que sobra,
Con alma busca próvida el intento
De los fieros autores de tal obra;
Y repartido en mil el pensamiento,
En ninguno quietud segura cobra,
Que un triste de continuo tiene el pecho
Nueva oficina de desgracias hecho.
Parécele que suena en la montaña
Rumor de gente, salta de la mesa,
Y el quebrado eco de la voz estraña
Buscando se entra por la selva espesa;
Y no mucho en su bosque se enmaraña,
Cuando oyó del Catay la gran princesa
Que al cielo favor pide, y el herido
De su violencia el alma dió al oido.
Y en mas velocidad que al centro lleva
De un grave cuerpo el peso violentado,
O de prudente mago á la voz nueva,
Alma sutil, ó espíritu apremiado,
A dar de un risco fue á una oculta cueva,
De adondo el bello bulto destrozado

Sacaban dos alegres caballeros,
Ya con tiernos halagos, ya con fieros.
Quieren á fuerza de la suya injusta
Poner en ella el gusto que no tiene,
Mas el celoso amante, á quien la adusta
Cólera hasta privarle el seso viene,
La espada aprieta, y con virtud robusta,
Feroz, ni se embaraza, ni detiene
A darles de sí cuenta, ni tomalla,
Ni pedir ni ofrecerles la batalla.
Mas con celeridad arrebatada,
«Afuera, dice, pueblo vil y obscuro,
Indigno de beldad tan acabada,
De fe sin ley, y de hábito perjuro;»
Y á no ver con sus lazos enredada
Su hermosa yedra en el infame muro
Que en su honor carga, con la espada fuera
La primer salva, y prevencion primera.
Y los dos, á quien mas temores causa
El acto infame que el contrario esquivo,
En la primer fuerza hicieron pausa,
Y á la segunda ofrecen pecho altivo:
Quedó de la cuestion libre la causa,
Que mientras dura, en paso fugitivo
Huyendo á tiento por la selva obscura,
Ni aquí está sin temor, ni allí segura.
No fue el combate mucho, que el enojo
Y la razon lo era del persiano,
Y así aunque en defender su torpe antojo
A los dos puso su ánimo liviano,
A pocos lances sobre el campo rojo
Con sangre propia firman de su mano,
Que del torpe deleito la bebida,
O con la honra se escota, ó con la vida.
Murieron ambos, que á los golpes fieros
Del persa no hay escudo que resista,
Y él victorioso ya, con piés ligeros
Su dama busca, y con atenta vista:
Mas aunque vió á los árboles postreros
Parir del bosque en argentada lista
El rubio sol, no vió el de su cuidado,
Que ama ingrata beldad, y es desamado.
Y seguir al amor sin la ventura,
Es tropezar contínuo en la desgracia:
Otro sus pasos siga, ó su locura,
Que yo á Morgante vuelvo, y en su gracia,
Al frio silencio de la noche obscura
Quiero á su mesa ver como se espacia,
En el brindar el mosto, que el gigante,
Un mar se beberá que halle delante.
De gruesa vianda lleno el vientre hambriento,
Y del dulce licor ocasionado,
A solo el gusto de su gula atento,
En vino quedó y sueño sepultado,
Hasta que al desacuerdo soñoliento
La luz del dia gastó, y se halló cercado
De la escuadra infeliz, que en triste suerte
De entre las tazas se bebió la muerte.
Admiróle el estrago, y ver perdido
Su altivo compañero, y por buscalle
Al entrar en el bosque oyó ruido
De un triste llanto en el vecino valle:
Siguió la voz, y halló al comhez florido
De la salida de una umbrosa calle,
Llorando sobre un muerto caballero
La preciosa lealtad de un escudero.
Eran los muertos dos, mas solo al uno
Con ternura lloraba el fiel sirviente:
Llegó el jayan, cesó el llanto importuno,
Temiendo que la espada sea valiente,
Que con vida de dos dejó á ninguno:
Quiso medroso huir, viendo presente
Tal bulto; mas detúvole el gigante,
Por saber del suceso lo importante.
Y habiéndole mandado le dé cuenta
¿Qué origen han tenido aquellas muertes?
¿Quién alcanzó victoria tan sangrienta?
¿Qué espada llegó á dar golpes tan fuertes?
¿Qué se hizo el vencedor, por cuya afrenta
De venganza se dieron tantas suertes?
El siervo humildo al corzo antojadizo,
Temblando, en todo así le satisfizo:
«Larga tragedia, casos lastimosos
Son los que me pedís, señor, que os diga,
Que pechos falsos, y hombres engañosos,
Así el cielo y su culpa los castiga:
La Arabia dos hermanos belicosos,
De obscura sangre dió en virtud mendiga,
Que arrogantes, soberbios y valientes,
De Mahoma se fingen descendientes.
Fueron Gerber, y el poderoso Argante,
A quien por su traicion y valentia
La fortuna en favores abundante
Reyes de humilde sangre hizo un dia:
Este el cetro de Fez rige triunfante,
De Trípol le dió al otro en Berbería
Silla y corona, y hoy la incierta guerra
Triste sepulcro en esta inculta sierra.
Aja, una mora, á quien la adversa suerte
Para nuevas tragedias echó al mundo,
Reina de Trípol fue, de Origio el Fuerte
Mujer aleve y cruel, de pecho inmundo,
Que dió á su esposo tiel traidora muerte,
Y tras él á Geber cetro segundo,
Subiendo á rey de Trípol el tirano
Por el favor de su alevosa mano.
No fue el nuevo adulterio en sus antojos
La última liviandad que en ellos hizo,
Que en otros muchos sus risueños ojos
Varios contentos levantó y deshizo;
Hasta que toda al fin se dió en despojos
A Artabano, este moro advenedizo,
Que ante tus piés el corazon abierto
De ese golpe de espada está ahora muerto.
A su delito igual la justa pena
Le dió la muerte; advierte ahora el sino
Por donde el discurrir del cielo ordena
A cada vida el fin de su camino:
Argante, de ambicion el alma llena,
Casamiento pretende peregrino
En Acaya, y Geber su incauto hermano,
Para darle favor se ha puesto en vano.
Querian robar á la cretense infanta
Juntos los dos hermanos de concierto,
Y á esto con sus bajeles, y con cuanta
Gente pudo, Geber salió del puerto:
Mas un frio Cierzo con braveza tanta
Barrió del mar Carpacio el seno abierto,
Que el dia que pensó llegar á Acaya,
Arribar le forzó á su misma playa.
Y en tanto que de Trípol el tirano
Por la mar forcejaba contra el viento,
Su casta esposa en brazos de Artabano
La honra vendia por un vil contento;
Y así rindió su corazon liviano,
Que por no mudar gusto, mudó asiento,
Y la patria trocó, el honor, y estado,
Por el adulterino ingrato amado.
Salió con él robada el mismo dia
Que el rey volvia á su abrigado puerto
De adversa suerte lleno, y de alegría
A ver la pena de su mal concierto:
Lloró el perdido honor, y al que huia
Con él siguió y prendió, y á este desierto
Vino á morir con su traidora espada,
Que el cielo es justo, y no perdona nada.
Alcanzóle en la mar, prendiólo vivo,
Que por mas se vengar no le dió muerte,
Y por cobrar, teniéndole cautivo,
De su áspera Goleta el risco fuerte:

Guardó la ingrata vida este motivo,
Cuya mano (¡tal es la humana suerte!)
La suya quitó al rey, que dejó acaso
Su gente en guarda de mi estrecho paso.
Y con el preso, y este incauto moro
Por su guarda, llegó á esta estéril sierra,
En cuya verde falda un bulto de oro
Ofender vieron con injusta guerra;
Una dama, que el mundo en su tesoro
Otra joya de igual primor no encierra,
En poder de unos bárbaros feroces,
Contra quien daba en su defensa voces.
Libraron con su fuerza á la que pudo
Con la suya rendir sus torpes ojos,
Y al tirano Geber suspenso y mudo
En su gusto sembrar nuevos antojos;
No sé si aquí me engaño, mas no dudo
Del triste estrago destos campos rojos,
Que en lugar de la adúltera quería
Que la nueva reinase en Berbería.
Este gallardo jóven, cuya muerte
Triste presagio de la mia ha sido,
Y su real nombre Bahamel el Fuerte,
Y de Orgio primo y sucesor querido;
O ya rendido de la misma suerte
Del bello rostro en llanto consumido,
O que con la ocasion quisiese en ella
Cobrar de un golpe el reino, y la doncella,
Hecho su oculto trato con el preso,
Y de armas prevenido de su mano,
Feliz á los principios el suceso,
Suya fue la virtud, y de Artabano:
Matan al rey Geber, matan tras eso
Del rudo pueblo el escuadron villano,
Que él trazando su amor, y ellos su cena,
De nada estaban con temor ni pena.
Vuelto sangriento lago el aparato
Del banquete real, vió la floresta
Entre tazas y muertos un retrato
De los Centauros en su horrible fiesta:
Huyó la bella dama con recato
De la turbada mesa descompuesta,
Siguiéndola cual diestros cazadores
De la matanza cruel los agresores.
Desta vecina gruta en las entrañas
Huyendo se escondió, los dos tras ella
Victoriosos desvuelven las montañas
Al turbio rayo de una obscura estrella,
Cuando entre ásperos riscos y espadañas
Su luz la descubrió cual Diana bella,
Que al romperse la hueca nube fria
Hurtando sale la hermosura al dia.
Mas, ahora al fin de la cruel matanza
Algun furor quedase con la vida,
O el justo cielo diese á la venganza
Del caso atroz tan mísera salida;
Casi triunfando ya de su esperanza,
Y por la frente la ocasion asida,
La vuelta daban de esa gruta obscura
Con la recien hallada hermosura:
Cuando un soberbio bulto denegrido
Las sombras amasaron desta sierra,
Del ciego infierno á castigar venido
Los aleves destrozos do tal guerra:
Mas que de acero, de rigor vestido,
De dos golpes cual ves echó por tierra
Las malogradas vidas, que en una hora
Venus triunfantes vió, muertas la aurora.
De la infeliz tragedia por testigo
Yo solo me salvé en la gruta obscura,
Medroso que del cielo al fiel castigo
No habia en el mundo ya parte segura;
Cuando del vientre obscuro, cuyo abrigo
El temor me prestó, ví una figura
En horrible anhelar sembrando fuego,
Que este mundo alumbró, y se apagó luego.»
Así el medroso moro al rey Morgante
De su infeliz tragedia acabó el cuento,
Y él viendo la honda cueva, que delante
Con horrible preñez se traga el viento,
Sintió en su hueco tumbo resonante
Nuevo rumor, y con gallardo aliento,
Sin mas escudriñar causas ni efetos,
Entró á ver de sus senos los secretos.
Tembló el hinchado monte, gimió el valle,
Y vomitó la cueva un fuego horrible,
Huyó el cobarde moro, que á tornalle
El amor de Bohamel no fue posible:
Lo que al corzo le avino abriendo calle
Por el obscuro cóncavo invisible,
Ni aun para dallo ahora en breve suma
Palabras tiene, ni lugar mi pluma.
Monstruosas sombras, ásperos portentos,
Preñeces fueron desta cueva obscura,
Que al estrecho rigor de mis intentos
En tiempo esceden hoy, y en coyuntura:
Otra trompa les dé claros acentos,
Basta al contesto y fin desta escritura
Que el mismo dia salió el corzo triunfante,
El fino arnés vestido de un gigante.
Del esforzado Anteo, que fue hijo
De la fria tierra, está la urna eminente
En la alta gruta de un peñasco fijo,
De un cuajado cristal resplandeciente;
En cuyo seno halló el bulto prolijo
De escamados artejos de serpiente,
Que por arnés el monstruo se vestia,
En perlas anudado y pedrería.
Tuvo á las faldas desta inculta sierra,
Con Alcides una áspera batalla,
Alcides que en los puntos de la guerra
Ni al mundo otro mayor ni igual se halla;
Y el hijo altivo de la humilde tierra
Así el perdido aliento halló al tocalla,
Que el caer al golpe de la hercúlea clava,
La primer fuerza que perdió le daba.
Hasta que el héroe invicto el cauto pecho
Del suelo levantó, y suspenso en calma,
Los músculos cerró en un nudo estrecho,
Que al perezoso cuerpo exaló el alma,
Dejando al vencedor nuevo derecho
Del libio reino, y del honor la palma.
Y á esta cueva en blason de sus porfias
Su fino arnés, y sus cenizas frias.
Hércules por trofeo á su victoria,
La limpia clava que forjó Vulcano
Al sepulcro añadió, para memoria
Que allí lo abrió su poderosa mano:
Y el corzo rey en nueva vanagloria,
Vestido el serpentino arnés ufano,
Al salir pareció la clava al hombro,
Nuevo Alcides del mundo, y nuevo asombro.
De un escamado cuero de serpiente,
Que en oro cada escama se cogia,
Cuya ancha boca la arrugada frente
Y áspero cuello del jayan ceñia,
Hecho un feroz dragon resplandeciente
Dejó la cueva, y el siguiente dia,
Al liso pié de un álamo sombrío,
Un caballero vió al raudal de un rio,
Que apesar de la ardiente siesta el punto,
Y del seco aire la tostada llama,
Se aprestába, y cabe él vivo el trasunto
De la belleza en hábitos de dama:
Mas del campo de Francia el grave asunto
A dar noticia entera de él me llama,
De su gente, sus fiestas, y de cuanto
Al mundo en sus bravezas causa espanto.

ALEGORIA.

Por Bernardo, que habiendo visto en los encantamentos del Carpio la clara sucesion de su linage no trata mas de buscar á Arcangélica, se muestra, que el varon heróico, que antes caminaba tras el gusto de sus apetitos, habiendo llegado á la contemplacion y verdadero desengaño de lo porvenir, y a enterarse en los grandes premios de gloria que le están prometidos en el otro mundo, de todo punto olvida y deja lo que antes le traia destraido, y procura acompañado de virtudes volver á la obediencia y jurisdiccion del entendimiento, de adonde los deseos de venganza le habian sacado.

Hallarse Orimandro y Morgante en los arenales de Africa, despues de haber dado una vuelta al mundo, siendo Orimandro figura del entendimiento, y Morgante de la voluntad, es decir, que sin la memoria, entendida por Reinaldos, aunque uno haya dado vuelta á todas las grandezas del mundo, se hallará en un arenal estéril y desierto, y sin acordarse de cosa alguna mas que si por él no hubieran pasado.

Las desgracias de Angélica, tan arrojada de unas en otras, dicen al natural la vida de una mujer distraida y dada á las libertades de su antojo. En la tragedia de Arminda y Leoncio se descubre la crueldad de las mujeres, que como por la mayor parte les falta prudencia, son crueles por esceso. En la tragedia de Artabano, se pinta el lamentable y desdichado fin de un adultero.

En Morgante, que habiéndose perdido de Orimandro, gana las armas de Anteo, hijo de la tierra, se significa, que en apartándose la voluntad de la luz del entendimiento, toda se arma y viste de cosas de la tierra, sin quedarle mas que algunas cortas inspiraciones del cielo, entendidas por la clava de Hércules.

LIBRO VIGÉSIMOSEGUNDO.

Argumento. Atemoriza á Carlo Magna un espantoso sueño, interprétalo Malgesi. Montesinos refuerza con sus razones las del sabio, Orlando le responde á ellas, de cuya respuesta se ocasiona la gran discordia del campo francés: déjanse por ellas las fiestas aplazadas, y marchando el resto del campo para España, llegan al Pirineo, donde el César manda hacer reseña de su gente. Ferragut encuentra en Africo, á la ribera de un rio, con Angélica; y estando para gozar della sobreviene Morgante que lo estorba, y dejándolo de un golpe de maza sin sentido, parte en su seguimiento á Biserta, donde hace grande estrago hasta embarcarse tras ella para España: Orimandro halla á Artaja en un gran desconsuelo, y en su compañía le sucede una maravillosa aventura.

Ya en este tiempo el bélico aparato
Del francés campo, con marchar sonoro
Al son de los clarines, y al rebato
De las trompetas y los lirios de oro;
La fama con las sombras del retrato
De su grandeza, al africano, al moro,
Al montañés, al asturiano, al godo,
Todo lo asombra, y lo alborota todo.

Decretóse en París, que á la importancia
Del francés brio, la imperial persona,
A toda diligencia y toda instancia,
Al campo baje que venció á Girona:
Que allí le siga lo mejor de Francia,
Invicto cerco de su real corona,
Suspendiendo las fiestas para cuando
Con los demás se cobre el fuerte Orlando.

Llegaron en un tiempo los franceses
Con su César al campo belicoso;
Roldan por varios trances y reveses
Buscando el español brazo brioso,
Que de él probó y Dudonio los arneses,
Y de ambos salió libre; y victorioso
Reinaldos, de haber hecho con su vuelo
Una raya en la mar, y otra en el cielo.

Trajo tras sí de Amon el hijo amado
Del muro antiguo las estátuas de oro,
Que la codicia del metal preciado
Con ella aumentar hizo el tesoro:
Del rey Artus el cuerpo sepultado
En rica tumba de metal sonoro,
A la ancha puerta de la sala estuvo
Los siglos que su estrella le entretuvo.

De allí el etéreo cuerpo, ó sombra humana,
Aun no del todo adelgazado en viento,
Con blando curso por la esfera vana
De aire volaba en débil movimiento:
Cuya fantasma, aunque al mover liviana,
Al sepulcro dió nuevo movimiento,
A la roma figura y breve amago,
Que á un cerco obscuro hizo el francés mago.

Al fin con la sagaz leccion del sabio,
Que los mundos gobierna del Poniente,
El encantado pueblo el vil resabio
De su metal perdió resplandeciente:
Sembró la fama en placentero labio
La gran resurreccion del pozo ardiente,
Alegróse el real, y el campo ufano
Con la vista creció de Carlo Mano.

Manda otra vez en honra de su gusto
Que de nuevo se vistan de alegría
Las resfriadas fiestas, premio injusto
De un deseado malogrado dia:
Crecen al débil pecho y al robusto
Orgullos que la ardiente sangre cria,
Y abre un fresco placer al pensamiento
La vecina jornada del contento.

Así tal vez de entre los cuernos de oro
Del toro alegre de calor fecundo,
El rubio alegre sol siembra el tesoro
De Flora, y llueve regocijo al mundo:
Crece en las selvas el parlero coro
De las aves sin dueño, el mar profundo
Serena sus riberas, rien sus playas
En crespas olas y argentadas rayas.

Tal del campo francés fué el alborozo,
Tal de sus claros héroes la venida,
Tal de sus almas el ardiente gozo,
Que á las ya muertas fiestas dieron vida:
Mas siempre este placer trajo rebozo,
Siempre en estrella se trazó impedida,
Siempre huyendo fué, y de lance en lance,
Nunca á sus trazas dió el contento alcanze.

Por la renunciacion de Alfonso el Casto
Se comenzó en los campos de Girona,
De allí por nuevo azar mudó su gasto
A Perpiñan del César la corona:
Ya en París con rumor confuso y vasto
Le pregonó la fama; hoy le pregona
En Limojes, y al fin de dia en dia
Tarde amanecerá el de su alegría.

Ya Febo sobre el mar del pardo moro
Templaba al rojo carro las centellas,
Desguarneciendo al mundo del tesoro
De su luz, y bordándolo de estrellas:
Del yugo ardiente las coyundas de oro,
Las rubias horas, y las ninfas bellas
Le desatan, y puestas en contorno
De magestad le sirven, y de adorno.

Quién las riendas le toma de la mano
Cargadas de encendida pedrería,
Quién la corona, quién el manto ufano,
Que el cielo y tierra visten de alegría;
Quién peina á su cabello soberano,
La luz de adonde al mundo nace el dia,
Quién le alivia el calor, quién la maraña
De oro en rocíos de olor le templa y baña.

Quién el fogoso pértigo levanta
Al carro que anda trastornando sinos;
Quién los caballos da, quién los enmanta,
Frenos tascando de diamantes finos;
Quién de los piensos de la ambrosia santa
A sus pesebres da colmos divinos,
Y quién le carga á la encubierta noche

De dulce sueño el enlutado coche.
Apoderóse la quietud callada,
En sesgo vuelo y pasos descuidados,
De la fria tierra sin color sembrada
De nuevos animales deslmayados;
Al sabroso sosiego encomendada
La importuna batalla de cuidados,
Las doradas estrellas encendidas
Sus cursos abreviando y nuestras vidas.

Cuando en la sala real ardiendo en oro,
En blanda pluma, y en pomposo lecho,
Al grave César hurtan el tesoro
Del sueño los cuidados de su pecho:
Cércanle el alma y sin guardar decoro
Al tiempo, á la persona, ni al provecho,
En parlero silencio no se halla
Cosa que en su quietud no ande en batalla.

Entre el rico brocado y blando lino
Reposo busca en vano de mil modos,
Aquí vuelve y allí, y ningun camino
De paz encuentra, aunque los prueba todos;
Que el descuidado sueño en mejor tino
Viene á la humilde plebe que á los godos,
Y siempre goza dél en mayor suma
La seca paja, que la blanda pluma.

Tras larga noche al fin el dulce frio
Del alba, en perezoso y tardo sueño,
El rostro le bañó, y con su rocío
La pasada inquietud quedó sin dueño:
Huyeron los cuidados, perdió el brio
Y de la altiva magestad el ceño
Quedando en el olvido, y el semblante
A los demás mortales semejante.

Mas como el gran sentir de una alma grave
Mayor estruendo y máquina revuelve,
De interiores figuras, el suave
Sueño, que en la del César ya se envuelve,
Al real tesoro destorció la llave,
Y en pomposo aparato y forma vuelve
Cercado de fantasmas fugitivas,
Que aunque son muertas le parecen vivas.

Y por la ociosa y libre fantasía
El pintado Morfeo, en el concurso
De un grave teatro representa y guia
De nuevas cosas un fatal discurso;
Y en unos valles lóbregos, que el dia
Ni el sol alcanza á trastornar su curso,
Por entre pardas grutas y anchas quiebras,
De dragones peinadas y culebras;

Cercado de sus bravos paladines,
En pomposo ademan caza gallarda
Empezar le parece, y que á los fines
Del monte un rojo leon feroz le aguarda,
A quien de aquellos riscos los confines
Por su defensa tienen, y por guarda
De un rico árbol que lleva pomas de oro,
Mejor que Atlante, y de mayor tesoro.

Aficionó al francés la nueva fruta,
Y la piel roja del leon gallardo,
Y con sus doce príncipes la gruta
Altivo escala, y sube al risco pardo,
De donde cada cual le da y tributa
Al desenvuelto leon un presto dardo,
Que él victorioso en su escombrada plaza
Con dientes y uñas rompe y despedaza.

No queda flecha sana, ni arma entera,
Que no destrocen sus valientes garras;
Solo se salva el que ligero afuera,
Saltando del palenque, huye las barras
De sus lanzas: la suya por postrera,
Ya en posturas lanzar queria bizarras,
Confiado de le dar con ella alcance,
En presto golpe y en seguro lance.

Cuando el limpio venablo en brio certero
Rompiendo el aire el rey dormido arroja;
Mas no tan presto el relumbrante acero
Del crespo cerro halló la espalda roja,
Que atrás recio tornó, volviendo entero
Al rey, que huyendo va en mortal congoja
Por no hallar de las suyas arma entera,
Que todas las rompió y tragó la fiera.

Sueña que huye entre quebradas breñas
Del mónstruo horrible que tragó á los doce,
Sobre difuntos cuerpos, cuyas señas
En obscuras fantasmas desconoce;
Cuando en las puntas de unas altas peñas
Que un cielo hacen que la vista goce,
Sobre colunas de cristal parece
Que una abultada real máquina crece.

De un suntuoso palacio alto motivo
De arquitectura y mármoles de pario,
Bellas estátuas, donde el bronce vivo
Magestad crece sobre el jaspe vario,
Vuela la pompa, sube el arco altivo,
En hombros de oro su alto lacunario,
Cargado de bellísimos despojos,
Gloria á su vencedor, gusto á los ojos.

Gime la firme tierra con la carga
Del palacio y su inmensa pesadumbre,
Que es donde menos el valor se alarga,
Cristal los frisos, y oro la techumbre;
Y de badas allí de vida larga
Una sombría y ciega muchedumbre,
Dando á Demogorgon, que está presente,
Pesadas quejas dél, y de su gente.

A cuya cruel venganza, por decreto
De las obscuras parcas, de unas quiebras
Salir horrible vió á la furia Aleto,
A peinar sobre Francia sus culebras;
De quien llover notó fuego secreto
Entre sus negras, marañadas hebras
A su infeliz ejército, de modo
Que todo ardia, y lo abrasaba todo.

Las demás furias del confuso averno
Blandones vió arrojar y hachas ardientes,
Y al cruel barquero del pasaje eterno
Por una barca hacer dos largas puentes;
Vió ensancharse los senos del infierno
Para hacerse capaces de mas gentes,
Y que las parcas no podian unidas
Los hilos cercenar de tantas vidas.

Bien que de un mago cerco la figura
El fuego ardiente sin pensar le apaga,
Y con los rayos de otra nube obscura
El un incendio al otro incendio traga;
Cuando al rey del cuidado la apretura
Lo dulce así de su quietud le estraga,
Que el sueño le escondió, y él sin aliento
Manos y ojos abrió, y asió del viento.

Turbada el alma, el pensamiento lleno
De las miedrosas formas que antes via,
Suspenso mira de la luz el seno
Donde murió su sueño, y nació el dia;
Y aunque ve que es el delirar sin freno
Vana obra de inconstante fantasía,
Por mas que de la suya alza la mano,
Sacudir de sí el miedo intenta en vano.

Al fin de graves causas lleno el pecho,
En la real cuadra, de su altiva gente
Un sabio y noble parlamento hecho,
En silla de oro y en diadema ardiente,
Del sueño prodigioso el nudo estrecho,
Que su alma ciñe y su memoria siente,
Largo discurso hace, á quien seguro
Consejo pide y luz en tanto obscuro.

«¿Qué sombras, dijo, en varias impresiones
De nuevo el santo cielo á mi alma envia?
¿Qué agüeros, qué prodigios, qué visiones
La noche asombran, y le afean el dia?
¿Qué llamas, qué sombrios escuadrones,



Qué fiero leon, qué nueva montería
Mis ojos vieron? ¿deste peso grave
Quien á mi pecho hará un rigor suave?»
Dijo, y en varios pareceres puesto
Del fatal sueño juzga el gran senado
Lo que al olvido puede dar mas presto,
Entre pena menor, menor cuidado;
Que la lisonja pudo, y puede en esto
Así á su gusto interpretar el hado,
Y el curso trastornarle por tal senda,
Que antes el daño llegue que se entienda.
Mas el mago francés, que está presente,
Del ignorante delirar se admira,
Y cuan sin miedo el lisonjero diente
La verdad muerde, y masca la mentira;
Y bien que escucha, y calla, advierte, y siente
El triste blanco á donde apunta y mira
En su presagio el cielo por entero
De aquel sueño fatal el triste agüero.
Viendo que los demás en él ya puestos
Los cuidadosos ojos, del semblante
Con que oye los oráculos propuestos
Rastreando van del caso lo importante;
Así al César por términos modestos
El hado por venir pone delante,
Y la revolucion de un mundo ambigo
De las estrellas baja al pueblo amigo.
«Prospére el cielo, y como puede haga
Mi miedo incierto, y vana mi sospecha;
Y si es que á no herir tal vez amaga,
En esta deje la esperiencia hecha:
Crezca el valor francés; mas si empalaga
Su grandeza á los hados, ¿qué aprovecha,
Contra el rigor de inevitables daños,
Dorar lisonjas, ni afeitar engaños?
La ardiente llama de las negras clines
De la discordia que en tu gente ardia
Dirá de tus soberbios paladines
Presto la furia y la paciencia mia:
El rojo leon, que á mas sangrientos fines
Su dulce caza el hado incierto guia,
De dragones cercado, y de culebras,
En ciegos valles, y en profundas quiebras,
Es el invicto Leon, reino de España,
De africanos dragones rodeado,
De cuyas garras y atrevida saña
No hay asta entera, ni venablo armado
Sino es el tuyo, al tuyo no le daña,
Tú solo volverás, solo á ti el hado
La vuelta otorga en su infeliz desastre,
Los demás ¡ay de mí!... mas esto baste.»
Rieron unos, y otros mas prudentes
Del sábio ponderaron las razones,
Conforme el gusto y causas diferentes
Con que alargan, ó enfrenan sus pasiones;
Hasta que Montesinos, de elocuentes
Palabras, y de honradas pretensiones,
Viendo en los de Maganza el regocijo
Con que de Malgesí se burlan, dijo:
«Despues que del traidor Rangorio el brazo
De ilustre sangre el Mopsa dió cubierto,
Y el conde don Grimaldo en el regazo
De la universal madre cayó muerto;
Viuda la mia ya del dulce lazo
Que una traicion deshizo en San Lamberto,
A España huyó, llevando en compañia
A mi hermano, y á mí, que aun no vivia.
Allí se retiró de su violencia,
Y allí yo, en el rigor de una montaña,
A ver salí del cielo la presencia,
Y el primer aire respiré de España:
Allí el nombre me puso la inclemencia
Del peñascoso sitio y tierra estraña,
Allí es mi patria, aunque de Flandes vengo,
De España soy, por español me tengo.
Es de Fuente Grimaldo la alta sierra,

Fúnebre pira á los heróicos huesos
De mis difuntos padres, donde encierra
De un triste fin mil trágicos sucesos:
Cuando en mi sangre real la ingrata tierra
De Francia hizo tiránicos escesos,
Y la enemiga patria parricida
A su antiguo señor dejó sin vida.
Los perseguidos huesos desterrados,
En sangrienta urna humilde recogidos,
Del español Alfonso acariciados,
En pompa ilustre fueron recogidos
Con los demás tras ellos arrojados:
Ni ambos ya por nacer, ni ambos nacidos,
Que en lo mejor de la española tierra
Mando en la paz nos dió, y honra en la guerra.
Mi hermano don Teobaldo de Guevara,
Del rey navarro, y de su hermosa hija
Esposo, y yerno, en posesion mas clara
El comenzado domicilio afija:
A mí del Casto la prudencia rara
Por su embajador hizo que me elija
Al César, donde en la ocasion presente
Por razon le granjee, ó por pariente.
Y así á las importantes que he propuesto
Para que esta jornada se desista,
Lo mucho de ambicion y poco honesto
En que se funda examinada y vista,
Juntando á las demás que ha dicho y puesto
En sabia copia, y en prudente lista,
Malgesí, los agüeros, y el aviso,
Que en ellos dar el cielo al César quiso.
Digo que en zelo santo y noble pecho
Dejar se debe el bélico aparato,
O volver de las armas el pertrecho
Contra la gente infiel del pueblo ingrato:
Contra las mauras sierpes, que á despecho
De la ley santa en infernal retrato
El español distrito tienen puesto
En daño grave, y riesgo manifiesto.
Y que seguir el curso de las cosas
Es hacer la pasion que ahora las guia
Las enemigas armas poderosas,
Y dar rendida España á Berbería:
Y á las naciones al cristiano odiosas
Con la nuestra aprobar su tiranía,
Y darse del sin ley pueblo precito
Cómplices en la culpa y el delito.
El desnudar el alma de ambiciones,
Mostrar la saña y cólera medida,
Y en freno de oro gobernar pasiones,
Dando á las leyes con la suya vida,
Es propio de cesáreos corazones,
Del pecho real la senda mas sabida:
Esto es ser rey, reinar en sí primero,
O sea el reino un lugar, ó el mundo entero.
Mas pensar que el soberbio cetro de oro,
La ardiente mitra y la imperial corona,
Tengan su magestad en el tesoro,
Mas que en el pecho heróico y real persona:
Que sea mas rey, quien del cristiano ó moro
Mas reinos gana y cetros amontona,
Es tiránico abuso, es desatino
De la grandeza y magestad indino.
Y así al que en parecer contrario fuere,
Y en lisonjero labio alzare vientos,
O con vanos discursos pretendiere
Negar, ó deshacer mis fundamentos:
A uno, á dos, y á tres, y á los que hubiere
Desta opinion, yo solo en sus intentos,
Si á ver mi espada, y á probarla llegan,
Confesar les haré lo que ahora niegan.»
Dijo, y un sordo murmurar confuso
Se derrama en el grave parlamento,
Que en diferentes opiniones puso
De la resolucion el alto intento:
A unos del bravo paladin compuso
El gallardo ademan y altivo aliento,
Y á otros el dulce razonar severo,
Y á otros del César el soñado agüero.
Mas el soberbio Orlando, ó ya ofendido
Del reto y desafio disfrazado,
Con que en brio colérico encendido
Tras sí quiso arrastrar todo el senado,
O por sus mismas causas desabrido,
O de su altivo honor disimulado,
En arrogante tono, y voz severa,
Al montañés habló desta manera:
«Son de los reyes los intentos altos
Ocultas sendas á la humilde plebe,
Por mas que el seso en temerarios saltos
La inteligencia busque que los mueve;
Y así en grandeza pródigos, ni faltos,
La imprudencia inferior juzgarlos debe,
Ni darles tasa, regla, traza, ó modo,
Sino adorarlo y admirarlo todo.
Tú si á pedir veniste desafio
Contra Oliveros, hijo de Rangorio,
Por vengar de tu padre el cuerpo frio,
Y la agraviada sangre de Sertorio;
Allá al campo aplazado guarda el brio,
Allá pon leyes, y te haz notorio;
Mas si acaso del Casto rey gallego
Al César traes razon, ó humilde ruego,
Propon el caso, ordena de otra suerte
En inferior estilo tu embajada,
Negocia humilde que su campo fuerte
Por bien de paz suspenda la jornada:
Que la sentencia, y el rigor de muerte,
Ya contra España y su arrogancia dada,
Se dilate algun tiempo, ó trueque el modo,
Sino es posible revocarse todo.
Mas querer por tu antojo dar medida
A los grandes motivos de la empresa,
Y á tus vanos discursos reducida
Sin mas razon la magestad francesa,
Es loca presuncion, lengua atrevida,
Frívola ostentacion, que se atraviesa
Sin fundamento al paso, freno estrecho,
Mas que de discrecion de ambicion hecho.
Yo ahora desta célebre jornada,
Ni apruebo ni repruebo el grave intento,
Que si por una parte está infamada
De ambicioso y liviano fundamento,
Por otra basta darla acreditada
La gran presencia del cesáreo aliento,
Que no habrá guerra injusta, si la abona
La grave autoridad de tal persona.
Y así de tu discurso al postrer punto,
En que á todos te opones temerario,
Viendo que del imperio el poder junto
Aprueba y sigue el parecer contrario,
Por todos digo que al soberbio asunto,
Que á defender te ofreces voluntario,
No bastas, ni tu espada y brazo alcanza
Al blason de tan bárbara alabanza.
Y en razon dello el campo y desafío
Por todos juntos desde ahora aceto,
Que como general de Francia es mio,
Y como á tal me toca y hiere el reto:»
Dijo, y del paladin flamenco el brio,
Que en España nació, al gallardo efeto
De provocarle el conde á la batalla,
Brioso pide luego el comenzalla.
Mas el galan y bravo Durandarte,
Contra el rostro feroz del conde esquivo,
Narciso en cuerpo, y en braveza Marte,
Así se puso en medio, y dijo altivo:
«Cuanto mi primo ha dicho, en todo, ó en parte,
O en propia empresa, ó general motivo,
Es razon y verdad, y no la dice

Quien esta con pasion lo contradice.
  Y porque la batalla, que aplazada
Antes de ahora está con Oliveros,
Entrar le impide luego en la estacada,
Y poner freno á esos livianos fieros,
Yo estoy aquí, y aquí mi libre espada,
Que con la razon mia, y sus aceros,
Haré al conde de Brava que confiese
La contraria opinion, aunque le pese.»
  Dijo, y el bravo príncipe do Orange
Meridïan, de Durandarte hermano,
Aunque antes no le hablaba, al rico alfanje
Furioso pone la atrevida mano,
Y al del cuartel del rojo escudo afrange,
«Mio es, le dice, el campo, el campo en vano
Procura de otra espada y de otra via,
Quien le tiene aplazado con la mia.
  El campo de mi hermano y de mi primo,
Yo solo lo haré, yo solo basto
A la vana arrogancia que no estimo,
Ni mi brazo, si el suyo no contrasto:
Bien sabe el conde el imprudente arrimo
Que de Celindos dió al intento casto,
Por no decir tirana alevosía,
Que en la condesa de Irlos pretendia.
  Cuando con loca y bárbara arrogancia,
A sola su pasion y gusto atento,
Fiero juró, á pesar de toda Francia,
De hacer el intentado casamiento:
A esta incauta promesa, á esta jactancia,
Con mi espada he de dar el escarmiento:
Sobre este punto la batalla quiero
Por todos tres, pues la acepté primero.»
  Dijo, y el bravo Orlando ardiendo en ira,
Cual marsilio leon, que en medio un cerro,
Un venablo de aquí, y de allí una vira,
Un cazador de acá, y de acullá un perro,
Le ciñe, ladra, le amenaza y tira,
Y él pone á todos encrespado el cerro,
Así el conde feroz con tres compite,
Y este, y aquel, y el otro campo admite.
  «Salid todos, replica, á todos quiero,
Y sacad con vosotros todo el mundo,
Que todo junto, cuando sea de acero,
No deshará mi brazo furibundo:
¿Qué parais en segundo ni en primero?
Sed primero los tres, Francia el segundo,
Que á Francia, y á los tres, y á todo el resto
Para matarlo junto estoy dispuesto.»
  Así dijo, y Celindos el infante,
A quien Meridïan trató de aleve,
»Mio es el campo, ya en cuerpo bastante
De edad me ha puesto, dijo, el tiempo leve:
Con Meridian lo quiero, pues delante
De mi ya el conde Dirlos no se atreve,
Medroso que haga en él mi ardiente rabia,
Lo que hacer no pudo la de Arabia.
  Con encogido miedo, temeroso
De la batalla que aplazó conmigo,
Por los desiertos anda receloso,
Sin osarse acercar al campo amigo:
Mas pues ya se llegó el tiempo dichoso
Que por mí puedo responder, le digo
Que miente, quien dijere, dijo, y dice,
Que yo las nuevas de su muerte hice.
  Y sin esta batalla, con su hermano
Entrar en la segunda quiero luego
En razon que con término villano
En los amores de Belerma ciego,
Que habiéndome ella á mi dado la mano,
Y de sí misma un maridal entrego,
Se alaba que la sirve, y que es su amante,
Y que hubo...» y no pasó mas adelante.
  Que el gran Reynaldos con semblante horrendo
El brazo alzó por darle, si alcanzara,
Un libre bofeton; mas no pudiendo
La mano, el guante le arrojó á la cara:
Y en bélico coraje y furia ardiendo
Contra él y Durandarte se declara,
A entrambos pide campo, á entrambos dice,
Si cada cual por sí no se desdice:
  Celindos del infame y torpe enredo
Que contra el conde Dirlos ha inventado,
Y el galan Durandarte del denuedo
Con que se finge de Belerma amado:
Que de pura verdad, ó puro miedo,
Confiese por quimera su cuidado,
Y á ella mentar en público y secreto
Esposa de su hermano Ricardeto.
  Salieron á la parte del infante
Celindos, don Roldan, y don Gayferos,
Que á un mismo tiempo el ánimo arrogante
Entre las armas barajó los fieros:
Reynaldos dentro en su feroz semblante
Libre se opone á todos los aceros,
Y el bravo Durandarte al mismo modo
Por su amada Belerma al mundo todo.
  Sin respetar la grave imperial silla,
Ni la cesárea magestad en ella,
La pasion arde, crece la rencilla,
Y todo el furor ciego lo atropella:
Cae el honesto respeto, y se amancilla
La debida obediencia con perdella:
Los nobles héroes, y el senado santo,
Un ciego nudo son de horrible espanto.
  Mil lucientes espadas en un punto
Rayos al aire dan, y al sol vislumbres,
Cuyos golpes en triste contrapunto
El oro hacen temblar de las techumbres:
Suena en confuso estruendo todo junto,
Héroes, rayos, furor, armas, vislumbres,
Sin que el brazo del rey, que está delante,
Para enfrenar su furia sea bastante.
  Reynaldos al valiente Durandarte,
Que á Celindos tiró un revés ligero,
Del rico manto una bordada parte
Al suelo le arrojó de un golpe fiero:
Dobló el francés el cuerpo, y por la parte
Que halló camino el peligroso acero,
Así al hijo de Amon se entró derecho,
Que los dos tercios le escondió en el pecho.
  Hizo á soslayo la mortal herida
Golpe sin riesgo, que á encarnar la espada,
Costara al noble paladin la vida
La injusta brega sin sazon trabada:
Cuando á Orlando á sus piés dejó sin vida
Al jóven Meridian de una estocada,
Y el zeloso ofendido Durandarte
A Celindos pasó de parte á parte.
  Hirió el traidor Anselmo á don Gayferos,
Dudon al generoso Baldovinos,
Y por cubrirse á un golpe de Oliveros,
Naymo en el hombro izquierdo á Montesinos:
Nunca en riesgo mayor lances mas fieros,
Ni en mas furor mas ciegos desatinos
En su córte vió el César, ni en su gente
Discordia igual, ni fuego mas ardiente.
  Galalon, que del centro de su gusto
La marañada confusion miraba,
Al lado puesto del monarca Augusto,
Calor á la confusa brega daba:
«Pon, dice, ó gran señor, pecho robusto
En prender al traidor señor de Brava,
Y á Reinaldos, que abrió del desacato
La aleve puerta en el primer rebato.»
  El grave cetro de la mano arroja
El César, ya de lágrimas cubierto
Viendo á Roldan, y con mortal congoja
Al príncipe de Orange á sus piés muerto:
Tinta su ardiente espada en sangre roja,

Cabe él Celindos el costado abierto,
Revuelto el campo, y sin hallar camino
Con que atajar su estraño desatino.
Quiso prender el César de su mano
Al hijo de Milon, y á Montesinos:
Fue á cometer un nuevo error en vano,
Y alterar no pensados desatinos:
Que á defender su senador romano
Salieron los ejércitos latinos,
Que allí á su cuenta vienen, y á su mando,
Que es de la iglesia capitan Orlando.
El soberbio Reinaldos de otra parte
A Montesinos defender pretende,
Mas contra todo el campo Durandarte
A su venganza el grave fuego enciende:
Hiere, desmiembra, rompe, quiebra y parte,
Nadie sino es huyendo se defiende,
Que en la venganza de su muerto hermano
Cualquier exceso juzga por liviano.
Crece la gente en bandos repartida,
Arde el furor, y el campo sin caudillo,
Sin pendon, sin bandera conocida,
Unos á otros se meten á cuchillo:
Y ya al vulgo la saña reducida,
No hay podello aplacar, ni reducillo,
Que sin saber por qué, de mil maneras
Sin caudillo pelean, ni banderas.
Ya la primer discordia apaciguada,
De nuevo otra sin ver por qué se enciende,
Aquí la gente corre amontonada,
Acullá en tropas el furor se estiende;
Todo en confusa guerra marañada,
Nadie aun su misma pretension entiende,
Los que dieron principio al civil Marte,
Ya para apaciguarlo no son parte.
El traidor Galalon, que en pompa ufana
Ya el general baston del rey tenia,
Que para apaciguar la furia insana
Del popular motin dado le habia;
Con la dignidad nueva soberana
Vengar propias pasiones pretendia,
Que quien de la virtud no sigue el bando,
Para solo hacer mal pretende el mando.
Así el fingido conde de Pontiero
No el alterado ejército apacigua,
Ni el fuego que el furor vuela altanero,
De paz con blandos medios amortigua:
Mas para ocasionar su ánimo fiero
A cruel venganza en su pasion antigua,
La injuria le refresca mas liviana
Que á la real sangre debe de Mongrana.
Y ciego en sus confusos desatinos,
Cercado de diez condes de Maganza,
Para prender al noble Montesinos
Por el revuelto ejército se lanza:
Cuando el hijo de Amon, que en Baldovinos
Iba á tomar de su traicion venganza,
Sin pensar le encontró, y de un altibajo
Al yelmo de oro echó el plumero abajo.
«Bien sabes, dice, ó magancés valiente,
Mejor que ahora el corte de mi espada,
Cuando por tu mordaz lengua á tu frente
Esa divisa le dejó estampada:
Con ella vengué á Orlando mi pariente,
Y á su madre dejé desagraviada,
A quien tú con embustes peregrinos
Madre quisiste hacer de Baldovinos.
Él no vengó por no perder su afrenta,
Yo si que estoy á estas venganzas hecho,
Desde que en juventud, de honor sedienta,
A tu hermano pasé el aleve pecho,
Porque con lengua quiso alharaquienta
De mi madre infamar el casto lecho,
Y haciéndose mi padre á su albedrío,
Desheredarme del valor del mio.
Mas no quedó la injuria sin castigo,
Que su lengua en la punta de mi lanza,
A todo el mundo universal testigo
De su delito fue, y de mi venganza:
Degollé á Bertolage, que conmigo
A probar se atrevió el brio de Maganza,
Y á Naymo, y á sus hijos en persona
Vivos los abrasé, y quité á Bayona.
Tú, maquinante esfera de traiciones,
No sabes mas, que en hábito encubierto
Mi estampa dibujar por los cantones,
Cuando la fama finge que soy muerto:
Yo, traidor, no me valgo de ficciones,
Que en tu vil rostro pinto al descubierto
Retratos de quién eres, como ahora
Si aguardas, que es mi espada gran pintora.»
Dijo, y á fenecer lo comenzado
Con paso arremetió y brazo furioso,
Mas el cobarde conde amedrentado
Atrás revolvió el suyo presuroso;
En tanto el escuadron alborotado,
Sin órden en su brega ni reposo,
En diferentes bandos repartido
Con triste suena y bárbaro gemido.
De la horrible discordia el fiero estrago
Mientras mas va con mas rigor crecia,
Hecho de roja sangre el campo un lago,
Que un mar, si hay mar de sangre, parecia:
Cuando de un negro cielo el turbio amago
En densa nube ató el medroso dia,
Derramando de rayos, agua y truenos,
Nuevo diluvio sus preñados senos.
Del turbio cielo la áspera cortina
Ponerles pudo en el herir sosiego,
Su tormenta dió paz á su mohina,
Su agua apagó de la discordia el fuego,
Que á huir del celestial rigor camina
El que se halla en cólera mas ciego:
El sabio Malgesí con este medio,
Adonde no le habia dió remedio.
Quedó así el francés pueblo destrozado,
Y tan sin gusto el César desabrido,
Por ver del agorero sueño el hado
Tan presto en todo su rigor cumplido
Muertos de los mejores de su estado
Dos príncipes, el campo consumido,
Que las fiestas dejó, y por estatuto
El alegre aparato trocó en luto.
Y á concertar los graves desconciertos
Del presente desman ocasionados,
Hacer el sentimiento por los muertos
Debido á su grandeza y sus estados,
Apagar los rencores descubiertos
La corriente volvió de sus cuidados,
Y á su lugar la alegre paz perdida,
Sin quien ni el rey ni el reino tienen vida.
Y esto en prudente traza y fiel recato
A conveniente ejecucion venido,
Y en su afable amistad y primer trato
El antes ciego campo reducido,
Y en la sangrienta quiebra del rebato
De nueva gente el escuadron tejido,
Sin sombra del pasado enojo y saña,
Marchar el real clarin convida á España.
No se le concedió contra Oliveros
El campo á Montesinos que pedia,
Por no volver la guerra á los primeros
Riesgos, y al fuego en que primero ardia
La pasion sola de los dos guerreros
En la general paz no entró aquel dia,
Sola esta causa en el silencio mudo
Del conforme placer caber no pudo.
Que de Grimaldo el valeroso hijo,
Cuya sangre hervir su pecho siente,
Vuelto contra el traidor Rangorio, dijo

(El César y su ejército presente):
«No hay término de tiempo tan prolijo,
Que los dias no le abrevien la corriente,
Ni venganza de un ánimo cobarde,
Que no sepa llegar por mas que tarde.
Yo me parto, Oliveros, á esperarte
A España, adonde vas, y adonde quiero
No seguir de las dos ninguna parte,
Hasta ponerte ante mis piés primero:
Y despues que rescate con matarte
Mi vida del dolor en que ahora muero,
Mi libre espada seguirá el partido
De quien mejor la hubiere merecido.»
Dijo, y dando la vuelta en brio gallardo
Suspenso dejó el campo belicoso,
Y en grave contoneo y paso tardo
Volvió á Navarra el pecho victorioso,
Donde el reto cumplió con el resguardo
A su pacto debido generoso,
No siguiendo en la una ni otra parte
De Francia ni de España el estandarte.
Hasta que en la batalla de la sierra,
Donde Leon humilló de Francia el brio,
A su aleve contrario en dura guerra
La palabra cumplió, y el desafío:
Y dejando el difunto cuerpo en tierra,
El rojo rastro de un sangriento rio,
Siguió del caro primo Durandarte
De una montaña por la inculta parte.
Donde al querido cuerpo desangrado
Por su mano arrancó del pecho abierto
El tierno corazon enamorado
Antes de vida que de amor desierto,
Que á su amada Belerma el primo amado
Restituir mandó despues de muerto,
Y él tras el riguroso sacrificio
De legado leal hizo el oficio.
En tanto el campo, tremolando al viento
Los victoriosos estandartes, llega
Del Pirineo al abrasado asiento,
Y al seno hermoso de una fértil vega,
Donde la nueva fama ciento á ciento
Las libres lenguas con fervor despliega,
Sembrando en cuanto España tiene vida
Del enojado campo la venida.
Crece su honor, y en lisonjero labio
Sus antiguas victorias engrandece,
Que piensa que es hacer al rico agravio,
Si el viento con sus cosas no ensordece:
Mas el augusto rey en pecho sabio
Todo lo mira, y todo le parece
De riesgos lleno, y por si alguno hubiere
Hacer reseña de sus campos quiere.
Mas mientras el pomposo alarde pasa,
Y el campo crece en aparato y gente,
Y de Gascuña á la campaña rasa
Marchando llega, y sus frescuras siente,
A los que en Libia el cancro ardiente abrasa,
Y el fiero brazo de un jayan valiente,
La portentosa novedad me obliga,
Que solo el vuelo de su espada siga.
Despues de las tragedias de Granada,
Que en otro tiempo contará mi pluma,
Ferraguto á la Libia fue abrasada,
Y allí surgió en herviente y blanca espuma;
Cuando Biserta vió de gente armada
En su seco arenal crecer la suma,
Y al ronco son de la española guerra,
Al crespo mar bajar la ardiente tierra.
Sulemán, que por muerte de Agramante
Del grave imperio el cetro real tenia,
Y en deseos de vengar su alma arrogante
Contra el pueblo francés de nuevo ardia:
Desde el Nilo sin fuente al mar de Atlante;
Y de la alta Etiopia á Bebería,
Al pié de su estandarte, en ira y celo
Lo mejor convocó del libio suelo.
Surgió el gallardo hijo de Lanfusa
Junto á Biserta al desbravar de un rio,
Donde entre un fresco mirto vió reclusa
La perseguida Angélica sin brio:
Triste, acosada, del rigor confusa,
Con que de un cruel planeta el desvario,
De un mal en otro mal la arroja y sigue,
Y en mar y en tierra la halla, y la persigue.
Y aunque de pena y miedo demudada,
El lugar nuevo, y la pasada ausencia,
Pudieran en el moro dar trocada
La dama en no pequeña diferencia;
Apenas vió de la beldad amada
El bulto alegre, y la imperial presencia,
Cuando en su alma aclaró la luz del fuego
Que en Francia se encendió, y le dejó ciego.
Y cual presto neblí al veloz señuelo
Con que la blanca garza le acodicia,
Los aciones dejó, y se arrojó al suelo
En cortesano término y caricia:
Quiso medrosa huir de su recelo,
Y el ya trocado moro la acaricia,
Dándose á conocer con larga historia,
Si en una ingrata puede haber memoria.
Contóle tanto al fin, que en brio lozano
Aire le dió de sus pasados gustos,
Y el tiempo alegre que por Francia en vano
Brazos la celebraron tan robustos:
Vió pasada la flor de aquel verano
Acabados sus gustos y disgustos,
Y otros que dieron ya con sus proezas
Asombro al mundo, y fama á sus bellezas.
Muerto el leal Sacripante, el rey Gradaso,
El soberbio Agrican, el fiel Rugero,
Y del hijo de Amon el fuego escaso,
En quien principio dió su amor primero,
Y el que en el rojo Oriente y pardo Ocaso
Su amparo fue, y galan mas verdadero,
El príncipe de Anglante ya en su acuerdo,
De loco vuelto, como de antes, cuerdo.
Todo esto á la mudable fantasía
La vista dió del conocido moro,
Y á la dulce memoria el primer dia
Que amor le abrió á las glorias de Medoro,
Cuando en su regalada compañía
Volvió al Oriente sus matices de oro:
Causóle soledad, y al largo tiro
De su discurso remató un suspiro.
Y vuelta al moro: «salvo, dice, sea
Mi honor contigo, oh capitan valiente,
Como en heróico amante, en quien se vea
Que en tu leal pecho amor no fue accidente:
Una honra te encomiendo, que desea
La hagas propia, y á mi patria y gente,
Deste país y la aspereza suya,
Cual promete tu fe, me restituya.»
Dijo, y al moro con su alegre vista,
Del renovado amor la antigua llama,
Olvidar le hizo á España, y su conquista,
Al rey Marsilio, y de su honor la fama:
Y sin que en darse dude, ni resista,
Todo se entrega á la extranjera dama,
Libre persona, y salva compañía,
Hasta los reinos donde nace el dia.
Y sin pensar de allí embarcarse luego
Quiere con la que reina en el Oriente,
Que es amante novel, y el dulce fuego,
Ni mas discurso ni razon consiente:
Es inviolable ley de amor un ruego,
El dejar la ocasion, lance imprudente,
Y el dilatar en vano su deseo,
Perder el gusto, y no gozar su empleo.
En esta nueva traza, ó loco antojo,

El ciego amante con su dama estaba,
Cuando de un cruel dragon con el despojo,
Sobre el diestro hombro la acerada clava,
Hecho un áspid de Libia pardo y rojo
Morgante al rio de un peñol bajaba,
Deslumbrando en su luz la vista al moro
Con las escamas y las grevas de oro.
En igual ademán al sabio hermano
De Europa bella, en hórrida serpiente
Al medio convertir el fértil llano
De Acaya vió la escama reluciente:
Y el jayan fiero en su victoria ufano,
Pasar quiere tambien la siesta ardiente
A la sombra del álamo, y al frio
Que el aire sube del profundo rio.
Llegó, y aunque de paz venia, al punto
Que los risueños ojos de la dama
En los suyos tocaron, y un trasunto
De beldad vió en los rayos de su llama,
Lleno de amor y zelos todo junto
En su bárbaro pecho gime y brama,
Que ahora por propiedad, ó por antojos,
Nadie libre quedó, si vió sus ojos.
Y vuelto al moro: «esta doncella, dijo,
Quiero yo para mí, y aquesto baste;»
Mas de Lanfusa el arrogante hijo,
Ya enfadado que el bárbaro contraste
Lo sea de su nuevo regocijo,
Y en guerra quiera y disension se gaste,
Del feo dragon en la luciente cresta
La espada á su demanda dió respuesta.
Sintió Morgante el golpe, y el estorbo
De conseguir su gusto, y con la clava
Del reforzado alfanje el filo corvo
Resiste y templa con violencia brava:
«Si yo, le dice, tu contento estorbo,
La culpa sea de amor, que mi alma agrava,
Que para mi no hay Dios, ni ley, ni justo,
Ni mas regla en el mundo, que mi gusto.»
Y con otra igual furia que su antojo,
Un golpe, y otro, y otro dobla y carga,
La ira crece y furor, crece el enojo,
Y al breve gusto la batalla larga:
De la encantada sierpe el fiel despojo
Ceñido hace el jayan segura adarga,
Y al moro antiguo en brega tan confusa
Los reforzados cercos de Lanfusa.
La perseguida Angélica, que el fuego
De la ardiente discordia vió encendido,
Y que entre un riesgo y otro su sosiego
De temor y esperanza está metido,
Sin aguardar el fin confuso y ciego
Que le dé la fortuna del vencido,
Por árboles y matas encubierta
Escondida se fue, y se entró en Biserta.
Las dos sierpes, que en saña y en figura
De la revuelta lucha y devaneo,
En nudo estrecho, y en lazada obscura,
Horrible hacen y nuevo caduceo,
Uno el alfanje mueve sin cordura,
Otro la clava en bárbaro rodeo,
Y ciegos de pasion los varios modos
Que saben de matar, los prueban todos.
El moro ardiendo en belicosa saña
Su gloria mira sin pensar perdida,
Tan altivo el jayan, y él tan sin maña,
Que aun no le ha dado la primer herida:
Y el fiero corzo, que á buscalle á España
De Cirno hizo la infeliz salida,
A conocerle allí, ninguna suerte
De encanto le escusara de la muerte.
Que á un fiero golpe de acerada maza,
Que al yelmo ardiente y al escudo fino
De lleno le acertó, á la verde plaza,
Cual duro roble destroncado vino:
Cayó, y no se detiene ni embaraza
En ver si es vivo ó muerto el sarracino,
Que cual leon libio entre una y otra palma
En busca va de quien le lleva el alma.
Y á vista de los muros de Biserta,
Tras las señas del rastro de su dama,
Furioso descubriendo iba la puerta,
Que en lengua suya de la Mar se llama;
Cuando de luto y de beldad cubierta,
Entre una divisó y entre otra rama,
En son de presa una mujer gallarda,
Con diez armados hombres en su guarda.
Sobre un morcillo palafren asoma
De tela de oro negra encubertado,
Y en otro igual una enlutada poma,
Funesta urna infeliz de oro nielado:
Y al verde pié de la pequeña loma
Con diez riñendo un caballero armado,
Que en el arnés, y en el escudo antigo,
Halló las señas del perdido amigo.
Era el persiano rey, que en seguimiento
De la misma hermosura que él venia;
Y la que en luto llora su contento,
Su muerta libertad, y su alegría,
La bella Arlaja, que el rigor del viento,
Y su desgracia, allí la arrojó un dia,
Y ahora á embarcarse al puerto de Biserta
Iba forzada, y de dolor cubierta.
Admiró el nuevo luto al rey persiano,
Y por librar á la afligida infanta,
Con su atrevida espada en medio el llano,
Unos rinde feroz, y otros espanta:
A este, al otro, y aquel hiere lozano,
Y á todos en braveza se adelanta,
Cuando en su ayuda entró el jayan valiente,
Cual por seco rastrojo rayo ardiente.
Salen en tropa á defender su intento
Los que de afuera en guarda de la dama
Antes eran notando el firme aliento
Del rey, fieles notarios de su fama:
Baja en rocío cruel humor sangriento
Del verde prado á la sedienta grama,
Pagando en muerte el de mayor ventaja
El tierno llanto y suspirar de Arlaja.
Y ella ya libre del poder tirano
En la ancha boca de una cueva obscura,
De un fresco mirto entre el verdor lozano
Escondida dejó su hermosura:
Con la urna de oro en la pesada mano,
Que por mayor martirio y mas segura
Consigo la llevó, donde enterrada
Quedó del miedo y pena desmayada.
En tanto los gallardos dos guerreros
Ningun honrado dejan con la vida,
Que solo el diestro huir sus golpes fieros
Tiene, y no otra defensa su herida:
Cuando uno que quedó de los postreros,
La honra en cobarde miedo convertida,
Determinó salvar con piés livianos
La vida, que no puede con las manos.
Mas el feroz jayan, que le es camino
Seguir al que le huye á poco trecho,
A un golpe que á traicion le dió, convino
Quedar una espantosa pasta hecho:
Y el rey persiano por el bosque á tino
En busca entró del afligido pecho
De Arlaja, que anegada en tierno llanto
En lo espeso la halló del mirto santo.
Volvió en su acuerdo la turbada mora,
Y en lagrimosos ojos, y voz nueva,
«¡Ay Dios! dijo ¿mi bien no estaba ahora
Conmigo junto en esta obscura cueva?
Mas ¡ay cruel hado! ¡suerte burladora!
¡Agüero triste, que á morir me lleva!
Ya veo que aquí, ó en otra gruta obscura,

Nuestro tálamo hará una sepultura.
Sola una alma nos dió, sola una vida,
Llena de amargo azar la infeliz suerte,
Si está en dos tristes cuerpos repartida,
Vuelva lo que apartó á juntar la muerte:
¡Oh rey valiente! sangre esclarecida
Del divino Agricán, y Ciro el fuerte,
Así en años y siglos no veloces
El alto fin de tus intentos goces,
Que por postrer favor, y último ruego,
Aquí me otorgue ese tu brazo altivo,
Que las frias cenizas de aquel fuego,
Que á mi alma dieron luz mientras fue vivo,
Y á esta urna triste puso un rigor ciego
Por sola culpa de mi hado esquivo,
En un sepulcro gocen de un reposo,
Pues no alcanzaron lecho mas dichoso.»
Dijo, y en la ansia, y la color difunta,
Una, y otra y mil veces se desmaya:
El generoso rey, que ya barrunta
El triste golpe que á morir la ensaya,
Entre un consuelo y otro le pregunta
De su amante el suceso, y quien les haya
Perturbado su bien; la bella Arlaja
Así en voz respondió turbada y baja.
«Luego que entre la furia de los vientos
Tu ausencia nos dejó, y el gran Bernardo,
Y por los dos confusos elementos
Haciendo fuimos al morir resguardo,
En diez dias, entre montes turbulentos
De un fiero cierzo el huracán bastardo
Nos arrojó en la playa de Biserta,
En triste estrella y punto descubierta.
En lugar de Agramante, que en batalla
Murió á los piés del senador romano,
Reina Sulmán, que de mi padre Abdalla
Sobrino es, hijo de Sulmán su hermano:
De mi tragedia aquí para cortalla
La triste hebra guió el hado inhumano,
Y la fortuna teatro doloroso
De su muerte trazó á mi caro esposo
De los peñascos que en la costa brava
Al mar rompen los ásperos espejos,
Nuestro bajel que en ellos se anegaba
Flores juzgó los gajos mal parejos:
Y el torpe vulgo, que en la playa andaba
Al robo atento, viéndonos de lejos,
Al despojo corrió en furor de guerra,
Bárbara usanza desta ingrata tierra.
Fue la asaltada nao en mil escesos
Saqueada de los fieros nasamones,
Y al rey mi esposo y yo traidos presos,
O por despojo, ó por preciosos dones:
Sulmán, que de los trágicos sucesos
Tenia ya de Valencia relaciones,
Y la muerte que al príncipe mi hermano,
Mas le dió mi desdicha, que otra mano;
Viéndome en su poder, la culpa mia
¡Ay cielos! en mi mal logrado esposo
Vengar quiso el cruel, porque hacia
En dos el fiero golpe mas vistoso:
Quemarle vivo en el siguiente dia
Mandó, y en un retrete tenebroso
Muerto le halló en la cárcel la sentencia,
Que el dolor le mató, ó mi triste ausencia.
Y el frio cuerpo, en la hoguera roja
Ya en cenizas estériles trocado,
A esta urna triste, y mi mortal congoja,
Por tormento mayor fue encomendado;
Y hoy en funestos hábitos me arroja
Su feliz reino al mio desdichado,
Porque el padre ofendido haga en mi vida
A su antojo venganza mas cumplida.
A esto, señor, esos soldados fieros
Que tu espada venció venian conmigo,
Y estos son de mis ansias los postreros
Lances que debo al tiempo mi enemigo:»
Así en roto gemir, males enteros
La triste Arlaja cuenta al persa amigo,
Cuando un asombro y maravilla nueva
Temblando el mirto se mostró en la cueva.
En la una mano una desnuda espada,
En la otra un claro y relumbrante escudo,
Pálido el rostro, la color turbada,
Gundémaro salió de armas desnudo;
Y viendo al persa con su Arlaja amada.
Suspendió el paso embelesado y mudo
De hallarla en tal lugar, y el luto triste
Que el cuerpo al parecer y el alma viste.
La mora que le vió, del lago Averno
A llamarla creyó que se volvia,
Y con intrépida alma, y amor tierno,
«Ya voy, mi bien, ya voy tras tí, decia:
Solo el no verte tengo por infierno,
Que este cielo será en tu compañía,
Y el muerto corazon en solo verte
Vida tendrá en los reinos de la muerte.»
Dijo, y con brio y ánimo arrojado,
Que el vivo fuego del amor la lleva,
Al brazo alegre de su esposo amado
Ciega se arroja en la profunda cueva:
Quedó el persa del caso embelesado,
El español con la esperiencia nueva
De hallarse en brazos de su dulce amiga,
Ni sabe qué se entienda, ni qué diga.
Mas cuando vueltos del primer espanto
En estado se ven tan diferente,
Y en la tragedia de su amargo llanto
La accion trocada en el placer presente,
Y que su error ha hecho el cielo santo
Bienes, hijos de un mal solo aparente,
Con nuevo amor, y alegres sentimientos,
El parabien se dan de sus contentos.
Y el rey persiano con la hermosa Arlaja,
Despues de haber á su leonés contado
Del grave riesgo la mortal baraja
En que el engaño puso su cuidado,
¿Cómo ahora la fortuna en tal ventaja
Sus favorables brazos ha trocado?
Alegre les pregunta, y ¿de qué suerte
Origen tuvo su fingida muerte?
Cuando del real alcázar, cuyos muros
Aun daban sombra al bosque comarcano,
Arma oyeron tocar, y con obscuros
Acentos engrosarse el aire vano:
No tienen ya los mirtos por seguros,
Ni el detenerse allí juzgan por sano:
El gallardo Guzman al caso incierto
Del fino arnés se armó de un hombre muerto.
Y amparándose mas con la espesura
De la ciudad se apartan sin provecho,
Miéntras la sombra de la noche obscura
Al mundo entolda su estrellado techo,
Buscando para el mar senda segura;
Mas la lóbrega selva, y bosque espeso,
Los briosos caballos les enfrena,
Y el cielo esconde, y de la mar la arena.
Ya el carro de oro señalaba al cielo
El medio curso de la noche muda,
Y en su quietud mayor el muerto suelo
Al dulce sueño con silencio ayuda;
Cuando entre riscos, breñas y recelo,
De una alta loma la cuchilla aguda
La mar les descubrió, y el ancho puerto,
De sorda grita y confusion cubierto.
Vieron por él en tristes luminarias
La pingüe brea arder de los navios,
Subiendo al cielo entre cometas varias
De su humo en vellon bultos sombrios;
Por la playa correr gentes contrarias,

Tejidas en confusos desvaríos,
Unos por huir del fuego á la agua fria,
Y otros por apagar el que ya ardia.
Los dos guerreros con la hermosa dama,
Validos del favor del aire obscuro,
A un capitan, que con su gente y fama
Hacer parece al mar campo seguro.
Del claro incendio, y la grasienta llama,
Que alegre hierve en el breado muro,
¿Quién la sembró? preguntan, y el pagano
Así en estilo respondió villano :
«¿Vosotros por ventura sois nacidos
De las incultas rocas desta sierra,
Que solos ignorais los nunca oidos
Destrozos desta estraña y nueva guerra?
¿O sois á dicha en compañía venidos,
Del que en la mar ardiendo y en la tierra,
A sus victorias y obras temerarias
Tan crueles deja y tristes luminarias?
Daos á prision : sepamos ¿á qué parte
Del mundo vais? ¿quién sois? ¿de qué naciones?
¿Y si en quitar acaso fuisteis parte
Hoy una infanta á treinta Nasamones?»
Dijo, y cuando el leonés, que hecho un Marte,
Como español escucha sus razones,
Como español tambien en la respuesta,
Mas que la lengua, fue la espada presta.
La mano que le fue á tomar la rienda,
Para della prendelle, le echó al suelo.
Y en fiero asalto, y lóbrega contienda,
A unos heridas da, y á otros recelo :
La ciega noche una batalla horrenda
Del nuevo hizo y mal fundado celo,
Y el daño hecho en la cobarde gente,
De mayores recelos el presente.
Los dos por no perder la bella Arlaja,
En defenderla, y defenderse atentos,
A unas rocas que el mar de espuma cuaja
Cuando le alteran con soplar los vientos,
A espacio se retiran con ventaja,
Y del áspero risco en los asientos,
Por donde el mar sus ásperas alcobas
De marisco le viste, y verdes ovas.
Un barco vieron suelto, y que la gente
Que en él ha de ir se embarca con recato,
Al tiempo que la aurora en el Oriente
Labraba en oro el dia su retrato :
Zarpaban ya del ancla el corbo diente
Por hacerse á la mar, cuando el rebato
Sobre ellos arrojó á los guerreros,
Menos seguidos ya, y con menos fieros.
Gundémaro que halló el batel á punto,
Por medio el crespo mar metió el caballo,
Hasta llegar de su baupré tan junto.
Que á su satisfaccion pudo abordallo :
Cuando en la popa vió el bello trasunto
De Zoraida y su amigo, y fué á abrazallo
Quitado el yelmo, y dellos conocido,
El dudoso placer salió cumplido.
Supo allí el rey que Angélica la bella
Huyendo va en ligera fusta á España
De un jayan espantoso, que por ella
Mortandad en Biserta ha hecho estraña,
Donde al persa feroz para ir á vella
Con esperanza nueva amor le engaña,
Y ya en un barco todos, y un intento,
Las anchas velas dan al fresco viento.
Preguntó el rey al noble Floridano
De la huida de Angélica el motivo,
¿Quién el bulto persigue soberano?
O ¿por qué culpas se le muestra esquivo?
«No es, dijo, el español pecho inhumano
Arma arrogante, ó gusto vengativo,
Quien la sigue es amor; la dulce guerra
Que hacen sus ojos la echan de la tierra.
¿Quién la sangrienta trápala y ruido
Que ayer por su ocasion se vió en Biserta
Contar cual fue sabrá? ó ¿cuál ha sido
Del grave daño la ocasion mas cierta?
Despues que presa en el jardin florido
De Alcina fue en su ínsula encubierta
La Angélica beldad, y ante tus ojos
De un corsario feliz ricos despojos,
Y despues que en la mar la noche obscura
Su vista nos quitó, y ofuscó el tino,
Y al perderse la luz de su hermosura
La bonanza perdimos, y el camino,
Llevados de una en otra desventura
No vimos mas su bulto peregrino,
Hasta que ayer tras su fortuna incierta
Huyendo de un gigante entró en Biserta;
Y de allí en un bajel, que en aquel punto
A la vela salia, voló á España,
Cuando el jayan llegó, que era un trasunto
Del ciego infierno en la braveza y saña:
Como toro feroz á un pueblo junto
En barreado coso, ó en campaña,
Solo arremete, y solo hace calle,
Puebla barreras, y despuebla el valle.
Así, él siguiendo de la bella dama
El fresco rastro, entró en el pueblo moro
De una serpiente armado, cuya escama
De una en otra se engaza en nudos de oro :
El turbio Egeo cuando en torno brama
De Aulide al risco con hervir sonoro,
Ni en braveza se muestra tal, ni tanta,
Ni mas á quien su furia mira espanta.
De horrible vista, de cabello yerto,
De secos labios, de sangrientos ojos,
De negro polvo y de sudor cubierto,
En ronco aliento, respirando enojos,
Cansado el cuerpo del camino incierto,
Mas no el alma feroz de sus antojos,
Que al fin sabroso, donde ufano mira,
Con mil rayos de honor y amor respira;
Y como no halla á quien siguiendo viene,
Bramando pide á voces la doncella,
¿Quién, cuándo, cómo, adónde está, y la tiene
En guarda oculta, ó sabe nuevas della?
Ni aquí ni allí se pára ni detiene,
Que rabioso por vella, y por no vella,
La ardiente clava con furor violento
Uno y otro abaraja, treinta y ciento.
En la plaza á la tropa de la gente,
Que quiso por su mal tomarle el paso,
Vuelto en el talle y el furor serpiente
Destrozo hizo horrible, y cruel fracaso :
Armas, huesos y carne, pecho y frente,
Aplasta, muele, amasa, y no da paso
Que alguna vida mísera no cueste,
Matando al uno, al otro, aquel y á este.
A Cardel, de la reina Zaida hermano,
En el herir y en el tañer maestro,
Con un golpe mató, y de otro á Uliano,
En jugar y en hacer caballos diestro :
Y entre un confuso vulgo, el brazo insano,
A un cabo y otro, á diestro y á siniestro,
Espantosas heridas da y revuelve,
Y mil por una que recibe vuelve.
Cual de Hircania en las ásperas montañas,
Tigre de pecho, y lomo remendado,
De dulce sangre hambriento entre espadañas
La vista asombra del vecino prado :
Huye en tropel confuso á las cabañas
El fiel pastor, y el tímido ganado,
Y él harto de matar, ardiendo en zelo,
De sus sangrientas garras lame el pelo.
Así el jayan la tímida manada
De humildes moros por delante lleva,
La plaza y la ciudad alborotada,

En quien los golpes de su clava ceba:
Acomete la real puerta dorada
Del alcázar, adonde en furia nueva
Haciendo entra en sus guardas y porteros
Espantoso destrozo, y golpes fieros.
Tocan arma en las torres, y el rebato
Suena por la ciudad con ronco estruendo:
Corre la gente en tropa, y con recato
Unos aquí y allí, todos huyendo:
En vista y hechos un cruel retrato
De la furia mayor, dando y sufriendo
Mortales golpes, la mejor adarga
Hace á los suyos el que mas se alarga.
No en barreado coso toro altivo,
Que nunca al corvo yugo ató la frente,
Con mas furor se arroja al curso vivo,
Con que dél huye la plebeya gente;
Ni del confuso vulgo fugitivo
De mas tiros, ni en priesa mas ardiente
Le acosan y le pican, que en mil modos
Desde afuera al jayan combaten todos.
Cien espadas le hieren, y otros tantos
Tiros repara en el valiente escudo;
Y él, sin dar paso atrás, rompe por cuantos
Barreras le hacen con su acero agudo:
Lleno el alcázar real de muerte y llantos,
Y el fiero monstruo, de piedad desnudo,
Cruel, cuando le falta gente, enclava
Por cimbrias de oro la espantosa clava.
Del duro mármol las colunas bellas,
Con sus grabados techos de oro abiertos,
Que en ricos cuadros gozan por estrellas
Retratos vivos de sus reyes muertos,
Destroza, rompe y da, y entre ellos y ellas
Caen, de su antigua magestad cubiertos
Blasones, que del tiempo en la cruel llama
Ya fueron salamandras de la fama.
Con las torres enteras caen los muros
A sus soberbios piés, y en rabias ciego
Por no hallar á quien busca, en los obscuros
Desvanes siembra del alcázar fuego:
Arde el cedro oloroso, arden los duros
Cuadros de alerce, y al furioso entrego
De la llama, molduras y artesones
Caen en blanca ceniza hechos carbones.
Creció el viento, y el fuego á las estrellas
En resonantes globos se encarama,
Escupiendo al subir vivas centellas,
Que de nuevo al caer crece la llama:
Arden las altas bóvedas, y dellas,
El aire, el fuego á la ciudad derrama,
Abrasando sus rojos torbellinos
Del alcázar real los mas vecinos.
Entre esta horrible confusion, huyendo
El cruel aspecto del feroz gigante,
El dia fué su luz desvaneciendo,
Dando la del incendio por bastante:
Y él al mismo teson que entró saliendo
De la ciudad al mar llegó triunfante,
Donde fuego tambien sembró en la flota,
Y tomó para España la derrota.
Puédese presumir que tuvo nueva
De Angélica, y que va en su seguimiento,
O que algun superior furor le lleva,
Tras un desesperado fin violento:».
Así el noble español el gusto ceba
De los que en atencion gozan su cuento,
Aunque al rey el recelo, y la sospecha,
Mas las cadenas de su amor estrecha.
Y prosiguiendo el noble Floridano,
A Gundémaro pide alegre cuenta
De su prision, y ¿cuándo del tirano
Libre salió con su aficion contenta?
¿Cómo, y por qué le hicieron muerto en vano?
A quien él viendo que su Arlaja atenta,
Y el rey lo mismo pide en regocijo,
Así satisfaciendo á todos dijo.

ALEGORIA.

El sueño espantoso de Carlo Magno, significa las soberanas inspiraciones con que el cielo procura siempre regir y gobernar el apetito humano. En la discordia del campo francés, se muestan los grandes inconvenientes que trae contigo el haber en una república bandos y parcialidades, y como este es el mas eficaz desman para su destruicion y ruina; y tan poderoso, que si del cielo no viene llovido su remedio, ninguno hay en el mundo que se le pueda dar. Por Ferraguto, que estando para gozar de Angélica, y seguirla, haciéndole compañía hasta su reino, Morgante se lo estorba, dejándole de un golpe sin sentido, significa, que el apetito, estando dispuesto á seguir la virtud, aficionado de su hermosura, á la corriente del rio, que es la vida humana, Morgante, que es la voluntad, armada de las armas de la tierra, le desvia de aquel propósito, y deja sin virtud y fuerzas para él; y tras de su desenfrenado antojo pasa haciendo grandes destrozos y desórdenes, sin gobernarse en ninguna cosa por la razon, á quien del primer golpe dejó muerta. Orimandro, que halla á Arlaja en un gran desconsuelo, y la libra dél, significa, que con la luz y favor del entendimiento todas las cosas se componen, y las desgracias se consuelan.

LIBRO VIGÉSIMOTERCIO.

ARGUMENTO. Cuenta Gundémaro el estraño suceso, por donde se libró de la prision de Sulmán, rey de Biserta: el artificioso orígen de la ciudad de Granada, y conversion de Estordian en gusano de seda, y Doralice en fuente; y el aparato y gente de guerra que en Africa se apresta contra España, y la gallarda reseña del campo de Francia.

«Es el amor omnipotente y santo,
El leonés prosiguió, en obras divino,
Que en fiestas suele convertir el llanto,
Y de fortuna atar el desatino;
Pues este que en mis causas pudo tanto,
Tambien en esta pudo abrir camino
Al bien presente, aunque por varios modos
De sangre y de dolor sembrados todos.
La reina Zaida, de Sulmán esposa,
Por sangre igual, ó favorable signo,
De una fuerza rendida poderosa
A mi rostro volvió el suyo benigno:
De mis desdichas, y de mí piadosa,
El del rey tuvo por castigo indigno
De los yerros de amor, y con su gusto
En vano salió el real decreto injusto.
Dió el bárbaro en mi causa cruel sentencia
Por el robo y la muerte desgraciada
De mi Arlaja, y su hermano, que en Valencia
Mas le mató su culpa, que mi espada:
Que sea quemado vivo en su presencia,
Y Arlaja en pompa fúnebre llevada,
Con mis frias cenizas en la mano,
Por mas tormento al reino valenciano.
La reina, á quien amor el blando pecho,
O con mi vista, ó mi inocencia pudo
Darlo de compasion humana hecho
Al riesgo de mi vida un noble escudo;
O por hallar los ruegos sin provecho
Con el tirano de piedad desnudo,
O por hacerse dueño por tal via
Del gusto que en el mio pretendia;
De mi obscura prision fue poderosa
A darme libertad, hecho un contrato
Con el alcaide, y una temerosa
Y no oida invencion por mas recato:
Un moro, que en la edad poco dichosa
Era, y en talle y cuerpo mi retrato,
Dieron en mi lugar á la cadena,

De mas agravios que eslabones llena.
Y luego que en la mísera garganta
Sus vueltas enredó el estrecho nudo,
A un duro lazo diron fuerza tanta,
Que le dejó el espíritu desnudo;
Y en una fiera crueldad que espanta
Muerto y desfigurado el rostro pudo
Fingir que yo era el muerto, el que el engaño
En mi provecho hizo, y en su daño.
Creyó la estragema el rey tirano,
Y la reina en prision mas amorosa
Algunos dias me entretuvo en vano,
Tras la esperanza de una fe engañosa,
Haciendo los favores de su mano
La triste cárcel menos rigurosa,
Que cárcel era, y en prision vivia,
Quien libertad y gusto no tenia.
En una torre altísima, que vuela
Sobre los muros de un jardin florido,
Que hace al vecino bosque centinela,
Y lo mejor descubre de su ejido,
Con cuidoso recato y fiel cautela,
De la piadosa reina entretenido,
Secreto estuve, y libre del tirano,
Que hizo el muerto volver ceniza en vano.
De la torre al jardin se descendia
Por un secreto paso, en cuyas flores
El amor con sus plumas me escribia
De mi querida esposa los primores:
La reina Zaida aquí tambien venia
A verme, y en su amor, y sus favores,
Con mas recelos iba, y con mas tiento,
Cuanto menos sabia de su intento.
Hasta que su alma al fin quitó el rebozo,
Y haciendo en los regalos diferencia,
Que era en ella mostró de verme el gozo
Ardiente amor, y no benevolencia:
Pidió el retorno en mí de su alborozo,
Y el gusto, que no estaba en su presencia,
Quedó en nuevo cuidado, y por mil vias
Desvelando á su antojo las porfias.
Prometió darme el reino de Biserta,
Y á su esposo matar por gusto mio,
Como en Tripol Geber es cosa cierta
Ser rey por semejante desvario:
Mostróme la campaña y mar cubierta
De armada y fiera gente á su albedrio,
Y en belicoso alarde en mi presencia
De su bárbaro imperio la potencia.
Después del campo haré un breve retrato,
Y del primor con que su alarde hizo,
Y adonde apunta el bélico aparato
De aquel soberbio ejército mestizo:
Cuando diga en qué modo, y cuan barato
La fortuna estas máquinas deshizo,
Cuando yo en laberinto tan obscuro,
Ni puerta podia hallar, ni hilo seguro.
Del real jardin entre una selva inculta,
Del ancho muro en el cimiento grueso,
Una espantosa cueva tiene oculta,
Perdida boca en aquel bosque espeso,
Donde á gozar del fresco, que sepulta
En aquella florida cárcel preso,
Mil ratos me entretuve retirado
En su alegre frescura, y mi cuidado.
Aquí entre verde grama y nuevas flores
Un dia el dulce sueño en tierno nudo
Mis sentados ligó, y de sus colores
Un gran tesoro me mostró desnudo:
De rubias masas de oro los mejores
Rayos de alegre luz, con que ya pudo
El deseo cautivar, que dió despierto
Tristes suspiros por el sueño incierto.
Pareció que en los senos de la cueva
Donde durmiendo estaba le tenia,
Y á gozar dél con gusto y fiesta nueva
Mi dulce esposa tras de mí venia:
Mas ya despierto, viendo que se lleva
Morfeo entre sus alas mi alegria,
Triste quedé, que en sueño de tal suerte
Ventura es que el dormido no despierte.
Pasóse este accidente, olvidé el sueño
En otros pensamientos divertido;
Mas siempre del tesoro un dulce empeño
De memoria alegraba mi sentido:
Siempre que via de la cueva el ceño,
Que estaba allí me parecia escondido,
Aquello mismo que el pincel liviano
En el alma escribió con débil mano.
Hasta que al fin ayer libre y ocioso,
No sé de quién, ni cuál furor llevado,
A buscar el tesoro portentoso
Por la cueva me entré tras mi cuidado,
Y de uno en otro paso temeroso,
De la fortuna y del amor guiado,
A otro mundo llegué, y en otro mundo
El bien hallé que gozo sin segundo.»
Así el leonés decia, y al persiano,
Que con graves cuidados examina,
Del ejército bárbaro africano,
El fin que apunta, el blanco á que camina,
Y qué gente hay en él, el cortesano
Gundémaro, con lengua y voz divina;
Así le da razon, y así trasunta
Del grave alarde la soberbia junta.
«A instancia de Marsilio, que en España
Tiene la silla real de Zaragoza,
Llena de armadas gentes la campaña,
De Bisertà sus muros alboroza:
Teme al francés, sospecha que le engaña
En la jornada que hace, y que no goza
Seguridad su reino, si el de Asturias
Las suyas junta á las francesas furias.
Contra esto se previene, y con Abdalla
Y Sulmán hecha liga por Valencia,
Meter quieren su gente, y reforzalla,
Tal que en Francia no halle resistencia:
Reprimir al francés, y dar batalla
A la Navarra, y la leonés potencia,
Y sacudir de Córdoba con ello
El duro yugo de su altivo cuello.
Y á todo esto de nuevo se ha juntado
La sucesion del reino granadino,
Por un grave rigor de adverso hado,
Que es de dejarlo en el silencio indino:
Viene á Sulmán el rico principado
De la ciudad, que en curso cristalino
El Darro abraza, si es cual dicen cierto
Por espantoso modo su rey muerto.
Suceso es raro, bien que sin recelo
Por verdadero corre en Berbería:
Divinas obras, que el piadoso cielo
Al mundo de su eterno brazo envia:
O sea, ó no sea así verdad, dirélo
Por las mismas palabras con que un dia
Zayda me lo contó, y á ella prudente
Galirtos, que lo vió, y se halló presente.
Galirtos, rey de Alora, que pretende
Serlo tambien del campo granadino,
Y de la árabe sangre real desciende,
Que á Sulmán á pedirle ayuda vino,
Por verdad este así dicen que vende
De Estordian el suceso peregrino,
Así su muerte cuenta, y deste modo
El origen tambien del reino todo.
Por festejar al bravo Ferraguto,
Que á Doralice libertado habia
De la infame prision de un jayan bruto,
Granada en fiestas de placer se ardia:
Alegre el rey, la infanta ya sin luto,

Del muerto Mandricardo, cuando un dia...
¡Oh humanas vueltas! ¿quién la inmortal rueda
De los hados hará constante y queda?
A hacer de su riqueza y reino alarde,
Y dar al de Aragon su amada infanta,
De la Albambra con él bajó una tarde
De un real jardin á la florida planta;
Y por donde mas fresco, y menos arde
El sol, y mas Generalife espanta,
A gozar fueron de las flores y aves,
Suave olor, y músicas suaves.
Cuando por arrayanes y laureles
De un moral descendieron á la sombra,
Donde de rosas hecha y de claveles
El suelo les prestó una fresca alfombra,
Que en blanda murta, y blancos mirabeles,
Entretegida su belleza asombra,
Convidando á quedarse por un rato
Al gusto de aquel cielo, ó su retrato.
Y en agradable suspension metidos,
Al ruido de una fuente que murmura
De los arpados cantos no aprendidos,
Que las aves le dan á su hermosura:
Grande rumor se oyó, grandes ruidos,
De cajas, grita y voces, que en la altura
Y techos de oro del palacio suena,
Retumba el bosque, y el jardin atruena.
Y entre el ronco atambor, y sorda grita,
Que en bárbaros sonoros instrumentos
Por la ciudad en música esquisita
Acordes dan y consónos acentos:
Así la confusion ataja y quita
Su melodía á los parleros vientos,
Que es cuanto suena en rudo desconcierto
De un tupido rumor estruendo incierto.
Como tal vez debajo el polo helado,
El Ismaro soberbio y belicoso,
Atruena en sus banquetes ocupado
Los collados del Rodope espantoso;
Y entero un jabalí mal sazonado,
Medio crudo, sangriento, y asqueroso,
Brutalmente en las manos despedaza,
Y tras él colma la espumante taza:
Crecen los humos del calor de Baco,
Vuélvese horrible confusion la cena,
Ruedan las tazas, y en el monte opaco
El confuso ruido de armas suena,
Los finos petos del fornido Yaco,
Y la selva de grita y voces llena,
Los ecos quiebran por las duras peñas,
De su imprudente horror bastantes señas:
Así por la ciudad el son confuso
Se dice que sonó agradablemente:
Ferraguto ignorante de aquel uso
La causa preguntó, y el rey prudente,
A quien en triste suspension le puso
El ruido alegre que formó la gente,
Que aunque fue en otros gustos de alegría,
En el suyo causó melancolía;
Así tras un suspiro el rostro vuelto
Al bravo Ferragut dicen que dijo:
«No hay bien que en mil azares no esté envuelto,
Ni mal que en el durar no sea prolijo:
Mil penas en el alma me ha revuelto
Desta música el breve regocijo,
Que siempre la memoria del contento
Es triste soledad al pensamiento.
Ya un tiempo fue, que aunque en menor fortuna
Gocé mi reino, la quisiera ahora,
Que los gustos son olas de una en una,
Y el pasado placer el que se llora:
Oye, oh valiente, si de parte alguna
Puedes saber lo que tu gusto ignora,
Es de mi solo, estáme pues atento
A cuenta del deleite de mi cuento.
Sabrás mi antiguo orígen, y la causa
De los alborotados instrumentos
Con que este noble y rico pueblo aplausa
Ciertos huéspedes suyos mal contentos:
Hará mi gusto por el tuyo pausa,
Y los infaustos sin piedad portentos,
Con su larga espantosa pesadumbre,
La ocasion te dirán desta costumbre.
Contarte he los principios de mi casa,
Y desta gran ciudad que ves presente,
Los caminos por donde tan sin tasa
En nobleza creció y valor de gente:
Quien me trajo á estos riscos, en que pasa
El cristal sobre el oro reluciente,
Cuento es notorio el mundo su testigo:
Oye que así pasó como lo digo.
En la parte que de Africa se inclina
A ver del mar Océano el semblante,
Y de desnudas rocas la marina
Llana le ofrece á su furor delante,
De yertos riscos y árboles se inclina
Sobre los otros montes el de Atlante,
Como coluna altísima, que el vuelo
Sustenta de las bóvedas del cielo.
No se solia empinar tan alto el risco,
Mientras que Atlante fue en aquella costa
Rey del mudable pueblo berberisco,
De tostado arenal y playa angosta:
Mas cuando vió del fiero basilisco
La górgona cabeza hecha aposta
Para criar montañas en la tierra,
Cual hoy está quedó mudado en sierra.
Antes sobre los pinos desta cumbre
Solia subirse á sustentar el cielo,
Y cargando en los hombros la techumbre,
De estrellas aliviar su curso y vuelo,
Donde Hércules la inmensa pesadumbre
Sufriendo hizo tal vez gemir al suelo:
Aquí vuelto Atlas peña eternamente
Sus orbes fija en la nevada frente.
Perseo, que es del sagaz Mercurio hermano,
Despues que hubo cortado la cabeza
A Medusa, trayéndola en la mano
Deste gran rey llegó á una fortaleza:
Recibióle con término villano,
Medroso que al jardin de su riqueza
Hambriento despojase, y del tesoro
El rico árbol que da manzanas de oro.
Por tan vil presuncion hecho peñasco
Perseo le dejó, y el rico huerto,
De un fuerte muro y diamantino casco
Cercado en torno, y de cristal cubierto,
Y allí un rojo dragon, que el gran carrasco,
De las ricas granadas de oro enjerto,
Con vigilancia eterna guarde y cele,
Y sin dormir jamás sus puertas vele.
Y consagrado el dios que nació en Creta,
De allí quedó el jardin florido de oro,
Con tal virtud y propiedad secreta,
Que no sea el reino mas que su tesoro:
En él toda su dicha esté perfeta,
Su magestad consista en el decoro
Que á su sagrado muro se guardare,
Hasta allí llegue, y en parando pare.
Guardóse por mil siglos inviolable
La fiel clausura del jardin sagrado,
Hasta llegar la vuelta inevitable
De los precisos términos del hado,
Y del monstruoso pueblo variable,
De honor el cetro real vino cargado
A Ormindas, que fue ilustre padre mio,
Y alma y reino perdió en un desvarío.
De la bella Zegrilda, á quien el cielo
Igual con la crueldad dió la hermosura,
En los ojos amor labró un anzuelo



Por tropezon del mundo, y su cordura:
Mi padre á su vejez vio este señuelo,
Y el fuego, aunque la yesca no es de dura;
En el seco vellon cunde sin tasa,
Y toda una centella la traspasa.
  Dió él en amor, y en desamores ella,
Ella en aborrecer, y él en amalla,
Mil trazas inventó para vencella,
Y ella para no entrar en su batalla:
Mientras se rinde mas, mas le atropella,
Por demás es correr para alcanzalla,
Que el desamor los llanos vuelve sierra,
Y en gustos encontrados todo es guerra.
  De un moro vil, aunque de tierno bozo,
Preso su pecho fiel tenia la dama,
Sintió el amante viejo el gusto mozo,
Mas ¿qué no alcanzará á saber quien ama?
Lloró celoso el ver que de su gozo
Dueño sea quien de humilde el suyo infama,
Y que ande en competencia, y desamado
Un rey, con quien no alcanza á ser criado.
  Determinó quitarle con la vida
Al nuevo Adonis el honor de sello,
Mas quien granjea el amor por homicida,
Ciego y lejos está de merecello:
Quedó la dama tierna y ofendida,
Muerto sin ocasion su amante bello,
Aborrecido el rey, y el reino estrecho
De asombros lleno en tan horrible hecho.
  Mas ya del todo el apetito ciego,
Intentar quiere, ó á querer se esfuerza,
Que á apagar ó encender su torpe fuego,
Pues no pudo el amor, pueda la fuerza:
Vióse la dama muerta desde luego,
Que aunque no hay quien al alma haga fuerza,
Y el rey aun para el cuerpo no la tiene:
Mirar por él y por su honor conviene.
  Y en este noble pensamiento puesta,
Al rey que ardiendo ve en amor le pide;
Que pues ya en darle está su honor dispuesta,
Y el suyo con su ardiente gusto mide,
En honra dél una merced honesta
Le haga, que su antiguo enojo olvide,
Y la goce sin él, con tal que sea
En el rico lugar que ella desea.
  El ciego amante, que tuviera á gusto
Y á dicha darle un largo reino entero,
Como lo manda olvida su disgusto,
Y en semblante de amor trueca el severo:
Y el don al parecer templado y justo
Le otorga, y ella en rostro lisonjero
Tornando alegre con caricia amiga,
Así de nuevo á que lo cumpla obliga.
  «Señor, dijo, yo siento que á mi pecho
El amor de aquel moro tu enemigo,
Con encantos le hizo tan estrecho

Un mago astuto que trató conmigo:
Contra esto hay cierta yerba de provecho
En este real jardin, que cual lo digo
El sabio me lo dijo, y que es bastante
A hacer aborrecer cualquier amante.
Haz por mí, porque yo por tí me esfuerce
A olvidar lo que ya olvidar querria,
Que en él, al tiempo que su paso tuerce
De la noche huyendo el blanco dia,
Los dos estremos, para que él refuerce
En nuestro amor con su virtud la mia,
Y me haga que sola de tu gloria
Quede, y no de otro rastro en mi memoria.
Y aunque la tierna raiz con que Medea
Al padre de Jason volvió mancebo,
A este jardin alegre hermosea,
Y le sustenta eternamente nuevo,
Con ella yo tambien haré se vea
Tu blanca barba como el rojo Febo,
Si es de creer que su virtud conserva,
Y el mundo aun goza tan preciosa yerba.
Darnos ha el árbol de su alegre fruta,
Por tantos siglos antes no tocada,
Y la de mi honra entre la yerba enjuta
Del ramo de oro gozarás doblada:
No es este antojo peticion tan bruta,
Que no me haya de ser por tí otorgada,
Esto has de hacer por mí, señor, si quieres
Mis regalos gozar, y sús placeres.
Mas si gracia me niegas tan menuda,
Tendré este que amor llamas por antojo:
Da á lo que pido un sí, no estés en duda,
Que me es verte dudar notable enojo:»
Dijo, y todo el semblante alegre muda
En triste ceño, en blanco el color rojo,
Con el confuso miedo, ó con la pena
De la injusta merced de engaños llena.
De Zegrilda la gracia peregrina
Al rey bastara, sin llegarle el cebo
De la rejuvenil virtud divina,
Que hacer sabe de un viejo un hombre nuevo:
Darle el jardin abierto determina,
Y en él buscar el inmortal renuevo,
Que á un bien tan raro, y gusto de tal modo;
No es mucho precio aventurarlo todo.
Son la vida y amor de los trofeos
Humanos las deidades mas pujantes,
Ante quien quedan los demás deseos
En su comparacion por no importantes:
¿Que mucho que ahora hagan devaneos,
Si arrastra cualquier dellos los gigantes,
Y un viejo amante para un gusto nuevo
Desee volver, si puede, á ser mancebo?
Determinó, pues se halla enamorado,
Hacer obras de tal, y darle gusto
A la que el suyo ha puesto en tal estado,
Ahora sea justo, ahora injusto:
Del oculto sagrario reservado
Libre sacó con ánimo robusto
Las llaves, cuyo peso soberano
Jamás antes cargó otra mortal mano.
Y porque el hurto al mundo sea invisible
Entre el mudo silencio y sombra obscura,
Los dos amantes al umbral horrible
Llegan, que habia de ser su sepultura:
El muro del jardin tembló inmovible,
Y al resonar la hueca cerradura
De las puertas de bronce en pavor llenas,
De sus torres llovieron mil almenas.
El lustroso dragon, que puesto en vela
Al árbol de oro inmenso tiempo habia,
Que sin ver sueño estuvo en centinela,
Ya en sabroso sosiego y paz dormia,
Cuando al sordo rumor despierto vuela
Con negras alas por la abierta via,
Que al ciego amante la engañosa dama
A la venganza guia de su fama.
Y en los dos estrenando su veneno,
Ambos á un tiempo los dejó sin vida,
Y por el pueblo, ya de asombros lleno,
Espantosa hace y ciega arremetida:
Huyó del viejo Atlante al fértil seno,
Donde su furia en llamas encendida,
Así lo alto encendió de la montaña,
Que de sombra su humo cubrió á España.
Madrugó él sol por ver el ciego estrago
Que la desencantada sierpe hizo,
Y en el rey muerto el merecido pago
Que la dama le dió, y su amor postizo:
Al jardin se cayó el muro aciago,
Y el novelero vulgo antojadizo
El oro saqueó, y el rico huerto
El mismo dia quedar se vió desierto.
Mas aquel Dios que en él por su decoro
Claustro secreto á su deidad tenia,
Los robos castigó, y cobró el tesoro
Con tristes muertes que en crueldad llovia:
Nadie sin religion tocó en el oro
Que á la planta inmortal de luz vestia,
Que aunque al templo la culpa restituya,
No pague en infeliz morir la suya.
Hallóse la ciudad de muertos llena,
De horribles sombras y temor los vivos,
El reino despoblado, y yo en la pena
Que podian darme males tan esquivos;
Cuando un sabio alfaquí, en noche serena
Contando al duro cielo los motivos
De sus doradas vueltas, leyó en ellas
El fin á que nos llaman las estrellas.
Y «huye, me dijo, de la tierra odiosa,
Que ya aquí el hado el reino y paz te niega;
Y en procurar ciudad mas venturosa
Al viento manso y á la mar te entrega;
Y de esa fruta de oro prodigiosa
Con una busca la espaciosa vega
Del rio, que buscando arenas de oro
Con el suyo igualare á tu tesoro.
Allí al abrir el sol sus rayos bellos
Sin arar la pondrás en su remanso,
Y hasta que peines nieve por cabellos
Deste azote el rigor hallarás manso:
Allí tendrás alcázares, y en ellos
Reino seguro y próspero descanso,
Sin que la pena y el castigo lleves
Desta culpa común, si alguno debes.»
Dijo, y con la dudosa profecía
Habla y alma huyó del cuerpo muerto,
Y yo entre tantos miedos otro dia
Con mis gentes bajé al vecino puerto:
Junto á la playa un bosque espeso habia,
De grama todo y de arrayan cubierto,
Adonde con humildes sacrificios
Los dioses intenté de hacer propicios.
Sentados de la selva en lo mas llano
Siete lucidas vi abultadas peñas,
Y en la mayor de todas de mi mano
Hacer quise un altar entre las breñas:
De una pesada almádana lozano
El peso alcé, y á las primeras señas
De querer hacer golpe el pardo risco,
Temblando comenzó á mostrarse arisco.
Y una voz, que aun ahora en los cabellos
Su horror siento, sonó, que así me dijo:
«Deja de herir los montes, á mí en ellos,
Oh tú, del ciego Orminda incauto hijo:
Deja el inútil campo, que á los bellos
Del claro Darro harás curso prolijo,
Y en los tiernos cristales de su orilla,
De hermosura la octava maravilla.
En estas siete peñas convertidas

Dejó del fiero Górgon la cabeza,
De Atlas las siete nietas conocidas
Entre los astros con mayor belleza:
Estas sus carnes son endurecidas,
Huye de hacer agravio á su entereza,
Que esta tierra de hoy mas á tus intentos
Llena de horror está, toda es portentos.»
Dijo, y como arrojado con las manos
Del riguroso hado el puerto dejo,
Y con mis temerosos africanos
En cuatro naves por el mar me alejo,
Por donde entre arrecifes y pantanos,
Siguiendo de los cielos el consejo,
Llegué á Motril, y allí en su tierra, como
Por favorable agüero el puerto tomo.
Y en escuadron formado con mi gente
Del lugar en que estoy me certifico,
Y ciudad á mi pueblo permanente
De argamasados muros fortifico:
Un año estuve allí, que el inclemente
Rigor del hado, en desventuras rico,
Su crueldad templó, y en trato amigo
La ira disimuló, y cubrió el castigo.
Mas dió principio á destemplarse el cielo,
Arder el aire, y á humear la tierra,
Y en mortal peste el enemigo suelo
Manchó cuanto el humilde pueblo encierra:
Yo, que en nuevos cuidados me desvelo,
En triste estaba y congojosa guerra,
Cuando una sombra, envuelta en sueño vano,
Así en tono me dijo soberano:
«Las nieves rompe, y deste suelo ardiente
En otro mas templado harán sus nidos,
Los que á gozar bajaren de tu gente
Del Genil claro páramos floridos:
Allí el oro, que el árbol escelente
Granó, te dará alcázares floridos,
Y la fruta feliz, de hombres preñada,
Parirla sentirás gente granada.»
Dijo, y yo temeroso los portentos
Adoro, y con su luz me determino,
Y por las sierras pasos abro atentos,
Y entre la blanca nieve ancho camino:
Subo á la cumbre, doblo sus asientos,
Llego al fin á este arroyo cristalino,
Y haciendo adoracion debida al cielo,
La tierra abrazo humilde, y beso el suelo.
Y el concurso dejando de los mios
Por la corriente abajo, cuando el alba
De blanco aljófar los escarches frios
Se viste, con que al sol hace la salva;
Sobre este monte, entre sus claros rios,
En la ladera mas desierta y calva,
La luz adoro, y mi granada fijo,
Donde ya el cielo tantas veces dijo.
¡Estraño caso! solo concedido
Al brazo eterno, que los mundos rige:
Del sol el rayo apenas vió encendido
Con su luz de oro el que primero dije,
Cuando el preñado globo, revestido
De alegre claridad, no hay quien afije
En él los ojos; que otro sol parece
De hermosura mayor que el que amanece.
Y como si en sus senos se embebiera
El que por su horizonte iba naciendo,
Para despues parir la luz entera
Se fue esponjado, en proporcion creciendo:
Creció el oro, creció la luz primera,
Y dentro comenzó un sonoro estruendo,
Como entre flores codicioso enjambre,
Que del tierno rocío anda con hambre.
Y ya exálado en vaporosa nube
El primer resplandor del oro ardiente,
Cual dorado celaje, cuando sube
Al descender el sol por el Poniente,
En breve rato que mirando estuve
La neblina y vapor resplandeciente,
Con la fuerza del sol fue adelgazando,
Y á irse empezó tras el calor volando.
Y entre el desvanecerse la neblina,
Y por su seno entrar la lumbre bella,
En admirable pompa y luz divina
Criarse esta ciudad pareció en ella:
Su arquitectura y obra peregrina
Entre vislumbres comenzó á movella
Por los ojos la nube, que en su vuelo
Subir se veia por el aire al cielo.
Comienzan á mostrarse los cimientos
Que ya el oro amasó de piedra dura,
A traslucirse el muro y los asientos
Deste alcázar real, y su hermosura,
Sus bellos ventanajes y aposentos,
Y el romper de las torres por su altura,
Las almenas y muros levantados,
Y del humilde vulgo los tejados.
Y la reciente máquina, que altiva
Con torres y dorados chapiteles,
Al parecer tras de la nube se iba,
Plantada se quedó en estos vergeles;
Y no solo ciudad, mas ciudad viva,
Llena de hombres, no de ánimos crueles,
Como unos que espigó otra vez la tierra,
Que en miedo los sembró, y los parió en guerra.
Mas pueblo sin furor, gente amorosa,
Que la granada amores significa,
Y el ser de oro la vuelve mas preciosa,
En fe mas noble, en condicion mas rica:
Recibióme con pompa suntuosa
La ciudad nueva, y que le sea suplica
Piadoso rey pues sola en mi persona
Sus muros de oro afijan la corona.
O fuese impulso natural, ó fuese
La propiedad del oro que fue mio,
O que ya el hado por allí quisiese
Disculpar su pasado desvarío;
La ciudad nueva me pidió le diese
Leyes, como su rey, á mi albedrío,
Y por sus calles en soberbia pompa
Mi nombre hacen que los aires rompa.
Admiróme de ver la muchedumbre
De nuevas gentes sin nacer criadas,
Sus palacios y templos, que una cumbre
Del cielo hacen sus bóvedas doradas:
De mi alcázar la excelsa pesadumbre
Con las puertas de bronce no forjadas,
Muros, torres, ventanas, miradores,
Majadas poco antes de pastores.
Y entre estas maravillas y sobornos
De la fortuna un nuevo sobresalto
El alma me llenó de los retornos
De que ningun contento vive falto:
Dejé mi primer pueblo en los contornos
Deste collado generoso y alto,
Esperando mi vuelta, ya no hallo
Como en la ciudad nueva aposentallo.
Guerra se me apareja, ó hado incierto,
Dije entre mí cuando pensé que habia
El ancla echado en el seguro puerto,
Adonde me arrojó tu misma guia:
Mas entre un bien dudoso, y un mal cierto,
La ciudad llamo á la presencia mia,
Donde cuenta le di de mi congoja,
Y que el remedio en tanta duda escoja:
O admitiendo en sus muros á mi gente,
O á mí dejándome ir á procuralle
Ciudad y adonde un pueblo permanente
Pueda, cual me lo manda el cielo dalle:
Mas todos en tropel confusamente,
que no la saque piden de aquel valle,
Mas que de su ciudad recien nacida

La mejor parte dé, y la mas cumplida.
Y á hacerse un pueblo de los dos conmigo
Los de mas peso vau y suficiencia,
Pues en ser uno nuevo, y otro antigo,
Solo, y no en mas, está la diferencia:
Yo, dando al cielo gracias, el amigo
Escuadron busco en presta diligencia,
Que al blando abrigo de una sierra fria
Al reir del alba le dejé aquel dia.
Mas, ¡oh altibajos de la humana vida,
Y cuan inciertos sois al mas prudente!
No mi gente hallé fuerte y fornida,
Mas en vez della otra menuda gente,
Que por las hojas de un moral subida
Ciudad labraba, y pueblo diferente,
De estrechas casas, y capullos ricos,
A torno hechos de sus tiernos picos.
Quién ya del todo alcanza el suyo hecho,
Y quién le va enarcando y dando tumbo,
Quién labra las paredes, quién el techo,
Quién los cimientos, quién por otro rumbo,
Echando los niveles trecho á trecho
Su casa traza, y quién por el derrumbo
De algun seco troncon desesperado,
Por no labrar la suya, está ahorcado.
Los unos de uno, y otros de otro modo,
Y todos juntos la obra comenzada
Tejiendo apriesa, y revolviendo todo
El fresco ramo donde va enredada,
Siendo la tierra de argamasa y lodo
De la ciudad en aire fabricada,
La virtud que en sus venas fructifica
El que dellos con mas fervor fabrica.
Dejáronme asombrado los portentos,
Mi nueva gente y sus menudos nidos,
Cuando del cielo vino por los vientos
Esta divina voz á mis oidos;
«Tambien tú labrarás tus aposentos,
Oh nuevo rey de los recien nacidos,
Que aun tiene sobre ti el jardin derecho,
Por sucesor del que lo dió deshecho.»
Huí medroso del rigor del hado,
La nueva gente que tras mí venia,
Viendo el largo escuadron, que allí abreviado
Menudo pueblo en que meterle hacia:
Compasivo del caso no esperado,
Las casas cada cual que mas podia
A las suyas por huéspedes se lleva,
Y con cuidado las regala y ceba.
Y así desean los nuevos ciudadanos,
Que en el templado aliento de su pecho,
Cada florido abril suelen ufanos
Prestarles vida, como ahora han hecho:
Y porque el cielo con temores vanos
Tal vez de su quietud turba el provecho,
Por asombrarles las fantasmas tristes
A tiempos hacen el rumor que oistes.
En él la vida y medicina puesta
De los asombros destas gentes tiene,
A estos piadosos fines hace fiesta
El que en su casa huéspedes mantiene;
Y este el origen es del reino, y desta
Ciudad, y en lo que dentro se entretiene,
De lo demás el cielo placentero
Los monstruos trueque en favorable agüero.»
Así el anciano rey en su discurso
Cuentan que relataba el de su vida,
Y que en suspension triste acabo el curso
Della, y ellos: el alma envejecida
En ordinarias penas, al concurso
De estrellas abreviada y reducida
A un punto indivisible, en nuevo modo
Tras sí se fue llevando el cuerpo todo.
Y encogiendo los miembros tan apriesa,
Que se desbarató la forma humana,
Los blancos hilos de la barba espesa
Seda se hicieron amarilla y cana;
Y el abreviado cuerpo, haciendo presa
En una hoja del moral liviana,
Se dice que, en gusano convertido,
Por ella comenzó á tejer su nido.
Causó el asombro desta nueva esquiva
Miedo en el corazon mas confiado,
Que ¿quién hay de los vivos que no viva
A este riesgo sujeto y sentenciado?
¿De qué se engrie el hombre, ó en qué estriba?
¿En qué hace pié el soberbio, en qué el hinchado,
Si el tiempo así á los reyes soberanos,
Como al pueblo comun, vuelve gusanos?
Alborotóse la ciudad, la gente,
Acudió á ver la nueva maravilla,
La bella Doralice, que presente
Al caso está turbada y amarilla,
El llanto y el dolor con que lo siente
Al de menos piedad causa mancilla,
Cubrióse ella, el palacio, y Ferraguto,
De tristes paños de grosero luto.
Y de la tierna dama el pecho tierno
Prolijos dias sin salir estuvo
En las tinieblas del dolor paterno,
Que el justo sentimiento la detuvo;
El moro aragonés, que al del infierno
Le pareció tan largo llanto, tuvo
Modo para partirse, aunque en la llama
Antes se ardia de la bella dama.
Mas como por ventura era su intento
El gusto de un antojo disoluto,
Viendo tan dilatado sentimiento,
Enfadóle el dolor, cansóle el luto:
Ordena su partida, y dando al viento
Los ajenos suspiros por tributo,
Se va, y deja á los tristes sin alivio,
Que un deseo ya cumplido siempre es tibio.
Llegó la nueva á la afligida dama,
Con que se comenzó de nuevo el llanto,
Y el suceso, el desman, la muerte llama
De su primer esposo; y el espanto
De su delito, el riesgo de su fama,
Y el agravio presente pudo tanto,
Que en sus lágrimas tierna consumida
Llegó á perder tras el honor la vida.
Sobre el sepulcro de su muerto esposo,
Como á pedir venganza dél ausente,
Lloró sus quejas, y el dolor copioso
De lágrimas sacó larga corriente:
Formóse dellas un estanque hermoso,
Y de sus ojos una alegre fuente,
Donde al tierno cristal que el llanto deja,
El vulgo llama ya Fuentelaqueja.
Esto es la que á la reina el rey de Alora
Contaba, y como yo la aprendí della,
O sea el modo de muerte con que llora
Su rey Granada, y su princesa bella:
Fingido, ó verdadero, no sé ahora
Lo cierto de su hado, ni su estrella:
El ser muerto es lo cierto, y que pretende
Sulmán el reino en que el Genil se estiende.
Y á estas varias empresas, y al deseo
De dar venganza al cuerpo de Agramante,
Cuya cabeza es bárbaro trofeo
Al fuerte escudo del señor de Anglante,
De la abrasada Libia el pueblo feo,
Hecho un confuso ejército abundante,
De altiva pompa, á vista de Biserta
La playa tiene de beldad cubierta.
Siguen el tremolar de sus banderas
Deste apartado mundo las naciones,
Cuantas en torno habitan sus riberas,
Siembran su arena, y vuelcan sus terrones,
De adonde Atlas encumbra las laderas,

Hasta donde humean los carbones
De la abrasada Nubia, y del tributo
Del rio Niger al Canopo astuto.
Cuanto se embebe en la abrasada zona,
Y el flojo suelo de su mundo ardiente,
Por sus baldíos campos amontona
En ocio inútil, y en mudable gente:
Al clarin de la fama que pregona
La nueva guerra, en bélico accidente
Sus escuadrones bárbaros concierta,
Y acude por mil partes á Biserta.
Cual sobre alegres cumbres y florestas
Del monte Tauro van sombrios montones
De pardas grullas, que en concierto puestas
Tras nuevo temple cruzan sus regiones,
O cuando con furor marcial dispuestas
En bello alarde forman escuadrones
Contra el menudo pueblo, en cuya tierra
El aire llueve ejércitos de guerra:
Por tantas partes en igual concierto
Africa llega gentes contra España,
Y de la gran Biserta al ancho puerto
Hombres vomita y armas la campaña,
Del abrasado mauro el pueblo incierto
Con el de los Luntanas, cuya saña
Fundó á Marruecos, y en su mar profundo
Acabó de tiznar Faeton el mundo.
Los Numidas sin frenos, abundantes
En dulces palmas, y árboles sombríos;
Los ociosos Getulios, que de antes
Ya fueron de armas y primor vacíos,
Y hoy sin ellas, ni frenos espumantes
Los potros doman de mayores brios;
Los veloces Marmáridos, los Mazas,
Y el Afeo diestro en sus alegres cazas.
La gente de Marsilia, que sentada
Sobre el caballo, en cerco le revuelve
Con una diestra vara, y la tostada
Flecha cual parto por las ancas vuelve:
A los que Hesperia da fruta dorada
Del árbol que el dragon ardiente envuelve
En sus cerúleas roscas, cuya escama
Los rayos doran de su rubia llama.
Los de la real ciudad de Taradante,
Y á los que en los desiertos arenosos
De Zahara sembró Perseo triunfante
Sus manchados quelidros venenosos,
Que del frio Górgon el feroz semblante,
Despues que en sangre y visos temerosos
De Atlas creció la corpulenta sierra,
Muertes llovió y ponzoñas á la tierra.
Ni por lejos del tráfago del mundo
El apartado Zénega se escusa,
A quien el Niger da de olas profundo
Las ricas armas que pintadas usa:
Y él con su grueso ejército fecundo
El aire asorda en trápala confusa
De altivos Telgas, de Zuzingas feos,
Y de Bardoas antiguos Sabateos.
El que en el caudaloso Dara goza
Frescos palmares y aguas desabridas,
Y en pomposos alardes alboroza
Sus barrancosas playas carcomidas:
El que en la humilde Génova retoza
Tras los ligeros gamos, y ceñidas
Las negras sienes en calor eterno,
Del Niger mide el uno y otro cuerno,
Los que en Ceu, y sus ásperos desiertos,
Y laguna de márgenes floridos,
Anchos campos cultivan encubiertos,
De rojas pieles de áspides ceñidos;
O en el Bárlaro Zinche los inciertos
Y mudables collados, ya cernidos
De los aires, no alcanzan firme asiento,
Que allí aun hasta los montes muda el viento.
Los que de alarde la espantosa sierra
con increible propiedad encanta,
Y la virtud de sus peñascos cierra
Paso á la voz, y tupe la garganta:
De cuyo estrecho valle y parda tierra
El hijo de Filipo llevó cuanta
Bastó para labrar del nuevo encanto
En Asia el real palacio del espanto.
Ni faltaron los bélicos flecheros
De la ciudad de Bárbara potente
Que en pieles visten de animales fieros
Los corpulentos miembros de su gente:
Traen de rojo leon ricos cimeros,
Del remendado tigre la ancha frente,
Del pardo lobo, del cerval, y el oso,
Y escama de serpiente el mas brioso.
Son estos tantos, que si el raudo viento
Con pestíferos soplos no barriese
La sobrada salud, y en fin violento
De ardiente arena y muerte los cubriese,
Seria la ancha tierra estrecho asiento
De su abundante parte al interese,
Y necesario á su parir fecundo,
O hacer de nuevo, ó ensanchar el mundo.
Traen estos en su escuadra por vecinos
El Jélofe, y el áspero Gualata,
Con los Tombutos, los Benais cetrinos,
Y el duro Burno de color mulata,
De la obscura Guinea vuelos finos,
De plumas y brazales de oro y plata,
Y la alta Nubia, que del Nilo bebe
La luz primera que la Aurora llueve,
Tienen tambien aquí escuadron gallardo
Los que de la Tebaida y fértil Lime
Suave aire respiran, que el bastardo
Bóreas jamás por su arboleda esgrime:
Donde la negra pez y alquitran pardo,
En bálsamo precioso y blanco anime
La virtud vuelve de su claro cielo,
Rico manantial de aroma al suelo.
Del Avisimbo el campo vagamundo,
Y escuadras del soberbio Troglodita,
Que de obcuras cavernas lo profundo
Con intratables ánimos habita:
Estos son los primeros donde al mundo
Ni el oro da riquezas, ni las quita,
Y tienen por mas gusto, y mas placeres,
Los hijos en comun, y las mujeres.
Los Mégavaros, que de pardos toros
Crudos yelmos fabrican, y ancho escudo,
Y hacen volar tambien tiros sonoros,
Que á herir llegan con lenguaje mudo:
De su region los bárbaros tesoros
Traen á Biserta en su escuadron membrudo,
Y con soberbios ánimos feroces
La tierra hacen temblar y el aire á voces.
Ni de la alta Etiópia el Abisino
Sus pardos miembros le negó á esta guerra,
Si bien su grave emperador no vino
Por su diversa ley, y estraña tierra:
Rige este rey el cetro de oro fino
De sesenta y dos reynos, en que encierra
Cuanto se estiende en gente inculta, ó sabia,
De su Océano oculto al mar de Arabia.
Los reinos Bernagaes, que al oriente
Del mar Bermejo pescan nacar y oro,
Tigrimaon, que aljófar reluciente
En ricas sartas vende al pueblo moro,
Con otros mundos, que en el cerco ardiente
Que el dia iguala gozan el tesoro
De una pareja luz, que en llama viva
La vuelta enrosca de su frente altiva.
Y bien que la ancha faja que divide
El orbe por su imperio se enmaraña,
Ni del todo lo abraza, ni le mide,

Ni sus linderos con los suyos baña,
Que el estrellado Cancro no le impide
Su curso belicoso y vuelta estraña,
Ni el fiero Capricornio, aunque mas lanza
La uña postrera de su pié, le alcanza.
Mas cuanto el cielo por señales puso
Del negro humo de su zona ardiente,
Y en abrasados páramos difuso,
Como de balde lo arrojó á la gente:
Todo eso en masa, y en monton confuso,
A los piés lo humilló del rey potente,
A cuyo cetro, solo en su gobierno,
Ni el verano le ciñe, ni el invierno.
Pues este, aunque por ser de ley contraria,
Que adora al que murió por darnos vida,
Gente no envió á Biserta la voltaria,
Que anda en sus anchos reinos forajida:
Hecha una tropa en opiniones varia
Vino al torpe Jafés entretejida,
Que en las altas montañas de la luna
La fuente al Nilo ve, si tiene alguna.
De entre sombrías selvas olorosas,
De ameno loto y bálsamo preciado,
De jazmines cubiertos, y de rosas,
Modo en la guerra de su patria usado,
Los Macrobios vi allí de armas preciosas,
Pueblo hasta en las batallas sosegado,
Con arcos, que el mas pobre se remata
En oro rubio, ó en luciente plata.
Estos al sol bendicen, si amanece,
Y al ponerse le ofrecen maldiciones,
Donde en preciado cinamomo crece,
La paz de sus compuestos corazones;
Y á los de la isla Méroe, que florece
Del sacro Nilo á los fecundos dones,
Tambien hizo olvidar la nueva guerra
Las dulces cazas de su fértil tierra.
Los que en la Ciene clara el Cancro ardiente
Las sombras hurta, y les alarga el dia,
Con cuanto el llano Egipto goza y siente



De su oriental Leusipo á Alejandría:
Los que en cien puertas da el muro potente
De la ancha Tebas, cuanto Menfis cria
Entre escelsas pirámides, que el suelo
Hacen gemir, y recelarse al cielo.
Los que en la rica Arsïone, y sus valles,
Y de la Ciene habitan las regiones,
O en Berenice, y sus torcidas calles,
De la infiel Sierte alcanzan ricos dones:
Los Libïarcos de floridos talles,

Los bravos aunque pobres Nasamones,
Los Psilos, á quien temen las serpientes,
Y el Garamante y sus ociosas gentes.
Los Marcios de prolijas cabelleras,
De avestruces vestidos y leones,
De los dos Mauritanias las riberas,
De suelta arena llenas y dragones,
De la infeliz Cartago las postreras
Faldas del firme Atlante, y sus naciones,
A guerra cruel en belicosa saña,
Desde Biserta desafian á España.»
Así el sabio español, el grave alarde
Que en Africa notó, cuenta al persiano,
Mientras el barco por el golfo que arde
Las anchas velas da al austro liviano:
Y sin que á la aferrada proa retarde
Del peligroso mar el golfo cano,
Con huecos tumbos de preñadas olas
Las riberas descubren españolas.
Y en tanto que de Libia el suelo ardiente
En preparar ejércitos se tarda,
Y del rey Casto la invencible gente
Sobre Pamplona á la de Francia aguarda;
Del César puesto ya el campo potente
Entre los Pirineos, acobarda
Las armas y naciones extranjeras
Con solo el tremolar de sus banderas.
Allí en carro imperial, á quien la esfera
Del suelo adora entre realces de oro,
Gustoso ver pasar su campo espera
Al grave aliento de un clarin sonoro:
Fue de Angelinos la primer bandera,
Y de sus armas el mayor tesoro,
Sobre mi frison furioso á cuyo huello
Los campos tiemblan y el contrario en vello.
Como el soberbio Marte, cuando en Tracia
Su alfanje esgrime y de su yelmo ardiente,
En quien el sol los rayos de oro esparcia,
Rigor influye en su inmudable gente;
Tal el francés en ademan y en gracia
Delante el campo va resplandeciente,
Haciendo á las feroces gentes guía,
Quien torcida corriente el Reno enfria.
Cual en el libio mar olas espesas,
Si el armado Orion las alborota,
En crespos montes de avenidas gruesas
Sobre la playa hierven mas remota;
O cual la roja mancha de traviesas
Espigas, á quien zéfiro alborota
En crespas ondas, tales los agudos
Plumeros vuelan, y arden los escudos.
El gran Dardin Dardeña, primer voto
En las francesas córtes, le seguia
En caballo alazan, cuyo alboroto
A todo el brioso campo le ponia:
Este de los jaeces de Carloto
Fue grave presidente el triste dia
Que vengar intentó con pecho fuerte
De Baldovinos la alevosa muerte.
Sobre un caballo remendado á manchas,
Que el Albis le crió entre juncia verde,
De cerviz corta, y de narices anchas,
Y que en los ojos al correr se pierde;
De ricas piedras y grabadas planchas
El sonoro jaez que en oro muerde,
A quien las perlas dan, y aljófar grueso,
Vislumbres nuevas y soberbio peso;
Fiero enemigo á la nacion hispana,
Con ocho mil Sajones representa
El disforme Centauro, que en lozana
Rueda en el polo Antártico se sienta,
Con la robusta gente comarcana,
Que al mar Britano sus resacas cuenta,
Y los diestros venablos mal parejos
Al distante escuadron envia de lejos.
Ni callarán mis versos tu gran fama,
Acompañada de beldad reciente,
O ilustre Sansòneto, de la rama
Del Soldan de Lamech fruto escelente;
A quien el vulgo por grandeza llama
Del bastardo Angriote descendiente,
Que en la torre Bermeja tu gran padre
A su nieta Ozamir te dió por madre.
Despues que en aventuras importantes
La fama acrecentó de su braveza,
Y en los arcos probó de los amantes
De su amoroso pecho la firmeza;
A tu madre le dió prendas bastantes
De su amor, y ella á tí de su belleza,
Criándote en las grutas de Angilones
Con sustanciosa leche de leones.
Pues este, no contento con la herencia
Que de la isla materna alcanzar pudo,
Las Fortunadas trajo á la obediencia
Del rojo leon de su rapante escudo;
Y ahora con toda la mayor potencia
De su reino feliz pasa el membrudo
Betancur, que por deudo, y por pariente,
De su casa es caudillo, y de su gente.
Urgel de la gran fuerza en riendas de oro
Tras este un fiel polaco gobernaba,
Con un coloso de metal sonoro,
Timbre y despojo de su invicta clava:
Que cuando el conde Dirlos contra el moro
Alarbe su ancha flota navegaba,
La galeaza suya de entre todas
Derrotada arribó á la insigne Rodas.
Y él deseoso de ver la gran medalla,
Que allí otro tiempo tuvo el sol luciente,
De paz entró, y en sola una batalla
Duque y señor salió de tierra y gente:
Mas la que ahora tras él hace muralla,
No es la que allí rindió su espada ardiente,
Ni del ducado de Guiayna rico,
Que á su padre Gofredo dió Alarico.
Que el conde Ornulfo, título y estado
Hoy con tirana voz le usurpa y tiene;
Y así el tercio que allí le abriga el lado,
Es cuanto el narbonés Varo contiene:
De Baldovinos jóven mal logrado
Solia esta escuadra ser, ahora le viene
Detrás al grave Urgel, y en su reseña
Aun llora los sucesos de Dardeña.
Entró tras deste el bello Ricardeto,
Hijo de Amon, y de Reinaldo hermano,
Que en rostro hermoso, y en fingir discreto,
A Flordespina hurtó el fruto temprano;
De quien nació el segundo Sansoneto,
Padre de Arnolt, y abuelo de Britano,
De Cleves duque, de Borgoña yerno,
Y de la bella Arnulfa esposo tierno.
Destos á España sucesion gallarda
Del tiempo trajo la inmortal cadencia,
No de sangre encubierta ni bastarda,
Sino de ilustre y clara descendencia:
De aquí de la color de la esmeralda
Arnao sus bandas toma y dependencia,
Y en Méjico, y en Burgos, los de Mota
Mas nobles son que el sol que la alba brota.
De aquí en báculo de oro, y mitra santa,
Ya Tlascala un obispo goza ilustre
De sus dichosos siglos, y de cuanta
Felicidad tendrá el colmado lustre:
El grave tronco desta insigne planta,
A quien tiempo voraz jamás deslustre,
Fue el hijo de Beatriz, tras quien venia
Cuanta braveza la Borgundia cria.
Por donde el grave Sécuana divide
De los Belgas y Celtas los mojones,
Gente que con la sola espada mide

De amigos y enemigos las razones,
Que á ninguno disculpas da ni pide,
Ni de agravio admitió satisfacciones,
Solo el brazo y su acero es quien sentencia
La mas dificultosa competencia.
Tres mil pasaron destos, mas pomposos
Que las aves de Juno en sus plumeros,
Tras de quien los Carducios belicosos
Y los Helbios siguieron altaneros,
Con los que de Gebena los llorosos
Altos nevados riscos ven enteros,
Gentes agrestes, cuya inculta sierra
Lo importante produce de la guerra.
Las graves canas del feliz Ricarte
Esta serrana escuadra hacian vistosa,
Y él como anciano y venerable Marte
En robusta vejez, y alma briosa:
De oro orlada llevaba en su estandarte
La Puente de Mantible, empresa honrosa
A su primera edad, con que hacia
La gloria florecer de Normandía.
Y bien que no en aquel ardor primero
Que al gigante Galafre descompuso,
Y la sangrienta puente ya de acero
De su escudo al cuartel dorado puso:
Mas todavía con su aliento entero,
Que es de la áspera guerra padre el uso,
Por lanza un pino, que en las puntas arde,
Gallardo entró por el pomposo alarde.
Siguióle allí el fortísimo Organtino,
De los Tabanes real fruto escelente,
Del sabio Malgesí hijo adivino,
Y de la reina de la Orcania ardiente:
Esta en nocturnos caracteres vino
A Montalvan mil veces del Oriente,
A probar de sus cercos los efetos,
Y del mago francés ciencia y secretos.
De ambos nació Organtino, que en la ciencia
De sus mágicos padres fue eminente,
Y de su franca sangre por la herencia
Como el ser sabio tuvo el ser valiente:
Este de insuperable suficiencia
Su rico arnés labró resplandeciente,
Templado así al hervir del lago Averno,
Que en su dureza es el diamante tierno.
Mas no te aprovecharon, ó furtivo
Fruto de Montalvan, y Orcania bella,
Ni las yerbas tesálicas, ni el vivo
Rayo infeliz de tu observada estrella;
Que en una antigua espada el hado esquivo
Su destruicion forjó, y tu muerte en ella,
Que es Balisarda estoque de la muerte,
Contra quien no hay escudo ni arnés fuerte.
Llevaba este dos mil tras su estandarte
De Champayna abundante en rojo trigo,
Con otros tantos mas que le dió aparte
De su encubierta madre el sabio amigo:
Tras dél, al huello de un templado Marte,
La fama hecha de su honor testigo,
De Rusellon pasó el duque Gerardo,
Brioso jóven de ánino gallardo.
Del gran Gui de Borgoña nieto amado,
El que á Murpin mató, mágico moro,
Que á Floripes la torre habia escalado
Por hurtarle su rica cinta de oro;
Cuyo real cerco en pedrería grabado,
Con bello adorno de inmortal tesoro,
Al cuerpo que se anuda da en aumento
Vida y salud, y á los demás sustento.
Sea mágica ficcion, ó astro dichoso,
Cuajado en la preciosa margarita,
A todos, como un plato substancioso,
El pecho alienta, y el desmayo quita;
A quien rodea su círculo lumbroso,
Y á quien su rayo da lumbre esquisita,
Todo lo alegra, y de sustento viste
Los secos labios de la hambre triste.
Fue de Floripes esta cinta bella,
Y ella del Almirante Balán hija,
Que su real torre defendió con ella
De un asedio cruel, y hambre prolija;
Donde Murpin volando entró á prendella,
Y ya la joya entre sus dedos fija
Volver queria á volar, cuando sin vuelo,
Sin cinta, y sin cabeza vino al suelo.
Gui de Borgoña le atajó el intento
Con un diestro revés á tiempo dado,
Valiente abuelo del que ahora al viento,
Pasa alumbrando con su arnés dorado:
Acompañan sus lados ciento á ciento
Los ricos pueblos del Escalde helado,
Que de Alemania á Bélgica divide,
Y el brio soberbio de sus campos mide.
Aquí del rey de Persia Lamostante
Dos hijos iban de ánimo gallardo,
Que aficionados al señor de Anglante,
Padre y patria vendieron sin resguardo:
Murió el rey, y del reino lo importante,
Y ahora el bello Clarelo, y feo Copardo,
Como un signo de Géminis florido
Una divisa llevan, y un vestido.
Pasó Tudon, pasaron los hermanos
Angelin y Angelieros, pasó el fiero
Galtier de Mauleon, y los lozanos
Avinio, Abonio, Oton, y Belenguero:
Pasó el bello Drusian de ojos livianos
Vestidó mas de seda que de acero,
Hijo del rey famoso Brasalante,
Brioso jóven, cazador, y amante.
De Polisena, hija de Oliveros,
Se profesaba tierno enamorado,
No habida en casto lecho, ni en los fueros
Del santo nudo, é himeneo sagrado:
Que el paladin la hubo en los primeros
Años de juventud, ocasionado
De una hermosa princesa, que vivia
En la torre celosa de Almería.
El ambicioso Galalon, armado
De azules recamadas armas de oro,
Tras estos se seguia, y á su lado
Su bello hijo Salier, lustre y decoro
De todo el rico magancés estado,
Envidia al campo franco, espanto al moro,
Gran cazador de fieras, y en seguillas
Diestro hombre de á caballo en ambas sillas.
De diez mil de su casa acompañado,
Todos de una librea, y de unos fueros,
De azul, tela de plata, y de morado,
Y de las mismas plumas los sombreros,
Semejante al lucero coronado
De las flores de mayo, y sus plumeros,
Digno por cierto que le diera el hado
Vida mas larga, y padre mas honrado.
Dos van tras deste de ánimo gallardo,
Don Arnao, y Rainier, ambos amantes
De Flordespin, y el uno hijo bastardo
Del gran marqués de Güeldres Ballugantes,
Que jóven, tras la caza de un leon pardo
En las selvas de Ardeña resonantes,
Una bada gozó, y en su escondrijo
La dejó madre de Rayner su hijo.
Allí entre breñas se crió, y ahora
Hecho grave marqués de Picardía,
Seis mil vasallos lleva, y por señora
A sola Flordespin; tras quien seguia
Don Casaüs, vizconde de Basora
Sobre la Persia, y duque de Pavla,
Dudon, Anselmo, Cleves, y Malarte,
En ciencia Apolo, y en braveza un Marte.
Este del rey Gerion trae descendencia,

Que con tres cuerpos gobernó en España,
Y en triplicada voz, forma, y presencia,
Estado le hizo y magestad estraña:
De tres cetros gozó la preeminencia,
De tres tiaras sus sienes acompaña,
Y de otros tantos cuellos hizo hambriento
Hércules su gallardo vencimiento.
Este guiaba los pueblos que al Garona
Las riberas cultivan y la greña,
Tras de quien el marqués de Carcasona
Feroz guió su tremolante seña:
Godofre era su nombre, y su persona
De altivo aliento, y alma zahareña:
Tras de los dos Galbanes, hijo y padre,
Belleza no hay que á su beldad no cuadre.
Entre oro, plumas, plata y pedrería,
En dos blancos caballos, van iguales
Al alba de oro el uno, el otro al dia,
Cuando alegrando salen los mortales,
Ballugante y Arloto de Suría:
Bujaforte y Franconio de Hardales
Seguian, este lansgrave de Alemaña,
Y del viejo hijo aquel de la montaña.
Pasó el gran Durandarte, pasó el fiero
Farfarelo, Franconio, y Matalista,
Bracamonte el galan, Guido el severo,
El rico Astolfo, y el sutil Arista,
Aymo, Hermion, Liofan, Claudio, y Galtero,
Y Egibardo en dorada sobrevista,
Del César y del cielo tan amado,
Que alcanzó sin envidia á ser privado.
Este solo nació y vivió en la tierra
Sin le haber murmurado, este hombre solo
De émulos se libró, y á la cruel guerra
De acedos zelos fue encubierto polo:
¡Oh cuanto odio mordaz la envidia encierra!
Pues en el gran combez que alumbra Apolo,
Uno solo ha pasado en feliz vuelo,
Y aun ese ignoro si nació en el suelo.
Que Egibardo de todos los anales
Por un hombre marino es referido,
Que en el mar de Sicilia entre corales
Un pescador le halló recien nacido;
De adonde el tiempo en cercos desiguales
A ser segundo en Francia le ha subido,
Si ya á dicha es segundo, y no primero,
Y un privado no es todo un reino entero.
Y si como es la fama en el Pachino
Concha de nacar le arrojó del seno,
Y en los campos del reino cristalino
Rocio le concibió del mar Tirreno;
Sin duda fue su origen peregrino,
Pronóstico feliz de dichas lleno,
Y el parto de Parténope fecundo,
Sirena cuyo canto encantó el mundo.
Es fama que otro tiempo dieron canas,
De blancos huesos de hombres sus riberas
En el mar de Sicilia, tres hermanas,
Beldades crueles, y hermosuras fieras:
Con música encantando, y voces vanas,
Los capitanes y las naos guerreras,
Que de lo mas distante de la tierra
Marte guiaba á la troyana guerra.
Fue esta grave jornada á quien los hados
Amasado quisieron dar el mundo,
Y ellas las que á sus playas los forzados
Navíos traian por el mar profundo:
Solo Ulises con oidos destapados
Pasó el primero, sin tener segundo,
Al son de sus cantares, de quien pudo,
Pues no fue en oirlos sordo, no ser mudo.
Salvó todas sus gentes belicosas
Con cerrarles el paso á las querellas
De aquellas tres hambrientas tiernas diosas,
Y él sus canciones escuchó, y en ellas
Acentos de palabras poderosas
A detener su curso á las estrellas,
Hacer correr los montes, y el violento
Curso enfrenar del alterado viento.
Y aun si la entena en que él se habia ligado
Guardara entonces el primer sentido,
Que en su selva la hizo árbol copado,
De alguna antigua ninfa estrecho nido,
Nunca él pasara libre, ni el sagrado
Ilion diera en ceniza convertido,
Mas sus desnudos huesos en la playa
Fueran cual los demás cándida raya.
Tan poderoso fue el hablar gallardo
De aquellos tres portentos de elocuencia,
Señal que de una dellas fue Egibardo
Parto feliz, pues heredó su ciencia,
Con que al César hacia breve, ó tardo,
Y en su gobierno aquella diferencia
Qus sus gustos pedian, y á ese modo
Del reino lo mejor le seguia todo.
De diez veces quinientos la arrogante
Escuadra daba al sol timbres dorados,
Gente al trabajo con fervor constante,
De fuerzas firme, y de ánimos doblados;
En voladoras flechas abundante,
Aljabas de marfil, y arcos pintados,
Que al campo arrojan en crujir sonoro
Nubes de arpones, como lluvia de oro.
Pues de tí, ó noble Lanio, que ya fuiste
Nieto del vengativo Balisarte,
Que de Carlos Martel en luto triste
Del reino recibió el real estandarte.
¿Cómo contaré el brio con que diste
Placer al campo todo, envidia á Marte,
En tu gallarda entrada, mas vistosa
Que del florido mayo el alba hermosa?
Subiste altivo al grave oficio honroso
De don Galfredo, hijo de Uliano
Gran duque de Saboya, á quien brioso
Dió injusta muerte el falso conde Gano,
Feliz á no vivir tan receloso
De su hermosa Olinda, casta en vano,
Pues ella en lo mejor quedó perdida,
Y el alevoso conde sin la vida.
Que el ofendido padre en la venganza
Del muerto hijo destruyó su estado,
Mató al conde, y á su única esperanza
El bello Florambel, mató al culpado
Guasco, mató diez condes de Maganza,
Mató á Olinda, mató á su padre amado,
Mató á dos hijos de su anciano suegro,
Celin el blanco, y Alisandro el negro.
El uno en hacer mal á los caballos,
Y otro en justar insignemente diestros,
Ricos de fama, y ricos de vasallos,
Pero de hados por igual siniestros,
Pues pudo un muerto jóven degollallos
Por mas que fuesen en huir maestros,
A quien sucedió Lanio, que llevaba
Tras sí una escuadra rozagante y brava.
Juzgóse encima de un obero armado
Al dorado Orion, cuando espantoso,
De pardas nubes y furor cercado,
Sobre el Carpacio mar hierve espumoso:
De los floridos pueblos rodeado,
En gruesa tropa y escuadron vistoso,
Que en el rio Líger con nevadas vueltas
Las aguas hurtan á los montes Celtas.
No llevan estos, ni usan armas nobles
De acicalado acero relucientes,
Ni en carros suben, ni los duros robles
En lanzas enderezan eminentes:
Mas de sus diestras hondas los redobles
Grandes riscos arrojan, y en valientes
Cercos escupen, al voltear parejos,

Muertes al enemigo desde lejos.
  Antea, que del Soldan hija se llama,
Y del primer asirlo rey desciende,
Y por ver solo á Montalvan es fama
Que la suya por todo el orbe estiende,
Guerrera la hizo amor de tierna dama,
Que en la escuela de amor, ¿qué no se aprende?
Y hoy es en la reseña su persona
En beldad Venus, y en furor Belona.
  Dos mil de su frison siguen la huella,
Con ricas telas de oro, y con turbantes,
De lo mejor del Cáucaso, donde ella
Cien castillos y mas rige importantes:
Un sol parece entre su escuadra bella,
Y los que van tras ella semejantes
A las ardientes lumbres de alegría,
Que tras su capitan la noche envia.
  Mas ya de la imperial bandera el vuelo
Con las águilas negras campeaba,
A cuyo tremolar tiembla del suelo
Cuanto el mar ciñe, y con sus tumbos lava:
Roldan guia este cuartel, Roldan que el cielo
Espada no crió ni alma mas brava,
Dichoso, si entre tanta hazaña fuera
Otra alguna antes desta la postrera.
  Seguia por general de Francia el resto
Del campo su estandarte, y á su lado
Reinaldos, Oduardo, el duque Arnesto,
Y Galtier, de Oliveros hijo amado:
A este, con trato no del todo honesto,
Meridiana parió en el celebrado
Cerco de Montalvan, que en cualquier modo
El trato y la ocasion lo pueden todo.
  Tuvo Oliveros (si en sus gustos hubo
Lugar para ello, y fue á su amor posible)
En dos el corazon, dos damas tuvo,
Y en dos repartió el alma indivisible:
A Florisena un tiempo la entretuvo,
A Meridiana dió prenda visible
De su amor, en la misma que ahora se arde
En llamas de oro en el vistoso alarde.
  Así el campo pasó, y así en serena
Magestad hizo el águila su vuelo,
Unos llenos de gusto, otros de pena,
Unos de orgullo, y otros de recelo:
Cada uno tras su suerte mala, ó buena,
Que es destas varias frutas plaza el suelo,
Y con fortuna próspera, ó escasa,
En las alas del tiempo todo pasa.

ALEGORIA.

En el buen suceso de Gundémaro, y Arlaja, se muestra, que el cielo es tan justo en sus decretos, que pocas veces consiente que el inocente padezca sin culpa, sacándole libre de los riesgos, sin poner él de su parte mas que la limpieza de sus obras. En la muerte del rey Ormindas, y su dama, se dice el castigo que da el cielo al principe, que debiendo ser el amparo de la religion, la menosprecia y quebranta. Y en el origen de la ciudad de Granada, que solo la abundancia del oro hace las ciudades ricas y populosas; y que del oro nacen todas las grandezas de la tierra. Y la conversion de los hombres en gusanos de seda, nos dice claro, que el fin universal de los vivientes es convertirse en gusanos, ó ir devanando la vida, labrando como el gusano de seda el capullo, que es la sepultura, no para acabarse allí, sino para resucitar con el alma inmortal; como palomita para volar á su esfera, cada uno conforme hubiere vivido. La transformacion de Doralice en fuente, significa, que todo el premio del vicio son lágrimas y arrepentimiento: y el alarde, ya en otra parte queda dicho lo que significa.

LIBRO VIGÉSIMOCUARTO.

ARGUMENTO. Llegan á descubrirse los campos de Francia y España. Ordena y anima cada capitan el suyo, y al embestirse, Morgante da principio á la famosa batalla, en la cual entre trágicos sucesos se ve una notable variedad de muertes, y entre ellas la de Orlando, y los demás doce Pares de Francia, que todos mueren á manos de Bernardo, y sus españoles.

  Si mi carta los cómputos no yerra
Cerca de tierra estoy, tierra he sentido,
Mas tierra es la que veo, tierra, tierra,
Gracias al cielo, gracias, que ha traido
Por los peligros que este golfo encierra
Mi frágil leño al puerto conocido,
Donde al cumplir el voto en sus estremos
Al sacro templo cuelgue vela y remos.
  A Dios, vanos temores, que ya distes
En cobarde escuadron asalto al alma:
A Dios, Graus, Caribdis, Scilas tristes,
A quien de miedo creí rendir la palma:
Ya al puerto embisto, afuera los que fuistes
A mi viento feliz prolija calma,
Dejadme allá llegar, afuera, afuera,
Que siento el fresco ya de la ribera.
  Ya de la fama los clarines siento
Con que le hacen sus devotos fiesta,
Y del altivo templo por el viento
Subir las puntas en dorada cresta:
Ya de sus cisnes al divino acento
La playa rie, y suena la floresta:
Ya mi aliento me da, que al viaje ignoto
De mi barca halle puerto, y cumpla el voto.
  Ya entre los cuernos del caliente toro
El rubio dios que tuvo cuna en Delo,
Abriendo al mundo el celestial tesoro
De nueva y tierna luz bordaba el suelo;
Y del carro acerado el rayo de oro
Con que Marte trastorna y mide el cielo
Sobre los campos dió, y creció la saña
Al francés brio, y al furor de España.
  El nuevo orgullo del cercano dia,
Que habia de ser de tantos el postrero,
Al clarin de oro despertó, que hacia
Pomposa salva al rayo del lucero:
Resonó el aire, y el furor que ardia
Las fuerzas refinó al templado acero
De aquellos mundos, que en dudosa suerte
Las estrellas guiaban á la muerte.
  Dejan los mudos lechos, y allí entero,
El reposo que en tibia paz dormia,
Y el miserable vulgo, que el entero
Sol no ha de ver del comenzado dia,
En tropa acude y ánimo altanero
A la tienda imperial, donde á porfía
Da priesa, y solicita de la vida
El postrer paso, y última partida.
  ¡Oh soberanas causas! que si el mundo
A vuestro superior gobierno unido
Trastornar os agrada, y con profundo
Saber darlo á mejor discurso asido,
Nuestra ignorancia que es medio segundo
Nos cargais por primero, y convencido
De error culpable nuestro incauto pecho,
Solo lo que ordenais en todo es hecho.
  Acaudillando la orgullosa gente,
Que á su cercano fin se precipita,
El falso Galalon á la eminente
Tienda imperial llegó en aplauso y grita,
Donde en falaz discurso, y limpia frente,
Así al César razona, y necesita
A la cercana muerte que ya el hado
De la fortuna á Francia ha señalado.
  «¡Oh invencible monarca! á quien del suelo
Lo mejor por cabeza y rey adora,

A cuyos firmes hombros dará el cielo
Cuanto hasta el turbio ocaso ve la aurora:
El fin dichoso que en heróico celo
Aquí tus gentes trujo, y tiene ahora,
Ya llamando á tu puerta te convida,
Al triunfo y la victoria prometida.
Ya de tu ardiente carro los fogosos
Caballos con relinchos placenteros
Tus enemigos vuelven temerosos,
Y empañan con bufidos sus aceros:
Ya para ser señor de los famosos
Montes de España, y á tus francos fieros
Dar libre el rico saco que en sí encierra,
Solo lo impide esta pequeña sierra.
Que les mandes marchar te ruegan solo
Y á su altivo furor quites el freno,
Que en pago te darán de polo á polo
Cuanto de tierra y mar abraza el seno:
Verá tus lirios de oro el rubio Apolo
Cuando en el Ganges bebe, y cuando lleno
De la encendida lumbre que le abrasa
Tetis le ahoga en su profunda casa.
Esto el humilde pueblo, y los magnates,
Que tus pobladas águilas seguimos,
Por los vencidos reinos y combates
Que á tu servivio dieron te pedimos:
Con solo esto rogamos que rescates
Tu obligacion, si alguna te pusimos,
Y que por la licencia que les dieres
Cobres á España, y goces sus placeres.
¿Quién te detiene el brio? ¿quién refrena
Del ímpetu francés tu pecho ardiente?
Mira que es remision de culpa llena
En ti el vencer tan tibia y flojamente:
Rompe, señor, del todo desenfrena
Ese raudal de tu invencible gente,
Acepta el triunfo que te ofrece el hado,
Y ten vergüenza de vencer rogado.
Venga á justo derecho ó no le venga,
La guerra que hoy fortuna va trazando,
Con tal que yo por capitan te tenga,
Y al romper de tu boca sienta el bando.
Tu gusto es ley, convenga, ó no convenga,
Tuyo es el mundo, y fue, ¿qué estás dudando?
Un sol hay en el cielo, y en la tierra
Un solo emperador en paz y en guerra.
Todos cual ves esperan que estos pardos
Riscos, que solo impiden tu victoria,
Les mandes escalar, y á los bastardos
Godos quitar la antigua vanagloria;
Que ya llenos sus ánimos gallardos
Del deseo de dejar de sí memoria,
El de mas tibio y mas helado pecho
Está una salamandra de honra hecho.»
Dijo, y el César, ya con las razones
Del lisonjero conde el alma llena
De hidrópica ambicion, tras sus pendones
Que marche á toda furia el campo ordena:
Rompen trincheas, alzan pabellones,
Tocan las cajas, y el clarin resuena
Por las cóncavas cuevas, y los riscos
De gramas entoldados y lentiscos.
Con el furor que la impelida llama
De un recio viento á un bosque seco arroja
La tragadora furia, en que arde y brama
En resonante hervir la selva roja,
Suda el verde laurel, arde la grama,
Vuela del fresno en humo el tronco y hoja,
Y todo al fin por dó el incendio pasa,
El monte asombra, y su ladera abrasa;
Asi al son de trompetas y atambores,
Y con igual furor sube marchando
Por los riscos altivos miradores
Del grave Pirineo el francés bando:
Tiemblan los pinos, gimen los alcores
Debajo el grave peso, y no bastando
A refrenar su furia, el valle escaso
Les da á no poder mas humilde el paso.
El viejo y encorvado Pirineo,
A quien del cielo el brazo eterno puso
Con riendas de oro al paso del deseo
De un pueblo y otro de su trato y uso;
Y por mejor y altísimo trofeo
De paz y eternas treguas le compuso
Entre las dos naciones, que feroces
Hoy su sosiego han perturbado á voces;
De las huecas alcobas, donde tiene
En estrados de plata reclinada
La grave espalda, que corriendo viene
De la una mar á la otra mar salada;
Al rumor de la gente que detiene,
Su cabeza de encinas coronada
Dicen que alzó entre riscos, y la tierra
Tembló al abrir sus ojos la gran sierra.
Y viendo por sus hombros derramadas
Del francés reino las legiones fieras,
De las lustrosas armas las doradas
Luces, y el tremolar de las banderas,
Las leyes de sus límites quebradas,
Y que por pretensiones altaneras
Lo que el cielo apartó en concordia sana,
Juntar pretende la ambicion humana:
«¿Quién, dijo, con tan bárbaros intentos
Del mundo la quietud ha revelado?
¿Qué nuevos monstruos de ánimos violentos
Por mis revueltas breñas se han sembrado?
¿A qué fin con tan graves movimientos
De armas mi inculto seno veo preñado,
Que con ciego alboroto y son de guerra
Los confines asordan de mi tierra?
¿Qué mas discordia habrá, cuando en el cielo
El sol se abrase, y queme las estrellas?
¿Cuando la mar se estienda sobre el suelo,
Y sus olas levante encima dellas?
¿Cuando del tiempo el concertado vuelo
Se quiebre y rompa, y las lazadas bellas,
Que encadenaban toda esta armonía,
Las deshaga y consuma el postrer dia?
Cuando quebrada la mortal coluna,
Que ahora es firme asiento de las cosas,
Tras la enlutada esfera de la luna
Los estrellas se arrojen perezosas;
Y en la mar anegadas de una en una,
Se encienda el aire en llamas espantosas
Que los polos abrasen, y entretanto
Todo se vuelva á su primer espanto.
Ni entonces podrá haber mayor revuelta,
Ni mundo mas confuso y alterado,
Ni aquella eterna noche en sombra envuelta
Le pondrá mas suspenso y enlutado:
La tierra veo un mar de sangre vuelta,
El aire de cometas rodeado,
Las estrellas sin luz, y en medio el cielo
Cubierto el sol de un amarillo velo.
Ya otras veces mis hombros deste peso
Cargado, y estas mismas armas tuve,
Mas no tan graves, ni de tanto esceso,
Como el que ora por cima dellos sube.
O aqui el mundo ha juntado el gran proceso
De sus edades, y esta densa nube
Preñada va de su potencia y saña,
O cual sentir caduco el mio se engaña.
Mas peso y carga de mayores gentes
Nunca de España el belicoso suelo
Junta oprimió, ni á brazos mas valientes
En un solo escuadron dió aliento el cielo,
Ni cuando á saquear de mis vertientes
Las ricas costras de argentado yelo,
La hambre de Fenicia, ni el estrago
Sobre mí vino de la gran Cartago.

Ni cuando á sus soberbios pensamientos
El fiero hijo de Isman alzó pendones,
Cuyos mal reprimidos movimientos
Desmembraron de Siria estas regiones;
Y de Meroan cortando los intentos
Al reino cordobés dieron blasones,
Con que al mundo temblar, y á España hizo
Humillarse á un tirano advenedizo.
Ni al tiempo que el mancebo Abenhumea
En Portunio abatió su media luca,
Ni cuando en riesgo la servil ralea
De esclavos le embistió guerra importuna;
Ni el cruel desman de otra francés pelea,
Triste ensaye y agüero de fortuna,
A este se iguala, con que altiva intenta
De toda su ambicion tomarle cuenta.
Mas si el oculto discurrir del hado,
Y de las parcas el estambre y huso,
A la francesa magestad han dado
Su crecimiento hasta este punto incluso;
Si hasta aqui tiene el cielo decretado
Que llegue, y por sus límites le puso
La cumbre, que ya sube y quiere á una
Que della le despeñe la fortuna;
Yo doy lugar á lo que el cielo ordena
El paso libre, y el camino llano:»
Esto á la gran montaña de años llena
Es fama que le oyó el bosque cercano,
Y el feroz campo, cuyo curso atruena
Los vecinos contornos, llegó ufano
A la alta cumbre, donde en vista fiera
El español ejército le espera.
Tembló el brio francés viendo al contrario,
Y de pálido y triste horror cubierto,
Volvió en semblante humilde el temerario,
Con que antes el vencer tuvo por cierto:
Y ya en mas órden mide y pesa el vario
Brazo de la fortuna sin concierto,
Que hace diversos visos y reflejos
Ver la muerte á los ojos, ó de lejos.
En tres gruesas escuadras su potente
Ejército el francés ordena y parte,
El diestro cuerno con la invicta gente
Que arrastró de Girona el estandarte,
Hecha á vencer lombardos; y al valiente
Gradaso, y Mandricardo, da y reparte
A cuenta de Reynaldos, que á su lado
Parece un invencible Marte armado.
La segunda de ricos precios llena
Del destrozado campo de Agramante,
Que su fama á la ardiente Libia atruena
En bélico aparato y voz triunfante,
Con mas palmas que nacen en su arena,
Y mas triunfos que alerçes cria Atlante,
A tí, fiero Dudon, y á tu braveza,
Dió el César por gobierno, y por cabeza.
Lo restante del campo, que á la trompa
De la fama añadió sonoro aliento,
Y sin que el tiempo el de sus bronces rompa
Sobre su altar tendrán eterno asiento,
Con el César, que en grave aplauso y pompa
Príncipes le acompañan ciento á ciento,
A cuenta va del gran señor de Anglante
A un invicto Centauro semejante.
Aquí entre otros jayanes, cuyas sienes
Diadema de oro por los yelmos ciñe,
Y á sus vecinos reinos con desdenes
Fortuna á dar tributo y fe constriñe,
Leofante va, y Fabúreo, por rehenes
De la una y otra Arabia, que les tiñe
De rojo los escudos, donde lleva
Este un cisne, y aquel la luna nueva.
De la otra parte el grave Alfonso empieza
A mover con su ejército asturiano
En número inferior, mas no en braveza
A ningun pecho ni valor humano:
Por gallardo caudillo, y por cabeza
Del Carpio ilustre el dueño soberano,
Cual delante del sol sale el lucero
Ardiendo en llamas de oro, y limpio aceró.
Sobre un caballo negro azabachado,
De pequeñas orejas y cabeza,
De un sol blanco en la frente remendado,
Fogosos ojos, llenos de viveza,
Tresalbo, ancho de pecho, y levantado,
De corta clin, y presta ligereza,
Las hinchadas narices con su aliento
Sen espuma al jaez, y fuego al viento.
Enaspando las manos de brioso,
La cola entre las piernas escondida,
De concertado freno, y paso airoso,
Y á blanda rienda su altivez rendida;
Armado el rico arnés de oro fogoso,
Que ya fue de Vulcano obra escogida,
Ardiendo en rayos de sus piedras bellas,
Como el cielo en la luz de sus estrellas.
De blancas plumas un penacho altivo,
Que el aire en crespo tremolar le enreda,
De oro grabado el peto, en que el cautivo
Pecho, mas no de amor, salvarse pueda:
En el escudo de fortuna al vivo
Hecha pedazos la inconstante rueda,
De perlas, oro y pedrería sembrada,
Y por letra, «no hay otra que mi espada.»
Cual sobre el austro ardiente al pardo moro
El soberbio Centauro mide el cielo,
Y en márgen de cristal tiembla el sonoro
Golfo al ver trastornar su raudo vuelo,
Y el con mallas de plata, y peto de oro,
Su estrellada grandeza muestra al suelo,
Tal en arnés vistoso relumbrante
Bernardo está á su ejército delante.
Su venerable rey, que la potencia
Del orbe sobre España venir siente,
Y que para tan grave resistencia
Cuanto tiene le importa de valiente,
Mostrando en todo que su real presencia
Es alma invicta á su invencible gente,
De en medio della, con saber profundo,
Así empezó á hablar, y escuchó el mundo.
«Invictos héroes, que por tantos modos
El tiempo en vuestros pechos examina
El gran caudal que en los soberbios godos
El feliz temple castellano afina;
Hoy, por daros de un golpe juntos todos
Los triunfos de la tierra, determina
Rendir á vuestros piés, por vuestras manos,
Los que en vencerla toda están ufanos.
Por no poder llevar vuestras espadas
A trastornar los montes del Oriente,
Ni á vencer las regiones escarchadas
Del Norte, ni de Libia el suelo ardiente;
Los triunfos todos de esas derramadas
Naciones os los trae en esta gente,
Que hoy cuanta honra ha ganado por la tierra
Al pié os la viene á dar desta alta sierra.
Mas no por verlos en tan grave punto,
De la instable fortuna acariciados,
Su arrogante opinion, vano trasunto
De ambicion loca, os deje acobardados,
Que toda esta altivez y orgullo junto
Ya de vencerlo estais acostumbrados:
¿Cuándo el furor fantástico de Francia
Contra el brazo español fue de importancia?
Bien saben que es comprar á cargas de oro
Un dia de treguas y de paz á España,
No huyendo del persa, ni del moro,
Sino del catalan coraje y saña:
Cuando Teudio, su rey, vida y tesoro
Al paso les quitó desta montaña,

Habiéndole pagado hasta una huella
A peso de oro de los riscos della.
Del estremeño Clanio la persona,
Que ya dos veces con tasada gente
De la francesa sangre en Carcasona
Arroyos hizo, y sus montañas fuente,
¿Fue mas que español nuestro? á Tarragona,
Cuando de su nobleza lo eminente
Dió montes de sepulcros á Igualada,
¿Cuyo fue el brazo? ¿quién prestó la espada?
Ni penseis que los siglos han mudado
A estas como á otras cosas las corrientes,
Habiendo allí crecido, aquí menguado,
Los ánimos y brios de las gentes:
Los mismos son que fueron: ya probado
Tiene esta nuestra sierra y sus vertientes
Su esfuerzo, sus dorados lirios bellos
Bien saben vuestros brazos deshacellos.
El bravo orgullo es este que delante
Con fantásticos miedos os asombra.
La causa de la guerra su arrogante
Soberbia, otra aparente y vana sombra;
Ambiciosa codicia es lo restante,
Aunque el ofrecimiento mio la nombra:
Vuestro derecho, oh héroes asturianos,
Es librar nuestro reino de sus manos.
Quien de su amada patria el fiel regazo,
Donde el dichoso nace, vive y muere,
Y de la nueva esposa al dulce abrazo
Volver sin mancha á su nobleza quiere;
Quien del pequeño hijo el tierno lazo
Tornar al grave cuello pretendiere,
Y no humillar de la cerviz altiva
El libre suyo á sujecion cautiva;
Con la enemiga sangre derramada
Le importa iluminar la ejecutoria,
Honor perdido, ó libertad ganada,
Es ganar ó perder esta victoria:
¡Oh intrépido escuadron! á cuya espada
El cielo ofrece semejante gloria,
Librad la invicta patria, y haced vuestra
De un golpe la honra que de aquí se muestra.»
Dijo, y á su discurso el campo altivo
En bélico furor se enciende y arde,
Suena el arnés de Marte vengativo,
Fuego ardiente al feroz, yelo al cobarde:
Quién del diestro venablo, quién del vivo
Filo del corvo alfange hace alarde,
Y quién, blandiendo la nudosa lanza,
Sin moverse al contrario se abalanza.
En tanto el francés campo el aire impuro
Lleno de agüeros tristes mira atento,
El negro valle de un celage obscuro
En torno le entoldó, y espesó el viento:
Del lado izquierdo, sobre un risco duro,
Sonó de un pardo buho el ronco acento,
Y de tres cuervos un combate fiero
Entre la nube y su enlutado agüero.
Desvaneció la sombra, salió el dia,
Cubierto el sol con un sangriento velo,
Y del Norte una alegre compañía,
De doce blancos cisnes batió el vuelo;
Cuando una águila altiva, que venia
De hácia el campo español, cubriendo el cielo
En pompa de alas, y de artejos bellos,
Con engrifadas garras se entró en ellos.
Mezclóse al escuadron, creció la suma
La reina de las aves, cuyo brio
Hace que el blanco cerco se consuma,
Y que las nubes den de sangre un rio:
Caen los destrozos de nevada pluma,
Y muertos uno á uno el aire frio
Los doce cisnes vuelve, cuyo vuelo
Antes de blanca cinta ciñó el cielo.
El César de tan graves causas lleno
Su cuidadoso discurrir revuelve;
Mas ya empeñado el crédito, en sereno
Semblante el alterado pecho vuelve:
Rompe á la altiva magestad el freno,
En ver el fin del hado se resuelve,
Y fingiendo el placer, que no tenia,
Así al campo habló que le seguia:
«Oh ya del mundo diestros vencedores,
Pueblo indomable, á cuyos brazos fieros,
No hay pechos tan osados, ni furores,
Que no os rindan humildes sus aceros,
De adonde en arómaticos olores
Del tierno dia beben los primeros
Rayos de alegre luz, al mas distante
Pueblo, á quien da su sombra el viejo Atlante;
Ya de la gran jornada el postrer dia,
Con tantas diligencias procurado,
Vuestra braveza llama y desafía
Al modo de vencer acostumbrado:
De los gallardos brazos la osadía
Que el mundo hizo temblar, hoy con doblado
Esfuerzo es el mostrarla conveniente
En el vencer esta indomable gente.
No hay nacion tan remota y apartada
Desde donde la oculta Tile humea,
Hasta el feroz Centauro, que en dorada
Uña en el polo Antártico pasea,
Que al filo agudo de esa invicta espada
Nuevo trofeo de altivez no sea,
Ni desde el indio oculto al mar de Oriente
Quien no se asombre á su vislumbre ardiente.
Ya pues para que en carros de leones,
Y en triunfo universal gozeis la tierra,
A vuestra fama solos los mojones
Resta allanar desta enemiga tierra;
Con esto haceis de todas las naciones
Un reino solo, solo en esta guerra
Está el ser invencibles, ó que el mundo
Aun todavia os dé el lugar segundo.
Mas ¿para qué en palabras entretengo
El triunfo que tal brio me asegura,
Si lo poco que en ellas me detengo
De corriente le quito á mi ventura?
Esto les doy de vida, hasta aquí vengo
A serles franco rey, gozen segura
Libertad este rato, ya el postrero
Que el hado les otorga, y vuestro acero.
Que aunque ceñidas de laurel triunfante
Por vuestra espada mis ancianas sienes
Ya ví otras veces, nunca en tan pujante
Gusto, ni en colmo de tan altos bienes:
Ni cuando el fiero campo de Agramante
Me dió en vencidos reyes sus rehenes,
Ni cuando de Gradaso, y de Mambrino,
Y Almonte, el triplicado triunfo vino:
Ni cuando á Desiderio en Lombardía
Mi tributario hice, ni con tanta
Gloria entré en Roma á recibir un dia
Del sacro imperio la diadema santa:
Que á todos estos actos de alegria
Este los sobrepuja y adelanta,
A esta victoria y triunfo los pasados
Son márgenes de gustos abreviados.
Sola una cosa, oh jóvenes gallardos,
La fe me otorgue de este pecho fiero,
Que contra los rendidos vuestros dardos
Ni se armen de rigor, ni sean de acero:
El que en ligero vuelo, ó pasos tardos,
Se os rindiere, tendreis por compañero,
Sea vuestro ciudadano el que huyere,
O el que por no morir se defendiere.
De los demás sin reservar viviente
La sangre riegue vuestros lirios de oro,
Muera su rey falaz, muera su gente,
Muera el leonés, el árabe y el moro:

A ellos, invicta casta descendiente
Del que á Hector engendró, y á Polidoro,
Que aun ya desde esta altura donde estamos
Por superiores suyos nos contamos.»
Dijo, y en frio silencio amortiguado
Se vió el primer orgullo bullicioso,
De la vecina muerte demudado
El pálido semblante al mas brioso:
Da latidos el pecho al mas osado,
Temen el arrogante y el medroso,
Y entibiar en tal trance los guerreros
Es el peor de todos los agüeros.
Mas no solo temblaron los presentes
De su cercano fin al triste ensayo,
Que no se halló francés entre las gentes
Que entonces no sintiese algun desmayo:
O fuesen de los hados las corrientes,
O de signo infeliz precioso rayo,
Que á las francesas armas poderosas
El curso trastornaba de las cosas.
Todos al fin los que en el mundo habia
Por regiones incógnitas sembrados
Los azares sintieron de aquel dia,
Y los pechos hallaron desmayados:
Los de la Libia cruel, los de la pia
Moscovia, los humildes, los honrados,
El que en Tiro sus púrpuras rescata,
Y el que de solo el ocio en Paris trata.
El César á vencer acostumbrado
Se vió tambien suspenso un rato en duda,
Hiere al luciente acero el sol dorado,
Y el aire en sangre y luto se demuda;
Cuando de la fortuna arrebatado
El uno y otro ejército se muda
En busca de la muerte, que aprestada
Da el postrer filo á su tajante espada.
Vánse acercando, suenan los clarines
Entre las peñas con quebrados ecos,
Y puestos ya en los últimos confines
Del fatal monte y sus peñascos huecos;
Del vario tiempo los dudosos fines,
Y del triste hado los variables truecos
Su orgullo asombran, y al dudoso caso
Suspenso dan el amagado paso.
En tanto la piedad y ambicion juntas
En medio hacen su batalla aparte;
La piedad, viendo en aceradas puntas
De Carlos y de Alfonso el estandarte,
Que con doradas cruces, sus conjuntas
Naciones hijas son de un mismo Marte,
De un gremio, de una ley, de un clima y cielo,
No sabe cual seguir por mejor celo.
Duda cual de los dos sea su enemigo,
Si el católico rey, si el rey cristiano,
Bien que de entrambos con halago amigo
Tocar desea de paz la honesta mano:
Ya en esto, puesto el cielo por testigo
A embestir iba el pecho á Carlo Mano,
Cuando de la ambicion fue rebatida
De un golpe tal, que la dejó sin vida.
Es ciega la ambicion, y ardiendo en ira,
Ni tiene superior, ni igual consiente,
Ni reconoce á Dios, ni á su ley mira,
Ni guarda fe al amigo, ni al pariente;
Todo lo arrasa, á todos blancos tira,
Y ahora, llena del furor presente,
Pasó por mas victoria de su mano
El duro corazon á Carlo Mano.
Y el resto del fantástico semblante
Al justo de un feroz jayan lo entalla,
Y por alma cruel lo da á Morgante,
Que aquel dia antes vino á la batalla;
Donde puesto al ejército delante
Sale ardiendo el primero á comenzalla,
Y acrecentada de ambicion la injuria,
¿Que rienda bastará contra su furia?
Muévense entrambos campos, semejantes
A dos tejidas selvas, cuyos pinos
Son espigadas lanzas relumbrantes,
Y las copadas hayas yelmos finos:
Las ramas son plumeros tremolantes,
Donde hace el viento bellos remolinos,
Y á las varias centellas del acero
En que el sol quiebra, se arde el bosque entero.
Llega junta á chocar la muchedumbre
Al son de belicosos instrumentos,
Gimió de Roncesvalles la alta cumbre
En roncos y tristísimos acentos:
Suena el acero, asombra su vislumbre,
Y el Pirineo tembló por los cimientos,
Las madres dentro en los vecinos techos
Sus hijos abrigaron á sus pechos.
Ahora es tiempo, oh sacra Melpomene,
Que en trágico furor vuele mi pluma,
Y tal su belicoso acento suene,
Que ni olvido ni envidia lo consuma;
Antes el mundo así sus versos llene,
Que aun reducidos á compendio y suma,
Tanto ensanche mi voz su nombre altivo,
Que quien dellos no hablare no esté vivo.
Cual soberbio centauro, que el monte Osa
En veloz curso rompe y atraviesa,
Y entero un pino da á la poderosa
Mano, haciendo dél liviana empresa,
Tiembla la alta montaña cavernosa,
Y él, cual turbio raudal rota la presa,
Hasta arrojarse en el vecino valle,
Por cuanto al paso encuentra hace calle;
Tal Morgante, amor nuevo de la bella
Angélica, á romper la primer lanza
En el campo español vuela con ella,
Y á entrarse por sus puntas se abalanza:
Encontró á Gravelindos de la Estrella,
Quitándole su encuentro la esperanza
De suceder en Lugo á Bahamonte,
Y sus armas trocar por las de Almonte.
Rompió la lanza en él, y con la espada
Furioso se arrojó en el campo hispano,
Abriendo por la gente mas granada
Sangriento estrago su arrogante mano:
De tajo, de revés, y de estocada,
Hiere, ahuyenta, y mata al mas cercano,
Carga, y revuelve su indomable potro,
De aquí, y de allí, sobre este, aquel, y el otro.
Reynaldos encontró del fiel Carpento
El gripado leon en verde escudo,
Pasando entrambos cual ligero viento,
Este herido en el brazo, y aquel mudo:
Mas del feroz Roldan ¿quién el violento
Curso dirá, y encuentro? que al membrudo
Vidaurre dió en sus ocho escudos de oro
Tal, que el monte atronó el rumor sonoro.
Fue el navarro á caer desacordado,
Mas revolviendo con mejor sentido,
Dejó al conde, que en medio del cerrado
Escuadron ve de seis á un tiempo herido;
Y á Angelin encontró, que confiado
De dar muerte á Reyner volvia teñido
De fresca sangre el brazo, y un agudo
Trozo de lanza por el roto escudo.
Del golpe que á Roldan causara espanto,
O temor, si atendiera su pujanza,
Al conde de Burdeos llegó tanto,
Que pudo dar á su Reyner venganza:
Rasgó el escudo, el brazo, el yelmo, y cuanto
Desde el plumero á la escarcela alcanza,
Dando al suelo de un golpe por entero,
Plumas, armas, caballo, y caballero.
Al duque Astolfo, que á vengar venia
La muerte de Angelin, volvió furioso,

Y en gallarda y trabada bateria
Dar principio se vió á un combate hermoso:
Mas tanta era la gente que moria
De un campo y otro, tanto el temeroso
Resonar de los golpes y tormenta,
Que no es posible dar de todos cuenta.
El bravo Durandarte, el gran Ricardo,
Gayferos, Naymo, Oton, y Bellenguero,
Anselmo, don Turpin, Avivio, Alardo,
El aleman Godofre, el fiel Raynero,
De todos hecho un escuadron gallardo,
Lanzando rayos de su ardiente acero,
Por el revuelto ejército de España
Rompiendo van en mortandad estraña.
Destrozan, hieren, matan sin concierto,
Rompen, desarman, y en sangriento lago
Un número increible dejan muerto,
Y entre los vivos un horrible estrago:
Quién el costado, quién el cuerpo abierto,
Sin sentir de la muerte bebió el trago,
Aquí uno, dos allí, y acullá ciento,
Por tierra arroja su furor violento.
A un tiempo ambos ejércitos difusos,
Sin órden, modo, sin concierto, ni arte,
En espantosa trápala los usos
Y reglas quiebran del sangriento Marte:
En ciegas tropas, y en monton confusos,
De aquí y de allí, por esta y la otra parte,
De á caballo y á pié, todos á una
Al gran desman se mezclan de fortuna.
Ni los diestros sargentos, ni el prudente
Capitan, pueden reducir á modo
La descompuesta confusion de gente
En que se enreda y enmaraña todo:
Mezclados el cobarde, y el valiente,
El español, francés, normando, y godo,
El noble, y el plebeyo, el alto, el bajo,
El que viste armas, y el que no las trajo.
Retumba el hueco valle á los acentos
Del ronco y triste son de las espadas,
Hieren las voces los confusos vientos,
Y el romper de las armas encontradas:
Corren del monte horrible rios sangrientos,
Volcando arneses, grevas y celadas
A los vecinos valles, ya cubiertos
De enteros escuadrones de hombres muertos.
Mézclase en los ejércitos la muerte,
Y mil vidas se lleva de un encuentro,
Que aunque cada una asida de su suerte,
Todas al fin van á parar á un centro:
Trafilo, yendo á herir á Ernesto el fuerte,
Por la espada de Andronio se entró dentro,
Quedando al descender el golpe incierto
Libre el vencido, y el contrario muerto.
Llevóle Fanio á Isareo de una altiva
Herida la cortés cabeza á vuelo,
Ven los ojos quedarse el cuerpo arriba,
Y ellos bajar con toda el alma al suelo:
Rió Sarpelo en ver que medio viva,
Yendo á hablar, le ató la lengua el yelo,
Y á él por trocar los yelmos una flecha
Las sienes le cosió, y pasó derecha.
Un venablo por medio de los pechos
Iba á Rubin buscando las espaldas,
Cuando otros dos en él dieron derechos,
Y él de aquel monte en las sangrientas faldas:
Y el alma por tres pasos tan estrechos,
A volver rojas las violetas gualdas,
Duda el salir, cuando de un golpe abierta
La cabeza le dió bastante puerta.
Cayó tras él Sirinto, y Aldigero,
Con armas encontradas y sangrientas,
Este gran bebedor, y aquel parlero,
Y un golpe los libró de dos afrentas:
De un campo y otro, Alcin aventurero,
Y el capitan Obando, las violentas
Lanzas quebraron, yendo al campo abierto
El uno medio vivo, el otro muerto.
A los piés de Chaquin cayó Sarrento,
Que entre unos riscos de la mar tenia
Mujer é hijos, y en quietud contento
Con anchas redes de pescar vivia:
Crecióle la ambicion, mudó de intento
Viniéndose á la guerra, y aquel dia,
De un fiero golpe ya rotos los cascos,
Por la paz suspiró de sus peñascos.
Mas ¿cuál dios, oh Quevedo, el gran torrente
De tu amorosa vena trocar pudo,
Y de poeta altivo y elocuente
Te trajo á ser entre las armas mudo?
¿Quién por pluma te dió la espada ardiente,
Por dulces versos el pesado escudo,
Y el mal seguro yelmo que ahora tienes,
Por el laurel de tus heróicas sienes?
Si querias guerras, con tu musa á solas
Las pudieras cantar, cual ya hiciste
Otro tiempo las armas españolas,
Y de Rodrigo la tragedia triste:
Mira, oh gallardo jóven, que las olas
De antojos con que Apolo el alma embiste,
Otras que no estas son, y que es de otra arte
El poético furor, que no el de Marte.
Apenas de oro el escarchado vello
Hacia invisible sombra á tus mejillas,
Cuando tu verso el mundo oyó, y en ello
De Venus y de Adonis las mancillas:
No sé por qué dejaste, oh jóven bello,
De cantar las batallas por seguillas,
Que para darnos desta una gran suma,
Mas que tu espada nos valia tu pluma.
Mas con deseos de cantar á España
De sus invictos héroes las heridas,
De acero armado, y de tu misma saña,
Fuiste al campo á aprenderlas, no de oidas:
Con limpio arnés que el aire en lumbres baña,
Y sobre el yelmo plumas esparcidas,
Que en lo pomposo y hueco de su rama
De las alas parecen de la fama.
En el escudo por empresa bella,
Aludiendo al amor en que se funda,
Tu vihuela, sin otra cuerda en ella
Que una prima, y por letra «sin segunda:»
O sea la luz que te guió, tu estrella,
Tu música, tu canto, ó tu profunda
Vena, todo era tal, y de tal modo,
Que á todo junto ajusta, y cuadra á todo.
Deste gallardo y belicoso aliento,
O espíritu gentil acompañado,
A los mayores riesgos mas contento
Entrar te hacia tu ánimo arrojado;
Y matando enemigos ciento á ciento
Ya cantar tu victoria habias trazado,
Cuando el deseo de alcanzar á Arbante
Al golpe guiar te pudo de Morgante.
Cual fiero leon, si al corto dia de invierno
Tras larga noche ayuno se levanta,
Y al salir de su cueva un ciervo tierno,
O nuevo toro ve entre planta y planta;
A quien aun no ha salido firme el cuerno,
Ni á los pechos le cuelga la garganta,
Deja otras ocasiones, y al presente
Las garras tienta, y apercibe el diente;
Tal el gigante al jóven peregrino
Su cruel hado le hizo que revuelva
Con una lanza de un entero pino,
Que ya fue adorno de una inculta selva:
Pasó el dorado escudo, el peto fino,
Y á salir hizo que la punta vuelva
Por las espaldas, y el altivo cuello
Caer dejó al un lado el rostro bello.

Mas ya es tiempo, oh deidades de Helicona,
Que todas juntas deis á mi alma aliento,
Que iguale, si es posible, á la persona
De quien ya quiero comenzar el cuento;
Y no en voz que se muda y desentona
A cualquier paso, y con cualquiera viento,
Mas en estilo de oro, y voz de acero,
Vean que es de la verdad la fama un cero.
Y de aquel brazo, cuyas maravillas
Asombraron un tiempo las estrellas,
Para que ahora hagan en oillas
Lo mismo que en el mundo hizo el vellas;
De esas doradas sacrosantas sillas
Bajad á oir mi canto, oh ninfas bellas,
Por cuyas manos el licor se vierte,
Que hace dulces engaños á la muerte.
Salió gallardo el príncipe de España
Luego que el francés campo vió deshecho,
Que hasta aquel punto reprimió la saña
Para mejor justificar su hecho:
Y cual hambriento leon, si en la montaña
La aguda hambre que le escarva el pecho,
El tímido rebaño, va sin gente
Ni pastor, desde lejos balar siente,
Haciendo estrago y riza de mil suertes
Entra bañando en sangre diente y garras,
Tal el feroz caudillo, de los fuertes
Montañeses, saltó el palenque y barras:
Y en varios golpes, y en diversas muertes,
Lances nuevos probó, pruebas bizarras,
Asombrando su espada al campo todo,
Ya deste, ya de aquel, ya de otro modo.
Al galan Durandarte, desde lejos
En ricas plumas y armas señalado,
Pasar vió entre las lumbres y reflejos,
Que el sol sacaba de su arnés dorado:
Y al verse en sus clarísimos espejos
Tan furioso llegó, que á no ir cebado
En dar muerte al francés, si se mirara,
De su misma braveza se espantara.
Mas la gallarda espada al brazo altivo,
Igual en la fineza y la ventura,
Sobre él corrió con golpe tan esquivo,
Que ni bastó reparo ni armadura:
Hiende el escudo, el yelmo, y á lo vivo
Del costado bajó, donde en segura
Paz su Belerma hermosa está escondida,
Que pudo aquella vez darle la vida.
Traia entre un riquísimo tesoro
Su dama en el escudo retratada
Con tan nueva hermosura y tal decoro,
Que fuera otra Medusa bien mirada:
Un Cupido á sus piés labrado de oro
Sobre su venda dando otra lazada,
Y de diamantes esta cifra bella,
«Medroso de morir si llega á vella.»
Sintió el tierno amador ver dividido
De tal manera su encantado escudo,
Que de la rica imágen de Cupido
Nada dejó á su dama el filo agudo;
Y desto mas que del dolor herido,
Con cuanto brio su arrogancia pudo
Tan fiero el brazo alzó que al derriballe
El monte hizo temblar, y atronó el valle.
La cabeza humilló hasta los arzones
Bernardo á la agraviada hermosura,
Que en el menguado escudo sus facciones
Muestran, que aun mas se debe á tal figura:
Mas no se iguala el término á los dones,
Que él fue cortés, pero ellos de hechura,
Que al primer golpe que acertó de lleno
Dió al valiente francés por cama el heno.
Reynaldos que llegó cuando caia,
Admirado de heridas tan gallardas,
«Valiente español, dijo, este es mi dia,
Si como debes sin temor me aguardas:
Con esa tuya, y con la espada mia,
De roja sangre y de tinieblas pardas
Famosa estátua te dará la suerte
De heróicos hechos, y de honrada muerte.»
Dijo, y á un tiempo igual ambos guerreros,
A dos manos sin guarda ni cubierta,
A buscar su victoria bajan fieros,
El uno á Balisarda, otro á Fusberta:
Esta dobló en las armas sus aceros,
Mas aquella con tal destreza acierta
Sobre el hadado yelmo de Mambrino,
Que todo el cerco de oro al suelo vino.
No le admiró á Reynaldos ver falsado
El encantado acero, que ya pudo
De todo un mundo defenderle armado,
Ni roto el leon barrado de su escudo,
Que lo que entonces le dejó admirado
El golpe fue del español sañudo,
Con quien los de Mambrino, y los de Orlando,
Golpes de folla son dados burlando.
Mas no por eso se acobarda un punto,
Que el apetito de honra aumenta el brio;
Antes con uno y otro aliento junto
Rompe arrogante de furor un rio:
Parece de los dos vivo el trasunto
De Aquiles y Hector, cuyo desafío
Dejó sobre los muros de Neptuno
Despues de gran porfía muerto al uno.
Hiere Reynaldos al valiente godo
En confusa batalla de mil suertes,
Y él tras su ofensa por el mismo modo
Intenta en él mil géneros de muertes:
Todo lo buscan, y lo prueban todo,
Con pechos nobles, y con brazos fuertes,
De un golpe y otro, de una y otra herida,
Buscando el fin de la contraria vida.
Por seis partes herido, y desangrado,
De Montalvan el príncipe se via,
Y su enemigo en todo tan guardado,
Que hecho de un diamante parecia:
Cuando ya de morir determinado
El roto leon borrado al suelo envia,
Tomando á su Fusberta con dos manos,
Que hizo temblar los montes comarcanos.
Y al sucesor del conde de Saldaña,
Que cubierto se entró para esperallo,
Dió un golpe, y otro, y otro con tal saña,
Que sin sentido le llevó el caballo,
Hasta dónde al rey Casto una maraña
De gente, ó por prendello, ó por matallo,
Cercaba con el fiero rey Morgante,
Que solo á todo junto era bastante.
Mas aunque herido en el honor le halla
El presente rigor, con pecho entero,
Sin mas volver á la primer batalla,
A guarecer su rey pasó ligero;
Y al gigante feroz, que á rematalla
Iba á todo el rigor de un golpe fiero,
De la una y otra cólera impelido
El suyo le quitó todo el sentido.
Y al ofendido rey, que en tanto estrecho
Halló sin esperanza de la vida,
Cobrar caballo hizo, y largo trecho
Arredrar dél la gente mal nacida,
Que no hay tan fiero y arrogante pecho
Que ose esperarle la segunda herida,
Si el suyo con deseos de venganza
A hacerla de veras se abalanza.
Y viendo en salvo al rey, «señor, le dijo,
No es justo así arriesgar vuestra persona,
Unica y noble basa en que está fijo
De España invicta el cetro y la corona.....»
Mas ya á este tiempo de Milon el hijo,
Que enteros campos rinde y amontona,

Huyendo dél un escuadron confuso
Fin á sus ruegos y razones puso.
¿Quién dirá de una espada tan gallarda
Los golpes y heridas espantosas,
Si ya á mi débil voz y lengua tarda
Tan imposibles son como forzosas?
Pecho de hierro, y trueno de lombarda,
Se ahogará al tropel de tantas cosas,
Donde en las que hoy obró el señor de Anglante
Mil siglos tiene que la fama cante.
Cual del frio risco, ó cavernosa gruta,
Donde Eolo encierra los airados vientos
De un ciego huracan tempestad bruta
Al mar se arroja en soplos turbulentos,
Donde su rabia hórrida ejecuta
Tropa sutil de espíritus violentos,
Que trastornando el golfo hasta el profundo
La firme basa hace temblar del mundo.
Saca el turbio Neptuno su tridente,
Y en horrible bramar los amenaza,
Las ricas islas del Egeo potente
Con olas sorbe y golpes despedaza:
Clama Delo á su dios resplandeciente,
Sérifo hunde su pequeña plaza,
Tal del feroz Roldan la altiva y brava
Violencia de una gente en otra andaba.
Hiere, rompe, destroza, desbarata,
Socorre, da favor, rinde, ahuyenta,
Despedaza, desmiembra, corta, mata
Cuanto delante el campo le presenta:
A este el brazo, al otro le arrebata
La mano, el rostro, y nada le contenta:
Yelmos, escudos, petos, grevas, malla,
Abolla, rompe, quiebra, corta, y talla.
En esta horrible mortandad envuelto
Llegó cuando Bernardo revolvia
Sobre el feroz Morgan, que habiendo vuelto
De su primer desmayo parecia
Que entero un mundo en su furor revuelto
De su arrogante brazo descendia
Contra el gallardo jóven, que á otra parte
Si le mira hará temblar á Marte.
Y empezando los dos nueva batalla,
El conde que llegó seguro á vella,
Y á los primeros lances de miralla
Su contrario español conoció en ella;
Alegre de que en tal sazon se halla
Por cuanto encuentra rompe y atropella,
Gritando, «afuera que esta empresa es mia,
Aquesta es mi venganza, este es mi dia.»
Puesto en medio los dos feroz retira
A una parte á Morgante, y á Bernardo
A dos manos dió un golpe con tal ira,
Que le hizo humillar el brio gallardo:
Mas el corzo colérico que mira
La grave injuria del francés bastardo,
Que en menosprecio suyo, y su arrogante
Brazo, al de su furor pasó adelante.
Sin mirar si es amigo, ó si enemigo,
Sobre él tal tempestad de golpes llueve,
Que el vivir le importó el seguro abrigo
Del encantado yelmo un tiempo breve:
Mas el leonés, que parte, y no testigo,
Quiere ser de aquel campo, lo que debe
Paga á dos manos con la fiera espada,
Que piensa de los dos salir vengada.
Cuando el franco Roldan al jóven fiero,
Y á su enemigo en medio el campo rojo,
«Venid, dice, los dos, que ambos espero
Que muertos me pagueis mejor mi enojo:
A entrambos juntos digo, á entrambos quiero,
Por mi honra al uno, al otro por mi antojo,
Que no se templará tambien mi saña
Si una muerte con otra no acompaña.»
Dijo, y de aquel, y deste rebatido,
Ni sabe á cuál herir, cómo, ni dónde,
Que los tres, uno de otro confundido,
Ninguno ve á quien da, ni á quien responde:
Tal la discordia en ellos se ha encendido,
Que el gran Bernardo al corzo, el corzo al conde,
El conde á él, y dellos cada uno
Con dos juntos se afirma, y con ninguno.
Llegó bravo Reynaldos á este punto,
Y viendo la confusa bateria,
Y al golpe de su espada puesto á punto
El que siguiendo con furor venia,
Con el que en su ofendido pecho junto
Pudo caber á su Fusberta envia
Sobre el dorado yelmo, que el ruido
Le sacó por un rato de sentido.
Quiso segundar otro, y otro luego;
Mas despertó al primero, y pudo tanto
La nueva sinrazon del furor ciego,
Que dió de dos á Francia el primer llanto,
Y al español coraje tanto fuego,
Que aun del golpe hasta hoy dura el espanto,
Pues hecho dos el yelmo de Mambrino,
Con cuanto tenia dentro al suelo vino.
Cayó, y de Montalvan y Claramonte,
Toda la gloria junta vino al suelo,
¡Oh del mundo menor breve horizonte,
Vida mortal, tasado paralelo!
Sea á tu gran valor tumba este monte,
Fama el blason, y la capilla el cielo,
Pues tras tantas grandezas, de su mano
No te dejó otra cosa el tiempo vano.
Cayó tambien con él su leal Bayardo,
O atronado del golpe poderoso,
O que del signo triste el pasado tardo
Allí acabó su curso perezoso,
Que al rey Artus sirvió, y hoy del gallardo
Reynaldos al sepulcro temeroso,
En cuya compañía el fiel caballo
Muerto, nuevo dolor ponia mirallo.
Asombró el golpe los vecinos valles,
Y volvió el mas distante la cabeza;
Roldan, que al paso está, volvió á miralles,
Y de la herida viendo la fiereza:
«¡Oh cielos, dijo, oh Francia, oh Roncesvalles,
Donde hoy cae del imperio la grandeza!
Fenezca aquí mi vida, ¡oh ciego hado!
¿Cómo tal fin á tal principio has dado?»
Dijo, y ya con la rabia de la muerte,
Por vengar de su primo el triste caso
Al jayan fiero, cuyo brazo fuerte
Vuelto enemigo le detiene el paso,
Un golpe, y otro, y otro de tal suerte
Furioso á un tiempo da, que al campo raso
Fuera de todo acuerdo el rey Morgante
A los piés vino del señor de Anglante.
Y sin mas curar dél por la batalla
Cruel se entra, á buscar la espada altiva
De aquel en quien vengar piensa, si le halla,
El muerto primo, y la congoja viva:
Ve de lejos lucir su ardiente malla,
Que á cada golpe un capitan derriba,
Y que de uno el bizarro pecho abierto
Al prado el duque Astolfo cayó muerto.
Traspasó otro dolor su pecho ardiente,
Y á matarle ó morir sale arrogante,
Cuando en tropa gentil resplandeciente
El paso le atajó un gallardo amante;
El bello Ascanio, hijo del valiente
Duque Estroci, que en brazo y brio triunfante
Volvia de matar por su persona
Cien franceses y un duque de Bayona.
Era el brioso jóven heredero
Del muerto duque y príncipe de Parma,
A quien la seda, mas que el duro acero,
La flor de sus lozanos miembros arma;

Mas aunque niño y tierno es altanero
Y así el brio en su pecho toca al arma,
Que despreciando el ocio de su tierra
En busca de su honor vino á la guerra.
De la prudente Emilia, dulce hermana
Del conde de Saldaña, es hijo hermoso,
Unico alivio y prenda á la temprana
Muerte infeliz de su querido esposo:
Deseo del tierno primo, y de honra vana,
Al bello Ascanio le quitó el reposo,
Y entre una escuadra de toscana gente
A la guerra le trajo á ser valiente.
De cien mancebos de su edad ceñido
De armas grabadas y plumeros bellos,
Con ricas sobrevistas de encendido
Carmesí y oro, que alegraba el vellos;
El fresco, altivo jóven, que al flórido
Rostro apuntaban los primeros vellos,
En caballo tambien lozano y niño,
De la color de un no manchado armiño.
Hechas de la alheñada clin á trechos
Bellas guedejas encrespadas de oro,
La altiva frente, y los fornidos pechos,
Llenos de un grave y bárbaro tesoro:
Del precioso jaez los trozos hechos
De varias piedras, que en crugir sonoro
Hacen con orgulloso movimiento
Temblar las plumas, y asombrarse el viento.
Sus ricas armas, mas que el sol lucientes,
De carbuncos cuajadas y diamantes,
De alegres rayos dan luces ardientes,
Que los aires abrasan circunstantes:
La celada de plumas eminentes
Blancas perlas esgrime por pinjautes,
Sembrado el resto á trechos de follajes,
Alcachofadas piñas y plumajes.
La roja espada de oro guarnecida,
De cristalina pedrería sembrada,
De los bordados tiros detenida,
En rica vaina de marfil grabada:
La varia sobrevista entretejida
Por su celeste azul plata escarchada,
Y en sus bordados por divina traza
Del bello Adonis la imprudente caza.
Viánse del fiero jabalí vengados
Entre claveles sus perdidos tiros,
Que si allá fueron flores de los prados,
Aquí rubís ardientes y zafiros:
Los bellos ojos del amor preñados
De aljófar, y los labios de suspiros,
Y su cárdeno cuerpo entre las flores
Vertiendo sangre y derramando amores,
Con tan bello primor, que sobrepuja
A la verdad la historia dibujada,
Dulces cuidados de la diestra aguja
De su tierna y ausente esposa amada;
La limpia lanza en la dorada cuja,
La vista alegre, el alma enamorada,
Cuyo capote y ceño, si se aira,
Da gusto y regocijo á quien lo mira.
Era el luciente yelmo que traia
De perlas y diamantes estrellado,
Donde un bello zodíaco ceñia
La altiva cresta y el gorjal labrado:
Los signos de diversa pedrería,
Y en el vellon de Colcos de un dorado
Topacio hecho un sol, cuyo fecundo
Rayo un nuevo verano abria al mundo.
Mas cuando en el fervor de la batalla
Con su aliento el bruñido acero entibia,
Del grave peso, y su dorada talla,
Buscando aire el cabello crespo alivia;
Y al que delante su ventura halla,
Aunque sea el risco del Peñol de Libia,
De amores vence, y mata con la vista,
Que á ella, ó su espada, no hay quien se resista.
Traia en el valiente y ancho escudo,
Para mostrar la gloria que profesa,
Sobre un peñasco de oro inculto y rudo
De Alcides las columnas por empresa,
Y señalando con lenguaje mudo
La hermosura que en su alma vive impresa,
En torno escrito de rubís, «si os viera,
Sobre vuestra belleza las pusiera.»
Agrada á todos su hermosura y brio,
Él solo, ni se estima, ni se precia,
Que con desdenes, y áspero desvio,
Su blanda condicion quiere hacer recia:
Mas por bien que en compuesto señorío
Se ensaña, y á quien le ama menosprecia,
Nunca su agrado pierde deleitoso,
Que mientras mas airado es mas hermoso.
Vuelven sus enemigos á otra parte
Las lanzas por no herir el rostro bello,
Y él de ese amor se ofende de tal arte,
Que los querria despedazar por ello:
Atiza sus enojos, y reparte
Ira suave entre el placer de vello,
Mas ya destas sus flores placenteras
Las parcas van hilando las postreras.
¡Oh bello jóven! diestro en el bullicio
De la caza sagaz y sus engaños,
¿Quién te trajo á tan áspero ejercicio
En lo mejor de tus floridos años?
Aquel ya de tu edad fue propio oficio,
Y tú incapaz de otros mayores daños,
Mas dióte el hado en sangre y hermosura
Mucho de estado, y poco de ventura.
¡Mísero! que fiado en tus engaños
De Marte sigues el clarin sonoro,
Para causar deleite á los estraños,
Y á tu madre infeliz tormento y lloro;
¿Quién volvió azar tus florecientes años,
Y agüero tus grabadas armas de oro?
Rico trofeo, en quien la adversa suerte
Principios dió de gloria, y fin de muerte.
Habia con su gallarda escuadra hecho
Vistosos lances en la franca gente:
Traspasó á Sergio el arrogante pecho,
De la region gascona el mas valiente:
Mató á Menon, á Galvo, y al contrecho
Esquilo, en dulces versos eminente;
Y á tí, sesgo Foscion, que no supiste
Reir, ni llorar, ni estar alegre, ó triste.
Pasó en diestro venablo la garganta
A Démedes voraz, gloton, hambriento,
Que despues que pasó á su vientre cuanta
Renta dejó de Sergio el testamento,
Se hizo alférez, y al fin por donde tanta
Hacienda entró, tambien entró el violento
Hierro, y fue en el tragar tan bruto y fuerte,
Que cuando mas no halló tragó la muerte.
Cual cachorro leon de poca prueba,
Por los rebaños de Getulia ardientes,
Que antes la madre le traia á la cueva
Conformes á su edad pastos recientes,
Sintiendo al cuello la guedeja nueva,
Las corvas garras, y los limpios dientes,
Corre lozano en torno la campaña,
Y á volver á su cueva no se amaña;
Así el hermoso Ascanio tras su muerte
Por el francés ejército corria,
Y en medio puesto de su escuadra fuerte
Lucero entre celajes parecia;
Cuando el rigor de la infelice suerte
Al paso le sacó donde venia
Del fiero conde Orlando la pujanza,
A tomar en Bernardo cruel venganza.
Asombróle el furor del francés fiero,
Tembló en ver el denuedo que traia,

Faltáronle las fuerzas, y el entero
Brio que en su alma nueva amanecia:
Vió que la guerra pide mas que acero,
Y que no es la imprudencia valentía,
Echa de ver que es niño, y no bastante
Su fuerza á resistir á tal gigante.
Quiere volverse atrás, mas no le deja
La honrada sangre que en las venas tiene;
Teme el ir adelante, y en perpleja
Lucha el miedo y la honra le detiene:
Cúbrele un frio sudor, que la guedeja
De oro á llover menudo aljófar viene,
Y en triste agüero una amarilla sombra
Volando en torno con temor le asombra.
Cual blanco cisne á su cantar atento,
Si de las frescas juncias del Pó mira
El águila de Júpiter, que al viento
La sombra en torno de sus plumas gira,
No hallando abrigo á su furor violento,
Tiembla, suspende el canto y se retira,
Y en la tierra quisiera entrarse al centro
Por huir de sus uñas el encuentro;
Tal el hermoso jóven, que se halla
Al golpe puesto del francés gallardo,
Sin esperanza cierta en la batalla,
Ni á su espada cruel hallar resguardo:
No viendo ya razon con que excusalla,
De un frio miedo impedido el brazo tardo
Contra el conde le alzó, mas por defensa,
Que por hacer á su arrogancia ofensa.
Mas el soberbio y cruel señor de Anglante,
Que viendo á su querido primo muerto,
Al tierno Adonis, y á su bella amante
Que hallara, atropellara sin concierto;
Al romano gentil que vió delante,
De plumas, oro, y pedrería cubierto,
Cual hambriento leon, que en diente y garra
Tierno cordero á su sabor desgarra;
Así, yendo á vengar su rabia ardiente
En el bravo español que le ha ofendido,
Hallando sin pensar el inocente
Pecho, dió en él la furia y el bramido:
Retira el paso, oh jóven escelente,
Da lugar á que acuda tu querido
Primo, que ya á valerte con su escudo
La vuelta daba, mas llegar no pudo,
Que con tal furia á Durindana embiste
El conde sobre Ascanio, que á su acero
Ni el suyo basta, ni rigor resiste,
Que escudo y peto rebanó el primero:
Al segundo, anublado en muerte triste
El semblante poco antes placentero,
Cayó, y sintió al caer, mas que su muerte
La rota estampa de su escudo fuerte.
Bernardo que al morir su primo amado
En la defensa de su amor llegaba,
Con el nuevo dolor quedó atajado
De ver la prenda tal que en tanto amaba;
«¡Oh bello jóven, dijo, malogrado!
¡Oh enemigo cruel! ¡oh furia brava!
El poder todo que hay en los humanos
No te podrá dar libre de mis manos.»
Y arremetiendo al conde, que venia
En igual ademán y brio de dal e,
Un escuadron entero que huía,
Al uno y otro les tomó la calle:
Despartió su furor el que traía
El alterado campo, sonó el valle,
Y el alboroto y el tropel de gente
Los hizo dividir forzosamente.
Era esta grita un intrincado enredo
Del fiero ardor del bárbaro Morgante,
Que en espantable indómito denuedo
Huyendo la llevaban por delante;
Y no con armas, mas con solo el miedo,
Que es el miedo en el vulgo semejante
Al ruido que en la nube se levanta,
Que sin herir con amagar espanta.
Despues que volvió en sí del golpe fiero
Con que le dejó Orlando sin sentido,
Rabioso en ver sus fuerzas, y su entero
Brio dos veces en un dia vencido;
Las ricas armas de templado acero,
Que ya en Libia ganó, quitó al fornido
Cuerpo, dando á los campos el tesoro
De la gran sierpe, y sus escamas de oro.
Y en impaciencia y voces turbulentas,
Bramando, vuelto al cielo, escupe y dice:
«¡Cobardes dioses! si á esas tan contentas
Sillas, que os sueña el mundo, no desdice
El ser todos locura, y las afrentas
Vengar quereis, que ya en mi reino os hice;
Sino sois solo palos y pinturas,
Y tienen de deidad vuestras figuras;
Bajad todos á mí, ó volved al mundo
Cuantos en él tuvieren nombre y fama,
A Encélado el gigante, que el profundo
Valle de Etna reuece en viva llama,
Los que en Flegra con brio furibundo
Ya os hicieron huir de rama en rama,
Del horrible Briareo el bulto leve,
Que en cien brazos cien mazas juntas mueve;
Dad á Nembrot por báculo su torre,
Y por soldados cuantos hubo en ella:
Nazca de nuevo Anteo, si se corre
De haber perdido su armadura bella;
Y sin que de su madre aparte y horre
La grave estampa, y la torcida huella,
La que en su ayuda, si á sazon le viene,
Juntos cuantos hermanos tuvo y tiene.
Saque Jason sus Argonautas fieros,
Ulises, Telamon, y el griego Aquiles
De nuevo multiplique compañeros
De leones hechos, no de hormigas viles;
Salgan de Troya y Grecia los guerreros;
Salgan Golias, Sanson y los sutiles
Judíos; salgan de Argos, y de Tebas,
Los crueles campos, y sangrientas grevas;
Salgan Hector y Páris, salga Troilo,
El fiel Tideo, el bravo Hipodemonte,
El fuerte Alcides, y el que en sabio estilo
Venció de Esfinge el cavernoso monte;
Turno, Eneas, Mecencio, Adastro, Egilo,
Teseo, y la arrogancia de Faetonte,
Y en su cruel hermandad, que la ira atice,
Rómulo y Remo, Eteocle y Polinice;
Salga mi antigua sombra, Capaneo,
Polifemo, y los hijos de Vulcano;
Y por no hacer mas áspero rodeo,
Ni el disgusto gastar el tiempo en vano,
Bajad, cobardes dioses, que no creo
Que hay otro que esta clava de mi mano,
Que si allá sube, y como aquí la afierra,
Con todo vuestro cielo dará en tierra.»
Así en blasfemas voces contra el cielo
Incautas iras y amenazas vierte,
Y con sola la clava á todo el suelo
Sin otras armas quiere dar la muerte:
Mató á Arbel, á Sitarco y á Sartelo,
A Eteo el rojo y á Gelon el fuerte,
Y á los dos primos Menedemo y Janto,
Este diestro en tañer, el otro en canto.
Degolló á Alceste, músico de flauta;
Y á los dos Sacrisildos arrogantes,
Al honesto Episino, á quien incauta
Egila dió su amor seis dias antes;
Y entre otros al fantástico Argonauta,
Cuyas palabras eran semejantes
A los álamos blancos en el froto;
Y así nadie por él se puso luto.

Entero el campo su furor llevaba,
Como el fiero Orion si desarmado
Al esgrimir de su acerada clava
Hirviese el golfo del Proponto helado:
En el cuartel de Argasto peleaba
El gascon Mondevegas, de argentado
Arnés, y un coronado leon rapante,
Bandado á escaques de oro por delante.
Sobre este, tras la clava y su arrogancia,
Ya la muerte bajando iba derecha,
Cuando Alcin, que con él desde su infancia
Se habia criado en amistad estrecha,
Tan diestro, que á cien pasos de distancia
Clavaba á un tierno ruiseñor su flecha,
Una á tiempo tiró tan oportuno,
Que el golpe de dos ojos quitó el uno.
Pensó hundir el mundo el corzo fiero
Con la rabia y dolor de la herida,
Y arrancando la flecha, y allí entero
El instrumento de la luz perdida,
Furioso arremetió contra el flechero
Por sacarle ambos ojos con la vida,
Cuando él, en igual tiento y puntería,
El otro le enclavó, y le escondió el dia.
Bramó el ciego jayan, resonó el valle,
Y arremetiendo á bulto el torpe Anteo
Al infeliz flechero, que por dalle
Mas bien no se guardó, cogió al voleo;
Y cayendo sobre él para libralle
No bastó de su amigo el fiel deseo,
Que allí á bocados le quitó la vida,
Y cien dardos la suya al homicida.
Ya en esto la fortuna, que suspensa
Neutral estado habia en la victoria,
Y en una variedad de casos densa
A unos y á otros sembraba vanagloria,
Queriendo dar á un cabo con la inmensa
Máquina de su rueda transitoria,
Comenzó á trastornar la vuelta estraña,
Francia á bajar, y á levantarse España.
Está el valle un sangriento lago hecho,
Sepulcro triste de la flor del mundo,
Y de sus bravos héroes trecho á trecho
Caido aquí el primero, allí el segundo:
El campo reducido á tal estrecho,
Que de la muerte el cruel brazo iracundo,
Ayudada de España y sus aceros,
A los dieces quitado habia los ceros.
No quiso la fortuna que tú fueses,
Francia, en el mundo sola la invencible,
Ni tu gloria fijar, sin que sintieses
De su pesada mano el golpe horrible;
Y así, despues que puso tus franceses
De su arco en lo mas claro y mas visible,
Coronados de triunfos y blasones
De indómitas y bárbaras naciones;
Despues que á tus banderas humillados
Entrambos polos, y á tus lirios bellos
Humildes parias de honra dan postrados
Cuantos tuvieron ojos para vellos;
Despues que del Oriente tus soldados
Los astros asombraron, y tras ellos,
Tan grande como el sol de playa en playa
De honra abrieron al orbe una ancha raya;
Hoy quiso desnudarte esa grandeza,
Que venia á tus holgados miembros ancha,
Que aun para dalla junta á la braveza
De España le convino echarle ensancha,
Que como espera hacerla su cabeza,
La tierra hasta sus límites ensancha,
Criando nuevos mundos, en que tenga
Magestad que á la suya le convenga.
El grave Emperador, que en la batalla
Entró en su carro de marfil triunfante,
A quien de petos y dorada malla
Iban seis mil tudescos por delante,
Gente insigne, y el cargo de mandalla
Al traidor Galalon, que en radiante
Escudo de lisonjas por mas mengua
Traia esta letra, «aquí, mas no en la lengua.»
Viendo el campo francés puesto en huida,
Sus bravos paladines destrozados,
Sus nobles capitanes de vencida,
A riesgo su persona y sus estados,
Ya la traidora pretension cumplida
Del bando magancés y sus privados,
La sangre helada, y el cabello yerto,
De pena está, como los suyos, muerto.
Mas con pecho magnánimo la gloria
Ajena encubre, y el dolor reprime,
Y ya que no en clarines de victoria,
En órden, porque nadie desanime,
Tocan á retirar; mas la notoria
Ventaja ya de España, en voz sublime
Aclamando victoria, «España, España,»
Ningun francés se libra de su saña.
Está el campo de muertos tan cubierto,
Que el carro no descubre ni halla paso,
Cuyo falcado tiro el pecho abierto
Deja del que al pasar encuentra acaso:
Alguno medio vivo y medio muerto,
Entre el morir y aquel vivir escaso,
Cruel quebranta, y con la rueda altiva
La parte le llevó que tenia viva.
Otro le ve venir, y no pudiendo
El cuerpo desviar sin que le oprima,
El débil cuello abaja al peso horrendo,
Que con nuevo dolor le viene encima;
Y él de sus armas con el ronco estruendo
Pone en ver su furor espanto y grima,
Corriendo por las ruedas sangre y sesos
Pingües de las medulas de los huesos.
Llegó en esto á pasar el carro altivo
Por donde el gran Reynaldos muerto estaba,
Quedó el César en verlo tal, que el vivo
Mas que el muerto cabe él dolor causaba;
Y sin reparo ya del golpe esquivo
Huyendo al hado su violencia brava,
Del falso Galalon á toda instancia
En un caballo salta, y huye á Francia.
El obispo Turpin, que entre el morado
Manto vestia bruñido y limpio acero,
A recoger del campo destrozado
Salió, lo que sobró al vencedor fiero:
De plumas y roquete señalado,
Y en el escudo grave un trozo entero
Sobre oro de agradable siempreviva,
Y por letra «mi fama» puesto arriba.
Solo á este dejó España por testigo
Y coronista desta su victoria,
Aunque él con pluma en todo no de amigo
Ya intentó y supo oscurecer su gloria:
Halló á Oliveros muerto por castigo
De su alevoso padre, que en memoria
Del desafío pasado, en aquel valle
Acabó Montesinos de matalle.
Matóle, y tras su primo Durandarte
Siguiendo el rastro de la sangre ardiente,
Del monte por la mas cerrada parte
Se entró llorando el grave mal presente:
De Carlos la diadema, el estandarte,
El triunfal carro, y la famosa gente,
Hizo heróico trofeo, y dejó España
A Roncesvalles por tan grave hazaña.
Bernardo en tanto, ya que por su mano
Quitó á Rainer y á Don Dudon la vida,
Al viejo Naimo, y á Godofre, hermano
De Galvan el bastardo fratricida,
Al fiel Dardin Dardeña, al inhumano
Don Alberto de Fox, y la escogida

Sangre vertió de entrambos los Beltranes,
Hijo y padre, famosos capitanes,
A los dos Angelinos, y al prudente
Bibiano, ilustre príncipe en Saboya,
De la famosa sangre descendiente
Que á Hector derramó la suya en Troya,
Viendo sin órden huir la franca gente
De Roncesvalles por la inculta hoya,
Espuelas á su leal caballo arrima,
Y asi á los suyos al alcance anima:
« Aun no está Francia en su altivez rendida
Si esa gente que huye le dejamos,
Que se alabe de haber abierto herida
En los que sin vengarla nos quedamos:
Dirá que la desórden fue fingida,
Y que seguirla de temor no osamos,
Pues le duró viniendo á nuestra tierra
Lo que quisieron, y no mas, la guerra.
Id pues sin orden en monton confuso,
Y pasad adelante al que ahora huye,
Volvedme hácia España ese difuso
Campo que así el vencer nos disminuye:
Creed que es nuevo ardid de guerra intruso,
Que cuando mas no puede nos destruye
La victoria, y los triunfos vuelve vanos,
Quitando lo mejor de nuestras manos.
Seguid el roto alcance, y diferente
De lo que ellos pretenden les hiramos,
No en las espaldas, sino frente á frente,
Con que mayor el vencimiento hagamos:
Sino es honra vencer cobarde gente,
Ya que vencido habeis, no consintamos
Que á los bravos de Francia ya sin vidas
Por cobardes los den vuestras heridas. »
Dijo, y contra Turpin, que acaudillando
Iba del roto campo el gran destrozo,



Viendo las altas plumas campeando,
El caballo hirió y su pecho el gozo;
Cuando hácia él venir al conde Orlando
Vió, y con gallardo brio y alborozo,
Dejando la primera empresa entera,
Esta segunda escoge por primera.
Cual generoso leon, que entre el rebaño
De algun collado de Getulia estrecho,
Cansado de matar, y de hacer daño,
Las garras lame, y el sangriento pecho;
Si un dragon ve venir de bulto estraño,
La oveja que á matar iba derecho
Deja, y en crespa clin, y aire brioso,
Se arroja al enemigo poderoso;

Así el bravo español viendo de lejos
Lucir las armas del señor de Anglante,
Tras sus nuevas vislumbres y reflejos
Feroz sale á ponérsele delante,
Herida el alma de los tristes dejos
Del malogrado primo y tierno amante,
Bien que el Marte francés al desafío
No salió con menor aliento y brio.
Antes en fuego de honra ardiendo el pecho,
Y en deseos de venganza: «oh fiero hispano,
Dijo, que el mundo á golpes has deshecho,
¿Quién te dará ya libre de mi mano?
Bien que la recompensa al daño hecho
Será buscarla igual cuidado vano,
Mas muere, y deje ahora aquí mi espada,
Sino el agravio, la honra reparada.»
Así dijo, y cual dos dragones fieros,
Que en los marsilios campos con la ardiente
Ponzoña que vomitan los postreros
Arboles se arden, y su hervir se siente,
Gimen las costas y escamados cueros,
Tiembla del grave monte la eminente
Altura, y ellos la abrasada arena
De roscas tienen y de golpes llena;
Tales los dos furiosos combatientes
En su horrible batalla andan cubiertos
De espantosas heridas, y valientes
Golpes, furias, coraje y desconciertos;
Rotas las finas armas, los ardientes
Yelmos y arneses sin piedad abiertos,
Sus penachos, escudos y testeras
Ya hechos rajas cubren las laderas.
Dió Orlando al de Leon con Durindana
A dos manos un golpe en el escudo,
Que ni el temple acerado, ni la sana
Pasta, valerle en su defensa pudo,
Que ya partido en dos hasta la grana
De sus venas no entrase el filo agudo,
Matizando el color la malla toda
Del fino rosicler de sangre goda.
Y él viendo ya el escudo sin provecho,
Y sin provecho el dilatar la muerte
De un enemigo tal como le ha hecho
El cielo en brazo poderoso y fuerte;
Alta la espada, y levantado el pecho,
Su agudo filo le envió de suerte
Que le partiera en dos, si la visera
En menos cercos encantados fuéra.
La sierra atronó el golpe, y con su tarda
Lengua el eco sonó por las cavernas,
Y al darle la encantada Balisarda
Su fuerza y sus virtudes mostró internas,
Que si las firmes armas su bastarda
Cuchilla no halló del todo tiernas,
Tampoco en la dureza que primero
Mostraba al mundo su inviolable acero.
Antes llevando á cercen la alta cresta
Del encantado yelmo sin segundo,
Bajando al hombro la cruel respuesta,
Vivo llegó su filo á lo profundo:
Corrió la primer sangre á la floresta
Que del fuerte Roldan conoció el mundo,
Y él de ver su arnés roto, y él herido,
Quedó mas que del golpe sin sentido.
La vista absorta, y el cabello yerto,
La sangre le cuajó un sudor helado,
Y el negro bulto de su primo muerto
En triste sombra se le puso al lado:
Mas ya del breve frenesí despierto,
De todo el golpe de su honor llevado,
Uno y otro redobla al godo altivo,
Milagro que con tantos quede vivo.
No en los fornidos yunques de Vulcano,
Sobre las derretidas masas de oro,
Labrando rayos á la diestra mano,
Que sola rige el estrellado coro,
Con los membrudos cíclopes el vano
Aire retumba en eco mas sonoro,
Que el valle á las confusas estampidas
De sus mortales golpes y heridas.
Llenos de horror y sangre, y los paveses
Por el campo sembrados, los caballos,
De las vueltas, vaivenes y reveses,
Ni ya pueden aquí ni allí llevallos;
Hechas sangrientas rajas los arneses,
Por ver si así podrán mejor quebrallos
A brazos se asen, y en alientos mudos
Los pechos gimen en los fuertes nudos.
De los guerreros la indomable fuerza
La de los dos caballos trajo al suelo,
Donde saltando cada cual se esfuerza
A mostrar la que en él ha puesto el cielo:
Crecen los nuevos golpes, y refuerza
El honor lo que falta, que el recelo
De perderle en el alma que le estima,
La punta es de rigor que mas lastima.
Dió el francés á Bernardo una herida
Tan á sazon, que pudo desarmalle
Todo el hombro siniestro, y de encendida
Sangre darle una nueva fuente al valle:
Corrió notable riesgo de la vida,
Mas cuando ya volvia á segundalle,
Tan recio entró con él, que por las faldas
De un gran peñasco le hizo dar de espaldas;
Y antes que hallase tiempo conveniente
De rehacer su furia, con dos manos
Alta la espada, sobre el yelmo ardiente
Bajó gimiendo por los aires vanos:
La celada rompió el golpe valiente,
Sonó el eco en los valles comarcanos,
Y aunque no cayó el conde, del ruido
Quedó atronado el uso del sentido.
Queríale ya dejar, y un bulto mudo,
Del muerto primo sombra temerosa,
Vió en el aire pasar, y el dolor pudo
Volver cruel su alma de piadosa:
«Aunque es corta venganza á mal tan crudo,
No te puedo dar mas, oh alma dichosa;
Muere ahora, cruel, muere, homicida,
Que aquí todo se paga con la vida.»
Dijo, y alzando el brazo vengativo,
Al dar sobre él la fiera arma encantada,
Dos partes quedó hecho el yelmo altivo,
Su heróica frente, y la enemiga espada;
Cayó muerto Roldan, quedando vivo
Su eterno nombre, su alma arrebatada
Feroz voló á su esfera, y su gallardo
Cuerpo á los piés cayó del gran Bernardo.

ALEGORIA.

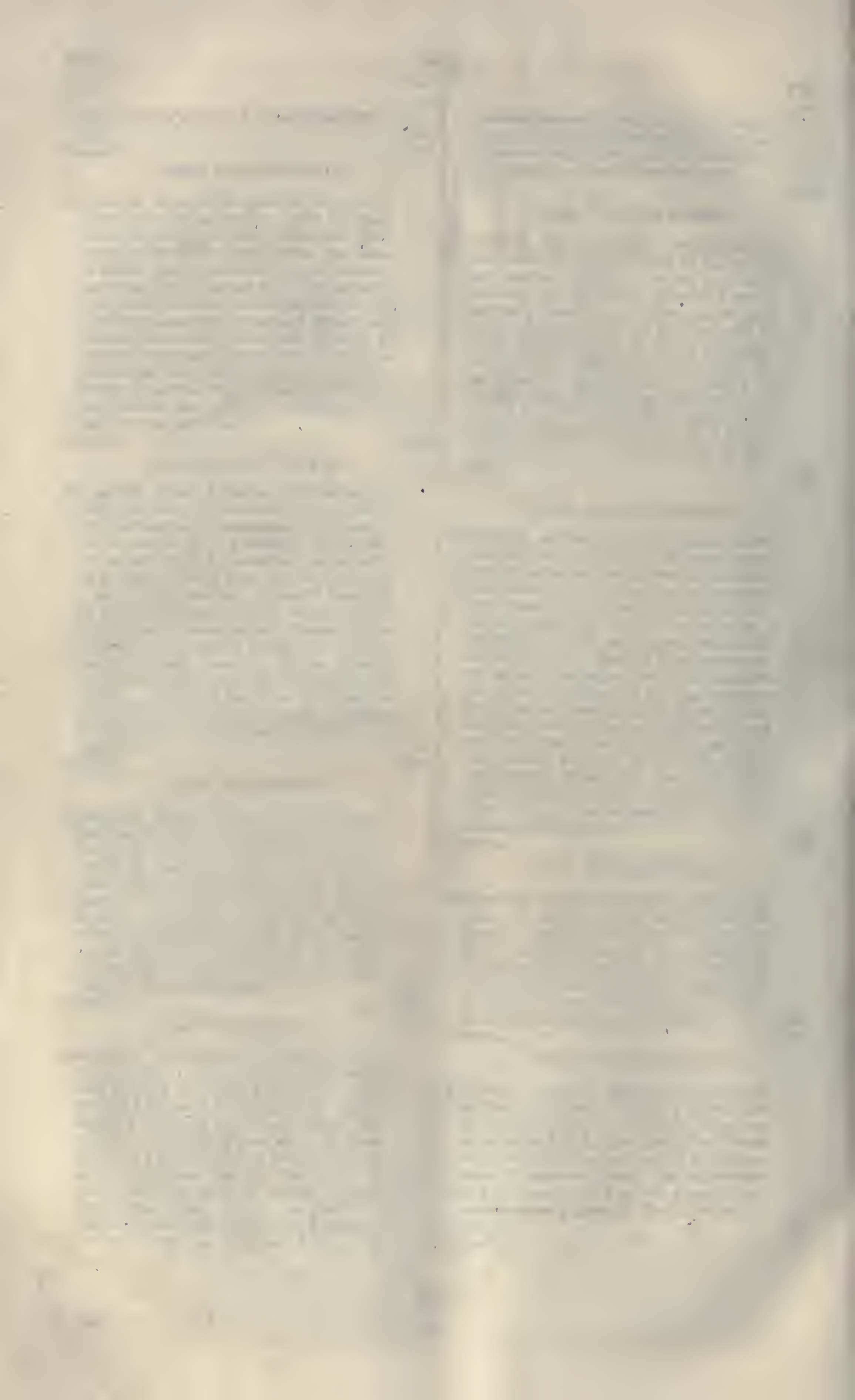
Las persuasiones de Galalon al César muestran claro, cómo á los príncipes hasta de su misma destruicion hacen lisonjas con que paladearles el gusto: y los agüeros que se ven en el aire antes de la batalla, significan las inspiraciones que envia el cielo para despertar la obstinacion de un ánimo rebelde, que se hace sordo y dormido, rompiendo con la ambicion todos los respetos y temores humanos: y en ser Morgante quien hace esto el primero, sin hallarse Orimandro en la batalla, es señal que toda ella procedió de una voluntad desenfrenada, y sin luz de entendimiento. En la discordia de Bernardo, Orlando, y Morgante, se muestra cómo la soberbia y arrogancia, ni aun en su favor no admite compañía; y en la hermosura de Ascanio, lo poco que puede la confianza humana, cuando no viene apoyada en grandes fundamentos de virtud: y en las muertes de Reynaldos y los demás paladines, y últimamente en la de Orlando, que era encantado, muerto por Bernardo con la espada Balisarda, muestra como no hay encantamento, armas, ni defensa que basten contra la muerte.

ÍNDICE.

FIN.

LA ARAUCANA,





BIBLIOTECA ILUSTRADA DE GASPAR Y ROIG.

LA ARAUCANA,

POEMA

DE D. ALONSO DE ERCILLA Y ZUÑIGA,

CABALLERO DE LA ÓRDEN DE SANTIAGO, GENTILHOMBRE DE LA CÁMARA DE LA MAGESTAD DEL EMPERADOR,

Dirigido á la del rey don FELIPE II.



MADRID.
IMPRENTA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES,
calle del Príncipe núm. 4.
1852.

NOTICIAS

DEL AUTOR DE ESTA OBRA.

Don Alonso de Ercilla y Zúñiga nació en Madrid á 7 de agosto de 1533; pero traia su orígen de Bermeo, cabeza del Señorío de Vizcaya, de donde era natural *Fortun García de Ercilla* su padre, eminente jurisconsulto que murió en Valladolid á 29 de setiembre de 1534 á los 40 de su edad. Fué tambien de Bermeo *Martin Ruiz de Ercilla*, Señor de la Torre de Ercilla, abuelo de nuestro don Alonso. Su madre fue *doña Leonor de Zúñiga*, Señora de Bovadilla, cuya villa, muerto Fortun García, fue incorporada en la Corona, y ella nombrada guarda-damas de la emperatriz doña Isabel. Procrearon estos nobles casados tres hijos: *don Francisco de Zúñiga*, que murió mozo en Madrid á 28 de julio de 1545: *don Juan de Zúñiga*, abad de Hormedes, limosnero mayor de la reina doña Ana de Austria, y maestro del príncipe don Fernando, el cual murió en Almaraz á 28 de agosto de 1580; y nuestro Don Alonso, que desde sus tiernos años se crió en palacio en calidad de paje del príncipe don Felipe, hijo del emperador Carlos V, y á la sombra de su madre doña Leonor. Era de ingenio vivo, naturalmente culto, de atinado juicio y de espíritu belicoso: prendas que mejoró con el estudio de las buenas letras, y perfeccionó con las varias peregrinaciones que hizo por Europa y América; porque siguió á Felipe II en cuantas jornadas hizo por mar y tierra, corriendo una y otra vez todas las provincias que contiene España, Italia, Francia, Inglaterra, Flandes, Alemania, Moravia, Silesia, Austria, Ungría, Stiria y Carintia. Y como siempre fue inclinado y amigo de inquirir y saber, segun confiesa él mismo (1), adquirió gran caudal de noticias y de prudencia, viendo, como otro Ulises, tanta diversidad de naciones y de humanas costumbres.

El año de 1547 acompañó al príncipe don Felipe, que, llamado de su padre el emperador, pasó á Bruselas y tomó posesion del ducado de Brabante. Llegó á aquella capital de Flandes, atravesando la Italia, la Alemania, y el ducado de Luxemburgo, y el año de 1551 se restituyó á España, desandando el mismo camino. El coronista Juan Esteban Calvete, que refiere este viaje, llama á nuestro Ercilla *don Alonso de Zúñiga*, usando del segundo apellido.

Siguió tambien Don Alonso al mismo príncipe cuando el año de 1554 pasó á Inglaterra á casarse con doña María, heredera de aquel reino. En esta sazon llegó á Lóndres la noticia del levantamiento del Estado de Arauco. Y hallándose en aquella córte Gerónimo de Alderete, que habia venido del Perú, le nombró el rey capitan y adelantado de aquella tierra, con cargo de pacificarla. Partió, pues, de Lóndres Alderete llevando en su compañía á Don Alonso de edad de 21 años, siendo esta la primera vez que ciñó espada, como él dice (2). Pero muriendo el adelantado en Taboga cerca de Panamá, continuó Ercilla su viaje á Lima, capital del Perú. Era virey de aquel reino don Andrés Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, y con noticia de la muerte del adelantado, y en virtud de sus facultades, nombró á su hijo don García por capitan general de Chile, á donde le envió con una lucida escuadra para sujetar á los inobedientes araucanos. Pasó, pues, Don Alonso á Chile, incorporado en esta escuadra, como él asegura (3), y lo confirma el coronista Herrera.

Entonces dió principio Don Alonso á las reñidas y sangrientas guerras del Arauco, obrando en el discurso de ellas mas proezas con la espada de las que escribió con la pluma, como dice el *Licenciado Oña* (4); pues, como del otro Troyano cantó Virgilio, fue nuestro Don Alonso gran parte de ellas, siendo Chile el teatro en donde hizo alarde de las primicias de su valor y de su ingenio. Hallóse en siete batallas campales, tolerando con heróico esfuerzo todas sus calamidades y riesgos de la vida: y no contento con estas empresas, acompañó á su general don García Hurtado de Mendoza á la conquista de la última tierra que por el estrecho de Magallanes estaba descubierta hasta el valle de Chile; aunque él pasó adelante, y seguido de otros diez soldados, venciendo dificultades insuperables y atravesando dos veces en piraguas el peligrosísimo desaguadero del Archipiélago de Ancudbox, entró la tierra adentro, y para testimonio de la intrepidez de su corazon, en la corteza del árbol mas robusto que vió allí grabó con un cuchillo la siguiente octava (5):

> Aqui llegó, donde otro no ha llegado,
> don Alonso de Ercilla, que el primero
> en un pequeño barco deslastrado,
> con solos diez, pasó el desaguadero;
> el año de cincuenta y ocho entrado
> sobre mil y quinientos, por febrero,
> á las dos de la tarde el postrer dia,
> volviendo á la dejada compañía.

(1) Canto XXXVI.

(2) Canto XIII.
(3) En el mismo canto.
(4) *Arauco domado*, canto VI.
(5) Canto XXXVI.

Volvió en efecto despues de varias fortunas y peligros á la ciudad de la Imperial, en donde estuvo á riesgo de perder entre los suyos la vida, que supo libertar en tantas ocasiones del poder de sus enemigos. Porque concurriendo á la sazon en la ciudad, dice el mismo Ercilla (1), gran número de gallardos jóvenes, concertaron una justa y desafío, en donde mostrase cada cual su valor y destreza. El doctor Cristóbal Suarez de Figueroa, dice (2): que estas fiestas las mandó celebrar don García para solemnizar la noticia que se recibió en Chile de la coronacion del rey Felipe II, en virtud de la renuncia que en Bruselas hizo en él el emperador Carlos V, su padre. «Hubo (añade Figueroa) entre otros regocijos Esta»fermo, á que salieron muchos armados. Sobre quién »habia herido en mejor lugar, hubo diferencia entre »*don Juan de Pineda* y *don Alonso de Ercilla*, pa»sando tan adelante que pusieron mano á las espadas. »Desenvaináronse en un instante infinitas de los de »á pié, que sin saber la parte que habian de seguir, »se confundian unos con otros, creciendo el alboroto »con estremo. Esparcióse voz que habia sido deshecha »para causar motin, y que ya los fingidos émulos le »tenian meditado, por haber precedido algunas oca»siones aunque ligeras. Prendiéronse por órden del »general, que para infundir temor entre los demás, »los condenó á degollar, sabiendo ser cualquier seve»ridad eficacísima para asegurar la milicia. Sosegóse »el tumulto, y hecha informacion, y hallado que »habia sido caso improviso de los dos, se revocó la »sentencia, etc.»

Hace mencion de este suceso el mismo Ercilla, y dice espresamente que fue sacado á la plaza á degollar (3):

> Turbó la fiesta un caso no pensado,
> y la celeridad del juez fue tanta,
> que estuve en el tapete, ya entregado
> al agudo cuchillo la garganta:
> el enorme delito exagerado,
> la voz y fama pública lo canta,
> que fue solo poner mano á la espada,
> nunca sin gran razon desenvainada.

y lo confirma en otro lugar hablando del mismo caso (4):

> Ni digo como al fin por accidente
> del mozo capitan acelerado
> fui sacado á la plaza injustamente
> á ser públicamente degollado; etc.

de modo que, segun esta relacion, revocó don García la sentencia estando para ejecutarse. Siguióse despues tener gran tiempo preso á Don Alonso, para enmendar con este el primer yerro, como él asegura (5), sucediendo á la prision un trabajoso destierro; mas no por eso faltó en ninguna accion ni asaltos de plazas que despues se ofrecieran. Pero estimulado del agravio que sufrió en la Imperial, salió de Chile y llegó prósperamente al Callao de Lima, en donde estuvo hasta que llegaron las noticias de las crueldades que ejercia en Venezuela Lope de Aguirre; y determinándose de ir contra él, llegó á Panamá, en donde supo que habian ya desbaratado y quitado la vida á aquel rebelde (6). Era Lope de Aguirre un guipuzcoano, natural de Oñate, que, viviendo en Lima, fue uno de los cuatrocientos hombres que bajo el mando del capitan Pedro de Ursúa fueron enviados el año de 1559 por el marqués de Cañete, virey del Perú, á la conquista de los Omeguas; pero rebelándose Aguirre contra su capitan, le quitó la vida y se hizo reconocer por caudillo de la gente, ejecutando tales crueldades, que justamente le compara Ercilla á Herodes y á Neron, pues no perdonó á su propia hija. Desbaratóle en Tocuyo Diego García de Paredes, y cortándole la cabeza le descuartizaron el año de 1561. Por este tiempo padeció Ercilla una larga y estraña enfermedad, convalecido de la cual, tocando en las Terceras, se restituyó á España á los 29 años de su edad; de donde á breve tiempo salió para correr la Francia, Italia, Alemania, Silesia, Moravia y Panonia (7), Pero hallándose en Madrid el año de 1570 contrajo matrimonio con doña María Bazan, hija de Gil Sanchez Bazan y de doña Marquesa de Ugarte, dama de la reina doña Isabel de la Paz, la cual y el emperador Rodulfo fueron sus padrinos, como dice Esteban de Garibay, citado por don Luis de Salazar. (8). Hace mencion Don Alonso en su *Araucana* de esta señora, alabándola sobre todas las que, arrebatado en sueños por Belona, vió juntas en un ameno prado; y deseando ocuparse en canciones amorosas, me sentí, dice (9)

> con gran gana y codicia de informarme
> de aquel asiento y damas tan hermosas,
> en especial y sobre todas una,
> que vi á sus piés rendida mi fortuna.
>
> Era de tierna edad, pero mostraba
> en su sosiego discrecion madura,
> y á mirarme parece la inclinaba
> su estrella, su destino y mi ventura:
> yo, que saber su nombre deseaba,
> rendido y entregado á su hermosura,
> vi á sus piés una letra que decia:
> DEL TRONCO DE BAZAN DOÑA MARIA.

Si es verdad que Don Alonso casó por enero de 1570, como asegura Garibay, no pudo ser su madrina la reina doña Isabel de la Paz, que murió á 4 de octubre de 1568 (10). Acaso quiso decir doña Ana de Austria, cuarta mujer de Felipe II, y hermana de los príncipes Rodulfo y Ernesto, que se criaban en Madrid: de donde llamó al primero Maximiliano II su padre, el año de 1572, para coronarle rey de Ungría: el siguiente de 1573 fue coronado rey de Bohemia en Praga, y el de 1576 sucedió á su padre en el imperio bajo el nombre de Rodulfo II (11). De este emperador fue gentilhombre Don Alonso de Ercilla, y acaso le acompañó en sus viajes en Alemania. Pero por los años de 1580 parece vivia retirado en Madrid su patria, aunque altamente quejoso de la fortuna. Porque, sin embargo de los continuos y penosos servicios que hizo en la milicia y en la casa real; sin embargo de sus estimables prendas de calidad, de estudios y de ingenio, nada parece medró en la milicia ni en palacio, de lo cual se queja abiertamente al mismo rey diciendo que tuvo siempre la desgracia de navegar contra la corriente de la fortuna; que fueron siempre infructuosos los inmensos trabajos que padeció en su servicio; que el disfavor le tenia arrinconado y reducido á la miseria suma; pero que á lo menos habia corrido con honor la carrera de su vida; y aunque destituido de premios, tenia la gloria de haberlos sabido merecer, que es en lo que verdaderamente consisten (12). En los *Avisos para palacio* (13) se refiere es-

(1) En el mismo canto XXXVI.
(2) *Hechos de D. García Hurtado de Mendoza, cuarto marqués de Cañete*, pág. 103 y 104.
(3) Canto XXXVI.
(4) Canto XXXVII.
(5) Canto XXXVI.
(6) En el mismo canto.
(7) Canto XXXVI.
(8) *Advertencias históricas*, pág. 13.
(9) Canto XVIII.
(10) Cabrera, *Historia de Felipe II.*
(11) Rodrigo Mendez de Silva, *Vida de la emperatriz doña María*, pág. 56.
(12) Canto XXXVII.
(13) Impresos á continuacion de la *Carta y Guia de casados*, folio 194.

te caso de nuestro Ercilla: »Hablando algunas veces »á Felipe II Don Alonso de Ercilla y Zúñiga, siendo »muy discreto hidalgo, que compuso el poema *la »Araucana*, se perdió siempre, sin acertar con lo que »queria decir, hasta que conociendo el rey por la no»ticia que tenia de él, que su turbacion nacia del »respeto con que ponia los ojos en la magestad, le dijo: »*don Alonso, habladme por escrito*. Así lo ejecutó, y »el rey le despachó é hizo merced.»

Si Don Alonso recibió esta merced, no parece fue suficiente para desarmarle de las razones de sus quejas. Desauciado finalmente de las esperanzas humanas, recurre á Dios, protestando que habia dado sin rienda al mundo el tiempo mas florido de su vida (1). Entre otras flaquezas que le remorderian á Don Alonso serian sin duda aquellas mocedades de que fueron fruto varios hijos que tuvo fuera de matrimonio (pues legítimo no tuvo ninguno), y que con toda espresion refiere don Luis de Salazar, con autoridad de Esteban de Garibay (2)· de los cuales la mas notable fue doña María Margarita de Zúñiga, dama de la emperatriz doña María, que casó altamente, pues fue su marido don Fadrique de Portugal, señor de las Baronías de Orani, caballerizo mayor de la misma emperatriz, hijo de los condes de Faro y Mira.

No sabemos cuando murió Don Alonso de Ercilla. El año de 1596 le supone vivo el licenciado Mosquera, pues entonces decia que estaba ocupado en escribir con felicidad las victorias de don Alvaro Bazan, marqués de Santa Cruz, cuyo poema no sabemos si la muerte le dió lugar de finalizar (3).

Fue Don Alonso de Ercilla soldado tan valeroso, que sin el auxilio de las letras propias, sustentaría en la posteridad la opinion de sus heróicos hechos; pero floreció tanto en ellas, que parece no necesita de la recomendacion de sus proezas para ocupar un lugar distinguido entre los mas famosos españoles: ó antes bien él solo se basta á sí mismo para hacerse inmortal con la espada y con la pluma, siendo á un mismo tiempo el héroe y el poeta: mas dichoso en esto que Aquiles y Alejandro, á quien poco hubieran aprovechado sus heroicidades si Homero y los historiadores griegos y latinos no las hubieran trasladado á la memoria de los hombres, y solo comparable con César, historiador de lo mismo que obraba. Vése esto en su *Araucana*, poema heróico, que Miguel de Cervantes gradua de uno de los mejores que hay escritos en lengua castellana, y de una de las mas ricas prendas de poesía que tiene España (4): poema por el cual el humanista Juan de Guzman llama á Don Alonso el *Homero Hispano* y *Príncipe de los poetas españoles* (5): cuyo libro, dice Andres Escoto, que leian muchos con asombro, y nunca lo dejaban de las manos (6); y de cuyo autor dijo Vicente Espinel (7):

> Que en el heróico verso fue el primero
> que honró á su patria, y aun quizá el postrero.

Consta este poema de tres partes, que compuso como él dice, escribiendo de noche lo que obraba de dia. Es su argumento las guerras que con obstinacion temeraria sustentaron los araucanos para defender su rebelion contra su rey don Felipe II, en cuya relacion guardó don Alonso la mas escrupulosa puntualidad; porque se propuso caminar siempre por el rigor de la verdad, como él advierte (8). Y como las batallas y sucesos de la guerra son tan parecidos, solo la fuerza de su invencion pudo lograr referir con grata variedad unos sucesos uniformes, y dar bulto y cuerpo agigantado á unos acaecimientos cuyos autores, especialmente de parte de los araucanos, eran unos personajes particulares, desconocidos y agrestes.

(1) Canto XXXVII.
(2) *Advertencias históricas*, pág. 14.
(3) *Comentario de disciplina militar*, pág. 175.
(4) *Historia de Don Quijote*, tom. I, cap. 6.
(5) *Convite de Oradores*. Conv. VI y VIII.
(6) *Bibl. Hisp.* verb. *Fortunius Garcia*.
(7) *Casa de la Memoria*.
(8) Prólogo de la parte II.

SONETO

DEL DUQUE DE MEDINACELI.

¿Quién jamás vió caber en un sugeto
Tres virtudes heróicas sublimadas,
Como se ven en vos hoy colocadas
Con provechoso fruto y raro efeto,
En que os habeis mostrado tan discreto
Cuanto vos las teneis mas adornadas,
Con dulcísimo son comunicadas
Mas al que en juicio fuere mas perfeto?
Así en Virgilio y Livio no se vieron
Ni en el divino Julio esclarecido,
Que su fama hasta vos han sustentado.
Déseos la palma, pues habeis subido
Donde pocos al fin hasta hoy subieron,
Y os han Marte y las Musas consagrado.

PRIMERA DEDICATORIA DEL AUTOR

AL SEÑOR REY DON FELIPF II.

S. C. R. M.

Bien sé que es mayor atrevimiento dirigir á V. M. mis obras que sacarlas á juicio de un mundo como el que hoy tenemos: mas, como en mí no hay parte que no esté ofrecida á V. M., como á fin donde todos los mios van enderezados, oso ponerle delante este pequeño tributo. Suplico á V. M. se sirva de mi trabajo, pues no puedo quedar satisfecho dél hasta que V. M. le dé por bueno, dejándome remunerado con aceptarle, y la obra amparada y defendida de las objecciones que se le podrian poner. Nuestro Señor la S. C. R. persona, etc. En Madrid á 15 de junio. Año 1578.

S. C. R. M.

Criado de V. M. que sus reales manos besa,

Don Alonso de Ercilla.

PRÓLOGO DEL AUTOR.

Si pensara que el trabajo que he puesto en esta obra me habia de quitar tan poco el miedo de publicarla, sé cierto de mí que no tuviera ánimo para llevarla al cabo. Pero considerando ser la historia verdadera y de cosas de guerra, á las cuales hay tantos aficionados, me he resuelto en imprimirla, ayudando á ello las importunaciones de muchos testigos que en lo demás dello se hallaron, y el agravio que algunos españoles recibirian quedando sus hazañas en perpétuo silencio faltando quien las escriba: no por ser ellas pequeñas, pero porque la tierra es tan remota y apartada y la postrera que los españoles han pisado por la parte del Perú, que no se puede tener della casi noticia, y por el mal aparejo y poco tiempo que para escribir hay con la ocupacion de la guerra, que no da lugar á ello; y asi el que pude hurtar le gasté en este libro, el cual porque fuese mas cierto y verdadero se hizo en la misma guerra y en los mismos pasos y sitios, escribiendo muchas veces en cuero por falta de papel, y en pedazos de cartas, algunos tan pequeños que apenas cabian seis versos, que no me costó despues poco trabajo juntarlos; y por esto, y por la humildad con que va la obra, como criada en tan pobres pañales, acompañándola el celo y la intencion con que se hizo, espero que será parte para poder sufrir quien la leyere las faltas que lleva. Y si á alguno le pareciere que me muestro algo inclinado á la parte de los araucanos, tratando sus cosas y valentías mas estendidamente de lo que para bárbaros se requiere; si queremos mirar su crianza, costumbres, modos de guerra y ejercicio della, veremos que muchos no les han hecho ventaja, y que son pocos los que con tal constancia y firmeza han defendido su tierra contra tan fieros enemigos como son los españoles. Y cierto es cosa de admiracion que no poseyendo los araucanos mas de veinte leguas de término, sin tener en todo él pueblo formado, ni muro, ni casa fuerte para su reparo, ni armas, á lo menos defensivas, que la prolija guerra y españoles las han gastado y consumido, y en tierra no áspera, rodeada de tres pueblos españoles y dos plazas fuertes en medio della, con puro valor y porfiada determinacion hayan redimido y sustentado su libertad, derramando en sacrificio della tanta sangre así suya como de españoles, que con verdad se puede decir haber pocos lugares que no estén della teñidos y poblados de huesos; no faltando á los muertos quien les suceeda en llevar su opinion adelanto; pues los hijos ganosos de la venganza de sus muertos padres, con la natural rabia que los mueve y el valor que dellos heredaron, acelerando el curso de los años, antes de tiempo tomando las armas, se ofrecen al rigor de la guerra: y es tanta la falta de gente por la mucha que ha muerto en esta demanda, que, para hacer mas cuerpo y henchir los escuadrones, vienen tambien las mujeres á la guerra, y peleando algunas veces como varones se entregan con grande ánimo á la muerte. Todo esto he querido traer para prueba y en abono del valor destas gentes, digno de mayor loor del que yo le podré dar con mis versos. Y pues, como dije arriba, hay agora en España cantidad de personas que se hallaron en muchas cosas de las que aquí escribo, á ellos remito la defensa de mi obra en esta parte, y á los que la leyeren se la encomiendo.



LA ARAUCANA,

POEMA

DE D. ALONSO DE ERCILLA Y ZÚÑIGA.

PRIMERA PARTE.

CANTO PRIMERO.

El cual declara el asiento y descripcion de la provincia de Chile y Estado de Arauco, con las costumbres y modos de guerra que los naturales tienen. Asimismo trata en suma la entrada y conquista que los españoles hicieron hasta que Arauco se comenzó á rebelar.

No las damas, amor, no gentilezas
de caballeros canto enamorados;
ni las muestras, regalos, ni ternezas
de amorosos afectos y cuidados:
mas el valor, los hechos, las proezas
de aquellos españoles esforzados
que á la cerviz de Arauco no domada,
pusieron duro yugo por la espada.
Cosas diré tambien harto notables
de gente que á ningun rey obedecen,
temerarias empresas memorables
que celebrarse con razon merecen:
raras industrias, términos loables
que mas los españoles engrandecen;
pues no es el vencedor mas estimado
de aquello en que el vencido es reputado.
Suplícoos, gran Felipe, que mirada
esta labor, de vos sea recibida,
que, de todo favor necesitada,
queda con darse á vos favorecida:
es relacion sin corromper, sacada
de la verdad, cortada á su medida;
no despreciéis el don, aunque tan pobre
para que autoridad mi verso cobre.
Quiero á Señor tan alto dedicarlo,
porque este atrevimiento lo sostenga,
tomando esta manera de ilustrarlo,
para que quien lo viere en mas lo tenga:
y si esto no bastare á no tacharlo,
á lo menos confuso se detenga,
pensando que, pues va á vos dirigido,
que debe de llevar algo escondido.
Y haberme en vuestra casa yo criado,
que crédito me dá por otra parte,
hará mi torpe estilo delicado,
y lo que va sin órden lleno de arte:
así, de tantas cosas animado,
la pluma entregaré al furor de Marte;
dad orejas, Señor, á lo que digo,
que soy de parte de ello buen testigo.
Chile, fértil provincia, y señalada
en la region Antártica famosa,
de remotas naciones respetada
por fuerte, principal y poderosa:
la gente que produce es tan granada,
tan soberbia, gallarda y belicosa,
que no ha sido por rey jamás regida,
ni á extranjero dominio sometida.
Es Chile Norte Sur de gran longura,
costa del nuevo mar del Sur llamado,
tendrá del Este al Oeste de angostura
cien millas, por lo mas ancho tomado:
bajo del polo Antártico en altura
de veinte y siete grados prolongado;
hasta dó el mar Océano y Chileno
mezclan sus aguas por angosto seno.
Y estos dos anchos mares, que pretenden,
pasando de sus términos, juntarse,
baten las rocas y sus olas tienden;
mas esles impedido el allegarse:
por esta parte al fin la tierra hienden
y pueden por aquí comunicarse;
Magallanes, Señor, fue el primer hombre
que, abriendo este camino, le dió nombre.

Por falta de piloto, ó encubierta
causa, quizá importante y no sabida,
esta secreta senda descubierta
quedó para nosotros escondida:
ora sea yerro de la altura cierta,
ora que alguna isleta removida
del tempestuoso mar y viento airado,
encallando en la boca, la ha cerrado.

Digo que Norte Sur corre la tierra,
y baña la del Oeste la marina;
á la banda del Este va una sierra
que el mismo rumbo mil leguas camina:
en medio es donde el punto de la guerra
por uso y ejercicio mas se afina:
Venus y Amor aquí no alcanzan parte;
solo domina el iracundo Marte.

Pues en este distrito demarcado,
por donde su grandeza es manifiesta,
está á treinta y seis grados el Estado
que tanta gente estraña y propia cuesta:
este es el fiero pueblo no domado
que tuvo á Chile en tal estrecho puesta,
y aquel que por valor y pura guerra
hace en torno temblar toda la tierra.

Es Arauco, que basta, el cual sujeto
lo mas de este gran término tenia,
con tanta fama, crédito y conceto
que del un polo al otro se estendia:
y puso al español en tal aprieto
cual presto se verá en la carta mia:
veinte leguas contienen sus mojones;
poséenla diez y seis fuertes varones.

De diez y seis caciques y señores
es el soberbio estado poseido,
en militar estudio los mejores
que de bárbaras madres han nacido:
reparo de su pátria y defensores,
ninguno en el gobierno preferido;
otros caciques hay, mas por valientes
son estos en mandar los preeminentes.

Solo al señor de imposicion le viene
servicio personal de sus vasallos,
y en cualquiera ocasion cuando conviene
puede por fuerza al débito apremiallos;
pero así obligacion el señor tiene
en las cosas de guerras doctrinallos,
con tal uso, cuidado y disciplina,
que son maestros despues de esta doctrina.

En lo que usan los niños en teniendo
habilidad y fuerza provechosa,
es que un trecho seguido han de ir corriendo
por una áspera cuesta pedregosa:
y al puesto y fin del curso revolviendo
le dan al vencedor alguna cosa:
vienen á ser tan sueltos y alentados
que alcanzan por aliento los venados.

Y desde la niñez al ejercicio
los apremian por fuerza y los incitan,
y en el bélico estudio y duro oficio,
entrando en mas edad, los ejercitan:
si alguno de flaqueza da un indicio,
del uso militar le inhabilitan;
y al que sale en las armas señalado
conforme á su valor le dan el grado.

Los cargos de la guerra y preeminencia
no son por flacos medios proveidos,
ni van por calidad, ni por herencia,
ni por hacienda y ser mejor nacidos;
mas la virtud del brazo y la excelencia,
esta hace á los hombres preferidos;
esta ilustra, habilita, perficiona
y quilata el valor de la persona.

Los que están á la guerra dedicados
no son á otro servicio constreñidos,
del trabajo y labranza reservados
y de la gente baja mantenidos:
pero son por las leyes obligados
de estar á punto de armas proveidos,
y á saber diestramente gobernallas
en las lícitas guerras y batallas.

Las armas dellos mas ejercitadas
son picas, alabardas y lanzones,
con otras puntas largas enhastadas
de la faicion y forma de punzones:
hachas, martillos, mazas barreadas,
dardos, sargentas, flechas y bastones,
lazos de fuertes mimbres y bejucos,
tiros arrojadizos y trabucos.

Algunas de estas armas han tomado
de los cristianos nuevamente agora,
que el continuo ejercicio y el cuidado
enseña y aprovecha cada hora;
y otras, segun los tiempos, inventado;
que es la necesidad grande inventora,
y el trabajo solícito en las cosas,
maestro de invenciones prodigiosas.

Tienen fuertes y dobles coseletes,
arma comun á todos los soldados,
y otros á la manera de savetes,
que son, aunque modernos, mas usados:
grevas, brazales, golas, capacetes
de diversas hechuras encajados,
hechos de piel curtida y duro cuero,
que no basta á ofenderle el fino acero.

Cada soldado una arma solamente
ha de aprender y en ella ejercitarse,
y es aquella á que mas naturalmente
en la niñez mostráre aficionarse:
de esta sola procura diestramente
saberse aprovechar, y no empacharse
en jugar de la pica el que es flechero,
ni de la maza y flechas el piquero.

Hacen su campo, y muéstranse en formado
escuadrones distintos muy enteros,
cada hila de mas de cien soldados,
entre una pica y otra los flecheros,
que de lejos ofenden desmandados
bajo la proteccion de los piqueros,
que van hombro con hombro, como digo,
hasta medir á pica al enemigo.

Si el escuadron primero que acomete
por fuerza viene á ser desbaratado,
tan presto á socorrerle otro se mete,
que casi no dá tiempo á ser notado:
si aquel se desbarata, otro arremete,
y estando ya el primero reformado,
moverse de su término no puede
hasta ver lo que al otro le sucede.

De pantanos procuran guarnecerse
por el daño y temor de los caballos,
donde suelen á veces acogerse,
si viene á suceder desbaratallos:
allí pueden seguros rehacerse,
ofenden sin que puedan enojallos;
que el falso sitio y gran inconveniente
impide la llegada á nuestra gente.

Del escuadron se van adelantando
los bárbaros que son sobresalientes,
soberbios cielo y tierra despreciando,
ganosos de estremarse por valientes:
las picas por los cuentos arrastrando,
poniéndose en posturas diferentes,
diciendo: Si hay valiente algun cristiano
salga luego adelante mano á mano.

Hasta treinta ó cuarenta en compañía
ambiciosos de crédito y loores,
vienen con grande orgullo y bizarría
al son de presurosos atambores:
las armas matizadas á porfía
con varias y finísimas colores;

de poblados penachos adornados
saltando acá y allá por todos lados.
Hacen fuerzas ó fuertes cuando entienden
ser el lugar y sitio en su provecho,
ó si ocupar un término pretenden,
ó por algun aprieto y grande estrecho,
de dó mas á su salvo se defienden,
y salen de rebato á caso hecho,
recogiéndose á tiempo al sitio fuerte,
que su forma y hechura es de esta suerte:
Señalado el lugar, hecha la traza,
de poderosos árboles labrados
cercan una cuadrada y ancha plaza
en valientes estacas afirmados,
que á los de fuera impide y embaraza
la entrada y combatir, porque, guardados



del muro los de dentro, facilmente
de mucha se defiende poca gente.
Solian antiguamente de tablones
hacer dentro del fuerte otro apartado,
puestos de trecho á trecho unos troncones
en los cuales el muro iba fijado
con cuatro levantados torreones
á caballero del primer cercado,
de pequeñas troneras lleno el muro,
para jugar sin miedo y mas seguro.
En torno de esta plaza poco trecho
cercan de espesos hoyos por de fuera:
cual es largo, cual ancho, y cual estrecho;
y así van, sin faltar desta manera,
para el incauto mozo que de hecho
apresura el caballo en la carrera
tras el astuto bárbaro engañoso,
que le mete en el cerco peligroso.

Tambien suelen hacer hoyos mayores
con estacas agudas en el suelo,
cubiertos de carrizo, yerba y flores,
porque puedan picar mas sin recelo:
allí los indiscretos corredores,
teniendo solo por remedio el cielo,
se sumen dentro, y quedan enterrados
en las agudas puntas estacados.

De consejo y acuerdo una manera
tienen de tiempo antiguo acostumbrada;
que es hacer un convite y borrachera
cuando sucede cosa señalada:
y así cualquier señor que la primera
nueva del tal suceso le es llegada,
despacha con presteza embajadores
á todos los caciques y señores;

Haciéndoles saber como se ofrece
necesidad y tiempo de juntarse,
pues á todos les toca y pertenece;
que es bien con brevedad comunicarse:
segun el caso así se lo encarece,
y el daño que se sigue dilatarse;
lo cual, visto que á todos les conviene,
ninguno venir puede que no viene.

Juntos, pues, los caciques del senado,
propóneles el caso nuevamente;
el cual por ellos visto y ponderado,
se trata del remedio conveniente;
y resueltos en uno, y decretado,
si alguno de opinion es diferente,
no puede en cuanto al débito eximirse,
que allí la mayor voz ha de seguirse.

Despues que cosa en contra no se halla,
se va el nuevo decreto declarando
por la gente comun y de canalla
que alguna novedad está aguardando:
si viene á averiguarse por batalla,
con gran rumor lo van manifestando
de trompas y atambores altamente,
porque á noticia venga de la gente.

Tienen un plazo puesto y señalado
para se ver sobre ello y remirarse,
tres dias se han de haber ratificado
en la definicion sin retractarse:
y el franco y libre término pasado,
es de ley imposible revocarse;
y así como á forzoso acaecimiento
se disponen al nuevo movimiento.

Hácese este concilio en un gracioso
asiento en mil florestas escogido,
donde se muestra el campo mas hermoso
de infinidad de flores guarnecido;
allí de un viento fresco y amoroso
los árboles se mueven con ruïdo,
cruzando muchas veces por el prado
un claro arroyo limpio y sosegado.

Dó una fresca y altísima alameda
por órden y artificio tienen puesta
en torno de la plaza, y ancha rueda
capaz de cualquier junta y grande fiesta,
que convida á descanso, y al sol veda
la entrada y paso en la enojosa siesta:
allí se oye la dulce melodía
del canto de las aves y armonía.

Gente es sin Dios ni ley, aunque respeta
á aquel que fue del cielo derribado,
que como á poderoso y gran profeta
es siempre en sus cantares celebrado:
invocan su furor con falsa seta
y á todos sus negocios es llamado,
teniendo cuanto dice por seguro
del próspero suceso ó mal futuro.

Y cuando quieren dar una batalla
con él lo comunican en su rito;
si no responde bien, dejan de dalla,
aunque mas les insista el apetito;
caso grave ó negocio no se halla
dó no sea convocado este maldito;
llámanle *Eponamon*, y comunmente
dan este nombre á alguno si es valiente.

Usan el falso oficio de hechiceros,
ciencia á que naturalmente se inclinan,
en señales mirando y en agüeros,
por las cuales sus cosas determinan:
veneran á los necios agoreros
que los casos futuros adivinan;
el agüero acrecienta su osadía,
y les infunde miedo ó cobardía.

Algunos de estos son predicadores,
tenidos en sagrada reverencia,
que solo se mantienen de loores,
y guardan vida estrecha y abstinencia:
estos son los que ponen en errores
al liviano comun con su elocuencia,
teniendo por tan cierta su locura
como nos la evangélica Escritura.

Y estos que guardan órden algo estrecha
no tienen ley, ni Dios, ni que hay pecados;
mas solo aquel vivir les aprovecha
de ser por sabios hombres reputados:
pero la espada, lanza, el arco y flecha
tienen por mejor ciencia otros soldados;
diciendo que el agüero alegre ó triste
en la fuerza y el ánimo consiste.

En fin, el hado y clima de esta tierra,
si su estrella y pronóstico se miran,
es contienda, furor, discordia, guerra,
y á solo esto los ánimos aspiran:
todo su bien y mal aquí se encierra;
son hombres que de súbito se aíran,
de condicion feroces impacientes,
amigos de domar estrañas gentes.

Son de gestos robustos, desbarbados,
bien formados los cuerpos y crecidos,
espaldas grandes, pechos levantados,
récios miembros, de nervios bien fornidos,
ágiles, desenvueltos, alentados,
animosos, valientes, atrevidos,
duros en el trabajo, y sufridores
de frios mortales, hambres y calores.

No ha habido rey jamás que sujetase
esta soberbia gente libertada,
ni extranjera nacion que se jactase
de haber dado en su términos pisada;
ni comarcana tierra que se osase
mover en contra y levantar espada:
siempre fue exenta, indómita, temida,
de leyes libre y de cerviz erguida.

El potente rey Inga, aventajado,
en todas las antárticas regiones,
fue un señor en estremo aficionado
á ver y conquistar nuevas naciones;
y por la gran noticia del estado
á Chile despachó sus Orejones;
mas la parlera fama de esta gente
la sangre les templó y ánimo ardiente.

Pero los nobles Ingas valerosos
los despoblados ásperos rompieron,
y en Chile algunos pueblos belicosos
por fuerza á servidumbre redujeron:
á dó leyes y edictos trabajosos
con dura mano armada introdujeron,
haciéndoles con fueros disolutos
pagar grandes subsidios y tributos.

Dado asiento en la tierra y reformado
el campo con ejército pujante,
en demanda del reino deseado
movieron sus escuadras adelante:
no hubieron muchas millas caminado,
cuando entendieron que era semejante

el valor á la fama que alcanzada
tenia el pueblo araucano por la espada.
Los Promaucaes de Maule, que supieron
el vano intento de los Ingas vanos,
al paso y duro encuentro les salieron,
no menos en buen órden que lozanos;
y las cosas de suerte sucedieron
que, llegando estas gentes á las manos,
murieron infinitos Orejones
perdiendo el campo y todos los pendones.
Los indios Promaucaes es una gente
que está cien millas antes del estado,
brava, soberbia, próspera y valiente,
que bien los españoles la han probado:
pero con cuanto digo, es diferente
de la fiera nacion, que, cotejado
el valor de las armas y excelencia,
es grande la ventaja y diferencia.
Los Ingas, que la fuerza conocian
que en la provincia indómita se encierra,
y cuán poco á los brazos ganarian
llevada al cabo la empezada guerra;
visto el errado intento que traian,
desamparando la ganada tierra,
volvieron á los pueblos que dejaron,
donde por algun tiempo reposaron.
Pues don Diego de Almagro, adelantado,
que en otras mil conquistas se habia visto,
por sabio en todas ellas reputado,
animoso, valiente, franco y quisto,
á Chile caminó determinado
de estender y ensanchar la fe de Cristo;
pero en llegando al fin de este camino
dar en breve la vuelta le convino.
A solo el de Valdivia esta victoria
con justa y gran razon le fue otorgada,
y es bien que se celebre su memoria,
pues pudo adelantar tanto su espada:
este alcanzó en Arauco aquella gloria,
que de nadie hasta allí fuera alcanzada;
la altiva gente al grave yugo trujo,
y en opresion la libertad redujo.
Con una espada y capa solamente,
ayudado de industria que tenia,
hizo con brevedad de buena gente
una lucida y gruesa compañía;
y con designio y ánimo valiente
toma de Chile la derecha via,
resuelto en acabar de esta salida
la demanda difícil ó la vida.
Vióse en el largo y áspero camino
por la hambre, sed y frio en gran estrecho;
pero con la constancia que convino
puso al trabajo el animoso pecho:
y el diestro hado y próspero destino
en Chile le metieron, á despecho
de cuantos estorbarlo procuraron,
que en su daño las armas levantaron.
Tuvo á la entrada con aquellas gentes
batallas y rencuentros peligrosos,
en tiempos y lugares diferentes,
que estuvieron los fines bien dudosos;
pero al cabo por fuerza los valientes
españoles, con brazos valerosos,
siguiendo el hado y con rigor la guerra,
ocuparon gran parte de la tierra.
No sin gran riesgo y pérdidas de vidas
asediados seis años sostuvieron,
y de incultas raices desabridas
los trabajados cuerpos mantuvieron,
dó las bárbaras armas oprimidas
á la española devocion trujeron,
por ánimo constante y raras pruebas
criando en los trabajos fuerzas nuevas.
Despues entró Valdivia conquistando
con esfuerzo y espada rigurosa,
los Promaucaes por fuerza sujetando,
Curios, Cauquenes, gente belicosa;
y, el Maule y raudo Itata atravesando,
llegó al Andaliën, dó la famosa
ciudad fundó de muros levantada,
felice en poco tiempo y desdichada.
Una batalla tuvo aquí sangrienta
donde á punto llegó de ser perdido:
pero Dios le acorrió en aquella afrenta;
que en todas las demás le habia acorrido;
otros dello darán mas larga cuenta,
que les está este cargo cometido;
allí fue preso el bárbaro Ainavillo,
honor de los Pencones y caudillo.
De allí llegó al famoso Biobío,
el cual divide á Penco del estado,
que del Nibequeten, copioso rio,
y de otros viene al mar acompañado;
de donde con presteza y nuevo brio,
en órden buena y escuadron formado
pasó de Andalican la áspera sierra,
pisando la araucana y fértil tierra.
No quiero detenerme mas en esto,
pues que no es mi intencion dar pesadumbre;
y así pienso pasar por todo presto,
huyendo de importunos la costumbre:
digo con tal intento y presupuesto
que antes que los de Arauco á servidumbre
viniesen, fueron tantas las batallas,
que dejo por prolijas de contallas.
Ayudó mucho el ignorante engaño
de ver en animales corregidos
hombres que por milagro y caso estraño
de la region celeste eran venidos:
y del súbito estruendo y grave daño
de los tiros de pólvora sentidos,
como á inmortales dioses los temian,
que con ardientes rayos combatian.
Los españoles hechos hazañosos
el error confirmaban de inmortales,
afirmando los mas supersticiosos,
por los presentes los futuros males:
y así tibios, suspensos y dudosos,
viendo de su opresion claras señales,
debajo de hermandad y fe jurada,
dió Arauco la obediencia jamás dada.
Dejando allí el seguro suficiente
adelante los nuestros caminaron;
pero todas las tierras llanamente,
viendo Arauco sujeta, se entregaron;
y reduciendo á su opinion gran gente
siete ciudades prósperas fundaron,
Coquimbo, Penco, Angol y Santiago,
la Imperial, Villa-rica, y la del Lago.
El felice suceso, la victoria,
la fama y posesiones que adquirian
los trujo á tal soberbia y vanagloria,
que en mil leguas diez hombres no cabian;
sin pasarles jamás por la memoria
que en siete piés de tierra al fin habian
de venir á caber sus hinchazones,
su gloria vana y vanas pretensiones.
Crecian los intereses y malicia,
á costa del sudor y daño ajeno,
y la hambrienta y mísera codicia
con libertad paciendo iba sin freno:
la ley, derecho, el fuero y la justicia
era lo que Valdivia habia por bueno,
remiso en graves culpas y piadoso,
y en los casos livianos riguroso.
Así el ingrato pueblo castellano,
en mal y estimacion iba creciendo,
y siguiendo el soberbio intento vano
tras su fortuna próspera corriendo:

pero el Padre del cielo soberano
atajó este camino, permitiendo
que aquel á quien él mismo puso el yugo
fuese el cuchillo y áspero verdugo.

El estado araucano acostumbrado
á dar leyes, mandar, y ser temido,
viéndose de su trono derribado,
y de mortales hombres oprimido;
de adquirir libertad determinado,
reprobando el subsidio padecido,
acude al ejercicio de la espada,
ya por la paz ociosa desusada.

Dieron señal primero y nuevo tiento
(por ver con qué rigor se tomaría)
en dos soldados nuestros, que á tormento
mataron sin razon y causa un dia:
disimulóse aquel atrevimiento,
y con esto crecióles la osadía;
no aguardando á mas tiempo, abiertamente
comienzan á llamar y juntar gente.

Principio fue del daño no pensado
el no tomar Valdivia presta enmienda
con ejemplar castigo del estado;
pero nadie castiga en su hacienda:
el pueblo sin temor desvergonzado
con nueva libertad rompe la rienda
del homenaje hecho y la promesa,
como el segundo canto aquí lo espresa.

CANTO II.

Pónese la discordia que entre los caciques de Arauco hubo sobre la eleccion de capitan general, y el medio que se tomó por el consejo del cacique Colocolo, con la entrada que por engaño los bárbaros hicieron en la casa fuerte de Tucapél, y la batalla que con los españoles tuvieron.

Muchos hay en el mundo que han llegado
á la engañosa alteza desta vida,
que Fortuna los ha siempre ayudado
y dádoles la mano á la subida,
para, despues de haberlos levantado,
derribarlos con mísera caida,
cuando es mayor el golpe y sentimiento,
y menos el pensar que hay mudamiento.

No entienden con la próspera bonanza
que el contento es principio de tristeza,
ni miran en la súbita mudanza
del consumidor tiempo y su presteza:
mas con altiva y vana confianza
quieren que en su fortuna haya firmeza;
la cual, de su aspereza no olvidada,
revuelve con la vuelta acostumbrada.

Con un revés de todo se desquita,
que no quiere que nadie se le atreva,
y mucho mas que dá siempre les quita,
no perdonando cosa vieja ó nueva:
de crédito y de honor los necesita,
que en el fin de la vida está la prueba,
por el cual han de ser todos juzgados,
aunque lleven principios acertados.

Del bien perdido al cabo ¿qué nos queda
sino pena, dolor y pesadumbre?
Pensar que en él Fortuna ha de estar queda,
antes dejará el sol de darnos lumbre:
que no es su condicion fijar la rueda,
y es malo de mudar vieja costumbre.
El mas seguro bien de la Fortuna
es no haberla tenido vez alguna.

Esto verse podrá por esta historia:
ejemplo dello aquí puede sacarse,
que no bastó riqueza, honor y gloria,
con todo el bien que puede desearse,
á llevar adelante la victoria;
que el claro cielo al fin vino á turbarse,
mudando la Fortuna en triste estado
el curso y órden próspera del Hado.

La gente nuestra ingrata se hallaba
en la prosperidad que arriba cuento,
y en otro mayor bien, que me olvidaba,
hallado en pocas casas, que es contento:
de tal manera en él se descuidaba
(cierta señal de triste acaecimiento)
que en una hora perdió el honor y estado
que en mil años de afan habia ganado.

Por dioses, como dije, eran tenidos
de los indios los nuestros; pero olieron
que de mujer y hombre eran nacidos,
y todas sus flaquezas entendieron:
viéndolos á miserias sometidos,
el error ignorante conocieron,
ardiendo en viva rabia avergonzados
por verse de mortales conquistados.

No queriendo á mas plazo diferirlo,
entre ellos comenzó luego á tratarse
que, para en breve tiempo concluirlo
y dar el modo y órden de vengarse,
se junten á consulta á difinirlo,
do venga la sentencia á pronunciarse,
dura, ejemplar, cruel, irrevocable,
horrenda á todo el mundo y espantable.

Iban ya los caciques ocupando
los campos con la gente que marchaba,
y no fue menester general bando,
que el deseo de guerra los llamaba
sin promesas ni pagas, deseando
el esperado tiempo, que tardaba,
para el decreto y áspero castigo,
con muerte y destruccion del enemigo.

De algunos que en la junta se hallaron
es bien que haya memoria de sus nombres,
que, siendo incultos bárbaros, ganaron
con no poca razon claros renombres:
pues en tan breve término alcanzaron
grandes victorias de notables hombres,
que de ellas darán fe los que vivieren,
y los muertos allá donde estuvieren.

Tucapél se llamaba aquel primero
que al plazo señalado habia venido;
este fue de cristianos carnicero,
siempre en su enemistad endurecido:
tiene tres mil vasallos el guerrero,
de todos como rey obedecido.
Ongol luego llegó, mozo valiente,
gobierna cuatro mil, lucida gente.

Cayocupil, cacique bullicioso,
no fue el postrero que dejó su tierra,
que allí llegó el tercero, deseoso
de hacer á todo el mundo él solo guerra:
tres mil vasallos tiene este famoso
usados tras las fieras en la sierra.
Millarapué, aunque viejo, el cuarto vino,
que cinco mil gobierna de contino.

Paicabí se juntó aquel mismo dia,
tres mil fuertes soldados señorea.
No lejos Lemolemo del venia,
que tiene seis mil hombres de pelea.
Mareguano, Gualemo y Lebopía
se dan prisa á llegar, porque se vea
que quieren ser en todo los primeros;
gobiernan estos tres tres mil guerreros.

No se tardó en venir, pues, Elicura,
que al tiempo y plazo puesto habia llegado,
de gran cuerpo, robusto en la hechura,
por uno de los fuertes reputado:
dice que estar sujeto es gran locura
quien seis mil hombres tiene á su mandado.
Luego llegó el anciano Colocolo;
otros tantos y mas rige este solo.

Tras este á la consulta Ongolmo viene,
que cuatro mil guerreros gobernaba.

Purén en arribar no se detiene,
seis mil súbditos este administraba.
Pasados de seis mil Lincoya tiene,
que bravo y orgulloso ya llegaba,
diestro, gallardo, fiero en el semblante,
de proporcion y altura de gigante.
Peteguelen, cacique señalado,
que el gran valle de Arauco le obedece
por natural Señor, y así el estado
este nombre tomó, segun parece,
como Venecia, pueblo libertado,
que en todo aquel gobierno mas florece:
tomando el nombre de él la Señoría,
así guarda el estado el nombre hoy dia.
Este no se halló personalmente,
por estar impedido de cristianos;
pero de seis mil hombres que él valiente
gobierna, naturales araucanos,
acudió desmandada alguna gente
á ver si es menester mandar las manos.
Caupolican el fuerte no venía,
que toda Palmaiquen le obedecia.



Tomé y Andalican tambien vinieron,
que eran del araucano regimiento,
y otros muchos caciques acudieron,
que por no ser prolijo no los cuento.
Todos con leda faz se recibieron,
mostrando en verse juntos gran contento.
Despues de razonar en su venida
se comenzó la espléndida comida.
Al tiempo que el beber furioso andaba,
y mal de las tinajas el pártido,
de palabra en palabra se llegaba
á encenderse entre todos gran ruido:
la razon uno de otro no escuchaba:
sabida la ocasion do habia nacido,
vino sobre cual era el mas valiente
y digno del gobierno de la gente.
Así creció el furor, que derribando
las mesas, de manjares ocupadas,
aguijan á las armas desgajando,
las ramas al depósito obligadas;

y dellas se aperciben, no cesando
palabras peligrosas y pesadas
que atizaban la cólera encendida
con el calor del vino y la comida.
El audaz Tucapél claro decia
que el cargo de mandar le pertenece,
pues todo el universo conocia
que si va por valor que lo merece:
ninguno se me iguala en valentía;
de mostrarlo estoy presto, si se ofrece
(añade el jactancioso) á quien quisiere,
y aquel que esta razon contradijere...
Sin dejarle acabar, dijo Elicura:
á mí es dado el gobierno desta danza,
y el simple que intentare otra locura
ha de probar el hierro de esta lanza.
Ongolmo, que el primero ser procura,
dice: yo no he perdido la esperanza
en tanto que este brazo sustentare
y con él la ferrada gobernare.
De cólera Lincoya y rabia insano
responde: tratar de eso es devaneo,
que ser señor del mundo es en mi mano;
si en ella libre este baston poseo.
Ninguno, dice Ongol, será tan vano
que ponga en igualárseme el deseo,
pues es mas el temor que pasaría
que la gloria que el hecho le daría.
Cayocupil furioso y arrogante
la maza esgrime, haciéndose á lo largo,
diciendo: yo veré quien es bastante
á dar de lo que ha dicho mas descargo:
haceos los pretensores adelante,
veremos de cual de ellos es el cargo;
que de probar aquí luego me ofrezco
que mas que todos juntos lo merezco.
Alto, sus, que yo aceto el desafio
(responde Lemolemo), y tengo en nada
poner á nueva prueba lo que es mio,
que mas quiero librarlo por la espada:
mostraré ser verdad lo que porfio
á dos, á cuatro, á seis en la estacada;
y si todos cuestion quereis conmigo,
os haré manifiesto lo que digo.
Purén, que estaba aparte, habiendo oido
la plática enconosa y rumor grande,
diciendo en medio de ellos se ha metido
que nadie en su presencia se desmande;
y ¿quién á imaginar es atrevido
que donde está Purén mas otro mande?
La grita y el furor se multiplica,
quién esgrime la maza y quién la pica.
Tomé y otros caciques se metieron
en medio de estos bárbaros de presto,
y con dificultad los despartieron,
que no hicieron poco en hacer esto:
de herirse lugar aun no tuvieron,
y en voz airada ya el temor pospuesto.
Colocólo, el cacique mas anciano,
á razonar así tomó la mano.
Caciques, del estado defensores,
codicia del mandar no me convida
á pesarme de veros pretensores
de cosa que á mí tanto era debida:
porque, segun mi edad, ya veis, señores,
que estoy al otro mundo de partida;
mas el amor que siempre os he mostrado
á bien aconsejaros me ha incitado.
¿Por qué cargos honrosos pretendemos,
y ser en opinion grande tenidos,
pues que negar al mundo no podemos
haber sido sujetos y vencidos?
y en esto averiguarnos no queremos,
estando aun de españoles oprimidos:
mejor fuera esa furia ejecutalla
contra el fiero enemigo en la batalla.
¿Qué furor es el vuestro ¡oh Araucanos!
que á perdicion os lleva sin sentillo?
¿Contra vuestras entrañas teneis manos,
y no contra el tirano en resistillo?
¿Teniendo tan á golpe á los cristianos
volveis contra vosotros el cuchillo?
Si gana de morir os ha movido,
no sea en tan bajo estado y abatido.
Volved las armas y ánimo furioso
á los pechos de aquellos que os han puesto
en dura sujecion, con afrentoso
partido, á todo el mundo manifiesto:
lanzad de vos el yugo vergonzoso;
mostrad vuestro valor y fuerza en esto:
no derrameis la sangre del estado
que para redimirnos ha quedado.
No me pesa de ver la lozanía
de vuestro corazon, antes me esfuerza;
mas temo que esta vuestra valentía,
por mal gobierno el buen camino tuerza:
que, vuelta entre nosotros la porfía,
degolleis nuestra patria con su fuerza:
cortad, pues, si ha de ser desa manera,
esta vieja garganta la primera:
Que esta flaca persona, atormentada
de golpes de fortuna; no procura
sino el agudo filo de una espada,
pues no la acaba tanta desventura.
Aquella vida es bien afortunada
que la temprana muerte la asegura;
pero, á nuestro bien público atendiendo,
quiero decir en esto lo que entiendo.
Pares sois en valor y fortaleza;
el cielo os igualó en el nacimiento;
de linaje, de estado y de riqueza
hizo á todos igual repartimiento;
y en singular por ánimo y grandeza
podeis tener del mundo el regimiento:
que este precioso don, no agradecido,
nos ha al presente término traido.
En la virtud de vuestro brazo espero
que puede en breve tiempo remediarse,
mas ha de haber un capitan primero
que todos por él quieran gobernarse:
este será quien mas un gran madero
sustentáre en el hombro sin pararse;
y pues que sois iguales en la suerte,
procure cada cual ser el mas fuerte.
Ningun hombre dejó de estar atento
oyendo del anciano las razones,
y puesto ya silencio al parlamento,
hubo entre ellos diversas opiniones:
al fin, de general consentimiento,
siguiendo las mejores intenciones,
por todos los caciques acordado
lo propuesto del viejo fue acetado.
Podria de algunos ser aquí una cosa
que parece sin término notada,
y es que en una provincia poderosa,
en la milicia tanto ejercitada,
de leyes y ordenanzas abundosa,
no hubiese una cabeza señalada
á quien tocase el mando y regimiento;
sin allegar á tanto rompimiento.
Respondo á esto, que nunca sin caudillo
la tierra estuvo electo del senado;
que, como dije, en Penco el Ainavillo
fue por nuestra nacion desbaratado;
y viniendo de paz, en un castillo
se dice, aunque no es cierto, que un bocado
le dieron de veneno en la comida,
donde acabó su cargo con la vida.
Pues el madero súbito traido,
(no me atrevo á decir lo que pesaba),

era un macizo líbano fornido,
que con dificultad se rodeaba:
Paicabí le aferró menos sufrido,
y en los valientes hombros le afirmaba
seis horas le sostuvo aquel membrudo,
pero llegar á siete jamás pudo.
Cayocupil al tronco aguija presto,
de ser el mas valiente confiado,
y encima de los altos hombros puesto,
lo deja á las cinco horas de cansado:
Gualemo lo probó, jóven dispuesto;
mas no pasó de allí; y esto acabado,
Ongol el grueso leño tomó luego:
duró seis horas largas en el juego.
Purén tras él lo trujo medio dia,
y el esforzado Ongolmo mas de medio;
y cuatro horas y media Lebopía,
que de sufrirle mas no hubo remedio:
Lemolemo siete horas le traía,
el cual jamás en todo este comedio
dejó de andar á acá y allá saltando,
hasta que ya el vigor le fue faltando.
Elicura á la prueba se previene,
y en sustentar el líbano trabaja;
á nueve horas dejarle le conviene,
que no pudiera mas si fuera paja.
Tucapelo catorce lo sostiene,
encareciendo todos la ventaja.
Pero en esto Lincoya apercibido
mudó en un gran silencio aquel ruido.
De los hombros el manto derribando
las terribles espaldas descubria,
y el duro y grave leño levantando
sobre el fornido asiento le ponía:
corre ligero aquí y allí, mostrando
que poco aquella carga le impedia:
era de sol á sol el dia pasado,
y el peso sustentaba aun no cansado.
Venia aprisa la noche, aborrecida
por la ausencia del sol; pero Diana
les daba claridad con su salida,
mostrándose á tal tiempo mas lozana;
Lincoya con la carga no convida
aunque ya despuntaba la mañana,
hasta que llegó el sol al medio cielo,
que dió con ella entonces en el suelo.
No se vió allí persona en tanta gente
que no quedase atónita de espanto,
creyendo no haber hombre tan potente
que la pesada carga sufra tanto:
la ventaja le daban, juntamente
con el gobierno, mando, y todo cuanto
á digno general era debido,
hasta allí justamente merecido.
Ufano andaba el bárbaro y contento
de haberse mas que todos señalado;
cuando Caupolican á aquel asiento
sin gente á la ligera habia llegado:
tenia un ojo sin luz de nacimiento,
como un fino granate colorado;
pero lo que en la vista le faltaba
en la fuerza y esfuerzo le sobraba.
Era este noble mozo de alto hecho,
varon de autoridad, grave y severo,
amigo de guardar todo derecho,
áspero, riguroso, justiciero,
de cuerpo grande y relevado pecho,
hábil, diestro, fortísimo y ligero,
sabio, astuto, sagaz, determinado,
y en casos de repente reportado.
Fue con alegre muestra recibido,
(aunque no sé si todos se alegraron):
el caso en esta suma referido
por su término y puntos le contaron:
viendo que Apolo ya se habia escondido
en el profundo mar, determinaron
que la prueba de aquel se dilatase
hasta que la esperada luz llegase.
Pasábase la noche en gran porfía
que causó esta venida entre la gente:
cual se atiene á Lincoya, y cual decia
que es el Caupolicano mas valiente:
apuestas en favor y contra habia;
otros sin apostar dudosamente
hácia el Oriente vueltos aguardaban
si los fébeos caballos asomaban.
Ya la rosada aurora comenzaba
las nubes á bordar de mil labores,
y á la usada labranza dispertaba
la miserable gente y labradores:
ya á los marchitos campos restauraba
la frescura perdida y sus colores,
aclarando aquel valle la luz nueva,
cuando Caupolican viene á la prueba.
Con un desden y muestra confiada,
asiendo del troncon duro y ñudoso,
como si fuera vara delicada,
se le pone en el hombro poderoso:
la gente enmudeció, maravillada
de ver el fuerte cuerpo tan nervoso;
la color á Lincoya se le muda,
poniendo en su victoria mucha duda.
El bárbaro sagaz despacio andaba,
y á toda priesa entraba el claro dia;
el sol las largas sombras acortaba,
mas él nunca descrece en su porfía:
al ocaso la luz se retiraba,
ni por esto flaqueza en él habia:
las estrellas se muestran claramente,
y no muestra cansancio aquel valiente.
Salió la clara luna á ver la fiesta
del tenebroso albergue húmedo y frio,
desocupando el campo y la floresta
de un negro velo lóbrego y sombrío:
Caupolican no afloja de su apuesta,
antes con nueva fuerza y mayor brio
se mueve y representa de manera
como si peso alguno no trujera.
Por entre dos altísimos ejidos
la esposa de Titon ya parecía,
los dorados cabellos esparcidos,
que de la fresca helada sacudia,
con que á los mústios prados florecidos
con el húmido humor reverdecia,
y quedaba engastado así en las flores
cual perlas entre piedras de colores.
El carro de Faeton sale corriendo
del mar por el camino acostumbrado:
sus sombras van los montes recogiendo
de la vista del sol; y el esforzado
varon, el grave peso sosteniendo,
acá y allá se mueve no cansado;
aunque otra vez la negra sombra espesa
tornaba á parecer corriendo apriesa.
La luna su salida provechosa
por un espacio largo dilataba:
al fin turbia, encendida y perezosa,
de rostro y luz escasa se mostraba:
paróse al medio curso mas hermosa
á ver la estraña prueba en qué paraba;
y viéndola en el punto y ser primero
se derribó en el ártico hemisfero.
Y el bárbaro en el hombro la gran viga,
sin muestra de mudanza y pesadumbre,
venciendo con esfuerzo la fatiga,
y creciendo la fuerza por costumbre.
Apolo en seguimiento de su amiga
tendido habia los rayos de su lumbre;
y el hijo de Leocan en el semblante
mas firme que al principio y mas constante.

Era salido el sol cuando el enorme
peso de las espaldas despedia,
y un salto dió en lanzándole disforme,
mostrando que aun mas ánimo tenia:
el circunstante pueblo en voz conforme
pronunció la sentencia, y le decia:
sobre tan firmes hombros descargamos
el peso y grave carga que tomamos.

Al nuevo juego y pleito difinido,
con las mas ceremonias que supieron
por sumo capitan fue recibido,
y á su gobernacion se sometieron.
Creció en reputacion, fue tan temido,
y en opinion tan grande le tuvieron,
que ausentes muchas leguas del temblaban,
y casi como á rey le respetaban.

Es cosa en que mil gentes han parado,
y están en duda muchos hoy en dia,
pareciéndoles que esto que he contado
es alguna ficcion ó poesía:
pues en razon no cabe, que un senado
de tan gran disciplina y policía
pusiese una eleccion de tanto peso
en la robusta fuerza y no en el seso.

Sabed que fue artificio, fue prudencia
del sabio Colocolo, que miraba
la dañosa discordia y diferencia
y el gran peligro en que su patria andaba,
conociendo el valor y suficiencia
de este Caupolican que ausente estaba,
varon en cuerpo y fuerzas estremado,
de rara industria y ánimo dotado.

Así propuso astuta y sabiamente,
para que la eleccion se dilatase,
la prueba al parecer impertinente
en que Caupolican se señalase,
y en esta dilacion secretamente
dándole aviso, á la eleccion llegase,
trayendo así el negocio por rodeo
á conseguir su fin y buen deseo.

Celebraba con pompa allí el senado
de la justa eleccion la fiesta honrosa,
y el nuevo capitan, ya con cuidado
de dar principio á alguna grande cosa,
manda á Palta sargento que, callado,
de la gente mas presta y animosa
ochenta diestros hombres aperciba,
y á su cargo apartados los reciba.

Fueron pues escogidos los ochenta
de mas esfuerzo y menos conocidos;
entre ellos dos soldados de gran cuenta
por quien fuesen mandados y regidos,
hombres diestros usados en afrenta,
á cualquiera peligro apercibidos:
el uno se llamaba Cayeguano,
el otro Alcatipay de Talcaguano.

Tres castillos los nuestros ocupados
tenian para el seguro de la tierra,
de fuertes y anchos muros fabricados,
con foso que los ciñe en torno y cierra:
guarnecidos de pláticos soldados,
usados al trabajo de la guerra;
caballos, bastimento, artillería
que en espesas troneras asistía.

Estaba el uno cerca del asiento
adonde era la fiesta celebrada;
y el araucano ejército contento,
mostrando no tener al mundo en nada:
que con discurso vano y movimiento
queria llevarlo todo á pura espada;
pero Caupolican mas cuerdamente
trataba del remedio conveniente.

Habia entre ellos algunas opiniones
de cercar el castillo mas vecino;
otros, que con formados escuadrones
á Penco enderezasen el camino:
dadas de cada parte sus razones,
Caupolican en nada desto vino,
antes al pabellon se retiraba
y á los ochenta bárbaros llamaba.

Para entrar al castillo fácilmente
les da industria y manera disfrazada,
con espresa instruccion que plaza y gente
metan á fuego y á rigor de espada;
porque él luego tras ellos diligente
ocupará los pasos y la entrada:
despues de haberlos bien amonestado
pusieron en efeto lo tratado.

Era en aquella plaza y edificio
la entrada á los de Arauco defendida,
salvo los necesarios al servicio
de la gente española, estatuïda
á la defensa de ella y ejercicio
de la fiera Belona embravecida;
y así los cautos bárbaros soldados
de feno, yerba y leña iban cargados.

Sordos á las demandas y preguntas,
siguen su intento y el camino usado,
las cargas en hilera y órden juntas,
habiendo entre los haces sepultado
astas fornidas de ferradas puntas;
y así contra el castillo, descuidado
del encubierto engaño, caminaban,
y en los vedados límites entraban.

El puente, muro y puerta atravesando,
miserables, los gestos afligidos,
algunos de cansados cojeando,
mostrándose marchitos y encogidos;
pero dentro las cargas desatando,
arrebatan las armas atrevidos,
con amenaza, orgullo y confianza
de la esperada y súbita venganza.

Los fuertes españoles salteados,
viendo la airada muerte tan vecina,
corren presto á las armas, alterados
de la estraña cautela repentina;
y, á vencer ó morir determinados,
cual con celada, cual con coracina,
salen á resistir la furia insana
de la brava y audaz gente araucana.

Asáltanse con ímpetu furioso,
suenan los hierros de una y otra parte;
allí muestra su fuerza el sanguinoso
y mas que nunca embravecido Marte:
de vencer cada uno deseoso,
buscaba nuevo modo, industria y arte
de encaminar el golpe de la espada
por dó diese á la muerte franca entrada.

La saña y el coraje se renueva
con la sangre que saca el hierro duro,
y la española gente á la india lleva
á dar de las espaldas en el muro.
Ya el infiel escuadron con fuerza nueva
cobra el perdido campo mal seguro,
que estaba de los golpes esforzados
cubierto de armas, y ellos desarmados.

Viéndose en tanto estrecho los cristianos,
de temor y vergüenza constreñidos,
las espadas aprietan en las manos,
en ira envueltos y en furor metidos:
cargan sobre los fieros araucanos,
por el ímpetu nuevo enflaquecidos;
entran en ellos, hieren y derriban,
y á muchos de cuidado y vida privan.

Siempre los españoles mejoraban,
haciendo fiero estrago y tan sangriento
en los osados indios, que pagaban
el poco seso y mucho atrevimiento:
casi defensa en ellos no hallaban:
pierden la plaza y cobran escarmiento:

al fin de tal manera los trataron
que á fuerza de los muros los lanzaron.
  Apenas Cayeguan y Talcaguano
salian, cuando con paso apresurado
asomó el escuadron Caupolicano,
teniendo el hecho ya por acabado;
mas viendo el esperado efecto vano,
y el puente del castillo levantado,
pone cerco sobre él, con juramento
de no dejarle piedra en el cimiento.
  Sintiendo un español mozo que habia
demasiado temor en nuestra gente,
mas de temeridad que de osadía,
cala sin miedo y sin ayuda el puente,
y puesto en medio dél alto decia:
«Salga adelante, salga el mas valiente;
uno por uno á treinta desafío,
y á mil no negaré este cuerpo mio.»
  No tan presto las fieras acudieron
al bramar de la res desamparada,
que de lejos sin órden conocieron
del pueblo y moradores apartada,
como los araucanos cuando oyeron
del valiente español la voz osada,
partiendo mas de ciento presurosos,
del lance y cierta presa codiciosos.
  No porque tantos vengan temor tiene
el gallardo español, ni esto le espanta,
antes al escuadron que espeso viene
por mejor recibirle se adelanta:
el curso enfrena, el ímpetu detiene
de los fieros contrarios, que con tanta



furia se arroja entre ellos sin recelo,
que rodaron algunos por el suelo.
  De dos golpes á dos tendió por tierra,
la espada revolviendo á todos lados:
aquí esparce una junta, y allí cierra
á donde ve los mas amontonados:
igual andaba la desigual guerra,
cuando los españoles bien armados,
abriendo con presteza un gran postigo
salen á la defensa del amigo.
  Acuden los contrarios de otra parte,
y en medio de aquel campo y ancho llano,
al ejercicio del sangriento Marte
viene el bando español y el araucano:
la primera batalla se desparte,
que era de ciento á un solo castellano,
vuelven el crudo yerro no teñido
contra los que del fuerte habian salido.
  Arrójanse con furia, no dudando
en las agudas armas por juntarse,
y con las duras puntas van tentando
las partes por do mas puedan dañarse:
cual los cíclopes suelen martillando
en las vulcanas yunques fatigarse,
así martillan, baten y cercenan,
y las cavernas cóncavas atruenan.
  Andaba la victoria así igualmente;
mas gran ventaja y diferencia habia
en el número y copia de la gente,
aunque el valor de España lo suplia:
pero el soberbio bárbaro, impaciente,
viendo que un nuestro á ciento resistia

con diabólica furia y movimiento
arranca á los cristianos del asiento.

Los españoles sin poder sufrillo
dejan el campo, y de tropel corriendo
se lanzan por las puertas del castillo,
al bárbaro la entrada resistiendo:
levan el puente, calan el rastrillo,
reparos y defensas previniendo:
suben tiros y fuegos á lo alto,
temiendo el enemigo y fiero asalto.

Pero viendo ser todo perdimiento,
y aprovecharles poco ó casi nada,
de voto y de comun consentimiento
su clara destruicion considerada,
acuerdan de dejar el fuerte asiento;
y así en la escura noche deseada,
cuando se muestra el mundo mas quieto
la partida pusieron en efeto.

A punto estaban y á caballo, cuando
abren las puertas, derribando el puente,
y á los prestos caballos aguijando
al escuadron embisten de la frente;
rompen por él hiriendo y tropellando,
y sin hombre perder dichosamente
arriban á Puren, plaza segura,
cubiertos de la noche y sombra escura.

Mientras esto en Arauco sucedia,
en el pueblo de Penco mas vecino,
que á la sazon en Chile florecia,
fertil de ricas minas de oro fino,
el capitan Valdivia residia;
donde la nueva por el aire vino,
que afirmaba con término asignado
la alteracion y junta del estado.

El comun, siempre amigo de ruido,
la libertad y guerra deseando,
por su parte alterado y removido,
se va con este son desentonando:
al servicio no acude prometido,
sacudiendo la carga y levantando
la soberbia cerviz desvergonzada,
negando la obediencia á Carlos dada.

Valdivia, perezoso y negligente,
incrédulo, remiso y descuidado,
hizo en la Concepcion copia de gente,
mas que en ella en su dicha confiado:
el cual, si fuera un poco diligente,
hallaba en pié el castillo arruïnado,
con soldados, con armas, municiones,
seis piezas de campaña y dos cañones.

Tenia con la Imperial concierto hecho
que alguna gente armada le enviase,
la cual á Tucapel fuese en derecho,
donde con él á tiempo se juntase:
resoluto en hacer allí de hecho
un ejemplar castigo, que sonase
en todos los confines de la tierra,
porque jamás moviesen otra guerra.

Pero dejó el camino provechoso,
y, descuidado dél, torció la via,
metiéndose por otro, codicioso
que era donde una mina de oro habia:
y de ver el tributo y don hermoso
que de sus ricas venas ofrecia,
paró de la codicia embarazado,
cortando el hilo próspero del hado.

A partir (como dije) antes, llegaba
al concierto en el tiempo prometido;
mas el metal goloso que sacaba
le tuvo á la sazon embebecido:
despues salió de allí, y se apresuraba
cuando fuera mejor no haber salido.
Quiero dar fin al canto, porque pueda
decir de la codicia lo que queda.

CANTO III.

Valdivia con pocos españoles y algunos indios amigos camina á la casa de Tucapel para hacer el castigo. Mátanle los araucanos á los corredores en el camino en un paso estrecho y danle despues la batalla, en la cual fue muerto él y toda su gente por el grande esfuerzo y valentia de Lautaro.

¡Oh incurable mal! ¡oh gran fatiga!
con tanta diligencia alimentada,
vicio comun y pegajosa liga,
voluntad sin razon desenfrenada;
del provecho y bien público enemiga;
sedienta bestia, hidrópica hinchada,
principio y fin de todos nuestros males.
¡Oh insaciable codicia de mortales!

No en el pomposo estado á los señores
contentos en el alto asiento vemos,
ni á pobrecillos bajos labradores
libres de esta dolencia conocemos:
ni el deseo y ambicion de ser mayores
que tenga fin y límites sabemos:
el fausto, la riqueza y el estado,
hincha, pero no harta, al mas templado.

A Valdivia mirad, de pobre infante
si era poco el estado que tenia,
cincuenta mil vasallos que delante
le ofrecen doce marcos de oro al dia:
esto y aun mucho mas no era bastante,
y así la hambre allí lo detenia;
codicia fue ocasion de tanta guerra,
y perdicion total de aquesta tierra.

Esta fue quien halló los apartados
indios de las antárticas regiones;
por esta eran sin órden trabajados
con dura imposicion y vejaciones:
pero rotas las cinchas de apretados,
buscaron modo y nuevas invenciones
de libertad, con áspera venganza,
levantando el trabajo la esperanza.

Cuán cierto es, como claro conocemos,
que al doliente en salud consejos damos,
y aprovecharnos dellos no sabemos;
pero de predicarlos nos preciamos.
Cuando en la sosegada paz nos vemos,
¡qué bien la dura guerra platicamos!
¡que bien damos consejos y razones
lejos de los peligros y ocasiones!

¡Cómo de los que yerran abominan
los que están libres en seguro puerto!
¡qué bien de allí las cosas encaminan,
y dan en todo un medio y buen concierto!
¡con qué facilidad se determinan,
visto el suceso y daño descubierto!
Dios sabe aquel que la derecha via,
metido en la ocasion, acertaria.

Valdivia iba siguiendo su jornada,
y el duro disponer del hado duro,
no con la furia y priesa acostumbrada,
présago y con temor de mal futuro:
sospechoso de bárbara emboscada,
por hacer el camino mas seguro,
echó algunos delante para prueba,
pero jamás volvieron con la nueva.

Viendo los nuestros ya que al plazo puesto
los tardos corredores no volvian,
unos juzgan el daño manifiesto,
otros impedimentos les ponian:
hubo consejo y parecer sobre esto;
al cabo en caminar se resolvian,
ofreciéndose todos á una suerte,
á un mismo caso y á una misma muerte.

Aunque el temor allí tras esto vino,
en sus valientes brazos se atrevieron,
y á su próspera suerte y buen destino
el dudoso suceso cometieron:

no dos leguas andadas del camino,
las amigas cabezas conocieron,
de los sangrientos cuerpos apartadas,
y en empinados troncos levantadas.
No el horrendo espectáculo presente
causó en los firmes ánimos mudanza;
antes con ira y cólera impaciente
se encienden mas, sedientos de venganza:
y de rabia incitados nuevamente
maldicen y murmuran la tardanza:
solo Valdivia calla y teme el punto;
pero rompió el silencio y pena junto.
Diciendo: ¡oh compañeros! dó se encierra
todo esfuerzo, valor y entendimiento:
ya veis la desvergüenza de la tierra,
que en nuestro daño dá bandera al viento:
veis quebrada la fe, rota la guerra,
los pactos van del todo en rompimiento:
siento la áspera trompa en el oido,
y veo un fuego diabólico encendido.
Bien conoceis la fuerza del estado,
con tanto daño nuestro autorizada:
mirad lo que Fortuna os ha ayudado
guiando con su mano vuestra espada;
el trabajo y la sangre que ha costado,
que de ella está la tierra alimentada;
y pues tenemos tiempo y aparejo,
será bueno tomar nuevo consejo.
Quien estos son tendreis en la memoria;
pues hay tanta razon de conocellos,
que si de ellos no hubiésemos vitoria
y en campo no pudiésemos vencellos,
será tal su arrogancia y vanagloria,
que el mundo no podrá despues con ellos;
dudoso estoy, no sé, no sé qué haga
que á nuestro honor y causa satisfaga.
La poca edad y menos esperiencia
de los mozos livianos que allí habia,
descubrió con la usada inadvertencia
á tal tiempo su necia valentía,
diciendo: ¡oh capitan! danos licencia,
que solos diez sin otra compañia
el bando asolaremos araucano,
y haremos el camino y paso llano.
Lo que jamás hicimos en estrecho,
no es bien por nuestro honor que lo hagamos,
pues cierto es, que cuanto habemos hecho,
volviendo atrás un paso, lo manchamos:
mostremos al peligro osado pecho,
que en él está la gloria que buscamos.
Valdivia, de la réplica sentido,
enmudeció de rabia y de corrido.
¡Oh Valdivia, varon acreditado!
¡cuánto la verde plática sentiste!
no solias tú temer como soldado,
mas de buen capitan ahora temiste:
vas á precisa muerte condenado,
que como diestro y sabio lo entendiste;
pero quieres perder antes la vida
que sea en tí una flaqueza conocida.
En esto acaso llega un indio amigo,
y á sus piés en voz alta arrodillado
le dice: ¡oh capitan! mira que digo
que no pases el término vedado:
veinte mil conjurados, yo testigo,
en Tucapel te esperan, protestado
de pasar sin temor la muerte honrosa
antes que vivir vida vergonzosa.
Alguna turbacion dió de repente
lo que el amigo bárbaro propuso:
discurre un miedo helado por la gente;
la triste muerte en medio se les puso:
pero el gobernador osadamente,
que tambien hasta allí estuvo confuso,
les dice: caballeros, ¿qué dudamos?
¿sin ver los enemigos nos turbamos?
Al caballo con ánimo hiriendo,
sin mas les persuadir, rompe la via;
de los miembros el miedo sacudiendo,
le sigue la esforzada compañía:
y en breve espacio el valle descubriendo
de Tucapel, bien lejos parecia
el muro, antes vistoso levantado,
por los anchos cimientos asolado.
Valdivia aquí paró, y dijo: ¡oh constante
española nacion de confianza!
por tierra está el castillo tan pujante,
que en él solo estribaba mi esperanza:
el pérfido enemigo veis delante;
ya os amenaza la contraria lanza:
en esto mas no tengo que avisaros,
pues solo el pelear puede salvaros.
Estaba como digo así hablando,
que aun no acababa bien estas razones,
cuando por todas partes rodeando
los iban con espesos escuadrones,
las astas de anchos hierros blandeando,
gritando: ¡engañadores y ladrones!
la tierra dejareis hoy con la vida,
pagándonos la deuda tan debida.
Viendo Valdivia serle ya forzoso
que la fuerza y fortuna se probase,
mandó que al escuadron menos copioso
y mas vecino, á fin que no cerrase,
saliese Bobadilla, el cual furioso,
sin que Valdivia mas le amonestase,
con poca gente y con esfuerzo grande,
asalta el escuadron de Mareande.
La piquería del bárbaro calada,
á los pocos soldados atendía;
pero al tiempo del golpe levantada,
abriendo un gran portillo, se desvía:
dales sin resistir franca la entrada,
y en medio el escuadron los recogía;
las hileras abiertas se cerraron,
y dentro á los cristianos sepultaron.
Como el caiman hambriento, cuando siente
el escuadron de peces, que cortando
viene con gran bullicio la corriente,
el agua clara en torno alborotando;
que abriendo la gran boca, cautamente
recoge allí el pescado, y apretando
las cóncavas quijadas lo deshace,
y al insaciable vientre satisface:
Pues de aquella manera recogido
fue el pequeño escuadron del homicida,
y en un espacio breve consumido,
sin escapar cristiano con la vida;
ya el araucano ejército movido
por la ronca trompeta obedecida,
con gran estruendo y pasos ordenados
cerraba sin temor por todos lados.
La escuadra de Mareande encarnizada,
tendia el paso con mas atrevimiento;
viéndola así Valdivia adelantada,
no escarmentado, manda á su sargento,
que escogiendo la gente mas granada
dé sobre ella con recio movimiento;
pero diez españoles solamente
pusieron á la muerte osada frente.
Contra el escuadron bárbaro importuno,
ir se dejan sin miedo á rienda floja,
y en el encuentro de los diez, ninguno
dejó allí de sacar la lanza roja:
desocupó la silla solo uno,
que con la basca y última congoja
de la rabiosa muerte el pecho abierto,
sobre la llaga en tierra cayó muerto.
Y los nueve despues tambien cayeron,
haciendo tales hechos señalados,

que digna y justamente merecieron
ser de la eterna fama levantados:
hechos pedazos todos diez murieron,
quedando de su muerte antes vengados:
en esto la española trompa oida
dió la postrer señal de arremetida.

Salen los españoles de tal suerte
los dientes y las lanzas apretando,
que de cuatro escuadrones, al mas fuerte
le van un largo trecho retirando:
hieren, dañan, tròpellan, dan la muerte,
piernas, brazos, cabezas cercenando:
los bárbaros por esto no se admiran,
antes cobran el campo y lo retiran.

Sobre la vida y muerte se contiende,
perdone Dios á aquel que allí cayere;
del un bando y del otro así se ofende,
que de ambas partes mucha gente muere:
bien se estima la plaza y se defiende;
volver un paso atrás ninguno quiere:
cubre la roja sangre todo el prado,
tornándole de verde colorado.

Del rigor de las armas homicidas
los templados arneses reteñian,
y las vivas entrañas escondidas
con carniceros golpes descubrian:
cabezas de los cuerpos divididas,
que aun el vital espíritu tenian,
por el sangriento campo iban rodando,
vueltos los ojos ya paladeando.

El enemigo hierro riguroso
todo en color de sangre lo convierte;
siempre el acometer es mas furioso,
pero ya el combatir es menos fuerte:
ninguno allí pretende otro reposo
que el último reposo de la muerte:
el mas medroso atiende con cuidado
á solo procurar morir vengado.

La rabia de la muerte y fin presente
crió en los nuestros fuerza tan estraña,
que con deshonra y daño de la gente
pierden los araucanos la campaña:
al fin dan las espaldas; claramente
suenan voces: ¡victoria! ¡España! ¡España!
mas el incontrastable y duro hado
dió un estraño principio á lo ordenado.

Un hijo de un cacique conocido,
que á Valdivia de paje le servia,
acariciado dél y favorido,
en su servicio á la sazon venia:
del amor de su patria conmovido,
viendo que á mas andar se retraia,
comienza á grandes voces á animarla,
y con tales razones á incitarla:

¡Oh ciega gente, del temor guiada!
¿á dó volveis los temerosos pechos?
que la fama en mil años alcanzada
aquí perece y todos vuestros hechos:
la fuerza pierden hoy, jamás violada,
vuestras leyes, los fueros y derechos:
de señores, de libres, de temidos,
quedais siervos, sujetos y abatidos.

Manchais la clara estirpe y decendencia,
y engerís en el tronco generoso
una incurable plaga, una dolencia,
un deshonor perpétuo, ignominoso:
mirad de los contrarios la impotencia,
la falta del aliento, y el fogoso
latir de los caballos, las hijadas
llenas de sangre y de sudor bañadas.

No os desnudeis del hábito y costumbre
que de nuestros abuelos mantenemos,
ni el araucano nombre, de la cumbre
á estado tan infame derribemos:
huid el grave yugo y servidumbre;
al duro hierro osado pecho demos;
¿por qué mostrais espaldas esforzadas
que son de los peligros reservadas?

Fijad esto que digo en la memoria,
que el ciego y torpe miedo os va turbando;
dejad de vos al mundo eterna historia,
vuestra sujeta patria libertando:
volved, no rehuseis tan gran vitoria,
que os está el hado próspero llamando:
á lo menos firmad el pié ligero,
vereis como en defensa vuestra muero.

En esto una nervosa y gruesa lanza
contra Valdivia, su señor, blandia:
dando de sí gran muestra y esperanza,
por mas los persuadir arremetia:
y entre el hierro español así se lanza
como con gran calor en agua fria
se arroja el ciervo en el caliente estío
para templar el sol con algun frio.

De solo el primer bote uno atraviesa,
otro apunta por medio del costado,
y aunque la dura lanza era muy gruesa
salió el hierro sangriento al otro lado:
salta, vuelve, revuelve con gran priesa,
y barrenando el muslo á otro soldado,
en él la fuerte pica fue rompida,
quedando un grueso trozo en la herida.

Rota la asta dañosa, luego aferra
del suelo una pesada y dura maza;
mata, hiere, destroza y echa á tierra,
haciendo en breve espacio larga plaza:
en él se resumió toda la guerra;
cesa el alcanze y dan en él la caza;
mas él aquí y allí va tan liviano,
que hieren por herirle el aire vano.

¿De quién prueba se oyó tan espantosa,
ni en antigua escritura se ha leido,
que estando de la parte vitoriosa
se pase á la contraria del vencido?
y que solo valor, y no otra cosa,
de un bárbaro muchacho, haya podido
arrebatar por fuerza á los cristianos
una tan gran victoria de las manos?

No los dos Publios Decios, que las vidas
sacrificaron por la patria amada,
ni Curcio, Horacio, Scevola y Leonidas
dieron muestra de sí tan señalada:
ni aquellos que en las guerras mas reñidas
alcanzaron gran fama por la espada,
Furio, Marcelo, Fulvio, Cincinato,
Marco Sergio, Filon, Sceva y Dentato.

Decidme: estos famosos, ¿qué hicieron
que al hecho deste bárbaro igual fuese?
¿qué empresa ó qué batalla acometieron
que á lo menos en duda no estuviese?
¿á qué riesgo y peligro se pusieron
que la sed del reinar no los moviese;
y de intereses grandes insistidos
que á los tímidos hacen atrevidos?

Muchos emprenden hechos hazañosos
y se ofrecen con ánimo á la muerte,
de fama y vanagloria codiciosos,
que no saben sufrir un golpe fuerte:
mostrándose constantes y animosos,
hasta que ven ya declinar su suerte,
faltándoles valor y esfuerzo á una,
roto el crédito fragil de fortuna.

Este el decreto y la fatal sentencia,
en contra de su patria declarada,
turbó y redujo á nueva diferencia,
y al fin bastó á que fuese revocada:
hizo á Fortuna y Hados resistencia,
forzó su voluntad determinada,
y contrastó el furor del vitorioso,
sacando vencedor al temeroso.

Estaba el suelo de armas ocupado,
y el desigual cambate mas revuelto,
cuando Caupolicano reportado,
á las amigas voces habia vuelto:
tambien habian sus gentes reparado,
con vergonzoso ardor en ira envuelto,
de ver que un solo mozo resistia
á lo que tanta gente no podia.
Cual suele acontecer á los de honrosos
ánimos, de repente inadvertidos,
ó cuando en los lugares sospechosos
piensan otros que van desconocidos,
que en pendencias y encuentros peligrosos
huyen: pero si ven que conocidos
fueron de quien los sigue, avergonzados,
vuelven furiosos, del honor forzados:
Así los araucanos revolviendo
contra los vencedores arremeten;
y las rendidas armas esgrimiendo,
á voces de morir todos prometen:
treme y gime la tierra del horrendo
furor con que ambas partes se acometen,
derramando con rabia y fuerza brava
aquella poca sangre que quedaba.
Diego Oro allí derriba á Paynaguala,
que de una punta le atraviesa el pecho;
pero Caupolicano le señala,
dejándole gozar poco del hecho:
al sesgo la ferrada maza cala,
aunque el furioso golpe fue al derecho
pues quedó por de dentro la celada
de los bullentes sesos rociada.
Tras este otro tendió desfigurado,
tanto que nunca mas fue conocido;
que la armada cabeza y todo el lado
donde el golpe alcanzó quedó molido:
Valdivia con Ongolmo se ha topado,
y hánse el uno al otro acometido,
hiere Valdivia á Ongolmo en una mano,
haciendo el araucano el golpe en vano.
Pasa recio Valdivia, y va furioso,
que con Ongolmo mas no se detiene,
y adonde Leucoton, mozo ánimoso,
estaba en una gran pendencia, viene:
que contra Juan de Lamas y Reinoso
solo su parte y opinion mantiene;
el cual con su destreza y mucho seso
la guerra sustentaba en igual peso.
Partióse esta batalla, porque cuando
Valdivia llegó adonde combatia,
parte acudió del araucano bando,
que en su ayuda y defensa se metia:
fuese el daño y destrozo renovando;
de un cabo y de otro gente concurría:
sube el alto rumor á las estrellas,
sacando de los hierros mil centellas.
Gran rato anduvo en término dudoso
la confusa vitoria de esta guerra:
lleno el aire de estruendo sonoroso,
roja de sangre y húmida la tierra:
quién busca y solo quiere un fin honroso,
quién á los brazos con el otro cierra,
y por darle mas presto cruda muerte
tienta con el puñal lo menos fuerte.
A Juan de Gudiel no le fue sano
el tenerse en la lucha por maëstro,
porque sin tiempo y con esfuerzo vano
cerró con Guaticol, no menos diestro:
y en aquella sazon Puren, su hermano,
que estaba cerca dél, en el siniestro
lado le abrió con daga una herida,
por dó la muerte entró y salió la vida.
Andrés de Villaroel, ya enflaquecido
por la falta de sangre derramada,
andaba entre los bárbaros metido
procurando la muerte mas honrada.
Tambien Juan de las Peñas, mal herido,
rompiendo por la espesa gente armada,
se puso junto dél; y así la suerte
los hizo á un tiempo iguales en la muerte.
Era la diferencia incomparable
del número infiël al bautizado:
es el un escuadron inumerable,
el otro hasta sesenta numerado:
ya incierta la Fortuna variable,
que dudosa hasta entonces habia estado,
aprobó la maldad, y dió por justa
la causa y opinion hasta allí injusta.
Dos mil amigos bárbaros soldados,
que el bando de Valdivia sustentaban,
en el flechar del arco ejercitados,
el sangriento destrozo acrecentaban
derramando mas sangre, y esforzados,
en la muerte tambien acompañaban
á la española gente, no vencida
en cuanto sustentar pudo la vida.
Cuando de aqueste y cuando de aquel canto
mostraba el buen Valdivia esfuerzo y arte,
haciendo por la espada todo cuanto
pudiera hacer el poderoso Marte:
no basta á reparar él solo tanto,
que falta de los suyos la mas parte:
los otros, aunque ven su fin tan cierto,
ningun medio pretenden ni concierto.
De dos en dos, de tres en tres cayendo
iba la desangrada y poca gente,
siempre el ímpetu bárbaro creciendo,
con el ya declarado fin presente:
fuese el número flaco resumiendo
en catorce soldados solamente,
que constantes rendir no se quisieron
hasta que al crudo hierro se rindieron.
Solo quedó Valdivia acompañado
de un clérigo, que acaso allí venia;
y viendo así su campo destrozado,
el mal remedio y poca compañía,
dijo: Pues pelear es escusado,
procuremos vivir por otra vía;
pica en esto al caballo á toda prisa,
tras él corriendo el clérigo de misa.
Cual suelen escapar de los monteros
dos grandes javalís fieros, cerdosos,
seguidos de solícitos rastreros
de la campestre sangre codiciosos,
y salen en su alcance los ligeros
lebreles irlandeses generosos;
con no menor codicia y piés livianos
arrancan tras los míseros cristianos.
Tal tempestad de tiros, Señor, lanzan,
cual el turbion que granizando viene:
en fin, á poco trecho los alcanzan,
que un paso cenagoso los detiene:
los bárbaros sobre ellos se abalanzan:
por valiente el postrero no se tiene:
murió el clerigo luego, y maltratado
trujeron á Valdivia ante el senado.
Caupolican, gozoso en verle vivo
y en el estado y término presente,
con voz de vencedor y gesto altivo
le amenaza y pregunta juntamente.
Valdivia, como mísero cautivo,
responde y pide humilde y obediente
que no le dé la muerte, y que le jura
dejar libre la tierra en paz segura.
Cuentan que estuvo de tomar movido
del contrito Valdivia aquel consejo;
mas un pariente suyo empedernido,
á quien él respetaba por ser viejo,
le dice: por dar crédito á un rendido
quieres perder tal tiempo y aparejo?

y apuntando á Valdivia en el celebro
descarga un gran baston de duro enebro.
Como el furioso toro, que apremiado
con fuerte amarra al palo, está bramando,
de la tímida gente rodeado,
que con admiracion le está mirando;
y el diestro carnicero ejercitado,
el grave y duro mazo levantando,
recio al cogote cóncavo desciende,
y muerto estremeciéndose le tiende:
Asi el determinado viejo cano,
que á Valdivia escuchaba con mal ceño,
ayudándose de una y otra mano,
en alto levantó el ferrado leño:
no hizo el crudo viejo golpe en vano,
que á Valdivia entregó al eterno sueño,
y en el suelo con súbita caida,
estremeciendo el cuerpo, dió la vida.
Llamábase este bárbaro Leocato,
y el gran Caupolican dello enojado,
quiso enmendar el libre desacato,
pero fue del ejército rogado:
salió el viejo de aquello al fin barato,
y el destrozo del todo fue acabado,
que no escapó cristiano de esta prueba
para poder llevar la triste nueva.
Dos bárbaros quedaron con la vida
solos de los tres mil; que como vieron
la gente nuestra rota y de vencida,
en un jaral espeso se escondieron:
de allí vieron el fin de la reñida
guerra, y puestos en salvo lo dijeron;
que como las estrellas se mostraron,
sin ser de nadie vistos se escaparon.
La escura noche en esto se subia
á mas andar á la mitad del cielo,
y con las alas lóbregas cubria
[illegible]he y redondez del ancho suelo:
cuando la vencedora compañía,
arrimadas las armas sin recelo,
danzas en anchos cercos ordenaban,
donde la gran vitoria celebraban.
Fue la nueva en un punto discurriendo
por todo el araucano regimiento,
y antes que el sol se fuese descubriendo
el campo se cubrió de bastimento:
gran multitud de gente concurriendo,
se forma un general ayuntamiento
de mozos, viejos, niños y mujeres,
partícipes en todos los placeres.
Cuando la luz las aves anunciaban,
y alegres sus cantares repetian,
un sitio de altos árboles cercaban,
que una espaciosa plaza contenian:
y en ellos las cabezas empalaban
que de españoles cuerpos dividian:
los troncos, de sus ramas despojados,
eran de los despojos adornados;
Y dentro de aquel círculo y asiento,
cercado de una amena y gran floresta,
en memoria y honor del vencimiento,
celebran de beber la alegre fiesta:
el vino así aumentó el atrevimiento
que España en gran peligro estaba puesta;
pues que promete el mínimo soldado
de no dejar cimiento levantado.
Era allí la opinion generalmente
que sin tardar, doblando las jornadas,
partiese un grueso número de gente
á dar en las ciudades descuidadas:
que tomadas de salto y de repente,
serian con solo el miedo arruïnadas;
y la patria en su honor restituïda
no dejando cristiano con la vida.
Y dado orden bastante, y esto hecho,
para acabar de ejecutar su saña,
con gran poder y ejército de hecho
querian pasar la vuelta de la España:
pensándola poner en tanto estrecho,
por fuerza de armas, puestos en campaña,
que fuesen cultivadas las iberas
tierras de las naciones extranjeras.
El hijo de Leocano bien entiende
el vano intento, y quiere desviarlo,
que como diestro y sabio, otro pretende,
y por mejor camino enderezarlo:
el tiempo espera y la sazon atiende
que estén mejor dispuestos á tratarlo:
la fiesta era acabada y borrachera,
cuando á todos los habla en tal manera:
Menos que vos, señores, no pretendo
la dulce libertad tan estimada,
ni que sea nuestra patria, yo defiendo,
en el sublime trono restaurada:
mas hase de atender á que, pudiendo
ganar, no se aventure á perder nada;
y así, con este celo y fin, procuro
no poner en peligro lo seguro.
Tomad con discrecion los pareceres
que van á la razon mas arrimados,
pues cobrar vuestros hijos y mujeres
está en ir los principios acertados:
vuestra fama, el honor, tierra y haberes,
á punto están de ser recuperados;
que el Tiempo, que es el padre del consejo,
en las manos nos pone el aparejo.
A Valdivia y los suyos habeis muerto,
y una importante plaza destruido:
venir á la venganza será cierto
luego que en las ciudades sea sabido:
demos al enemigo el paso abierto:
esto asegura mas nuestro partido:
vengan, vengan con furia á rienda suelta,
que difícil será despues la vuelta.
La vitoria tenemos en las manos,
y pasos en la tierra mil seguros,
de ciénagas, lagunas y pantanos,
espesos montes ásperos y duros:
mejor pelean aquí los araucanos:
españoles mejor dentro en sus muros:
cualquier hombre, en su casa acometido,
es mas sabio, mas fuerte y atrevido.
Esto os vengo á decir, porque se entienda
cuanto con mas seguro acertaremos,
para poder tomar la justa enmienda,
que en sitios escogidos esperemos,
donde no habrá en el mundo quien defienda
la razon y derecho que tenemos:
cuando temor tuviesen de buscarnos,
á sus casas iremos á alojarnos.
Con atencion de todos escuchada
fue la oracion que el general hacia,
siendo de los mas de ellos aprobada,
por ver que á su remedio convenia;
La gente ya del todo sosegada,
Caupolican al jóven se volvia
por quien fue la vitoria, ya perdida,
con milagrosa prueba conseguida.
Por darle mas favor, lo tenia asido
con la siniestra de la diestra mano,
diciéndole: ¡oh varon, que has estendido
el claro nombre y límite araucano!
por tí ha sido el estado redimido,
tú le sacaste del poder tirano:
á tí solo se debe esta vitoria,
digna de premio y de inmortal memoria.
Y, señores, pues es tan manifiesto
(esto dijo volviéndose al senado)
el punto en que Lautaro nos ha puesto,
(que así el valiente mozo era llamado):

yo por remuneralle en algo desto,
con vuestra autoridad que me habeis dado;
por paga, aunque á tal deuda insuficiente,
le hago capitan y mi teniente.
Con la gente de guerra que escogiere,
pues que ya de sus obras sois testigos,
en el sitio que mas le pareciere
se ponga á recibir los enemigos,
adonde hasta que vengan los espere;
porque yo con la resta y mis amigos
ocuparé la entrada de Elicura,
aguardando la misma coyuntura.
Del grato mozo el cargo fue acetado,
con el favor que el general le daba:
aprobólo el comun aficionado;
si á alguno le pesó no lo mostraba:
y por el órden y uso acostumbrado
el gran Caupolican le tresquilaba,
dejándole el copete en trenza largo,
insignia verdadera de aquel cargo.
Fue Lautaro industrioso, sabio, presto,
de gran consejo, término y cordura,
manso de condicion y hermoso gesto,
ni grande ni pequeño de estatura:
el ánimo en las cosas grandes puesto,
de fuerte trabazon y compostura,
duros los miembros, recios y nervosos,
anchas espaldas, pechos espaciosos.
Por él las fiestas fueron alargadas,
ejercitando siempre nuevos juegos
de saltos, luchas, pruebas nunca usadas,
danzas de noche en torno de los fuegos.
Habia precios y joyas señaladas,
que nunca los troyanos ni los griegos,
cuando los juegos mas continuáron,
tan ricas y estimadas las sacaron.
Llegó á Caupolican estando en esto
un bárbaro turbado sin aliento,
perdida la color, mudado el gesto,
cubierto de sudor y polvoriento,
diciéndole: señor, socorre presto,
tu campo es roto y cierto el perdimiento;
que la gente que estaba en la emboscada
es muerta la mas della y destrozada.
Por tierra de Elicura son bajados
catorce valentísimos guerreros,
de corazas finísimas armados,
sobre caballos prestos y ligeros:
por estos solos son desbaratados
dos escuadrones tuyos de piqueros;
y visto el gran estrago, al improviso
partí corriendo á darte de ello aviso.
Caupolican con muestra no alterada,
hizo que del temor se asegurase,
diciendo que tan poca gente armada
al cabo era imposible que escapase;
y con la diligencia acostumbrada
mandó al nuevo teniente que guiase
con la mas presta gente por la via,
que luego con el resto le seguia.
Lautaro, en lo acetar no perezoso,
escogiendo una escuadra suficiente,
marcha con tanta priesa, codicioso
de ganar opinion entre la gente...
Mas de Marte el estruendo sonoroso
me llama, que me tardo injustamente:
de los catorce es tiempo que se trate,
y del sangriento y áspero combate.
Estiéndase su fama y sea notoria,
pues que tanto su espada resplandece,
y de ellos se eternice la memoria
si valor en las armas lo merece:
testimonio dará dello la historia;
pero acabar el canto me parece;
que á decir tan gran cosa no me atrevo,
sino es con nuevo aliento y canto nuevo.

CANTO IV.

Vienen catorce españoles por concierto á juntarse con Valdivia en la fuerza de Tucapel: hallan los indios en una emboscada con los cuales tuvieron un porfiado reencuentro: llega Lautaro con gente de refresco: mueren siete españoles y todos los amigos que llevan; escápanse los otros por una gran ventura.

¡Cuán buena es la justicia y qué importante!
por ella son mil males atajados,
que si el rebelde arauco está pujante
con todos sus vecinos alterados,
y pasa su furor tan adelante,
fue por no ser á tiempo castigados:
la llaga que al principio no se cura
requiere al fin mas áspera la cura.
Que no es virtud, mas vicio y negligencia,
cuando de un daño otro mayor se espera,
el no curar con hierro la dolencia,
si del mal lo requiere la manera:
mas no con tal rigor que la clemencia
pierda su fuerza y la virtud entera;
clemente es y piadoso el que sin miedo
por escapar el brazo corta el dedo.
No quiero yo decir que á cada paso
traiga el hierro en la mano la justicia,
sino segun la gravedad del caso,
y la importancia y fin de la malicia:
pues vemos claro en el presente paso,
que al cabo corrompida de avaricia,
dió á la maldad lugar que se arraigase,
y en los ánimos mas se apoderase.
Mas no se ha de entender, como el liviano.
que se entrega al primero movimiento,
que por ser justiciero es inhumano,
y por alcanzar crédito es sangriento;
y como aquel que con injusta mano,
sin término, sin causa y fundamento,
por solo liviandad y vanagloria,
quiere dejar de su maldad memoria.
No faltára materia y coyuntura
para mostrar la pluma aquí curiosa;
mas no quiero meterme en tal hondura,
que es cosa no importante y peligrosa:
el tiempo lo dirá, y no mi escritura,
que quizá la tendrán por sospechosa:
solo diré que es opinion de sabios,
que donde falta el rey sobran agravios.
Pero á nuestro propósito tornando,
dejaré de tratar de sinrazones,
que es trabajar en vano, derramando
al viento en el desierto las razones:
de los nuestros diré, que peleando
estaban con los fieros escuadrones,
ganando fama y prez, honor y gloria,
haciendo cosas dignas de memoria.
Fue hecho tan notable que requiere
mucha atencion, y autorizada pluma:
y así digo que aquel que lo leyere,
en que fue de los grandes se resuma.
diré cuanto en mi estilo yo pudiere,
aunque todo será una breve suma;
y los nombres tambien de los soldados,
que con razon merecen ser loados.
Almagro, Cortés, Córdova, Nereda,
Moran, Gonzalo Hernandez, Maldonado,
Peñalosa, Vergara, Castañeda,
Diego García Herrero el arriscado,
Pero-Niño, Escalona, y otro queda
con el cual es el número acabado:
don Leonardo Manrique es el postrero,
igual en el valor siempre al primero.
Estos catorce son los que venian

á verse con Valdivia en el concierto,
que del pueblo Imperial partido habian
sin saber que Valdivia fuese muerto:
por la alta cuesta de Puren subian,
y en el mas alto asiento y descubierto
los caminos de rama ven sembrados,
señal de paga y junta de soldados.

Conocen que la tierra está alterada,
y que de gentes hacen llamamiento;
no torcieron por esto la jornada,
ni les mudó el temor el firme intento:
la fresca y nueva Aurora colorada
daba con su venida gran contento,
y las sombras del sol se retraian,
cuando el licúreo valle descubrian.

Aquí estaban los indios emboscados
esperando á los nuestros si viniesen,
por cogerlos sin orden descuidados
antes que de peligro se advirtiesen:
de un bosque á mano hecho rodeados,
para que mas cubiertos estuviesen,
hasta que, inadvertidos del engaño,
pudiesen á su salvo hacer el daño.

Los catorce españoles abajaban
por un repecho, al valle enderezando,
donde ocultos los bárbaros estaban
cubiertos de los ramos aguardando:
los nuestros con el bosque aun no igualaban
cuando los indios, súbitos sonando
bárbaras trompas, roncos tamborinos,
los pasos ocuparon y caminos.

En cazador no entró tanta alegría,
cuando mas sin pensar la liebre echada
de súbito por medio de la via
salta de entre los piés alborotada;
cuanto causó la muestra y vocería
del vecino escuadron de la emboscada,
á nuestros españoles, que al instante
arrojan los caballos adelante.

En un punto los bárbaros formaron
de puntas de diamante una muralla;
pero los españoles no pararon
hasta de parte á parte atravesalla:
hombres, picas y mazas tropellaron,
revuelven, por dar fin á la batalla,
con mas valor y esfuerzo que esperanza,
vista de los contrarios la pujanza.

De tres dos escuadrones desviados
el paso les cercaron y la huida:
viéndose así de bárbaros cercados,
piensan abrir por ellos la salida:
otra vez arremeten apiñados,
y aunque una escuadra dellos fue rompida
volvieron á su puesto recogidos,
quedando desta vuelta mal heridos.

Dos veces embistieron desta suerte,
las cerradas escuadras tropellando;
mas viéndose cercanos á la muerte,
prosiguen su derrota, enderezando
al deselado sitio y casa fuerte,
á diestro y á siniestro derribando,
que las indios entre ellos van mezclados,
hiriéndolos tambien por todos lados.

Estréchase el camino de Elicura
por la pequeña falda de una sierra:
la causa y la razon de esta angostura
es un lago que abajo el valle cierra:
para los nuestros esto fue ventura,
pues siguen su jornada haciendo guerra
que solo un español que atrás venia
la bárbara arrogancia resistia.

Ellos que iban así por una espesa
mata, al calar de un áspero collado
ven un indio salir á toda priesa,
el vestido y el rostro demudado,



el cual en el camino se atraviesa,
y del seno sacó un papel cerrado
que Juan Gomez de Almagro el propio dia,
dando aviso á Valdivia escrito habia.

El mismo mensajero ven lloroso,
que dellos adelante habia partido:
de Valdivia el suceso lastimoso
les dijo, y lo demás acontecido:
y que el castillo el bárbaro furioso
le habia por los cimientos destruido.
Viendo el remedio y presupuesto vano,
tomaron á la diestra un sitio llano.

Era el sitio de lomas rodeado,
aunque por esta senda y paso abierto,
del Este, Norte, Oeste está abrigado,
y el Sur le hiere casi en descubierto:
por dó seguido va el camino usado,
de los ligeros bárbaros cubierto
en espaciosa hila prolongada,
sedientos de la sangre bautizada.

Tras los nuestros los bárbaros saliendo,
en el llano asimismo repararon,
y la gente esparcida recogiendo,
dos gruesos escuadrones reformaron:
los catorce españoles, conociendo
que era mejor romper, se aparejaron;
mueven los escuadrones concertados
por el fuerte Lincoya gobernados.

Con flautas, cuernos, roncos instrumentos,
alto estruendo, alaridos desdeñosos,

salen los fieros bárbaros sangrientos
contra los españoles valerosos,
que convertir esperan en lamentos
los arrogantes gritos orgullosos:
tanto el esfuerzo y ánimo les crece,
que poca gente en contra les parece.
Aunque allí un español desfigurado,
que yo no digo aquí cual dellos era,
dijo, viendo tan poca gente al lado:
¡oh si nuestro escuadron de ciento fuera!
pero Gonzalo Hernandez animado,
vuelto al cielo, responde: á Dios pluguiera
fuéramos solos doce, y dos faltaran,
que doce de la fama nos llamáran.
Los caballos en esto apercibiendo,
firmes y recogidos en las sillas,
sueltan las riendas, y los piés batiendo,
parten contra las bárbaras cuadrillas:
las poderosas lanzas requiriendo,
afiladas en sangre las cuchillas,
llamando en alta voz á Dios del cielo,
hacen gemir y retemblar el suelo.
Calan de fuerte fresno como vigas
los bárbaros las picas al momento,
de la suerte que suelen las espigas
derribarse al furor del recio viento:
no bastaron las armas enemigas
al ímpetu español y movimiento,
que los nuestros rompíeron por un lado,
dejando el escuadron aportillado.
A un tiempo los caballos volteando,
lejos las rotas lanzas arrojadas,
vuelven al enemigo y fiero bando,
en alto ya desnudas las espadas:
otra vez arremeten, no bastando
infinidad de puntas enastadas,
puestas en contra de la airada gente,
á que no se mezclasen igualmente.
Los unos, que no saben ser vencidos,
los otros á vencer acostumbrados,
son causa que se aumenten los heridos,
y que bajen los brazos mas pesados:
de llamas los arneses encendidos,
con gran fuerza y presteza golpeados,
formaban un rumor, que el alto cielo
del todo parecia venir al suelo.
El buen Gonzalo Hernandez, presumiendo
imitar al de Córdoba famoso,
iba por el ejército rompiendo,
no menos diestro y fuerte que animoso.
Peñalosa y Vergara conociendo
que vencer ó morir era forzoso,
hacen de sus personas arriscadas
de esfuerzo y fuerza pruebas señaladas.
El valiente soldado de Escalona,
la rigurosa espada ejercitando,



aventura y señala su persona
mil bárbaros valientes señalando:
don Leonardo Manrique no perdona
los golpes que recibe, antes doblando
los suyos con gran priesa y mayor ira,
los castiga, maltrata y los retira.
Otro, pues, que de Córdoba se llama,
mozo de grande esfuerzo y valentía,
tanta sangre araucana allí derrama,
que hizo mas de cien viudas aquel dia:

por una, que venganza al cielo clama,
saltan todas las otras de alegría;
que al fin son las mujeres variables,
amigas de mudanzas y mudables.
Cortés y Pero-Niño por un lado
hacen un fiero estrago y cruda guerra;
Moran, Gomez de Almagro y Maldonado
siembran de cuerpos bárbaros la tierra:
el Herrero, como hombre acostumbrado
y diestro en golpear, mata y atierra:
pues Nereda tambien, que era maestro,
hiere, derriba á diestro y á siniestro.
Como si fueran á morir desnudos,
las rabiosas espadas así cortan;
con tanta fuerza bajan golpes crudos,
que poco fuertes armas les importan:
lo que sufrir no pueden los escudos,
los insensibles cuerpos los comportan
en furor encendidos, de tal suerte,
que no sienten los golpes ni aun la muerte.
Antes de rabia y cólera abrasados,
con poderosos golpes los martillan,
y de muchos con fuerza redoblados
los cargados caballos arrodillan:
abollan los arneses relevados,
abren, desclavan, rompen, deshevillan;
ruedan las rotas picas y celadas,
y el aire atruena el son de las espadas.
Lincoya combatiendo y derribando
anima con hervor los escuadrones,
contra su fuerza y maza no bastando
de crestas altas fuertes morriones.
Cortés un golpe suyo reparando,
la cabeza inclinó entre los arzones,
llevándole el caballo medio muerto,
suelto el freno, corriendo á campo abierto.
Con el cuello inclinado adormecido
acá y allá el caballo le traía;
pero tornando luego en su sentido,
vergonzoso las riendas recogía:
vuelve á buscar aquel que le ha herido,
y al punto que miró le conocia,
que al mayor araucano que allí andaba
de los hombros arriba le llevaba.
Conócelo tambien en la braveza
que mostraba, animando allí su gente,
y en la facilidad y ligereza
con que esgrime la maza diestramente.
Como el suelto lebrel, por la maleza
se arroja al javalí fiero y valiente,
así asalta Cortés al araucano,
la adarga al pecho, el duro hierro en mano.
Al través le hirió por un costado,
no le valiendo el coselete duro;
mas de aquella manera le ha mudado,
que mudara un peñasco ó fuerte muro:
pasa récio el caballo espoleado,
y Cortés de Lincoya ya seguro,
por medio de la espesa escuadra hiende,
y al un lado y al otro muchos tiende.
Almagro cuerpo á cuerpo combatía
con el jóven Guacon, soldado fuerto;
pero presto la lid se decidia,
que poco se mostró neutral la suerte:
de un golpe Almagro al bárbaro hería,
por donde una ancha puerta abrió á la muerte,
sale de ella de sangre roja un rio,
y ocupa el desangrado cuerpo el frio.
Airado Castañeda en la batalla
mata, atropella, daña, hiere, ofende;
acaso á Narpo á la derecha halla,
y allí la rigurosa espada tiende:
no le valió el jubon de fina malla,
ni un peto de dos cueros le defiende,
que la furiosa punta no calase,
y el cuerpo del espíritu privase.
La gente una contra otra se embravece,
crece el hervor, coraje y la revuelta,
y el rio la corriente sangre crece,
bárbara y española toda envuelta:
del grueso aliento el aire se escurece,
alguna infernal furia andaba suelta,
que por llevar á tantos en un dia
diabólico furor les infundia.
Tanto el teson entre ellos ha durado,
que espanta como alzar pueden los brazos;
estaban por el uno y otro lado
de amontonados cuerpos los ribazos.
El sol habia en su curso declinado,
cuando ya sin vigor hechos pedazos,
de manera igualmente enflaquecian,
que moverse adelante no podian.
Como el aliento y fuerzas van faltando
á dos valientes toros animosos
cuando en la fiera lucha porfiando
se muestran igualmente poderosos,
que se van poco á poco retirando
rostro á rostro con pasos perezosos,
cubiertos de un humor y espeso aliento,
y esparcen con los piés la arena al viento.
Los dos puestos así se retiraron,
sin sangre y sin vigor desalentados,
que jamás las espaldas se mostraron,
mas siempre frente á frente careados:
ambos á un mismo tiempo repararon,
á un punto hicieron alto, y desviados
los unos de los otros tanto estaban,
que aun un tiro de flecha no distaban.
Mirábanse de uno y otro bando
en el sitio y contrario alojamiento,
cubiertos de agua y sangre, y jadeando,
que no pueden hartarse del aliento:
los fatigados miembros regalando,
el pecho y boca abierta al fresco viento,
que con templados soplos respiraba,
mitigando del sol la fuerza brava.
Y desde allí con lenguas injuriosas
á falta de las manos se ofendian:
diciéndose palabras afrentosas
la muerte con rigor se prometian;
y á vueltas de esto flechas peligrosas
los enemigos arcos despedian,
que aunque el aliento y fuerza les faltaba
el rabioso rencor las arrojaba.
Yo no sé de cual brazo descansado
una flecha con ímpetu saliendo,
á manera de rayo arrebatado,
el aire con rumor iba rompiendo:
tocó en soslayo á Córdoba en un lado,
y la furiosa punta no prendiendo,
torció á Moran el curso, y encarnada
por el ojo derecho abrió la entrada.
El buen Moran con mano cruda y fuerte
sacó la flecha y ojo en ella asido;
Gonzalo, al duro paso de la muerte
le apercibe, y esfuerza condolido;
pero Moran gritó: no estoy de suerte
que me sienta de esfuerzo enflaquecido;
que solo, así herido, soy bastante
á vencer cuantos veis que están delante.
Pica el caballo temerariamente,
que galopear no puede de cansado,
contra todo aquel número de gente,
que en escuadron estaba reformado:
pero Gonzalo Hernandez diligente
se le puso delante acelerado,
que ya Lincoya al paso le salia,
y al puesto, aunque por fuerza le volvia.
Con grande alarde, estruendo y movimiento,
sobre la cumbre de una verde loma,

tendidas las banderas por el viento,
Lautaro con la presta gente asoma.
Como cuando de lejos el hambriento
leon, viendo la presa, placer toma,
y mira acá y allá, feroz rugiendo,
el bedijoso cuello sacudiendo;
Lautaro así veloz, por un repecho
bajaba, enderezando á los de España,
pensando él solo dar fin á aquel hecho,
si no le desamparan la campaña.
Delante de su gente va gran trecho:
digna es de celebrarse tal hazaña;
solos catorce esperan, hechos piezas,
rotos los brazos, piernas y cabezas.
Cuatro mil sobrevienen vitoriosos;
apiñados los nuestros los esperan,
no do ver tanta gente temerosos,
porque aun morir con mas honor quisieran:
los fieros enemigos orgullosos
en alta voz gritaban: ¡mueran! ¡mueran!
y el Lincoyano ejército animado,
tambien acometió por otro lado.
Lanzaron los caballos los cristianos,
batiendo bien de espacio el hueco suelo
contra los descansados araucanos
que fieros amenazan tierra y cielo:
vienen con tardos piés á prestas manos,
y del primer encuentro hecho un hielo
Pero-Niño tocó la blanca arena,
bañándola de sangre en larga vena.
Atravesóle el cuerpo la herida,
aunque en atribuirla hay desconcierto:
unos dicen que Angol fue el homicida,
otros que Leocoton, y esto es mas cierto:
cualquier de ellos que fue, de gran caida
Pero-Niño quedó en el campo muerto
con un trozo de pica atravesado,
donde fue del tropel despedazado.
Tambien el de Manrique volteando
á los piés de Lautaro muerto vino;
rompen los otros doce, enderezando
por las espesas armas al camino:
pero Ongolmo, los piés apresurando,
de un golpe derribó fuera de tino
á Nereda, que en guerras era esperto;
Cortés de muy herido cayó muerto.
Tras él al suelo fue Diego García,
de una llaga mortal abierto el pecho;
de otro golpe Escalona se tendia
que Tucapel le acierta por derecho:
los demás españoles en la via
(considere quien ya se vió en estrecho)
con cuanta priesa baten las hijadas
de los lasos caballos desangradas.
El fiero Tucapel haciendo guerra
á todos con audacia los asalta,
y en viendo que estos dos baten la tierra,
gallardo por encima dellos salta:
topa á Almagro y con él ligero cierra,
en los piés levantado, y la maza alta,
que sobre él derribándola venia
con toda la pujanza que tenia.
O fue mal tiento, ó furia que llevaba,
ó que el Sumo Señor quiso librallo,
que el tiro á la cabeza señalaba,
y á dar vino á las ancas del caballo:
con tanta fuerza el golpe le cargaba,
que Almagro mas no pudo menecallo,
quedando derrengado de manera
que si fuera de masa ó blanda cera.
Almagro con presteza por un lado,
viendo el caballo cojo, se derriba,
ora fue su ventura y diestro hado,
ora siniestro del que tras él iba,
el cual era el valiente Maldonado,
que envuelto en sangre y polvo al punto arriba
que el golpe segundaba Tucapelo,
y por poco con él diera en el suelo.
Con el ginete estribo en el derecho
lado al bárbaro encuentrá de pasada,
y cuatro ó cinco pasos ó mas trecho
lo lleva hácia delante por la estrada:
brama el bárbaro ardiendo de despecho;
vívora no se vió mas enconada,
ni pisado escorpion vuelve tan presto
como el indio volvió el airado gesto.
Muda el intento, muda la sentencia
que contra Juan de Almagro dado habia,
y la furiosa maza é impaciencia
al triste Maldonado revolvía:
cala un golpe con toda su potencia;
mas el presto caballo se desvía:
Tucapel de furioso el tiro yerra,
y el ferrado troncon metió por tierra.
No escapó Maldonado de la muerte,
que al punto llega el bravo Lemolemo
con un largo baston ñudoso y fuerte,
á manera de corvo y grueso remo:
y un golpe le señala de tal suerte,
que no le erró el ferrado y duro estremo,
ni celada prestó de estofa llena,
que los sesos saltaron por la arena.
En esto una gran nube tenebrosa,
el aire y cielo súbito turbando,
con una obscuridad triste y medrosa
del sol la luz escasa fue ocupando:
salta Aquilon con furia procelosa
los árboles y plantas inclinando,
envuelto en raras gotas de agua gruesas,
que luego descargaron mas espesas.
Como el diestro atambor, que apercibiendo
al duro asalto y fiera batería,
va con los tardos golpes previniendo
la presta y animosa compañía;
pero el punto y señal última oyendo,
suena la horrenda y áspera armonía;
así el negro nublado turbulento
lanza un diluvio súbito y violento.
En escura tiniebla el cielo vuelto,
la furiosa tormenta se esforzaba,
agua, piedras y rayos todo envuelto
en espesos relámpagos lanzaba:
el araucano ejército revuelto
por acá y por allá se derramaba:
crece la tempestad horrenda, tanto
que á los mas esforzados puso espanto.
De Juan Gomez la próspera ventura
hizo que al punto el cielo se cerrase,
y la tiniebla de la noche escura
gran rato en su favor se anticipase:
turbado se metió en una espesura
hasta tanto que el ímpetu pasase
de aquella gente bárbara furiosa,
de la española sangre codiciosa.
Cuando vió en su violencia el torbellino,
y que él podia salir mas encubierto,
el bosque deja y toma su camino,
que el temor se le muestra bien abierto:
cayendo y levantanto al cabo vino,
de sangre, lodo y de sudor cubierto,
junto donde los nuestros esperaban
si las furiosas aguas aplacaban.
Estaban del camino desviados,
y uno de los caballos relinchando,
el español con pasos sosegados
al alegre rumor se fue acercando:
llegó á donde los seis amedrentados
con baja voz estaban dél tratando,
y en aquella sazon se les presenta,
dándoles del suceso entera cuenta.

Con espanto fue luego conocido,
que entre ellos ya por muertó se tenia,
y cada uno de lástima movido,
á morir en su ayuda se ofrecia:
mas él como animoso y entendido,
viendo que aprovechar no le podia,
dice: de mí, señores, nadie cure,
la vida el que pudiere la asegure.
Esto no dijo bien, cuando esforzado
por el bosque tomó una senda incierta,
y aquella mas usada deja á un lado,
de gente y pueblos bárbaros cubierta:
otro trance mayor le está aguardado;
pero pues hay de Chile historia cierta,
allí lo podrá ver el que quisiere,
si gana de salvarlo le viniere.
El coronista Estrella escribe al justo
de Chile y del Perú en la historia:
con tanta erudicion, que será justo
que dure eternamente su memoria,
y la vida de Carlos quinto augusto,
y en versos los encomios y la gloria
de varones ilustres en milicia,
gobernacion, en letras y justicia.
Vuelvo á los seis guerreros, que sintiendo
la desgracia de Almagro, lo mostraban;
pero ayudalle en ella no pudiendo,
á la Imperial ciudad enderezaban:
la tempestad furiosa iba creciendo,
relámpagos y truenos no cesaban,
hasta que salió el sol y el claro dia
la plaza de Puren los descubria.
Era un castillo, el cual con poca gente
le habia Juan Gomez antes sustentado
hallándose una noche de repente
de multitud de bárbaros cercado:
repelidos al fin gallardamente
fue por su industra el cerco levantado:
no escribo esta batalla, aunque famosa,
por no tardarme tanto en cada cosa.
Allí los seis guerreros arribados
fueron con tierna muestra recibidos
de los caros amigos admirados
de verlos á tal término traidos;
míseros, afligidos, demudados,
flacos, roncos, deshechos, consumidos,
corriendo sangre y lodo, sin celadas,
las armas con las carnes destrozadas.
Casi veinte y cuatro horas sustentaron
las armas defendiendo su partido,
que nunca en este tiempo descansaron,
haciendo lo que habeis, Señor, oido:
un rato en el castilló reposaron,
del cual la noche atrás habian salido,
no con poco temor de los de casa,
y mas cuando supieron lo que pasa.
La sangre les cuajó un temor helado,
gran turbacion les puso á todos cuando
el caso de Valdivia desastrado
les fueron por sus términos narrando:
y así viendo el castillo mal parado,
de consejo comun, considerando
la pujanza que el bárbaro traia,
le dejaron desierto el mismo dia.
Hácia Gauten tomaron la jornada,
llevando á Almagro acaso de camino,
que por venir la noche tan cerrada
libre salió del campo lautarino:
la fuerza fue por tierra derribada,
que luego el enemigo pueblo vino
talando municiones y comidas
que en el castillo estaban recogidas.
Dieron vuelta los bárbaros gozosos
hácia dó su ejército venia,
retumbando en los montes cavernosos
el alegre rumor y vocería;
y por aquellos prados espaciosos,
con la alegre vitoria de aquel dia,
tales cantos y juegos inventaban
que el cansancio con ellos engañaban.
Juntos, el general con grave muestra
los habla y los recibe alegremente;
y asiendo blandamente de la diestra
al valiente Lautaro, su teniente,
una escuadra le entrega de maestra,
escogida, gallarda y buena gente,
en armas y trabajo ejercitada,
para cualquier empresa y gran jornada.
A Lautaro dejemos, pues, en esto,
que mucho su proceso me detiene:
forzoso á tratar dél volveré presto,
que llegar hasta Penco me conviene,
pues hace tanto á nuestro presupuesto
decir como á la guerra se previene
que sangrienta y mortal se aparejaba,
y el justo sentimiento que mostraba.
Ya la Fama, ligera embajadora
de tristes nuevas y de grandes males,
á Penco atormentaba de hora en hora,
esforzando su voz ruines señales:
cuando llegan los indios á deshora,
los dos que ya conté que en los jarales,
viendo á Valdivia roto, se escondieron,
y estos el triste caso refirieron.
Por mensajeros ciertos entendiendo
el duro y desdichado acaecimiento,
viejos, mujeres, niños concurriendo
se forma un triste y general lamento:
el cielo con aguda voz rompiendo,
hinchen de tristes lástimas el viento:
nuevas viudas, huérfanas, doncellas,
era una dolorosa cosa vellas.
Los blancos rostros, mas que flores bellos
eran de crudos puños ofendidos,
y manojos dorados de cabellos
andaban por los suelos esparcidos;
vieran pechos de nieve y tersos cuellos
de sangre y vivas lágrimas teñidos;
y rotos por mil partes y arrojados
ricos vestidos, joyas y tocados.
No con menor estruendo los varones
de la edad mas robusta juntamente
daban de su dolor demostraciones,
pero con otro modo diferente:
suenan las armas, suenan municiones,
suena el nuevo aparato de la gente;
y la ronca trompeta del dios Marte
á guerra incita ya por toda parte.
Unos botas espadas afilaban,
otros petos mohosos enlucian,
otros las viejas cotas remallaban,
hierros otros en astas enjerian,
cañones reforzados apuntaban,
al viento las banderas descogian;
y en alardosa muestra los soldados
iban por todas partes ocupados.
Caudillo era y cabeza de la gente
Francisco Villagran, varon tenido
por sabio en la milicia y suficiente,
con suma diligencia prevenido:
de Pedro de Valdivia fue teniente,
despues de su persona obedecido:
sentido del suceso y caso fuerte
brama por la venganza de su muerte.
Las mujeres de nuevos alaridos
hieren el alto cóncavo del cielo,
viendo al peligro puestos los maridos
y ellas en tal trabajo y desconsuelo:
con lagrimosos ojos y gemidos,
echadas de rodillas por el suelo,

les ponen los hijuelos por delante;
pero cosa á moverlos no es bastante.

Ya de lo necesario aparejados
en demanda del bárbaro salian,
de arneses lucidísimos armados,
que vistosos de lejos parecian:
las mujeres por torres y tejados
con fijos ojos tiernos los seguian;
y echándoles de allí mil bendiciones,
vuelven á Dios el ruego y peticiones.

Del tropel se despiden ciudadano,
que del pueblo saliera á acompañallos,
y en busca del ejército araucano
pican á toda priesa los caballos:
dejan á la siniestra á Mareguano,
y á la diestra de Talca los vasallos,
hijo de Talcaguano, que su tierra
la ciñe casi en torno el mar y sierra.

De los seguros límites pasando,
pisan de Andalican la enjuta arena,
y el espacio llano atravesando,
suben las lomas, y el rumor no suena;
y al pié del cerro audálico llegando,
sin entender lo que Lautaro ordena,
solo el miedo de entrar por el estado
les mitigó el furor demasiädo.

Un paso peligroso, agrio y estrecho,
de la banda del Norte está á la entrada
por un monte asperísimo y derecho,
la cumbre hasta los cielos levantada:
está trás este un llano á poco trecho,
y luego otra menor cuesta tajada,
que divide el distrito andalicano
del fértil valle y límite araucano.

Esta cuesta Lautaro habia elegido
para dar la batalla, y por concierto
tenia todo su ejército tendido
en lo mas alto della y descubierto:
viendo que á pié en lo llano es mal partido
seguir á los caballos campo abierto,
el alto y primer cerro deja esento,
pensando allí alcanzarlos por aliento.

Porque se tome bien del sitio el tino
quiero aquí figurarle por entero:
la subida no es mala del camino,
mas todo lo demás despeñadero:
tiene al Poniente al bravo mar vecino,
que bate al pié de un gran derrumbadero,
y en la cumbre y mas alto de la cuesta
se allana cuanto un tiro de ballesta.

Estaba el alto cerro coronado
del poderoso ejército enemigo,
y el camino al entrar desocupado,
sin defensa ni estorbo, como digo:
pasado el primer monte, habia llegado
al pié deste segundo el bando amigo;
pero aquí Villagran confuso estuvo,
que el peligroso trance le detuvo.

Como el romano César, receloso
el pié en el Rubicon fijó á la entrada,
pensando allí de nuevo el peligroso
hecho que acometia y gran jornada;
al fin soltó las riendas animoso,
diciendo: ¡Sus! la suerte ya es echada...
así nuestro español rompió el camino,
dando libre la rienda á su destino.

Apenas el primer paso habia dado,
cuando luego trás él osadamente
por el fragoso monte levantado
alegre comenzó á subir la gente:
Lautaro sin moverse, arrinconado,
franca les da la entrada llanamente;
diez mil hombres gobierna, gente usada
en el duro ejercicio de la espada.

Tenia su campo en torno de la cuesta,
y mandado que nadie se moviese
un paso á comenzar la dura fiesta
hasta que el son de arremeter se oyese,
con una irremisible pena puesta
para áquel que del término saliese,
que estaban así quedos y callados
cual si fueran en mármoles mudados.

Pues la española gente, deseando
ejercitar la vencedora diestra,
se va á los enemigos acercando
por la banda del bárbaro siniestra:
Lautaro al puesto término llegando;
presenta la batalla en bella muestra,
con gran rumor de bárbaras trompetas;
atambores, bocinas y cornetas.

Paréceme, Señor, que será justo
dar fin al largo canto en este paso,
porque el deseo del otro mueva el gusto;
y porque de cantar me siento laso.
Suplícoos que el tardar no os dé disgusto,
pareciéndoos que voy tan paso á paso,
que aun de gentes agravio una gran suma,
atento á no llevar prolija pluma.

CANTO V.

Contiénese la muy reñida batalla que entre los españoles y los aroucanos hubo en la cuesta de Andalican, donde por la astucia de Lautaro y el demasiado trabajo de los españoles, fueron los nuestros desbaratados, y muertos mas de la mitad de ellos, juntamente con la de tres mil indios amigos.

Siempre el benigno Dios, por su clemencia,
nos dilata el castigo merecido,
hasta ver sin enmienda la insolencia,
y el corazon rebelde endurecido:
y es tanta la dañosa inadvertencia,
que aunque vemos el término cumplido
y ejemplo del castigo en el vecino,
no queremos dejar el mal camino.

Dígolo, porque viene muy contenta
nuestra gente española á las espadas,
que en el fin de Valdivia no escarmienta,
ni mira haber seguido sus pisadas:
presto la vereis dar estrecha cuenta
de las culpas presentes y pasadas;
que el verdugo Lautaro, ardiendo en saña
se muestra con su gente en la campaña.

Villagran con la suya á punto puesto,
en el estrecho llano se detiene;
plantando seis cañones en buen puesto,
ordena aquí y allí lo que conviene:
estuvo sin moverse un rato en esto
por ver el órden que Lautaro tiene,
que ocupaba su gente tanto trecho
que mitigó el ardor de mas de un pecho.

De muchos fue esta guerra deseada;
pero sabe ora Dios sus intenciones,
viendo toda la cuesta rodeada
de gente en concertados escuadrones:
la sangre, del temor ya resfriada,
con presteza acudió á los corazones;
los miembros, del calor desamparados,
fueron luego de esfuerzo reformados.

Con nuevo encendimiento están bramando,
porque la trompa de partir no suena;
tanto el trance y batalla deseando
que cualquiera tardanza les da pena.
De la otra parte el araucano bando,
sujeto á lo que su caudillo ordena,
rabiaba por cerrar; mas la obediencia
le pone duro freno y resistencia.

Como el feroz caballo, que impaciente,
cuando el competidor ve ya cercano,
bufa, relincha, y con soberbia frente
hiere la tierra de una y otra mano;

así el bárbaro ejército obediente,
viendo tan cerca el campo castellano,
gime por ver el juego comenzado,
mas no pasa del término asignado.
Desta manera, pues, la cosa estaba,
ganosos de ambas partes por juntarse;
pero ya Villagran consideraba
que era dalles mas ánimo el tardarse:
tres bandas de ginetes apartaba
de aquellos codiciosos de probarse,
que a la seña, sin mas amonestallos,
ponen las piernas recio á los caballos.
El campo con ligeros piés batiendo,
salen con gran tropel y movimiento;
Rauco se estremeció del son horrendo,
y la mar hizo estraño sentimiento.
Los corregidos bárbaros temiendo
de Lautaro el espreso mandamiento,
aunque por los herir se deshacian,
el paso hácia adelante no movian.
Con el concierto y órden que en Castilla
juegan las cañas en solemne fiesta,
que parte y desembraza una cuadrilla
revolviendo la darga al pecho puesta:
así los nuestros, firmes en la silla,
llegan hasta el remate de la cuesta,
y vuelven casi en cerco á retirarse,
por no poder romper sin despeñarse.
Toman al retirar la vuelta larga,
y desta suerte muchas vueltas prueban;
pero todas las veces una carga
de flecha, dardo y piedra espesa llevan:
á algunos vale allí la buena adarga,
las celadas y grebas bien aprueban,
que no pueden venir al corto hierro
por ser peinado en torno el alto cerro.
Firme estaba Lautaro sin mudarse,
y cercada de gente la montaña;
algunos que pretenden señalarse
salen con su licencia á la campaña:
quieren uno por uno ejercitarse
de la pica y baston con los de España;
ó dos á dos, ó tres á tres soldados,
á la franca eleccion de los llamados.
Usando de mudanzas y ademanes
vienen con muestra airosa y contoneo,
mas bizarros que bravos alemanes,
haciendo aquí y allí gentil paseo:
como los diestros y ágiles galanes
en público ejercicio del torneo,
así llegan gallardos á juntarse
y con las duras puntas á tentarse.
Quien piensa de la pica ser maestro
sale á probar la fuerza y el destino,
tentando el lado diestro y el siniestro,
buscando lo mejor con sabio tino:
cuál acomete, vence y hurta presto,
hallando para entrar franco el camino;
cuál hace el golpe vano, y cuál tan cierto
que dá con su enemigo en tierra muerto.
Otros de estas posturas no se curan,
ni paran en el aire y gentileza;
que el golpe sea mortal solo procuran,
y en el cuerpo y los piés llevar firmeza:
con ánimo arrojado se aventuran,
llevados de la cólera y braveza;
esta á veces los golpes hace vanos,
y ellos venir mas juntos á las manos.
Pero por mas veloz en la corrida
el mozo Curioman se señalaba,
que con gallarda muestra y atrevida
larga carrera sin temor tomaba:
y blandiendo una lanza muy fornida
en medio de la furia la arrojaba,
que nunca de ballesta al torno armada
jara con tal presteza fue enviada.
Habia siete españoles ya herido,
mas nadie se atraviesa á la venganza,
que era el valiente bárbaro tenido
por su esfuerzo, destreza y gran pujanza:
en esto Villagran algo corrido,
viéndole despedir la octava lanza,
dijo con voz airada: ¿no hay alguno
que castigue este bárbaro importuno?
Diciendo esto, miraba á Diego Cano,
el cual de osado crédito tenia,
que una asta gruesa en la derecha mano
su rabican preciado apercibia;
y al tiempo cuando el bárbaro lozano
con fuerza estrema el brazo sacudia,
en la silla los muslos enclavados
hiere al caballo á un tiempo entrambos lados.
Con menudo tropel y gran ruido
sale el presto caballo desenvuelto
hácia el gallardo bárbaro atrevido,
que en esto las espaldas habia vuelto;
pero el fuerte español, embebecido
en que no se le fuese, el freno suelto,
bate al caballo á priesa los talones
hasta los enemigos escuadrones.
No el araucano y fiero ayuntamiento
con las espesas picas derribadas,
ni el presuroso y recio movimiento
de mazas y de bárbaras espadas
pudieron resistir al duro intento
del airado español, que las pisadas
del ligero araucano iba siguiendo,
la espesa turba y multitud rompiendo:
Donde á pesar de tantos y á despecho,
con gran esfuerzo y valerosa mano
rompe por ellos, y la lanza el pecho
de aquel que dilató su muerte en vano:
y glorioso del bravo y alto hecho,
al caballo picó á la diestra mano,
abriendo con esfuerzo y diestro tino
por medio de las armas el camino.
Luego se arroja el escuadron ginete
al araucano ejército llamando,
que á esperarle parece que acomete,
y váse luego al borde retirando:
una, cuatro y diez veces arremete,
poco el arremeter aprovechando;
que en aquella sazon ninguna espada
habia de sangre bárbara manchada.
Los cansados caballos trabajaban,
mas poco del trabajo se aprovecha,
que los nuestros en vano les picaban,
heridos y ostigados de la flecha:
las bravezas de algunos aplicaban
viéndose en aquel punto y cuenta estrecha,
ellos lasos, los otros descansados,
los pasos y caminos ya cerrados.
La presta y temerosa artillería
á toda furia y priesa disparaba,
y así en el escuadron indio batia,
que cuanto topa enhiesto lo allanaba:
de fuego y humo el cerro se cubria,
el aire cerca y lejos retumbaba:
parece con estruendo abrirse el suelo
y respirar un nuevo Mongibelo.
Visto Lautaro serle conveniente
quitar y deshacer aquel nublado
que lanzaba los rayos en su gente
y habia gran parte della destrozado;
al escuadron que á Leucoton valiente
por su valor le estaba encomendado
le manda arremeter con furia presta
y en alta voz diciendo le amonesta:
¡Oh fieles compañeros vitoriosos
á quien fortuna llama á tales hechos!

ya es tiempo que los brazos valerosos
nuestras causas aprueben y derechos :
sús, sús, calad las lanzas animosos;
rompan los hierros los contrarios pechos,
y por ellos abrid roja corriente
sin respetar á amigo ni á pariente.
A las plazas guiad, que si ganadas
por vuestro esfuerzo son, con tal vitoria
célebres quedarán vuestras espadas,
y eterna al mundo dellas la memoria :
el campo seguirá vuestras pisadas,
siendo vos los autores desta gloria.
Y con esto la gente envanecida
hizo la temeraria arremetida.
Por infame se tiene allí el postrero,
que es la cosa que entre ellos mas se nota,
el mas medroso quiere ser primero,
á probar si la lanza lleva bota :
no espanta ver morir al compañero,
ni llevar quince ó veinte una pelota
volando por los aires hechos piezas,
ni el ver quedar los cuerpos sin cabezas.
No los perturba y pone allí embarazo,
ni punto los detiene el temor ciego;
antes si el tiro á alguno lleva el brazo,
con el otro la espada esgrime luego :
llegan sin reparar hasta el ribazo
donde estaba la máquina del fuego;
viéranse allí las balas escupidas
por la bárbara furia detenidas.
Los demás arremeten luego en rueda,
y de tiros la tierra y sol cubrian :
pluma no basta, lengua no hay que pueda
figurar el furor con que venian :
de voces, humo, fuego y polvareda
no se entienden allí ni conocian;
mas poco aprovechó este impedimento,
que ciegos se juntaban por el tiento.
Tardaron poco espacio en concertarse
las enemigas haces ya mezcladas :
lo que alli se vió mas para notarse
era el presto batir de las espadas :
procuran ambas partes señalarse,
y así vieran cabezas y celadas
en cantidad y número partidas,
y piernas de sus troncos divididas.
Unos por defender la artillería
con tal ímpetu y furia acometida,
otros por dar remate á su porfía
traban una batalla bien reñida :
para un solo español cincuenta habia;
la ventaja era fuera de medida;
mas cada cual por sí tanto trabaja,
que iguala con valor á la ventaja.
No quieren que atrás vuelva el estandarte
de Carlos Quinto, máximo glorioso;
mas que, á pesar del contrapuesto Marte,
vaya siempre adelante vitorioso :
el cual terrible y fiero á cada parte,
envuelto en ira y polvo sanguinoso,
daba nuevo vigor á las espadas,
de tanto combatir aun no cansadas.
Renuévase el furor y la braveza
segun es el herir apresurado,
con aquel mismo esfuerzo y entereza
que si entonces la hubieran comenzado :
las muertes, el rigor y la crueza,
esto no puede ser significado,
que la espesa y menuda yerba verde
en sangre convertida el color pierde.
Villagran la batalla en peso tiene,
que no pierde una mínima su puesto;
de todo lo importante se previene,
aquí va, y allí acude, y vuelve presto :
hace de capitan lo que conviene
con usada esperiencia, y fuera desto,
como osado soldado y buen guerrero
se arroja á los peligros el primero.
Andando envuelto en sangre á Torbo mira
que en los cristianos hace gran matanza;
lleva el caballo, y él llevado de ira
requiere en la derecha bien la lanza :
en los estribos firme al pecho tira;
mas la codicia y sobra de pujanza
desatentó la presurosa mano,
haciendo antes de tiempo el golpe en vano.
Hiende el caballo desapoderado
por la canalla bárbara enemiga,
revuelve á Torbo el español airado,
y en bajo el brazo la gineta abriga;
pásale un fuerte peto tresdoblado
y el jubon de algodon, y en la barriga
le abrió una gran herida por dó al punto
vertió de sangre un lago y la alma junto.
Saca entera la lanza, y derribando
el brazo atrás, con ira la arrojaba :
vuelve la furiosa asta rechinando
del ímpetu y pujanza que llevaba,
y á Corpillan que estaba descansando
por entre el brazo y cuerpo le pasaba,
y al suelo penetró sin dañar nada,
quedando media braza en él fijada.
Y luego Villagran, la espada fuera,
por medio de la hueste va á gran priesa;
haciendo con rigor ancha carrera
á donde vá la turba mas espesa.
No menos Pedro de Olmos de Aguilera
en todos los peligros se atraviesa,
habiendo él solo muerto por su mano
á Guancho, Cano, Pillo y Titaguano.
Hernando y Juan, entrambos de Alvarado,
daban de su valor notoria muestra,
y el viejo gran ginete Maldonado
voltea el caballo allí con mano diestra,
ejercitando con valor usado
la espada, que en herir era maestra,
aunque la débil fuerza envejecida
hace pequeño el golpe y la herida.
Diego Cano á dos manos, sin escudo,
no deja lanza enhiesta ni armadura,
que todo por rigor de filo agudo
hecho pedazos viene á la llanura :
pues Peña, aunque de lengua tartamudo,
se revuelve con tal desenvoltura
cual Cesio entre la armas de Pompeo,
ó en Troya el fiero hijo de Peleo.
Por otra parte el español Reinoso,
de ponzoñosa rabia estimulado,
con la espada sangrienta va furioso
hiriendo por el uno y otro lado;
mata de un golpe á Palta, y riguroso
la punta enderezó contra el costado
del fuerte Ron, y así acertó la vena,
que la espada de sangre sacó llena.
Benal, Pedro de Aguayo, Castañeda,
Ruizr, Gonzalo Hernandez y Pantoja
tienen hecha de muertos una rueda
y la tierra de sangre toda roja :
no hay quien ganar del campo un paso pueda
ni el espeso herir un punto afloja,
haciendo los cristianos tales cosas
que las harán los tiempos milagrosas.
Mas eran los contrarios tanta gente,
y tampoco el remedio y confianza,
que á muchos les faltaba juntamente
la sangre, aliento, fuerza y la esperanza :
llegados, pues, al fin de la corriente,
sin poder resistir la gran pujanza,
pierden un largo trecho la montaña
con todas las seis piezas de campaña.

Del antiguo valor y fortaleza
sin aflojar los nuestros siempre usaron;
no se vió en español jamás flaqueza
hasta que el campo y sitio les ganaron:
mas viéndose á tal hora en estrecheza,
que pasaba de cinco que empezaron,
comienzan á dudar ya la batalla
perdiendo la esperanza de ganalla.

Dudan por ver al bárbaro tan fuerte,
cuando ellos en la fuerza iban menguando;
representóles el temor la muerte,
las heridas y sangre resfriando:
algunos desaniman de tal suerte
que se van al camino retirando,
no del todo, Señor, desbaratados,
mas haciéndoles rostro y ordenados.

Pero el buen Villagran, haciendo fuerza,
se arroja y contrapone al paso airado,
y con sabias razones los esfuerza,
como de capitan escarmentado,
diciendo: caballeros, nadie tuerza
de aquello que á su honor es obligado;
no os entregueis al miedo, que es, yo os digo,
de todo nuestro bien grande enemigo.

Sacudidle de vos, y vereis luego
la deshonra y afrenta manifiesta:
mirad que el miedo infame, torpe y ciego
mas que el hierro enemigo aquí os molesta:
no os turbeis, reportaos, tened sosiego,
que en este solo punto teneis puesta
vuestra fama, el honor, vida y hacienda,
y es cosa que despues no tiene enmienda.

¿A dó volveis sin órden y sin tiento,
que los pasos tenemos impedidos?
¿Con cuánto deshonor y abatimiento
seremos de los nuestros acogidos?
La vida y honra está en el vencimiento,
la muerte y deshonor en ser vencidos:
mirad esto, y vereis huyendo cierta
vuestra deshonra y mas la vida incierta.

De la plaza no ganan cuanto un dedo
por esto y otras cosas que decia,
segun era el terror y estraño miedo
en que el peligro puesto los habia.
¿Dónde quedar mejor que aquí yo puedo?
diciendo Villagran, con osadía
temeraria arremete á tanta gente,
solo para morir honradamente.

La vida ofrece de acabar contenta,
por no estar al rigor de ser juzgado;
teme mas que á la muerte alguna afrenta
y el verse con el dedo señalado:
no quiere andar á todos dando cuenta
si á volver las espaldas fue forzado;
que por dolencia ó mancha se reputa
tener hombre el honor puesto en disputa.

Cuán bien desto salió, que del caballo
al suelo le trujeron aturdido;
cuál procura prendello, cuál matallo,
pero las buenas armas le han valido;
otros dicen á voces: desarmallo;
acude allí la gente y el ruido.....
Mas quien saber el fin desto quisiere,
al otro canto pido que me espere.

CANTO VI.

Prosigue la comenzada batalla, con las estrañas y diversas muertes que los araucanos ejecutaron en los vencidos, y la poca piedad que con los niños y mujeres usaron, pasándolos todos a cuchillo.

Al valeroso espíritu, ni suerte,
ni revolver de hado riguroso
le pueden presentar caso tan fuerte
que le traigan á estado vergonzoso;
como ahora á Villagran, que con su muerte,
no siendo de otro modo poderoso,
piensa atajar el áspero camino
adonde le tiraba su destino.

Sus soldados, el paso apresurando,
en confuso monton se retrujeron,
cuando en el nuevo y gran rumor mirando
á su buen capitan en tierra vieron:
solos trece, la vida despreciando,
los rostros y las riendas revolvieron,
rasgando á los caballos los hijares
se arrojan á embestir tantos millares.

Con mas valor que yo sabré decillo
el pequeño escuadron ligero cierra,
abriendo en los contrarios un portillo,
que casi puso en condicion la guerra:
rompen hasta dó el mísero caudillo
de golpes aturdido estaba en tierra;
sin ayuda y favor desamparado,
de la enemiga turba rodeado.

Todos á un tiempo quieren ser primeros
en esta empresa y suerte señalada,
y estaban como lobos carniceros
sobre la mansa oveja desmandada:
cuando discordes con ahullidos fieros
forman música en voz desentonada;
y en esto los mastines del ejido
llegan con gran presteza á aquel ruido.

Así los enemigos apiñados,
en medio al triste Villagran tenian,
que por darle la muerte, embarazados,
los unos á los otros se impedian:
mas los trece españoles esforzados
rompiendo á la sazon sobrevenian,
de roja y fresca sangre ya cubiertos
de aquellos que dejaban atras muertos.

Con gran presteza del amor movidos,
á donde á Villagran ven se arrojaban,
y los agudos hierros atrevidos
de nuevo en sangre nueva remojaban:
desamparan el cerco los heridos,
acá y allá medrosos se apartaban:
algunos sustentaban con mas suerte
su parte y opinion hasta la muerte.

Si un espeso monton se deshacia,
desocupando el campo escarmentados,
otra junta mayor luego nacia,
y estaban sus lugares ocupados:
del sueño Villagran aun no volvia;
mas tal maña se dieron sus soldados,
y así las prestas armas revolvieron,
que en su acuerdo á caballo lo pusieron.

A tardarse mas tiempo fuera muerto,
y á bien librar salió tan mal parado
que, aunque estaba de planchas bien cubierto,
tenia el cuerpo molido y magullado:
pero del sueño súbito despierto,
viendo trece españoles á su lado,
olvidando el peligro en que aun estaba,
entre los duros hierros se lanzaba.

Por medio del ejército enemigo
sin escarmiento ni temor hendia,
llevando en su defensa al bando amigo
que destrozando bárbaros venia:
trillan, derriban, hacen tal castigo
que duran las reliquias hoy en dia,
y durará en Arauco muchos años
el estrago y memoria de los daños.

Bernal hiere á Mailongo de pasada
de un valiente altibajo á fil derecho;
no le valió de acero la celada,
que los filos corrieron hasta el pecho:
Aguilera al través tendió la espada,
y al dispuesto Guaman dejó mal trecho;
haciendo ya el temor tan ancha senda
que bien pueden correr á toda rienda.

Salen, pues, los catorce vitoriosos
donde los otros de su bando estaban,
que turbados, sin órden, temerosos
de ver su muerte ya remolinaban,
no bastaron ni fueron poderosos
Villagran y los otros que llegaban
á estorbar el camino comenzado,
que ya el temor gran fuerza habia cobrado.

Viendo bravo y gallardo al araucano,
del todo de vencer desconfiados,
y los caballos sin aliento, en vano
de importunas espuelas fatigados;
á grandes voces dicen: ¡A lo llano!
no estemos desta suerte arrinconados:
y con nuevo temor y desatino
toman algunos de ellos el camino.

Cual de cabras montesas la manada,
cuando á lugar estrecho es reducida,
de diestros cazadores rodeada
y de importunos tiros perseguida;
que viéndose ofendida y apretada,
una rompe el camino y la huida,
siguiendo las demás á la primera;
así abrieron los nuestros la carrera.

Uno, dos, diez y veinte desmandados
corren á la bajada de la cuesta,
sin órden ni atencion apresurados,
como si al palio fueran sobre apuesta:
aunque algunos valientes ocupados
con firme rostro y con espada presta,
combatiendo animosos, no miraban
como así los amigos los dejaban.

No atienden al huir, ni se previenen
de remedio tan flaco y vergonzoso;
antes en su batalla se mantienen,
trayendo el fin á término dudoso:
y con heróicos ánimos detienen
de los indios el ímpetu furioso,
y la disposicion del duro hado
en daño suyo y contra declarado.

Y así resisten, matan y destruyen,
contrastando al destino, que parece
que el valor araucano disminuyen,
y el suyo con difícil prueba crece:
mas viendo á los amigos como huyen,
que á mas correr la gente desparece,
hubieron de seguir la misma via,
que ya fuera locura y no osadía.

Quiero mudar en lloro amargo el canto,
que será á la sazon mas conveniente,
pues me suena en la oreja el triste llanto
del pueblo amigo y género inocente.
No siendo el ser vencidos, tanto cuanto
ver pasar las espadas crudamente
por vírgenes, mujeres, servidores,
que penetran los cielos sus clamores.

La infanteria española sin pereza
y gente de servicio iban camino,
que el miedo les prestaba ligereza,
y mas de la que á algunos les convino;
pues con la turbacion y gran torpeza
muchos perdieron de la cuesta el tino,
ruedan unos, los lomos quebrantados,
otros hechos pedazos despeñados.

Quedan por el camino mil tendidos,
los arroyos de sangre el llano riegan,
rompiendo el aire el llanto y alaridos
que en son desentonado al cielo llegan:
y las lástimas tristes y gemidos,
(puestas las manos altas) con que ruegan
y piden de la vida gracia en vano
al inclemente bárbaro inhumano.

El cual siempre les iba caza dando,
con mano presta y piés en la corrida,
hiriendo sin respeto y derribando
la inútil gente, mísera, impedida,
que á la amiga nacion iba invocando
la ayuda en vano á la amistad debida,
poniéndole delante con razones
la deuda, el interés y obligaciones.

Y aunque mas las razones obligaban,
si alguno á defenderlos revolvia,
viendo cuanto los otros se alargaban,
alargarse tambien le convenia.
Ni á los que por amigos se trataban,
ni á las que por amigas se debia,
con quien habia amistad y cuenta estrecha,
llamar, gemir, llorar les aprovecha.

Que ya los nuestros sin parar en nada
por la carrera de su sangre roja
dan siempre nueva furia á su jornada,
y á los caballos priesa y rienda floja:
que ni la voz de vírgen delicada,
ni obligacion de amigos los congoja.
La pena y la fatiga que llevaban
era que los caballos no volaban.

Sordos á aquel clamor y endurecidos,
miden con sueltos piés el verde llano;
pero algunos de lástima movidos,
viendo el fiero espectáculo inhumano;
de una rabiosa cólera encendidos,
vuelven contra el ejército araucano
que corre por el campo derramado,
la mas parte en la presa embarazado.

Determinados de morir, revuelven
haciendo al sexo tímido reparo,
y de suerte en los bárbaros se envuelven;
que á mas de diez la vuelta costó caro:
por esto los primeros aun no vuelven,
que quieren que el partido sea mas claro,
y no poner la vida en aventura,
cuanto lejos de allí tanto segura.

Torna la lid de nuevo á refrescarse;
de un lado y otro anda igual trabada:
pecho con pecho vienen á juntarse,
lanza con lanza, espada con espada;
pueden los españoles sustentarse,
que la gente araucana derramada
el alcance sin órden proseguia
haciendo todo el daño que podia.

Cual banda de cornejas esparcidas
que por el aire claro el vuelo tienden,
que de la compañera condolidas,
por los chirridos la prision entienden;
las batidoras alas recogidas
á darle ayuda en círculo decienden;
el bárbaro escuadron de esta manera
al rumor endereza la carrera.

La gente que de acá y de allá discurre,
viendo el tumulto y aire polvoroso
deja el alcance, y de tropel concurre
al son de las espadas sonoroso:
cada araucano con presteza ocurre
á donde era el favor mas provechoso,
y los sangrientos hierros en las manos,
cercan el escuadron de los cristianos.

La copia de los bárbaros creciendo,
crece el son de las armas y refriega,
y los nuestros se van disminuyendo,
que en su ayuda y socorro nadie llega:
pero con grande esfuerzo combatiendo
ninguno la persona á ciento niega,
ni allí se vió español que se notase
que á su deuda una mínima faltase.

Mas de la suerte, como si del cielo
tuvieran el seguro de las vidas,
se meten y se arrojan sin recelo
por las furiosas armas homicidas:
caen por tierra, y echan por el suelo,
dan y reciben ásperas heridas,

que el número dispar y aventajado
suple el valor y el ánimo sobrado.
Y así se contraponen, no temiendo
la muerte y furia bárbara importuna,
el ímpetu y pujanza resistiendo
de la gente, del hado y la fortuna:
mas contrastar á tantos no pudiendo
sin socorro, favor ni ayuda alguna,
dilatando el morir les fue forzoso
volver á su camino trabajoso.
Parece el esperar mas desatino,
que van los delanteros como el viento;
usar de aquel remedio les convino
y no del temerario atrevimiento:
muchos mueren en medio del camino
por falta de caballos y de aliento,
y de sangre tambien, que el verde prado
quedaba de su rastro colorado.
Flojos ya los caballos y encalmados,
los bárbaros por piés los alcanzaban,
y en los rendidos dueños derribados
las fuerzas de los brazos ensayaban:
otros de los peones empachados,
digo, de los cristianos que á pié andaban;
casi moverse al trote no podian,
que con solo el temor los detenian.
Los cansados peones se contentan
con las colas ó aciones aferradas,
y en vano lastimosos representan
estrechas amistades olvidadas:
de sí los de á caballo los ausentan,
si no pueden á ruego á cuchilladas,
como á los mas odiosos enemigos;
que no era á la sazon tiempo de amigos.
Atruena todo el valle el gran bullicio,
armas, grita, clamor triste se oía
de la gente española y de servicio
que á manos de los indios perecía:
no se vió tan sangriento sacrificio,
ni tan estraña y cruda anatomía
como los fieros bárbaros hicieron
en dos mil y quinientos que murieron.
Unos vienen al suelo mal heridos,
de los lomos al vientre atravesados,
por medio de la frente otros hendidos,
otros mueren con honra degollados:
otros, que piden medios y partidos,
de los cascos los ojos arrancados,
los fuerzan á correr por peligrosos
peñascos sin parar precipitosos.
Y á las tristes mujeres delicadas
el debido respeto no guardaban,
antes con mas rigor por las espadas
sin escuchar sus ruegos las pasaban:
no tienen miramiento á las preñadas,
mas los golpes al vientre encaminaban,
y aconteció salir por las heridas
las tiernas pernezuelas no nacidas.
Suben por la gran cuesta al que mas puede,
y paga el perezoso y negligente,
que á ninguno mas vida se concede
de cuanto puede andar ligeramente:
y aquel torpe es forzoso que se quede
que no es en la carrera diligente;
que la muerte que airada atrás venia,
en afirmando el pié le sacudia.
Aunque la cuesta es áspera y derecha,
muchos á la alta cumbre han arribado,
adonde una albarrada hallaron hecha,
y el paso con maderos ocupado:
no tiene aquel camino otra desecha,
que el cerro casi en torno era tajado,
del un lado le bate la marina,
de otro un gran peñon con él confina.
Era de gruesos troncos mal pulidos
el nuevo muro en breve tiempo hecho,
con arte unos en otros engeridos
que cerraban la senda y paso estrecho:
dentro estaban los indios prevenidos,
las armas sobre el muro y antepecho;
que segun orgullosos se mostraban,
al cielo, no á la gente, amenazaban.
Viendo los españoles ya cerrados
los pasos y cerrada la esperanza,
á pasar ó morir determinados,
poniendo en Dios la firme confianza,
de la albarrada un trecho desviados
prueban de los caballos la pujanza,
corriendo un golpe de ellos á romperla,
y los bárbaros dentro á defenderla.
Así la gente estaba detenida,
que todo su trabajo no importaba,
ni al peligro hallaba la salida,
hasta que el viejo Villagran llegaba:
que vista la escusada arremetida
cuán poco en el remedio aprovechaba,
sin temor de morir ni muestra alguna
dió aquí el último tiento á la fortuna.
Estaba en un caballo derrivado
de la española raza poderoso,
ancho de cuadra, espeso, bien trabado,
castaño de color, presto, animoso,
veloz en la carrera y alentado,
de grande fuerza y de ímpetu furioso,
y la furia sujeta y corregida
por un débil bocado y blanda brida.
El rostro le endereza, y al momento
bate el presto español recio la hijada,
que sale con furioso movimiento
y encuentra con los pechos la albarrada:
no hace en el romper mas sentimiento
que si fuera en carrera acostumbrada,
abriendo tal camino, que pasaron
todos los que de abajo se escaparon.
Los bárbaros airados defendian
el paso, pero al cabo no pudieron,
que por mas que las armas esgrimian
los fuertes españoles los rompieron:
unos hácia la mano diestra guian,
otros tan buen camino no supieron,
tomando á la siniestra un mal sendero
que á dar iba en un gran despeñadero.
A la siniestra mano hácia el Poniente
estaban dos caminos mal usados,
estos debian de ser antiguamente
por dó al agua bajaban los venados:
digo en tiempos pasados, que al presente
por mil partes estaban derrumbados,
y el remate tajado con un salto
de mas de ciento y veinte brazas de alto.
Por órden de Natura no sabida
ó por gran sequedad de aquella tierra;
ó algun diluvio grande y avenida,
fue causa de tajarse aquella sierra:
pues por allí la gente mal regida
ocupada del miedo de la guerra,
huyendo de la muerte ya sin tino
á dar derechamente en ella vino.
La inadvertida gente iba rodando
que repararse un paso no podia,
el segundo al primero tropellando,
y el tercero al segundo récio envia:
el número se va multiplicando,
un cuerpo mil pedazos se hacia,
siempre rodando con furor violento
hasta parar en el mas bajo asiento.
Como el fiero Tifeo presumiendo
lanzar de sí el gran monte y pesadumbre
cuando el terrible cuerpo estremeciendo
sacude los peñascos de la cumbre,

que vienen con gran ímpetu y estruendo
hechos piezas abajo en muchedumbre;
así la triste gente mal guiada
rodando al llano va despedazada.

Pero aquella que el buen camino tiene,
de verle con presteza el fin procura:
ninguno por el otro se detiene,
que detenerse ya fuera locura:
rodar tambien alguno le conviene,
que mas de lo posible se apresura:
á caballo y á pié, y aun de cabeza
llegaron á lo bajo en poca pieza.

Sueltos iban caballos por el prado,
que muertos los señores han caido;
otros desocuparlos fue forzado
que por flojos la silla habian perdido:
cuál ligero cabalga y cuál turbado,
del temor de la muerte ya impedido,
atinar al estribo no podia,
y el caballo y sazon se le huía.

No aguardaban por esto; mas corriendo
juegan á mucha priesa los talones,
al delantero sin parar siguiendo,
que no le alcanzarán á dos tirones:
votos, promesas entre sí haciendo
de ayunos, romerías, oraciones,
y aun otros reservados solo al papa
si Dios de este peligro los escapa.

Venian ya los caballos por el llano
las orejas tremiendo derramadas:
quiérenlos aguijar, mas es en vano,
aunque recio les abren las hijadas;
el hermano no escucha al caro hermano:
las lástimas allí son escusadas:
quien dos pasos del otro se aventaja,
por ganar otros dos muere y trabaja.

Como el que sueña que en el ancho coso
siente al furioso toro avecinarse,
que piensa atribulado y temeroso
huyendo de aquel ímpetu salvarse,
y se aflige y congoja presuroso
por correr, y no puede menearse;
así estos á gran priesa á los caballos
no pueden, aunque quieren, aguijallos.

Haciendo el enemigo gran matanza
sigue el alcance y siempre los aqueja:
dichoso aquel que buen caballo alcanza,
que de su furia un poco mas se aleja:
quién la adarga abandona, quién la lanza,
quién de cansado el propio cuerpo deja:
y así la vencedora gente brava
la fiera sed con sangre mitigaba.

A aquel que por desdicha atrás venia,
ninguno (aunque sea amigo) le socorre,
despacio el mas ligero se movía,
quien el caballo trota mucho corre:
el cansancio y la sed los afligia:
mas Dios, que en el mayor peligro acorre;
frenó el ímpetu y curso al enemigo,
segun en el siguiente canto digo.

CANTO VII.

Llegan los españoles á la ciudad de la Concepcion hechos pedazos, cuentan el destrozo y pérdida de nuestra gente, y vista la poca que para resistir tan gran pujanza de enemigos en la ciudad habia, y las muchas mujeres, niños y viejos que dentro estaban, se retiran en la ciudad de Santiago. Asimismo en este canto se contiene el saco, incendio y ruine de la ciudad de la Concepcion.

Tener en mucho un pecho se debria
á dó el temor jamás halló posada,
temor que honrosa muerte nos desvía
por una vida infame y deshonrada:
en los peligros grandes, la osadía
merece ser de todos estimada:
el miedo es natural en el prudente,
y el saberlo vencer, es ser valiente.

Esto podrán decir los que picaban
los cansados caballos aguijando;
pues tanto de temor se apresuraban
que les daremos crédito aun callando:
con los prestos calcaños lo afirmaban,
con piernas, brazos, cuerpo hijadeando
tambien los araucanos sin aliento
la furia iban perdiendo y movimiento.

Que del grande trabajo fatigados
en el largo y veloz curso aflojaron,
y por el gran teson desalentados
á seis leguas de alcance los dejaron.
Los nuestros, del temor mas aguijados,
al entrar de la noche se hallaron
en la estrema ribera del Biobío,
á donde pierde el nombre y ser de rio.

Y á la orilla un gran barco asido vieron
de una gruesa cadena á un viejo pino!
los mas heridos dentro se metieron,
abriendo por las aguas el camino;
y los demás con ánimo atendieron
hasta que el esperado barco vino,
y con la diligencia comenzada
á la ciudad arriban deseada.

Puédese imaginar cual llegarian
del trabajo y heridas maltratados,
algunos casi rostros no traían,
otros los traen de golpes levantados:
del infierno parece que salian:
no hablan ni responden, elevados:
á todos con los ojos rodeaban;
y mas callando el daño declaraban.

Despues que dió el cansancio y torpe espanto
licencia de decir lo que pasaba,
dejando el pueblo atónito, y á cuanto
súbito en triste tono levantaba
un alboroto y doloroso llanto,
que el gran desastre mas solemnizaba;
y al son discorde y áspera armonía
la casa mas vecina respondia:

Quién llora el muerto padre, quién marido,
quién hijos, quién sobrinos, quién hermanos;
mujeres como locas sin sentido
ansiosas tuercen las hermosas manos:
con el fresco dolor crece el gemido,
y los pretestos de acidente vanos:
los niños abrazados con las madres
preguntaban llorando por sus padres.

De casa en casa corren publicando
las voces y clamores esforzados
los muertos que murieron peleando
y aquellos infelices despeñados:
mozas, casadas, viudas lamentando,
puestas las manos y ojos levantados,
piden á Dios, para dolor tan fuerte,
el último remedio de la muerte.

La amarga noche sin dormir pasaban
al son de dolorosos instrumentos:
mas el dia venido, se atajaban
con otro mayor mal estos lamentos:
diciendo que á gran furia se acercaban
los araucanos bárbaros sangrientos,
en una mano hierro, en otra fuego,
sobre el pueblo español, de temor ciego.

Ya la parlera Fama pregonando
torpes y rudas lenguas desataba:
las cosas de Lautaro acrecentando,
los enemigos ánimos menguaba:
que ya cada español casi temblando,
dando fuerza á la Fama, levantaba
al mas flaco araucano hasta el cielo,
derramando en los ánimos un hielo.

Levántase un rumor de retirarse,

y la triste ciudad desamparalla,
diciendo que no pueden sustentarse
contra los enemigos en batalla:
corrillos comenzaban á formarse:
la voz comun aprueba el despoblalla:
algunos con razones importantes
reprobaban las causas no bastantes.

Dos varias partes eran admitidas,
del temor y el amor de la hacienda;
la poca gente, muertes y heridas,
dicen que la ciudad no se defienda:
las haciendas y rentas adquiridas,
al liberal temor cogen la rienda:
mas luego se esforzó y creció de modo,
que al fin se apoderó de todo en todo.

La gente principal claro pretende
desamparar el pueblo y propio nido:
el temeroso vulgo aun no lo entiende,
mas tiende oreja atenta á aquel ruido:
visto el público trato, mas no atiende;
que súbito, alterado y removido,
de nuevo esfuerza el llanto y las querellas,
poniendo un alarido en las estrellas.

Quién á su casa corre pregonando
la venida del bárbaro guerrero;
quién aguija, la silla procurando
cincharla en el caballo mas ligero.
Las encerradas vírgenes, llorando
por las calles sin manto ni escudero,
atónitas, de acá y allá perdidas,
á las madres buscaban desvalidas.

Como las corderillas temerosas



de las queridas madres apartadas,
balando van perdidas presurosas,
haciendo en poco espacio mil paradas,
ponen atenta oreja á todas cosas,
corren aquí y allí desatinadas;
así las tiernas vírgenes llorando,
á voces á las madres van llamando.

De rato en rato se renueva y crece
el llanto, la afliccion y el alarido:
tal vez hay que de súbito enmudece,
reduciendo el sentir solo al oido:
cualquier sombra, Lautaro les parece,
su rigurosa voz cualquier ruido,
alzan la grita y corren, no sabiendo
mas de ver á los otros ir corriendo.

Era cosa de oir bien lastimosa
los suspiros, clamores y lamento,
haciéndolos mayores cualquier cosa
que trae de nuevo el miedo por el viento:
desampara la turba temerosa
sus casas, posesion y heredamiento,
sedas, tapices, camas, recamados,
tejos de oro y de plata atesorados.

Si alguno hace protestos, requiriendo
que no sea la ciudad desamparada,
responde el principal: yo no lo entiendo
ni de mi voluntad soy parte en nada;
pero el temor un viejo posponiendo,
les dice: gente vil, acobardada,
deshonra del honor y ser de España,
¿qué es esto, dónde vais, quién os engaña?

No fue esta correccion de algun provecho
ni otras cosas que el viejo les decia,
muestran todos hacerse á su despecho

y van al que mas corre ya la via.
Es justo que la fama cante un hecho
digno de celebrarse hasta el dia
que cese la memoria por la pluma
y todo pierda el ser y se consuma.
Doña Mencía de Nidos, una dama
noble, discreta, valerosa, osada,
es aquella que alcanza tanta fama
en tiempo que á los hombres es negada:
estando enferma y flaca en una cama,
siente el grande alboroto, y esforzada,



asiendo de una espada y un escudo,
salió tras los vecinos como pudo.
Ya por el monte arriba caminaban,
volviendo atrás los rostros afligidos
á las casas y tierras que dejaban,
oyendo de gallinas mil graznidos:
los gatos con voz hórrida maullaban,
perros daban tristísimos ahullidos,
Progne con la turbada Filomena
mostraban en sus cantos grave pena.
Pero con mas dolor doña Mencía,
que dello daba indicio y muestra clara,
con la espada desnuda lo impedia,
y en medio de la cuesta y dellos para.
El rostro á la ciudad vuelto decia:
¡Oh valiente nacion, á quien tan cara
cuesta la tierra y opinion ganada
por el rigor y filo de la espada!
Decidme, ¿qué es de aquella fortaleza
que contra los que así temeis mostrastes?
¿qué es de aquel alto punto y la grandeza
de la inmortalidad á que aspirastes?
¿qué es del esfuerzo, orgullo, la braveza
y el natural valor de que os preciastes?
¿á dónde vais, cuitados de vosotros
que no viene ninguno tras nosotros?
¡Oh cuántas veces fuistes imputados
de impacientes, altivos, temerarios,
en los casos dudosos arrojados,
sin atender á medios necesarios:
y os vimos en el yugo traer domados
tan gran número y copia de adversarios,
y emprender y acabar empresas tales,
que distes á entender ser inmortales!
Volved á vuestro pueblo ojos piadosos,
por vos de sus cimientos levantado;
mirad los campos fértiles viciosos
que os tienen su tributo aparejado;
las ricas minas, y los caudalosos
rios de arenas de oro, y el ganado
que ya de cerro en cerro anda perdido
buscando á su pastor desconocido.
Hasta los animales, que carecen
de vuestro racional entendimiento,
usando de razon se condolecen,
y muestran doloroso sentimiento:
los duros corazones se enternecen,
no usados á sentir, y por el viento
las fieras la gran lástima derraman,
y en voz casi formada nos infaman.
Dejais quietud, hacienda y vida honrosa,
de vuestro esfuerzo y brazos adquirida,
por ir á casa ajena embarazosa
á do tendremos mísera acogida:
¿qué cosa puede haber mas afrentosa
que ser huéspedes toda nuestra vida?
Volved, que á los honrados vida honrada
les conviene, ó la muerte acelerada.
Volved, no vais así de esa manera,
ni del temor os deis tan por amigos;
que yo me ofrezco aquí, que la primera
me arrojaré en los hierros enemigos:
haré yo esta palabra verdadera,
y vosotros sereis dellos testigos.
¡Volved! ¡volved! (gritaba) pero en vano,
que á nadie pareció el consejo sano.
Como el honrado padre recatado,
que piensa reducir con persuasiones
al hijo, del propósito dañado;
y está alegando en vano mil razones,
que al hijo incorregible y obstinado
le importunan y cansan los sermones:
así al temor la gente ya entregada,
no sufre ser en esto aconsejada.
Ni á Paulo le pasó con tal presteza
por las sienes la Yáculo serpiente,
sin perder de su vuelo ligereza,
llevándole la vida juntamente:
como la odiosa plática y braveza
de la dama de Nidos por la gente,
pues apenas entró por un oido
cuando ya por el otro habia salido.
Sin escuchar la plática, del todo
llevados de su antojo caminaban:
mujeres sin chapines por el lodo
á gran priesa las faldas arrastraban:
fueron doce jornadas de este modo,
y á Mapochó al fin dellas arribaban:
Lautaro, que se siente descansado,
me da priesa, que mucho me he tardado.
No es bien que tanto dél nos descuidemos,
pues él no se descuida en nuestro daño,
y á donde le dejamos volveremos,

que fue donde dejó el alcance estraño:
en muy poco papel resumiremos
un gran proceso y término tamaño:
que fuera necesario larga historia
para ponerlo estenso por memoria.

Mas con la brevedad ya profesada
me detendré lo menos que pudiere,
y las cosas menudas, de pasada
tocaré lo mejor que yo supiere:
pido que atenta oreja me sea dada,
que el cuento es grave y atencion requiere,
para que con curiosa y fácil pluma
los hechos de estos bárbaros resuma;

Que luego que el alcance hubo cesado
volviendo al hijo de Pillan gozoso,
que atrás un largo trecho habia quedado;
mas por autoridad que de medroso,
al general despachan un soldado,
alojándose el campo en el gracioso
valle de Talcamábida importante,
de pastos y comidas abundante.

Un bárbaro valiente que tenia
la estancia y heredad en aquel valle,
halló un indio cristiano por la via;
pero no se preciando de matalle,
prisionero á su casa le traía,
y comienza en tal modo á razonalle:
la vida ¡oh miserable! quiero darte,
aunque no la mereces por tu parte.

Pues que ya que á la guerra tú venias,
gozando del honor de los guerreros,
¿por qué con las mujeres te escondias
viendo á hierro morir tus compañeros?
mujer debes de ser, pues que temias
tanto de alguna espada los aceros;
y así quiero que tengas el oficio
en todo lo que toca á mi servicio.

Mandó que del oficio se encargase
que á la mujer honesta es permitido,
y la posada y cena concertase,
en tanto que del sueño convencido
los fatigados miembros recrease:
y habiéndose á su cama recogido,
al mundo el sol dos vueltas habia dado,
y no habia el araucano despertado;

Sepultado en un sueño tan profundo
como si de mil años fuera muerto,
hasta que el claro sol dió luz al mundo
á la vuelta tercera, que despierto
pidió la usada ropa, y lo segundo
si estaba la comida ya en concierto:
el diligente siervo respondia
que despues de guisada estaba fria:

Diciéndole tambien como habia estado
cincuenta horas de término en el lecho,
del trabajo y manjares olvidado,
con todo lo demás que se habia hecho;
y que el comer estaba aparejado,
si del sueño se hallaba satisfecho.
El bárbaro responde: no me espanto
de haber sin despertar dormido tanto;

Que el cuidoso Lautaro apercebido,
por hacer desear vuestra llegada,
la gente en escuadrones ha tenido
con tal orden y tasa castigada;
que aun el sentarnos era defendido
en acabando Apolo su jornada,
hasta que ya los rayos de su lumbre
nos daban de la vuelta certidumbre.

Si alguno de su puesto se movia,
sin esperar descargo le empalaba,
y aquel que de cansado se dormia
en medio de dos picas le colgaba:
quien cortaba una espiga, allí moria,
demas de la racion que se le daba:
con órdenes estrechas y precetos
nos tuvo, como digo, así sujetos.

Desta suerte estuvimos los soldados
mas de catorce noches aguardando,
las picas altas, á ellas arrimados,
vuestra tarda venida deseando:
del sueño y del cansancio quebrantados,
pasando gran trabajo, hasta cuando
supimos que llegábades ya junto,
que nos quitó el cansancio en aquel punto.

Viendo el silencio que en el valle habia,
le pregunta si el campo era partido:
el mozo dice: ayer antes del dia
salió de aquí con súbito ruïdo;
afirmarte la causa no sabria;
aunque por claras muestras he entendido
que la ciudad de Penco torreada
era del español desamparada.

Asi era la verdad, que caminado
habian los escuadrones vencedores
hácia el pueblo español desamparado
de los inadvertidos moradores.
La codicia del robo y el cuidado
les puso espuelas y ánimos mayores:
siete leguas del valle á Penco habia
y arribaron en solo medio dia.

A vista de las casas ya la gente
se reparte por todos los caminos,
porque el saco del pueblo sea igualmente
lleno de ropa y falto de vecinos:
apenas la señal de partir siente,
cuando cual negra banda de estorninos
que se abate al monton del blanco trigo,
baja al pueblo el ejército enemigo.

La ciudad yerma en gran silencio atiende
el presto asalto y fiera arremetida
de la bárbara furia, que deciende
con alto estruendo y con veloz corrida:
el menos codicioso allí pretende
la casa mas copiosa y bastecida:
vienen de gran tropel hácia las puertas,
todas de par en par francas y abiertas.

Corren toda la casa en el momento,
y en un punto escudriñan los rincones:
muchos por no engañarse por el tiento
rompen y descerrajan los cajones;
baten tapices, rimas y ornamento,
camas de seda y ricos pabellones,
y cuanto descubrir pueden de vista,
que no hay quien los impida ni resista.

No con tanto rigor el pueblo griego
entró por el troyano alojamiento,
sembrando frigia sangre y vivo fuego,
talando hasta en el último cimiento;
cuanto de ira, venganza y furor ciego,
el bárbaro, del robo no contento,
arruina, destroza, desperdicia,
y así aun no satisface su malicia.

Quién sube la escalera y quién abaja,
quién á la ropa y quién al cofre aguija,
quién abre, quién desquicia y desencaja,
quién no deja fardel ni baratija;
quién contiende, quién riñe, quién baraja,
quién alega y se mete á la partija:
por las torres, desvanes y tejados
aparecen los bárbaros cargados.

No en colmenas de abejas la frecuencia,
priesa y solicitud, cuando fabrican
en el panal la miel con providencia,
que á los hombres jamás lo comunican;
ni aquel salir, entrar, y diligencia
con que las tiernas flores melifican,
se puede comparar, ni ser figura
de lo que aquella gente se apresura.

Alguno de robar no se contenta

la casa que le da cierta ventura;
que la insaciable voluntad sedienta
otra de mayor presa le figura;
haciendo codiciosa y necia cuenta
busca la incierta y deja la segura;
y llegando, el sol puesto, á la posada,
se queda por buscar mucho sin nada.

También se roba entre ellos lo robado,
que poca cuenta y amistad habia,
si no se pone en salvo á buen recado,
que allí el mayor ladron mas adquiria;
cuál lo saca arrastrando, cuál cargado
va, que del propio hermano no se fia:
mas parte á ningun hombre se concede
que aquello que llevar consigo puede.

Como para el invierno se previenen
las guardosas hormigas avisadas,
que á la abundante troje van y vienen
y andan en acarreos ocupadas,
no se impiden, estorban, ni detienen,
dan las vacías paso á las cargadas;
así los araucanos codiciosos
entran, salen y vuelven presurosos.

Quien buena parte tiene, mas no espera,
que presto pone fuego al aposento;
no aguarda que los otros salgan fuera,
ni tiene al edificio miramiento:
la codiciosa llama de manera
iba en tanto furor y crecimiento,
que todo el pueblo mísero se abrasa,
corriendo el fuego ya de casa en casa.

Por alto y bajo el fuego se derrama;
los cielos amenaza el son horrendo;
de negro humo espeso y viva llama
la infelice ciudad se va cubriendo:
treme la tierra en torno, el fuego brama,
de subir á su esfera presumiendo:
caen de rica labor maderamientos
resumidos en polvos cenicientos.

Piérdese la ciudad mas fertil de oro
que estaba en lo poblado de la tierra,
y á donde mas riquezas y tesoro,
segun fama, en sus términos se encierra:
¡oh cuantos vivirán en triste lloro
que les fuera mejor continua guerra!
pues es mayor miseria la pobreza
para quien se vió en próspera riqueza.

A quien diez, á quien veinte, y á quien treinta
mil ducados por año les rentara:
el mas pobre tuviera mil de renta,
de aquí ninguno de ellos abajara:
la parte de Valdivia era sin cuenta,
si la ciudad en paz se sustentara,
que en torno la cercaban ricas venas
fáciles de labrar y de oro llenas.

Cien mil casados súbditos servian
á los de la ciudad desamparada,
sacar tanto oro en cantidad podian
que á tenerse viniera casi en nada:
esto que digo y la opinion perdian
por aflojar el brazo de la espada,
ganados, heredades, ricas casas
que ya se van tornando en vivas brasas.

La grita de los bárbaros se entona;
no cabe el gozo dentro de sus pechos,
viendo que el fuego horrible no perdona
hermosas cuadras ni labrados techos:
en tanta multitud no hay tal persona
que de verlos se duela así deshechos;
antes suspiran, gimen y se ofenden
porque tanto del fuego se defienden.

Parécceles que es lento y espacioso,
pues tanto en abrasarlos se tardaba,
y maldicen al Tracio proceloso
porque la flaca llama no esforzaba:
al caer de las casas sonoroso
un terrible alarido resonaba,
que junto con el humo y las centellas,
subiendo amenazaba las estrellas.

Crece la fiera llama en tanto grado
que las mas altas nubes encendia;
Tracio con movimiento arrebatado
sacudiendo los árboles venia;
y Vulcano al rumor, súcio y tiznado,
con los herreros fuelles acudia,
que ayudaron su parte al presto fuego,
y así se apoderó de todo luego.

Nunca fue de Neron el gozo tanto
de ver en la gran Roma poderosa
prendido el fuego ya por cada canto,
vista solo á tal hombre deleitosa;
ni aquello tan gran gusto le dió, cuanto
gusta la gente bárbara dañosa
de ver como la llama se estendia,
y la triste ciudad se consumia.

Era cosa de oir dura y terrible
de estallidos el son y grande estruendo;
el negro humo espeso é insufrible,
cual nube en aire, así se va imprimiendo;
no hay cosa reservada al fuego horrible,
todo en sí lo convierte, resumiendo
los ricos edificios levantados
en antiguos corrales derribados.

Llegado al fin el último contento
de aquella fiera gente vengativa,
aun no parando en esto el mal intento,
ni planta en pié, ni cosa dejan viva.
El incendio acabado, como cuento,
un mensajero con gran priesa arriba
del hijo de Leocan, y su embajada
será en el otro canto declarada.

CANTO VIII.

Júntanse los caciques y señores principales á consejo general en el valle de Arauco. Mata Tucapel al cacique Puchecalco, y Caupolican viene con poderoso ejército sobre la ciudad Imperial, fundada en el valle de Cauten.

Un limpio honor del ánimo ofendido,
jamás puede olvidar aquella afrenta,
trayendo al hombre siempre así encogido
que dello sin hablar da larga cuenta:
y en el mayor contento, desabrido
se le pone delante, y representa
la dura y grave afrenta, con un miedo
que todos le señalan con el dedo.

Si bien esto los nuestros lo miraran
y al temor con esfuerzo resistieran,
sus haciendas y casas sustentaran,
y en la justa demanda fenecieran:
de mil desabrimientos no gustaran,
ni al terrero del vulgo se pusieran:
del vulgo, que jamás dice lo bueno,
ni en decir los defectos tiene freno.

Pero de un bando y de otro contemplada
la diferencia en número de gentes,
la ciudad sin reparos, descercada,
con otra infinidad de inconvenientes:
y el ver puestas al filo de la espada
las gargantas de tantos inocentes.
niños, mujeres, vírgenes, sin culpa,
será bastante y lícita disculpa.

Si no es disculpa y causa lo que digo,
se puede atribuir este suceso
á que fue del Señor justo castigo,
visto de su soberbia el gran esceso:
permitiendo que el bárbaro enemigo,
aquel que fue su súbdito y opreso,
los eche de su tierra y posesiones,
y les ponga el honor en opiniones.

Bien que en la Concepcion copia de gente
estaba á la sazon; pero gran parte
de barba blanca y arrugada frente,
inútil en la dura y bélica arte,
y poca de la edad mas suficiente
á resistir el gran rigor de Marte
y á la parcial fortuna, que se muestra
en todos los sucesos ya siniestra.
¿Quién podrá con el bando lautarino,
viendo que su opinion tanto crecia,
y la fortuna próspera el camino
en nuestro daño y su provecho abria?
No piensa reparar hasta el divino
cielo y arruinar su monarquía,
haciendo aquellos bárbaros bizarros,
grandes fieros, bravezas y desgarros.
Pues al pueblo de Penco desolado
y de la fiera llama consumido,
dije como á gran priesa habia llegado
un indio mensajero, conocido,
que por Caupolican era enviado;
y habiendo de su parte encarecido
la gran batalla, digna de memoria,
las gracias les rindió de la victoria.
Dijo tambien, sin alargar razones,
que el general mandaba que partiese
Lautaro con los prestos escuadrones,
y en el valle de Arauco se metiese,
donde el senado y junta de varones
tratase lo que mas les conviniese;
pues en el fértil valle hay aparejo
para la junta y general consejo.
En oyendo Lautaro aquel mandato,
levanta el campo, sin parar camina,
deja gran tierra atrás, y en poco rato
al monte Andalicano se avecina:
y por llegar con súbito rebato
el camino torció por la marina,
ganosos de burlar al bando amigo,
tomando el nombre y voz del enemigo.
Tanto marchó, que al asomar del dia
dió sobre el general súbitamente,
con una baraunda y vocería
que puso en arma y alteró la gente:
mas vuelto el alboroto en alegria,
conocida la burla claramente,
los unos y los otros sin firmarse
sueltas las armas corren á abrazarse.
Caupolican alegre, humano y grave,
los recibe, abrazando al buen Lautaro,
y con regalo y plática suave
le da prendas y honor de hermano caro:
la gente, que de gozo en sí no cabe,
por la ribera de un arroyo claro,
en juntas y corrillos derramada,
celebran de beber la fiesta usada.
Algun tiempo pasaron despues de esto
antes que el gran senado fuese junto,
tratando en su jornada y presupuesto
desde el principio al fin sin faltar punto:
pero al término justo y plazo puesto
llegó la demás gente, y todo á punto,
los principales hombres de la tierra
entraron en consulta á uso de guerra.
Llevaba el general aquel vestido
con que Valdivia ante él fue presentado;
era de verde y púrpura, tejido
con rica plata y oro recamado,
un peto fuerte, en buena guerra habido,
de fina pasta y temple relevado,
la celada de claro y limpio acero,
y un mundo de esmeralda por cimero.
Todos los capitanes señalados
á la española usanza se vestian,
la gente del comun y los soldados
se visten del despojo que traian;
calzas, jubones, cueros desgarrados,
en gran estima y precio se tenian;
por inútil y bajo se juzgaba
el que español despojo no llevaba.
A manera de triunfos, ordenaron
el venir á la junta así vestidos,
y en el consejo, como digo, entraron
ciento y treinta caciques escogidos:
por su costumbre antigua se sentaron,
segun que por la espada eran tenidos.
Estando en gran silencio el pueblo ufano,
asi soltó la voz Caupolicano:
Bien entendido tengo yo, varones,
para que nuestra fama se acreciente,
que no es menester fuerza de razones,
mas solo el apuntarlo brevemente;
que segun vuestros fuertes corazones,
entrar la España pienso fácilmente,
y al gran emperador invicto Carlo
al dominio araucano sujetarlo.
Los españoles vemos que ya entienden
el peso de las mazas barreadas,
pues ni en campo ni en muro nos atienden:
sabemos como cortan sus espadas
y cuan poco las mallas los defienden
del corte de las hachas aceradas;
si sus picas son largas y fornidas,
con las vuestras han sido ya medidas.
De vuestro intento asegurarme quiero,
pues estoy del valor tan satisfecho,
que gruesos muros de templado acero
allanareis poniéndoles el pecho:
con esta confianza, yo el primero
seguiré vuestro bando y el derecho
que teneis de ganar la fuerte España
y conquistar del mundo la campaña.
La deidad de esta gente entenderemos,
y si del alto cielo cristalino
deciende, como dicen, abriremos
á puro hierro anchísimo camino;
su género y linaje asolaremos:
que no bastará ejército divino,
ni divino poder, esfuerzo y arte,
si todos nos hacemos á una parte.
En fin, fuertes guerreros, como digo,
no puede mi intencion mas declararse:
aquel que me quisiere por amigo,
á tiempo está que puede señalarse:
téngame desde aquí por enemigo
el que quisiere á paces arrimarse.
Aquí dió fin, y su intencion propuesta,
esperaba sereno la respuesta.
Ceja no se movió, y aun el aliento
apenas al espíritu halló via
mientras duró el soberbio parlamento
que el gran Caupolicano les hacia.
Hubo en el responder el cumplimiento
y ceremonia usada en cortesía;
á Lautaro tocaba, y escusado,
Lincoya así responde levantado:
Señor, yo no me he visto tan gozoso
despues que en este triste mundo vivo,
como en ver manifiesto el valeroso
intento tuyo, el ánimo y motivo:
y así, por pensamiento tan glorioso,
me ofrezco por tu siervo y tu cautivo:
que no quiero ser rey del cielo y tierra
si hubiese de acabarse aquí la guerra.
Y en testimonio desto, yo te juro
de te seguir y acompañar de hecho;
ni por áspero caso, adverso y duro,
á la patria volver jamás el pecho:
desto puedes, Señor, estar seguro;
todo faltará y será deshecho

antes que la palabra acreditada
de un hombre como yo por prenda dada.
Así dijo; y tras él, aunque rogado,
el buen Peteguelen, Curaca anciano,
de condicion muy áspera enojado,
pero afable en la paz, fácil y humano,
viejo, enjuto, dispuesto, bien trazado,
señor de aquel hermoso y fértil llano,
con espaciosa voz y grave gesto
propuso en sus razones sabias esto:
Fuerte varon y capitan perfeto,
no dejaré de ser el delantero
á probar la fineza deste peto
y si mi hacha rompe el fino acero;
mas, como quien lo entiende, te prometo
que falta por hacer mucho primero
que salgan españoles desta tierra,
cuanto mas ir á España á mover guerra.
Bien será que, Señor, nos contentemos
con lo que nos dejaron los pasados,
y á nuestros enemigos desterremos
que están en lo mas dello apoderados:
despues, por el suceso entenderemos
mejor el disponer de nuestros hados.
Esto á mí me parece; y quien quisiere
proponga otra razon si mejor fuere.
Callando este cacique, se adelanta
Tucapelo, de cólera encendido,
y sin respeto así la voz levanta
con un tono soberbio y atrevido,
diciendo: A mi la España no me espanta,
y no quiero por hombre ser tenido
si solo no arruïno á los cristianos,
ora sean divinos, ora humanos.
Pues lanzarlos de Chile y destruïrlos
no será para mí bastante guerra;
que pienso, si me esperan, confundirlos
en el profundo centro de la tierra;
y si huyen, mi maza ha de seguirlos,
que es la que deste mundo los destierra:
por eso no nos ponga nadie miedo,
que aun no haré en hacerlo lo que puedo:
Y por mi diestro brazo os aseguro,
(si la maza dos años me sustenta)
á despecho del cielo, á hierro puro
de dar desto descargo y buena cuenta,
y no dejar de España enhiesto muro;
y aun el ánimo á mas se me acrecienta,
que despues que allanare el ancho suelo
á guerra incitaré al supremo cielo.
Que no son hados, es pura flaqueza
la que nos pone estorbos y embarazos:
pensar que haya fortuna, es gran simpleza;
la fortuna es la fuerza de los brazos:
la máquina del cielo y fortaleza
vendrá primero abajo hecha pedazos,
que Tucapel en esta y otra empresa
falte un mínimo punto en su promesa.
Peteguelen, la vieja sangre fria
se le encendió de rabia, y levantado
le dice: ¡oh arrogante! la osadía
sin discrecion jamás fue de esforzado.....
Pero Caupolican que conocía
del viejo á tiempo el ánimo arrojado,
con discrecion le ataja las razones,
haciendo proponer á otros varones.
Puren se ofrece allí, y Angol se ofrece
no con menor braveza y desatiento:
Ongolmo no quedó, segun parece,
de mostrar su soberbio pensamiento:
del uno en otro multiplica y crece
el número en el mismo ofrecimiento.
Colocolo, que atento estaba á todo,
sacó la voz, diciendo de este modo:
La verde edad os lleva á ser furiosos,
¡oh hijos! y nosotros los ancianos
no somos en el mundo provechosos
mas de para decir consejos sanos:
que no nos ciegan humos vaporosos
del juvenil hervor y años lozanos:
y así, como mas libres, entendemos
lo que siendo mancebos no podemos.
Vosotros, capitanes esforzados,
de sola una victoria envanecidos,
estais de tal manera levantados,
que os parecen ya pocos los nacidos:
templad, templad los pechos alterados
y esos vanos esfuerzos mal regidos;
no hagais de españoles tal desprecio
que no venden sus vidas á mal precio.
Si dos veces, por dicha, los vencistes,
mirad cuando primero aquí vinieron
que resistir su fuerza no podistes,
pues mas de cinco veces os vencieron:
en el licúreo campo ya lo vistes
lo que solos catorce allí hicieron:
no será poco hecho y buen partido
cobrar la tierra y crédito perdido.
Debemos procurar con seso y arte
redimir nuestra patria, y libertarnos,
dando á vuestras bravezas menos parte,
pues mas pueden dañar que aprovecharnos.
¡Oh hijo de Leocau! quiero avisarte,
si quieres como sabio gobernarnos,
que temples esta furia, y con maduro
seso, pongas remedio en lo futuro.
El consejo mas sano y conveniente
es que el campo en tres bandas repartido,
á un tiempo, aunque por parte diferente,
dé sobre el Cauten, pueblo aborrecido:
bien que esté en su defensa buena gente,
es poca; y este asiento destruïdo,
Valdivia de allanar fácil sería,
pues no alcanza arcabuz ni artillería.
Solo á mí Santiago me dá pena;
pero modo á su tiempo buscaremos
para poderla entrar, y la Serena
fácilmente despues la allanaremos.
Aunque sujeto á lo que el hado ordena,
es el mejor camino que tenemos.
Acabando con esto el sabio viejo,
á muchos pareció bien su consejo.
Tras este otro Curaca, hechicero,
de la vejez decrépita impedido,
Puchecalco se llama el agorero,
por sabio en los pronósticos tenido,
con profundo suspiro, íntimo y fiero,
comienza así á decir entristecido:
Al negro Eponamon doy por testigo
de lo que siempre he dicho y ahora digo.
Por un término breve se os concede
la libertad, y habeis lo mas gozado:
mudarse esta sentencia ya no puede,
que está por las estrellas ordenado,
y que fortuna en vuestro daño ruede:
mirad que os llama ya el preciso hado
á dura sujecion y trances fuertes:
repárense á lo menos tantas muertes.
El aire de señales anda lleno,
y las nocturnas aves van turbando
con sordo vuelo el claro dia sereno,
mil prodigios funestos anunciando:
las plantas con sobrado humor terreno
se van, sin producir fruto, secando:
las estrellas, la luna, el sol lo afirman;
cien mil agüeros tristes lo confirman.
Mírolo todo, y todo contemplado,
no sé en qué pueda yo esperar consuelo,
que de su espada el Orïon armado
con gran ruïna ya amenaza el suelo:

Júpiter se ha al Ocaso retirado;
solo Marte sangriento posee el cielo,
que denotando la futura guerra
enciende un fuego bélico en la tierra.
Ya la furiosa Muerte irreparable
viene á nosotros con airada diestra;
y la amiga Fortuna favorable
con diferente rostro se nos muestra;
y Eponamon horrendo y espantable,
envuelto en la caliente sangre nuestra,
la corba garra tiende, el cerro yerto,
llevándonos al no sabido puerto.
Tucapel, que de rabia reventando
estaba oyendo al viejo, mas no atiende,
que dice: Yo veré si adivinando
de mi maza este necio se defiende:
diciendo esto, y la maza levantando,
la derriba sobre él, y así lo tiende,
que jamás mudó curso de planeta
ni fue mas adivino ni profeta.
Quedóle desto el brazo tan sabroso,
segun la muestra, que movido estuvo
de dar tras el senado religioso,
y no sé la razon que lo detuvo.
Caupolican atónito y rabioso
trasportada la mente un rato estuvo;
mas vuelto en si, con voz horrible y fiera
gritaba: Capitanes, ¡muera! ¡muera!
No le dió tanto gusto á aquella gente
lo que Caupolicano le decia,
cuanto al soberbio bárbaro impaciente
viendo que ocasion tal se le ofrecia:
era alto el tribunal, pero el valiente
los hace saltar de él tan á porfía,
que ciento y treinta que eran, en un punto
saltan los ciento y él tras ellos junto.
Los que en el alto tribunal quedaron
son los en esta historia señalados,
que jamás de su asiento se mudaron,
de donde lo miraban sosegados:
que de ver uno solo no curaron
mostrarse por tan poco alborotados,
aunque los que saltaron de tan alto
en menos estimaron aquel salto.
Cubierto Tucapel de fina malla
saltó como un ligero y suelto pardo
en medio de la tímida canalla,
haciendo plaza el bárbaro gallardo:
con silbos, grita, en desigual batalla;
con piedra, palo, flecha, lanza y dardo
le persigue la gente de manera
como si fuera toro ó brava fiera.
Segun suele jugar por gran destreza
el liviano montante un buen maestro
hiriendo con estraña ligereza
delante, atrás, á diestro y á siniestro;
con mas desenvoltura y mas presteza,
mostrándose en los golpes fuerte y diestro;
el fiero Tucapel en la pelea
con la pesada maza se rodea.
De tullir y mancar no se contenta,
ni para contentarse esto le basta;
solo de aquellos tristes hace cuenta
que su maza los hace torta ó pasta:
rompe, magulla, muele y atormenta,
desgobierna, destroza, estrópia y gasta:
tiros llueven sobre él arrojadizos
cual tempestad furiosa de granizos.
Pero sin miedo el bárbaro sangriento
por las espesas armas discurria;
brazos, cabezas y ánimos sin cuento
soberbios quebrantó en solo aquel dia;
y cual menuda lluvia por el viento
la sangre y frescos sesos esparcia:
no discierne al pariente del estraño,
haciéndolos iguales en el daño.
Las armas eran solo en defenderle
de la canalla bárbara araucana,
que en monton trabajaba de ofenderle;
mas el temor la ofensa hacia liviana.
Era, cierto, admirable cosa verle
saltar y acometer con furia insana,
desmembrando la gente, sin poderse
de su maza y presteza defenderse.
Caupolican, del caso no pensado
en tal furor y cólera se enciende,
que estaba de bajar determinado
aunque su gravedad se lo defiende:
pero Lautaro alegre y admirado
miraba como solo así contiende
un hombre contra tanto barbarismo,
incrédulo y dudoso de sí mismo.
Y en esto al general, con el debido
respeto y ojos bajos en el suelo,
le dice: una merced, señor te pido,
si algo merece mi intencion y celo,
y es, que el gran desacato cometido,
perdones francamente á Tucapelo,
pues ha mostrado en campo claramente
valer él mas que toda aquella gente.
Perplejo el general estaba en duda;
pero mirando al fin quién lo pedia,
luego el ejecutivo intento muda,
y con el rostro alegre respondia:
él ha tenido en vos bastante ayuda,
por la cual le perdono; y mas decia,
que fuese á las escuadras, y mandase
que el combatirle mas luego cesase.
Baja Lautaro al campo, y prestamente
el rico cuerno á retirar tocaba,
al son del cual se recogió la gente,
que recogerse á nadie le pesaba:
solo lo siente el bárbaro valiente,
que satisfecho á su sabor no estaba;
y volviendo á Lautaro el fiero gesto,
en alta y libre voz le dijo aquesto:
¿Cómo, buen capitan, has estorbado
el tomar desta vil canalla enmienda
y verme destos rústicos vengado
para que mi valor mejor se entienda?
Lautaro le responde: es escusado
quien viniere contigo á la contienda
que se pueda valer contra tu diestra,
segun que dello has dado aquí la muestra.
Conmigo puedes ir, que te aseguro
que ningun daño ó mal te sobrevenga.
Tucapel le responde: yo te juro
que un paso ese temor no me detenga:
mi maza es la que á mí me dá el seguro;
lo demás como quiera vaya y venga:
que el miedo es de los niños y mujeres.
Sús, alto, vamos luego á dó quisieres.
Juntos los dos al tribunal llegando,
Tucapel de Lautaro adelantado
subió por la escalera, no mostrando
punto de alteracion por lo pasado:
el sagaz general disimulando
con graciosa apariencia le ha tratado;
y de la rota plática el estilo
Lautaro así diciendo añudó el hilo:
Invicto capitan, yo he estado atento
á lo que estos varones han propuesto,
y no sé figurarte el gran contento
que me da ver su esfuerzo manifiesto:
si de servirte tengo sano intento,
mis obras por las tuyas dirán esto;
pues para ser del todo agradecidas
será poco perder por tí mil vidas.
Estos fuertes guerreros ayudarte
quieren á restaurar la propia tierra,

porque en ello les va tambien su parte;
y por el vicio grande de la guerra:
no puedo yo dejar de aconsejarte,
(aunque todo el consejo en ti se encierra)
aquello que mejor me pareciere
y mas bien al bien público viniere.
Es mi voto que debes atenerte
al consejo, con término discreto,
del sabio Colocolo, que por suerte
le cupo ser en todo tan perfeto:
así que, gran señor, sin detenerte,
cumple que esto se ponga por efeto
antes que los cristianos se aperciban,
porque mas flacamente nos reciban.
Y pues que Mapochó solo es tenido,
despues que lo demás esté allanado,
por el potente Eponamon te pido
que el cargo de asolarle me sea dado:
la tierra palmo á palmo la he medido,
con españoles siempre he militado:
entiendo sus astucias é invenciones,
el modo, el arte, el tiempo y ocasiones.
Quinientos araucanos solamente
quiero para la empresa que yo digo,
escogidos en toda nuestra gente:
un soldado de mas no ha de ir conmigo.
Aquí lo digo, estando tú presente
y estos sabios caciques, que me obligo
de darte la ciudad puesta en las manos
con cien cabezas nobles de cristianos.
Aquí se cerró el bárbaro orgulloso,
y gran rato sobre ello platicaron:
pareciéndoles modo provechoso,
todos en este acuerdo concordaron:
despues dó estaba el pueblo deseoso
de saber novedades, se bajaron,
donde lo difinido y decretado
con general pregon fue declarado.
Estuvieron allí catorce dias
en grande regocijo y mucha fiesta,
ocupados en juegos y alegrías,
y en quien mas veces bebe sobre apuesta:
despues contra los pueblos del Mesías
la alborozada gente en órden puesta,
marcha Caupolican con la vanguardia,
quedando Lemolemo en retaguardia.
Cerca llegó el ejército furioso
de la Imperial, fundada en sitio fuerte,
donde el fiero enemigo victorioso
la pensaba entregar presto á la muerte:
mas el Eterno Padre poderoso
lo dispone y ordena de otra suerte,
dilatando el azote merecido,
como vereis, prestando atento oïdo.

CANTO IX.

Llegan los araucanos á tres leguas de la Imperial con grueso ejército: no ha efecto su intencion por permision divina. Dan la vuelta á sus tierras, á donde les vino nueva que los españoles estaban en el asiento de Penco reedificando la ciudad de la Concepcion: vienen sobre los españoles, y hubo entre ellos una recia batalla.

Si los hombres no ven milagros tantos
como se vieron en la edad pasada,
es causa haber agora pocos santos,
y estar la ley cristiana autorizada:
y así de cualquier cosa hacen espantos
que sobre el natural uso es obrada;
y no solo al autor no dan creencia,
mas ponen en su crédito dolencia.
Que si al enfermo quiere Dios sanarle,
por su costumbre y tiempo convalece:
si al bajo miserable levantarle,
por modos ordinarios le engrandece
si al soberbio hinchado derribarle,
por naturales términos se ofrece:
de suerte que las cosas de esta vida
van por su natural curso y medida.
Por dó vemos que Dios quiere y procura
hacer su voluntad naturalmente,
sirviendo de instrumento la Natura,
sobre la cual él solo es el potente;
y así los que creyeren por fe pura
merecen mas que si palpablemente
viesen lo que despues de ya visible
sacarlos de que fue seria imposible.
En contar una cosa estoy dudoso,
que soy de poner dudas enemigo,
y es un estraño caso milagroso
que fue todo un ejército testigo:
aunque yo soy en esto escrupuloso,
por lo que dello arriba, Señor, digo,
no dejaré en efeto de contarlo,
pues los indios no dejan de afirmarlo.
Y manifiesto vemos hoy en dia
que, porque la Ley sacra se estendiese,
nuestro Dios los milagros permitia
y que el natural orden se escediese:
Presumirse podrá por esta vía
que, para que á la fe se redujese
la bárbara costumbre y ciega gente,
usase de milagros claramente.
Ya dije que el ejército araucano
de la Imperial tres leguas se alejaba,
en un dispuesto asiento y campo llano
y que Caupolican determinaba
entrar el pueblo con armada mano:
tambien como el castigo dilataba
Dios á su pueblo ingrato y sin enmienda,
usando de clemencia y larga rienda.
Estaba la Imperial desbastecida
de armas, de municion y vituälla;
bien que la gente della era escogida,
pero muy poca para dar batalla:
fuera por los cimientos destruïda,
cualquier fuerza bastara á arruinalla;
y persona de dentro no escapara
si á vista el pueblo bárbaro llegara.
Cuando el campo de allí queria mudarse,
que ya la trompa á caminar tocaba,
súbito comenzó el aire á turbarse,
y de prodigios tristes se espesaba:
nubes con nubes vienen á cerrarse,
turbulento rumor se levantaba,
que con airados ímpetus violentos
mostraban su furor los cuatro vientos.
Agua recia, granizo, piedra espesa
las intricadas nubes despedian:
rayos, truenos, relámpagos á priesa
rompen los cielos y la tierra abrian:
hacen los vientos áspera represa,
que en su entera violencia competian:
cuanto topa arrebata el torbellino,
alzándolo en furioso remolino.
Un miedo igual á todos atormenta:
no hay corazon, no hay ánimo así entero,
que en tanta confusion, furia y tormenta
no temblase, aunque mas fuese de acero.
En esto Eponamon se les presenta
en forma de un dragon horrible y fiero,
con enroscada cola, envuelto en fuego,
y en ronca y torpe voz les habló luego,
Diciéndoles: que á priesa caminasen
sobre el pueblo español amedrentado;
que por cualquiera banda que llegasen
con gran facilidad seria tomado;
y que al cuchillo y fuego le entregasen
sin dejar hombre á vida y muro alzado.
Esto dicho, que todos lo entendieron,

en humo se deshizo, y no lo vieron.
Al punto los confusos elementos
fueron sus movimientos aplacando,
y los desenfrenados cuatro vientos
se van á sus cavernas retirando:
las nubes se retraen á sus asientos,
el cielo y claro sol desocupando:
solo el miedo en el pecho mas osado
no dejó su lugar desocupado.
La tempestad cesada, el raso cielo
vistió el húmedo campo de alegría;
cuando con claro y presuroso vuelo
en una nube una mujer venia
cubierta de un hermoso y limpio velo,
con tanto resplandor, que al mediodía
la claridad del sol delante della
es la que cerca dél tiene una estrella.
Desterrando el temor la faz sagrada
á todos confortó con su venida:
venia de un viejo cano acompañada,
al parecer de grave y santa vida:
con una blanda voz y delicada
les dice: ¿á dónde andais, gente perdida?
volved, volved el paso á vuestra tierra,
no vais á la Imperial á mover guerra.
Que Dios quiere ayudar á sus cristianos
y darles sobre vos mando y potencia;
pues ingratos, rebeldes é inhumanos
así le habeis negado la obediencia:
mirad, no vais allá, porque en sus manos
pondrá Dios el cuchillo y la sentencia.
Diciendo esto, y dejando el bajo suelo,
por el aire espacioso subió al cielo.
Los araucanos la vision gloriosa
de aquel velo blanquísimo cubierta
siguen con vista fija y codiciosa,
casi sin alentar la boca abierta:
ya que desapareció, fue estraña cosa
que, como quien atónito despierta,
los unos á los otros se miraban,
y ninguna palabra se hablaban.
Todos de un corazon y pensamiento,
sin esperar mandato ni otro ruego,
como si solo aquel fuera su intento,
el camino de Arauco toman luego:
van sin órden, ligeros como el viento;
paréceles que de un sensible fuego
por detrás las espaldas se encendian,
y así con mayor ímpetu corrian.
Heme, Señor, de muchos informado,
para no lo escribir confusamente:
á veinte y tres de abril, que hoy es mediado,
hara cuatro años cierta y justamente
que el caso milagroso aquí contado
aconteció, presente tanta gente,
el año de quinientos y cincuenta
y cuatro sobre mil por cierta cuenta.
Va la verdad en suma declarada,
segun que de los bárbaros se sabe,
y no de fingimientos adornada,
que es cosa que en materia tal no cabe.
Tienen ellos por cosa averiguada
(que no es en prueba desto poco grave)
que por esta vision hubo en dos años
hambres, dolencias, muertes y otros daños.
Que la mar, reprimiendo sus vapores,
faltó la agua y vertientes de la sierra,
talando el sol en tierna edad las flores,
ayudado del fuego de la guerra.
Como creció la seca y las calores,
por falta de humidad la árida tierra
rompió banco y alzóse con los frutos
dejando de acudir con sus tributos.
Causó que una maldad se introdujese
en el distrito y término araucano,
y fue que carne humana se comiese,
(¡inorme introducion, caso inhumano!)
y en parricidio atroz se convirtiese
el hermano en sustancia del hermano:
tal madre hubo, que al hijo muy querido
al vientre le volvió dó habia salido.
Digo, pues, que los bárbaros llegando
al valle de Puren, paterno suelo,
las armas por entonces arrimando,
dieron lugar al tempestuoso cielo.
Es este tiempo, en estas partes, cuando
el encogido invierno con su hielo
del todo apoderándose en la tierra
pone punto al discurso de la guerra.
Espárcese y derrámase la gente,
dejan el campo y buscan los poblados,
cesa el fiero ejercicio comunmente,
la tierra cubren húmidos nublados.
Mas cuando enciende á Escorpio el sol ardiente
y la frígida nieve los collados
sacuden de sus cimas levantadas,
ya de la nueva hierba coronadas.
En este tiempo el bullicioso Marte
saca su carro con horrible estruendo,
y ardiendo en ira belicosa parte,
por el dispuesto Arauco discurriendo,
hace temblar la tierra á cada parte,
los ferrados caballos impeliendo;
y en la diestra el sangriento hierro agudo
bate con la siniestra el fuerte escudo.
Luego á furor movidos los guerreros
toman las armas, dejan el reposo;
acuden los remotos forasteros
al cebo de la guerra codicioso:
de los hierros renuevan los aceros;
templan la cuerda al arco vigoroso;
el peso de las mazas acrecientan,
y el duro fresno de las astas tientan.
La gente andaba ya desta manera,
con el son de las armas y bullicio,
que codiciosa comenzar espera
el deseado bélico ejercicio:
juntáronse á la usada borrachera
(órden antigua y detestable vicio)
la mas ilustre gente y señalada
á dar difinicion en la jornada.
Tratando en general concilio estaban
del bien y aumentacion de aquel estado,
cuando cuatro soldados arribaban
con triste muestra y paso apresurado,
haciéndoles saber como ya andaban
en el sitio de Penco arruinado
cantidad de españoles trabajando,
un grueso y fuerte muro levantando;
Diciéndoles: venimos, oh guerreros,
de parte de los pueblos comarcanos
con facultad bastante á prometeros,
si desterrais de nuevo á los cristianos,
que pagarán con suma de dineros
el trabajo y labor de vuestras manos;
y no habiendo el efecto deseado,
la tercia parte hayais de lo asentado.
Viendo el poco reparo y resistencia
que sin vuestro favor todos tenemos,
les dimos llanamente la obediencia
que en el tiempo infelice dar solemos.
No fue por opresion, no fue violencia;
pues, aunque desdichados, entendemos
cuan breve es el sospiro de la muerte,
que pone fin y límite á la suerte:
Mas, porque estando Arauco tan vecino,
y fija en su favor la instable rueda,
la paz nos pareció mejor camino
para que remediar todo se pueda;

ya que lo estrague el áspero destino,
tiempo para morir despues nos queda;
pues no estarán los brazos tan cansados
que no puedan abrir nuestros costados.
Y pues os es patente y manifiesta
la embajada y gran priesa que traemos,
en ella hora tratad, que la respuesta
con la resolucion esperaremos:
brevedad os pedimos, que con esta
podrá ser que sin riesgo derribemos
la soberbia española y confianza,
antes que les dé esfuerzo la tardanza.
No se puede decir el gran contento
que les dió á los caciques la embajada:
de todos desde allí en el pensamiento,
antes que se acabase fue acetada:
pero tuvieron freno y sufrimiento,
que la primera voz estaba dada
al hijo de Leocan, que consultado,
así responde en nombre del senado:
Estamos con razon maravillados
de lo que en este caso hemos oido,
¿y es verdad que hay cristianos tan osados
que quieren con nosotros mas ruïdo?
Sús, sús, que estos varones esforzados
acetan la promesa y el partido:
no dando entero fin á la jornada,
del trabajo no quieren llevar nada.
Bien os podeis volver luego con esto,
que sin duda en efeto lo pondremos,
y sobre los cristianos, lo mas presto
que se pueda dar órden, llegaremos;
donde se mostrará bien manifiesto
lo poco en que nosotros los tenemos:
pero habeis de advertir con sabio modo
que aviso se nos dé siempre de todo.
Muy alegres los cuatro se partieron
por llevar tal respuesta; y caminando
en breve á sus señores se volvieron,
que estaban por momentos aguardando:
y visto el buen despacho que trujeron,
el contento y traicion disimulando,
sufrian con discrecion las vejaciones
encubriendo las falsas intenciones.
Domésticos se muestran en el trato,
nadie toma la causa y la defiende,
conociendo que el medio mas barato
del araucano ejército depende;
y con doble y solícito contrato
la esperada venganza se pretende
debajo de humildad y gran secreto
para que su intencion viniese á efeto.
De nuestra gente y pueblo destrozado
gran descuido en hablar he yo tenido;
mas como es en el mundo acostumbrado
desamparar la parte del vencido:
así yo tras el bando afortunado
he llevado camino tan seguido;
y si aquí la ocasion no me avisara
jamás pienso que della me acordara.
Conté de la ciudad la despoblada
y de sus ciudadanos el camino;
púselos en el fin de la jornada,
do forzoso dejarlos me convino:
pues volviendo á la historia comenzada
y al duro proceder de su destino,
estuvieron el tiempo en Santiago
que yo dellos mencion aquí no hago.
Retirados allí, se reformaron
de todo el aparato conveniente,
donde por los mas votos acordaron
reedificar á Penco nuevamente.
Con gran trabajo y gasto levantaron
pequeña copia y número de gente:
afirmar la ocasion desto no puedo,
si fue la poca paga á mucho miedo.
Al yermo Penco herboso habian llegado,
y un sitio, que en mitad del pueblo habia,
le tenian de tapion fortificado,
que en recogido cuadro le ceñia,
de dos fuertes bastiones abrigado,
que cada uno dos frentes descubria,
y á cada frente asiste una bombarda
que con maciza bala el paso guarda.
La gente comarcana, con fingida
muestra, la paz malvada aseguraba,
esperando la ayuda prometida
que á cencerros tapados caminaba;
pero no fue secreta esta partida,
pues entre los cristianos se trataba
que el valiente Lautaro habia pasado
las lomas con ejército formado.
Suénase que Purén allí venia,
Tomé, Pilloleo, Angol y Cayeguano,
Tucapel, que en orgullo y bizarría
no le igualaba bárbaro araucano,
Ongolmo, Lemolemo y Lebopía,
Caniomangue, Elicura, Mareguano,
Cayocupil, Lincoya, Lepomande,
Chilcano, Leucoton y Mareande.
Todos estos varones señalados
fueron para esta guerra apercebidos
con otros dos mil pláticos soldados
en el copioso ejército escogidos.
Venian de fuertes petos arreados,
gruesas picas de hierros muy fornidos,
ferradas mazas, hachas aceradas,
armas arrojadizas y enastadas.
Desta manera el escuadron camina
en la callada noche y sombra escura,
debajo del gobierno y disciplina
del cuidoso Lautaro, que procura
llegar cuando la estrella matutina
alegra el mústio campo y la verdura;
antes que por aviso y doble trato
de su venida hubiese algun recato.
Pero los españoles, de un amigo
bárbaro que con ellos contrataba,
saben como el ejército enemigo
con riguroso intento se acercaba:
pues avisados desto, como digo,
y de cuanto en secreto se trataba,
al trance se aparejan y batalla,
requiriendo los fosos y muralla.
Era caudillo y capitan de España,
el noble montañes Juan de Alvarado,
hombre sagaz, solícito y de maña,
de gran esfuerzo y discrecion dotado;
el cual con órden y presteza estraña,
del presente peligro recatado,
sazon no pierde, tiempo y coyuntura,
antes las prevenciones apresura.
Que al punto, apercebidos los soldados,
en su lugar cada uno de ellos puesto,
manda á nueve guerreros mas cursados
que salgan á correr la tierra presto:
y en la cerrada noche confiados
llegan al campo bárbaro, y en esto
del callado escuadron fueron sentidos,
levantando terribles alaridos.
La grita, el sobresalto, los rumores,
el súbito alboroto de la guerra,
las sonorosas trompas y atambores
hacen gemir y estremecer la tierra:
en esto los astutos corredores,
atravesando una pequeña sierra,
toman la vuelta por mas corta via,
dando aviso á la amiga compañía.
Juan de Alvarado con ingenio y arte
de la fuerza lo flaco fortifica,

y en lo mas necesario, allí reparte
gente del arcabuz y de la pica:
proveido recaudo en toda parte,
á recibir al araucano pica:
con la ligera escuadra de caballo,
por no mostrar temor en esperallo.
La nueva claridad del dia siguiente
sobre el claro horizonte se mostraba,
y el sol por el dorado y fresco oriente
de rojo ya las nubes coloraba:
á tal hora Alvarado con su gente
del prevenido fuerte se alejaba
en busca de la escuadra lautarina,
que á mas andar tambien se le avecina.
Los nuestros media legua aun no se habian
de aquel su muro lejos alongado,
cuando al calar de un monte descubrian
el araucano ejército ordenado.
Allí las limpias armas relucian
mas que el claro cristal del sol tocado,
cubiertas de altas plumas las celadas
verdes, azules, blancas, encarnadas,
¿Quién pintaros podrá el contento cuando
sienten los araucanos el ruido,
que, las diestras en alto levantando,
pusieron en el cielo un alarido?
Mil instrumentos bárbaros tocando,
con grande orgullo y paso mas tendido
se vienen acercando á los de España,
sonando en torno toda la campaña.
Quieren los españoles responderlos
con el horrible son de armada mano,
calan el monte á fin de acometerlos,
teniendo por mejor el sitio llano:
bajas las lanzas vienen á romperlos;
pero la osada muestra salió en vano,
que los bárbaros ya disciplinados
del todo se cerraron apiñados.
Tan espesas las picas derribaron
con pié y con rostro firme hácia delante,
que no solo el encuentro repararon,
pero á desbaratarlos fue bastante:
los nuestros sin romper se retiraron,
y ellos gloriosos con furor pujante
por dar remate al venturoso lance
siguan con piés ligeros el alcance.
Apretándolos iban reciamente,
los nuestros resistiendo y peleando,
hasta el estrecho paso de una puente,
que allí Lautaro, al cuerno aliento dando,
el araucano ejército obediente
se va al son conocido reparando;
del fuerte tanto trecho esto sería
cuanto tira un cañon de puntería.
Detúvose Lautaro, con intento
de esperar al caliente medio dia,
porque de la mañana el fresco viento
los caballos y gente alentaría:
reforma su escuadron, haciendo asiento
á vista de los nuestros, que á porfia
se habian al sitio fuerte recogido,
teniendo por mejor aquel partido.
Cuando el sol en el medio cielo estaba
no declinando á parte un solo punto,
y la aguda chicharra se entonaba
con un desapacible contrapunto,
el astuto Lautaro levantaba
su campo en escuadron cerrado y junto
con grande estruendo y paso concertado
hácia el sitio español fortificado.
Con audacia, desden y confianza
Lautaro contra el fuerte caminaba:
síguele atrás la gente en ordenanza,
y el con gracioso término arrastraba
una larga, ñudosa y gruesa lanza,
que airoso poco á poco la terciaba,
y tanto por el cuento la blandia,
que juntar les estremos parecia.
Los pocos españoles salen fuera,
que encerrados no quieren esperallos,
de arcabuces delante una hilera,
otras de picas luego, y los caballos
á los lados: y así desta manera
con fiera muestra vienen á buscallos.
Llegados á dò ya podian herirse
los unos á los otros dejan irse;
Y de rencor intrínseco aguijados
los movidos ejércitos venian:
suenan los arcabuces asestados:
del humo, fuego y polvo se cubrian.
Los corvos arcos con vigor flechados
gran número de tiros despedian:
vuelan nubadas de armas enastadas,
por los valientes brazos arrojadas,
Cuales contrarias aguas á toparse
van con rauda corriente sonorosa,
que, resistiendo al tiempo del mezclarse,
aquella mas violenta y poderosa
á la menos pujante, sin pararse
volverla contra el curso es cierta cosa:
así á nuestro escuadron forzosamente
le arrebató la bárbara corriente.
No pudiendo sufrir la fuerza brava
del número de gente y movimiento,
al español el bárbaro llevaba
como á liviana paja el recio viento.
Entran sin órden, que ya rota andaba,
todos mezclados en el fuerte asiento,
y dentro del cuadrado y ancho muro
comienzan pié con pié un combate duro.
Algunos españoles castigados
recogerse en la fuerza no quisieron,
que eran de corazones congojados
y de verse en estrecho rehuyeron:
quieren el campo abierto, y por los lados
del turbado monton se dividieron;
pero los de mas ser, con mano osada
procuran amparar la plaza entrada.
Allí qnieren morir ó defenderse:
la carrera mas larga otros tomaron,
que acordaron con tiempo guarecerse:
otros á la marina se llegaron
metiéndose en un barco, sin poderse
sufrir, las corvas áncoras alzaron;
satisfaciendo al miedo y bajo intento
las velas con presteza dan al viento.
Quien en llegar es algo perezoso,
viendo levar el áncora á la nave,
no duda en arrojarse al mar furioso,
teniendo aquel morir por menos grave.
Quien antes no nadaba, de medroso
las olas rompe agora y nadar sabe:
mirad, pues, el temor á que ha llegado,
que viene á ser de miedo el hombre osado.
Los que están en la fuerza retraidos,
como buenos guerreros se defienden;
muertos quieren quedar y no vencidos,
que ya solo un honrado fin pretenden:
y con tal presupuesto embravecidos,
sin esperanza de vivir ofenden,
haciendo en los contrarios tal estrago
que la plaza de sangre era ya lago.
Lautaro, gente y armas contrastando,
en la fuerza el primero entrado habia,
y muerto á dos soldados en entrando
que en suerte le cupieron aquel dia.
Lincoya iba hiriendo y derribando:
mas ¿quién podrá decir la bravería
de Tucapel, que el cielo acometiera
si hallara algun camino ó escalera?

No entró el fuerte por puerta ni por puente,
antes con desenvuelto y diestro salto,
libre el foso saltó ligeramente,
y estaba en un momento en lo mas alto:
no le pudo seguir por allí gente,
él solo de aquel lado dió el asalto;
mas, como si de mil fuera guardado,
se arroja luego en medio del cercado.

Apenas puso el pié firme en la plaza,
cuando el furioso bárbaro, esgrimiendo
la ejercitada, dura y gruesa maza,
iba los enemigos esparciendo:
no vale malla fina ni coraza;
y las celadas fuertes, no pudiendo
sufrir los recios golpes que bajaban,
machucando los sesos se abollaban.

Unos dejan tullidos y contrechos,
otros para en su vida lastimados,
á quién hunde el pescuezo por los pechos,
á quién rompe los lomos y costados
cual si fueran de blanda cera hechos:
magulla, muele y deja derrengados,
y en el mayor peligro osadamente
se arroja sin temor de armas y gente.

Contra Ortiz revolvió con muestra airada
que habia muerto á Torquin, mozo animoso,
la maza alta, y la vista en él clavada,
rompe por el tropel de armas furioso:
no sé cual fue la espada señalada
ni aquel brazo pujante y provechoso
que el mástil cercenó del araucano
y dos dedos con él de la una mano.

Con el encendimiento que llevaba
no sintió la herida de repente;
mas cuando el brazo y golpe descargaba,
que los dedos y maza faltar siente,
herida tigre hircana no es tan brava,
ni acosado leon tan impaciente
como el indio, que lleno de postema,
del cielo, infierno, tierra y mar blasfema.

Sobre las puntas de los piés estriba,
y en ellas la persona mas levanta:
el brazo cuanto puede atrás derriba,
y el trozo impele con violencia tanta
que á Ortiz, que alta la espada sobre él iba,
la celada y los cascos le quebranta,
y del grave dolor desvanecido
dió en el suelo de manos sin sentido.

El bárbaro con esto no vengado,
viene sobre él con furia acelerada,
y con la diestra, aun no medrosa, airado,
á Ortiz arrebató la aguda espada:
alzándole la cota por un lado,
le atravesó de la una á la otra hijada,
y la alma del corpóreo alojamiento
hizo el duro y forzoso apartamiento.

La espada á la siniestra el indio trueca,
sintiéndose tullido de la diestra,
y del golpe primero otro derrueca,
que tambien en herir era maestra:
como suele segar la paja seca
el presto segador con mano diestra,
así aquel Tucapel con fuerza brava
brazos, piernas y cuellos cercenaba.

Dejándose guiar por do la ira
le llevaba furioso discurriendo,
unos hiere, maltrata, otros retira,
la espesa selva de astas deshaciendo:
acaso al Padre Lobo un golpe tira,
que contra cuatro estaba combatiendo,
el cual sin ver el fin de aquella guerra
dió el alma á Dios y el cuerpo dió á la tierra.

El grave Leucoton, no menos fuerte,
con el valor que el cielo le concede,
hiere, aturde, derriba y da la muerte,
que nadie en fuerza y ánimo le escede:
no sé cómo á escribirlo todo acierte,
que mi cansada mano ya no puede
por tanta confusion llevar la pluma,
y así reduce mucho á breve suma.

Tambien Angol, soberbio y esforzado,
su corvo y gran cuchillo en torno esgrime,
hiere al jóven Diego Oro, y del pesado
golpe en la dura tierra el cuerpo imprime:
pero en esta sazon Juan de Alvarado,
la furia de una punta le reprime,
que al tiempo que el furioso alfange alzaba
por debajo del brazo le calaba.

No halló defensa la enemiga espada;
lanzándose por parte descubierta,
derecho al corazon hizo la entrada,
abriendo una sangrienta y ancha puerta:
la cara antes del jóven colorada
se vió de marillez mustia cubierta;
descoyuntóle el brazo un mortal hielo,
batiendo el cuerpo helado el duro suelo.

El corpulento mozo Mareguano,
que airado á todas partes discurria,
llegó al tiempo que Angol por diestra mano
al riguroso hierro se rendia:
era su íntimo amigo y primo hermano,
de estrecho trato antiguo y compañía;
pues fue siempre en la vida igual la suerte,
quiero dijo tambien que sea en la muerte:

Y contra el matador con repentina
rabia, que el pecho y venas le abrasaba,
un macizo y fornido tronco empina,
y con fuerza sobre él lo derribaba.
Mas temiendo del golpe la ruina
Alvarado, que el ojo alerta estaba,
saca presto el caballo apercebido,
y en el suelo el troncon quedó metido.

Chilcan, Ongolmo, Cayeguan de un lado,
Lepomande y Purén en compañía,
habian así á los nuestros apretado,
que ganaron gran crédito aquel dia:
Tomé, Cayocupil y el esforzado
Pillolco, Caniomangue y Lebopía,
Mareande, Elicura y Lemolemo
de su valor mostraron el estremo.

En esto un rumor súbito se siente
que los cóncavos cielos atronaba,
y era que la victoria abiertamente
por el bárbaro infiel se declaraba:
ya la española destrozada gente
al camino de Itáta enderezaba,
desamparando el suelo desdichado,
de sangre y enemigos ocupado.

Del todo á toda furia comenzando
iban los españoles la huida,
siempre mas el temor apresurando
con agudas espuelas la corrida.
Sigue el alcance y valos aquejando
la bárbara canalla embravecida,
envuelta en una espesa polvoreda,
matando al que por flojo atrás se queda.

Alvarado con ánimo y cordura
los anima y esfuerza y no aprovecha;
que la turbada gente en tal rotura
huye la muerte y plaza tan estrecha:
cuál encamina al monte, y cuál procura
de Mapochó la senda mas derecha,
y cuál, y cuál constante todavía,
animoso con Atropos porfía.

Estos honrosa muerte deseando
despreciaban la vida deshonrada,
aquel forzoso punto dilatando
con raro esfuerzo y valerosa espada:
presto quedó la plaza sin un bando,
de almas vacia y de cuerpos ocupada,

que animosos los pocos que quedaban
á las armas y muerte se entregaban.
Unos por los costados caen abiertos;
otros de parte á parte atravesados;
otros que de su sangre están cubiertos,
se rinden á la muerte desangrados:
al fin, todos quedaron allí muertos,
del riguroso hierro apedazados.
Vamos tras los que aguijan los caballos,
que no haremos poco en alcanzallos.
Quién por camino incierto, quién por senda
áspera, peligrosa y desusada,
bate el caballo y dale suelta rienda,
que el miedo es grande y grande la jornada;
el bárbaro escuadron con grita horrenda,
por sierra, monte, llano y por cañada
las espaldas les iba calentando,
hiriendo, dando muerte y derribando.
Habia de la comarca concurrido
gente armada por uno y otro lado,
que á la mira imparcial habia asistido
hasta ver el derecho declarado:
en esto alzando un súbito alarido,
con el orgullo á vencedores dado,
baja las armas, hasta allí neutrales,
en daño de las señas imperiales.



Lautaro al frente de su ejército.

Sale en el codicioso seguimiento
de la española gente, que corria
con furia y ligereza mas que el viento,
sin hacerse uno á otro compañía:
la mucha turbacion y desaliento
que á lós nuestros el miedo les ponia
los lleva sin caminos, esparcidos
por sierras, valles, montes; por ejidos.
Los que tienen caballos mas ligeros
¡oh cuán de corazon son envidiados!
¡qué poco se conocen compañeros
de largo tiempo y amistad tratados!
no aprovechan promesas de dineros,
ni de bienes allí representados:
tanto el miedo ocupado los habia
que lugar la codicia aun no tenia;
Antes los intereses despreciando
se muestran allí poco codiciosos,
tras las ricas celadas arrojando
petos de fina plata embarazosos:
y así, de las promesas no curando,
jugaban los talones presurosos:
solo las alas de Icaro quisieran,
aunque pasando el mar se derritieran.

Juan Hernando Alvarados la jornada
y con el valiente Ibarra apresuraban,
animando la gente desmayada,
mas no por esto el paso moderaban:
abren por la carrera embarazada,
que ligeros caballos gobernaban,
y aunque con viva espuela los batian,
alargarse de un indio no podian.

Delante largo trecho de la gente,
á los tres les da caza y atormenta
un espaldudo bárbaro valiente
Rengo llamado, mozo de gran cuenta:
este solo los sigue osadamente
y á voces con palabras los afrenta,
y los aprieta y corre á campo raso,
sin poderle ganar un solo paso.

¡Jo! ¡jo! (les vá gritando) ¡espera! ¡espera!
que mas en castellano no sabia;
pero en su natural lengua primera
atrevidas injurias les decia.
Tres leguas los corrió desta manera,
que jamás de las colas se partia
por mucho que aguijasen los rocines,
llamándolos infames y ruines.



Llevaba una arma en alto levantada,
que no hay quien su faccion y forma diga:
era una gruesa haya mal labrada
de la grandeza y peso de una viga,
de metal la cabeza barreada;
y esgrímela el garzon sin mas fatiga
que el presto esgrimidor suelto y liviano
juega el fácil baston con diestra mano.

Si alguna vez con el troncon pesado
los caballos el bárbaro alcanzaba,
era de fuerza el golpe tan cargado
que casi derrengados los dejaba;
así cada caballo escarmentado
sin espuelas el curso apresuraba:
que jamás fué baqueta en la corrida
como el baston del bárbaro temida.

Aunque gran trecho aquel follon se aleja
del seguro monton y amigo bando,
no por esto la dura empresa deja,
antes mas los persigue y vá afrentando:
con prestos piés y maza los aqueja,
la nacion española profanando
en lenguage araucano, que entendian
los tres, que á mas correr dél se desvian.

Veinte veces revuelven los cristianos,
dando sobre él con súbita presteza;

á todos tres les dá llenas las manos,
con su diabólica arma y ligereza:
entre tanto llegaban los ulanos
indios en el alcance sin pereza;
y volviendo los tres á su carrera
el bárbaro y baston sobre ellos era.

No por áspero monte ni ágria cuesta
afloja el curso y animoso brio;
antes cual correr suele sobre apuesta
tras las fieras el Puelche en desafio,
los corre, aflige, aprieta y los molesta;
y á diez millas de alcance, por do un rio
el camino atraviesa al mar corriendo,
se fué en la húmida orilla deteniendo.

El bárbaro escuadron parado habia,
solo el contumaz Rengo po fiando,
desistir de la empresa no queria,
aunque no ve persona de su bando:
los tres lasos cristianos á porfia
iban el ancho vado atravesando,
cuando Rengo cargó de una pesada
piedra la presta honda dél usada.

El tronco en el suelo húmido fijado;
rodea el brazo dos veces, despidiendo
el tosco y gran guijarro así arrojado,
que el monte retumbó del sordo estruendo:
las ninfas por lo mas sesgo del vado,
las cristalinas aguas revolviendo,
sus doradas cabezas levantaron
y á ver el caso atentas se pararon.

El importuno bárbaro no cesa
ni afloja de la empresa que pretende;
antes con silbos, grita y piedra espesa,
la agua á mas de la cinta los ofende;
y dándoles en esto mucha priesa,
el beber los caballos les defiende,
diciendo: sús, salid, salid afuera,
que yo os manterné campo en la ribera.

Viendo Alvarado á Rengo así orgulloso,
de la soberbia tema ya impaciente,
dice á los dos: ¡oh caso vergonzoso,
que á tres nos siga un indio solamente
y triunfe de nosotros victorioso!
no es bien que de españoles tal se cuente:
volvamos, y de aquí jamás pasemos
si primero morir no le hacemos.

Así dijo, y las riendas revolviendo,
segunda vez el vado atravesaban;
de morir ó matarle proponiendo,
los caballos cansados aguijaban:
en esto el araucano, conociendo
la cólera y furor con que tornaban,
olvidando la maza y presupuesto,
las voladoras plantas mueve presto.

Una larga carrera por la arena
los tres á toda furia le siguieron,
aunque en valde tomaron esta pena,
que el indio mas corrió que ellos corrieron:
faltos, no de intencion pero de lena,
de cansados las riendas recogieron;
y en un áspero sitio y peligroso
les hizo rostro el bárbaro animoso.

Por espaldas tomó una gran quebrada,
revolviendo á los tres con osadia,
y á falta de la maza acostumbrada,
á menudo la honda sacudia:
de allí con mofa, silbos y pedrada;
sin poderle ofender los ofendia,
por ser aquel lugar despeñadero,
y mas que ellos el bárbaro ligero.

Visto Alvarado serle así escusado
el fin de lo que tanto deseaba,
dejando libre al bárbaro esforzado,
que bien de mala gana se quedaba,
pasa otra vez el ya seguro vado,
y al usado camino se tornaba,
triste en ver que Fortuna por tal modo
se le mostraba adversa y dura en todo.

Habia dejado el campo lautarino
de seguir el alcance grande rato;
iban los españoles sin camino,
como ovejas que van fuera de hato.
De no seguirlos mas me determino,
que por lo que adelante dellos trato,
dejarlos por agora me es forzado
donde otras veces ya los he dejado.

Con la gente araucana quiero andarme,
dichosa á la sazon y afortunada;
y, como se acostumbra, desviarme
de la parte vencida y desdichada:
por donde tantos ván quiero guiarme;
siguiendo la carrera tan usada,
pues la costumbre y tiempo me convence;
y todo el mundo es ya *¡viva quien vence!*

¡Cuán usado es huir los abatidos
y seguir los soberbios levantados,
de la instable Fortuna favoridos
para solo despues ser derribados!
Al cabo estos favores, reducidos
á su valor, son bienes emprestados
que habemos de pagar con siete tanto,
como claro nos muestra el nuevo canto.

CANTO X.

Ufanos los araucanos de las victorias habidas, ordenan unas fiestas generales donde concurrieron diversas gentes así extranjeras como naturales, entre los cuales hubo grandes pruebas y diferencias.

Cuando la varia diosa favorece
y las dádivas prósperas reparte,
¡cómo al ánimo flaco fortalece,
que de triste mujer se vuelve un Marte;
y derriba, acobarda y enflaquece
el esfuerzo viril en la otra parte,
haciendo cuesta arriba lo que es llano
y un gran cerro la palma de la mano!

¡Quién vió los españoles colocados
sobre el mas alto cuerno de la luna
de sus famosos hechos rodeados,
sin punto y muestra de mudanza alguna!
¡Quién los ve en breve tiempo derribados!
¡Quién ve en miseria vuelta su fortuna,
seguidos, no de Marte dios sanguíneo,
pero del tímido sexo femíneo!

Mirad aquí la suerte tan trocada,
pues aquellos que al cielo no temian,
las mujeres, á quien la rueca es dada,
con varonil esfuerzo los seguian,
y con la diestra á la labor usada
las atrevidas lanzas esgrimian,
que por el hado próspero impelidas,
hacian crudos efectos y heridas.

Estas mujeres digo que estuvieron
en un monte escondidas esperando
de la batalla el fin; y cuando vieron
que iba de rota el castellano bando,
hiriendo el cielo á gritos descendieron,
el mujeril temor de sí lanzando,
y de ajeno valor y esfuerzo armadas,
toman de los ya muertos las espadas:

Y á vueltas del estruendo y muchedumbre,
tambien en la victoria embebecidas,
de medrosas y blandas de costumbre
se vuelven temerarias homicidas:
no sienten ni les daban pesadumbre
los pechos al correr, ni las crecidas
barrigas de ocho meses ocupadas,
antes corren mejor las mas preñadas.

Llamábase infelice la postrera,

y con ruegos al cielo se volvia,
porque á tal coyuntura en la carrera
mover mas presto el paso no podia.
Si las mujeres van desta manera,
¿la bárbara canalla cuál iria?
De aquí tuvo principio en esta tierra
venir tambien mujeres á la guerra.
Vienen acompañando á sus maridos,
y en el dudoso trance están paradas;
pero si los contrarios son vencidos
salen á perseguirlos esforzadas:
prueban la flaca fuerza en los rendidos
y si cortan en ellos sus espadas,
haciéndolos morir de mil maneras,
que la mujer cruël eslo de veras.
Así á los nuestros otra vez siguieron
hasta donde el alcance habia cesado,
y desde allí la vuelta al pueblo dieron,
ya de los enemigos saqueado:
que cuando hacer mas daño no pudieron,
subiendo en los caballos que en el prado
sueltos sin órden y gobierno andaban,
á sus dueños por juego remedaban.
Quién hace que combate, y quién huïa,
y quién trás el que huye vá corriendo;
quién finge que está muerto, y se tendïa,
quién correr procuraba no pudiendo:
la alegre gente así se entretenia,
el trabajo importuno despidiendo,
hasta que el sol rayaba los collados
que el general llegó y los mas soldados.
Los unos y los otros aguijaban
con gran priesa á abrazarse estrechamente;
pero algunos, por mas que se esforzaban,
la envidia les hacia arrugar la frente:
francos los vencedores se mostraban,
repartiendo la presa alegremente;
que aun en el pecho vil contra natura
puede tanto la próspera ventura.
Una solemne fiesta en este asiento
quiso Caupolican que se hiciese,
donde del araucano ayuntamiento
la gente militar solo estuviese;
y con alegre muestra y gran contento,
sin que la popular se entremetiese,
en danzas, juegos, vicio y pasatiempo
allí se detuvieron algun tiempo.
Los juegos y ejercicios acabados,
para el valle de Arauco caminaron,
do á las usadas fiestas los soldados
de toda la provincia convocaron:
fueron bastantes plazos señalados,
joyas de gran valor se pregonaron,
de los que en ellas fuesen vencedores,
premios dignos de grandes contendores.
La fama de la fiesta iba corriendo
mas que los diligentes mensajeros,
en un término breve apercibiendo
naturales, vecinos y extranjeros:
gran multitud de gente concurriendo,
creció el número tanto de guerreros,
que ocupabau las tiendas forasteras
los valles, montes, llanos y riberas.
Ya el esperado catorceno dia,
que tanta gente estaba deseando,
al campo su color restituia,
las importunas sombras desterrando:
cuando la bulliciosa compañia
de los briosos jóvenes, mostrando
el juvenil hervor y sangre nueva,
en campo estaban prestos á la prueba.
Fue con solemne pompa referido
el órden de los precios, y el primero
era un lustroso alfange, guarnecido
por mano artificiosa de platero:
este premio fue allí constituido
para aquel que con brazo mas entero
tirase una fornida y gruesa lanza,
sobrando á los demás en la pujanza:
Y de cendrada plata una celada,
cubierta de altas plumas de colores,
de un cerco de oro puro rodeada,
esmaltadas en él varias labores,
fue la preciada joya señalada
para aquel que entre diestros luchadores
en la difícil prueba se estremase
y por señor del campo en pié quedase.
Un lebrel animoso, remendado,
que el collar remataba una venera
de agudas puntas de metal herrado,
era el precio de aquel que, en la carrera,
de todos armas y presteza armado,
arribase mas presto á la bandera
que una gran milla lejos tremolaba
y el trecho señalado limitaba:
Y de niervos un arco, hecho por arte,
con su dorada aljaba que pendia
de un ancho y bien labrado talabarte
con dos gruesas hebillas de ataugia,
este se señaló y se puso aparte
para aquel que con flecha á puntería,
ganando por destreza el precio rico,
llevase al papagayo el corvo pico.
Un caballo morcillo, rabicano,
tascando el freno estaba de cabestro,
precio del que con suelta y presta mano
esgrimiese el baston como mas diestro.
Por juez se señaló á Caupolicano,
de todos ejercicios gran maestro.
Ya la trompeta con sonada nueva
llamaba opositores á la prueba.
No bien sonó la alegre trompa, cuando
el jóven Orompello, ya en el puesto,
airosamente el manto derribando,
mostró el hermoso cuerpo bien dispuesto
y en la valiente diestra blandeando
una maciza lanza. Luego en esto
se ponen asimismo Lepomande,
Crino, Pilloleo, Guambo y Mareande.
Estos seis, en igual hila corriendo,
las lanzas por los fieles igualadas,
á un tiempo las derechas sacudiendo,
fueron con seis gemidos arrojadas:
salen las astas con rumor crujiendo,
de aquella fuerza é ímpetu llevadas,
rompen el aire, suben hasta el cielo,
bajando con la misma furia al suelo.
La de Pilloleo fue la asta primera
que falta de vigor á tierra vino,
trás ella la de Guambo, y la tercera
de Lepomande, y cuarta la de Crino,
la quinta de Mareande, y la postrera
haciendo por mas fuerza mas camino,
la de Orompello fue, mozo pujante,
pasando cinco brazas adelante.
Trás estos otros seis lanzas tomaron,
de los que por mas fuertes se estimaban,
y aunque con fuerza estrema procuraron
sobrepujar el tiro, no llegaban:
otros trás estos, y otros seis probaron,
mas todos con vergüenza atrás quedaban;
y por no detenerme en este cuento,
digo que lo probaron mas de ciento.
Ninguno con seis brazas llegar pudo
al tiro de Orompello señalado,
hasta que Leucoton, varon membrudo,
viendo que ya el probar habia aflojado,
dijo en voz alta: De perder no dudo,
mas porque todos ya me habeis mirado,
quiero ver este brazo lo que puede

y á dó llegar mi estrella me concede.
Esto dicho, la lanza requerida,
en ponerse en el puesto poco tarda;
y dando una ligera arremetida,
hizo muestra de sí fuerte y gallarda:
la lanza por los aires impelida
sale cual gruesa bala de bombarda,
ó cual furioso trueno, que corriendo,
por las espesas nubes vá rompiendo.
Cuatro brazas pasó con raudo vuelo
de la señal y raya delantera;
rompiendo el hierro por el duro suelo,
tiembla por largo espacio la asta fuera:
alza la turba un alarido al cielo,
y de tropel con súbita carrera
muchos á ver el tiro van corriendo,
la fuerza y tirador engrandeciendo.
Unos el largo trecho á piés medían
y examinan el peso de la lanza,
otros por maravilla encarecian
del esforzado brazo la pujanza:
otros van por el precio, otros hacian
al vencedor cantares de alabanza,
de Leucoton el nombre levantando
le van en alta voz solemnizando.
Salta Orompello, y por la turba hiende,
y aquel rumor, colérico, baraja,
diciendo: aun no he perdido, ni se entiende
de solo el primer tiro la ventaja:
Caupolican la vara en esto tiende,
y á tiempo un encendido fuego ataja,
que Tucapel al primo habia acudido,
y otros con Leucoton se habian metido.
Caupolican, que estaba por juez puesto,
mostrándose imparcial, discretamente
la furia de Orompello aplaca presto
con sabrosas palabras blandamente:
y así, no se altercando mas sobre esto,
conforme á la postura, justamente
á Leucoton, por mas aventajado,
le fue ceñido el corvo alfange al lado.
Acabada con esto la porfía,
y Leucoton quedando vitorioso,
Orompello á una parte se desvia,
del caso algo corrido y vergonzoso;
mas como sabio mozo lo encubria,
de verse en ocasiones deseoso
por dó con Leucoton, y causa nueva,
venir pudiese á mas estrecha prueba.
Era Orompello mozo asáz valido,
que desde su niñez fue muy brioso,
manso, tratable, fácil, corregido,
y, en ocasion metido, valeroso;
de muchos en asiento preferido
por su esfuerzo y linaje generoso,
hijo del venerable Mauropande,
primo de Tucapel y amigo grande.
Puesto nuevo silencio y despejado
el campo dó la prueba se hacia,
el diestro Cayeguan, mozo esforzado,
á mantener la lucha se metia:
no pasó mucho, cuando de otro lado
con gran disposicion Torquin salia
de haber en él pujanza y ligereza,
ambos en el luchar de gran destreza.
Dada señal, con pasos ordenados
los dos gallardos bárbaros se mueven;
ya los viérades juntos, ya apartados;
ora tienden el cuerpo, ora le embeben:
por un lado y por otro recatados
se inquieren, cercan, buscan y remueven,
tientan, vuelven, revuelven y se apuntan,
y al cabo con gran ímpetu se juntan.
Hechas las presas y ellos recogidos,
en su fuerza procuran conocerse;
pero de ardor colérico encendidos
comienzan por el campo á revolverse;
cíñense piés con piés, y entretegidos
cargan á un lado y otro, sin poderse
llevar cuanto una mínima ventaja,
por mas que el uno y otro se trabaja.
Andando así, en un tiempo, cauteloso
metió la pierna diestra Cayeguano;
quiso Torquin ceñirla codicioso
cargando con gran fuerza á aquella mano:
sácala á tiempo Cayeguan mañoso,
y el cuerpo de Torquin quedando en vano,
del mismo peso y fuerza que traïa
á los piés enemigos se tendia.
Tras este el fuerte Rengo se presenta,
el cual, lanzando fuera los vestidos,
descubre la persona corpulenta,
brazos robustos, músculos fornidos:
mírale la confusa turba atenta,
que de cuatro entre todos escogidos
este valiente bárbaro era el uno,
jamás sobrepujado de ninguno.
Con gran fuerza los hombros sacudiendo
se apareja á la lucha y desafio,
y al vencedor contrario apercibiendo
le vá á buscar con animoso brio:
de la otra parte Cayeguan saliendo
en medio de aquel campo á su albedrío;
vienen los dos gallardos á juntarse,
procurando en la presa aventajarse.
Un rato los juzgaron igualmente,
y anduvo en duda la vitoria incierta;
mas luego Rengo dió señal patente
con que fue su pujanza descubierta:
que entre los duros brazos reciamente
al triste Cayeguan, la boca abierta,
sin dejarle alentar, le retraía,
y acá y allá con él se revolvía.
Alzóle de la tierra: y apretado,
en el aire gran pieza le suspende;
Cayeguan sin color, desalentado,
abre los brazos y las piernas tiende:
viéndolo así rendido, el esforzado
Rengo que á la vitoria solo atiende,
dejándole bajar, con poca pena
le estampa de gran golpe en el arena.
Sacáronle del campo sin sentido,
y á su tienda en los hombros le llevaron:
todos la fuerza grande y el partido
de Rengo en alta voz solemnizaron:
pero cesando en esto aquel ruido,
á sus asientos luego se tornaron,
porque vieron que Talco aparejado
el puesto de la lucha habia tomado.
Fue este Talco de pruebas gran maestro,
de recios miembros y feroz semblante,
diestro en la lucha y en las armas diestro,
ligero y esforzado, aunque arrogante;
y con todas las partes que aquí muestro,
era Rengo mas suelto y mas pujante,
usado en los robustos ejercicios,
que dello su persona daba indicios.
Talco se mueve y sale con presteza,
Rengo espaciosamente se movia;
fíase mucho el uno en la destreza,
el otro en su vigor solo se fia:
en esto con estraña ligereza,
cuando menos cuidado en Talco habia,
un gran salto dió Rengo no pensado,
cogiendo al enemigo descuidado
De la suerte que el tigre cauteloso,
viendo venir lozano al suelto pardo,
el cuello bajo, lerdo y perezoso,
con ronco son se mueve á paso tardo,
y en un instante súbito y furioso

salta sobre él con ímpetu gallardo,
y echándole la garra, así le aprieta,
que le oprime, le rinde y le sujeta:
  De esta manera Rengo á Talco afierra
y, antes que á la defensa se prevenga,
tan recio le apretó contra la tierra,
que el lomo quebrantado lo derrienga:
viéndolo pues así, lo desafierra,
y á su puesto, esperando que otro venga,
vuelve, dejando el campo con tal hecho
de su estremada fuerza satisfecho.
  Mas no hubo en hombre allí tal osadía
que á contrastar al bárbaro se atreva;
y así, porque la noche ya venia,
se difirio la comenzada prueba
hasta que el carro del siguiente dia
alegrase los campos con luz nueva:
sonando luego varios instrumentos,



de las mesas hinchieron los asientos.
  Pues otro dia, saliendo de su tienda
el hijo de Leocan, acompañado
de gran gente, al lugar de la contienda
con altos instrumentos fue llevado:
Rengo, porque su fama mas se estienda,
dando una vuelta en torno del cercado
entró dentro con una bella muestra,
y á mantener se puso la palestra.
  Bien por dos horas Rengo tuvo el puesto
sin que nadie la plaza le pisase,
que no se vió soldado tan dispuesto
que, viéndole, el lugar vacío ocupase:
pero ya Leucoton mirando en esto,
que, porque su valor mas se notase,
hasta ver el mas fuerte habia esperado,
con grave paso entró en el estacado.
  Luego un rumor confuso y grande estruendo
entre el parlero vulgo se levanta
de ver estos dos juntos, conociendo

en ambos igualmente fuerza tanta.
Leucoton, la persona recogiendo,
á recibir á Rengo se adelanta,
que con gallardo paso se venia
de esfuerzo acompañado y lozanía.
Vienen al parangon dos animosos
que en esfuerzo y pujanza par no tienen:
unas veces aguijan presurosos,
otras frenan el paso y lo detienen:
andan en torno y miran cautelosos,
y á todos los engaños se previenen;
pero no tardó mucho que cerraron,
y con estrechos ñudos se abrazaron.
Juntándose los dos pechos con pechos,
van las últimas fuerzas apurando:
ya se afirman y tienen muy estrechos,
ya se arrojan en torno volteando,
ya los izquierdos, ya los piés derechos
se enclavijan y enredan, no bastando
cuanta fuerza se pone, estudio y arte,
á poder mejorarse alguna parte.
Acá y allá furiosos se rodean,
la fuerza uno del otro resistiendo;
tanto forcejan, gimen, hijadëan,
que los miembros se van entorpeciendo;
tiemblan de la fatiga y titubean
las cansadas rodillas, no pudiendo
comportar el teson y furia insana,
que al fin eran de hueso y carne humana.
De sudor grueso y engrosado aliento
cubiertos los dos bárbaros andaban,
y del fogoso y recio movimiento
roncos los pechos dentro resonaban:
ellos siempre con mas encendimiento,
sacando nuevas fuerzas, procuraban
llegar la empresa al cabo comenzada
por ganar el honor y la celada.
Pero ventaja entre ellos conocida
no se vió allí, ni de flaqueza indicio;
ambos jóvenes son de edad florida,
iguales en la fuerza y ejercicio:
mas la suerte de Rengo enflaquecida,
y el hado, que hasta allí le fue propicio,
hicieron que perdiese á su despecho
del precio y del honor todo el derecho.
Habia en la plaza un hoyo hácia el un lado,
engaste de un guijarro y nuevamente
estaba de su asiento levantado
por el concurso y huella de la gente:
desto el cansado Rengo no avisado,
metió el pié dentro, y desgraciadamente,
cual cae de la segur herido el pino,
con no menor estruendo á tierra vino.
No la pelota con tan presto salto
resurte arriba del macizo suelo,
ni la águila, que al robo cala de alto,
sube en el aire con tan recio vuelo;
como de corrimiento el seso falto,
Rengo rabioso, amenazando al cielo,
se puso en pié, que aun bien no tocó en tierra,
y contra Leucoton furioso cierra.
Como en la fiera lucha Anteo temido
por el furioso Alcides derribado,
que de la tierra madre recogido,
cobraba fuerza y ánimo doblado;
así el airado Rengo embravecido,
que apenás en la árena habia tocado,
sobre el contrario arriba de tal suerte,
que al estremo llegó de honrado y fuerte.
Tanta afrenta, vergüenza y dolor siente
el público lugar considerando,
que abrasado de fuego y rabia ardiente
se le fueron las fuerzas aumentando;
y furioso, colérico, impaciente,
de suerte á Leucoton va retirando,
que apenas le resiste; y el suceso
oireis en el siguiente canto espreso.

CANTO XI.

Acábanse las fiestas y diferencias, y caminando Lautaro sobre la ciudad de Santiago, antes de llegar á ella hace un fuerte, en el cual metido, vienen los españoles sobre él donde tuvieron una recia batalla.

Cuando los corazones nunca usados
á dar señal y muestra de flaqueza
se ven en lugar público afrentados,
entonces manifiestan su grandeza,
fortalecen los miembros fatigados,
despiden el cansancio y la torpeza,
y salen fácilmente con las cosas
que eran antes, Señor, dificultosas.
Así le avino á Rengo, que en cayendo,
tanto esfuerzo le puso el corrimiento,
que lleno de furor y en ira ardiendo
se le dobló la fuerza y el aliento:
y al enemigo fuerte, no pudiendo
ganarle antes un paso, agora ciento
alzado de la tierra le llevaba,
que aun afirmar los piés no le dejaba.
Adelante la cólera pasara
y hubiera alguna brega en aquel llano,
si, receloso de esto, no bajara
presto de arriba el hijo de Pillano,
que de Caupolican traía la vara,
y él propio los aparta de su mano:
que no fue poco, en tanto encendimiento
tenerle este respeto y miramiento.
Siendo desta manera sin ruïdo
despartida la lucha ya enconada,
le fue á Rengo su honor restituido,
mas quedó sin derecho á la celada:
aun no estaba del todo difinido,
ni la plaza de gente despojada,
cuando el mozo Orompello dijo presto:
mi vez ahora me toca, mio es el puesto.
Que bramando entre sí se deshacia
esperando aquel tiempo deseado,
viendo que Leucoton ya mantenia,
del tiro de la lanza no olvidado:
con gran desemboltura y gallardía
salva el palenque y entra el estacado,
y en medio de la plaza, como digo,
llamaba cuerpo á cuerpo al enemigo.
La trápala y murmúrio en el momento
creció, porque parando el pueblo en ello,
conoce por allí cuán descontento
del fuerte Leucoton está Orompello:
témese que vendrán á rompimiento,
mas nadie se atraviesa á defendello,
antes la plaza libre les dejaron
y los vacios lugares ocuparon.
El pueblo, de la lucha deseoso
la mas parte á Orompello se inclinaba;
mira los bellos miembros y el airoso
cuerpo que á la sazon se desnudaba,
la gracia, el pelo crespo y el hermoso
rostro, donde su poca edad mostraba,
que veinte años cumplidos no tenia,
y á Leucoton á fuerzas desafia.
Juzgan ser desconformes los presentes
las fuerzas de estos dos por la aparencia;
viendo del uno el garbo y los valientes
niervos, edad perfecta y esperiencia;
y del otro los miembros diferentes,
la tierna edad y grata adolecencia;
aunque á tal opinion contradecia
la muestra de Orompello y osadia:
Que puesto en su lugar, ufano espera
el son de la trompeta, como cuando

el fogoso caballo en la carrera
la seña del partir está aguardando;
y cual halcon, que en la húmida ribera
ve la garza de lejos blanqueando,
que se alegra y se pule ya lozano,
y está para arrojarse de la mano.

El gallardo Orompello así esperaba
aquel alegre son para moverse,
que de ver la tardanza, imaginaba
que habian impedimentos de ofrecerse.
Visto que tanto ya se dilataba,
queriendo á su sabor satisfacerse,
derecho á Leucoton sale animoso,
que no fue en recibirle perezoso.

En gran silencio vuelto el rumor vano,
quedando mudos todos los presentes
en medio de la plaza, mano á mano,
salen á se probar los dos valientes.
Como cuando el lebrel y fiero alano,
mostrándose con ronco son los dientes,
yertos los cerros y ojos encendidos,
se vienen á morder embravecidos;

De tal modo los dos amordazados,
sin esperar trompeta ni padrino,
de coraje y rencor estimulados,
de medio á medio parten el camino,
y en un instante iguales, aferrados,
con estremada fuerza y diestro tino
se ciñeron los brazos poderosos,
echándose á los piés lazos ñudosos.

Las desconformes fuerzas, aunque iguales,
los lleva, arroja y vuelve á todos lados;
viéranlos sin mudarse á veces tales
que parecen en tierra estar clavados:
donde ponen los piés, dejan señales,
caban el duro suelo, y apretados,
juntándose rodillas con rodillas,
hacen crugir los huesos y costillas.

Cada cual del valor, destreza y maña
usaba que en tal tiempo usar podia,
viendo el duro teson y fuerza estraña
que en su recio adversario conocia:
revuélvense los dos por la campaña,
sin conocerse en nadie mejoria;
pero tanto de acá y de allá anduvieron
que ambos juntos á un tiempo en tierra dieron.

Fue tan presto el caer, y en el momento
tan presto el levantarse, por manera,
que se puede decir que el mas atento,
á mover la pestaña, no lo viera:
ventaja ni señal de vencimiento
juzgarse por entonces no pudiera;
que Leucoton arrodilló en el llano
y Orompello tocó sola una mano.

En esto los padrinos se metieron,
y á cada lado el suyo retirando,
en disputa la lucha resumieron,
sus puntos y razones alegando:
de entrambas partes gentes acudieron,
la porfía y rumor multiplicando;
quién daba al uno el precio, honor y gloria;
quién cantaba del otro la vitoria.

Tucapelo, que estaba en un asiento
á la diestra del hijo de Pillano,
visto lo que pasaba, en el momento
salta en la plaza, la ferrada en mano;
y con aquel usado atrevimiento
dice: El precio ganó mi primo hermano,
y si alguno esta causa me defiende,
haréle yo entender que no lo entiende:

La joya es de Orompello, y quien bastante
se crea á reprobar el voto mio,
en campo estamos, hágase adelante,
que en suma le desmiento y desafio.
Leucoton con un término arrogante
dice: Yo amansaré tu loco brio,
y el vano orgullo y necio devaneo,
que mucho tiempo ha ya que lo deseo.

Conmigo lo has de haber, que comenzado
juego tenemos ya, dijo Orompello.
Responde Leucoton fiero y airado:
contigo y con tu primo quiero habello.
Caupolican en esto era llegado,
que del supremo asiento, viendo aquello,
habia bajado á la sazon, confuso,
y allí su autoridad toda interpuso.

Leucoton y Orompello, conociendo
que el gran Caupolican allí venia,
las enconosas voces deteniendo
cada cual por su parte se desvia:
mas Tucapel, la maza revolviendo,
que otro acuerdo y concierto no queria,
lleno de ira diabólica, no calla,
llamando á todo el mundo á la batalla.

Ruego y medios con él no valen nada
del hijo de Leocan ni de otra gente,
diciendo que á Orompello la celada
por vencedor le den primeramente:
despues, que en plaza franca y estacada
con Leucoton le dejen libremente,
donde aquella disputa se decida,
perdiendo de los dos uno la vida.

Puesto Caupolican en este aprieto,
lleno de rabia y de furor movido,
le dice: haré que guardes el respeto
que á mi persona y cargo le es debido.
Tucapel le responde: yo prometo
que por temor no baje del partido;
y aquel que en lo que digo no viniere,
haga á su voluntad lo que pudiere.

Guardaréte respeto, si derecho
en lo que justo pido me guardares,
y mientras que con recto y sano pecho
la causa sin pasion de esto mirares:
mas si, contra razon, solo de hecho,
torciendo la justicia lo llevares,
por ti y tu cargo, y todo el mundo junto,
no perderé de mi derecho un punto.

Caupolican, perdida la paciencia,
se mueve á Tucapel determinado;
mas Colocolo, viejo de esperiencia,
que con temor le andaba siempre al lado,
le hizo una acatada resistencia
diciendo: ¿estás, señor, tan olvidado
de ti y tu autoridad y salud nuestra
que lo pongas en solo alzar la diestra?

Mira, señor, que todo se aventura:
mira que están los mas ya diferentes:
de Tucapel conoces la locura
y la fuerza que tiene de parientes;
lo que enmendarse puede con cordura
no lo enmiendes con sangre de inocentes:
dale á Orompello el contendido precio,
y otro al competidor de igual aprecio.

Si por rigor y término sangriento
quieres poner en riesgo lo que queda,
(puesto que sobre fijo fundamento
fortuna á tu sabor mueva la rueda,
y el juvenil furor y atrevimiento
castigar á tu salvo te conceda)
queda tu fuerza mas disminuida,
y al fin tu autoridad menos temida.

Pierdes dos hombres, pierdes dos espadas
que el límite araucano han estendido,
y en las fieras naciones apartadas
hacen que sea tu nombre tan temido:
si agora han sido aquí desacatadas,
mira lo que otras veces han servido
en trances peligrosos, derramando
la sangre propia y del contrario bando.

Imprimieron así en Caupolicano
las razones y celo de aquel viejo,
que frenando el furor dijo: en tu mano
lo dejo todo y tomo ese consejo.
Con tal resolucion, el sabio anciano,
viendo abierto camino y aparejo,
habló con Leucoton, que vino en todo,
y á los primos despues del mismo modo.

Y así el viejo eficaz los persuadiera,
que en tal discordia y caso tan diviso,
lo que el mundo universo no pudiera
pudo su discrecion y buen aviso:
fuélos, pues, reduciendo de manera,
que vinieron á todo lo que quiso;
pero con condicion que la celada
por precio al Orompello fuese dada.

Pues la rica celada allí traida
al ufano Orompello le fue puesta;
y una cuera de malla guarnecida
de fino oro á la par vino con esta,
y al mismo tiempo á Leucoton vestida.
Todos conformes, en alegre fiesta
á las copiosas mesas se sentaron,
donde mas la amistad confederaron.

Acabado el comer; lo que del dia
les quedaba, las mesas levantadas,
se pasó en regocijo y alegría,
tejiendo en corros danzas siempre usadas,
donde un número grande intervenia
de mozos y mujeres festejadas;
que las pruebas cesaron y ocasiones
atento á no mover nuevas cuestiones.

Cuando la noche el horizonte cierra
y con la negra sombra al mundo abraza,
los principales hombres de la tierra
se juntaron en una antigua plaza
á tratar de las cosas de la guerra,
y en el discurso dellas dar la traza,
diciendo que el subsidio padecido
habia de ser con sangre redemido.

Salieron con que al hijo de Pillano
se cometiese el cargo deseado,
y el número de gente por su mano
fuese absolutamente señalado:
tal era la opinion del araucano
y tal crédito y fama habia alcanzado,
que si asolar el cielo prometiera
crédito á la promesa se le diera.

Y entre la gente jóven mas granada
fueron por él quinientos escogidos,
mozos gallardos, de la vida airada,
por mas bravos que pláticos tenidos:
y hubo de otros por ir esta jornada
tantos ruegos, protestos y partidos,
que escusa no bastó ni impedimento
á no esceder la copia en otros ciento.

Los que Lautaro escoge son soldados
perdidos por bullicio y disensiones,
en el duro trabajo ejercitados,
diabólicos, rufianes, desgarrones,
á cualquiera maldad determinados,
amigos de mudanzas y cuestiones,
homicidas, sangrientos, temerarios,
grandísimos ladrones y corsarios.

Con esta buena gente caminaba
pacífico hasta el Maule atravesando,
y las tierras, despues, por do pasaba
ibá á fuego y á sangre sujetando:
todo sin resistir se le allanaba,
sometiéndose al yugo y nuevo mando;
caciques y señores le obedecen;
con haciendas y gentes se le ofrecen.

Los bárbaros en pueblos y ciudades
la comarca arruïnan y destruyen:
talan comidas, casas y heredades,
que los indios de miedo al pueblo huyen:
estupros, adulterios y maldades
por violencia sin término concluyen,
no reservando edad, estado y tierra,
que á fuego y sangre rota era la guerra.

No paran con la gana que tenian
de venir con los nuestros á la prueba:
los indios comarcanos que huían
llevan á la ciudad la triste nueva:
rumores y alborotos se movian,
el bélico bullicio se renueva,
aunque algunos que el caso contemplaban
á tales nuevas crédito no daban.

Dicen que era locura claramente
pensar que así una escuadra desmandada
de tan pequeño número de gente
se atreviese á emprender esta jornada,
y mas contra ciudad tan eminente,
y lejos de su tierra y apartada;
pero los que de Penco habian salido
tienen por mas el daño que el ruïdo.

Votos hay que saliesen al camino,
estos son de los jóvenes briosos;
otros que era imprudencia y desatino,
por los pasos y sitios peligrosos:
á todos con presteza se previno,
que de grandes reparos ingeniosos
el pueblo fortalecen, y en un punto
despachan corredores todo junto,

Debajo de un caudillo diligente,
que verdadera relacion trujese
del número y designio de la gente;
con comision, si lance le saliese
á su honor y defensa conveniente,
que al bárbaro escuadron acometiese,
volviendo á rienda suelta dos soldados
para que dello fuesen avisados.

Por no haber caso en esto señalado,
abrevio con decir que se partieron,
y al cuarto dia, con ánimo esforzado,
sobre el campo enemigo amanecieron:
travóse el juego, y no duró travado,
que los bárbaros luego los rompieron,
y todos con cuidado y piés ligeros
revolvieron á ser los mensajeros.

Sin aliento, cansados y afligidos
vuelven con testimonio asaz bastante,
de como fueron rotos y vencidos
por la fuerza del bárbaro pujante,
lasos, llenos de sangre, mal heridos,
con pérdida de un hombre, el cual delante
y en medio de los campos desmandado,
á manos de Lautaro habia espirado.

Cuentan, que levantado un muro habia
á donde con sus bárbaros se acoge,
y que infinita gente le acudia,
de la cual la mas diestra y fuerte escoge:
tambien que bastimentos cada dia
y cantidad de municion recoge,
afirmando por cierto, fuera desto,
que sobre la ciudad llegará presto.

Quien incrédulo dello antes estaba,
teniendo allí el venir por desvarío,
á tan clara señal crédito daba,
helándole la sangre un miedo frio:
quién de pura congoja trasudaba,
que de Lautaro ya conoce el brio;
quién con ardiente y animoso pecho
bramaba por venir mas presto al hecho.

Villagran enfermado acaso habia,
no puede á la sazon seguir la guerra;
mas con ruegos y dádivas movia
la gente mas gallarda de la tierra:
y por caudillo en su lugar ponia
un caro primo suyo, en quien se encierra

todo lo que conviene á buen soldado,
Pedro de Villagran era llamado.
Este, sin mas tardar, tomó el camino
en demanda del bárbaro Lautaro,
y el cargo que tan loco desatino
como es venir allí le cueste caro:
dióse tal priesa á andar, que presto vino
á la corva ribera del rio claro,
que vuelve atrás en círculo gran trecho,
despues hasta la mar corre derecho.
Media legua pequeña, elige un puesto,
de donde estaba el bárbaro alojado,
en el lugar mejor y mas dispuesto,
y allí por ver la noche ha reparado:
estaba á cualquier trance y rumor presto,
de guardia y centinelas rodeado,
cuando sin entender la cosa cierta
gritaban: ¡arma! ¡arma! ¡alerta! ¡alerta!
Esto fue que Lautaro habia sabido
como allí nuestra gente era llegada,
que despues de la haber reconocido
por su misma persona y numerada,
volvióse sin de nadie ser sentido;
y mostrando estimar aquello en nada,
hizo de los caballos que tenia
soltar el de mas furia y lozanía.
Diciendo en alta voz: si no me engaño,
no deben de saber que soy Lautaro
de quien han recibido tanto daño,
daño que no tendrá jamás reparo:
mas, porque no me tengan por estraño;
y el ser yo aquí venido sea mas claro,
sabiendo con quien vienen á la prueba,
quiero que este rocin lleve la nueva.
Diez caballos, señor, habia ganado
en la refriega y última revuelta:
el mejor ensillado y enfrenado,
porque diese el aviso cierto, suelta:
siendo el feroz caballo amenazado,
hácia el campo español toma la vuelta
al rastro y al olor de los caballos,
y esta fue la ocasion de alborotallos.
Venia con un rumor y furia tanta,
que dió mas fuerza al arma y mayor fuego;
la gente recatada se levanta
con sobresalto y gran desasosiego:
el escándalo tanto no fue cuanta
era despues la burla, risa y juego,
de ver que un animal de tal manera
en arma y alboroto los pusiera.
Pasaron sin dormir la noche en esto,
hasta el nuevo apuntar de la mañana,
que con ánimo y firme presupuesto
de vencer ó morir de buena gana
salen del sitio y alojado puesto
contra la gente bárbara araucana,
que no menos estaba acudiciada
de venir al efecto de la espada.
Un edicto Lautaro puesto habia
que quien fuera del muro un paso diese,
como por crímen grave y rebeldía,
sin otra informacion luego muriese:
así, el temor frenando á la osadía,
por mas que la ocasion la conmoviese,
las riendas no rompió de la obediencia
ni el ímpetu pasó de su licencia.
Del muro estaba el bárbaro cubierto,
no dejando salir soldado fuera;
quiere que su partido sea mas cierto,
encerrando á los nuestros de manera
que no les aproveche en campo abierto
de ligeros caballos la carrera
mas solo ánimo, esfuerzo y entereza,
y la virtud del brazo y fortaleza.
Era el órden así, que acometiendo
la plaza, al tiempo del herir volviesen
las espaldas los bárbaros huyendo,
porque dentro los nuestros se metiesen:
y algunos por defuera revolviendo,
antes que los cristianos se advirtiesen,
ocuparles las puertas del cercado,
y combatir allí á campo cerrado.
Con tal ardid los indios aguardaban
á la gente española que venia;
y en viéndola asomar, la saludaban
alzando una terrible vocería:
soberbios desde allí la amenazaban
con audacia, desprecio y bizarría,
quién la fornida pica blandeando,
quién la maza ferrada levantando.
Como toros que van á ser lidiados,
cuando aquellos que cerca los desean,
con silvos y rumor de los tablados
(seguros de peligro) los torean,
y en su daño los hierros amolados
sin miedo amenazándolos blandean;
así la gente bárbara araucana
del muro amenazaba á la cristiana.
Los españoles, siempre con semblante
de parecerles poca aquella caza,
paso á paso caminan adelante,
pensando de allanar el fuerte y plaza,
en alta voz diciendo: no es bastante
el muro, ni la pica y dura maza
á estorbaros la muerte merecida,
por la gran desvergüenza cometida.
Llegados de la fuerza poco trecho,
reconocida bien por cada parte,
pónenle el rostro, y sin torcer, derecho
asaltan el fosado baluarte:
por acabado tienen aquel hecho:
de los bárbaros huye la mas parte,
ganan las puertas francas con gran gloria,
cantando en altas voces la vitoria.
No hubiera relacion deste contento
si los primeros indios aguardáran
tanto espacio y sazon cuanto un momento
que las puertas los últimos tomáran:
mas viéndolos entrar, sin sufrimiento,
ni poderse abstener, luego reparan:
haciendo la señal que no debian,
hicieron revolver los que huian.
Como corre el caballo cuando ha olido
las yeguas que atrás quedan y querencia,
que allí el intento inclina y el sentido,
gime y relincha con celosa ausencia,
afloja el curso, atrás tiende el oido
alerto á sí el señor le da licencia,
que á dar la vuelta aun no le ha señalado,
cuando sobre los piés ha volteado;
De aquel modo los bárbaros huyendo,
con muestra de temor, aunque fingida,
firman el paso presuroso oyendo
la alegre y cierta seña conocida:
y encontra de los nuestros esgrimiendo
la cruda espada, al parecer rendida,
vuelven con una furia tan terrible
que el suelo retembló del son horrible.
Como por sesgo mar del manso viento
siguen las graves olas el camino,
y con furioso y recio movimiento
salta el contrario coro repentino:
que las arenas del profundo asiento
las saca arriba en turbio remolino,
y, las hinchadas olas revolviendo,
al tempestuoso coro van siguiendo;
De la misma manera á nuestra gente,
que el alcance sin término seguia,
la subita mudanza de repente
le turbó la victoria y alegría:

que, sin se reparar, violentamente
por el mismo camino revolvia,
resistiendo con ánimo esforzado
el número de gente aventajado.

Mas como un caudaloso rio de fama,
la presa y palizada desatando,
por inculto camino se derrama,
los arraigados troncos arrancando;
cuando con desfrenado curso brama,
cuanto topa delante arrebatando,
y los duros peñascos enterrados
por las furiosas aguas son llevados;

Con ímpetu y violencia semejante
los indios á los nuestros arrancaron,
y, sin pararles cosa por delante,
en furiosa corriente los llevaron:
hasta que con veloz furor pujante
de la cerrada plaza los lanzaron,
que el miedo de perder allí la vida
les hizo el paso llano á la salida.

De mas priesa y con piés mas desenvueltos
los sueltos españoles que á la entrada,
en una polvorosa nube envueltos
salen del cerco estrecho y palizada:
entre ellos van los bárbaros revueltos,
una gente con otra amontonada,
que sin perder un punto se herian
de manos y de piés como podian.

No el alzado antepecho y agujeros
que fuera dél en torno habia cavados,
ni la fagina y suma de maderos
con los fuertes bejucos amarrados
detuvieron el curso á los ligeros
caballos, de los hierros ostigados;
que, como si voláran por el viento,
salieron á lo llano en salvamento.

Los españoles sin parar corriendo,
libre la plaza á los contrarios dejan,
que la fortuna próspera siguiendo
con prestos piés y manos los aquejan:
pero los nuestros, el morir temiendo,
siempre alargan el paso y mas se alejan,
reparando á las veces reciamente
la gran furia y pujanza de la gente.

Bien una legua larga habian corrido
á toda furia por la seca arena;
solo Lautaro no los ha seguido,
lleno de enojo y de rabiosa pena:
viendo el poco sosten del mal regido
campo, tan recio el rico cuerno suena,
que los mas delanteros lo sintieron,
y al son, sin mas correr, se retrujeron.

Estaba así impaciente y enojado,
que mirarle á la cara nadie osaba,
y al pabellon él solo retirado
un nuevo edicto publicar mandaba,
que guerrero ninguno fuese osado
salir un paso fuera de la cava,
aunque los españoles revolviesen
y mil veces el fuerte acometiesen.

Despues llamando á junta á los soldados,
(aunque ardiendo en furor) templadamente
les dice: amigos, vamos engañados
si con tan poco número de gente
pensamos allanar los levantados
muros de una ciudad así eminente:
la industria tiene aquí mas fuerza y parte
que la temeridad del fiero Marte.

Esta los fieros ánimos reprime,
y á los flacos y débiles esfuerza:
las cervices indómitas oprime
en el yugo domésticas por fuerza:
esta el honor y pérdidas redime,
y la sazon á usar della nos fuerza;
que la industria solícita y fortuna
tienen conformidad y andan á una.

Cumple partir de aquí, muestras haciendo
que solo de temor nos retiramos,
y asegurar los españoles, viendo
como el honor y campo les dejamos;
que despues á su tiempo revolviendo
haremos lo que así dificultamos,
teniendo ellos el llano, y por guarida
vecina la ciudad fortalecida.

El hijo de Pillan esto decia,
cuando asomaba el bando castellano,
que con esfuerzo nuevo y osadía
quiere probar segunda vez la mano.
Fue tanto el alborozo y alegría
de los bárbaros viendo por el llano
aparecer los nuestros, que al momento
gritan y baten palmas de contento.

En esto los cristianos acercando
poco á poco se van á la batalla,
y al justo tiempo del partir llegando,
dejan irse á la bárbara canalla:
que uno la maza en alto, otro bajando
la pica, el cuerpo esento en la muralla,
con animoso esfuerzo se mostraban,
y al ejercicio bélico incitaban.

Unos acuden á las anchas puertas
y comienzan allí el combate duro;
de escudos las cabezas bien cubiertas
se llegan otros al guardado muro;
otros buscan por partes descubiertas
la subida y el paso mas seguro:
hinche el bando español la cava honda,
y el araucano el muro á la redonda.

Pero el pueblo español con osadía,
cubierto de fortísimos escudos,
la lluvia de los tiros resistia
y los botes de lanzas muy agudos.
Era tanta la grita y armonía,
y el espeso batir de golpes crudos,
que Maule el raudo curso refrenaba
confuso al son que en torno rimbombaba.

Por las puertas y frente y por los lados
el muro se combate y se defiende;
allí corren con priesa amontonados
á donde mas peligro haberse entiende:
allí con prestos golpes esforzados
á su enemigo cada cual ofende
con tan terrible afeto y fuerza dura
que poco importa escudo ni armadura.

Los nuestros hácia atrás se retrujeron,
de los tiros y golpes impelidos,
tres veces, y otras tantas revolvieron
de vergonzosa cólera movidos:
gran pieza á la fortuna resistieron:
mas ya todos andaban mal heridos,
flacos, sin fuerza, lasos, desangrados,
y de sangre lo hierros colorados.

El coraje y la cólera es de suerte,
que va en aumento el daño y la crueza,
hallan los españoles siempre el fuerte
mas fuerte y en los golpes mas dureza:
sin temor acometen de la muerte;
pero poco aprovecha esta braveza,
que el que menos herido y flaco andaba
por seis partes la sangre derramaba.

Hasta la gente bárbara se espanta
de ver lo que los nuestros han sufrido
de espesos golpes, flecha y piedra tanta
que sin cesar sobre ellos ha llovido;
y cuán determinados y con cuanta
furia tres veces han acometido,
desto los enemigos impacientes
apretaban los puños y los dientes.

Y como tempestad que jamás cesa,
antes que va en furioso crecimiento,

cuando la congelada piedra espesa
hiere los techos y se esfuerza el viento:
así los duros bárbaros, apriesa,
movidos de vergüenza y corrimiento,
con lanzas, dardos, piedras arrojadas,
baten dargas, rodelas y celadas.

Los cansados cristianos, no pudiendo
sufrir el gran trabajo incomportable,
se van forzosamente retrayendo
del vano intento y plaza inespugnable:
y el destrozado campo recogiendo,
vista su suerte y hado miserable,
por el mesmo camino que vinieron,
aunque con menos furia, se volvieron.

Aquella noche al pié de una montaña
vinieron á tener su alojamiento,
segura de enemigos la campaña,
que ninguno salió en su seguimiento:
decir prometo la cautela estraña
de Lautaro despues, que ahora me siento
flaco, cansado, ronco; y entre tanto
esforzaré la voz al nuevo canto.

CANTO XII.

Recogido Lautaro en su fuerte, no quiere seguir la vitoria por entretener á los españoles. Pasa ciertas razones con él Marco Veaz, por las cuales Pedro de Villagran viene á entender el peligroso punto en que estaba, y levantando su campo se retira. Viene el marqués de Cañete á la ciudad de Los Reyes en el Perú.

Virtud difícil y difícil prueba
es guardar el secreto peligroso,
que la dificultad bien claro prueba
cuanto es sano, seguro y provechoso;
y el poco fruto y mucho mal que lleva
el vicio inútil del hablar dañoso:
ejemplo los de Líbico homicidas,
y otros que les costó el hablar las vidas.

Veránse por los ojos y escrituras
en los presentes tiempos y pasados
crüeldades, ruïnas, desventuras,
infamias, puniciones de pecados,
grandes yerros en grandes coyunturas,
pérdidas de personas y de estados:
todo por no sufrir el indiscreto,
la peligrosa carga del secreto.

De los vicios, el menos de provecho
y por donde mas daño á veces viene,
es el no retener el fácil pecho
el secreto hasta el tiempo que conviene:
rompe y deshace al fin todo lo hecho,
quita la fuerza que la industria tiene,
guerra, furor, discordia, fuego enciende:
al propio dueño y al amigo vende.

Por esto el sabio hijo de Pillano
la causa á sus soldados encubria
de no dejar salir gente á lo llano
siguiendo la vitoria de aquel dia:
y el retirado campo castellano,
seguro á paso largo por la via,
como dije, la furia quebrantada,
toma de la ciudad la vuelta usada.

Usar Lautaro desta maña, entiendo
que fuese para algun sagaz intento,
el cual, por conjeturas, comprehendo
ser de gran importancia y fundamento.
Dejado esto á su tiempo, y revolviendo
á los nuestros, que así del fuerte asiento
se alejan, á tres leguas otro dia
hicieron alto, asiento y ranchería.

Dos dias los españoles estuvieron
haciendo de los bravos aguardando;
pero jamás los bárbaros vinieron,
ni gente pareció del otro bando:
al fin dos de los nuestros se atrevieron
á ver el fuerte, y cerca dél llegando,
oyeron una voz alta del muro
diciéndoles: llegaos, que os doy seguro.

Al uno por su nombre lo llamaba,
con el cierto seguro prometido,
el cual, dejando al otro, se llegaba
por conocer quien era el atrevido:
llegado el español junto á la cava,
el de la voz fue luego conocido,
que era el gallardo hijo de Pillano,
tratado dél un tiempo como hermano.

Estaba de un lustroso peto armado
con sobrevista de oro guarnecida,
en una gruesa pica recostado
por el ferrado regaton asida:
el ancho y duro hierro colorado
y de sangre la media hasta teñida;
puesta de limpio acero una celada
abierta por mil partes y abollada.

Llegado el español donde podia
hablarle y entenderle claramente,
el bizarro Lautaro le decia:
Marcos, de ti me espanto estrañamente
y desa tu ignorante compañía,
que sin razon y seso, ciegamente
penseis así de mi opinion mudarme
y ser bastantes todos á enojarme.

¿Qué intento os mueve ó qué furor insano,
que así quereis tiranizar la tierra?
¿no veis que todo agora está en mi mano,
el bien vuestro y el mal, la paz, la guerra?
¿no veis que el nombre y crédito araucano
los levantados ánimos atierra?
¿qué solo el son al mundo pone miedo
y quebranta las fuerzas y el denuedo?

En los pueblos no fuistes poderosos
de defender las propias posesiones,
que es cosa, que aun los pájaros medrosos
hacen rostro en su nido á los leones:
¿y en los desiertos campos pedregosos
pensais de sustentar los pabellones
en tiempo que estais mas amedrentados,
y mas vuestros contrarios animados?

Es, á mi parecer, loca osadía
querer contra nosotros sustentaros,
pues ni por arte, maña ni otra via
podeis en nuestro daño aprovecharos:
si lo quereis llevar por valentía,
baste el presente estrago á escarmentaros;
que fresca sangre aun vierten las heridas,
y della aquí las yerbas veo teñidas.

Pues dejar yo jamás de perseguiros,
segun que lo juré, será escusado,
hasta dentro en España he de seguiros,
que así lo he prometido al gran senado:
mas si quereis en tiempo reduciros,
haciendo lo que aquí será mandado,
saldré de la promesa y juramento,
y vosotros saldreis de perdimiento.

Treinta mujeres vírgenes apuestas
por tal concierto habeis de dar cada año,
blancas, rubias, hermosas, bien dispuestas,
de quince años á veinte, sin engaño:
han de ser españolas; y tras estas
treinta capas de verde y fino paño,
y otras treinta de púrpura, tejidas
con fino hilo de oro guarnecidas:

Tambien doce caballos poderosos
nuevos y ricamente enjaezados,
domésticos, ligeros y furiosos,
debajo de la rienda concertados:
y seis diestros lebreles animosos
en la caza, me habeis de dar cebados:
este solo tributo estorbaria
lo que estorbar el mundo no podría.

Atento el castellano le escuchaba,
estando de la plática gustoso;
mas cuando á estas razones allegaba
no pudo aquí tener ya mas reposo:
así impaciente al bárbaro atajaba
diciéndole: no estés tan orgulloso,
que las parias que pides ¡oh Lautaro!
te costarán, si esperas, presto caro.

En pago de tu loco atrevimiento
te darán españoles por tributo
cruda muerte, con áspero tormento,
y Arauco cubrirán de eterno luto.
Lautaro dijo: es eso hablar al viento;
sobre ello, Marcos, mas yo no disputo;
las armas, no la lengua, han de tratarlo,
y la fuerza y valor determinarlo.

Libre puedes decir lo que quisieres,
como aquel que seguro le está dado,
que tú despues harás lo que pudieres,
y yo podré hacer lo que he jurado:
tratemos de otras cosas de placeres,
quede para su tiempo comenzado;
y quiérote mostrar, pues tiempo hallo,
una lucida escuadra de caballo.

Que, para que no andeis tan al seguro,
acuerdo de tener tambien caballos,
y de imponer mis súbditos procuro
á saberlos tratar y gobernallos.
Esto dijo Lautaro, y desde el muro
á seis dispuestos mozos sus vasallos
mandó que en seis caballos cabalgasen,
y por delante dél los paseasen.

Por las dos puentes, á la vez caladas,
salieron á caballo seis chilcanos,
pintadas y anchas dargas embrazadas,
gruesas lanzas terciadas en las manos:
vestidas fuertes cotas, y tocadas
las cabezas al modo de africanos,
mantos por las caderas derribados,
los brazos hasta el codo arremangados:

Y con airosa muestra por delante
del atento español dos vueltas dieron;
pero ni de su puesto y buen semblante
punto que se notase le movieron:
antes con muestra y ánimo arrogante,
en alta voz, que todos lo entendieron,
(que el muro estaba ya lleno de gente)
habló así con Lautaro libremente.

En vano ¡oh capitan! cierto trabaja
quien pretende con fieros espantarme;
no estimo lo que ves en una paja,
ni alardes pueden punto amedrentarme;
y por mostrar si temo la ventaja,
yo solo con los seis quiero probarme,
dó verás, que á seis mil seré bastante:
vengan luego á la prueba aquí delante.

Lautaro respondió: Marcos, si mueres
tanto por nos mostrar tu fuerza y brio,
el mínimo que dellos escogieres
á pié vendrá contigo en desafio
del modo y la manera que quisieres:
elige armas y campo á tu albedrío,
ora con ellas, ora desarmados;
á puños, coces, uñas y á bocados.

El español le dijo: yo te digo
que mi honor en tal caso no consiente
darles uno por uno su castigo,
porque jamás se diga entre la gente
que cuerpo á cuerpo bárbaro conmigo
en campo osase entrar singularmente:
por tanto, si no quieres lo que pido,
no quiero yo acetar otro partido.

No vinieron en esto á concertarse:
despues por otras cosas discurrieron;
pero llegado el tiempo de apartarse,
del bárbaro, los dos se despidieron:
vueltos á su camino, oyen llamarse,
y á la voz conocida revolvieron,
que era el mesmo Lautaro quien llamaba,
diciendo: una razon se me olvidaba.

Tengo mi gente triste y afligida,
con gran necesidad de bastimento,
que me falta del todo la comida
por órden mala y poco regimiento:
pues la teneis de sobra recogida,
haced un liberal repartimiento
proveyéndonos della, que á mi cuenta
mas la gloria y honor vuestro acrecienta:

Que en el ínclito estado es uso antigo,
y entre buenos soldados ley guardada,
alimentar la fuerza al enemigo
para solo oprimirle por la espada:
estad, Marcos, atento á lo que digo,
y entended, que será cosa loada,
que digan que las fuerzas sujuzgastes
que para mayor triunfo alimentastes.

Que se llame vitoria yo lo dudo
cuando el contrario á tal estremo viene
que en aquello que nunca el valor pudo
la hambre miserable poder tiene,
y al fuerte brazo indómito y membrudo
lo debilita, doma y lo detiene;
y así por bajo modo y estrecheza,
viene á parecer fuerte la flaqueza.

Era, señor, su intento que pensase
ser la necesidad, fingida, cierta,
para que nuestra gente se animase
de industria abriendo aquella falsa puerta;
y con esto inducirla á que esperase,
teniendo así su astucia mas cubierta,
hasta que el fin llegase deseado
del cauteloso engaño fabricado.

Marcos, de las palabras conmovido,
le dice: yo prometo de intentallo
por solo esas razones que has movido;
y hacer todo el poder en procurallo.
Habiéndose con esto despedido,
revolviendo las riendas al caballo,
él y su compañero caminaron
hasta que al español campo llegaron.

De todo al punto Villagrá informado
cuanto á Marcos Lautaro dicho habia,
sospechoso, confuso y admirado
de ver que bastimentos le pedia:
era sagaz, celoso y recatado
revolviendo la presta fantasía,
los secretos designios comprehende,
y el peligroso estado y trance entiende;

Y, en el presto remedio resoluto,
cuando el mundo se muestra mas escuro,
sin tocar trompa, del peligro instruto,
toma el camino á la ciudad seguro,
maravillado del ardid astuto.
Pero de nuestra gente ahora no curo,
que quiero antes decir el modo estraño
de la ingeniosa astucia y nuevo engaño.

Aun no era bien la nueva luz llegada,
cuando luego los bárbaros supieron
la súbita partida y retirada,
que no con poca muestra lo sintieron,
viendo claro que al fin de la jornada
por un espacio breve no pudieron
hacer en los cristianos tal matanza,
que nadie dellos mas tomara lanza.

Que aquel sitio cercado de montaña,
que es en un bajo y recogido llano,
de acequias copiosísimas se baña
por zanjas con industria hechas á mano:
rotas al nacimiento, la campaña
se hace en breve un lago y gran pantano;

la tierra es honda, floja, anegadiza,
hueca, falsa, esponjada y movidiza:
Quedáran, si las zanjas se rompieran,
en agua aquellos campos empapados;
moverse los caballos no pudieran
en pegajosos lodos atascados:
á donde, si aguardáran, los cogieran
como en liga á los pájaros cebados:
que ya Lautaro, con despacho presto,
habia en ejecucion el ardid puesto.
Triste por la partida y con despecho
la fuerza desampara el mismo dia,
y el camino de Arauco mas derecho
marcha con su escuadron de infantería:
revuelve y traza en el cuidoso pecho
diversas cosas, y en ninguna habia
el consuelo y disculpa que buscaba,
y entré sí razonando, suspiraba
Diciendo: ¿qué color puede bastarme
para ser desta culpa reservado?
¿no pretendí yo mucho de encargarme
de cosa que me deja bien cargado?
¿de quién sino de mí puedo quejarme,
pues todo por mi mano se ha guiado?
¿Soy yo quien prometió en un año solo
de conquistar del uno al otro polo?
Mientras que yo con tan lucida gente
ver el muro español aun no he podido,
la Luna ya tres veces frente á frente
ha visto nuestro campo mal regido:
y el carro de Faeton resplandeciente
del escorpio al Acuario ha discurrido;
y al fin damos la vuelta maltratados,
con pérdida de mas de cien soldados.
Si con morir tuviese confianza
que una vergüenza tal se colorase,
haria á mi inutil brazo que esta lanza
el débil corazon me atravesase;
pero daria de mí mayor venganza
y gloria al enemigo si pensase
que temí mas su brazo poderoso
que el flaco mio cobarde y temeroso.
Yo juro al infernal poder eterno,
si la muerte en un año no me atierra,
de echar de Chile el español gobierno,
y de sangre empapar toda la tierra:
ni mudanza, calor, ni crudo invierno
podrán romper el hilo de la guerra,
y dentro del profundo reino escuro
no se verá español en mí seguro.
Hizo tambien solene juramento
de no volver jamás al nido caro,
ni del agua, del sol, sereno y viento
ponerse á la defensa ni al reparo:
ni de tratar en cosas de contento
hasta que el mundo entienda de Lautaro
que cosa no emprendió dificultosa
sin darla, con valor, salida honrosa.
En esto le parece que aflojaba
la cuerda del dolor, que á veces tanto
con grave y dura afrenta le apretaba,
que de perder el seso estuvo á canto:
así el feroz Lautaro caminaba,
y al fin de tres jornadas, entre tanto
que el esperado tiempo se avecina,
se aloja en una vega á la marina.
Junto á donde con recio movimiento
baja de un monte Itáta caudaloso,
atravesando aquel umbroso asiento
con sesgo curso, grave y espacioso:
los árboles provocan á contento,
el viento sopla allí mas amoroso,
burlando con las tiernas florecillas,
rojas, azules, blancas y amarillas.
Siete leguas de Penco justamente
es esta deleitosa y fértil tierra,
abundante, capaz y suficiente
para poder sufrir gente de guerra:
tiene cerca á la banda del oriente
la grande cordillera y alta sierra
de donde el raudo Itáta apresurado
baja á dar su tributo al mar salado.
Fue un tiempo de españoles; pero habia
la prometida fe ya quebrantado,
viendo que la fortuna parecía
declarada de parte del Estado;
el cual veinte y dos leguas contenia:
este era su distrito señalado;
pero tan grande crédito alcanzaba
que toda la nacion le respetaba.
Los españoles ánimos briosos
este los puso humildes por el suelo;
este los bajos, tristes y medrosos
hace que se levanten contra el cielo,
y los estraños pueblos poderosos
de miedo de este viven con recelo;
los remotos vecinos y extranjeros
se rinden y someten á sus fueros.
Pues la flor del Estado deseando
estaba al tardo tiempo en esta vega,
tardo para quien gusto está esperando;
que al que no espera bien, bien presto llega;
pero, el tiempo y sazon apresurando,
á sus valientes bárbaros congrega,
y antes que se metiesen en la vía,
estas breves razones les decia:
Amigos: si entendiese que el deseo
de combatir sin otro miramiento,
y la fogosa gana que en vos veo,
fuese de la vitoria el fundamento,
hágoos saber de mí que cierto creo
estar en vuestra mano el vencimiento;
y un paso atrás volver no me hiciera
si el mundo sobre mí todo viniera.
Mas no es solo con ánimo adquirida
una cosa difícil y pesada:
¿qué aprovecha el esfuerzo sin medida
si tenemos la fuerza limitada?
Mas ésta (aunque con límite) regida
por industrioso ingenio y gobernada,
de duras y de muy dificultosas
hace llanas y fáciles las cosas.
¿Cuántos vemos el crédito perdido
en afrentoso y mísero destierro
por solo haber sin término ofrecido
el pecho osado al enemigo hierro?
que no es valor, mas antes es tenido
por loco, temerario y torpe yerro:
valor es ser al órden obediente,
y locura sin órden ser valiente.
Como en este negocio y gran jornada
con tanto esfuerzo así nos destruimos,
fue porque no miramos jamás nada
sino al ciego apetito á quien seguimos:
que á no perder, por furia anticipada,
el tiempo y coyuntura que tuvimos,
no quedara español ni cosa alguna
á la disposicion de la Fortuna.
Si al entrar de la fuerza reportados
allí algun sufrimiento se tuviera,
fueran vuestros esfuerzos celebrados,
pues ningun enemigo se nos fuera:
en la ciudad estaban descuidados:
con la gente que andaba por defuera
hiciéramos un hecho y una suerte
que no la consumieran tiempo y muerte.
Pero quiero poneros advertencia,
que habeis por la razon de gobernaros,
haciendo al movimiento resistencia
hasta que la sazon venga á llamaros;

y no salirme un punto de obediencia,
ni á lo que no os mandare adelantaros;
que en el inobediente y atrevido
haré ejemplar castigo nunca oido.
Y, pues volvemos ya donde se muestra
nuestro poco valor, por mal regidos,
en fe que habeis de ser, alzo la diestra,
en el primer honor restituidos,
ó el campo regará la sangre nuestra,
y habemos de quedar en él tendidos
por pasto de las brutas bestias fieras,
y de las sucias aves carniceras.
Con esto fue la plática acabada,
y la trompeta á levantar tocando,
dieron nuevo principio á su jornada,
con la usada presteza caminando:
yendo asi al descubrir, de una ensenada,
por Mataquino á la derecha entrando,
un bárbaro encontraron por la via,
que del pueblo les dijo que venia.
Este les afirmó con juramento
que en Mapochó se sabe su venida;
ora les dió la nueva della el viento,
ora de espías solícitas sabida:
tambien que de copioso bastimento
estaba la ciudad ya prevenida,
con defensa, reparos, provisiones,
pertrechos, aparatos, municiones.
Certificado bien Lautaro desto,
muda el primer intento que traía,
viendo ser temerario presupuesto
seguirle con tan poca compañía:
piensa juntar mas gentes, y de presto
un fuerte asiento que en el valle habia
con ingenio y cuidado diligente
comienza á reforzarle nuevamente.
Con la priesa que dió dentro metido,
y ser dispuesto el sitio y reparado,
fue en breve aquel lugar fortalecido,
de foso y fuerte muro rodeado:
gente á la fama desto habia acudido,
codiciosa del robo deseado.
Forzoso me es pasar de aqui corriendo
que siento en nuestro pueblo un gran estruendo.
Sábese en la ciudad por cosa cierta
que á toda furia el hijo de Pillano,
guiando un escuadron de gente esperta,
viene sobre ella con armada mano:
el súbito temor puso en alerta
y confusion al pueblo castellano;
mas la sangre, que el miedo helado habia,
de un ardiente coraje se encendia.
A las armas acuden los briosos,
y aquellos que los años agravaban
con industrias y avisos provechosos
la tierra y partes flacas reparaban:
tras estos treinta mozos animosos
y un astuto caudillo se aprestaban,
que con algunos bárbaros amigos
fuesen á descubrir los enemigos.
Villagrá á la sazon no residia
en el pueblo español alborotado,
que para la Imperial partido habia
por camino de Arauco desviado:
mas ya con nueva gente revolvia,
y junto de dó el bárbaro cercado
de gruesos troncos y fagina estaba,
sin saberlo una noche se alojaba.
Cuando la alegre y fresca aurora vino,
y él la nueva jornada comenzaba,
al calar de una loma, en el camino
un comarcano bárbaro encontraba,
el cual le dió la nueva del vecino
campo, y razon de cuanto en él pasaba;
que todo bien el mozo lo sabia,
como aquel que á robar de allá venía.
Entendió el español, del indio, cuanto
el bárbaro enemigo determina,
y como allega gentes, entretanto
que el oportuno tiempo se avecina:
no puso á los cautenes esto espanto,
y mas cuando supieron que vecina
venia tambien la gente nuestra armada,
que dellos aun no estaba una jornada.
Villagran le pregunta si podria
ganar al araucano la albarrada:
sonriéndose el indio respondia
ser cosa de intentar bien escusada,
por el reparo y sitio que tenia,
y estar por las espaldas abrigada
de una tajada y peñascosa sierra,
que por aquella parte el fuerte cierra.
Díjole Villagran: Yo determino
por esa relacion tuya guiarme,
y abrir por la montaña alta el camino,
que quiero á cualquier cosa aventurarme
y si donde está el campo lautarino
en una noche puedes tú llevarme,
del trabajo serás gratificado,
y al fuego, si me mientes, entregado.
Sin temor dice el bárbaro: Yo juro
en menos de una noche de llevarte
por difícil camino aunque seguro;
desta palabra puedes confiarte:
de Lautaro despues no te aseguro;
ni tu gente y amigos serán parte
á que si vais allá no os coja á todos
y os dé civiles muertes de mil modos.
No le movió el temor que le ponia
á Villagran el bárbaro guerrero,
que visto cuan sin miedo se ofrecia,
le pareció de trato verdadero:
y á la gente del pueblo, que venia,
despacha un diligente mensajero,
para que con la priesa conveniente
con él venga á juntarse brevemente.
Pues otro dia allí juntos, se dejaron
ir por dó quiso el bárbaro guiallos,
y en la cerrada noche no cesaron
de afligir con espuelas los caballos.
Despues se contará lo que pasaron,
que cumple por agora aqui dejallos,
por decir la venida en esta tierra
de quien dió nuevas fuerzas á la guerra.
Hasta aquí, lo que en suma he referido
yo no estuve, Señor, presente á ello;
y así, de sospechoso, no he querido
de parciales intérpretes sabello:
de ambas las mismas partes lo he aprendido,
y pongo justamente solo aquello
en que todos concuerdan y confieren,
y en lo que en general menos difieren.
Pues que, en autoridad de lo que digo,
vemos que hay tanta sangre derramada,
prosiguiendo adelante, yo me obligo,
que irá la historia mas autorizada:
podré ya discurrir como testigo
que fuí presente á toda la jornada,
sin cegarme pasion, de la cual huyo,
ni quitar á ninguno lo que es suyo.
Pisada en esta tierra no han pisado
que no haya por mis piés sido medida;
golpe ni cuchillada no se ha dado
que no diga de quien es la herida:
de las pocas que di estoy disculpado,
pues tanto por mirar, embebecida
truje la mente en esto y ocupada,
que se olvidaba el brazo de la espada.
Si causa me incitó á que yo escribiese
con mi pobre talento y torpe pluma,

fue que tanto valor no pereciese,
ni el tiempo injustamente lo consuma:
que el mostrarme yo sabio me moviese,
ninguno que lo fuere lo presuma:
que, cierto, bien entiendo mi pobreza
y de las flacas sienes la estrecheza.
De mi poco caudal bastante indicio
y testimonio aqui patente queda:
va la verdad desnuda de artificio,
para que mas segura pasar pueda:
pero si fuera desto lleva vicio,
pido que por merced se me conceda
se mire en esta parte el buen intento,
que es solo de acertar y dar contento:
Que aunque la barba el rostro no ha ocupado,
y la pluma á escribir tanto se atreve,
que de crédito estoy necesitado,
pues tan poco á mis años se le debe;
espero que será, Señor, mirado
el celo justo y causa que me mueve;
y esto la voluntad se tome en cuenta
para que algun error se me consienta.
Quiero dejar á Arauco por un rato:
que para mi discurso es importante
lo que forzado aqui del Perú trato,
aunque de su comarca es bien distante:
y para que se entienda mas barato,
y con facilidad lo de adelante,
si Lautaro me deja, diré en breve
la gente que en su daño ahora se mueve.
El marqués de Cañete era llegado
á la ciudad insigne de los Reyes,
de Carlos Quinto máximo enviado
á la guarda y reparo de sus leyes:
este fue por sus partes señalado
para virey de donde dos vireyes
por los rebeldes brazos atrevidos
habian sido á la muerte conducidos.
Oliendo el virey nuevo las pasiones
y maldades por uso introducidas,
el ánimo dispuesto á alteraciones,
en leal apariencia entretejidas;
los agravios, insultos y traiciones,
con tanta desvergüenza cometidas,
viendo, que aun el tirano no hedia,
que aunque muerto, de fresco se bullia;
Entró como sagaz y receloso,
no mostrando el cuchillo y duro yerro,
que fuera en aquel tiempo peligroso,
y dar con hierro en un notable yerro:
mostrándose benigno y amoroso,
trayéndoles la mano por el cerro,
hasta tomar el paso á la malicia,
y dar mas fuerza y mano á la justicia.
En tanto que las cosas disponia,
para limpiar del todo las maldades,
quitando las justicias, las ponia
de su mano por todas las ciudades;
estas eran personas que entendia
haber en ellas justas calidades,
de Dios, del rey, del mundo temerosas,
en semejantes cargos provechosas.
Entretenia la gente y sustentaba
con son de un general repartimiento,
y el mas culpado mas premio esperaba,
fundado en el pasado regimiento.
El marqués entre tanto se informaba,
llevando deste error diverso intento;
que no solo dió pena á los culpados,
mas renovó los yerros perdonados:
Pues cuando con el tiempo ya pensaron
que estaban sus insultos encubiertos,
en público pregon se renovaron,
y fueron con castigo descubiertos,
que casi en los mas pueblos que pecaron
amanecieron en un tiempo muertos
aquellos que con mas poder y mano
habian seguido el bando del tirano.
No condeno, Señor, los que murieron,
pues fueron perdonados y admitidos,
cuando á vuestro servicio en sazon fueron,
y en importante tiempo reducidos;
quedando los errores que tuvieron
á vuestra gran clemencia remitidos.
De vos solo, Señor, es el juzgarlos,
y el poderlos salvar ó condenarlos.
Dar mi secreto en esto yo no puedo,
que siempre en casos de honra lo rehuso:
solo digo el terror y estraño miedo
que en la gente soberbia el marqués puso
con el castigo á la sazon acedo,
dejando el reino atónito y confuso,
del temerario hecho tan dudoso,
que aun era imaginarlo peligroso.
A quien hallaba culpa conocida,
del Perú le destierra en penitencia,
que es entre ellos la afrenta mas sentida
y que se toma menos en paciencia:
el justo de ejemplar, y recta vida,
temeroso escudriña la conciencia,
viendo el rigor de la justicia airada,
que ya desenvainado habia la espada.
Y algunos capitanes y soldados,
que con lustre sirvieron en la guerra
y esperaban de ser gratificados,
conforme á los humores de la tierra,
recelando tenerlos agraviados,
del reino en son de presos los destierra,
remitiendo las pagas á la mano
de rey tan poderoso y soberano.
Esto puso suspensa mas la gente,
la causa del destierro no sabiendo;
no entiende si es injusto ó justamente;
solo sabe callar y estar temiendo:
teme la furia y el rigor presente,
y á inquirir la razon no se atreviendo,
tiende á cualquier rumor atento oido;
mas no puede sentir mas del ruido.
Temor, silencio y confusion andaba,
atónita la gente discurria,
nadie la oculta causa preguntaba,
que aun preguntar error le parecia:
por saber, uno á otro se miraba,
y el mas sabio los hombros encogia,
temiendo el golpe del furor presente,
movido al parecer por accidente.
Fue hecho tan sagaz, grande y osado,
que pocos con razon le van delante,
asaz en estos tiempos celebrado,
y á los ánimos sueltos importante:
por él quedó el Perú atemorizado,
temerario, rebelde y arrogante
y á la justicia el paso mas seguro,
con mayor esperanza en lo futuro.
Así enfrenó el Perú, con un bocado
que no le romperá jamás la rienda,
haciendo al ambicioso y alterado
contentarse con sola su hacienda;
y el bullicio y deseo inordenado,
le redujo á quietud y nueva enmienda:
que poco lo mal puesto permanece,
como por la esperiencia al fin parece.
Quien antes no pensaba estar contento
con veinte ó treinta mil pesos de renta,
enfrena de tal suerte el pensamiento
que solo con la vida se contenta:
despues hizo el marqués repartimiento
entre los beneméritos de cuenta
para esforzar los ánimos caidos
y dar mayor tormento á los perdidos.

Con ejemplos así y acaecimientos,
¿cómo vemos que tantos van errados,
que sobre arena y frágiles cimientos
fabrican edificios levantados?
Bien se muestran sus flacos fundamentos,
pues por tierra tan presto derribados
con afrentoso nombre y voz los vemos,
huyendo su inficion cuanto podemos.

¡Oh vano error! ¡oh necio desconcierto,
del torpe que con ánimo ignorante
no mira en el peligro y paso incierto
las pisadas de aquel que va delante,
teniendo, á costa ajena, ejemplo cierto,
que el brazo del amigo mas constante
ha de esparcir su sangre en su disculpa,
lavando allí la espada de la culpa!

Quiero que esté algun tiempo falsamente
sobre traidores hombros sostenido,
que el viento que se mueve de repente
le aflige, altera y turba aquel ruido:
pues que cuando la voz del rey se siente,
no hay son tan duro y áspero al oïdo:
que tiene solo el nombre fuerza tanta
que los huesos le oprime y le quebranta.

Que le asome fortuna algun contento,
¡con cuántos sinsabores va mezclado!
aquel recelo, aquel desabrimiento,
aquel triste vivir tan recatado:
traga el duro morir cada momento,
témese del que está mas confiado:
que la vida antes libre y amparada
está sujeta ya á cualquier espada.

Negando al rey la deuda y obediencia,
se somete al mas mínimo soldado,
poniendo en contentarle diligencia,
con gran miedo y solícito cuidado;
y aquellos mas amigos en presencia,
las lanzas le enderezan al costado,
y sobre la cabeza aparejadas
le están amenazando mil espadas.

Cualquier rumor, cualquiera voz le espanta,
cualquier secreto piensa que es negarle:
si el brazo mueve alguno y lo levanta,
piensa el triste que fue para matarle
la soga arrastra, el lazo á la garganta:
¿qué confianza puede asegurarle?
pues mal el que negar al rey procura
tendrá con un tirano fe segura.

Si no bastare verlos acabados
tan presto, y que ninguno permanece,
y los rollos y términos poblados
de quien tan justamente lo merece;
bandos, casas, linajes estragados,
con nombre que los mancha y escurece;
baste la obligacion con que nacemos,
que á nuestro rey y príncipe tenemos.

De un paso en otro paso voy saliendo,
del discurso y materia que seguia;
pero aunque vaya ciego discurriendo
por caminos mas ásperos sin guia,
del encendido Marte el son horrendo
me hará que atine á la derecha via;
y así seguro desto y confiado,
me atrevo á reposar que estoy cansado.

CANTO XIII.

Hecho el marqués de Cañete el castigo en el Perú; llegan mensajeros de Chile á pedirle socorro el cual, vista ser su demanda importante y justa se le envia grande por mar y por tierra. Tambien contiene al cabo este canto cómo Francisco de Villagran, guiado por un indio vence sobre Lautaro.

Dichoso con razon puede llamarse
aquel que en los peligros arrojado
dellos sabe salir sin ensuciarse,
y libre de poder ser imputado:
pero quien destos puede desviarse
le tengo por mas bienaventurado:
aunque el peligro afina lo perfeto,
aquel que dél se aparta es el discreto:

Que muchas veces dá la fantasía
en cosas que seguro nos promete,
y un ánimo á salir con ellas cria
que con temeridad las acomete:
despues en el peligro desvaría,
y no acierta á salir de dó se mete:
que la señora al siervo sometida,
pierde la fuerza y tino á la salida.

Vereis en el Perú que han procurado
levantar el tirano y ayudarle,
para solo mostrar despues de alzado,
la traidora lealtad en derribarle:
y con disignio y ánimo dañado
le dan fuerza, y despues viene á matarle
la espada infiel, de la maldad autora,
al rey y amigos pérfida y traidora.

Fraguan la guerra atizan disensiones
en hábito leal, aunque engañoso,
pensando de subir mas escalones
por un áspero atajo y tropezoso:
al cabo las malvadas intenciones
vienen á fin tan malo y afrentoso,
como vereis si bien mirais la guerra
civil y alteraciones desta tierra.

Deshechos, pues, del todo los nublados
por el audaz marqués y su prudencia,
curando con rigor los alterados,
como quien entendió bien la dolencia:
en nombre de su rey, á otros tocados
de aquel olor descubre la clemencia;
que hasta allí del rigor cubierta estaba,
con general perdon que los lavaba.

No el atrevido caso y espantoso,
en el Perú jamás acontecido,
ni el ejemplar castigo riguroso
que amansó el fiero pueblo embravecido,
fue en tal tiempo bastante y poderoso,
de ensordecer el bárbaro ruido,
y la voz araucana y clara fama
que en aquellas provincias se derrama.

Nuevas por mar y tierra eran llegadas
del daño y perdicion de nuestra gente,
por las vitorias grandes y jornadas
del araucano bárbaro potente:
pidiendo las ciudades apretadas
presuroso socorro y suficiente,
haciendo relacion de cómo estaban
y de todas las cosas que pasaban.

Gerónimo Alderete, adelantado,
á quien era el gobierno cometido,
hombre en estas provincias señalado,
y en gran figura y crédito tenido:
donde como animoso y buen soldado
habia grandes trabajos padecido;
(no pongo su proceso en esta historia,
que dél la general hará memoria).

Presente no se halla á tanta guerra
y á tales desventuras y contrastes;
mas con vos, gran Felipe, en Inglaterra,
cuando la fe de nuevo allí plantastes:
allí le distes cargo desta tierra,
de allí con gran favor le despachastes;
pero cortóle el áspero destino
el hilo de la vida en el camino.

Fue su muerte así súbita sentida,
y mas el sentimiento acrecentaba
ver a gobernacion tan corrompida
que cada uno por sí se gobernaba:
andaba la discordia ya encendida,
la ambicion del mandar se desmandaba:
al fin, es imposible que acaezca

que un cuerpo sin cabeza permanezca.
Aquellos que de Chile habian venido
á pedir el socorro necesario,
viendo á su Adelantado fallecido
y todo á su propósito contrario,
con un semblante triste y afligido,
de parecer de todos voluntario
piden á don Hurtado que se vea,
y de remedio presto los provea,
Diciendo : varon claro y escelente,
nuestra necesidad te es manifiesta,
y la fuerza del bárbaro potente
que tiene á Chile en tanto estrecho puesta :
el mas fuerte remedio es llevar gente,
esta ya puedes ver cuan cara cuesta.
De parte de tu rey te requerimos
nos concedas aquí lo que pedimos.
A tu hijo ¡oh marqués! te demandamos,
en quien tanta virtud y gracia cabe,
porque con su persona confiamos
que nuestra desventura y mal se acabe :
de sus partes, señor, nos contentamos,
pues que por natural cosa se sabe
(y aun acá en el comun es habla vieja)
que nunca del leon nació la oveja.
Y pues hay tanta falta de guerreros,
haciendo esta jornada don García
se moverá el comun y caballeros,
alegres de llevar tan buena guia :
y lo que no podrán muchos dineros
podra el amor y buena compañía,
ó la vergüenza y miedo de enojarte,
ó su propio interés en agradarte.
El marqués de Cañete, respondiendo
á la justa demanda alegremente,
vino en ello de grado, conociendo
ser cosa necesaria y conveniente :
y el hijo, hacienda y deudos ofreciendo,
al punto derramó en toda la gente
gran gana de pasar á aquella tierra
á ejercitar las armas en tal guerra.
Uno se ofrece allí y otro se ofrece,
así gran gente en número se mueve,
y aquel que no le hace, le parece
que falta y no responde á lo que debe :
hasta en cansados viejos reverdece
el erdor juvenil, y se remueve
el flaco humor y sangre casi helada
con el alegre son de esta jornada.
¡Oh valientes soldados araucanos!
las armas prevenid y corazones,
y aquel raro valor de vuestras manos
temido en las antárticas regiones;
que gran copia de jóvenes lozanos
descoge en vuestro daño sus pendones,
pensando entrar por toda vuestra tierra
haciendo fiero estrago y cruda guerra;
No con los hierros botos y mohosos
de los que las paredes hermosean,
ni brazos del torpe ocio perezosos
que con gran pesadumbre se rodean,
ni los ánimos hechos á reposos
que cualquiera mudanza en que se vean
los altera, los turba y entorpece
y el desusado son los desvanece;
Mas hierros templadísimos y agudos,
en sangre de tiranos afilados,
fuertes brazos, robustos y membrudos,
en dar golpes de muerte ejercitados;
ánimos libres, de temor desnudos,
en los peligros siempre habituados,
que el son horrendo que á otros atormenta
los alegra, despierta y alimenta.
Cosa destas yo pienso que ninguna
os puede derribar de vuestro estado;
mas tiéneme dudoso sola una,
que nadie della ha sido reservado :
esta es la usada vuelta de Fortuna,
que siempre alegre rostro os ha mostrado,
y es inconstante, falsa y variable,
en el mal firme, y en el bien mudable.
Que si la guerra el español procura,
haciendo de su espada ufana muestra,
¿querríale preguntar, si por ventura
corta por mas lugares que la vuestra?
Si la fuerza del brazo le asegura
del poder vuestro, y vencedora diestra;
verá, si mira bien en lo pasado,
el campo de sus huesos ocupado.
No sé; pero soberbio y encendido
en bélico furor el pueblo veo,
y al mas triste español apercebido
de armas, rico aparato, y buen deseo.
¡Oh Arauco! yo te juzgo por perdido :
si las obras igualan al arreo,
y no templa el camino esta braveza,
¡ay de tu presuncion y fortaleza!
Del apartado Quito se movieron
gentes para hallarse en esta guerra :
de Loja, Piura, de Jaen salieron :
de Trujillo, de Guanuco y su tierra,
de Guamanga, Arequipa concurrieron
gran copia; y de los pueblos de la sierra,
la Paz, Cuzco, y los Charcas bien armados
bajaron muchos pláticos soldados..
Treme la tierra, brama el mar hinchado
del alboroto, estruendos y rumores
que suenan por el aire delicado
de pífanos, trompetas y atambores
contra el rebelde pueblo libertado,
amenazando ya sus defensores
con gruesa y reforzada artillería,
que dentro del Estado el son se oía.
De aparatos, jaeces, guarniciones
los gallardos soldados se arreaban;
sobrevistas y galas, invenciones
nuevas y costosísimas sacaban :
estandartes, enseñas y pendones
al viento en cada calle tremolaban :
vieran sastres y obreros ocupados
en hechuras, recamos y bordados.
Con el concurso y junta de guerreros
el grande estruendo y trápala crecia,
y los prestos martillos de herreros
formaban dura y áspera armonía :
el rumor de solícitos armeros
todo el ancho contorno ensordecia;
los celosos caballos de lozanos
relinchando triscaban con las manos.
Andaba así la gente embarazada
con el nuevo bullicio de la guerra;
mas ya de lo importante aparejada,
un caudillo salió luego por tierra :
llevando copia della encomendada
atrevesó á Atacama y la alta sierra
con la desierta costa y despoblados,
de osamenta de bárbaros sembrados.
La gente principal, todo aprestado,
y reliquias del campo que quedaban,
para romper el mar alborotado
otra cosa que tiempo no aguardaban :
mas viendo el cielo ya desocupado,
y que las bravas olas aplacaban,
con ordenada muestra y rico alarde
salieron de Los-Reyes una tarde.
Yo con ellos tambien, que en el servicio
vuestro empecé y acabaré la vida,
que estando en Inglaterra en el oficio
que aun la espada no me era permitida;
llegó allí la maldad en deservicio

vuestro, por los de Arauco cometida,
y la gran desvergüenza de la gente
á la real corona inobediente.
Y con vuestra licencia, en compañía
del nuevo capitan y adelantado
caminé desde Lóndres hasta el dia
que le dejé en Taboga sepultado;
de donde, con trabajos, y porfía
de la Fortuna y vientos, arrojado,
llegué á tiempo que pude juntamente
salir con tan lucida y buena gente.
Otro escuadron de amigos se me olvida,
no menos que nosotros necesarios,
gente templada, mansa y recogida,
de frailes provisores, comisarios,
teólogos de honesta y santa vida,
franciscos, dominicos, mercenarios,
para evitar insultos de la guerra,
usados mas allí que en otra tierra.
De varias profesiones y colores
sale de Lima una lucida banda,
y en el puerto tendidas por las flores
estaban mesas llenas de vianda
con vinos de odoríferos sabores,
donde luego por una y otra banda
sobre la verde yerba reclinados
gustamos los manjares delicados.
Alegres los estómagos, contentos,
levantados de allí, fuimos traidos
á dó de verdes ramos y ornamentos
estaban los bateles prevenidos;
y al son de varios y altos instrumentos,
de los caros amigos despedidos,
en los ligeros barcos nos metemos,
dando á un tiempo con fuerza al mar los remos.
Los bateles de tierra se alargaban
dejando con penosa envidia á aquellos
que en arenosa playa se quedaban,
sin apartar los ojos jamás dellos.
Sobre diez galeones arribaban
los prestos barcos, y saltando en ellos,
tiempo los marineros no perdieron,
que las velas al viento descogieron.
De estandartes, banderas, gallardetes
estaban las diez naves adornadas;
hiriendo el fresco viento los trinquetes
comienzan á moverse sosegadas:
suenan cañones, sacres, falconetes,
y al doblar de la Isleta embarazadas,
del Austro cargan á babor la escota,
tomando al Sud-Sudueste la derrota.
Las naos por el contrario mar rompiendo
la blanca espuma en torno levantaban,
y á la furia del Austro resistiendo,
por fuerza, á su pesar, tierra ganaban:
pero sobre el Garbino revolviendo,
de la gran cordillera se apartaban;
y de sola una vuelta que viraron
el Guarco, al Est-Nordeste se hallaron.
Mas presto por la popa el Guarco vimos,
con Chinca de otro bordo emparejando;
en alta mar trás estos nos metimos
sobre la Nasca fértil arribando,
y al esforzado Noto resistimos,
su furia y bravas olas contrastando,
no bastando los recios movimientos
de dos tan poderosos elementos.
¿Que haya en Perú no es caso soberano
tanta mudanza en tres leguas de tierra,
que cuando es en los llanos el verano
los montes el lluvioso invierno cierra;
y cuando espesa niebla cubre el llano
en descubierto hiere el sol la sierra,
y por esta razon van mas crecientes
en el verano abajo las vertientes?
De los vientos, el Austro es el que manda,
que deshace los húmidos nublados,
y por todo aquel mar discurre y anda,
del cual son para siempre desterrados:
los otros vientos reinan á la banda
de Atacamá, y allí son libertados,
que bajar al Perú ninguno puede
ni por natural órden se concede.
Pues las naves, del Austro combatidas,
las espumosas olas van cortando,
que de valientes soplos impelidas
rompen la furia en ellas, azotando
las levantadas proas guarnecidas
de p'anchas de metal... Pero mirando
al español del bárbaro vecino,
habré de andar mas presto este camino.
Correré á Villagran, el cual por tierra
tambien en su jornada se apresura,
atravesando la fragosa sierra
que iguala con las nubes su estatura:
diré lo que sucede en esta guerra,
y qué rostro le muestra la Ventura.
Mas, porque todo venga á ser mas claro,
quiero tratar un poco de Lautaro:
Que estaba con su escuadra de guerreros
en el sitio que dije recogido,
y de foso, fagina y de maderos
le habia en breve sazon fortalecido.
Tenia dentro soldados forasteros
que á fama de la guerra habian venido,
reparos, bastimento, y otras cosas
para el tiempo y lugar menesterosas.
Sola una senda este lugar tenia
de espias y centinelas ocupada;
otra, ni rastro alguno no lo habia,
por ser casi la tierra despoblada:
aquella noche el bárbaro dormia
con la bella Guacolda enamorada,
á quien él de encendido amor amaba,
y ella por él no menos se abrasaba,
Estaba el araucano despojado
del vestido de Marte embarazoso,
que aquella sola noche el duro hado
le dió aparejo y gana de reposo:
los ojos le cerró un sueño pesado,
del cual luego despierta congojoso,
y la bella Guacolda sin aliento
la causa le pregunta y sentimiento.
Lautaro le responde: amiga mia,
sabrás que yo soñaba en este instante
que un soberbio español se me ponia
con muestra ferocísima delante,
y con violenta mano me oprimia
la fuerza y corazon, sin ser bastante
de poderme valer; y en aquel punto
me despertó la rabia y pena junto.
Ella en esto soltó la voz turbada,
diciendo: ¡ay, que he soñado tambien cuanto
de mi dicha temí, y es ya llegada
la fin tuya y principio de mi llanto!
Mas no podré ya ser tan desdichada;
ni Fortuna conmigo podrá tanto,
que no corte y ataje con la muerte
el áspero camino de mi suerte.
Trabaje por mostrárseme terrible
y del tálamo alegre derribarme,
que si revuelve y hace lo posible,
de tí no es poderosa de apartarme:
aunque el golpe que espero es insufrible,
podré con otro luego remediarme;
que no caerá tu cuerpo en tierra frio
cuando estará en el suelo muerto el mio.
El hijo de Pillan con lazo estrecho
los brazos por el cuello le ceñia:
de lágrimas bañando el blanco pecho

en nuevo amor ardiendo respondia :
no lo tengais, señora, por tan hecho,
ni turbeis con agüeros mi alegría
y aquel gozoso estado en que me veo,
pues libre en estos brazos os poseo.
Siento el veros así imaginativa,
no porque yo me juzgue peligroso;
mas la llaga de amor está tan viva,
que estoy de lo imposible receloso :
si vos quereis, señora, que yo viva,
¿quién á darme la muerte es poderoso?
mi vida está sujeta á vuestras manos
y no á todo el poder de los humanos.
¿Quién el pueblo araucano ha restaurado
en su reputacion que se perdia,
pues el soberbio cuello no domado
ya doméstico al yugo sometia?
Yo soy quien de los hombros le ha quitado
el español dominio y tiranía :
mi nombre basta solo en esta tierra,
sin levantar la espada á hacer la guerra :
Cuanto mas que teniéndoos á mi lado,
no tengo que temer ni daño espero :
no os dé un sueño, señora, tal cuidado,
pues no os lo puede dar lo verdadero :
que ya á poner estoy acostumbrado
mi fortuna á mayor despeñadero;
en mas peligros que este me he metido;
y dellos con honor siempre he salido.
Ella menos segura y mas llorosa
del cuello de Lautaro se colgaba,
y con piadosos ojos lastimosa
boca con boca así le conjuraba :
si aquella voluntad pura amorosa
que libre os dí cuando mas libre estaba,
y dello el alto cielo es buen testigo,
algo puede, señor, y dulce amigo;
Por ella os juro y por aquel tormento
que sentí cuando vos de mí os partistes,
y por la fe, si no la llevó el viento,
que allí con tantas lágrimas me distes,
que á lo menos me deis este contento,
si alguna vez de mí ya lo tuvistes,
y es, que os vistais las armas prestamente
y al muro asistid con vuestra gente.
El bárbaro responde : harto claro
mi poca estimacion por vos se muestra.
¿En tan flaca opinion está Lautaro,
y en tan poco teneis la fuerte diestra
que por la redencion del pueblo caro
ha dado ya de sí bastante muestra?
¡Buen crédito con vos tengo por cierto,
pues me llorais de miedo ya por muerto!
¡Ay de mí! que de vos yo satisfecha
(dice Guacolda) estoy, mas no segura;
¿ser vuestro brazo fuerte qué aprovecha
si es mas fuerte y mayor mi desventura?
Mas ya que salga cierta mi sospecha,
el mismo amor que os tengo me asegura
que la espada que hará el apartamiento
hará que vaya en vuestro seguimiento.
Pues ya el preciso hado y dura suerte
me amenazan con áspera caida,
y forzoso he de ver un mal tan fuerte,
un mal como es de vos verme partida :
dejadme llorar antes de mi muerte
esto poco que queda de mi vida :
que quien no siente el mal, es argumento
que tuvo con el bien poco contento.
Trás esto tantas lágrimas vertia
que mueve á compasion el contemplalla,
y así el tierno Lautaro no podia
dejar en tal sazon de acompañalla.
Pero ya la turbada pluma mia,
que en las cosas de amor nueva se halla,
confusa, tarda y con temor se mueve,
y á pasar adelante no se atreve.

CANTO XIV.

Llega Francisco de Villagran de noche sobre el fuerte de los enemigos sin ser dellos sentido : da al amanecer súbito en ellos, y a la primera refriega muere Lautaro. Trabase la batalla con harta sangre de una parte y de otro.

¿Cual será aquella lengua desmandada
que á ofender las mujeres ya se atreva,
pues vemos que es pasion averiguada
la que á bajeza tal y error las lleva;
si una bárbara moza no obligada
hace de puro amor tan alta prueba,
con razones y lágrimas, salidas
de las vivas entrañas encendidas?
Que ni la confianza, ni el seguro
de su amigo le daba algun consuelo,
ni el fuerte sitio, ni el fosado muro
le basta asegurar de su recelo :
que el gran temor nacido de amor puro
todo lo allana y pone por el suelo,
solo halla el reparo de su suerte
en el mismo peligro de la muerte.
Así los dos unidos corazones
conformes en amor desconformaban,
y dando dello allí demostraciones,
mas el dulce veneno alimentaban :
los soldados en torno los tizones,
ya de parlar cansados reposaban,
teniendo centinelas, como digo,
y el cerro á las espaldas por abrigo.
Villagran con silencio y paso presto
habia el áspero monte atravesado,
no sin grave trabajo, que sin esto,
hacer mucha labor es escusado!
llegado junto al fuerte, en un buen puesto,
viendo que el cielo estaba aun estrellado,
paró, esperando el claro y nuevo dia
que ya por el oriente descubria.
De ninguno fue visto ni sentido;
la causa era la noche ser escura;
y haber las centinelas desmentido
por parte descuidada por segura :
caballo no relincha, ni hay ruïdo,
que está ya de su parte la Ventura;
esta hace las bestias avisadas,
y á las personas bestias descuidadas.
Cuando ya las tinieblas y aire escuro,
con la esperada luz se adelgazaban,
las centinelas puestas por el muro
al nuevo dia de lejos saludaban
y pensando tener campo seguro
tambien á descansar se retiraban;
quedando mudo el fuerte, y los soldados
en vino y dulce sueño sepultados.
Era llegada al mundo aquella hora
que la escura Tiniebla, no pudiendo
sufrir la clara vista de la Aurora,
se vá en el occidente retrayendo :
cuando la mustia Clicie se mejora
el rostro al rojo oriente revolviendo,
mirando trás las sombras ir la Estrella,
y al rubio Apolo Délfico trás ella.
El español, que vé tiempo oportuno,
se acerca poco á poco mas al fuerte,
sin estorbo de bárbaro ninguno,
que sordos los tenia su triste suerte :
bien descuidado duerme cada uno
de la cercana inexorable muerte;
cierta señal, que cerca della estamos
cuando mas apartados nos juzgamos.
No esperaron los nuestros mas, que en viendo
ser ya tiempo de darles el asalto,

de súbito levantan un estruendo
con soberbio alarido horrendo y alto;
y en tropel ordenado arremetiendo
al fuerte van á dar de sobresalto;
al fuerte, mas de sueño bastecido
que al presente peligro apercebido.

Como los malhechores que en su oficio
jamás pueden hallar parte segura,
por ser la condicion propia del vicio
temer cualquier fortuna y desventura:
que no sienten tan presto algun bullicio
cuando el castigo y mal se les figura,
y corren á las armas y defensa,
segun que cada cual valerse piensa;

Así medio dormidos y despiertos
saltan los araucanos alterados,
y del peligro y sobresalto ciertos,
baten toldos y ranchos levantados:
por verse de corazas descubiertos
no dejan de mostrar pechos airados;



mas con presteza y ánimo seguro
acuden al reparo de su muro.

Sacudiendo el pesado y torpe sueño,
y cobrando la furia acostumbrada,
quién el arco arrebata, quién un leño,
quién del fuego un tizon y quién la espada,
quién aguija al baston de ajeno dueño,
quién por salir mas presto vá sin nada,
pensando averiguarlo desarmados,
si no pueden á puños, á bocados.

Lautaro á la sazon, segun se entiende,
con la gentil Guacolda razonaba;
asegúrala, esfuerza y reprehende
de la desconfianza que mostraba:
ella razon no admite y mas se ofende;
que aquello mayor pena le causaba;
rompiendo el tierno punto en sus amores
el duro son de trompas y atambores.

Mas no salta con tanta ligereza
el mísero avariento enriquecido,
que siempre está pensando en su riqueza,
si siente de ladron algun ruido;
ni madre así acudió con tal presteza
al grito de su hijo muy querido,

temiéndole de alguna bestia fiera,
como Lautaro al son y voz primera.
Revuelto el manto al brazo, en el instante
con un desnudo estoque, y él desnudo
corre á la puerta el bárbaro arrogante,
que armarse á sí tan súbito no pudo.
¡Oh pérfida Fortuna, oh inconstante,
como llevas tu fin por punto crudo;
que el bien de tantos años en un punto
de un golpe lo arrebatas todo junto!
Cuatrocientos amigos comarcanos
por un lado la fuerza acometieron,
que en ayuda y favor de los cristianos
con sus pintados arcos acudieron,
los cuales con violencia y prestas manos
gran número de tiros despidieron:
del toldo el hijo de Pillan salia,
y una flecha á buscarle que venia.
Por el siniestro lado (¡oh dura suerte!)
rompe la cruda punta, y tan derecho,
que pasa el corazon mas bravo y fuerte
que jamás se encerró en humano pecho;
de tal tiro quedó ufana la Muerte
viendo de un solo golpe tan gran hecho;
y, usurpando la gloria al homicida,
se atribuye á la Muerte esta herida.
Tanto rigor la aguda flecha trujo
que al bárbaro tendió sobre la arena,
abriendo puerta á un abundante flujo
de negra sangre por copiosa vena:
del rostro la color se le retrujo,
los ojos tuerce, y con rabiosa pena
la alma, del mortal cuerpo desatada,
bajó furiosa á la infernal morada.
Ganan los nuestros foso y baluarte,
que nadie los impide ni embaraza,
y así por veinte lados la mas parte
pisaba de la fuerza ya la plaza:
los bárbaros con ánimo y sin arte,
sin celada, ni escudo, y sin coraza,
comienzan la batalla peligrosa,
cruda, fiera, reñida y sanguinosa.
En oyendo los indios extranjeros
que con Lautaro estaban recogidos
el súbito rumor salen ligeros,
del miedo y sobresalto apercebidos:
mas oyendo los golpes carniceros,
el ánimo turbado y los sentidos,
con atentas orejas acechaban
á donde con menor rigor sonaban.
Como tímidos gamos, que el ruido
sienten del cazador, y quietamente
altos los cuellos tienden el oido
atento á aquel rumor confusamente;
y el balar de la gama conocido
que apedazan los perros crudamente,
con furioso tropel toman la via
que mas de aquel peligro se desvía;
La baja y vil canalla, acostumbrada
á rendirse al temor de aquella suerte,
por ciega senda, inculta y desusada,
rompe el camino y desampara el fuerte,
acá y allá corriendo derramada;
y era tan grande el miedo de la muerte,
que al mas valiente y bravo se le antoja.
ver un fiero español tras cada hoja,
Pero aquellos que nunca el miedo pudo
hacerlos con peligros de su bando,
poniendo osado pecho por escudo,
están la antigua riña averiguando.
La desnuda cabeza del agudo
cuchillo no se ve estar rehusando,
ni rehusa la espada la siniestra,
ejercitando el uso de la diestra;
Que el jóven Corpillan, no desmayado
porque su espada y mano vino á tierra,
antes en ira súbito abrasado
contra la parte del contrario cierra;
y habiendo ya la espada recobrado,
la diestra, que aun bullendo el puño afierra,
lejos con gran desden y furia lanza,
ofreciendo la izquierda á la venganza.
Flaqueza en Millapol no fue sentida,
viéndose atravesado por la hijada
y la cabeza de un revés hendida,
ni por pasalle el pecho una lanzada;
que de espumosa sangre á la salida
vino la media lanza acompañada,
dejando aquel lugar della vacío,
aunque lleno de rabia, furia y brio:
Que á dos manos la maza aprieta fuerte,
y con furia mayor la gobernaba:
bien se puede llamar de triste suerte
aquel que el fiero bárbaro alcanzaba:
con la rabia postrera de la muerte,
una vez el ferrado leño alzaba;
mas faltóle la vida en aquel punto,
cayendo cuerpo y maza todo junto.
Aunque la muerte en medio del camino
le quebrantó el furor con que venia,
un valiente español á tierra vino
del peso y movimiento que traía:
pero luego fue en pié y con desatino,
hácia el lugar del dañador volvia,
y viendo el cuerpo muerto dar en tierra,
pensando que era vivo con él cierra:
Y encima del cadáver arrojado,
de dar la muerte al muerto deseoso,
recio por uno y por el otro lado,
hiere y ofende el cuerpo sanguinoso:
hasta tanto que ya desalentado
se firma recatado y sospechoso,
y vió á aquel que aferrado así tenia
vueltos los ojos y la cara fria.
Traia la espada en esto Diego Cano
tinta de sangre, y con Picol se junta:
haciendo atrás la rigurosa mano
el pecho le barrena de una punta:
turbado de la muerte el araucano
cayó en tierra, la cara ya difunta,
bascoso revolviéndose en el lodo,
hasta que el alma despidió del todo.
De dos golpes Hernando de Alvarado
dió con el suelto Talco en tierra muerto;
pero fue mal herido por un lado
del gallardo Guacoldo en descubierto:
estuvo el español algo atronado;
mas del atronamiento ya despierto,
corriendo al fuerte bárbaro derecho
la espada le escondió dentro del pecho.
El viejo Villagran con la sangrienta
espada por los bárbaros rompiendo,
mata, hiere, tropella y atormenta,
á tiempo á todas partes revolviendo:
un golpe á Nico en la cabeza asienta,
el cual los turbios ojos revolviendo
á tierra vino muerto; y de otro á Polo
le deja con el brazo izquierdo solo.
Usadas las espadas al acero,
topando la desnuda carne blanda,
ayudadas de un ímpetu ligero
dan con piernas y brazos á la banda:
no rehusa el segundo ser primero,
antes todos siguiendo una demanda,
como olas, que creciendo van, crecian,
y á la muerte animosos se ofrecian.
La gente una con otra así se cierra,
que aun no daban lugar á las espadas:
apenas los mortales van á tierra,
cuando estaban sus plazas ocupadas:

unos por cima de otros se dan guerra
enhiestas las personas y empinadas;
y de modo á las veces se apretaban,
que á meter por la espada se ayudaban.
Las armas con tal rabia y fuerza esgrimen,
que los mas de los golpes son mortales,
y los que no lo son así se imprimen,
que dejan para siempre las señales:
todos al descargar los brazos gimen;
mas salen los efetos desiguales,
que los unos topaban duro acero,
los otros el desnudo y blando cuero,
Como parten la carne en los tajones
con los corvos cuchillos carniceros,
y cual de fuerte hierro los planchones
baten en dura yunque los herreros;
así es la diferencia de los sones
que forman con sus golpes los guerreros,
quién la carne y los huesos quebrantando,
quién templados arneses abollando.
Pues Juan de Villagran firme en la silla
contra Guarcondo á toda furia parte:
y la lanza le echó por la tetilla
con una braza de asta á la otra parte:
el bárbaro, la cara ya amarilla,
se arrima desmayado al baluarte;
dando en el suelo súbita caida,
el alma gomitó por la herida.
Pero Rengo, su hermano, que en el suelo
el cuerpo vió caer descolorido,
cuajósele la sangre, y hecho un hielo;
del súbito dolor perdió el sentido:
mas vuelto en sí se vuelve contra el cielo,
blasfemando el soberbio y descreido;
y el ñudoso baston alzando en alto,
á Juan de Villagran llegó de un salto.
Mas antes Pon con una flecha presta
hirió al caballo en medio de la frente,
empínase el caballo el cuello enhiesta,
al freno y á la espuela inobediente;
y entre los brazos la cabeza puesta,
sacude el lomo y piernas impaciente:
rendido Villagran al duro hado,
desocupó el arzon y ocupo el prado.
Apenas en el suelo habia caido
cuando la presta maza decendía
con una estraña fuerza y un ruido
que rayo ó terremoto parescia;
del golpe el español quedó adormido,
y el bárbaro con otro revolvía,
bajando á la cabeza de manera,
que sesos, ojos y alma le echó fuera.
Y con venganza tal no satisfecho
del caso desastrado del hermano,
antes con nueva rabia y mas despecho,
hiere de tal manera á Diego Cano,
que, la barba inclinada sobre el pecho,
se le cayó la rienda de la mano;
y sin ningun sentido, casi frio,
el caballo lo lleva á su albedrío.
En medio de la turba embravecido
esgrime en torno la ferrada maza:
á cuál deja contrecho, á cuál tullido,
cuál el pescuezo del caballo abraza;
quién se tiende en las ancas aturdido,
quién, forzado, el arzon desembaraza;
que todo á su pujanza y furia insana
se le bate, derriba y se le allana.
Por partes mas de diez le iba manando
la sangre, de la cual cubierto andaba;
pero no desfallece, antes bramando,
con mas fuerza y rigor los golpes daba:
ligero corre; acá y allá saltando
arneses y celadas abollaba;
hunde las altas crestas, rompe sesos,
muele los nervios, carne y duros huesos.
En esto un gran rumor iba creciendo
de espadas, lanzas, grita y vocería,
al cual confusamente, no sabiendo
la causa mucha gente allí acudia:
y era un gallardo mozo que esgrimiendo
un fornido cuchillo, discurria
por medio de las bárbaras espadas,
haciendo en armas cosas estremadas.
Venia el valiente mozo belicoso
de una furia diabólica movido,
el rostro fiero, súcio y polvoroso,
lleno de sangre y de sudor teñido.
Como el potente Marte sanguinoso,
cuando de furor bélico encendido,
bate el ferrado escudo de Vulcano,
blandiendo la asta en la derecha mano.
Con un diestro y prestísimo gobierno
el pesado cuchillo rodeaba,
y á Cron, como si fuera junco tierno,
en dos partes de un golpe lo tajaba:
tras este al diestro Pon envia al infierno,
y tras de Pon á Lauco despachaba:
no hallando defensa en armadura,
descuartiza, desmiembra y desfigura.
Llamábase este Andrea, que en grandeza
y proporcion de cuerpo era gigante;
de estirpe humilde, y su naturaleza
era arriba de Génova al levante:
pues con aquella fuerza y ligereza
á los robustos miembros semejante,
el gran cuchillo esgrime de tal suerte,
que á todos los que alcanza da la muerte.
De un tiro á Guaticol por la cintura
le divide en dos trozos en la arena,
y de otro al desdichado Quilacura
limpio el derecho muslo le cercena:
pues de golpes así de esta hechura
la gran plaza de muertos deja llena,
que su espada á ninguno allí perdona,
y unos cuerpos sobre otros amontona.
A Colca de los hombros arrebata
la cabeza de un tajo, y luego tiende
la espada hácia Mau'en, Señor de Itáta,
y de alto á bajo de un revés le hiende:
lanzas, hachas y mazas desbarata,
que todo el pueblo bárbaro le ofende,
llevando muchos tiros enclavados
en los pechos, espaldas y en los lados.
Como la osa valiente perseguida,
cuando la van monteros dando caza,
que con rabia y dolor de la herida
los ñudosos venablos despedaza:
y furiosa, impaciente, embravecida,
la senda y callejon desembaraza,
que los heridos perros lastimados
le dan ancho lugar escarmentados;
De la misma manera el fiero Andrea,
cercado de los bárbaros venia,
pero de tal manera se rodea,
que gran camino con la espada abria:
crece el hervor, la grita y la pelea
tanto que la mas gente allí acudia.
He aquí á Rengo tambien ensangrentado
que llega á la sazon por aquel lado:
Y como dos mastines rodeados
de gozques importunos, que en llegando
á verse, con los cerros erizados
se van el uno al otro regañando:
así los dos guerreros señalados,
las inhumanas armas levantando,
se vienen á herir... Pero el combate
quiero que al otro canto se dilate.

CANTO XV.

En este quinceno y último canto se acaba la batalla, en la cual fueron muertos todos los araucanos sin querer ninguno dellos rendirse. Y se cuenta la navegacion que las naos del Perú hicieron hasta llegar á Chile; y la grande tormenta que entre el rio de Maule y el puerto de la Concepcion pasaron.

¿Qué cosa puede haber sin amor buena?
¿qué verso sin amor dará contento?
¿dónde jamás se ha visto rica vena
que no tenga de amor el nacimiento?
No se puede llamar materia llena
la que de amor no tiene el fundamento:
los contentos, los gustos, los cuidados,
son, si no son de amor, como pintados.

Amor de un juicio rústico y grosero
rompe la dura y áspera corteza;
produce ingenio y gusto verdadero,
y pone cualquier cosa en mas fineza:
Dante, Ariosto, Petrarca y el Ibero (1),
amor los trujo á tanta delgadeza:
que la lengua mas rica y mas copiosa,
si no trata de amor es desgustosa.

Pues yo, de amor desnudo y ornamento,
con un inculto ingenio y rudo estilo,
¿cómo he tenido tanto atrevimiento,
que me ponga al rigor del crudo filo?
Pero mi celo bueno y sano intento
esto me hace á mí añudar el hilo
que ya con el temor cortado habia,
pensando remediar esta osadía.

Quíselo aquí dejar, considerado
ser escritura larga y trabajosa,
por ir á la verdad tan arrimado
y haber de tratar siempre de una cosa:
que no hay tan dulce estilo y delicado,
ni pluma tan cortada y sonorosa,
que en un largo discurso no se estrague,
ni gusto que un manjar no lo empalague.

Que si á mi discrecion dado me fuera
salir al campo y escoger las flores,
quizá el cansado gusto removiera
la usada variedad de los sabores:
pues como otros han hecho, yo pudiera
entretejer mil fábulas y amores;
mas, ya que tan adentro estoy metido,
habré de proseguir lo prometido.

Al lombardo dejé y al araucano
donde la guerra andaba mas trabada,
que vienen á juntarse mano á mano,
la espada alta y la maza levantada:
de malla está cubierto el italiano,
el indio la persona desarmada,
y así como mas suelto y mas ligero,
en descargar el golpe fue el primero.

El membrudo italiano, como vido
la maza y el rigor con que bajaba,
alzó el escudo en alto y recogido
debajo del, el golpe reparaba:
por medio el fuerte escudo fue rompido,
y en modo la cabeza le cargaba,
que batiendo los dientes vió en el suelo
las estrellas mas mínimas del cielo.

El brazo descargó, que alto tenia,
sobre el valiente bárbaro el lombardo,
pensando que dos piezas le haria
segun era del ánimo gallardo:
pero Rengo, que punto no perdia,
como una onza ligera y suelto pardo
un presto salto dió á la diestra mano,
de suerte que el cuchillo bajó en vano.

Tras esto el diestro bárbaro rodea
la poderosa maza, de manera
que á acertarle de lleno, no al Andrea,
pero un duro peñasco deshiciera.
Igual andaba entre ellos la pelea,
aunque temo yo á Rengo á la primera
vez que el cuchillo baje, si le halla,
que habrá fin con su muerte la batalla.

Mas con destreza y gran reportamiento,
desnudo de armas y de esfuerzo armado,
entra, sale y revuelve como el viento,
que en maña y ligereza era estremado:
hace siempre su golpe, y al momento
le halla el enemigo así apartado,
que aunque el cuchillo de dos brazas fuera
alcanzar á herirle no pudiera.

Mil golpes por el aire arroja en vano
el furioso italiano embravecido,
viendo cómo desnudo un araucano
y él armado, le tiene en tal partido:
la izquierda junta á la derecha mano,
y apretando la espada, de corrido
al bárbaro arremete, altos los brazos,
pensando dividirle en dos pedazos.

El araucano con mañoso brio,
baja la maza, firme lo esperaba,
mas el cuerpo hurtó con un desvio
al tiempo que el cuchillo derribaba:
así que el brazo y golpe dió en vacío,
y de la fuerza inmensa que llevaba,
el gran cuchillo sustentar no pudo,
quedando allí con solo medio escudo.

Pues como tal lo vió, suelta la maza,
cerrando el presto bárbaro de hecho,
y cuerpo á cuerpo así con él se abraza,
que le imprime las mallas en el pecho;
no por esto el lombardo se embaraza,
mas piensa dél así haber mas derecho,
y con brazos durísimos lo aferra,
creyendo levantarlo de la tierra.

Lo que el valiente Alcides hizo á Anteo
quiso el nuestro hacer del araucano;
mas no salió fortuna á su deseo,
y así el deseado efeto salió en vano:
que el esforzado Rengo de un rodeo
lo lleva largo trecho por el llano,
sobre los cuerpos muertos tropezando,
siempre con mas furor sobre él cargando.

Andrea de empacho, ardiendo en rabia viva
sintiéndose de un hombre así apurado,
firme en el suelo con los piés estriba,
cobrando esfuerzo del honor sacado,
y de manera sobre Rengo arriba
que de tierra lo lleva levantado,
que era de fuerza grande y de gran prueba,
bastante á comportar la carga nueva.

Yo ví entre muchos jóvenes valientes
sobre pruebas de fuerza porfiando,
trabar él una cuerda con los dientes,
asiendo cuatro de ella, y estribando
todos á un tiempo á partes diferentes,
á su pesar llevarlos arrastrando;
y de solo los dientes se valía,
que las manos atrás presas tenia.

Y con facilidad y poca pena,
la mayor bota ó pipa que hallaba,
capaz de veinte arrobas, de agua llena,
de tierra un codo y mas la levantaba;
y suspendida sin verter, serena,
la sed por largo espacio mitigaba,
bajándola despues al suelo llano
como si fuera un cántaro liviano.

Aconteció otras veces barqueando
rios en esta tierra caudalosos,
ir la corriente el ímpetu esforzando,
á desbravar en riscos peñascosos:
arrebatando el barco, no bastando
la fuerza de los remos presurosos,

(1) Garcilaso.



y él, cubierto de malla como estaba,
luego animoso al agua se arrojaba;
Y una cuerda en la boca, revolviendo
al furioso raudal el duro pecho,
los piés y fuertes brazos sacudiendo,
rompia por la canal casi derecho
remolcando la barca, y, resistiendo
el ímpetu del agua, del estrecho
la sacaba á la orilla en salvamento,
haciendo otras mil cosas que no cuento.
A Rengo aquí tambien sobrepujaba,
que no fue de su fuerza menor prueba;
pero Rengo que en ira se abrasaba,
viendo que sin firmarse alto lo lleva,
hizo por fuerza pié y sobre él tornaba,
sacando la vergüenza fuerza nueva;
pero al cabo los dos se desasieron,
y otra vez á las armas acudieron:
Y comienzan de nuevo el fiero asalto
como si descansaran todo el dia,
ora presto por bajo, ora por alto,
sin miedo el uno al otro acometía:
Rengo, que de armadura estaba falto,
con tal destreza y maña se regía,
que sostiene en un peso aquella guerra,
no perdiendo una mínima de tierra.
Con presteza una vez tal golpe asienta
al valiente cristiano por un lado,
que toda la persona le atormenta,
segun que fue de fuerza muy cargado:
otro redobla, y otro, y á mi cuenta
al cuarto, que bajaba mas pesado,
el astuto italiano se desvía,
y de una punta al bárbaro hería.
La espada le atraviesa el brazo fuerte
abriéndole en el lado una herida;
mas fue tal su ventura y diestra suerte
que no le privó el golpe de la vida:
el bárbaro en ponzoña se convierte,
y con braveza fuera de medida,
con el fiero enemigo fue en un punto,
descargando la maza todo junto.
El italiano en alto el medio escudo
alzó por recoger el golpe estraño;
pero del todo resistir no pudo,
aunque se reparó parte del daño:
batióle la cabeza el golpe crudo,
y cual si el morrion fuera de estaño,
y no de fuerte pasta bien templado,
así de aquella vez quedó abollado.
Dos ó tres pasos dió desvanecido
del golpe el italiano, vacilando,
perdida la memoria y el sentido,
y anduvo por caer titubeando:
la sangre por el uno y otro oido
le reventó en gran flujo, como cuando
revienta de abundancia alguna fuente,
y en pié se tuvo bien dificilmente.
Pero vuelto en su acuerdo, que se mira
lleno de sangre y puesto en tal estado,
mas furioso que nunca, ardiendo en ira
de verse así de un bárbaro tratado,
el brazo con el pié diestro retira
para tomar mas fuerza, y el pesado
cuchillo derribó con tal ruido
que rebocó en los montes del sonido.
Rengo, que el gran cuchillo bajar siente
y el ímpetu y furor con que venía,
cruzando la alta maza osadamente
al reparo debajo se metia:

no fue la asta defensa suficiente
por mas barras de acero que tenia,
que á tierra vino della una gran pieza,
y el furioso cuchillo á la cabeza.
Fue este golpe terrible y peligroso,
por do una roja fuente manó luego,
y anduvo por caer Rengo dudoso,
atónito y de sangre casi ciego:
el italiano allí no perezoso,
viendo que no era tiempo de sosiego,
baja otra vez el gran cuchillo agudo
con todo aquel vigor que dalle pudo.
En medio de la frente en descubierto
hiere al turbado Rengo el italiano,
y hubiérale de arriba abajo abierto,
si no torciera al descargar la mano:
el golpe fue de llano, y como muerto,
vino al suelo tendido el araucano;
y el cuchillo del golpe atormentado
por tres ó cuatro partes fue quebrado.
Crino, que volvió el rostro al gran ruido
del poderoso golpe y la caida,



viendo al valiente Rengo así tendido,
pensó que era pasado de esta vida:
y, de amistad y deudo conmovido,
la espada de su propio amo homicida,
que en Penco Tucapel ganado habia,
en venganza del bárbaro esgrimia.
Pasa al Andrea de un golpe el estofado,
no reparando en él la cruda espada,
que, rompiendo la malla por el lado,
le penetró hasta el hueso la estocada
vuelve con un mandoble, y recatado
Andrea viendo venir la cuchillada,
fue tan presto con él por resistirle,
que no le dejó tiempo de herirle.
Sin darle mas lugar con él se aferra,
donde en satisfaccion de la herida,
alzándole bien alto de la tierra,
de espaldas le tendió con gran caida;
y por dar presto fin á aquella guerra
la espada le quitó y luego la vida;

metiéndose tras esto por la parte
que andaba mas sangriento el fiero Marte.
Hiende por do el monton ve mas estrecho;
triste de aquel que allí con él se junta;
uno parte al través, otro al derecho,
otro al sesgo, otro ensarta de una punta;
otros que tiende, aun no bien satisfecho,
á coces los quebranta y descoyunta:
brazos, cabezas por el aire avienta
sin término, sin número, ni cuenta.
El buen Lasarte con la diestra airada
en medio del furor se desenvuelve,
pasa el pecho á Talcuen de una estocada,
y sobre Titaguan furioso vuelve:
abrióle la cabeza desarmada;
mas el rabioso bárbaro revuelve,
y antes que la alma diese le da un tajo,
que se tuvo al arzon con gran trabajo.
Pacheco á Norpa abrió por el costado,
y á Longoval derriba tras él muerto:
pues Juan Gomez tambien por aquel lado,
de fresca sangre bárbara cubierto,
habia de un golpe á Colca derribado
y á Calvo el desarmado vientre abierto:
el bárbaro mortal, la color vuelta,
dió en el postrer suspiro la alma envuelta.
Gabriel de Villagran no estaba ocioso,
que á Cinga y á Pilolco habia tendido,
y andaba revolviéndose animoso
entre los hierros bárbaros metido.
El rumor de las armas sonoroso,
los varios apellidos y el ruido,
á las aves confusas y turbadas
hacen estar mirándolos paradas.
Crece la rabia y el furor se enciende,
la gente por juntarse se apiñaba,
que ya ninguno mas lugar pretende
del que para morir en pié bastaba:
quién corta, quién barrena, rompe, hiende;
y era el estrecho tal y priesa brava,
que sin caer los muertos de apretados,
quedaban á los vivos arrimados.
La soberbia, furor, desden, denuedo,
la prisa de los golpes y dureza,
figurarla del todo aquí no puedo,
ni la pluma llevar con tal presteza:
de la muerte ninguno tiene miedo,
antes si vuelve el rostro mas tristeza
mostraban, porque claro conocian
que vencidos quedaban si vivian.
Mas aunque de vivir desconfiaban,
perdida de vencer ya la esperanza,
el punto de la muerte dilataban
por morir con alguna mas venganza:
y no por esto el paso retiraban,
ni el pecho rehusaban de la lanza,
si por mover un paso, como digo,
dejasen de ofender al enemigo.
Cuatro aquí, seis allí, por todos lados
vienen sin detenerse á tierra muertos,
unos de mil heridas desangrados,
de la cabeza al pecho otros abiertos,
otros por las espaldas y costados
los bravos corazones descubiertos,
así dentro en los pechos palpitaban,
que bien el gran coraje declaraban.
Quién en sus mismas tripas tropezando
al odioso enemigo arremetia,
quién por veinte heridas resollando
las cubiertas entrañas descubría:
allí se vió la vida estar dudando
por qué puerta de súbito saldria;
al fin salia por todas, y á un momento
faltaba fuerza, vida, sangre, aliento.
Ya pues no estaba en pié la octava parte
de los bárbaros, muertos, no rendidos.
Villagran, que miraba esto de aparte,
viendo los que quedaban tan heridos,
les envió dos indios de su parte
á decir que se entreguen por vencidos
sometiéndose al yugo y obediencia,
y que usará con ellos de clemencia.
Todos los españoles retrujeron
las espadas y el paso en el momento,
y los dos mensajeros propusieron
el pacto, condicion y ofrecimiento:
pero los araucanos, cuando oyeron
aquel partido infame, el corrimiento
fue tanto y su coraje, que respuesta
no dieron á la plática propuesta.
Los ojos contra el cielo vueltos braman,
¡morir! ¡morir! no dicen otra cosa,
morir quieren, y así la muerte llaman
gritando, ¡afuera vida vergonzosa!
Esta fue su respuesta y esto claman;
y á dar fin á la guerra sanguinosa
se disponen con ánimo y braveza,
sacando nuevas fuerzas de flaqueza.
Espaldas con espaldas se juntaban,
algunos de rodillas combatiendo,
que las tullidas piernas les faltaban,
sostenerse sobre ellas no pudiendo:
y aun así las espadas rodeaban;
otros, que ya en el suelo retorciendo
se andaban, por dañar lo que podian
á los contrarios piés se revolvian.
Viéranse vivos cuerpos desmembrados
con la furiosa muerte porfiando,
en el lodo y sangraza derribados,
que rabiosos se andaban revolcando:
de la suerte que vemos los pescados
cuando se va algun lago desaguando,
que entre dos elementos se estremecen,
y en ellos revolcándose perecen.
Si el crudo Sila, si Neron sangriento,
(por mas sed que de sangre ellos mostraran)
della vieran aquí el derramamiento,
yo tengo para mí que se hartaran,
pues con mayor rigor, á su contento
en viva sangre humana se bañaran,
que en Campo Marcio Sila carnicero,
y en el foro de Roma el bestial Nero.
Quedaron por igual todos tendidos
aquellos que rendir no se quisieron,
que ya al fin de la vida conducidos
á la forzosa muerte se rindieron:
los lasos españoles mal heridos
de la cercada plaza se salieron,
de armas y cuerpos bárbaros tan llena;
que sobre ellos andaban á gran pena.
Ningun bárbaro en pié quedó en el fuerte,
ni brazo que mover pudiese espada;
solo Mallen, que el punto de la muerte
le dió de vivir gana acelerada:
y rendido al temor y baja suerte,
viéndose de una fiera cuchillada
en el siniestro brazo malherido,
detrás de un paredon se habia escondido.
No sintiendo el rumor que antes se oía,
que en torno retumbaba todo el llano,
que, como dije, ya la muerte habia
puesto silencio con airada mano;
dejó aquel paredon, y á ver salia
si hallaba por allí algun araucano
á quien se encomendar que le salvase,
y la sensible llaga le apretase.
Mas cuando vió la plaza cual estaba,
y en sus amigos tal carnicería,
que aunque la muerte los desfiguraba,
la envidia conocidos los hacia;

con ira vergonzosa presentaba
la espada al corazon, y así decia:
¡cómo! ¿yo solo quedo por testigo
de la muerte y valor de tanto amigo?

Cobarde corazon, por cierto indino
de algun golpe de espada valerosa,
pues fue por eleccion y no destino
perder una sazon tan venturosa:
tú me apartaste ¡oh flaco! del camino
de un eterno vivir, y á vergonzosa
muerte he venido ya con mengua tuya,
por mas que la mi diestra lo rehuya.

Si á mi sangre con esta del estado
mezclarse aquí le fuere concedido,
viendo mi cuerpo entre estos arrojado,
aunque de brazo débil ofendido,
quizá seré en el número contado
de los que así su patria han defendido:
mas ¡ay triste de mí! que en la herida
será mi flaca mano conocida.

¿Qué indicios bastarán, qué recompensa,
que enmienda puedo dar de parte mia,
que yo satisfacer pueda á la ofensa
hecha á mi honor y patria y compañía?
yo turbo el claro honor y fama inmensa
de tantos, pues podrán decir que habia
entre ellos quien de miedo, bajamente,
del enemigo apenas vió la frente.

¿Por qué al temor doy fuerzas dilatando
con prolijas razones mi jornada?
Arrepentirme ¿qué aprovecha cuando
ya el arrepentimiento vale nada?
Aquí cerró la voz, y no dudando
entrega el cuello á la homicida espada:
corriendo con presteza el crudo filo,
sin sazon de la vida cortó el hilo.

Cese el furor del fiero Marte airado,
y descansen un poco las espadas,
entre tanto que vuelvo al comenzado
camino de las naves derramadas:
que contra el recio Noto porfiado,
de Neptuno las olas levantadas,
proejando por fuerza iban rompiendo,
del viento y agua el ímpetu venciendo.

Por entre aquellas islas navegaron,
llamadas Sangallás antiguamente,
y las otras ignotas se dejaron
á la diestra de parte del Poniente,
á Chule á la siniestra, y arribaron
en Arica, y despues difícilmente
vimos á Copiapó, valle primero
del distrito de Chile verdadero.

Allí con libertad soplan los vientos,
de sus cavernas cóncavas saliendo,
y furiosos, indómitos, violentos,
todo aquel ancho mar van discurriendo:
rompiendo la prision y mandamientos
de Eolo su rey, el cual temiendo
que el mundo no arruinen, los encierra
echándoles encima una gran sierra.

No con esto su furia corregida,
viéndose en sus cavernas apremiados,
buscan con gran estruendo la salida
por los huecos y cóncavos cerrados:
y así la firme tierra removida
tiembla, y hay terremotos tan usados,
derribando en los pueblos y montañas
hombres, ganados, casas y cabañas.

Menguan allí las aguas, crece el dia
al revés de la Europa, porque es cuando
el sol del Equinoccio se desvía,
y al Capricornio mas se va acercando,
pues desde allí las naves, que á porfía
corren, y al mar al Austro contrastando,
de Boreas ayudadas luego fueron,
y en el puerto Coquímbico surgieron.

Apenas en la deseada arena,
salidos de las naos el pié firmamos,
cuando el prolijo mar, peligro y pena
de tan largos caminos olvidamos:
y á la nueva ciudad de la Serena,
que es dos leguas del puerto, caminamos
en lozanos caballos guarnecidos,
al esperado tiempo prevenidos:

En donde un caricioso acogimiento
á todos nos hicieron y hospedaje,
estimando con grato cumplimiento
el socorro y larguísimo viaje:
y de dulce refresco y bastimento
al punto se aprestó el matalotaje,
con que se reparó la hambrienta armada,
del largo navegar necesitada.

A la gente y caballos aguardaban,
que por áspera tierra y despoblados
rompiendo con esfuerzo caminaban,
de hambres y trabajos fatigados:
pero á cualquier fortuna contrastaban,
y desde poco á la ciudad llegados,
un mes en mucho vicio reposaron
hasta que los caballos reformaron.

Al fin del cual, sin esperar la flota,
reparados del áspero camino,
toman de su demanda la derrota,
llevando á la derecha el mar vecino:
pasan la fértil Ligua, y á Quillota
la dejaron á un lado, que convino
entrar en Mapochó, que es do pararon
las reliquias de Penco que escaparon.

El sol del comun Géminis salia
trayendo nuevo tiempo á los mortales,
y del Solsticio por Zenit heria
las partes y region septentrionales,
cuando es mayor la sombra al Mediodía
por este apartamiento en las Australes,
y los vientos en mas libre ejercicio
soplan con gran rigor del Austral quicio.

Nosotros, sin temor de los airados
vientos, que entonces con mayor licencia
andan en esta parte derramados
mostrando mas entera su violencia,
á las usadas naves retirados
con un alegre alarde y apariencia
las aferradas áncoras alzamos,
y al Noroeste las velas entregamos.

La mar era bonanza, el tiempo bueno,
el viento largo, fresco y favorable,
desocupado el cielo y muy sereno,
con muestra y parecer de ser durable:
seis dias fuimos así; pero al seteno,
fortuna, que en el bien jamás fue estable,
turbó el cielo de nubes, mudó el viento,
revolviendo la mar desde el asiento.

Bóreas furioso aquí tomó la mano
con presurosos soplos esforzados,
y súbito en el mar tranquilo y llano
se alzaron grandes montes y collados:
los españoles, que el furor insano
vieron del agua y viento, atribulados,
tomaran por partido estar en tierra,
aunque del todo hubiera fin la guerra.

De mi nave podré solo dar cuenta,
que era la capitana de la armada,
que arrojada de la áspera tormenta
andaba sin gobierno derramada:
pero ¿quién será aquel que en tal afrenta
estará tan en sí que falte en nada?
que el general temor apoderado
no me dejó aun para esto reservado.

Con tal furia á la nave el viento asalta,
y fue tan recio y presto el terremoto,

que la cogió la vela mayor alta,
y estaba en punto el mástil de ser roto:
mas viendo el tiempo así turbado, salta
diciendo á grandes voces el piloto:
¡larga la triza en banda! ¡larga! ¡larga!
larga presto ¡hay de mí! ¡que el viento carga!
La braveza del mar, el recio viento,
el clamor, alboroto, las promesas,
el cerrarse la noche en un momento
de negras nubes lóbregas y espesas;
los truenos, los relámpagos sin cuento,
las voces de pilotos y las priesas,
hacen un son tan triste y armonía,
que parece que el mundo perecia.
¡Amaina! ¡amaina! gritan marineros,
¡amaina la mayor! ¡iza trinquete!
esfuerzan esta voz los pasajeros,
y á la triza un gran número arremete:
los otros de tropel corren ligeros
á la escota, á la braza, al chafaldete;
mas del viento la fuerza era tan brava,
que ningun aparejo gobernaba.
Abrese el cielo, el mar brama alterado,
gime el soberbio viento embravecido;
en esto un monte de agua levantado
sobre las nubes con un gran ruido
embistió el galeon por un costado,
llevándolo un gran rato sumergido,
y la gente tragó del temor fuerte
á vueltas de agua la esperada muerte.
Mas quiso Dios que de la suerte como
la gran ballena, el cuerpo sacudiendo
rompe con el furioso hocico romo,
de las olas el ímpetu venciendo,
descubre y saca el espacioso lomo,
en anchos cercos la agua revolviendo;
asi debajo el mar salió el navío,
vertiendo á cada banda un grueso rio.
El proceloso Bóreas mas crecido
la mar hasta los cielos levantaba,
y aunque era un mangle el mástil muy fornido
sobre la proa la alta gabia estaba:
la gente con gran fuerza y alarido,
en amainar la vela porfiaba,
que en forma de arco al mástil oprimia,
y así la racamenta no corria.
Eolo, ó ya fue acaso, ó se doliendo
del afligido pueblo castellano,
iba al valiente Bóreas recogiendo,
queriendo él encerrarle por su mano;
y abriendo la caverna, no advirtiendo
al Céfiro que estaba mas cercano,
rotas ya las cadenas á la puerta
salió bramando al mar, viéndola abierta.
Y con violento soplo, arrebatando
cuantas nubes halló por el camino,
se arroja al levantado mar, cerrando
mas la noche con negro torbellino:
y las valientes olas reparando,
que del furioso Cierzo repentino
iban la via siguiendo, las airaba,
y el removido mar mas alteraba
Súbito la borrasca y travesia,
y un turbion de granizo sacudieron
por un lado á la nao, y así pendia,
que al mar las altas gabias descendieron.
Fue la furia tan presta, que aun no habia
amainado la gente; y cuando vieron
los pilotos la costa y viento airado,
rindieron la esperanza al duro Hado.
La nao, del mar y viento contrastada,
andaba con la quilla descubierta,
ya sobre sierras de agua levantada,
ya debajo del mar toda cubierta:
vino en esto de viento una grupada,
que abrió á la agua furiosa una ancha puerta,
rompiendo del trinquete la una escota,
y la mura mayor fue casi rota.
Alzóse un alarido entre la gente,
pensando haber del todo zozobrado,
miran al gran piloto atentamente,
que no sabe mandar de atribulado:
unos dicen ¡zaborda! otros ¡detente;
cierra el timon en banda! y cual turbado
buscaba escotillon, tabla ó madero,
para tentar el medio postrimero.
Crece el miedo, el clamor se multiplica,
uno dice ¡á la mar! otro ¡arribemos!
otro da grita ¡amaina! otro replica
¡á orza, no amainar, que nos perdemos!
otro dice ¡herramientas, pica, pica,
mástiles y obras muertas derribemos!
atónita de acá y de allá la gente,
corre en monton confuso diligente.
Las gúmenas y jarcias rechinaban
del turbulento Céfiro estiradas,
y las hinchadas olas rebramaban
en las vecinas rocas quebrantadas
que la escura tiniebla penetraban,
y cerrazon de nubes intrincadas;
y asi en las peñas ásperas batian,
que blancas hasta el cielo resurtian.
Travesía era el viento, y por vecina
la brava costa de arrecifes llena,
que del grande reflujo en la marina
hervia la agua mezclada con la arena:
rota la escota, larga la bolina,
suelto el trinquete, sin calar la entena,
y la poca esperanza quebrantada
por el furioso viento arrebatada.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

SEGUNDA PARTE.

PRÓLOGO DEL AUTOR.

Por haber prometido de proseguir esta historia, no con poca dificultad y pesadumbre la he continuado; y aunque esta segunda parte de la Araucana no muestre el trabajo que me cuesta, todavia quien la leyere podrá considerar el que se habrá pasado en escribir dos libros de materia tan áspera y de poca variedad, pues desde el principio hasta el fin no contiene sino una misma cosa; y haber de caminar siempre por el rigor de una verdad y camino tan desierto y estéril, paréceme que no habrá gusto que no se canse de seguirme. Así, temeroso desto, quisiera mil veces mezclar algunas cosas diferentes; pero acordé de no mudar estilo, porque lo que digo se me tomase en descuento de las faltas que el libro lleva, autorizándole con escribir en él el alto principio que el rey nuestro señor dió á sus obras con el asalto y entrada de San Quintin, por habernos dado otro aquel mismo dia los araucanos en el fuerte de la Concepcion. Asimismo trato el rompimiento de la batalla naval que el Señor don Juan de Austria venció en Lepanto. Y no es poco atrevimiento querer poner dos cosas tan grandes en lugar tan humilde, pero todo lo merecen los araucanos, pues ha mas de treinta años que sustentan su opinion, sin jamás habérseles caido las armas de las manos, no defendiendo grandes ciudades y riquezas, pues de su voluntad ellos mismos han abrasado las casas y haciendas que tenian, por no dejar que gozar al enemigo; mas solo defienden unos terrones secos (aunque muchas veces humedecidos con nuestra sangre) y campos incultos y pedregosos. Y siempre permaneciendo en su firme prósito y entereza, dan materia larga y campo abierto á los escritores. Yo dejo mucho, y aun lo mas principal, por escribir para el que quisiere tomar trabajo de hacerlo; que el mio le doy por bien empleado, si se recibe con la voluntad que á todos le ofrezco.

CANTO XVI.

En este canto se acaba la tormenta. Contiénese la enlsada de los españoles en el puerto de la Concepcion é isla de Talcaguano: el consejo general que los indios en el valle de Ongolmo tuvieron: la diferencia que entre Peteguelen y Tucapel hubo, asimismo el acuerdo que sobre ella se tomó.

Salga mi trabajada voz, y rompa
el son confuso y mísero lamento
con eficacia y fuerza que interrompa
el celeste y terrible movimiento.
La Fama con sonora y clara trompa,
dando mas furia á mi cansado aliento,
derrame en todo el orbe de la tierra
las armas, el furor y nueva guerra.

Dadme ¡oh sacro Señor! favor, pues creo
que es lo que solo puede remediarme,
que en tan grande peligro ya no veo
sino vuestra fortuna en que salvarme:
mirad donde me ha puesto el buen deseo,
favoreced mi voz con escucharme,
que luego el bravo mar viéndoos atento
aplacará su furia y movimiento.

Y á vuestra nave, el rostro revolviendo,
la socorred en esto grande aprieto,
que, si decirse es lícito, yo entiendo
que á vuestra voluntad todo es sujeto;
aunque el soberbio mar, contraviniendo
de los hados al áspero decreto,
arrancando las peñas de su suelo
mezcle sus altas olas con el cielo.

Espero que la rota nave mia
ha de arribar al puerto deseado,
venciendo el odio y contumaz porfía
del contrapuesto mar y viento airado:
que procuran así impedir la via
y diferir el término llegado
en que la antigua causa tan reñida
por vuestra parte habia de ser vencida.

Los cuatro poderosos elementos,
contra la flaca nave conjurados,
traspasando sus términos y asientos,
iban del todo ya desordenados,
indómitos, airados y violentos,
removidos, revueltos y mezclados,
en su antigua discordia y fuerza entera,
como en el caos y confusion primera.

Pues de tantos contrarios combatida
la fatigada nave proejando
iba casi de un lado sumergida,
las poderosas olas contrastando;
mas ya al furioso viento y mar rendida,
sin poder resistir, se vá acercando
á los yertos peñascos levantados,
de las violentas olas azotados.

Con la congoja del morir presente,
las voces y las lástimas crecian,
que llevadas del Céfiro inclemente
lejos las rocas cóncavas herian:
pilotos, marineros y la gente,
como locos, sin órden discurrian:
unos dicen: ¡alarga! y otros ¡iza!
quién por ir á la escota vá á la triza.

El uno con el otro se atraviesa,
y á sí turbado del temor se impide;
quién á públicas voces se confiesa,
y á Dios perdon de sus errores pide:
quién hace voto espreso, quién promesa,
quién de la ausente madre se despide,
haciendo el gran temor siempre mayores
los lamentos, plegarias y clamores.

Por otra parte el cielo riguroso
del todo parecia venir al suelo,
y el levantado mar tempestuoso
con soberbia hinchazon subir al cielo.
¡Qué es esto, eterno Padre poderoso!
¿tanto importa anegar un navichuelo,
que el mar, el viento y cielo de tal modo
pongan su fuerza estrema y poder todo?

No la barca de Amiclas asaltada
fue del viento y del mar con tal porfía,
que aunque de leños frágiles armada,
el peso y ser del mundo sostenia:
ni la nave de Ulises, ni la armada
que de Troya escapó el último dia
vieron con tal furor el viento airado,
ni el removido mar tan levantado.

La confianza y ánimo mas fuerte
al temor se entregaban importuno,
que la espantosa imágen de la muerte

se le imprimió en el rostro á cada uno:
del todo ya rendidos á su suerte,
sin esperanza de remedio alguno,
el gobierno dejaban á los hados
corriendo acá y allá desatinados;
Cuando un golpe de mar incontrastable,
bramando, en un turbion de viento envuelto,
rompió de la gran mura un grueso cable,
cubriendo el galeon ya todo vuelto.
Pero aquí sucedió un caso notable,
y fue, que el puño del trinquete suelto
trabó del gran vaiven á la pasada
el un diente de la áncora amarrada.
Y cual si fuera estaca mal asida
la arranca de su asiento y la arrebata,
y acá y allá del viento sacudida
todo lo abate, rompe y desbarata:
mas Dios, que de los suyos no se olvida,
(aunque á las veces su favor dilata)
hizo que en el bauprés dichosamente
el áncora aferrase el corvo diente.
La vela se fijó, y en el momento
la nave gobernó rumbo derecho,
y á despecho del mar y recio viento,
botando á orza el timon, salió al levecho:
fue tanto nuestro súbito contento,
que el temeroso inadvertido pecho
pudo sufrir difícilmente á un punto
el estremo de pena y gozo junto.
Luego, pues, que la súbita alegría
lanzó fuera al temor desconfiado,
y á su lugar volvió la sangre fria
que habia los miembros ya desamparado:
la esforzada y contrita compañía,
el rostro al cielo en lágrimas bañado,
con oracion devota y sacrificio
dió las gracias á Dios del beneficio.
Mas el hinchado mar embravecido,
y el indómito viento rebramando
al bajel acometen con ruïdo,
en vano (aunque se esfuerzan) porfiando;
que la Fortuna de Felipe asido
á jorro le llevaba remolcando
sobre las altas olas espumosas,
aun de anegar los cielos deseosas.
En esto la cerrada niebla escura,
por el furioso viento derramada,
descubrimos al Leste la Herradura
y al Sur la isla de Talca levantada.
Reconocida ya nuestra ventura,
y la araucana tierra deseada,
viendo el Morro de Penco descubierto
arribamos á popa sobre el puerto;
El cual está amparado de una isleta
que resiste al furor del norte airado,
y los continuos golpes de mareta
que le baten furiosos de aquel lado.
La corva y larga punta una caleta
hace y seno tranquilo y sosegado,
dó las cansadas naves, como digo,
hallan seguro albergue y dulce abrigo.
La nave sin gobierno destrozada
surgió al alto reparo de una sierra,
en gruesa amarra y áncora afirmada,
que con tenace diente aferró tierra.
Apenas la alta vela fue amainada
cuando el alegre estruendo de la guerra
nos estendió (tocando en los oidos)
los ánimos y niervos encogidos.
La isleta es habitada de una gente
esforzada, robusta y belicosa,
la cual viendo una nave solamente
venida allí por suerte venturosa,
gritando ¡guerra! ¡guerra! alegremente
toma las fieras armas, y furiosa,
con gran rebato y prisa repentina,
corre en tropel confuso á la marina.
En la falda de un áspero recuesto
en formado escuadron se representa;
y nosotros, con ánimo dispuesto
á cualquiera peligro y grande afrenta,
arremetimos á las armas presto;
que el trabajo pasado y la tormenta
nos hizo á todos estimar en nada
cualquiera otro peligro y gran jornada.
Con recobrado aliento y nuevo brio
corrimos al batel, de la manera
que si lejos de tierra en un bajío
encallada la nave ya estuviera:
y por los anchos lados el navío
sus dos grandes bateles echó fuera,
en los cuales saltamos tanta gente
cuanta pudo caber estrechamente.
No es poético adorno fabuloso,
mas cierta historia y verdadero cuento,
ora fuese algun caso prodigioso,
ó estraño agüero y triste anunciamiento,
ora violencia de astro riguroso,
ora inusado y rapto movimiento,
ora el andar el mundo (y es mas cierto)
fuera de todo término y concierto:
Que el viento ya calmaba, y en poniendo
el pié los españoles en el suelo
cayó un rayo, de súbito volviendo
en viva llama aquel nubloso velo;
y, en forma de largarto discurriendo,
se vió hender una cometa el cielo;
el mar bramó, y la tierra resentida
del gran peso gimió como oprimida.
Cortó súbito allí un temor helado
la fuerza á los turbados naturales,
por siniestro pronóstico tomado
de su ruïna y venideros males,
viendo aquel movimiento desusado,
y los prodigios tristes y señales
que su destrozo y pérdida anunciaban,
y á perpétua opresion amenazaban.
Desto medrosos, aguardar no osaron,
que soltando las armas ya rendidas,
del cerrado escuadron se derramaron,
procurando salvar las tristes vidas:
el patrio nido al fin desampararon,
y con mujeres, hijos y comidas,
por secretos caminos y senderos
se escaparon en balsas y maderos.
Luego los nuestros sin parar corriendo
las casas yermas, chozas y moradas
iban en todas partes descubriendo
las rústicas viandas levantadas,
y con gran diligencia previniendo
los caminos, las sendas y paradas:
por cavernas y espesos matorrales
buscaban los ausentes naturales;
Donde en breve sazon fueron hallados
algunos pobres indios escondidos,
otros en pueblezuelos salteados,
que aun no estaban del miedo apercebidos:
mas con buen tratamiento asegurados,
dándoles jotas, llantos y vestidos,
y palabras de amor, los aquietaban,
y á sus casas, de paz, los enviaban,
Dándoles á entender que nuestro intento
y causa principal de la jornada
era la Religion y salvamento
de la rebelde gente bautizada:
que en desprecio del Santo Sacramento
la recibida ley y fe jurada
habian pérfidamente quebrantado
y las armas ilícitas tomado;
Pero que si quisiesen convertirse

á la cristiana ley que antes tenian,
y á la fe quebrantada reducirse
que al grande Carlos Quinto dado habian,
en todas las mas cosas convenirse
á su provecho y cómodo podrian,
haciéndoles con prendas firme y cierto
cualquier partido lícito y concierto.
Luego los instrumentos convenientes
al uso militar y á la vivienda
sacamos en las partes competentes,
que no hay quien nos lo impida ni defienda;
donde todos á un tiempo diligentes,
cuál arma pabellon, cuál toldo ó tienda,
quién fuego enciende, y en el casco usado
tuesta el húmido trigo marcado.
La negra noche horrenda y espantosa,
cubriendo tierra y mar cayó del cielo,
dejando antes de tiempo presurosa
envuelto el mundo en tenebroso velo:
no quedó pabellon, tienda, ni cosa
que el viento allí no la abatiese al suelo,
pareciendo con nuevo movimiento
desencajar la isleta de su asiento;
Hasta que el tardo y deseado dia
las nubes desterró, y dejó sereno
el cielo, revistiendo de alegría
el aire escuro y húmedo terreno:
luego la trabajada compañía,
conociendo el instable tiempo bueno,
procura reparar con diligencia
del riguroso invierno la violencia.
Unos presto destechan los pajizos
albergues de los indios ausentados;
otros con tablas, ramas y carrizos,
al nuevo alojamiento van cargados:
y sobre troncos de árboles rollizos
en las hondas arenas afirmados
gran número de ranchos levantamos,
y en breve espacio un pueblo fabricamos.
Del modo que se ven los pajarillos
de la necesidad misma instruidos
por techos y apartados rinconcillos
tejer y fabricar los pobres nidos,
que de pajas, de plumas y ramillos
van y vienen los picos impedidos,
así en el yermo y descubierto asiento
fabrica cada cual su alojamiento.
Ya que todos, Señor, nos alojamos
en el húmido sitio pantanoso,
y con industria y arte reparamos
la furia del invierno riguroso,
las necesarias armas aprestamos,
soltando con estrépito espantoso
la gruesa y reforzada artillería,
que en torno tierra y mar temblar hacia.
En las remotas bárbaras naciones
el grande estruendo y novedad sintieron:
pacos, vicuñas, tigres y leones,
acá y allá medrosos discurrieron:
los delfines, nereidas y tritones
en sus hondas cavernas se escondieron,
deteniendo confusos sus corrientes
los presurosos rios y las fuentes:
Sintióse en el estado la estampida,
algunos tan atónitos quedaron,
que la dura cerviz, nunca oprimida,
sobre los yertos pechos inclinaron.
Así avisados ya de la venida
los instrumentos bélicos tocaron,
descogiendo por todas las riberas
sus lucidos pendones y banderas.
En el valle de Ongolmo congregados
los diez y seis caciques araucanos,
y algunos capitanes señalados
de los interesados comarcanos,
todos en general deliberados
de venir con nosotros á las manos,
sobre el lugar, el tiempo y aparejo,
entraron los caciques en consejo.
Rengo tambien con ellos, que admitido
fue en consejo de guerra por valiente,
que si ya os acordais, quedó aturdido
en Mataquito entre la muerta gente;
pero volvió despues en su sentido,
y al cabo se escapó dichosamente;
que, aunque falto de sangre, tuvo fuerte
contra la furia de la airada muerte.
Caupolican, en medio de ellos puesto,
á todos con los ojos rodeando,
que con silencio y ánimo dispuesto
estaban sus razones aguardando:
con sesgo pecho, y con sereno gesto,
la voz en tono grave levantando,
rompió el mudo silencio, y echó fuera
la soberbia intencion desta manera:
«Esforzados varones, ya es venido
(segun vemos las muestras y señales)
aquel felice tiempo prometido
en que habemos de hacernos inmortales.
que la fortuna próspera ha traido
de las últimas partes orientales
tantas gentes en una compañía
para que las venzais en solo un dia;
Y á costa y precio de su sangre y vidas
del todo eterniceis vuestras espadas,
y nuestras mudas leyes oprimidas
sean en su libre fuerza restauradas;
que por remotos reinos estendidas
han de ser inviolables y sagradas,
viviendo en igualdad debajo de ellas
cuantos viven debajo las estrellas.
Y pues que con tan loco pensamiento
estas gentes se os han desvergonzado,
y en vuestra tierra y defendido asiento
las banderas tendidas han entrado,
es bien que el insolente atrevimiento
quede con nuevo ejemplo castigado,
antes que, dando cuerda á su esperanza,
les dé fuerza y consejo la tardanza.
Así, en resolucion me determino,
(si, señores, tambien os pareciere)
que demos con asalto repentino
sobre ellos lo mejor que ser pudiere:
y nadie piense que hay otro camino
sino el que con su fuerza y brazo abriere;
que las rabiosas armas en las manos,
los han de dar por justos ó tiranos.
A la plática fin con esto puso,
y el buen Peteguelen, viejo severo,
por mas antiguo su razon propuso,
como soldado y sabio consejero,
diciendo: «¡Oh capitanes! no rehuso
de derramar mi sangre yo el primero,
que aunque por mi vejez parezca helada,
en el pecho me hierve alborotada.
Pero sola una cosa me detiene,
haciéndome dudar el rompimiento,
y es la cierta noticia que se tiene
que es mucha gente y mucho el regimiento:
así que, claro vemos que conviene
gran resistencia á grande movimiento;
que siempre de estimar poco las cosas
suceden las dolencias peligrosas.
Que pues el sitio y puesto que han tomado
es por natura fuerte y recogido,
del mal y altos peñascos rodeado,
por todas partes libre y defendido;
será de mas provecho y acertado
que á su plática y trato deis oido,
y que no se les niegue y contradiga,

pues que solo el oir á nadie obliga:
Que no podrá dañar, y en el comedio
podreis apercebir y juntar gente,
y en secreto aprestar para el remedio
todo lo necesario y conveniente,
en las cosas difíciles dar medio,
proveer á cualquier inconveniente,
atajar y romper los pasos llanos,
y al cabo remitirnos á las manos.»
No pudo decir mas, que ardiendo en ira
el bravo Tucapel, con voz furiosa
diciendo (le atajó): «Quien tanto mira
jamás emprenderá jornada honrosa;
y si todo el estado se retira,
por parecerle que esta es peligrosa,
yo solo tomaré, sin compañía,
las armas, causa y cargo á cuenta mia.
Por ventura ¿teneis desconfianza
de vuestras propias fuerzas tan probadas;
pues en cuanto arrojar pueden la lanza
y rodear los brazos las espadas
dais causa que se note en vos mudanza,
y que vuestras victorias mancilladas
queden con bajo y mísero partido,
y nuestro honor y crédito ofendido?
Pues entended que mientras yo tuviere
fuerza en el brazo y voz en el senado,
diga Peteguelen lo que quisiere,
que esto ha de ser por armas sentenciado;
y quien otro camino pretendiere,
primero le abrirá por mi costado;
que esta ferrada maza, y no oraciones,
le ha de dar las causas y razones.
Si los que así os preciais de bien hablados,
el ánimo os bastare y el denuedo
de combatir sobre esto, en campo armados
os probaré mas claro lo que puedo:
mas quereisos mostrar tan concertados,
que llamando prudencia á lo que es miedo,
por no poner en riesgo vuestra vida,
á todo, con parlar, dareis salida.»
Peteguelen responde: «Pues no halla
nunca en ti la razon acogimiento,
yo solo, viejo, quiero la batalla,
y castigar tu loco atrevimiento,
de piel curtida armados ó de malla,
con lanza, espada ó maza, á tu contento;
para mostrar que en justas ocasiones
tengo mas largas manos que razones.»
¡Quién pudiera pintar el rostro esquivo
que Tucapel mostraba contra el cielo,
lanzando por los ojos fuego vivo,
no se dignando de mirar al suelo!
dijo: «Al fin pensamiento tan altivo
ya es digno del furor de Tucapelo;
mas por mi honor y por tu edad querria
que metieses contigo compañía.»
El viejo respondió: «Jamás de ajenas
fuerzas en ningun tiempo me he ayudado,
ni de sangre aun están vacías mis venas,
ni siento el brazo así debilitado,
que no te piense dar las manos llenas.»
Mas Rengo, su sobrino, levantado
se atravesó diciendo: «El desafio
aceto yo, si quieres, por mi tio.»
«Quiérolo, pido, y soy dello contento,
(gritaba Tucapel) y á diez contigo.»
Mas saltando Orompello de su asiento,
dijo: »Tú lo has de haber, Rengo conmigo.»
«Tambien enmendaré tu atrevimiento,
responde el fiero Rengo; y mas te digo,
que en poco tu amenaza y campo estimo
despues que haya acabado el de tu primo.»
Tucapelo le dijo: »Castigarte
pienso de tal manera yo primero,
que le cabrá á Orompello poca parte,
que á bien librar, serás mi prisionero:
¡afuera¡ ¡afuera! sús! haceos á parte
que dilatar el término no quiero,
pues armas, tiempo y voluntad tenemos,
sino que luego aquí lo averigüemos.»
Rengo y Peteguelen le respondieran
á un tiempo con las armas y razones,
si en medio á la sazon no se pusieran
muchos caciques nobles y varones,
pidiendo que suspendan y difieran
aquellas amenazas y cuestiones,
hasta que la fortuna declarada
diese próspero fin á la jornada.
Caupolican estaba ya impaciente
de ver que Tucapelo cada dia
en guerra, en paz, injusta ó justamente,
sin ninguna atencion los revolvia:
mas hubo de llevarlo blandamente,
que el tiempo y la sazon lo requería;
y así, con gravedad y manso ruego
les reprimió el furor y apagó el fuego,
Quedando entre ellos puesto y acetado,
que luego que la guerra concluyesen
el viejo y Tucapel en estacado
francos de solo á solo combatiesen;
despues que Tucapel, y Rengo armado
ansimismo su causa difiniesen.
El rumor aplacado, Colocolo
les comenzó á decir, hablando solo;
»Generosos caciques, si licencia
tenemos de decir lo que alcanzamos
los que por largos años y esperiencia
los futuros sucesos rastreamos;
vemos que nuestras fuerzas y potencia
en solo destruïrnos las gastamos,
y el tirano cuchillo apoderado
sobre nuestras gargantas levantado.
Y lo que da señal clara que sea
cierta vuestra caida y mi recelo,
es que ya la fortuna titubea,
y comienza á turbarse nuestro cielo:
cuando un gran edificio se ladea,
no está muy lejos de venir al suelo;
la máquina que en falso asiento estrib a
su misma pesadumbre la derriba.
Por lo cual ya si mi opinion no yerra,
segun el proceder y los indicios,
temo, y con gran razon, de ver por tierra
nuestros mal cimentados edificios:
y convertido el uso de la guerra
en serviles y bajos ejercicios
quebrantándose, al fin, vuestra protervia,
fundada en una vana y gran soberbia.
Muerto á Lautaro vemos, y perdidas
con gran deshonra nuestra tres banderas,
rotas nuestras escuadras, y tendidas
al viento y sol por pasto de las fieras,
las fuerzas y opiniones divididas,
lleno el campo de gentes extranjeras,
y las furiosas armas alteradas
contra sus mismos pechos declaradas.
Mirad que así, por ciega inadvertencia,
la patria muere y libertad perece,
pues con sus mismas armas y potencia
al derecho enemigo favorece:
incurable y mortal es la dolencia
cuando á la medicina no obedece,
y bestial la pasion y detestable
que no sufre el consejo saludable.
¿Por qué con tanta saña procuramos
ir nuestra sangre y fuerzas apocando,
y envueltos en civiles armas damos
fuerza y derecho al enemigo bando?
¿Por qué con tal furor despedazamos

esta union invencible, condenando
nuestra causa aprobada y armas justas,
justificando en todo las injustas?
¿Qué rabia ó qué rencor desatinado
habeis contra vosotros concebido,
que así quereis que el araucano estado
venga á ser por sus manos destruído,
y, en su virtud y fuerzas ahogado,
quede con nombre infame sometido
á las estrañas leyes y gobierno
en dura servidumbre y yugo eterno?
Volved sobre vosotros, que sin tiento
correis á toda priesa á despeñaros;
refrenad esa furia y movimiento,
que os lleva á destruiros y arruinaros.
¿Sufris al enemigo en vuestro asiento,
que quiere como á brutos conquistaros,
y no podeis sufrir aquí impacientes
los consejos y avisos convenientes?
Que es cierto falta de ánimo, y bastante
indicio de flaqueza disfrazada,
teniendo al enemigo tan delante
revolver contra sí la propia espada,
por no esperar con ánimo constante
los duros golpes de fortuna airada,
á los cuales resiste el pecho fuerte,
que no quiere acabarlo con la muerte.
Pero pues tanto esfuerzo en vos se encierra,
que á veces por ser tanto lo condeno,
y de vuestras hazañas, no esta tierra,
mas todo el universo anda ya lleno;
cese, cese el furor y civil guerra,
y por el bien comun tened por bueno
no romper la hermandad con torpes modos,
pues que miembros de un cuerpo somos todos.
Si á la cansada edad y largos dias
algun respeto y crédito se debe,
mirad á estas antiguas canas mias
y al bien público y celo que me mueve,
para que suspendais vuestras porfías
por alguna sazon y tiempo breve,
hasta que el español furor decline
y la causa comun se determine.
Y pues de vuestra discrecion espero
que os pondrá en el camino que conviene,
traer otras razones mas no quiero,
pues con vos la razon tal fuerza tiene:
dejadas, pues, á parte, lo primero
que venir á las manos nos detiene
y pone freno y límite al deseo,
es el poco aparejo que aquí veo:
Que por todas las partes nos divide
este brazo de mar que veis en medio,
y nuestra pretension y paso impide,
sin tener de pasaje algun remedio:
y pues el enemigo se comide
á tratar de concierto y nuevo medio,
aunque nunca pensemos acetarlos,
no nos podrá dañar el escucharlos;
Pues por este camino tomaremos
lengua de su intencion y fundamento,
que cuando no sea lícita, podremos
venir de todo en todo á rompimiento:
tambien en este término haremos
de armas y municion preparamento,
que estas serán al fin las que de hecho
habrán de declarar este derecho.
Mas, conviene advertir, claros varones,
para llevar las cosas bien guiadas,
que nuestras esteriores intenciones
vayan siempre á la paz enderezadas;
mostrándonos de flacos corazones,
las fuerzas y esperanzas quebrantadas,
y la tierra de minas de oro rica,
cebo goloso en que esta gente pica:
Quizá por este término, sacalla
podremos del isleño sitio fuerte,
y con fingida paz aseguralla,
trayéndola por mañas á la muerte;
y sin rumor ni muestra de batalla
abramos la carrera de tal suerte,
que venga á tierra firme confiada
en el seguro paso y franca entrada.»
A su habla dió fin el sabio anciano,
y hubo allí pareceres diferentes,
diciendo que el peligro era liviano
para tanto temor é inconvenientes.
Pero Puren, Lincoya y Talcaguano,
Lemolemo, Elicura mas prudentes,
al parecer del viejo se arrimaron,
y así á los mas los menos se allanaron.
Despachando de allí con diligencia
al jóven Millalauco, generoso,
hombre de gran lenguaje y esperiencia,
cauto, sagaz, solícito y mañoso:
que con fingida muestra y aparencia
de algun partido honesto y medio honroso
nuestro intento y designios penetrase,
y el sitio gente, y número notase:
El cual bien informado y instruido
de lo que á su propósito convino,
en una larga góndola metido,
sin mas se detener tomó el camino:
y de los prestos remos impelido,
en breve á nuestro alojamiento vino,
á donde sin estorbo, libremente
saltó luego seguro con su gente.
Al puerto habian tambien con fresco viento
tres naves de las nuestras arribado,
llenas de armas, de gente y bastimento,
con que fue nuestro campo reforzado:
era tanto el rumor y movimiento
del bélico aparato, que admirado
el cauteloso Millalauco estuvo,
y así confuso un rato se detuvo.
Mas sin darlo á entender, disimulando,
por medio del bullicio atravesaba;
los judiciosos ojos rodeando,
las armas, gente y ánimos notaba:
y el negocio entre sí considerando,
el deseado fin dificultaba,
viendo cubierto el mar, llena la tierra
de gente armada y máquinas de guerra.
Llegado al pabellon de don García,
hallándome con otros yo presente,
con una moderada cortesía
nos saludó á su modo, alegremente
levantando la voz... Pero la mia,
que fatigada de cantar se siente,
no puede ya llevar un tono tanto,
y así es fuerza dar fin en este canto.

CANTO XVII.

Hace Millalauco su embajada: salen los españoles de la isla: levantando un fuerte en el censo de Penco, vienen los araucanos á darles el asalto. Cuéntase lo que en el aquel mismo tiempo pasaba sobre la plaza fuerte de San Quintin.

NUNCA negar se deben los oidos
á enemigos ni amigos sospechosos,
que tanto os dejan mas apercibidos,
cuanto vos los teneis por cautelosos:
escuchados, serán mas entendidos,
ora sean verdaderos ó engañosos;
que siempre por señales y razones
se suelen descubrir las intenciones.
Cuando piensan que mas os desatinan
con su máscara falsa y trato estraño,
os despiertan, avisan, encaminan,
y encubriendo descubren el engaño:
veis el blanco y el fin á donde atinan,

el pro y el contra, el interés y el daño.
No hay plática tan doble y cautelosa
que della no se infiera alguna cosa;
Y no hay lengua tan llena de artificio,
que parlando no muestre algun conceto,
que al fin alguna vez hará su oficio,
y mas si el que oye sabe ser discreto.
Nunca el hablar dejó de dar indicio,
ni el callar descubrió jamás secreto:
no hay cosa mas difícil, bien mirado,
que conocer un necio si es callado:
Y es importante punto y necesario
tener el capitan conocimiento
del arte y condicion del adversario,
de la intencion, designio, y fundamento;
si es cuerdo y reportado, ó temerario,
de pesado ó ligero movimiento,
remiso ó diligente, incauto ó astuto,
vario, indeterminable ó resoluto.
Así vemos que el bárbaro senado,
por saber la intencion del enemigo,
al cauto Millalauco habia enviado
debajo de figura y voz de amigo:
que con semblante y ánimo doblado,
mostrándose cortés, como atrás digo,
el rostro á todas partes revolviendo,
alzó recio la voz así diciendo:
»Dichoso capitan y compañía,
á quien por bien de paz soy enviado
del araucano estado y señoría,
con voz y autoridad del gran senado:
no penseis que el temor ó cobardía
jamás nos haya á término llegado,
de usar (necesitados de remedio)
de algun partido infame y torpe medio;
Pues notorio os será lo que se estiende
el nombre grande y crédito araucano,
que los estraños términos defiende
y asegura debajo de su mano:
y tambien de vosotros ya se entiende
que, movidos de celo y fin cristiano,
con gran moderacion y disciplina
venis á derramar vuestra doctrina.
Siendo, pues, esto así, como la muestra
que babeis dado hasta aquí lo verifica,
y la buena opinion y fama vuestra
con claras y altas voces lo publica,
yo os vengo á asegurar de parte nuestra;
y así claro por mí se os certifica,
que la ofrecida paz tan deseada
será por los caciques acetada:
Que el ínclito senado, habiendo oido
de vuestra parte algunas relaciones,
con sabio acuerdo y parecer, movido
por legítimas causas y razones,
quiere acetar la paz, quiere partido
de lícitas y honestas condiciones,
para que no padezca tanta gente
del pueblo simple y género inocente:
Que si la fe inviolable y juramento,
de vuestra parte con amor pedido,
y el gracioso y seguro acogimiento
de nuestra voluntad libre ofrecido,
pueden dar en las cosas firme asiento
con honra igual y lícito partido,
sin que los nuestros súbditos y estados
vengan por tiempo á ser menoscabados,
A Carlos sin defensa y resistencia
por amigo y señor le admitiremos,
y el servicio indebido y obediencia
de nuestra voluntad le ofreceremos:
mas si quereis llevarlo por violencia,
antes los propios hijos comeremos,
y vereis con valor nuestras espadas
por nuestro mismo pecho atravesadas.
Pero por trato llano, sin recelo
podreis por vuestro rey alzar bandera;
que el estado (las armas por el suelo)
con los brazos abiertos os espera,
reconociendo que el benigno cielo
le llama á paz segura y duradera,
quedando para siempre lo pasado
en perpétuo silencio sepultado.»
Aquí dió fin al razonar, haciendo
á su modo y usanza una caricia,
siempre en su proceder satisfaciendo
á nuestra voluntad y á su malicia:
y el bárbaro poder disminuyendo,
nos aumentaba el ánimo y codicia,
dándonos á entender que habia flaqueza,
y abundancia de bienes y riqueza.
Oida la embajada, don García,
haciéndole gracioso acogimiento,
en suma respondió: que agradecia
la propuesta amistad y ofrecimiento,
y que en nombre del rey satisf cia
su buena voluntad con tratamiento
que no solo no fuesen agraviados,
mas de muchos trabajos relevados.
Hizo luego sacar á dos sirvientes
por mas confirmacion algunos dones,
ropas de mil colores diferentes,
jotas, llautos, chaquiras y listones;
insignias y vestidos competentes
á nobles capitanes y varones;
siendo de Millalauco recibido
con palabras y término cumplido.
Así, que con semblante y apariencia
de amigo agradecido y obligado,
pidiendo al despedir grata licencia,
á la barca volvió que habia dejado;
y con la acostumbrada diligencia,
al tramontar del sol llegó al estado,
do recibido fue con alegría
de toda aquella noble compañía.
Visto pues el despacho, cautamente
los caciques la junta dividieron,
y dando muestra de esparcir la gente,
á sus casas de paz se retrujeron,
á donde sin rumor secretamente
las engañosas armas previnieron,
moviendo del comun las voluntades,
aparejadas siempre á novedades.
Nosotros, no sin causa sospechosos
allí mas de dos meses estuvimos,
y á las lluvias y vientos rigurosos
del implacable invierno resistimos:
mas, pasado este tiempo, deseosos
de saber su intencion, nos resolvimos
en dejar el isleño alojamiento,
haciendo en tierra firme nuestro asiento.
Ciento y treinta mancebos florecientes
fueron en nuestro campo apercebidos,
hombres trabajadores y valientes,
entre los mas robustos escogidos,
de armas y de instrumentos convenientes
secreta y sordamente prevenidos:
(yo con ellos tambien, que vez ninguna
dejé de dar un tiento á la fortuna:)
Para que en un pequeño cerro esento,
sobre la mar vecina relevado,
levantasen un muro de cimiento
de fondo y ancho foso rodeado:
donde pudiese estar sin detrimento
nuestro pequeño ejército alojado,
en cuanto los caballos arribaban,
que ya teníamos nueva que marchaban:
Pues salidos á tierra, entenderian
la intencion de los bárbaros dañada,
que en secreto las armas prevenian

con falso rostro y amistad doblada:
de do, si se moviesen les darian
algun asalto y súbita ruciada,
que, quebrantado el ánimo y denuedo,
volviesen á la paz de puro miedo.
Era imaginacion fuera de tino
pensar que los soberbios araucanos
quisiesen de concordia algun camino,
viéndose con las armas en las manos:
pero con la presteza que convino,
los ciento y treinta jóvenes lozanos
pasaron á la tierra sin ayuda
mas que el amparo de la noche muda:
Y aunque era en esta tierra el tiempo cuando
Virgo alargaba apriesa el corto dia,
las variables horas restaurando
que usurpadas la Noche le tenia;
antes que la Alba fuese desterrando
las nocturnas estrellas, parecia
la cumbre del collado levantada
de gente y materiales ocupada.
Cuáles con barras, picos y azadones
abren los hondos fosos y señales;
cuáles con corvos y anchos cuchillones,
hachas, sierras, segures y destrales
cortan maderos gruesos y troncones,
y fijados en tierra, con tapiales
y trabazon de leños y faginas,
levantan los traveses y cortinas.
No con tanto hervor la tiria gente
en la labor de la ciudad famosa,
acá y allá sirviendo diligente
tan solícita andaba y presurosa,
ni Cesar levantó tan de repente
en Dirrachio la cerca milagrosa
con que cercó al ejército esparcido
del enemigo yerno inadvertido.
Cuanto fue de nosotros coronada
de una gruesa muralla la montaña,
de fondo y ancho foso rodeada,
con ocho piezas gruesas de campaña;
siendo á vista de Arauco levantada
bandera por Felipe rey de España,
tomando posesion de aquel estado
con los demás del padre renunciado.
Túvose por un caso nunca oido,
de tanto atrevimiento y osadía,
entre la gente plática tenido
mas por temeridad que valentía;
que en el soberbio estado así temido
los ciento y treinta en poco mas de un dia
pudiésemos salir con una cosa
tanto cuanto difícil peligrosa.
Nuestra gente del todo recogida,
la cual luego segura al fuerte vino,
que el alto sitio y pólvora temida
hizo fácil y llano aquel camino,
por las anchas cortinas repartida,
segun y por el órden que convino,
nos pusimos allí todos á una
debajo del amparo de Fortuna.
La pregonera Fama ya volando
por el distrito y término araucano
iba de lengua en lengua acrecentando
el abreviado ejército cristiano:
la gente popular amedrentando
con un hueco rumor y estruendo vano
que lo incierto á las veces certifica,
y lo cierto, si es mal, lo multiplica.
Llegada, pues, la voz á los oidos
de nuestros enemigos conjurados,
no mirando á los tratos y partidos
por una parte y otra asegurados,
con súbita presteza apercebidos
de municiones, armas y soldados,
sin aguardar á mas, trataron luego
de darnos el asalto á sangre y fuego.
Juntos para el efecto en Talcaguano,
dos millas poco mas del fuerte asiento,
el esforzado mozo Gracolano,
de gran disposicion y atrevimiento,
dijo en voz alta: «¡Oh gran Caupolicano!
si en algo es de estimar mi ofrecimiento,
prometo que mañana en el asalto
arbolaré mi enseña en lo mas alto.
Y porque á tí, señor, y á todos quiero
haceros de mis obras satisfechos,
con esta usada lanza me profiero
de abrir lugar por los contrarios pechos;
y que será mi brazo el que primero
barahuste las armas y pertrechos,
aunque mas dificulten la subida
y todo el universo me lo impida.»
Así dijo: y los bárbaros en esto,
porque ya las estrellas se mostraban,
al fuerte, en escuadron, con paso presto,
cubiertos de la noche se acercaban:
y en una gran barranca, oculto puesto,
al pié de la montaña reparaban,
aguardando en silencio aquella hora
que suele aparecer la clara aurora.
Aquella noche yo mal sosegado
reposar un momento no podia,
ó ya fuese el peligro, ó ya el cuidado
que de escribir entonces yo tenia.
Así imaginativo y desvelado,
revolviendo la inquieta fantasía,
quise de algunas cosas desta historia
descargar con la pluma la memoria.
En el silencio de la noche escura,
en medio del reposo de la gente,
queriendo proseguir con mi escritura,
me sobrevino un súbito accidente:
cortóme un hielo cada coyuntura,
turbóseme la vista de repente,
y procurando de esforzarme en vano,
se me cayó la pluma de la mano.
Quisiera me quejar, mas fue imposible,
del accidente súbito impedido,
que el agudo dolor y mal sensible
me privó del esfuerzo y del sentido;
pero pasado el término terrible,
y en mi primero ser restituido,
del tormento quedé de tal manera
cual si de larga enfermedad saliera.
Luego que con suspiros trabajados
desfogando las ansias aflojaron,
mis descaidos ojos agravados
del gran quebrantamiento se cerraron:
así los lasos miembros relajados
al agradable sueño se entregaron,
quedando por entonces el sentido
en la mas noble parte recogido.
No bien al dulce sueño y al reposo
dejado el quebrantado cuerpo habia,
cuando oyendo un estruendo sonoroso
que estremecer la tierra parecia,
con gesto altivo y término furioso
delante una mujer se me ponia,
que luego vi en su talle y gran persona
ser la robusta y áspera Belona.
Vestida de los piés á la cintura,
de la cintura á la cabeza armada
de una escamosa y lúcida armadura,
su escudo al brazo, al lado la ancha espada,
blandiendo en la derecha la asta dura,
de las horribles furias rodeada,
el rostro airado, la color teñida,
toda de fuego bélico encendida:
La cual me dijo: «¡Oh mozo temeroso!

el ánimo levanta y confianza,
reconociendo el tiempo venturoso
que te ofrece tu dicha y buena andanza:
huye del ocio torpe perezoso,
ensancha el corazon y la esperanza,
y aspira á mas de aquello que pretendes,
que el cielo te es propicio si lo entiendes:
Que viéndote á escribir yo aficionado
y de tu inclinacion el claro indicio,
pues nunca te han la pluma destemplado
las fieras armas y áspero ejercicio:
tu trabajo tan fiel considerado,
solo movida de mi mismo oficio,
te quiero yo llevar en una parte
donde podrás sin límite ensancharte.
En campo fértil, lleno de mil flores;
en el cual hallarás materia llena
de guerras mas famosas y mayores,
donde podrás alimentar la vena:
y si quieres de damas y de amores
en verso celebrar la dulce pena,
tendrás mayor sugeto y hermosura
que en la pasada edad y en la futura.
Sígueme» dijo al fin; y yo admirado,
viéndola revolver por donde vino,
con paso largo y corazon osado
comencé de seguir aquel camino,
dejando del siniestro y diestro lado
dos montes que el Atlante y Apenino
con gran parte no son de tal grandeza,
ni de tanta espesura y aspereza.
Salimos á un gran campo, á do natura
con mano liberal y artificiosa
mostraba su caudal y hermosura
en la varia labor maravillosa,
mezclando entre las hojas y verdura
el blanco lirio y encarnada rosa,
junquillos, azahares y mosquetas,
azucenas, jazmines y violetas.
Allí las claras fuentes murmurando
el deleitoso asiento atravesaban,
y los templados vientos respirando
la verde yerba y flores alegraban:
pues los pintados pájaros volando,
por los copados árboles cruzaban,
formando con su canto y melodía
una acorde y dulcísima armonía.
Por mil partes en corros derramadas
vi gran copia de ninfas muy hermosas,
unas en varios juegos ocupadas,
otras cogiendo flores olorosas:
otras suavemente y acordadas
cantaban dulces letras amorosas,
con cítaras y liras en las manos,
diestros sátiros, faunos y silvanos.
Era el fresco lugar aparejado
á todo pasatiempo y ejercicio;
quién sigue ya de aquel ya de este lado
de la Casta Diana el duro oficio:
ora atraviesa el puerco, ora el venado,
ora salta la liebre, y con el vicio,
gamuzas, capriolas y corcillas
retozan por la yerba y florecillas:
Quién, el ciervo herido rastreando,
de la llanura al monte atravesaba;
quién, el cerdoso puerco fatigando,
los osados lebreles ayudaba:
quién, con templados pájaros volando,
las altaneras aves remontaba:
acá matan la garza, allá la cuerva,
aquí el celoso gamo, allí la cierva.
Estaba justo en medio de este asiento
en forma de pirámide un collado,
redondo en igual círculo y esento,
sobre todas las tierras empinado:
y sin saber yo cómo, en un momento,
de la fiera Belona arrebatado,
en la mas alta cumbre dél me puso,
quedando dello atónito y confuso.
Estuve tal un rato de repente
viéndome arriba, que mirar no osaba,
tanto que acá y allá medrosamente
los temerosos ojos rodeaba:
allí lleno de olores blandamente
un agradable viento respiraba
hasta la cumbre altísima el collado
de verde yerba y flores coronado.
Era de altura tal que no podria
un liviano neblí subir á vuelo;
y asi, no sin temor, me parecia
mirando abajo estar cerca del cielo:
de donde con la vista descubria
la grande redondez del ancho suelo,
con los términos bárbaros ignotos,
hasta los mas ocultos y remotos.
Viéndome, pues, Belona allí subido,
me dijo: «El poco tiempo que te queda
para que puedas ver lo prometido
hace que detenerme mas no pueda:
mira aquel grueso ejército movido,
el negro humo espeso y polvareda
en el confin de Flandes y de Francia
sobre una plaza fuerte de importancia.
Despues que Carlos Quinto hubo triunfado
de tantos enemigos y naciones,
y como invicto príncipe hollado
las Articas y Antárticas regiones,
triunfó de la fortuna y vano estado,
y aseguró su fin y pretensiones,
dejando la imperial investidura
en dichosa sazon y coyuntura;
Y movido del pío y santo celo
que del gobierno público tenia,
pareciéndole poco lo del suelo,
segun lo que en el pecho concebia,
vuelta la mira y pretension al cielo,
el peso que en los hombros sostenia
le puso en los del hijo, renunciados
todos sus reinos, títulos y estados.
Viendo el hijo la próspera carrera
del victorioso padre retirado,
por hacer la esperanza verdadera
que siempre de sus obras habia dado,
por el principio y ocasion primera
aquel copioso ejército ha juntado
para bajar de la enemiga Francia
la presuncion, orgullo y arrogancia.
Aquella es San Quintin que ves delante,
que en vano contraviene á su ruina,
presidio principal, plaza importante,
y del furor del gran Felipe dina.
Hállase dentro della el almirante,
debajo cuyo mando y disciplina
está gran gente plática de guerra,
á la defensa y guarda de la tierra.
En tres partes allí, como se muestra,
el enemigo campo se reparte:
Cáceres con su tercio, á mano diestra,
donde esta de Felipe el estandarte:
el pronto Navarrete á la siniestra
con el conde de Mega; y de la parte
del burgo Julian con tres naciones,
españoles, tudescos y valones.
Llegamos, pues, á tiempo que seguro
podrás ver la contienda porfiada,
y sin escalas por el roto muro
entrar los de Felipe á pura espada:
verás el fiero asalto y trance duro,
y al fin la fuerte Francia aportillada;
que al riguroso Hado incontrastable,



no hay defensa ni plaza inespugnable.
Conviéneme partir de aquí al momento
á meterme entre aquellos escuadrones,
y remover con nuevo encendimiento
los unos y los otros corazones:
tú desde aquí podrás mirar atento
las diferentes armas y naciones,
y escribir de una y otra la fortuna,
dando su justa parte á cada una.»
Luego la diosa airada y compañía
por el aire en tropel se deslizaron,
y en un instante, sin torcer la via,
cual presto rayo á San Quintin bajaron,
donde atizando el fuego que ya ardia,
con la amiga Discordia se juntaron,
que andaba entre las huestes y compañas
infundiéndoles ira en las entrañas.
En esto el fiero ejército furioso,
por la señal postrera ya movido,
en un turbion espeso y polvoroso
corre al batido muro defendido.
¡Quién fuera de lenguaje tan copioso
que pudiera esplicar lo que aquí vido!
Mas, aunque mi caudal no llegue á tanto,
haré lo que pudiere en otro canto.

CANTO XVIII.

Da el rey don Felipe el asalto á San Quintin; entra en ella victorioso: vienen los araucanos sobre el fuerte de los españoles.

¿Cual será el atrevido que presuma
reducir el valor vuestro y grandeza
á término pequeño y breve suma,
y á tan humilde estilo tanta alteza?
que aunque por campo próspero la pluma
corra con fértil vena y ligereza,
tanto el sugeto y la materia arguye
que todo lo deshace y disminuye.
Y el querer atreverme á tanto creo
que me será juzgado á desatino,
pues llegado á razon, yo mismo veo
que salgo de los términos á tino:
mas de serviros siempre el gran deseo;
que siempre me ha tirado á este camino
quizá adelgazará mi pluma ruda,
y la torpeza de la lengua muda.
Y así vuestro favor (del cual procede
esta mi presuncion y atrevimiento)
es el que agora pido, y el que puede
enriquecer mi pobre entendimiento:
que si por vos, señor, se me concede
lo que á nadie negais, soltaré al viento
con ánimo la ronca voz medrosa,
indigna de contar tan grande cosa.
Y de vuestra largueza confiado,
por la justa razon con que lo pido,
espero que, señor, seré escuchado,
que basta para ser favorecido.
Volviendo á proseguir lo comenzado,
dije en el canto atrás que arremetido
habia el furioso campo por tres vias
á las aportilladas baterias:

Y en la veloz corrida, contrastando
los tiros y defensas contrapuestas,
lo va todo rompiendo y tropellando,
con animoso pecho y manos prestas:
y a los batidos muros arribando
por los lados y partes mas dispuestas,
los unos y los otros se afrontaron,
y los ánimos y armas se tentaron.

Los franceses con muestra valerosa,
armas y defensivos instrumentos,
resisten la llegada impetuosa,
y los contrarios ánimos sangrientos:
mas la gente española, mas furiosa
cuanto topaba mas impedimentos,
con temoso coraje y porfiado
rompe lo mas difícil y cerrado.

Vieran en las entradas defendidas
gran contienda, revuelta y embarazos,
muertes estrañas, golpes y heridas
de poderosos y gallardos brazos:
cabezas hasta el cuello y mas hendidas,
y cuerpos divididos en pedazos;
que no bastaban petos ni celadas
contra el crudo rigor de las espadas.

La plaza se espugnaba y defendia
con esfuerzo y valor por todos lados;
era cosa de ver la herrería
de las armas y arneses golpeados,
la espantosa y horrenda artillería,
las bombas y artificios arrojados
de pólvora, alquitran, pez y resina,
aceite, plomo, azufre y trementina;

Y á vueltas un granizo y lluvia espesa
de lanzas y saetas arrojaban,
peñas, tablas, maderos, que á gran priesa
de los muros y techos arrancaban.
La fiera rabia y gran teson no cesa;
hieren, matan, derriban; y así andaban
los unos y los otros muy revueltos
en fuego, en sangre y en furor envueltos.

Unos la entrada sin temor defienden
con libre y animosa confianza:
otros de miedo por vivir ofenden,
poniéndoles esfuerzo la esperanza:
otros, que ya la vida no pretenden,
procuran de su muerte la venganza,
y que caigan sus cuerpos de manera
que al enemigo cierren la carrera.

Como el furor indómito y violencia
de una corriente y súbita avenida,
que si halla reparo y resistencia,
hierve y crece allí el agua detenida;
al fin, con mayor ímpetu y potencia,
bramando abre el camino y la salida
que las defensas rompe y desbarata,
y en violento furor las arrebata:

De tal manera la francesa gente,
sin bastar resistencia y fuerza alguna,
la arrebató la próspera corriente
del hado de Felipe y su fortuna,
que ya sin poder mas forzadamente
á su furia rendida, por la una
parte que estaba Cáceres dió entrada
á la enemiga gente encarnizada.

Y aunque por esta parte el almirante
el golpe de la gente resistia,
no fue ni pudo al cabo ser bastante
á la pujanza y furia que venia:
quedó en prision con otros, y adelante
la victoriosa y fiera compañía,
dejando eterna lástima y memoria,
iba siguiendo el hado y la victoria.

Pues en esta sazon, por la otra parte
que el diestro Navarrete peleaba,
sin ser ya la francesa gente parte,
á puro hierro la española entraba;
y á despecho y pesar del fiero Marte,
que los franceses brazos esforzaba,
haciendo gran destrozo y cruda guerra,
de rota á mas andar ganaban tierra.

Fue preso allí Andalot, que encomendada
le estaba la defensa de aquel lado:
he aquí tambien por la tercer entrada,
que Julian Romero habia asaltado:
la suspensa fortuna declarada,
abriendo paso al detenido Hado,
la mano á don Felipe dió de modo
que vencedor en Francia entró del todo.

Cortó luego un temor y frio hielo
los ánimos del pueblo enflaquecido,
rompiendo el aire espeso y alto cielo
un general lamento y alarido.
Las armas arrojadas por el suelo,
escogiendo el vivir ya por partido,
acordaron con mísera huida
perder la plaza y guarecer la vida.

Pero los vencedores, cuando vieron
su gran temor y poco impedimento,
los brazos altos y armas suspendieron;
por no manchar con sangre el vencimiento;
y sin hacer mas golpe, arremetieron,
vuelto en codicia aquel furor sangriento,
al esperado saco de la tierra,
premio de la comun gente de guerra.

Quién las herradas puertas golpeando
quebranta los cerrojos reforzados:
quién, por picas y gúmenas trepando,
entra por las ventanas y tejados:
acá y allá rompiendo y desquiciando,
sin reservar lugares reservados,
las casas de alto á bajo escudriñaban,
y á tiento, sin parar, corriendo andaban.

Como el furioso fuego de repente,
cuando en un barrio ó vecindad se enciende,
que con rebato súbito la gente
corre con priesa y al remedio atiende;
y por todas las partes francamente,
quién entra, sale, sube, quién deciende,
sacando uno arrastrando, otro cargado
el mueble de las llamas escapado;

Así la fiera gente victoriosa,
con prestas manos y con piés ligeros,
de la golosa presa codiciosa,
abre puertas, ventanas y agujeros,
sacando diligente y presurosa
cofres, tapices, camas y rimeros,
y lo de mas y menos importancia,
sin dejar una mínima ganancia.

No los ruegos, clamores y querellas
que los distantes cielos penetraban
de viudas y huérfanas doncellas
la insaciable codicia moderaban;
antes, rompiendo sin piedad por ellas,
á lo mas defendido se arrojaban,
creyendo que mayor ganancia habia
donde mas resistencia se hacia.

Viéranse ya las vírgenes corriendo
por las calles, sin guarda, á la ventura,
los bellos rostros con rigor batiendo,
lamentando su hado y suerte dura:
y las míseras monjas, que rompiendo
sus estatutos, límite y clausura,
de aquel temor atónito llevadas,
iban acá y allá descarriadas.

Mas el pio Felipe, antes que entrasen,
habia mandado á todas las naciones
que con grande cuidado reservasen
las mujeres y casas de oraciones:
y amigos y conformes, evitasen
pendencias peligrosas y cuestiones

que del saco y la presa á cada una
diese su parte franca la fortuna.
Las mujeres, que acá y allá perdidas,
llevadas del temor, sin tiento andaban,
por órden de Felipe recogidas
en seguro lugar las retiraban,
donde de fieles guardas defendidas
del bélico furor las amparaban;
que aunque fueron sus casas saqueadas,
las honras les quedaron reservadas:
Que los fieros soldados, obedientes
al cristiano y espreso mandamiento,
se mostraban en esto continentes,
frenando aun el primero movimiento.
La revuelta y la mezcla de las gentes,
la mucha confusion y poco tiento,
hizo que el daño en la ciudad creciese,
y un repentino fuego se encendiese.
Súbito allí la llama alimentada,
lanzando espeso el humo y las centellas,
del fresco viento céfiro ayudada
procuraba subir á las estrellas:
la miserable gente afortunada,
con dolorosas voces y querellas,
fijos los tiernos ojos en el cielo,
desmayando, esforzaban mas el duelo.
A todas partes gritos lastimosos
en vano por el aire resonaban,
y los tristes franceses temerosos
en las contrarias armas se arrojaban,
eligiendo, por fuerza, vergonzosos
el modo de morir que rehusaban,
antes que como flacos, encerrados,
ser en llamas ardientes abrasados.
Mas del piadoso rey la gran clemencia
habia las fieras armas embotado,
que con remedio presto y diligencia
todo el furor y fuego fue apagado.
Al fin, sin mas defensa y resistencia,
dentro de San Quintin quedó alojado,
con la llave de Francia ya en la mano,
hasta París abierto el paso llano.
El sol ya poco á poco declinaba
al hemisferio antártico encendido,
cuando yo, que alegrísimo miraba
todo lo que en mi canto habeis oido,
vi cerca una mujer que me hablaba,
mas blanco que la nieve su vestido,
grave, muy venerable en el aspecto,
persona al parecer de gran respeto,
Diciendo: «Si las cosas que dijere
por cierta y verdadera profecía,
dificultosa alguna pareciere,
creeme que no es ficcion ni fantasía;
mas lo que el Padre Eterno ordena y quiere
allá en su excelso trono y gerarquía,
al cual está sujeto lo mas fuerte,
el hado, la fortuna, el tiempo y muerte.
Desta guerra y rencores encendidos
entre la España y Francia así arraigados,
resultarán conciertos y partidos,
por una parte y otra procurados;
en los cuales serán restituidos
al duque de Saboya sus estados,
con otros muchos medios provechosos,
en bien de Francia y á la España honrosos.
Y para que mas quede asegurada
la paz, con hermandad y firme asiento,
con la prenda de Henrico mas amada
contraerá don Felipe casamiento;
pero la cruda muerte acelerada
temprano deshará este ayuntamiento:
que el alto cielo así lo determina
y el decreto fatal y órden divina.
En este tiempo Francia corrompida,
la católica ley adulterando,
negará la obediencia al rey debida,
las sacrílegas armas levantando:
y con el cebo de la suelta vida
cobrará la maldad fuerza, juntando
de gente infiel ejército formado
contra la Iglesia y propio rey jurado.
Por insolencias viejas y pecados,
vendrá el reino á ser casi destruido;
y Carlos de sus pérfidos soldados
á término dudoso reducido:
serán con desacato derribados
los suntuosos templos, y ofendido
el mismo Sumo Dios y Sacramento,
sobrando á la maldad su sufrimiento.
Mas vuestro rey con presta providencia
previniendo al futuro daño, luego
atajará en España esta dolencia
con rigor necesario á puro fuego.
Curada la perversa pestilencia,
las armas enemigas del sosiego
con furia moverá contra el oriente,
enviando al Peñon su armada y gente.
Aunque no pueda de la vez primera
conseguir el efecto deseado,
volverá la segunda de manera,
que el áspero Peñon será espugnado;
y dejando segura la carrera,
y el morisco contorno amedrentado,
por causa de los puertos é invernada,
retirará la victoriosa armada.
Vendrán á España á la sazon de Ungría
dos príncipes de alteza soberana,
hijos de César Máximo y María,
de Carlos hija y de Felipe hermana,
que acrecentando el gozo y alegría
harán aquella corte y era ufana:
el mayor es Rodolfo, el otro Ernesto,
que á la fama darán materia presto;
Y de sus altas obras prometiendo
en su pequeña edad grande esperanza,
en años y virtud irán creciendo,
virtud y años muy dignos de alabanza;
en quienes se verá resplandeciendo
un excelso valor, y la crianza
del baron Dietristan, persona dina
de dar á tales príncipes dotrina.
Luego en el año próximo siguiente
toda la cristiandad amenazando
la gruesa armada del infiel potente
irá contra el poniente navegando,
con tan gran aparato y tanta gente,
que temblarán las costas; y arribando
á la isla de Malta dará fondo,
que boja veinte leguas en redondo:
Donde el grande maestre y caballeros,
que dentro asistirán en este medio,
con otros capitanes forasteros,
ofrecerán las vidas al remedio:
y siempre constantísimos y enteros
resistirán gran tiempo el fuerte asedio,
haciendo en la defensa tales cosas,
que se podrán tener por milagrosas.
Será la isla batida reciamente
por la tierra, por mar, por bajo y alto,
y el fuerte de Santelmo crudamente
entrado á hierro en el noveno asalto:
el cual suceso á la cercada gente
pondrá en grande peligro y sobresalto,
porque en el puerto la turquesca armada
tendrá por las dos bocas franca entrada.
Allí se veran hechos señalados,
difíciles empresas peligrosas,
ánimos temerarios arrojados,
cuando las esperanzas mas dudosas:

postas, muros y fosos arrasados,
crudas héridas, muertes lastimosas,
casos grandes, sucesos infinitos,
dignos de ser para en eterno escritos.
Mas cuando ya no baste esfuerzo humano,
y la fuerza al trabajo se rindiere,
el muro esté ya raso, el foso llano,
y la esperanza al suelo se viniere:
cuando el sangriento bárbaro inhumano
el cuchillo sobre ellos esgrimiere,
será entonces de todos conocido
lo que puede Felipe y es temido;
Pues con sola una parte de su armada
y número pequeño de soldados,
de su fortuna y crédito guiada
rebatirá los otomanos lados:
y la afligida Malta restaurada,
serán los enemigos retirados,
las fugitivas velas dando al viento
con pérdida increible y escarmiento.
Luego el año despues con poderoso
ejército, en persona Solimano
por tierra moverá contra el famoso
César Augusto, emperador romano;
y por la gran Panonia presuroso,
dejando á la derecha al Trasilvano,
y atrás la ancha provincia de Dalmacia,
bajará á los confines de Croacia.
A Siguet, plaza fuerte y recogida,
cuatro semanas la tendrá asediada,
y al cabo, sin poder ser socorrida,
del fiero Solimao será ocupada;
mas la empresa difícil y la vida
acabará en un tiempo, que la airada
muerte, arribando el limitado curso,
pondrá término y punto á su discurso.
Por otra parte, en Flandes los estados
desasidos de Dios en estos dias,
turbarán el sosiego, inficionados
de perversos errores y herejías;
y contra el rey Felipe conspirados
tentarán de maldad diversas vias,
trayendo á estado y condicion las cosas
que durarán gran término dudosas.
Tambien con pretension de libertarse
en el próspero reino de Granada
los moriscos vendrán á levantarse
y á negar la obediencia al rey jurada:
la cual alteracion, por no estimarse
ni ser á los principios remediada,
será de grandes daños, y costosa
de sangre ilustre y gente valerosa.
Irá á esta guerra un mozo que escondido
anda en humildes paños y figura,
que su imperial linaje esclarecido
difíciles empresas le asegura;
á quien tienen los hados prometido
una famosa y súbita ventura:
este es hijo de Carlos, que aun se cria,
y encubierto estará por algun dia.
Andará, como digo, disfrazado
hasta que el padre al tiempo de la muerte
le dejará por hijo declarado,
subiéndole en un punto á tanta suerte:
será de todos, con razon, amado,
franco, esforzado, valeroso y fuerte:
es su nombre don Juan, y en esta parte
no puedo mas decir ni revelarte.
Baste que á los moriscos alterados
en su primera edad hará la guerra
y los presidios rotos y ocupados
los vendrá á retirar dentro en la sierra;
á donde los tendrá tan apretados
que al fin reducirá la alzada tierra,
trasplantando en provincias diferentes
las raices malvadas y simientes.
Esta guerra acabada, de Alemaña
(de damas y gran gente acompañada)
la infanta Ana vendrá, reina de España,
con el rey don Felipe desposada,
donde con pompa y magestad estraña
será la insigne boda celebrada
en la antigua Segovia, un tiempo silla
de los famosos reyes de Castilla.
Serán, pues, los dos principes llamados
del padre emperador, que ya aquel dia
querrá dar nuevo asiento en sus estados
y hacer rey á Rodolfo de la Ungría:
así que, para Génova embarcados,
arribarán, pasando á Lombardia,
por la ribera del Danubio amena
á su ciudad famosa de Viena.
Cuando ya la revuelta y turbaciones
de los tiempos den muestra de acabarse,
y el bélico furor y alteraciones
parezcan declinar y sosegarse,
entonces en las bárbaras regiones
comenzarán de nuevo á levantarse
las armas de los turcos inhumanos,
contra los poderosos venecianos;
Y sacando una armada poderosa,
de todas sus provincias allegada,
en la vecina Chipre, isla famosa,
descargará la furia represada:
y con espada cruda y rigurosa
será la tierra de ellos ocupada,
entrando á Famagusta ya batida,
sobre palabra falsa y fe metida.
Quedarán, pues, tan arrogantes desto,
que, la armada de gente reforzando,
con soberbio designio y presupuesto
irán la via de Italia navegando,
despreciando del mundo todo el resto,
y aun el poder del cielo despreciando:
tanto será su orgullo y fiera muestra
nacido del pecado y culpa vuestra.
Mas el alto Señor que otro dispone,
y en vuestro bien por su piedad lo ordena
que cuando faltan méritos compone
con su sangre y pasion la deuda ajena,
y por solo un gemir, luego repone
la punicion y merecida pena,
quebrantará con golpe riguroso
la soberbia del bárbaro ambicioso:
Que doliéndose ya de la fatiga
del pueblo pecador, pero cristiano,
contra la gente pérfida enemiga
esgrimirá la poderosa mano.
Así de inspiracion habrá una liga,
donde el papa y senado veneciano
juntarán su poder, su fuerza y gente
con la del rey católico potente.
Será en gracia de todos elegido
general de la Liga dignamente
el mozo en su niñez desconocido
que anda en hábito humilde entre la gente.
Pero no me es á mí ya concedido
revelar lo futuro abiertamente:
basta que lo verás, pues te asegura
mas larga vida el hado que ventura.
Mas si quieres saber de esta jornada
el futuro suceso enteramente,
y la cosa mas grande y señalada
que jamás se haya visto entre la gente;
cuando pasares solo la cañada
que ciñe del rio Rauco la corriente,
verás al pié de un líbano á la orilla
una mansa y doméstica corcilla.
Conviénete seguirla con cuidado
hasta salir en una gran llanura,

al cabo de la cual verás á un lado
una fragosa entrada y selva escura;
y tras la corza tímida emboscado
hallarás en mitad de la espesura
debajo de una tosca y hueca peña
una oculta morada muy pequeña.
Allí, por ser lugar inhabitable,
sin rastro de persona ni sendero,
vive un anciano viejo venerable,
que famoso soldado fue primero,
de quien sabrás do habita el intratable
Fiton, mágico grande y hechicero,
el cual te informará de muchas cosas,
que están aun por venir, maravillosas.
No quiero decir mas en lo tocante
á las cosas futuras, pues parece
que habrá materia y campo asaz bastante
en lo que de presente se te ofrece
para llevar tus obras adelante,
pues la grande ocasion te favorece;
que á mí solo hasta aquí me es concedido
el poderte decir lo que has oido.
Mas, si el furor de Marte y la braveza
te tuvieren la pluma destemplada,
y quisieres mezclar con su aspereza
otra materia blanda y regalada,
vuelve los ojos, mira la belleza
de las damas de España, que admirada
estoy, segun el bien que allí se encierra;
cómo no abrasa amor toda la tierra.
Mas tente, que me importa á mí, primero
que de los ojos fáciles te fies,
prevenir al peligro venidero
para que dél con tiempo te desvíes:
y no aguardes al término postrero,
ni en tu fuerza y mi ayuda te confies;
que aunque quiera despues contraponerme,
tú cerrarás los ojos por no verme.»
¡Oh condicion humana! que al instante
que me privó que el rostro no volviese,
solo aquel impedirme fue bastante
á que el pronto apetito se encendiese:
y asi, sin esperar mas que adelante
en el sano consejo procediese,
volví los ojos luego, y de improviso
vi (si decir se puede) un paraiso.
En un asiento fértil y sabroso,
dó alegres plantas y árboles cercado,
do el cielo se mostraba mas hermoso,
y el suelo de mil flores variado,
cerca de un claro arroyo sonoroso
que atravesaba el fresco y verde prado
vi junta toda cuanta hermosura
supo y pudo formar acá natura.
Eran las damas del cercado aquellas
que en la dichosa España florecian:
el claro sol, la luna y las estrellas
en su respecto escuras parecian;
y sobre sus cabezas todas ellas
olorosas guirnaldas sostenian,
de mil varias maneras rodeadas
de rubias trenzas, ñudos y lazadas.
Andaban por acá y allá esparcidos
gran copia de galanes estimados,
al regalado y blando amor rendidos,
corriendo tras sus fines y cuidados;
unos en esperanzas sostenidos,
otros en sus riquezas confiados,
todos gozando alegres y contentos
de sus lozanos y altos pensamientos.
En esto, con presteza y furia estraña
arrebatado por el aire vano,
la alta cumbre dejé de la montaña,
bajando al deleitoso y fértil llano,
donde, si la memoria no me engaña,
vi la mi guia á la derecha mano,
algo medrosa y con turbado gesto
de haberme en tanto riesgo y trance puesto;
Que luego que los piés puse en el suelo,
los codiciosos ojos va cebando,
libres del torpe y del grosero velo
que la vista hasta allí me iba ocupando,
un amoroso fuego y blando hielo
se me fue por las venas regalando,
y el brio rebelde y pecho endurecido
quedó al amor sujeto y sometido.
Y deseoso luego de ocuparme
en obras y canciones amorosas,
y mudar el estilo, y no curarme
de las ásperas guerras sanguinosas;
con gran gana y codicia de informarme
de aquel asiento y damas tan hermosas,
en especial y sobre todas de una
que vi á sus piés rendida mi fortuna.
Era de tierna edad, pero mostraba
en su sosiego discrecion madura,
y á mirarme parece la inclinaba
su estrella, su destino y mi ventura:
yo, que saber su nombre deseaba,
rendido y entregado á su hermosura,
vi á sus piés una letra que decia:
DEL TRONCO DE BAZAN DOÑA MARÍA.
Y por saber mas della, revolviendo
el rostro y voz á la prudente guia,
súbito el alboroto y fiero estruendo
de las bárbaras armas y armonía
me despertó del dulce sueño, oyendo:
¡arma, arma! ¡presto! presto! y parecia
romper el alto cielo los acentos
de las diversas voces é instrumentos.
En esta confusion, medio dormido,
á las vecinas armas corrí presto,
poniéndome en un punto apercebido
en mi lugar y señalado puesto:
cuando con ferocísimo alarido
por la áspera ladera del recuesto
apareció gran número de gente,
y la rosada aurora en el Oriente.
Luego tambien por una y otra parte,
con no menores voces y denuedo,
tanta gente asomó, que al fiero Marte
con su temeridad pusiera miedo.
Mas, para proceder parte por parte,
segun estoy cansado, ya no puedo:
en el siguiente y nuevo canto pienso
de declararlo todo por estenso.

CANTO XIX.

En este canto se contiene el asalto que los araucanos dieron á los españoles en el fuerte de Penco; la arremetida de Gracolano á la muralla; la batalla que los marineros y soldados que habian quedado en guarda de los navíos tuvieron en la marina con los enemigos.

Hermosas damas, si mi débil canto
no comienza á esparcir vuestros loores,
y si mis bajos versos no levanto
á conceptos de amor y obras de amores:
mi prisa es grande, y que decir hay tanto
que á mil desocupados escritores,
que en ello trabajasen noche y dia,
para todos materia y campo habria.
Y aunque apartado, á mi pesar, me veo
desta materia y presupuesto nuevo,
me sacará al camino el gran deseo
que tengo de cumplir con lo que os debo:
y si el adorno y conveniente arreo
me faltan, baste la intencion que llevo,
que es hacer lo que puedo de mi parte,
supliendo vos lo que faltare en la arte.

Mas la española gente, que se queja
con causa justa y con razon bastante,
dándome mucha priesa, no me deja
lugar para que de otras cosas cante:
que el ejército bárbaro la aqueja,
cercando en torno el fuerte en un instante
con amenaza grande y alarido,
como en el canto atrás lo habeis oido.

Luego que en la montaña en lo mas alto
tres gruesos escuadrones parecieron,
juntos á un mismo tiempo hicieron alto,
y el sitio desde allí reconocieron:
visto el foso y el muro, al fiero asalto
dada la seña, todos tres movieron,
esgrimiendo las armas de tal suerte
que á nadie reservaban de la muerte.

El mozo Gracolano, no olvidado
de la arrogante oferta y gran promesa,
de varias y altas plumas rodeado,
blandiendo una tostada pica gruesa
venia de ellos gran trecho adelantado,
rompiendo por el humo y lluvia espesa
de las balas y tiros arrojados
por brazos y cañones reforzados.

Llegado al justo término, terciando
la larga pica, arremetió furioso,
y en tierra el firme regaton fijando,
atravesó de un salto el ancho foso:
y por la misma pica gateando
arriba sobre el muro victorioso,
á pesar de las armas contrapuestas,
lanzas, picas, espadas y ballestas.

No agarrochado toro embravecido
la barrera envistió tan facilmente,
ni fue con tanta fuerza resistido
de espesas armas y apiñada gente,
como el gallardo bárbaro atrevido,
que temeraria y venturosamente,
abriendo lo difícil y mas duro,
sube por fuerza al defendido muro;

Donde sueltas las armas empachadas,
que aprovecharse dellas no podia,
á bocados, á coces y á puñadas
ganar la plaza él solo pretendia.
Los tiros, golpes, botes y estocadas,
con gran destreza y maña rebatia,
poniendo pecho y hombro suficiente
al ímpetu y furor de tanta gente.

En medio de las armas, á pié quedo
sin ellas su promesa sustentaba,
y con gran pertinacia y menos miedo,
de morir mas adentro procuraba;
y en el vano propósito y denuedo,
herido ya en mil partes, porfiaba:
que su loca fortuna y diestra suerte
tenian suspenso el golpe de la muerte.

Así que, en la demanda necia instando,
se arroja entre los hierros, y se mete
cual perro espumajoso que, rabiando,
á donde mas le hieren, arremete:
y el peligro y la vida despreciando,
lo mas dudoso y áspero acomete,
desbaratando en torno mil espadas
al obstinado pecho encaminadas.

Viéndose en tal lugar solo, y tratado
segun la temeraria confianza,
no de su pretension desconfiado,
mas con alguna menos esperanza,
á los brazos cerró con un soldado,
y de las manos le sacó la lanza,
sobre la cual echándose, en un punto
pensó salvar el foso y vida junto.

Mas la instable fortuna, ya cansada
de serle curadora de la vida,
dió paso en aquel tiempo á una pedrada,
de algun gallardo brazo despedida,
que en la cóncava sien la arrebatada
piedra gran parte le quedó sumida,
trabucandole luego de lo alto,
yendo en el aire en la mitad del salto.

Como el troyano Euricio que, volando
la tímida paloma por el cielo,
con gran presteza el corvo arco flechando
la atravesó en la furia de su vuelo,
que retorciendo el cuerpo y revolando
como redondo ovillo vino al suelo;
así el herido mozo en descubierto
dentro del hondo foso cayó muerto.

De treinta y seis heridas justamente
cayó el mísero cuerpo atravesado,
sin el último golpe de la frente,
que el número cerró ya rematado;
y la pica que el bárbaro valiente
de franca y buena guerra habia ganado,
quedó arrimada al foso de manera
que un trozo descubierto estaba fuera.

Pero el jóven Pinol, que prometido
habia de acompañarle en el asalto,
y con él hasta el foso arremetido,
aunque no se atrevió á tan grande salto,
como al valiente amigo vió tendido,
y descubrir la pica por lo alto,
la arrebató, tomando por remedio
poner con piés ligeros tierra en medio.

Mas, como no haya maña ni destreza
contra el hado preciso y dura suerte,
ni bastan prestos piés ni ligereza
á escapar de las manos de la muerte:
que al que piensa huir, con mas presteza
le alcanza de su brazo el golpe fuerte,
como al ligero bárbaro le avino
en mudando propósito y camino:

Que apenas cuatro pasos habia dado,
cuando dos gruesas balas le cogieron,
y de la espalda al pecho atravesado
á un tiempo por dos partes, le tendieron:
no dió la alma tan presto que un soldado
de dos que á socorrerle arremetieron,
de la costosa lanza no trabase,
y con peligro suyo la salvase.

Luego de trompas gran rumor sonando,
la gruesa pica en alto levantaron,
y á toda furia en hila igual cerrando,
al foso con gran ímpetu llegaron;
donde forzosamente reparando,
la municion y flechas descargaron
en tanta multitud que parecian
que la espaciosa tierra y sol cubrian.

Pues en esta sazon Martin de Elvira
(que así nuestro español era llamado)
de lejos la perdida lanza mira
que el muerto Gracolan le habia ganado;
y con vergüenza honrosa ardiendo en ira,
de recobrar su honor deliberado,
por una angosta puerta que allí habia
solo y sin lanza á combatir salia.

Con un osado jóven, que delante
venia la tierra y cielo despreciando,
de proporcion y miembros de gigante,
una asta de dos costas blandeando:
que acá y allá con término galante
la gruesa y larga pica floreando,
ora de un lado y de otro, ora derecho,
quiso tentar del enemigo el pecho.

Tirando un recio bote, que cebado
le retrujo seis pasos; de tal suerte,
que el gallardo español desatinado,
se vió casi en las manos de la muerte,
pero, como animoso y reportado,
haciendo recio pié, se tuvo fuerte,

pensando asir la pica con la mano;
mas este pensamiento salió vano:
Que el bárbaro advertido diestramente,
dió un gran salto hácia atrás cobrando tierra,
y blandiendo la pica reciamente
quiso con otro rematar la guerra.
El español mañoso y diligente
dándole lado, de la pica afierra,
y aguijando por ella, á su despecho,
cerró presto con él pecho con pecho;
Y habiendo con presteza arrebatad
una secreta daga que traia,
cinco veces ó seis por el costado
del bravo corazon tentó la via:
el bárbaro mortal, ya desangrado
por todas, la furiosa alma rendia,
cayendo el cuerpo inmenso en tierra frio,
ya de sangre y espíritu vacío.
El valiente español, que vió tendido
á su enemigo y la victoria cierta,
cobró la pica y crédito perdido,
retrayéndose ufano hácia la puerta;
donde, por los amigos conocido,
fue sin contraste en un momento abierta,
y dentro recibido alegremente
con grande aplauso y grita de la gente.
En este tiempo ya por todos lados
la plaza los contrarios espugnaban,
que, á vencer ó morir determinados,
por los fuegos y tiros se lanzaban:
y encima de los muertos hacinados
los vivos á tirar se levantaban,
de donde mas la cierta puntería
el encubierto blanco descubría.
Unos con ramas, tierra y con maderos
ciegan el hondo foso presurosos:
otros que mas presumen de ligeros,
hacen pruebas y saltos peligrosos:
y los que les tocaba ser postreros,
de llegar á las manos deseosos,
tanto el ir adelante procuraban,
que dentro á los primeros arrojaban.
Mas de los muchos muertos y heridos,
de nuestros arcabuces de mampuesto,
y de otros arrojados y caidos,
el foso se cegó y allanó presto;
por dó los enemigos atrevidos
arremetieron, el temor pospuesto,
llegando por las partes mas guardadas
á medir con nosotros las espadas;
Y prosiguiendo en el osado intento,
de nuevo empiezan un combate duro;
mas otros con mayor atrevimiento
trepaban por las picas sobre el muro:
que al bárbaro furor y movimiento
ningun alto lugar habia seguro,
ni parte, por mas áspera que fuese,
donde no se escalase y combatiese.
Los nuestros sobre el muro amontonados
los rebaten, impelen y maltratan,
y con lanzas y tiros arrojados
derriban gente abajo y desbaratan:
mas poco los demás amedrentados
la difícil subida no dilatan,
antes procuran luego embravecidos
ocupar el lugar de los caidos.
Unos así trás otros procediendo,
ganosos de honra y de temor desnudos,
siempre la prisa y multitud creciendo,
crece la furia de los golpes crudos.
Los defendidos términos rompiendo,
cubiertos de sus cóncavos escudos,
nos pusieron en punto y apretura
que estuvo lo imposible en aventura.
En este tiempo Tucapel furioso
apareció gallardo en la muralla,
esgrimiendo un baston fuerte y ñudoso,
todo cubierto de luciente malla:
como el leon de Libia vedijoso,
que abriendo de la tímida canalla
el tejido escuadron con furia horrenda
desembaraza la impedida senda,
Así el furioso bárbaro arrogante
discurre por el muro, derribando
todo lo que allí coge por delante,
su misma gente y armas tropellando.
Quisiera tener lengua y voz bastante
para poder en suma ir relatando
el singular esfuerzo y valentia
que el bravo Tucapel muestra este dia.
No las espesas picas ni pertrechos
bastan puestas en contra á resistirle,
ni fuertes brazos, ni robustos pechos
pueden acometiéndole impedirle;
que montones de gente y armas hechos,
rompe y derriba sin poder sufrirle;
y aun, no contento desto, osadamente
se arroja dentro en medio de la gente;
Y al peligro las fuerzas añadiendo,
la poderosa maza rodeaba,
unos desbaratando, otros rompiendo;
siempre mas tierra y opinion ganaba.
Al fin, los duros golpes resistiendo,
por las armas y gente atravesaba,
hiriendo siempre á diestro y á siniestro
con grande riesgo suyo y daño nuestro.
Tambien hácia la banda del poniente
habia Peteguelen arremetido,
y á despecho y pesar de nuestra gente,
en lo mas alto del bastion subido:
que el valeroso corazon ardiente
le habia por las entrañas esparcido
un belicoso ardor, como si fuera
en la vérde y robusta edad primera.
Mucho no le duró, que á poca pieza
le arrebató una bala desmandada
de los dispuestos hombros la cabeza,
rematando su próspera jornada:
trás esta disparó luego otra pieza,
hácia la misma parte encaminada,
llevando á Guampicol que le seguia,
y á Surco, Longomilla y Lebopía.
La gente que en las naos habia quedado
viendo el rumor y prisa repentina,
cuál salta luego arriba desarmado,
cuál con rodela, cuál con coracina;
quién se arroja al batel, y quién á nado
piensa arribar mas presto á la marina,
llevando cada cual á quien debia,
y ninguno aguardaba compañía.
Así á nado y á remo, con gran pena
el molesto y prolijo mar cortaron,
y en la ribera y deseada arena
casi todos á un tiempo pié tomaron,
donde con disciplina y órden buena
un cerrado escuadron luego formaron,
marchando á socorrer á los amigos
por medio de las armas y enemigos.
Del mar no habian sacado los piés cuando
por la parte de abajo con ruido
les sale un escuadron en contra, dando
una furiosa carga y alarido.
Venia el primero el paso apresurando
el suelto Feniston, mozo atrevido,
que de los otros quiso adelantarse,
con gana y presuncion de señalarse.
Nuestra gente con órden y osadía,
siguiendo su derrota y firme intento,
á la enemiga opuesta arremetia,
que aun de esperar no tuvo sufrimiento:

y á recibir á Feniston salia,
con paso no menor y atrevimiento,
el diestro Julian de Valenzuela,
la espada en mano, al pecho la rodela.
Fue allí el primero que empezó el asalto
el presto Feniston anticipado,
dando un ligero y no pensado salto,
con el cual descargó un baston pesado;
mas Valenzuela, la rodela en alto,
á dos manos el golpe ha reparado,
dejándole atronado de manera
como si encima un monte le cayera.
Bajó la ancha rodela á la cabeza,
tanto fué el golpe recio y desmedido,
y el trasportado jóven una pieza
fue rodando de manos aturdido;
mas luego, aunque atronado, se endereza
y volviendo del todo en su sentido,
pudo al través, hurtándose de un salto,
huir la maza que calaba de alto.
Entró el leño por tierra un gran pedazo
con el gran peso y fuerza que traia,
que visto Valenzuela el embarazo
del bárbaro y el tiempo que él tenia,
metiendo con presteza el pié y el brazo,
el pecho con la espalda le cosia,
y al sacar la caliente y roja espada
le llevó de revés media quijada.
El araucano ya con desatino
le echó los brazos sin saber por donde;
mas el jóven, tentando otro camino,
arrancada la daga le responde:
que con la priesa y fuerza que convino
tres veces en el cuerpo se la esconde,
haciéndole estender ya casi helados
los piés y fuertes brazos añudados.
Ya en aquella sazon ninguno habia
que solo un punto allí estuviese ocioso;
mas cada cual solícito corria
á donde era el favor menesteroso:
era el estruendo tal que parecia
el batir de las armas presuroso
que de sus fijos quicios todo el cielo
desencajado se viniese al suelo.
Por otra parte, arriba en la muralla,
siempre con rabia y prisa hervorosa,
andaba muy reñida la batalla,
y la victoria en confusion dudosa:
vuela en el aire la cortada malla,
y de sangre caliente y espumosa
tantos arroyos en el foso entraban
que los cuerpos en ella ya nadaban.
Así de ambas las partes reciamente
por la plaza y honor se contendia;
quién sobre el muerto sube diligente,
quién muerto sobre el vivo allí caia.
Don García de Mendoza osadamente
su cuartel con esfuerzo defendia,
al gran furor y bárbara violencia
haciendo suficiente resistencia.
Don Felipe Hurtado á la otra mano,
don Francisco de Andia y Espinosa,
y don Simon Pereira, lusitano,
don Alonso Pacheco y Ortigosa,
contrapuestos al ímpetu araucano,
hacian prueba de esfuerzo milagrosa,
resistiendo á gran número la entrada
á pura fuerza y valerosa espada.
Vasco Juarez tambien por otra parte,
Carrillo y don Antonio de Cabrera,
Arias Pardo, Riberos y Lasarte,
Córdoba y Pedro de Olmos de Aguilera,
subidos sobre el alto baluarte
herian en los contrarios de manera
que, aunque eran infinitos, bien seguro
por toda aquella banda estaba el muro.
No menos se mostraba peleando
Juan de Torres, Garnica y Campo frio,
don Martin de Guzman y don Hernando
Pacheco, Gutierrez, Zúñiga y Berrio,
Ronquillo, Lira, Osorio, Vaca, Ovando,
haciendo cosas que el ingenio mio,
aunque libre de estorbos estuviera,
contarlas por estenso no pudiera.
Tanto el daño creció, que de aquel lado
los fieros araucanos aflojaron,
y rostro á rostro, en paso concertado,
quebrantado el furor se retiraron:
los otros, visto el daño no pensado,
tambien del loco intento se apartaron:
quedando Tucapel dentro del fuerte
hiriendo, derribando y dando muerte.
No desmayó por esto, antes ardia
en cólera rabiosa y viva saña,
y acá y allá furioso discurria,
haciendo en todas partes riza estraña:
tropella á Bustamento y á Mejía,
derriba á Diego Perez y á Saldaña.
Mas ya es razon, pues he cantado tanto,
dar fin al gran destrozo y largo canto.

CANTO XX.

Retíranse los araucanos con pérdida de mucha gente: escápase Tucapel muy herido rompiendo por los enemigos: cuenta Tegualda á don Alonso de Ercilla el estraño y lastimoso proceso de su historia.

Nadie prometa sin mirar primero
lo que de su caudal y fuerza siente,
que quien en prometer es muy ligero,
proverbio es que despacio se arrepiente:
la palabra es empeño verdadero
que habemos de quitar forzosamente;
y es derecho comun y ley espresa
guardar al enemigo la promesa.
Bien fuera destas leyes va la usanza
que en este tiempo mísero se tiene;
promesas que os ensanchan la esperanza,
y ninguna se cumple ni mantiene:
así la vana y necia confianza,
que estribando en el aire nos sostiene,
se viene al suelo, y llega el desengaño
cuando es mayor que la esperanza el daño.
De mí sabré decir cuán trabajada
me tiene la memoria y con cuidado
la palabra que dí (bien escusada)
de acabar este libro comenzado:
que la seca materia desgustada
tan desierta y estéril que he tomado
me promete hasta el fin trabajo sumo,
y es malo de sacar de un terron zumo.
¿Quién me metió entre abrojos y por cuestas
trás las roncas trompetas y atambores,
pudiendo ir por jardines y florestas
cogiendo varias y olorosas flores,
mezclando en las empresas y requestas
cuentos, ficciones, fábulas y amores,
donde correr sin límite pudiera,
y dando gusto yo le recibiera?
¿Todo ha de ser batallas y asperezas,
discordia, fuego, sangre, enemistades,
odios, rencores, señas y bravezas,
desatino, furor, temeridades,
rabias, iras, venganzas y fierezas,
muertes, destrozos, rizas, crueldades,
que al mismo Marte ya pondrán hastío,
agotando un caudal mayor que el mio?
Pero forzoso habré de ser paciente,
pues de mi voluntad quise obligarme;
y así os pido, Señor, humildemente

que no os dé pesadumbre el escucharme:
que el atrevido bárbaro valiente
aun no me dá lugar de disculparme;
tal es la furia y prisa con que viene,
que apresurar la mano me conviene.

El cual como encerrada bestia fiera,
ora de aquella y ora desta parte
abre sangrienta y áspera carrera,
y por todas el daño igual reparte;
con un orgullo tal que acometiera
allá en su quinto trono al fiero Marte,
si viera modo de subir al cielo,
segun era gallardo de cerbelo.

Mas viéndose ya solo y mal herido,
y el ejército bárbaro deshecho,
y todo el fiero hierro convertido
contra su fuerte y animoso pecho,
se retrujo á una parte en la cual vido
que el cerro era peinado y muy derecho,
sin muro de aquel lado, donde un salto
habia de mas de veinte brazas de alto.

Como si en tal sazon alas tuviera
mas seguras que Dédalo las tuvo,
se arroja desde arriba de manera
que parece que en ellas se sostuvo:
hizo prueba de sí fuerte y ligera,
que el salto, aunque mortal, en poco tuvo,
cayendo abajo el bárbaro gallardo
como una onza ligera ó suelto pardo.

Mas bien no se lanzó, que en seguimiento
infinidad de tiros le arrojaron,
que aunque no le alcanzara el pensamiento
antes que fuese abajo le alcanzaron:
fue tanto el descargar, que en un momento
en mas de diez lugares le llagaron;
pero no de manera que cayese
ni solo un paso y pié descompusiese.

Viéndose abajo y tan herido, luego
del propósito y salto arrepentido,
abrasado en rabioso y vivo fuego,
terrible y mas que nunca embravecido,
quisiera revolver de nuevo al juego



y vengarse del daño recibido;
mas era imaginarlo desatino,
que el cerro era tajado y sin camino.

Cinco ó seis veces la difícil via
y de fortuna el crédito tentaba,
que fácil lo imposible le hacia
el coraje y furor que le incitaba:
por un lado y por otro discurria,

todo de acá y de allá lo rodeaba,
como el hambriento lobo encarnizado
rodea de los corderos el cercado.
Mas viendo al fin que era designio vano
y de tiros sobre él la lluvia espesa,
retirándose á un lado, vió en el llano
la trabada batalla y fiera priesa:
y como el levantado halcon lozano,
que yendo alta la garza, se atraviesa
el cobarde milano, y desde el cielo
cala á la presa con furioso vuelo.
Así el gallardo Tucapel, dejado
el temerario intento infructuoso,
revuelve á la otra banda, encaminado
al reñido combate sanguinoso:
en esto el bando infiel desconfiado,
de mucha gente y sangre perdidoso,
se retiró siguiendo las banderas
que iban marchando ya por las laderas.
No por eso torció de su demanda
un solo paso el bárbaro valiente,
antes recio embistió por una banda,
tropellando de golpe mucha gente:
y dándoles terrible escurribanda,
pasó de un cabo á otro francamente,
hiriendo y derribando de manera
que dejó bien abierta la carrera.
Quién queda alli estropeado, quién tullido,
quién se duele, quién gime, quién se queja,
quién cae acá, quién cae allá aturdido,
quién haciéndole plaza de el se aleja;
y en el largo escuadron de armas tejido,
un gran portillo y ancha calle deja.
Con el furor que el fiero rayo apriesa
rompe el aire apretado y nube espesa,
De tal manera Tucapel, abriendo
de parte á parte el escuadron cristiano,
arriba á los amigos, que siguiendo,
iban la retirada á paso llano,
con el concierto y órden procediendo
que vemos ir las grullas el verano
cuando de su tendida y negra banda
ninguna se adelanta ni desmanda.
Nosotros, aunque pocos, cuando vimos
que á espaldas vueltas iban ya marchando,
de nuestro fuerte en gran tropel salimos
en la campaña un escuadron formando,
y á paso moderado los seguimos,
de la victoria enteramente usando;
pero dimos la vuelta apresurada
temiendo alguna bárbara emboscada.
Duró, pues, el reñido asalto tanto
que el sol en lo mas alto levantado,
distaba del poniente en punto cuanto
estaba del oriente desviado:
nosotros ya seguros, entretanto
que remataba el curso acostumbrado,
dando lugar á las nocturnas horas
del personal trabajo aliviadoras,
El ciego foso al rededor limpiamos,
sin descansar un punto diligentes,
y en muchas partes dél desbaratamos
anchas traviesas y formadas puentes:
los lugares mas flacos reparamos
con industria y defensas suficientes,
fortificando el sitio de manera
que resistir un gran furor pudiera.
La negra noche á mas andar cubriendo
la tierra que la luz desamparaba,
se fue toda la gente recogiendo
segun y en el lugar que le tocaba
la guardia y centinelas repartiendo
que el tiempo estrecho á nadie reservaba:
me cupo el cuarto de la prima en suerte
en un bajo recuesto junto al fuerte,
Donde con el trabajo de aquel dia
y no me haber en quince desarmado,
el importuno sueño me afligía,
hallándome molido y quebrantado:
mas con nuevo ejercicio resistia,
paseándome deste y de aquel lado
sin parar un momento: tal estaba
que de mis propios piés no me fiaba.
No el manjar de sustancia vaporoso,
ni vino muchas veces trasegado,
ni el hábito y costumbre de reposo
me habian el grave sueño acarreado:
que bizcocho negrísimo y mohoso,
por medida de escasa mano dado,
y la agua llovediza desabrida,
era el mantenimiento de mi vida.
Y á veces la racion se convertia
en dos tasados puños de cebada,
que cocida con yerbas nos servia
por la falta de sal la agua salada:
la regalada cama en que dormia
era la húmida tierra empantanada,
armado siempre y siempre en ordenanza,
la pluma ora en la mano, ora la lanza.
Andando, pues, así con el molesto
sueño que me aquejaba porfiando,
y en gran silencio el encargado puesto
de un canto al otro canto paseando:
vi que estaba el un lado del recuesto
lleno de cuerpos muertos blanqueando,
que nuestros arcabuces aquel dia
habian hecho gran riza y batería.
No mucho despues desto, yo que estaba
con ojo alerto y con atento oido,
sentí de rato en rato que sonaba
hácia los cuerpos muertos un ruido,
que cada vez al fin se remataba
con un triste suspiro sostenido,
y tornaba á sentirse, pareciendo
que iba de cuerpo en cuerpo discurriendo.
La noche era tan lóbrega y escura
que divisar lo cierto no podia,
y así por ver el fin de esta aventura
(aunque mas por cumplir lo que debia)
me vine, agazapado en la verdura,
hácia la parte que el rumor se oia,
donde vi entre los muertos ir oculto
andando á cuatro piés un negro bulto.
Yo de aquella vision mal satisfecho,
con un temor, que agora aun no le niego,
la espada en mano y la rodela al pecho,
llamando á Dios, sobre él aguijé luego:
mas el bulto se puso en pié derecho,
y con medrosa voz y humilde ruego
dijo: «Señor, señor, merced te pido,
que soy mujer, y nunca te he ofendido:
Si mi dolor y desventura estraña
á lástima y piedad no te inclinaren,
y tu sangrienta espada y fiera saña
de los términos lícitos pasaren,
¿qué gloria adquirirás de tal hazaña,
cuando los justos cielos publicaren
que se empleó en una mujer tu espada,
viuda, mísera, triste y desdichada?
Ruégote, pues, señor si por ventura
ó desventura, como fue la mia,
con amor verdadero y con fe pura
amaste tiernamente en algun dia,
me dejes dar á un cuerpo sepultura,
que yace entre esta muerta compañía:
mira que aquel que niega lo que es justo,
lo malo aprueba ya y se hace injusto.
No quieras impedir obra tan pía,
que aun en bárbara guerra se concede
que es especie y señal de tiranía

usar de todo aquello que se puede:
deja buscar su cuerpo á esta alma mia;
despues furioso con rigor procede,
que ya el dolor me ha puesto en tal estremo
que mas la vida que la muerte temo:
Que no sé mal que ya dañar me pueda;
ni hay bien mayor que no le haber tenido:
acábese y fenezca lo que queda,
pues que mi dulce amigo ha fenecido:
que aunque el cielo cruël no me conceda
morir mi cuerpo con el suyo unido,
no estorbará, por mas que me persiga,
que mi afligido espíritu le siga.»
En esto con instancia me rogaba
que su dolor de un golpe rematase;
mas yo, que en duda y confusion estaba
aun, teniendo temor que me engañase,
del verdadero indicio no fiaba,
hasta que un poco mas me asegurase,
sospechando que fuese algun espía
que á saber como estábamos venia.
Bien que estuve dudoso, pero luego
(aunque la noche el rostro le encubria)
en su poco temor y gran sosiego
vi que verdad en todo me decia;
y que el pérfido Amor ingrato y ciego
en busca del marido la traia,
el cual en la primera arremetida
queriendo señalarse dió la vida.
Movido, pues, á compasion de vella,
firme en su casto y amoroso intento,
de allí salido, me volví con ella
á mi lugar y señalado asiento:
donde yo le rogué que su querella
con ánimo seguro y sufrimiento
desde el principio al cabo me contase,
y desfogando la ansia descansase.
Ella dijo: «¡Ay de mí! que es imposible
tener jamás descanso hasta la muerte,
que es sin remedio mi pasion terrible
y mas que todo sufrimiento fuerte:
mas aunque me será cosa insufrible,
diré el discurso de mi amarga suerte;
quizá que mi dolor, segun es grave,
podrá ser que esforzándole me acabe:
Yo soy Tegualda, hija desdichada
del cacique Bracol desventurado,
de muchos por hermosa en vano amada,
libre un tiempo de amor y de cuidado;
pero muy presto la Fortuna, airada
de ver mi libertad y alegre estado,
turbó de tal manera mi alegría
que al fin muero del mal que no temia.
De muchos fui pedida en casamiento,
y á todos igualmente despreciaba,
de lo cual mi buen padre descontento,
que yo aceptase alguno me rogaba;
pero con franco y libre pensamiento
de su importuno ruego me escusaba:
que era pensar mudarme desvario,
y martillar sin fruto en hierro frio.
No por mis libres y ásperas repuestas
los firmes pretensores aflojaron;
antes con nuevas pruebas y requestas,
en su vana demanda mas instaron:
y con danzas, con juegos y otras fiestas
mudar mi firme intento procuraron,
no les bastando maña ni artificio
á sacar mi propósito de quicio.
Muy presto, pues, llegó el postrero dia
desta mi libertad y señorío,
¡oh si lo fuera de la vida mia!
pero no pudo ser, que era bien mio.
En un lugar que junto al pueblo habia,
donde el claro Gualebo, manso rio,
despues que sus viciosos campos riega,
el nombre y agua al ancho Itata entrega,
Allí, para castigo de mi engaño,
que fuese á ver sus fiestas me rogaron;
y como habia de ser para mi daño,
fácilmente conmigo lo acabaron.
Luego, por órden y artificio estraño
la larga senda y pasos enramaron,
pareciéndoles malo el buen camino
y que el sol de tocarme no era dino.
Llegué por varios arcos donde estaba
un bien compuesto y levantado asiento,
hecho por tal manera que ayudaba
la maestra Natura al ornamento:
el agua clara en torno murmuraba;
los árboles movidos por el viento
hacian un movimiento y un ruïdo
que alegraban la vista y el oido.
Apenas, pues, en él me habia asentado,
cuando un alto y solene bando echaron,
y del ancho palenque y estacado
la embarazosa gente despejaron:
cada cual á su puesto retirado,
la acostumbrada lucha comenzaron,
con un silencio tal, que los presentes
juzgaran ser pinturas mas que gentes.
Aunque habia muchos jóvenes lucidos,
todos al parecer competidores,
de diferentes suertes y vestidos,
y de un fin engañoso pretensores;
no estaba en cuales eran los vencidos,
ni cuales habian sido vencedores,
buscando acá y allá entretenimiento,
con un ocioso y libre pensamiento.
Yo, que en cosa de aquellas no paraba,
el fin de sus contiendas deseando,
ora los altos árboles miraba,
de natura las obras contemplando;
ora la agua que el prado atravesaba,
las varias pedrezuelas numerando,
libre á mi parecer y muy segura
de cuidado, de amor, y desventura:
Cuando un gran alboroto y vocería,
(cosa muy cierta en semejante juego)
se levantó entre aquella compañía,
que me sacó de seso y mi sosiego.
Yo, queriendo entender lo que seria;
al mas cerca de mí pregunté luego
la causa de la grita ocasionada,
(que me fuera mejor no saber nada);
El cual dijo: «Señora, ¿no has mirado
como el robusto jóven Mareguano,
con todos cuantos mozos ha luchado
los ha puesto de espaldas en el llano;
y cuando ya esperaba confiado
que la bella guirnalda de tu mano
le ciñera la ufana y leda frente,
en premio y por señal del mas valiente.
Aquel gallardo mozo bien dispuesto,
del vestido de verde y encarnado,
con gran facilidad le ha en tierra puesto,
llevándole el honor que habia ganado;
y el facil y liviano pueblo, desto
como de novedad maravillado,
ha levantado aquel confuso estruendo.
la fuerza del mancebo encareciendo:
Y tambien Mareguano que procura
de volver á luchar, el cual alega
que fue siniestro caso y desventura,
que en fuerza y maña el otro no le llega:
pero la condicion y la postura
del espreso cartel se lo deniega,
aunque el jóven con ánimo valiente
da voces que es contento y lo consiente:
Pero los jueces, por razon, no admiten

del uno ni del otro el pedimento,
ni en modo alguno quieren ni permiten
inovacion en esto y movimiento:
mas que de su propósito se quiten,
si entrambos de comun consentimiento,
pareciendo primero en tu presencia,
no alcanzaren de tí franca licencia?»
En esto, á mi lugar enderezando
de aquella gente un gran tropel venia,
que como junto á mí llegó, cesando
el discorde alboroto y vocería,
el mozo vencedor la voz alzando,
con una humilde y baja cortesía,
dijo: «Señora, una merced te pido,
sin haberla mis obras merecido.
Que si soy extranjero y no merezco
hagas por mí lo que es tan de tu oficio,
como tu siervo natural me ofrezco
de vivir y morir en tu servicio;
que aunque el agravio aquí yo le padezco,
por dar de esta mi oferta algun indicio
quiero; si dello fueres tú servida,
luchar con Mareguano otra caïda.
Y otra, y otra, y aun mas, si él quiere, quiero,
hasta dejarle en todo satisfecho;
y consiento que al punto y ser primero
se reduzca la prueba y el derecho;
que siendo en tu presencia, cierto espero
salir con mayor gloria de este hecho:
danos licencia, rompe el estatuto
con tu poder sin límite absoluto.»
Esto dicho, con baja reverencia
la respuesta, mirándome, esperaba;
mas yo, que sin recato y advertencia
escuchándole atenta le miraba,
no solo concederle la licencia,
pero ya que venciese deseaba;
y así le respondí: «Si yo algo puedo,
libre y graciosamente lo concedo.»
Luego los dos cortés y alegremente
sin detenerse mas se despidieron,
y con grande alborozo de la gente,
en la cerrada plaza los metieron,
adonde los padrinos igualmente
el sol ya bajo y campo les partieron;
y dejándolos solos en el puesto
el uno para el otro movió presto.
Juntáronse en un punto, y porfiando
por el campo anduvieron un gran trecho,
ora volviendo en torno y volteando,
ora yendo al través, ora al derecho,
ora alzándose en alto, ora bajando,
ora en sí recogidos pecho á pecho,
tan estrechos, gimiendo, se tenian
que recibir aliento aun no podian.
Volvian á forcejar con un ruïdo
que era de ver y oirlos cosa estraña
pero el mozo extranjero ya corrido
de su poca pujanza y mala maña,
alzó de tierra al otro y de un gemido,
de espaldas le trabuca en la campaña,
con tal golpe que al triste Mareguano
no le quedó sentido y miembro sano.
Luego de mucha gente acompañado
á mi asiento los jueces le trujeron,
el cual ante mis piés arrodillado,
que yo le diese el precio me dijeron.
No sé si fue su Estrella ó fue mi Hado,
ni las causas que en esto concurrieron,
que comencé á temblar, y un fuego ardiendo
fue por todos mis huesos discurriendo.
Halléme tan confusa y alterada
de aquella nueva causa y accidente,
que estuve un rato atónita y turbada
en medio del peligro y tanta gente;
pero volviendo en mí mas reportada,
al vencedor en todo dignamente,
que estaba allí inclinado ya en mi falda,
le puse en la cabeza la girnalda;
Pero bajé los ojos al momento
de la honesta vergüenza reprimidos,
y el mozo con un largo ofrecimiento
inclinó á sus razones mis oidos.
Al fin se fue, llevándome el contento
y dejando turbados mis sentidos,
pues que llegué de amor y pena junto
de solo el primer paso al postrer punto.
Sentí una novedad que me apremiaba
la libre fuerza y el rebelde brio,
á la cual sometida se entregaba
la razon, libertad y el albedrio.
Yo que, cuando acordé ya me hallaba
ardiendo en vivo fuego el pecho frio,
alcé los ojos tímidos cebados,
que la vergüenza allí tenia abajados.
Roto con fuerza súbita y furiosa
de la vergüenza y continencia el freno,
le seguí con la vista deseosa,
cebando mas la llaga y el veneno;
que solo allí mirarle y no otra cosa,
para mi mal hallaba, que era bueno:
así que, á donde quiera que pasaba
tras sí los ojos y alma me llevaba.
Víle que á la sazon se apercebia,
para correr el palio acostumbrado,
que una milla de trecho y mas tenia
el término del curso señalado:
y al suelto vencedor se prometia
un anillo de esmalte rodeado,
y una gruesa esmeralda bien labrada,
dado por esta mano desdichada.
Mas de cuarenta mozos en el puesto
á pretender el precio parecieron,
donde en la raya el pié cada cual puesto,
prontos y apercebidos atendieron,
que no sintieron la señal tan presto
cuando todos en hila igual partieron
con tal velocidad que casi apenas
señalaban la planta en las arenas;
Pero Crepino, el jóven extranjero,
que así de nombre propio se llamaba,
venia con tanta furia el delantero
que al presuroso viento atrás dejába:
el rojo palio al fin tocó el primero,
que la larga carrera remataba,
dejando con su término agraciado
el circunstante pueblo aficionado.
Con solene triunfo, rodeando
la llena y ancha plaza, le llevaron;
pero despues á mi lugar tornando,
que le diese el anillo me rogaron:
yo un medroso temblor disimulando,
que atentamente todos me miraron,
del empacho y temor pasado el punto,
le dí mi libertad y anillo junto.
El me dijo: »Señora, te suplico
le recibas de mí, que aunque parece
pobre y pequeño el don, te certifico
que es grande la aficion con que se ofrece,
que con este favor quedaré rico;
y así el ánimo y fuerzas me engrandece,
que no habrá empresa grande ni habrá cosa
que ya me pueda ser dificultosa.»
Yo por usar de toda cortesía,
que es lo que á las mujeres perficiona,
le dije que el anillo recibia,
y mas la voluntad de tal persona.
En esto toda aquella compañía,
hecha en torno de mí espesa corona,
del ya agradable asiento me bajaron.

y á casa de mi padre me llevaron.
No con pequeña fuerza y resistencia,
por dar satisfaccion de mí á la gente,
encubrí tres semanas mi dolencia,
siempre creciendo el daño y fuego ardiente;
y mostrando venir á la obediencia
de mi padre y señor, mañosamente
le dí á entender por señas y rodeo,
querer cumplir su ruego y mi deseo.
Diciendo, que pues él me persuadía
que tomase parientes y marido,
al parecer, segun que convenia,
yo por le obedecer le habia elegido:
el cual era Crepino, que tenia
valor, suerte y linaje conocido,
junto con ser discreto, honesto, afable,
de condicion y término loable.
Mi padre, que con sesgo y ledo gesto
hasta el fin escuchó el parecer mio,
besándome en la frente dijo: «en esto,
y en todo me remito á tu albedrío,
pues de tu discrecion y intento honesto
que elegirás lo que conviene fio;
y bien muestra Crepino en su crianza
ser de buenos respetos y esperanza.»
Ya que con voluntad y mandamiento
á mi honor y deseo satisfizo,
y la vana contienda y fundamento
de los presentes jóvenes deshizo,
el infelice y triste casamiento
en forma y acto público se hizo
hoy hace justo un mes; ¡oh suerte dura,
qué cerca está del bien la desventura!
Ayer me ví contenta de mi suerte



Tegualda encuentra el cuerpo de su marido.

sin temor de contraste ni recelo;
hoy la sangrienta y rigurosa muerte,
todo lo ha derribado por el suelo.
¿Qué consuelo ha de haber á mal tan fuerte?
¿qué recompensa puede darme el cielo
á donde ya ningun remedio vale,
ni hay bien que con tan grande mal se iguale?
Este es, pues, el proceso, esta es la historia,
y el fin tan cierto de la dulce vida:
he aquí mi libertad y breve gloria
en eterna amargura convertida.
Y pues que por tu causa, la memoria
mi llaga ha renovado encrudecida,
en recompensa del dolor te pido
me dejes enterrar á mi marido;
Que no es bien que las aves carniceras
despedacen el cuerpo miserable,
ni los perros y brutas bestias fieras

satisfagan su estómago insaciable:
mas cuando empedernido ya no quieras
hacer cosa tan justa y razonable,
haznos con esa espada y mano dura
iguales en la muerte y sepultura.»

Aquí acabó su historia, y comenzaba
un llanto tal que el monte enternecia,
con una ansia y dolor que me obligaba
á tenerle en el duelo compañía;
que ya el asegurarle no bastaba
de cuanto prometer yo le podia;
solo pedia la muerte y sacrificio
por último remedio y beneficio.

En gran congoja y confusion me viera,
si don Simon Pereira, que á otro lado
hacia tambien la guardia, no viniera
á decirme que el tiempo era acabado:
y espantado tambien de lo que oyera,
que un poco desde aparte habia escuchado,
me ayudó á consolarla, haciendo ciertas
con nuevo ofrecimiento mis ofertas.

Ya el presuroso cielo volteando,
en el mar las estrellas trastornaba,
y el crucero las horas señalando,
entre el sur y sudueste declinaba:
en mitad del silencio y noche, cuando
visto cuanto la oferta le obligaba,
reprimiendo Tegualda su lamento,
la llevamos á nuestro alojamiento.

Donde en honesta guarda y compañía
de mujeres casadas quedó en tanto
que el esperado ya vecino dia
quitase de la noche el negro manto.
Entretanto tambien razon seria,
pues que todos descansan y yo canto,
dejarlo hasta mañana en este estado,
que de reposo estoy necesitado.

CANTO XXI.

Halla Tegualda el cuerpo del marido, y haciendo un llanto sobre él le lleva á su tierra. Llegan á Penco los españoles y caballos que venian de Santiago y de la Imperial por tierra. Hace Caupolican muestra general de su gente.

¿Quién de amor hizo prueba tan bastante,
quién vió tal muestra y obra tan piadosa
como la que tenemos hoy delante
desta infelice bárbara hermosa?
La Fama, engrandeciéndola, levante
mi baja voz, y en alta y sonorosa,
dando noticia della, eternamente
corra de lengua en lengua y gente en gente.

Cese el uso dañoso y ejercicio
de las mordaces lenguas ponzoñosas,
que tienen de costumbre y por oficio
ofender las mujeres virtuosas;
pues, mirándolo bien, solo este indicio
sin haber en contrario tantas cosas,
confunde su malicia y las condena
á duro freno y vergonzosa pena.

Cuántas y cuántas vemos que han subido
á la difícil cumbre de la fama,
Judit, Camila, la fenisa Dido,
á quien Virgilio injustamente infama;
Penélope, Lucrecia, que al marido
lavó con sangre la violada cama;
Hippo, Tucja, Virginia, Fulvia, Clelia,
Porcia, Sulpicia, Alcestes y Cornelia.

Bien puede ser entre estas colocada
la hermosa Tegualda; pues parece
en la rara hazaña señalada
cuanto por el piadoso amor merece:
así, sobre sus obras levantada,
entre las mas famosas resplandece,
y el nombre será siempre celebrado
á la inmortalidad ya consagrado.

Quedó, pues, como dije, recogida
en parte honesta y compañía segura,
del poco beneficio agradecida,
segun lo que esperaba en su ventura.
Pero la aurora y nueva luz venida,
aunque el sabroso sueño con dulzura
me habia los lasos miembros ya trabado,
me despertó el aquejador cuidado.

Viniendo á toda prisa á donde estaba
firme en el triste llanto y sentimiento,
que solo un breve punto no aflojaba
la dolorosa pena y el lamento.
Yo con gran compasion la consolaba,
haciéndole seguro ofrecimiento
de entregarle el marido y darle gente
con que salir pudiese libremente.

Ella, del bien incrédula, llorando,
los brazos estendidos, me pedia
firme seguridad; y así llamando
los indios de servicio que tenia,
salí con ella acá y allá buscando:
al fin entre los muertos que allí habia
hallamos el sangriento cuerpo helado,
de una redonda bala atravesado.

La mísera Tegualda, que delante
vió la marchita faz desfigurada,
con horrendo furor en un instante
sobre ella se arrojó desatinada,
y junta con la suya, de abundante
flujo de vivas lágrimas bañada,
la boca le besaba y la herida,
por ver si le podia infundir la vida.

»¡Ay cuitada de mí! (decia) ¡qué hago
entre tanto dolor y desventura!
¡Cómo al injusto amor no satisfago
en esta aparejada coyuntura!
¿Por qué ya, pusilámine, de un trago
no acabo de pasar tanta amargura?
¿Qué es esto? ¿la injusticia á donde llega
que aun el morir forzoso se me niega?»

Así furiosa, por morir echaba
la rigurosa mano al blanco cuello;
y no pudiendo mas, no perdonaba
al afligido rostro ni al cabello:
y aunque yo de estorbarlo procuraba,
apenas era parte á defendello;
tan grande era la basca y ansia fuerte
de la rabiosa gana de la muerte.

Despues que algo las ansias aplacaron
por la gran persuasion y ruego mio,
y sus promesas ya me aseguraron
del gentílico intento y desvario,
los prestos yanaconas levantaron
sobre un tablon el yerto cuerpo frio,
llevándole en los hombros suficientes
á donde le aguardaban sus sirvientes.

Mas, porque estando así rota la guerra
no padeciese agravio y demasía,
hasta pasar una vecina sierra
le tuve con mi gente compañía;
pero llegando á la segura tierra
encaminada en la derecha via,
se despidió de mí reconocida
del beneficio y obra recebida.

Vuelto al asiento, digo, que estuvimos
toda aquella semana trabajando,
en la cual lo deshecho rehicimos,
el foso y roto muro reparando:
de industria y fuerza, al fin, nos prevenimos
con buen ánimo y órden, aguardando
al enemigo campo cada dia,
que era pública fama que venia.

Tambien tuvimos nueva que partidos
eran de Mapochó nuestros gerreros,

de armas y municiones bastecidos,
con mil caballos y dos mil flecheros:
mas del lluvioso invierno los crecidos
raudales y las ciénegas y esteros,
llevándoles ganado, ropa y gente,
los hacian detener forzosamente.
Estando, como digo, una mañana
llegó un indio á gran priesa á nuestro fuerte,
diciendo: «¡Oh temeraria gente insana!
huid, huid la ya vecina muerte:
que la potencia indómita araucana
viene sobre vosotros, de tal suerte
que no bastarán muros ni reparos,
ni sé lugar donde podais salvaros.»
El mismo aviso trujo á medio dia
un amigo cacique de la sierra,
afirmando por cierto que venia
todo el poder y fuerza de la tierra
con soberbio aparato, donde habia
instrumentos y máquinas de guerra,
puentes, traviesas, árboles, tablones
y otras artificiosas prevenciones.
No desmayó por esto nuestra gente,
antes venir al punto deseaba,
que el menos animoso osadamente
el lugar de mas riesgo procuraba:
y con industia y órden conveniente
todo lo necesario se aprestaba,
esperando la gente apercebida
al dia amenazador de tanta vida.
Fuimos tambien por indios avisados
de nuestros espiones, que sin duda
nos darian el asalto por tres lados
al postrer cuarto de la noche muda:
así que, cuando mas desconfiados,
no de divina, mas de humana ayuda,
por la cumbre de un monte de repente
apareció en buen órden nuestra gente.
¿Quién pudiera pintar el gran contento,
el alborozo de una y otra parte,
el ordenado alarde, el movimiento,
el ronco estruendo del furioso Marte;
tanta bandera descogida al viento,
tanto pendon, divisa y estandarte;
trompas, clarines, voces, apellidos,
relinchos de caballos y bufidos?
Ya que los unos y otros con razones
de amor y cumplimiento nos hablamos,
y para los caballos y peones
lugar cómodo y sitio señalamos,
tiendas labradas, toldos, pabellones
en la estrecha campaña levantamos
en tanta multitud que parecia
que una ciudad allí nacido habia.
Fue causa la venida desta gente
que el ejército bárbaro vecino,
con nuevo acuerdo y parecer prudente
mudase de propósito y camino:
que Colocolo astuta y sábiamente
al consejo de muchos contravino,
discurriendo por términos y modos,
que redujo á su voto los de todos.
Aunque, como ya digo, antes tuvieron
gran contienda sobre ello y diferencia,
pero al fin por entonces difirieron
la ejecucion de la áspera sentencia;
y el poderoso campo retrujeron
hasta tener mas cierta inteligencia
del español ejército arribado,
que ya le habia la Fama acrecentado.
Pero los nuestros, de mostrar ganosos
aquel valor que en la nacion se encierra,
enemigos del ocio, y deseosos
de entrar talando la enemiga tierra,
procuran con afectos hervorosos
apresurar la deseada guerra,
haciendo diligencia y gran instancia
en prevenir las cosas de importancia.
Reformado el bagaje brevemente
de la jornada larga y desabrida,
la bulliciosa y esforzada gente,
ganosa de honra y de valor movida,
murmurando el reposo libremente,
pide que se acelere la partida,
y el dia tanto de todos deseado
que fue de aquel en cinco señalado.
En el alegre y esperado dia,
al comenzar de la primer jornada,
llegó de la Imperial gran compañía
de caballeros y de gente armada:
que en aquella ocasion tambien venia
por tierra, aunque rebelde y alterada,
con gran chusma y bagaje, bastecida
de municiones, armas y comida.
Ya, pues, en aquel sitio recogidos
tantos soldados, armas, municiones,
de cosas importantes advertidos,
hechas las necesarias provisiones;
fueron per igual órden repartidos
los lugares, cuarteles y escuadrones,
para que en el rebato y voz primera
cada cual acudiese á su bandera.
Caupolican con no menor doctrina
y gran cuidado en todo y providencia,
la gente de su ejército consina
á los hombres de suerte y suficiencia,
que en la arte militar y diciplina
era de mayor prueba y esperiencia.
Y todo puesto á punto, quiso un dia
ver la gente y las armas que tenia.
Era el primero que empezó la muestra
el cacique Pilloleo el cual armado
iba de fuertes armas, en la diestra
un gran baston de acero barreado;
delante de su escuadra, gran maestra
de arrojar el certero dardo usado,
procediendo en buen órden y manera,
de trece en trece iguales por hilera.
Luego pasó detrás de los postreros
el fuerte Leucoton, á quien siguiendo
iba una espesa banda de flecheros,
gran número de tiros esparciendo.
Venia Rengo tras él con sus maceros,
en paso igual y grave, procediendo
arrogante, fantástico, lozano,
con un entero líbano en la mano.
Tras él con fiero término seguia
el áspero y robusto Tulcomara,
que vestida en lugar de arnés traía
la piel de un fiero tigre que matara:
cuya espantosa boca le ceñia
por la frente y quijadas la ancha cara,
con dos espesas órdenes de dientes
blancos, agudos, lisos y lucientes;
Al cual, en gran tropel, acompañaban
su gente agreste y ásperos soldados,
que en apiñada muela le cercaban,
de pieles de animales rodeados:
luego los talcamávidas pasaban,
que son mas aparentes que esforzados,
debajo del gobierno y del amparo
del jactancioso mozo Caniotaro.
Iba siguiendo la postrer hilera
Millalermo mancebo floreciente,
con sus pintadas armas, el cual era
del famoso Picoldo decendiente,
rigiendo los que habitan la ribera
del gran Nibequeten, que su corriente
no deja á la pasada fuente y rio
que todos no los traiga al Biobio.

Pasó luego la muestra Mareande,
con una cimitarra y ancho escudo,
mozo de presuncion y orgullo grande,
alto de cuerpo, en propo cion membrudo:
iba con él su primo Lepomande,
desnudo, al hombro un gran cuchillo agudo,
ambos de una divisa, rodeados
de gente armada y pláticos soldados.
Seguia el órden trás estos Lemolemo,
arrastrando una pica poderosa,
delante de su escuadra, por estremo
lucida entre las otras y vistosa:
un poco atrás del cual iba Gualemo,
cubierto de una piel dura y pelosa
de un caballo marino, que su padre
habia muerto en defensa de la madre.
Cuentan (no sé si es fábula) que estando
bañándose en la mar, algo apartada,
un caballo marino allí arribando,
fue de él súbitamente arrebatada;
y el marido á las voces aguijando
de la cara mujer, del pez robada,
con el dolor y pena de perdella,
al agua se arrojó luego trás ella.
Pudo tanto el amor, que el mozo osado
al pescado alcanzó, que se alargaba,
y abrazado con él por maña á nado,
á la vecida orilla le acercaba.
donde el marino monstruo sobreaguado
(que tambien el amor ya le cegaba)
dió recio en seco, al tiempo que el reflujo
de las huidoras olas se retrujo.
Soltó la presa libre, y sacudiendo
la dura cola, el suelo deshacia,
y aquí y allí el gran cuerpo retorciendo,
contra el mozo animoso se volvia:
el cual, sazon y punto no perdiendo,
á las cercanas armas acudia,
comenzando los dos una batalla
que el mar calmó, y el sol paró á miralla.
Mas con destreza el bárbaro valiente,
de fuerza y ligereza acompañada,
heria al furioso monstruo reciamente
con una porra de metal herrada:
al cabo el indio valerosamente
dió felice remate á la jornada,
dejando al gran pescado allí tendido,
que mas de treinta piés tenia, medido:
Y en memoria del hecho hazañoso,
digno de le poner en escritura,
del pellejo del pez duro y peloso
hizo una fuerte y fácil armadura.
Muerto Guacol, Gualemo valeroso
las armas heredó y á Quilacura,
que es un valle estendido y muy poblado
de gente rica, de oro y de ganado.
Pasó trás este luego Talcaguano
(que ciñe el mar su tierra y la rodea)
un mástil grueso en la derecha mano,
que como un tierno junco le blandea,
cubierto de altas plumas muy lozano,
siguiéndole su gente de pelea,
por los pechos al sesgo atravesadas
bandas azules, blancas y encarnadas.
Venia trás él Tomé, que sus pisadas
seguian los puelches, gentes banderizas,
cuyas armas son puntas enhastadas,
de una gran braza largas y rollizas:
y los trulos tambien, que usan espadas,
de fe mudable, y cosas movedizas,
hombres de poco efecto, alharaquientos,
de fuerza grande y chicos pensamientos,
No faltó Andalican con su lucida
y ejercitada gente en ordenanza,
una cota finísima vestida,
vibrando la fornida y gruesa lanza:
y Orompello, de edad aun no cumplida,
pero de grande muestra y esperanza,
otra escuadra de práticos regia
llevando al diestro Ongolmo en compañía.
Elicura pasó luego trás estos
armado ricamente, el cual traía
una banda de mozos bien dispuestos,
de grande presuncion y gallardía:
seguian los llaucos de almagrados gestos,
robusta y esforzada compañía,
llevando en medio de ellos por caudillo
al sucesor del ínclito Ainavillo.
Seguia despues Cayocupil, mostrando
la dispuesta persona y buen deseo,
su veterana gente gobernando,
con paso grave y con vistoso arreo.
Trás él venia Puren, tambien guiando
con no menor donaire y contoneo
una bizarra escuadra de soldados
en la dura milicia ejercitados.
Lincoya iba trás él, casi gigante,
la cresta sobre todos levantada,
armado un fuerte peto rutilante,
de penachos cubierta la celada.
Con desdeñoso término delante
de su lustrosa escuadra bien cerrada
el jóven Peicaví luego guiaba
otro espeso escuadron de gente brava.
Venia en esta reseña en buen concierto
el grave Caniomangue, entristecido
por el insigne viejo padre muerto,
á quien habia en el cargo sucedido:
todo de negro, el blanco arnés cubierto,
y su escuadron de aquel color vestido,
al tardo son y paso los soldados
de roncos atambores destemplados.
Fue allí el postrero que pasó en la lista
(primero en todo) Tucapel gallardo,
cubierta una lucida sobrevista
de unos anchos escaques de oro y pardo:
grande en el cuerpo, y áspero en la vista,
con un huello lozano y paso tardo,
detrás del cual iba un tropel de gente
arrogante, fantástica y valiente.
El gran Caupolican, con la otra parte
y resto del ejército araucano,
mas encendido que el airado Marte,
iba con un baston corto en la mano:
bajo de cuya sombra y estandarte
venia el valiente Curgo y Mareguano,
y el grave y elocuente Colocolo,
Millo, Teguan, Lambecho y Guampicolo.
Seguian luego detrás sus plimaiquenos,
tuncos, renoguelones y pencones,
los itatas, mauleses y cauquenos,
de pintadas divisas y pendones,
nibequetenes, puelches y cautenos,
con una espesa escuadra de peones,
y multitud confusa de guerreros,
amigos comarcanos y extranjeros.
Segun el mar las olas tiende y crece,
así crece la fiera gente armada;
tiembla en torno la tierra y se estremece,
de tantos piés batida y golpeada:
lleno el aire de estruendo se escurece
con la gran polvareda levantada,
que en ancho remolino al cielo sube
cual ciega niebla espesa ó parda nube.
Pues nuestro campo en órden semejante,
segun que dije arriba, don García
al tiempo de partir puesto delante
de aquella valerosa compañía,
con un alegre término y semblante,
que dichoso suceso prometia,

moviendo los dispuestos corazones,
comenzó de decir estas razones:
«Valientes caballeros, á quien solo
el valor natural de la persona
os trujo á descubrir el austral polo,
pasando la solar tórrida zona
y los distantes trópicos, que Apolo
por mas que cerca el cielo y le corona,
jamás en ningun tiempo pasar puede,
ni el soberano Autor se lo concede;
Ya que con tanto afan habeis seguido
hasta aquí las católicas banderas,
y al español dominio sometido
innumerables gentes extranjeras,
el fuerte pecho y ánimo sufrido
poned contra estos bárbaros de veras,
que, vencido esto poco, teneis llano
todo el mundo debajo de la mano.
Y en cuanto dilatamos este hecho
y dè llegar al fin lo comenzado,
poco ó ninguna cosa habemos hecho,
ni aun es vuestro el honor que habeis ganado:
que, la causa indecisa, igual derecho
tiene el fiero enemigo en campo armado
á todas vuestras glorias y fortuna,
pues las puede ganar con sola una.
Lo que yo os pido de mi parte y digo
es, que en estas batallas y revueltas,
aunque os haya ofendido el enemigo,
jamás vos le ofendais espaldas vueltas:
antes le defended como al amigo
si, volviéndose á vos las armas sueltas,
rehuyere el morir en la batalla;
que mas es dar la vida que quitalla.
Poned á todo en la razon la mira,
por quien las armas siempre habeis tomado,
que pasando los términos la ira
pierde fuerza el derecho ya violado:
pues cuando la razon no frena y tira
el ímpetu y furor demasiado,
el rigor escesivo en el castigo
justifica la causa al enemigo.
No sé, ni tengo mas acerca desto
que decir ni advertiros con razones,
que en detener ya tanto soy molesto
la furia desos vuestros corazones:
sús, sús, pues, derribad y allanad presto
las palizadas, tiendas, pabellones,
y movamos de aquí todos á una
á donde ya nos llama la fortuna.»
Súbito las escuadras presurosas
con grande alarde y con gallardo brio
marchan á las riberas arenosas
del ancho y caudaloso Biobio;
y en esquifadas barcas espaciosas
atravesaron luego el ancho rio,
entrando con ejército formado
por el distrito y término vedado.
Mas, segun el trabajo se me ofrece
que tengo de pasar forzosamente,
reposar algun tanto me parece
para cobrar aliento suficiente;
que la cansada voz me desfallece,
y siento ya acabárseme el torrente:
mas yo me esforzaré, si puedo, tanto
que os venga á contentar e! otro canto.

CANTO XXII.

Entran los españolca en el estado de Arauco: traban los araucanos con ellos una reñida batalla: hace Rango de su persona gran prueba: cortan las manos por justicia á Galbarino, indio valeroso.

Pérfido Amor tirano, ¿qué provecho
piensas sacar de mi desasosiego?
¿No estás de mi promesa satisfecho,
que quieres afligirme desde luego?
¡Ay! que ya siento en mi cuidoso pecho
labrarme poco á poco un vivo fuego;
y desde allí con movimiento blando
ir por venas y huesos penetrando.
¿Tanto, traidor, te vá en que yo no siga
el duro estilo del sangriento Marte,
que así de tal manera me fatiga
tu importuna memoria en cada parte?
Déjame ya, no quieras que se diga
que, porque nadie quiere celebrarte,
al último rincon vas á buscarme,
y allí pones tu fuerza en aquejarme.
¿No ves que es mengua tuya y gran bajeza
habiendo tantos célebres varones,
venir á mendigar á mi pobreza,
tan falta de concetos y razones;
y en medio de las armas y aspereza,
sumido en mil forzosas ocasiones,
me cargas por un sueño, quizá vano,
con tanta pesadumbre ya la mano?
Déjame ya, que la trompeta horrenda
del enemigo bárbaro vecino
no dá lugar á que otra cosa atienda,
que me tiene tomado ya el camino:
donde siento fraguada una contienda,
que al ingenio mas raro y peregrino,
en tal revolucion embarazado,
no le diera lugar desocupado.
¿Qué puedo, pues, hacer, si ya metido
dentro en el campo y ocasion me veo,
sino al cabo cumplir lo prometido,
aunque tire á otra parte mi deseo?
Pero á término breve reducido,
por la mas corta senda sin rodeo
pienso seguir el comenzado oficio
desnudo de ornamento y artificio.
Vuelto á la historia, digo que marchaba
nuestro ordenado campo de manera
que gran espacio en breve se alejaba
del Talcaguano término y ribera;
mas cuando el alto sol ya declinaba,
cerca de un agua al pié de una ladera,
en cómodo lugar y llano asiento
hicimos el primero alojamiento.
Estábamos apenas alojados
en el tendido llano á la marina,
cuando se oyó gritar por todos lados:
¡arma! ¡arma! ¡enfrena! enfrena! ¡aína! ¡aína
luego de acá y de allá los derramados
siguiendo la ordenanza y disciplina,
corren á sus banderas y pendones,
formando las hileras y escuadrones.
Nuestros descubridores, que la tierra
iban corriendo por el largo llano,
al remate del cual está una sierra,
cerca del alto monte Andalicano,
vieron de allí calar gente de guerra,
cerrando el paso á la siniestra mano,
diciendo: «¡espera! ¡espera! ¡tente! ¡tente!
veremos quién es hoy aquí valiente.»
Los nuestros al amparo de un repecho
en forma de escuadron se recogieron,
donde con muestra y animoso pecho
al ventajoso número atendieron:
pero los fieros bárbaros de hecho,
sin punto reparar, los embistieron,
haciéndoles tomar presto la vuelta,
sin órden y camino, á rienda suelta;
Aunque á veces en partes recogidos,
haciendo cuerpo y rostro, revolvian,
y con mayor valor que de vencidos
al vencedor soberbio acometian:
pero, de la gran furia compelidos,
el camino empezado proseguian,

dejando á veces muerta y tropellada
alguna de la gente desmandada.
Los presurosos indios desenvueltos,
siempre con mayor furia y crecimiento,
en una espesa polvareda envueltos,
iban en el alcance y seguimiento.
Los nuestros á calcaño y freno sueltos
(á la sazon con mas temor que tiento)
ayudan los caballos desbocados,
arrimándoles hierro á los costados.
Pero por mas que allí los aguijaban
con voces, cuerpo, brazos y talones,
los bárbaros por piés los alcanzaban,
haciéndoles bajar de los arzones.
Al fin, de constreñidos peleaban
cual los heridos osos y leones
cuando de los lebreles aquejados
ven la guarida y pasos ocupados.
Como el airado viento repentino,
que en lóbrego turbion con gran estruendo
el polvoroso campo y el camino
vá con violencia indómita barriendo,
y en ancho y presuroso remolino,
todo lo coge, lleva y vá esparciendo,
y arranca aquel furioso movimiento
los arraigados troncos de su asiento;
Con tal facilidad, arrebatados
de aquel furor y bárbara violencia,
iban los españoles fatigados,
sin poderse poner en resistencia.
Algunos, del honor importunados,
vuelven haciendo rostro y aparencia;
mas otra ola de gente que llegaba
con mas presteza y daño los llevaba,
Así los iban siempre maltratando,
siguiendo el hado y próspera fortuna,
el rabioso furor ejecutando
en los rendidos, sin clemencia alguna,
por el tendido valle resonando
la trulla y grita bárbara importuna,
que, arrebatada de ligero viento,
llevó presto la nueva á nuestro asiento.
En esto por la parte del poniente
con gran presteza y no menor ruido
Juan Remon arribó con mucha gente,
que el aviso primero habia tenido;
y en furioso tropel gallardamente,
alzando un ferocísimo alarido,
embistió la enemiga gente airada,
en la vitoria y sangre ya cebada.
Mas un cerrado muro y baluarte
de duras puntas al romper hallaron,
que con estrago de una y otra parte,
hecho un hermoso choque, repararon.
Unos pasados van de parte á parte,
otros muy lejos del arzon volaron,
otros heridos, otros estropiados,
otros de los caballos tropellados.
No es bien pasar tan presto ¡oh pluma mia!
las memorables cosas señaladas
y los crudos efectos deste dia
de valerosas lanzas y de espadas;
que aunque ingenio mayor no bastaria
á poderlas llevar continuadas,
es justo se celebre alguna parte
de muchas en que puedes emplearte.
El gallardo Lincoya, que arrogante
el primero escuadron iba guiando,
con muestra airada y con feroz semblante
el firme y largo paso apresurando,
cala la gruesa pica en un instante,
y el cuento entre la tierra y pié afirmando,
recibe en el crüel hierro fornido
el cuerpo de Hernan Perez atrevido.
Por el lado derecho encaminado
hizo el agudo hierro gran herida,
pasando el escaupil doble estofado,
y una cota de malla muy tejida:
el ancho y duro hierro ensangrentado
abrió por las espaldas la salida,
quedando el cuerpo ya descolorido
fuera de los arzones suspendido.
Tucapelo gallardo, que al camino
salió al valiente Osorio, que corriendo
venia con mayor ánimo que tino,
los herrados talones sacudiendo,
mostrando el cuerpo, al tiempo que convino
le dió lado, y la maza revolviendo,
con tanta fuerza le cargó la mano,
que no le dejó miembro y hueso sano.
A Cáceres, que un poco atrás venia,
de otro golpe tambien le puso en tierra,
el cual con gran esfuerzo y valentía
la adarga embraza y de la espada afierra,
y contra la enemiga compañía
se puso él solo á mantener la guerra,
haciendo rostro y pié con tal denuedo
que á los mas atrevidos puso miedo.
Y aunque con gran esfuerzo se sustenta,
la fuerza contra tantos no bastaba,
que ya la espesa turba alharaquienta
en confuso monton le rodeaba;
pero en esta sazon mas de cincuenta
caballos que Reinoso gobernaba,
que de refresco á tiempo habia llegado,
vinieron á romper por aquel lado.
Tan recio se embistió que aunque hallaron
de gruesas hastas un tejido muro,
el cerrado escuadron aportillaron,
probando mas de diez el suelo duro:
y al esforzado Cáceres cobraron,
que cercado de gente, mal seguro
con ánimo feroz se sustentaba,
y matando la muerte dilataba.
Don Miguel y don Pedro de Avendaño,
Escobar, Juan Jufré, Cortés y Aranda,
sin mirar al peligro y riesgo estraño,
sustentan todo el peso de su banda.
Tambien hacen efeto y mucho daño
Losada, Peña, Córdoba y Miranda,
Bernal, Lasarte, Castañeda, Ulloa,
Martin Ruiz y Juan Lopez de Gamboa;
Pero muy presto la araucana gente,
en la española sangre ya cebada,
los hizo revolver forzosamente
y seguir la carrera comenzada.
Trás estos otra escuadra de repente
en ellos se estrelló desatinada;
mas sin ganar un paso de camino,
volver rostros y riendas les convino.
Y aunque á veces con súbita represa
Juan Remon y los otros revolvian,
luego con nueva pérdida y mas priesa
la primera derrota proseguian:
y en una polvorosa nube espesa
envueltos unos y otros ya venian,
cuando fue nuestro campo descubierto
en órden de batalla y buen concierto,
Iban los araucanos tan cebados
que por las picas nuestras se metieron;
pero vueltos en sí, mas reportados,
el ímpetu y la furia detuvieron:
y corregidos luego y ordenados,
la campaña al traves se retrujeron
al pié de un cerro á la derecha mano,
cerca de una laguna y gran pantano,
Donde de nuestro cuerno arremetimos
un gran tropel á pié de gente armada,
que con presteza al arribar les dimos
espesa carga y súbita rociada:

y al cieno retirados, nos metimos
trás ellos por venir espada á espada,
probando allí las fuerzas y el denuedo
con rostro firme y ánimo á pié quedo.
Jamás los alemanes combatieron
así de firme á firme y frente á frente;
ni mano á mano dando, recibieron
golpes sin descansar á manteniente,
como el un bando y otro, que vinieron
á estar así en el cieno estrechamente
que echar atrás un paso no podian,
y dando aprisa, aprisa recibian.
Quién, el húmido cieno á la cintura,
con dos y tres á veces peleaba;
quién, por mostrar mayor desenvoltura,
queriéndose mover mas se atascaba;
quién, probando las fuerzas y ventura,
al vecino enemigo se aferraba,
mordiéndole y cegándole con lodo,
buscando de vencer cualquiera modo.
La furia del herirse y golpearse
andaba igual, y en duda la fortuna,
sin muestra ni señal de declararse
mínima de ventaja en parte alguna:
ya parecian aquellos mejorarse;
ya ganaban aquestos la laguna:
y la sangre de todos derramada
tornaba la agua turbia colorada.
Rengo, que el odio y encendida ira
le habia llevado ciego tanto trecho,
luego que nuestro campo vió á la mira,
y que á dar en la muerte iba derecho,
al vecino pantano se retira,
y el fiero rostro y animoso pecho
contra todo el ejército volvia,
y en voz amenazándole decia:
«Venid, venid á mí, gente plebea,
en mí sea vuestra saña convertida,
que soy quien os persigue y quien desea
mas vuestra muerte que su propia vida.
No quiero ya descanso hasta que vea
la nacion española destruïda;
y en esa vuestra carne y sangre odiosa
pienso hartar mi hambre y sed rabiosa.»
Así la tierra y cielo amenazando
en medio del pantano se presenta,
y la sangrienta maza floreando,
la gente de poco ánimo amedrenta.
No fue bien conocido en la voz cuando
(haciendo de sus fieros poca cuenta)
algunos españoles mas cercanos
aguijaron sobre él con prestas manos:
Mas á Juan, yanacona, que una pieza
de los otros osado se adelanta,
le machuca de un golpe la cabeza,
y de otro á Chilca el cuerpo le quebranta;
y contra el jóven Zúñiga endereza
el tercero, con saña y furia tanta
que, como clavo en húmido terreno,
le sume hasta los pechos en el cieno.
Pero de tiros una lluvia espesa
al animoso pecho encaminados,
turbando el aire claro; á mucha priesa
descargaron sobre él de todo lados:
por esto el fiero bárbaro no cesa,
antes con furia y golpes redoblados,
el lodo á la cintura, osadamente
estaba por muralla de su gente.
Cual el cerdoso javalí herido,
al cenagoso estrecho retirado,
de animosos sabuesos combatido,
y de diestros monteros rodeado,
ronca, bufa y rebufa embravecido,
vuelve y revuelve de este y de aquel lado,
rompe, encuentra, tropella, hiere y mata,
y los espesos tiros desbarata;
El bárbaro esforzado, de aquel modo
ardiendo en ira y de furor insano,
cubierto de sudor, de sangre y lodo,
estaba solo en medio del pantano
resistiendo la furia y golpe todo
de los tiros que de una y otra mano,
cubriendo el sol sin número salian
y como tempestad sobre él llovian.
Ya la esparcida y desmandada gente
que el porfiado alcance habia seguido,
descubriendo en el llano á nuestra gente,
se habia tirado atrás y recogido:
solo Rengo feroz y osadamente
sustenta igual el desigual partido,
á causa que la ciénaga era honda
y llena de espesura á la redonda.
Viendo el fruto dudoso y daño cierto,
segun la mucha gente que cargaba,
que á grande prisa en órden y concierto
desta y de aquella parte le cercaba,
por un inculto paso y encubierto,
que la fragosa sierra le amparaba,
le pareció con tiempo retirarse,
y salvar sus soldados y él salvarse,
Diciéndoles: «amigos, no gastemos
la fuerza en tiempo y acto infructuoso;
la sangre que nos queda conservemos
para venderla en precio mas costoso:
conviene que de aquí nos retiremos
antes que en este sitio cenagoso,
del enemigo puestos en aprieto,
perdamos la opinion y él el respeto.»
Luego, la voz de Rengo obedecida,
los presurosos brazos detuvieron,
y por la parte estrecha y mas tejida
al son del atambor se retrujeron.
Era áspero el lugar y la salida,
y así seguir los nuestros no pudieron,
quedando algunos dellos tan sumidos,
que fue bien menester ser socorridos.
Por la falda del monte levantado
iban los fieros bárbaros saliendo.
Rengo, todo sangriento y enlodado,
los lleva en retaguardia recogiendo,
como el celoso toro madrigado
que la tarda vacada va siguiendo,
volviendo acá y allá espaciosamente
el duro cerviguillo y alta frente,
Nuestro campo por órden recogido,
retirado del todo el enemigo,
fue entre algunos un bárbaro cogido,
que mucho se alargó del bando amigo;
el cual acaso á mi cuartel traïdo
hubo de ser para ejemplar castigo
de los rebeldes pueblos comarcanos,
mandándole cortar ambas las manos:
Donde sobre una rama destroncada
puso la diestra mano (yo presente),
la cual de un golpe con rigor cortada,
sacó luego la izquierda alegremente,
que del tronco tambien saltó apartada,
sin torcer ceja ni arrugar la frente;
y con desden y menosprecio dello,
alargó la cabeza y tendió el cuello.
Diciendo así: «Segad esa garganta,
siempre sedienta de la sangre vuestra;
que no temo la muerte ni me espanta
vuestra amenaza y rigurosa muestra:
y la importancia y pérdida no es tanta
que haga falta mi cortada diestra,
pues quedan otras muchas esforzadas
que saben gobernar bien las espadas.
Y si pensais sacar algun provecho
de no llegar mi vida al fin postrero,



aquí, pues, moriré á vuestro despecho,
que si quereis que viva yo no quiero:
al fin iré algun tanto satisfecho
de que á vuestro pesar alegre muero,
que quiero con mi muerte desplaceros,
pues solo en esto puedo ya ofenderos.»
  Así que, contumaz y porfiado
la muerte con injurias procuraba,
y siempre mas rabioso y obstinado,
sobre el sangriento suelo se arrojaba;
donde en su misma sangre revolcado
acabar ya la vida deseaba,
mordiéndose con muestras impacientes
los desangrados troncos con los dientes.
  Estando pertinaz desta manera,
templándonos la lástima el enojo,
vió un esclavo bajar por la ladera
cargado con un bárbaro despojo:
y como encarnizada bestia fiera
que ve la desmandada presa al ojo,
así con una furia arrebatada
le sale de través á la parada;
  Y en él los piés y brazos añudados,
sobre el húmido suelo le tendia,
y con los duros troncos desangrados
en las narices y ojos le hería:
al fin junto á nosotros á bocados
sin poderse valer se le comia
si no fuera con tiempo socorrido,
quedando, aunque fue presto, mal herido.
  El bárbaro infernal con atrevida
voz en pié puesto, dijo: «Pues me queda
alguna fuerza y sangre retraida
con que ofender á los cristianos pueda,
quiero acetar, á mi pesar, la vida
aunque por modo vil se me conceda;
que yo espero sin manos desquitarme,
que no me faltarán para vengarme.
  Quedaos, quedaos, malditos, que yo os digo
que en mí tendreis con odio y sed rabiosa
torcedor y solícito enemigo
cuando dañar no pueda en otra cosa:
muy presto entendereis cómo os persigo,
y que os fuera mi muerte provechosa.
Diciendo así otras cosas que no cuento,
partió de allí ligero como el viento.
  No es bien que así dejemos en olvido
el nombre deste bárbaro obstinado,
que por ser animoso y atrevido
el audaz Galbarino era llamado.
Mas por tanta aspereza he discurrido
que la fuerza y la voz se me ha acabado;
y así habré de parar, porque me siento
ya sin fuerza, sin voz, y sin aliento.

CANTO XXIII.

Llega Galbarino á donde estaba el Senado araucano: hace en el Consejo una habla, con la cual desbarata los pareceres de algunos. Salen los españoles en busca del enemigo: píntase la cueva del hechicero Piton y las cosas que en ella habia.

  Jamás debe, Señor, menospreciarse
el enemigo vivo, pues sabemos
puede de una centella levantarse
fuego con que despues nos abrasemos:
y entonces es cordura recelarse
cuando en mayor felicidad nos vemos;
pues los que gozan próspera bonanza
están aun mas sujetos á mudanza.
  Solo la muerte próspera asegura
el breve curso del felice hado,
que mientras que la incierta vida dura
nunca hay cosa que dure en un estado.
Así que, quien jamás tuvo ventura
podrá llamarse bienaventurado,
y sin prosperidad vivir contento,
pues no teme infelice acaecimiento.
  Y pues que ya tenemos certidumbre
que nunca hay bien seguro ni reposo,
que es ley usada, es órden y costumbre
por donde ha de pasar el mas dichoso,
gastar el tiempo en esto es pesadumbre;
y así, por no ser largo y enojoso,
solo quiero contar á lo que vino
el despreciar al mozo Galbarino:
  El cual aunque herido y desangrado;
tanto el coraje y rabia le inducia,
que llegó á Andalican, donde alojado
Caupolican su ejército tenia.
Era al tiempo que el ínclito Senado
en secreto consejo provéia
las cosas de la guerra y menesteres,
dando y tomando en ello pareceres.
  Cuál con justo temor dificultaba
la pretension de algunos imprudente;
cuál, por mostrar valor, facilitaba
cualquier dificultoso inconveniente;
cuál un concierto lícito aprobaba;
cuál era deste voto diferente;
procurando unos y otros con razones
esforzar sus discursos y opiniones.
  En esta confusion y diferencia
Galbarino arribó, apenas con vida,
el cual pidiendo para entrar licencia,
le fue graciosamente concedida:

donde con la debida reverencia,
esforzando la voz enflaquecida,
falto de sangre, y muy cubierto della,
comenzó desta suerte su querella:
«Si solíades vengar, sacros varones,
las ajenas injurias tan de veras,
y en las estrañas tierras y naciones
hicieron sombra ya vuestras banderas,
¿cómo agora en las propias posesiones
unas bastardas gentes extranjeras
os vienen á oprimir y conquistaros,
y tan tibios estais en el vengaros?
Mirad mi cuerpo aquí despedazado,
miembro del vuestro que por mas afrenta
me envian lleno de injurias al Senado
para que dellas sepa daros cuenta:
mirad vuestro valor vituperado,
y lo que en mí el tirano os representa,
jurando no dejar cacique alguno
sin desmembrarlos todos de uno en uno.
Por cierto bien en vano han adquirido
tanta gloria y honor vuestros agüelos,
y el araucano crédito subido
en su misma virtud hasta los cielos,
si agora infame, hollado y abatido
anda de lengua en lengua por los suelos,
y vuestra ilustre sangre resfriada
en los sucios rincones derramada.
¿Qué provincia hubo ya que no temiese
de solo nuestro nombre y voz temida,
ni nacion que las armas no rindiese
por temor ó por fuerza compelida,
arribando á la cumbre porque fuese
tanto de allí mayor nuestra caida;
y al término llegase el menosprecio
donde de los pasados llegó el precio?
Pues unos extranjeros enemigos,
con título y con nombre de clemencia
ofrecen de acetaros por amigos
queriéndoos reducir á su obediencia:
y si no os someteis, que con castigos
prometen oprimir vuestra insolencia,
sin quedar del cuchillo reservado
género, religion, edad, ni estado.
Volved, volved en vos, no deis oido
á sus embustes, tratos y marañas;
pues todas se enderezan á un partido
que viene á deslustrar vuestras hazañas:
que la ocasion que aquí los ha traido
por mares y por tierras tan estrañas:
es el oro goloso que se encierra
en las fértiles venas desta tierra.
Y es un color, es aparencia vana
querer mostrar que el principal intento
fue el estender la religion cristiana,
siendo el puro interés su fundamento:
su pretension de la codicia mana,
que todo lo demás es fingimiento,
pues los vemos que son mas que otras gentes
adúlteros, ladrones, insolentes.
Cuando el siniestro hado y dura suerte
nos amenacen cierto en lo futuro,
podemos elegir honrada muerte,
remedio breve, fácil y seguro:
poned á la fortuna el hombro fuerte;
á dura adversidad corazon duro;
que el pecho firme y ánimo invencible
allana y facilita aun lo imposible.»
No pudo decir mas de desmayado
por la infinita sangre que perdia,
que el laso cuello ya debilitado
sostener la cabeza aun no podia:
así el rostro mortal desfigurado
en el sangriento suelo se tendia,
dejando aun á los mas endurecidos
de su esperada muerte condolidos.
Mas como no tuviese tal herida
por do pudiese hallar la muerte entrada,
retuvo luego la dudosa vida
en siéndole la sangre restañada:
y la virtud con tiempo socorrida
fue de tantos remedios confortada,
y el mozo se ayudó de tal manera
que recobró su sanidad primera.
Fueron de tanta fuerza sus razones
y el odio que á los nuestros concibieron,
que los mas entibiados corazones
de cólera rabiosa se encendieron:
así las diferentes opiniones
á un fin y paresccr se redujeron,
quedando para siempre allí escluido
quien tratase de medio y de partido.
Los impacientes mozos deseosos
de venir á las armas braveaban,
y con muestras y afectos hervorosos
el espacioso tiempo apresuraban;
pero los mas maduros y espaciosos
aquella ardiente cólera templaban
y el término de algunos indiscreto,
no reprobando el general decreto.
Dejémoslos un rato, pues, tratando
de dar no una batalla, sino ciento,
del órden, la manera, dónde y cuándo,
con varios pareceres y un intento;
que me voy poco á poco descuidando
de nuestro alborotado alojamiento,
donde estuvimos todos recogidos
con buena guardia y bien apercebidos.
Mas cuando el esperado sol salia,
la gente de caballo en órden puesta
marchó quedando atrás la infantería,
y del campo despues toda la resta,
con tal velocidad que á medio dia
subimos la temida y agria cuesta,
de blancos huesos de cristianos llena,
que despertó el cuidado y nos dió pena.
Al araucano valle, pues, bajamos
que el mar le bate al lado del poniente,
donde en llano lugar nos alojamos
de comidas y pastos suficiente:
y luego con promesas enviamos
de aquella vecindad alguna gente
á requerir la tierra comarcana
con la segura paz y ley cristiana.
Mas como al tiempo puesto no volviesen,
y pasasen despues algunos dias,
ni por astucia y maña no supiesen
de su resolucion nuestras espías,
fue acordado que algunos se partiesen
por los vecinos pueblos y alquerías
al salir tardo de la escasa luna
á tomar relacion y lengua alguna.
Así yo apercebido sordamente,
en medio del silencio y noche escura
dí sobre algunos pueblos de repente
por un gran arcabuco y espesura
donde la miserable y triste gente
vivia por su pobreza en paz segura;
que el rumor y alboroto de la guerra
aun no la habia sacado de su tierra.
Viniendo, pues, á dar al Chaillacano,
que es donde nuestro campo se alojaba,
ví en una loma al rematar de un llano
por una angosta senda que cruzaba
un indio, laso, flaco, y tan anciano
que apenas en los piés se sustentaba,
corvo, espacioso, débil, descarnado,
cual de raices de árboles formado.
Espantado del talle y la torpeza
de aquel retrato de vejez tardía,

llegué por ayudarle en su pereza,
y tomar lengua dél si algo sabia.
Mas no sale con tanta ligereza
sintiendo los lebreles por la via
la temerosa gama fugitiva,
como el viejo salió la cuesta arriba.
Yo, sin mas atencion ni advertimiento,
arrimando las piernas al caballo,
á mas correr salí en su seguimiento,
pensando (aunque volaba) de alcanzallo:
mas el viejo, dejando atrás el viento,
me fue forzoso á mi pesar dejallo,
perdiéndole de vista en un instante
sin poderle seguir mas adelante.
Halléme á la bajada de un repecho
cerca de dos caminos desusados,
por donde corre Rauco mas estrecho,
que le ciñen dos cerros los costados:
y mirando á lo bajo y mas derecho,
en una selva de árboles copados
ví una mansa corcilla junto al rio
gustando de las yerbas y rocío.
Ocurrió luego á la memoria mia
que la razon en sueños me dijera
cómo habia de topar acaso un dia
una simple corcilla en la ribera:
y así yo con grandísima alegría
comencé de bajar por la ladera
paso á paso siguiendo el un camino
hasta que della vine á estar vecino.
Púdelo bien hacer, que en las quebradas
era grande el rumor de la corriente,
y con pasos y orejas descuidadas
pacía la tierna yerba libremente;
pero cuando sintió ya mis pisadas
y al rumor levantó la altiva frente,
dejó el sabroso pasto y arboleda
por una estrecha y áspera vereda.
Comencéla á seguir á toda priesa
labrando á mi caballo los costados;
mas tomando otra senda que atraviesa
se entró por unos ásperos collados:
al cabo enderezó á una selva espesa
de matorrales y árboles cerrados,
á donde se lanzó por una senda,
y yo tambien tras ella á toda rienda.
Perdí el rastro y cerróseme el camino,
sobreviniendo un aire turbulento,
y así de acá y de allá fuera de tino
de una espesura en otra andaba á tiento.
Vista, pues, mi torpeza y desatino,
arrepentido del primer intento,
sin pasar adelante me volviera
si alguna senda ó rastro yo supiera.
Gran rato anduve así descarriado
que la oculta salida no acertaba,
cuando sentí por el siniestro lado
un arroyo que cerca mormuraba;
y al vecino rumor encaminado,
al pié de un roble que á la orilla estaba
ví una pequeña y mísera casilla,
y junto á un hombre anciano la corcilla.
El cual dijo: «¿Qué hado ó desventura
tan fuera de camino te ha traido
por este inculto bosque y espesura
donde jamás ninguno he conocido?
Que si por caso adverso y suerte dura
andas de tus banderas foragido,
haré cuanto pudiere de mi parte
en buscar el remedio y escaparte.»
Viendo el ofrecimiento y acogida
de aquel estraño y agradable viejo,
mas alegre que nunca fuí en mi vida
por hallar tal ayuda y aparejo,
le dije la ocasion de mi venida,
pidiéndole me diese algun consejo
para saber la cueva do habitaba
el mágico Fiton á quien buscaba.
El venerable viejo y padre anciano
con un suspiro y tierno sentimiento
me tomó blandamente por la mano
saliendo de su frágil aposento:
y por ser á la entrada del verano
buscamos á la sombra un fresco asiento
en una tosca y pedregosa fuente,
do comenzó á decirme lo siguiente:
»Mi tierra es en Arauco, y soy llamado
el desdichado viejo Guaticolo,
que en los robustos años fui soldado
en cargo antecesor de Colocolo:
y antes por mi persona en estacado
siete campos vencí de solo á solo,
y mil veces de ramos fue ceñida
esta mi calva frente envejecida.
Mas como en esta vida el bien no dura,
y todo está sujeto á desvarío,
mudóse mi fortuna en desventura
y en deshonor perpetuo el honor mio:
que por estraño caso y desventura
vine con Ainavillo en desafío,
donde toda mi gloria fue perdida
quitándome el honor y no la vida.
Viéndome, pues, con vida y deshonrado,
(que mil veces quisiera antes ser muerto)
de cobrar el honor desesperado
me vine, como ves, á este desierto,
donde mas de veinte años he morado
sin ser jamás de nadie descubierto
sino agora de tí, que ha sido cosa
no poco para mí maravillosa.
Así que, tantos tiempos he vivido
en este solitario apartamiento,
y pues que la fortuna te ha traido
á mi triste y humilde alojamiento,
haré de voluntad lo que has pedido,
que tengo con Fiton conocimiento,
que aunque intratable y áspero, es mi tio,
hermano de Guarcolo, padre mio.
Al pié de una asperísima montaña,
pocas veces de humanos piés pisada,
hace su habitacion y vida estraña
en una oculta y lóbrega morada
que jamás el alegre sol la baña,
y es á su condicion acomodada,
por ser fuera de término inhumano,
enemigo mortal del trato humano.
Mas su saber y su poder es tanto
sobre las piedras, plantas y animales,
que alcanza por su ciencia y arte cuanto
pueden todas las causas naturales:
y en el escuro reino del espanto
apremia á los callados infernales
á que digan por áspero conjuro
lo pasado, presente, y lo futuro.
En la furia del sol y luz serena
de noturnas tinieblas cubre el suelo,
y, sin fuerza de vientos, llueve y truena
fuera de tiempo el sosegado cielo:
el raudo curso de los rios enfrena,
y las aves en medio de su vuelo
vienen de golpe abajo amodorridas
por sus fuertes palabras compelidas.
Las yerbas en su agosto reverdece,
y entiende la virtud de cada una,
el mar revuelve, el viento le obedece
contra la fuerza y órden de la luna;
tiembla la firme tierra y se estremece
á su voz eficaz sin causa alguna
que la altere y remueva por de dentro,
apretándose recio con su centro.

Los otros poderosos elementos
a las palabras deste están sujetos,
y á las causas de arriba y movimientos
hace perder la fuerza y los efetos:
al fin, por su saber y encantamentos
escudriña y entiende los secretos,
y alcanza por los astros influentes
los destinos y hados de las gentes.

No sé, pues, cómo pueda encarecerte
el poder deste mágico adivino,
solo en tu menester quiero ofrecerte
lo que ofrecerte puede un su sobrino.
Mas, para que mejor esto se acierte,
será bien que tomemos el camino,
pues es la hora y sazon desocupada
que podremos tener mejor entrada.»

Luego de allí los dos nos levantamos,
y atando á mi caballo de la rienda,
á paso apresurado caminamos
por una estrecha é intrincada senda,
la cual seguida un trecho nos hallamos
en una selva de árboles horrenda,
que los rayos del sol y claro cielo
nunca allí vieron el umbroso suelo.

Debajo de una peña socavada,
de espesas ramas y árboles cubierta,
vimos un callejon y angosta entrada,
y mas adentro una pequeña puerta
de cabezas de fieras rodeada,
la cual de par en par estaba abierta,
por donde se lanzó el robusto anciano
llevándome trabado de la mano.

Bien por ella cien pasos anduvimos,
no sin algun temor de parte mia,
cuando á una grande bóveda salimos,
do una lámpara eterna en medio ardia:
y á cada banda en torno della vimos
poyos puestos por órden, en que habia
multitud de redomas sobre-escritas
de ungüentes, yerbas, y aguas infinitas.

Vimos allí del lince preparados
los penetrantes ojos virtuosos,
en cierto tiempo y conjuncion sacados,
y los del basilisco ponzoñosos;
sangre de hombres bermejos enojados;
espumajos de perros que rabiosos
van huyendo del agua y el pellejo
del pecoso chersidros cuando es viejo.

Tambien en otra parte parecia
la coyuntura de la dura hiena,
y el meollo del cencris, que se cria
dentro de Libia en la caliente arena;
y un pedazo del ala de una arpía;
la hiel de la biforme anfisibena,
y la cola del áspide revuelta
que dá la muerte en dulce sueño envuelta:

Moho de calavera destroncada
del cuerpo que no alcanza sepultura
carne de niña por nacer, sacada
no por donde la llama la natura;
y la espina tambien descoyuntada
de la sierpe cerastas; y la dura
lengua de la emorrois, que aquel que hiere
suda toda la sangre hasta que muere:

Vello de cuantos monstruos prodigiosos
la supérflua natura ha producido;
escupidos de sierpes venenosos;
las dos alas del jáculo temido:
y de la seps los dientes ponzoñosos,
que el hombre ó animal della mordido,
de súbito hinchado como un odre,
huesos y carne se convierte en podre.

Estaba en un gran vaso trasparente
el corazon del grifo atravesado,
y ceniza del fenix que en oriente
se quema él mismo de vivir cansado:
el unto de la scitala serpiente,
y el pescado echineis, que en mar airado
al curso de las naves contraviene,
y á pesar de los vientos las detiene;

No faltaban cabezas de escorpiones
y mortíferas sierpes enconadas;
alacranes y colas de dragones,
y las piedras del águila preñadas:
buches de los hambrientos tiburones;
menstruo y leche de hembras azotadas;
landres, pestes, venenos, cuantas cosas
produce la natura ponzoñosas.

Yo, que con atencion mirando andaba
la copiosa botica embebecido,
por una puerta que á un rincon estaba
ví salir un anciano consumido
que sobre un corvo junco se arrimaba,
el cual luego de mí fue conocido
ser el que habia corrido por la cuesta,
que apenas le alcanzára una ballesta.

Diciéndome: «No es poco atrevimiento
el que siendo tan mozo has hoy tomado
de venir á mi oculto alojamiento,
do sin mi voluntad nadie ha llegado:
mas, porque sé que algun honrado intento
tan lejos á buscarme te ha obligado,
quiero, por esta vez, hacer contigo
lo que nunca pensé acabar conmigo.»

Visto por mi apacible compañero
la coyuntura y tiempo favorable,
pues el viejo tan áspero y severo
se mostraba doméstico y tratable,
se detuvo, mirándome primero
con un comedimiento y muestra afable,
por ver si responderle yo queria;
mas, viéndome callar, le respondia

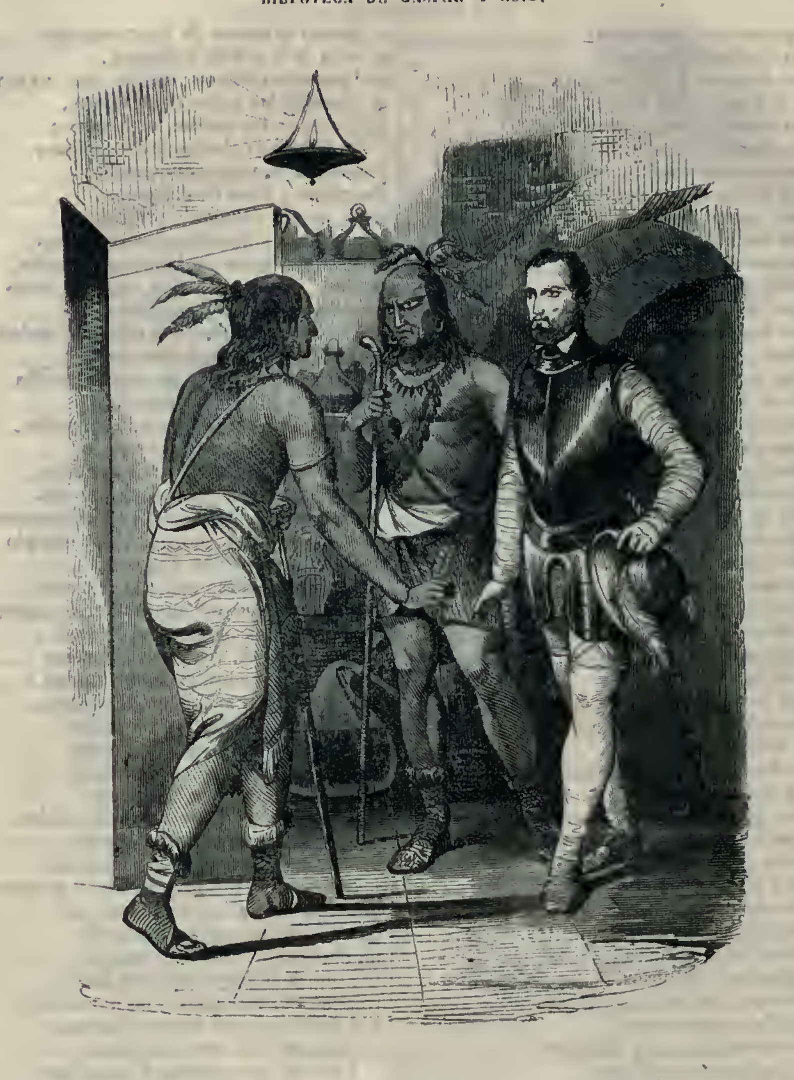
Diciendo: «¡oh gran Fiton, á quien es dado
penetrar de los cielos los secretos,
que del eterno curso arrebatado,
no obedecen la ley, á tí sujetos!
tú, que de la fortuna y fiero hado
revocas cuando quieres los decretos,
y el órden natural turbas y alteras
alcanzando las cosas venideras;

Y por mágica ciencia y saber puro
rompiendo el cavernoso y duro suelo,
puedes en el profundo reino escuro
meter la claridad y luz del cielo;
y atormentar con áspero conjuro
la caterva infernal que con recelo
tiembla de tu eficaz fuerza, que es tanta
que sus eternas leyes le quebranta;

Sabrás que á este mancebo le ha traido
de tu espantoso nombre la gran fama,
que, en las indas regiones estendido,
hasta el ártico polo se derrama;
el cual por mil peligros ha rompido,
tras su deseo corriendo, que le llama
á celebrar las cosas de la guerra,
y el sangriento destrozo desta tierra;

Que estando así una noche retirado
escribiendo el suceso de aquel dia,
súbito fue en un sueño arrebatado,
viendo cuanto en la Europa sucedia:
donde le fue asimismo revelado
que en tu escondida cueva entenderia
estraños casos, dignos de memoria,
con que ilustrar pudiese mas su historia:

Y que noticia le darias de cosas
ya pasadas, presentes y futuras;
hazañas y conquistas milagrosas,
peregrinos sucesos y aventuras;
temerarias empresas espantosas,
hechos que no se han visto en escrituras;



este encarecimiento le molesta,
y nos tiene suspensos tu respuesta.»
Holgó el mago de oir cuán estendida
por aquella region su fama andaba,
y vuelta á mí la cara envejecida,
todo de arriba abajo me miraba:
Al fin, con voz pujante y espedida,
que poco con las canas conformaba,
y aspecto grave y muestra algo severa,
la respuesta me dió desta manera:
«Aunque en razon es cosa prohibida
profetizar los casos no llegados,
y es menos alargar á uno la vida
contra el fuerte estatuto de los Hados;
ya que ha sido á mi casa tu venida
por incultos caminos desusados,
te quiero complacer, pues mi sobrino
viene aquí por tu intérprete y padrino.»
Diciendo así, con paso tardo y lento
por la pequeña puerta cavernosa
me metió de la mano á otro aposento,
y luego en una cámara hermosa,
que su fábrica estraña y ornamento,
era de tal labor y tan costosa,
que no sé lengua que contarlo pueda,
ni habrá imaginacion á que no esceda.
Tenia el suelo por órden ladrillado
de cristalinas losas trasparentes,
que el color entrepuesto y variado
hacia labor y visos diferentes:
el cielo alto, diáfano, estrellado
de innumerables piedras relucientes,
que toda la gran cámara alegraba
la varia luz que dellas revocaba.
Sobre columnas de oro sustentadas
cien figuras de bulto en torno estaban,
por arte tan al vivo trasladadas
que un sordo bien pensara que hablaban:
y dellas la hazañas figuradas
por las anchas paredes se mostraban,
donde se via el estremo y escelencia
de armas, letras, virtud y continencia.
En medio de esta cámara espaciosa,
que media milla en cuadro contenia,
estaba una gran poma milagrosa,
que una luciente esfera la ceñia,
que por arte y labor maravillosa
en el aire por sí se sostenia,
que el gran círculo y máquina de dentro
parece que estribaban en su centro.
Despues de haber un rato satisfecho
la codiciosa vista en las pinturas,
mirando de los muros, suelo y techo
la gran riqueza y varias esculturas,
el mago me llevó al globo derecho,
y vuelto allí de rostro á las figuras,

con el corvo cayado señalando,
comenzó de enseñarme así hablando:
«Habrás de saber, hijo, que estos hombres
son los mas desta vida ya pasados,
que por grandes hazañas sus renombres
han sido y serán siempre celebrados;
y algunos, que de baja estirpe y nombres
sobre sus altos hechos levantados,
los ha puesto su prospera fortuna
en el mas alto cuerno de la luna:
Y esta bola que ves y compostura,
es del mundo el gran término abreviado,
que su dificilísima hechura
cuarenta años de estudio me ha costado.
Mas no habrá en larga edad cosa futura
ni oculto disponer de inmóvil hado
que muy claro y patente no me sea,
y tenga aquí su muestra y viva idea.
Mas, pues tus aparencias codiciosas
son de escribir los actos de la guerra,
y por fuerza de estrellas rigurosas
tendrás materia larga en esta tierra,
dejaré de aclararte algunas cosas
que la presente poma y mundo encierra,
mostrándote una sola que te espante,
para lo que pretendes importante:
Que, pues en nuestro Arauco ya se halla
materia á tu propósito cortada,
donde la espada y defensiva malla
es mas que en otra parte frecuentada,
solo te falta una naval batalla,
con que será tu historia autorizada,
y escribirás las cosas de la guerra
así de mar tan bien como de tierra:
La cual verás aquí tal, que te juro
que vista la tendremos por dudosa,
y en el pasado tiempo y el futuro
no se vió ni verá tan espantosa:
y el gran Mediterráneo mar seguro
quedará por la gente vitoriosa,
y la parte vencida y destrozada
la marítima fuerza quebrantada.
Por tanto, á mis palabras no te alteres,
ni te espante el horrísono conjuro,
que, si atento con ánimo estuvieres,
verás aquí presente lo futuro:
todo punto por punto lo que vieres,
lo disponen los hados, y aseguro
que podrás, como digo, ser de vista
testigo y verdadero coronista.»
Yo con mayor codicia, por un lado
llegué el rostro á la bola trasparente,
donde ví dentro un mundo fabricado,
tan grande como el nuestro y tan patente
como en redondo espejo relevado,
llegando junto el rostro, claramente
vemos dentro un anchísimo palacio,
y en muy pequeña forma grande espacio.
Y por aquel lugar se descubria
el turbado y revuelto mar Ausonio:
donde se difinió la gran porfía
entre César Augusto y Marco Antonio:
así en la misma forma parecia
por la banda de Lepanto y Favonio,
junto á las Curchulares, hácia el puerto
de galeras el ancho mar cubierto.
Mas viendo las devisas señaladas
del papa, de Felipe y Venecianos,
luego reconocí ser las armadas
de los infieles turcos y cristianos,
que, en orden de batalla aparejadas,
para venir estaban á las manos,
aunque á mi parecer no se movian,
ni mas que figuradas parecian.
Pero el mago Fiton me dijo: «Presto
verás una naval batalla estraña,
donde se mostrará bien manifiesto
el supremo valor de vuestra España.»
Y luego con airado y fiero gesto,
hiriendo al ancho globo con la caña
una vez al través, otra al derecho,
sacó una horrible voz del ronco pecho
Diciendo! «Orco amarillo, can Cerbero,
oh gran Pluton, rector del bajo infierno,
oh cansado Caron, viejo barquero;
y vos, laguna Estigia y lago Averno;
oh Demogorgon, tú que lo postrero
habitas del tartáreo reino eterno,
y las hervientes aguas de Aqueronte,
de Leteo, Cocito, y Flegetonte;
Y vos, Furias que así con crueldades
atormentais las ánimas dañadas,
que aun temen ver las ínferas deidades
vuestras frentes de víboras crinadas;
y vosotras, Gorgóneas potestades,
por mis fuertes palabras apremiadas
haced que claramente aquí se vea
(aunque futura) esta naval pelea.
Y tú, Hécate ahumada y mal compuesta,
nos muestra lo que pido aquí visible.
¡Hóla! ¿á quién digo? ¿qué tardanza es esta,
que no os hace temblar mi voz terrible?
Mirad que romperé la tierra opuesta
y os heriré con luz aborrecible,
y por fuerza absoluta y poder nuevo
quebrantaré las leyes del Erebo.
No acabó de decir bien esto cuando
las aguas en el mar se alborotaron,
y el seco lesnordeste respirando
las cuerdas y anchas velas se estiraron:
y aquellas gentes súbito anhelando
poco á poco moverse comenzaron,
haciendo de aquel modo en los objetos
todas las demás causas sus efetos.
Mirando (aunque espantado) atentamente
la multitud de gente que allí habia,
ví que escrito de letras en la frente
su nombre y cargo cada cual tenia:
y mucho me admiró los que al presente
en la primera edad yo conocia,
verlos en su vigor y años lozanos,
y otros floridos jóvenes ya canos.
Luego, pues, los cristianos dispararon
una pieza en señal de rompimiento,
y en alto un crucifijo enarbolaron,
que acrecentó el hervor y encendimiento:
todos humildemente le saluaron
con grande devocion y acatamiento,
bajo del cual estaban á los lados
las armas de los fieles coligados.
En esto, con rumor de varios sones,
acercándose siempre, caminaban;
estandartes, banderas y pendones
sobre las altas popas tremolaban:
las ordenadas bandadas y escuadrones,
esgrimiendo las armas, se mostraban
en torno las galeras rodeadas
de cañones de bronce y pabesadas.
Mas en el bajo tono que ahora llevo
no es bien que de tan grande cosa cante,
que es cierto menester aliento nuevo,
lengua mas espedida y voz pujante.
Así, medroso desto, no me atrevo
á proseguir, señor, mas adelante.
En el siguiente y nuevo canto os pido
me deis vuestro favor y atento oido.

CANTO XXIV.

En este canto solo se contiene la gran batalla naval, el desbarate y rota de la armada turquesca, con la huida de Ochali.

La sazon, gran Felipe, es ya llegada
en que mi voz, de vos favorecida,
cante la universal y gran jornada
en las ausónias olas difinida;
la soberbia otomana derrocada.
su marítima fuerza destruida,
los varios hados, diferentes suertes,
el sangriento destrozo y crudas muertes.
Abridme ¡oh sacras Musas! vuestra fuente.
y dadme nuevo espíritu y aliento,
con estilo y lenguaje conveniente
á mi arrojado y grande atrevimiento,
para decir estensa y claramente,
deste naval conflicto el rompimiento,
y las gentes que están juntas á una
debajo de este golpe de fortuna.
¿Quién bastará á contar los escuadrones
y el número copioso de galeras,
la multitud y mezcla de naciones,
estandartes, enseñas y banderas;
las defensas, pertrechos, municiones,
las diferencias de armas y maneras,
máquinas, artificios, instrumentos,
aparatos, divisas y ornamentos?
Ví croatos, dalmacios, esclavones,
búlgaros, albaneses, transilvanos,
tártaros, tracios, griegos, macedones,
turcos, lidios, armenios, georgianos,
sirios, árabes, licios, licaones,
númidas, sarracenos, africanos,
genízaros, sanjacos, capitanes,
chauces, beheleryeyes y bajanes.
Ví allí tambien de la nacion de España
la flor de juventud y gallardía,
la nobleza de Italia y de Alemaña,
una audaz y bizarra compañía;
todos ornados de riqueza estraña,
con animosa muestra y lozanía;
y en las popas, carceses y trinquetes
flámulas, banderolas, gallardetes.
Así las dos armadas, pues, venian,
en tal manera y órden navegando
que dos espesos bosques parecian
que poco á poco se iban allegando.
Las cicaladas armas relucian
en el inquieto mar reverberando,
ofendiendo la vista desde lejos
las agudas bislumbres y reflejos.
Por nuestra armada al uno y otro lado
una presta fragata discurria,
donde venia un mancebo levantado
de gallarda aparencia y bizarría,
un riquísimo fuerte peto armado,
con tanta autoridad que parecía
en su disposicion, figura y arte,
hijo de la Fortuna y del dios Marte.
Yo codicioso de saber quien era.
aficionado al talle y apostura,
mirando atentamente la manera,
el aire, el ademan y compostura,
en la fuerte celada en la testera
ví escrito en el relieve y grabadura
de letras de oro, el campo en sangre tinto,
DON JUAN, HIJO DE CESAR CARLOS QUINTO;
El cual acá y allá siempre corría
por medio del bullicio y alboroto,
y en la fragata cerca dél venia
el viejo secretario Juan de Soto,
de quien el mago anciano me decia
ser en todas las cosas de gran voto,
persona de discurso y esperiencia,
de mucha espedicion y suficiencia.
Don Juan á la sazon los exhortaba
á la batalla y trance peligroso,
con ánimo y valor que aseguraba
por cierta la victoria y fin dudoso;
y su gran corazon facilitaba
lo que el temor hacia dificultoso,
derramando por toda aquella gente
un bélico furor y fuego ardiente,
Diciendo: «¡oh valerosa compañía,
muralla de la Iglesia inespugnable!
llegada es la ocasion, este es el dia
que dejais vuestro nombre memorable:
calad armas y remos á porfía,
y la invencible fuerza y fe inviolable
mostrad contra esos pérfidos paganos,
que vienen á morir á vuestras manos;
Que quien volver de aquí vivo desea
al patrio nido y casa conocida,
por medio desa armada gente crea
que ha de abrir con la espada la salida:
así cada cual mire que pelea
por su Dios, por su rey y por la vida,
que no puede salvarla de otra suerte
sino es trayendo al enemigo á muerte.
Mirad que del valor y espada vuestra
hoy el gran peso y ser del mundo pende,
y entienda cada cual que está en su diestra
toda la gloria y premio que pretende:
apresuremos la fortuna nuestra,
que la larga tardanza nos ofende;
pues no estais de cumplir vuestro deseo.
mas del poco de mar que en medio veo.
Vamos, pues, á vencer; no detengamos
nuestra buena fortuna que nos llama;
del hado el curso próspero sigamos,
dando materia y fuerzas á la fama:
que solo deste golpe derribamos
la bárbara arrogancia, y se derrama
el sonoroso estruendo desta guerra
por todos los confines de la tierra.
Mirad por ese mar alegremente,
cuanta gloria os está ya aparejada;
que Dios aquí ha juntado tanta gente
para que á nuestros piés sea derrocada,
y someta hoy aquí todo el oriente
á nuestro yugo la cerviz domada,
y á sus potentes príncipes y reyes
les podamos quitar y poner leyes.
Hoy con su perdicion establecemos
en todo el mundo el crédito cristiano,
que quiere nuestro Dios que quebrantemos
el orgullo y furor mahometano:
¿qué peligro ¡oh varones! temeremos
militando debajo de tal mano?
¿y quién resistirá vuestas espadas
por la divina mano gobernadas?
Solo os ruego que, en Cristo confiando,
que á la muerte de Cruz por vos se ofrece,
combata cada cual por él, mostrando
que llamarse su mílite merece;
con propósito firme protestando
de vencer ó morir, que si parece
la victoria de premio y gloria llena,
la muerte por tal Dios no es menos buena.
Y pues con este fin nos dispusimos
al peligro y rigor desta jornada,
y en la defensa de su ley venimos
contra esa gente infiel y renegada,
la justísima causa que seguimos
nos tiene la victoria asegurada:
así que, ya del cielo prometido,
os puedo yo afirmar que habeis vencido.»
Súbito allí los pechos mas helados
de furor generoso se encendieron,

y de los torpes miembros resfriados
el temor vergonzoso sacudieron:
todos, los diestros brazos levantados,
la victoria ó morir le prometieron,
teniendo en poco ya desde aquel punto
el contrario poder del mundo junto.
El valeroso jóven, pues, loando
aquella voluntad asegurada,
con súbita presteza el mar cortando,
atravesó por medio de la armada,
de blanca espuma el rastro levantando,
cual luciente cometa arrebatada
cuando veloz, rompiendo el aire espeso,
le suele así dejar gran rato impreso.
Así que, brevemente habiendo puesto
en órden las galeras y la gente,
á la suya real se acosta presto,
donde fue saludado alegremente;
y señalando á cada cual su puesto,
con el concierto y órden conveniente,
la artillería bien puesta y alistada,
iba la vuelta de la turca armada.
Llevaba el cuerno de la diestra mano
el sucesor del ínclito Andrea Doria,
de quien el largo mar Mediterrano
hará perpétua y célebre memoria:
y Agustin Barbarigo, veneciano,
proveedor de la armada senatoria,
llevaba el otro cuerno á la siniestra,
con órden no menor y bella muestra.
Pues los cuernos iguales y ordenados,
la batalla guiaba el hijo dino
del gran Cárlos, cerrando los dos lados
las galeras de Malta y Lomelino,
las del papa y Venecia á los costados:
así continuaban su camino,
cargando con igual compás y estremos
las anchas palas de los largos remos.
Iban seis galeazas delanteras,
bastecidas de gente y artilladas,
puestas de dos en dos en las fronteras,
que á manera de luna iban cerradas:
seguian luego detrás treinta galeras
al general socorro dedicadas,
donde el marqués de Santa Cruz venia
con una valerosa compañía.
Por el órden y término que cuento
la católica armada caminaba
la vuelta de la infiel, que á sobreviento,
ganándole la mar, se aventajaba:
pero luego á deshora calmó el viento;
y el alto mar sus olas allanaba,
remitiendo Fortuna la sentencia
al valor de los brazos y escelencia.
Opuesto al Barbarigo, al cuerno diestro
va Siroco, virey de Alejandría,
con Mehemet, bey, cosario y gran maestro,
que á Negroponto á la sazon regía:
Ochali, renegado, iba al siniestro
con Carabei su hijo en compañía,
y en medio en la batalla bien cerrada,
Alí, gran general de aquella armada;
El cual, reconociendo el duro Hado,
y de su perdicion la hora postrera,
como prudente capitan y osado,
de la alta popa en la real galera,
con un semblante alegre y confiado,
que mostraba fingido por defuera,
el cristiano poder disminuyendo
hizo esta breve plática, diciendo:
«No será menester, soldados, creo,
moveros ni incitaros con razones,
que ya por las señales que en vos veo
se muestran bien las fieras intenciones.
Echád fuera la ira y el deseo
desos vuestros fogosos corazones,
y las armas tomad, en cuyo hecho
los Hados ponen hoy vuestro derecho.
Que jamás la Fortuna á nuestros ojos
se mostró tan alegre y descubierta,
pues cargada de gloria y de despojos
se viene ya á meter por nuestra puerta.
Rematad el trabajo y los enojos
desta prolija guerra, haciendo cierta
la esperanza y el crédito estimado
que de vuestro valor siempre habeis dado.
No os altere la muestra y el ruido
con que se acerca la enemiga armada;
que sabed que ese ejército movido
y gente de mil reinos allegada,
Fortuna á una cerviz la ha reducido
porque pueda de un golpe ser cortada,
y deis por vuestra mano en solo un dia
del mundo al Gran Señor la monarquía:
Que esas gentes sin órden que allí vienen
en el valor y número inferiores,
son las que nos impiden y detienen
el ser de todo el mundo vencedores.
Muestren las armas el poder que tienen,
tomad desos indignos posesores
las provincias y reinos del poniente
que os vienen á entregar tan ciegamente.
Que ese su capitan envanecido
es de muy poca edad y suficiencia,
indignamente al cargo promovido,
sin curso, disciplina ni esperiencia:
y así presuntuoso y atrevido,
con ardor juvenil é inadvertencia
trae toda esta gente condenada
á la furia y rigor de vuestra espada.
No penseis que nos venden muy costosa
los Hados la victoria deste dia;
que lo mas desa armada temerosa
es de la veneciana señoría,
gente no ejercitada ni industriosa,
dada mas al regalo y policía,
y á las blandas delicias de su tierra,
que al robusto ejercicio de la guerra.
Y esotra turba multa congregada
es pueblo soez y bárbara canalla,
de diversas naciones amasada,
en quien conformidad jamás se halla:
gente que nunca supo qué es espada,
que antes que se comience la batalla
y el espantoso son de artillería
la romperá su misma vocería.
Mas vosotros, varones invencibles,
entre las armas ásperas criados,
y en guerras y trabajos insufribles
tantas y tantas veces aprobados,
¿qué peligros habrá ya tan terribles
ni contrarios ejércitos ligados
que basten á poneros algun miedo,
ni á resfriar vuestro ánimo y denuedo?
Ya me parece ver gloriosamente
la riza y mortandad de vuestra mano,
y ese interpuesto mar con mas creciente
teñido en roja sangre el color cano.
Abrid, pues, y romped por esa gente,
echad á fondo ya el poder cristiano;
tomando posesion de un golpe solo
del Gange á Chile, y de uno al otro polo.»
Así el bajá en el limitado trecho
los dispuestos soldados animaba,
y de la grande empresa y alto hecho
el próspero suceso aseguraba;
pero en lo hondo del secreto pecho
siempre el negocio mas dificultaba,
tomando por agüero ya contrario
la gran resolucion del adversario;

Y mas cuando un genízaro, forzado,
que iba sobre la gavia descubriendo,
despues de haberse bien certificado,
las galeras de allí reconociendo,
dijo: «El cuerpo de en medio y diestro lado
y el socorro que atrás viene siguiendo,
si mi vista de aquí no desatina,
es de la armada y gente ponentina.»
Bien que sintió el bajá terriblemente
lo que el cristiano cierto le afirmaba;
pero, fingiendo esfuerzo, sabiamente
el secreto dolor disimulaba,
y al gran cuerpo de en medio frente á frente,
que por órden y suerte le tocaba,
enderezó su escuadra aventajada
de sus dos largos cuernos abrigada.
Llegado el punto ya del rompimiento
que los precisos Hados señalaron,
con una furia igual y movimiento,
las potentes armadas se juntaron,
donde por todas partes á un momento
los cargados cañones dispararon
con un terrible estrépito, de modo
que parecia temblar el mundo todo.
El humo, el fuego, el espantoso estruendo
de los furiosos tiros escupidos;
el recio destrencar y encuentro horrendo
de las proas y mástiles rompidos;
el rumor de las armas estupendo,
las varias voces, gritos y apellidos;
todo en revuelta confusion hacia
espectáculo horrible y armonía.
No la ciudad de Priamo asolada
por tantas partes sin cesar ardia,
ni el crudo efecto de la griega espada
con tal rigor y estrépito se oia,
como la turca y la cristiana armada
que, envuelta en humo y fuego, parecia
no solo arder el mar, hundirse el suelo,
pero venirse abajo el alto cielo.
El gallardo don Juan, reconocida
la enemiga real que iba en la frente,
rompiendo recio la agua rebatida,
arremete sobre ella osadamente;
mas la turca con ímpetu impelida
le sale á recibir, donde igualmente
se embisten con furiosos encontrones
rompiendo los herrados espolones.
No estaban las reales aferradas
cuando de gran tropel sobrevinieron
siete galeras turcas bien armadas,
que en la cristiana súbito embistieron;
pero de no menor furia llevadas,
al socorro sobre ellas acudieron
de la derecha y de la izquierda mano
la general del Papa y veneciano,
Dó con segunda autoridad venia,
por general del sumo Quinto Pío
Marco Antonio Colona, á quien seguia
una escuadra de mozos de gran brío,
trás la cual al socorro arremetia
por el camino y paso mas vacío
la patrona de España y capitana
rompiendo el golpe y multitud pagana.
El príncipe de Parma valeroso,
que iba en la capitana ginovesa,
hendiendo el mar revuelto y espumoso
se arroja en medio de la escuadra apriesa:
la confusion y revolver furioso,
y del humo la negra nube espesa
la codiciosa vista me impedia,
y así á muchos allí desconocia.
Mons de Leñí con su galera presto
por su parte embistió y cerró el camino,
donde llegó de los primeros puesto
el valeroso príncipe de Urbino,
que á la bárbara furia contrapuesto
con ánimo y esfuerzo peregrino,
gallarda y singular prueba hacia
de su valor, virtud y valentia.
Luego con igual ímpetu y denuedo
llegan unas con otras á bordarse,
cerrándose tan juntas que á pié quedo
pueden con las espadas golpearse.
No bastaba la muerte á poner miedo,
ni allí se vió peligro rehusarse,
aunque al arremeter viesen derechos
disparar los cañones á los pechos.
Así la airada gente deseosa
de ejecutar sus golpes se juntaban,
y cual violenta tempestad furiosa
los tiros y altos brazos descargaban.
Era de ver la priesa hervorosa
con que las fieras armas meneaban:
la mar de sangre súbito cubierta
comenzó á recibir la gente muerta.
Por las proas, por popas y costados
se acometen y ofenden sin sosiego;
unos cayendo mueren ahogados,
otros á puro hierro, otros á fuego;
no faltando en los puestos desdichados
quien á los muertos sucediese luego,
que muerte ni rigor de artillería
jamás bastó á dejar plaza vacía.
Quién por saltar en el bajel contrario
era en medio del salto atravesado;
quién por herir sin tiempo al adversario
caia en el mar de su furor llevado:
quien con bestial designio temerario,
en su nadar y fuerzas confiado,
al odioso enemigo se abrazaba
y en las revueltas olas se arrojaba.
¿Cuál será aquel que no temblase viendo
el fin del mundo y la total ruina:
tantas gentes á un tiempo pereciendo,
tanto cañon, bombarda y culebrina?
El sol, los claros rayos recogiendo,
con faz turbada de color sanguina,
entre las negras nubes se escondia
por no ver el destrozo de aquel dia.
Acá y allá con pecho y rostro airado,
sobre el rodante carro presuroso,
de Tesifon y Aleto acompañado,
discurre el fiero Marte sanguinoso.
Ora sacude el fuerte brazo armado,
ora bate el escudo fulminoso;
infundiendo en la fiera y brava gente
ira, saña, furor y rabia ardiente.
Quién, faltándole tiros, luego afierra
del pedazo del remo ó de la entena;
quién trabuca al forzado y lo deshierra
arrebatando el grillo y la cadena:
no hay cosa de metal, de leño y tierra
que allí para tirar no fuese buena,
rotos bancos, potizas, batayolas,
barriles, escotillas, portañolas.
Y las lanzas y tiros que arrojaban
(aunque del duro acero resurtiesen)
en las sangrientas olas ya hallaban
enemigos que en sí los recibiesen,
y ardiendo, en la agua fria peleaban,
sin que al adverso Hado se rindiesen,
hasta el forzoso y postrimero punto
que faltaba la fuerza y vida junto.
Cuáles, su propia sangre resorbiendo,
andan agonizando sobreaguados;
cuáles, tablas y gúmenas asiendo,
quedan (rindiendo el alma) enclavijados;
cuáles, hacer mas daño no pudiendo,
á los menos heridos abrazados,

se dejan ir al fondo forcejando,
contentos con morir allí matando.
No es posible contar la gran revuelta
y el confuso tumulto y son horrendo.
Vuela la estopa en vivo fuego envuelta
alquitran, y resina, pez ardiendo:
la presta llama con la brea revuelta,
por la seca madera discurriendo,
con fieros estallidos y centellas,
creciendo amenazaban las estrellas.
Unos al mar se arrojan por salvarse,
del crudo hierro y llamas perseguidos:
otros, que habian probado el ahogarse,
se abrazan á los leños encendidos:
asi que, con la gana de escaparse,
á cualquiera remedio vano asidos,
dentro del agua mueren abrasados,
y en medio de las llamas ahogados.
Muchos, ya con la muerte porfiando,
su opinion aun muriendo sostenian,
los tiros y las lanzas apañando
que de las fuertes armas resurtian;
y en las huidoras olas estribando,
los ya cansados brazos sacudian,
empleando en aquellos que topaban
la rabia y pocas fuerzas que quedaban.
Crece el furor y el áspero ruido
del contino batir apresurado:
el mar de todas partes rebatido
hierve y regüelda cuerpos de apretado,
y sangriento, alterado y removido,
cual de contrarios vientos arrojado,
todo revuelto en una espuma espesa,
las herradas galeras bate apriesa.
En la alta popa junto al estandarte
el ínclito don Juan resplandecia,
mas encendido que el airado Marte,
cercado de una ilustre compañia.
De allí provee remedio á toda parte:
acá da priesa, allá socorro envia,
asegurando á todos su persona
soberbio triunfo y la naval corona.
Don Luis de Requesens de la otra banda
provoca, exhorta, anima, mueve, incita,
corre, vuelve, revuelve, torna y anda
donde el peligro mas le necesita:
provee, remedia, acude, ordena, manda,
insta, da priesa, induce y solicita,
á la diestra, siniestra, á popa, á proa,
ganando estimacion y eterna loa.
Pues el conde de Pliego don Fernando,
diligente, solícito y cuidoso
acude á todas partes, remediando
lo de menos remedio y mas dudoso.
Así, pues, del cristiano y turco bando,
cada cual inquiriendo un fin honroso,
procuraban matando, como digo,
morir en el bagel del enemigo.
Era tanta la furia y tal la priesa
que el fin y dia postrero parecia;
de los tiros la recia lluvia espesa
el aire claro y rojo mar cubria.
Crece la rabia y el teson no cesa
de la presta y continua batería,
atronando el rumor de las espadas
las marítimas costas apartadas.
El buen marqués de Santa Cruz, que estaba
al socorro comun apercibido,
visto el trabado juego cual andaba
y desigual en partes el partido,
sin aguardar mas tiempo, se arrojaba
en medio de la priesa y gran ruido,
embistiendo con ímpetu furioso
todo lo mas revuelto y peligroso.
Viendo, pues, de enemigos rodeada
la galera real con gran porfía,
y que otra do refresco bien armada
á embestirla con ímpetu venia,
saltóle de través, boga arrancada,
y al encuentro y defensa se oponia,
atajando con presto movimiento
el bárbaro furor y fiero intento.
Despues rabioso sin parar, corriendo
por la áspera batalla discurria;
entra, sale y revuelve, socorriendo,
y á tres y á cuatro á veces resistia.
¿Quién podrá punto á punto ir refiriendo
las gallardas espadas que este dia
en medio del furor se señalaron,
y el mar con turca sangre acrecentaron?
Don Juan en esto airado y impaciente,
la espaciosa Fortuna apresuraba,
poniendo espuelas y ánimo á su gente,
que envuelta en sangre ajena y propia andaba.
Alí bajá, no menos diligente,
con gran hervor los suyos esforzaba,
trayéndoles contino á la memoria
el gran premio y honor de la victoria.
Mas la real cristiana aventajada
por el grande valor de su caudillo,
á puros brazos y á rigor de espada
abre recio en la turca un gran portillo,
por dó un grueso tropel de gente armada,
sin poder los contrarios resistillo,
entra con un rumor y furia estraña,
gritando: ¡cierra! ¡cierra! ¡España! ¡España!
Los turcos, viendo entrada su galera,
del temor y peligro compelidos,
revuelven sobre sí de tal manera
que fueron los cristianos rebatidos;
pero añadiendo furia á la primera
los fuertes españoles ofendidos,
venciendo el nuevo golpe de la gente,
los vuelven á llevar forzosamente
Hasta el árbol mayor, donde afirmando
el rostro y pié con nueva confianza
renuevan la batalla, refrescando
el fiero estrago y bárbara matanza.
Carga socorro de uno y otro bando;
fatígales y aqueja la tardanza
de vencer ó morir desesperados,
dando gran priesa á los dudosos Hados.
La grande multitud de los heridos
que á la batida proa recudian,
causaban que á las veces detenidos
los unos á los otros se impedian;
pero de medicinas proveidos,
luego de nuevo á combatir volvian,
las enemigas fuerzas reprimiendo
que iban, al parecer, convaleciendo.
En esta gran revuelta y desatino,
que allí cargaba mas que en otro lado,
viniendo á socorrer don Bernardino,
mas que de vista de ánimo dotado,
fue con súbita furia en el camino
de un fuerte esmerilazo derribado,
cortándole con golpe riguroso
los pasos y designio valeroso.
Fue el poderoso golpe de tal suerte,
de mas de la pesada y gran caida,
que resistir no pudo el peto fuerte
ni la rodela á prueba guarnecida;
al fin el jóven con honrada muerte
del todo aseguró la inquieta vida,
embainando en España mil espadas
en contra y daño suyo declaradas.
En esto por tres partes fue embestida
la famosa de Malta capitana,
y apretada de todas y abatida
con vieja enemistad y furia insana;

mas la fuerza y virtud tan conocida
de aquella audaz caballería cristiana,
la multitud pagana contrastando,
iba de punto en punto mejorando.
Pero al virey de Argel, cosario esperto,
que á la mira hasta entonces habia estado,
hallando al cuerno diestro el paso abierto,
que del todo no estaba bien cerrado,
antes que se pusiesen en concierto,
furioso se lanzó por aquel lado,
echándele de nuevo tres bajeles
con infinito número de infieles.
Los fuertes caballeros peleando
resisten aquel ímpetu y motivo;
pero al cabo, Señor, sobrepujando
á las fuerzas el número escesivo,
los entran con gran fuerza degollando,
sin tomar á rescate un hombre vivo,
vertiendo en el revuelto mar furioso
de baptizada sangre un rio espumoso.
Las galeras de Malta, que miraron
con tal rigor su capitana entrada,
los fieros enemigos despreciaron
con quien tenia batalla comenzada;
y batiendo los remos, se lanzaron
con nueva rabia y priesa acelerada
sobre la multitud de los paganos
verdugos de los mártires cristianos.
Tanto fue el sentimiento en los soldados
y la sed de venganza de manera
que, embistiendo á los turcos por los lados,
entran haciendo riza carnicera:
así que, victoriosos y vengados
recobraron su honor y la galera,
hallando solo vivos los primeros
al general y cuatro caballeros.
Marco Antonio Colona, despreciando
el ímpetu enemigo y la braveza,
combate animosísimo, igualando
con la honrosa ambicion la fortaleza.
Pues Sebastian Veniero, contrastando
la turca fuerza y bárbara fiereza,
vengaba allí con ira y rabia justa
la injuria recibida en Famagusta.
La capitana de Sicilia en tanto
tambien Portau bajá la combatia,
la cual ya por el uno y otro canto
cercada de galeras la tenia.
Era el valor de los cristianos tanto
que la ventaja desigual suplia,
no solo sustentando igual la guerra,
pero dentro del mar ganando tierra;
Que don Juan, de la sangre de Cardona,
ejercitando allí su viejo oficio,
ofrece á los peligros la persona,
dando de su valor notable indicio;
y la fiera nacion de Barcelona
hace en los enemigos sacrificio,
trayendo hasta los puños las espadas
todas en sangre bárbara bañadas.
No, pues, con menos ánimo y pujanza
el sabio Barbarigo combatia,
igualando el valor á la esperanza
que de su claro esfuerzo se tenia.
Ora oprime la turca confianza,
ora á la misma muerte rebatia,
haciendo suspender la flecha airada
que ya derecho en él tenia asestada.
Bien que con muestra y ánimo esforzado
contrastaba la furia sarracina,
no pudo contrastar al duro Hado,
ó por mejor decir, órden Divina;
que ya el último término llegado,
de una furiosa flecha repentina
fue acertado en el ojo en descubierto
donde á poco de rato cayó muerto.
Aunque fue grande el daño y sentimiento
de ver tal capitan así caido,
no por eso turbó el osado intento
del veneciano pueblo embravecido;
antes con mas furor y encendimiento,
á la venganza lícita movido,
hiere en los matadores de tal suerte
que fue recompensada bien su muerte.
En este tiempo andaba la pelea
bien reñida del lado y cuerno diestro,
donde el sagaz y astuto Juan Andrea
se mostraba muy plático maestro.
Tambien Hector Espínola pelea
con uno y otro á diestro y á siniestro,
señalándose en medio de la furia
la esperta y diestra gente de Liguria.
Bien dos horas y media y mas habia
que duraba el combate porfiado,
sin conocer en parte mejoría,
ni haberse la victoria declarado,
cuando el bravo don Juan, que en saña ardia,
cuasi quejoso del suspenso Hado,
comenzó á mejorar sin duda alguna
declarada del todo su fortuna.
En esto con gran ímpetu y ruido,
por el valor de la cristiana espada
el furor mahométio oprimido,
fue la turca real del todo entrada,
dó el estandante bárbaro abatido,
la cruz del Redentor fue enarbolada,
con un triunfo solemne y grande gloria
cantando abiertamente la victoria.
Súbito un miedo helado discurriendo
por los míseros turcos ya turbados,
les fue los brazos luego entorpeciendo,
dejándolos sin fuerzas desmayados:
y las espadas y ánimos rindiendo,
á su fortuua mísera entregados,
dieron la entrada franca (como cuento)
al ímpetu enemigo y movimiento.
Ya, pues, del cuerno izquierdo y del derecho
de la victoria sanguinosa usando,
con furia inexorable todo á hecho
los van por todas partes degollando.
Quién al agua se arroja abierto el pecho,
quién se entrega á las llamas, rehusando
el agudo cuchillo riguroso,
teniendo el fuego allí por mas piadoso.
El astuto Ochali, viendo su gente
por la cristiana fuerza destruida,
y la deshecha armada totalmente
al hierro, fuego y agua ya rendida,
la derrota tomó por el poniente,
siguiéndole con mísera huida
las bárbaras reliquias destrozadas,
del hierro y fuego apenas escapadas.
Pero el hijo de Carlos, conociendo
del traidor renegado el bajo intento,
con gran furia el movido mar rompiendo
carga, dándole caza, en seguimiento.
Iban trás ellos al través saliendo
el de Bazan y el de Oria á sotavento
con una escuadra de galeras junta
procurando ganarles una punta.
Mas la triste canalla, viendo angosta
la senda y ancho mar, segun temia,
vuelta la proa á la vecina costa,
en tierra con gran ímpetu embestia:
y cual se ve tal vez saltar langosta
en multitud confusa, así á porfía
salta la gente al mar embravecido,
huyendo del peligro mas temido.
Cuál con brazos, con hombros, rostro y pecho

el gran reflujo de las olas hiende;
cuál sin mirar al fondo y largo trecho,
no sabiendo nadar allí lo aprende:
no hay parentesco, no hay amigo estrecho,
ni el mismo padre al caro hijo atiende,
que el miedo, de respetos enemigo,
jamás en el peligro tuvo amigo.

Así que, del temor mismo esforzados,
en la arenosa playa pié tomaron,
y por las peñas y árboles cerrados,
á mas correr huyendo se escaparon.
Deshechos, pues, del todo y destrozados
los miserables bárbaros quedaron,
habiendo, fuerza á fuerza y mano á mano,
rendido el nombre de Austria al Otomano.

Estaba yo con gran contento viendo
el próspero suceso prometido,
cuando en el globo el mágico hiriendo
con el potente junco retorcido,
se fue el aire ofuscando y revolviendo,
y cesó de repente el gran ruïdo;
quedando en gran quietud la mar segura
cubierta de una niebla y sombra escura.

Luego Filon con plática sabrosa
me llevó por la sala paseando,
y sin dejar figura, cada cosa
me fue parte por parte declarando.
mas teniendo temor que os sea enojosa
la relacion prolija, iré dejando
todo aquello (aunque digno de memoria)
que no importa ni toca á nuestra historia:

Solo diré que con muy gran contento
del mago y Guaticolo despedido,
aunque tarde, llegué á mi alojamiento,
donde ya me juzgaban por perdido.
Volviendo, pues, la pluma á nuestro cuento,
que en larga digresion me he divertido,
digo que allí estuvimos dos semanas
con falsas armas y esperanzas vanas;

Pero en resolucion, nunca supimos
de nuestros enemigos cautelosos,
ni su designio y ánimo entendimos,
que nos tuvo suspensos y dudosos;
lo cual considerado, nos partimos,
desmintiendo los pasos peligrosos
en su demanda, entrando por la tierra
con gana y fin de rematar la guerra.

Una tarde que el sol ya declinaba,
arribamos á un valle muy poblado,
por donde un grande arroyo atravesaba,
de cultivadas lomas rodeado;
y en la mas llana que á la entrada estaba,
por ser lugar y sitio acomodado,
la gente se alojó por escuadrones
las tiendas levantando y pabellones.

Estaba el campo apenas alojado,
cuando de entre unos árboles salia
un bizarro araucano bien armado,
buscando el pabellon de don García;
y á su presencia el bárbaro llegado,
sin muestra ni señal de cortesía,
le comenzó á decir... Pero entre tanto
será bien rematar mi largo canto.

CANTO XXV.

Asientan los españoles su campo en Millarapué: llega á desafiarlos un indio de parte de Caupolican: vienen á la batalla muy reñida y sangrienta: señálanse Tucapel y Rengo: cuéntase tambien el valor que los españoles mostraron aquel dia.

Cosa es digna de ser considerada
y no pasar por ella fácilmente,
que gente tan ignota y desviada
de la frecuencia y trato de otra gente,
de innavegables golfos rodeada,
alcance lo que así difícilmente
alcanzaron por curso de la guerra
los mas famosos hombres de la tierra.

Dejen de encarecer los escritores
á los que el arte militar hallaron;
ni mas celebren ya á los inventores
que el duro acero y el metal forjaron:
pues los últimos indios moradores
del araucano estado así alcanzaron
el órden de la guerra y disciplina,
que podemos tomar dellos doctrina.

¿Quién les mostró á formar los escuadrones,
representar en órden la batalla,
levantar caballeros y bastiones,
hacer defensas, fosos y muralla,
trincheas, nuevos reparos, invenciones,
y cuanto en uso militar se halla,
que todo es un bastante y claro indicio
del valor desta gente y ejercicio?

Y sobre todo debe ser loado
el silencio en la guerra y obediencia,
que nunca fue secreto revelado
por dádiva, amenaza ni violencia,
como ya en lo que dellos he contado
vemos abiertamente la esperiencia;
pues por maña jamás ni por espías
dellos tuvimos nueva en tantos dias,

Aunque en los pueblos comarcanos fueron
presas de sobresalto muchas gentes
que al rigor del tormento resistieron
con gran constancia y firmes continentes:
tanto, que muchas veces nos hicieron
andar en los discursos diferentes,
que pudiera causar notable daño,
creciendo su cautela y nuestro engaño.

Pero, como ya dije arriba, estando
apenas nuestro ejército alojado,
vino un gallardo mozo preguntando
dó estaba el capitan aposentado:
y á su presencia el bárbaro llegando,
con tono sin respeto levantado,
habiéndose juntado mucha gente,
echó la voz diciendo libremente:

«¡Oh capitan cristiano! si ambicioso
eres de honor con título adquirido,
al oportuno tiempo venturoso
tu próspera fortuna te ha traido:
que el gran Caupolicano, deseoso
de probar tu valor encarecido,
si tal virtud y esfuerzo en ti se halla,
pide de solo á solo la batalla:

Que siendo de personas informado
que eres mancebo noble floreciente,
en la arte militar ejercitado,
capitan y cabeza desta gente,
dándote por ventaja de su grado
la eleccion de las armas francamente,
sin escepcion de condicion alguna
quiere probar tu fuerza y su fortuna.

Y así, por entender que muestras gana
de encontrar el ejército araucano
te avisa que al romper de la mañana
se vendrá á presentar en este llano,
do con firmeza de ambas partes llana,
en medio de los campos mano á mano,
si quieres combatir sobre este hecho,
rimitirá á las armas el derecho:

Con pacto y condicion que si vencieres
someterá la tierra á tu obediencia,
y dél podrás hacer lo que quisieres
sin usar de respeto ni clemencia:
y cuando tú por él vencido fueres,
libre te dejará en tu preeminencia;
que no quiere otro premio ni otra gloria
sino solo el honor de la vitoria.

Mira que solo en que esta voz se estienda
consigues nombre y fama de valiente,
y en cuanto el claro sol sus rayos tienda
durará tu memoria entre la gente;
pues al fin se dirá que por contienda
entraste valerosa y dignamente
en campo con el gran Caupolicano
persona por persona y mano á mano.
Esto es á lo que vengo, y así pido
te resuelvas en breve á tu albedrío,
si quieres por el término ofrecido
rehusar ó acetar el desafío,
que, aunque el peligro es grande y conocido,
de tu altiveza y ánimo confío
que al fin satisfarás con osadía
á tu estimado honor y al que me envía.»
Don Garcia le responde: «Soy contento
de acetar el combate, y le aseguro
que al plazo puesto y señalado asiento
podrá á su voluntad venir seguro.»
El indio, que escuchando estaba atento,
muy alegre le dijo: «Yo te juro
que esta osada respuesta eternamente
te dejará famoso entre la gente.»
Con esto, sin pasar mas adelante
las espaldas volvió y tomó la via,
mostrando por su término arrogante
en la poca opinion que nos tenia.
Algunos hubo allí que en el semblante
juzgaron ser mañosa y doble espía,
que iba á reconocer con este tiento
la gente y pertrechado alojamiento.
Venida, pues, la noche, los soldados
en órden de batalla nos pusimos,
y á las derechas picas arrimados,
contando las estrellas estuvimos,
del sueño y graves armas fatigados,
aunque crédito entero nunca dimos
al indio, por pensar que solo vino
á tomar lengua y descubrir camino.
Ya la espaciosa noche declinando
trastornaba al ocaso sus estrellas,
y la aurora al oriente despuntando
deslustraba la luz de todas ellas:
las flores con su fresco humor rociando,
restituyendo en su color aquellas
que la tiniebla lóbrega importuna
las habia reducido á sola una,
Cuando con alto y súbito alarido
apareció por uno y otro lado,
en tres distintas partes dividido,
el ejército bárbaro ordenado;
cada escuadron de gente muy fornido
que con gran muestra y paso apresurado
iban en igual órden, como cuento,
cercando nuestro estrecho alojamiento.
La gente de caballo aparejada,
sobre las riendas la enemiga espera;
mas antes que llegase, anticipada
se arroja por una áspera ladera,
y al escuadron siniestro encaminada,
le acomete furiosa, de manera
que un terrapleno y muro poderoso
no resistiera el ímpetu furioso.
Pero Caupolican, que gobernando
iba aquel escuadron algo delante,
el paso hasta su gente retirando,
hizo calar las picas á un instante:
donde, los piés y brazos afirmando,
en las agudas puntas de diamante
reciben el furor y encuentro estraño,
haciendo en los primeros mucho daño.
Unos, sin alas, con ligero vuelo
desocupan atónitos las sillas;
otros, vueltas las plantas hácia el cielo,
imprimen en la tierra las costillas;
y los que no probaron allí el suelo
por apretar mas recio las rodillas,
aunque mas se mostraron esforzados,
quedaron del encuentro maltratados.
De sus golpes los nuestros no faltaron,
que todos sin errar fueron derechos;
cuales, de banda á banda atravesaron;
cuales, atropellaron con los pechos:
todos en un instante se mezclaron,
viniendo á las espadas mas estrechos
con tal priesa y rumor que parecia
la espantosa vulcánea herrería.
El bravo general Caupolicano,
rota la pica de la maza afierra,
y á la derecha y á la izquierda mano
hiere, destroza, mata y echa á tierra:
hallándose muy junto á Berzocano
los dientes y el furioso puño cierra,
descargándole encima tal puñada,
que le abolló en los cascos la celada.
Tras este, otro derriba y otro mata,
que fue por su desdicha el mas vecino;
abre, destroza, rompe y desbarata,
haciendo llano el áspero camino:
y al yanacona Tambo así arrebata
que, como alcon al pollo ó palomino,
sin poderle valer los mas cercanos,
le ahoga y despedaza entre las manos.
Bernal y Leucoton, que deseando
andaban de encontrarse en esta danza,
se acometen furiosos, descargando
los brazos con igual ira y pujanza;
y las altas cabezas inclinando,
á su pesar usaron de crianza
hincando á un tiempo entrambos las rodillas
con un batir de dientes y ternillas.
Mas cada cual de presto se endereza,
comenzando un combate fiero y crudo;
ya tiran á los piés, ya á la cabeza,
ya abollan la celada, ya el escudo.
Así, pues, anduvieron una pieza;
mas pasar adelante esto no pudo,
que un gran tropel de gentes que embistieron
por fuerza á su pesar los despartieron.
Don Miguel y don Pedro de Abendaño,
Rodrigo de Quiroga, Aguirre, Aranda,
Cortés y Juan Jufré con riesgo estraño
sustentan todo el peso de su banda:
tambien hacen efecto y mucho daño
Reinoso, Peña, Córdoba, Miranda,
Monguía, Lasarte, Castañeda, Ulloa,
Martin Ruiz, y Juan Lopez de Gamboa.
Pues don Luis de Toledo peleando,
Carranza, Aguayo, Zúñiga, y Castillo
resisten el furor del indio bando,
con Diego Cano, Perez, y Morcillo:
los primos Albarados Juan y Hernando,
Pedro de Olmos, Paredes, y Carrillo
derriban á sus piés gallardamente,
aunque á costa de sangre, mucha gente.
El escuadron de en medio viendo asida
por el cuerno derecho la contienda,
acelerando el tiempo y la corrida,
acude á socorrer con furia horrenda:
mas nuestra gente en tercios repartida
le sale á recibir á toda rienda,
y del terrible estruendo y fiero encuentro
la tierra se apretó contra su centro.
Hubo muchas caidas señaladas,
grandes golpes de mazas y picazos:
lanzas, gorguces y armas enhastadas
volaron hasta el cielo en mil pedazos:
vienen en un momento á las espadas,
y aun otros, mas coléricos, á brazos,



dándose con las dagas y puñales
heridas penetrables y mortales.
El fiero Tucapel habiendo hecho
su encuentro en lleno y muerto un buen soldado,
poco del diestro golpe satisfecho,
le arrebató un estoque acicalado,
con el cual barrenó á Guillermo el pecho,
y de un revés y tajo arrebatado
arrojó dos cabezas con celadas
muy lejos de sus troncos apartadas.
Mata de un golpe á Torbo fácilmente,
y dió á Juan Yanaruna tal herida
que la armada cabeza por la frente
cayó sobre los hombros dividida.
Revuelve de estocada diestramente
y al robusto Picol quitó la vida;
pero en esta sazon inadvertido
de mas de diez espadas fue herido.
Carga sobre él de presto mucha gente,
al rumor del estrago que sonaba,
y cercándole en torno réciamente
en confuso monton le fatigaba:
mas él con gran desden y altiva frente
de tal manera el brazo rodeaba,
que á muchos con castigo y escarmiento
les reprimió el furor y atrevimiento.

Tanto en mas ira y mas furor se enciende
cuanto el trabajo y el peligro crece;
que allí la gloria y el honor pretende
donde mayor dificultad se ofrece:
lo mas dudoso y de mas riesgo emprende,
y poco lo posible le parece,
que el pecho grande y ánimo invencible
le allana y facilita lo posible.
El último escuadron y mas copioso,
su derrota y designio prosiguiendo,
con paso, aunque ordenado, presuroso,
por la tendida loma iba subiendo:
y en el dispuesto llano y espacioso,
nuestro escuadron del todo descubriendo,
se detuvo algun tanto astutamente
reconociendo el sitio y nuestra gente.
Delante desta escuadra, pues, venia
el mozo Galbarin sargenteando,
que sus troncados brazos descubria,
las llagas aun sangrientas amostrando.
De un canto al otro apriesa discurria,
el daño general representando,
encendiendo en furor los corazones
con muestras eficaces y razones
Diciendo: «¡oh valentísimos soldados
tan dignos deste nombre, en cuya mano

hoy la Fortuna y favorables Hados
han puesto el ser y crédito araucano!
estad de la victoria confiados,
que ese tumulto y aparato vano
es todo el remanente y son las heces
de los que habeis vencido tantas veces.
Y esta postrer batalla fenecida,
de vosotros así tan deseada,
no queda cosa ya que nos impida,
ni lanza enhiesta, ni contraria espada.
Mirad la muerte infame ó triste vida
que está para el vencido aparejada,
los ásperos tormentos escesivos
que el vencedor promete hoy á los vivos:
Que si en esta batalla sois vencidos,
la ley perece y libertad se atierra,
quedando al duro yugo sometidos,
inhábiles del uso de la guerra;
pues con las brutas bestias siempre uncidos
habeis de arar y cultivar la tierra,
haciendo los oficios mas serviles
y bajos ejercicios mujeriles.
Tened, varones, siempre en la memoria
que la deshonra eternamente dura,
y que perpétuamente esta victoria
todas vuestras hazañas asegura.
Considerad, soldados, pues, la gloria
que os tiene aparejada la Ventura,
y el gran premio y honor que, como digo,
un tan breve trabajo trae consigo:
Que aquel que se mostrare buen soldado
tendrá en su mano ser lo que quisiere,
que todo lo que habemos deseado
la Fortuna con ello hoy nos requiere.
Tambien piense que queda condenado
por rebelde y traidor quien no venciere,
que no hay vencido justo y sin castigo
quedando por juez ya su enemigo.»
De tal manera el bárbaro valiente
despertaba la ira y la esperanza,
que el escuadron apenas obediente
podia sufrir el órden y tardanza;
mas ya que la señal última siente,
con gran resolucion y confianza,
derribando las picas, bien cerrado
irse dejó de su furor llevado.
En el esento y pedregoso llano,
que mas de un tiro de arco se estendia,
nuestro escuadron á un tiempo mano á mano
asímismo al encuentro le salia,
donde con muestra y término inhumano,
y el gran furor que cada cual traía,
se embisten los airados escuadrones
cayendo cuerpos muertos á montones.
No duraron las picas mucho enteras,
que en rajas por los aires discurrieron;
las estendidas mangas y hileras
de golpe unas con otras se rompieron:
hubo muertes allí de mil maneras,
que muchos sin heridas perecieron
del polvo y de las armas ahogados,
otros de encuentros fuertes estrellados.
Trábase entre ellos un combate horrendo
con hervorosa priesa y rabia estraña,
todos en un teson igual poniendo
la estrema industria, la pujanza y maña.
Sube á los cielos el furioso estruendo,
retumba en torno toda la campaña,
cubriendo los lugares descubiertos
la espesa lluvia de los cuerpos muertos.
Hierve el coraje, crece la contienda
y el batir sin cesar siempre mas fuerte;
no hay malla y pasta fina que defienda
la entrada y paso á la furiosa muerte,
que con irreparable furia horrenda
todo ya en su figura lo convierte,
haciendo del mortal y fiero estrago
de espesa y negra sangre un ancho lago.
Rengo orgulloso, que al siniestro lado
iba siempre avivando le pelea,
de la roedora afrenta estimulado
que en Mataquito recibió de Andrea,
el ronco tono y brazo levantado,
discurre todo el campo y le rodea,
acá y allá por una y otra mano
llamando el enemigo nombre en vano.
Andrea, pues, asimismo procurando
fenecer la cuestion le deseaba;
mas lo que el uno y otro iba buscando
la dicha de los dos lo desviaba:
que el italiano mozo peleando
en el otro escuadron distante andaba,
haciendo por su estraña fuerza cosas
que aunque lícitas eran lastimosas.
Mata de un golpe á Trulo, y endereza
la dura punta y á Pinol barrena,
y sin brazo á Téguan una gran pieza
le arroja dando vueltas por la arena;
lleva de un golpe á Changle la cabeza;
y por medio del cuerpo á Pon cercena,
hiende á Narpo hasta el pecho, y á Brancolo
como grulla le deja en un pié solo.
Veis, pues, aquí á Orompello, el cual haciendo
venia por esta parte mortal guerra,
que al gran tumulto y voces acudiendo,
vió cubierta de muertos la ancha tierra;
y al ginovés gallardo conociendo,
como cebado tigre con él cierra,
alta la maza y encendido el gesto,
sobre las puntas de los piés enhiesto.
Fue de la maza el ginovés cogido
en el alto creston de la celada,
que todo lo abolló y quedó sumido
sobre la estofa de algodon colchada:
estuvo el italiano adormecido,
gomita sangre, la color mudada,
y vió, dando de manos por el suelo,
vislumbres y relámpagos del cielo.
Redobla otro el gallardo mozo luego,
con mas furor y menos bien guiado,
que á no ser á soslayo, el fiero juego
del todo entre los dos fuera acabado:
el ginovés desatinado y ciego
fue un poco de través, pero cobrado
se puso en pié con priesa no pensada,
levantando á dos manos la ancha espada,
Y con la estrema rabia y fuerza rara
sobre el jóven la cala de manera
que, si el ferrado leño no cruzara,
de arriba abajo en dos le dividiera:
tajó el tronco cual junco ó tierna vara,
y si la espada el filo no torciera,
penetrara tan honda la herida
que privara al mancebo de la vida.
Viéndose el araucano, pues, sin maza,
no por eso amainó al furor la vela,
antes con gran presteza de la plaza
arrebata un pedazo de rodela,
que sin se detener punto lo embraza,
y, como quien peligro no recela,
con solo el trozo de baston cortado
aguija al enemigo confiado.
Hirióle en la cabeza, y á una mano
saltó con ligereza y diestro brio,
hurtando el cuerpo así que el italiano
con la espada azotó el aire vacío,
quiso hacello otra vez, mas salió en vano,
que entrando recio al tiempo del desvío,
fue el ginovés tan presto que no pudo
sino cubrírse con el roto escudo.

Echó por tierra la furiosa espada
del defensivo escudo una gran pieza,
bajando con rigor á la celada
que defender no pudo la cabeza:
hasta el casco caló la cuchillada,
quedando el mozo atónito una pieza;
pero en sí vuelto, viéndose tan junto,
le echó los fuertes brazos en un punto.
El bravo ginovés, que al fiero Marte
pensara desmembrar, recio le asía;
pero salió engañado, que en este arte
ninguno al diestro jóven escedia:
revuélvense por una y otra parte,
el uno el pié del otro rebatia,
intricando las piernas y rodillas
con diestras y engañosas zancadillas.
Don García de Mendoza no paraba,
antes como animoso y diligente,
unas veces airado peleaba,
otras iba esforzando allí la gente.
Tampoco Juan Remon ocioso estaba,
que de soldado y capitan prudente
con igual diciplina y ejercicio
usaba en sus lugares el oficio.
Santillan, y don Pedro de Navarra,
Avalos, Biezma, Cáceres, Bastida,
Galdamez, don Francisco Ponce, Ibarra
dando muerte defienden bien su vida:
el factor Vega, y contador Segarra,
habian echado á parte una partida,
siguiéndolos Velazquez, y Cabrera,
Verdugo, Ruiz, Riberos, y Ribera.
Pasáranlo, pues, mal al otro lado,
segun la mucha gente que acudia,
si don Felipe, don Simon, y Prado,
don Francisco Arias, Pardo, y Alegría,
Barrios, Diego de Lira, Coronado,
y don Juan de Pineda en compañía,
con valeroso esfuerzo combatiendo,
no fueran los contrarios reprimiendo.
Tambien acrecentaban el estrago
Florencio de Esquivél y Altamirano,
Villarroel, Moran, Vergara, Lago,
Godoi, Gonzalo Hernandez y Andicano.
Si de todos aquí mencion no hago,
no culpen la intencion sino la mano,
que no puede escrebir lo que hacian
tantas como allí á un tiempo combatian.
Sonaba á la sazon un gran ruido
en el otro escuadron de mediodia,
y era, que el fiero Rengo embravecido,
llevado de su esfuerzo y valentía,
se habia por la batalla así metido
que volver á los suyos no podia,
y de menuda gente rodeado,
andaba muy herido y acosado.
Aunque se envuelve entre ellos de manera
al un lado y al otro golpeando,
que en rueda los hacia tener á fuera;
muchos en daño ajeno escarmentando;
pero la turba acá y allá ligera
le vá por todas partes aquejando
con tiros, palos y armas enhastadas,
como á fiera de lejos arrojadas.
Uno deja tullido y otro muerto,
sin valerles defensa ni armadura:
á quien acierta golpe en descubierto
del todo le deshace y desfigura:
y el de menos efecto y mas incierto
quebranta brazo, pierna ó coyuntura;
vieran arneses rotos y celadas
junto con las cabezas machucadas.
Mas aunque, como digo, combatiendo
mostraba esfuerzo y ánimo invencible,
le van á tanto estrecho reduciendo
que poder escapar era imposible:
y por mas que se esfuerza resistiendo,
al fin era de carne, era sensible,
y el furioso y contínuo movimiento
la fuerza le ahogaba y el aliento.
Estaba ya en el suelo una rodilla
que aun apenas así se sustentaba,
y la gente solícita en cuadrilla,
sin dejarle alentar le fatigaba;
cuando de la otra parte por la orilla
de la alta loma Tucapél llegaba,
haciendo con la usada y fuerte maza
por donde quiera que iba larga plaza.
Como el toro feroz desjarretado
cuando brama, la lengua ya sacada,
que de la turba multa rodeado
procura cada cual probar su espada;
y en esto de repente al otro lado,
la cerviz yerta y frente levantada,
asoma otro famoso de Jarama,
que deshace la junta y la derrama;
Así el famoso Rengo ya en el suelo
hincada una rodilla combatia
en medio del monton que sin recelo
poco á poco cerrándole venia;
cuando el sangriento y bravo Tucapelo
que por allí la grita le traia,
viéndole así tratar, sin poner duda,
rompe por el tropel á darle ayuda.
Dejó por tierra cuatro ó seis tendidos,
que estrecha plaza y paso le dejaron,
y los otros en círculo esparcidos
del fatigado Rengo se arredraron:
y contra Tucapel embravecidos
las armas y la grita enderezaron;
mas él daba de sí tan buen descargo,
que los hacia tener bien á lo largo.
Llegóse á Rengo, y dijo: «Aunque enemigo
esfuerza, esfuerza Rengo, y ten hoy fuerte,
que el impar Tucapél está contigo,
y no puedes tener siniestra suerte,
que el favorable cielo y hado amigo
te tiene aparejada mejor muerte,
pues está cometida al brazo mio,
si cumples á su tiempo el desafio.»
Rengo le respondió: «Si ya no fuera
por ingrato en tal tiempo reputado,
contigo y con mi débito cumpliera,
que no estoy, como piensas, tan cansado.»
En esto mas ligero que si hubiera
diez horas en el lecho reposado
se puso en pié, y á nuestra gente asalta
firme el membrudo cuerpo y la maza alta.
Tucapél replicó: «Seria bajeza
y cosa entre varones condenada
acometerte, vista tu flaqueza,
con fuerza y en sazon aventajada:
cobra, cobra tu fuerza y entereza,
que el tiempo llegará que esta ferrada
te dé la pena y muerte merecida
como hoy te ha dado claro aquí la vida.»
No se dijeron mas; y por la via
los dos competidores araucanos,
haciéndose amistad y compañía,
iban como si fueran dos hermanos;
guardaba el uno al otro y defendia;
y así con diligencia y prestas manos,
abriendo el escuadron gallardamente,
llegaron á juntarse con su gente.
En esto á todas partes la batalla
andaba muy reñida y sanguinosa,
con tal furia y rigor que no se halla
persona sin herida ni arma ociosa:
cubre la tierra la menuda malla,
y en la remota Turcia cavernosa,

por fuerza arrebatados de los vientos,
hieren los duros y ásperos acentos.
Era el rumor del uno y otro bando
y de golpes la furia apresurada,
como ventosa y negra nube cuando
de Vulturno ó del Zéfiro arrojada
lanza una piedra súbita, dejando
la rama de sus hojas despojada,
y los muros, los techos y tejados
son con priesa terrible golpeados.
Pues de aquella manera y mas furiosas
las homicidas armas descargaban,
y con hondas heridas rigurosas
los sanguinosos cuerpos desangraban:
el gran rumor y voces espantosas
en los vecinos montes resonaban;
el mar confuso al fiero son retrujo
de sus hinchadas olas el reflujo.
Pero la parte que á la izquierda mano
la batalla primero habia trabado,
donde por su valor Caupolicano
contrastaba al furor del duro Hado,
á pura fuerza él escuadron cristiano,
del contrario teson sobrepujado,
comenzó poco á poco á perder tierra
hácia la espesa falda de la sierra.
Fue tan grande la priesa desta hora
y el ímpetu del bárbaro potente,
que por el araucano en voz sonora
se cantó la victoria abiertamente:
mas la misma Fortuna burladora
la rueda revolvió súbitamente
en contra de la parte mejorada,
barajando la suerte declarada:
Que el último escuadron donde estribaba
nuestro postrer remedio y esperanza,
metido en el contrario peleaba
haciendo fiero estrago y gran matanza;
que ni el valor de Ongolmo allí bastaba
ni del fuerte Lincoya la pujanza:
ni yo basto á contar de una vez tanto,
que es fuerza diferirlo al otro canto.

CANTO XXVI.

En este canto se trata el fin de lo batalla y retirada de los araucanos: la obstinacion y pertinacia de Galbarino, y su muerte. Asimismo se pinta el jardin y estancia del mago Fiton.

Nadie puede llamarse venturoso
hasta ver de la vida el fin incierto;
ni está libre del mar tempestuoso
quien suelto no se vé dentro del puerto:
venir un bien tras otro es muy dudoso,
y un mal tras otro mal es siempre cierto:
jamás próspero tiempo fue durable,
ni dejó de durar el miserable.
El ejemplo tenemos en las manos,
y nos muestra bien claro aquí la historia
cuán poco les duró á los araucanos
el nuevo gozo y engañosa gloria;
pues llevando de rota á los cristianos
y habiendo ya cantado la victoria,
de los contrarios Hados rebatidos,
quedaron vencedores los vencidos:
Que, como os dije, el escuadron postrero
á donde por testigo yo venia,
ganando tierra siempre mas entero,
al bárbaro enemigo retraía;
que aunque el fuerte Lincoya el delantero
á la adversa Fortuna resistia,
no pudo resistir últimamente
el ímpetu y la furia de la gente.
Por una espesa y áspera quebrada
que en medio de dos lomas se hacia,
la bárbara canalla, quebrantada
la dañosa soberbia y osadía,
ya del torpe temor señoreada
esforzadas espaldas revolvia,
huyendo de la Muerte el rostro airado,
que clara á todo ya se habia mostrado.
Siguen los nuestros la victoria á priesa,
que aun no quieren venir en el partido,
y de la inculta breña y selva espesa
inquieren lo secreto y escondido;
el gran estrago y mortandad no cesa,
suena el destrozo y áspero ruido,
tirando á tiento golpes y estocadas
por la espesura y matas intricadas.
Jamás de los monteros en ojeo
fue caza tan buscada y perseguida
cuando con ancho círculo y rodeo
es á término estrecho reducida,
que con impacientísimo deseo,
atajados los pasos y huida,
arrojan en las fieras montesinas
lanzas, dardos, venablos, javalinas.
Como los nuestros, hasta allí cristianos,
que, los términos lícitos pasando,
con crueles armas y actos inhumanos
iban la gran victoria deslustrando;
que ni el rendirse, puestas ya las manos,
la obediencia y servicio protestando,
bastaba á aquella gente desalmada
á reprimir la furia de la espada.
Así el entendimiento y pluma mia,
aunque usada al destrozo de la guerra,
huye del grande estrago que este dia
hubo en los defensores de su tierra;
la sangre, que en arroyos ya corria
por las abiertas grietas de la sierra,
las lástimas, las voces y gemidos,
de los míseros bárbaros rendidos.
Los de la izquierda mano, que miraron
su mayor escuadron desbaratado,
perdiendo todo el ánimo, dejaron
la tierra y el honor que habian ganado.
Así la trompa á retirar tocaron,
y con paso, aunque largo, concertado,
altas y campeando las banderas,
se dejaron calar por las laderas.
No será bien pasar calladamente
la braveza de Rengo sin medida,
pues que, desbaratada ya su gente,
y puesta en rota y mísera huida,
fiero, arrogante, indómito, impaciente,
sin mirar al peligro de la vida,
dando mas furia á la ferrada maza,
solo sustenta la ganada plaza:
Y allí como invencible y valeroso
solo estuvo gran rato peleando;
pero viendo el trabajo infrutuoso,
y gente ya ninguna de su bando,
con paso tardo, grave y espacioso,
volviendo el rostro atras de cuando en cuando,
tomó á la mano diestra una vereda
hasta entrar en un bosque y arboleda,
Donde ya de la gente destrozada
habia el temor á algunos escondido;
pero viendo de Rengo la llegada,
cobrando luego el ánimo perdido,
con nuevo esfuerzo y muestra confiada,
en escuadron formado y recogido
vuelven el rostro y pechos esforzados
á la corriente de los duros Hados.
Yo, que de aquella parte discurriendo
á vueltas del rumor tambien andaba,
la grita y nuevo estrépito sintiendo
que en el vecino bosque resonaba,
apresuré los pasos, acudiendo
hácia donde el rumor me encaminaba,

viendo al entrar del bosque detenidos
algunos españoles conocidos.
Estaba á un lado Juan Remon gritando:
«Caballeros, entrad, que todo es nada;»
mas ellos, el peligro ponderando,
dificultaban la dudosa entrada.
Yo, pues, á la sazon á pié arribando
donde estaba la gente recatada;
Juan Remon que me vió luego de frente,
quiso obligarme allí públicamente
Diciendo: «¡Oh don Alonso! quien procura
ganar estimacion y aventajarse,
este es el tiempo y esta es coyuntura
en que puede con honra señalarse:
no impida vuestra suerte esa espesura
donde quieren los indios entregarse,
que al que abriere la entrada defendida
le será la victoria atribuida.»
Oyendo, pues, mi nombre conocido
y que todos volvieron á mirarme,
del honor y vergüenza compelido,
no pudiendo del trance ya escusarme,
por lo espeso del bosque y mas temido
comencé de romper y aventurarme,
siguiéndome Arias Pardo, Maldonado,
Manrique, don Simon, y Coronado,
Los cuales, de vivir desesperados,
los obstinados indios embistieron,
que en una espesa muela bien cerrados
las españolas armas atendieron.
En esto, ya al rumor por todos lados
de nuestra gente muchos acudieron,
comenzando con furia presurosa
una guerra sangrienta y peligrosa.
Renuévase el destrozo, reduciendo
á término dudoso el vencimiento,
el menos animoso acometiendo
el mas dificultoso impedimento.
¡Cuál será aquel que pueda ir escribiendo
de los brazos la furia y movimiento,
y deste y de aquel otro la herida,
y quién á cuál allí quitó la vida!
Unos hienden por medio, otros barrenan
de parte á parte los airados pechos;
por los muslos y cuerpo otros cercenan,
otros miembro por miembro caen deshechos:
los duros golpes todo el bosque atruenan,
andando de ambas partes tan estrechos
que vinieron algunos de impacientes
á los brazos, á puños y á los dientes.
Pero la Muerte allí difinidora
de la cruda batalla porfiada,
ayudando á la parte vencedora,
remató la contienda y gran jornada;
que la gente araucana en poca de hora
en aquel sitio estrecho destrozada,
quiso rendir al hierro antes la vida
que al odioso español quedar rendida.
Tendidos por el campo amontonados
los indómitos bárbaros quedaron,
y los demás con pasos ordenados,
como ya dije, atrás se retiraron;
de manera que ya nuestros soldados
recogiendo el despojo que hallaron,
y un número copioso de prisiones,
volvieron á su asiento y pabellones.
Fueron entre estos presos escogidos
doce los mas dispuestos y valientes,
que en las nobles insignias y vestidos
mostraban ser personas preeminentes:
estos fueron allí constituidos
para amenaza y miedo de las gentes,
quedando por ejemplo y escarmiento
colgados de los árboles al viento.
Yo á la sazon al señalar llegando,
de la cruda sentencia condolido,
salvar quise uno dellos, alegando
haberse á nuestro ejército venido;
mas él luego los brazos levantando
que debajo del peto habia escondido,
mostró en alto la falta de las manos
por los cortados troncos aun no sanos.
Era, pues, Galbarino este que cuento,
de quien el canto atrás os dió noticia,
que, porque fuese ejemplo y escarmiento,
le cortaron las manos por justicia;
el cual con el usado atrevimiento,
mostrando la encubierta inimicicia,
sin respeto ni miedo de la muerte,
habló, mirando á todos desta suerte:
«¡Oh gentes fementidas, detestables,
indignas de la gloria deste dia!
hartad vuestras gargantas insaciables
en esta aborrecida sangre mia;
que, aunque los fieros hados variables
trastornen la araucana monarquía,
muertos podremos ser, mas no vencidos,
ni los ánimos libres oprimidos.
No penseis que la muerte rehusamos,
que en ella estriba ya nuestra esperanza;
que si la odiosa vida dilatamos,
es por hacer mayor nuestra venganza:
que cuando el justo fin no consigamos,
tenemos en la espada confianza,
que os quitará, en nosotros convertida,
la gloria de poder darnos la vida.
Sús, pues ya, ¿qué esperais, ó qué os detiene
de no me dar mi premio y justo pago?
La muerte y no la vida me conviene,
pues con ella á mi deuda satisfago;
pero si algun disgusto y pena tiene
este importante y deseado trago
es no haberos primero hecho pedazos
con estos dientes y troncados brazos.»
De tal manera el bárbaro esforzado
la muerte en alta voz solicitaba,
de la infelice vida ya cansado,
que largo espacio á su pesar duraba:
y en el gentil propósito obstinado,
diciéndonos injurias procuraba
un fin honroso de una honrosa espada,
y rematar la mísera jornada.
Yo, que estaba á par dél, considerando
el propósito firme y osadía,
me opuse contra algunos, procurando
dar la vida á quien ya la aborrecia;
pero al fin los ministros porfiando
que á la salud de todos convenia,
forzado me aparté, y él fue llevado
á ser con los caciques justiciado.
A la entrada de un monte que vecino
está de aquel asiento en un repecho,
por el cual atraviesa un gran camino
que al valle de Lincoya va derecho,
con gran solemnidad y desatino,
fue el insulto y castigo injusto hecho,
pagando allí la deuda con la vida
en muchas opiniones no debida.
Por falta de verdugo, que no habia
quien el oficio hubiese acostumbrado,
quedó casi por uso de aquel dia
un modo de matar jamás usado;
que á cada indio de aquella compañía
un bastante cordel le fue entregado,
diciéndole que el árbol señalase
donde á su modo él mismo se colgase.
No tan presto los pláticos guerreros,
del cierto asalto la señal tocando,
por escalas, por picas y maderos
suben á la muralla gateando,

cuanto aquellos caciques que ligeros
por los mas grandes árboles trepando,
en un punto á las cimas arribaron,
y de las altas ramas se colgaron.
Mas uno de ellos algo arrepentido
de su ligera prisa y diligencia,
á nuestra devocion ya reducido,
vuelto pidió para hablar licencia;
y habiéndosela todos concedido,
con voz algo turbada y aparencia,
los ánimos cristianos conmoviendo,
habló contritamente así diciendo:
«Valerosa Nacion, invicta gente
donde el estremo de virtud se encierra,
sabed que soy cacique, y decendiente
del tronco mas antiguo desta tierra:
no tengo padre, hermano, ni pariente,
que todos son ya muertos en la guerra;
y pues se acaba en mí la decendencia,
os ruego useis conmigo de clemencia.»
Quisiera proseguir si Galbarino,
que le miraba con airada cara,
de súbito saliéndole al camino,
la doméstica voz no le atajara
diciendo: «Pusilánime, mezquino,
deslustrador de la progenie clara,
¿por qué á tan gran bajeza así te mueve
el miedo torpe de la muerte breve?
Dime, infame traidor, de fe mudable,
¿tienes por mas partido y mejor suerte
el vivir en estado miserable
que el morir como debe un varon fuerte?
Sigue el Hado (aunque adverso) tolerable,
que el fin de los trabajos es la muerte;
y es poquedad que un afrentoso medio
te saque de la mano este remedio.»
Apenas la razon habia acabado
cuando el noble cacique arrepentido,
al cuello el corredizo lazo echado,
quedó de una alta rama suspendido:
tras él fué el audaz bárbaro obstinado,
aun á la misma muerte no rendido,
y los robustos robles desta prueba
llevaron aquel año fruta nueva.
Habida la victoria, como cuento,
y el enemigo roto, retirado;
dejando el infelice alojamiento
todo de cuerpos bárbaros sembrado,
llegamos sin desman ni impedimento
á la bajada y sitio desdichado
do Valdivia fundó la Casa-fuerte,
y le dieron despues infame muerte.
Levantamos un muro brevemente
que el sitio de la casa rodeaba,
donde el bagaje, chusma y remanente
con menos daño y mas seguro estaba.
De allí la tierra en torno fácilmente
sin poderlo estorbar se salteaba
haciendo siempre instancia y diligencia
de traerla, sin sangre, á la obediencia.
Una mañana al comenzar del dia
saliendo yo á correr aquella tierra
donde por cierto aviso se tenia
que andaba gente bárbara de guerra,
dejando un trecho atrás la compañía,
cerca de un bosque espeso y alta sierra
sentí cerca una voz envejecida,
diciendo: «¿Dónde vais? que no hay salida.»
Volví el rostro y las riendas hácia el lado
donde la estraña voz habia salido,
y ví á Fiton, el mágico, arrimado
al tronco de un gran roble carcomido,
sobre el herrado junco recostado,
que como fue de mí reconocido,
del caballo salté ligeramente,
saludándole alegre y cortesmente.
El me dijo: «Por cierto bien pudiera
tomar de vos legítima venganza,
y en esa vuestra gente que anda fuera,
que habeis hecho en los nuestros tal matanza;
pero aunque mas razon y causa hubiera,
haciendo vos de mí tal confianza,
no quiero ni será justo dañaros,
antes en lo que es lícito ayudaros;
Que es órden de los cielos que padezca
esta indómita gente su castigo,
y antes que contra Dios se ensoberbezca
le abaje la soberbia el enemigo:
y aunque vuestra ventura agora crezca,
no durará gran tiempo; porque os digo
que, como á los demás, el duro Hado
os tiene su descuento aparejado.
Si la fortuna así á pedir de boca
os abre el paso próspero á la entrada,
grandes trabajos y ganancia poca
al cabo sacareis desta jornada:
y porque á mí decir mas no me toca,
me quiero retirar á mi morada,
que tambien desta banda tiene puerta,
pero á todos oculta y encubierta.»
Yo, de le ver así maravillado,
y mas de la siniestra profecía,
mi caballo en un libano arrendado,
le quise hacer un rato compañía:
y al fin de muchos ruegos acetado,
siendo el viejo decrépito la guia,
hendimos la espesura y breña estraña,
hasta llegar al pié de la montaña.
En un lado secreto y escondido
donde no habia resquicio ni abertura,
con el potente báculo torcido
blandamente tocó en la peña dura;
y luego con horrísono ruido
se abrió una estrecha puerta y boca escura
por do tras él entré, erizado el pelo,
pisando á tiento el peñascoso suelo.
Salimos á un hermoso y verde prado
que recreaba el ánimo y la vista,
do estaba en ancho cuadro fabricado
un muro de belleza nunca vista,
de vario jaspe y pórfido escacado,
y al fin de cada escaque una amatista;
en las puertas de cedro barreadas
mil sabrosas historias entalladas.
Abriéronse en llegando el mago á punto,
y en un jardin entramos espacioso
do se puede decir que estaba junto
todo lo natural y artificioso.
Hoja no discrepaba de otra un punto,
haciendo cuadro ó círculo ingenioso;
en medio un claro estanque do las fuentes
murmurando enviaban sus corrientes.
No produce Natura tantas flores
cuando mas rica primavera envía,
ni tantas variedades de colores
como en aquel jardin vicioso habia.
Los frescos y suavísimos olores,
las aves y su acorde melodía
dejaban las potencias y sentidos
de un ajeno descuido poseidos.
De mi fin y camino me olvidára,
segun suspenso estuve una gran pieza,
si el anciano Fiton no me llamara
haciéndome señal con la cabeza.
Metióme por la mano en una clara
bóveda de alabastro que á la pieza
del milagroso globo respondia,
á donde ya otra vez estado habia.
Quisiera ver la bola, mas no osaba
sin licencia del mago avecinarme:

mas él que mis designios penetraba,
teniendo voluntad de contentarme,
asido por la mano, me acercaba,
y comenzando él mismo á señalarme
el mundo me mostró como si fuera
en su forma real y verdadera.
Pero para decir por órden cuanto
vi dentro de la gran poma lucida,
es cierto menester un nuevo canto,
y tener la memoria recogida.
Así, Señor, os ruego que entretanto
que refuerzo la voz enflaquecida,
perdoneis si lo dejo en este punto,
que no puedo deciros tanto junto.

CANTO XXVII.

En este canto se pone la descripcion de muchas provincias, montes, ciudades famosas por natura y por guerras. Cuéntase tambien como los españoles levantaron un fuerte en el valle de Tucapél; y como don Alonso de Ercilla halló á la hermosa Glaura.

Siempre la brevedad es una cosa
con gran razon de todos alabada,
y vemos que una plática es gustosa
cuanto mas breve y menos afectada:
y aunque sea la prolija provechosa,
nos importuna, causa, y nos enfada;
que el manjar mas sabroso y sazonado
os deja, cuando es mucho, empalagado.
Pues yo que en un peligro tal me veo,
de la larga carrera arrepentido,
¿cómo podré llevar tan gran rodeo,
y ser sabroso al gusto y al oido?
Pero aunque de agradar es mi deseo,
estoy ya dentro en la ocasion metido;
que no se puede andar mucho en un paso,
ni encerrar gran materia en chico vaso.
Cuando á alguno, Señor, le pareciere
que me voy en el curso deteniendo,
el estraño camino considere,
y que mas que una posta voy corriendo:
en todo abreviaré lo que pudiere;
y así, á nuestro propósito volviendo,
os dije como el indio mago anciano
señalaba la poma con la mano.
Era en grandeza tal que no podian
veinte abrazar el cerco enteramente,
donde todas las cosas parecian
en su forma distinta y claramente.
Los campos y ciudades se veian,
el tráfago y bullicio de la gente;
las aves, animales, lagartijas,
hasta las mas menudas sabandijas.
El mágico me dijo: «Pues en este
lugar nadie nos turba ni embaraza,
sin que un mínimo punto oculto reste
verás del universo la gran traza:
lo que hay del norte al sur, del leste al oeste,
y cuanto ciñe el mar y el aire abraza,
rios, montes, lagunas, mares, tierras,
famosas por Natura y por las guerras.
Mira al principio de Asia á Calcedonia;
junto al Bósforo en frente de la Tracia,
á Liria, Caria, Licia, y Licaonia,
á Panfilia, Bitinia y á Galacia,
y junto al Ponto Euxinio á Paflagonia,
la llana Capadocia, y la Farnacia,
y la corriente de Eufrates famoso
que entra en el mar de Persia caudaloso.
Mira la Siria, la Judea, la india
tierra de promision de Dios privada,
y á Nazareth dichosa, en Palestina,
do á Maria Gabriel dió la embajada:
ves las sacras reliquias y ruina
de la ciudad por Tito desolada,
do el Autor de la vida, escarnecido,
á vergonzosa muerte fue traido.
Mira el tendido mar Mediterrano
que la Europa del Africa separa,
y el mar Bermejo, en punta, á la otra mano,
que abrió Moisen su aguas con la vara.
Mira el golfo de Ormuz, y mar Persiano;
y aunque á partes la tierra no está clara,
verás hácia la banda descubierta
las dos Arabias, Feliz, y Desierta.
Mira á Persia, y Carmania que confina
con Susiana, al lado del poniente,
donde el forjado acero se fulmina
de pasta y temple fino y escelente:
Drangiana, y Gredosía, que camina
hasta el mar de India y ferias del Oriente;
y adelante, siguiendo aquella via,
verás la calurosa Aracosía.
Dentro y fuera del Gange mira tanta
tierra de India, al levante prolongada;
ves el Catai y su ciudad de Canta
que sobre el Indo mar está fundada:
la China, y el Maluco, y toda cuanta
mar se estiende del leste, y la apartada
Trapobana famosa, antiguamente
término y fin postrero del Oriente.
Ves la Hircania, Tartaria, y los Albanos
hácia la Trapisonda dilatados,
y otros reinos pequeños comarcanos,
tributarios de Persia y aliados:
los iberos que llaman Georgianos,
y los pobres Circasos derramados,
que su lunada tierra en parte angosta
toma del mar Mayor toda la costa.
Ves el revuelto Cirro caudaloso,
que la Iberia y Albania así rodea,
y el alto monte Cáucaso fragoso,
que su cumbre gran tierra señorea:
mira el reino de Colcos, tan famoso
por la isla celebrada de Medea,
á donde el trabajado Jason vino
en busca del dorado vellocino.
Mira la grande Armenia, memorable
por su ciudad de Tauris señalada:
y al sur la religiosa y venerable
Soltania, sin respeto arruinada
por la tártara furia irreparable
del grande Taborlan, que de pasada
cuanto encontró lo puso por el suelo,
cual ira ó rayo súbito del cielo.
Mira á Tigris y Eufrátes, que poniendo
punto á Mesopotamia, en compañía
hasta el golfo de Persia van corriendo,
dejando á un lado á Egipto y á Suria:
ves la Partia y la Media, que torciendo
su corva costa abraza al Mediodía;
el Caspio mar, por otro nombre Hircano,
que en forma oval se estiende al subsolano.
Mira la Asiria y su ciudad famosa,
donde la confusion de lenguas vino
que sus muros, labor maravillosa,
hizo Semiramis, madre de Nino:
donde la acelerada y presurosa
Muerte á Alejandro le salió al camino,
cortándole en su próspera corrida
el hilo de los Hados y la vida.
Mira en Africa al sur los estendidos
reinos del Preste Juan, donde parece
que entre los mas insignes y escogidos
Saeva en sus edificios resplandece:
tres frutos da en el año repartidos,
y tres veces se agosta y reverdece:
tiene en veinte y dos grados su postura,
al antártico polo por la altura.

Ves á Gógia y sus montes levantados,
que á todos sobrepujan en grandeza,
canos siempre de nieve los collados,
y abajo peñascales y aspereza,
que forman un gran muelle rodeados
de breñales espesos y maleza,
morada de osos, puercos y leones,
tigres, panteras, grifos y dragones.
Destos peñascos ásperos pendientes,
llamados hoy el Monte de la Luna,
nacen del Nilo las famosas fuentes,
y dellos rios sin nombre y fama alguna,
que aunque tuercen y apartan sus corrientes,
se vienen á juntar á una laguna
tan grande que sus senos y laderas
baten de tres provincias las riberas.
A Gógia y Beguemetros al oriente,
y á Dambaya al poniente; del cual lado
hay islas donde habita mucha gente,
y todo el ancho círculo es poblado.
De aquí el famoso Nilo mansamente
nace, y despues mas grande y reforzado
parte á Gógia de Amara, y va tendido
sin ser de las riberas restringido,
Hasta un angosto paso peñascoso
que le va los costados estrechando,
de donde con estrépito furioso
se va en las cataratas embocando:
despues, mas ancho, grave y espacioso,
llega á Meroé, gran isla, costeando,
que contiene tres reinos eminentes,
en leyes y costumbres diferentes.
Mira al Cairo, que incluye tres ciudades,
y el palacio real de Dultibea,
las torres, los jardines y heredades
que su espacioso círculo rodea,
Las pirámides mira y vanidades
de los ciegos antiguos, que aunque sea
señal de sus riquezas la hechura,
fue mas que el edificio la locura.
Mira los despoblados arenosos
de la desierta y seca Libia ardiente,
Garamanta y los pueblos calurosos
donde habita la bruta y negra gente.
Mira los trogloditas belicosos,
y los que baña Gambra en su corriente;
mandingos, monicongos, y los feos
zapes, bialras, gelofos y guineos.
Ves de la costa de Africa el gran trecho,
los puertos señalados y lugares
de las bocas del Nilo hasta el estrecho
por do se comunican los dos mares:
Apolonia, las Sirtes, y derecho
Tripol, Tunez, y junto (si miráres)
verás aun las reliquias y el estrago
de la ciudad famosa de Cartago.
Mira á Sicilia fértil y abundosa,
á Cerdeña y á Córcega de frente,
y en la costa de Italia la viciosa
tierra que va corriendo hácia el poniente.
Mira la ilustre Nápoles famosa,
y á Roma que gran tiempo altivamente
se vió del universo apoderada,
y de cada nacion despues hollada.
Mira en Toscana á Sena y á Florencia,
y dejando la costa al mediodia,
á Bolonia, Ferrara, y la eminencia
de la isleña ciudad y señoría: (1)
Padua, Mantua, Cremona y á Placencia;
Milan, la tierra y parque de Pavia,
á donde en una rota de importancia
Carlos prendió á Francisco rey de Francia.
Ve á Alejandria, y por Liguria entrando,
á la soberbia Génova y Saona;
y el Piamonte y Saboya atravesando,
á Leon, á Tolosa y á Bayona;
y sobre el viento Coro volteando,
Burdeos, Poitiers, Orleans, Paris, Perona,
Flandes, Brabante, Güeldres, Frisia, Olanda,
Ingalaterra, Escocia, Hibernia ó Irlanda;
A Dinamarca, Dacia y á Noruega
hácia el mar de Dantisco y costa helada,
y á Suecia, que al confin de Gócia llega,
que está en torno del mar fortificada,
de donde á la Zelandia se navega:
y mira allá á Grolandia, desviada
del solar curso y la zodiaca vía,
do hay seis meses de noche y seis de dia.
Mira al norte á Moscovia, que es tenida
por última region de lo poblado,
que rematan su término y medida
las Rifeas montañas del un lado,
y de las fuentes de Tanais tendida
llega al monte Hiperbóreo y mar Helado;
confina con Sarmacia y Tartaría,
y corre por el austro hasta Rusía.
Mira á Livonia, Prusia y Lituania,
Samogicia, Podolia y á Rusía,
á Polonia, Silesia y á Germania,
á Moravia, Bohemia, Austria y Ungría,
á Croacia, Moldavia, Transilvania,
Valaquia, Vulgaría, Esclavonía,
á Macedonia, Grecia, la Morea,
á Candia, Chipre, Rodas, y Judea.
Mira al poniente á España y la aspereza
de la antigua Vizcaya, de do es fama
que depende y procede la nobleza
que en aquellas provincias se derrama.
Ves á Vermeo cercado de maleza,
cabeza y primer tronco desta rama,
y tu torre de Ercilla sobre el puerto
de las montañas altas encubierto.
Ves á Burgos, Logroño y á Pamplona;
y bajando al poniente á la siniestra,
Zaragoza, Valencia, Barcelona,
á Leon y á Galicia de la diestra.
Ves la ciudad famosa de Lisbona,
Coimbra y Salamanca que se muestra
felice en todas ciencias, do solia
enseñarse tambien nigromancía.
Mira á Valladolid que en llama ardiente
se irá como la fénix renovando,
y á Medina del Campo casi enfrente,
que las ferias la van mas ilustrando.
Mira á Segovia y su famosa puente;
y el bosque y la Fonfria atravesando,
al Pardo, y Aranjuez donde Natura
vertió todas sus flores y verdura.
Mira aquel sitio inculto montuoso (2)
al pié del alto puerto algo apartado,
que aunque le ves desierto y pedregoso
ha de venir en breve á ser poblado:
allí el rey don Felipe victorioso,
habiendo al Franco en San Quintin domado,
en testimonio de su buen deseo
levantará un católico trofeo (3).
Será un famoso templo incomparable;
de suntuosa fábrica y grandeza,
la máquina del cual hará notable
su religioso celo y gran riqueza.
Será edificio eterno y memorable,
de inmensa magestad y gran belleza,
obra, al fin, de un tal rey, tan gran cristiano,
y de tan larga y poderosa mano.
Mira luego á Madrid que buena suerte

(1) Venecia.

(2) El Escorial.
(3) El incomparable monasterio de S. Lorenzo.

le tiene el alto cielo aparejada;
y á Toledo fundada en sitio fuerte
sobre el dorado Tajo levantada.
Mira adelante á Córdova, y la Muerte
que airada amenazando está á Granada,
esgrimiendo el cuchillo sobre tantas
principales cabezas y gargantas (1).
Mira á Sevilla; ves la realeza
de templos, edificios y moradas,
el concurso de gente, y la grandeza
del trato de las Indias apartadas,
que de oro, plata, perlas y riqueza
dos flotas en un año entran cargadas,
y salen otras dos de mercancia,
con gente, municion y artilleria.
Mira á Caliz donde Hércules famoso,
sobre sus hados prósperos corriendo,
fijó las dos columnas victorioso,
nihil ultra en el mármol escribiendo;
mas *Fernando católico* (2) glorioso,
los mojonados términos rompiendo,
del ancho y Nuevo-mundo abrió la via,
porque en un mundo solo no cabia.
Mira por el océano bajando
entre el húmido noto y el poniente
las islas de Canaria, reparando
en aquella del Hierro especialmente,
que falta de agua, la Natura obrando,
las aves, animales y la gente
beben la que de un árbol se destila
en una bien labrada y ancha pila.
Ves á la banda diestra las Terceras,
que están de portugueses ocupadas;
y corriendo al sudueste, las primeras
islas que descubrió Colon, pobladas
de gentes nunca vistas extranjeras,
entre las cuales son mas señaladas
los Lucayos, San Juan, la Dominica,
Santo Domingo, Cuba, y Jamaica.
Ves de Bahama la canal angosta,
y siguiendo al poniente, la Florida,
la tierra inútil y torcida costa
hasta la Nueva-España proseguida,
donde Cortés con no pequeña costa,
y gran trabajo y riesgo de la vida,
sin término ensanchó por su persona
los límites de España y la corona.
Mira á Jalisco y Mechoacan, famosa
por la raiz medicinal que tiene;
y á Méjico abundante y populosa,
que el indio nombre antiguo aun hoy retiene.
Ves al sur la poblada y montuosa
tierra que en punta á prolongar se viene,
que los dos anchos mares por los lados
la van adelgazando los costados.
A Panama y al Nombre de Dios mira,
que sus estrechos términos defienden
á dos contrarios mares, que con ira
romper la tierra y anegar pretenden.
Ves la fragosa sierra de Capira,
Cartagena, y las tierras que se estienden
de Santa Marta y cabo de la Vela
hasta el Lago y ciudad de Venezuela.
A Bogota y Cartama, que confina
con Arma y Cali, tierra prolongada,
Popayan, Pasto, y Quito que vecina
está á la equinoccial línea templada.
Mira allá á Puerto Viejo, do la mina
de ricas esmeraldas fue hallada,
y las tierras que corren por la via
del austro y del volturno y mediodía.
Ves Guayaquil, que abunda de madera
por sus espesos montes y sombríos,
Tumbez, Paita y su puerto, que es primera
escala donde surgen los navíos:
Piura, Loja, la Zarza, y cordillera
de do nacen y bajan tantos rios
que riegan bien dos mil millas de suelo
donde jamás cayó lluvia del cielo.
Mira los grandes montes y altas sierras
bajo la zona tórrida nevadas,
los mojos, bracamoros y las tierras
de incultos chachapoyas habitadas:
Cajamarca y Trujillo, que en las guerras
fueron famosas siempre y señaladas:
y la ciudad insigne de los Reyes,
silla de las audiencias y vi-reyes:
Y Guánuco, Guamanga, y el templado
terreno de Arequipa, y los mojones
del Cuzco, antiguo pueblo y señalado
asiento de los Ingas y Orejones.
Mira, el solsticio y trópico pasado,
del austral Capricornio las regiones
de varias gentes bárbaras estrañas,
los rios, lagunas, valles y montañas.
Mira allá á Chuquiabo, que metido
está á un lado, la tierra al sur marcada,
y adelante el riquísimo y crecido
cerro de Potosí, que de cendrada
plata de ley y de valor subido
tiene la tierra envuelta y afamada;
pues de un quintal de tierra de la mina
las dos arrobas son de plata fina.
Ves la villa de Plata la postrera
por el levante á la sinistra mano,
y atravesando la alta cordillera,
Calcháqui, Pilcomayo y Tucomano:
los jurres, los diagoitas y ribera
de los comechingones, y el gran llano
y fructífero término remoto
hasta la fortaleza de Gaboto.
Ves, volviendo á la costa, los collados
que corren por la banda de Atacama,
y la desierta costa y despoblados
do no hay ave, animal, yerba ni rama.
Mira los copiapós, indios granados
que de grandes flecheros tienen fama:
Coquimbo, Mapochó, Cauquen, y el rio
de Maule, y el de Itata, y Biobío,
Ves la ciudad de Penco y el pujante
Arauco, estado libre y poderoso,
Cañete, la Imperial y hácia el levante;
la Villa-rica, y el volcan fogoso,
Valdivia, Osorno, el Lago; y adelante
las islas y archipiélago famoso;
y siguiendo la costa al sur derecho,
Chiloé, Coronados, y el estrecho
Por donde Magallanes con su gente
al mar del Sur salió desembocando;
y tomando la vuelta del poniente,
al Maluco guió noruesteando.
Ves las islas de Acaca y Zabú en frente,
y á Matan do murió al fin peleando;
Brunei, Bohol, Gilolo, Terrenate,
Machian, Mutir, Badan, Tidore, y Mate.
Ves las manchas de tierras, tan cubiertas
que pueden ser apenas divisadas,
son las que nunca han sido descubiertas,
ni de extranjeros piés jamás pisadas;
las cuales estarán simpre encubiertas,
y de aquellos celajes ocupadas,
hasta que Dios permita que parezcan,
porque mas sus secretos se engrandezcan.
Y como ves en forma verdadera
de la tierra la gran circunferencia,
pudieras entender, si tiempo hubiera,
de los celestes cuerpos la escelencia,

(1) Las de los moriscos rebelados cuando el autor escribia.
(2) En la edicion de 1578 decia: *Carlos Quinto Máximo.*

la máquina y concierto de la esfera,
la virtud de los astros é influencia,
varias revoluciones, movimientos,
los cursos naturales y violentos.

Mas aunque quiera yo de parte mia
dejarte mas contento y satisfecho,
ha mucho rato que declina el dia,
y tienes hasta el sitio largo trecho.»
Así haciéndome el mago compañía,
me trujo hasta ponerme en el derecho
camino, do encontré luego mi gente
que me andaba á buscar confusamente.

Llegamos al asiento en punto cuando
entraban á la guardia los amigos,
donde gastamos tiempo procurando
reducir á la paz los enemigos;
unas veces por bien, acariciando,
otras por amenazas y castigos,
haciendo sin parar correrías
por los vecinos pueblos y alquerías.

Mas no bastando diligencia en esto,
ni las promesas, medios y partidos,
que en su primer intento y presupuesto
estaban siempre mas endurecidos.
Vista, pues, la importancia de aquel puesto,
por estar en la tierra mas metidos,
con maduro consejo fue acordado
sustentar el lugar fortificado;

Y proveyendo al esperado daño
de algunos bastimentos que faltaban,
que aunque era fértil y abundante el año,
los campos en cogollo y berza estaban,
don Miguel de Velasco y Avendaño,
con los que mas á punto se hallaban,
haciéndoles yo escolta y compañía,
tomamos de Cauten la recta via.

Aunque con riesgo, sin contraste alguno
los peligrosos términos pasamos,
y en tiempo aparejado y oportuno
á la Imperial ciudad salvos llegamos,
donde á los moradores de uno en uno
con palabras de amor los obligamos
no solo á dar graciosa la comida,
pero á ofrecer tambien hacienda y vida.

Así que, alegres, sin rumor de guerra,
con pan, frutas, semillas y ganados,
dimos presto la vuelta por la tierra
de pacíficos indios y alterados;
y al descubrir de la purena sierra
hallamos una escolta de soldados,
digo de nuestra gente, que venia
á asegurar la peligrosa via.

El sol ya derribado al occidente
habia en el mar los rayos zabullido,
dando la noche alivio á nuestra gente
del cansancio y trabajo padecido;
pero al romper el alba, alertamente
se comenzó á marchar con gran ruido,
el cargado bagaje y el ganado
de todas las escuadras rodeado.

Iba yo en la vanguardia descubriendo
por medio de una espesa y gran quebrada,
cuando ví de través salir corriendo
una mujer, al parecer turbada;
yo tras ella los prestos piés batiendo,
luego de mi caballo fue alcanzada.
El que saber el fin desto desea
atentamente el otro canto lea.

CANTO XXVIII.

Cuenta Glaura sus desdichas y la causa de su venida. Asaltan los araucanos á los españoles en la quebrada de Purén: pasa entre ellos una recia batalla: saquean los enemigos el bagaje: retíranse alegres aunque desbaratados.

Quien tiene libre y sosegada vida
le conviene vivir mas recatado,
que siempre es peligrosa la caída
del que está del peligro descuidado;
y vemos muchas veces convertida
la alegre suerte en miserable estado,
en dura sujecion las libertades,
y tras prosperidad adversidades.

Es fortuna tan varia, es tan incierta,
ya que se muestra alguna vez amiga,
que no ha llamado el Bien á nuestra puerta,
cuando el Mal dentro en casa nos fatiga:
y pues sabemos ya por cosa cierta
que nunca hay Bien á quien un Mal no siga,
roguemos que no venga; y si viniere,
que sea pequeño el Mal que le siguiere;

Que yo, de acuchillado en esto, siento
que es de temer en parte la ventura;
el tiempo alegre pasa en un momento,
y el triste hasta la muerte siempre dura:
y porque viene bien á nuestro cuento,
á la bárbara oid, que en la espesura
alcancé, como os dije, que en su traje
mostraba ser persona de linaje.

Era mochacha grande, bien formada,
de frente alegre y ojos estremados,
nariz perfeta, boca colorada,
los dientes en coral fino engastados;
espaciosa de pecho y relevada,
hermosas manos, brazos bien sacados,
acrecentando mas su hermosura
de un natural donaire y apostura.

Yo queriendo saber á qué venia
sola por aquel bosque y aspereza,
con mas seguridad que prometia
su bello rostro y rara gentileza
la aseguré del miedo que traía,
la cual dando un sospiro, que á terneza
al mas rebelde corazon moviera,
comenzó su razon en tal manera:

»No sé si ya me queje desdichada,
ó agradezca á los Hados y á mi Suerte,
que me abren puerta y que me dan entrada
para que pueda recebir la muerte:
pero si ya la historia desastrada
quieres saber y mi dolor tan fuerte,
que aun le agravia mi poco sentimiento,
te ruego que al proceso estés atento.

Mi nombre es Glaura, en fuerte hora nacida,
hija del buen cacique Quilacura,
de la sangre de Friso esclarecida,
rica de hacienda, pobre de ventura;
respetada de muchos y servida
por mi linaje y vana hermosura;
mas ¡ay de mí! cuánto mejor me fuera
ser una simple y pobre ganadera.

En casa de mi padre á mi contento
como única heredera yo vivia,
que su felicidad y pensamiento
en solo darme gusto lo ponia:
mi voluntad en todo y mandamiento
como inviolable ley se obedecia,
no habiendo de contento y gusto cosa
que fuese para mí dificultosa;

Mas presto el envidioso Amor tirano;
turbador del sosiego, adredemente
trujo á mi tierra y casa á Fresolano,
mozo de fuerzas y ánimo valiente,
de mi infelice padre primo hermano;
y mucho mas amigo que pariente,
á quien la voluntad tenia rendida,
no habiendo entre los dos cosa partida.

Mi padre, como amigo aficionado,
que yo le regalase me mandaba;
y así yo con llaneza y gran cuidado
por hacerle placer lo procuraba;
mas él luego, el propósito estragado,

cuya fidelidad ya vacilaba,
corrompió la amistad, salió de tino,
echando por ilícito camino.
O fue el trato que tuvo allí conmigo,
ó, por mejor decir, mi desventura,
que esta sería mas cierto, como digo,
que no la mal juzgada hermosura,
que ingrato al hospedaje del amigo,
del deudo y deuda haciendo poca cura,
me comenzó de amar y buscar medio
de dar á su cuidado algun remedio.
Visto yo que por muestras y rodeo
muchas veces su pena descubria,
conocí que su intento y mal deseo
de los honestos límites salia.
Mas ¡ay! que en lo que yo padezco veo
lo que el mísero entonces padecia;
que á término he llegado al pié del palo
que aun no puedo decir mal de lo malo.
Hallábale mil veces suspirando
en mí los engañados ojos puestos;
otras andaba tímido tentando
entrada á sus osados presupuestos.
Yo, la ocasion dañosa desviando
con gravedad y términos honestos,
que es lo que mas refrena la osadía,
sus erradas quimeras deshacia.
Estando sola en mi aposento un dia,
temerosa de algun atrevimiento,
ante mí de rodillas se ponia
con grande turbacion y desatiento
diciéndome temblando: «¡Oh Glaura mia!
ya no basta razon ni sufrimiento,
ni de fuerza una mínima me queda
que á la del fuerte Amor resistir pueda.
Tu, señora, sabrás que el dia primero
de mi felice y próspera venida
me trujo amor al término postrero
desta penosa y desdichada vida;
mas ya que por tu amor y causa muero,
quiero saber si dello eres servida,
porque siéndolo tú no sé yo cosa
que pueda para mí ser tan dichosa.»
Viéndole al parecer, determinado
á cualquiera violencia y desacato,
disimuladamente por un lado
salí dél sin mostrar algun recato
diciéndole de lejos: «¡Oh malvado,
incestuoso, desleal, ingrato,
corrompedor de la amistad jurada,
y ley de parentesco conservada!...»
Iba estas y otras cosas yo diciendo
que el repentino enojo me mostraba,
cuando con priesa súbita y estruendo
un cristiano escuadron nos salteaba,
que en cerrado tropel arremetiendo,
nuestra alta casa en torno rodeaba,
saltando Fresolano en mi presencia
á la debida y justa resistencia.
Diciendo: «¡Oh fiera tigre endurecida,
inhumana y cruel con los humanos!
vuelve, acaba de ser tú la homicida,
no dejes que hacer á los cristianos:
vuelve, verás que acabo aquí la vida,
pues no puedo á las tuyas, á sus manos,
que aunque no sea la muerte tan honrosa,
á lo menos será mas piadosa.»
Así furioso sin mirar en nada
se arroja en medio de la armada gente,
donde luego una bala arrebatada
le atravesó el desnudo pecho ardiente:
cayó ya la color y voz turbada,
diciendo: «Glaura! Glaura! últimamente
recibe allá mi espíritu, cansado
de dar vida á este cuerpo desdichado.»

Llegó mi padre en esto al gran ruido,
solo armado de esfuerzo y confianza;
mas luego en el costado fue herido
de una furiosa y atrevida lanza:
cayó el cuerpo mortal descolorido:
y vista mi fortuna y mal andanza,
por el postigo de una falsa puerta
salí, á mi parecer, mas que ellos muerta.
Acá y allá turbada, al fin por una
montaña comencé luego á emboscarme,
dejándome llevar de mi fortuna,
que siempre me ha guiado á despeñarme.
Así que, ya sin tino y senda alguna
procuraba ¡cuitada! de alejarme;
que con el gran temor me parecia
que yendo á mas correr no me movia.
Mas como suele acontecer contino
que, huyendo el peligro y mal presente
se suele ir á parar en un camino
que nos coge y anega la creciente,
así á mí ¡desdichada! pues me avino
que, por salvar la vida impertinente,
de un mal en otro mal, de lance en lance
vine á mayor peligro y mayor trance.
Iba, pues, siempre ¡mísera! corriendo
por espinas, por zarzas, por abrojos,
aquí y allí, y acá y allá volviendo
á cada paso los atentos ojos,
cuando por unos árboles saliendo
ví dos negros cargados de despojos,
que luego en el instante que me vieron
á la mísera presa arremetieron.
Fuí dellos prestamente despojada
de todo cuanto allí venia vestida,
aunque yo ¡triste! no estimaba en nada
el perder los vestidos y la vida:
pero el honor y castidad preciada
estuvo á punto ya de ser perdida;
mas mis voces y quejas fueron tantas
que á lástima y piedad movia las plantas.
Usó el cielo conmigo de clemencia
guiando á Cariolan á mis clamores,
que visto el acto inorme y la insolencia
de aquellos enemigos violadores,
corrió con provechosa diligencia
diciendo: «Perros, bárbaros, traidores,
dejad, dejad al punto la doncella,
si no la vida dejareis con ella.»
Fueron sobre él los dos encontinente;
mas él, flechando el arco que traía,
al mas adelantado y diligente
la flecha hasta las plumas le escondia:
hízose atrás dos pasos diestramente,
y al otro la segunda flecha envia
con brújula tan cierta y diestro tino,
que al bruto corazon halló el camino.
Cayó muerto, y el otro mal herido
cerró con él furioso y emperrado;
mas Cariolan, valiente y prevenido,
en la arte de la lucha ejercitado,
aunque el negro era grande y muy fornido,
de su destreza y fuerzas ayudado,
alzándole en los brazos hácia el cielo
le trabucó de espaldas en el suelo.
Y sacando una daga acicalada,
queriendo á hierro rematar la cuenta,
por el desnudo vientre y por la hijada
tres veces la metió y sacó sangrienta;
huyó por allí la alma acelerada,
y libre Cariolan de aquella afrenta
se vino para mí con gran crianza
pidiéndome perdon de la tardanza.
Supo decir allí tantas razones,
haciendo Amor conmigo así el oficio,
que medrosa de andar en opiniones,

que es ya dolencia de honra y ruin indicio,
por evitar, al fin, mormuraciones,
y no mostrarme ingrata al beneficio
en tal sazon y tiempo recibido,
le tomé por mi guarda y mi marido;
Y temiendo que gente acudiria,
por el espeso bosque nos metimos,
donde, sin rastro ni señal de via,
un gran rato perdidos anduvimos;
pero, señor, al declinar del dia,
á la ribera de Lauquén salimos,
por dó venia una escuadra de cristianos
con diez indios, atrás presas las manos.
Descubriéronnos súbito en saliendo,
que en todo, al fin, nos perseguia la suerte,
sobre nosotros de tropel corriendo,
¡aguarda! ¡aguarda! ¡ten! gritando fuerte;
pero mi nuevo esposo allí, temiendo
mucho mas mi deshonra que su muerte,
me rogó que en el bosque me escondiese,
mientras que el con morir los detuviese.
Luego el temor, á trastornar bastante
una flaca mujer inadvertida,
me persuadió, poniéndome delante
la horrenda muerte y la estimada vida:
así, cobarde, tímida, inconstante,
á los primeros ímpetus rendida,
me entré, viéndolos cerca á toda priesa
por lo mas ágrio de la selva espesa,



Y en lo hueco de un tronco, que tejido
de zarzas y maleza en torno estaba,
me escondí sin aliento ni sentido,
que aun apenas de miedo resollaba,
de donde escuché luego un gran ruido,
que el bosque cerca y lejos atronaba,
de espadas, lanzas y tropel de gente,
como que combatiesen fuertemente.
Fue poco á poco, al parecer, cesando
aquel rumor y grita que se oia,
cuando la obligacion ya calentando
la sangre que el temor helado habia,
revolví sobre mí, considerando
la maldad y traicion que cometia
en no correr con mi marido á una
un peligro, una muerte, una fortuna.
Salí de aquel lugar, que á Dios pluguiera
que en el quedara viva sepultada,
corriendo con presteza á la ribera
á donde le dejé, desatinada:
mas cuando no ví rastro ni manera
de le poder hallar, sola y cuitada,
podrás ver qué sentí; pues era cierto
que no pudo escapar de preso ó muerto;
Solté ya sin temor la voz en vano,
llamando al sordo Cielo injusto y crudo;
preguntaba: ¿dó está mi Cariolano?
y todo al responder lo hallaba mudo:
Ya entraba en la espesura, ya á lo llano
salia corriendo, que el dolor agudo,
en mis entrañas siempre mas furioso,
no me daba momento de reposo.
No te quiero cansar ni lastimarme
en decirte las bascas que sentia:
no sabiendo que hacer ni aconsejarme,
frenética y furiosa discurria:
muchas veces propuse de matarme,
mas por torpeza y gran maldad tenia
que aquel dolor en mí tan poco obrase
que á quitarme la vida no bastase.
En tanta pena y confusion envuelta,
de contrarios y dudas combatida,
al cabo ya de le buscar resuelta,
pues no daba el dolor fin á mi vida,
hácia el campo español he dado vuelta,
de noche y desde lejos escondida,
por el honor, que mal me le asegura
mi poca edad y mucha desventura.
Y teniendo noticia que esta gente
era la vuelta de Cauten pasada,
tambien que habia de ser forzosamente
por este paso estrecho la tornada,
me dispuse á venir cubiertamente,
pensando que entre tantos disfrazada
alguna nueva ó rastro hallaria
deste que la Fortuna me desvia.
¿Qué remedio me queda ya captiva,
sujeta al mando y voluntad ajena,
que, para que mayor pena reciba,
aun la muerte no viene, porque es buena?
Pero aunque el Cielo cruel quiera que viva,
al fin me ha de acabar ya tanta pena;
bien que el estado en que me toma es fuerte,
mas nadie escoge el tiempo de su muerte.»
Así la bella jóven lastimada
iba sus desventuras recontando,
cuando una gruesa bárbara emboscada
que estaba á los dos lados aguardando,
alzó al cielo una súbita algarada
las salidas y pasos ocupando,
creciendo indios así que parecian
que de las yerbas bárbaros nacian.
Llegó al instante un yanacona mio,
ganado no habia un mes en buena guerra,
diciéndome: «Señor, échate al rio,
que yo te salvaré que sé la tierra,
que pensar resistir es desvario
á la gente que cala de la sierra:
bien puedes ¡oh señor! de mí fiarte,
que me verás morir por escaparte.
Yo, que al mancebo el rostro revolvia
á agradecer la oferta y buen deseo,
ví á Glaura que sin tiento arremetia
diciendo: «¡oh justo Dios! ¿qué es lo que veo?

¿eres mi dulce esposo? ¡ay vida mia!
en mis brazos te tengo y no lo creo;
¿qué es esto, estoy soñando ó estoy despierta?
¡ay! que tan grande bien no es cosa cierta.»
Yo atónito de tal acaecimiento,
alegre tanto dél como admirado,
visto de Glaura el mísero lamento
en felice suceso rematado,
no habiendo allí lugar de cumplimiento,
por ser revuelto el tiempo y limitado,
dije: «Amigos, adios; y lo que puedo,
que es daros libertad, yo os la concedo.»
Sin otro ofrecimiento ni promesa
piqué al caballo, que salió ligero.
Pero aunque mas los indios me den priesa,
quiero, Señor, que aquí sepais primero
cómo á la entrada de la selva espesa
Cariolan vino á ser mi prisionero,
cuando medrosa de perder la vida
en el tronco quedó Glaura escondida.
Sabed, sacro Señor, que yo venia
con algunos amigos y soldados,
despues de haber andado todo el dia
en busca de enemigos desmandados;
mas ya que á nuestro asiento me volvia
con diez prisiones bárbaros atados,
á la entrada de un monte y fin de un llano
descubrimos muy cerca á Cariolano.
Corrió luego sobre él toda la gente,
pensando que alas le prestara el miedo;
pero con gran desprecio y alta frente,
apercibiendo el arco, estuvo quedo:
llegando, pues, á tiro, diestramente
hirió á Francisco Osorio y Acebedo,
arrancando una daga, desenvuelto
el largo manto al brazo ya revuelto.
Tanta fue la destreza, tanta el arte
del temerario bárbaro araucano,
que no fue el gran tropel de gente parte
á que dejase un solo paso el llano;
que, saltando de aquella y desta parte,
todos los golpes hizo dar en vano,
unos hurtando el cuerpo desmentidos,
otros del manto y daga rebatidos.
Yo, que ver tal batalla no quisiera,
al animoso mozo aficionado,
en medio me lancé diciendo: «Afuera
caballeros, afuera, hacéos á un lado,
que no es bien que el valiente mozo muera,
antes merece ser remunerado;
y darle así la muerte ya sería
no esfuerzo ni valor, mas villanía.»
Todos se detuvieron conociendo
cuán mal el acto infame les estaba;
solo el indio no cesa, pareciendo
que de alargar la vida le pesaba:
al fin, la daga y paso recogiendo,
pues ya la cortesía le obligaba,
vuelto hácia mí me dijo: «¿Qué te importa
que sea mi vida larga ó que sea corta?
Pero de mí será reconocida
la obra pía y voluntad humana,
pia por la intencion, pero entendida,
puede decirse impía é humana;
que á quien ha de vivir mísera vida
no le puede estar mal muerte temprana:
así que, en no matarme, como digo,
cruel misericordia usas conmigo.
Mas, porque no me digan que ya niego
haber de tí la vida recebido,
me pongo en tu poder, y así me entrego
á mi fortuna mísera rendido.»
Esto dicho, la daga arrojó luego
doméstico el que indómito habia sido,
quedando desde allí siempre conmigo,
no en figura de siervo, mas de amigo.
Ya el ejercicio y belicoso estruendo
de las armas y voces resonaban;
unos van en monton allá corriendo,
otros acá socorro demandaban.
Era la senda estrecha, y no pudiendo
ir atrás ni adelante, reparaban
que el bagaje, la chusma y el ganado
tenia impedido el paso y ocupado.
Es el camino de Purén derecho
hácia la entrada y paso del estado;
despues vá en forma oblica largo trecho
de dos ásperos cerros apretado;
y vienen á ceñirle en tanto estrecho
que apenas pueden ir dos lado á lado,
haciendo aun mas angosta aquella via
un arroyo que lleva en compañía.
Así á trechos en partes del camino
revueltos unos y otros voceando,
andaban en confuso remolino
la tempestad de tiros reparando.
No basta de la pasta el temple fino,
grebas, petos, celadas abollando
la furia que zumbaba á la redonda
de galga, lanza, dardo, flecha y honda.
Unos al suelo van descalabrados
sin poder en las sillas sostenerse;
otros, cual rana ó sapo, aporreados
no pueden aunque quieren removerse;
otros á gatas, otros derrengados,
arrastrando procuran acogerse
á algun reparo ó hueco de la senda,
que de aquel torbellino los defienda;
Que en este paso estrecho el enemigo,
la gente y municion por órden puesta,
tenia á nuestros soldados, cómo digo,
de ventaja las piedras y la cuesta,
donde puedo afirmar como testigo
que era la lluvia tan espesa y presta
de las piedras, que cierto parecia
que el cerro abajo en piezas se venia.
Como cuando se ve el airado cielo
de espesas nubes lóbregas cerrado
querer undir y arruinar el suelo,
de rayos, piedra y tempestad cargado;
las aves mata en medio de su vuelo,
la gente, bestias, fieras y ganado
buscan corriendo, acá y allá perdidas,
los reparos, defensas y guaridas;
Así los españoles constreñidos
de aquel granizo y tempestad furiosa,
buscan por todas partes mal heridos
algun árbol ó peña cavernosa,
dó reparados algo y defendidos,
con la virtud antigua generosa,
cobrando nuevo esfuerzo y esperanza,
á la victoria aspiran y venganza;
Y desde allí con la presteza usada,
las apuntadas miras asestando,
les comienzan á dar una rociada,
muchos en poco tiempo derribando.
Ya por la áspera cuesta derrumbada
venian cuerpos y peñas volteando
con un furor terrible y tan estraño
que muertos aun hacian notable daño.
Así andaba la cosa, y entretanto
que en esta estrecha plaza peleaban,
con no menor revuelta al otro canto
donde mayores voces resonaban
se habian los indios desmandado tanto
que ya el bagaje y cargas saqueaban,
haciendo grande riza y sacrificio
en la gente de guarda y de servicio.
Quién con carne, con pan, fruta ó pescado
sube ligeramente á la alta cumbre;

quién de petaca ó de fardel cargado
corre sin embarazo y pesadumbre;
del alto y bajo, de uno y otro lado,
al saco acude allí la muchedumbre,
cual banda de palomas en verano
suele acudir al derramado grano.
  Viéndonos ya vencidos sin remedio
por la gran multitud que concurria,
procuré de tentar el postrer medio
que en nuestra vida y salvacion habia:
y así, rompiendo súbito por medio
de la revuelta y empachada via,
llegué dó estaban hasta diez soldados
en un hueco del monte arrinconados,
  Diciéndoles el punto en que la guerra
andaba de ambas partes tan reñida
que, ganada la cumbre de la sierra,
la victoria era nuestra conocida;
porque toda la gente de la tierra
andaba ya en el saco embebecida,
y solo en ver así ganado el alto
los bastaba á vencer el sobresalto.
  Luego, resueltos á morir de hecho,
todos los once juntos de cuadrilla
los caballos echamós al repecho,
cada cual soliviado alto en la silla:
y aunque el fragoso cerro era derecho,
por la tendida y áspera cuchilla
llegamos á la cumbre deseada,
de breña espesa y árboles poblada.
  Saltamos á pié todos al momento,
que ya allí los caballos no prestaban,
que llenos de sudor, faltos de aliento,
no pudiendo moverse, hijadeaban:
donde sin dilacion ni impedimento,
al lado que los indios más cargaban,
en un derecho y gran derrrumbadero
nos pusimos á vista y caballero,
  Dándoles una carga de repente
de arcabuces y piedras que os prometo
que aunque llevó de golpe mucha gente,
hizo el súbito miedo mas efeto:
y así, remolinando torpemente,
les pareció, segun el grande aprieto,
moverse en contra dellos cielo y tierra,
viendo por alto y bajo tànta guerra.
  Luego con animosa confianza
en nuestra ayuda algunos arribaron,
que deseosos de áspera venganza,
el daño y miedo en ellos aumentaron
tanto que ya, perdida la esperanza,
á retirarse algunos comenzaron,
poniendo prestos piés en la huida,
remedio de escapar la ropa y vida:
  Cuál por aquella parte, cuál por esta,
cargado de fardel ó saco, guia;
cual por lo mas espeso de la cuesta
arrastrando el ganado se metia:
cuál con hambre y codicia deshonesta,
por solo llevar mas se detenia,
costando á mas de diez allí la vida
la carga y la codicia desmedida.
  Así la fiesta se acabó, quedando
saqueados en parte y vencedores,
la victoria y honor solemnizando
con trompetas, clarines y atambores,
al rumor de las cuales caminando,
con buena guardia y diestros corredores,
llegamos al Real todos heridos,
donde fuimos con salvas recebidos.
  Los bárbaros á un tiempo retirados
por un áspero risco y monte espeso
se fueron á gran paso, consolados
con el sabroso robo, del suceso,
y á donde estaba el general llegados
que, sabido el desórden y el esceso
que rindió la victoria al enemigo,
hizo de algunos ejemplar castigo.
  Y habiendo en Talcamavida juntado
del destrozado campo el remanente,
á consultar las cosas del estado
llamó á la principal y digna gente;
donde despues de haber allí tratado
de lo mas importante y conveniente,
les dijo libremente todo cuanto
podrá ver quien leyere el otro canto.

CANTO XXIX.

Entran los araucanos en nuevo consejo: tratan de quemar sus haciendas. Pide Tucapel que se cumpla el campo que tiene aplazado con Rengo: combaten los dos en estacado brava y animosamente.

  ¡Oh cuánta fuerza tiene, oh cuánto incita
el amor de la patria; pues hallamos
que en razon nos obliga y necesita
á que todo por él lo pospongamos!
cualquier peligro y muerte facilita;
al padre, al hijo, á la mujer dejamos
cuando en trabajo nuestra patria vemos,
y como á mas parienta la acorremos.
  Buen testimonio desto nos han sido
las hazañas de antiguos señaladas,
que por la cara patria han convertido
en sus mismas entrañas las espadas,
y su gloriosa fama han estendido
las plumas de escritores celebradas
Mario, Casio, Filon, Codro ateniense,
Scebóla, Agesilao y el Uticense.
  Entrar, pues, en el número merece
esta araucana gente que, con tanta
muestra de su valor y ánimo, ofrece
por la patria al cuchillo la garganta;
y en el firme propósito parece
que ni rigor de Hado y toda cuanta
fuerza pone en en sus golpes la Fortuna
en los ánimos hace mella alguna:
  Que habiendo en solos tres meses perdido
cuatro grandes batallas de importaucia,
no con ánimo triste ni abatido,
mas con valor grandísimo y constancia,
estaban, como atrás habeis oido,
en consejo de guerra haciendo instancia
en darnos otro asalto, mas la mano
tomó diciendo así Caupolicano:
  «Conviene ¡oh gran senado religioso!
que vencer ó morir determinemos,
y en solo nuestro brazo valeroso
como último remedio confiemos:
las casas, ropa y mueble infructuoso
que al descanso nos llaman abrasemos,
que habiendo de morir todo nos sobra,
y todo con vencer despues se cobra.
  Es necesario y justo que se entienda
la grande utilidad que desto viene;
que no es bien que haya asiento en la hacienda
cuando el honor aun su lugar no tiene:
ni es razon que soldado alguno atienda
á mas de aquello que á vencer conviene;
ni entibie las ardientes voluntades
el amor de las casas y heredades.
  Así que, en esta guerra tan reñida
quien pretende descanso, como digo,
piense que no hay mas honra, hacienda y vida
de aquella que quitare al enemigo;
que la virtud del brazo conocida
será el rescate y verdadero amigo,
pues no ha de haber partido ni concierto
sino solo matar ó quedar muerto.»
  Oido allí por los caciques esto,

muchos suspensos sin hablar quedaron,
y algunos dellos con turbado gesto,
enarcando las cejas, se miraron;
pero rompiendo aquel silencio puesto,
sobre ello un rato dieron y tomaron,
hallando en su favor tantas razones
que se llevó trás sí las opiniones.
Así el valiente Ongolmo, no esperando
que otro en tal ocasion le precediese,
aprueba á voces la demanda, instando
en que por obra luego se pusiese.
Siguió este parecer Purén, jurando
de no entrar en poblado hasta que viese
sin medio ni concierto, á fuerza pura,
su patria en libertad y paz segura
Lincoya y Caniomangue, pues, no fueron
en jurar el decreto perezosos,
que aun mas de lo posible prometieron,
segun eran gallardos y animosos.
Tambien Rengo y Gualemo se ofrecieron,
y los demás caciques orgullosos
Talcaguan, Lemolemo y Orompello;
hasta el buen Colocolo vino en ello.
Resueltos, pues, en esto, y decretado
segun que aquí lo habemos referido,
Tucapelo, que á todo habia callado
con gran sosiego y con atento oido,
despues del alboroto sosegado
y aquel árduo negocio difinido,
puesto en pié levantó la voz ardiente,
que jamás hablar pudo blandamente,
Diciendo: «Capitanes, yo el primero
en lo que el general propone vengo
por parecerme justo; y así quiero
que se abrase y asuele cuanto tengo:
en lo demás, al brazo me refiero,
que si un mes en su fuerza lo sostengo,
pienso escoger despues á mi contento
el mayor y mejor repartimiento.
Y si algun miserable no concede
lo que tan justamente le es pedido,
por enemigo de la patria quede,
y del militar hábito esluido;
que ya por nuestra parte no se puede
venir á ningun medio ni partido,
sin dejar de perder, pues la contienda
es sobre nuestra libertad y hacienda.
Así que, yo tambien determinado
de seguir vuestros votos y opiniones,
aunque parece en tiempo tan turbado
que muevo nuevas causas y cuestiones,
del natural honor estimulado,
y por otras legítimas razones,
no puedo ya dejar por ningun arte
de echar del todo un gran negocio á parte.
Ya tendreis en memoria el desafio
que Rengo y yo tenemos aplazado;
asimismo el que tuve con su tio,
que quiso mas morir desesperado:
viendo el gran deshonor y agravio mio,
y cuánto á mi pesar se ha dilatado,
quiero, sin esperar á mas rodeo,
cumplir la obligacion y mi deseo;
Que asaz gloria y honor Rengo ha ganado
entre todas las gentes, pues se trata
que conmigo ha de entrar en estacado,
y así vanaglorioso lo dilata:
mas yo de tanta dilacion cansado,
pues que cada ocasion lo desbarata,
pido que nuestro campo se fenezca,
que no es bien que mi crédito padezca:
Que ya Peteguelen, astutamente,
con aparencia de ánimo engañosa,
á morir se arrojó entre tanta gente,
por parecerle muerte mas piadosa:
y así se me escapó mañosamente,
que fue puro temor y no otra cosa;
pues si ambicion de gloria le moviera,
de mi brazo la muerte pretendiera.
Tambien Rengo, de industria, cauteloso,
anda en los enemigos muy metido
buscando algun estorbo ó modo honroso
que le escuse cumplir lo prometido;
y debajo de muestra de animoso
procura de quedar manco ó tullido,
y para combatir no habilitado,
glorioso con me haber desafiado.»
Así hablaba el bárbaro arrogante,
cuando el airado Rengo echando fuego,
sin guardar atencion se hizo adelante,
diciendo: «La batalla quiero luego,
que ni tu muestra y fanfarron semblante
me puede á mí causar desasosiego;
las armas lo dirán, y no razones
que son de jactanciosos baladrones.»
Arremetiera Tucapel, si en esto
Caupolican, que á tiempo se previno,
con presta diligencia en medio puesto,
la voz no lo atajara y el camino:
y con severa muestra y grave gesto,
reprehendiendo el loco desatino,
por rematar entre ellos la porfía
concedió á Tucapel lo que pedia.
Pues el campo y el plazo señalado,
que fue para de aquel en cuatro dias,
nacieron en el pueblo alborozado
sobre el dudoso fin muchas porfías:
quién apostaba ropa, quién ganado,
quién tierras de labor, quién grangerías:
algunos, que ganar no deseaban,
las usadas mujeres apostaban.
Cercaron una plaza de tablones
en un esento y descubierto llano
donde los dos indómitos varones
armados combatiesen mano á mano,
publicando en pregon las condiciones
por el estilo y término araucano,
para que á todos manifiesto fuese,
y ninguno ignorancia pretendiese.
Llegado el plazo, al despuntar del dia
con gran gozo de muchos esperado,
luego la bulliciosa compañía
comenzó á rodear el estacado.
Era tal el aprieto que no habia
árbol, pared, ventana ni tejado
de donde descubrirse algo pudiese
que cubierto de gente no estuviese.
El sol algo encendido y perezoso
apenas del oriente habia salido,
cuando por una parte el animoso
Tucapel asomó con gran ruido;
por otra pues, no menos orgulloso,
al mismo tiempo aparecer se vido
el fantástico Rengo muy gallardo,
ambos con fiera muestra y paso tardo.
Las robustas personas adornadas
de fuertes petos dobles relevados;
escarcelas, brazales y celadas,
hasta el empeine de los piés armados:
mazas cortas de acero barreadas,
gruesos escudos de metal herrados,
y al lado izquierdo cada cual ceñido
un corvo y ancho alfange guarnecido.
Tenia, señor, la plaza á cada parte
puertas como palenque de torneo,
por las cuales el uno y otro Marte
entran en ancho círculo y rodeo.
Despues que con vistoso y gentil arte
su término acabaron y paseo,
airoso cada cual quedó á su lado

dentro de la gran plaza y estacado.
Hecho por los padrinos el oficio
cual se requiere en actos semejantes,
quitando todo escrúpulo y indicio
de ventaja y cautelas importantes,
cesó luego el estrépito y bullicio
en todos los atentos circunstantes,
oyendo el son de la trompeta en esto,
que robó la color de mas de un gesto.
Luego los dos famosos combatientes,
que la tarda señal solo atendian,
con bizarros y airosos continentes
en paso igual á combatir movian,
y descargando á un tiempo los valientes
brazos, de tales golpes se herian
que estuvo cada cual por una pieza
sobre el pecho inclinada la cabeza.
Redoblan los segundos de manera
que, aunque fueron pesados los primeros,
si tal reparo y prevencion no hubiera,
no llegara el combate á los terceros.
¿Quién por estilo igual decir pudiera
el furor destos bárbaros guerreros,
viendo el valor del mundo en ellos junto,
y la encendida cólera en su punto?
Fue de tal golpe Tucapel cargado
sobre el escudo en medio de la frente,
que quedó por un rato embelesado,
suspensos los sentidos y la mente.
Llegó Rengo con otro apresurado,
pero salió el efecto diferente,
que el estruendo del golpe y dolor fiero
le despertó del sueño del primero.
Serpiente no se vió tan venenoso
defendiendo á los hijos en su nido,
como el airado bárbaro furioso,
mas del honor que del dolor sentido:
así, fuera de término rabioso,
de soberbia diabólica movido,
sobre el gallardo Rengo fue en un punto,
descargando la rabia y maza junto.
Salióle al fiero Rengo favorable
aquel furor y acelerado brio
que la ferrada maza irreparable
el grueso estremo descargó en vacio:
fue el golpe, aunque furioso, tolerable
quitándole la fuerza el desvarío,
que á cogerle de lleno, yo creyera
que con él el combate feneciera.
Mas, aunque fue al soslayo, el araucano
se fue un poco al través desvaneciendo;
al fin puso en el suelo la una mano,
sostener la gran carga no pudiendo;
pero viendo el peligro no liviano,
sobre el fuerte contrario revolviendo,
con su desenvoltura y maza presta
le vuelve aun mas pesada la respuesta.
Era cosa admirable la fiereza
de los dos en valor al mundo raros,
la providencia, el arte, la destreza,
las entradas, heridas, y reparos,
tanto, que temo ya de mi torpeza
no poder por sus términos contaros
la mas reñida y singular batalla
que en relacion de bárbaros se halla.
Así el fiero combate igual andaba,
y el golpear de un lado y de otro espeso,
que el mas templado golpe no dejaba
de magullar la carne ó romper hueso.
El aire cerca y lejos retumbaba
lleno de estruendo y de un aliento grueso,
que era tanto el rumor y batería
que un ejército grande parecía.
Dió el fuerte Rengo un golpe á Tucapelo,
batiéndole de suerte la celada
que vió lleno de estrellas todo el suelo,
y la cabeza le quedó atronada;
pero en sí vuelto, blasfemando al cielo,
con aquella pujanza aventajada,
hirió tan presto á Rengo al desviarse
que no tuvo lugar de repararse.
Cayó el pesado golpe en descubierto,
cargando á Rengo tanto la cabeza
que todos le tuvieron ya por muerto,
y estuvo adormecido una gran pieza;
mas del mismo peligro al fin despierto
la abollada celada se endereza,
y sobre Tucapel furioso aguija,
que la maza rompió por la manija.
Mas, viéndole sin maza en esta guerra,
que en dos trozos saltó lejos quebrada,
la suya con desprecio arroja en tierra,
poniendo mano á la fornida espada.
En esto Tucapel otra vez cierra,
la suya fuera en alto levantada;
mas Rengo hurtando el cuerpo á la una mano
hizo que descargase el golpe en vano.
Llegó el cuchillo al suelo, y gran pedazo,
aunque era duro, en él quedó enterrado,
y en este impedimento y embarazo
fue Tucapel herido por un lado,
de suerte que el siniestro gruarda-brazo
con la carne al través cayó cortado,
y procurando segundar no pudo,
que vió calar el gran cuchillo agudo.
Debajo del escudo recogido
Rengo el desaforado golpe espera,
el cual fue en dos pedazos dividido
con la cresta de acero y la mollera:
el bárbaro quedó desvanecido,
y por poco en el suelo se tendiera;
mas el esfuerzo raro y ardimiento
venció al grave dolor y desatiento.
No por esto medroso se retira,
antes hacer cruda venganza piensa,
y asi lleno de rabia, ardiendo en ira,
acrecentada por la nueva ofensa,
furioso de revés un golpe tira
con la estrema pujanza y fuerza inmensa,
que á no topar tan fuerte la armadura
le dividiera en dos por la cintura.
Metióse tan á dentro que no pudo
salir del enemigo ya vecino,
por lo cual, arrojando el roto escudo,
valerse de los brazos le convino.
Tucapel, que robusto era y membrudo;
al mismo tiempo le salió al camino,
echándole los suyos de manera
que un grueso y duro roble deshiciera.
Pero topó con Rengo, que ninguno
le llevaba ventaja en la braveza,
de diez, de seis, de dos él era el uno
de mas agilidad y fortaleza.
Llegados á las presas, cada uno
con viva fuerza y con igual destreza
tientan y buscan de una y otra parte
el modo de vencer la industria y arte.
Así que, pecho á pecho forcejando,
andaban en furioso movimiento,
tanto los duros brazos añudando
que apenas recibir pueden aliento;
y al arte nuevas fuerzas ayuntando,
aspira cada cual al vencimiento,
procurando por fuerza, como digo,
de poner en el suelo al enemigo.
Era, cierto, espectáculo espantoso
verlos tan recia y duramente asidos,
llenos de sangre y de un sudor copioso
los rostros, y los ojos encendidos:
el aliento ya grueso y presuroso,

el forcejar, gemir, y los ronquidos,
sin descansar un punto en todo el dia,
ni haber ventaja alguna ó mejoria.
Mas Tucapel ardiendo en viva saña,
teniéndose por flojo y afrentado,
ara y revuelve toda la campaña,
cargando recio deste y de aquel lado.
Rengo con gran destreza y cauta maña;
recogido en su fuerza y repertado,
su opinion y propósito sostiene
y en igual esperanza se mantiene.
Viendo, pues, al contrario algo metido,
le quiso rebatir el pié derecho;
mas Tucapel, á tiempo recogido,
lo suspende de tierra sobre el pecho,
y entre los duros músculos ceñido
le estremece, sacude y tiene estrecho,
tanto que con el recio apretamiento
no le deja tomar tierra ni aliento.
En esto, pues, creyendo facilmente
de aquella suerte rematar la guerra,
Rengo, que era destrísimo y valiente,
hizó pié con gran fuerza y cobró tierra:
donde á un tiempo estribando reciamente,
de un fuerte rodeon se desaferra,
llevándose en las manos apretado
cuanto en la dura presa habia agarrado.
Fue Tucapel un rato descompuesto,
dando de un lado y de otro zancadillas,
y Rengo de la fuerza que habia puesto
hincó en el suelo entrambas las rodillas:
ámbos corrieron á las armas presto,
rajando los escudos en astillas,
con tempestad de golpes presurosos
mas fuertes que al principio y mas furiosos.
Estaban los presentes admirados
de aquel duro teson y valentía,
viéndolos en mil partes ya llagados
y la sangre que el suelo humedecia,
los arneses y escudos destrozados,
y que ningun partido y medio habia,
sino solo quedar el uno muerto,
aunque morir los dos era mas cierto.
Dió Rengo á Tucapel una herida,
cogiéndole al soslayo la rodela,
que, aunque de gruesos cercos guarnecida,
entró como si fuera blanda suela.
No quedó allí la espada detenida,
que gran parte cortó de la escarcela
y un doble zaragüel de ñudo grueso,
penetrando la carne hasta el hueso.
No se vió corazon tan sosegado
que no diese en el pecho algun latido,
viendo la horrenda muestra y rostro airado
del impaciente bárbaro ofendido,
que, el roto escudo lejos arrojado,
de un furor infernal ya poseido,
de suerte alzó la espada, que yo os juro
que nadie allí pensó quedar seguro.
Guarte Rengo, ¡que baja! ¡guarda! ¡guarda!
con gran rigor y furia acelerada
el golpe de la mano mas gallarda
que jamás gobernó bárbara espada.
Mas quien el fin deste combate aguarda
me perdone si dejo destroncada
la historia en este punto, porque creo
que así me esperará con mas deseo.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.

TERCERA PARTE.

CANTO XXX.

Contiene este canto el fin que tuvo el combate de Tucapel y Rengo. Asimismo lo que Pran, araucano, pasó con el indio Andresillo, yanacona de los españoles.

Cualquiera desafio es reprobado
por ley divina y natural derecho
cuando no va el designio enderezado
al bien comun y universal provecho;
y no por causa propia y fin privado,
mas por autoridad pública hecho,
que es la que en los combates y estacadas
justifica las armas condenadas.
Muchos querrán decir que el desafio
es de derecho y de costumbre usada,
pues con el ser del hombre y albedrio
juntamente la ira fue criada;
pero sujeta al freno y señorío
de la razon, á quien encomendada
quedó, para que así la corrigiese
que los términos justos no escediese.
Y el Profeta nos da por documento
que en ocasion y á tiempo nos airemos,
pero con tal templanza y regimiento,
que de la raya y punto no pasemos;
pues, dejados llevar del movimiento,
el ser y la razon de hombres perdemos;
y es visto que difieren en muy poco
el hombre airado y el furioso loco.
Y aunque se diga, y es verdad, que sea
ímpetu natural el que nos lleva,
y por la alteracion de ira se vea
que á combatir la voluntad se mueva:
la ejecucion, el acto, la pelea,
es lo que se condena y se reprueba,
cuando aquella pasion que nos induce
al yugo de razon no se reduce.
Por donde claramente, si se mira,
parece, como parte conveniente,
ser en el hombre natural la ira,
en cuanto á la razon fuere obediente:
y, en la causa comun puesta la mira,
puede contra el campion el combatiente
usar della en el tiempo necesario
como contra legítimo adversario.
Mas si es el combatir por gallardía,
ó por jactancia vana ó alabanza,
ó por mostrar la fuerza y valentía,
ó por rencor, por odio ó por venganza;
si es por declaracion de la porfia
remitiendo á las armas la probanza,
es el combate injusto, es prohibido,

aunque esté en la costumbre recebido.
Tenemos hoy la prueba aquí en la mano
de Rengo y Tucapel, que, peleando
por solo presuncion y orgullo vano,
como fieras se están despedazando:
y con protervia y ánimo inhumano
de llegarse á la muerte trabajando,
estaban ya los dos tan cerca della
cuanto lejos de justa su querella.
Digo que los combates, aunque usádos,
por corrupcion del tiempo introducidos,
son de todas las leyes condenados
y en razon militar no permitidos:
salvo en algunos casos reservados,
que serán á su tiempo referidos;
materia á los soldados importante,
segun que lo veremos adelante.
Déjolo aquí indeciso, porque viendo
el brazo en alto á Tucapel alzado,
me culpo, me castigo y reprehendo
de haberle tanto tiempo así dejado.
Pero á la historia y narracion volviendo,
me oistes ya gritar á Rengo airado
que bajaba sobre él la fiera espada
por el gallardo brazo gobernada.
El cual viéndose junto y que no pudo
huir del grave golpe la caida,
alzó con ambas manos el escudo,
la persona debajo recogida:
no se detuvo en él el filo agudo,
ni bastó la celada, aunque fornida,
que todo lo cortó, y llegó á la frente,
abriendo una abundante y roja fuente.
Quedó por grande rato adormecido,
y en pié dificilmente se detuvo,
que, del recio dolor desvanecido,
fuera de acuerdo vacilando anduvo:
pero volviendo á tiempo en su sentido,
visto el último término en que estuvo,
de manera cerró con Tucapelo
que estuvo en punto de batirle al suelo.
Hallóle tan vecino y descompuesto,
que por poco le hubiera trabucado,
que de la gran pujanza que habia puesto
anduvo de los piés desbaratado;
pero volviendo á recobrarse presto,
viéndose del contrario así aferrado
le echó los fuertes y ñudosos brazos,
pensando deshacerle en mil pedazos:
Y con aquella fuerza sin medida
le suspende, sacude y le rodea;
mas Rengo, la persona recogida,
la suya á tiempo y la destreza emplea.
No la falta de sangre allí vertida,
ni el largo y gran teson en la pelea
les menguaba la fuerza y ardimiento,
antes iba el furor en crecimiento.
En esto Rengo á tiempo el pié trocado
del firme Tucapel ciñó el derecho,
y entre los duros brazos apretado
cargó sobre él con fuerza el duro pecho:
fue tanto el forcejar que ambos de lado,
sin poderlo escusar, á su despecho,
dieron á un tiempo en tierra, de manera
como si un muro ó torreon cayera.
Pero con rabia nueva y mayor fuego
comienzan por el campo á revolcarse,
y con puños de tierra á un tiempo luego
procuran y trabajan por cegarse:
tanto que al fin el uno y otro ciego,
no pudiendo del hierro aprovecharse,
con las agudas uñas y los dientes
se muerden y apedazan impacientes.
Así, fieros, sangrientos y furiosos,
cuál ya debajo cuál ya encima andaban,
y los roncos acezos presurosos
del apretado pecho resonaban:
mas no por esto un punto vagarosos
en la rabia y el ímpetu aflojaban,
mostrando en el teson y larga prueba
criar aliento nuevo y fuerza nueva:
Eran pasadas ya tres horas cuando
los dos campeones, de valor iguales,
en la creciente furia declinando,
dieron muestra y señal de ser mortales:
que las últimas fuerzas apurando,
sin poderse vencer, quedaron tales
que ya en parte ninguna se movian,
y mas muertos que vivos parecian.
Estaban par á par desacordados,
faltos de sangre, de vigor y aliento,
los pechos garleando levantados,
llenos de polvo y de sudor sangriento;
los brazos y los piés enclavijados
sin muestra ni señal de sentimiento,
aunque de Tucapel pudo notarse
haber mas porfiado á levantarse.
La pierna diestra y diestro brazo echado
sobre el contrario á la sazon tenia,
lo cual de sus amigos fue juzgado
ser notoria ventaja y mejoria;
y aunque esto es hoy de muchos disputado,
ninguno de los dos se rebullia,
mostrando ambos de vivos solamente
el ronco aliento y corazon latiente.
El gran Caupolicano, que asistiendo
como juez de la batalla estaba,
el grave caso y pérdida sintiendo,
apriesa en la estacada plaza entraba:
el cual sin detenerse un punto, viendo
que alguna sangre y vida les quedaba,
los hizo levantar en dos tablones
á doce los mas ínclitos varones;
Y siguiendo detrás con todo el resto
de la nobleza y gente mas preciada,
fue con honra solemne y pompa puesto
cada cual en su tienda señalada:
donde acudiendo á los remedios presto,
y la sangre con tiempo restañada,
la cura fue de suerte que la vida
les fue en breve sazon restituida.
Pasado el punto y término temido,
iban los dos á un tiempo mejorando,
aunque del caso Tucapel sentido,
no dejaba cu arse braveando:
pero el prudente general sufrido,
con blandura la cólera templando,
así de poco en poco le redujo
que á la razon doméstico le trujo.
Quedó entre ellos la paz establecida,
y con solemnidad capitulado
que en todo lo restante de la vida
no se tratase mas de lo pasado,
ni por cosa de nuevo sucedida
en público lugar ni reservado
pudiesen combatir ni armar cuestiones,
ni atravesarse en dichos ni en razones;
Mas siempre como amigos generosos
en todas ocasiones se tratasen,
y en los casos y trances peligrosos
se acudiesen á tiempo y ayudasen.
Convenidos así los dos famosos,
porque mas los conciertos se afirmasen,
comieron y bebieron juntamente,
con grande aplauso y fiesta de la gente.
Dejarélos aquí desta manera
en su conformidad y ayuntamiento,
que me importa volver á la ribera
del rio, que muda nombre en cada asiento:
pues ha mucho que falto y ando fuera

de nuestro molestado alojamiento;
para decir el punto en que se halla
despues del trance y última batalla.
Luego que la victoria conseguimos
con mas pérdida y daño que ganancia,
al fuerte á mas andar nos recogimos
que estaba del lugar larga distancia:
y aunque poco despues, Señor, tuvimos
otros muchos reencuentros de importancia,
no sin costa de sangre y gran trabajo,
iré, por no cansaros, al atajo;
Y, pasando en silencio otra batalla
sangrienta de ambas partes y reñida,
que, aunque por no ser largo aquí se calla,
será de otro escritor encarecida;
vista de municion y vitualla
la plaza por dos meses bastecida,
pareció por entonces provechoso
dejar por capitan allí á Reinoso.
Que las demás ciudades, trabajadas
de las pesadas guerras nos llamaban,
y las leyes sin fuerza arrinconadas,
aunque mudas, de lejos voceaban:
las cosas de su asiento desquiciadas
todos sin gobernarse gobernaban,
estando de perderse el reino á canto
por falta de gobierno habiendo tanto.
Mas viendo la comarca tan poblada,
fértil de todas cosas y abundante,
para fundar un pueblo aparejada,
y el sitio á la sazon muy importante,
quedó primero la ciudad trazada,
de la cual hablaremos adelante,
que aunque de buen principio y fundamento,
mudó despues el nombre y el asiento.
Dejando, pues, en guarda de la tierra
los mas diestros y pláticos soldados,
en órden de batalla y son de guerra
rompimos por los términos vedados;
y atravesando de Purén la sierra,
de la hambre y las armas fatigados,
á la Imperial llegamos salvamente
donde hospedada fue toda la gente,
Puso el gobernador luego en llegando
en libertad las leyes oprimidas,
la justicia y costumbres reformando
por los turbados tiempos corrompidas,
y el esceso y desórdenes quitando
de la nueva codicia introducidas;
en todo lo demás por buen camino
dió la traza y asiento que convino.
No habiamos aun los cuerpos satisfecho
del sueño y hambre misera transida,
cuando tuvimos nueva que de hecho
toda la tierra en torno removida,
rota la tregua y el contrato hecho,
viendo así nuestra fuerza dividida,
ayuntaban la suya, con motivo
de no dejar presidio ni hombre vivo.
Luego, pues, hasta treinta apercebidos
de los que mas en órden nos hallamos,
por la espesura de Tirú metidos
la barrancosa tierra atravesamos,
y los tomados pasos desmentidos,
no con pocos rebatos arribamos,
sin parar ni dormir noche ni dia,
al presidio español y compañía.
Donde ya nuestra gente habia tenido
nueva del trato y tierra rebelada,
que por estraño caso acontecido
de la junta y designio fue avisada;
y habiendo alegremente agradecido
el socorro y ayuda no pensada,
nos dió del caso relacion entera,
el cual pasa, Señor, desta manera:
El araucano ejército entendiendo
que su próspera suerte declinaba,
y que Caupolican iba perdiendo
la gran figura en que primero estaba,
en secretos concilios discurriendo
del capitan ya odioso murmuraba,
diciendo que la guerra iba á lo largo
por conservar la dignidad del cargo.
No con tan suelta voz y atrevimiento
que el mas libre y osado no temiese,
y del menor edicto y mandamiento
cuanto una sola mínima escediese:
que era tanto el castigo y escarmiento,
que no se vió jamás quien se atreviese
á reprobar el órden por él dado,
segun era temido y respetado.
Pero temiendo, al fin, como prudente,
el revolver del Hado incontrastable,
y la poca obediencia de su gente,
viéndole ya en estado miserable,
que la buena Fortuna fácilmente
lleva siempre tras sí la Fé mudable,
y un mal suceso y otro cada dia
la mas ardiente devocion resfria,
Quiso, dando otro tiento á la Fortuna,
que del todo con él se declarase,
y no dejar remedio y cosa alguna
que para su descargo no intentase:
entre muchas, al fin, resuelto en una,
antes que su intencion comunicase,
con la presteza y órden que convino,
de municiones y armas se previno.
No dando, pues, lugar con la tardanza
á que el miedo el peligro examinase
y algun suceso y súbita mudanza
los ánimos del todo resfriase,
con animosa muestra y confianza
mandó que de la gente se aprestase
al tiempo y hora de silencio mudo
el mas copioso número que pudo.
Hizo una larga plática al senado,
en la cual resolvió que convenia
dar el asalto al fuerte por el lado
de la posta de Ongolmo al mediodia,
que de cierto espion era avisado
como la gente que en defensa habia,
demás de estar segura y descuidada,
era poca, bisoña y desármada:
Que el capitan ausente habia llevado
la plática en la guerra y escogida,
de no volver atrás determinado
hasta dejar la tierra reducida:
y en las nuevas conquistas ocupado;
sin poder ser la plaza socorrida,
en breve por asaltos fácilmente
podian entrarla y degollar la gente.
Fue tan grave y severo en sus razones,
y tal la autoridad de su presencia,
que se llevó los votos y opiniones
en gran conformidad sin diferencia:
y con ánimo y firmes intenciones
le juraron de nuevo la obediencia,
y de seguir, hasta morir, de veras,
en entrambas fortunas sus banderas.
Luego Caupolicano resoluto
habló con Pran, soldado artificioso,
simple en la muestra, en el aspecto bruto,
pero agudo, sutil y cauteloso,
prevenido, sagaz, mañoso, astuto,
falso, disimulado, malicioso,
lenguaz, ladino, práctico, discreto,
cauto, pronto, solícito y secreto.
El cual en puridad bien instruido
en lo que el árduo caso requería,
de pobre ropa y parecer vestido,

del presidio español tomó la vía,
y fingiendo ser indio forjido
se entró por la cristiana ranchería
entre los indios mozos de servicio,
dando en la simple muestra dello indicio;
Debajo del cual miraba atento
sin mostrar atencion lo que pasaba,
y con disimulado advertimiento
los ocultos designios penetraba:
tal vez entrando en el guardado asiento,
en la figura rústica, notaba
la gente, armas, el órden, sitio y traza,
lo mas fuerte y lo flaco de la plaza.
Por otra parte, oyendo y preguntando
á las personas menos recatadas,
iba mañosamente escudriñando
los secretos y cosas reservadas:
y aquí y allí los ánimos tentando
buscaba con razones disfrazadas
vaso capaz y suficiente seno
donde vaciar pudiese el pecho lleno.
Tentando, pues, los vados y el camino



por donde el trato fuese mas cubierto,
de tiento en tiento y lance en lance vino
á dar consigo en peligroso puerto;
que engañado de un bárbaro ladino,
Andresillo llamado de concierto
salieron juntos á buscar comida,
cosa á los yanaconas permitida;
Y con dobles y equívocas razones,
que Pran á su propósito traia,
vino el otro á decir las vejaciones
que el araucano estado padecia,
los insultos, agravios, sinrazones,
las muertes, robos, fuerza y tiranía;
trayendo á la memoria lastimada
el bien perdido y libertad pasada.
Visto el crédulo Pran que habia salido
tan presto el falso amigo á la parada,
hallando voluntad y grato oido
y el tiempo y la ocasion aparejada,
de la engañosa muestra persuadido,
el disfrace y la máscara quitada,
abrió el secreto pecho y echó fuera
la encubierta intencion desta manera,
Diciéndole: «Si sientes oh soldado,

a pérdida de Arauco lamentable
y el infelice término y estado
de nuestra opresa patria miserable,
hoy la Fortuna y poderoso Hado,
mostrándonos el rostro favorable,
ponen solo en tu mano libremente
la vida y salvacion de tanta gente:
  Que el gran Caupolicano, que en la tierra
nunca ha sufrido igual ni competencia,
y en paz ociosa y en sangrienta guerra
tiene el primer lugar y la obediencia,
quiere, viendo el valor que en tí se encierra,
tu industria grande y grande suficiencia
fiar en ocasion tan oportuna
el estado comun de tu fortuna;
  Y que á ti, como causa, se atribuya
el principio y el fin de tan gran hecho,
siendo toda la gloria y honra tuya,
tuya la autoridad, tuyo el provecho:
sola una cosa quiere que sea suya,
con la cual queda ufano y satisfecho,
que es haber elegido tal sugeto
para tan grande y importante efeto.
  Pues á tí libremente cometido
puede suceso próspero esperarse:
y á tu dichosa y buena suerte asido
quiere llevado della aventurarse:
y así en figura humilde travestido,
porque de mí no puedan recatarse,
vengo, cual ves, para que deste modo
te dé yo parte dello y seas el todo.
  Haciéndote saber como querria



(si no es de algun oculto inconveniente)
dar el asalto al fuerte á medio dia
con furia grande y número de gente;
por haberle avisado cierta espía
que en aquella sazon seguramente
descansan en sus lechos los soldados
de la molesta noche trabajados:
  Y sin recato la ferrada puerta
no siendo á nadie entonces reservada,
franca de par en par siempre está abierta,

y la gente durmiendo descuidada:
la cual de salto fácilmente muerta,
y la plaza despues desmantelada,
en la region antártica no queda
quien resistir nuestra pujanza pueda.
Asi, que de tu ayuda confiado,
que todo se lo allana y asegura,
cerca de aquí tres leguas ha llegado
cubierto de la noche y sombra escura;
á donde de su ejército apartado,
debajo de palabra y fe segura
quiere comunicar solo contigo
lo que sumariamente aquí te digo.
Ensancha ensancha el pecho que si quieres
gozar desta ventura prometida,
demás del grande honor que consiguieres
siendo por tí la patria redemida,
solo á tí deberás lo que tuvieres,
y á tí te deberán todos la vida,
siendo siempre de nos reconocido
haberla de tu mano recebido.
Mira pues lo que desto te parece,
conoce el tiempo y la ocasion dichosa,
no seas ingrato al cielo, que te ofrece
por solo que la acetes tan gran cosa:
dá la mano á tu patria, que perece
en dura servidumbre vergonzosa;
y pide aquello que pedir se puede,
que todo desde aquí se te concede.»
Dió fin con esto á su razon, atento
al semblante del indio sosegado,
que sin alteracion y movimiento
hasta acabar la plática habia estado;
el cual con rostro y parecer contento,
aunque con pecho y ánimo doblado,
á las ofertas y razon propuesta
dió sin mas detenerse esta respuesta.
«¿Quién pudiera aquí dar bastante indicio
de mi intrínseco gozo y alegría
de ver que esté en mi mano el beneficio
de la cara y amada patria mia?
que ni riqueza, honor, cargo ni oficio,
ni el gobierno del mundo y monarquía
podrán tanto conmigo en este hecho
cuanto el comun y general provecho:
Que sufrir no se puede la insolencia
desta ambiciosa gente desfrenada,
ni el disoluto imperio y la violencia
con que la libertad tiene usurpada;
por lo cual la divina Providencia
tiene ya la sentencia declarada,
y el ejemplar castigo merecido
al araucano brazo cometido.
Vuelve á Caupolican, y de mi parte
mi pronta voluntad le ofrece cierta,
que cuanto en esto quieras alargarte
te sacaré yo á salvo de la oferta:
y mañana, sin duda, por la parte
de la inculta marina mas desierta
seré con él do trataremos largo
desto que desde aquí tomo á mi cargo.
Por la sospecha que nacer podria
será bien que los dos nos apartemos,
y deshecha por hoy la compañía,
á donde nos aguardan arribemos:
que mañana despacio á medio dia
con mayor libertad nos hablaremos,
y de mí quedarás mas satisfecho:
adios, que es tarde; adios, que es largo el trecho.»
Así luego partieron el camino,
llevándole diverso y diferente,
que el uno al araucano campo vino
y el otro á donde estaba nuestra gente:
el cual con gozo y ánimo malino,
hablando al capitan secretamente,
le dijo punto á punto todo cuanto
oirá quien escuchare el otro canto.

CANTO XXXI.

Cuenta Andresillo á Reinoso lo que con Pran dejaba concertado. Habla con Caupolican cautelosamente, el cual, engañado, viene sobre el fuerte, pensando hallar á los españoles durmiendo.

La mas fea maldad y condenada
que mas ofende á la bondad divina
es la traicion sobre amistad forjada,
que al cielo, tierra y al infierno indina:
que aunque el señor de la traicion se agrada;
quiere mal al traidor y le abomina:
tal es este nefario maleficio,
que indigna al que recibe el beneficio.
Raras veces vereis que el alevoso
en estado seguro permanece,
de nadie amado, á todo el mundo odioso,
que el mismo interesado le aborrece:
amigo en todo tiempo sospechoso:
aunque trate verdad no lo parece;
y al cabo no se escapa del castigo
que la misma maldad lleva consigo.
Si en ley de guerra es pérfido el que ofende
debajo de seguro al enemigo,
¿qué será aquel que al enemigo vende
la libertad y sangre del amigo,
y el que con rostro de leal pretende
ser traidor á su patria, como digo,
poniéndole con odio y rabia tanta
el agudo cuchillo á la garganta?
Guardarse puede el sabio recatado
del público enemigo conocido,
del perverso, insolente, del malvado,
pero no del traidor nunca ofendido
que en hábito de amigo disfrazado,
el desnudo puñal lleva escondido:
no hay contra el desleal seguro puerto,
ni enemigo mayor que el encubierto.
La prueba es Andresillo, que dejaba
al amigo engañado y satisfecho;
el cual, con la gran priesa que llevaba,
en poco espacio atravesó gran trecho:
y puesto ante Reinoso el cual estaba
seguro y descuidado de aquel hecho,
preciándose el traidor de su malicia,
della y de la traicion le dió noticia
Diciéndole: «Sabrás que usando el Hado
hoy de piadoso término contigo,
las cosas de manera ha rodeado
que puedo serte provechoso amigo:
pues en mi voluntad libre ha dejado
la muerte ó salvacion de tu enemigo,
remitiendo á las manos de Andresillo
la arbitraria sentencia y el cuchillo:
Mas negando la deuda y fe debida
á mi tierra y nacion, por tu respeto,
quiero, señor, sacrificar la vida
por escapar la tuya deste aprieto:
y en contra de mi patria aborrecida
volver las armas y áspero decreto,
desviando gran número de espadas
que están á tu costado enderezadas.»
Tras esto allí le dijo todo cuanto
con Pran le sucedió y habeis oido,
que si me acuerdo, en el pasado canto
lo tengo largamente referido.
Quedó Reinoso atónito de espanto,
y con ánimo y rostro agradecido
los brazos amorosos le echó al cuello
dándole encarecidas gracias dello;
Y alabando la astucia y artificio
con que del trato doble usado habia,
exageró el famoso y gran servicio
que á todo el reino y cristiandad hacia;

diciendo que tan grande beneficio
siempre en nuestra memoria duraría,
y con honroso premio de presente,
sería remunerado largamente.
Quedaron, pues, de acuerdo que otro dia,
sin que noticia dello á nadie diese,
en el tiempo y lugar que puesto habia
con el vecino capitan se viese:
que de la vista y habla entendería
lo que mas al negocio conviniese,
trayéndole por mañas y rodeo
al esperado fin de su deseo.
Hízolo, pues, así; pero antes desto,
á la salida de un espeso valle
halló al amigo en centinela puesto,
esperándole ya para guialle;
donde Caupolican con ledo gesto,
saliendo algunos pasos á encontralle,
adelantado un trecho de su gente,
le recibió amorosa y cortesmente,
Diciendo: «¡Oh capitan! hoy por el cielo
en esta dignidad constituido,
á quien la redencion del patrio suelo
justa y méritamente ha cometido;
bien sé que solo con honrado celo
de virtud propia y de valor movido,
aspiras á arribar do ningun hombre
tendrá puesto adelante mas su nombre:
Y habiendo de tu pecho penetrado
el intento y designio valeroso,
de tu fortuna próspera guiado,
que promete suceso venturoso,
estoy resuelto, estoy determinado
que con golpe de gente numeroso
demos, siendo tú solo nuestra guia,
sobre el fuerte español á medio dia;
Para lo cual ha sido mi venida
sorda y secretamente en esta parte,
donde, siendo tu boca la medida,
quiero del justo premio asegurarte,
y ver si á ti esta empresa cometida
quieres della y nosotros encargarte,
dando, como cabeza y dueño, en todo
el òrden, la instruccion, la traza y modo;
Que, demás de las honras, te aseguro
de parte del senado un señorío,
y por el fuerte Eponamon te juro
que este será escogido á tu albedrío:
en tus manos me pongo y aventuro,
y á tu buen parecer remito el mio,
para que des el órden que convenga
y el esperado bien no se detenga;
Pues con tu ayuda y mi esperanza cierta,
que me prometen próspera jornada,
en una parte oculta y encubierta
tengo cerca de aqui mi gente armada;
y antes que sea de alguno descubierta
y la plaza enemiga preparada,
que es el peligro solo que esto tiene,
apresurar la ejecucion conviene.
Resuélvete ¡oh varon! y determina,
como de tí se espera, brevemente
que detrás deste monte á la marina
está el copioso ejército obediente:
y por que puedas ver la disciplina,
los ánimos, las armas y la gente,
podrás llegar allá, que aquí te aguardo
con esperanza y ánimo gallardo.
El traidor pertinaz, que atento estaba
á cuanto el general le prometia,
no la oferta ni el premio le mudaba
de la fea maldad que cometía;
bien que, algun tanto tímido, dudaba
viendo de aquel varon la valentía,
el ser gallardo y el feroz semblante,
la proporcion y miembros de gigante.
Venia el robusto y grande cuerpo armado
de una fuerte coraza barreada,
y un dragon escamoso relevado
sobre el alto creston de la celada;
en la derecha su baston ferrado,
ceñida al lado una tajante espada,
representando en talle y apostura
del furibundo Marte la figura.
Visto por Andresillo cuán barato
podia salir con el malvado hecho,
teniendo en su traicion y doble trato
andado en poco tiempo tanto trecho,
con alegre semblante y rostro grato,
aunque con doble y engañoso pecho,
hincando ambas rodillas en el llano,
tal respuesta volvió á Caupolicano:
«¡Oh gran Apó! no pienses que movido
por honra, por riqueza ó por estado
á tus piés y obediencia soy venido,
á servirte y morir determinado;
que todo lo que aquí me has ofrecido
y lo que puede mas ser deseado
no me provoca tanto ni me instiga
cuanto la gran razon que á ello me obliga.
Gracias al cielo doy, pues mi esperanza,
en tu prudencia y gran valor fundada,
la siento ya con próspera bonanza
ir al derecho puerto encaminada:
y porque no nos dañe la tardanza
será bien que apresures la jornada,
siguiendo la fortuna, que se muestra
declarada en favor de parte nuestra;
Que nuestros enemigos sin recelo,
á las armas de noche acostumbrados,
cuando va el sol en la mitad del cielo
descansan en sus toldos desarmados:
y desnudos y echados por el suelo,
en vino y dulce sueño sepultados,
pasan la ardiente siesta en gran reposo
hasta que el sol declina caluroso.
Y si estás, como dices, prevenido,
y la gente vecina en ordenanza,
que goces luego la ocasion te pido,
no dejando pasar esta bonanza:
que el tiempo es malo de cobrar, perdido,
mayormente si daña la tardanza;
y pues no te detiene cosa alguna
no detengas tus hados y fortuna;
Que á darte la victoria yo me obligo,
no por el galardon que dello espero,
que la virtud la paga trae consigo
y ella misma es el premio verdadero:
basta lo que en servirte yo consigo,
y así graciosamente me prefiero
de ponerte sin pérdida en la mano
la desnuda garganta del tirano.
Mañana disfrazado, al tiempo cuando
vaya el sol en mitad de su jornada,
vendrá á mi estancia Pran, donde aguardando
estaré su venida deseada;
y en el presidio y franca plaza entrando,
verá la gente entonces entregada
al ordinario y descuidado sueño,
sin prevencion, y al parecer sin dueño.
Esta noche, callada y quietamente,
desviada á la diestra del camino,
venga á ponerse en escuadron la gente
una milla del fuerte y mas vecino:
y cuando asome el sol por el oriente,
echada en recogido remolino,
bajas las armas por la luz del dia,
aguarde allí el aviso y orden mia.
Quiero ver, pues que dello eres servido,
(por ir del todo alegre y satisfecho)

tu dichoso escuadron, constituido
para tan alto y señalado hecho;
por quien Arauco ya restituido
en sus primeras fuerzas y derecho,
echada la española tiranía,
estenderá su nombre y monarquía.»
Quedó Caupolicano de manera
que tuvo el trato y hecho por seguro,
diciéndole razones, que moviera
no un corazon movible pero un muro:
y en señal de firmeza verdadera
le dió un lucido llauto de oro puro
y un grueso mazo de chaquira prima,
cosa entre ellos tenida en grande estima;
Y del alegre Pran acompañado
al pié de un alto cerro montuoso
vió el araucano ejército emboscado,
de brava gente y número copioso:
quedó el traidor de verlo algo turbado,
y en la falsa y mudable fe dudoso;
que en el ánimo vario y movedizo
hace el temor lo que virtud no hizo.
Pero ya la maldad apoderada,
dándole espuelas y ánimo bastante,
la duda tropelló representada,
llevando el mal propósito adelante:
y así, encubriendo la intencion dañada,
con mentirosas muestras y semblante
loó el traidor encarecidamente
el sitio, el órden, armas y la gente;
Y despues de inquerir y haber notado
lo que notar entonces convenia,
visto el grande aparato, y tanteado
la gente armada y cantidad que habia,
advertido de todo y enterado,
llegó al presidio al rematar del dia,
á donde le esperaba ya Reinoso,
de su larga tardanza sospechoso.
Hizo con singular advertimiento
de su jornada relacion copiosa,
dándole mayor ánimo y aliento
nuestra llegada á tiempo provechosa;
que si estuvistes á mi canto atento,
por la montaña y costa montuosa
al socorro llegué aquel mismo dia
con los treinta que dije en compañía.
Gastóse aquella noche previniendo
las armas é instrumentos militares,
el foso, muro y plaza requiriendo,
señalando á la gente sus lugares;
hasta que fue la aurora descubriendo
con turbia luz los hondos valladares,
dando triste señal del dia esperado
por tanta sangre y muertes señalado.
Jamás se vió en los términos australes
salir el sol tan tardo á su jornada,
rehusando de dar á los mortales
la claridad y luz acostumbrada:
al fin salió cercado de señales,
y la luna delante dél menguada,
vuelto el mudable y blanco rostro al cielo
por no mirar al araucano suelo.
Hecha la prevencion en confianza
por una y otra parte ocultamente,
con iguales designios y esperanza,
aunque con hado y suerte diferente,
veis aquí á Pran, que solo, y á la usanza
de los mitayos indios, diligente,
cargado con un haz de blanco trigo,
viene á buscar al alevoso amigo,
Que á la salida de su rancho estaba,
mirando á los caminos ocupado,
pareciéndole ya que se pasaba
el tiempo del concierto aun no llegado:
tanto ya la maldad le aceleraba
de una furia maligna espoleado,
que siempre en lo que mucho se desea
no hay brevedad que dilacion no sea.
Llegado Pran le aseguró de cierto
que la gente en dos tercios dividida
habia el murado sitio descubierto
sin ser de nadie vista ni sentida:
y con paso callado y gran concierto,
doméstica, ordenada y recogida,
los pechos y las armas arrastrando
venia derecho al fuerte caminando.
Con muestra del designio diferente
dió Andresillo señal de su alegría,
diciendo que sin duda nuestra gente
ya, segun su costumbre, dormiria:
luego, disimulada y quietamente,
sin mas se detener, de compañía
entraron en el fuerte preparado
el falso engañador y el engañado.
Vieron en sus estancias recogidos
todos los oficiales y soldados
sobre sus lechos, sin dormir, dormidos;
con aviso y cuidado, descuidados;
los arneses acá desguarnecidos,
los caballos allá desensillados,
todo de industria, al parecer revuelto,
en un mudo silencio y sueño envuelto.
Visto el reposo, Pran, visto el sosiego
y poca guardia que en el fuerte habia,
alegre dello tanto, cuanto ciego
en no ver la sospecha que traia,
sin detenerse un solo punto, luego
por una corta senda que él sabia,
haciendo de sus piés y aliento prueba,
fue á dar al campo la esperada nueva.
Apenas habia el bárbaro traspuesto,
cuando Andresillo en tono levantado
dijo: «¡Oh fuertes soldados en quien puesto
está el fin de la guerra deseado;
tomad las vencedoras armas presto
y romped el silencio ya escusado,
saliendo á toda priesa porque os digo
que á las puertas teneis al enemigo!»
Marinero jamás tan diligente
de entre la vedijosa hernia salta
cuando los gritos del piloto siente
y la borrasca subita le asalta,
como nosotros, que ligeramente,
oyendo de Andresillo la voz alta,
de los toldos con ímpetu salimos
y á las vecinas armas acudimos.
Quién al usado peto arremetia,
quién encaja la gola y la celada,
quién ensilla el caballo, y quién salia
con arcabuz, con lanza ó con espada:
fue en un punto la gruesa artillería
á las abiertas puertas asestada,
llenos de tiros mil, de mil maneras
los traveses, cortinas y troneras.
Puesta en órden la plaza, y encargado
segun el puesto á cada cual su oficio,
el silencio importante encomendado
trabó las lenguas y aquietó el bullicio,
quedando aquel presidio tan callado,
que la gente estramuros de servicio,
visto el sosiego y gran quietud, juzgaba
que todo en igual sueño reposaba.
No fue Pran en el curso negligente,
pues apenas estábamos armados,
cuando los enemigos de repente
se descubrieron cerca por dos lados;
venian tan escondida y sordamente,
bajas las armas y ellos inclinados,
que entraran, si la vista ya no fuera
mas presta que el oido y mas ligera.

Como el cursado cazador, que tiene
la caza y el lugar reconocido,
que poco á poco el cuerpo bajo viene
entre la yerba y matas escondido:
ya apresura el andar, ya le detiene,
mueve y asienta el paso sin ruïdo,
hasta ponerse cerca y encubierto,
donde pueda hacer el tiro cierto;
Con no menor silencio y mayor tiento
los encubiertos indios parecieron,
y sobre nuestro fuerte en un momento
á treinta y menos pasos se pusieron,
de do sin son de trompa ni instrumento
en callado tropel arremetieron
mas de dos mil en número á las puertas,
con mas cuidado que descuido abiertas.
No se con qué palabras, con qué gusto
este sangriento y crudo asalto cuente,
y la lástima justa y odio justo,
que ambas cosas concurren juntamente:
el ánimo, ahora humano, ahora robusto,
me suspende y me tiene diferente,
que si al piadoso celo satisfago,
condeno y doy por malo lo que hago;
Si del asalto y ocasion me alejo,
dentro della y del fuerte estoy metido;
si en este punto y término lo dejo,
hago y cumplo muy mal lo prometido:
así, dudoso el ánimo y perplejo
destos juntos contrarios combatido,
lo dejo al otro canto reservado,
que de consejo estoy necesitado.

CANTO XXXII.

Arremeten los araucanos al fuerte, son rebatidos con miserable estrago de su parte. Caupolican se retira á la sierra deshaciendo el campo. Cuenta don Alonso de Ercilla, á ruego de ciertos soldados, la verdadera historia y vida de Dido.

Escelente virtud, loable cosa:
de todos dignamente celebrada,
es la clemencia, ilustre y generosa,
jamás en bajo pecho aposentada:
por ella Roma fue tan poderosa,
y mas gentes venció que por la espada;
domó y puso debajo de sus leyes
la indómita cerviz de grandes reyes.
No consiste en vencer solo la gloria,
ni está allí la grandeza y escelencia,
sino en saber usar de la victoria,
ilustrándola mas con la clemencia:
el vencedor es digno de memoria
que en la ira se hace resistencia;
y es mayor la victoria del clemente,
pues los ánimos vence juntamente.
Y asi, no es el vencer tan glorïoso
del capitan cruel inexorable,
que cuanto fuere menos sanguinoso,
tanto será mayor y mas loable;
y el correr del cuchillo riguroso
mientras dura la furia, es disculpable;
mas pasado despues á sangre fria,
es venganza, crueldad y tirania.
La mucha sangre derramada ha sido
(si mi juicio y parecer no yerra)
la que de todo en todo ha destruido
el esperado fruto desta tierra:
pues con modo inhumano han escedido
de las leyes y términos de guerra,
haciendo en las entradas y conquistas
crueldades inormes nunca vistas,
Y aunque esta en mi opinion dellas es una,
la voz comun en contra me convence,
que al fin en ley de mundo y de fortuna
todo le es justo y lícito al que vence:
mas, dejada esta plática importuna,
me parece ya tiempo que comience
el crudo estrago y escesivo modo,
en parte justo, y lastimoso en todo.
Dejé el bárbaro campo sobre el fuerte,
en medio del furor y arremetida,
y la callada y encubierta muerte
de mil géneros de armas prevenida:
llevado, pues, del Hado y dura suerte,
con presto paso y con fatal corrida
emboca por la puerta y falsa entrada
el gran tropel de gente amontonada.
¡Dios sempiterno, qué fracaso estraño,
qué riza, qué destrozo y batería
hubo en la triste gente, que al engaño
ciega, pensando de engañar venia!
¿Quién podrá referir el grave daño,
la espantosa y tremenda artillería,
el ñublado de tiros turbulento
que descargó de golpe en un momento?
Unos vieran de claro atravesados,
otros llevados la cabeza y brazos,
otros sin forma alguna machucados,
y muchos barrenados de picazos:
miembros sin cuerpos, cuerpos desmembrados,
lloviendo lejos trozos y pedazos,
hígados, intestinos, rotos huesos,
entrañas vivas y bullentes sesos.
Como la estrecha bien cebada mina
cuando con gran estrépito revienta,
que la furia del fuego repentina
las torres vuela y máquinas avienta;
con mas estruendo y con mayor ruina,
la fuerza de la pólvora violenta
voló, y hizo pedazos en un punto
cuanto del escuadron alcanzó junto.
La mudable sin ley cruda fortuna
despedazó el ejército araucano,
no habiendo un solo tiro ni arma alguna
que errase el golpe ni cayese en vano:
nunca se vió morir tantos á una,
y así, aunque yo apresure mas la mano,
no puedo proseguir, que me divierte
tanto golpe, herida, tanta muerte.
Aun no eran bien los tiros disparados
cuando, por verse fuera en campo raso,
los caballos á un tiempo espoleados
rompen la entrada y ocupado paso:
y en los segundos indios, que ovillados
estaban como atónitos del caso,
hacen riza y mayor carnicería
que pudiera hacer la artillería.
Quién aqueste y aquel alanceando
abre sangrienta y ancha la salida;
quién á diestro y siniestro golpeando
priva aquestos y aquellos de la vida:
no hay ánimo ni brazo allí tan blando
que no cale y ahonde la herida;
ni espada de tan grueso y boto filo
que no destile sangre hilo á hilo.
Quisiera aquí despacio figurallos,
y figurar las formas de los muertos;
unos atropellados de caballos,
otros los pechos y cabeza abiertos:
otros, que era gran lástima mirallos,
las entrañas y sesos descubiertos;
vieran otros deshechos y hechos piezas,
otros cuerpos enteros sin cabezas.
Las voces, los lamentos, los gemidos,
el miserable y lastimoso duelo,
el rumor de las armas y alaridos
hinchen el aire y cóncavo del cielo:
luchando con la muerte los caidos
se tuercen y revuelcan por el suelo,
saliendo á un mismo tiempo tantas vidas

por diversos lugares y heridas.
Ya que libre dejó el súbito espanto
al embaucado Pran, que estaba fuera,
visto el destrozo cierto, y falso cuanto
el traidor de Andresillo le dijera,
a pena y sentimiento pudo tanto,
que aunque escaparse el mísero pudiera,
en medio de las armas desarmado
á morir se arrojó desesperado.
Mas los últimos indios venturosos,
á los cuales llegó solo el estruendo,
volviendo las espaldas presurosos
muestran las plantas de los piés huyendo:
los nuestros, del alcance deseosos,
en carrera veloz los van siguiendo,
hiriendo y derribando en los postreros
los menos diligentes y ligeros.
Pero algunos valientes, que estimaban
la ganada opinion mas que la vida,
volviendo el pecho y armas, refrenaban
el ímpetu de muchos y corrida:
y aunque con grande esfuerzo peleaban,
era presto la guerra difinida,
que la furiosa muerte allí su espada
traia de entrambos cortes afilada.
Como en el ya revuelto cielo cuando
se forman por mil partes los ñublados,
que van unos creciendo, otros menguando;
otros luego de nuevo levantados;
mas el norueste frígido soplando
los impele y arroja amontonados
hasta buscar del ábrego el reparo,
dejando el cielo raso y aire claro,
Así la gente atónita y turbada,
en partes dividida se esparcia,
y á las veces juntándose, esforzada,
haciendo cuerpo y rostro, revolvia:
pero de la violencia arrebatada,
dejó el campo y banderas aquel dia,
quedando de los rotos escuadrones
gran número de muertos y prisiones.
Deshechos, pues, del todo y destruidos,
y acabado el alcance y seguimiento,
los presos y despojos repartidos,
volvimos al dejado alojamiento,
donde trece caciques escogidos,
para ejemplar castigo y escarmiento,
á la boca de un grueso tiro atados,
fueron, dándole fuego, justiciados.
Muchos habrá de preguntar ganosos
si en el monton y número de gente
algunos de los indios valerosos
fueron muertos allí confusamente:
pues en todos los hechos peligrosos
Rengo, Orompello y Tucapel valiente
iban delante en la primera hilera,
abriendo siempre el paso y la carrera:
Respondo á esto, señor, que no venia
capitan ni cacique señalado,
visto que el general usado habia
de fraude y trato, entrellos reprobado;
diciendo ser vileza y cobardía
tomar al enemigo descuidado,
y victoria sin gloria y alabanza
la que por bajo término se alcanza.
Así que, una arrogancia generosa
los escapó del trance y muerte cruda,
que ninguno por ruego ni otra cosa
quiso en ello venir ni dar ayuda;
teniendo por hazaña vergonzosa
vencer gente sin armas y desnuda:
que el peligro en la guerra es el que honra,
y el que vence sin él vence sin honra.
Quedó Caupolican desta jornada
roto, deshecho y falto de pujanza,
que fue mucha la sangre derramada
y poca de su parte la venganza:
el cual, viendo la turba amedrentada
y el ardor resfriado y la esperanza,
deshizo el campo entonces conveniente,
dando licencia á la cansada gente.
Quísose entretener mientras pasaba
de los contrarios hados la corrida,
conociendo de sí que peleaba
con cansada fortuna envejecida:
así la gente en partes derramaba,
con órden que estuviese apercebida
en cualquier ocasion y movimiento
para el primer aviso y mandamiento;
Y con solos diez hombres retirado,
gente de confianza y valentía,
ora en el monte inculto, ora en poblado,
desmintiendo los rastros parecía;
y en lugares ocultos alojado,
jamás gran tiempo en uno residia,
usando de su bárbara insolencia
por tenerlos en miedo y obediencia.
Nosotros en su incierto rastro á tino
andábamos haciendo mil jornadas,
no dejando lugar circunvecino
que no diésemos salto y trasnochadas;
y en los mas apartados del camino
hallábamos las casas ocupadas
de gente forajida de la tierra
que ya andaba huyendo de la guerra
Diciendo que de grado volveria
á sus yermos, estancias y heredades;
pero que el general los compelia
usando de inhumanas crueldades:
y si en esto remedio se ponia,
llanas estaban ya las voluntades
para dejar las armas los soldados
de la prolija guerra quebrantados.
Y aunque esto era fingido, gran cuidado
se puso en inquerir toda la tierra,
no quedando lugar inhabitado,
monte, valle, ribera, llano y sierra
donde no fuese el bárbaro buscado:
mas por bien ni por mal, por paz ni guerra,
aunque todo con todos lo probamos,
jamás señal ni lengua dél hallamos.
No amenaza, castigo ni tormento
pudo sacar noticia ó rastro alguno,
ni caricia, interés ni ofrecimiento
jamás á corromper bastó á ninguno:
andábamos atónitos y á tiento
segun la variedad de cada uno;
de dia, de noche, acá y allá perdidos,
del sueño y de las armas afligidos.
Saliendo yo á correr la costa un dia
por caminos y pasos desusados,
llevando por escolta y compañía
una escuadra de pláticos soldados,
dimos en una oculta ranchería
de domésticos indios ausentados,
que, por ser grande el bosque y la distancia,
tomaron por segura aquella estancia.
Sobre un haz de arrancada yerba estaba
en la cabeza una mujer herida,
moza que de quince años no pasaba,
de noble traje y parecer vestida:
y en la color quebrada se mostraba
la falta de la sangre, que esparcida
por la delgada y blanca vestidura,
la lástima aumentaba y hermosura.
Pregunté qué ocasion la habia traido
á lugar tan estraño y apartado,
cómo y por qué razon la habian herido
y de inhumana crueldad usado:
ella, con rostro y ánimo caido,

y el tono del hablar debilitado,
me dijo: «Es cosa cierta y prometida
la muerte triste tras la alegre vida.
Porque entiendas el dejo y desvarío
que el humano contento trae consigo,
aun no es cumplido un mes que el padre mio,
usando de privado amor conmigo,
me dió esposo elegido á mi albedrío
esposo y juntamente grande amigo;
tal, y de tantas partes, que yo creo
que en él hallara término el deseo.
Pero su esfuerzo raro y valentía
que della por estremo era dotado,
le trujo á la temprana muerte el dia
que fue nuestro escuadron despedazado;
donde cerca de mí, que le seguia,
un tiro le pasó por el costado,
que fuera menos crudo y mas derecho
si abriera antes el paso por mi pecho.
Cayó muerto quedando yo con vida,
vida mas enojosa que la muerte:
mas viéndome un soldado así afligida,
en parte condolido de mi suerte,
me dió por acabarme esta herida
con brazo, aunque piadoso, no tan fuerte
que mi espíritu suelto le siguiese
y un bien tras tanto mal me sucediese.
Dió conmigo en el suelo fácilmente,
aunque no me privó de mi sentido,
pasando el golpe y furia de la gente
en confuso tropel con gran ruido:
pero luego un cacique mi pariente,
que en un hoyo al pasar quedó escondido,
en brazos me sacó del gran tumulto,
trayéndome á este bosque y sitio oculto,
Donde espero morir cada momento;
mas ya, como esperado bien, se tarda:
que es costumbre ordinaria del contento
no acabar de llegar á quien le aguarda:
y aunque ya de mi vida al fin me siento,
conmigo el Cielo término no guarda,
ni la llamada Muerte á tiempo viene,
que mi deseo la impide y la detiene.
La vida así me cansa y aborrece
viendo muerto á mi esposo y dulce amigo,
que cada hora que vivo me parece
que cometo maldad pues no le sigo:
y pues el tiempo esta ocasion me ofrece,
usa tú de piedad, señor, conmigo,
acabando hoy aquí lo que el soldado
dejó por flojo brazo comenzado.»
Así la triste jóven luego luego
demandaba la muerte, de manera
que algun simple de lástima á su ruego
con bárbara piedad condecendiera;
mas yo, que un tiempo aquel rabioso fuego
labró en mi inculto pecho, viendo que era
mas cruel el amor que la herida,
corrí presto al remedio de la vida:
Y habiéndola algun tanto consolado,
y traido á que viese claramente
que era el morir remedio condenado,
y para el muerto esposo impertinente;
con el zumo de yerbas aplicado
(medicina ordinaria desta gente)
le apreté la herida lastimosa,
no tanto cuanto grande peligrosa.
Dejando, pues, un prático ladino
para que poco á poco la llevase,
y en los tomados pasos y camino
del peligro al pasar la asegurase,
partir á mi jornada me convino;
mas primero que della me apartase
supe que se llamaba Lauca, y que era
hija de Millalauco y heredera.
La vuelta del presidio caminando
sin hallar otra cosa de importancia,
iba con los soldados platicando
de la fe de las indias y constancia
de muchas (aunque bárbaras) loando
el firme amor y gran perseverancia;
pues no guardó la casta Elisa Dido
la fe con mas rigor á su marido.
Mas un soldado jóven, que venia
escuchando la plática movida,
diciendo, me atajó, que no tenia
á Dido por tan casta y recogida:
pues en la Eneida de Maron veria
que, del amor libídino encendida,
siguiendo el torpe fin de su deseo,
rompió la fe y promesa á su Siqueo.
Visto, pues, el agravio tan notable
y la objecion siniestra del soldado,
por el gran testimonio incompensable
á la famosa reina levantado,
pareciéndome cosa razonable
mostrarle que en aquello andaba errado
él y todos los mas que me escuchaban,
que en la misma opinion tambien estaban;
Les dije que, queriendo el Mantuano
hermosear su Eneas floreciente,
porque César Augusto Octaviano
se preciaba de ser su decendiente,
con Dido usó de término inhumano,
infamándola injusta y falsamente;
pues vemos por los tiempos haber sido
Eneas cien años antes que fue Dido.
Quedaron admirados en oirme
que así Virgilio á Dido disfamase,
haciendo instancia todos en pedirme
que su vida y discurso les contase.
Yo, pensando tambien con divertirme
que la cuerda el trabajo algo aflojase,
recorriendo de nuevo la memoria
les comenzé á decir así la historia:
Cuento una vida casta, una fe pura
de la fama y voz pública ofendida,
en esta no pensada coyuntura,
por raro ejemplo y ocasion traida;
y una falsa opinion que tanto dura
no se puede mudar tan de corrida,
ni del rudo comun mal informado
arrancar un error tan arraigado.
Y pues de aquí al presidio yo no hallo
cosa que sea de gusto ni contento,
sin dejar de picar siempre al caballo,
ni del tiempo perder solo un momento,
no pudiendo eximirme ni escusallo,
por ser historia y agradable cuento,
quiero gastar en él, si no os enfada,
este rato y sazon desocupada:
Que el áspero sugeto desabrido,
tan seco, tan estéril y desierto,
y el estrecho camino que he seguido,
á puros brazos del trabajo abierto,
á término me tienen reducido,
que busco anchura y campo descubierto
donde con libertad, sin fatigarme,
os pueda recrear y recrearme.
Viendo que os tiene sordo y atronado
el rumor de las armas inquiëto,
siempre en un mismo ser continuado,
sin mudar son ni variar sugeto;
por espaciar el ánimo cansado
y ser el tiempo cómodo y quiëto,
hago esta digresion, que acaso vino
cortada á la medida del camino.
Y pues una ficcion impertinente
que destruye una honra es bien oida;
y á la reina de Tiro injustamente

infama y culpa su inculpable vida;
la verdad, que es la ley de toda gente
por quien es en su honor restituida,
¿por qué no debe ser, siendo cantada,
en cualquiera sazon bien escuchada?

Que la causa mayor que me ha movido,
demás de ser, cual veis, importunado,
es el honor de la constante Dido
inadvertidamente condenado:
preste, pues, atencion y grato oido
quien á oir la verdad es inclinado:
que el mal ofende, aun dicho en pasatiempo;
y para decir bien siempre es buen tiempo.

Cartago antes que Roma fue fundada
setenta años contados comunmente,
por la famosa Dido, venerada
por diosa un tiempo de la tiria gente:
del rey Belo su padre fue casada
con el sumo pontífice, asistente
del gran templo de Alcides, el cual era
despues del rey la dignidad primera.

Este es aquel Siquéo ya nombrado,
á quien Dido guardó la fe inviolable;
varon sabio en sus ritos, y abastado
de bienes y tesoro inestimable:
mas lo que para alivio había allegado
fue causa de su muerte miserable,
que en fin, lo que codicia mucha gente
ninguno lo posee seguramente.

Dejó Belo dos hijos herederos,
uno Pigmaleon, y el otro Dido,
á quien en los consejos postrimeros
encargó la hermandad y amor unido:
lo cual, aunque duró los dias primeros,



de codicia el hermano corrompido,
por haber los tesoros del cuñado
le dió la muerte envuelta en un bocado.

Sintió, pues, la mujer su muerte tanto
que, no bastando á resistir la pena,
soltó con doloroso y fiero llanto
de lágrimas un flujo en larga vena:
y cubriendo de triste y negro manto
los bellos miembros y la faz serena,
con pompa funeral ceremoniosa
dió al cuerpo sepultura suntuosa.

Y aunque del casto amor notable indicio
fue el soberbio sepulcro y monumento,
no igualó en la grandeza el edificio
al dolor de la reina y sentimiento:
que siempre con devoto sacrificio
y contínuos sollozos y lamento,
llamando al sordo espíritu, hacia
á las frias cenizas compañía,

Diciendo: «¿Es justo, dioses, que yo quede
en este solitario apartamiento?
¡Ay! que de tibia fe y amor procede
no acabar de matarme el sentimiento:
el mal no es grande que sufrir se puede,
y corto al que no basta sufrimiento;
mas quiere el Cielo dilatar mi muerte,
porque dure el dolor mas que ella fuerte.»

Aunque el odio y rencor disimulaba
contra el pérfido hermano poderoso,
venganza al Cielo sin cesar clamaba
con ira muda y con gemir rabioso;
y cuando sola á ratos se hallaba,
desfogando aquel ímpetu bascoso,
soltaba con un bajo son gimiendo,
la reprimida rabia y voz diciendo:

«¿Traidor, díme, qué caso irremediable
debajo de hermandad y ley fingida
á maldad te movió tan detestable
contra tu misma sangre cometida?
Si fue sed de riquezas insaciable,
quitárasle el tesoro y no la vida,
templando tu impiedad y furia insana
el amor y respeto de tu hermana.

Si no miraste, ingrato, al beneficio
que dél como cuñado recebias,
miraras al nefario sacrificio
que del hermano de tu madre hacias,
y al malvado y horrendo maleficio
en tu pecho forjado tantos dias,
pues no podrás decir que fue accidente,
que nunca nadie es malo de repente.

Si de tu inorme intento y desatino
me hubieras con indicios advertido,
no por tan duro y áspero camino
el tesoro alcanzaras pretendido:
mas el mal, cuando viene por destino,
no puede ser á tiempo prevenido!
¡Ay! ¿qué aprovecha el lamentarme ahora?
que siempre es tarde ya cuando se llora.

¿Por qué, fiero enemigo, asi quisiste
dejarte arrebatar de tu deseo,
tan ciego de codicia que no viste
que matabas á Dido con Siquéo?
Materia de maldad al mundo diste
con un hecho atrocísimo y tan feo,
que durará en los siglos por memoria

de tu traicion la abominable historia.
Cabe en razon, es cosa permitida
que, siendo tú traidor, siendo tirano,
perverso, atroz, sacrílego, homicida,
tengas con estos nombres el de hermano?
Y viéndome contigo convenida
mi crédito andará de mano en mano,
padeciendo mi honor agravio injusto,
que no dice la fama cosa al justo.
Mas si huyo de tí, fiero enemigo,
te irrito á que me sigas, pues que huyo;
si á mi marido en la fortuna sigo,
todo lo que pretendes queda tuyo:
ai habiéndole tú muerto estoy contigo,
mancho la fama y mi opinion destruyo;
que en parte ya parece que consiente
quien perdona ligera y fácilmente.
¿Qué medio he de buscar á mal tan fuerte?
que el cielo ni la tierra no lo tiene,
y aquel forzoso y último, mi suerte
(porque padezca mas) me le detiene.
¡Ay! que si es malo desear la muerte,
es peor el temerla si conviene:
que no es pena el morir á los cuitados,
sino fin de las penas y cuidados.
Mas ya que el ser tú rey y recatado
la venganza legítima me impida,
procuraré atajar tu fin dañado
con muestra doble y hermandad fingida,
y cuando pienses verte apoderado,
quedarás con mi súbita partida
sin hermana, tesoro y sin derecho,
y con la infamia del inorme hecho.»
Así la triste reina dolorosa
sobre el rico sepulcro lamentando
pasaba vida triste y soledosa,
la venganza y el tiempo deseando:
pero de alguna fuerza recelosa,
de su prudencia y discrecion usando,
doméstica, amorosa y blandamente
al hermano escribió, que estaba ausente,
Haciéndole entender que ya cansada
del llanto y soledad que padecia
en aquellos palacios y morada,
do tuvo un tiempo alegre compañía,
de la triste memoria lastimada,
dando algun vado á su dolor, queria
irse con él poniendo fin al lloro,
con todas sus riquezas y tesoro:
Para lo cuál secreta y prestamente
una fornida flota le enviase,
donde con todo su tesoro y gente,
en arribando al puerto se embarcase,
porque con el seguro conveniente
el mar que estaba enmedio atravesase,
que era solo el temido impedimento
de su esperado y último contento.
Llegada, pues, la nueva al ambicioso
rey de aquello que tanto deseaba,
viendo que al fin y puerto venturoso
sus cosas la Fortuna encaminaba,
alegre mas que nunca y codicioso,
luego una gruesa flota despachaba
de naves y galeras, bastecida
de gente, de regalos y comida.
Llegó al puerto la flota deseada
con presta y no pensada diligencia,
do la gente del rey desembarcada
fue luego á dar á Dido la obediencia,
que, mostrando placer de su llegada,
con loable cuidado y providencia
hizo luego hospedar toda la gente
espléndida, cumplida y largamente.
En siendo tiempo la cuidosa Dido
á su gente mandó que se aprestase,
y con alarde y público ruido
los empacados muebles embarcase:
haciendo que de noche y escondido
en la nave el tesoro se cargase,
con tan grande secreto, que ninguno
tuvo dello noticia ó rastro alguno.
Tenia sesenta cajas prevenidas,
llenas de gruesa arena y aplomadas,
de fuertes cerraduras guarnecidas,
con dobles planchas de metal herradas:
estas fueron en público traidas
donde á vista de todos embarcadas,
daban muestras que en ellas iba el oro,
las joyas, las riquezas y tesoro.
Luego Elisa, con tierno sentimiento
del lastimado pueblo, se embarcaba,
dando presto la vela al manso viento
que favorable en popa respiraba:
la nave con sereno movimiento
el llano y sosegado mar cortaba,
comenzando á seguir toda la flota
de la alta capitana la derrota.
Aquella noche y el siguiente dia
corrió con viento próspero la armada;
mas ya que el mar las costas encubria
y del todo se vió Dido engolfada,
la noble y obediente compañía,
al borde de su nave congregada,
hizo en torno allegar la demás gente,
que á la vista tambien fuese presente.
Diciéndoles con pecho valeroso,
que su designio y pretension no era
ir al injusto hermano cauteloso,
de quien era enemiga verdadera,
porque con trato y término alevoso,
debajo de hermandad y fe sincera,
movido de sacrílego deseo
habia dado la muerte á su Siquéo.
Por donde ella tambien no asegurada
de sus secretos, fraudes y traiciones,
queria dejar la cara patria amada,
su reino, su morada y posesiones:
y al mar dudoso y vientos entregada,
buscar nuevas provincias y regiones
á donde con seguro viviría,
lejos de su dominio y tiranía.
Y pues que sus riquezas habian sido
la causa de su daño y perdimiento,
matándole por ellas el marido,
y lo serian quizá del seguimiento;
todas consigo las habia traido,
con voluntad y resoluto intento
de echarlas en el mar do pereciesen,
porque jamás á su poder viniesen.
Hizo luego sacar allí tras esto
los cofres del arena barreados,
y con alarde y auto manifiesto
en el profundo mar fueron lanzados:
los ministros del rey con triste gesto,
atónitos, confusos y turbados,
se miraban, teniendo por estraña
de la animosa reina la hazaña.
Y por el grave caso discurriendo,
que mudos y espantados los tenia,
la furia del rey mozo conociendo,
que el perdido tesoro aumentaría:
suspensos y medrosos, no sabiendo
qué razon ó descargo bastaria
á que el airado rey no los culpase,
y en ellos su furor no ejecutase.
Pues como la entendida reina viese
camino y coyuntura aparejada
por do á su devocion se redujese
la gente del hermano amedrentada,
antes que el tiempo y la tardanza diese

lugar á alguna novedad pensada,
haciendo sosegar toda la gente,
les dijo prosiguiendo lo siguiente:
«Amigos, que del firme intento mio
habeis visto á los ojos ya la prueba,
y como la Fortuna á su albedrío
errando por el ancho mar me lleva:
podreis volver si ya no es desvarío,
á dar al rey la desabrida nueva
del tesoro anegado, y mi huida
á tierra y á region no conocida.
Pero ya conoceis por esperiencia
su irreparable furia acelerada,
que, viendo que volveis á su presencia
sin el tesoro y prenda deseada,
descargará con bárbara impaciencia
sobre vuestra cerviz la mano airada,
sin escuchar descargo ni disculpa,
añadiendo maldad y culpa á culpa.
Y pues es de temer la tirania
y el ímpetu de un mozo rey airado,
que así del caro reino y patria mia
á buscar nuevas tierras me ha sacado;
quien quisiere seguir mi compañía,
no se verá de mí desamparado,
mas de todo el provecho y bien que espero
será participante y compañero.
El lugar y aparejo es oportuno,
y para haber consejo me remueve:
así que, pues sois sabios, cada uno
elija de dos males el mas leve:
si al rey volveis no ha de escapar ninguno;
y este dolor y lástima me mueve
á quereros rogar que vais conmigo,
por no ser yo la causa del castigo.
Las muertes figurad y crueldades
que en vosotros habrán de ejecutarse:
no mireis á las casas y heredades,
que todo por la vida es bien dejarse;
que en fortunas y grandes tempestades
solo en lo que se escapa ha de pensarse,
conociendo que están todos los bienes
sujetos á peligros y vaivenes.»
A las razones de la reina atentos
los turbados ministros estuvieron,
y en la perpleja mente y pensamientos
mil cosas en un punto revolvieron:
al cabo (aunque diversos los intentos)
todos de un parecer se resolvieron
de seguir hasta el fin en su viaje,
dándole la obediencia y vasallaje.
La fe con juramento establecida
sin que ninguno dellos rehusase,
dando vela, á la flota detenida
mandó Dido que á Cipro enderezase
donde graciosamente recebida,
como allí su designio declarase,
llevó del ciprioto pueblo amigo
ochenta mozas vírgenes consigo,
Para á tiempo casarlas con la gente
que en su servicio y devocion llevaba,
buscando alguna tierra conveniente
donde fundar un pueblo deseaba:
así la via de la Africa al poniente
con favorable viento navegaba:
mas forzoso será, segun me siento,
dividir en dos partes este cuento.

CANTO XXXIII.

Prosigue don Alonso la navegacion de Dido hasta que llegó á Biserta: cuenta como fundó á Cartago y la causa porque se maló. Tambien se contiene en este canto la prisinn de Caupolican.

Muchos entran con ímpetu y corrida
por la carrera de virtud fragosa,
y dan en la del vicio mas seguida,
de donde es el volver difícil cosa;
el paso es llano y fácil la salida
de la vida reglada á la anchurosa,
y mas ágrio el camino y ejercicio
del vicio á la virtud, que della al vicio.
Así Pigmaleon habia tenido
señales de virtud en su crianza,
y con grandes principios prometido
de justo y liberal buena esperanza;
pero de la codicia pervertido,
hizo en breve sazon tan gran mudanza,
que no solo de bienes fue avariento,
pero inhumano, pérfido y sangriento.
Lo cual nos dice bien la alevosía
de la secreta muerte del cuñado
que alegre y contentísimo vivia
en la ley de hermandad asegurado:
mayormente que entonces parecia
el rey á la virtud aficionado;
que no hay maldad mas falsa y engañosa
que la que trae la muestra virtuosa.
Esta no le salió como pensaba,
sino al contrario en todo y diferente,
pues no solo no vió lo que esperaba,
pero perdió las naves y la gente:
la reina viento en popa navegaba,
como dije, la vuelta del poniente,
tocando con sus naves y galeras
en algunas comarcas y riberas.
Torció el curso á la diestra bordeando,
de las vadosas Sirte recelosa,
y á vista de Licudia atravesando,
corrió la costa de Africa arenosa:
y siempre tierra á tierra navegando,
pasó por entre el Ciervo y Lampadosa,
llegando en salvo á Túnez con armada,
por el fatal decreto allí guiada;
Donde viendo el capaz y fértil suelo,
de frutíferas plantas adornado,
y el aire claro, y el sereno cielo
clemente al parecer y muy templado;
perdido del hermano ya el recelo,
por verle tan distante y apartado,
quiso fundar un pueblo de cimiento,
haciendo en él su habitacion y asiento;
Para lo cual trató luego de hecho
con los vecinos que en el sitio habia
le vendiesen de tierra tanto trecho
cuanto un cuero de buey circundaría:
los moradores viendo que provecho
de su contratacion se les seguia,
con la reina en el precio convenidos,
hicieron sus asientos y partidos.
Hecha la paga, el sitio señalado,
mandó Dido buscar con diligencia
un grande y grueso buey, que desollado,
hizo estirar el cuero en su presencia;
y en tiras sutilísimas cortado,
tanto trecho tomó, que á la prudencia
de la reina sagaz y aviso estraño
le quisieron poner nombre de engaño.
Pero recompensó la demasía,
dejándolos contentos y pagados,
descubriendo á los suyos que traía
los ocultos tesoros escapados:
que usado del ardid y astucia habia
de los cofres de arena al mar lanzados,
porque cuando el hermano lo supiese,
faltando la ocasion, no la siguiese.
Corregidas las faltas y defectos
al órden de vivir perjudiciales,
fueron por la prudente reina electos
cónsules, magistrados y oficiales;
y traidos maestros y arquitectos,

juntos los necesarios materiales,
dió principio la reina valerosa
á la labor de la ciudad famosa.
Fue la ciudad por órden fabricada,
mostrándose los Hados muy propicios,
en breve ennoblecida y ilustrada,
de suntuosos y altos edificios;
y la nueva república ordenada,
leyes instituyó, criando oficios
con que el pueblo en razon se mantuviese,
y en paz y órden política viviese.
Y por el gran valor y entendimiento
con que el pueblo obediente gobernaba,
iba siempre el concurso en crecimiento
y los términos cortos dilataba:
así que, el trato y agradable asiento
los ánimos y gustos provocaba,
viniendo á vecindarse muchas gentes
de tierras y lugares diferentes.
Y como en estos tiempos aun no habia
la invencion del papel despues hallada,
que en pieles de animales se escribia,
y era cualquiera piel *carta* llamada,
del cual nombre aun usamos hoy en dia
así aquella ciudad edificada
en el lugar por una piel medido,
de *carta* la llamó *Cartago* Dido.
Hízose en poco tiempo tan famosa
y de tanta grandeza y eminencia,
que era cosa de ver maravillosa
el trato de las gentes y frecuencia:
mostrando aquella reina valerosa
en gobernar al pueblo tal prudencia,
que muchos otros príncipes y reyes
de su nueva ciudad tomaron leyes.
Y aunque era tal su ser, tal su cordura
que por diosa vinieron á tenella,
ninguna de su tiempo en hermosura
pudo ponerse al paragon con ella:
así que, por milagro de natura,
como cosa no vista iban á vella;
que no sé en las idólatras del suelo
a quién mayores partes diese el cielo.
Grandes matronas hubo que animosas
por la fama á la muerte se entregaron;
otras que por hazañas milagrosas
las opresas repúblicas libraron:
pero todas perfetas tantas cosas
como en Dido, en ninguna se juntaron;
fue rica, fue hermosa, fue castisma,
sabia, sagaz, constante y prudentisma
Llegó luego la voz desto al oido
del franco Yarbas, rey musilitano,
mozo brioso y de valor, temido
en todo el ancho término africano;
el cual con juvenil furia movido
de un impaciente y nuevo amor lozano,
á la reina despacha embajadores
de su consejo y reino los mayores,
Pidiéndole que, en pago del tormento
que por ella pasaba cada hora,
quisiese con felice casamiento
de su persona y reino ser señora:
donde no, que con justo sentimiento
(como de tan gran rey despreciadora)
sobre ella con ejército vendria
y su gente y ciudad asolaria.
Hecha, pues, la embajada en el senado;
que no quiso la reina estar presente,
les fue á los senadores intimado
el ruego y la amenaza juntamente.
Causóles turbacion, considerado
el casto voto y vida continente
que la constante reina profesaba,
que al intento de Yarbas repugnaba.
Luego que los ancianos entendieron
la demanda de Yarbas arrogante,
llevar por artificio pretendieron
el negocio difícil adelante:
así que, ante la reina parecieron
con triste rostro y tímido semblante,
bajos los ojos, la color turbada,
mostrando desplacer con la embajada,
Diciéndole: «Sabrás que, habiendo oido
Yarbas tu buen gobierno y regimiento,
por la parlera Fama encarecido,
y desta tu ciudad el crecimiento,
de una loable pretension movido,
pide que sin algun detenimiento
veinte de tu consejo mas instrutos
vayan á reformar sus estatutos.
Y siendo de sufrir áspera cosa,
impropia á nuestra edad y profesiones,
dejar la patria cara y paz sabrosa
por ir á incultas tierras y naciones
á corregir de gente sediciosa
las costumbres y viejas condiciones,
todos tus consejeros lo rehusan
y con causas legítimas se escusan,
Viendo que el caro y último sosiego
sin esperanza de volver perdemos,
y no condecendiendo al impío ruego
en gran peligro la ciudad ponemos:
pues con grueso poder y armada luego
al indignado jóven rey tendremos
para asolar á hierro y fiera llama
tu pueblo insigne y celebrada fama.
Esto es, en suma, lo que Yarbas pide
con ruegos de amenaza acompañados,
pero nuestra cansada edad lo impide,
y las leyes nos hacen jubilados:
pues no es razon, si por razon se mide,
que de largos trabajos quebrantados
dejemos nuestras casas y manida
en el último tercio de la vida.
Si á los peligros en la edad primera
por adquirir honor nos arrojamos,
es bien que en la cansada postrimera
gocemos del descanso que ganamos:
y á nuestra abandonada cabecera,
al tiempo incierto del morir, tengamos
quien nos cierre los ojos con ternura
y dé á nuestras cenizas sepultura.
Y pues tiene de ser en tu presencia
esta prejudicial demanda puesta,
conviene que con maña y advertencia
te prevengas de medios y respuesta:
atajando tu seso y providencia
el mal que el mauritano rey protesta,
de modo que la paz y amor conserves
y de nuevos trabajos nos reserves.»
Estuvo atenta allí la reina Elisa
á la compuesta habla artificiosa,
y con alegre rostro y grave risa,
aunque sentia en el ánimo otra cosa,
á todos los trató y miró de guisa
tan agradable, blanda y amorosa,
que si en verdad la relacion pasara,
de sus casas y quicios los sacara,
Diciendo: «Amigos caros que á los Hados
jamás os vi rendidos vez alguna,
y en los grandes peligros, esforzados,
hicistes siempre rostro á la Fortuna:
¿Cómo de tantas prendas olvidados
en tan justa ocasion, por solo una
breve incomodidad de una jornada
quereis ver vuestra patria arruinada?
Es á todos comun, á todos llano,
que debe (como miembro y parte unida)
poner por su ciudad el ciudadano

no solo su descanso, mas la vida;
y por razon y por derecho humano,
de justa deuda natural debida,
á posponer el hombre está obligado
por el sosiego público el privado.
Al alto y grande Júpiter pluguiera
que bastara á ofrecer la vida mia,
que presto el judicioso mundo viera
cuán voluntariamente la ofrecia!
Y pues habeis pasado la carrera
por tan estrecha y trabajosa via,
no es bien que al rematar tan largo trecho
borreis y deshagais cuanto habeis hecho.»
Visto los senadores cómo Dido
por el camino de razon llevada
en el armado lazo habia caido
en sus mismas palabras enredada,
cambiando en rostro alegre el afligido,
las manos altas, y la voz alzada,
le dicen: «Todos juntos como estamos
tus urgentes razones aprobamos.
Justamente, señora, sentenciaste,
sacándonos de duda y grande aprieto,
que no hay razon tan eficaz que baste
contra la autoridad de tu decreto:
y porque tiempo en esto no se gaste,
es bien que te aclaremos el secreto,
pues por ningun respeto ni avenencia
puedes contravenir á tu sentencia.
Sabrás, reina, que Yarbas no te envía
por tus ancianos viejos impedidos,
que en todo buen gobierno y policia
tiene su reino y pueblos corregidos:
solo quiere tu gracia y compañía,
ofreciéndote en dote mil partidos,
con útiles y honrosas condiciones
y un infinito número de dones.
Advierte que si acaso no acetares
el santo conyugal ayuntamiento,
y con errado acuerdo despreciares
su larga voluntad y ofrecimiento,
harás que el hierro y llamas militares
asuelen á Cartago de cimiento;
así que, en tu eleccion y á tu escogida
queda la guerra ó paz comprometida:
Que si el buen ciudadano alegremente
debe ofrecerse por la patria amiga,
con mas razon y fuerza mas urgente
como cabeza á ti la ley te obliga;
y no puedes por causa suficiente
dejar de redimir nuestra fatiga,
dándonos con el tiempo prosperado
la sucesion y fruto deseado.
Cuando á seguir estés determinada
el casto infrutuoso presupuesto,
mira á tus piés esta ciudad postrada
y al inocente cuello el lazo puesto,
que por tí renunció la patria amada,
debajo de promesa y de protesto
que al descanso y quietud que pretendias
el sosiego comun antepondrias.»
Sintió la reina tanto al improviso
la gran demanda y condicion propuesta,
que, por mas que encubrir la pena quiso,
della el rostro señal dió manifiesta;
mas con su discrecion y grande aviso,
suspendiendo algun tanto la respuesta,
soltó la voz serena y sosegada
que la gran turbacion tenia trabada,
Diciéndoles: «Amigos, yo quisiera,
para que todo escándalo se evite,
que responderos luego yo pudiera,
antes que Yarbas mas nos necesite:
pero el negocio y caso es de manera,
que mi estado y grandeza no permite
que me resuelva á responder tan presto,
aunque os parezca á todos que es honesto;
Que es mostrar liviandad: y demás deso
falto á la obligacion y fe que debo,
si del intento casto y voto espreso
á la primera persuasion me muevo,
borrando el inviolable sello impreso
de mi primero amor con otro nuevo.
Así que, combatida de contrarios,
son el tiempo y consejo necesarios.
Tres meses pido, amigos, solamente
para acordar lo que se debe en esto,
y dar satisfaccion de mí á la gente
en no determinarme así tan presto:
que el libertado vulgo maldiciente
aun quiere calumniar lo que es honesto;
y como instituidores de las leyes,
tienen mas ojos sobre sí los reyes.
Yarbas no se dará por enemigo
en cuanto el fin de los tres meses llega,
y pasado este término me obligo
de responderle grata á lo que ruega
tomar, pues, menos plazo del que digo
mi honestidad y estimacion lo niega;
y no conviene á Dido dar disculpa,
que es indicio de error y arguye culpa.»
Cerróse aquí la reina, y fue forzado
hacer con los de Yarbas nuevo asiento
que aguardasen el tiempo señalado
para determinar el casamiento:
los cuales, por el ruego del senado
y el gracioso hospedaje y tratamiento,
quedaron en Cartago aquellos dias
con grandes regocijos y alegrias.
Y aunque el senado en la demanda instaba
por el provecho y general sosiego,
la reina la respuesta dilataba,
dando gratos oidos á su ruego:
y entretanto en secreto aparejaba
lo que tenia pensado desde luego,
que era acabar la vida miserable
primero que mudar la fe inmudable.
Llegado aquel funesto último dia,
el pueblo en la ancha plaza congregado,
ricamente la reina se vestia,
subiendo en un esento y alto estrado,
al pié del cual una hoguera habia
para la inmola y sacrificio usado,
de donde á los atentos circunstantes
les dijo las palabras semejantes:
«¡Oh fieles compañeros, que contino
en todos los trabajos lo mostrastes,
que por seguir mis Hados y camino
vuestras casas y patria renunciastes!
hoy la Fortuna y áspero Destino,
por el último fin de sus contrastes,
me fuerzan á dejar á costa mia
vuestra cara y amable compañía.
Si apartarme de amigos tan leales
hace esta mi partida dolorosa,
los consultados dioses celestiales
no disponen ni pueden otra cosa:
y así, por desviar los grandes males
que tienen á Cartago temerosa,
pues ponen en mis manos el remedio,
quiero quitar la causa de por medio:
Que pues del Cielo el áspero decreto
de poder tener bien me inhabilita,
y el ver á mi ciudad puesta en aprieto
á quebrantar la fe me necesita;
quiero cortar á Yarbas el sugeto
del engañado amor que así le incita,
dando á mi vida fin, pues deste modo
faltando la ocasion cesará todo.
Esto será con darme yo la muerte;

y aunque os parezca este remedio estraño,
es mas fácil, mas breve y menos fuerte,
y en fin, particular y poco el daño:
pues, sin peligro vuestro, desta suerte
saldrá el errado Yarbas de su engaño,
y yo conservaré con mas pureza
del casto y viudo lecho la limpieza.
Hoy por el precio de una corta vida
la vejacion redimo de Cartago,
dejando ejemplo y ley establecida
que os obligue á hacer lo que yo hago;
y con mi limpia sangre aquí esparcida
al cielo y á la tierra satisfago;
pues muero por mi pueblo y guardo entera
con inviolable amor la fe primera.
No lamenteis mi muerte anticipada,
pues el cielo la aprueba y solemniza;
que una breve fatiga y muerte honrada
asegura la vida y la eterniza:
que si el cuchillo de la Parca airada
al que quiere vivir le atemoriza,
do os debe de pesar si Dido muere,
pues vive el que se mata cuando quiere.
Adios, adios amigos, que ya os veo
libres, y á mi marido satisfecho.»
Y no les dijo mas con el deseo
que tenia de acabar el fiero hecho:
así, llamando el nombre de Siquéo,
se abrió con un puñal el casto pecho,
dejándose caer de golpe luego
sobre las llamas del ardiente fuego.
Fue su muerte sentida en tanto grado,
que gran tiempo en Cartago la lloraron,
y en memoria del caso señalado
un suntuoso templo le fundaron,
donde con sacrificio y culto usado,
mientras las cosas prósperas duraron,
de aquella su ciudad ennoblecida
por diosa de la patria fue tenida.
Y aborreciendo el nombre de señores,
muerta la memorable reina Dido,
por cien sabios ancianos senadores
de allí adelante el pueblo fue regido;
y creciendo el concurso y moradores
vino á ser poderoso, y tan temido,
que un tiempo á Roma en su mayor grandeza
le puso en gran trabajo y estrecheza.
Este es el cierto y verdadero cuento
de la famosa Dido disfamada,
que Virgilio Maron sin miramiento
falsó su historia y castidad preciada
por dar á sus ficciones ornamento,
pues vemos que esta reina importunada,
pudiéndose casar y no quemarse,
antes quemarse quiso que casarse.
Iban todos atentos escuchando
el estraño suceso peregrino
cuando al fuerte llegamos, acabando
la historia juntamente y el camino,
y en él aquella noche reposando,
venida la mañana nos convino
procurar de tener con diligencia
del buscado enemigo inteligencia.
Mas un indio que acaso inadvertido
fue de una escolta nuestra prisionero,
hombre en las muestras de ánimo atrevido,
suelto de manos y de piés ligero,
con promesas y dádivas vencido
dijo: «Yo me resuelvo y me profiero
de daros llanamente hoy en la mano
al grande general Caupolicano.
En un áspero bosque y espesura,
nueve millas de Ongolmo desviado,
está un sitio muy fuerte por natura
de ciénagas y fosos rodeado,
donde por ser la tierra tan segura
anda de solos diez acompañado,
hasta que vuestra próspera creciente
aplaque el gran furor de su corriente.
Por una estrecha y desusada via,
sin que pueda haber dello sentimiento,
seré en la noche escura yo la guia
llevando á vuestra gente en salvamento;
y antes que se descubra el claro dia
dareis en el oculto alojamiento,
donde á cumplir del todo yo me obligo
pena de la cabeza lo que digo.»
Fue la razon del mozo bien oida,
viéndole en su promesa tan constante;
y así luego una escuadra prevenida
de gente esperta y número bastante,
para toda sospecha apercibida,
llevando al indio amigo por delante,
salió á la prima noche en gran secreto,
con paso largo y caminar quieto.
Por una senda angosta é intricada,
subiendo grandes cuestas y bajando,
del solícito bárbaro guiada
iba á paso tirado caminando:
mas la escura tiniebla adegazada
por la vecina aurora, reparando
junto á un arroyo y pedregosa fuente,
volvió el indio diciendo á nuestra gente:
«Yo no paso adelante, ni es posible
seguir este camino comenzado,
que el hecho es grande y el temor terrible,
que me detiene el paso acobardado:
imaginando aquel aspecto horrible
del gran Caupolican contra mí airado,
cuando venga á saber que solo he sido
el soldado traidor que le ha vendido.
Por este arroyo arriba, que es la guia,
aunque sin rastro alguno ni vereda,
dareis presto en el sitio y rancheria
que está en medio de un bosque y arboleda:
y antes que aclare el ya vecino dia
os dad priesa á llegar, porque no pueda
la centinela descubrir del cerro
vuestra venida oculta y mi gran yerro.
Yo me vuelvo de aquí, pues he cumplido
dejándoos como os dejo en este puesto,
á donde salvamente os he traido;
poniéndome á peligro manifiesto:
y pues al punto justo habeis venido,
os conviene dar priesa y llegar presto,
que es irrecuperable y peligrosa
la pérdida del tiempo en toda cosa:
Y si sienten rumor desta venida,
el sitio es ocupado y peñascoso,
fácil y sin peligro la huida
por un derrumbadero montuoso:
mirad que os daña ya la detenida,
seguid hoy vuestro hado venturoso,
que menos de una milla de camino
teneis al enemigo ya vecino.»
No por caricia, oferta ni promesa
quiso el indio mover el pié adelante,
ni amenaza de muerte ó vida opresa
á sacarle del tema fue bastante:
y viendo el tiempo corto y que la priesa
les era á la sazon tan importante;
dejándole amarrado á un grueso pino,
la relacion siguieron y camino.
Al cabo de una milla, y á la entrada
de un arcabuco lóbrego y sombrío,
sobre una espesa y áspera quebrada
dieron en un pajizo y gran bohío:
la plaza en rededor fortificada
con un despeñadero sobre un rio,
y cerca dél cubiertas de espadañas

chozas, casillas, ranchos y cabañas.
La centinela en esto descubriendo
de la punta de un cerro nuestra gente,
dió la voz y señal apercibiendo
al descuidado general valiente:
pero los nuestros en tropel corriendo
le cercaron la casa de repente,
saltando el fiero bárbaro á la puerta,
que ya á aquella sazon estaba abierta.
Mas viendo el paso en torno embarazado
y el presente peligro de la vida,
con un martillo fuerte y acerado
quiso abrir á su modo la salida:
y alzándole á dos manos, empinado,
por dalle mayor fuerza á la caida,
topó una viga arriba atravesada
dó la punta encarnó y quedó trabada;
Pero un soldado á tiempo atravesando
por delante, acercándose á la puerta,
le dió un golpe en el brazo, penetrando
los músculos y carne descubierta:
en esto el paso el indio retirando,
visto el remedio y la defensa incierta,
amonestó á los suyos que se diesen
y en ninguna manera resistiesen.
Salió fuera sin armas, requiriendo
que entrasen en la estancia asegurados,
que eran pobres soldados que huyendo
andaban de la guerra amedrentados:
y así, con priesa y turbacion, temiendo
ser de los forajidos salteados,
á la ocupada puerta habia salido,
de las usadas armas prevenido.
Entraron de tropel, donde hallaron
ocho ó nueve soldados de importancia,
que rendidas las armas, se entregaron
con muestras aparentes de ignorancia:
todos atrás las manos los ataron
repartiendo el despojo y la ganancia,
guardando al capitan disimulado
con dobladas prisiones y cuidado;
Que aseguraba con sereno gesto
ser un bajo soldado de linaje;
pero en su talle y cuerpo bien dispuesto
daba muestra de ser gran personaje.
Gastóse gran espacio y tiempo en esto,
tomando de los otros mas lenguaje,
que todos contestaban que era un hombre
de estimacion comun y poco nombre.
Ya entre los nuestros á gran furia andaba
el permitido robo y grita usada,
que rancho, casa y choza no quedaba
que no fuese deshecha y saqueada,
cuando de un toldo que vecino estaba
sobre la punta de la gran quebrada
se arrojó una mujer, huyendo apriesa
por lo mas agrio de la breña espesa.
Pero alcanzóla un negro á poco trecho,
que tras ella se echó por la ladera,
que era intricado el paso y muy estrecho
y ella no bien usada en la carrera:
llevaba un mal envuelto niño al pecho
de edad de quince meses, el cual era
prenda del preso padre desdichado,
con grande estremo dél y della amado.
Trújola el negro suelta, no entendiendo
que era presa y mujer tan importante:
en esto ya la gente iba saliendo
al tino del arroyo resonante,
cuando la triste Palla, descubriendo
al marido, que preso iba adelante,
de sus insignias y armas despojado,
en el monton de la canalla atado,
No reventó con llanto la gran pena,
ni de flaca mujer dió allí la muestra;
antes de furia y viva rabia llena,
con el hijo delante se le muestra
diciendo: «La robusta mano ajena
que así ligó tu afeminada diestra,
mas clemencia y piedad contigo usara
si ese cobarde pecho atravesara.
¿Eres tú aquel varon que en pocos dias
hinchió la redondez de sus hazañas,
que con solo la voz temblar hacias
las remotas naciones mas estrañas?
¿Eres tú el capitan que prometias
de conquistar en breve las Españas
y someter el ártico hemisferio
al yugo y ley del auracano imperio?
¡Ay de mí! como andaba yo engañada
con mi altiveza y pensamiento ufano,
viendo que en todo el mundo era llamada
Fresia mujer del gran Caupolicano:
y agora, miserable y desdichada,
todo en un punto me ha salido vano,
viéndote prisionero en un desierto,
pudiendo haber honradamente muerto.
¿Qué son de aquellas pruebas peligrosas,
que así costaron tanta sangre y vidas:
las empresas difíciles dudosas
por tí con tanto esfuerzo acometidas?
¿qué es de aquellas victorias gloriösas
de esos atados brazos adquiridas?
¿Todo, al fin, ha parado y se ha resuelto
en ir con esa gente infame envuelto?
Díme, ¿faltóte esfuerzo, faltó espada
para triunfar de la mudable diosa?
¿No sabes que una breve muerte honrada
hace inmortal la vida y gloriösa?
Miraras á esta prenda desdichada,
pues que de tí no queda ya otra cosa;
que yo, apenas la nueva me viniera,
cuando muriendo alegre te siguiera,
Toma, toma tu hijo, que era el ñudo
con que el lícito amor me habia ligado;
que el sensible dolor y golpe agudo
estos fértiles pechos han secado:
cria, criale tú, que ese membrudo
cuerpo, en sexo de hembra se ha trocado;
que yo no quiero título de madre
del hijo infame del infame padre.»
Diciendo esto, colérica y rabiosa
el tierno niño le arrojó delante,
y con ira frenética y furiosa
se fue por otra parte en el instante:
en fin, por abreviar, ninguna cosa
de ruegos ni amenazas fue bastante
á que la madre ya cruel volviese,
y el inocente hijo recibiese.
Diéronle nueva madre, y comenzaron
á dar la vuelta y á seguir la via,
por la cual á gran priesa caminaron,
recobrando al pasar la fida guia
que atada al tronco por temor dejaron;
y en larga escuadra al declinar del dia
entraron en la plaza embanderada,
con gran aplauso y alardosa entrada.
Hízose con los indios diligencia
porque con mas certeza se supiese
si era Caupolican, que su aparencia
daba claros indicios que lo fuese:
pero ni ausente dél ni en su presencia
hubo entre tantos uno que dijese
que era mas que un incógnito soldado,
de baja estofa y sueldo moderado;
Aunque algunos despues mas animados,
cuando en particular los apretaban,
de su cercana muerte asegurados,
el sospechado engaño declaraban:
pero luego delante dél llevados,

con medroso temblor se retractaban,
negando la verdad ya comprobada,
por ellos en ausencia confesada.
Mas viéndose apretado y peligroso,
y que encubrirse al cabo no podia,
dejando aquel remedio infructuoso
quiso tentar el último que habia;
y así, llamando al capitan Reinoso,
que luego vino á ver lo que queria,
le dijo con sereno y buen semblante
lo que dirán mis versos adelante.

CANTO XXXIV.

Habla Caupolican á Reinoso, y sabiendo que ha de morir se vuelve cristiano: muere de miserable muerte, aunque con ánimo esforzado. Los araucanos se juntan á la eleccion del nuevo general.

¡Oh vida miserable y trabajosa
á tantas desventuras sometida!
¡prosperidad humana sospechosa,
pues nunca hubo ninguna sin caida!
¿Qué cosá habrá tan dulce y tan sabrosa
que no sea amarga al cabo y desabrida?
No hay gusto, no hay placer sin su descuento,
que el dejo del deleite es el tormento.
Hombres famosos en el siglo ha habido,
á quien la vida larga ha deslustrado;
que el mundo los hubiera preferido
si la muerte se hubiera anticipado:
Anibal desto buen ejemplo ha sido,
y el cónsul que, en Farsalia derrocado,
perdió, por vivir mucho, no el segundo,
mas el lugar primero deste mundo.
Esto confirma bien Caupolicano,
famoso capitan y gran guerrero,
que en el término américo-indiano
tuvo en las armas el lugar primero:
mas cargóle Fortuna así la mano,
dilatándole el término postrero,
que fue mucho mayor que la subida
la miserable y súbita caida.
El cual, reconociendo que su gente
vacilando en la fe titubeaba;
viendo que ya la próspera creciente
de su fortuna apriesa declinaba,
hablar quiso á Reinoso claramente,
que venido á saber lo que pasaba,
presente el congregado pueblo todo,
habló el bárbaro grave deste modo:
«Si á vergonzoso estado reducido
me hubiera el duro y áspero Destino,
y si esta mi caida hubiera sido
debajo de hombre y capitan indino,
no tuve el brazo así desfallecido
que no abriera á la muerte yo camino
por este propio pecho con mi espada,
cumpliendo el curso y mísera jornada;
Mas, juzgándote digno y de quien puedo
recebir sin vergüenza yo la vida,
lo que de mí pretendes te concedo
luego que á mí me fuere concedida;
ni pienses que á la muerte tengo miedo,
que aquesa es de los prósperos temida;
y en mí por esperiencias he probado
cuán mal le está el vivir al desdichado.
Yo soy Caupolican, que el hado mio
por tierra derrocó mi fundamento,
y quien del araucano señorío
tiene el mando absoluto y regimiento:
la paz está en mi mano y albedrío,
y el hacer y afirmar cualquier asiento,
pues tengo por mi cargo y providencia
toda la tierra en freno y obediencia.
Soy quien mató á Valdivia en Tucapelo,
y quien dejó á Purén desmantelado;
soy el que puso á Penco por el suelo,
y el que tantas batallas ha ganado:
pero el revuelto ya contrario cielo,
de vitorias y triunfos rodeado,
me ponen a tus piés á que te pida
por un muy breve término la vida.
Cuando mi causa no sea justa, mira
que el que perdona mas es mas clemente;
y si á venganza la pasion te tira,
pedirte yo la vida es suficiente:
aplaca el pecho airado, que la ira
es en el poderoso impertinente;
y si en darme la muerte estás ya puesto,
especie de piedad es darla presto.
No pienses que aunque muera aquí á tus manos
ha de faltar cabeza en el estado,
que luego habrá otros mil Caupolicanos,
mas como yo ninguno desdichado:
y pues conoces ya á los araucanos,
que dellos soy el mínimo soldado,
tentar nueva fortuna error seria,
yendo tan cuesta abajo ya la mia.
Mira que á muchos vences en vencerte,
frena el ímpetu y cólera dañosa,
que la ira examina al varon fuerte,
y el perdonar venganza es generosa;
la paz comun destruyes con mi muerte,
suspende ahora la espada rigurosa,
debajo de la cual están á una
mi desnuda garganta y tu fortuna.
Aspira á mas, á mayor gloria atiende,
no quieras en poca agua así anegarte,
que lo que la fortuna aqui pretende
solo es que quieras della aprovecharte;
conoce el tiempo y tu ventura entiende,
que estoy en tu poder, ya de tu parte,
y muerto no tendrás de cuanto has hecho
sino un cuerpo de un hombre sin provecho.
Que si esta mi cabeza desdichada
pudiera ¡oh capitan! satisfacerte,
tendiera el cuello á que con esa espada
rematáras aquí mi triste suerte:
pero deja la vida condenada
el que procura apresurar su muerte,
y mas en este tiempo que la mia
la paz universal perturbaría.
Y pues por la esperiencia claro has visto
que libre y preso, en público y secreto,
de mis soldados soy temido y quisto,
y está á mi voluntad todo sujeto:
haré yo establecer la ley de Cristo,
y que sueltas las armas, te prometo
vendrá toda la tierra en mi presencia
á dar al rey Felipe la obediencia.
Tenme en prision segura retirado
hasta que cumpla aqui lo que pusiere;
que yo sé que el ejército y senado
en todo aprobarán lo que hiciere:
y el plazo puesto y término pasado,
podré tambien morir si no cumpliere;
escoge lo que mas te agrada desto,
que para ambas fortunas estoy presto.»
No dijo el indio mas, y la respuesta
sin turbacion mirándole atendia,
y la importante vida ó muerte presta
callando con igual rostro pedia:
que por mas que fortuna contrapuesta
procuraba abatirle no podia,
guardando, aunque vencido y preso, en todo
cierto término libre y grave modo.
Hecha la confesion como lo escribo,
con mas rigor y priesa que advertencia
luego á empalar y asaetearle vivo
fue condenado en pública sentencia.

No la muerte y el término escesivo
causó en su gran semblante diferencia,
que nunca por mudanzas vez alguna
pudo mudarle el rostro la fortuna.
  Pero mudóle Dios en un momento,
obrando en él su poderosa mano,
pues con lumbre de fe y conocimiento
se quiso bautizar y ser cristiano:
causó lástima y junto gran contento
al circunstante pueblo castellano,
con grande admiracion de todas gentes
y espanto de los bárbaros presentes.

  Luego aquel triste, aunque felice dia,
que con solemnidad le bautizaron,
y, en lo que el tiempo escaso permitia,
en la fe verdadera le informaron,
cercado de una gruesa compañía
de bien armada gente le sacaron
á padecer la muerte consentida,
con esperanza ya de mejor vida.
  Descalzo, destocado, á pié, desnudo;
dos pesadas cadenas arrastrando,
con una soga al cuello y grueso ñudo
de la cual el verdugo iba tirando,



cercado en torno de armas, y el menudo
pueblo detrás, mirando y remirando
si era posible aquello que pasaba,
que visto por los ojos aun dudaba.
  Desta manera, pues, llegó al tablado
que estaba un tiro de arco del asiento,
media pica del suelo levantado,
de todas partes á la vista esento;
donde con el esfuerzo acostumbrado,
sin mudanza y señal de sentimiento,
por la escala subió tan desenvuelto
como si de prisiones fuera suelto.

  Puesto ya en lo mas alto, revolviendo
á un lado y otro la serena frente,
estuvo allí parado un rato viendo
el gran concurso y multitud de gente,
que el increible caso y estupendo
atónita miraba atentamente,
teniendo á maravilla y gran espanto
haber podido la fortuna tanto.
  Llegóse él mismo al palo donde habia
de ser la atroz sentencia ejecutada,
con un semblante tal, que parecia
tener aquel terrible trance en nada,

diciendo: «Pues el Hado y Suerte mia
me tienen esta muerte aparejada,
venga, que yo la pido, yo la quiero,
que ningun mal hay grande si es postrero.»
Luego llegó el verdugo diligente,
que era un negro gelofo, mal vestido,
el cual viéndole el bárbaro presente
para darle la muerte prevenido,
bien que con rostro y ánimo paciente
las afrentas demás habia sufrido,
sufrir no pudo aquella, aunque postrera,
diciendo en alta voz desta manera.
«¿Cómo qué? ¿en cristiandad y pecho honrado
cabe cosa tan fuera de medida,
que á un hombre como yo tan señalado
le dé muerte una mano así abatida?
Basta, basta morir al mas culpado,
que al fin todo se paga con la vida;
y es usar deste término conmigo
inhumana venganza y no castigo.
¿No hubiera alguna espada aquí de cuantas
contra mí se arrancaron á porfía,
que usada á nuestras míseras gargantas
cercenara de un golpe aquesta mia?
Que aunque ensaye su fuerza en mí de tantas
maneras la fortuna en este dia,
acabar no podrá que bruta mano
toque al gran general Caupolicano.»
Esto dicho, y alzando el pié derecho
(aunque de las cadenas impedido)
dió tal coz al verdugo, que gran trecho
le echó rodando abajo mal herido:
reprehendido el impaciente hecho,
y él del súbito enojo reducido,
le sentaron despues con poca ayuda
sobre la punta de la estaca aguda.
No el aguzado palo penetrante,
por mas que las entrañas le rompiese
barrenándole el cuerpo, fue bastante
á que al dolor intenso se rindiese:
que con sereno término y semblante,
sin que labio ni ceja retorciese,
sosegado quedó de la manera
que si asentado en tálamo estuviera.
En esto seis flecheros señalados,
que prevenidos para aquello estaban
treinta pasos de trecho desviados,
por orden y despacio le tiraban:
y, aunque en toda maldad ejercitados,
al despedir la flecha vacilaban,
temiendo poner mano en un tal hombre,
de tanta autoridad y tan gran nombre.
Mas fortuna cruel, que ya tenia
tan poco por hacer y tanto hecho,
si tiro alguno avieso allí salia,
forzando el curso le traia derecho:
y en breve, sin dejar parte vacía,
de cien flechas quedó pasado el pecho,
por do aquel grande espíritu echó fuera,
que por menos heridas no cupiera.
Paréceme que siento enternecido
al mas cruel y endurecido oyente
deste bárbaro caso referido,
al cual, señor, no estuve yo presente,
que á la nueva conquista habia partido
de la remota y nunca vista gente;
que si yo á la sazon allí estuviera
la cruda ejecucion se suspendiera.
Quedó abiertos los ojos, y de suerte
que por vivo llegaban á mirarle,
que la amarilla y afeada muerte
no pudo aun puesto allí desfigurarle:
era el miedo en los bárbaros tan fuerte
que no osaban dejar de respetarle;
ni allí se vió en alguno tal denuedo
que puesto cerca dél no hubiese miedo.
La voladora fama presurosa
derramó por la tierra en un momento
la no pensada muerte ignominiosa,
causando alteracion y movimiento:
luego la turba incrédula y dudosa,
con nueva turbacion y desatiento,
corre con priesa y corazon incierto
á ver si era verdad que fuese muerto.
Era el número tanto que bajaba
del contorno y distrito comarcano,
que en ancha y apiñada rueda estaba
siempre cubierto el espacioso llano:
credito allí á la vista no se daba,
si ya no le tocaba con la mano,
y, aun tocado, despues lo parecia
que era cosa de sueño ó fantasía.
No la afrentosa muerte impertinente
para temor del pueblo ejecutada,
ni la falta de un hombre así eminente,
en que nuestra esperanza iba fundada,
amedrentó ni acobardó la gente:
antes de aquella injuria provocada
á la cruël satisfaccion aspira
llena de nueva rabia y mayor ira.
Unos con sed rabiosa de venganza
por la afrenta y oprobio recibido,
otros con la codicia y esperanza
del oficio y baston ya pretendido,
antes que sosegase la tardanza
el ánimo del pueblo removido,
daban calor y fuerzas á la guerra,
incitando á furor toda la tierra.
Si hubiese de escribir la bravería
de Tucapel, de Rengo y Lepomande;
Orompello, Lincoya y Lebopía,
Purén, Cayocupil y Marcande,
en un espacio largo no podria,
y fuera menester libro mas grande,
que cada cual con hervoroso afecto
pretende allí y aspira á ser electo.
Pero el cacique Colocolo, viendo
el daño de los muchos pretendientes,
como prudente y sabio, conociendo
pocos para el gran cargo suficientes,
su anciana autoridad interponiendo,
les hizo mensageros diligentes
para que se juntasen á consulta
en lugar apartado y parte oculta.
Los que abreviar el tiempo deseaban,
luego para la junta se aprestaron,
y muchos, recelando que tardaban,
la diligencia y paso apresuraron:
otros que á otro camino enderezaban,
por no se declarar no rehusaron,
siguiendo sin faltar un hombre solo
el sabio parecer de Colocolo.
Fue entre ellos acordado que viniesen
solos á la ligera sin bullicio,
porque los enemigos no tuviesen
de aquella nueva junta algun indicio,
haciendo que de todas partes fuesen
indios que con industria y artificio
instasen en la paz siempre ofrecida
con muestra humilde y contricion fingida.
El plazo puesto y sitio señalado,
en un cómodo valle y escondido,
la convocada gente del senado
al término llegó constituido;
y entre ellos Tucapel determinado
de por bien ó por mal ser elegido,
y otros que con menores fundamentos
mostraban sus preñados pensamientos.
Siento fraguarse nuevas disensiones,
moverse gran discordia y diferencia,

hervir con ambicion los corazones,
brotar el odio antiguo y competencia,
variar los designios y opiniones,
sin manera ó señal de convenencia,
fundando cada cual su desvarío
en la fuerza del brazo y albedrío.

Entrados, como digo, en el consejo
los caciques y nobles congregados,
todos con sus insignias y aparejo,
segun su antigua preeminencia armados,
Colocolo, sagaz y cauto viejo,
viéndolos en los rostros demudados,
aunque aguardaba á la sazon postrera,
adelantó la voz desta manera...

Pero si no os cansais, señor, primero
que os diga lo que dijo Colocolo,
tomar otro camino largo quiero
y volver el designio á nuestro polo:
que, aunque á deciros mucho me profiero,
el sugeto que tomo basta solo
á levantar mi baja voz cansada,
de materia hasta aquí necesitada.

Mas, si me dais licencia, yo querría
(para que mas á tiempo esto refiera)
alcanzar, si pudiese, á don García,
aunque es diversa y larga la carrera:
el cual en el turbado reino habia
reformado los pueblos, de manera
que puso con solícito cuidado
la justicia y gobierno en buen estado.

Pasó de Villa-rica el fértil llano
que tiene al sur el gran volcan vecino,
fragua, segun afirma, de Vulcano,
que regoldando fuego está contino;
de allí, volviendo por la diestra mano
visitando la tierra, al cabo vino
al ancho lago y gran desaguadero
término de Valdivia y fin postrero:

Donde tambien llegué, que sus pisadas
sin descansar un punto voy siguiendo,
y de las mas ciudades convocadas
iban gentes en número acudiendo
pláticas en conquistas y jornadas;
y así, el tumulto bélico creciendo,
en sordo son confuso ribombaba,
y el vecino contorno amedrentaba;

Que arrebatado del ligero viento;
y por la fama lejos esparcido,
hirió el desapacible y duro acento
de los remotos indios el oido:
los cuales, con turbado sentimiento
huyen del nuevo y fiero son temido,
cual medrosas ovejas derramadas
del ahullido del lobo amedrentadas.

Nunca el escuro y tenebroso velo
de nubes congregadas de repente,
ni presto rayo que, rasgando el cielo,
baja tronando envuelto en llama ardiente:
ni terremoto, cuando tiembla el suelo
turba y atemoriza así la gente,
como el horrible estruendo de la guerra
turbó y amedrentó toda la tierra.

Quién sin duda publíca que ya entraban
destruyendo ganados y comidas:
quién que la tierra y pueblos saqueaban
privando á los caciques de las vidas:
quién que á las nobles dueñas deshonraban
y forzaban las hijas recogidas,
haciendo otros insultos y maldades,
sin reservar lugar, sexo ni edades.

Crece el desorden, crece el desconcierto
con cada cosa, que la fama aumenta,
teniendo y afirmando por muy cierto
cuanto el triste temor les representa:
solo el salvarse les parece incierto,
y esto los atribula y atormenta;
allá corren gritando, acá revuelven.
todo lo creen y en nada se resuelven.

Mas luego que el temor desatinado
que la gente llevaba derramada
dejó en ella lugar desocupado
por donde la razon hallase entrada;
el atónito pueblo reportado,
su total perdicion considerada,
se junta á consultar en este medio
las cosas importantes al remedio.

Hallóse en este vario ayuntamiento
Tunconabala, plático soldado,
persona de valor y entendimiento
en la araucana escuela dotrinado,
que por cierta cuestion y acaecimiento
de su tierra y parientes desterrado,
se redujo á doméstico ejercicio,
huyendo el trato bélico y bullicio;

El cual viendo en el pueblo diferente
el miedo grande y confusion que habia;
pues sin oir trompeta ni ver gente
le espantaba su misma vocería,
en un lugar capaz y conveniente,
junta toda la noble compañía:
sosegado el rumor y alteraciones,
les comenzó á decir estas razones:

«Escusado es, amigos, que yo os diga
el peligroso punto en que nos vemos
por esta gente pérfida enemiga,
que ya cierto á las puertas la tenemos,
pues el temor que á todos nos fatiga
nos apremia y constriñe á que entreguemos
la libertad y casas al tirano,
dándole entrada libre y paso llano.

¿A qué fosado muro ó antepecho,
á qué fuerza ó ciudad, á qué castillo
os podeis retirar en este estrecho,
que baste solo una hora á resistillo?
Si quereis hacer rostro y mostrar pecho,
desnudo le ofrecemos al cuchillo,
pues nos coge esta furia repentina
sin armas, capitan, ni diciplina:

Que estos barbudos crueles y terribles,
del bien universal usurpadores,
son fuertes, poderosos, invencibles,
y en todas sus empresas vencedores:
arrojan rayos con estruendo horribles,
pelean sobre animales corredores,
grandes, bravos, feroces y alentados,
de solo el pensamiento gobernados.

Y pues contra sus armas y fiereza
defensa no teneis de fuerza ó muro,
la industria ha de suplir nuestra flaqueza,
y prevenir con tiempo al mal futuro;
que mostrando doméstica llaneza
les podeis prometer paso seguro,
como á nacion vecina y gente amiga,
que la promesa en daño á nadie obliga;

Haciendo en este tiempo limitado
retirar con silencio y buena maña
la ropa, provisiones y ganado
al último rincon de la montaña:
dejando el alimento tan tasado,
que vengan á entender que esta campaña
es estéril, es seca y mal templada,
de gente pobre y mísera habitada.

Porque estos insaciables avarientos,
viendo la tierra pobre y poca presa,
sin duda mudarán los pensamientos,
dejando por inútil esta empresa:
y la falta de gente y bastimentos
los echará de este distrito apriesa,
guiados por la breña y gran recuesto,
de do quizá no volverán tan presto.

Teneis de Ancud el paso y estrecheza
cerrado de peñascos y jarales,
por do quiso impedir naturaleza
el trato á los vecinos naturales:
cuya espesura grande y aspereza
aun no pueden romper los animales,
y las aves aligeras del cielo
sienten trabajo en el pasarle á vuelo.

Llevados por aquí, sin duda creo
que, viendo el alto monte peligroso,
corregirán el ímpetu y deseo,
volviendo atrás al paso presuroso;
y si quieren buscar algun rodeo,
desviarse de aquí será forzoso,
dejando esta region por miserable
libre de su insolencia intolerable:

Y aunque la libertad y vida mia
sé que corre peligro en el viaje,
con rústica y desnuda compañía
salir quiero á encontrarlos al pasaje;
y fingiendo ignorancia y alegria,
vestido de grosero y pobre traje,
ofrecerles he en don una miseria
que arguya y dé á entender nuestra laceria.

Quizá viendo el trabajo y poco fruto
que se puede esperar de la pobreza,
la estéril tierra y mísero tributo,
el linaje de gente y rustiqueza,
mudarán el intento resoluto,
que es de buscar haciendas y riqueza;
haciéndoles volver con maña y arte
las armas y designios á otra parte.»

No acabó su razon el indio, cuando
se levantó un rumor entre la gente
el parecer á voces aprobando,
sin mostrarse ninguno diferente:
y así, la ejecucion apresurando
en lo ya consultado conveniente,
corrieron al efeto, retirados
los muebles, vituallas y ganados.

Ya el español con la presteza usada
al último confin habia venido,
dando remate á la postrer jornada
del límite hasta allí constituido;
y puesto el pié en la raya señalada,
el presuroso paso suspendido,
dijo, si ya escucharlo no os enoja,
lo que el canto dirá vuelta la hoja.

CANTO XXXV.

Entran los españoles en demanda de la nueva tierra. Sáleles al paso Tunconabala, persuádeles á que se vuelvan; pero viendo que no aprovecha, les ofrece una guia que los lleva por grandes despeñaderos, donde pasaron terribles trabajos.

¿Que cerros hay que el Interes no allana,
y qué dificultad que no la rompa?
¿qué pecho fiel, qué voluntad tan sana
que este no le inficione y la corrompa?
Destruye el trato de la vida humana,
no hay órden que no altere y la interrompa,
ni estrecha entrada ni cerrada puerta
que no la facilite y deje abierta.

Este de parentescos y hermandades
desata el ñudo y vínculo mas fuerte,
vuelve en enemistad las amistades,
y el grato amor en desamor convierte:
inventor de desastres y maldades,
tropella á la razon, cambia la suerte,
hace al hielo caliente, al fuego frio,
y hará subir por una cuesta un rio.

Así por mil peligros y derrotas,
golfos profundos, mares no sulcados,
hasta las partes últimas ignotas
trujo sin descansar tantos soldados;
y por vias estériles remotas,
del Interes incitador llevados,
piensan escudriñar cuanto se encierra
en el círculo inmenso de la tierra.

Dije que don García habia arribado
con práctica y lucida compañía
al término de Chile señalado,
de do nadie jamás pasado habia:
y en medio de la raya el pié afirmado,
que los dos nuevos mundos dividia,
presente yo y atento á las señales
las palabras que dijo fueron tales:

«Nacion á cuyos pechos invencibles
no pudieron poner impedimentos
peligros y trabajos insufribles,
ni airados mares, ni contrarios vientos,
ni otros mil contrapuestos imposibles,
ni la fuerza de estrellas ni elementos;
que rompiendo por todo habeis llegado
al término del orbe limitado;

Veis otro nuevo mundo, que encubierto
los cielos hasta agora le han tenido,
el difícil camino y paso abierto
á solo vuestros brazos concedido:
veis de tanto trabajo el premio cierto
y cuanto os ha Fortuna prometido,
que siendo de tan grande empresa autores
habeis de ser sin límite señores;

Y la parlera Fama discurriendo
hasta el estremo y término postrero,
las antiguas hazañas refiriendo,
pondrá esta vuestra en el lugar primero:
pues, en dos largos mundos no cabiendo,
venis á conquistar otro tercero,
donde podrán mejor sin estrecharse
vuestros ánimos grandes ensancharse.

Y pues es la sazon tan oportuna
y poco necesarias las razones,
no quiero detener vuestra fortuna
ni gastar mas el tiempo en oraciones:
sús, tomad posesion todos á una
de esas nuevas provincias y regiones,
donde os tienen los Hados á la entrada
tanta gloria y riqueza aparejada.»

Luego, pues, de tropel toda la gente
á la plática apenas detenida,
pisó la nueva tierra libremente,
jamás del extranjero pié batida;
y con órden y paso diligente,
Por una angosta senda mal seguida,
en larga retahila y ordenada
dimos principio á la primer jornada.

Caminamos sin tino algunos dias
de solo el tino por el sol guiados,
abriendo pasos y cerradas vias
rematadas en riscos despeñados.
Las mentirosas fugitivas guias
nos llevaron por partes engañados,
que parecia imposible al mas gigante
poder volver atrás ni ir adelante.

Ya del móvil primero arrebatado
contra su curso el sol hácia el poniente
al mundo cuatro vueltas habia dado
calentando del pez la húmeda frente,
cuando al bajar de un áspero collado
vimos salir diez indios de repente
por entre un arcabuco y breña espesa,
desnudos, en monton, trotando apriesa,

Del aire, de la lluvia y sol curtidos,
cubiertos de un espeso y largo vello,
pañetes cortos de cordel ceñidos,
altos de pecho y de fornido cuello,
la color y los ojos encendidos,
las uñas sin cortar, largo el cabello;
brutos campestres, rústicos salvajes,

de fieras cataduras y visajes.
Venia un robusto viejo el delantero,
al cual el medio cuerpo le cubria
un roto manto de sayal grosero,
que mísera pobreza prometia.
Este, pues, como dije allá, primero
era Tunconabal, que pretendia
mudar nuestros designios y opiniones
con fingidos consejos y razones.
Fuimos luego sobre ellos, recelando
ser gente de montaña fugitiva;
mas ellos, nuestros pasos atajando,
venian á mas andar la cuesta arriba;
y al pié de una alta peña reparando,
por do un quebrado arroyo se derriba,
todos nos aguardaron sin recelo
puestas sus flechas y arcos en el suelo.
Luego el anciano á voces y en estraña
lengua de nuestro intérprete entendida,
dijo: «¡Oh gente infeliz, á esta montaña
por falso engaño y relacion traida,
do la serpiente y áspera alimaña
apenas sustentar pueden la vida,
y donde el hijo bárbaro nacido
es de incultas raices mantenido!
¿Qué informacion siniestra, qué noticia
incita así vuestro ánimo invencible?
¿Qué dañado consejo, ó qué malicia
os ha facilitado lo imposible?
Frenad, aunque loable, esa codicia,
que la empresa es difícil y terrible;
y vais sin duda todos engañados,
á miserable muerte condenados;
Que cuando no encontreis gente de guerra
que os ponga en el pasaje impedimento,
hallareis una sierra y otra sierra,
y una espesura y otra y otras ciento:
tanto, que la aspereza de la tierra
por la falta de yerba y nutrimento
y contagion del aire no consiente
en su esterilidad cosa viviente:
Y aunque me veis en bruto transformado
á la silvestre vida reducido,
sabed que ya en un tiempo fuí soldado,
y que tambien las armas he vestido:
así que, por la ley que he profesado,
viendo que va este ejército perdido,
la lástima me mueve á aconsejaros
que sin pasar de aquí querais tornaros:
Que estas yermas campañas y espesuras,
hasta, el frígido Sur continuadas,
han de ser el remate y sepulturas
de todas vuestras prósperas jornadas:
mirad destos salvajes las figuras,
de quien son (como fieras) habitadas,
y el fruto que nos dan escasamente,
del cual os traigo un mísero presente.»
En esto, de un fardel de ovas marinas,
á la manera de una red tejidas,
sacó diversas frutas montesinas,
duras, verdes, agrestes, desabridas;
carne seca de fieras salvajinas,
y otras silvestres rústicas comidas;
langosta al sol curada, y lagartijas,
con mil varias inmundas sabandijas.
Admirónos la forma y la estrañeza
de aquella gente bárbara notable,
la gran selvatiquez y rustiqueza,
el fiero aspecto y término intratable:
la espesura de montes y aspereza,
y el fruto de aquel suelo miserable,
tierra yerma, desierta y despoblada,
de trato y vecindad tan apartada.
Preguntámosle allí, si prosiguiendo
la tierra era adelante montuosa;
respondiónos el viejo sonriendo,
ser mas áspera, dura y mas fragosa:
y que así la montaña iba creciendo,
que era imposible y temeraria cosa
romper tanta maleza y espesura,
puesta allí por secreto de natura.
Pero visto nuestro ánimo ambicioso,
que era de proseguir siempre adelante,
y que el fingido aviso malicioso
á volvernos atrás no era bastante,
con un afecto tierno y amoroso,
mostrando en lo esterior triste semblante,
puesto un rato á pensar, afirmó cierto
haber cerca otro paso mas abierto:
Que por la banda diestra del poniente,
dejando el monte del siniestro lado,
habia un rastro, cursado antiguamente,
de la nacida yerba ya borrado,
por do podia pasar salva la gente,
aunque era el trecho largo y despoblado,
para lo cual él mismo nos daría
una práctica lengua y fida guia.
Fue de nosotros esto bien oido,
que alguna gente estaba ya dudosa;
y el donoso presente recebido,
tambien la recompensa fue donosa:
un manto de algodon rojo teñido,
y una poblada cola de raposa,
quince cuentas de vidrio de colores,
con doce cascabeles sonadores.
La dádiva, del viejo agradecida,
por ser joyas entre ellos estimadas,
y la guia solicita venida,
con todas las mas cosas aprestadas,
pusimos en efeto la partida,
siguiéndonos los indios dos jornadas,
dando vuelta despues por otra senda,
dejándonos el indio en encomienda.
El cual nos iba siempre asegurando
gran riqueza, ganado y poblaciones,
los ánimos estrechos ensanchando
con falsas y engañosas relaciones
diciendo: «Cuando Febo volteando
seis veces alumbrare estas regiones,
os prometo, so pena de la vida,
henchir del apetito la medida.»
No sabré encarecer nuestra altiveza,
los ánimos briosos y lozanos,
la esperanza de bienes y riqueza,
las vanas trazas y discursos vanos:
el cerro, el monte, el risco y la aspereza
eran caminos fáciles y llanos,
y el peligro y trabajo exorbitante,
no osaban ya ponérsenos delante.
Ibamos sin cuidar de bastimentos,
por cumbres, valles hondos, cordilleras,
fabricando en los llanos pensamientos,
máquinas levantadas y quimeras.
Así ufanos, alegres y contentos
pasamos tres jornadas las primeras,
pero á la cuarta, al tramontar del dia,
se nos huyó la mentirosa guia.
El mal indicio, la sospecha cierta,
los ánimos turbó mas esforzados,
viendo la falsa trama descubierta,
y los trabajos ásperos doblados:
mas, aunque sin camino y en desierta
tierra, del gran peligro amenazados,
y la hambre y fatiga todo junto
no pudo detenernos solo un punto.
Pasamos adelante descubriendo
siempre mas arcabucos y breñales,
la cerrada espseura y paso abriendo
con hachas, con machetes y destrales;
otros con pico y azadon rompiendo

las peñas y arraigados matorrales,
do el caballo ostigado y receloso
afirmase seguro el pié medroso.
Nunca con tanto estorbo á los humanos
quiso impedir el paso la Natura,
y que así de los cielos soberanos
los árboles midiesen el altura:
ni entretantos peñascos y pantanos
mezcló tanta maleza y espesura
como en este camino defendido,
de zarzas, breñas y árboles tejido.
Tambien el cielo en contra conjurado,
la escasa y turbia luz nos encubria,
de espesas nubes lóbregas cerrado,
volviendo en tenebrosa noche el dia.
y de granizo y tempestad cargado,
con tal furor el paso defendia,
que era mayor del cielo ya la guerra,
que el trabajo y peligro de la tierra.
Unos presto socorro demandaban
en las hondas malezas sepultados,
otros, ayuda! ayuda! voceaban,
en húmidos pantanos atascados;
otros iban trepando, otros rodaban,
los piés, manos y rostro desollados,
oyendo aquí y allí voces en vano,
sin poderse ayudar ni dar la mano.

Era lástima oir los alaridos,
ver los impedimentos y embarazos,
los caballos sin ánimo caidos,
destrozados los piés, rotos los brazos:
nuestros sencillos débiles vestidos
quedaban por las zarzas á pedazos,
descalzos y desnudos, solo armados,
en sangre, lodo y en sudor bañados.
Y demás del trabajo incomportable,
faltando ya el refresco y bastimento,
la aquejadora hambre miserable
las cuerdas apretaba del tormento;
y el bien dudoso y daño indubitable
desmayaba la fuerza y el aliento,
cortando un dejativo sudor frio
de los cansados miembros todo el brio.
Pero luego tambien considerando
la gloria que el trabajo aseguraba,
el corazon los miembros reforzando,
cualquier dificultad menospreciaba:
y los fuertes opuestos contrastando,
todo lo porvenir facilitaba;
que el valor mas se muestra y se parece
cuando la fuerza de contrarios crece.
Así pues, nuestro ejército rompiendo,
de sólo la esperanza alimentado,
pasaba á puros brazos descubriendo



el encubierto cielo deseado
íbanse ya las breñas destejiendo,
y el bosque de los árboles cerrado
desviando sus ramas intricadas,
nos daban paso y fáciles entradas.
Ya por aquella parte, ya por esta,
la entrada de la luz desocupando,
el yerto risco y empinada cuesta
iban sus altas cumbres allanando:
la espesa y congelada niebla opuesta,
el grueso vapor húmido exhalando,
así se adelgazaba y esparcia,

que penetrar la vista ya podia.
Siete dias perdidos anduvimos
abriendo á yerro el impedido paso,
que en todo aquel discurso no tuvimos
do poder reclinar el cuerpo laso:
al fin una mañana descubrimos
de Ancud el espacioso y fértil raso,
y al pié del monte y áspera ladera
un estendido lago y gran ribera.
Era un ancho archipiélago, poblado
de innumerables islas deleitosas,
cruzando por el uno y otro lado

góndolas y piraguas presurosas.
Marinero jamás desesperado
en medio de las olas fluctuosas
con tanto gozo vió el vecino puerto,
como nosotros el camino abierto.
Luego pues, en un tiempo arrodillados,
llenos de nuevo gozo y de ternura,
dimos gracias á Dios, que así escapados
nos vimos del peligro y desventura:
y de tantas fatigas olvidados,
siguiendo el buen suceso y la ventura
con esperanza y ánimo lozano
salimos presto al agradable llano.
El enfermo, el herido, el estropeado,
el cojo, el manco, el débil, el tullido,
el desnudo, el descalzo, el desgarrado,
el desmayado, el flaco, el deshambrido
quedó sano, gallardo y alentado,
de nuevo esfuerzo y de valor vestido,
pareciéndole poco todo el suelo,
y fácil cosa conquistar el cielo.
Mas con todo este esfuerzo, á la bajada
de la ribera, en partes montuosa,
hallamos la frutilla coronada
que produce la murta virtuosa:
y aunque agreste, montés, no sazonada,
fue á tan buena sazon y tan sabrosa,
que el celeste maná y ollas de Egito
no movieran mejor nuestro apetito.
Cual banda de langostas enviadas
por plaga á veces del linaje humano,
que en las espigas fértiles granadas
con un sordo rozar no dejan grano;
asi pues, en cuadrillas derramadas,
suelta la gente por el ancho llano,
dejaba los murtales mas copados
de fruta, rama y hoja despojados.
A puñados la fruta unos comian,
de la hambre aquejados importuna,
otros ramos y hojas engullian,
no aguardando á cogerla una por una,
quién huye al repartir la compañía,
buscando en lo escondido parte alguna
donde comer la rama desgajada,
de las rapaces uñas escapada.
Como el monton de las gallinas cuando
salen al campo del corral cerrado
aquí y allí solícitas buscando
el trigo de la trox desperdiciado;
que con los piés y picos escarbando
halla alguna el regojo sepultado,
y alzándose con él, puesta en huida,
es de las otras luego perseguida;
Asi aquel que arrebata buena parte,
de este y de aquel aquí y allí seguido,
huyendo se retira luego en parte
donde pueda comer mas escondido:
ninguno, si algo alcanza, lo reparte,
que no era tiempo aquel de ser partido;
ni allí la caridad, aunque la habia,
estenderse á los prójimos podia.
Estando con sabor de esta manera
gustando aquella rústica comida,
llegó una corva góndola ligera,
de doce largos remos impelida;
que zabordando recio en la ribera,
la chusma diestra y gente apercebida
saltaron luego en tierra sin recato
con muestra de amistad y llano trato.
Mas si quereis saber quien es la gente,
y la causa de haber así arribado,
no puedo aquí decíroslo al presente,
que estoy del gran camino quebrantado:
así para sazon mas conveniente
será bien que lo deje en este estado,
porque pueda entretanto repararme
y os dé menos fastidio el escucharme.

CANTO XXXVI.

Sale el cacique de la barca á tierra: ofrece á los españoles todo lo necesario para su viaje; y prosiguiendo ellos su derrota, les ataja el camino el desaguadero del archipiélago: atraviésale don Alonso en una piragua con diez soldados: vuelven al alojamiento, y de allí por otro camino á la ciudad Imperial. Embárcase don Alonso Ercilla para España, y recorre varias provincias de Europa: manda el rey don Felipe levantar gente para entrar en Portugal.

Quien muchas tierras ve, ve muchas cosas
que las juzga por fábulas la gente,
y tanto cuanto son maravillosas,
el que menos las cuenta es mas prudente:
y aunque es bien que se callen las dudosas,
y no ponerme en riesgo así evidente,
digo que la Verdad hallé en el suelo,
por mas que afirmen que es subida al cielo:
Estaba retirada en esta parte,
de todas nuestras tierras escluida,
que la falsa cautela, engaño y arte
aun nunca habian hallado aquí acogida.
Pero, dejada esta materia aparte,
volveré con la priesa prometida
á la barca de chusma y gente llena,
que bogando embistió recio en la arena,
Donde un gracioso mozo bien dispuesto,
con hasta quince en número venia,
crespo de pelo negro y blanco gesto,
que el principal de todos parecia:
el cual con grave término modesto,
junta nuestra esparcida compañía,
nos saludó cortés y alegremente,
diciendo en lengua estraña lo siguiente:
«Hombres ó dioses rústicos nacidos
en estos sacros bosques y montañas,
por celeste influencia producidos
de sus cerradas y ásperas entrañas;
¿por cuál caso ó fortuna sois venidos
por caminos y sendas tan estrañas
á nuestros pobres y últimos rincones
libres de confusion y alteraciones?
Si vuestra pretension y pensamiento
es de buscar region mas espaciosa,
y en la prosecucion de vuestro intento
teneis necesidad de alguna cosa,
toda comodidad y aviamiento
con mano larga y volundad graciosa
hallareis francamente en el camino
por todo el rededor circunvecino.
Y si quereis morar en esta tierra,
tierra donde moreis aquí os daremos:
si os aplace y agrada mas la sierra,
allá seguramente os llevaremos;
si quereis amistad, si quereis guerra,
todo con ley igual os lo ofrecemos,
escoged lo mejor, que á eleccion mia,
la paz y la amistad escogeria.
Mucho agradó la suerte, el garbo, el traje
del gallardo mancebo floreciente,
el espedido término y lenguaje
con que así nos habló bizarramente,
el franco ofrecimiento y hospedaje,
la buena traza y talle de la gente,
blanca, dispuesta, en proporcion fornida,
de manto y floja túnica vestida,
La cabeza cubierta y adornada
con un capelo en punta rematado,
pendiente atrás la punta y derribada,
á las ceñidas sienes ajustado,
de fina lana de vellon rizada
y el rizo de colores variado,
que lozano y vistoso parecia

señal de ser el clima y tierra fria.
Las gracias le rendimos de la oferta
y voluntad graciosa que mostraba,
ofreciendo tambien la nuestra cierta,
que á su provecho y bien se enderezaba,
pero al fin, nuestra falta descubierta
y lo mal que la hambre nos trataba,
le pedimos refresco y vitualla
debajo de promesa de pagalla.
Luego con voz y prisa diligente,
vista la gran necesidad que habia,
mandó á su prevenida y pronta gente
sacar cuanto en la góndola traia,
repartiéndolo todo francamente
por aquella hambrienta compañía,
sin de nadie acetar solo un cabello,
ni aun querer recibir las gracias dello.
Esforzados así desta manera,
y tambien esforzada la esperanza,
se comenzó á marchar por la ribera,
segun nuestra costumbre, en ordenanza;
y andando una gran legua, en la primera
tierra que pareció cómoda estanza,
cerca del agua, en reparado asiento
hicimos el primer alojamiento.
No estaba nuestro campo aun asentado,
ni puestas en lugar las demás cosas,
cuando de aquella parte y de este lado,
hendiendo por las aguas espumosas,
cargadas de maiz, fruta y pescado
arribaron piraguas presurosas,
refrescando la gente desvalida,
sin rescate, sin cuenta ni medida.
La síncera bondad y la caricia
de la sencilla gente de estas tierras
daban bien á entender que la Codicia
aun no habia penetrado aquellas sierras;
ni la Maldad, el Robo y la Injusticia,
alimento ordinario de las guerras,
entrada en esta parte habian hallado
ni la Ley natural inficionado.
Pero luego nosotros, destruyendo
todo lo que tocamos de pasada,
con la usada insolencia el paso abriendo,
les dimos lugar ancho y ancha entrada:
y la antigua costumbre corrompiendo,
de los nuevos insultos estragada,
plantó aquí la Codicia su estandarte
con mas seguridad que en otra parte.
Pasada aquella noche, el dia siguiente
la nueva por las islas estendida,
llegaron dos caciques juntamente
á dar el parabien de la venida,
con un largo y espléndido presente
de refrescos y cosas de comida,
y una lanuda oveja y dos vicuñas
cazadas en la sierra á puras uñas.
Quedábanse suspensos y admirados
de ver hombres así no conocidos,
blancos, rubios, espesos y barbados,
de lenguas diferentes y vestidos:
miraban los caballos alentados,
en medio de la furia corregidos,
y mas los espantaba el fiero estruendo
del tiro de la pólvora estupendo.
Llevábamos el rumbo al sur derecho,
la torcida ribera costeando,
siguiendo la derrota del estrecho,
por los grados la tierra demarcando:
pero cuanto ganábamos de trecho,
iba el gran archipiélago ensanchando,
descubriendo á distancias desviadas
islas en grande número, pobladas.
Salian muchos caciques al camino
á vernos como á cosa milagrosa;
pero ninguno tan escaso vino
que no trujese en don alguna cosa
quién el vaso capaz de nacar fino,
quién la piel del carnero vedijosa,
quién el arco y carcax. quién la vocina,
quién la pintada concha peregrina.
Yo, que fui siempre amigo é inclinado
á inquirir y saber lo no sabido,
que por tantos trabajos arrastrado
la fuerza de mi estrella me ha traido,
de alguna gente moza acompañado,
en una presta góndola metido,
pasé á la principal isla cercana,
al parecer de tierra y gente llana.
Ví los indios, y casas fabricadas
de paredes humildes y techumbres,
los árboles y plantas cultivadas,
las frutas, las semillas y legumbres.
Noté de ellos las cosas señaladas,
los ritos, ceremonias y costumbres,
el trato y ejercicio que tenian,
y la ley y obediencia en que vivian.
Entré en otras dos islas paseando
sus pobladas y fértiles orillas,
otras fuí torno á torno rodeando,
cercado de domésticas barquillas,
de quien me iba por puntos informando
de algunas nunca vistas maravillas,
hasta que ya la noche y fresco viento
me trujó á la ribera en salvamento.
Pues otro dia que el campo caminaba,
que de nuestro viaje fue el tercero,
habiendo ya tres horas que marchaba,
hallamos por remate y fin postrero
que el gran lago en el mar se desaguaba
por un hondo y veloz desaguadero,
que su corriente y ancha travesía
el paso por allí nos impedía.
Cayó una gran tristeza, un gran nublado
en el ánimo y rostro de la gente,
viendo nuestro camino así atajado
por el ancho raudal de la creciente;
que los caballos de cabestro á nado
no pudieran romper la gran corriente,
ni la angosta piragua era bastante
á comportar un peso semejante:
Y volver pies trás, visto el terrible
trabajo intolerable y escesivo,
tenian, segun razon, por imposible
poder llegar en salvo un hombre vivo:
quedar allí era cosa incompatible,
y temerario el ánimo y motivo
de proseguir el comenzado curso,
contra toda opinion y buen discurso.
Viendo nuestra congoja y agonía
un jóven indio, al parecer ladino,
alegre se ofreció que nos daría
para volver otro mejor camino:
fue escesiva en algunos la alegría,
y así dar vuelta luego nos convino,
que ya el rígido invierno á los australes
comenzaba á enviar recias señales.
Mas yo, que mis designios verdaderos
eran de ver el fin desta jornada,
con hasta diez amigos compañeros,
gente gallarda, brava y arriscada,
reforzando una barca de remeros,
pasé el gran brazo y agua arrebatada,
llegando á zabordar, hechos pedazos
á puro remo y fuerza de los brazos.
Entramos en la tierra algo arenosa,
sin lengua y sin noticia, á la ventura;
áspera al caminar y pedregosa,
á trechos ocupada de espesura;
mas visto que la empresa era dudosa

y que pasar de allí seria locura,
dimos la vuelta luego á la piragua,
volviendo á travesar la furiosa agua.
Pero yo por cumplir el apetito,
que era poner el pié mas adelante,
fingiendo que marcaba aquel distrito,
cosa al descubridor siempre importante,
corrí una media milla, dó un escrito
quise dejar para señal bastante,
y en el tronco que vi de mas grandeza
escribí con cuchillo en la corteza:
«Aquí llegó, donde otro no ha llegado,
don Alonso de Ercilla, que el primero
en un pequeño barco deslastrado,
con solos diez pasó el desaguadero;
el año de cincuenta y ocho entrado
sobre mil y quinientos, por febrero,
á la dos de la tarde, el postrer dia,
volviendo á la dejada compañía.»
Llegado, pues, al campo, que aguardando
para partir nuestra venida estaba,
que el riguroso invierno comenzando
la desierta campaña amenazabá;
el indio amigo práctico guiando,
la gente alegre el paso apresuraba;
pareciendo el camino, aunque cerrado,
fácil con la memoria del pasado.
Cumplió el bárbaro isleño la promesa,
que siempre en su opinion estuvo fijo,
y por una encubierta selva espesa
nos sacó de la tierra como dijo.
Voy pasando por esto á toda priesa,
huyendo cuanto puedo el ser prolijo;
que aunque lo fueron mucho los trabajos,
es menester echar por los atajos.
A la Imperial llegamos, dó hospedados
fuimos de los vecinos generosos,
y de varios manjares regalados
hartamos los estómagos golosos.
Visto, pues, en el pueblo así ayuntados
tantos gallardos jóvenes briosos,
se concertó una justa y desafio
donde mostrase cada cual su brio.
Turbó la fiesta un caso no pensado,
y la celeridad del juez fue tanta,
que estuve en el tapete, ya entregado
al agudo cuchillo la garganta:
el enorme delito exagerado,
la voz y fama pública lo canta,
que fue solo poner mano á la espada,
nunca sin gran razon desenvainada.
Este acontecimiento, este suceso
fue forzosa ocasion de mi destierro,
teniéndome despues gran tiempo preso,
por remendar con este el primer yerro:
mas aunque así agraviado, no por eso
(armado de paciencia y duro hierro)
falté en alguna accion y correria,
sirviendo en la frontera noche y dia.
Hubo allí escaramuzas sanguinosas,
ordinarios rebatos y emboscadas,
encuentros y refriegas peligrosas,
asaltos y batallas aplazadas,
raras estratagemas engañosas;
astucias y cautelas nunca usadas,
que aunque fueron en parte de provecho,
algunas nos pusieron en estrecho.
Mas, despues del asalto y gran batalla
de la albarrada de Quipeo, temida
donde fue destrozada tanta malla,
y tanta sangre bárbara vertida,
fortificado el sitio y la muralla,
aceleré mi súbita partida;
que el agravio, mas fresco cada dia,
me estimulaba siempre y me roia;
Y en un grueso barcon, bajel de trato,
que velas altas de partida estaba,
salí de aquella tierra y reino ingrato,
que tanto afan y sangre me costaba;
y sin contraste alguno ni rebato,
con el austro, que en popa nos soplaba,
costa á costa y á veces engolfado
llegué al Callao de Lima celebrado.
Estuve allí hasta tanto que la entrada
por el gran Marañon hizo la gente,
donde Lope de Aguirre en la jornada,
mas que Neron y Herodes inclemente,
pasó tantos amigos por la espada
y á la querida hija juntamente
no por otra razon ni causa alguna
mas de para morir juntos á una.
Y aunque mas de dos mil millas habia
de camino, por partes despoblado,
luego de allí por mar tomé la via,
á mas larga carrera acostumbrado:
y á Panamá llegué, dó el mismo dia
la nueva por el aire habia llegado
del desbarate y muerte del tirano,
saliendo mi trabajo y priesa en vano.
Estuve en Tierra-firme detenido
por una enfermedad larga y estraña;
mas luego que me ví convalecido,
tocando en las Terceras, vine á España;
donde no mucho tiempo detenido,
corrí la Francia, Italia y Alemaña,
á Silesia y Moravia hasta Posonia,
ciudad, sobre el Danubio, de Panonia.
Pasé y volví á pasar estas regiones,
y otras y otras por ásperos caminos,
traté y comuniqué varias naciones,
viendo cosas y casos peregrinos,
diferentes y estrañas condiciones,
animales terrestres y marinos,
tierras jamás del cielo rociadas,
y otras á eterna lluvia condenadas.
¿Cómo me he divertido y voy apriesa,
del camino primero desviado?
¿Por qué así me olvidé de la promesa,
y discurso de Arauco comenzado?
Quiero volver á la dejada empresa,
si no teneis el gusto ya estragado;
más yo procuraré deciros cosas
que valga por disculpa el ser gustosas.
Volveré á la consulta comenzada
de aquellos capitanes señalados,
que en la parte que dije diputada,
estaban diferentes y encontrados:
contaré la eleccion tan porfiada,
y cómo al fin quedaron conformados:
los asaltos, encuentros y batallas,
que es menester lugar para contallas.
¿Qué hago, en qué me ocupo, fatigando
la trabajada mente y los sentidos,
por las regiones últimas buscando
guerras de ignotos indios escondidos;
y voy aquí en las armas tropezando,
sintiendo retumbar en los oidos
un áspero rumor y son de guerra
y abrasarse en furor toda la tierra?
Veo toda la España alborotada,
envuelta entre sus armas vitoriosas,
y la inquiëta Francia ocasionada
descoger sus banderas sospechosas:
en la Italia y Germaniá desviada
siento tocar la cajas sonorosas,
allegándose en todas las naciones
gentes, pertrechos, armas, municiones.
Para decir tan grande movimiento
y el estrépito bélico y ruido
es menester esfuerzo y nuevo aliento,

y ser de Vos, Señor, favorecido:
mas ya que el temerarario atrevimiento
en este grande golfo me ha metido,
ayudado de Vos, espero cierto
llegar con mi cansada nave al puerto.
Que si mi estilo humilde y compostura
me suspende la voz amedrentada,
la materia promete y me asegura
que con grata atencion será escuchada:
y entretanto, Señor, será cordura,
pues he de comenzar tan gran jornada,
recoger el espíritu inquieto,
hasta que saque fuerzas del sugeto.

CANTO XXXVII.

En este último canto se trata como la guerra es de derecho de las gentes: y se declara el que el rey don Felipe tuvo al reino de Portugal, juntamente con los requerimientos qué hizo á los portugueses para justificar mas sus armas.

Canto el furor del pueblo castellano
con ira justa y pretension movido,
y el derecho del reino lusitano
á las sangrientas armas remitido:
la paz, la union, el vínculo cristiano,
en rabiosa discordia convertido,
las lanzas de una parte y otra airadas
á los parientes pechos arrojadas.
La guerra fue del cielo derribada
y en el linaje humano transferida
cuando fue por la fruta reservada
nuestra naturaleza corrompida:
por la guerra la paz es conservada
y la insolencia humana reprimida:
por ella á veces Dios al mundo aflige,
le castiga, le enmienda y le corrige:
Por ella á los rebeldes insolentes
oprime la soberbia y los inclina,
desbarata y derriba á los potentes,
y la ambicion sin término termina:
la guerra es de derecho de las gentes,
el órden militar y disciplina
conserva la república y sostiene,
y las leyes políticas mantiene.
Pero será la guerra injusta luego
que del fin de la paz se desviare,
ó cuando por venganza ó furor ciego
ó fin particular se comenzare;
pues ha de ser, si es público el sosiego,
pública la razon que le turbare;
no puede un miembro solo en ningun modo
romper la paz y union del cuerpo todo.
Que así como tenemos profesada
una hermandad en Dios y ayuntamiento
tanto del mismo Cristo encomendada
en el último eterno Testamento,
no puede ser de alguno desatada
esta paz general y ligamiento,
sino es por causa pública ó querella
y autoridad del rey defensor della.
Entonces, como un ángel sin pecado,
puesta en la causa universal la mira,
puede tomar las armas el soldado
y en su enemigo ejecutar la ira:
y cuando algun respeto ó fin privado
le templa el brazo, encoge y le retira,
demás de que en peligro pone el hecho,
peca y ofende al público derecho.
Por donde en justa guerra permitida
puede la airada vencedora gente
herir, prender, matar en la rendida,
y hacer al libre, esclavo y obediente:
que el que es señor y dueño de la vida,
lo es ya de la persona, y justamente
hará lo que quisiere del vencido,
que todo al vencedor le es concedido.
Y pues en todos tiempos y ocasiones
por la causa comun, sin cargo alguno,
en batallas formadas y escuadrones
puede usar de las armas cada uno;
por las mismas legítimas razones
es lícito el combate de uno á uno,
á pié, á caballo, armado, desarmado,
ora sea campo abierto, ora estacado.
En guerra justa es justo el desafío,
la autoridad del príncipe interpuesta,
bajo de cuya mano y señorío
la ordenada república está puesta:
mas si por caso propio ó albedrío
se denuncia el combate y se protesta,
ó sea provocador ó provocado,
es ilícito, injusto y condenado;
Y los cristianos príncipes no deben
favorecer jamás ni dar licencia
á condenadas armas, que se mueven
por odio, por venganza, ó competencia:
ni decidan las causas, ni se prueben,
remitiendo á las fuerzas la sentencia:
pues por razon oculta á veces veo
que sale vencedor el que fue reo;
Y el juicio de las armas sanguinoso
justa y derechamente se condena,
pues vemos el incierto fin dudoso,
segun la suma Providencia ordena:
que el suceso, ora triste, ora dichoso,
no es quien hace la causa mala ó buena,
ni jamás la justicia en cosa alguna
está sujeta á caso ni á fortuna.
Digo tambien que obligacion no tiene
de inquerir el soldado diligente
si es lícita la guerra y si conviene,
ó si se mueve injusta ó justamente:
que solo al rey, que por razon le viene
la obediencia y servicio de su gente,
como gobernador de la república
le toca examinar la causa pública.
Y pues del rey como cabeza pende
el peso de la guerra y grave carga,
y cuanto daño y mal della depende
todo sobre sus hombros solo carga,
debe mucho mirar lo que pretende,
y antes que dé al furor la rienda larga,
justificar sus armas prevenidas,
no por codicia y ambicion movidas:
Como Felipe en la ocasion presente,
que de precisa obligacion forzado,
en favor de las leyes justamente
las permitidas armas ha tomado:
no fundado el derecho en ser potente,
ni de codicia de reinar llevado:
pues se estiende su cetro y monarquía
hasta donde remata el sol su vía;
Mas de ambicion desnudo y avaricia
(que á los sanos corrompe y inficiona)
llamado del derecho y la justicia,
contra el rebelde reino vá en persona:
y á despecho y pesar de la malicia,
que le niega y le impide la corona,
quiere abrir y allanar con mano armada
á la razon la defendida entrada.
Y aunque con justa indignacion movido,
sus fuerzas y poder disimulando,
detiene el brazo en alto suspendido,
el remedio de sangre dilatando;
y con prudencia y ánimo sufrido,
su espada y pretension justificando,
quebrantará despues con aspereza
del contumaz rebelde la dureza.
Oprimirá con fuerza y mano airada
la sorberbia cerviz de los traidores,

despedazando la pujante armada
de los galos piratas valedores:
y con rigor y furia disculpada,
como hombres de la paz perturbadores,
muerto Felipe Strozi su caudillo
serán todos pasados á cuchillo.
No manchará esta sangre su clemencia,
sangre de gente pérfida, enemiga,
que si el delito es grave y la insolencia,
clemente es y piadoso el que castiga:
perdonar la maldad es dar licencia
para que luego otra mayor se siga;
cruél es quien perdona á todos todo,
como el que no perdona en ningun modo.
Que no está en perdonar el ser clemente,
si conviene el rigor y es importante;
que el que ataja y castiga el mal presente
huye de ser cruél para adelante.
Quien la maldad no evita la consiente
y se puede llamar participante;
y el que á los malos públicos perdona
la república estraga y inficiona.
No quiero yo decir que no es gran cosa
la clemencia, virtud inestimable,
que el perdonar vitoria es gloriösa,
y en el mas poderoso mas loable:
pero la paz comun tan poderosa,
no puede sin justicia ser durable;
que el premio y el castigo á tiempo usados
sustentan las repúblicas y estados:
Y no todo el esceso y mal que hubiere
se puede remediar, ni se castiga,
que el tiempo á veces y ocasion requiere
que todo no se apure ni se siga.
Príncipe que saberlo todo quiere,
sepa que á perdonar mucho se obliga,
que es medicina fuerte y rigurosa
descarnar hasta el hueso cualquier cosa.
La clemencia á los mismos enemigos
aplaca el odio y ánimo indignado,
engendra devocion, produce amigos,
y atrae el amor del pueblo aficionado:
que el continuo rigor en los castigos
hace al príncipe odioso y desamado;
oficio es propio y propio de los reyes
embotar el cuchillo de las leyes:
Y se puede decir que no importara
disimular los males ya pasados,
si dello ánimo el malo no tomara
pára nuevos insultos y pecados:
el miedo del castigo es cosa clara
que reprime los ánimos dañados,
y el ver al malhechor puesto en el palo
corrige la maldad y enmienda al malo.
Mas tambien el castigo no se haga
como el indocto y crudo cirujano,
que siendo leve el mal, poca la llaga,
mete los filos mucho por lo sano,
y con el enconoso hierro estraga
lo que sanara sin tocar la mano;
que no es buena la cura y esperiencia,
si es mas recia y peor que la dolencia.
Quiérome declarar, que algun curioso
dirá que aquí y allí me contradigo:
virtud es castigar cuando es forzoso
y necesario el público castigo:
virtud es perdonar el poderoso
la ofensa del ingrato y enemigo
cuando es particular, ó que se entienda
que puede sin castigo haber enmienda.
Vóime de punto en punto divirtiendo,
y el tiempo es corto y la materia larga,
en lugar de aliviarme recibiendo
en mis cansados hombros mayor carga:
así, de aquí adelante resumiendo
lo que menos importa y mas me carga,
quiero volver á Portugal la pluma,
haciendo aquí un compendio y breve suma.
¿Qué es esto ¡oh lusitanos¡ que engañados
contraponeis el obstinado pecho,
y con armas y brazos condenados
quereis violar las leyes y el derecho?
¿qué no mueve esos ánimos dañados
la paz comun y público provecho,
el deudo, religion, naturaleza,
el poder de Felipe y la grandeza?
Mirad con qué largueza os ha ofrecido
hacienda, libertades y exenciones,
no á término forzoso reducido,
mas con formado campo y escuadrones;
y casi murmurado, ha detenido
las armas convenciéndoos con razones,
cual padre que reduce por clemencia
al hijo inobediente á la obediencia.
¿Qué ciega pretension? ¿qué embaucamiento?
¿qué pasion pertinaz desatinada
saca así la razon tan de su asiento,
y tiene vuestra mente trastornada
que una unida nacion por sacramento
y con la cruz de Cristo señalada,
envuelta en crueles armas homicidas,
dé en sus propias entrañas las heridas:
Y unas mismas divisas y banderas
salgan de alojamientos diferentes,
trayendo mil naciones extranjeras
que derramen la sangre de inocentes,
y introduzcan errores y maneras
de pegajosos vicios insolentes,
dejando con su peste derramada
la católica España inficionada?
A vos ¡eterno padre soberano!
el favor necesario y gracia pido,
y os suplico querais mover mi mano,
pues en vos y por vos todo es movido,
para que al portugués y al castellano
dé justamente lo que le es debido,
sin que me tuerza y saque de lo justo
particular respeto ni otro gusto.
Y pues vos conoceis los corazones
y el justo celo con que el mio se mueve;
y en los buenos propósitos y acciones
el principio teneis y el fin se os debe,
dadme espíritu igual, dadme razones
con que informe mi pluma, que se atreve
á emprender temeraria y arrojada
con tan poco caudal tan gran jornada.
Queriendo Sebastian rey lusitano,
con ardor juvenil y movimiento
romper el anchó término africano,
y oprimir el pagano atrevimiento,
prometiéndole entrada y paso llano
su altivo y levantado pensamiento,
allegó de aquel reino brevemente
la riqueza, poder, la fuerza y gente.
Mas el rey don Felipe, que al sobrino
vió moverse á la empresa tan ligero,
al errado designio contravino
con consejo de padre verdadero:
y pensando apartarle del camino
que iba á dar á tan gran despeñadero,
hizo que en Guadalupe se juntasen
para que allí sobre ello platicasen.
No bastaron razones suficientes,
ni el ruego y persuasion del grave tio,
ni una gran multitud de inconvenientes
que pudieran volver á trás un rio,
ni el poner la cerviz de tantas gentes
bajo de un solo golpe al albedrio
de la inconstante y variable diosa,
de revolver el mundo deseosa;

Que el orgulloso mozo, prometiendo
lo que el justo temor dificultaba,
los prudentes discursos rebatiendo,
todos los contrapuestos tropellaba:
y tras la libre voluntad corriendo,
su muerte y perdicion apresuraba;
que no basta consejo ni advertencia
contra el decreto y la fatal sentencia.
¿Quién cantará el suceso lamentable
aunque tenga la voz mas espedida,
y aquel sangriento fin tan miserable
de la jornada y gente mal regida;
la ruina de un reino irreparable,
la fama antigua en solo un dia perdida;
todo por voluntad de un mozo ardiente,
movido sin razon por accidente?
Otro refiera el aciago dia
que á los mas tristes en miseria escede,
que aunque sangrienta está la pluma mia,
correr por tantas lástimas no puede.
Quiero seguir la comenzada via,
si el alto cielo aliento me concede,
que ya de aquesta parte tambien siento
armarse un gran ñublado turbulento.
Despues que el mozo rey voluntarioso,
al africano ejército asaltando,
en el ciego tumulto polvoroso
murió en monton confuso peleando:
y la fortuna de un vaiven furioso
derrocó cuatro reyes, ahogando
la fama y opinion de tanta gente,
revolviendo las armas del poniente,
Fue luego en Portugal por rey jurado
don Enrique, el hermano del agüelo,
cardenal y presbítero ordenado,
persona religiosa y de gran celo,
de años y enfermedades agravado,
mas que para este mundo, para el cielo,
ofreciéndole el reino la fortuna,
con poca vida y sucesion ninguna.
El gran Felipe en lo íntimo sintiendo
del reino y muerto rey la desventura,
y del enfermo don Enrique viendo
la mucha edad y vida mal segura,
como sobrino y sucesor, queriendo
aclarar su derecho en coyuntura,
que por la transversal propincua via
á los reinos y títulos tenia,
Con celosa y loable providencia
hizo juntar doctísimos varones,
de grande cristiandad y suficiencia,
desnudos de interese y pretensiones,
que conforme á derecho y á conciencia,
no por torcidas vias y razones,
mirasen en el grado que él estaba
si el pretendido reino le tocaba.
Que doña Catalina, como parte,
duquesa de Braganza; pretendia
por hija del infante don Duarte
que de derecho el reino le venia:
y tambien don Antonio de otra parte
á la corona y cetro se oponia;
mas, aunque del comun favorecido,
era por no legítimo escluido:
Y que hecho el exámen cada uno
á tan árduo negocio conveniente,
sin miramiento ni respeto alguno
diesen sus pareceres libremente:
porque en tiempo quiëto y oportuno,
prevenido al mayor inconveniente,
si el reino á la razon no se allanase,
sus armas y poder justificase.
Todos los cuales claramente viendo
que el transversal por ley y fuero llano
no representa al padre, succediendo
el legítimo deudo mas cercano,
el varon á la hembra prefiriendo,
y al de menos edad el mas anciano,
yendo la sucesion y procedencia
por derecho de sangre y no de herencia;
Don Antonio escluido y apartado
por ley humana y por razon divina,
y el derecho igualmente examinado
de don Felipe y doña Catalina,
descendientes del tronco en igual grado,
él sobrino de Enrique, ella sobrina,
él varon, ella hembra, él rey temido,
mayor de edad y de mayor nacido;
Atento al fuero, á la costumbre, al hecho,
y otras muchas razones que juntaron,
con recto, justo, igual y sano pecho,
sin discrepar, conformes declararon
ser don Felipe sucesor derecho,
y el reino por la ley le adjudicaron,
con tierras, mares, títulos y estados
bajo de la corona conquistados.
Vista, pues, don Felipe su justicia
por tan bastantes hombres declarada,
sospechoso del odio y la malicia
de la plebeya gente libertada;
y la intrínseca y vieja inimicicia
en los pechos de muchos arraigada,
quiso tentar en estas novedades
el ánimo del pueblo y voluntades;
Y con piadoso celo, deseando
el bien del reino y público sosiego,
en la mente perpleja iba trazando
cómo echar agua al encendido fuego,
por todos los caminos procurando
aquietar el comun desasosiego,
que ya con libertad, sin corregirse,
comenzaba en el pueblo á descubrirse.
Para lo cual fue dél luego elegido
don Cristóbal de Moura, en quien habia
tantas y tales partes conocido
cuales el gran negocio requeria:
de ilustre sangre en Portugal nacido,
de quien como vasallo el rey podria
con ánimo seguro y esperanza
hacer tambien la misma confianza,
Y enterarse del celo y sano intento,
tantas veces por él representado,
entendiendo la fuerza y fundamento
de su causa y derecho declarado;
no traido por término violento
ni deseo de reinar desordenado;
mas por rigor de la justicia pura,
por ley, razon, por fuero y por natura,
Así que, esto por él reconocido;
como de rey tan justo se esperaba,
mirase el gran peligro en que metido
el patrio reino y cristiandad estaba:
y tuviese por bien fuese servido
de sosegar la alteracion que andaba,
declarándole en forma conveniente
por sucesor derecha y justamente:
Con que en el suelto pueblo cesaría
el tumulto y escándalos estraños,
y su declaracion atajaria
grandes insultos y esperados daños;
haciendo que en la forma que solia,
para despues de sus felices años,
el reino le jurase segun fuero
por legítimo príncipe heredero.
Hecha por don Cristobal la embajada,
y de Felipe la intencion propuesta,
tibiamente de Enrique fue escuchada,
dando una ambigua y frívola respuesta,
que, por mas que le fue representada
la justicia del rey tan manifiesta,

procuraba con causas escusarse,
sin quererla aclarar ni declararse.
Visto, pues, dilatar el cumplimiento
de negocio tan árduo é importante,
por donde el popular atrevimiento
iba cobrando fuerzas adelante,
don Felipe envió con nuevo asiento
largo poder y comision bastante
para sacar resolucion alguna
á don Pedro Giron, duque de Osuna,
Y al docto Guardiola juntamente,
porque con mas instancia y diligencia,
vista de la tardanza el daño urgente,
contra la paz comun y convenencia
diesen claro á entender cual conveniente
era en tan gran discordia y diferencia
que el rey se declarase por decreto
cortando á mil designios el sugeto.
Y porque cosa alguna no quedase
por hacer, y tentar todos los vados,
y la ciega pasion no perturbase
el sosiego y quietud de los estados,
antes que el odio oculto reventase,
dos eminentes hombres señalados
de los que en su real consejo habia
últimamente á don Enrique envia.
Uno Rodrigo Vazquez, que en prudencia,
en rectitud, estudio y diciplina,
era de grande prueba y esperiencia,
de claro juicio y singular dotrina:
el otro de no menos suficiencia,
famoso en letras, el doctor Molina,
ambos varones raros, escogidos,
en gran figura y opinion tenidos,
Para que Enrique, dellos informado,
y de todas las dudas satisfecho,
á las córtes que ya se habian juntado
informase tambien de su derecho;
y al pueblo contumaz y apasionado,
puesto delante el general provecho,
fueros y libertades prometiesen
con que á su devocion le redujesen.
Y aunque entendiese el viejo rey prudente
ser esto lo que á todos convenia,
pues por la espresa ley derechamente
el reino á su sobrino le venia;
con larga dilacion impertinente
el negocio suspenso entretenia,
á fin que aquellos súbditos y estados
fuesen con mas ventaja aprovechados.
Pues como hubiese el tardo rey dudoso
el término y respuesta diferido,
llegó aquel de la muerte presuroso,
del autor de la vida estatuido:
por donde al sucesor le fue forzoso,
viendo al rebelde pueblo endurecido,
juntar contra sus fines y malicia
las armas y el poder con la justicia:
Habiendo antes con todos procurado
muchos medios de paz por él movidos,
provocando al temoso y porfiado
con dádivas, promesas y partidos:
mas el poblacho terco y obstinado,
no estimando los bienes ofrecidos,
la enemistad del todo descubierta,
al derecho y razon cerró la puerta.
¡Quién pudiera deciros tantas cosas
como aquí se me van representando,
tanto rumor de trompas sonorosas,
tanto estandarte al viento tremolando,
las prevenidas armas sanguinosas
del portugués y castellano bando,
el aparato y máquinas de guerra,
las batallas de mar y las de tierra!
Veránse entre las armas y fiereza
materias de derecho y de justicia,
ejemplos de clemencia y de grandeza,
proterba y contumaz enemicicia,
liberal y magnánima largueza
que los sacos hinchó de la codicia,
y otros matices vivos y colores
que felices harán los escritores.
Canten de hoy mas los que tuvieren vena,
y enriquezcan su verso numeroso,
pues Felipe les dá materia llena
y un campo abierto, fértil y espacioso;
que la ocasion dichosa y suerte buena
vale mas que el trabajo infrutuoso:
trabajo infrutuoso como el mio,
que siempre ha dado en seco y en vacio.
¡Cuántas tierras corrí, cuántas naciones
hácia el helado norte atravesando,
y en las bajas antárticas regiones
el antípoda ignoto conquistando:
climas pasé, mudé constelaciones,
golfos innavegables navegando,
estendiendo, señor, vuestra corona
hasta casi la austral frígida Zona!
¿Qué jornadas tambien por mar y tierra
habeis hecho que deje de seguiros?
A Italia, Angusta, á Flandes, á Inglaterra
cuando el reino por rey vino á pediros:
de allí el furioso estruendo de la guerra
al Perú me llevó por mas serviros,
do con suelto furor tantas espadas
estaban contra vos desenvainadas:
Y el rebelde indiano castigado,
y el reino á la obediencia reducido,
pasé al remoto Arauco, que alterado
habia del cuello el yugo sacudido;
y con prolija guerra sojuzgado,
y al odioso dominio sometido,
seguí luego adelante las conquistas
de las últimas tierras nunca vistas.
Dejo, por no cansaros y ser mios,
los inmensos trabajos padecidos,
la sed, hambre, calores y los frios,
la falta irremediable de vestidos,
los montes que pasé, los grandes rios,
los yermos despoblados no rompidos,
riesgos, peligros, trances y fortunas,
que aun son para contadas importunas.
Ni digo como al fin por acidente
del mozo capitan acelerado
fui sacado á la plaza injustamente
á ser públicamente degollado:
ni la larga prision impertinente
do estuve tan sin culpa molestado,
ni mil otras miserias de otra suerte,
de comportar mas graves que la muerte.
Y aunque la voluntad, nunca cansada,
está para serviros hoy mas viva,
desmaya la esperanza quebrantada
viéndome prohejar siempre agua arriba:
y al cabo de tan larga y gran jornada
hallo que mi cansado barco arriba
de la adversa fortuna contrastado
lejos del fin y puerto deseado.
Mas ya que de mi estrella la porfia
me tenga así arrojado y abatido,
verán al fin que por derecha via
la carrera difícil he corrido;
y aunque mas inste la desdicha mia,
el premio está en haberle merecido,
y las honras consisten no en tenerlas;
sino en solo arribar á merecerlas;
Que el disfavor cobarde que me tiene
arrinconado en la miseria suma
me suspende la mano y la detiene
haciéndome que pare aquí la pluma.

Así doy punto en esto, pues conviene
para la grande innumerable suma
de vuestros hechos y altos pensamientos
otro ingenio, otra voz y otros acentos.
Y pues del fin y término postrero
no puede andar muy lejos ya mi nave,
y el temido y dudoso paradero
el mas sabio piloto no le sabe:
considerando el corto plazo, quiero
acabar de vivir antes que acabe
el curso incierto de la incierta vida,
tantos años errada y destraida.
Que aunque esto haya tardado de mi parte,
y á reducirme á lo postrero aguarde,
sé bien que en todo tiempo y toda parte
para volverme á Dios jamás es tarde,
que nunca su clemencia usó de arte;
y así el gran pecador no se acobarde,
pues tiene un Dios tan bueno, cuyo oficio
es olvidar la ofensa y no el servicio.
Y yo que tan sin rienda al mundo he dado
el tiempo de mi vida mas florido,
y siempre por camino despeñado
mis vanas esperanzas he seguido,
visto ya el poco fruto que he sacado,
y lo mucho que á Dios tengo ofendido,
conociendo mi error, de aquí adelante
será razon que llore y que no cante.

FIN.

DECLARACION DE ALGUNAS COSAS DE ESTA OBRA.

Porque hay en este libro algunas cosas y vocablos que por ser de Indias no se dejan bien entender, me pareció declararlas aquí para que fácilmente se entiendan.

Angol. Valle donde los españoles poblaron una ciudad, y le pusieron por nombre *los Confines de Angol.*
Apó. Señor ó capitan absoluto de los otros.
Arauco (el Estado de). Es una provincia pequeña de veinte leguas de largo y siete de ancho poco mas ó menos, la cual ha sido la mas belicosa de todas las Indias; y por esto es llamado el *Estado indómito.* Llámanse los indios de él Araucanos, tomando el nombre de la provincia.
Arcabuco. Espesura grande de árboles altos y boscage.
Bohío. Es una casa pajiza grande de sola una pieza sin alto.
Cacique. Quiere decir señor de vasallos, que tiene gente á su cargo. Los caciques toman el nombre de los valles de donde son señores, y de la misma manera los hijos ó sucesores que suceden en ellos: declárase esto porque los que mueren en la guerra se oirán despues nombrar en otra batalla, entiéndase que son los hijos ó sucesores de los muertos.
Caupolican. Fue hijo de *Leocan* y *Lautaro* hijo de *Pillan.* Declaro esto, porque como son capitanes señalados de los cuales la historia hace muchas veces mencion, por no poner tantas veces sus nombres, me aprovecho de los de sus padres.
Cauten. Es un valle hermosísimo y fértil, donde los españoles fundaron la mas próspera ciudad que ha habido en aquellas partes, la cual tenia trescientos mil indios casados de servicio: llamáronla *la Imperial*, porque cuando entraron los españoles en aquella provincia, hallaron sobre todas las puertas y tejados águilas imperiales de dos cabezas hechas de palo, á manera de timbre de armas; que cierto es estraña cosa y de notar, pues jamás en aquella tierra se ha visto ave con dos cabezas.
Coquimbo. Es el primer valle de Chile donde pobló el capitan Valdivia un pueblo que le llamó *la Serena*, por ser él natural de la Serena: tiene un muy buen puerto de mar, y llámase tambien el pueblo Coquimbo, tomando el nombre del valle.
Chaquiras. Son unas cuentas muy menudas á manera de aljofar, que las hallan por las marinas, y cuanto mas menuda, es mas preciada: labran y adornan con ellas sus llautos, y las mujeres sus hinchos, que son como una cinta angosta que les ciñe la cabeza por la frente á manera de bicos ó ciertas puntillas de oro que se ponian en los birretes de terciopelo con que antiguamente se cubria la cabeza: andan siempre en cabello, y suelto por los hombros y espalda.
Chile. Es una provincia grande que contiene en sí otras muchas provincias: nómbrase Chile por un valle principal llamado así: fue sujeto al inga rey del Perú de donde le traian cada año gran suma de oro, por lo cual los españoles tuvieron noticia deste valle; y cuando entraron en la tierra, como iban en demanda del valle de Chile, llamaron Chile á toda la provincia hasta el estrecho de Magallanes.
Eponamon. Es nombre que dan al demonio, por el cual juran cuando quieren obligarse infaliblemente á cumplir lo que prometen.
Jota. Véase. *Ojota.*
Llauto. Es un trocho ó rodete redondo, ancho de dos dedos, que ponen en la frente y les ciñe la cabeza: son labrados de oro y chaquira con muchas piedras y dijes en ellos, en los cuales asientan las plumas ó penachos de que ellos son muy amigos: no los traen en la guerra, porque entonces usan celadas.
Mapochó. Es un hermoso valle donde los españoles poblaron la ciudad de *Santiago*, y llámase asimismo el pueblo Mapochó.
Mita. Es la carga ó tributo que trae el indio tributario.
Mitayo. Es el indio que lleva ó trae.
Ojota, y por contraccion *Jota.* Especie de calzado que usaban las indias, el cual era á modo de los alpargates de España. Dábalas el novio á la novia al tiempo de casarse: si era doncella se las daba de lana, y si no, de esparto.
Paco. Especie de carnero que se cria en Indias, algo mayor que el comun. Son muy lanudos y tienen el cuello muy largo. Son de varios colores, blancos, negros ó pardos. Es animal muy útil y provechoso, porque su carne es sabrosa y mantiene mucho. Sirve para el tráfico y conduccion de las mercaderías y géneros que se llevan de una parte á otra. Los pacos á veces se enojan y aburren con la carga, y échanse con ella, sin remedio de hacerlos levantar.
Pallá. Es lo que llamamos nosotros señora: pero entre ellos no alcanza este nombre sino á la noble de linaje, y señora de muchos vasallos y hacienda.
Penco. Es un valle muy pequeño y no llano; pero porque es puerto de mar poblaron en él los españoles una ciudad, la cual llamaron *la Concepcion.*
Puelches. Se llaman los indios serranos, los cuales son fortísimos y ligeros, aunque de menos entendimiento que los otros.
Valdivia. Es un pueblo bueno y provechoso: tiene un puerto de mar por un rio arriba, tan seguro, que varan las naos en tierra, y está fundado no muy lejos de un gran lago, al cual y á la ciudad llamó Valdivia de su nombre. Entiéndese que cuando se fundaron estos pueblos, era Valdivia capitan general de los españoles, y á él se atribuye la gloria del descubrimiento y poblacion de Chile.
Vicuña. Cabra montés que se cria en Indias: no tiene cuernos y es mas alta de cuerpo que una cabra por grande que sea. Su lana es finísima y nunca pierde el color.
Villa-rica. Es otro pueblo que fundaron los españoles á la ribera de un lago pequeño cerca de dos volcanes, que lanzan á tiempos tanto fuego y tan alto, que acontece llover en el pueblo ceniza.
Yanaconas. Son indios mozos, amigos que sirven á los españoles, andan en su traje, y algunos muy bien tratados, que se precian mucho de policía en su vestido: pelean á las veces en favor de sus amos, y algunos animosamente, especial cuando los españoles dejan los caballos y pelean á pié, porque en las retiradas los suelen dejar en las manos de los enemigos, que los matan cruelísimamente.

SUMARIO

DE LOS CANTOS QUE CONTIENEN LAS TRES PARTES DE ESTA OBRA.

TERCERA PARTE.



